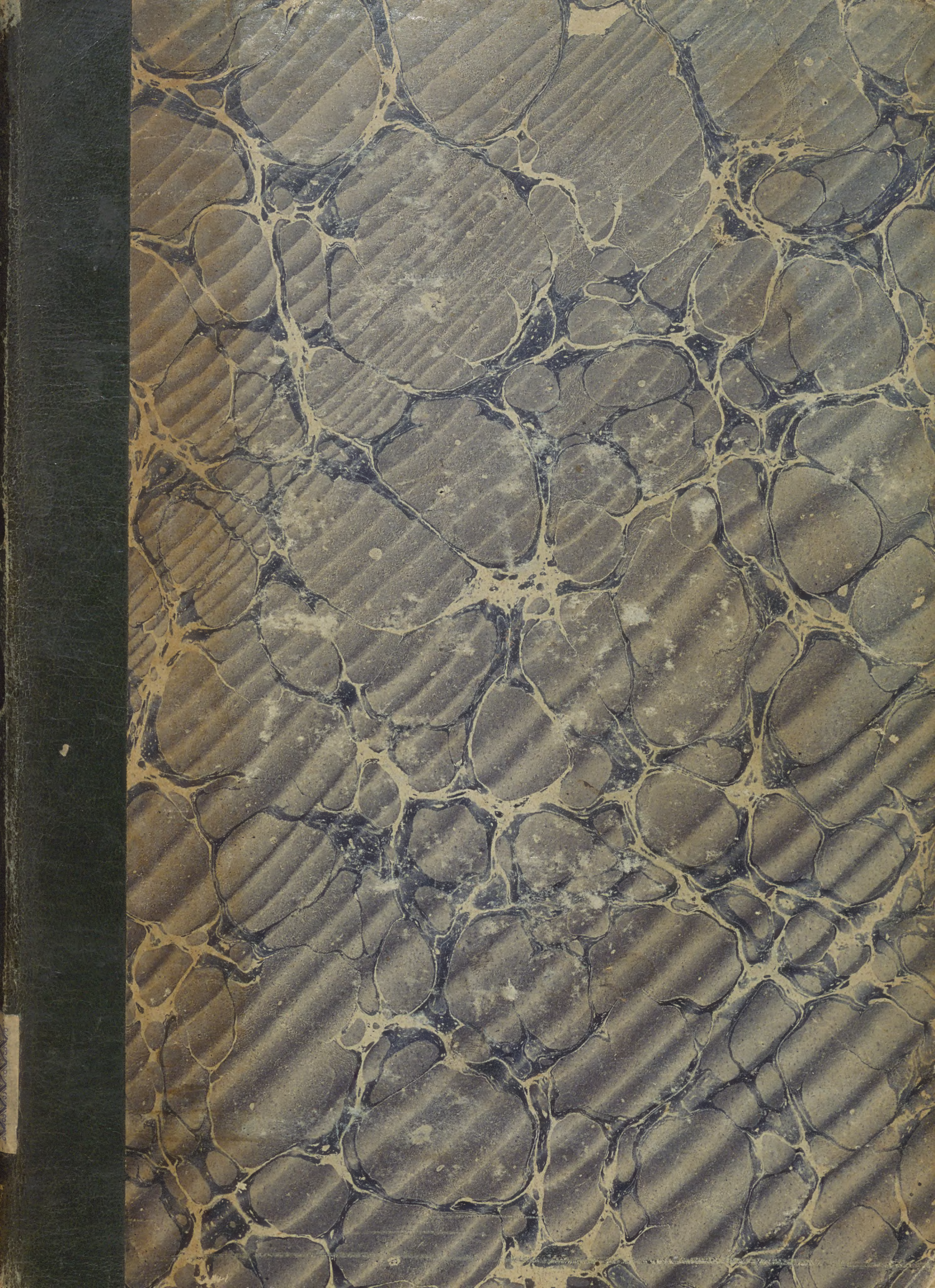


HISTORIA

DEL LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA,

CRÓNICA DE TODOS LOS ACONTECIMIENTOS NOTABLES, GLORIAS, TRIUNFOS, COMBATES Y SUFRIMIENTOS DE LOS ESPAÑOLES PARA SALVAR SU LIBERTAD É INDEPENDENCIA, CON TODOS LOS SUCESOS QUE CONTIENE LA ESCRITA

POR EL EXCMO. SR.

CONDE DE TORENO.

OBRA PINTORESCA

Ilustrada con mas de mil grabados representando vistas de monumentos y escenas de revolucion, y una galeria de retratos grabados en acero de todos los hombres distinguidos.

II.

MADRID.—1851.

LIBRERIA DE LEOCADIO LOPEZ,
calle del Carmen, núm. 29.

LIBRERIA DE A. SALA,
calle de Toledo, núm. 118.



D. Fernando 7.º de Borbon.



CAPITULO PRIMERO.

Palabras de Napoleon al duque de Rovigo y á Izquierdo, cuando supo la sublevacion de Aranjuez.—Carta de Bonaparte á su hermano Luis, ofreciéndole el trono español.—Palabras de Izquierdo al gefe de la Francia.—Correspondencia de Maria Luisa con el principe Murat.—Preparativos de los fernandistas para recibir al emperador.—Cambio de la opinion pública respecto á los franceses.—Llegada de Escoiquiz.—Notable ceguedad de los fernandistas, y esplicacion del *por qué*.—*Ultimatum* de Napoleon.—Entrega de la espada de Francisco I.—Salida del infante D. Cárlos para recibir a Bonaparte.—Aviso de Hervás.—Nombramiento de una junta suprema de gobierno, y salida de Fernando al encuentro de Bonaparte.—Desasosiego general y proclama para calmarlo.—Nuevos artificios del general Savary.—Vergonzosa carta de Fernando á Napoleon, y terrible respuesta de este.—Nuevos avisos llegados de Bayona.—Planes de algunos españoles para libertar al rey.—Conmocion popular en Vitoria.—Sale Fernando de esta ciudad para dirigirse á Bayona.—Reflexiones sobre esta resolucion.—Entrada del joven monarca en el territorio francés.—Visita que le hace Napoleon.—Segunda entrevista de Fernando con Bonaparte en el palacio de Marrac.—Ilusorias esperanzas de los fernandistas.



AS noticias del tumulto de Aranjuez y de la abdicacion de Cárlos IV llegaron al palacio de Saint-Cloud, una detrás de otra, la noche del 26 de marzo, habiendo despachado el embajador Beauharnais dos correos con el relato de lo sucedido. Nosotros hemos sido de opinion que cuando el agente de la Francia se oponia con tanto empeño á la partida de la familia real de España, no es presumible que lo hiciera sin obrar de acuerdo con las instrucciones que naturalmente le remitiria el emperador. Este sin embargo censuró fuertemente la conducta de su enviado, lo cual sirve á los historiadores de prueba para asegurar que la oposicion de Beauharnais al mencionado viaje era contraria á los intereses de su amo, y que al obrar aquel asi, lo habia hecho por efecto de su solo capricho. No siendo esto concebible en el agente de un soberano tan poco sufrido como Napoleon, y menos tratándose de un asunto tan grave y de tanta consecuencia, nos inclina-

mos á creer que ó el enojo del emperador fue ficticio, ó lo único que le incomodó fue la falta de tino con que Beauharnais habia dejado marchar las cosas mas allá de lo conveniente. Como quiera que sea, Napoleon manifestó al duque de Rovigo, segun indica este en sus Memorias, el disgusto que le causaba la noticia que acababa de recibir.» Este acontecimiento, le dijo, no entraba en mis cálculos: los negocios toman un rumbo que yo no esperaba. Veo que el padre tenia razon en acusar al hijo de conspirador contra su trono: este suceso le quita la máscara, y nunca lo aprobaré. Cuando Cárlos V verificó su renuncia, no se contentó con una declaracion escrita, sino que le dió autenticidad con las ceremonias que en tales casos se acostumbran, renovándola despues varias veces, sin entregar las riendas del gobierno hasta haber probado ser aquel sacrificio efecto espontáneo de su voluntad.»

Semejante modo de espresarse parecia indicar que el gefe de la Francia se hallaba dispuesto, en los primeros instantes de recibir la noticia, á sostener al padre contra el hijo; y así tambien deberia inferirse de lo que al dia siguiente dijo á Izquierdo, segun relato del príncipe de la Paz. «Las circunstancias son ya otras (decia á nuestro agente); yo estoy ya libre enteramente de las obligaciones que contraje por el último tratado. Mi alianza con el padre no me obliga en modo alguno con el hijo que le ha tomado la corona en medio de un tumulto. Una revolucion, cualquiera que esta sea, en el gobierno de un estado, pone en suspenso, cuando menos, la obligacion de la otra parte contratante, libre no solo en tales circunstancias de rescindir los pactos onerosos que se hubiese impuesto, sino hasta de prestarse al reconocimiento del gobierno ó del monarca que la revolucion ha producido. Por afeccion, por simpatía con Cárlos IV y tambien por honor mio, aunque no esté previsto en los tratados el caso en que nos vemos, *mi intencion es sostenerlo y hacer volverle la corona si ha sido violentado*; pero un nuevo tratado es necesario: el otro ha fenecido porque las circunstancias han cambiado, y Cárlos IV no puede responderme, como antes, de la union de su familia ni de la paz de sus estados. Si resignado á los sucesos prefiere libremente retirarse y abandonar el reino á su heredero, con él no hay nada que me ligue sino la ley comun de las naciones; yo estoy en libertad de hacer lo que convenga á mi sistema de política y á la prosecucion de mis proyectos contra la Inglaterra. Dado que se aviniese á mis consejos, que me ofreciese garantías cual yo las necesito, y que la nueva córte me inspire confianza, *cosa que dudo mucho*, podré reconocerle; pero de cualquier modo, ó con el padre ó con el hijo tratados nuevos son precisos.»

Todo esto era farsa y pura palabrería. Napoleon habia hollado escandalosamente los convenios, y ahora buscaba un nuevo pretesto para seguir obrando á su antojo. Su indicacion de restituir el cetro al monarca destronado era farsa y mentira tambien, puesto que en el mismo dia en que así se espresaba, resolvió romper de una vez con toda clase de consideraciones, colocando en el trono español un individuo de su familia, y ofreciéndolo á su hermano Luis rey de Holanda. «El rey de España, le decia, acaba de abdicar la corona y el príncipe de la Paz ha sido preso. En Madrid habia comenzado un levantamiento, cuando mis tropas estaban todavia á cuarenta leguas de la capital. Sus habitantes deseaban su presencia, y el gran duque de Berg habrá entrado allí el 23 al frente de 40,000 hombres. Seguro como estoy de que no podré tener paz durable con Inglaterra sin dar un grande impulso al continente, he resuelto colocar un príncipe frances en el trono de España.» Y luego pasaba á indicarle haber pensado en él para sentarle en ese trono, pidiéndole respuesta categórica sobre si admitia ó no la propuesta, á la cual no daba otro carácter que el de simple proyecto, pues si bien tenia en España un ejército de 100,000 hombres, era posible que sobreviniesen circunstancias que le obligasen á dirigirse á la Península, acabándose todo en breve, ó que anduviese mas despacio el negocio, siguiendo en secreto las operaciones por espacio de algunos meses.

Por aquellos dias tuvo Napoleon otra conferencia con Izquierdo, y preguntándole si los españoles le querrian como á soberano suyo, replicóle este con oportunidad que elogia el conde de Toreno: *con gusto y entusiasmo admitirán los españoles á V. M. por su monarca; pero despues de haber renunciado la corona de Francia.* «Imprevista respuesta, dice el historiador mencionado, y poco grata á los delicados oidos del orgulloso conquistador.» Luis Bonaparte rehusó la propuesta de su hermano; pero este no era hombre para renunciar á proyectos una vez concebidos. Napoleon salió de Paris el 2 de abril con direccion á Burdeos, despues de haber escrito á Murat la prudentísima carta de instrucciones, fecha 29 de marzo, cuyo estracto hemos dado en el tomo anterior (1). El objeto del emperador al dirigirse á un punto tan cercano á la frontera, era observar mas de cerca el aspecto de los negocios, siendo escusado decir lo admirablemente que le serviria para la realizacion de sus designios la protesta de Cárlos IV enviada á sus manos por conducto de Murat. En la carta con que fue acompañada, ponia el destronado monarca su suerte, la de su familia y la de la nacion entera al arbitrio del emperador, y tanto mas le autorizaba á obrar como mejor quisiese, cuanto ni aun reclamaba el trono que acababa de perder; especie que á haber sido puesta, hubiera creado un gravísimo compromiso á Bonaparte, que tanto interés tenia en aparecer equitativo á los ojos de Europa; pero el general Monthion tuvo buen cuidado en descartar aquel documento de toda espresion que pudiese obligar á su amo á conducirse de otra manera que la que le dictase el capricho.

La vergonzosa y culpable correspondencia entre una parte de la régia familia y el príncipe Murat (2), acabó de poner patente á los ojos del gefe de la Francia el vilipendio y degradacion de todos sus individuos, siendo ocioso tambien indicar hasta qué punto deberia influir en que este se ratificase en la idea de ocu-

---

(1) Páginas 452 y 453.

(2) Llamámosla *vergonzosa* por la falta de dignidad que en toda ella se observa; *culpable*, porque las cartas de la Reina contienen una multitud de párrafos, cuyo pensamiento dominante es irritar al emperador contra Fernando, acusándole con razon muchas veces, pero ante un tribunal incompetente, el de un general estrangero. La patria demandaba otra conducta, y María Luisa en sus comunicaciones olvidó que tenia patria.

Nosotros concebimos muy bien que los reyes padres se interesasen vivamente por la suerte del príncipe de la Paz, y nada nos causaria sorpresa en la que tanto deliraba por él, si se hubiera limitado á impetrar la mediacion del gran duque para libertar á su amigo, haciéndolo en términos decorosos y sin comprometer los destinos del pais. El valido, segun ella, padece y está espuesto a morir por la razon potísima *de haber sido fiel á los franceses*, y esto lo repite hasta la saciedad en todas sus cartas, siendo fácil de inferir el objeto que se propone al espresarse de ese modo. Los padecimientos del rey destronado y los de ella no reconocen tampoco otro motivo: *padecemos*, dice Maria Luisa á Murat, y se lo dice repetidas veces, *porque somos amigos de V. A., de los franceses y del emperador.* La consecuencia inmediata que *las dos sagradas é incomparables personas del emperador y del gran duque* deben deducir de especie tan siniestramente alarmante, al alcance de todos está; pero María Luisa quiere ser mas esplícita, y anuncia teminantemente ser preciso que Napoleon *dé sus órdenes*, porque *Fernando es enemigo del emperador y del gran duque*, y está *á la cabeza de todos los enemigos de los franceses, y habla con bastante desprecio de las tropas francesas*, y no seria de estrañar *que acometiese algun atentado contra ellas*, cuando la detestable faccion que le rodea *no es mas amiga de la Francia que lo es Fernando*, á pesar de todo lo que digan en la Gaceta, *pues solo el miedo del emperador les hace hablar asi*, y á ese miedo se añade otro, porque conviene saber que Fernando *teme mucho al pueblo.* ¿Puede darse chismear mas innoble, humillacion mas indigna, abatimiento mas degradante? Todavía hay mas: Maria Luisa manifiesta que tanto ella como su esposo *permanecerán siempre aliados de los franceses, y que se pondrán á la cabeza de las tropas españolas de que pueden disponer*, no ya para reconquistar el trono para sí (puesto que su único objeto, aun despues de hecha la protesta contra la abdicacion, es retirarse tranquilamente con su amigo) sino *para hacer obedecer á las tales tropas lo que el rey y la reina quieren, que es* QUE SEAN AMIGAS DE LOS FRANCESES. ¡La *Francia*! ¡solamente la *Francia*! Tal es el Dios, tal la patria, tal el todo de Maria Luisa.

Diráse tal vez que cuando así se espresaba la reina y cuando tan vedados resortes tocaba, grave y muy grave debia ser el peligro en que ella y su esposo se vian; pues á no ser así, no era posible que aquella desgraciada señora se arrastrase de un modo tan indigno á las plantas del general francés y á las del emperador, á quien Cárlos IV habia tantas veces llamado *el enemigo de su casa.* Cuando asi fuera, Maria Luisa debia haber preferido la muerte de manos de sus verdugos (como dicen los autores de la Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España), al degradante medio de acusar á su hijo, aun cuando fuese á sacrificarla, á un general estrangero. ¿Qué diremos, pues, no existiendo semejante peligro? Por mas verdaderos que sean los espantosos rasgos que María Luisa atri-

del pais que asi los recibia con los brazos abiertos. El roce con los vencedores de Europa, y el hábito de verlos de cerca habian rebajado en gran parte la admiracion que se les tributaba de lejos; contribuyendo la atenta observacion de aquella aluvion estrangera á desencantar insensiblemente la imaginacion de aquella especie de culto que pocos momentos antes rendia á las invencibles cohortes. La ebriedad de la comun alegria en los primeros instantes de la exaltacion de Fernando no habia permitido otra cosa que entregarse los pueblos á toda la locura del regocijo; pero las impresiones fuertes son cortas, y apenas habia pasado el primer dia, cuando ya la disposicion de los ánimos habia cambiado sensiblemente. El sentimiento nacional se fue dispertando, y con él sacudió su letargo la sabida antipatía que existe entre el carácter español y el frances. Las riñas y disputas entre los paisanos y los imperiales sucedieron bien pronto á la cordialidad del recibimiento que á estos acababa de hacerse, habiéndose comprometido notablemente la tranquilidad en Madrid con la que tuvo lugar en la plazuela de la Cebada el dia 27 de marzo. La nube comenzaba á cargarse, y en vez de conjurarla Murat, la hacia cada dia mas densa.

El nuevo gobierno mientras tanto via pasados los dos dias y medio prefijados para la venida del grande hombre, en cuyos brazos le obligaba á entregarse su poco tranquila conciencia. La elevacion de Fernando se debia á un tumulto, y cuando tanto babia contribuido Beauharnais al éxito de la conjuracion, no dejaba al fin de chocarle la estraña conducta de este, si bien la atribuia, lo mismo que la de Murat, á falta de instrucciones de su soberano. Puestos entre la espada y la pared, empezaban los triunfantes conspiradores á abrigar en sus almas los recelos en que el pueblo los habia precedido, cuando la llegada de Escoiquiz el dia 28 de marzo vino desgraciadamente á renovar la confianza en aquellos ilusos. Confinado



LLEGADA DE ESCOIQUIZ.

el maestro de Fernando al convento de Tardon, con motivo de la causa del Escorial,

no bien recibió la órden en que se le alzaba el destierro, cuando corrió exhalado á felicitar á su alumno y á ocupar la plaza de consejero de Estado, con la cual y con la cruz de Cárlos III premió el nuevo rey los servicios del que cinco meses antes hubiera con gusto enviado á la horca, á trueque de salvar su cabeza. Escoiquiz habia desempeñado el papel principal en la primera conspiracion abortada; y era justo que lo desempeñase tambien en la situacion creada por la segunda, y que gracias á su intervencion y consejos debia abortar tambien (1).

Deliberando estaban los hombres de Fernando sobre lo incierto y anómalo de las circunstancias, cuyo aspecto comenzaba á ponerlos de mal humor, cuando alzándose el bueno del canónigo, tomó la palabra y juróles ser demencia y delirio desconfiar un solo instante, cuando tantas seguridades tenia él de la realizacion de su pensamiento favorito, el del enlace de Fernando con una princesa de la familia imperial. Lo malo era que el iluso eclesiástico no tenia las seguridades de que hablaba, ¿pero cómo temer, ni aun remotamente, que un plan concebido por tan bien organizada cabeza, pudiera desgraciarse jamás? Pero no fue la presuncion, con dominar tanto en él, la sola que cegó á Escoiquiz. Si el arcediano de Alcaráz consideraba poco menos que herético sospechar de la buena fé de Napoleon, eso consistia principalmente en la culpabilidad de su anterior conducta. Desconfiar del gefe de la Francia era lo mismo que escitar su cólera, y ponerle en la tentacion de favorecer, con sinceridad ó sin ella, la causa del monarca destronado. ¿Qué podia esperar en tal caso el que tanto se habia señalado como conspirador contra un rey, cuya reaparicion en la escena política no era del todo imposible? ¿Qué suerte podian prometerse los demas consejeros de Fernando? ¿Qué porvenir, por último, era capaz de lisonjear á Fernando mismo, si tenia la desgracia de desmerecer el apoyo del emperador? Esta consideracion espantosa preponderó sobre las demas, debiéndose á ella casi esclusivamente la humillacion y desdoro del nuevo gobierno ante el hombre temido cuyo fallo en aquella crisis era cuestion de vida ó muerte para tantas conciencias turbadas. Solo asi puede esplicarse el por qué de tantas miserias en una córte cuyos principales sugetos, siendo superiores en inteligencia al malhadado clérigo que nos ocupa, cedieron sin embargo á su voto. Los duques del Infantado y San Cárlos que compartian con él la nueva privanza, no eran en verdad tan negados como algunos escritores han supuesto. Infantado en particular podria rechazar con razon la nota de ánimo flojo y distraido que el conde de Toreno le atribuye; pero los talentos son nada cuando el pecho no late tranquilo. ¿Cómo negar tampoco una porcion de bien organizadas cabezas al ilustre consejo de Castilla? Pero ese consejo habia prevaricado cuando los sucesos del Escorial, formando causa comun con los conspiradores desde el momento mismo en que pronunció su sentencia; y esto sentado, ¿qué suerte podian tampoco prometerse los magistrados que en ella habian intervenido, si la causa de Cárlos vencia? Queda, pues, esplicado el motivo de aquella ceguedad sin ejemplo. Los lectores no deben perderlo de vista: sin él no es posible concebir cómo un gobierno que tan poderosamente contaba con el apoyo de la opinion pública, siguió sin embargo arrastrándose á las plantas de Napoleon, con mas humillacion todavia de la que tan menguadamente habia caracterizado al gobierno anterior.

Antes de tener Bonaparte noticia de los sucesos de Aranjuez, habia contestado á las gestiones de Izquierdo sobre las especies *proponibles*, mandando entregarle el 23 de marzo una nota verbal en que se espresaba la irrevocable resolucion del emperador de proceder á un arreglo con la córte de España bajo las cua-

(1) Uno de los primeros consejos de Escoiquiz fue inclinar el ánimo de su regio alumno á vindicar la memoria de ambos, y la de los demas conspiradores de la causa del Escorial, dando de ella una idea contraria á la que por el manifiesto de Cárlos IV podia haberse formado. Esto irritó mas al anciano monarca, segun se ve por las quejas que eleva María Luisa á Murat, calificando de falso lo que dicen los fernandistas. Asi se echaba leña al fuego y se abria mas el abismo que á todos los debia sumir.

tro bases siguientes: *Primera*: comercio libre entre las colonias españolas y francesas, pagando en estas, el español como si fuese frances, y el frances en aquellas como si fuese español, los derechos que á los naturales se exigiesen en sus respectivos paises, sin que ninguna otra nacion sino la francesa pudiese obtener de España la mencionada prerogativa, ni otra que la España pudiera conseguirla de Francia. *Segunda*: la cesion de Portugal á España, recibiendo la Francia un equivalente en nuestras provincias contiguas al imperio. *Tercera*: el arreglo definitivo de la sucesion al trono de España. *Cuarta*: hacer un nuevo tratado ofensivo y defensivo de alianza, estipulando el número de fuerzas con que deberian ayudarse recíprocamente ambas potencias.

Izquierdo desde Paris dirigió el 24 de marzo este *ultimatum* de Napoleon al príncipe de la Paz, acompañando el pliego con varias reflexiones que hacian honor á aquel agente, y manifestando la premura con que el emperador queria que se procediese en asunto de tamaña importancia. El preámbulo de las bases era amenazante y siniestro, no pudiendo caber la menor duda en que si Cárlos IV se resistia á otorgarlas, estaba Napoleon resuelto á no desistir de su empeño. El mencionado pliego fue escrito cuando no era rey Cárlos IV; pero Izquierdo ignoraba su caida, y la elevacion de su sucesor. Venida la comunicacion á manos de Ceballos, ni á este ni á Fernando, ni á ninguno de sus consejeros podia serles dudoso el inminente riesgo que España corria en aquella crisis terrible; pero el pliego contenia una especie relativa al casamiento de Fernando con la anhelada princesa imperial, dando la boda como cosa confidencialmente convenida con Izquierdo, aun cuando debia ser objeto de un arreglo particular é independiente del convenio á que se referian las bases. Nada mas á propósito para calentar la cabeza de Ezcoiquiz. Su plan parecia aprobado: ¿qué importaba todo lo demas? El mayor mal que de Napoleon podia recelarse consistia á lo sumo en el trueque de las provincias mas allá del Ebro por el reino de Portugal, y esto era para Ezcoiquiz sacrificio bien pequeño en comparacion de las ventajas que las tales bodas debian producir. Fija su mente en esta idea, consiguió arrastrar en su pos á todo el consejo; y sin reflexionar que la caida de Cárlos IV podia muy bien contribuir á que Napoleon se considerase libre de todo empeño con el nuevo monarca, no pensaron en otra cosa que en complacer al hombre de cuyo apoyo esperaban su mantenimiento en el mando, aun cuando fuese necesario comprarlo á costa de la desmembracion de la monarquia.

Murat mientras tanto proseguia en su retraimiento, sin dignarse visitar á Fernando, ni aun por mero cumplido. Ese proceder desdeñoso no impedia que los hombres de Fernando VII se esmerasen en agasajarle, revelando mas de lo conveniente el temor que abrigaban sus pechos. Dos años antes habia manifestado Napoleon deseos de poseer la espada que Francisco I habia rendido á Cárlos V en los campos de Pavia; y el príncipe de la Paz, en medio de su deferencia á las insinuaciones de la Francia, se habia negado á entregar aquel monumento de nuestras antiguas glorias. Murat manifestó los mismos deseos á los hombres de Fernando, y estos se prestaron gustosos á la insinuacion del gran duque. Estraida la espada de la Armería real el dia 31 de marzo, colocóse sobre una bandeja de plata, cubierta de un riquísimo paño, en el testero de una carroza de gala, y fue llevada con gran ceremonia á la casa del marqués de Astorga, donde estaba alojado Murat, siendo entregada en manos de este, junto con una carta de Fernando, por el mencionado marqués en calidad de caballerizo mayor. Al ver la sombra de Cárlos V, desde la morada de los héroes, aquella escena de humillacion y vilipendio, hubiera podido muy bien prorumpir en los indignados versos que Quintana atribuye á Felipe:

«¡A la Francia! ¡á esa gente abominable,
Eterno horror de la familia mia!»



ENTREGA DE LA ESPADA DE FRANCISCO I.

El generalísimo frances, de acuerdo sin duda con las instrucciones secretas que al efecto deberia enviarle su amo, insinuó á los consejeros del nuevo rey lo conveniente que seria salir este al encuentro de Napoleon, para darle en ello una prueba de confianza y cariño. A los pocos momentos de haber Fernando subido al trono, habia salido ya una embajada, compuesta de los duques de Medinaceli y de Frias y del conde de Fernan-Nuñez, con objeto de recibir y cumplimentar al grande hombre, á quien se suponia no solo en camino, sino próximo á la capital; pero esto no bastaba á llenar las tenebrosas miras del emperador. El plan era sacar de España á sus príncipes, y deseoso Murat de ponerlo en ejecucion, hizo la insinuacion mencionada, aunque de una manera indirecta. Pareciéndole luego demasiado atrevida esta especie, propuso en su lugar que marchase el infante D. Cárlos, y conviniendo en ello la corte, se verificó su salida el dia 5 de abril en compañía del duque de Hijar, de D. Pedro Macanaz y de D. Pascual Vallejo, no sin dejar pensativa á la poblacion, cuyo recelo hácia los franceses iba creciendo de dia en dia. Habiase dicho al infante que hallaria á Napoleon en Burgos, y no le halló sin embargo, cosa que no dejó de estrañar la comitiva; pero no creyendo posible que el gran duque de Berg les hubiese mentido, prosiguieron adelante en su marcha, haciendo alto en Tolosa, sin atreverse, como la embajada anterior, á entrar desde luego en el territorio francés.

Vista por Murat la condescendencia del gobierno español en haber enviado al

infante, y conociendo el miedo que tanto á Fernando como á sus prohombres causaba la idea de un juicio desfavorable por parte de Napoleon sobre los últimos acontecimientos, volvió á indicar diestramente la conveniencia de salir al encuertro de su augusto amo el mismo Fernando en persona. El embajador Beauharnais unió sus ruegos á los del generalísimo, pintando aquel paso como el mas á propósito para inspirar al embajador confianza en el nuevo gobierno. La corte no sabia qué hacerse, y los consejeros del rey estaban divididos. El ministro Ceballos y los duques del Infantado y San Cárlos eran de opinion que, pues el infante no habia conseguido encontrar al que tantos dias atrás se suponia en España, el rey no debia dejar su corte hasta que la entrada del gefe de la Francia en el territorio español se supiese de oficio. Escoiquiz sostenia lo contrario, tachando de exagerados tales recelos, y no acertando á concebir cómo despues de lo que él tenia hablado, habia quien dudase un momento del feliz y venturoso éxito que aquello debia tener. La llegada del general Savary, ayudante de Napoleon, terminó la vacilacion de la corte. Era Savary uno de los hombres mas diestros entre los artificiosos cortesanos del guerrero del Sena, y conociendo este sus felices disposiciones para dar completa cima al ardid, habia tenido buen cuidado en enviarle á la capital de España con las instrucciones competentes. Llegó, pues, Savary bien dispuesto, y solicitando de Fernando ser oido en audiencia particular, manifestó que venia con encargo de sondear sus sentimientos respecto á la Francia, añadiendo que si estos eran iguales á los de Cárlos IV, no tendria el emperador inconveniente en reconocer al hijo por rey de España y de las Indias, prescindiendo enteramente de los medios á que habia recurrido para adquirir su elevacion. Tan artificiosas palabras no podian menos de hacer caer en el lazo á Fernando y los suyos, y mas siendo las primeras que oian, al cabo de tanta incertidumbre en lo tocante al reconocimiento. Observado por Savary el buen efecto que su arenga habia producido, deslizóse sagazmente á la especie de la salida del rey, diciendo que la mayor prueba que podria tener Napoleon de sus amistosos sentimientos, consistia en verificarla (1), y añadiendo por último que Napoleon á aquellas horas debia de estar en Bayona y salir al momento para España, por lo cual podria Fernando encontrarle en Burgos, siendo su viaje asi de cortísima duracion.

---

(1) Los consejeros de Fernando podian haber contestado á Savary que era bien estraño y chocante tratase de sondear los sentimientos de la nueva córte respecto á la Francia, cuando tan patentes habia cuidado de ponerlos desde los primeros instantes de la elevacion de su gefe. Dígalo sino el documento que á continuacion trascribimos, y dígase si podiamos lisongearnos de haber ganado, con la caida del anciano rey, en espíritu de independencia nacional.

«Don Bartolomé Muñoz de Torres del consejo de S. M., su secretario escribano de cámara mas antiguo y de gobierno del consejo.

«Certifico que por el Excmo. Sr. D. Pedro Ceballos, primer secretario de Estado y del despacho, se ha comunicado al Ilmo. Sr. decano gobernador interino del consejo la real órden siguiente:

«Ilmo. Sr.: Uno de los primeros cuidados del rey N. S. despues de su advenimiento al trono ha sido el participar al emperador de los franceses y rey de Italia tan feliz acontecimiento, asegurando al mismo tiempo á S. M. I. R. que animado de los mismos sentimientos que su augusto padre, lejos de variar en lo mas mínimo el sistema político con respecto á la Francia, procurará por todos los medios posibles estrechar mas y mas los vínculos de amistad y estrecha alianza que felizmente subsisten entre la España y el imperio frances. S. M. me manda participarlo á V. I. para que publicándolo en el consejo proceda el tribunal á consecuencia en todas las medidas que tome para restablecer la tranquilidad pública en Madrid, y para recibir y suministrar á las tropas francesas que estan dispuestas á entrar en esa villa todos los ausilios que necesiten; procurando persuadir al pueblo que vienen como amigos, y con objetos útiles al rey y á la nacion. S. M. se promete de la sabiduría del consejo, que enterado de los vivos deseos que le animan de consolidar cada dia mas los estrechos vínculos que unen á S. M. con el emperador de los franceses, procurará el consejo por todos los medios que esten á su alcance inspirar estos mismos sentimientos en todos los vecinos de Madrid. Dios guarde á V. I. muchos años. Aranjuez 20 de marzo de 1808.—Pedro Ceballos.—Señor gobernador interino del consejo.»

«Publicada en el consejo pleno de este dia la antecedente real órden, se ha mandado guardar y cumplir; y para que llegue á noticia de todos se imprima y fije en los sitios públicos y acostumbrados de esta corte. Y para el efecto lo firmo en Madrid á 21 de marzo de 1808.—Don Bartolomé Muñoz.»

Por astuto y disimulado que fuese el enviado francés, los motivos de recelo con que la nueva corte debia mirar aquella embajada eran siempre los mismos, dado que en todo lo que decia no presentaba aquel agente otra credencial que su sola palabra, siendo bien notable por cierto que el rey se decidiese á partir sin mas garantía que esa. Su salida de la corte estaba sujeta á mil inconvenientes, esponiéndole á caer en alguna celada que los franceses, dueños absolutos del pais, podian armarle; aventurando ademas la suerte de la nacion cuya causa desgraciadamente era ya inseparable, por el inmerecido concepto en que el pais le tenia, de la causa personal del monarca; y menoscabando su decoro por último, dado que el viaje de Fernando le hacia aparecer como un hombre que iba á mendigar su corona de manos de un monarca estrangero. Estas consideraciones que tan naturales nos parecen ahora, fueron todas desatendidas, llegando á tal punto el delirio de aquellas gentes, que ni aun dieron oidos al aviso dado por D. José Martinez de Hervas, quien habiendo venido en compañía del general Savary sirviéndole de intérprete, manifestóles con ingénua lealtad el peligro á que el rey se esponia si verificaba aquel viaje, siendo de opinion por lo mismo que se desistiera de él, ó se suspendiese á lo menos. Todo esto, repetimos, fue en vano, y el dictámen de Escoiquiz venció. La estrella de este sacerdote era perder dos veces á su régio alumno. Señalado el dia 10 de abril para la partida del rey, nombró este una junta suprema, la cual debia entender en todo lo gubernativo durante su ausencia, consultando en lo demas con S. M., siendo su presidente el incapaz infante D. Antonio, y vocales los individuos que á la sazon componian el ministerio (1). La víspera de la salida envió Fernando á su padre un pliego en el cual le pedia una carta para Napoleon, reducida á felicitarle Cárlos IV en su nombre, y á manifestarle sobre todo que los sentimientos del hijo hácia el emperador eran los mismos que el padre le habia demostrado. El destronado monarca se guardó muy bien de acceder á aquella súplica. Maria Luisa por su parte escribió al gran duque de Berg incluyéndole la peticion de Fernando, y pidiéndole consejo sobre lo que deberian contestar caso de verse precisados á dar respuesta, añadiendo: *que ni ella ni el rey escribirian la carta que su hijo les pedia, sino en el caso de obligarles por la fuerza, como sucedió con la abdicacion, cuya protesta habia aquel enviado á S. A.* «Lo que dice mi hijo *es falso*, continuaba despues, y solo es verdadero que mi marido y yo tememos que se procure hacer creer al emperador un millon de mentiras, pintándolas con los mas vivos colores en agravio nuestro y del pobre príncipe de la Paz, amigo de V. A., admirador y afectísimo del emperador, bien que nosotros estamos *totalmente puestos* en manos de S. M. I. y V. A., lo cual nos tranquiliza de modo que con tales amigos y protectores no tememos á nadie.»

Fernando tuvo que resignarse á partir sin llevar consigo la carta de recomendacion, documento en verdad que de nada podia servirle despues del cuidado que Maria Luisa habia puesto en prevenir á Murat y al emperador contra él y sus consejeros. Los auspicios del viaje no podian ser mas tristes, y se verificó sin em-

(1) Estos eran: D. Pedro Ceballos, ministro de Estado: D. Francisco Gil y Lemus, de Marina; D. Miguel José de Azanza, de Hacienda; D. Gonzalo Ofarril, de Guerra; y D. Sebastian Piñuela, de Gracia y Justicia. Ceballos, como veremos, acompañó al monarca en su viaje.

Por resolucion de la misma junta dióse entrada á sus sesiones, desde los primeros dias de su instalacion, al gobernador del consejo D. Arias Mon, al príncipe de Castelfranco y al conde de Montarco. Aumentándose despues los conflictos en que aquel cuerpo se via continuamente, agregáronsele en 1.° de mayo todos los presidentes y decanos de los consejos.



SALIDA DE FERNANDO VII PARA BURGOS.

bargo. Siguieron al rey el ministro Ceballos, los duques del Infantado y San Cárlos, el marqués de Muzquiz, D. Pedro Labrador, el capitan de guardias de Corps conde de Villariezo, los gentiles-hombres de cámara marqués de Ayerbe, de Guadalcázar y de Feria, y como bien se deja entender, la persona mas influyente entonces en los consejos del monarca, el favorito de Fernando VII, aquel hombre que con presumir tanto de sus talentos, era sin embargo inferior bajo todos conceptos al que el mismo Cárlos IV habia tenido; el canónigo Escoiquiz en una palabra. En cuanto á Savary, de adivinar es tambien que una vez cojida la presa, procuraria no perderla de vista.

El pueblo de Madrid, cuya zozobra iba cada dia en aumento, se hallaba en una situacion violenta, é imposible de describir; pero los desacordados viajeros habian tenido buen cuidado en prevenir los desagradables efectos que pudiera producir la agitacion de los ánimos, haciendo publicar la víspera de su salida el real decreto siguiente:

«El rey nuestro señor acaba de tener noticias fidedignas de que su íntimo amigo y augusto aliado el emperador de los franceses y rey de Italia se halla ya en Bayona con el objeto mas grato, apreciable y lisonjero para S. M., como es el de pasar á estos reinos con ideas de la mayor satisfaccion de S. M., y de conocida utilidad y ventaja para sus amados vasallos; y siendo, como es, correspondiente

á la estrechísima amistad que felizmente reina entre las dos coronas, y al muy alto carácter de S. M. I. y R., que S. M. pase á recibirle y cumplimentarle y darle las pruebas mas sínceras, seguras y constantes de su ánimo y resolucion de mantener, renovar y estrechar la buena armonía, íntima amistad y ventajosa alianza que dichosamente ha habido y conviene que haya entre estos dos monarcas, ha resuelto S. M. salir prontamente á efectuarlo. Y como esta ausencia ha de ser por pocos dias, espera de la fidelidad y amor de sus amados vasallos, y singularmente de los de esta córte que tan repetidamente se lo han acreditado, que continuarán tranquilos, confiando y descansando en el notorio celo de sus ministros y tribunales, y principalmente en la junta de gobierno presidida por el serenísimo señor infante D. Antonio, que queda establecida; y que seguirán observando, como corresponde, la paz y buena armonía que hasta ahora han tenido con las tropas de S. M. I. y R., suministrándoles puntualmente todos los socorros y ausilios que necesiten para su subsistencia, hasta que vayan á los puntos que se han propuesto para el mayor bien y felicidad de ambas naciones, asegurando S. M. que no hay recelo alguno de que se turbe ni altere dicha tranquilidad, buena armonía y ventajosa alianza; antes mas bien, S. M. se halla muy satisfecho de que cada dia se consolidará mas. Tendréislo entendido &c.

Difícil es decidir qué sobresale mas en este malhadado documento: si la insensatez con que seis dias antes de la llegada del emperador á Bayona se asegura que el rey acaba de tener noticias fidedignas de hallarse aquel en dicha ciudad, ó la insigne contradiccion en que incurren los que habiendo tachado con tanta justicia en el gobierno del valido su demasiado estrecha alianza con el gabinete frances, se manifiestan dispuestos á reapretarla y robustecerla. Otro decoro, otra dignidad, otra confianza en sí mismo conveníale mostrar al monarca que, bien ó mal elevado al trono de su padre, representaba no obstante la magestad del pais, y entusiasmando á los pueblos con su nombre, podia en caso de colision ó desavenencia con el emperador contar con el irresistible y decidido apoyo de la nacion entera. Bien lo mostraban las poblaciones que Fernando recorria en su viaje, todas delirantes al verle, todas aclamando á su ídolo, frenéticas todas por significarle el entusiasmo que las poseía. La marcha del rey hasta Burgos puede considerarse como una contínua ovacion; pero Napoleon no estaba allí, y esto era bastante para acibarar la alegria en el corazon de Fernando. Este miraba á su comitiva, la comitiva le miraba á él, y todos por último fijaron los ojos en Savary, como queriendo significarle la sorpresa que tan repetidos engaños les causaban. El enviado, lejos de arredrarse por aquella especie de reconvencion, insistió en la necesidad y en la conveniencia de que el rey prosiguiese adelante, pues era imposible que tardase en encontrar á Napoleon, debiendo atribuirse á algun accidente casual no haber dado con él en Burgos. Era esto el dia 12, y los consejeros de Fernando deliberaron largamente sobre el partido que debia adoptarse. El dictámen de Ezcoiquiz, unido á las reiteradas promesas y nuevos artificios desplegados por el astuto Savary, decidió la cuestion á favor de la marcha, prosiguiendo el monarca adelante y llegando el 14 á Vitoria.

Recibió la ciudad á Fernando con el mismo entusiasmo que los demas pueblos; pero Napoleon tampoco estaba allí, y esto se pasaba de burla. Nueva deliberacion, consejo nuevo. El enviado frances no podia sostener por mas tiempo la farsa. Escoiquiz, con todo el ascendiente que egercia en el corazon de su régio alumno, no alcanzaba á desarrugar su ceño, ni á inspirar en la comitiva la insensata confianza que siempre tenia él. Súpose en esto que el emperador habia salido de Burdeos, llegando á Bayona en la noche del 14 al 15. El infante D. Cárlos que se habia detenido en Tolosa sin atreverse á pasar la frontera, se decidió á verificarlo cuando tuvo noticia de la aproximacion de Bonaparte. Savary deseaba que el rey imitase la conducta de su hermano; pero hallándole renitente, se encargó de poner en manos de Bonaparte la carta que insertamos á continuacion. «Escriba V. M. al emperador (dijeron á Fernando sus conseje-

ros), y veamos lo que contesta.» Y dictáronse al rey los siguientes renglones:

Carta de Fernando VII á Napoleon.

«Mi señor y hermano. Elevado al trono por abdicacion libre y espontánea de mi augusto padre, no he podido ver sin pesar verdadero que S. A. I. el gran duque de Berg, y el embajador de V. M. I. y R. han omitido felicitarme como á soberano de España, cuando lo han hecho los de otras córtes con quienes no tengo enlaces tan íntimos ni apreciados. No pudiendo atribuirlo sino á falta de órdenes para ello, V. M. me permitirá decirle con toda sinceridad que desde los primeros momentos de mi reinado he dado contínuamente á V. M. I. y R. testimonios claros y nada equívocos de mi lealtad y de mi afecto á su persona: que la primera providencia fue ordenar que volviesen á Portugal las tropas mandadas salir de allí para las cercanías de Madrid: que mis primeros cuidados fueron la provision, el alojamiento y las subsistencias de las tropas francesas, á pesar de la escasez estrema en que hallé mi real hacienda, y de los pocos recursos de las provincias en que se hallaban aquellas; y que ademas he dado á V. M. la mayor prueba de mi confianza, mandando salir de la capital las tropas mias para colocar en ella las de V. M.

»Asimismo he procurado en varias cartas que tengo escritas á V. M. hacerle ver con claridad los deseos de estrechar nuestra union con un lazo indisoluble á gusto de mis vasallos, para eternizar la amistad y alianza que habia entre V. M. y mi augusto padre. Con esta misma idea envié tres grandes de mi reino que saliesen al encuentro de V. M. en el instante mismo de haber sabido que V. M. proyectaba entrar en España; y para demostrar con mayores pruebas mi alta consideracion hácia su augusta persona, hice despues salir tambien con igual objeto á mi querido hermano el infante D. Cárlos, el cual ha llegado á Bayona en estos dias. No puedo dudar que V. M. ha reconocido mis verdaderos sentimientos en esta conducta.

»Despues de esto, V. M. llevará á bien que yo le manifieste mi pena de no haber recibido cartas de V. M., ni aun despues de la respuesta franca y síncera que dí á la pregunta que el general Savary fue á hacerme en Madrid á nombre de V. M. Este general me aseguró que los únicos deseos de V. M. eran saber si mi advenimiento al trono produciria novedades en las relaciones políticas de nuestros estados. Yo le respondí de palabra lo mismo que habia dicho ya por escrito á V. M.; y aun condescendí á la invitacion que me hizo de salir al encuentro de V. M. en el camino, por anticiparme la satisfaccion de conocer personalmente á V. M., á quien ya tenia yo manifestada mi intencion en esta parte. Guardando consecuencia he venido á la ciudad de Vitoria, posponiendo los cuidados indispensables de un reinado nuevo que dictaba por ahora mi residencia en el punto central de mis estados.

»Ruego pues á V. M. I. y R. con eficacia se sirva poner término á la situacion congojosa en que me ha puesto su silencio, y disipar por medio de una respuesta favorable las vivas inquietudes que mis fieles vasallos sufririan con la duracion de la incertidumbre. Ruego á Dios que os tenga en su santa y digna guarda. De V. M. I. y R. su buen hermano.—Fernando.—Vitoria 14 de abril de 1808.»

Hé aquí al monarca de una nacion pundonorosa y valiente, al monarca que, de cualquier manera que fuera, ocupaba el trono español con asenso unánime de sus pueblos, postrado humildemente á las plantas de un monarca estrangero, implorando abatido su reconocimiento, y dando un nuevo paso en la senda de degradacion que Escoiquiz le habia hecho empezar cuando la carta de 11 de octubre. ¿Qué concepto podia formar Bonaparte del que así pordioseaba una diadema, tras haber mendigado una novia?

Savary se dirijió á Bayona con la celeridad del rayo, restituyéndose á Vitoria el 17 con la misma celeridad: tanto era lo que temia que se le escapase la presa. Fernando esperaba con ánsia la respuesta de Napoleon, ¡y la contestacion era esta!

Carta del Emperador á Fernando VII.

«Hermano mio: He recibido la carta de V. A. R. Ya se habrá convencido V. A., por los papeles que ha visto del rey su padre, del interés que siempre le he manifestado: V. A. me permitirá que en las circunstancias actuales le hable con franqueza y lealtad. Yo esperaba, en llegando á Madrid, inclinar á mi augusto amigo á que hiciese en sus dominios algunas reformas necesarias, y que diese alguna satisfaccion á la opinion pública. La separacion del príncipe de la Paz me parecia una cosa precisa para su felicidad y la de sus vasallos. Los sucesos del Norte han retardado mi viaje: las ocurrencias de Aranjuez han sobrevenido. No me constituyo juez de lo que ha sucedido y de la conducta del príncipe de la Paz; pero lo que sé muy bien es, que es muy peligroso para los reyes acostumbrar sus pueblos á derramar la sangre haciéndose justicia por sí mismos. Ruego á Dios que V. A. no lo esperimente un dia. No seria conforme al interes de la España que se persiguiese á un príncipe que se ha casado con una princesa de la familia real, y que tanto tiempo ha gobernado el reino. Ya no tiene mas amigos: V. A. no los tendrá tampoco si algun dia llega á ser desgraciado. Los pueblos se vengan gustosos de los respetos que nos tributan. Ademas, ¿cómo se podrá formar causa al príncipe de la Paz, sin hacerla tambien al rey y á la reina, vuestros padres? Esta causa fomentaria el odio y las pasiones sediciosas; el resultado seria funesto para vuestra corona. V. A. R. no tiene á ella otros derechos sino los que su madre le ha transmitido: si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos. No preste V. A. oidos á consejos débiles y pérfidos. No tiene V. A. derecho para juzgar al príncipe de la Paz: sus delitos si se le imputan, desaparecen en los derechos del trono. Muchas veces he manifestado mi deseo de que se separase de los negocios al príncipe de la Paz; si no he hecho mas instancias ha sido por un efecto de mi amistad por el rey Cárlos, apartando la vista de las flaquezas de su afeccion. ¡Oh miserable humanidad! Debilidad y error; tal es nuestra divisa. Mas todo esto se puede conciliar; que el príncipe de la Paz sea desterrado de España, y yo le ofrezco un asilo en Francia.

«En cuanto á la abdicacion de Cárlos IV, ha tenido efecto en el momento en que mis ejércitos ocupaban la España, y á los ojos de la Europa y de la posteridad podria parecer que yo he enviado todas esas tropas con el solo objeto de derribar del trono á mi aliado y amigo. Como soberano vecino, debo enterarme de lo ocurrido antes de reconocer esta abdicacion. Lo digo á V. A. R., á los españoles, al universo entero: si la abdicacion del rey Cárlos es espontánea, y no ha sido forzado á ella por la insurreccion y motin sucedido en Aranjuez, yo no tengo dificultad en admitirla y en reconocer á V. A. R. como rey de España. Deseo, pues, conferenciar con V. A. R. sobre este particular.

«La circunspeccion que de un mes á esta parte he guardado en este asunto, debe convencer á V. A. del apoyo que hallará en mí, si jamás sucediese que facciones de cualquiera especie viniesen á inquietarle en su trono. Cuando el rey Cárlos me participó los sucesos del mes de octubre próximo pasado, me causaron el mayor sentimiento, y me lisonjeo de haber contribuido por mis instancias al buen éxito del asunto del Escorial. V. A. no está exento de faltas; basta para prueba la carta que me escribió, y que siempre he querido olvidar. Siendo rey sabrá cuan sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano estrangero es criminal. *El matrimonio de una princesa francesa con V. A. R. lo juzgo conforme á los intereses de mis pueblos, y sobre todo como una circunstancia que me uniria con nuevos vínculos á una casa, á quien no tengo sino motivos de alabar desde que subí al trono.* V. A. R. debe recelarse de las consecuencias de las conmociones populares: se podrá cometer algun asesinato sobre mis soldados esparcidos; pero no conducirán sino á la ruina de la España. He visto con sentimiento que se han hecho circular en Madrid unas cartas del capitan general de Cataluña, y que se ha

procurado exasperar los ánimos: V. A. R. conoce todo el interior de mi corazon; observará que me hallo combatido por varias ideas que necesitan fijarse; pero puede estar seguro de que en todo caso me conduciré con su persona del mismo modo que lo he hecho con el rey su padre. Esté V. A persuadido de mi deseo de conciliarlo todo, y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimacion. Con lo que ruego á Dios os tenga, hermano mio, en su santa y digna guarda. En Bayona á 16 de abril de 1808.—Napoleon.»

Esto se llama desempeñar magistralmente el papel de pedagogo. Napoleon habla al rey como pudiera hacerlo á un chicuelo, y á veces descarga el azote de un modo que levanta vejiga. No hay en toda la carta una sola espresion capaz de inspirar confianza á Fernando en el hombre que tan esplícitamente reprueba su conducta, que con tanto desprecio le habla de su carta de 11 de octubre, que de un modo tan siniestro le mienta el honor de su madre, que con la sola circunstancia de llamar *Alteza* al que tan anhelante se halla de recibir el título de *Magestad*, le dice lo bastante para que pueda inferir la sentencia á que debe atenerse. La correspondencia que los reyes padres han seguido con Murat desde el 21 ó 22 de marzo hasta el 10 de abril, ha surtido su efecto. Napoleon anuncia sus favorables disposiciones respecto á Godoy. No en vano la reina decia á Murat en su última misiva: «*La carta que V. A. nos ha escrito, y que hemos recibido hoy* (10 de abril) *muy temprano*, ME HA TRANQUILIZADO. *Nosotros estamos puestos en las manos del emperador y de V. A.* NO DEBEMOS TEMER NADA EL REY, NUESTRO COMUN AMIGO Y YO. LO ESPERAMOS TODO DEL EMPERADOR, QUE DECIDIRÁ PRONTO NUESTRA SUERTE.»

La única cláusula en que Napoleon se muestra algun tanto accesible, es la que dice relacion al enlace de Fernando con la soñada princesa, y esa cláusula que va en bastardilla, tiene todas las señales de apócrifa. El príncipe de la Paz sospecha que Ceballos la intercaló en el testo con el designio de hacer aparecer menos temeraria la resolucion de partir á Bayona despues de recibida aquella carta, y este modo de pensar nos parece fundado, tanto por la falta de ilacion que se observa entre la susodicha cláusula y las frases que la preceden y siguen (1), como por la circunstancia notable de haber sido omitido el tal párrafo en el *Monitor* frances, cuando Napoleon hizo pública la malhadada correspondencia de los reyes padres. A estas observaciones podrian añadirse otras que ocurrirán facilmente al lector, tales como lo poco probable que parece hablar Bonaparte de bodas cuando tan mal prevenido debia estar hácia Fernando, gracias á la protesta y comunicaciones anteriores de su padre y á las cartas recientes de Maria Luisa, resultando mayor la inverosimilitud si se tienen presentes las palabras en que con tanto desden se refiere, cuatro renglones antes de la cláusula en cuestion, á la carta de 11 de octubre, *carta*, dice, *que siempre he querido olvidar;* aumentándose, en fin, esa duda al considerar la sabida circunstancia de haber Bonaparte resuelto (segun hemos visto) colocar en el trono español á uno de sus hermanos, lo cual no se aviene muy bien con manifestarse dispuesto á admitir en el seno de su familia al monarca cuya destitucion acaba de decidir.

No obstante la fuerza que puedan tener estas reflexiones, cabe tambien que conociendo Napoleon el carácter de Fernando, quisiese halagarle algun tanto con una vaga promesa de bodas que á nada le comprometia, para mientras el rey conspirador se alimentaba de esperanzas con su Dulcinea imperial, y mientras el rey destronado las alimentaba tambien en otro sentido, poder él hacer su negocio á costa de los dos contendientes. Como quiera que sea, aun cuando se admita la cláusula

(1) En pueba de esa falta de ilacion, júntense los párrafos contiguos á la tal cláusula, y se verá la conexion y enlace que resulta: *V. A. no está exento de faltas; basta para prueba la carta que me escribió y que siempre he querido olvidar. Siendo rey sabrá cuan sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano estrangero es criminal.—Vuestra alteza real debe recelarse de las consecuencias de las conmociones populares etc. etc.*

como real y efectiva, no por eso habia motivo para que Fernando y sus consejeros tuviesen la menor confianza en el hombre que sobre espresarse en los párrafos restantes del modo que nuestro lectores han visto, no ofrecia en su porte anterior, ni menos en su conducta presente, señal la mas leve de la cual pudiera inferirse que hubiera de serles propicio. Ceballos ha dicho terminantemente que deseando encontrar seguridades en la carta de Napoleon, no halló en ella sino motivos de temor y sobresalto, añadiendo que con las luminosas noticias que del emperador se tenian no podia ocurrirle á nadie la idea de aconsejar al rey su viaje á Bayona. Y ese viaje se aconsejó sin embargo! Y Ceballos fue á Bayona tambien! Y no supo contraer aquel ministro otro mérito que manifestarse *pasivo* en el consejo que á Fernando se dió!

Las noticias que venian de Bayona, suministradas por individuos pertenecientes á la comitiva de D. Carlos, no dejaban la menor duda de que el emperador tramaba una perfidia. Los franceses ocupaban á Vitoria con 4000 hombres, y despues de la entrada del rey, habian aumentado sus fuerzas. Constituido el general Savary en centinela del iluso monarca, ejercia sobre él y sobre los que le acompañaban la vigilancia mas esquisita, no faltando quien asegure (aunque hay tambien quien lo niega ó lo pone en duda) que tenia órden de arrebatar al príncipe por la fuerza en la noche del 18 al 19, si persistia en no pasar á Francia. Los soldados franceses alojados en Vitoria hablaban mientras tanto del viaje en cuestion, calificándolo de locura. Algunos españoles cuya lealtad igualaba á su prevision, ponian el grito en el cielo contra un proyecto tan descabellado, comprometiéndose á sacar al monarca de aquel apuro, á pesar de la vigilancia francesa. El ministro del reinado anterior D. Mariano Luis de Urquijo, que habia venido desde Bilbao á felicitar al monarca á su paso por Vitoria, propuso de acuerdo con los alcaldes de Urbina y Ameyugo y con otros paisanos, sacar á Fernando de la ciudad disfrazado, é internarlo en las provincias Vascongadas, ofreciéndose Urquijo á todos los riesgos, yendo de embajador á Bayona. El oficial de marina D. Miguel Ricardo de Alava y otros propusieron tambien varios planes, siendo el mas facil de realizar el pensamiento del duque de Mahon, quien aconsejaba la salida del rey por el camino de Bayona para hacer creer á los franceses que se dirigia á aquel punto: el rey al llegar á Vergara debia torcer hácia Durango, y guarecerse, si era preciso, en el puerto de Bilbao: un batallon del *Inmemorial del Rey*, existente en Mondragon, habria protejido la fuga, haciendo lo mismo el comandante general del resguardo de la linea del Ebro D. Manuel Mazon Correa, el cual ofreció secundar el proyecto con el ausilio de mas de dos mil dependientes que tenia á sus órdenes.

Los consejos de aquellos leales fueron recibidos con desden, ni mas ni menos que lo habian sido los de D. José Martinez de Hervas. El rey se dejó fascinar por Escoiquiz y por las nuevas promesas de Savary, el cual apuró sus pérfidos artificios, diciéndole que se dejaba cortar la cabeza si al cuarto de hora de haber llegado Fernando á Bayona, no le reconocia el emperador por rey de España y de las Indias. «Por sostener su empeño, añadió, empezará probablemente por darle el tratamiento de alteza; pero á los cinco minutos le dará magestad, y á los tres dias estará todo arreglado, pudiendo S. M. restituirse á España inmediatamente.»

Decidido el viaje á Bayona, y esparcida la noticia por la poblacion, presentáronse los habitantes delante del alojamiento del rey, conjurando á este por lo mas sagrado que desistiese de una resolucion tan fatal. La agitacion llegó á tal punto, que no pudiendo contenerse el pueblo, se precipitó sobre el coche dispuesto á partir,



CONMOCION POPULAR EN VITORIA.

y cortó los tirantes de las mulas. Asomado Fernando al balcon, redobláronse á su presencia las aclamaciones y vivas, junto con las protestas que la lealtad sujeria contra una marcha de tan mal agüero. Los esfuerzos del pueblo fueron vanos. Calmado el tumulto á duras penas, partió el rey con su comitiva el 19, dejando consternados á los habitantes de Vitoria, cuyos temores procuraron los consejeros desvanecer por medio del siguiente decreto:

«El rey está agradecidisimo al estraordinario afecto de su leal pueblo de esta ciudad y provincia de Alava; pero siente que pase de los límites debidos y pueda degenerar en falta de respeto con pretesto de guardarle y conservarle. Conociendo que este tierno amor á su real persona, y el consiguiente cuidado, son los móviles que le animan, no puede menos de desengañar á todos y á cada uno de sus individuos de que no tomaria la resolucion importante de su viaje, si no estuviese bien cierto de la sincera y cordial amistad de su aliado el emperador de los franceses, y de que tendrá las mas felices consecuencias. Les manda, pues, que se tranquilicen y esperen, que antes de cuatro ó seis dias darán gracias á Dios y á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquieta. (1)»

(1) Fernando anunció al emperador su resolucion de pasar á verle por medio de la siguiente carta escrita el dia 18: «Señor mi hermano: He recibido con la mayor satisfaccion la carta que V. M. I. y R. ha tenido á bien dirigirme con fecha de 16, por medio del general Savary. La confianza que V. M. me inspira, y mi deseo de hacerle ver que la abdicacion del rey mi padre á mi favor fue efecto de un puro

Al considerar una obcecacion tan inaudita, quisiéramos poder esplicarla recurriendo á la irresistible fuerza de los destinos ó al maléfico influjo de menguada estrella; pero cuanto mas reflexionamos en ello, tanto mas persuadidos estamos de que la verdadera, la única causa que hubo para obrar de un modo tan ciego consistió en los temores y remordimientos de tantas conciencias culpadas. Los consejeros de Fernando sabian bien el riesgo que corria su gefe en pasar la frontera; pero temian correrlo mayor adoptando el estremo contrario de volver el pie atrás desagradando á Bonaparte. Si este se irritaba con ellos y seguia adelante en su tema de examinar la legitimidad de los títulos en que se apoyaba la elevacion del nuevo rey, era muy facil que el guerrero del Seña se declarase en su contra y considerase á los conspiradores como reos de estado, *mandando prenderlos á todos, y aun al rey mismo, para entregarlos á su padre* (1). En este supuesto, lo mas interesante para ellos era procurar á todo trance una entrevista entre Napoleon y Fernando, para ver si llevando la humillacion hasta el último punto, conseguian comprar el reconocimiento. Si sucedia asi, aun cuando fuese á costa de la desmembracion del territorio español y de la servidumbre del pais, habian conseguido evitar que decidido Napoleon por la causa del monarca destronado, se pusiese en tela de juicio la conducta del bando conspirador. Si por el contrario quedaba Fernando oprimido en el territorio frances y el emperador pronunciaba la sentencia de su destitucion, esperaban tener el consuelo de que aun en el caso de volver al trono el monarca abdicante, salvarian su cabeza del rigor de las leyes al abrigo del grande hombre en cuyas manos se ponian. Y si por último sucedia lo mas verosímil, que era declararse Napoleon ocupante de un trono tan controvertido, cabiales al menos la satisfaccion de que ya que no mandasen ellos, tampoco reinaria Cárlos IV, verificándose de este modo en sentido opuesto el mismo deseo que el rey destronado y María Luisa abrigaban: con tal que no reinase Fernando ni ocupasen el poder sus amigos, nada les importaba que Napoleon ó cualquiera otro los sustituyera en el mando. Tal era la lójica que guiaba á los gefes de las dos banderas enemigas, ambas en contradiccion con la dignidad y la independencia del pais, cuyos destinos ¡vergonzoso es tener que decirlo! para nada se tuvieron presentes. Semejante conducta se concibe muy bien en Cárlos IV; pero no tanto en Fernando VII. Destituido aquel, y María Luisa sobre todo, del apoyo de la opinion nacional, y viéndose privados del poder y del mando, nada tiene de estraño, por muy degradante que sea, que se echasen decididamente en los brazos de Napoleon, haciéndole árbitro de su suerte. Pero obrar de ese modo su hijo, contando como contaba con la unánime decision de los pueblos, tanto mas entusiasmados por él cuanto menos le conocian, eso es lo que admira y sorprende, y lo que llegaria á ser inesplicable, á no darnos sus culpas y las de sus parciales la única clave capaz de descifrar el enigma (2).

---

movimiento suyo, me han decidido á pasar inmediatamente á Bayona. Pienso, pues, salir mañana por la mañana para Irun, y pasar despues de mañana á la casa de campo de Marrac en que se halla V. M. I. y R.—Soy con los sentimientos de la mas elevada estimacion, etc.—*Fernando.*»

No contentos los consejeros del monarca con esta comunicacion, le hicieron escribir desde Irun el dia 19 otra carta que decia así: «Señor mi hermano: En consecuencia de lo que tuve el honor de escribir ayer á V. M. I. y R., acabo de llegar á Irun, de donde pienso salir á las ocho de la mañana inmediata para conseguir la satisfaccion de conocer personalmente á V. M. I. y R. en la casa de Marrac con su permiso, como lo deseaba mucho tiempo hace.—Soy con los sentimientos de la mas alta estimacion y consideracion, etc.—*Fernando.*»

Muy resbaladiza debe de ser la senda de la humillacion, cuando asi precipitaba Fernando los pasos que daba por ella.

(1) Palabras de Escoiquiz en su último diálogo con el duque de Mahon, segun este.

(2) Escoiquiz habia recibido en Vitoria varias cartas de la comitiva de don Cárlos, en las cuales se le hablaba del alarmante aspecto que ofrecian las cosas; y es tan incapaz el canónigo, que confesándolo asi en su *Idea sencilla*, insiste sin embargo en que si verificó Fernando su marcha, fue por las *seguridades* que todos tenian de Napoleon. En una de esas cartas decíale don Pedro Macanaz que la deseada entrevista con Bonaparte convenia verificarla dentro de nuestro territorio; y en otra comunicacion invitaba al canónigo á pasar la frontera en union con el Duque del Infantado, para ver de arreglar aquel asunto, sin esponer la seguridad del rey. Ambos sin embargo prefirieron comprometer á este, á com-

Cuando Fernando llegó á Irun el mismo dia que habia salido de Vitoria, ofreciósele de nuevo ocasion propicia de evitar el peligro á que su viaje le esponia. El general Savary que tanto empeño ponia en vigilarle, se habia visto en precision de quedarse atrás á consecuencia de habérsele descompuesto el carruage. Si el jóven monarca hubiera querido poner en ejecucion el recurso de la fuga á que el duque de Mahon le habia invitado, nunca con mas oportunidad habria podido hacerlo, hallándose libre de aquel centinela de vista, y pudiendo aprovechar las sombras de la noche, no menos que la circunstancia de tener á su disposicion un batallon del regimiento de Africa decidido á todo. Cuando Savary llegó á Irun, traia pintadas en el rostro la incertidumbre y la zozobra; pero su angustia cesó completamente viendo decidido al rey á proseguir adelante, como asi lo verificó el dia 20, entrando con su comitiva en Bayona á las diez de la mañana. Era natural que al pasar la frontera saliese alguna comision á hacer á Fernando los honores del recibimiento á nombre del emperador, y sin embargo no fue así: tal era el desprecio con que Napoleon le trataba. Los únicos que se adelantaron á recibirle hasta las cercanías de San Juan de Luz, fueron los duques de Medinaceli y de Frias, y el conde de Fernan-Nuñez, los cuales habian sido, como hemos dicho, los primeros en pasar á Francia para felicitar al emperador. Asombrado Fernando al verlos solos, preguntóles qué noticias tenian acerca de las intenciones de Bonaparte. La respuesta fue desconsoladora: Napoleon habia anunciado el dia anterior por la mañana que los Borbones de España habian cesado de reinar, y asi lo habian oido de su propia boca los duques y el conde. Conoció el rey entonces, lo mismo que sus consejeros, el desvarío y necedad insigne de que habian dejado arrastrarse al pasar la frontera; pero no era ya tiempo de volver el pie atrás. Tristes los fernandistas con la nueva que acababan de recibir, y mohinos sobre toda ponderacion mirándola hasta cierto punto confirmada con el ningun obsequio que se les hacia, volvieron á alentar algun tanto cuando al llegar á las puertas de Bayona vieron que el príncipe de Neufchatel y el mariscal Duroc salian á cumplimentarlos. Tardia señal de deferencia, y escasa y mezquina en verdad! Bastó sin embargo aquella fantasmagoría de obsequio para que Fernando y los suyos sintiesen reanimadas sus medio difuntas esperanzas, con la sola escepcion de Escoiquiz, que no tenia necesidad de recobrarlas por la sencilla razon de no haberlas perdido un solo instante.

Cuando dijeron á Napoleon que Fernando acababa de llegar á Bayona, fue tal la sorpresa que le causó la noticia, que no se atrevia apenas á darle crédito. ¿Cómo esperar del rey una resolucion tan descabellada, despues de tantas pruebas de desden y menosprecio como habia recibido, y despues sobre todo de la carta del 16? Altamente satisfecho de la habilidad con que Savary ponia en sus manos tan importante presa, pasó Napoleon á visitar á Fernando una hora despues de su arribo, lo que sabido por el jóven monarca, bajó á recibirle á la puerta de su alojamiento, y allí se abrazó con el gefe de la Francia, quien le correspondió por su parte con se-

prometerse ellos solos. «No era el rey (dice el príncipe de la Paz), no era la patria la causa que servian aquellos hombres, sino la suya propia; y por leccion eterna á los que fian en conjurados é imaginan ser servidos generosamente sin ser sacrificados al interés de la conjura, los seductores de Fernando le tomaron como prenda de resguardo de ellos mismos, y le llevaron á partir la comun suerte calculando que á su sombra saldrian mejor librados.»



ñales al parecer de emocion la mas sincera. El canónigo Escoiquiz no se hartaba de dar gracias al cielo al presenciar aquella escena. Napoleon y Fernando estuvieron juntos corto rato, jirando la conversacion sobre cosas indiferentes al punto capital que motivaba el viaje del recien venido. Por la tarde fue este convidado á comer con su comitiva en el palacio de Marrac que servia de morada á Napoleon. Esta nueva señal de deferencia parecióles á los fernandistas de muy buen agüero, y mas cuando vieron á Napoleon salir á recibir á Fernando hasta el estribo del coche, muestra mas que probable, segun ellos, de que solo considerando á su amo como rey de España y de las Indias, podia el emperador dispensarle un agasajo y una consideracion tan marcada. Savary habia anunciado que Napoleon probablemente daria á Fernando en un principio el mero título de *alteza*, y esto por solo sostener su empeño de no reconocerle como rey hasta informarse de todo lo que habia pasado. Asi sucedió en efecto, evitando el gefe de la Francia de un modo el mas estudiado hablar á su huesped en términos de los cuales pudiera inferir ni aun implícitamente el anelado reconocimiento. Su reserva fue tal en este punto, que ni aun el título de alteza le dió, usando cuidadosamente, al dirijirle la palabra, del tratamiento impersonal, ó bien del simple *vos*, como espresion mas familiar ó menos comprometida. Las palabras de Napoleon fueron indiferentes como las de la primera entrevista, si bien llenas de cortesania y amabilidad, quedando altamente satisfechos

Fernando y su comitiva de las prendas del emperador, y volviendo de nuevo á entregarse á la mas halagüeña confianza.

La venda de la ilusion tardó bien poco en caer. A los pocos momentos de haber vuelto Fernando á su morada, entró en ella el general Savary, el mismo que cuatro dias antes respondia con su cabeza al joven monarca de que hacer este su viaje á Bayona y reconocerle el emperador por rey de España seria todo uno. Trocado ahora el papel y pintado el cinismo en su semblante anuncia á Fernando haber resuelto el emperador derribar del trono la familia real española, sustituyendo su dinastia á la de los Borbones, y exigiendo en consecuencia de Fernando, en su nombre y en el de toda su familia, la renuncia al trono de España y de las Indias. Absorto el rey con aquella propuesta, y mas atónito al considerar la persona por cuyo conducto se le hacia, no podia apenas dar crédito á lo mismo quo estaba viendo y palpando. ¿Qué no hubiera dado entonces por haber seguido los consejos que en Vitoria y en Irun no le habian dejado escuchar...? Pero dejemos reflexiones inútiles, y veamos lo que pasaba en España durante la desconsolada orfandad en que el viaje del mal aconsejado príncipe la habia dejado.



CAPITULO II.

Debil conducta de la junta nombrada por Fernando.—Siguen los tratos entre Murat y los reyes padres.—Traslacion de estos al Escorial.—Exijencias del gran duque de Berg para la entrega de Godoy.—Escena en el cuarto de la reina de Etruria.—Anúnciase á la junta la resolucion de no reconocer el emperador otro rey que Cárlos IV.—Firmeza del ministro de Marina.—Flojedad y condescendencia de la junta.—Entrega de Godoy á las tropas francesas y su traslacion á Francia.—Carta de Cárlos IV á su amigo, y reflexiones á que da lugar.—Entrevista del príncipe de la Paz con Napoleon al arribo de aquel á Bayona.—Ratifícase Cárlos IV en su protesta antes de salir de España.—Sorpresa de la junta.—Sus gestiones con Murat con motivo de aquel incidente.—Carta de Cárlos IV al infante D. Antonio.—Contradiccion notable entre la carta y la protesta.—Salida de los reyes padres para Francia, y ostentoso recibimiento que se les hace en Bayona.—Exasperacion de los españoles.—Incidente en la imprenta de Alvarez.—Desasosiego general en Madrid.—Alarma en las provincias.—Redoblan los franceses sus precauciones, particularmente en la capital del reino.—Alboroto en Toledo y en Burgos.—Progresivo aumento de la insolencia de Murat.—Comisionados de la junta cerca de Fernando VII.—Nombramiento provisional de otra nueva junta.—Llegada de Ibarnavarro á Madrid.—Carácter ambiguo y contradictorio de su mision.—Conducta nada honrosa de Ceballos.—Nadie puede dar la salud al pais, si el pais no se salva á sí mismo.



EL desden con que el príncipe Murat habia tratado al gobierno español en los primeros dias de su arribo á la capital, convirtióse despues de la salida de Fernando en la mas intolerable insolencia, pudiendo considerarse á la España gobernada por dos autoridades rivales é incompatibles desde el funesto 10 de abril. La junta nombrada por el jóven monarca para gobernar el reino en su ausencia, se hallaba en una posicion verdaderamente crítica, contribuyendo á hacer mayor su compromiso la incapacidad de su presidente, y la falta de firmeza en el carácter de la mayoria de sus vocales. Combatida por las bruscas exigencias del gran duque de Berg y por el deseo al mismo tiempo de no desagradar al pais, no supo llenar los votos de este, ni contentar los deseos de aquel. En circunstancias tan calamitosas como las de aquellos dias no habia término medio entre obedecer ciegamente las órdenes del orgulloso conquistador, ó conservar ileso el depósito de la autoridad suprema concentrada en la junta. Esta merece disculpa por su debilidad en los primeros dias de su espinosa y dificil mision: la esperanza no se habia desvanecido del todo, y habria sido un gran mal precipitar acontecimientos de dudosas consecuencias ulteriores, cuando la prudencia aconsejaba contemporizar con los enemigos, poniéndose en guardia á medida que la trama se iba aclarando, hasta que llegase el momento de echar decididamente el guante cuando no quedase ya la menor duda de que la entrada de los franceses en España era cuestion de vida ó muerte para la independencia del pais. Esa contemporizacion entretanto no debia llegar hasta el punto de equivocarse con el miedo, al menos de un modo ostensible. Resistir para luego ceder, es cien veces peor que otorgar desde luego, porque si esto puede interpretarse como efecto de pura deferencia, aquello revela

á las claras la impotencia de obrar de otro modo. La junta nombrada por el jóven monarca no debió oponerse á las exigencias del generalísimo frances, sino parapetándose en la firme resolucion de seguir en la negativa, pudiendo estar segura de que el único medio de inspirar respeto á Murat, consistia en mostrarse inflexible en la determinacion una vez adoptada. Si el gran duque de Berg se escedió en sus demandas, culpa fue, á nuestro modo de ver, de las primeras regateadas concesiones. Nadie es tan insolente como el pedigüeño, cuando la debilidad agena le hace conocer el valor de ser importuno. Si la junta se sentia incapaz de valor necesario para conservar el decoro de la autoridad que se le habia confiado, el deber le mandaba abstenerse de aceptar un cargo que no habia de hacer respetar. Por arrebatado que fuese el carácter del gran duque, se hubiera estrellado tal vez á ser otra la actitud de la junta. ¿Pero cómo esperar ese temple de alma en los que durante la ausencia del rey habian quedado al frente de los destinos del pais, cuando asi se arrastraba su gefe á los pies del emperador, y asi mendigaba su apoyo? El desempeño de los grandes deberes que la salud de la patria exigia, inútil era esperarlo ya de elevadas regiones. Hundido el poder en la humillacion por mil causas diversas, no habia gobierno posible en aquella situacion angustiosa. El pueblo, solamente el pueblo, podia bastarse á sí mismo.

La correspondencia de los reyes padres con el generalísimo frances estaba á punto de ser coronada con el éxito mas feliz aun antes de dejar Fernando la corte, puesto que el 9 de abril habian pasado ya los reyes padres al real sitio del Escorial por intimacion del gran duque, proponiéndose este con aquella traslacion tenerlos mas cerca de Francia, por lo que pudiera convenir á las miras de su amo y cuñado. Mientras Cárlos y Maria Luisa permanecieron en Aranjuez, habian tenido para su guardia alguna tropa de la casa real; pero á pretesto de protejerlos contra la violencia del nuevo gobierno, habia enviado Murat una parte tambien de sus tropas á las órdenes del general Watier. Cuando su traslacion al Escorial, fueron SS. MM. acompañados allá por las tropas francesas, las cuales les dieron la guardia en union con los carabineros reales. Los pueblos del tránsito aclamaron mas que antes, al decir de Maria Luisa, á los ilustres viajeros, y ese *mas que antes* indica bien claramente la tibieza de la aclamacion.

Las cartas de la reina habian tenido por principal objeto la libertad de Godoy, no habiendo una sola en que no tocase esa especie con el mayor encarecimiento, llegando al estremo de decir que si no se salvaba el príncipe de la Paz, y si no se les concedia su compañia, moririan el rey su marido y ella. No bien hubo Fernando salido de Madrid, cuando Murat pidió con empeño á la junta la entrega del preso, fundando su peticion en habérselo prometido Fernando el dia anterior á su partida en el cuarto de la reina Etruria. Promesa como esta era natural que, á haber sido hecha, la hubiese comunicado Fernando á la junta, ó la hubiera al menos dejado por escrito á Murat. No habiendo sucedido ni lo uno ni lo otro, hay sospechas fundadas para creer que no hubo semejante promesa, tanto mas cuanto la entrevista de Fernando con el generalísimo en el cuarto en cuestion, se redujo á manifestarse uno y otro la displicencia mas chocante, representando ambos una escena muda que por lo curioso del hecho ha merecido quedar consignada en las páginas de la historia. Estaba Murat en el cuarto de la reina de Etruria, cuando anunciaron á Fernando, quien no dejó de estrañar ver al generalísimo haciendo la córte á su hermana, no habiendo él conseguido merecerle igual deferencia. Señal era esta bien clara de los tratos secretos que habia en su contra, y del ningun apoyo que el nuevo gobierno podia prometerse del emperador. Firme Murat en su propósito de no mostrar á Fernando la menor galantería de la cual pudiera inferirse que le tenia en algo, permaneció quieto en su sitio sin adelantar un solo paso para recibir al jóven monarca, guardando este una actitud igualmente desdeñosa y sin saludar al gran duque, permaneciendo los dos en pie por espacio de algunos minutos cual si fueran estatuas. La ex-reina de Etruria, no sabiendo qué hacerse, se puso á tocar el piano; pero como ni Murat ni Fernando habian venido á oir música, tomaron la determinacion de marcharse, saliendo cada cual del salon con el mismo silencio que



ESCENA EN EL CUARTO DE LA REINA DE ETRURIA.

antes. Escena como esta debiera haber significado alguna cosa á los ojos del rey pretendiente, y sin embargo partió para Burgos al otro dia, embelesado con las promesas de Savary.

Rehusando la junta entregar el preso á Murat, amenazóla este con hacer uso de la fuerza si persistia en resistirse (1), visto lo cual por esta, consultó al rey Fernando lo que debia hacer en tal apuro, disponiendo el dia 13 y mientras venia la contestacion, que el consejo suspendiese el proceso intentado contra el príncipe de la Paz hasta nueva orden del rey. Ceballos desde Vitoria respondió en nombre de este haberse escrito al emperador prometiéndole la vida del valido si llegaba á ser condenado á pena capital. Contestacion era esta de la cual no podia inferírse que el rey ordenase la entrega del preso. Murat sin embargo insistió el dia 20, mandando al

(1) El empeño de Murat en libertar á Godoy era hijo no solo de las órdenes de Napoleon sino de la amistad tambien que entre él y el valido reinaba. Las relaciones del príncipe de la Paz con el gran duque de Berg databan desde los dias en que los infantes D. Luis y doña Maria Luisa fueron proclamados reyes de Etruria. Murat fue quien dirijió en la Toscana los obsequios y el recibo de aquellos príncipes, contribuyendo á aliviar despues en el nuevo reino las grandes cargas que el paso continuo de los ejércitos franceses ocasionaba en Italia. Cárlos IV y Maria Luisa agradecieron á Murat sus buenos oficios, estrechando con él sus relaciones no menos que el valido y los recientes reyezuelos. Cuando la caida de los reyes padres á consecuencia de la sublevacion de Aranjuez, elijieron aquellos á la ex-reina de Etruria su hija á fin de ponerse en contacto con su antiguo conocido el gran duque. D. Manuel Godoy en su prision no cesaba de invocar el nombre de este, como la misma reina Maria Luisa ratifica en sus cartas, y Murat fue consecuente á su amistad con el encarcelado, poniendo en libertarle el decidido empeño de que damos cuenta á nuestros lectores.

general Augusto Belliard dirigir á la junta un oficio, en el cual se decia que habiendo escrito el príncipe de Asturias al emperador haciéndole dueño de la suerte del príncipe de la Paz, mandaba el gran duque al comunicante enterar á la junta de las intenciones del emperador, quien reiteraba á su lugarteniente la órden de pedir la persona del privado. «Puede ser, continuaba el oficio, que esta determinacion de S. A. R. el príncipe de Asturias no haya llegado todavia á la junta. En este caso se deja conocer que S. A. R. habrá esperado la respuesta del emperador; pero la junta comprenderá que el responder al príncipe de Asturias seria decidir una cuestion muy diferente; Y YA ES SABIDO QUE S. M. I. NO PUEDE RECONOCER SINO Á CÁRLOS IV.» Por conclusion y como para dar la última prueba de cinismo político, habia este párrafo: «El gobierno y la nacion española solo hallarán en esta resolucion de S. M. I. *nuevas pruebas del interes que toma por la España;* porque alejando al príncipe de la Paz, quiere quitar á la malevolencia los medios de creer posible que Cárlos IV volviese el poder y su confianza al que debe haberla perdido para siempre; y por otra parte la junta de gobierno hace ciertamente justicia á la nobleza de los sentimientos de S. M. el emperador que no quiere abandonar á su fiel aliado.»

Desvergüenza en verdad se necesitaba para espresarse de este modo los mismos que diez dias antes habian engatusado á Fernando con la perspectiva del reconocimiento, incitándole á verificar su viaje para asi obtenerlo mejor. La declaracion terminante hecha á nombre de Murat de que el emperador no reconocia otro rey que Cárlos IV, formaba un horrible contraste con las decepciones anteriores y con la alevosa insistencia de Savary en reiterar sus promesas al jóven monarca hasta que pasó la frontera (1).

La junta tuvo un acalorado debate sobre entregar ó no el preso, habiendo estado por la negativa constantemente el ministro de Marina D. Francisco Gil y Lemus. Los individuos de la mayoría no pensaron asi, y puestos en el duro trance de tener por contrario á Murat ó de escitar la indignacion del pais, prefirieron lo último. Tal vez conocieron lo inútil de su resistencia, considerando dispuesto al general francés á arrebatar á Godoy por la fuerza si no se lo entregaban de grado (2); pero cuando asi hubiera sucedido, habria á lo menos la junta dejado á cubierto su honor resistiéndose hasta el último estremo. Como quiera que sea, la autoridad dobló la cerviz, mandando al marqués de Castelar, á cuyo cargo estaba la custodia del encarcelado, lo entregase á los franceses. Habia sido Castelar amigo del valido de Cárlos IV durante los tiempos de su privanza, poniéndose despues de su caida á la devocion del nuevo gobierno. Al recibir la órden de la entrega, dudó

---

(1) Cuatro dias antes de remitir á la junta su oficio el general Belliard, esto es, el 16, habia declarado ya terminantemente Murat al ministro de la Guerra don Gonzalo Ofarril, segun veremos despues, *que el emperador no reconocia en España otro rey sino á Cárlos IV.* Este anuncio alarmante podia haber alcanzado á Fernando con tiempo todavia para poder retraerle de pasar la frontera, puesto que no entró en Francia hasta el dia 20. ¿Cómo, pues, no llegó sin demora á su noticia aviso tan saludable? ¿Se descuidaria la junta en enviarlo, ó lo interceptaria mas bien la vigilancia francesa? Nosotros lo ignoramos de todo punto.

(2) El gran duque de Berg, segun Foy, amenazó pasar á cuchillo á los cien guardias do Corps y quinientos granaderos provinciales que guardaban al preso en el castillo de Villaviciosa, si la junta se resistia á entregarlo. Hablando Maria Luisa con Murat sobre los medios de poner en libertad al favorito, decia asi en una de sus cartas: «No seria posible tomar por precaucion algunas medidas antes de la resolucion definitiva? El gran duque pudiera enviar tropas sin decir á qué; llegar á la prision del príncipe de la Paz y separar la guardia que le custodia, sin darle tiempo de disparar una pistola ni hacer nada contra el príncipe; pues es de temer que su guardia lo hiciese, porque todos sus deseos son de que muera, y tendrán gloria en matarle. Asi la guardia seria mandada absolutamente por las órdenes del gran duque: y sino puede estar seguro el gran duque de que el príncipe de la Paz morirá si prosigue bajo el poder de los traidores indignos y á las órdenes de mi hijo. Por lo mismo volvemos á hacer al gran duque la misma súplica de que haga sacarle del poder de las manos sanguinarias, esto es, de los guardias de Corps, de mi hijo y de sus malos lados, porque sino debemos estar siempre temblando por su vida aunque el gran duque y el emperador la quieran salvar, mediante que no lo podrán conseguir. De gracia volvemos á pedir al gran duque que tome todas las medidas convenientes para el objeto, porque como se pierda tiempo ya no está segura la vida, pues es cosa cierta que seria mas fácil de conservar si el príncipe estuviese entre las manos de leones y de tigres carnívoros.»

ó afectó dudar de la autenticidad del mandato, pasando á Madrid á cerciorarse de la verdad, avistándose con el infante D. Antonio. Oida de boca de este la confirmacion de la órden, hizo el marqués renuncia de su empleo, suplicando que en vez de ser los guardias de Corps los que verificasen la entrega, quedase esta á cargo de los granaderos provinciales. Este rasgo del marqués hace muy poco honor á su memoria. Su resistencia á poner en libertad al desgraciado que antes habia sido su amigo, podria considerarse como patriótica mientras dudaba de la autenticidad de la órden; pero una vez confirmado en que era cierta, y teniendo cubierta su responsabilidad, no era ya la dignidad nacional el verdadero motivo que, á nuestro modo de ver, tenia para llevar adelante su oposicion hasta un estremo tan exagerado. Castelar temia sin duda que sus conexiones de antes con el príncipe de la Paz pudieran serle perjudiciales ahora, si no consignaba su dureza de un modo el mas terminante, y de aqui su estudiado rigor con el desventurado valido (1). El infante D. Antonio hizo presente al marqués consistir en aquella entrega que Fernando fuese rey de España, oido lo cual obedeció el renitente y puso en libertad á Godoy á las once de



Entrega de D. Manuel Godoy a las tropas francesas.

(1) El conde de Toreno califica de *pundonorosa* la conducta del marqués en el caso en cuestion. El autor ó autores de la *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España* son de contrario sentir, y la tienen por *poco generosa*. En esta oposicion de dictamenes, nos inclinamos al segundo. El príncipe de la Paz hablando en el capítulo XXXIII, parte segunda de sus *Memorias*, de su traslacion al castillo de Villaviciosa, y de haber sido puesta su persona á cargo del marqués, llama á este *amigo suyo y hechura suya de largos años, mas de repente convertido á nuevo culto como tantos*

la noche del dia 20, entregándole en manos del coronel francés Martel (1). Al dia siguiente envió la junta de gobierno un comisionado á Godoy con el encargo de llevarle alguna ropa y un socorro de cien mil reales, entregándosele despues de órden de Murat una carta de Cárlos IV que decia asi: «Incomparable amigo Manuel: ¡Cuánto hemos padecido estos dias viéndote sacrificado por esos *impíos* por ser nuestro único amigo! No hemos cesado de importunar al gran duque y al emperador, que son los que nos han sacado á tí, y á nosotros. Mañana emprenderemos nuestro viaje al encuentro del emperador (2), y allí acabaremos todo cuanto mejor podamos para tí, y *que nos deje vivir juntos hasta la muerte*, pues nosotros siempre seremos, siempre, tus invariables amigos, y nos sacrificaremos por tí como tú te has sacrificado por nosotros.»

La historia no presenta un ejemplo de amistad tan constante en los reyes. Nosotros que tanto hemos censurado la ceguedad del anciano monarca, estamos muy lejos de acriminarle por la consecuencia que guardó con su amigo cuando le vió desgraciado. En esa carta revelada á la historia por el mismo príncipe de la Paz, no se ve otro deseo en los reyes padres que el de tener constantemente á Godoy á su lado, viviendo juntos con él: María Luisa encarece el mismo deseo en toda su correspondencia. Por natural que parezca ese anhelo, da lugar sin embargo á una observacion importante. Ni Cárlos ni María Luisa podian lisonjearse de ver secundados sus votos, á no ser en el caso de resignarse á la abdicacion. Por confesion del mismo Murat en el oficio dirijido por Belliard á la junta, *no era posible que Cárlos volviese el poder* y *su confianza al que debia haberla perdido para siempre*; y asi tenia que ser irremediablemente, atendida la animadversion justa ó injusta con que el pais miraba al valido. Ahora bien, preguntamos nosotros: ¿cómo conciliar con la vuelta de Cárlos IV al trono de sus mayores su deseo de retener á Godoy á su lado? ¿Y si estós estremos eran en efecto incompatibles, si puesto Cárlos en la alternativa de dejar el trono ó renunciar á la compañía de su amigo, habia al fin de los fines de decidirse por lo primero, ¿á qué la protesta contra la renuncia del 19? Solo para que el hijo no reinára, y para que el emperador dispusiese de la corona de España como mejor le placiese. Cuanto mas pensamos en esto, tanto mas nos ratificamos en que la irremediable consecuencia de tal ceguedad no era ni podia ser otra que esa.

Don Manuel Godoy salió del campamento francés con direccion á Francia al dia siguiente de haber sido puesto en libertad, yendo acompañado de escolta francesa, y llegando á Bayona el 26, donde se albergó en una quinta distante una legua de aquella ciudad. Poco despues de su llegada tuvo con el emperador una larga conferencia. Nuestros lectores verán mas adelante lo útil que era Godoy para dar completa cima al tenebroso plan que el gefe de la Francia revolvia en su mente contra la independencia española. Cuando el príncipe de la Paz, fue sacado tambien de la prision su hermano D. Diego, duque de Almodovar del Campo, y conducido igualmente á Bayona, adonde llegó poco despues que el valido.

Para la ejecucion del drama que debia representarse en la frontera del Pirineo faltaban todavia dos actores principales; Cárlos IV y María Luisa. A la imposibilidad en que los dos esposos se hallaban de sobrellevar *sin morir* la ausencia de su ami-

---

otros, por no perder lo que de él tenian: «nadie es mas enemigo, añade, que un amigo en las transformaciones de una córte.»

El valido se queja tambien de la conducta de la junta en haberse rehusado á verificar la entrega; pero la junta cumplia un deber en resistirse á las órdenes de un general estrangero, que hablándole en nombre de un monarca estrangero tambien, añadia el insulto de no reconocerla como autoridad legítima de la nacion, constituyéndose juez en una querella cuya decision, por justa que pudiera ser la causa de Cárlos IV, nadie como el pais tenia derecho á abrogarse.

(1) Verificada la entrega, envió el marqués á Bayona, con objeto de informar á Fernando sobre el particular, á su segundo el brigadier don José Palafox, á su hijo el marqués de Belveder, y al ayudante Butron.

(2) La salida de los reyes padres no se verificó hasta el 25, como veremos luego.

go, añadíase el interés de Napoleon en tener prisionera en sus manos toda la familia real, y Murat no podia olvidarse de tan importante consideracion. Antes de su partida era preciso acabar de inspirar á la junta la incertidumbre y el terror. El generalísimo francés habia el 16 anunciado al ministro de la Guerra D. Gonzalo Ofarril que el emperador no reconocia en España otro rey sino Cárlos IV, fundando semejante resolucion en la protesta hecha por este contra la abdicacion de Aranjuez. Atónito Ofarril con una declaracion tan brusca, quedólo mas al leer una proclama manuscrita que Murat le presentó, estendida por el mismo Cárlos IV, en la cual aseguraba el rey haber sido en efecto forzada su renuncia, como asi lo habia participado al emperador. Dada cuenta á la junta de tan estraña novedad, fue Ofarril comisionado por ella para que en union con el ministro Azanza pasase á manifestará Murat la sorpresa que le causaba acuerdo tan inesperado. Hubo con este motivo varias contestaciones entre los dos comisionados y el gran duque, permaneciendo este inflexible, y accediendo tan solo á esperar la última contestacion de la junta, la cual respondió verbalmente por medio de los mismos encargados: primero, *que una resolucion como aquella debia comunicársele, no por el gran duque, sino por Cárlos IV:* segundo, *que cuando le fuese notificada, se limitaria á elevarla al conocimiento y noticia de Fernando VII:* y tercero, *que habiendo de partir Cárlos IV para Bayona, se guardase el mayor sigilo sobre aquel asunto, absteniéndose el anciano rey de ejercer durante su viaje acto alguno de soberanía.* Oida esta respuesta por Murat pasó al Escorial á conferenciar con el rey padre, quien escribió á su hermano el infante D. Antonio con fecha 17 de abril una carta en la cual ratificaba la especie de la violencia sobre él ejercida cuando su abdicacion del 19, añadiendo que en aquel mismo dia habia estendido una protesta solemne contra el decreto dado en medio del tumulto y forzado por lo crítico de las circunstancias. Despues declaraba su resolucion de consagrar el resto de sus dias á hacer la felicidad de sus vasallos, confirmando por lo demas en sus empleos, bien que provisionalmente, á los vocales de la junta y á cuantos hubieran recibido cargos civiles y militares desde el 19 anterior. La carta concluia diciendo que pensando el rey salir luego al encuentro de su augusto aliado, transmitiria despues de esto sus últimas órdenes á la junta.

Es de notar en este documento la contradiccion en que el anciano monarca incurria suponiendo dada su protesta el mismo dia de la renuncia, siendo cosa averiguada que no fue asi, segun tenemos dicho en otro lugar; pero ni Murat ni Cárlos IV cayeron en la cuenta de tal contradicion, atentos solo á hacer constar la protesta para sus fines alteriores. Hecho esto partió Cárlos IV, en compañía de la reina y de la hija del príncipe de la Paz, el dia 15 de abril, dirigiéndose á Bayona con escolta de tropas francesas y carabineros reales, los mismos que le habian hecho la guardia en el Escorial. Habiendo pasado la frontera el dia 30, diez dias despues de su hijo y cuatro despues de Godoy, entraron los reyes padres en Bayona con el mas ostentoso recibimiento. El emperador que tan desdeñoso se habia mostrado con Fernando, varió enteramente de conducta respecto á sus padres, enviando á cumplimentarles al duque de Plasencia que se adelantó hasta Irun, y al príncipe de Neufchatel que los esperó en la orilla del Vidasoa. Cuando SS. MM. pusieron el pie en Francia, encontraron un numeroso destacamento de tropas francesas, las cuales les sirvieron de escolta hasta dar con la guardia de honor de caballeria del departamento. Al entrar en Bayona hallaron la guarnicion tendida en las calles, la cual los recibió con los honores debidos á la magestad. Los bageles del puerto estaban empavesados; la artilleria de este y la de la ciudadela los saludó con ciento y un cañonazos, y toda la poblacion en fin los recibió con aplausos y vítores, cual si re-



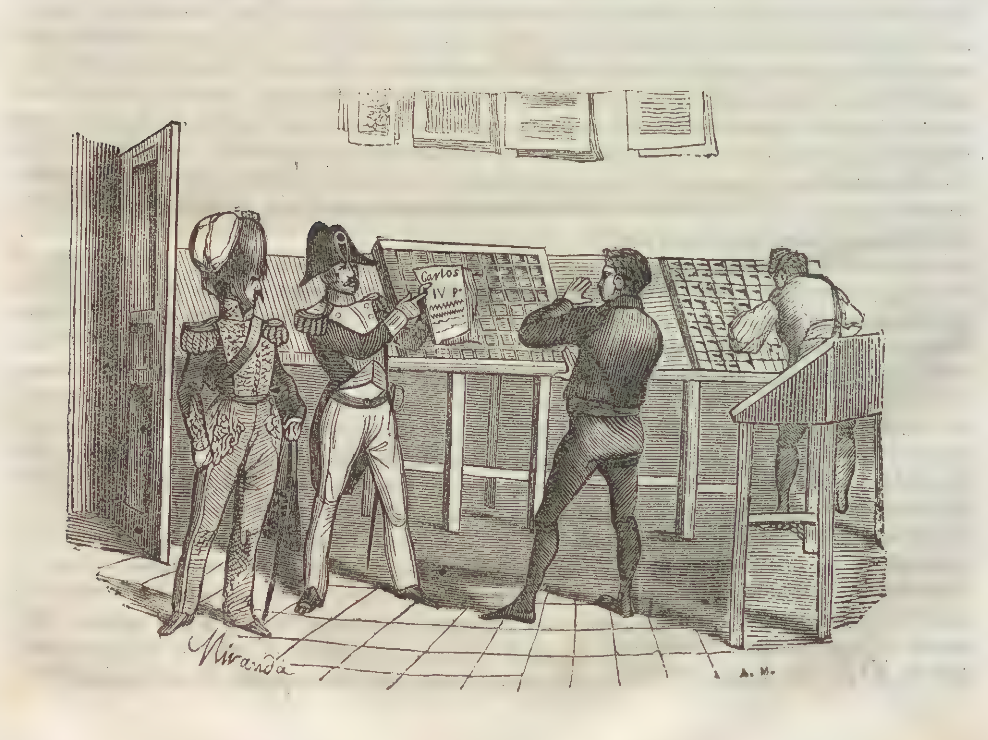
Recibimiento hecho á los reyes padres á su entrada en Bayona.

conociese y quisiera pagar de antemano el importante servicio que los nuevos esclavos coronados iban á prestar á la causa del imperio frances. La escasa comitiva que Cárlos IV habia llevado consigo, fue aumentada de orden del emperador con oficiales de su propia casa. Al bajar los reyes del coche, fueron conducidos por el gran mariscal á la habitacion que les estaba destinada, y que habia sido préviamente dispuesta para el emperador mismo. Todo anunciaba al parecer la resolucion imperial de sostener en el trono á Cárlos IV, y asi lo creyeron tal vez tanto este como Maria Luisa, olvidando por un momento lo que tantas veces habian dicho acerca de su vehemente deseo de retirarse á un rincon en union con su amigo; pero el emperador les tenia reservado el mismo desengaño que al hijo. La causa de la humillacion y del vilipendio era doble: la perfidia del emperador debia serlo tambien.

La salida de Fernando VII tan en desacuerdo con los sentimientos y con la opinion general, habia entretanto estendido la alarma por todas partes. Los tratos de Murat con los reyes padres, secretos para la generalidad del público mientras Fernando habia permanecido en Madrid, y evidentes á todo el mundo desde que todos pudieron notar las entrevistas y conferencias misteriosas que el generalísimo frances tenia con SS. MM. despues de su traslacion al Escorial, habian aumentado la irritacion y el desasosiego. La altaneria del generalísimo frances y el aire de desden y menosprecio con que él y sus oficiales trataban á los españoles, con particularidad á los que se señalaban por su afecto á Fernando, no dejaban ya la menor duda de que no era la causa de este la que los franceses habian venido á defender. La libertad dada á Godoy, objeto principal del odio del pueblo y de las enconadas pasiones del mayor número, acabaron de exasperar los ánimos hasta un punto difícil de descri-

bir. La partida de los reyes padres siguiendo la misma ruta que el hijo y el privado hizo latir los corazones del modo mas angustioso, sin que ninguno pudiera prometerse nada bueno de la reunion en Bayona de personages tan opuestos en miras é intereses. Madrid estaba sobre un volcan, indicando la inminencia de la esplosion de un momento á otro. Si Napoleon y los suyos hubieran conocido el estado de la opinion pública en España, en vez de apoyar como lo hicieron la causa de los reyes viejos, como los españoles los llamaban, habrian por el contrario adherídose á la de Fernando, satisfaciendo á la vez los votos del pais y los intereses del imperio, pudiendo prometérselo todo de la ciega adhesion con que Fernando y sus consejeros hubieran pagado á Napoleon su reconocimiento y su apoyo. Pero el emperador grande en todo, no parece que quiso mostrar sino que era pequeño en España; y aquella cabeza tan bien organizada, tan prodijiosamente pensadora, tan exhuberante, en fin, de prevision y de cálculo, fue mezquina, raquítica y pobre en cuanto tuvo relacion con la cuestion española. Su lugarteniente Murat que por su permanencia en Madrid y por su roce inmediato con los españoles debia conocer mejor hasta qué punto era peligroso ponerse en lucha con el voto del pais, debia haber informado á su amo de lo impolítico que era adoptar una marcha en contradiccion con el deseo y con el interes general. Fascinóle sin duda la consideracion de las fuerzas de que estaba rodeado, creyendo tan posible contrastar los sentimientos de un pueblo como dar y ganar batallas. ¿Pero quién contiene el torrente, ó qué fuerza humana es bastante para suspender en el aire el descenso de la catarata?

Las tempestades de la naturaleza no estallan de pronto, ni rompen tampoco de súbito las grandes conmociones políticas. Murat no tuvo vista para distinguir el humo que anunciaba la primer bocanada del cráter, ni oido para percibir el oscuro y sordo fragor que el volcan agitaba en su seno. La junta habia suplicado al generalísimo frances guardase secreto y reserva en lo tocante á la protesta de Cárlos IV, y olvidando Murat su promesa, envió dos comisionados franceses á la imprenta de



D. Eusebio Alvarez de Latorre para imprimir una proclama de aquel monarca. Presentóse el impresor al consejo á fin de participarle lo que ocurria, y habiéndose enviado en averiguacion de hecho al alcalde de casa y corte D. Andres Romero, sorprendió este á los dos comisionados franceses con las pruebas de la proclama. Intimóles entonces el juez que se diesen á prision; mas no fue obedecido, ni pudo conseguir que declarasen cosa alguna sin orden previa de su gefe el general Grouchi, á quien Murat habia puesto por gobernador militar de Madrid. Ya en esto habia corrido por el pueblo la noticia de aquel incidente, y agolpándose á las puertas de la imprenta inmensa multitud, estuvo la tranquilidad en gran riesgo. Romero temió que dejados en libertad los franceses, serian sacrificados á manos del pueblo, y deseoso de evitar un desastre, los dejó arrestados en la misma imprenta hasta la determinacion del consejo. No atreviéndose este á decidir en aquel asunto, lo sometió al conocimiento de la junta; la cual no osó tampoco indisponerse con el gran duque, y puso en libertad á los detenidos, exigiendo de Murat nueva promesa de obrar con mas circunspeccion en lo sucesivo. Pero el mal estaba ya hecho, sin que la debilidad de la junta ni la nueva promesa del generalísimo frances pudiese impedirlo. El incidente de la imprenta estendió por todas partes la íntima conviccion de que el emperador trataba de reponer en el trono á Cárlos IV ; y aun de volver su influencia al valido; y exaltada la imaginacion con tan sombrio porvenir, exageraba hasta el último punto las tristes consecuencias de restauracion tan odiosa.

Las provincias ocupadas por las tropas invasoras habian comenzado á ofrecer por aquellos dias escenas aisladas de insultos y atropellos á los soldados franceses, como sucedió en Barcelona y en Burgos y en otras ciudades, donde alguno de ellos pagó con la muerte su petulancia y su insolencia. Las provincias que estaban libres del yugo frances empezaron tambien á estar sobre aviso, poniéndose en guardia sus gefes militares, los cuales se ocupaban en reunir armas silenciosamente por lo que pudiera ocurrir.

Los franceses por su parte aumentaban sus precauciones, fortificándose decididamente y organizando la ocupacion del pais. Acostumbrados á subyugar reinos enteros en el hecho solo de apoderarse de sus capitales, dirigieron su principal conato á tener aterrado á Madrid y cercados sus alrededores. La division del general Bedel que estaba en Segovia pasó al Escorial, trasladándose al primer punto la tercera division del segundo cuerpo de observacion de la Gironda á las órdenes del general Frere. El general en gefe de este último cuerpo, Dupont, estaba en Aranjuez con la tercera division de infantería y caballeria, y dióscle orden de trasladar su cuartel general á Toledo. Los pueblos de Fuencarral y Chamartin, el convento de San Bernardino, Pozuelo y la casa de Campo, estaban ocupados por varias divisiones del cuerpo de observacion de las costas del Oceano á las órdenes de Moncey, siendo hasta veinticinco mil hombres lo que tenian ocupada la corte y sus contornos, mientras la guarnicion española contaba solamente tres mil.

Toda estas precauciones fueron vanas para evitar que en varios puntos estallase de un modo mas ó menos imponente la indignacion popular. Antes de trasladarse Dupont á Toledo, habia enviado á esta ciudad al ayudante comandante Marcial Tomas, en union con algunos oficiales de estado mayor y otros empleados franceses del servicio administrativo, á fin de preparar alojamiento para las tropas francesas. La imprudencia de este enviado fue tal, que no tuvo recato en decir públicamente que el emperador Napoleon, lejos de reconocer á Fernando por rey de España y de las Indias, estaba resuelto á restablecer en el trono á Cárlos IV. Estendidas estas declaraciones, y repetidas y comentadas en la poblacion y fuera de ella, dieron lugar al primer alboroto que con verdadero carácter de tal estalló contra los franceses. El vecindario de la ciudad y los habitantes del campo corrieron en motin á la plaza de Zocodover, poblando el aire de vivas á Fernando VII, y recorriendo las calles armados de escopetas, espadas, garrotes y cuanto pudieron hallar á las manos, llevando levantada una bandera de la cual estaba suspendido el retrato del jóven monarca. Exaltados hasta el último estremo y llenos de una especie de sentimiento re-

CAPITULO IV.

Napoleon nombra al mariscal Massena para la conquista de Portugal: poderoso ejército destinado á este objeto.—Sitio de Ciudad-Rodrigo: su gloriosa defensa: su rendicion.—El general Regnier es rechazado por las tropas españolas.—Invasion de Portugal.—Estado de aquel reino.—Fuerzas que componen el ejército anglo-lusitano: sus posiciones en Portugal.—Puntos que ocupa el ejército frances.—El mariscal Ney obliga á los ingleses á abandonar el fuerte de la Concepcion.—Accion sobre Almeida.—Retirada del ejército ingles al valle del Mondego.—Disposiciones de lord Wellington.—Sitio y toma de Almeida.

El estado imponente de las armas francesas en la Península avisó á Napoleon que era llegada la por él deseada época de pensar sériamente en la conquista de Portugal. Fluctuó mientras tanto su ánimo en la eleccion del mariscal á quien podia confiar tamaña empresa, y despues de haber pensado en Junot y en Ney, se decidió al fin por el mariscal Massena, duque de Rívoli y príncipe de Essling. Era este el mas antiguo y el mas hábil tal vez de sus generales, su constante compañero desde las primeras campañas de Italia, y el que con su espada y talento le habia siempre franqueado las sendas de la victoria y allanado las gradas del trono. A sus esfuerzos y serenidad debia la salvacion de todo el ejército y la de su propia persona en la célebre batalla de Essling, dándole desde entonces siempre con entusiasmo el título de *hijo predilecto de la victoria* por su constante dicha en las batallas. Tal fué el hombre elejido por Bonaparte para ceñir su frente de laureles en los campos lusitanos, poniendo á sus órdenes los cuerpos 2.°, 6° y 8.° del ejército frances, que mandaban los mariscales Ney y Junot y el general Regnier, componiendo entre los tres un total de 82,000 hombres.

El mariscal Soult, que tenia bajo su direccion otros tres cuerpos de ejército en el sur de España, recibió órdenes para cooperar con diversiones al éxito de la conquista del Portugal, y otro cuerpo, con la denominacion de 9.°, se reunió tambien en Valladolid para reforzar y sostener en caso de necesidad al ejército invasor de aquel reino.

Luego que Massena procedente de Paris llegó á Salamanca y pasó revista al 6° y 8° cuerpo, á las órdenes de Ney y Junot, en número de 65,000 hombres, su primer cuidado fué apoderarse de la plaza de Ciudad-Rodrigo. Esta plaza, situada en el reino de Leon, á las márgenes del rio Agueda, á 46 leguas al oeste de Madrid, 16 de Salamanca y 5 de las fronteras de Portugal, es

no mas que de tercer órden, y su fortificacion es antigua, irregular y defectuosa. Está circuida de posiciones que facilitan su ataque y dificultan su defensa, tales como el teso ó altura de San Francisco, que domina enteramente las murallas por su izquierda, los dos arrabales de San Francisco y del puente, el convento de Santa Cruz, que linda con el glásis de la plaza, y varias hondonadas y barrancos que permiten aproximarse á esta ocultamente por muchas partes á distancia de tiro de pistola: tales son tambien las huertas llamadas de Samaniego por el lado izquierdo, y la de Céspedes por el derecho, que proporcionan una segura emboscada al sitiador; tales, en fin, las canteras, el convento bajo de San Agustin, los molinos de Barragan y de los Cañizos, y diferentes alamedas muy antiguas y crecidas Todos estos sitios son allí otros tantos abrigos que se ofrecen al sitiador para dirigir á cubierto sus ataques, sin que los sitiados puedan defender sus muchos puestos esteriores, á no ser perdiendo mucha gente.

Hemos dicho antes que el gobernador de ciudad Rodrigo, D. Andres Perez de Herrasti, se negó á la intimacion que relativamente á rendirse le hizo el mariscal Ney en 10 de febrero. Determinado ahora á defenderse hasta el último estremo lo mismo que entonces, contaba con el entusiasmo del vecindario, que ascendia á cinco mil almas, y con el valor y denuedo de la guarnicion, compuesta de 5,498 hombres; sin que por eso desconociera el inteligente gobernador que, á pesar de las obras últimamente practicadas en varios puntos, como en los conventos de Santo Domingo, San Francisco y Santa Cruz, no podia resistir la plaza mucho tiempo á fuerzas tan superiores como las que la amenazaban. La proximidad del ejército ingles á la frontera no le hizo tampoco concebir esperanza alguna de auxilio, pues la intencion del general británico era bien conocida desde que se retiró á Portugal, siendo su movimiento sobre el Agueda perjudicial á Ciudad-Rodrigo, pues hizo á los franceses aglomerar tal número de tropas para su asedio, que llegaron á reunir en él hasta 82,000 hombres. Los gefes eran los mariscales Ney y Junot y el general Mombrun, encargándose el primero del mando, ansioso de añadir una hoja mas á su rico floron de sus trofeos, y de dulcificar algun tanto su disgusto por no haber logrado el mando superior de la espedicion contra Portugal. Todo el mes de mayo se pasó en encuentros y escaramuzas, favorables muchas veces á los nuestros que, conducidos por el valiente D. Julian Sanchez, se burlaban de la presuncion de los contrarios; y aunque en aquel tiempo intimaron los imperiales hasta dos veces la rendicion á los de la plaza, fueron despreciadas sus comunicaciones. Mas habiendo llegado Massena á fines de dicho mes con nuevas tropas destinadas á estar en observacion de los cuerpos de Wellington y la Carrera, que se hallaban en Fuente-Guinaldo y sus inmediaciones, empezó Ney á obrar con actividad en la formacion del sitio con el 6.° cuerpo, encargado de su realizacion.

El cuerpo del general Regnier, que se hallaba en Estremadura, se aproximó á Coria, y el de Junot se estableció entre San Felix el chico y el grande. Estos dos cuerpos cubrian las operaciones del ejército sitiador, debiendo reunirse con este en el inesperado caso de que el ejército anglo-portugues intentase socorrer la plaza, aunque Massena no temió jamas semejante movimiento, pues como escribia al príncipe de Neuchatel, no creyó nunca que el caudillo ingles se determinára á empeñarse con él en batalla campal. Bien conocia el esperimentado mariscal al enemigo que tenia delante, pues lo que menos pensó el general británico fué en socorrer á Ciudad-Rodrigo, ó en medir por entonces sus armas con el ejército frances, cuya destruccion le garantian, sino con gloria, al menos con seguridad, las inespugnables posiciones que tenia á sus espaldas.

El mariscal Ney en 8 de junio embistió decididamente la plaza; pero la guarnicion defendió sus puestos avanzados con estraordinario valor.

El enemigo principió sus trabajos en el teso de San Francisco, y los continuó, no sin dificultad, hasta que en la noche del 15 al 16 logró abrir la trinchera desde el principio de dicha cima, por frente del mismo convento, hasta la casa principal de la huerta de Samaniego. Adelantaba tambien al mismo tiempo sus posiciones por la

derecha y frente de la plaza, desde el molino de los Cañizos, por la huerta llamada de Céspedes, la Cantera y San Agustin el viejo: sitios todos que tuvo que ir ganando á palmos y á costa de mucha sangre.

El 22 de junio habia ya avanzado el sitiador sus líneas considerablemente y situado muchos emplazamientos y apostaderos hasta tiro de pistola de la plaza, quedando esta cercada por todas partes, y no pudiendo la caballería de su guarnicion salir á forragear, ni ser en ella de utilidad alguna. Escaseaban ademas las subsistencias para mantenerla, y segun el aspecto que presentaban las cosas, iba á perecer sin fruto dentro de la plaza una fuerza que fuera de ella podia seguir prestando á la patria los mas eminentes servicios. En su consecuencia, reunió el gobernador una junta de gefes y autoridades, quedando acordado que el coronel D. Julian Sanchez, que con su brillante partida de lanceros habia sostenido con el mayor teson los puestos avanzados, rompiendo por las líneas enemigas, marchase á incorporarse con la division del general la Carrera, que estaba entonces en la Alameda y Martiago. Esta empresa, que por sí sola forma el elogio mas cumplido de Sanchez y de su partida, pues que solo podia encomendarse á hombres tan arrojados é intrépidos como los que aquel gefe acaudillaba, fué ejecutada con la mayor valentía y resolucion, saliendo Sanchez de la plaza á las once de la noche de aquel mismo dia por la dehesa de Martin-Hernando, sorprendiendo con el mayor denuedo las centinelas y puestos avanzados del enemigo, forzando sus tres líneas, matando y arrollando á cuantos se le pusieron delante, y logrando por fin incorporarse con las tropas españolas.



SALIDA DE DON JULIAN SANCHEZ.

El 23 dieron aviso las vigías establecidas en la torre de la catedral de que en el campo enemigo se observaban movimientos estraordinarios, y que desde sus trincheras se preparaban los franceses al ataque. En efecto, verificóse este á las doce y media de aquella misma noche, á cuya hora dos fuertes columnas de infantería, sostenidas por otra de caballería, acometieron el arrabal de San Francisco por derecha é izquierda, dirigiéndose sobre los conventos de Santo Domingo y Santa Clara, cuyas guarniciones contestaron con un vivo fuego, el cual, sostenido por la artillería de la plaza, que descargaba á metralla sobre los sitiadores, bastó para rechazarlos comple-

tamente y hacerles desistir de su intento. Al mismo tiempo una columna de trescientos hombres se dirigió á atacar el arrabal, si bien fué repelido muy pronto, conociéndose luego que era una llamada falsa para distraer la atencion del verdadero ataque, que con tres numerosas columnas verificó el enemigo contra el convento de Santa Cruz, què incendió por todos lados, escalando sus tapias y volando con barriles de pólvora su puerta principal para introducirse en la iglesia. Puso á esta el frances fuego igualmente valiéndose de camisas embreadas, y luego trató de asaltar el resto del edificio defendido por cien soldados españoles del regimiento de voluntarios de infantería de Avila, los cuales no tan solo le rechazaron en cuantos asaltos intentó, sino que habiendo formado de antemano, á prevencion, una cortadura en la escalera de subida, teniéndola cubierta con tablones, quitaron estos en el momento que pasaba por encima una compañía de granaderos franceses, conducida por un oficial que con el mayor denuedo los mandaba, con el sable en una mano y una hacha de viento en la otra. Dicho oficial y los que acaudillaba cayeron prisioneros todos y fueron muertos por los defensores. Estos, rodeados de llamas por todas partes, pues la voracidad del fuego consumia enteramente la iglesia, se mantuvieron firmes largo rato con la mayor serenidad, hasta que despues de dos horas y media, viendo el enemigo que no podia lograr su objeto, y que llevaba perdida mucha gente, desistió de su empeño y se retiró, llevándose multitud de cadáveres, y dejando el campo de batalla regado con su sangre, al paso que la guarnicion española no tuvo sino cinco soldados y un sargento muertos, y cuatro oficiales y diez soldados heridos. A la mañana siguiente volvieron los sitiados á ocupar sus anteriores posiciones, con la gloria de haber rechazado tan terrible ataque y de haber hecho pagar bien cara á los enemigos su atrevida tentativa, con la que tan solo lograron incendiar los edificios del arrabal, del puente y convento de Santa Cruz, mas sin conseguir la ocupacion de ninguno de los puntos atacados.

Redoblaron los sitiadores su actividad á vista de tan obstinada defensa, ocultando su artillería gruesa, hasta que en la noche del 25 descubrieron siete baterías con cuarenta y seis piezas entre cañones, morteros y obuses, colocadas de modo que cubrian toda la línea, desde el teso hasta el jardin de Samaniego. Al amanecer de dicho dia rompieron un fuego general contra la plaza, arrojando balas rasas, bombas y granadas á la ciudad con tanta furia, que en las seis horas primeras dispararon mas de 3,000 tiros. La plaza respondió inmediatamente con empeño el mas decidido, y todo el vecindario se puso en movimiento, acudiendo unos al servicio de las bombas para apagar los incendios, otros á conducir municiones á las baterías y otros á llevar heridos al hospital, en cuyos servicios se señalaron las mugeres y hasta los niños que, estimulados por el ejemplo de sus padres, acompañaban á estos en sus patrióticas tareas. Los gefes y autoridades animaban á los defensores, recorriendo los puntos de mas peligro. Durante aquella noche menudearon de tal modo las bombas y granadas, que en pocas horas no parecia presentar la ciudad sino un triste monton de ruinas.

El 26 y 27 empezó el sitiador á batir en brecha el torreon del Rey, logrando al fin derribarlo completamente.

El contínuo fuego de la plaza causaba tambien bastante daño al enemigo, y tanto que en la mañana del 28 le voló cinco repuestos de municiones de sus baterías, cuya esplosion fué muy considerable, principalmente en uno de ellos, que quedó enteramente destruido; pero no por eso cesaba el enemigo en sus trabajos y activo fuego. Al amanecer del 28 batieron los franceses con el mayor teson el punto de la brecha, apurando bastante á la ciudad, si bien no consiguió por entonces que la brecha quedase accesible. A las dos y media de la tarde suspendieron los franceses el fuego y enviaron un parlamentario á la plaza con un pliego del mariscal Ney, en el cual, á nombre de Massena, se intimaba la rendicion al gobernador, añadiendo de palabra el oficial parlamentario, que su general permitia se despachase un correo al caudillo ingles, para cerciorarse de que la plaza no debia esperar ser socorrida por aquel ejército á pesar de su proximidad. El gobernador de la plaza aceptó esta última parte, pero se

P. Perez dib.º y litog.º

Litog.ª de Manini y C.ª



DAOIZ Y VELARDE.

negó con firmeza á la capitulacion que se le proponia, reservándose contestar lo que correspondiese hasta la vuelta del correo que debia despacharse á Wellington, durante cuya diligencia, añadió, podrian suspenderse las hostilidades. Esta respuesta irritó tanto al mariscal Ney, que mandó romper inmediatamente contra la plaza el fuego mas horroroso, contestándole la artillería de esta y continuando el ataque con el mayor encarnizamiento. Aquella misma noche colocaron los sitiadores cuatro baterías á sesenta toesas de la muralla, las cuales causaron en ella gran estrago, volando la contra-escarpa y la falsabraga, quedando al fin la brecha bastante practicable.

El 2 de julio, estando ya la brecha muy adelantada, y conociendo los sitiados que el principal ataque del enemigo se dirigia contra el arrabal de San Francisco, juzgaron prudente retirar la tropa que lo defendia, reforzando con ella la guarnicion de la plaza, y dejando en aquel solamente 50 hombres de observacion.

A pesar de este abandono, no ocupó el enemigo el arrabal hasta la noche del dia siguiente, y para eso perdiendo mucha gente, procediendo, luego que lo consiguió, á quemar el Hospicio, sito en él.

El entusiasmo de la guarnicion se aumentaba á medida que crecia el peligro, disminuyéndose con la misma proporcion la esperanza que el vecindario habia concebido de ser socorrido por Wellington. Un lancero de D. Julian Sanchez, que disfrazado de pastor pudo introducirse en la plaza, trajo el dia 9 de julio la noticia de que el ejército ingles se habia retirado de las posiciones inmediatas y tomado otras, para estar á la defensiva, entre Almeida y el fuerte de la Concepcion.

El contínuo fuego de los franceses sobre la brecha consiguió ensancharla hasta 20 toesas, batiendo despues todo el frente de la fortificacion y edificios contiguos, en términos que no habia parage donde situarse, ni por donde transitar; siendo necesario en la mañana del 9 replegar sobre su derecha é izquierda las compañías de granaderos y demas tropas que guarnecian el ancho boqueron, no siéndoles posible sostenerse en aquel punto, por el diluvio de balas, bombas y granadas que caian sobre él, y le enfilaban por todas partes, robando el libre espacio necesario para colocar un solo hombre sin peligro de perecer, siendo alli tan inminente ese riesgo, que en las cuatro horas primeras desde el amanecer perdió la guarnicion cerca de 200 hombres y siete oficiales entre muertos y heridos.

La plaza se hallaba en la mayor consternacion, sin víveres mas que para tres dias, sin tener ya donde colocar los muchos heridos que cada instante aumentaba el fuego enemigo, y sin poder el gobernador efectuar el plan que habia concebido de abrirse paso con la guarnicion por entre las falanges contrarias, plan á cuya realizacion se opuso el vecindario con la mas decidida energía. Puesto aquel digno gefe en tal apuro, y viendo los habitantes que las columnas enemigas se preparaban para el asalto, y que si se daba lugar á él serian ellos los primeros en ser víctimas del furor que animaba á los sitiadores, conoció el ningun fruto que podia producir el dilatar la rendicion algunas horas. Convocó, pues, una junta de autoridades y gefes, la cual se celebró en la mañana del dia 10, resolviéndose en ella que luego que los enemigos indicasen con sus movimientos querer proceder al asalto, se enarbolase bandera parlamentaria, redimiendo al pueblo del sacrificio que le amenazaba. Asi se verificó á las seis de aquella misma tarde, enviando los nuestros al campo frances un parlamentario, el cual volvió al poco rato anunciando al gobernador de la plaza que el mariscal Ney le esperaba en persona al pié de la brecha, para tratar sobre la capitulacion. El gobernador marchó al punto indicado, hallando en él al mariscal Ney, que rodeado de su estado mayor y demas gefes de su ejército le recibió con toda urbanidad y consideracion, tributando elogios á los defensores de la plaza, y añadiendo que nada tenia que hablarse en órden á capitular, pues todas cuantas honoríficas distinciones se conceden en semejantes casos las acordaba desde luego al acreditado valor de la guarnicion, asi como al tino de haber el gobernador esperado para parlamentar el momento crítico y preciso de estar acabándose el plazo en que podia hacerlo segun las leyes de la guerra, despues de haber llenado dignamente las del honor y la fidelidad.

Esta capitulacion verbal fué garantida por la palabra de honor del mariscal Ney, el cual la dió públicamente, al mismo tiempo que la mano al gobernador español.



Rendicion de Ciudad-Rodrigo.

En su consecuencia, las tropas francesas ocuparon las puertas de la ciudad, retirándose á sus cuarteles la guarnicion española, hasta el dia siguiente 11, en que despues de desfilar, rindió sus armas como prisionera de guerra. Perdieron los nuestros durante este memorable sitio 1,400 hombres, habiendo durado el cerco sesenta y siete dias, desde el 25 de abril hasta el 10 de julio de 1810: la plaza fué embestida y atacada por tres cuerpos del ejército frances, en número de 82,000 hombres, y cañoneada sin interrupcion en todas direcciones, durante diez y seis dias, por 46 bocas de fuego, abriendo en ella tan enorme brecha, que el gobernador y su estado mayor bajaron por ella á capitular y por ella volvieron á subir. Los franceses encontraron en la plaza 86 cañones, una gran cantidad de pólvora y 120,000 cartuchos.

El rey premió esta heróica defensa concediendo á los que estuvieron en ella una cruz de distincion con esta leyenda: *Valor acreditado en Ciudad-Rodrigo.*

El mariscal Massena se propuso permanecer en los alrededores de Ciudad-Rodrigo hasta que repasase el Tajo el general Regnier con el segundo cuerpo del ejército frances. Este, con ánimo de envolver al coronel Murillo, que se hallaba en Burguillos, y atacar al brigadier Imáz, que estaba en Jerez de los Caballeros, se puso en marcha desde Mérida y Almendralejo en número de 11,000 hombres. El 5 de julio avistó Murillo á los franceses, y despues de causarles alguna pérdida se retiró sobre Jerez, cuyo punto fué atacado el mismo dia por Regnier, resistiendo los nuestros con vigor, hasta que conociendo Imáz la imposibilidad de sostenerse, no teniendo mas que 3,000 hombres, se dirijió á Encinasola para reunirse al general Ballesteros. Los franceses perdieron en estos encuentros 800 hombres, siendo insignificante la pérdida de los españoles.

Despues de estas acciones, pasó Regnier á la derecha del Tajo para, á las órdenes de Massena, dar principio á la invasion del reino lusitano, reino que á haber estado reducido á sus fuerzas, hubiera tardado muy poco en sucumbir á los invasores; pero apoyado por auxiliares poderosos, y dirijido por gefes que, aunque es-

trangeros, se ostentaban ambiciosos de gloria y ardian en deseos de humillar á sus aborrecidos rivales, podia lisongearse con la esperanza de sostener vigorosamente la causa de su independencia. Esta dicha no la logró sin embargo, sino á costa de grandes pérdidas, sinsabores y humillaciones; porque, tanto los caudillos que conducian á sus soldados, habituándolos al uso de las armas y ejercicios bélicos, como los políticos que con sus consejos mejoraban su régimen interior, ó subvenian á las penurias de su hacienda, creian adquirir derechos de preferencia sobre los naturales, y los portugueses se veian precisados á concedérselos por deferencia y gratitud. La energía y superioridad de lord Welington hacía enmudecer á los quejosos, tenia en vergonzosa dependencia á la regencia de aquel reino, y trataba á la nacion portuguesa como si fuese pueblo conquistado. ¡Injusto desquite con que los pueblos poderosos se reintegran de la proteccion que prestan á los débiles!

Wellington, gefe supremo de toda la fuerza armada anglo-portuguesa, disponia de ella sin intervencion alguna del gobierno, y el almirante ingles Berkeley tenia la marina á su cargo con omnímodas facultades. El primero, despues de habérsele separado el general español la Carrera, disgustado con él por su negativa á auxiliar á Ciudad-Rodrigo, reunia bajo su mando un total de 82,000 hombres: 26,000 de su nacion, 30,000 del ejército portugues y 26,000 de milicias del pais, no contándose en estas fuerzas las llamadas *ordenanzas*, especie de cuadrillas de paisanos, mal armados y faltos de disciplina; pero llenos de valor y entusiasmo. Tal era el estado de Portugal cuando los franceses llegaron á sus fronteras.

El primero que puso el pié en ellas fué el general Regnier, el cual marchó sobre Castelobranco á amenazar el flanco derecho del ejército ingles. Este se concentró sobre Almeida desde el 25 de junio, estableciendo allí su cuartel general. Su fuerza estaba distribuida en cinco divisiones, de las cuales la primera, á las órdenes del general Spencer, ocupaba á Celorico, pueblo distante casi veinte millas del grueso del ejército frances: la segunda, mandada por el general Hill, se hallaba colocada como cuerpo central sobre las montañas de Port-alegre, el Tajo y el Guadiana, desde donde observaba las fronteras de España: la tercera, á las órdenes del general Cox, estaba situada en Guarda, que era la principal posicion, distante veinte millas de las líneas francesas: la cuarta, á las órdenes del general Picton, ocupaba el pueblo de Pinhel, y la quinta, mandada por el general Crawfurd, se hallaba colocada á la mitad del camino, entre el cuerpo principal del ejército ingles de la Guarda y el ejército frances que ocupaba á Ciudad-Rodrigo, es decir, distante cerca de diez millas de uno y otro punto; pero esta última division no estaba fija, y avanzaba á veces hasta San Felices de los Gallegos, ó retrocedia segun lo exigian las circunstancias. Lord Welington trasladó su cuartel general á Viseo. Las tropas portuguesas, mandadas por el mariscal Beresford, se reunieron al duque de Wellington en julio, y desde aquel momento comenzó éste á poner en ejecucion el sistema de defensa que durante su permanencia en Sevilla el invierno de 1809 habia concertado con su hermano el marqués de Wellesley: plan seguido con perseverancia por el gobierno ingles, obedecido por la regencia de Portugal y llevado á cumplido término por el susodicho Wellington

Para apreciar mejor la invasion de las provincias septentrionales del Portugal, y las operaciones defensivas de lord Wellington, es preciso dar algunos detalles topográficos, si bien con laconismo y brevedad. Portugal nos es generalmente desconocido.

Desde la posicion principal del ejército ingles en la Guarda, hasta la ciudad de Lisboa, media una distancia de 190 millas, es decir, casi veinte dias de marcha. Tres caminos reales guian desde Lisboa á las fronteras de España, el primero por Abrantes, en el cual está situada Santaren, plaza distante 40 millas de Lisboa, que por su situacion elevada es sumamente fuerte, y dominando el camino real por el E. forma la primera defensa de Lisboa contra el que intente penetrar hasta ella por el camino de España. Hállase flanqueada al S. E. por el Tajo, y al N. E. por sierras muy escarpadas, estando ademas reforzada con fortificaciones, cuyo objeto es cerrar el camino entre las alturas y el rio.

El segundo puesto que, siguiendo el camino real del E. hay mas importante aun que Santaren, es Abrantes, que dista 30 millas de Lisboa y 120 de Guarda; esta ciudad, situada muy cerca del Tajo, fué campo militar romano, circunstancia que su fuerza natural indica bastante, y á esa fuerza nada habia el arte añadido.

Villa-bella es tambien otra posicion militar y campamento romano sobre el paso del Tajo, cuyo rio corre al traves de las montañas que la circundan.

Castelobranco, que sirvió tambien de campo romano, está situada al estremo del otro desfiladero, y el pais que la rodea ofrece posiciones tan inespugnables, que puede considerarse como un gran campamento fortificado. Su ciudadela y murallas se hallaban entonces arruinadas y en estado de no poder sostener un sitio.

A la mitad del camino de Castelobranco á Guarda se encuentra Cobilha, y desde este punto empieza el pais á ser mas montuoso, formándose en él las sierras llamadas de la Estrella, en las cuales se ostenta, inmediata á Cobilha, una eminencia elevada, 6,000 piés sobre el nivel del mar. Esta ciudad, situada en una posicion tan escarpada, era en caso de retirada sumamente ventajosa para oponerse á los progresos del enemigo. Desde Cobilha sigue de montaña en montaña elevándose el terreno hasta Guarda, poblacion situada sobre uno de los montes de la sierra de la Estrella, cerca del nacimiento del Mondego, en términos que al divisarse de lejos parece un simple campanario colocado sobre la cima de una montaña. Los caminos que conducen á esta ciudad estan abiertos á traves de las rocas, y se ven rodeados de abismos, siendo por tanto aquella una de las plazas mas fuertes de Portugal. Asi fué que Wellington, mientras pudo proporcionarse las subsistencias necesarias, permaneció tranquilo en esta posicion, seguro de que la naturaleza bastaria á defenderle en ella de todo el poder de la Francia. Desde Guarda á Ciudad-Rodrigo, en donde el mariscal Massena fijó por mucho tiempo su cuartel general, no hay mas que 25 millas, y esa distancia la hacian mas corta ambos ejércitos, los cuales tenian tan avanzadas algunas de sus divisiones, que estaban mútuamente á la vista, divisando los ingleses desde las alturas de Pinhel, Celorico y Guarda las líneas del ejército frances en los llanos de Ciudad-Rodrigo. Una y otra caballería cambiaba á cada momento de posicion, y tan pronto marchaba adelante como se retiraba, encontrándose mas de una vez sus partidas en los llanos de Ciudad-Rodrigo, y verificándose varias escaramuzas con diversos éxitos.

Las posiciones del ejército ingles estaban tomadas de modo, que si este se via en precision de retirarse en el curso de la campaña hácia la ciudad de Lisboa, lo podia verificar sin peligro de ser cortado.

El ejército frances por su parte tenia sus posiciones ordinarias en las llanuras que estan á la falda de las montañas en que se hallaba acampado el ejército anglo-portugues, llanuras en que existen situadas las ciudades de Badajoz y Ciudad-Rodrigo, y algo mas distante Alcántara; y aunque no todas las divisiones francesas se hallaban estacionadas en el llano, su colocacion era tal, que les era fácil reunirse todas ellas antes de poder ser obligadas á una accion general.

Tal era el estado de Portugal, y tales las posiciones de los ejércitos beligerantes, cuando Massena, resuelto á empezar ya sus operaciones relativamente á aquel reino, mandó el 21 de julio al mariscal Ney verificase un reconocimiento sobre el fuerte de la Concepcion, fuerte que el general Crawfurd se vió precisado á abandonar despues de volarlo. Mas séria fué la accion del 24 del mismo mes sobre Almeida, en que atacado el mismo general Crawfurd por siete mil franceses de infantería y tres mil caballos, fué vencido por el número, aunque se defendió con teson, retirándose luego hácia el puente de Coa, en donde tomando posicion, causó bastante pérdida al enemigo, rechazándole por tres veces, aunque al fin tuvo que retirarse de nuevo con su division sobre Cobilha, despues de haber perdido cuatrocientos hombres. Este resultado, de tan mal presagio para el próximo sitio de Almeida, á cuya vista tuvo lugar, no lo produjo solo la disparidad de las fuerzas: contribuyó tambien á él el poco acierto del general ingles en la colocacion de las suyas.

Lord Wellington, inflexible en seguir el plan de campaña que se habia trazado,

conducir los príncipes. La tropa francesa olvida el deber que la humanidad y el decoro imponen á la fuerza organizada de intimar el sosiego y la calma á los alborotados, antes de lanzar sobre ellos el esterminio y la muerte. No hay amonestacion, no hay aviso. Súbita descarga se escucha; y esa descarga asesina es la señal de



dispersion para la multitud, que derramándose en confusion por todas las salidas de la plaza, semeja al mar que domina sus bordes y se precipita espantoso por el declive de la ribera. Los fugitivos estienden la alarma y pueblan los aires con gritos de guerra. *A las armas*, se escucha decir por las calles; *á las armas*, responden los habitantes desde lo interior de sus domicilios; *á las armas*, repite el eco que por todas partes retumba; y Madrid entero se alza en alas de la desesperacion y del patriotismo. El nombre de Fernando, tan consolador y poético entonces, como irrisorio y cruel ahora, se mezcla por todas partes á los alaridos de muerte; y es hermoso perecer por su causa y por la causa de la nacion.

Jóvenes, ancianos, mugeres, todos toman parte en la lucha. El que carece de mosquete ó trabuco, empuña su escopeta de caza; los que no tienen armas de fuego, echan mano del enmoecido espadin, ponen á la punta de un palo el hierro primero que encuentran, salen con un simple baston, ó se precipitan en las filas enemigas sin otro instrumento de muerte que su propio arrojo. La plaza Mayor, la calle de este mismo nombre, las de la Montera, Carretas y Alcalá, borbollan de gente y de ira. No se oye otra cosa que gritos mezclados al sordo batir de los tambores y al sonido del clarin y de la trompeta que llaman las tropas á sus puntos. Sorprendidos aisladamente los franceses que acuden á sus puestos, son esterminados en las calles, ó compran su vida al vergonzoso precio de rendir las armas. Los oficiales de estado mayor y los edecanes que recorren la poblacion llevando órdenes, son vol-

cados del caballo, acometiéndoles el paisanage con piedras, y acercándose audaz á veces á derribarlos á puñaladas. Revolver una esquina es caer para no levantarse ya mas. Quedarse algun cobarde ó remiso en la casa que le sirve de alojamiento, equivale tal vez á morir á manos del huesped ó de la indignada patrona. Los gritos que suben al cielo se cruzan con los tiestos, ladrillos y piedras, y hasta con el agua hirviendo que las mugeres arrojan desde las ventanas sobre el aborrecido estrangero. Vése aqui al manolo montado sobre el caballo del dragon frances que acaba de derribar; vénse allá hasta los niños tomar parte en la lucha á que los incita el ejemplo, no ya de sus padres, que es poco, sino el de sus madres tambien. No son ya franceses aislados los que rinden la vida ó las armas á las manos del pueblo. Masas enteras de caballeria se estrellan en la multitud, y sucumben ó retroceden. Cien combates trabados á la vez dan á la vez cien laureles á los inexorables



madrileños. El encono y el odio pasan los límites de la generosidad y del denuedo, y los cadáveres del enemigo no tienen un escudo en la muerte para no ser acometido de nuevo, ó arrastrados tal vez por las calles. Con estas espantosas escenas contrasta noblemente en otros puntos la clemencia del vencedor, que mirando á un frances desarmado, ó implorando rendido merced, le tiende la mano y le salva. Una parte del ejército imperial es sin embargo escepcion de esta regla. Los mamelucos de Napoleon, siervos reconocidos de un agresor injusto y sectarios juntamente de las leyes del Alcoran, escitan con particularidad el furor y la rabia madrileña. No hay para ellos clemencia ni generosidad. El golpe que los hiere ó los mata vale

por dos: ese golpe, como dice Foy, hace desaparecer de la tierra al frances y al musulman juntos en uno: el que mata un mameluco cumple, ó cree cumplir á la vez, los deberes que impone el patriotismo y los deberes de la religion. El aliento que animó á los abuelos, anima á los nietos aun. Los tiempos de Pelayo y del Cid van de nuevo á brillar en la escena.

El pueblo de Madrid entretanto estaba abandonado á sí mismo. Falto de organizacion militar, destituido de gefes, lanzado de improviso en la guerra, contrariado por el gobierno que debia servirle de apoyo, ensayando su inesperiencia en el combate al frente de un ejército numeroso, aguerrido y displinado; inútil era esperar que los primeros anuncios de victoria fuesen duraderos y sólidos. Prevenido por el gran duque de Berg el caso mas que probable de una insurreccion en Madrid, tenia dadas con anticipacion sus órdenes para que las tropas francesas acantonadas en el convento de S. Bernardino, en Chamartin, en Fuencarral y en el Pardo, estuviesen dispuestas á acudir prontamente á la primera señal de alarma. Desconcertados al parecer los franceses en los primeros instantes del levantamiento, sacuden su estupor momentáneo, empuñan presurosamente las armas, y abalanzándose por la carrera de S. Gerónimo y por la calle de Alcalá, esa calle tan bella como á propósito para ejercitar el cañon, las barren con la artillería. La caballería de la guardia imperial, mandada por el gefe de escuadron Daumesnil, carga sobre la muchedumbre

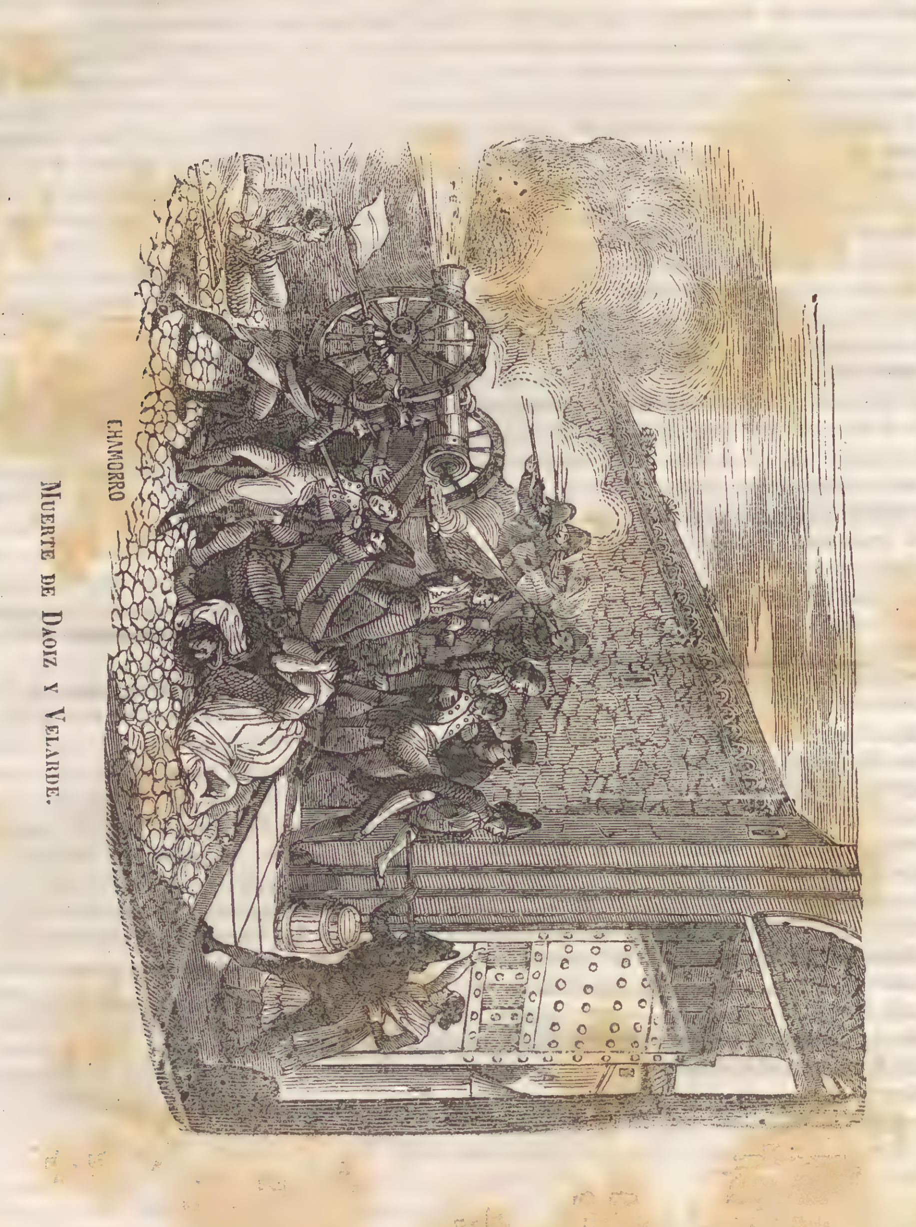


inesperta, y la arrolla completamente. Los lanceros polacos, hijos de un pueblo poco antes libre y recientemente sacrificado entonces á la ambicion de la tirania del polo, son los primeros en señalarse por su bravura y ferocidad contra un pueblo que no acaba de alzarse sino por conservar su independencia. Los mamelucos por su parte vengan la muerte de sus compañeros con la de sus sacrificadores y enemigos, y la

vengan con el desalmado valor del árabe, desarrollado y dirigido por el genio de Napoleon. Los madrileños habian disparado desde sus casas, convirtiendo los balcones y ventanas en bocas de esterminio y de muerte. Los generales franceses les vuelven ahora las tornas, y enviando destacamentos de infanteria á forzar los edificios desde donde se les ha hecho fuego, los entran á saco, y degüellan á sus moradores, ó los fusilan delante de sus mismas puertas. El encono y la rabia son grandes porque son recíprocos. Reproducidas las escenas de horror en sentido opuesto, renuévanse tambien á su turno los actos de generosidad; y el que antes imploraba humillado la compasion del vencedor, concede tal vez victorioso lo mismo que poco antes demandaba vencido. Nada se deben ya franceses y españoles. La vida se ha pagado con la vida, el valor ha luchado con el valor, la clemencia sucederá á la clemencia. ¿Cómo esperar otra cosa de pechos valientes y esforzados? El uso moderado que los franceses han comenzado á hacer de la preponderancia que les da la organizacion y la disciplina, no anuncia ni puede anunciar el asesinato. Los prisioneros que caen en sus manos, conservan generalmente la vida. ¿Será acaso que se les conceda un momento para ajusticiarlos despues? No es posible proceder tan inicuo en los vencedores de Europa. Ellos harán justicia á los generosos sentimientos de un pueblo, tanto mas acreedor al respeto, cuanto con mas indignacion se resiste á sufrir el yugo, cuanto con mas infortunio ha caido. Esos valientes que tan caras venden sus vidas, lanzándose con un simple puñal en medio de las filas francesas; esos otros que batiéndose en retirada disputan palmo á palmo el terreno al frances vencedor; esos, en fin, que al verse destituidos de defensa, prefieren la muerte á la huida, esperando con estóica firmeza, y quietos y á pie firme, el tiro matador que los estermina, llamarán la atencion de Murat como deben llamarla á los bravos, y el valiente será generoso.

Asi discurrian consigo mismos los que habiendo sido hechos prisioneros por las falanges francesas, interpretaban su momentánea humanidad como duradera y consecuente. Poco tardaremos en averiguar si se equivocaban ó no. Volvamos ahora la vista un momento al barrio de las Maravillas, á las cercanías de la puerta de Fuencarral, á la calle de San José, al Parque español de artillería. La escasa guarnicion española fraccionada en diversos puntos de la poblacion y compuesta en su totalidad de tres mil hombres, estaba retenida en los cuarteles por las órdenes de la junta y del capitan general D. Francisco Javier Negrete. ¿Qué podia hacer ese puñado de hombres contra veinte y cinco mil imperiales dispuestos á caer sobre ellos? Tal habia sido la reflexion de la autoridad militar española; tal la consideracion del inútil gobierno espantado por Ofarril. Madrid entretanto no se habia preguntado á sí mismo *¿qué he de hacer yo?* ni los bravos soldados tampoco. Pero esos soldados permanecen en sus encierros. ¿Será que entre aquellos valientes encadenados por la disciplina, no haya un solo cuerpo que rompa la valla, cuando el grito de la Patria lo exija? ¿Lamerá el leon sus cadenas, sin salir de su jaula de hierro? Un grupo de paisanos batidos por todas partes y destituidos de apoyo, se dirije exhalado hácia el Parque, y el aire se agita y retumba con el grito desgarrador de *armas, armas!* Habia en efecto en el Parque hasta diez mil fusiles encajonados, y veinte y seis piezas de cañon en sus afustes. El paisanage brama por apoderarse de aquellos instrumentos de muerte. Los catorce artilleros que estan allí, inválidos la mayor parte, vacilan entre el deseo de secundar el grito de sus conciudadanos y el de cumplir la consigna del capitan general, cuando oyendo decir que algunos de sus compañeros de infantería acababan de ser atacados por la tropa francesa, y viendo abalanzarse hácia ellos una columna enemiga que á paso de carga se dirije á tomar el Parque, ponen fin á su duda angustiosa, y se unen á los insurgentes. Dos valientes oficiales de artillería, los inmortales Daoiz y Velarde, se ponen al frente de aquella docena de bravos, y apoyados por el paisanage y por un piquete de treinta y tres infantes á las órdenes de otro esforzado oficial llamado Ruiz, hacen una vez y otra vez el juramento que van pronto á sellar con su sangre; de morir ó vencer por la patria. Los valientes paisanos, entre

los cuales se ven algunas mugeres, se distribuyen en tres secciones, coronando unos, en union con los soldados, las alturas del Parque, despues de haber hecho prisionero un destacamento imperial que se hallaba en él, mientras otros se dirigen á los cajones en que estan contenidos los fusiles, y otros arrastran á brazo cinco cañones, de los cuales colocan dos enfilando la calle de San Pedro desde lo interior del Parque, cuyas puertas quedan cerradas; otros dos á la parte de afuera, en direccion el uno de la calle ancha de San Bernardo, y otro en el punto de reunion de las cuatro calles al estremo superior de la de San José, mientras el quinto cañon queda de reserva en el patio. La columna francesa que los artilleros han visto avanzar, se compone toda del quinto regimiento de infantería provisorio, destacado precipitadamente del convento de San Bernardino, á las órdenes del general de brigada Lefranc. Daoiz y Velarde la esperan impávidos, haciendo jugar sobre ella sus bocas de fuego, y trabándose de ambos lados aquella refriega espantosa en que tanto brilló el heroismo, y que por lo tenaz del ataque y por lo porfiado de la resistencia constituyó el episodio mas sangriento de la insurreccion de aquel dia. La metralla menudea sus tiros sobre los franceses. Las filas enemigas se merman. Los soldados y el paisanage se reducen á menos tambien. Nadie atiende á los muertos que caen; nadie cuenta los vivos que quedan. La muerte se da y se recibe con el mismo entusiasmo y aliento. Muertos los artilleros que empuñaban la mecha del cañon colocado en el estremo de la calle de San José, es servida la pieza por las mugeres. Lefranc entretanto repite su ataque contra la débil batería española, siendo rechazado de nuevo, y quedando herido el valiente Daoiz. El oficial Ruiz hace rato ya que lo ha sido. Vanamente se dice al primero que se ponga á cubierto de la metralla enemiga y se retire. Herido Daoiz en el muslo y vertiendo torrentes de sangre, continúa sereno al pie del cañon. Las descargas que los españoles han hecho vienen á ser diez ú once, y la metralla se ha acabado ya. Daoiz la reemplaza con un cajon de piedras de chispa que Velarde le trae de los almacenes; carga con ellas su cañon, y dispara; torna á cargar de nuevo, y dispara otra vez. La sangre que vierte en abundancia ha rendido entretanto sus fuerzas. No pudiendo sostenerse en pie, se apoya en el cañon, permaneciendo casi solo en medio de la calle. Lefranc que conoce su hora, aprovecha la ocasion y el apuro de sus enemigos, y avanzando á la bayoneta con denuedo digno de mejor causa, consigue apoderarse del Parque, llegando á tiempo de recobrar los fusiles que los insurgentes comienzan á sacar de los cajones. El valiente Velarde, que habia entrado en el almacen á fin de procurarse nuevos elementos de resistencia, se encuentra, al salir, con el enemigo dueño ya del patio del Parque. Un oficial polaco ¡el nombre polaco otra vez! acomete por la espalda á aquel héroe, y asestándole un pistoletazo, le tiende en el suelo sin vida. El infortunado Daoiz acaba de perderla tambien. Apoyado en su cañon, y estando ya medio exánime, se acerca el enemigo á aquel bravo so color de ofrecerle capitulacion. El héroe confiado la admite, y cercándole entonces los franceses, le acrivillan á bayonetazos. Vanamente levanta su espada para no morir sin matar. El heroismo sucumbe á la villanía y al número, y Daoiz se resigna á su suerte.



Muerte de Daoiz y Velarde.

¡Mártires de la patria! ¡Valientes y esforzadas víctimas votadas con resignacion á la muerte por la independencia de vuestro pais! Eternos vuestros nombres en la historia, los vemos escritos tambien en los pabellones del cielo. La nacion por quien dísteis la vida no ha recogido aun el fruto de vuestro holocausto. Tended vuestra mirada sobre ella; sed sus ángeles tutelares. Fijos nuestros ojos en el triste y sencillo monumento que el pueblo de Madrid os ha alzado, el dia que nos recuerda vuestro sacrificio y el de vuestros compañeros de infortunio y de gloria, es santo,

luctuoso y sublime para nosotros. Sea vuestro nombre el que nos inflame en la lucha cuando quiera que el yugo estrangero amenace á la patria otra vez: séalo tambien si algun dia amagase hundir nuestros derechos la afrentosa coyunda interior.

Pero el obelisco del 2 de Mayo no abriga en su seno las solas cenizas de Daoiz y Velarde. Otras víctimas descansan allí, y es preciso tratar de esas víctimas.

El gran duque de Berg, acompañado del mariscal Moncey y de los generales que no tenian mando de tropas, se habia trasladado desde el principio á lo alto de la cuesta de San Vicente, situada al oeste de la heróica villa. Allí se ocupaba en dar órdenes rodeado de los fusileros de la guardia imperial, cuando acercándose á él algunos miembros de la junta, prometiéronle restablecer la tranquilidad, si él por su parte mandaba á los suyos poner término á la efusion de sangre. Oida por Murat la peticion de los comisionados, convino en desistir de toda hostilidad en el momento que cesase la efervescencia de la poblacion. Los ministros Ofarril y Azanza se dirigieron á los consejos en compañía del general Harispe, y uniéndoseles varios magistrados, se repartieron por las calles, recorriéndolas á caballo, agitando al aire pañuelos blancos en señal de reconciliacion y amnistía



general. Varios oficiales de ambas naciones contribuyeron tambien por su parte á aquella mision consoladora, consiguiendo unos y otros salvar la vida á un gran número de desgraciados. Oida por los madrileños la promesa de paz y olvido de cuanto acababa de pasar, obedecieron la conciliadora voz de sus autoridades, y se retiraron tranquilos á sus casas. La agitacion habia comenzado entre diez y once de la mañana, y la calma se hallaba restablecida á las dos de la tarde. ¿Cómo te-

mer, visto esto, que volviera á turbarse otra vez? Asi sucedió sin embargo, y es preciso decir como fue, por mas que se resista la pluma á trazar el horrible cuadro que tuvo principio en aquella tarde funesta y siguió despues por la noche, hasta la mañana del 3.

Hemos visto la moderacion con que los franceses se habian limitado por punto general á hacer prisioneros los españoles que caian en sus manos, y hemos visto tambien al gran duque prometer á los comisionados de la junta poner término por su parte á la desolacion y la muerte, siempre que ellos por la suya consiguiesen ponerlo al tumulto. La condicion habia sido cumplida por las autoridades españolas: Murat no cumplió la suya. Al mismo tiempo que los ministros y los individuos de los consejos recorrian las calles de la poblacion á la voz de olvido y de paz, mandaba Murat estender, y firmaba con mano de tigre, una proclama digna de Atila, segun espresion de Toreno; proclama fijada en las esquinas en la mañana del dia siguiente, bien que dada en la tarde del 2, y puesta en ejecucion desde luego, aun antes que su contenido llegase á noticia de los moradores. Este documento espantoso, en el cual se decretaba el asesinato de la lengua de Garcilaso y de Cervantes, ni mas ni menos que el de los infortunados madrileños, decia así:

ORDEN DEL DIA.

Soldados: La poblacion de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

ARTICULO I.

El general Grouchi convocará esta noche la comision militar.

ARTICULO II.

Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados.

ARTICULO III.

La junta de estado vá á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes quienes despues de la ejecucion de esta órden se hallaren armados ó conservasen armas sin una permision especial, serán arcabuceados.

ARTICULO IV.

Todo lugar donde sea asesinado un francés será quemado.

ARTICULO V.

Toda reunion de mas de ocho personas será considerada como una junta sediciosa, y deshecha por la fusileria.

ARTICULO VI.

Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de talleres, obradores y demas de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos.

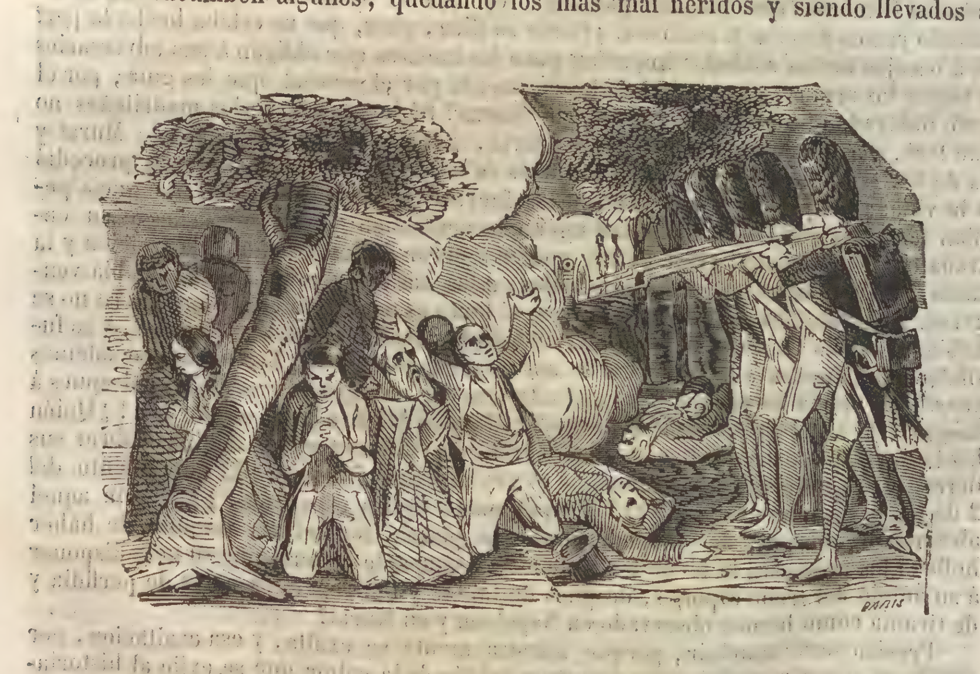
ARTICULO VII.

Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos ó manuscritos provo-

cando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808.—JOACHIN.—*Por mandado de S. A. I. y R.—El gefe de estado mayor general.*—BELLIARD.

En consecuencia de esta órden, inconcebible en un siglo culto y en un guerrero que se gloriaba de servir á las órdenes del gran Napoleon, comenzaron á diseminarse por las calles, desde el momento mismo en que la tranquilidad quedó restablecida, multitud de patrullas francesas, las cuales se apoderaban de los desgraciados que ignorantes de semejante bando llevan consigo una aguja de enjalmar, unas tijeras de su oficio, un estuche de su profesion, un simple cortaplumas, cualquiera instrumento cortante por inofensivo que fuese. Varios de aquellos infelices son fusilados desde luego entre dos y tres de la tarde junto á la fuente de la puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, pereciendo el mayor número durante la noche en el Prado y en el Retiro, siendo conducidos allí desde la casa de Correos, donde se estableció la comision militar presidida por el general francés Grouchi, y para mengua del nombre español, por el capitan general de Madrid don Francisco Javier de Negrete! Aquel tribunal inexorable, improvisacion infernal de la mas espantosa venganza, pronuncia sus fallos de muerte sin conceder defensa á los acusados, sin mas indagacion que sus nombres, sin identificar la persona, sin ver por ventura á las víctimas, sin concederles la compañía de un sacerdote que los consuele al morir. Jóvenes, ancianos, ministros de la religion y hasta algunas infelices mugeres, caminan atados en dos en dos en medio de las sombras de la noche al ignorado lugar de su suplicio, y hacinados en monton cual corderos destinados á la matacía, disparan los franceses sobre ellos una descarga de fusilería ó de metralla, á la cual sucumben algunos, quedando los mas mal heridos y siendo llevados á



FUSILAMIENTOS EN LA NOCHE DEL 2 DE MAYO.

enterrar cuando estan todavía luchando con la postrimera agonía. ¡Noche horrible, sangrienta, espantosa! ¡Noche que como el dia de Job no debiera figurar en los años, ni contarse ya mas en los meses! Estremecidos los madrileños, oian desde el

fondo de sus hogares las frecuentes descargas, negándose todavia á dar crédito á barbaridad tan inaudita. El sol de la mañana siguiente vino á alumbrar aquella escena de horror; y los verdugos vieron su obra, y la prosiguieron no obstante, fusilando sin piedad en la montaña del Príncipe Pio los infelices restos de la víspera!

Al considerar atrocidad semejante, quisiéramos sobreponernos al horror que nos causa, para ver si nos era posible hallar una escusa cualquiera, una disculpa, por insignificante que fuese, en la conducta de Murat.

«El combate habia cesado, dice el general Foy; pero la paz no estaba hecha. Poco importa á los soldados que el amor de la patria ó el odio á la opresion ponga las armas en las manos de sus enemigos. Para ellos no hay guerras justas, sino cuando se hacen lealmente, cuando las precede declaracion, cuando la querella se ventila á cielo abierto. Entonces se abrazan los adversarios. Los habitantes de Madrid acababan de sorprenderlos aislados, sin armas, inofensivos, asesinándolos á puerta cerrada; y los franceses mientras tanto, habiendo recobrado su fuerza en el acto de reunirse, habian hecho de ella un uso moderado, dado que fueron pocos los enemigos que sacrificaron á sus golpes, contentándose con retener prisioneros á los que habian caido en sus manos. El gran duque creyó no ser esto bastante para asegurar el órden público, juzgando que la autoridad debia recobrar sus derechos. El movimiento del 2 de mayo, premeditado ó no, era una agresion verdadera de parte de los españoles.»

Nosotros no acabamos de concebir como un escritor liberal, y que tan amante se muestra de la justicia en tantos pasages de su obra, ha podido llevar el sofisma hasta un estremo tan lamentable. Si el combate del 2 habia cesado, dicha está la promesa que á los madrileños se hizo por boca de sus autoridades, y por la de los mismos franceses que las acompañaban, de dar al olvido todo lo pasado, proclamando reconciliacion y amnistía. ¿Cómo se dice, pues, que no estaba hecha la paz? Si á los ojos de los soldados importan poco los motivos que obligan á sus adversarios á tomar las armas, ¿no serán tenidos en cuenta por el general que los guia, por el gefe ilustrado que preside y moraliza la fuerza? Si la guerra de los madrileños no fue leal, porque no hubo declaracion previa, ¿dónde estaba la lealtad de Murat y la de los suyos en la guerra que á nosotros se nos hacia? ¿Qué declaracion precedió á la villana ocupacion de nuestras plazas fuertes? ¿Qué motivo justo de queja podian tener los que de un modo tan inícuo se conducian con nosotros desde su entrada en la Península? ¿Qué abrazo podian esperar de los españoles la traicion y la mala fé? Pero hubo franceses asesinados en las casas, y esto al menos debia vengarse. Enhorabuena, diremos nosotros, si tanto es necesario conceder; ¿pero no se habian vengado ya durante la lucha, cuando las casas se entraban á saco, y se fusilaba á los dueños á las puertas de sus mismas moradas? ¿Era necesario ademas guardar la vida á los prisioneros para solo tenerlos en capilla, y asesinarlos despues á sangre fria en el Prado y en el Retiro? ¡El órden público debia asegurarse! ¿Quién habia turbado ese órden sino la villanía francesa? ¡La autoridad debia recobrar sus derechos! ¿Quién erijia en autoridad al generalísimo frances? ¡El movimiento del 2 de mayo era una agresion verdadera de parte de los españoles! ¿Agresion aquel alzamiento, despues de ocupadas nuestras plazas fronterizas, despues de haber hollado los franceses la fé de los tratados, despues de determinar su gefe disponer á su antojo del trono español, despues de tantos y tan repetidos actos de perfidia y de tiranía como hemos observado en Napoleon y en Murat?

Preciso será concluir, porque nuestra mente se exalta, y esa exaltacion, por mas justa que sea, podrá parecer menos propia de la calma que se exije al historiador. ¿Quién, empero, no nos concederá alguna escusa, cuando hay quien disculpe á Murat? Mas no porque Foy se esprese en los términos que acabamos de ver, lleva su sinrazon al estremo de abonar los fusilamientos del 2. Su corazon y su mente eran rectos; y harto claro se ve en su obra el anatema que el escritor fulmina sobre la atrocidad que nos ocupa, en medio de la moderacion, ó llámese patriotismo,

si se quiere, con que se limita á atribuirlos *á un celo mas ardiente que ilustrado por el servicio del emperador.*

Los franceses achacaron el alzamiento del 2 de mayo á conspiracion premeditada de parte de los madrileños, fundándose para formar este juicio en la marcha indecisa y tortuosa de la junta, y equivocando lo que era efecto de temor y de falta de carácter, con un proyecto de vísperas sicilianas contra las tropas francesas. No puede dudarse que en el seno de la junta se hallaban algunos individuos dispuestos á todo contra los enemigos del pais; pero tampoco es menos cierto que prevaleció la opinion de la mayoría, habiéndose acordado, como hemos dicho, oponerse hasta con las mismas fuerzas españolas á toda tentativa de levantamiento; resolucion funesta que privó al pueblo de Madrid del apoyo que hubieran podido darle esas mismas tropas, cuyo encierro en los cuarteles, unido á la credulidad con que las autoridades legítimas confiaron en la palabra del generalísimo frances; fue causa del desgraciado éxito del movimiento y de los desastres que coronaron aquella espantosa jornada. Los franceses á pesar de eso se hallaban tan prevenidos contra la junta y contra las autoridades españolas, que Murat trató sériamente de formar consejo de guerra al ministro Ofarril y al capitan general Negrete, sospechándolos de iniciados en la conspiracion; siendo así que el primero habia sido en la junta el que con mas energía se habia opuesto al levantamiento, mientras el segundo habia llegado al estremo de presidir en union con Grouchi el sangriento tribunal establecido en la casa de Correos. Convencido el mariscal Moncey de lo absurdo que era suponer un plan premeditado de insurrreccion en un pueblo cuyo desastre indicaba con harta claridad la falta de direccion y de gefes, intercedió enérgicamente por los dos individuos espresados, evitándoles un proceso que les hubiera costado la vida.

Los españoles por su parte atribuyeron el movimiento á premeditado designio por parte de Murat, creyéndole de antemano interesado en promover un tumulto para despues domarle, dando asi una leccion de escarmiento á la soberbia española, y confiando el buen éxito de su trama á la superioridad que sus tropas debian tener sobre una multitud inesperta y destituida de caudillos. Esta segunda opinion, aun cuando carezca de pruebas terminantes y positivas, es sin embargo mas probable que la otra. La progresiva insolencia del generalísimo frances y el decidido empeño puesto por él desde un principio en insultar la opinion pública, constituyen una persuasion fortísima que nos inclina á sospechar que los españoles no se engañaron en su juicio, y mas si se atiende á los deseos tan vehementemente manifestados por algunos generales franceses, los cuales anhelaban desde algunos dias atras oportuna ocasion de medirse con el pueblo. Sea de esto lo que quiera, lo que no tiene duda es que si Murat no promovió el tumulto, se alegró por lo menos al verle estallar, siendo tal su presuncion y su orgullo en la victoria, que en la mañana del 3 de mayo decia con presuntuosa confianza: *la jornada de ayer pone á España en las manos del emperador.* «Decid mas bien que se la quita para siempre» respondióle Ofarril; y esta prediccion fue cumplida. Lástima que el que asi se espresaba despues de las atrocidades que acababan de cometerse, no hubiera manifestado veinte y cuatro horas antes la misma confianza en el pueblo y en la causa de la justicia.

Por lo que toca á las víctimas del Retiro y del Prado y de la montaña del Príncipe Pio, las opiniones no estan acordes en cuanto á su número, ni es facil tampoco calcular la pérdida que franceses y españoles tendrian en el combate. El Consejo de Castilla en su manifiesto justificativo dado en Madrid tres meses despues, cuando el ejército frances evacuó la capital, reduce la pérdida de los españoles durante la refriega á 104 muertos, 54 heridos y 35 estraviados, empleando la espresion *algunos pocos* para designar los individuos que fueron arcabuceados. Como el Consejo tenia interes en disminuir nuestra pérdida en ambos conceptos, su autoridad es harto recusable para que pueda ser creido su cálculo. El gran duque de Berg redujo la suya á unos 80 entre muertos y heridos, segun la relacion del *Monitor* frances, cálculo en que tampoco se debe fiar atendido el interes que tambien tenia en limitar el número

en sentido contrario. El general Foy hace subir á 300 los franceses muertos ó heridos durante el tumulto, asegurando haber sido menos considerable la pérdida de los españoles. «Segun lo que vimos (dice el conde de Toreno), y atendiendo á lo que hemos consultado despues y al número de heridos que entraron en los hospitales, creemos que aproximadamente puede computarse la pérdida de unos y otros en 1200 hombres.» El lector optará entre estos cálculos por el que le parezca mas probable. Nosotros nos inclinamos á convenir con Toreno por lo que toca al número total de una y otra parte, y con Foy en la circunstancia de haber sido mayor la pérdida de los franceses que la de los españoles. Esto por lo relativo al combate. Cuanto á las ejecuciones, el cálculo es todavia mas difícil; pero desde luego se puede asegurar ser falso el *algunos pocos* del manifiesto del Consejo, no menos que la asercion de Foy que asegura no haber pasado de 50 personas las que cayeron víctimas de aquella sangrienta atrocidad. Las sombras de la noche del 2 ocultaron su número lo mismo que su martirio; pero habiendo sido 23 los fusilados en la montaña del Príncipe Pio á la clara luz del dia siguiente, podrá calcularse por esto el número considerablemente mayor que pereceria ignorando durante la noche.

La sangrienta jornada del 2 de mayo fue el grito de alarma definitivamente lanzado á la nacion entera, la cual se alzó como un solo hombre contra las hasta entonces invencibles falanges del imperio, haciendo bambalear en su trono al coloso del mundo, y abriéndole para siempre la tumba de que jamás debia levantarse. ¡Gloria y prez inmortal al 2 de mayo! Su memoria durará eternamente en los pechos españoles, incapaces de olvidar desde entonces los milagros de valor y energia que es dado realizar á un pueblo decidido á romper sus cadenas. El recuerdo de tantas víctimas sacrificadas á la barbarie francesa, exige un tributo de lágrimas y otro tributo de gloria. El laurel y el cipres se disputan el derecho de entreteger la corona que la historia coloca en la frente de una poblacion tan heróica como desgraciada. ¿Quién no llora al recuerdo de su catástrofe? ¿Qué escritor será reprensible, si habiendo nacido español, se agita á la memoria de aquel dia, olvidando la fria impasibilidad de historiador para solo mostrarse patriota? Si el presente capítulo se destaca del fondo general del cuadro, el autor merece disculpa. Demasiado reciente el 2 de mayo, no es posible narrarlo con calma; y ese defecto, si lo es, tiene que hacerse con frecuencia estensivo á la narracion de sus consecuencias. Pero antes de ocuparnos en ellas, preciso será contristar al lector con las últimas escenas de tiranía, abyeccion y vilipendio que antes del alzamiento general de las provincias tenian lugar en Bayona.





D.n ANTONIO PASCUAL,

Ynfante de España.

CAPITULO IV.

Las renuncias de Bayona.

Aterrado el pueblo de Madrid con el desgraciado éxito de su insurreccion, aprovechó Murat la influencia que su momentánea victoria le daba para ejercer en toda su plenitud el despotismo de su autoridad. Sus órdenes del dia y sus proclamas prometian el olvido de lo pasado, y amenazaban con castigos mas fuertes en caso de reproducirse los alzamientos. Las autoridades españolas de la corte quedaron sometidas á su imperio, distinguiéndose por su abyeccion el tribunal del santo oficio, quien no titubeó en dirigirse á los ministros de la religion para obligarle á anatematizar el levantamiento del 2 de mayo, calificándolo de *escandaloso* y defendiendo sin vergüenza la causa de los que acababan de enviar al suplicio numerosos montones de víctimas, sin concederles en los últimos momentos el auxilio de un sacerdote que las consolara. El infante D. Francisco, detenido en Madrid todo el dia 2 á consecuencia del tumulto, salió para Bayona en la mañana del dia siguiente, haciendo lo mismo 24 horas despues el infante D. Antonio. Murat deseaba con esto, no solo reunir en Bayona á todos los individuos de la famimilia real, sino quitar tambien á la junta el escaso prestigio que el nacimiento y el rango de su presidente pudieran darle á los ojos de los españoles. El conde de Toreno presenta la partida de este príncipe como debida á una indicacion que le fue hecha en conferencia secreta por el conde de Laforest y Mr. Freville, calificando su salida de pura condescendencia debida á la consternacion que habian causado en su ánimo los últimos sucesos. Otros escritores afirman que el infante se anticipó á los deseos de Murat, pidiéndole le enviase á Bayona al lado de su sobrino, para evadirse con esto al cumplimiento de las obligaciones que como presidente del gobierno le imponia su cargo, asercion que creemos mas fundada. Como quiera que sea, D. Antonio salió de la capital en la madrugada del 4, oculto en un coche de viaje de la duquesa viuda de Osuna, habiendo pasado á Don Francisco Gil y Lemus como vocal mas antiguo de la junta, el ridículo papel, carta, decreto, ó como deba llamarse, que literalmente decia así:

«Al señor Gil.

«*A la junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado á Bayo-*

na de orden del rey, y digo á dicha junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella.

Dios nos la dé buena.

Adios, señores, hasta el valle de Josafat.

ANTONIO PASCUAL.»



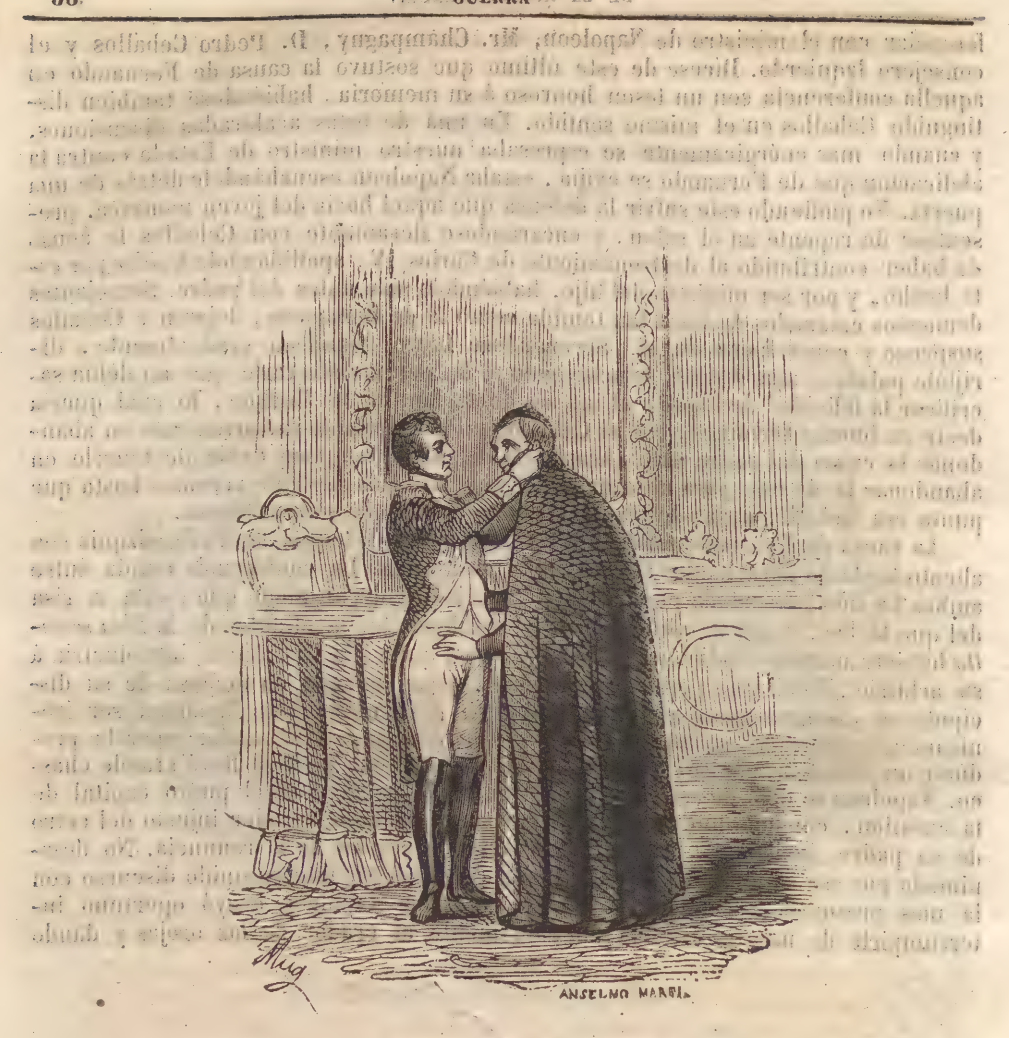
DESPEDIDA DEL INFANTE DON ANTONIO.

Maria Luisa habia calificado á este príncipe de hombre de *poco talento y luces*, llamándole *cruel* ademas. Cuando faltaran otros hechos para convencernos de lo bien que le conocia aquella señora, bastaria á hacernos formar igual concepto la sola lectura de esta carta. Digna produccion de un idiota, lo es al mismo tiempo de un hombre sin sensibilidad, sin corazon y sin entrañas. Despedirse con esa chocarrería en medio de crisis tan terrible, es poner en caricatura el dolor de un gran pueblo, mezclar el ridículo al llanto y á la consternacion general, entonar la elegía de muerte con ecos de zumba. A su debido tiempo veremos otros rasgos que acabarán de formar el retrato de ese príncipe singular, llamado por algunos *el mas simple de los Borbones.* Despues de su partida quedó la junta entregada ciegamente á todos los caprichos de Murat, acabando por prostituírsele del modo mas completo. Pocos dias despues fue el generalísimo nombrado presidente suyo por un decreto de Cárlos IV que le instituia lugarteniente general del reino. La ignominia en aquella sazon se acercaba á su último punto. Veamos el modo.

Hecha por Savary á Fernando VII la inesperada intimacion de renunciar á la corona de España, segun dejamos dicho al fin del capítulo 1.°, comunicóla el jóven monarca á sus ilusos compañeros de viaje, pasando en consecuencia á con-

ferenciar con el ministro de Napoleon, Mr. Champagny, D. Pedro Ceballos y el consejero Izquierdo. Dícese de este último que sostuvo la causa de Fernando en aquella conferencia con un teson honroso á su memoria, habiéndose tambien distinguido Ceballos en el mismo sentido. En una de estas acaloradas discusiones, y cuando mas enérgicamente se espresaba nuestro ministro de Estado contra la abdicacion que de Fernando se exijia, estaba Napoleon escuchándole detrás de una puerta. No pudiendo este sufrir la defensa que aquel hacia del jóven monarca, presentóse de repente en el salon, y encarándose fieramente con Ceballos le acusó de haber contribuido al destronamiento de Cárlos IV, apellidándole *traidor* por este hecho, y por ser ministro del hijo, habiéndolo sido antes del padre. Semejantes denuestos emanados de boca tan temida como la de Bonaparte, dejaron á Ceballos suspenso y como fuera de sí. Serenándose luego Napoleon gradualmente, dirijióle palabras mas dulces, concluyendo al fin por manifestarle que no debia sacrificar la felicidad de España al interés de la familia de Borbon, lo cual queria decir en buenos términos, que si Ceballos no habia tenido inconveniente en abandonar la causa del padre para abrazar la del hijo, tampoco debia de tenerlo en abandonar la de este para abrazar la del imperio. Mas adelante veremos hasta qué punto era Ceballos capaz de transigir con toda clase de proposiciones.

La causa de Fernando estaba perdida, y á pesar de todo se sintió Escoizquiz con aliento bastante para hablar á Napoleon y sostenerla. La conferencia tenida entre ambos ha sido presentada por el mismo Escoizquiz de un modo que escita la risa del que la lee, y que la escitaria mas probablemente, si el autor de la *Idea sencilla* hubiera narrado su diálogo sin alteraciones, que como es natural, introduciria á su arbitrio. Escoizquiz peroró largamente, pronunciando en defensa de su discípulo un discurso que por su verbosidad sin duda mereció de Napoleon ser irónicamente calificado con el nombre de *arenga ciceroniana*. El orador esperaba producir un efecto grandioso en el ánimo del emperador; pero se llevó grande chasco. Napoleon se dejó de retóricas, y entrando desde luego en el punto capital de la cuestion, condenó nuevamente á Fernando como detentador injusto del cetro de su padre, insistiendo enérgicamente en la necesidad de la renuncia. No desanimado por eso el arcediano de Alcaraz, continuó su interrumpido discurso con la mas presuntuosa confianza, visto lo cual por Napoleon creyó oportuno interrumpirle de nuevo, asiendo amigablemente al orador de las orejas y dando



NAPOLEON TIRANDO LAS OREJAS Á ESCOIQUIZ.

fin á la entrevista autorizándole para que en nombre suyo prometiese á su régio alumno el reino de Etruria en cambio de la corona de España, sin olvidar el punto culminante de las ilusiones del malhadado clérigo, el de la boda de Fernando con una princesa imperial. El canónigo echó sus cuentas, y en la alternativa de vivir en la oscuridad si Fernando se resistia al cambio propuesto, ó de ser su constante privado si aceptaba la corona de Etruria, dedujo que le estaba mejor lo último, aun cuando para satisfacer su ambicion hubieran de sacrificarse los deberes que como español le ligaban á su pais. Voló, pues,

Escoiquiz al alojamiento de Fernando, y comunicando á este y á su comitiva la nueva propuesta del emperador, reunióse el consejo del rey para examinarla. La mayoría la halló inadmisible, no tanto por razon de decoro, cuanto por la conviccion en que estaba de que Napoleon exigia mucho para que se le concediese algo. Era ya locura y delirio llevar la confianza á tal punto, presumiendo que aquella impotente negativa haria ceder á Napoleon en sus pretensiones. Escoiquiz por su parte manifestó su opinion diametralmente opuesta á la de los consejeros, votando por la admision del reino de Etruria y manifestándose igualmente ciego que aquellos, aunque en contrario sentido, pues si el emperador no habia tenido inconveniente en burlar las esperanzas de Fernando despues de las promesas hechas por Savary, ¿quién aseguraba al canónigo que cumpliria ahora su nueva palabra? Ilusion tan estravagante necesita para ser esplicada reconocer una causa mas fuerte que la simple credulidad. Escoiquiz soñaba en el mando, y con tal que pudiera ejercerlo en cualquier rincon de la tierra, lo demas le importaba bien poco. Dotado Napoleon de un instinto maravilloso para conocer á los hombres, no se contentaria probablemente con tirar las orejas á aquel incapaz sacerdote; pero ya le tocase el resorte de la ambicion, ya recurriese tal vez á la amenaza, Escoiquiz ha tenido buen cuidado en callarlo al referir su entrevista, quedando por consiguiente nuestra observacion en estado de mera sospecha, aunque muy vehemente y probable.

Deseoso el emperador de dar tiempo á la llegada de Cárlos IV para acabar de una vez la comedia que hacia representar al hijo, manifestó no querer entenderse con Ceballos en la prosecucion de las conferencias empezadas, por lo cual sucedió á este D. Pedro Labrador para continuar sus pláticas con Champagny. Labrador no se avino con el ministro francés, y rompió desde luego sus negociaciones. Escoiquiz prosiguió sus tratos entendiéndose con el obispo de Poitierst Mr. de Prat, pero sin resultado definitivo, hasta el 29 de abril, víspera de la llegada de los reyes padres á Bayona, en cuyo dia anunció Napoleon á Fernando que desde entondes en adelante rompia sus conferencias con él, tratando solamente con Cárlos.

Recibidos los reyes padres en Bayona con el ostentoso aparato de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, divisaron al apearse del coche á Fernando y á Cárlos sus hijos, los cuales los estaban esperando al pie de la escalera. Saludó Cárlos IV al segundo, y abrazóle María Luisa, visto lo cual por Fernando que habia permanecido inmóvil al observar que su padre no le dirigia la palabra, se dirigió á abrazarle tambien. Cárlos rehusó aquella muestra de forzado afecto, manifestándole su indignacion de un modo significativo, tras lo cual le volvió la espalda, comenzando á subir las gradas con la severidad pintada en el semblante. La reina, si hemos de dar crédito á algunos escritores, cedió á la voz de la naturaleza y abrazó á Fernando; y aunque concuerda muy mal esta demostracion con las espresiones que la hemos visto verter en sus cartas á Murat y con la escena de que luego hablaremos, no es imposible que María Luisa se acordase en aquellos momentos de que era madre, como tampoco que influyese en su abrazo la circunstancia de hallarse presente á la escena numerosa reunion de espectadores. Los hermanos Fernando y Cárlos se dirigieron á su morada, entrando sus padres en el alojamiento que les estaba destinado, donde reunidos al hombre sin cuya compañía les era imposible vivir, le estrecharon ardientemente contra su corazon derramando lágrimas de alegría. Poco rato despues vino el emperador á visitarlos,



Reunion de los reyes padres con el principe de la Paz.

siendo escusado decir las significativas muestras de alborozo y gratitud con que seria recibido.

Los regios honores con que el emperador habia dispuesto la entrada de sus nuevos huéspedes, y las notables muestras de deferencia que les prodigaba, eran hijos del estudio y del cálculo. La perfidia usada con el hijo necesitaba legitimarse con la necesidad de sostener los derechos del padre, y conveníale al emperador manifestar desde un principio de un modo aparatoso y visible su disposicion decidida á protegerle. La intriga y algun tanto de paciencia harian despues lo demas. El arribo de Cárlos mientras tanto puso á Napoleon en conflicto consigo mismo. De lejos, y no conociendo á su aliado sino de oidas, por decirlo asi, podia ser Bonaparte bastante osado, ó si se quiere, bastante inicuo, para atreverse á todo; pero visto Cárlos IV de cerca y atendido lo que naturalmente prevenian en su favor la bondad pintada en su rostro, la desgracia en que habia caido, los padecimientos morales y físicos que gastaban su anciana existencia, y su resolucion mis-

ma de ponerse en los brazos del hombre cuyo auxilio imploraba, no era tan fácil decidirse Napoleon á obrar con el padre en los términos que con el hijo. Si Cárlos IV hubiera sabido persuadirse del secreto poder que ejercia en el ánimo del hombre que meditaba devorarle; si hubiera ostentado á sus ojos la dignidad y firmeza que en su posicion le convenian; si una vez hecha su protesta hubiera manifestado de un modo decidido el consiguiente empeño en volver á ocupar el trono contra cuya usurpacion reclamaba, es muy dudoso que el emperador hubiese sido bastante desalmado para olvidar con él toda clase de consideraciones. Cárlos, empero, no parece que fue á Bayona sino para ostentar mas de cerca á los ojos del emperador la pequeñez y miseria de toda la regia familia; y el que derribado del solio y refugiado en pais estrangero era objeto que Napoleon no hubiera de cerca podido mirar impasible, dejó de inspirar compasion desde el momento en que dió claramente á entender lo indiferente que le era recobrar el mando perdido, limitando toda su ambicion á vivir en compañía de su Manuel y nada mas.

La primera entrevista del emperador con sus huéspedes se redujo toda á protestas de la mas sincera amistad por su parte, manifestándose decidido á sentarlos en el trono y á reconquistarles el antiguo poder. Napoleon acaso fue sincero en aquellos primeros instantes. Al dia siguiente fueron los reyes padres convidados á comer al palacio imperial. Cárlos IV, asido al brazo de Bonaparte, subió con dificultad la escalera que conducia al salon, y aludiendo á sus achaques, á su ancianidad y á su hijo, *me ha derribado*, dijo al emperador, *porque no tengo fuerzas*. «Eso lo veremos, contestó este: apoyaos en mí que podré sostener á los dos.» *Tal creo*, replicó Cárlos, parándose á mirar á Bonaparte; *y en ello fundo mis esperanzas.* Sentados los reyes á la espléndida mesa que Napoleon les tenia preparada, notó que faltaba en en ella el príncipe de la Paz, y lleno de ansiedad preguntó: *¿y Manuel? ¿dónde está Manuel?* Napoleon, que en aquellos momentos preparatorios nada estudiaba tanto como complacer á Cárlos IV, no podia haber olvidado al valido en la mesa; pero quiso sin duda escitar la pasion del monarca para doblar mejor su complacencia tras aquel momentáneo pesar. Godoy fue llamado á la mesa imperial, y reinaron en ella la efusion y la alegria.



Godoy y los reyes padres en la mesa del emperador.

A la segunda entrevista, era Napoleon dueño ya del corazon de Cárlos IV, siendo para nosotros indudable la resolucion del anciano monarca de traspasar su corona á las sienes del emperador desde el tercer dia de su llegada á Bayona. El príncipe de la Paz, dueño de pintar á su modo las conferencias secretas que tanto él como sus augustos amigos tuvieron con el emperador, nos merece muy poca fé en el relato que de ellas hace, mayormente cuando se hallan en contradiccion con los hechos. Nosotros hemos visto á Cárlos IV (y perdónesenos la prolijidad con que insistimos en esto) verificar su protesta contra la abdicacion, poniendo su suerte, la de su familia y la de la nacion entera en manos de Bonaparte, sin que ni en ella ni en la carta con que fue acompañada haya la menor espresion de la cual se deduzca haber sido hecha la tal protesta con el solo y esclusivo objeto de recobrar el trono perdido. En la correspondencia de Maria Luisa con Murat no se advierte tampoco indicacion la mas ligera que nos haga variar de concepto, limitándose siempre aquella señora á implorar la proteccion del emperador con abstraccion absoluta de las consideraciones debidas á la independencia nacional. Si al salir los reyes padres de España manifestaron deseo de volver á ocupar el trono, como algunos historiadores nos dicen, ese anhelo debió ser muy tibio y muy pasagero, debiendo juzgarse otro tanto de las ilusiones que á su entrada en Bayona pudieron formar, visto el recibimiento que Napoleon les hacia. Las anécdotas que en ese sentido se cuentan dicen relacion casi todas á Maria Luisa; pero ni las palabras que se atribuyen á esta señora están de acuerdo con las que hemos visto estampadas en sus cartas, ni por las circunstancias en que se dice pronunció algunas de ellas, pueden tal vez atribuirse á otra causa que al deseo de evitar se les pusiese impedimento en su viaje á Bayona (1). El príncipe de la Paz en el tomo último de sus *Memorias*, censura abiertamente la tibieza mostrada por Cárlos IV en lo de volver á reinar, dejando asi abierto á Napoleon el flanco por donde mejor podia atacarle. Napoleon desde entonces podia decir á su aliado: «Vos

(1) Los reyes padres salieron de España *persuadidos*, dice Toreno, *hasta cierto punto de que Napoleon los repondria en el trono.* «Pruébanlo (añade) las conversaciones que tuvieron en el camino, y señaladamente la que en Villa-Real trabó la reina con el duque de Mahon; á quien habiéndole preguntado qué noticias corrian, respondió dicho duque: *asegúrase que el emperador de los franceses reune en Bayona todas las personas de la familia real de España para privarlas del trono.* Paróse la reina como sorprendida, y despues de haber reflexionado un rato, replicó: *Napoleon siempre ha sido enemigo grande de nuestra familia: sin embargo, ha hecho á Cárlos reiteradas promesas de protegerle, y no creo que obre ahora con perfidia tan escandalosa.*»

Esta conversacion no nos prueba á nosotros nada, ó cuando mas, nos prueba muy poco. Señalado el duque de Mahon por su empeño en que se evitára á todo trance la traslacion de la familia real de España á Bayona, pudo María Luisa dirijirle las espresadas palabras con objeto de tranquilizarle y nada mas; y aun cuando de ellas se infiera la persuasion en que entonces estaba aquella señora de volver á reinar otra vez, eso no quita la facilidad de su aquiescencia á los caprichos de Napoleon, si este determinaba lo contrario. Lo mismo debe decirse de las siguientes espresiones que se leen en la carta escrita por la misma á Napoleon desde Aranda, participándole con fecha del 25 su salida y la del rey su esposo para Bayona: «*si hubiesen llegado para entonces* (cuando la sublevacion de Aranjuez) *las tropas de V. M., ellas hubieran protejido la lejitimidad de los derechos, como su gran capitan se digna hacerlo.* Contenta María Luisa en un principio con verse salva en union con su amigo y su esposo, dejó todo lo demas al arbitrio del emperador, como lo prueban las demas cartas. Si despues de conseguido esto, alcanzaba ademas la corona para su marido, eso mas se tenia, por decirlo asi: pero si era imposible su reposicion en el trono, aun esto le venia á ser indiferente, con tal que no reinase Fernando. Tal fue ni mas ni menos en aquella cuestion la reina María Luisa.

Por lo que toca á Carlos IV, escusado es decir que no pensaba ni podia pensar otra cosa que lo que pensase la reina. Uno de los primeros motivos de su protesta mientras deliberó este paso con María Luisa, natural es que fuese el deseo de recobrar el rango perdido; pero desde el momento en que el jeneral Monthion intervino en aquel asunto, natural es tambien que ni Cárlos ni la reina pensasen sino lo que pensára el monarca en cuyos brazos se ponian, y á quien iban á deberle lo que él les quisiera dar. Tal vez se dirá que en la reiteracion de la protesta dirijida por Cárlos al infante don Antonio, y en la confirmacion que aquel hizo de los empleados nombrados por su hijo desde el 19 de marzo, parece indudable el designio de recobrar su autoridad; pero téngase presente que Cárlos no dió este paso sino arrastrado por el gran duque de Berg, habiéndose resistido con tenacidad invencible á las instancias que este le hacia (como dice el príncipe de la Paz) á declararse monarca otra vez. Cuando María Luisa escribió desde Aranda la carta de que hablamos arriba, Cárlos IV la hizo acompañar con otra suya, en la cual se contentaba *con ver claramente asegurada su existencia.* Don Manuel Godoy repite cien veces en el sesto y último tomo de sus Memorias, la indiferencia ó mas bien repugnancia de Cárlos á volver á ocupar el

no quereis que reine vuestro hijo, ni quereis reinar vos tampoco. ¿Cómo salir de este atolladero? Vos y vuestra esposa os retirareis en compañía de vuestro Manuel, sin que os falte nada á su lado. El hijo que os ha usurpado el trono, os lo devolverá por quien soy; vos cuya vuelta al poder es imposible en compañía de vuestro amigo, me cedereis ese trono á mí en cambio de la libertad que le he dado y de la ventura que en ello os proporciono, teniendo todo dichoso fin con arreglo á mi constante designio de ver de arreglar este asunto por medio del ardid y de la intriga, mejor que recurriendo á las armas. La Europa dirá que Fernando devolvió la corona á su padre por la sola razon de habérsela este exigido, y que vos me la dísteis á mí en la imposibilidad de darla á otro que pudiera llevarla mejor que yo.» Tal debió de ser la lógica y el modo de argumentar de Bonaparte. Los hechos que vamos á esponer, y los antecedentes que tenemos sentados, nos inclinan invenciblemente á pensarlo así. Lo único que faltaba á esa lógica era tener presente que el pueblo español podria tal vez no avenirse con aquella manera de discurrir; pero eso estaba por ver, y el orgulloso conquistador en todo caso tenia en España cien mil bayonetas para hacerla entrar en razon. ¿Cómo equivocarse en sus esperanzas quien de tantas legiones disponia?

Puestos los reyes padres de acuerdo con Napoleon en los términos que creyeron convenientes, citó Cárlos IV á Fernando para que compareciese en presencia de Napoleon á una entrevista que debia celebrarse, á fin de tratar el negocio que los habia llevado á Bayona. Fernando acudió á la cita, la cual tuvo lugar el 1.° de mayo, estando á ella presentes sus padres y el emperador, sin intervencion de ninguna otra persona. Cárlos IV intimó á su hijo que á la mañana siguiente le restituyese la corona que le habia usurpado, enviando su cesion pura y sencilla, amenazándole con que en caso de resistencia serian tanto él como sus hermanos y toda su servidumbre tratados desde aquel momento como emigrados. La amenaza era espantosa, y cuando Napoleon no la robusteciese con sus palabras, la ratificaba bastante con solo hacerse en su presencia.

Fernando en su mala causa tenia una contestacion que dar, y era haber subido al trono con unánime aprobacion de los españoles, razon fuerte sin duda alguna para resistirse á la cesion que se le exijia, aun cuando no le justificara á los ojos del padre de la nota de usurpador. Cárlos IV no pudo sufrir que su hijo le hablase en otros términos que los de la mas sumisa obediencia, y alzándose de la silla y hablándole con fiera dignidad, dióle en rostro con su ambicion, acusándole paladinamente de haber querido quitar la vida á sus padres juntamente con la corona. María Luisa que hasta entonces habia permanecido en silencio,

---

trono; y un testimonio como este creemos que no puede dejar la menor duda acerca de lo fundado de nuestra asercion, cuando decimos que la protesta al fin de los fines no tenia en su fondo otro objeto que entregar la España al francés.

Llevado el príncipe de la Paz del justo y natural deseo de vindicar el nombre de Cárlos IV en la mayor y mas trascendental de sus aberraciones, esplica aquel hecho de un modo que no sabemos de qué manera calificar. Cárlos protestó, segun él, para recobrar el trono momentaneamente, á pesar de su repugnancia, y abdicarlo de nuevo otra vez en la persona de Fernando, realizando su nueva renuncia con las formalidades que antes habia exijido, é imponiendo á su hijo las condiciones que este se habia negado á admitir. Nosotros deseáramos ver robustecido este aserto con otras pruebas que la sola palabra del privado; pero desgraciadamente no hemos podido hallarlas en ninguna parte. Y cuando Cárlos hubiera tenido realmente ese pensamiento, ¿quién le decia que poniendo su suerte y la del pais á merced de Napoleon, habria de hallarse en la posibilidad de dictar condiciones ó formalidades á nadie, cuando él se sujetaba á recibirlas? Pero no abusemos mas de la paciencia de nuestros lectores. La única disculpa de Cárlos IV consistiria en decir que al ponerse en las manos del emperador, confió hidalgamente en su generosidad y en su grandeza de alma, suponiéndole incapaz de aprovechar en ruina de la España las disensiones de la régia familia; pero ni aun esto puede alegarse en favor del monarca destronado, toda vez que nadie mas que él debia tener motivos de justa desconfianza en la buena fé de Napoleon. Digámoslo paladinamente. Cárlos IV obró resentido; ese resentimiento, hábilmente esplotado por los generales del imperio, le condujo á Bayona; del resentimiento se pasó á la venganza; la venganza produjo las renuncias á favor del guerrero del siglo; y el siglo contó desde entonces en las páginas de su historia uno de los actos que mas la degradan, el de haberse satisfecho pasiones mezquinas á costa de una pobre nacion que ninguna culpa tenia en las debilidades y miserias de los dos monarcas contendientes.

dejóse súbitamente llevar de la cólera, y ultrajando á su hijo en términos los mas injuriosos, llevó el frenesí, segun dicen, al para nosotros increible estremo de pedir á Napoleon hiciese castigar los crímenes de su hijo en un cadalso. El príncipe



Horror y escándolo.

de la Paz manifiesta haber sido tergiversados por los partidarios de Fernando los cargos y reconvenciones que se le hicieron en esta entrevista, añadiendo que oyó mas adelante á los reyes padres lamentarse de la inicua interpretacion que dieron sus enemigos á varias espresiones de las que entonces tuvieron lugar. La reina, segun el valido, se limitó á recordar á su hijo la nobleza que con él habia usado cuando escondió en su seno el papel que podia haberle perdido en el proceso del Escorial, dando como daba su contenido motivos bastantes para poner á Fernando en un patíbulo. Tal vez fuera esto así; tal vez se equivocase Mr. Pradt cuando oyó aquella especie á Napoleon; tal vez Napoleon no comprendiese exactamente lo que la reina hablaba en una lengua por S. M. muy poco usada, como dice el príncipe de la Paz, y como nosotros, horrorizados con la idea de que hubiese madre capaz de espresarse en términos tan espantosos, nos inclinamos á creer; pero como quiera que sea, Napoleon quedó escandalizado de aquella entrevista, y viendo en toda su pequeñez y miseria al padre, y á la madre y al hijo, imposible era ya desde entonces que pudiera abrigar en su corazon el respeto mas leve á la desgracia (1).

(1) Entre las espresiones que se atribuyen á María Luisa durante su permanencia en Bayona, hay algunas que no podrian referirse sin ofender la delicadeza de nuestros lectores. Nosotros las omitimos con tanto mas gusto, cuanto mayor ha sido nuestro cuidado en evitar desde un principio referirnos á *tradiciones* que pueden muy bien ser debidas al odio personal con que tantos españoles miraban entonces á aquella señora, bastándonos consignar el hecho de haber presenciado Marrac escenas de escándalo, capaces de dar aliento al emperador para atreverse á todo con aquella degradada familia.

Reducido Fernando al silencio, se retiró á su morada, enviando poco despues á Cárlos el pliego siguiente:

Carta de Fernando VII á su padre Cárlos IV.

«Venerado padre y señor: V. M ha convenido en que yo no tuve la menor influencia en los movimientos de Aranjuez, dirijidos como es notorio, y á V. M. consta, no á disgustarle del gobierno y del trono, sino á que se mantuviese en él y abandonase la multitud de los que en su existencia dependian absolutamente del trono mismo. V. M. me dijo igualmente que su abdicacion habia sido espontánea, y que aun cuando alguno me asegurase lo contrario no lo creyese, pues jamás habia firmado cosa alguna con mas gusto. Ahora me dice V. M., que aunque es cierto que hizo la abdicacion con toda libertad, todavia se reservó en su ánimo volver á tomar las riendas del gobierno cuando lo creyese conveniente. He preguntado en consecuencia á V. M. si quiere volver á reinar; y V. M. me ha respondido, que ni queria reinar, ni menos volver á España. No obstante, me manda V. M. que renuncie en su favor la corona que me han dado las leyes fundamentales del reino, mediante su espontánea abdicacion. A un hijo que siempre se ha distinguido por el amor, respeto y obediencia á sus padres, ninguna prueba que pueda calificar estas cualidades, es violenta á su piedad filial, principalmente cuando el cumplimiento de mis deberes con V. M. como hijo suyo, no están en contradiccion con las relaciones que como rey me ligan con mis amados vasallos. Para que ni estos, que tienen el primer derecho á mis atenciones queden ofendidos, ni V. M. descontento de mi obediencia, estoy pronto, atendidas las circunstancias en que me hallo, á hacer la renuncia de mi corona en favor de V. M. bajo las siguientes limitaciones.

1.ª Que V. M. vuelva á Madrid, hasta donde le acompañaré, y serviré yo como su hijo mas respetuoso. 2.ª Que en Madrid se reunirán las cortes; y pues que V. M. resiste una congregacion tan numerosa, se convocarán al efecto todos los tribunales y diputados de los reinos. 3.ª Que á la vista de esta asamblea se formalizará mi renuncia, esponiendo los motivos que me conducen á ella: estos son el amor que tengo á mis vasallos, y el deseo de corresponder al que me profesan procurándoles la tranquilidad, y redimiéndoles de los horrores de una guerra civil por medio de una renuncia, dirijida á que V. M. vuelva á empuñar el cetro, y á regir unos vasallos dignos de su amor y proteccion. 4.ª Que V. M. no llevará consigo personas que justamente se han concitado el odio de la nacion. 5.ª Que si V. M., como me ha dicho, ni quiere reinar ni volver á España, en tal caso yo gobernaré en su real nombre como lugarteniente suyo. Ningun otro puede ser preferido á mí: tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos, y nadie puede interesarse en su prosperidad con tanto celo ni con tanta obligacion como yo. Contraida mi renuncia á estas limitaciones, comparecerá á los ojos de los españoles como una prueba de que prefiero el interes de su conservacion á la gloria de mandarlos, y la Europa me juzgará digno de mandar á unos pueblos, á cuya tranquilidad he sabido sacrificar cuanto hay de mas lisongero y seductor entre los hombres. Dios guarde la importante vida de V. M. muchos y felices años que le pide postrado á L. R. P. de V. M. su mas amante y rendido hijo.—Fernando.—Pedro Ceballos.—Bayona 1.º de mayo de 1808.»

Serenidad se necesitaba por cierto para decir Fernando en esta carta que no habia tenido influencia ninguna en el movimiento de Aranjuez, y que su padre habia convenido en ello, siendo asi que era todo al contrario (1). Tambien es chocan-

(1) Siempre que se hablaba de la sublevacion de Aranjuez, se referia Cárlos IV á su hijo como al principal motor de aquel acontecimiento. María Luisa por su parte decia lo mismo, y como quiera que sus cartas á Murat las escribiese con acuerdo de su esposo, podrá juzgarse lo que este pensaba acerca del particular, por la siguiente comunicacion de aquella señora á su hija la reina de Etruria, enviada por esta al gran duque de Berg, siete dias despues de la espresada sublevacion:

te que el autor de la carta de 11 de octubre á Napoleon proteste con tanta frescura haberse distinguido siempre por el amor, respeto y obediencia á sus padres; pero lo que mas llama la atencion en esta carta es el conjunto de formalidades y requisitos que se exigen para hacer la nueva renuncia, cuando al verificar la suya Carlos IV no se permitió al consejo de Castilla ni aun oir el dictamen fiscal. El que no habia tenido inconveniente en aceptar la abdicacion de su padre sin que las cortes aprobasen la cesion, pide ahora la reunion de esas mismas córtes, ó la de los tribunales y diputados del reino, para hacer valedera la suya. Asi se truecan y trastornan (dice el conde de Toreno) los pareceres de los hombres al son del propio interés, y en menosprecio de la pública utilidad. «Tal fue siempre el sistema de Fernando (dicen tambien los autores de la historia de este): apellidar el sa-

«Querida hija mia: decid al gran duque de Berg la situacion del rey mi esposo, la mia y la del pobre príncipe de la Paz.

«Mi hijo Fernando era el gefe de la conjuracion: las tropas estaban ganadas por él; él hizo poner una de las luces de su cuarto en una ventana para señal de que comenzase la esplosion. En el instante mismo los guardias y las personas que estaban á la cabeza de la revolucion, hicieron tirar dos fusilazos. Se ha querido persuadir que fueron tirados por la guardia del príncipe de la Paz, pero no es verdad. Al momento los guardias de Corps, los de infantería española y los de la walona se pusieron sobre las armas, y sin recibir órdenes de sus primeros gefes convocaron á todas las gentes del pueblo y las condujeron adonde les acomodaba.

«El rey y yo llamamos á mi hijo para decirle que su padre sufria grandes dolores, por lo que no podia asomarse á la ventana, y que lo hiciese por sí mismo á nombre del rey para tranquilizar al pueblo: me respondió con mucha firmeza que no lo haria, porque lo mismo seria asomarse á la ventana que comenzar el fuego, y asi no lo quiso hacer.

«Despues á la mañana siguiente le preguntamos si podria hacer cesar el tumulto y tranquilizar los amotinados, y respondió que lo haria, pues enviaria á buscar á los segundos gefes de los cuerpos de la casa real, enviando tambien algunos de sus criados con encargo de decir en su nombre al pueblo y á las tropas que se tranquilizasen: que tambien haria se volviesen á Madrid muchas personas que habian concurrido de allí para aumentar la revolucion, y encargaria que no viniesen mas.

«Cuando mi hijo habia dado estas órdenes fue descubierto el príncipe de la Paz. El rey envió á buscar á su hijo y le mandó salir adonde estaba el desgraciado príncipe, que ha sido víctima por ser amigo nuestro y de los franceses, y principalmente del gran duque. Mi hijo fué y mandó que no se tocase mas al príncipe de la Paz y se le condujese al cuartel de guardias de Corps. Lo mandó en nombre propio, aunque lo hacia por encargo de su padre, y como si él mismo fuese ya rey, dijo al príncipe de la Paz «Yo te perdono la vida.»

«El príncipe, á pesar de sus grandes heridas, le dió gracias preguntándole si era ya rey. Esto aludia á lo que ya se pensaba en ello, pues el rey, el príncipe de la Paz y yo teníamos la intencion de hacer la abdicacion en favor de Fernando cuando hubiéramos visto al emperador y compuesto todos los asuntos, entre los cuales el principal era el matrimonio. Mi hijo respondió al príncipe: «No: hasta ahora no soy rey; pero lo seré bien pronto.» Lo cierto es que mi hijo mandaba todo como si fuese rey sin serlo y sin saber si lo sería. Las órdenes que el rey mi esposo daba no eran obedecidas.

«Despues debia haber en el dia 19 en que se verificó la abdicacion otro tumulto mas fuerte que el primero contra la vida del rey mi esposo y la mia, lo que obligó á tomar la resolucion de abdicar.

«Desde el momento de la renuncia mi hijo trató á su padre con todo el desprecio que puede tratarlo un rey, sin consideracion alguna para con sus padres. Al instante hizo llamar á todas las personas complicadas en su causa que habian sido desleales á su padre, y hecho todo lo que pudiera ocasionarle pesadumbres. El nos dá priesa para que salgamos de aqui, señalándonos la ciudad de Badajoz para residencia. Entretanto nos deja sin consideracion alguna, manifestando gran contento de ser ya rey, y de que nosotros nos alejemos de aqui.

«En cuanto al príncipe de la Paz no quisiera que nadie se acordára de él. Los guardias que le custodian tienen órden de no responder á nada que les pregunte, y lo han tratado con la mayor inhumanidad.

«Mi hijo ha hecho esta conspiracion para destronar al rey su padre. Nuestras vidas hubieran estado en grande riesgo, y la del pobre príncipe de la Paz lo está todavia.

«El rey mi esposo y yo esperamos del gran duque que hará cuanto pueda en nuestro favor, porque nosotros siempre hemos sido aliados fieles del emperador, grandes amigos del gran duque, y lo mismo sucede al pobre príncipe de la Paz. Si él pudiese hablar daria pruebas, y aun en el estado en que se halla no hace otra cosa que esclamar por su grande amigo el gran duque.

«Nosotros pedimos al gran duque que salve al príncipe de la Paz, y que salvándonos á nosotros nos le dejen siempre á nuestro lado para que podamos acabar juntos tranquilamente el resto de nuestros dias en un clima mas dulce y retirado, sin intrigas y sin mandos, pero con honor. Esto es lo que deseamos el rey y yo, igualmente que el príncipe de la Paz, el cual estaria siempre pronto á servir á mi hijo en todo. Pero mi hijo (que no tiene carácter alguno, y mucho menos el de la sinceridad) jamás ha querido servirse de él, y siempre le ha declarado guerra como al rey su padre y á mí.

«Su ambicion es grande y mira á sus padres como si no lo fuesen. ¿Qué hará para los demas? Si el gran duque pudiera vernos, tendríamos grande placer y lo mismo su amigo el príncipe de la Paz, que sufre porque lo ha sido siempre de los franceses y del emperador. Esperamos todo del gran duque, recomendándole tambien á nuestra pobre hija María Luisa que no es amada de su hermano. Con esta esperanza estamos próximos á verificar nuestro viage.—*Luisa.*»

grado nombre de la ley cuando le escudaba, y despreciarla osadamente cuando protegia al pueblo.»

Cárlos IV contestó á su hijo con fecha del 2, diciéndole asi:

Carta de Cárlos IV á Fernando VII.

«Hijo mio: Los consejos pérfidos de los hombres que os rodean han conducido la España á una situacion crítica: solo el emperador puede salvarla.

«Desde la paz de Basilea he conocido que el primer interes de mis pueblos era inseparable de la conservacion de la buena inteligencia con la Francia. Ningun sacrificio he omitido para obtener esta importante mira: aun cuando la Francia se hallaba dirijida por gobiernos efímeros, ahogué mis inclinaciones particulares para no escuchar sino la política, y el bien de mis vasallos.

«Cuando el emperador hubo restablecido el orden en Francia se disiparon grandes sobresaltos, y tuve nuevos motivos para mantenerme fiel á mi sistema de alianza. Cuando la Inglaterra declaró la guerra á la Francia, logré felizmente ser neutro, y conservar á mis pueblos los beneficios de la paz. Se apoderó despues de cuatro fragatas mias, y me hizo la guerra, aun antes de habérsela declarado, y entonces me vi precisado á oponer la fuerza á la fuerza, y las calamidades de la guerra asaltaron á mis vasallos.

«La España rodeada de costas, y que debe una gran parte de su prosperidad á sus posesiones ultramarinas, sufrió con la guerra mas que cualquiera otro estado: la interrupcion del comercio, y todos los estragos que acarrea, aflijieron á mis vasallos, y cierto número de ellos tuvo la injusticia de atribuirlos á mis ministros.

«Tuve al menos la felicidad de verme tranquilo por tierra, y libre de la inquietud en cuanto á la integridad de mis provincias, siendo el único de los reyes de Europa que se sostenia en medio de las borrascas de estos últimos tiempos. Aun gozaria de esta tranquilidad sin los consejos que os han desviado del camino recto. Os habeis dejado seducir con demasiada facilidad por el odio que vuestra primera muger tenia á la Francia, y habeis participado irreflexiblemente de sus injustos resentimientos contra mis ministros, contra vuestra madre y contra mí mismo.

«Me creí obligado á recordar mis derechos de padre y de rey: os hice arrestar, y hallé en vuestros papeles la prueba de vuestro delito; pero al acabar mi carrera, reducido al dolor de ver perecer á mi hijo en un cadalso, me dejé llevar de mi sensibilidad al ver las lágrimas de vuestra madre. No obstante, mis vasallos estaban agitados por las prevenciones engañosas de la faccion de que os habeis declarado caudillo. Desde este instante perdí la tranquilidad de mi vida, y me ví precisado á unir las penas que me causaban los males de mis vasallos á los pesares que debí á las disensiones de mi misma familia.

«Se calumniaban mis ministros cerca del emperador de los franceses, el cual creyendo que los españoles se separaban de su alianza, y viendo los espíritus agitados (aun en el seno de mi familia) cubrió bajo varios pretestos mis estados con sus tropas. En cuanto estas ocuparon la ribera derecha del Ebro, y que mostraban tener por objeto mantener la comunicacion con Portugal, tuve la esperanza de que no abandonaria los sentimientos de aprecio y de amistad que siempre me habia dispensado; pero al ver que sus tropas se encaminaban hacia mi capital, conocí la urgencia de reunir mi ejército cerca de mi persona, para presentarme á mi augusto aliado como conviene al rey de las Españas. Hubiera yo aclarado sus dudas, y arreglado mis intereses: dí orden á mis tropas de salir de Portugal y de Madrid, y las reuní sobre varios puntos de mi monarquía, no para abandonar á mis vasallos, sino para sostener dignamente la gloria del trono. Además mi larga esperiencia me daba á conocer que el emperador de los franceses podia muy bien tener algun deseo conforme á sus intereses y á la política del vasto sistema del continente, pero que estuviese en contradiccion con los intereses de mi casa. ¿Cuál ha sido en estas circunstancias vuestra conducta? El haber introducido el desorden en mi palacio, y

amotinado el cuerpo de guardias de Corps contra mi persona. Vuestro padre ha sido vuestro prisionero: mi primer ministro, que habia yo criado y adoptado en mi familia, cubierto de sangre fue conducido de un calabozo á otro. Habeis desdorado mis canas, y las habeis despojado de una corona poseida con gloria por mis padres, y que habia conservado sin mancha. Os habeis sentado sobre mi trono, y os pusisteis á la disposicion del pueblo de Madrid y de tropas estrangeras que en aquel momento entraban.

«Ya la conspiracion del Escorial habia obtenido sus miras: los actos de mi administracion eran el objeto del desprecio público. Anciano y agoviado de enfermedades, no he podido sobrellevar esta nueva desgracia. He recurrido al emperador de los franceses, no como un rey al frente de sus tropas y en medio de la pompa del trono, sino como un rey infeliz y abandonado. He hallado proteccion y refugio en sus reales: le debo la vida, la de la reina, y la de mi primer ministro. He venido en fin hasta Bayona, y habeis conducido este negocio de manera que todo depende de la mediacion de este gran príncipe.

«El pensar en recurrir á agitaciones populares es arruinar la España, y conducir á las catástrofes mas horrorosas á vos, á mi reino, á mis vasallos y mi familia. Mi corazon se ha manifestado abiertamente al emperador: conoce todos los ultrages que he recibido y las violencias que se me han hecho; me ha declarado que no os reconocerá jamas por rey, y que el enemigo de su padre no podrá inspirar confianza á los estraños. Me ha mostrado ademas cartas de vuestra mano, que hacen ver claramente vuestro odio á la Francia (1).

«En esta situacion, mis derechos son claros, y mucho mas mis deberes. No derramar la sangre de mis vasallos, no hacer nada al fin de mi carrera que pueda acarrear asolamiento é incendio á la España, reduciéndola á la mas horrible miseria. Ciertamente que si fiel á vuestras primeras obligaciones y á los sentimientos de la naturaleza hubiérais desechado los consejos pérfidos, y que constantemente sentado á mi lado para mi defensa hubiérais esperado el curso regular de la naturaleza, que debia señalar vuestro puesto dentro de pocos años, hubiera yo podido conciliar la política y el interes de España con el de todos. Sin duda hace seis meses

---

(1) Que Cárlos echase en cara á su hijo la sublevacion de Aranjuez, cosa es que se concibe sin violencia, no teniendo este cargo otro inconveniente que el de dirigírselo ante un soberano estrangero, como dejamos dicho en otros lugares. Tambien se concibe en el anciano rey la apología que hace de su reinado y del sistema político seguido con la Francia, porque el que habla de cosas propias, claro está que no las ha de pintar sino bajo el punto de vista que le sea mas favorable. Lo que á nosotros nos parece arma de todo punto *vedada* en la comunicacion que nos ocupa, es el cargo que se hace á Fernando de haber sido constantemente enemigo de la Francia, no solo porque esto no es cierto en toda la estension que se quiere dar á ese ódio (puesto que hubo dias y meses enteros en que Fernando se mostró mas amigo y abyecto respecto á la Francia que Cárlos lo habia sido), sino porque aun siendo verdad, era feo y degradante en el padre acusar á su hijo de *mal francés*, por decirlo así, cuando no debia tratarse de otra cosa sino del interes nacional. Pero esta acusacion no tenia otro objeto sino acabar de concitar el ódio de Napoleon contra Fernando, ni mas ni menos que María Luisa lo habia hecho en su correspondencia con Murat. ¿Se nos tachará de injustos ahora, si en vista de tantas y tan significativas muestras de *afrancesamiento*, volvemos á poner en duda la dignidad y elevacion de sentimientos que el príncipe de la Paz atribuye á Cárlos?

Las cartas escritas por Fernando y mostradas á su padre por Napoleon, las cuales hacen ver claramente el ódio del primero á la Francia, como se dice en este párrafo, son ciertas indudablemente. El apego de Fernando al emperador fue sin límites mientras creyó posible su reconocimiento, trocándose en encono desde el momento en que cayó de sus ojos la venda de la ilusion. Fernando obraba siempre con arreglo á su interes personal. Entre las cartas interceptadas por Bonaparte, habia una dirijida por el jóven monarca á su tio el infante don Antonio, fecha en Bayona á 28 de abril, y en ella se espresaba de un modo despreciativo acerca de la emperatriz Josefina, calificando ademas á los franceses con el epíteto de *malditos*.

Napoleon tenia en la frontera un doble cordon de gendarmes y aduaneros, los cuales detenian y registraban á cuantos inspiraban sospecha, inclusas las mugeres, ocupándoles con frecuencia despachos y comunicaciones, y sabiendo el emperador por este medio los mas íntimos pensamientos de Fernando y de sus ministros, y los de sus afectos mas allegados residentes en España. No estrañamos en Napoleon esa violacion inícua del secreto de la correspondencia: estrañamos que Fernando y los suyos fuesen tan ligeros en comunicarse especies que tanto sigilo exigian, sin adoptar las precauciones oportunas para evitar ser descubiertos.

que las circunstancias han sido críticas; pero por mas que lo hayan sido, aun hubiera obtenido de las disposiciones de mis vasallos, de los débiles medios que aun tenia, y de la fuerza moral que hubiera adquirido, presentándome dignamente al encuentro de mi aliado, á quien nunca diera motivo alguno de queja, un arreglo que hubiera conciliado los intereses de mis vasallos con los de mi familia. Empero, arrancándome la corona, habeis deshecho la vuestra, quitándola cuanto tenia de augusta y la hacía sagrada á todo el mundo.

«Vuestra conducta conmigo, vuestras cartas interceptadas han puesto una barrera de bronce entre vos y el trono de España; y no es de vuestro interes ni de la patria el que pretendais reinar. Guardaos de encender un fuego que causaria inevitablemente vuestra ruina completa, y la desgracia de España.

«Yo soy rey por el derecho de mis padres: mi abdicacion es el resultado de la fuerza y de la violencia: no tengo pues nada que recibir de vos, ni menos puedo consentir á ninguna reunion en junta: nueva necia sugestion de los hombres sin esperiencia que os acompañan.

«He reinado para la felicidad de mis vasallos, y no quiero dejarles la guerra civil, los motines, las juntas populares y la revolucion. Todo debe hacerse para el pueblo, y nada por él: olvidar esta máxima es hacerse cómplice de todos los delitos que son consiguientes. Me he sacrificado toda mi vida por mis pueblos; y en la edad á que he llegado no haré nada que esté en oposicion con su religion, su tranquilidad, y su dicha. He reinado para ellos; constantemente me ocuparé de ellos; olvidaré todos mis sacrificios; y cuando en fin esté seguro que la religion de España, la integridad de sus provincias, su independencia y sus privilegios serán conservados, bajaré al sepulcro perdonándoos la amargura de mis últimos años.

«Dado en Bayona en el palacio imperial llamado del Gobierno á 2 de mayo de 1808.—Cárlos.»

Las acriminaciones que contiene esta carta son justas y merecidas de parte de Fernando en todo lo que concierne á su ambicion y á los criminales pasos que habia dado para apoderarse del trono. En ella se olvidaba, no obstante, un punto importantísimo. Fuese el hijo usurpador ó dejase de serlo, los pueblos aclamaban su elevacion, celebrando con gritos de entusiasmo la caida del padre; y una consideracion como esta, hábilmente traida á colacion por Fernando, no era acreedora ciertamente al desden de ser contestada con el silencio. Fijo Cárlos IV en la idea del ultrage recibido, y atento Napoleon á la sola voz de su interes en apoderarse á todo trance de la corona de España, ni uno ni otro advirtieron lo mucho que podian pesar en aquella cuestion la opinion y el modo de ver de los españoles; opinion y modo de ver errados si se quiere, pero no por eso menos dignos de ser tenidos en cuenta en negocio de tamaña entidad. Desatendibles en moral, como pueden serlo, las determinaciones de un pueblo en masa, no lo son jamás en política; y prescindir de su asenso ó disenso en materias que dicen relacion al interes general, es el yerro mayor en que pueden incurrir los hombres de estado. La resistencia que en esta carta se pone á toda reunion ó junta de representantes del pais para ventilar una cuestion que interesaba á este tanto ó mas que á los dos monarcas contendientes, podrá ser lógica y consecuente en buen hora en lo que dice relacion á la persona de Fernando, quien exigiendo convocacion de cortes, lo hacia solo por su provecho particular; pero era una contradiccion bien estraña en el emperador que acababa de dar sus órdenes para reunir en Bayona una farsa de congreso nacional, y éralo tambien en Cárlos IV, conforme con aquel en la idea de la reunion sobredicha (1).

---

(1) «La idea de *aquella especie de congreso* (dice el príncipe de la Paz, parte segunda, capítulo 35 de sus *Memorias*) que Napoleon tenia intentado y de que tanto hablaba, le parecia un buen medio, por el cual podrian cesar tantos peligros, conciliarse los partidos, y ponerse en salvo los intereses de la España, que eran los primeros.» ¿Y por qué, preguntaremos nosotros, podia conseguirse todo esto con *aquella especie de congreso*, y no con un congreso *propiamente dicho*, congreso que deliberase libremente en nuestra propia casa, en vez de verificarlo bajo la férula de Napoleon y en pais estrangero?

Otra de las observaciones que debemos hacer sobre esta carta, es la de haber sido dictada por Napoleon, como dice el príncipe de la Paz, y como lo rebelarian no pocas frases de la misma, aunque él no hubiese dicho. España habría ganado mucho tal vez en que los dos reyes padre é hijo hubieran tenido á solas alguna entrevista sin intervencion del emperador; pero ya fuese que este lo impidiera para que nunca pudiesen avenirse, ya fuese que Cárlos implorase su presencia para mas arredrar á Fernando, lo cierto es que el emperador estuvo mezclado en todo, y que nada hicieron los reyes padres sin su cooperacion y anuencia. Cárlos IV no podia quejarse de esta conducta por parte del emperador: desde el momento en que le dirijió su protestas poniendo en sus manos su suerte, la de su familia y la de la nacion entera, claro está que habia abdicado el derecho de obrar en otros términos que los que el *enemigo de su casa* tuviera á bien imponerle.

Las cartas de María Luisa á Murat se dirijian todas al punto capital de pintar á Fernando como enemigo del emperador, acriminándole por esta conducta. En la carta de Cárlos IV que acabamos de transcribir, se vé el mismo espíritu, siendo esplícita en ella la condenacion de todo acto que tienda á levantar la nacion contra las tropas francesas. Esa insistencia es mas trascendental de lo que á primera vista parece, porque ella en último resultado viene á revelar la íntima y estrecha alianza formada por Cárlos con el emperador para entregarle el cetro de España. Nosotros hemos dicho que el rey padre tenia formado este designio desde el 2 de mayo por lo menos. El príncipe de la Paz dice que no. Sirva de respuesta este párrafo, el primero de la carta: «*Hijo mio: Los consejos pérfidos de los hombres que os rodean han conducido la España á una situacion crítica:* SOLO EL EMPERADOR PUEDE SALVARLA.» Sujerida ó no por Napoleon espresion tan significa-



tiva, Cárlos IV la hizo suya aceptándola: la tendencia de la cesion que se exijia á Fernando no podia estar mas patente. ¿Y cómo podia obrar de otro modo el que habiendo hallado *proteccion y refujio* en los reales del emperador, creia ademas *deberle la vida y la de la reina*, juntamente con la de su primer ministro? El precio de tamaño favor no era ni podia ser otro que el de la independencia española (1).

Disimúlenos el lector si entramos por última vez en cuestiones sobre puntos que acaso no merecen la pena de dilucidarse tanto. Estamos en los postreros momentos del juego de Cárlos IV en la escena, y por mas que queramos evitarlo, no nos es posible evadirnos á la precision en que el príncipe de la Paz nos pone de insistir en consideraciones que á no ser el empeño con que nos vemos, bastaria emitir una sola vez. El papel de Carlos IV en las renuncias de Bayona es indigno, degradante, afrentoso: los esfuerzos que su privado hace para justificar su conducta son tan inútiles como los de los partidarios de Fernando para pintarle nada menos que como un héroe.

La respuesta de Fernando VII á la carta anterior fué la siguiente:

Carta de Fernando á su padre.

«Mi venerado padre y señor: He recibido la carta que V. M. se ha dignado escribirme con fecha de antes de ayer, y trataré de responder á todos los puntos que abraza con la moderacion y respeto debido á V. M.

«Trata V. M. en primer lugar de sincerar su conducta con respecto á la Francia desde la paz de Basilea, y en verdad que no creo haya habido en España quien se haya quejado de ella; antes bien todos unánimes han alabado á V. M. por su constancia y fidelidad en los principios que habia adoptado. Los mios en este particular son enteramente idénticos á los de V. M., y he dado pruebas irrefragables de ello desde el momento en que V. M. abdicó en mí la corona.

«La causa del Escorial, que V. M. dá á entender tuvo por origen el odio que mi muger me habia inspirado contra la Francia, contra los ministros de V. M., contra mi amada madre, y contra V. M. mismo, si se hubiese seguido por todos los trámites legales, habria probado evidentemente lo contrario; y no obstante que yo no tenia la menor influencia, ni mas libertad que la aparente, en que estaba guardado á vista por los criados que V. M. quiso ponerme, los once consejeros elegidos por V. M.

(1) Al insertar Toreno en el apéndice al libro segundo de su obra la carta anterior, omitió en el último párrafo las palabras *constantemente me ocuparé de ellos*, es decir, de los españoles. La omision de esta frase, dice el príncipe de la Paz, podria inducir en error á los que no lean sino el libro de Toreno, «pues podria dejar lugar á pensar que en aquella actualidad, vale decir en 2 de mayo, se encontraba ya Cárlos IV poseido de la idea de renunciar su corona, *lo cual seria un error gravísimo*.» Prescindiendo de la repugnancia que Cárlos sentia para volver al trono, y dejando á un lado lo demas que sobre este asunto llevamos espuesto, contestaremos á don Manuel Godoy que las espresiones á que ahora alude están muy lejos de tener la fuerza que él cree. ¿Qué puede significar en efecto esa frase al lado de la otra, *solo el emperador puede salvar la España*? Si Cárlos estaba decidido á volver al solio rigiendo segunda vez los destinos de sus pueblos, debió anunciarlo de un modo mas esplícito que el que en esa frase se observa: *he reinado para ellos*, podia haber dicho, y *quiero reinar para ellos*. Pero lejos de ser asi, Cárlos IV habla siempre como un rey cuyo poder ha concluido, como un rey que se halla *al fin de su carrera*, como un rey que diciendo dos veces *he reinado*, no sabe, ó no quiere, ó no puede abrir los labios para decir *reinaré*. Para dar definitivamente el trono á Bonaparte, lo único que faltaba era recibir de este la garantía de conservar la religion católica y todo lo demas que arroja el último párrafo de la carta: «he reinado para ellos; constantemente me ocuparé de ellos; olvidaré todos mis sacrificios; y *cuando en fin esté seguro que la religion de España, la integridad de sus provincias, su independencia y sus privilegios serán conservados*, bajaré al sepulcro perdonándoos la amargura de mis últimos años.» En efecto, Cárlos IV renunció el dia 5 en Napoleon, estipulando todas esas seguridades, menos la que dice relacion á los privilegios de las provincias, verificándose asi el cumplimiento de la especie que con tres dias de anticipacion se anuncia en la carta. Creer, pues, que Cárlos estaba poseido el dia 2 de la idea de renunciar su corona, no es un *error gravisimo*, como dice el príncipe de la Paz; es consecuencia lógica de la atenta observacion de los hechos y del íntimo enlace que se advierte en todos y cada uno de los pasos de aquella intriga. En vez de ser contrario á nuestra asercion el último párrafo de la carta, es por el contrario una prueba mas de que no estamos equivocados.

fueron unánimemente de parecer que no habia motivo de acusacion, y que los supuestos reos eran inocentes.

«V. M. habla de la desconfianza que le causaba la entrada de tantas tropas estrangeras en España, y de que si V. M. habia llamado las que tenia en Portugal, y reunido en Aranjuez y sus cercanias las que habia en Madrid, no era para abandonar á sus vasallos sino para sostener la gloria del trono. Permítame V. M. le haga presente, que no debia sorprenderle la entrada de unas tropas amigas y aliadas, y que bajo este concepto debian inspirar una total confianza. Permítame V. M. observarle igualmente, que las órdenes comunicadas por V. M. fueron para su viage y el de su real familia á Sevilla; que las tropas las tenian para mantener libre aquel camino, y que no hubo una sola persona que no estuviese persuadida de que el fin de quien lo dirijia todo era trasportar á V. M. y real familia á América. V. M. publicó un decreto para aquietar el ánimo de sus vasallos sobre este particular; pero como seguian embargados los carruages, y apostados los tiros, y se veian todas las disposiciones de un próximo viaje á la costa de Andalucia, la desesperacion se apoderó de los ánimos, y resultó el movimiento de Aranjuez. La parte que yo tuve en él V. M. sabe que no fué otra que ir por su mandado á salvar del furor del pueblo al objeto de su odio, porque le creia autor del viaje.

«Pregunte V. M. al emperador de los franceses, y S. M. I. le dirá sin duda lo mismo que me dijo á mí en una carta que me escribió á Vitoria, á saber, que el objeto del viaje de S. M. I. á Madrid era inducir á V. M. á algunas reformas, y á que separase de su lado al príncipe de la Paz, cuya influencia era la causa de todos los males.

«El entusiasmo que su arresto produjo en toda la nacion, es una prueba evidente de lo mismo que dijo el emperador. Por lo demas V. M. es bien testigo de que en medio de la fermentacion de Aranjuez no se oyó una sola palabra contra V. M., ni contra persona alguna de su real familia; antes bien aplaudieron á V. M. con las mayores demostraciones de júbilo y de fidelidad hacia su augusta persona; asi es que la abdicacion de la corona que V. M. hizo en mi favor, sorprendió á todos, y á mí mismo, porque nadie la esperaba, ni la habia solicitado. V. M. comunicó su abdicacion á todos sus ministros, dándome á reconocer á ellos por su rey y señor natural; la comunicó verbalmente al cuerpo diplomático que residia cerca de su persona, manifestándole que su determinacion procedia de su espontánea voluntad y que la tenia tomada de antemano. Esto mismo lo dijo V. M. á su muy amado hermano el infante D. Antonio, añadiéndole que la firma que V. M. habia puesto al decreto de abdicacion era la que habia hecho con mas satisfaccion en su vida, y últimamente me dijo V. M. á mí mismo tres dias despues, que no creyese que la abdicacion habia sido involuntaria, como alguno decia, pues habia sido totalmente libre y espontánea.

«Mi supuesto odio contra la Francia, tan lejos de aparecer por ningun lado, resultará de los hechos que voy á recorrer rápidamente, todo lo contrario.

«Apenas abdicó V. M. la corona en mi favor, dirijí varias cartas desde Aranjuez al emperador de los franceses, las cuales son otras tantas protestas de que mis principios con respecto á las relaciones de amistad y estrecha alianza, que felizmente subsistian entre ambos estados, eran los mismos que V. M. me habia inspirado, y habia observado inviolablemente. Mi viaje á Madrid fue otra de las mayores pruebas que pude dar á S. M. I. de la confianza ilimitada que me inspiraba, puesto que habiendo entrado el príncipe Murat el dia anterior en Madrid con una gran parte de su ejército, y estando la villa sin guarnicion, fue lo mismo que entregarme en sus manos. A los dos dias de mi residencia en la corte se me dió cuenta de la correspondencia particular de V. M. con el emperador, y hallé que V. M. le habia pedido recientemente una princesa de su familia para enlazarla conmigo, y asegurar mas de este modo la union y estrecha alianza que reinaba entre los dos estados. Conforme enteramente con los principios y con la voluntad de V. M., escribí una carta al emperador pidiéndole la princesa por esposa.

«Envié una diputacion á Bayona para que cumplimentase en mi nombre á S. M. I.: hice que partiese poco despues mi muy querido hermano el infante D. Cárlos para que lo obsequiase en la frontera; y no contento con esto, salí yo mismo de Madrid en fuerza de las seguridades que me habian dado el embajador de S. M. I., el gran duque de Berg y el general Savary, que acababa de llegar de Paris, y me pidió una audiencia para decirme de parte del emperador que S. M. I. no deseaba saber otra cosa de mí, sino si mi sistema con respecto á la Francia seria el mismo que el de V. M., en cuyo caso el emperador me reconoceria como rey de España, y prescindiria de todo lo demas.

«Lleno de confianza en estas promesas, y persuadido de encontrar en el camino á S. M. I., vine hasta esta ciudad, y en el mismo dia en que llegué se hicieron verbalmente proposiciones á algunos sugetos de mi comitiva tan agenas de lo que hasta entonces se habia tratado, que ni mi honor, ni mi conciencia, ni los deberes que me impuse cuando las cortes me juraron por su príncipe y señor, ni los que me impuse nuevamente cuando acepté la corona que V. M. tuvo á bien abdicar en mi favor, me han permitido acceder á ellas.

«No comprendo cómo puedan hallarse cartas mias en poder del emperador que prueben mi odio contra la Francia, despues de tantas pruebas de amistad como le he dado, y no habiendo escrito yo cosa alguna que lo indique.

«Posteriormente se me ha presentado una copia de la protesta que V. M. hizo al emperador sobre la nulidad de la abdicacion; y luego que V. M. llegó á esta ciudad, preguntándole yo sobre ello, me dijo V. M. que la abdicacion habia sido libre, aunque no para siempre. Le pregunté asimismo por qué no me lo habia dicho cuando la hizo, y V. M. me respondió porque no habia querido; de lo cual se infiere que la abdicacion no fue violenta, y que yo no pude saber que V. M. pensaba en volver á tomar las riendas del gobierno. Tambien me dijo V. M. que ni queria reinar, ni volver á España.

«A pesar de esto en la carta que tuve la honra de poner en las manos de V. M., manifestaba estar dispuesto á renunciar la corona en su favor, mediante la reunion de las cortes, ó en falta de estas de los consejos y diputados de los reinos; no porque esto lo creyese necesario para dar valor á la renuncia, sino porque lo juzgo muy conveniente para evitar la repugnancia de esta novedad, capaz de producir choques y partidos, y para salvar todas las consideraciones debidas á la dignidad de V. M., á mi honor y á la tranquilidad de los reinos.

«En el caso que V. M. no quiera reinar por sí, reinaré yo en su real nombre ó en el mio, porque á nadie corresponde sino á mí el representar su persona, teniendo, como tengo, en mi favor el voto de las leyes y de los pueblos, ni es posible que otro alguno tenga tanto interés como yo en su prosperidad.

«Repito á V. M. nuevamente que en tales circunstancias, y bajo dichas condiciones, estaré pronto á acompañar á V. M. á España para hacer allí mi abdicacion en la referida forma: y en cuanto á lo que V. M. me ha dicho de no querer volver á España, le pido con las lágrimas en los ojos, y por cuanto hay de mas sagrado en el cielo y en la tierra, que en caso de no querer con efecto reinar, no deje un pais ya conocido, en que podrá elejir el clima mas análogo á su quebrantada salud, y en el que le aseguro podrá disfrutar las mayores comodidades y tranquilidad de ánimo que en otro alguno.

«Ruego por último á V. M. encarecidamente que se penetre de nuestra situacion actual, y de que se trata de escluir para siempre del trono de España nuestra dinastía, sustituyendo en su lugar la imperial de Francia; que esto no podemos hacerlo sin el espreso consentimiento de todos los individuos que tienen y puedan tener derecho á la corona, ni tampoco sin el mismo espreso consentimiento de la nacion española reunida en cortes y en lugar seguro: que ademas de esto, hallándonos en un pais estraño, no habria quien se persuadiese que obrábamos con libertad, y esta sola circunstancia anularia cuanto hiciésemos, y podria producir fatales consecuencias.

«Antes de acabar esta carta permítame V. M. decirle que los consejeros que V. M. llama pérfidos, jamás me han aconsejado cosa que desdiga del respeto, amor y veneracion que siempre he profesado y profesaré á V. M. cuya importante vida ruego á Dios conserve felices y dilatados años. Bayona 4 de mayo de 1808.—Señor.—A. L. R. P. de V. M., su mas humilde hijo.—Fernando.»

Fáltase en esta carta á la verdad de algunos hechos, tergiversándose otros bajo el punto de vista mas favorable al que la escribe; circunstancias que hacen decir al príncipe de la Paz no haber sido escrita acaso la tal comunicacion en la época á que se refiere, sino *inventada* despues por Ceballos. Confesamos ingénuamente lo poco que hay que fiar en la autoridad de este ministro cuando sin mas fundamento que el de su palabra presenta documentos que le son favorables y cuya existencia ninguno sino él ha revelado á la historia; pero no sucede lo mismo cuando á vueltas de la violencia que se hace á la verdad en ciertos puntos, tócanse otros que son contrarios á la causa del mismo que los tergiversa. Si la reconocida falsedad de algunas aserciones pudiera ser en esta carta motivo bastante para creerla supuesta, otro tanto deberia decirse de la comunicacion dirijida por Fernando á su padre el 1.° de mayo, la cual comienza nada menos que por sentar que Cárlos habia convenido en que su hijo estaba exento de toda participacion en la sublevacion de Aranjuez, cuando era todo lo contrario. Godoy, sin embargo, no ha tenido por falsa aquella carta; y esta la juzga apócrifa. Nosotros la tenemos por real y efectiva, en consideracion al poco favor que Ceballos se hubiera hecho en inventarla, no menos que al interes que parece tener D. Manuel Godoy en creerlo así, como luego veremos. Fernando se sincera en ella del cargo que su padre le ha hecho en la suya llamándole enemigo del nombre francés, poniendo en su refutacion mas empeño todavia que en sincerarse de la nota de usurpador. Si Ceballos hubiera finjido la carta, como parece haber hecho con otra de que despues hablaremos, ¿qué cosa mas natural que haber suprimido unos párrafos tan poco en armonía con el españolismo de su héroe y de los individuos que le aconsejaban? La abyeccion, al contrario, es completa, y este rasgo caracterísco de la comunicacion es el sello de su autenticidad por decirlo así. Aterrados Fernando y los suyos á la idea de una acusacion tan espantosa como la de ser enemigos de su imperial carcelero, y faltos de vocacion y de aliento para votarse al martirio antes que dejar de ser españoles, nada tiene de estraño que se jactasen en ella de servilmente adictos al emperador, llegando al estremo de hacer la apología de los principios de política adoptada por Cárlos IV, principios contra los cuales habian declamado y declamaron tanto despues. Si la carta en cuestion aparece escrita en tan oprobioso sentido, la razon no es ni puede ser otra que haber sido estendida el dia 4 de mayo, tal como aparece aquí. Puesto á inventar Ceballos cuando no habia los mismos motivos de miedo que entonces, ó habria suprimido estos párrafos, ó los habria presentado de otro modo.

La verdadera razon que el príncipe de la Paz ha podido tener para llamar apócrifa la comunicacion que nos ocupa, debe consistir principalmente en el párrafo en que se dice á Cárlos IV que lo que Napoleon trataba entonces era escluir para siempre del trono de España la dinastía de sus reyes, sustituyendo en su lugar la imperial de Francia. Es de saber que D. Manuel Godoy acusa á Fernando y á sus consejeros de no haber participado con tiempo á Cárlos IV la resolucion que en nombre del emperador les fue comunicada en lo tocante á haber este decidido irrevocablemente que los Borbones de España cesasen de reinar; *especie*, dice, *que á haber llegado á noticia del rey padre, hubiera evitado sin duda el golpe de sorpresa con que Napoleon logró arrancarle la corona*. Nosotros que no vemos como el príncipe de la Paz *ese golpe de sorpresa*; nosotros que tenemos por indudable la coalicion formada entre Cárlos y Napoleon para entregar á esta la corona cuya cesion se exijia á Fernando; nosotros que creemos advertir esa coalicion, revelada claramente á la historia en la carta del 2; nosotros, en fin, que exentos de toda parcialidad en la materia, ningun interes tenemos en desfigurar la verdad por atenciones ó compromisos de ninguna especie; nosotros decimos, estamos muy distantes de creer

que hallándose las cosas en el estremo á que habian llegado, hubiera Cárlos IV podido retirar el pie del precipicio á que su protesta y su viaje á Bayona le habian conducido, por mas que Fernando le hubiese anunciado desde un principio la sentencia pronunciada por Bonaparte contra la familia real de España. La justa indignacion con que el padre miraba al hijo hubiera sido siempre, como lo fue, hábilmente esplotada por Napoleon, y ó no hubiera sido creido Fernando, caso de participar á Cárlos IV la especie que motiva estas reflexiones, ó el resultado al fin de los fines habria venido á ser el que fue. Concedamos, empero, que revelar Fernando los planes del emperador hubiera podido terminar la querella de un modo feliz y patriótico. ¿Cómo no llamó la atencion de Cárlos IV el contenido del párrafo que nos ocupa? Los tales planes, bien que sin pormenores, revelados están en él, y revelados con tiempo, pues las renuncias que constituian entonces el gran campo de batalla no estaban hechas aun. ¿Cómo pues, repetimos, continuó Cárlos IV en la senda de perdicion empezada? Porque esa carta es apócrifa, dice el príncipe de la Paz, y siéndolo, claro está que la revelacion de la tal especie no podia llegar á noticia del anciano rey. Pero, ¿y si la carta no fue inventada? Cárlos IV queda siempre en buen lugar, toda vez que segun su propia deposicion, la tal comunicacion, si fue escrita, *no fue recibida por él.* Sea asi enhorabuena, contestaremos nosotros: ¿bastará la falsedad de la carta, ó la circunstancia de no haber sido recibida, para justificar á Cárlos IV? El que tantas veces habia llamado á Napoleon *enemigo de su casa*; el que con objeto de *hacerle frente*, segun el mismo príncipe de la Paz, habia pensado en retirarse á Andalucia; el que de tantas perfidias napoleónicas tenia motivo de quejarse, con particularidad en el tiempo de su abdicacion y en los seis meses anteriores, no necesitaba aviso de ninguna especie para conocer el abismo que abria á su patria al ponerse en las manos de un hombre tan peligroso y de tan torcida intencion (1).

Mientras Cárlos acusaba á su hijo de la doble nota de conspirador y de enemigo de los franceses, y mientras Fernando procuraba rechazar los cargos que en ambos sentidos se le hacian batiéndose como en retirada hasta acojerse al santuario de las cortes, cuya reunion y la decidida voluntad de los pueblos constituian su único escudo en aquella desecha borrasca, Napoleon que nada deseaba tanto como salir brevemente de aquel laberinto, halló el medio oportuno de dar completa cima á su plan, valiéndose al efecto de las noticias del levantamiento del 2 de mayo llegadas á Bayona en la tarde del 5. Fernando habia escrito, segun tenemos indicado, varias cartas en sentido harto contrario á los franceses y al emperador, pero eso no obstante se puede asegurar no haber estas ejercido la menor influencia en el alzamiento de la heróica villa, puesto que nada continuaba encargando tanto la corte del nuevo rey como evitar toda colision con los franceses, para evitar con esto el peligro personal de S. M. y el de sus consejeros.

Nada era mas injusto por lo mismo que la sospecha de haber sido Fernando el autor de la sangre derramada aquel dia; pero el alzamiento se habia hecho á su

---

(1) El lector notará que nuestras espresiones al hablar de Napoleon Bonaparte son con frecuencia bastante duras; pero téngase presente que nos referimos á su conducta observada con España, y que por lo que á ella respeta, no es acreedor á ser tratado de otro modo. Nadie admira mas que nosotros las prendas del Emperador; pero por lo mismo de haber sido este tan grande en el discurso de su asombrosa carrera, se hacen mas de notar los episodios que achicaron su colosal estatura, entre los cuales ocupa el primer lugar su intervencion en los asuntos de España.

Lo mismo decimos de los franceses. Acreedores á la admiracion y al respeto por su energía en sostener sus derechos como ciudadanos y por sus inauditas proezas en los campos de batalla, nuestro lenguaje tiene que ser incisivo y amargo mas de una vez cuando á ellos nos referimos. En 1808 vinieron en nombre del Emperador y del sistema continental á robarnos nuestra independencia; y en nombre de la legitimidad y de la Santa Alianza en 1823, á restablecer el absolutismo de Fernando VII. Mientras los beneficios que esa nacion nos dispense no nos hagan olvidar las desgracias que nos ha ocasionado, los españoles tendremos derecho á quejarnos de su política, sin que se nos tache de injustos.

¿Qué diremos de la Gran Bretaña?.....

España ha sido el pais que mas ha hecho en obsequio de los demas paises: ¿qué ha hecho la Europa por ella?

nombre, y esto unido á las cartas interceptadas por Napoleon, bastaba á dar á aquella especie apariencias de fundamento. Recibida, pues, la noticia de que hablamos, se dirigió el emperador á caballo y con muy poca comitiva á la mansion de los reyes padres, entrando en ella con el fuego de la ira en el rostro, y vertiendo denuestos contra el jóven monarca. Espantado Cárlos IV al observar el aspecto y los estremos de Napoleon, quedólo mas todavia al leer el pliego en que Murat participaba á su augusto cuñado las noticias del 2. Convencido de que nadie sino su hijo podia haber ordenado aquellas sangrientas escenas, convino con Napoleon en poner fin desde luego *á tantos delitos*, haciendo comparecer á Fernando á una última cita. Fernando obedeció al llamamiento, y se presentó en la morada de sus padres, los cuales le recibieron sentados lo mismo que Napoleon, permaneciendo el príncipe en pie ante aquel tribunal inexorable. Su padre le habló



ULTIMA ENTREVISTA DE FERNANDO CON SUS PADRES EN PRESENCIA DEL EMPERADOR.

irritado cual nunca, reproduciendo las acusaciones anteriores, y achacándole por último el levantamiento del 2 de mayo. «¿Juzgas, añadió, ser posible persuadirme que ni tú ni los miserables que te dirigen habeis tenido parte alguna en ese motin? ¿Te has dado priesa á destronarme para ahorcar á mis vasallos? ¿Quién te ha aconsejado esa carnicería? ¿Aspiras solamente á la gloria de tirano?» Por estas palabras, cuyo relato debemos al duque de Rovigo y que de un modo tan depresivo califican el heróico alzamiento, podrá venirse en conocimiento del modo lamentable con que la pasion habia venido á cegar en Cárlos IV las fuentes del patriotismo. María Luisa tomando parte en la cuestion y encarándose con Fernando, «tu perdicion, le dijo, te la habia yo presajiado ya. Mira en qué abismo te despeñas y nos despeñas á nosotros. ¡Ah! nos hubieras hecho morir sino hubiéramos salido de España. ¡Y bien! ¿Te has propuesto no contestar? Tus mañas son las mismas que siempre: cuando

cometias un desacierto no sabias jamás cosa alguna.» Cárlos IV durante esta escena levantó varias veces la caña que le servia de apoyo en ademan de amenazar á su hijo; y hasta la misma María Luisa al acabar de hablar se aproximó á Fernando con la diestra levantada, como queriendo descargarle un bofeton. ¡Qué dignidad la



de aquella familia en presencia de un soberano estrangero! Fernando que hasta entonces se habia manifestado poco menos que impasible á tantas acriminaciones y denuestos, perdió todo su aliento al oir la terrible voz del emperador que le habló en estos términos: «Príncipe, yo no habia tomado decision alguna hasta ahora sobre los acontecimientos que os han traido aquí; pero la sangre derramada en Madrid pone término á mi irresolucion. Esa carnicería no puede ser obra sino del partido de que sois gefe y cuya existencia en vano tratariais de desmentir. Yo no reconoceré jamás por rey de España al que ha sido el primero en romper la alianza que desde tan antiguo la unia á la Francia; al que ha ordenado la matanza de los soldados franceses en los momentos mismos en que solicitaba de mí que sancionase la accion impía en cuya virtud deseaba subir al trono. Hé aquí el resultado de los malos consejos que á tal estado os han traido: de nadie sino de los que os los han dado os podeis con justicia quejar. Yo no tengo compromiso ninguno que cumplir sino con el rey vuestro padre: él es el único á quien yo reconozco por monarca, y si él lo desea, estoy dispuesto á volverle á Madrid.»

Cárlos IV al oir estas espresiones, respondió con viveza: «Quién! ¿Yo volver á mi corte? De ninguna manera. ¿Qué haria yo en un pais donde se han armado todas las pasiones en contra mia? Yo no hallaria allí en parte alguna sino súbditos sublevados; ¿y queréis que tras haber sido bastante feliz en haber atravesado sin menoscabo la época del trastorno general de Europa, vaya ahora á deshonrar mi vejez, haciendo la guerra á las provincias que he tenido la dicha de conservar, y conduciendo mis súbditos al cadalso? No, de ninguna manera: él se encargará de eso

mejor que yó.» Y mirando á su hijo, continúa el escritor citado, le dijo asi: «¿Crees sin duda que nada cuesta el reinar? Ahora puedes ver los males que preparas á la España. Has seguido consejos siniestros; yo no puedo ya nada ni quiero mezclarme en cosa alguna: marcha, y sal como puedas de ese precipicio.»

Estas palabras, que el duque de Rovigo atribuye á Cárlos IV, deben de ser ciertas cuando el príncipe de la Paz no las desmiente al copiarlas, cosa que indudablemente hubiera hecho como lo hace en otras especies referidas por el mismo historiador. Hé aqui, pues, á Carlos IV negarse decididamente á volver á Madrid, fundándose en la circunstancia de haberse armado en España las pasiones en contra suya (1), cual sino hubiera podido hacer esta observacion dias antes al verificar su malhadada protesta. Bien patente le era, desde los sucesos de Aranjuez, la animadversion general con que la nacion miraba el antiguo gobierno y el entusiasmo sin límites que el nombre de Fernando escitaba: ¿cómo no pensó entonces en la imposibilidad de volver al trono sin hacer la guerra á las provincias? Y si por no deshonrar su vejez dejaba de recurrir á tal estremo, ¿era honrarla acaso renunciar la corona en Bonaparte para que este guerrease por él? Pero no pasemos adelante: Cárlos IV en toda esta escena confundió miserablemente la justicia con la venganza; y en medio de los merecidos cargos que dirije á su hijo, no se ve en sus palabras mas fin que el de entregar la España á Napoleon con arreglo al plan convenido.

El resultado de esta última entrevista entre Fernando, los reyes padres y el emperador, fué renunciar Cárlos IV la corona en Bonaparte el mismo dia 5, haciendo lo mismo Fernando á favor del padre el dia 6, verificándose asi una chocante alteracion de órden, puesto que lo mas procedente y mas lógico era, segun la marcha de la intriga, renunciar Fernando en su padre para renunciar éste despues en Napoleon (2). El primero de estos dos ignominiosos tratados fué firmado por el

---

(1) O en contra de su privado, lo cual venia á significarle lo mismo.

(2) Hé aquí el testo de las renuncias del padre y del hijo.

Copia del tratado entre Cárlos IV y el emperador de los franceses.

«Cárlos IV rey de las Españas y de las Indias, y Napoleon emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la confederacion del Rhin, animados de igual deseo de poner pronto término á la anarquía á que está entregada la España, y libertar esta nacion valerosa de las agitaciones de las facciones; queriendo asimismo evitarle todas las convulsiones de la guerra civil y estrangera, y colocarla sin sacudimientos políticos en la única situacion que, atendida la circunstancia estraordinaria en que se halla, puede mantener su integridad, afianzarle sus colonias y ponerla en estado de reunir todos sus recursos con los de la Francia, á efecto de alcanzar la paz marítima; han resuelto unir todos sus esfuerzos y arreglar en un convenio privado tamaños intereses.

«Con este objeto han nombrado, á saber:

«S. M. el rey de las Españas y de las Indias, á S. A. S. Don Manuel Godoy, principe de la Paz, conde de Evora Monte.

«Y S. M. el emperador, etc., al señor general de division, Duroc, gran mariscal de palacio.

«Los cuales despues de canjeados sus plenos poderes, se han convenido en lo que sigue:

«1.° S. M. el rey Cárlos, que no ha tenido en toda su vida otra mira que la felicidad de sus vasallos, constante en la idea de que todos los actos de un soberano deben únicamente dirijirse á este fin; no pudiendo las circunstancias actuales ser sino un manantial de disensiones tanto mas funestas, cuanto las desavenencias han dividido su propia familia; ha resuelto ceder, como cede por el presente, todos sus derechos al trono de las Españas y de las Indias á S. M. el emperador Napoleon, como el único que, en el estado á que han llegado las cosas, puede restablecer el órden: entendiéndose que dicha cesion solo ha de tener efecto para hacer gozar á sus vasallos de las condiciones siguientes: Primera: La integridad del reino será mantenida: el príncipe que el emperador Napoleon juzgue deber colocar en el trono de España será independiente, y los límites de la España no sufrirán alteracion alguna. Segunda: La religion católica, apostólica, romana, será la única en España. No se tolerará en su territorio religion alguna reformada, y mucho menos infiel, segun el uso establecido actualmente.

«2.° Cualesquiera actos contra nuestros fieles súbditos desde la revolucion de Aranjuez son nulos y de ningun valor, y sus propiedades les serán restituidas.

«3.° S. M. el rey Cárlos habiendo asi asegurado la prosperidad, la integridad y la independencia de sus vasallos, S. M. el emperador se obliga á dar un asilo en sus estados al rey Cárlos, á su familia, al príncipe de la Paz, como tambien á los servidores suyos que quieran seguirles, los cuales gozarán en Francia de un rango equivalente al que tenian en España.

«4.° El palacio imperial de Compiegne, con los cotos y bosques de su dependencia, quedan á la disposicion del rey Cárlos mientras viviere.

«5.° S. M. el emperador da y afianza á S. M. el rey Cárlos una lista civil de treinta millones de reales, que S. M. el emperador Napoleon le hará pagar directamente todos los meses por el tesoro de la corona.



F. Perez dib. y lit. — Litog. de Mariani y C.ª

LAS RENUNCIAS DE BAYONA.

mariscal Duroc en nombre del gefe de la Francia, y por el príncipe de la Paz en el de Cárlos IV. Preciso era que asi sucediese: el valido, como dijimos al principio de la introduccion, no debia desaparecer de la escena sino con la ruina del dosel que le habia llamado en su apoyo. Por este último paso de su carrera política, po-



drá inferirse el papel que representaria Godoy en tan lamentables escenas. Puesto al paño constantemente durante los actos primeros de aquel drama trágico, no se le ve salir al teatro sino en los momentos de la catástrofe. Nuestros poetas á veces

---

«A la muerte del rey Cárlos dos millones de renta formarán la viudedad de la reina.
«6.° El emperador Napoleon se obliga á conceder á todos los infantes de España una renta anual de 400,000 francos, para gozar de ella perpétuamente asi ellos como sus descendientes, y en caso de estinguirse una rama, recaerá dicha renta en la existente á quien corresponda segun las leyes civiles.
«S. M. el emperador hará con el futuro rey de España el convenio que tenga por acertado para el pago de la lista civil y rentas comprendidas en los artículos antecedentes; pero S. M. el rey Cárlos no se entenderá directamente para este objeto sino con el tesoro de Francia.
«8.° S. M. el emperador Napoleon dá en cambio á S. M. el rey Cárlos el sitio de Chambord, con los cotos, bosques y haciendas de que se compone, para gozar de él en toda propiedad y disponer de él como le parezca.

«9.° En su consecuencia S. M. el rey Cárlos renuncia, en favor de S. M. el emperador Napoleon, todos los bienes alodiales y particulares no pertenecientes á la corona de España, de su propiedad privada en aquel reino.

«Los infantes de España seguirán gozando de las rentas de las encomiendas que tuvieren en España.
«10.° El presente convenio será ratificado, y las ratificaciones se canjearán dentro de ocho dias ó lo mas pronto posible.

«Fecho en Bayona á 5 de mayo de 1808.—*El príncipe de la Paz.—Duroc.*»

Carta de Fernando VII renunciando la corona en su padre, segun el texto de Ceballos.

«Venerado padre y señor: El 1.° del corriente puse en las reales manos de V. M. la renuncia de mi corona en su favor. He creido de mi obligacion modificarla con las limitaciones convenientes al de-

no han sabido desenlazar sus comedias sin llamar al alcalde en su socorro: Cárlos IV no sabia hallar desenlace á ningun acto suyo sin la intervencion del valido (1).

Hechas sus respectivas abdicaciones por los dos monarcas contendientes, faltaba dar otro paso en la senda de la usurpacion por parte del gefe de la Francia, y

---

coro de V. M., á la tranquilidad de mis reinos, y á la conservacion de mi honor y reputacion. No sin grande sorpresa he visto la indignacion que han producido en el real ánimo de V. M. unas modificaciones dictadas por la prudencia, y reclamadas por el amor de que soy deudor á mis vasallos.

«Sin mas motivo que este ha creido V. M. que podia ultrajarme á la presencia de mi venerada madre y del emperador con los títulos mas humillantes; y no contento con esto exige de mí que formalice la renuncia sin límites ni condiciones, so pena de que yo y cuantos componen mi comitiva seremos tratados como reos de conspiracion. En tal estado de cosas hago la renuncia que V. M. me ordena, para que vuelva el gobierno de la España al estado en que se hallaba en 19 de marzo, en que V. M. hizo la abdicacion espontánea de su corona en mi favor.

«Dios guarde la importante vida de V. M. los muchos años que le desea, postrado á L. R. P. de V. M., su mas amante y rendido hijo.—*Fernando.—Pedro Ceballos.*—Bayona 6 de mayo de 1808.»

Esta carta infunde graves sospechas de haber sido inventada por Ceballos, quien deseoso de hacer representar á Fernando un papel mas airoso del que realmente ejecutó, la estendió en otros términos de los en que realmente fué puesta, los cuales al parecer fueron estos:—«Mi venerado padre y señor: para dar á V. M. una prueba de mi amor, de mi obediencia y de mi sumision, y para acceder á los deseos que V. M. me ha manifestado reiteradas veces, renuncio mi corona en favor de V. M., deseando que pueda gozarla por muchos años. Recomiendo á V. M. las personas que me han servido desde el 19 de marzo: confío en las seguridades que V. M. me ha dado sobre este particular: Dios guarde á V. M. muchos años.—Bayona 6 de mayo de 1808.—Señor, á L. R. P. de V. M. su mas humilde hijo, *Fernando.*»

La diferencia que existe en el espíritu de ambas comunicaciones es patente: Fernando en la primera manifiesta de un modo esplícito ceder esclusivamente á la violencia, mientras en la segunda verifica su abdicacion sin indicar la misma causa. Ceballos creyó sin duda que su héroe estaba muy lejos de ostentarse tal ateniéndose á la cesion del modo segundo, y de aqui la nueva redaccion que creemos se inventó despues (*a*), no menos que las espresiones pronunciadas segun él por Napoleon, asegurando haber dicho este á Fernando que no le quedaba mas medio sino la cesion ó la muerte. «Era demasiado poderoso el monarca francés (dice el autor de la historia de la vida y reinado de Fernando VII de España) para degradarse con inútiles amenazas, cuando las habia con un hombre débil y que se plegaba á todas las humillaciones.... Cuantos personages presenciaron aquellas escenas han desmentido al ministro de Fernando, que con el fin de adularle, inventó semejante impostura.» Nosotros estamos de acuerdo en pensar del mismo modo por lo que toca á la amenaza contenida en la terrible alternativa indicada; mas no por eso es menos cierto que para obligar á ceder á Fernando se recurrió á aterrarle poniéndole delante de los ojos el peso de la indignacion paternal y el mas terrible todavía de la ira del emperador, como bastaria á probarlo, cuando otros fundamentos no hubiese, la sola circunstancia de haber intervenido Napoleon en todas las entrevistas.

(*a*) *En el oficio dirigido por Fernando á la Junta de Madrid con fecha del mismo dia participándole su renuncia, figura copiada la carta en cuestion con arreglo al segundo de los dos textos insertos arriba. Toreno da lugar en su obra á las dos redacciones, sin hacer observacion ninguna sobre esa duplicidad.*

---

(1) Don Manuel Godoy, en el último tomo de sus Memorias, rechaza toda connivencia en la cesion hecha por Cárlos IV á favor de Napoleon; y no siendo posible negarle su firma puesta al pie del tratado, atribuye aquel acto á la precision de intervenir en él en que le puso su augusto amigo, como si eso bastára á justificarle. Como todos los argumentos del príncipe de la Paz por lo que toca al punto que nos ocupa, consisten en vagas declamaciones, creemos tarea escusada la de refutarle en todas y en cada una de ellas, limitándonos á trasladar como muestra de su defensa y de la de Cárlos IV lo que dice relacion á la entrevista del 5 de mayo y á la renuncia que fue su consecuencia, esperando que el lector nos permita acompañar el relato con una porcion de observaciones. Dice así Don Manuel Godoy.

«Voy á contar aquel dia 5, el mas violento y mas amargo de cuantos he pasado en esta vida.

«Yo estaba con los reyes, y era ya media tarde cuando vimos venir al emperador á caballo, despacio, con muy poca comitiva, al parecer, de muy mal cejo su semblante. Justamente á aquella hora estaba el rey hablando de la inquietud que le causaba el no haber recibido todavia contestacion alguna de su hijo (*a*), y se temió que esta visita seria algun nuevo enredo que el emperador vendría á contarle (*b*). Yo quise retirarme; pero no hubo tiempo.

(*a*) Don Manuel Godoy alude aquí al no recibo de la carta del 4, que como hemos visto, supone inventada por Ceballos.

(*b*) Los lectores ven que Cárlos IV tenia á Napoleon en el justo y merecido concepto de tramador de intrigas ó *enredos*, como se dice aquí. Conociéndolo, pues, y debiendo estar prevenido el anciano monarca, ¿cómo dice despues el príncipe de la Paz que la renuncia fue debida á un *golpe de sorpresa*?

en la de la ignominia y debilidad por la de la regia familia. Fernando habia renunciado como rey, mas no por eso dejaba de conservar todavía derechos al trono

---

«Napoleon entró de un modo brusco, la palidez y el fuego de la ira marcados en su rostro y en sus ojos. «Ya yo lo habia previsto, entró diciendo, yo lo aguardaba esto: la Inglaterra triunfa de nosotros, la anarquía ha levantado su cabeza ya en España, se ha degollado á mis soldados alevosamente, la sangre de franceses y españoles, tan largo tiempo amigos y aliados, ha corrido por las calles de Madrid..... por mis condescendencias..... por ensayar medios pacíficos en donde no cabian sino rigores..... Todo este grande encendimiento se ha votado desde aquí, desde Bayona..... Tengo las cartas y las pruebas en la mano..... ¡Infeliz padre! ¡infeliz reino!.....» y otras esclamaciones semejantes de que su boca era un torrente. En seguida dió á leer á Cárlos IV el pliego de Murat que estaba concebido en términos atroces, su proclama, y la sangrienta órden del dia del terrible 2 de mayo. Mucha parte de estas cosas leyó el mismo emperador, y cual si todo esto no bastase para aterrar su víctima (*a*), hizo acercarse al oficial que habia traido aquellos partes, y le mandó que hablára y que contase como testigo presencial los horrores que habia visto. Cuando este hubo acabado y se acabaron los comentos que hacía Napoleon á cada instante, preguntó éste á Cárlos IV si su hijo no habia escrito, ó si mas bien no habia venido á devolverle la corona. Cárlos IV respondió, que aun tenia una pena mas como una añadidura á la afliccion mortal que le causaban las espantosas nuevas recibidas, y que esta pena era el silencio de su hijo. Napoleon rompió de nuevo todas las compuertas de su ira, y dijo á Cárlos IV: «Es necesario hoy mismo poner fin á tantos crímenes..... Haced llamar á vuestro hijo (*b*). ¡No mas treguas! ¡No mas treguas!»

«El rey mandó llamarle. Yo aproveché esta coyuntura para retirarme, y no me hallé presente á las escenas lamentables que siguieron, ni fuí llamado á ellas (*c*). Mi cuarto, en el segundo piso, daba casi encima del fatal salon, en donde, sin pensarlo nadie (*d*) iba á jugarse en una sola suerte la corona de España. Allí gemí oprimido de una mortal congoja sin poder ver claro; pero ofreciéndose á mi espíritu en confuso todos los azares (*e*) que podria traer la competencia de hijo y padre, y las temeridades á que podria dejarse ir Napoleon andando los sucesos cual empezaban ya á mostrarse, y el partido que aquel hombre podria sacar mas adelante de un príncipe y un rey que no se hallaban avezados á contiendas y vaivenes de esta clase (*f*). Yo no llegué á pensar, ni era posible adivinarlo, el repentino y asombroso desenlace con que todo fue acabado aquella tarde; todos los grandes males que presentia mi corazon los veia como cercanos, mas no como presentes..... (*g*). ¡Ah! ¡Tan presentes como estaban!..... ¡Tan inmediato el hundimiento del terreno sobre el cual habia montado Bonaparte aquel teatro (*h*).

«Dos horas, por mi cuenta, para mí dos siglos, eran ya pasadas, cuando vinieron á llamarme (*i*). Napoleon habia partido. El rey estaba inmoble sin hablar ni una palabra, su rostro hecho una brasa, y sus hermosos ojos sanguinolentos y empañados. La reina sollozaba amargamente á otro lado, y con

(*a*) ¿Víctima de qué? ¿Del terror desplegado por Napoleon en aquella entrevista? El que habia declarado tres dias antes *que solo este podia salvar la España*, no necesitaba ser aterrado en la tarde del 5 para ceder á su huesped una corona que esas espresiones y todo el contesto de la carta que en otro lugar hemos examinado, suponen puesta en trato independientemente del espanto producido en su alma por la noticia de la sangre derramada en Madrid cuando la jornada del 2. Cárlos IV hubiera abdicado en Bonaparte aun sin ese suceso, lo cual no quita que la noticia contribuyera á precipitar el desenlace de aquella trama. Nada sabia Cárlos IV del acontecimiento del 2 de mayo el dia 4, y ya entonces habia nombrado á Murat lugarteniente suyo y presidente de la junta de Madrid. Ese nombramiento por el cual se pretendia convertir en autoridad legítima al primer emisario del usurpador, supone una abdicacion consentida y aceptada; un maridage *rato*, si nos es lícito espresarnos asi entre el resentimiento y la usurpacion, faltando solamente para darle el caracter de *consumado*, estender la cesion por escrito.

(*b*) A este sí que era necesario *aterrar*, no á su padre. Conspirador y delincuente como le reconocemos, el único que ponia algun obstáculo á los planes de Napoleon era Fernando en su resistencia á abdicar sin condiciones. Y como esa resistencia no podia menos de caer desmoronada con la noticia del 2 de mayo, cuyo alzamiento se atribuia al malhadado príncipe, no hay duda que la tal noticia sirvió maravillosamente á Napoleon para cortar de una vez el nudo gordiano de aquella intriga.

(*c*) Pero se le llamó despues para ajustar el tratado de renuncia.

(*d*) ¡Sin pensarlo nadie! ¿Pues qué podia esperarse de la llamada de Fernando sino lo mismo que vino á resultar?

(*e*) Y como uno de esos azares podia ser *jugarse en una sola suerte la corona de España*, y como el príncipe de la Paz los via todos en su mente, aunque de una manera confusa, no sabemos á qué viene decir dos líneas antes que la tal jugada se verificó *sin pensarlo nadie.*

(*f*) ¿Y quién llevo esa contienda á la decision de Bonaparte, quién puso la querella en sus manos, sino los mismos que no tenian valor para resistir al vaivén?

(*g*) *Tanto monta*, podriamos contestar; pero el caso es que desde el momento en que Napoleon acababa de decir, *es necesario* HOY MISMO *poner fin á tantos crímenes*, podia preverse que no era su ánimo dejar la solucion del negocio para otro dia. *¡No mas treguas! ¡no mas treguas!* dice arriba el príncipe de la Paz que decia Napoleon.

(*h*) Bonaparte no tuvo que montar teatro ninguno; el padre y el hijo se lo dieron hecho. Visto despues el modo con que representaban su papel los principales actores, se encargó de la direccion de la escena, y por cierto que desempeñó su mision de un modo bien inicuo. La tragedia entonces no podia menos de caminar aceleradamente á su fin, acabando la discordia de la regia familia con la mas espantosa catástrofe.

(*i*) Aquí se pasan por alto los pormenores de la entrevista, lo cual no deja de ser vacío de alguna consideracion.

en calidad de príncipe de Asturias. Fernando al decir de Ceballos, resistió la nueva cesion, hasta que puesto en la dura alternativa de hacerla ó de perder la vida,

---

la voz entrecortada prorumpió diciendo: «El rey ha renunciado la corona en Bonaparte!.....» Yo me sentí sobrecogido de un espanto indefinible; yo iba á preguntar al rey si era posible tan estraña novedad inesperada; pero su magestad fuera de sí me interrumpió exclamando: «No, yo no le he dado nada..... yo no era ya mas rey..... mi corona!....., mi corona!..... en Aranjuez me la quitaron! yo no le he dado nada mio *(a)*. Yo soy un rey proscrito: esa revolucion que habeis oido, ha sido en contra mia..... tal vez tambien en contra de la Francia, por la única razon de haberse oido que el emperador trataba de reponerme en mis derechos *(b)*..... Las tropas de la Francia!..... ellos las deseaban, ellos salian á recibirlas, ellos las festejaban cuando creyeron que venian á coronar mi hijo *(c)*; si ahora se han vuelto contra ellas, es porque se han mostrado favorables á su padre *(d)*..... ¡Quién me ha llamado desde España! ¡Quién me ha escrito! Vosotros lo habeis visto, que ni una sola carta hemos tenido de entre tantos hombres que me debian su suerte, su elevacion, su gloria, y mucho mas que todas estas cosas, mi amistad, mi afecto. ¡Al tirano mas bajo de la tierra no se le habria tratado de esta suerte *(e)*! Hubo un Neron en Roma, y sin embargo tenia amigos, y de no pocos fue llorado.... Yo no he sido un tirano; yo he sido el padre de mis pueblos veinte años..... ¿Prefieren á mi hijo? Ténganle enhorabuena *(f)*: no quiera Dios que por castigo *(g)*!..... Yo no me he opuesto, y al contrario, he intercedido en favor suyo muchas veces *(h)*. No tiene mas contrario para ir á coronarse que aquel mismo de quien habia esperado la corona *(i)*, y á quien sirvió tan grandemente cerrándome los pasos que yo daba para salvar mis reinos y á él salvarlo juntamente; de mi no tiene que quejarse *(j)*.....»

—«Pero, señor, le dije, ¿es que el emperador ha retractado su palabra, que ha repetido tantas veces, de reponer á vuestras magestades en su trono?»

—«No, no ha retrocedido, dijo el rey, me ha renovado sus instancias y promesas; pero quiere hacerme entrar á fuego y sangre en mis estados. Tú me conoces bien..... ¡jamás!..... jamás la sangre por mi causa! *(k)* ¡jamás ser un verdugo de mis súbditos! ¡jamás reinar por el auxilio de tropas estrangeras *(l)*!..... Tú me lo oias cuando mi hermano consintió en volver á Nápoles despues de tantas muertes, tantos horrores y suplicios con que le rescataron su corona los ingleses y los turcos y los rusos. Mil veces te lo dije, que no habria yo tenido cara para mostrarme sobre el trono deslustrado con la sangre de mis pueblos. Yo no he cambiado de opinion; yo soy el mismo..... mis manos estan limpias, y al tribunal divino quiero llevarlas de esta suerte. Dios es quien da y quien quita las coronas *(m)*..... yo no he mancillado *(n)* la que me habia dado..... la que yo guardaba sin faltarle ni un quilate.»

—«Pero un indulto general.....» repliqué á su magestad, que me respondió al instante con dolor: «No es tiempo ya de indultos; el incendio ha prendido largamente, é irá ganando las provincias; si es verdad lo que esta tarde hemos oido, están ganadas *(o)*. Si yo bastára solo, y si mi hijo se me hubiera unido abandonando sus insensatas pretensiones, quizás habria remedio; pero llevado yo á mi asiento por manos de estrangeros, me escupirian los españoles, y yo no quiero me-

(a) Ni suyo, ni de su hijo, ni de nadie, sino del pais á que uno y otro pertenecian: cedia la *corona de España*. ¿Es escusa en Cárlos IV decir, *no he dado nada mio*?

(b) En efecto: una de las razones que tuvo el pueblo de Madrid para alzarse, esa fue, pero no la única, ni por lo que el acto tenia de personal respecto á Cárlos IV, sino por el temor de sus consecuencias, como diremos luego.

(c) Y á derribar al privado, y á hacer la felicidad de España poniendo término á los abusos del poder con la amistosa y desinteresada intervencion de Bonaparte. Tal fue la creencia general del pueblo español, creencia fatal y errada cuanto se quiera, pero hija de la buena fé de esta nacion magnánima, incapaz de sospechar la perfidia que habia de poner término á tan lisonjeras ilusiones.

(d) Favorables al valido, cuya vuelta al poder se temia volviendo á reinar Cárlos IV. El cambio de la opinion pública en España respecto á los franceses dependió principalmente de ese temor y del íntimo convencimiento en que últimamente vinieron todos á estar de que las miras de Napoleon se dirijian esencialmente á acabar con nuestra independencia y con la familia entera de nuestros reyes.

(e) Nosotros deploramos sinceramente la desgracia del anciano monarca, abandonado de un mal hijo, de tantos ingratos como le debian favores, mercedes y honras; mas no por eso escusamos su resolucion de vengar los ultrages recibidos á costa de la ruina de la patria.

(f) Sí; despues de cedida la corona á Bonaparte.

(g) Y por castigo le tuvimos; forzoso es reconocerlo.

(h) ¿Cuándo?

(i) La ironía es amarga sin duda, pero es preciso convenir en que todo lo merecia Fernando.

(j) Fernando no; la nacion sí.

(k) ¿Y era el modo de evitar la efusion de sangre renunciar en Napoleon la corona que los pueblos vian con tan delirante placer colocada en las sienes de Fernando?

(l) Sentimiento patriótico es ese que honra notablemente á Cárlos IV. Lástima que al echarse en los brazos de Napoleon no le ocurriese la idea de la triste y angustiosa alternativa en que por último habia de venir á parar: ó ceder el trono á Napoleon, ó ser rey por su gracia y con el auxilio de sus tropas, únicas capaces de combatir el entusiasmo popular que reinaba en favor del hijo.

(m) ¿Por qué no hizo Cárlos IV esa cristiana reflexion cuando se vió derribado del trono? ¿Por qué acudió á Bonaparte, en vez de resignarse á su suerte como la piedad y la patria exijian?

(n) Pero otros habian tomado á su cargo mancillarla por él.

(o) Ganadas sin duda por los partidarios del hijo. Si tal era la opinion de Cárlos IV, ¿cómo no temblaba á la consideracion de las espantosas y sangrientas escenas á que habia de dar lugar su nueva renuncia? ¿Era ese, repetimos, el modo de evitar la efusion de sangre?

no le fué posible continuar resistiendo. Esto no pasa de ser el dicho de un hombre interesado en justificar á su gefe para justificarse á sí propio. Nombrado el maris-

---

recerlo. Y á mas de esto (entre nosotros, hablando francamente) ¿quién me asegura á mí de que el emperador no enrede de tal modo los sucesos, que despues de haberme deshonrado yo á mí mismo acometiendo por su mano á mis vasallos y haber servido de pretesto á su ambicion, no dé fin á sus proezas por hacerse dueño de mis reinos y dejarme sepultado en la ignominia *(a)*? ¿No es mucho menos malo que el odio de sus actos recaiga sobre él solo, y que jamás pueda decirse que yo he sido su instrumento *(b)*? ¿Habrá nadie, ni en la Europa ni en el mundo, que pueda persuadirse de que yo me haya encontrado en libertad, ó de que haya sido yo tan necio que le haya regalado la corona por sus bellos ojos *(c)*? ¿No vale mas hacerle una renuncia aquí en Bayona, donde á la luz de todo el mundo será nula *(d)*, que verme acaso precisado á hacérsela en España, si con tantos medios como tiene para todo, se procurase allí un partido en favor suyo? Y aun sin esto, ¿no sería posible, que, como ha hecho en otras partes, provocase una reaccion por bajo mano en contra suya, y suponiéndome implicado en ella, me atacase en regla y me robase la corona como á mi hermano el rey de Napoles *(e)*, teniendo en este caso un título especioso con que cubrir su usurpacion ante los gabinetes estrangeros? ¿Puede caberme duda ya al presente de que su venida y su manejo en esta dura situacion en que nos vemos no tenga mas objeto que arrebatar el cetro de la España *(f)*? ¿No es una cosa vista que su intencion es acabar con los Borbones *(g)*? Y cuando tú me persuadías la retirada para ponernos en seguro y defendernos, ¿no eras tú mismo quien me hacía sentir este argumento *(h)*?»

—«Vuestra magestad, señor, le respondí, tiene razon sobrada en cuanto dice; pero le ruego me permita preguntarle, si fue suya la iniciativa *(i)* de renuncia, ó si el emperador......»

«Su magestad se alteró mucho, no me dejó seguir, y me increpó diciendo: «Tú me ofendes!..... ¡la iniciativa mia!..... ¿y tú podrías pensar que fuese yo capaz de una flaqueza semejante *(j)*? El es, él es el que ha lanzado la palabra de renuncia sin el menor rebozo.» «Si V. M. no quiere ir *(k)*, me ha dicho con dureza, ni que yo cumpla mi deber de colocarle nuevamente sobre el trono, yo me haré dueño de la España *(l)*: no puedo permitir que reine en ella ni el príncipe de Asturias, ni su hermano, ni su tio, todos tres conspiradores, é incapaces á mas de esto de regir la monarquía en las presentes circunstancias; vuestro otro hijo, por desgracia, no tiene edad para reinar, y no es posible una regencia en el estado en que se vé á la España. ¡La espada!..... no hay mas ley ni mas autoridad para impedir que la Inglaterra infeste la Península *(m)*. Si V. M. no quiere ó no se atreve á tomar parte en este empeño, yo le daré un asilo en mis estados *(n)*, y *V. M. me hará renuncia de los suyos.* Cuanto yo hiciese en nombre suyo estando ausente de sus reinos seria muy mal interpretado; dirian que V. M. no obraba libremente, y haríamos uno y otro una figura muy equívoca *(o)*. No hay otro modo de hacer frente á los negocios de la España; ó yo solo por mi cuenta, ó V. M. conmigo.» Despues me habló de mil funestas contingencias, de gobiernos militares, de particiones de provincias, y de una turba de desastres que podrian originarse si la anarquía llegaba á tomar cuerpo

(a) La reflexion no puede ser mas justa, siendo su único inconveniente hacerla tan tarde, y cuando ya no habia remedio.

(b) Si Cárlos fue tan insensato como deberia inferirse de ese modo de discurrir, el príncipe de la Paz ha hecho mal en deslucir su apología, conservando esa espresion en las Memorias. ¿Puede en efecto llevarse la estupidez hasta el estremo de creer Cárlos IV que renunciando la corona en Napoleon hacia lo bastante para que no se le creyese instrumento suyo?

(c) Por sus bellos ojos, no; pero en pago de los beneficios recibidos, y por efecto de una mal entendida venganza, sí.

(d) Y la renuncia que el padre exijia al hijo, ¿no debia considerarse *nula* igualmente por la misma consideracion? *Y aquella especie de congreso* que tanto agradaba á Cárlos IV para poner término á la querella, ¿no habia de merecer en último resultado la misma calificacion de *nula*, atendidas las propias razones? ¿Cómo, pues, no hizo alto en nada de eso, por lo que á su hijo y á la nacion tocaba, quien asi discurria ahora en lo que decia relacion personal á él? Confesamos ingénuamente que no entendemos la estraña lógica con que el príncipe de la Paz hace tan contradictoriamente discurrir al rey su amigo.

(e) Otra reflexion justísima que Cárlos IV debió hacer antes de decidirse á poner su querella en manos de Napoleon.

(f) Lo mismo decimos.

(g) Otra reflexion de la misma especie, y es ya la cuarta ó la quinta.

(h) Argumento que perdió su fuerza bien pronto, como los lectores han visto.

(i) Pregunta á tiempo. La contestacion será un *no*, y con eso tenemos justificado á Cárlos IV. ¿Es la cuestion, por ventura, si dió la corona á Napoleon porque este la pidiese, ó si se la cedió sin pedirla?

(j) Segun eso, no era flaqueza *otorgar*, porque no siendo suya la *iniciativa*....... ¿Es posible que D. Manuel Godoy haya estampado estas palabras, sin advertir el ridículo que hacen caer sobre Cárlos IV?

(k) .....*ni quiere tampoco que reine su hijo*.... se le olvidó añadir á Napoleon, ó por mejor decir, al príncipe de la Paz.

(l) Consecuencia natural, como todo lo demas que sigue.

(m) Y para impedir la efusion de sangre. ¿Qué medio mas á propósito?

(n) «Donde podrá V. M. vivir retirado y tranquilo en compañia del príncipe de la Paz y de la reina María Luisa. ¿Qué mas puedo hacer yo que acceder al único anhelo tantas veces espresado por V. M. y por su augusta consorte?»

(o) Y tan equívoca como la hicieron. La lógica de Napoleon en materia de libertad de obrar corria parejas con la de Cárlos IV en otra multitud de puntos, si hemos de atenernos á lo que aquí se dice.

cal Duroc por parte de Napoleon para proceder al nuevo tratado, Fernando nombró por la suya al arcediano de Alcaraz, al hombre que habiendo empezado su

---

como habia empezado. En medio de esta angustia, le pregunté qué garantías podria ofrecerme si yo le hiciese la renuncia *(a)*. Me respondió que aquellas cuatro cosas que podrian interesar mi corazon mas vivamente: la independencia de mis reinos bajo un rey de su familia *(b)* que á la nacion le fuese grato *(c)*, sin que jamás la España pudiese confundirse con la Francia; la integridad de sus dominios de acá y de allende de los mares; la conservacion de nuestra santa Fé Católica sin mezcla de otra alguna; y una amnistía completa *(d)*. Yo he admitido esta propuesta. Pierda yo todas las cosas de este mundo con tal que España se mantenga entera, indivisible y poderosa cual yo la he recibido de mis padres *(e)*, cual yo la he mantenido hasta el presente, cual yo la hubiera defendido hasta el postrer suspiro sin esa mala raza de traidores que pervirtieron á mi hijo *(f)*. Sin soldados, sin vasallos, sin amigos, y prisionero cual me encuentro *(g)*, por lo menos moralmente, entre las manos de este hombre, aun he hecho cuanto puedo en mi desgracia por los que no me quieren.....»

«Las lágrimas corrian por sus mejillas cuando decia estas cosas; su voz salia ya ahogada, y yo temia que se insultase. Venciendo, sin embargo, mi temor, y en medio de la angustia que oprimia mi espíritu, dije á sus magestades: «Pero despues de todo, una conversacion no es un tratado, y aun puede haber remedio: yo estoy pronto á dar la cara *(h)*, y á disputar hasta la muerte los derechos de vuestras magestades.»

«El rey me respondió: «yo he dado mi palabra *(i)*, y el emperador no es hombre que se deshaga de su presa.»

«La reina que se habia abrazado con su real esposo sosteniéndole, vuelta hácia mí, me dijó: «Eso es verdad..... ¡qué compromiso! ¡qué horrible desenlace! ¡qué dirán de nosotros en España *(j)*!»

«Y Cárlos IV, revolviéndose con fuerza: «Dirán, dirán que yo no he sido quien rompió los lazos que me ligaban con mis pueblos..... Dirán que ellos han sido los que los han disuelto lanzándome del trono y no volviendo nadie por mi causa..... Yo no he venido aquí por mi eleccion..... yo quise sostenerlos y ellos me lo impidieron..... esto dirán los hombres cuerdos cuando sean contadas las traiciones que me han puesto en este estremo *(k)*. Sobre todo, Dios está en los cielos, y él me hará justicia si los hombres me la niegan.»

«El rey estaba ardiendo en calentura y le llevó la reina á que tomase algun reposo. Fuera de mí y el alma traspasada de dolor, me eché á pensar si podria hallarse algun camino para enmendar un mal tan grande, tan inmenso, y sacar salvo el trono de la España, de que aquel prestigiador, sin ningun temor de Dios ni de los hombres, habia probado á hacerse dueño por un golpe de sorpresa, por un golpe calculado sobre la desgracia, sobre el abatimiento, sobre el desamparo, y mas que todo, sobre la lenidad y la índole pacífica de un rey, á quien á título de amigo, ahogaba entre sus brazos *(l)*. Mientras su magestad se hallaba reposando, hacía yo mil preguntas á la reina, la cual ni mas ni menos referia lo que Cárlos IV habia ya dicho. «No es mas pronto, añadia la atribulada reina, no es mas pronto el lazo escurridizo ó el juego de una trampa con que asegura el cazador su presa, que el artificio de este hombre sobre mi pobre Cárlos *(m)*. Yo quise hablar; mas no dió tiempo, amontonando frases y palabras, hablándoselo todo, y prometiéndonos tal género de dicha que á él mismo, nos decia, le seria envidiable *(n.)* Sus últimas palabras sobre todo me desma-

(a) Aquí viene bien recordar las últimas palabras de Cárlos IV en su carta del 2: «*y cuando, en fin, esté seguro que la religion de España, la integridad de sus provincias, y sus privilegios serán conservados* &c.» ¿Porqué revelaria Cárlos su pensamiento tres dias antes de lo necesario?

(b) ¡Bella independencia por Dios!

(c) A la nacion representada por *una especie de congreso*, el cual se reuniria en Bayona, como le parecia bien á Cárlos IV, sin ocurrírsele el menor escrúpulo relativamente al valor que podrian tener sus resoluciones en un pais estrangero, donde *á la luz de todo el mundo serian nulas*, ni mas ni menos que la renuncia á que Cárlos se refiere arriba.

(d) Esa amnistía que tanto se cacarea aquí, se le pasó por alto al príncipe de la Paz cuando ajustó el tratado.

(e) *¡Cual yo la he recibido de mis padres!* El sarcasmo no puede ser mas cruel, y el componedor de este discurso hubiera hecho muy bien en omitirlo.

(f) Raza que no hubiera existido á tener Cárlos ojos para ver su debilidad y.... otras cosas.

(g) «Prisionero porque yo lo he querido ser. La patria me mandaba sufrir, y no tuve ó no se me quiso consentir que tuviese aguante.»

(h) Y la dió en efecto; pero luego veremos cuánto mejor hubiera hecho en esconderla.

(i) Y es punto de honor el cumplirla, aunque haberla dado deshonre.

(j) Si María Luisa alzase la cabeza de la tumba, volveria á hundirla otra vez por no oir lo que de ella se dice ahora.

(k) Los hombres cuerdos maldecirán la memoria de un hijo que á tan deplorable estremo llevó á su padre; mas no por eso quedará este justificado de haber cedido á la tentacion en que se le puso.

(l) Todo lo que aquí se dice de Napoleon es justo, menos lo relativo al *golpe de sorpresa*. Y no porque no hubiese tal *golpe*, pero el que lo recibió no fue Cárlos IV, sino Fernando VII. ¿Qué sorpresa puede en efecto ser comparada á la de este, cuando no habiendo pasado 24 horas despues de los juramentos hechos por Savary relativamente á su reconocimiento, vino ese mismo Savary á anunciarle de parte del emperador que debia renunciar la corona? Grande Napoleon como era, ¡qué pequeño y raquítico fue en todo lo que concierne á este asunto!

(m) El adjetivo *pobre* podia haberse omitido aquí, como tantas otras cosas: esa palabra en los labios de Maria Luisa parece tener pretensiones de epigrama.

(n) Si no era la de vivir los dos al *lado de su amigo*, no concebimos *qué género de dicha* pudiera ser ese.

carrera política adulando al príncipe de la Paz, le volvió las espaldas al poco tiempo para adular al príncipe de Asturias; al que oponiendo su privanza con este á la de

yan, porque suponen en su ánimo un hecho concluido y aceptado. La felicidad no existe ni existirá jamás, dijo ese engañador, bajo el dosel del trono: yo renunciaré tambien un dia cuando sea tiempo; yo siento alguna cosa dentro de mí mismo como Diocleciano y como Cárlos V.»

—«Mas á pesar de todo, dije yo á la reina, si el rey cobrara mas aliento y consintiera en proponer, en reclamar, ó en exigir una entrevista nueva con el emperador para tratar en plena calma (*a*) una cuestion tan grave como la presente, cuestion que de una y otra parte se ha tratado bajo las penosas y violentas impresiones recibidas esta tarde (*b*), y si S. M. se hiciese firme en pretender que la resolucion definitiva que hubiera de tomarse se sujetase á conferencias en reglas diplomáticas, hecha abstraccion, cual debe hacerse, de la resolucion intempestiva que su afliccion le ha hecho adoptar sin tomar tiempo para obrar con pleno acuerdo de su ánimo, yo no puedo imaginar, que, de bueno ó mal grado, deje el emperador de conformarse y de ceder á esta exijencia que S. M. se encuentra en todo su derecho de imponerle (*c*). ¿Qué podria hacer Napoleon en contra de esto sin exponerse á la censura de la Europa y á la alerta de sus otros aliados? ¿En dónde está el empeño ni mucho menos el contrato que podria fundarse sobre lo que esta tarde ha sido hablado sin testigos entre el emperador y VV. MM. asombrados? Yo, por último servicio, echando el pecho al agua como ya le he echado tantas veces, estoy pronto á dar la cara (*d*); y venga luego cuanto Dios quisiere sobre mis espaldas, peor no podrá ser de lo que ha sido (*e*): me quedará á lo menos el consuelo de haber hecho en esta misma extremidad y en esta nada en que me hallo, cuanto ha podido ser posible para salvar mis reyes y mi patria, aun despues de estar proscrito porque quise hace dos meses libertarlos (*f*).»

—«Dios oiga tus deseos y nos ayude, me respondió la reina. Difícil como es volver camino atras con Bonaparte, yo encuentro aun mas difícil persuadir á Cárlos á entrar haciendo guerra á sus vasallos, ni yo tampoco soy capaz de aconsejárselo. ¿Crees tú que sea posible recobrar nuestra corona sin que haya sangre derramada?»

—«Y tan posible cual lo hallo (*g*), respondí al instante. Napoleon ha hecho su juego ponderando ese peligro y sorprendiendo á vuestras magestades; yo no comprendo tal peligro: una amnistía, no mas, un acto generoso de olvido y de clemencia que en vuestras magestades es innata, bastaria al presente para calmarlo todo y para que saliesen á su encuentro sus vasallos con los brazos desplegados. El movimiento de Madrid por mas violento que haya sido, y por lo mismo de haber sido tan violento, deja ver bastante claro que es efecto de un sentimiento nacional de independencia y patriotismo, cuando han caido de su error los que creyeron que el emperador venia sin otro fin que el de casar y coronar al príncipe mejorando al propio tiempo nuestras leyes (*h*); mas al presente que ven claro, el interes comun no puede ser ya otro que la defensa de la patria y la conservacion de la corona de sus reyes (*i*). Una amnistía es bastante para enmendarlo todo; es necesario conocer el leal caracter de los españoles: pocos serán hoy dia, si aun hay algunos, que no hayan conocido quién pretendia salvar el reino, y quién le ha puesto al canto de su ruina (*j*).»

«La reina comenzaba á respirar, y se mostró resuelta á aprovechar la primer hora en que encontrase al rey mas despejado para inspirarle mis consejos y para hacerme entrar á sostenerlos. Hablando de esto sin cesar, y ensayando la reina su papel y la mejor manera con que podria animar y levantar el corazon de Cárlos IV (*k*), hé allí que vienen á anunciar al mariscal Duroc que pide hablar al rey so-

(*a*) *Calma*: eso es lo que faltó á Cárlos IV en todo el discurso de su querella.

(*b*) Ni mas ni menos que en los dias anteriores se habia tratado bajo la única y esclusiva impresion de la ira y del resentimiento.

(*c*) Cárlos IV habia elegido al emperador por árbitro de su querella, y lo mismo Fernando VII, habiéndose abatido uno y otro á sus pies de la manera mas degradante. «*Cárlos IV*, decia Napoleon en Santa Helena, *me pedia venganza contra su hijo, y el príncipe solicitaba mi proteccion contra su padre, pidiéndome ademas una muger.*» Reducida la cuestion á estos sencillos términos, ¿qué exigencias habian de tener derecho de *imponer* el uno ni el otro?

(*d*) Y la dió, repetimos; pero luego veremos el cómo.

(*e*) A tal estremo habia llegado lo que el príncipe de la Paz, segun dice aqui, se lisonjeaba de poder remediar.

(*f*) Nuestros lectores saben que el motivo de la proscricion de Godoy no fué este solo, ó mas bien, que no fue ese el verdadero motivo: el viaje á Andalucía dió lugar al temor de la traslacion á América (temor fundado, diga lo que quiera D. Manuel Godoy, atendido el ejemplo que acababa de dar el príncipe regente de Portugal), y ese temor fue la *causa ocasional* del tumulto y de la caida del privado, siendo bien anteriores á este acontecimiento los *motivos* del odio que se le tenia.

(*g*) ¿Posible sin derramar sangre? Bien pudo el príncipe de la Paz conocer que no. El entusiasmo de los pueblos por Fernando VII, no era de aquellos, en el estremo á que habian llegado las cosas, que pudiera convertirse en humo con facilidad, por mas amnistías que se inventasen ni por mas proclamas que se diesen.

(*h*) Hé aqui confesado por el príncipe de la Paz lo que nosotros hemos dicho antes, y hé aqui tambien la razon de no ser posible la vuelta de Cárlos IV al poder sin recurrir á la espada para domar á un pueblo, cuya decision por la causa nacional estaba desgraciadamente tan íntimamente ligada con su entusiasmo por el hijo.

(*i*) Defensa y conservacion que el pueblo, con razon ó sin ella, personificaba en la defensa y en la conservacion de Fernando. No olvidemos esto jamás, porque es la clave para esplicar una porcion de fenómenos que sin ella serian ininteligibles.

(*j*) Si Godoy quiere decir con esto que el pueblo en aquellos momentos estaba convencido de la injusticia de su odio hacia él, ó de lo irracional de su desapego á la causa *personal* de los reyes padres, estaba muy equivocado.

(*k*) Tan abatido estaba, y tanto se habia ella esmerado en ser eco fiel de ese abatimiento. (*Vease su correspondencia con Murat*). ¡Cuánto no hubiera ganado Cárlos IV en estar lejos de su esposa cuando su caida del trono! Tal vez no hubiera dado él por sí solo el funesto paso que dió; tal vez se contentara con pedir á Murat la libertad de *su Manuel*; tal vez no hubiera habido protesta.

aquel con Cárlos IV, hizo víctima á la nacion de dos ambiciones á un tiempo; al que partiendo como mentor en sentido contrario al de su enemigo, acabó el semi-

---

bre un negocio urgente que el emperador le habia encargado. Salió la reina á recibirle, y á poco de esto, vuelve á entrar diciendo que Duroc traia el tratado de renuncia, y que pedia el emperador que fuese concluido aquella noche!

«Cosas son estas que algun dia parecerán novelas mas que historia *(a)*, y sin embargo son historia verdadera. No se atrevió la reina á dar respuesta por sí sola; triunfaba allí el terror, la inmensa mole del terror con que Napoleon pasmaba el mundo en aquel tiempo *(b)*. Un dia despues pudiera haber hallado resistencia, y trabajando estábamos en esto *(c)*: ¿de qué manera le era dable atravesarnos y salirnos al encuentro? Apresurando el golpe, golpe seguro tanto mas, cuanto era menos esperado *(d)*. Desatinar al enemigo, sorprenderle, acometerlo, no darle tiempo á recobrarse.... asi ganó las mas de sus batallas y así triunfó por muchos años su política *(e)*.

«La reina entró y halló despierto á Cárlos IV; contóle lo que habia, le dijo era un buen medio de escusarse por el estado en que se hallaba, y le indicó con grande prisa las ideas que yo le habia propuesto. Yo entré tambien para esforzarlas, ¡vano empeño! El rey se levantó, tomó una silla, estuvo pensativo un breve rato, y esclamó en seguida: «Pues Dios lo quiere ó lo permite, su voluntad se cumpla *(f)*;» y dirigiéndome la vista: «vé, y ajusta ese tratado *(g)*.»

—«Señor, le repliqué, lo que vuestra magestad me manda, no es posible *(h)*; no ha habido tiempo de pensarlo. ¡Renunciar una corona!... ¡y la de España!... á vuestra magestad lo ha sorprendido y le ha engañado Bonaparte.»

«Y el rey con mucha calma *(i)*: «El es el que se engaña: llegará precisamente un dia en que se sepan estas cosas.... de la manera que él las hace, y mientras mas se apresurare, mas nulo es todo cuanto haga.... es imposible que su reino dure mucho tiempo.... esta es mi vez ahora *(j)*....»

—«Señor clamé, para los casos como este es el vigor de una alma régia *(k)*; consienta al menos vuestra magestad en diferir por esta noche una resolucion tan estremada; yo tomaré sobre mí mismo cuanto venga: hay mil caminos todavía *(l)* para salir de este mal paso!»

—«No hay ninguno, dijo el rey; por cualquier lado que se tome, nos saldrá al encuentro..., al que sus pueblos no respetan *(m)*, mal sabrá respetarlo el que ambiciona su corona con un poder tan grande. Si le oponemos resistencia, no se hará otra cosa que agravar los males y que llegue el peor de todos, la desmembracion de España *(n)*.... Vé á impedirlo y ajusta ese tratado, mientras por él se salve la integridad de las Españas, su entera independencia y nuestra santa fé católica *(o)*.»

—«Señor, señor, clamé de nuevo, por la primera vez despues de tantos años, por V. M., por su interés, el de su casa, el de sus reinos, me atreveré á decirle que no puedo obedecerle *(p)*......»

—«Y bien, me dijo el rey, véte á juntar con los demas que me han desamparado; yo me seré bastante, yo iré á ajustar ese tratado....¡ rey miserable, á tal estremo, que no tiene ya siquiera quien le dé su firma *(q)*!»

«Y S. M. iba á salir temblándole sus miembros sin escucharme ni á la reina.

«En tal estremidad de circunstancias, yo cerré mis ojos, cumplí su voluntad, y vi entonces por mí mismo, que no hay fuerzas en lo humano contra la fuerza del destino, y que se da con él mas cierta-

(a) ....*sic veris falsa remiscet*, dijo Horacio.

(b) Antes era el terror que pesaba esclusivamente sobre Cárlos IV; ahora es *el que pasma á todo el mundo*. Este último terror no tenia nada de nuevo: antes de verificar Cárlos su protesta, existia lo mismo que ahora.

(c) El único medio de resistir (si es que esto era posible ya) consistia en olvidar Cárlos IV sus justos resentimientos contra Fernando, resignándose al sacrificio de verle en el trono, á que, bien ó mal, habia subido con asenso universal de los pueblos. El príncipe de la Paz, que tantas reflexiones acaba de hacer á María Luisa, olvida la mas esencial; y ella por su parte, sin embargo de trabajar con su amigo en arbitrar los medios de resistir á Napoleon, se ha olvidado tambien de lo mismo. Sin duda no les ha dado tiempo para pensar en ello la súbita entrada del mariscal Duroc.

(d) Sobre esto hemos hablado ya lo bastante para escusarnos de repetirlo aquí.

(e) Es casi lo único bien dicho que se halla en todo este relato.

(f) Cristiana reflexion, repetimos. ¡Cuánta ignominia se nos hubiese ahorrado á hacerla Cárlos IV á su debido tiempo!

(g) ¿Obedecerá Godoy?

(h) No, no lo es: el príncipe de la Paz se lo dice á sí propio.

(i) Alguna vez la habia de tener. ¡Es posible que fuese ahora!!!

(j) Si esta era *la vez* de Cárlos IV, ¿cuando seria la de Napoleon? Entre las espresiones ridículas que de vez en cuando resaltan en este relato, ninguna pone al anciano rey en caricatura de un modo tan lamentable como esa.

(k) Y el vigor de los ministros tambien.

(l) El camino, si lo habia, era uno solo; ya lo hemos dicho.

(m) He aquí á Cárlos IV convencido de que sus pueblos, caso de empeñarse en volver al solio, no habian de respetarle. ¿Y cómo era posible que lo hiciesen viéndole volver á reinar *por la gracia del estrangero*?

(n) Como si cediéndosela, no espusiese el pais al mismo peligro. ¿Qué garantías de no desmembrarlo le daba Napoleon? ¿Su firma puesta al pie de un tratado? ¡Bella prenda en verdad, cuando tan bien habia sabido cumplir el relativo á la Luisiana, y el mas reciente todavía estipulado en Fontainebleau!

(o) Las tres condiciones ni mas ni menos con tanta anticipacion anunciadas en la carta del 2.

(p) ¿Le obedecerá sin embargo?

(q) Si así se espresó Cárlos IV, esas palabras, por mas trágicas y sentidas que fuesen, no las pudo pronunciar sino en el vértigo de la locura. Esos son cabalmente los casos en que los ministros estan obligados á suplir con su juicio el que pueda faltar á los reyes.

círculo de su marcha para venir á parar donde el otro al concluir el suyo; al que habiendo intentado hacer monarca á su alumno antes del tiempo prevenido por la ley y la naturaleza, acabó por ultrajar á la una y á la otra firmando el documento en cuestion (1), como Godoy habia firmado el que le era correlativo; al hombre, en fin, que para no tener nada que envidiar á su adversario, vino á hundirse lo mismo que este con el trono que en él confiaba. El hijo se habia alzado contra el



padre, y el valido contra el valido. Si prescindimos de las consideraciones que la patria obligaba á tener presentes, la causa de la razon y de la justicia estaban de

---

mente por la senda misma por donde el hombre espera y se propone con mas ánsia destajarlo *(a)*!»
(Memorias de D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz, ó sea, *Cuenta dada de su vida política, etc.*, parte II, capítulo XXXVI.*)*

(a) Estaba escrito, dice el musulman, y eso mismo viene á decir Godoy en último resultado y por toda justificacion. La tragedia, hemos dicho nosotros, debia verificarse al estilo griego. Lo único que le faltaba era la *fatalidad*: ya la tiene.

---

(1) *Copia del tratado entre el príncipe de Asturias y el emperador de los franceses.*

«S. M. el emperador de los franceses etc., y S. A. R. el príncipe de Asturias, teniendo varios puntos que arreglar, han nombrado por sus plenipotenciarios, á saber:

S. M. el emperador, al señor general de division Duroc, gran mariscal de palacio, y S. A. el príncipe á don Juan Escoiquiz, consejero de estado de S. M. C., caballero gran cruz de Cárlos III.

Los cuales, despues de canjeados sus plenos poderes, se han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.° S. A. R. el príncipe de Asturias adhiere á la cesion hecha por el rey Cárlos de sus derechos al trono de España y de las Indias en favor de S. M. el emperador de los franceses, etc., y renuncia en cuanto sea menester á los derechos que tiene como príncipe de Asturias á dicha corona.

Art. 2.° S. M. el emperador concede en Francia á S. A. el príncipe de Asturias el título de A. R., con todos los honores y prerogativas de que gozan los príncipes de su rango. Los descendientes de

parte de Cárlos, y hasta del mismo Godoy. Uno y otro mancharon su nombre con el escandaloso olvido en que pusieron los intereses nacionales, ultrajando al pais cuyos gefes habian sido, y haciéndolo pasar á las manos de otro señor cual si fuera rebaño de ovejas. Fernando y Escoiquiz, por su parte, reos como eran de conspiracion, y causa inmediata bajo este concepto de la desesperada y última crísis en que nos vimos, abandonaron despues cobardemente la causa de la nacion puesta en sus manos por la fuerza de las circunstancias, siendo responsables á la posteridad de un doble crímen, sin contar los que habian de seguirle mas adelante. Pero estando escrito sin duda que el bueno y degradado Cárlos IV hubiera de ser superado en debilidad y en ignominia por la maldad y degradacion del hijo, la fatalidad exijia tambien que sobre la incapacidad y la mengua de Godoy, instrumento de la ruina del uno, preponderasen la estolidez y la iniquidad de Escoiquiz, agente de la ruina del otro.

Los infantes D. Antonio y D. Cárlos se adhirieron á la cesion verificada por Fernando como heredero del trono, publicando en union con él una proclama ó manifiesto dos dias despues de esta renuncia. El tal documento, parto de la pluma de Escoiquiz, absolvia á los españoles de toda obligacion hacia Fernando y demas individuos de la regia familia, y exhortaba al pais á permanecer tranquilo, esperando su felicidad de las sábias disposiciones del emperador (1). Los infantes asegu-

---

S. A. R. el príncipe de Asturias conservarán el título de príncipe y el de A. Serma., y tendrán siempre en Francia el mismo rango que los príncipes dignatarios del imperio.

Art. 3.° S. M. el emperador cede y otorga por las presentes en toda propiedad á S. A. R. y sus descendientes, los palacios, cotos, haciendas de Navarre y bosques de su dependencia hasta la concurrencia de 50,000 *arpens* libres de toda hipoteca, para gozar de ellos en plena propiedad desde la fecha del presente tratado.

Art. 4.° Dicha propiedad pasará á los hijos y herederos de S. A. R. el príncipe de Asturias; en defecto de estos á los del infante D. Cárlos, y asi progresivamente hasta extinguirse la rama. Se espedirán letras patentes y privadas del monarca al heredero en quien dicha propiedad viniese á recaer.

Art. 5.° S. M. el emperador concede á S. A. R. 400,000 francos de renta sobre el tesoro de Francia, pagados por dozavas partes mensualmente, para gozar de ella y transmitirla á sus herederos en la misma forma que las propiedades espresadas en el artículo 4.°

Art. 6.° A mas de lo estipulado en los artículos antecedentes, S. M. el emperador concede á S. A. el príncipe una renta de 600,000 francos, igualmente sobre el tesoro de Francia, para gozar de ella mientras viviere. La mitad de dicha renta formará la viudedad de la princesa su esposa si le sobreviviere.

Art. 7.° S. M. el emperador concede y afianza á los infantes don Antonio, don Cárlos y don Francisco: 1.° el título de A. R. con todos los honores y prerogativas de que gozan los príncipes de su rango; sus descendientes conservarán el título de príncipes y el de A. Serma., y tendrán siempre en Francia el mismo rango que los príncipes dignatarios del imperio. 2.° El goce de las rentas de todas sus encomiendas en España, mientras vivieren. 3.° Una renta de 400,000 francos para gozar de ella y trasmitirla á sus herederos perpétuamente, entendiendo S. M. I. que si dichos infantes muriesen sin dejar herederos, dichas rentas pertenecerán al príncipe de Asturias, ó á sus descendientes y herederos: todo esto bajo la condicion de que sus AA. RR. adhieran al presente tratado.

Art. 8.° El presente tratado será ratificado y se canjearán las ratificaciones dentro de ocho dias, antes si se pudiere.—Bayona 10 de mayo de 1808.—*Duroc.—Escoiquiz.*»

(1) Esta proclama no fue firmada por el infante D. Francisco, considerando tal vez Napoleon inútil esta diligencia, en atencion á la corta edad del príncipe. El texto decia asi:

«D. Fernando, príncipe de Asturias, y los infantes D. Cárlos y D. Antonio, agradecidos al amor y á la fidelidad constante que les han manifestado todos sus españoles, los ve con el mayor dolor en el dia sumergidos en la confusion, y amenazados de resulta de esta, de las mayores calamidades; y conociendo que esto nace en la mayor parte de ellos de la ignorancia en que están asi de las causas de la conducta que SS. AA. han observado hasta ahora, como de los planes que para la felicidad de su patria están ya trazados, no pueden menos de procurar darles el saludable desengaño de que necesitan para no estorbar su ejecucion, y al mismo tiempo el mas claro testimonio del afecto que les profesan.

«No pueden en consecuencia dejar de manifestarles, que las circunstancias en que el príncipe por la abdicacion del rey su padre tomó las riendas del gobierno, estando muchas provincias del reino y todas las plazas fronterizas ocupadas por un gran número de tropas francesas, y mas de 70,000 hombres de la misma nacion situados en la corte y sus inmediaciones, como muchos datos que otras personas no podrian tener, les persuadieron que rodeados de escollos no tenian mas arbitrio que el de escojer, entre varios partidos, el que produjese menos males, y eligieron como tal el de ir á Bayona.

«Llegados SS. AA. á dicha ciudad, se encontró impensadamente el príncipe (entonces rey) con la novedad de que el rey su padre habia protestado contra su abdicacion, pretendiendo no haber sido voluntaria.

«No habiendo admitido la corona sino en la buena fé de que lo hubiese sido, apenas se aseguró de la existencia de dicha protesta, cuando su respeto filial le hizo devolverla, y poco despues el rey su padre la renunció en su nombre y en el de toda su dinastía á favor del emperador de los franceses, para que este, atendiendo al bien de la nacion, eligiese la persona y dinastía que hubiese de ocuparla en adelante.

En este estado de cosas, considerando SS. AA. la situacion en que se hallan, las críticas circuns-

raron por este medio las pensiones y demas ventajas que Napoleon les concedia, y Escoiquiz dió un paso mas en la senda del envilecimiento y del delito, siendo bien chocante seguramente que quisiese despues persuadir haber sido su objeto, al redactar la tal proclama, escitar el alzamiento de los españoles en defensa de sus príncipes.

La desposeida reina de Etruria que tanto habia contribuido á alarmar el ánimo de Cárlos IV en contra de Napoleon cuando este la hizo salir de Toscana; esa reina que, esperando despues conseguir para su hijo un trono en Portugal, habia procurado hacerse meritoria á los ojos del gefe de la Francia declarándose enemiga de Fernando y de la independencia de su pais; esa señora, en fin, por cuyo medio entablaron los reyes padres su culpable correspondencia con Murat, hubo de contentarse tambien con la pension que se le señaló, siguiendo la suerte de Cárlos IV y de María Luisa, y renunciando á sus ilusiones en lo relativo al reino de la Lusitania septentrional que le habia sido prometido en el inícuo y afrentoso tratado de Fontainebleau.

Tal fue el término degradante y tristísimo del malhadado viaje á Bayona y de la discordia de la regia familia. Durante la permanencia de Fernando en esta ciudad, procuraron algunos españoles sacarle á todo trance de las garras de Napoleon y libertar tambien á los infantes. «Un vecino de Cervera de Alhama, dice el conde de Toreno, recibió dinero de la junta de Madrid con aquel objeto. Con el mismo tambien habia ofrecido el duque de Mahon una fuerte suma desde San Sebastian: los consejeros de Fernando, á nombre y por orden suya, cobraron el dinero, mas la fuga no tuvo efecto. Se propuso como el medio mejor y mas asequible el arrebatar á los dos hermanos D. Fernando y D. Cárlos, sosteniendo la operacion por vascos diestros y prácticos de la tierra, é internarlos en España por San Juan de Pie de Puerto. Fue tan adelante el proyecto, que hubo apostados en la frontera 300 migueletes para que diesen la mano á los que en Francia andaban de concierto en el secreto. Despues se pensó en salvarlos por mar, y hasta hubo quien propuso atacar á Napoleon en el palacio de Marrac. Habia en todas estas tentativas mas bien muestras de patriotismo y lealtad, que probable y buena salida. Hubiérase necesitado para llevarlas á cabo menos vigilancia en el gobierno frances, y mayor arrojo en los príncipes españoles, naturalmente tímidos y apocados.»

Cárlos IV salió de Bayona el 10 de mayo con direccion á Fontainebleau, para desde allí pasar á Compiegne, acompañándole María Luisa, la reina de Etruria, el infante D. Francisco de Paula y el príncipe de la Paz. Asi se cumplia su anhelo de acabar retirado con su amigo. Fernando VII, su tio el infante D. Antonio y su hermano el infante D. Cárlos, partieron para Valencey el dia 11, ha-

tancias en que se vé la España, y que en ellas todo esfuerzo de sus habitantes en favor de sus derechos parece seria no solo inútil, sino funesto, y que solo serviria para derramar rios de sangre, asegurar la pérdida cuando menos de una gran parte de sus provincias y las de todas sus colonias ultramarinas; haciéndose cargo tambien de que será un remedio eficacísimo para evitar estos males el adherir cada uno de SS. AA. de por sí en cuanto esté de su parte á la cesion de sus derechos á aquel trono, hecha ya por el rey su padre; reflexionando igualmente que el espresado emperador de los franceses se obliga en este supuesto á conservar la absoluta independencia y la integridad de la monarquía española, como de todas sus colonias ultramarinas. sin reservarse ni desmembrar la menor parte de sus dominios, á mantener la unidad de la religion católica, las propiedades, las leyes y usos, lo que asegura para muchos tiempos y de un modo incontrastable el poder y la prosperidad de la nacion española; creen SS. AA. darla la mayor muestra de su generosidad, del amor que la profesan, y del agradecimiento con que corresponden al afecto que la han debido, sacrificando en cuanto está de su parte sus intereses propios y personales en beneficio suyo, y adhiriendo para esto, como han adherido por un convenio particular á la cesion de sus derechos al trono, absolviendo á los españoles de sus obligaciones en esta parte, y exhortándoles, como lo hacen, á que miren por los intereses comunes de la patria, manteniéndose tranquilos, esperando su felicidad de las sabias disposiciones del emperador Napoleon, y que prontos á conformarse con ellas crean que darán á su príncipe y á ambos infantes el mayor testimonio de su lealtad, asi como SS. AA. se lo dan de su paternal cariño, cediendo todos sus derechos, y olvidando sus propios intereses por hacerla dichosa, que es el único objeto de sus deseos.—Burdeos 12 de mayo de 1808.»

biéndoseles señalado este palacio para su residencia, de orden de Napoleon. Este ha conseguido ya el objeto de todas sus miras. ¿Quién puede oponerse con fruto á que sea el dueño y el árbitro de la pobre nacion española? El magnánimo alzamiento de todas sus provincias va en breve á contestar al tirano. Napoleon ha esplotado la discordia de la regia familia, calculando el abatimiento del pais por la degradacion y mengua de su reyes: el pais va á probarle bien pronto la facilidad de sus cálculos. ¿Qué importan las renuncias de Bayona? Napoleon levanta su edificio sobre frágil arena: esos documentos son nada sin el *execuatur* del pueblo.



CAPITULO V.

Decretos de Fernando VII ordenando la guerra y la convocacion de cortes.—Otro decreto del mismo, participando su renuncia, revocando los poderes de la junta, y ordenando la paz y la sumision al emperador.—Conducta de la junta de Madrid.—Murat, presidente de esta.—Decreto de Cárlos IV confirmando á Murat en su cargo y dándole la lugar-tenencia general del reino.—Orden de la junta suprema contra la reunion de la otra supletoriamente nombrada.—Proclama de Napoleon á los españoles.—Reflexiones sobre este documento.—Grave yerro de Bonaparte, confesado por él mismo.—El consejo de Castilla, la junta de gobierno y el ayuntamiento de Madrid piden á José Napoleon por rey de España.—Convocatoria para el congreso de Bayona.—Patriótica resistencia de algunos de los individuos nombrados, en particular del obispo de Orense.—Inútiles medidas de Murat para asegurar la dominacion de su amo.

Antes de consumar Fernando el sacrificio que tuvo lugar en Bayona, dirigió á la junta de Madrid un decreto con fecha del 5, en el cual manifestaba «que se hallaba sin libertad, y consiguientemente imposibilitado de tomar por sí medida alguna para salvar su persona y la monarquía; que por tanto autorizaba á la junta en la forma mas amplia para que en cuerpo ó sustituyéndose en una ó muchas personas que la representasen, se trasladara al parage que creyese mas conveniente, y que en nombre de S. M., representando su misma persona, ejerciese todas las funciones de la soberanía. Que las hostilidades deberian empezar desde el momento en que internasen á S. M. en Francia, lo que no sucedería sino por la violencia. Y por último, en llegando ese caso, tratase la junta de impedir del modo que creyese mas á propósito la entrada de nuevas tropas en la Península.» Junto con este decreto, escrito de mano del rey, se espidió otro igualmente autógrafo dirijido al consejo, ó en su defecto, á cualquiera chancillería ó audiencia que se hallase libre, y en él se decia «que la situacion en que S. M. se hallaba, privado de libertad para obrar por sí, era su real voluntad que se convocasen las cortes en el parage que pareciese mas espedito; que por de pronto se ocupasen únicamente en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino, y que quedasen permanentes para lo demas que pudiese ocurrir.»

Estas órdenes eran respuesta á las cuatro preguntas sobre las cuales habia la junta de gobierno pedido instrucciones, enviando al efecto, como en su lugar tenemos dicho, á D. Evaristo Perez de Castro, quien merced á las precauciones que adoptó para no ser descubierto, consiguió arribar á Bayona el dia 4. Ambos decretos llega-

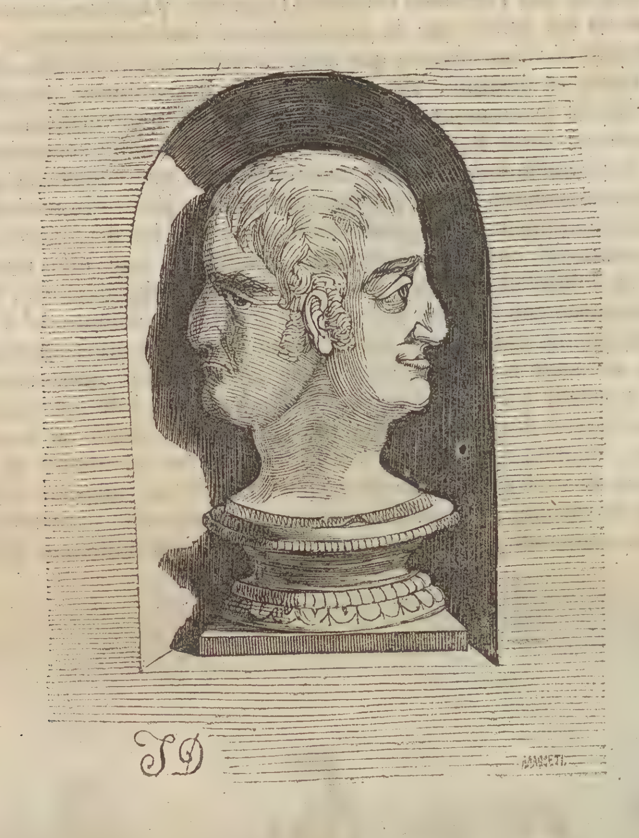
ron á manos de Azanza traidos secretamente por un propio, no debiendo parecer dudoso desde aquel momento el partido que debia tomar la junta en cumplimiento de sus deberes. Aquel cuerpo, sin embargo, habia preguntado á Fernando lo que debia hacer, procediendo oficiosamente y sin ánimo de poner en ejecucion las órdenes del monarca si eran favorables al rompimiento. Los vocales en medio de eso se hallaban en un grande apuro, porque ¿cómo evadirse sin deshonra al cumplimiento de lo que en los dos decretos se disponia, cuando estos habian sido espedidos en virtud de consulta elevada á S. M. por la junta misma? Preciso era recurrir á algun pretesto que á lo menos en la apariencia pudiera poner á cubierto la responsabilidad de aquella corporacion, y ese pretesto se lo dió el mismo rey que en tan grave conflicto la ponia.

En efecto: Fernando espidió otro decreto con fecha del 6, en el cual, despues de copiar la carta que acababa de dirigir á Cárlos IV (1) abdicando en él la corona, continuaba del modo siguiente:

«En virtud de esta renuncia de mi corona que he hecho en favor de mi amado padre, revoco los poderes que habia otorgado á la junta de gobierno antes de mi salida de Madrid para el despacho de los negocios graves y urgentes que pudiesen ocurrir durante mi ausencia. La junta obedecerá las órdenes y mandatos de nuestro muy amado padre y soberano, y las hará ejecutar en los reinos.—Debo antes de concluir, dar gracias á los individuos de la junta, á las autoridades constituidas y á toda la nacion por los servicios que me han prestado, y recomendarles se reunan de todo corazon á mi padre amado y al emperador, cuyo poder y amistad pueden mas que otra cosa alguna conservar el primer bien de las Españas, á saber, su independencia y la integridad de su territorio. Recomiendo asi mismo que no os dejáseis seducir por las asechanzas de nuestros eternos enemigos (2), de vivir unidos entre vosotros y con nuestros aliados, y de evitar la efusion de sangre y las desgracias que sin esto serian el resultado de las circunstancias actuales, si os dejáseis arrastrar por el espíritu de alucinamiento y desunion.»

La contradiccion resultante entre esta comunicacion y los dos decretos del dia anterior no podia ser mas patente. Cediendo Fernando al cálculo egoista de su seguridad personal, ordenaba públicamente á sus súbditos la sumision á Cárlos IV y al emperador, revocaba los poderes de la junta, y recomendaba la union con la Francia, mientras por bajo de mano les imponia el deber de romper con esta y de morir por él. Fernando tenia dos caras. ¿Cuál de ellas indicaba la senda que la junta

(1) Fernando al copiar esta carta lo hizo con arreglo al testo de la segunda redaccion que tanto se diferencia de la que se supone inventada por Ceballos.
(2) Los ingleses sin duda. Esta frase parece dictada por Napoleon.



debia seguir? La patria resolvia la cuestion; la patria no consentia á los vocales mirar como problemática la violencia á que era debida la comunicacion del dia 6. Los decretos del 5 prevenian ya el caso de aquella violencia, y se anticipaban á él; y si á esto se añade la consideracion de la distinta índole de resoluciones tan opuestas, acorde la una y perfectamente en armonia con lo que exijia el decoro é interes nacional, mientras la otra nos condenaba al yugo, á la humillacion y al vilipendio, acabaremos de reconocer lo antipatriótico y antinacional de la determinacion de la junta en prestar obediencia al decreto que erijia en deber la ignominia. No faltará quien nos acuse de sobrado rígidos con una corporacion colocada en el mayor de los apuros en que puede verse un gobierno; pero nuestro cargo es justísimo. Entre sujetarse á servir bajo el yugo del usurpador ó arrostrar con valor los peligros á que la esponia su cargo, tenia la junta el recurso de retirarse de los negocios, obedeciendo la voz del decoro, ya que no tuviese valor para desafiar la tormenta. ¿Para cuándo son los gobiernos, para cuándo los hombres de estado, sino para los dias de crísis, de consternacion y de apuro? La nave que no tiene peligros que temer, para nada necesita pilotos. Las naciones han confiado á los suyos el cuidado de encaminarlas al bien, á la prosperidad y á la gloria: los que no saben distinguir en la oscuridad la estrella que debe guiarlos en su marcha, abandonen el timon usurpado, cedan su lugar á otros hombres, reconózcanse pequeños y enanos, no ocupen un puesto eminente que el destino reserva á gigantes.

Los decretos en que Fernando ordenaba la guerra y la reunion de cortes habian sido espedidos un dia antes que la comunicacion que los destruia, y sin embargo llegaron á Madrid dos dias despues que esta. La tardanza fue debida á las dificultades que para arribar á su destino, sin peligro de ser descubierto, encontró el mensagero enviado por el jóven monarca, habiendo tenido que verificar á pie la mayor parte de su marcha desde Bayona á Madrid para no infundir sospechas al enemigo. El pliego de la renuncia habia venido en cambio con una celeridad estraordinaria, siendo transmitido ganando horas por los correos del ejército imperial. De este modo, la circunstancia misma del retardo en la llegada de los dos decretos en cuestion, contribuyó á doblar el conflicto de la junta, conflicto, que ella misma habia aumentado por su debilidad en ceder á las nuevas exijencias de Murat 24 horas despues de los desastres con que fue coronado el heróico alzamiento del 2.

Fue el caso que no contento el generalísimo con tener aterrada una corporacion tan propensa de suyo á la irresolucion y al abatimiento, quiso ademas tener ingreso en ella y asistir á sus deliberaciones. Esta solicitud de nueva especie fue comunicada por el gran duque á algunos individuos de la junta en la mañana misma del 4 de mayo, cuando acababa de partir para Bayona el infante D. Antonio. Los vocales le hicieron varias observaciones contrarias á tan singular propuesta; pero Murat se dejó de razones, y llegada la noche del citado dia, presentóse bruscamente en la junta ocupando la silla de la presidencia. Los ministros Ofarril y Azanza



MURAT PRESIDENTE DE LA JUNTA DE MADRID.

resistieron aquel atropello, protestando contra él y haciendo dimision de sus destinos, habiéndose opuesto igualmente á la usurpacion con notable energía D. Francisco Gil y Lemus, quien desempeñando las veces de presidente por la ausencia del infante, se hallaba en el caso de hacer respetar mas que ningun otro su dignidad atropellada. Mucho hubiera ganado la junta, ya que tantas debilidades habia cometido, en seguir el ejemplo que los tres mencionados sugetos le daban resistiendo la



MURAT.

nueva ignominia que sobre ella iba á recaer si accedia á deliberar en presencia del hombre que, sobre acaudillar un ejército reconocidamente enemigo, acababa de dar un dia tan espantoso como el del 2 á la poblacion en cuyo seno se verificaban las sesiones. ¿Qué importaba todo eso? La junta continuó desempeñando sus funciones, asociándose la persona del gran duque de Berg, siendo inútil la resistencia de Gil y Lemus, y acabando Azanza y Ofarril por seguir en los cargos de que en los primeros momentos habian hecho dejacion.

La determinacion de Murat de presidir la junta de Madrid debió á nuestro modo de ver ser efecto de convenio secretamente contraido entre él y Cárlos IV, antes de la salida de este para Bayona. Los pasos de la intriga tramada en perjuicio de la independencia nacional se hallan entre sí tan íntimamente relacionados, que no es posible resistir á la tentacion de caer en esta sospecha, mayormente al considerar la circunstancia de haber Cárlos IV espedido el mismo dia 4 el decreto en que nombraba á Murat lugarteniente general del reino, y en calidad de tal, presidente de la junta: coincidencia singular ciertamente, verificarse el atentado de Murat al mismo tiempo que Cárlos sancionaba la usurpacion. ¿No podríamos decir en vista de esto que si el príncipe frances osó tanto, fue solo por la persuasion en que estaba de que el decreto que habia de dar algun viso de legalidad al atropello no podia tardar en venir? Como quiera que sea, el decreto en cuestion vino el 7, y su contenido decia asi: «Habiendo juzgado conveniente dar una misma direccion á todas las fuerzas de nuestro reino para mantener la seguridad de las propiedades y la tranquilidad pública, contra los enemigos asi del interior como del esterior (1), hemos tenido á bien nombrar lugarteniente general del reino á nuestro primo el gran duque de Berg, que al mismo tiempo manda las tropas de nuestro aliado el emperador de los franceses. Mandamos al Consejo de Castilla, á los capitanes generales y gobernadores de nuestras provincias que obedezcan sus órdenes, y en calidad de tal presidirá la junta de gobierno. Dado en Bayona en el palacio imperial llamado del gobierno, á 4 de mayo de 1808.—*Yo el rey.*»

A este decreto acompañaba una proclama del mismo Cárlos IV, la cual concluia con la cláusula que Toreno llama *notable* de que *no habria prosperidad ni salvacion para los españoles, sino en la amistad del grande emperador su aliado.* El ilustre historiador hace alto en esta cláusula, y no le ha llamado la atencion aquella otra *solo el emperador puede salvar la España*, escrita dos dias antes, y tan notable por lo menos como esta otra, la cual no pasa de ser repeticion ó eco de la primera. La junta de Madrid debió comprender desde luego el verdadero sentido de estas espresiones, y agradecida interiormente á la oportunidad con que venia en apoyo de su debilidad el decreto de Cárlos IV, acordó ponerle en ejecucion, absteniéndose solamente de darle publicidad, para evitar sin duda el escándalo que de ello podria resultar entre los españoles. Verdad es que una junta cuya autoridad emanaba del nombramiento hecho por Fernando, no podia ser consiguiente consigo misma poniendo en ejecucion otras órdenes que las del jóven monarca; pero aquella corporacion echó sus cuentas, y hallando menos peligro personal en obedecer al padre, ó lo que era lo mismo, al usurpador que imperaba en su nombre, importóle muy poco, á lo que parece, todo lo demas. Quedó, pues, reconocido el gran duque de Berg como presidente legítimo de la junta, pudiendo preverse desde entonces la determinacion que esta tomaria en la alternativa de optar entre la paz y la guerra, entre la obediencia á Fernando como rey de España ó á su padre como instrumento del emperador; entre la sumision á este, por último, y la resistencia al

(1) Esos enemigos esteriores serian los ingleses, como ya hemos dicho. ¿Y los del interior? Cárlos IV aludia indudablemente á los partidarios de Fernando; y como entonces lo eran todos ó casi todos los habitantes del pais, escusado es decir la popularidad que entre los españoles tendria la lugar-tenencia conferida al gran duque de Berg para reprimir á los díscolos.

yugo que se nos queria imponer. El primer resultado de tanta vacilacion y tanta debilidad, ya lo hemos visto: la junta condenó á las llamas los decretos de Fernando



Quema de los decretos del 5.

espedidos el 5, ateniéndose esclusivamente al que la debilidad de este por una parte y la violencia por otra le habian hecho espedir con fecha del 6.

Reconocida por la junta de Madrid la autoridad de Cárlos IV y la del emperador de los franceses, faltaba todavia evitar que se reuniese en Zaragoza la otra junta supletoriamente nombrada á propuesta de Gil y Lemus para sustituir á la suprema, llegado el caso de que esta careciese de libertad. Este nuevo paso se dió como era consiguiente, y aquella importante medida quedó sin efecto, habiéndose comunicado al capitan general conde de Ezpeleta las órdenes oportunas para que se abstuviese de llevar á cabo la tal reunion.

Los españoles residentes en Bayona agradecieron á la junta de Madrid su resolucion de no dar cumplimiento á las órdenes por las cuales se la obligaba á hacer la guerra al usurpador y á reunir las cortes del reino. Asi lo anunciaba, dice Toreno, D. Evaristo Perez de Castro, que volvió á Madrid por aquellos dias. Todo lo cual prueba, continúa, que ni entre los españoles que en Bayona influian, principalmente en el consejo del rey, ni entre los que en España gobernaban, habia ningun hombre asistido de aquella constante decision é invariable firmeza que piden estraordinarias circunstancias.

Fernando como príncipe de Asturias, en union con los infantes D. Cárlos y D. Antonio, habia dirigido á los españoles la proclama de que hemos hablado en el capítulo anterior, aconsejándoles la sumision á la voluntad del gefe de la Francia,

esperando su felicidad de las disposiciones de este, y manifestándoles que en ello darian á SS. AA. la prueba mayor de lealtad. No contento Napoleon con haber hecho hablar en ese sentido á toda la regia familia, creyó del caso añadir sus propias razones, y esperando fascinar la nacion pintándole el atentado cometido como efecto del interes y paternal solicitud con que la miraba, espidió el documento siguiente:

Proclama de Napoleon.

«Españoles: despues de una larga agonía vuestra nacion iba á perecer. He visto vuestros males, y voy á remediarlos. Vuestra grandeza y vuestro poder hacen parte del mio. Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos á la corona de España. Yo no quiero reinar en vuestras provincias; pero quiero adquirir derechos eternos al amor y al reconocimiento de vuestra posteridad.

«Vuestra monarquía es vieja, mi mision es renovarla; mejoraré vuestras instituciones, y os haré gozar, si me ayudais, de los beneficios de una reforma, sin que esperimenteis quebrantos, desórdenes ni convulsiones.

«Españoles: he hecho convocar una asamblea general de las diputaciones de las provincias y ciudades. Quiero asegurarme por mí mismo de vuestros deseos y necesidades. Entonces depondré todos mis derechos y colocaré vuestra gloriosa corona en las sienes de un otro Yo, garantizándoos al mismo tiempo una constitucion que concilie la santa y saludable autoridad del soberano con las libertades y privilegios del pueblo.

«Españoles, recordad lo que han sido vuestros padres, y contemplad vuestro estado. No es vuestra la culpa, sino del mal gobierno que os ha regido; tened gran confianza en las circunstancias actuales, pues yo quiero que mi memoria llegue hasta vuestros últimos nietos, y esclamen:—Es el regenerador de nuestra patria:

NAPOLEON.»

Esta proclama anuncia el pensamiento de Bonaparte de regenerar la España, mejorando sus instituciones y poniéndolas en armonía hasta cierto punto con los adelantos del siglo. Y decimos *hasta cierto punto*, porque del sistema político seguido hasta entonces por el emperador no era posible esperar una constitucion propiamente tal, siendo un *despotismo ilustrado*, como ahora se dice, lo mas que podia cabernos bajo su dominacion, al menos por mucho tiempo. Ese despotismo, sin embargo, nos hubiera sido mejor y mas conveniente que el antiguo, á haberse podido conciliar con los deseos del mayor número y con la independencia del pais. La tiranía del emperador ó la del delegado que reinase en su nombre, hubiera tenido siquiera un viso de decoro, y no habria sido tan degradante sufrirlo, como vergonzoso habia sido hasta entonces humillar la frente á las plantas de gobiernos sin pudor ó de favoritos sin honra. Napoleon, que conocia la deplorable situacion de esta nacion magnánima, comprendia tambien lo intimamente enlazado que estaba con el



HALAGOS PARA DOMINAR.

éxito de sus proyectos de dominacion sobre nosotros el anuncio de mejorar nuestras leyes y de poner coto á las arbitrariedades del poder (1); y ya hemos dicho que entre los motivos que hubo para que los españoles recibiesen con los brazos abiertos las tropas estrangeras que de un modo tan vergonzoso y artero se apoderaban de nuestras plazas, fué uno la persuasion en que todos estaban de que la venida de esas tropas tenia aquel objeto. Pero á esa persuasion acompañaba otra, encarnada, por decirlo asi, en la primera; la de que esas reformas tendrian comienzo por la

(1) Napoleon, segun algunos escritores, no tuvo otro intento, al mezclarse en nuestros asuntos, que verificar la regeneracion de España, poniéndose al efecto de acuerdo con nuestros reyes, para impulsar con su concurso y sin convulsiones las reformas que tanto anhelaba el pais; pero la conspiracion del Escorial, añaden, y los tumultos á que dió lugar aquel acontecimiento, le hicieron caer en la tentacion de atacar la independencia española, cediendo á un mal pensamiento que antes no le habia ocurrido, y que siendo causa de nuestras desgracias, lo fué al propio tiempo de su ruina.

Por mucho que sea el respeto que merezcan esos autores, su opinion en cuanto á este punto nos ha parecido siempre sobrado aventurada y destituida de fundamento. Cualesquiera que fuesen las ideas de Napoleon, respecto á las reformas que en su sentir debian hacerse en nuestra patria, ese pensa-

exaltacion y enlace de Fernando VII y por la caida del favorito de Cárlos IV, cuyo gobierno consideraba el pueblo como el tipo á que debia referirse en materia de arbitrariedad. Fué, pues, inseparable desde entonces el nombre de Fernando de la idea de reformas, y á la manera que los pueblos antiguos no sabian adorar la divinidad sin materializarla en la imágen que la simbolizaba, los españoles de 1808 no supieron tampoco concebir la mejora de sus instituciones sin identificarlas con el ídolo de cuya mano lo esperaban todo.

Si Napoleon, en vez de adherirse ostensiblemente á la causa personal de Cárlos IV y á la causa del favorito, hubiese dado la mano al príncipe que la nacion idolatraba, sus planes de prepotencia y de dominio hubieran llegado tal vez á cumplido término sin tumultos de ninguna especie. La posicion escepcional en que, merced al delito, se hallaba Fernando, le habria convertido en siervo coronado de su poderoso protector, teniendo este en él un instrumento tanto ó mas dispuesto á complacerle que el mas deferente de sus propios hermanos. Las reformas habrian tenido lugar á pesar del caracter despótico de Fernando, el cual, si Napoleon las queria, no hubiera nunca podido evadirse á la voluntad y á la férula de un hombre para él tan temido. El pueblo español mientras tanto, contento con ver disminuida una parte de sus desgracias y de su mal estar, habría bendecido la memoria del afortunado guerrero que tan poderosamente contribuia á ese cambio, y asociando su nombre al del príncipe por quien tan ciegamente delirábamos, ni tendríamos ahora que lamentar el triste resultado de tantos afanes perdidos, ni el gefe de la Francia habria dejado de serlo cayendo para siempre de la altura de su poder, merced á la resistencia con que le rechazó la Península, dando el primer ejemplo á todos los pueblos de Europa de que el coloso del siglo XIX podia ser derrotado y vencido. Pero Napoleon en España cometió el mismo yerro que Cambises en la conquista de Ejipto: poner irreverentemente la mano en el ídolo que la nacion veneraba fue lo mismo que herir su Buey Apis, y la guerra desde entonces fué á muerte. ¿Qué podia por lo mismo esperarse de las reformas anunciadas en la proclama que examinamos, no siendo Fernando el instrumento de los beneficios que queria dispensarnos el emperador?

Bonaparte conoció su estravio cuando ya no habia remedio. El plan mas digno de mí, decia en Santa Elena hablando con el conde de las Casas, «el plan mas digno de mí y mas seguro para mis proyectos, era el de una especie de mediacion semejante á la de Suiza. Yo hubiera debido dar una constitucion liberal á la nacion española, y encargar á Fernando que la pusiese en práctica. Si la cumplia de buena fé, la España prosperaba y se ponia en armonía con nuestras nuevas costumbres, consiguiéndose la gran mira política, mientras la Francia adquiria un aliado íntimo y una adicion de poder verdaderamente temible. Si por la inversa, Fernan-

miento benéfico no fué, como se quiere suponer, el motivo *primordial* que le decidió á intervenir; fué su propio provecho y no mas, su deseo de llevar adelante el gigantesco sistema que tenia concebido para avasallar á la Europa, su interés en dar la última mano á la obra de Luis XIV como condicion indispensable de éxito para la realizacion de la monarquía universal á que aspiraba. Suponer otra cosa en aquel hombre estraordinario, cuya ambicion no tenia límites, es, á nuestro modo de ver, conocer muy á medias su carácter, ó quererle hacer representar un papel mas brillante y mas digno que el que ejecutó realmente. Decidido como se hallaba á sujetarnos á su yugo, y vacilante como le hemos visto en cuanto á la eleccion de medios, no cabe duda que la conspiracion del Escorial y la protesta de Cárlos IV aceleraron el término de sus irresoluciones; pero no por eso es menos cierto que su voz de reformas, hábilmente lanzada antes y despues de la catástrofe que tuvo lugar en Bayona, fué debida á su solo deseo de atraerse la voluntad de los españoles, como medio que creyó mas á propósito para hacer pasar á su sombra el atentado que primero meditaba en confuso, y que despues llevó á efecto de un modo tan en pugna con la honradez y con la confianza misma que debia darle en sus fuerzas el inmenso poder de que disponia. No fué, pues, su intento primero aspirar á regenerarnos: la idea de esa regeneracion estuvo constantemente subordinada en él á sus cálculos de ambicion, de prepotencia y de dominio: fué un pretesto, un recurso entre tantos otros, para no naufragar en la empresa; un paliativo á que se vió en precision de recurrir para hacer menos sensible la llaga abierta en lo mas vivo del honor español; un *medio*, en una palabra, no un *fin*.

do faltaba á sus nuevos empeños, los mismos españoles le hubieran destronado y habrian venido á suplicarme les diese un rey. De cualquier modo que sea, *aquella malhadada guerra de España ha sido una verdadera plaga, y la primera causa de las desgracias de la Francia.* Despues de mis conferencias con Alejandro en Erfurt, la Inglaterra se via precisada á hacer la paz por la fuerza de las armas ó por la de la razon. Se halla perdida y desconceptuada en el Continente: el asunto de Copenhague tenia exasperados todos los ánimos, y yo en aquel momento brillaba con todas las ventajas contrarias, cuando ese infortunado negocio de España vino á cambiar repentinamente la opinion contra mí, y á reforzar á la Inglaterra. Desde entonces pudo continuar la lucha, franqueándosele como se le franquearon los mercados de la América meridional; y organizando un ejército en la Península, vino desde allí á ser el victorioso agente, el nudo temible de todas las intrigas que se urdieron en el Continente.... *Esto es lo que me ha perdido* (1).»

Napoleon en 1808 pensaba de otra manera. Resuelto á poner en ejecucion la parte de su proclama que anunciaba la colocacion de un otro *él* en el trono de España, y habiendo decidido que ese otro fuese su hermano José, quiso dar á su exaltacion la apariencia de agradable á los españoles, y aun de solicitada por ellos. Con este objeto escribió el 8 de mayo á Murat diciéndole su deseo de que la junta suprema de gobierno y el Consejo de Castilla le indicasen cual de los individuos de la familia imperial era el que verian con mas gusto sentado en el trono español. Respondió el Consejo con fecha del 12 que siendo nulas las renuncias verificadas en Bayona, porque los príncipes que las habian firmado carecian de potestad para transferir sus derechos, se hallaba en el caso de no dar contestacion á la pregunta que se le hacia. Enérgica respuesta y digna de un cuerpo que no debió flaquear en su propósito, adoptando el término medio á que recurrió despues. Murat convocó á palacio el dia siguiente á la corporacion que tan osada como patrióticamente le habia contestado, y sin manifestarse ofendido de su osadía, dijo que lo que él trataba de de saber no era su opinion sobre la validez ó nulidad de las renuncias, sino su modo de ver acerca del príncipe que mas grato podia ser á la España para ocupar su trono, dado por supuesto el caso de que la familia imperial de Francia hubiera de suceder á la dinastía borbónica. El Consejo respondió entonces «que bajo la salva-

(1) Hablando de la guerra de España, decia otra vez Napoleon: «Esta combinacion me ha perdido. Todas las circunstancias de mis desastres están ligadas á ese nudo fatal: ha destruido mi reputacion en Europa, complicado mis dificultades y abierto una escuela práctica al soldado inglés: yo he sido el que ha formado el ejército británico en la Península.

«Los sucesos han demostrado que cometí una gran falta en la eleccion de los medios, pues el yerro está mas en el modo que en los principios. No hay duda que en la crísis en que se hallaba la Francia, en la lucha de las nuevas ideas y en la gran causa del siglo contra el resto de la Europa, no podíamos dejar á España atrasada y á disposicion de nuestros enemigos; era preciso impulsarla y comprometerla de grado ó por fuerza en nuestro sistema. El destino de la Francia lo exigia asi, y el código de la salud de las naciones no es idéntico siempre al de los particulares: bajo otro aspecto, á la necesidad de la política se unia, por lo que hace á mí, la fuerza del derecho. Cuando la España me creyó en peligro, es decir, cuando supo que corria yo riesgo en Jena, casi me declaró la guerra: la injuria no debia quedar impune; yo podia declarársela á mi vez, y ciertamente que el resultado no hubiera sido dudoso: esta misma facilidad me engañó. La nacion despreciaba su gobierno y reclamaba una regeneracion. La suerte me habia elevado á tal altura, que me creí predestinado, y creí digna de mí la ejecucion pacífica de tan grandiosa obra: quise economizar sangre; que no se manchase con una sola gota la emancipacion castellana; liberté los españoles de sus odiosas instituciones, dándoles una Constitucion liberal; creí necesario, tal vez con demasiada ligereza, mudar su dinastía; les puse un hermano mio en el trono, único estrangero entre ellos. Respeté la integridad de su territorio, su independencia, sus costumbres y el resto de sus leyes. El nuevo monarca llegó á la capital acompañado de los ministros, consejeros y cortesanos de la antigua corte: mis tropas iban á retirarse, dando asi fin al mayor de los beneficios que jamás se haya hecho á ningun pueblo: asi me lo decia á mí mismo y me lo digo aun. Los mismos españoles, segun me han asegurado, lo creian tambien esencialmente, y solo se quejaban del modo de verificarlo. Yo esperaba sus bendiciones; pero sucedió de otro modo: desdeñaron el interés, dando importancia á la injuria; se indignaron con la idea de la ofensa; se sublevaron á vista de la fuerza, y todos corrieron á las armas. Los españoles en masa se condujeron como lo haria un hombre de honor en una cuestion privada: nada tengo que decir sobre esto, sino que han triunfado, que han sido castigados cruelmente. ¡Tal vez les pesará!... ¡merecian suerte mejor!» *(Diario de la Isla de Santa Elena, por el conde de las Casas.)*

guardia y protesta de no entrar en la cuestion política, ni perjudicar su respuesta á los reyes y demas sucesores, segun las leyes del reino, le parecia que la eleccion debia recaer en el hermano mayor de Napoleon, José Bonaparte, actual soberano de Nápoles.» Con razon dice el conde de Toreno que semejante modo de preguntar y de responder llevaba trazas de juego y de mútua inteligencia. Protestando el Consejo en secreto, se ponia en guardia para el caso de que los planes de Napoleon no le saliesen tan bien como pensaba, sirviendo mientras tanto útilmente á la causa de este por medio de la manifestacion pública en la cual se adheria á la eleccion de José como la mas en armonía con los votos españoles. No contento Murat con haber conseguido esto, alcanzó del mismo Consejo que escribiese una carta de felicitacion al emperador, siendo nombrados para presentársela en Bayona los ministros D. José Colon y D. Manuel de Lardizabal. La junta suprema de gobierno y el ayuntamiento de Madrid siguieron por su parte el ejemplo que el Consejo acababa de darles, solicitando que José Bonaparte ocupase el trono de España. De este modo se proponia Napoleon fascinar á los gabinetes de Europa, haciéndoles creer que en sustituirnos su dinastía á la de los Borbones no hacia sino atemperarse al deseo manifestado por nosotros mismos.

Para dar el último viso de legalidad á la iniquidad cometida en Bayona, quiso igualmente el gefe de la Francia realizar aquella *especie de congreso* que tanto habia placido á Cárlos IV. Ya Murat se habia encaminado á este objeto desde mediados de abril, cuando Cárlos se hallaba todavia en España, circunstancia que hace sospechar la connivencia del anciano rey con los planes del usurpador, ó su disposicion por lo menos á no contrariarlos. En medio de todo eso, la diligencia desplegada en aquel asunto por el gran duque de Berg no habia tenido otro carácter que el de puramente preparatorio, y solo despues de verificadas las renuncias fué cuando las órdenes de Napoleon se llevaron á cumplido efecto. Publicada la convocatoria en la *Gaceta* de Madrid de 24 de mayo á nombre del gran duque de Berg y de la junta superior de gobierno, manifestábase en ella ser deseo del emperador que se reuniese en Bayona una diputacion de 150 individuos compuesta del clero, de la nobleza y del estado general, la cual debia reunirse en la ciudad espresada el 15 de junio, para tratar allí de la felicidad de España, indicando todos los males que el anterior sistema le habia ocasionado, y proponiendo las reformas y remedios mas oportunos para destruirlos en toda la nacion y en cada provincia en particular. En consecuencia de esto, la junta habia nombrado desde luego á algunas personas que el mismo decreto designaba, reservando á algunas corporaciones, á las ciudades de voto en cortes y otras, la eleccion de las restantes. El ministro Azanza fue nombrado por Bonaparte presidente de la futura reunion. La junta de Madrid, que tan necesitada se hallaba de cómplices de su debilidad para con el ejemplo de otros hacer menos resaltar sus propias culpas, se empeñó del modo mas decidido en promover por cuantos medios estuvieron á su alcance la suspirada reunion. Varios de los nombrados se negaron á sancionar la usurpacion del estrangero admitiendo el cargo, contándose entre ellos los marqueses de Cilleruelo y de Astorga, y el baylío D. Antonio Valdés, y señalándose entre todos por su patriótica resistencia el virtuoso y célebre obispo de Orense D. Pedro de Quevedo y Quintano. El oficio que este dignísimo prelado, honra y prez del clero español, dirijió á la junta suprema de gobierno con este motivo, es un modelo de elocuencia y de lógica, de elevado y severo patriotismo, y en medio de la energía con que en él se revela el ciudadano, lo es tambien de mansedumbre evangélica. Cabeza que tan dignamente llevaba una mitra era no menos digna del lauro que la patria reserva á sus hijos, y el obispo de Orense se lo supo ceñir sin profanarla, presentando felizmente hermanados sus deberes como ministro del Señor y como consejero de la corona (1).

(1) *Respuesta dada por el Ilmo. Sr. obispo de Orense á la junta de gobierno, con motivo de haber sido nombrado diputado para la junta de Bayona.*

«Excmo. Sr.: Muy señor mio: Un correo de la Coruña me ha entregado en la tarde del miércole 25



Poco satisfecho Murat con la leccion de escarmiento que, segun él mismo decia, acababa de dar á la soberbia española, y temiendo que las ejecuciones del 2 de mayo no serian bastantes á producir la aquiescencia general de los naturales al yugo estrangero, como en el primer rapto de barbarie se habia prometido, creyó

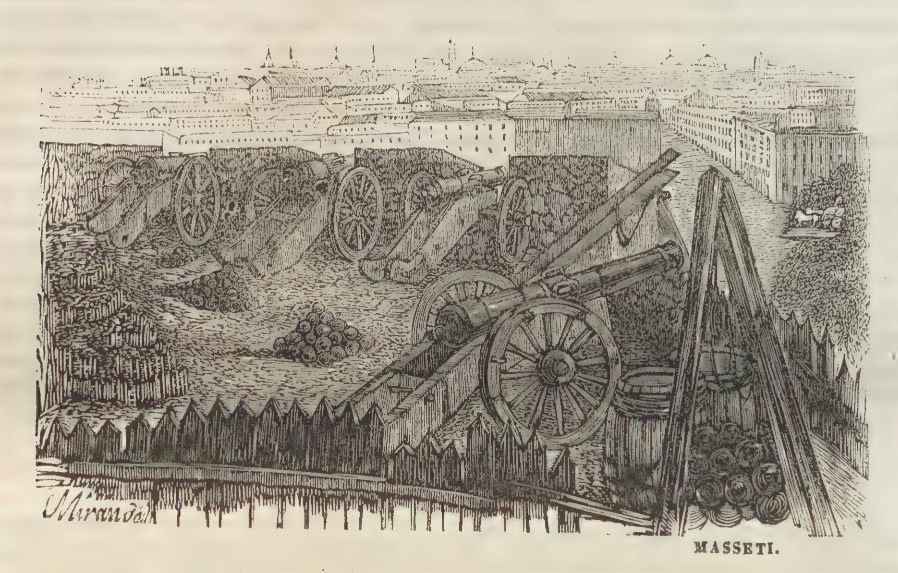
---

de este la de V. E. con fecha del 19, por la que, entre lo demas que contiene, me he visto nombrado para asistir á la asamblea que debe tenerse en Bayona de Francia, á fin de concurrir en cuanto pudiese á la felicidad de la monarquía, conforme á los deseos del grande emperador de los franceses, celoso de elevarla al mas alto grado de prosperidad y de gloria.

Aunque mis luces son escasas, en el deseo de la verdadera felicidad y gloria de la nacion no debo ceder á nadie, y nada omitiria que me fuese practicable y creyese conducente á ello. Pero mi edad de 73 años, una indisposicion actual, y otras notorias y habituales, me impiden un viage tan largo y con un término tan corto, que apenas basta para él, y menos para poder anticipar los oficios, y para adquirir las noticias é instrucciones que debian preceder. Por lo mismo me considero precisado á exonerarme de este encargo, como lo hago por esta, no dudando que el serenísimo señor duque de Berg y la suprema junta de gobierno estimarán justa y necesaria mi súplica de que admitan una escusa y exoneracion tan legítima.

Al mismo tiempo, por lo que interesa al bien de la nacion y á los designios mismos del emperador y rey, que quiere ser como el ángel de paz y el protector tutelar de ella, y no olvida lo que tantas veces ha manifestado, el grande interés que toma en que los pueblos y soberanos, sus aliados, aumenten su poder, sus riquezas y dicha en todo género, me tomo la libertad de hacer presente á la

oportuno desde el momento en que se posesionó del supremo mando adoptar nuevas precauciones y medidas para desconcertar todo proyecto de resistencia ulterior en Madrid y un sacudimiento tan espantoso como probable en las provincias. Hizo al efecto fortificar y abastecer el Buen-Retiro, convirtiendo este punto



FORTIFICACION DEL RETIRO.

en una especie de ciudadela que contuviese en los límites del respeto á la heróica villa. Con esto y con hacer venir de todas partes abundante provision de municiones y armas, se creyó seguro en Madrid. En cuanto á las provincias, los medios que arbitrió para someterlas hubieran sido eficaces tal vez en otro pais menos ofendido ó mas dispuesto á sufrir el yugo. Dos regimientos suizos españoles, que estaban acantonados cerca de Madrid, fueron agregados desde luego al cuerpo de ejército del general Dupont, sujetando á las órdenes de Moncey las tres compañías de guardias de corps y cuatro batallones de guardias

---

junta suprema de gobierno, y por ella al mismo emperador rey de Italia, lo que, antes de tratar de los asuntos á que parece convocada, diria y protestaría en la asamblea de Bayona si pudiese concurrir á ella.

Se trata de curar males, de reparar perjuicios, de mejorar la suerte de la nacion y de la monarquía, pero ¿sobre qué bases y fundamentos? ¿Hay medio aprobado y autorizado, firme y reconocido por la nacion para esto? ¿Quiere ella sujetarse, y espera su salud por esta via? ¿Y no hay enfermedades tambien que se agravan y exasperan con las medicinas, de las que se ha dicho: *tangant vulnera sacra nullæ manus?* ¿Y no parece haber sido de esta clase la que ha empleado con su aliado y familia real de España el poderoso protector, el emperador Napoleon? Sus males se han agravado tanto, que está como desesperada su salud. Se ve internada en el imperio francés, y en una tierra que la habia desterrado para siempre; y vuelto á su cuna primitiva, halla el túmulo por una muerte civil, en donde la primera rama fué cruelmente cortada por el furor y la violencia de una revolucion insensata y sanguinaria. Y en estos términos, ¿qué podrá esperar España? ¿Su curacion le será mas favorable? Los medios y medicinas no lo anuncian. Las renuncias de sus reyes en Bayona, é infantes en Burdeos, en donde se cree que no podian ser libres, en donde se han contemplado rodeados de la fuerza y del artificio, y desnudos de las luces y asistencia de sus fieles vasallos: estas renuncias, que

españolas y walonas. Al capitan general de Galicia D. Antonio Filangieri, hermano del célebre escritor italiano del mismo apellido, se le dió orden de ponerse de acuerdo con el gefe de marina del Ferrol, para embarcar tres mil hombres con direccion á Buenos-Aires, proponiéndose en esto Murat el doble fin de dejar á Galicia sin tropas, y poner al abrigo de un ataque por parte de los ingleses aquella importante colonia. El ministro de marina envió instrucciones á los comandantes de nuestros puertos á fin de armar todos los bajeles, ordenándose al gefe de la escuadra de Mahon, general Salcedo, que se diese á la vela para Tolon en el momento que le fuese posible verificarlo sin peligro. En Cataluña y en otras partes verificáronse varios cambios de guarniciones. Habiendo quedado en Badajoz la division española de Solano, dióse orden á este para que hiciese partir sus tropas al campo de San Roque, dirigiéndose él á Cádiz á fin de ejercer nuevamente sus funciones como capitan general de Andalucía; pero temiendo Murat que Solano titubease en obedecer, envió á persuadirle y á esplorarle al capitan de ingenieros, oficial de su estado mayor, Mr. Constantin. Desconfiando igualmente el gran duque de Berg de las intenciones de D. Francisco Javier Castaños, que mandaba en el campo de S. Roque, envió cerca de él al gefe de batallon de ingenieros Rogniat, con la mision aparente de reconocer la plaza de Gibraltar, y con la real de persuadirle á que entrase francamente en el nuevo órden de cosas. Esta diligencia fue inutil como á su tiempo veremos. La atencion de Murat no se limitó á las precauciones tomadas en el interior. Otros oficiales partieron con direccion á Ceuta, y con el encargo de hacer reconocer en los puertos españoles la nueva autoridad estrangera, siendo su mision igual-

---

no pueden concebirse, ni parecen posibles, atendiendo á las impresiones naturales del amor paternal y filial, y al honor y lustre de toda la familia, que tanto interesa á todos los hombres honrados: estas renuncias que se han hecho sospechosas á toda la nacion, y de las que pende toda la autoridad de que justamente puede hacer uso el emperador y rey, exigen para su validacion y firmeza, y á lo menos para la satisfaccion de toda la monarquía española, que se ratifiquen estando los reyes é infantes que las han hecho, libres de toda coaccion y temor. Y nada seria tan glorioso para el gran emperador Napoleon, que tanto se ha interesado en ellas, como devolver á la España sus augustos monarcas y familia, disponer que dentro de su seno, y en unas cortes generales del reino, hiciesen lo que libremente quisiesen, y la nacion misma, con la independencia y soberanía que la compete, procediese en su consecuencia á reconocer por su legítimo rey al que la naturaleza, el derecho y las circunstancias llamasen al trono español.

Este magnánimo y generoso proceder seria el mayor elogio del mismo emperador, y seria mas grande y admirable por él, que por todas las victorias y laureles que le coronan y distinguen entre todos los monarcas de la tierra, y aun saldria la España de una suerte funestísima que la amenaza, y podria finalmente sanar de sus males y gozar de una perfecta salud, y dar despues de Dios las gracias, y tributar el mas sincero reconocimiento á su salvador y verdadero protector, entonces el mayor de los emperadores de Europa, el moderado, el justo, el magnánimo, el benéfico Napoleon el grande.

Por ahora la España no puede dejar de mirarlo bajo otro aspecto muy diferente: se entrevé, si no se descubre, un opresor de sus príncipes y de ella; se mira como encadenada y esclava cuando se la ofrecen felicidades: obra, aun mas que del artificio, de la violencia y de un ejército numeroso que ha sido admitido como amigo, ó por la indiscrecion y timidez, ó acaso por una vil traicion, que sirve á dar una autoridad que no es facil estimar legítima.

¿Quién ha hecho teniente gobernador del reino al Sermo. señor duque de Berg? ¿No es un nombramiento hecho en Bayona de Francia por un rey piadoso, digno de todo respeto y amor de sus vasallos, pero en manos de lazos imperiosos por el ascendiente sobre su corazon, y por la fuerza y el poder á que le sometió? ¿Y no es una artificiosa quimera nombrar teniente de su reino á un general que manda un ejército que le amenaza, y renunciar inmediatamente su corona? ¿Solo ha querido volver al trono Cárlos IV para quitarlo á sus hijos? ¿Y era forzoso nombrar un teniente que impidiese á la España por esta autorizacion y por el poder militar cuantos recursos podia tener para evitar la consumacion de un proyecto de esta naturaleza? No solo en España, en toda la Europa dudo se halle persona sincera que no reclame en su corazon contra estos actos estraordinarios y sospechosos, por no decir mas.

En conclusion, la nacion se ve como sin rey, y no sabe á qué atenerse. Las renuncias de sus reyes y el nombramiento de teniente gobernador del reino, son actos hechos en Francia, y á la vista de un emperador que se ha persuadido hacer feliz á España con darle una nueva dinastía que tenga su origen en esta familia tan dichosa, que se cree incapaz de producir príncipes que no tengan ó los mismos ó mayores talentos para el gobierno de los pueblos que el invencible, el victorioso, el legislador, el filósofo, el grande emperador Napoleon. La suprema junta de gobierno, á mas de tener contra sí cuanto va insinuado, su presidente armado y un ejército que la cerca, obligan á que se la considere sin libertad, y lo mismo sucede á los consejos y tribunales de la corte. ¡Qué confusion, qué caos y qué manantial de desdichas para España! No puede evitarla una asamblea convocada fuera del reino, y sugetos que componiéndola ni pueden tener libertad, ni aun teniéndola creerse que la tu-

mente disponer en sentido favorable á la corte de Marruecos, no menos que esplorar la costa septentrional de Africa. Los franceses tenian vastos proyectos para cambiar la faz de este pais, y el embajador de Francia en Constantinopla habia sido consultado por el ministro de relaciones esteriores con el fin de saber hasta qué punto tomaria parte la Sublime Puerta en las cuestiones que podrian suscitarse entre Francia y los estados berberiscos. El cuidado con que Murat llevaba su solicitud al estremo de ir preparando en la costa marroquí el éxito de los tales planes, prueba en medio del recelo que las provincias españolas le ocasionaban, su persuasion de que caso de osarle estas resistir tenia medios mas que suficientes para reducirlas y para eternizar en España la dominacion de su amo.

Las provincias ahora van á responder á Murat.

---

vieran. Y si se juntasen á los movimientos tumultuosos que pueden temerse dentro del reino pretensiones de príncipes y potencias estrañas, socorros ofrecidos ó solicitados, y tropas que vengan á combatir dentro de su seno contra los franceses y el partido que les siga; ¿qué desolacion y qué escena podrá concebirse mas lamentable? La compasion, el amor y la solicitud en su favor del emperador podia antes que curarla causarla los mayores desastres.

Ruego, pues, con todo el respeto que debo se hagan presentes á la suprema junta de gobierno los que considero justos temores y dignos de su reflexion, y aun de ser espuestos al grande Napoleon. Hasta ahora he podido contar con la rectitud de su corazon, libre de la ambicion, distante del dolo y de una política artificiosa, y espero aunque reconociendo no puede estar la salud de España en esclavizarla, no se empeñe en curarla encadenada, porque no está loca ni furiosa. Establézcase primero una autoridad legítima, y trátese despues de curarla.

Estos son mis votos, que no he temido manifestar á la junta y al emperador mismo, porque he contado con que, sino fuesen oidos, serán á lo menos mirados, como en realidad lo son, como efecto de mi amor á la patria y á la augusta familia de sus reyes, y de las obligaciones de consejo, cuyo título temporal sigue al obispado en España. Y sobre todo los contemplo no solo útiles sino necesarios á la verdadera gloria y felicidad del ilustre héroe que admira la Europa, que todos veneran y á quien tengo la felicidad de tributar con esta ocasion mis humildes y obsequiosos respetos. Dios guarde á V. E. muchos años. Orense 29 de mayo de 1808.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su afecto capellan—PEDRO, *obispo de Orense*.—Excmo. Sr. don Sebastian Piñuela.»



CAPITULO VI.

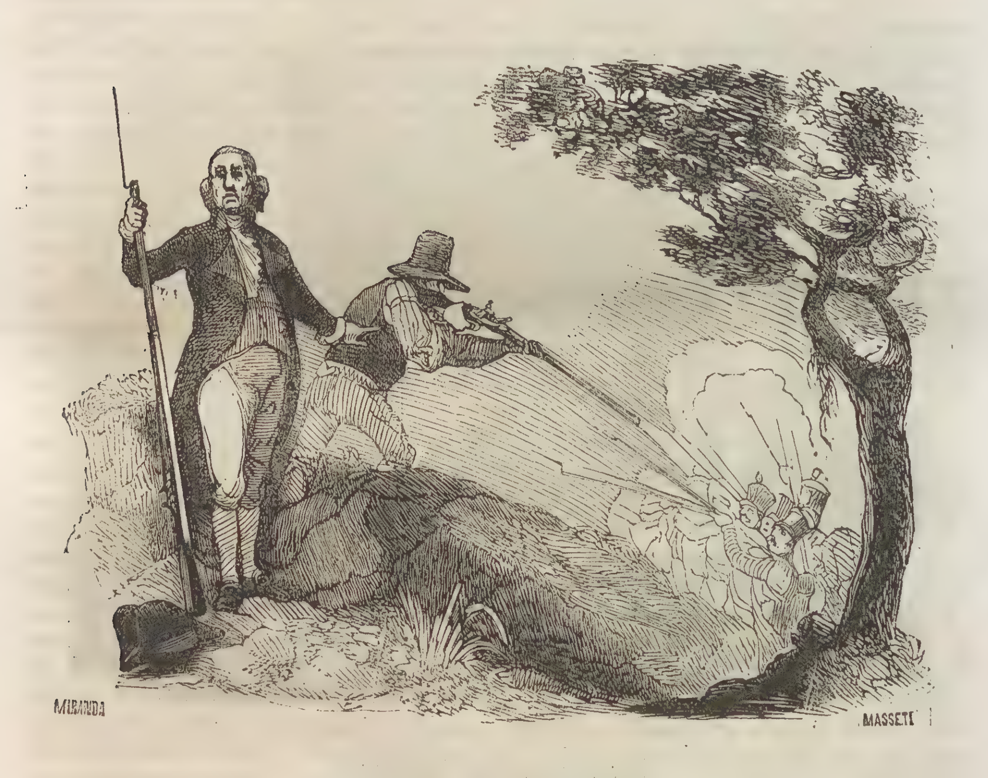
Insurreccion general de las provincias contra los franceses.

Despues de tantos actos de falsedad, de tiranía y de perfidia por parte de Napoleon; de humillacion, desdoro y vilipendio por la de la familia real; de flojedad, abatimiento y cobardía por la de la junta suprema y demas autoridades sumisas al usurpador, era llegada la hora en que el pueblo español ofreciese al mundo el magnífico espectáculo de su insurreccion sacrosanta, de aquella guerra tenaz, vigorosa, sublime, sin ejemplo en los anales de la historia, á no ser en los suyos propios. La noticia del 2 de mayo, esparcida con increible rapidez por toda la estension de la Península, habia llevado el terror y la consternacion hasta sus últimos ángulos, quedando por de pronto la España sumida en el estupor que producen las grandes catástrofes. Bien pronto la voz de venganza anunció la reaccion de los ánimos. El terror que anonada á los débiles reconcentra en los fuertes la ira, y esa ira rebienta despues. La inmensa muchedumbre que se hallaba en Madrid cuando las ejecuciones del 2, se componia en gran parte de los forasteros que habian venido á la capital con motivo de la exaltacion de Fernando, detenidos despues en su recinto por la espectacion angustiosa á que habian dado lugar el viage del jóven monarca y los tristes rumores que corrian. Vista la barbarie inaudita cometida por el gran duque de Berg, abandonaron los transeuntes aquella poblacion desolada, y restituyéndose á sus hogares, contaban los horrores que acababan de presenciar en la heróica villa, la cual se presentaba á la imaginacion como otra nueva Jerusalen llorando la muerte y el cautiverio de sus hijos. Exajerado involuntariamente el relato de la desgracia en fuerza del mismo dolor, lo era tambien á propósito para mas escitar la venganza, contribuyendo Murat á la hipérbole en el mismo sentido, con el designio de desconcertar los proyectos de resistencia redoblando el terror de las gentes. Ese peligroso resorte no correspondió á su esperanza. Recobrados los ánimos españoles de su momentáneo pavor, dieron rienda al furor y á la cólera; y al modo que la barra de metal no se dobla sino para rehacerse despues, así España cedió por algunos momentos al peso de su inmenso conflicto, para levantarse mas fiera, mas incontrastable que nunca. Su energía fue tanto mayor, cuanto mas perseverante habia sido su longanimidad y su paciencia. Las noticias que llegaban de Bayona, y la nueva del último atentado cometido en la régia

familia, hicieron imposible de todo punto el reinado de la usurpacion, no siendo sobre escombros y cadáveres. La formidable lucha que iba á empeñarse era desigual, espantosa; pero el pueblo español no pensó sino en resistir su ignominia; vió el guante que se le arrojaba, y lo alzó. Abierto el Pirineo al paso de las tropas francesas; puesta en sus manos la llave de la dominacion del territorio con la ocupacion de nuestras plazas fronterizas; invadidas las provincias y avasallada la capital; caido el tesoro público en poder del usurpador; falto el pais de organizacion militar; abandonada la nacion á sí misma, sin mas direccion que la que ella pudiera darse..... ¿cómo esperar una resolucion tan unánime, un sacudimiento tan súbito, tan universal, tan sublime, en medio de tantos elementos de desolacion y de muerte? El pueblo no pesó en su balanza los inconvenientes de la lucha. Vió á su rey prisionero en las manos del emperador; violada la fé prometida; sacrificados sus compatriotas; ultrajadas sus leyes; sustituida por la de Napoleon la dinastía de sus monarcas; atacados sus usos y costumbres; su honor escupido y hollado...... La cuestion desde entonces no fué ya puramente política; fué cuestion religiosa y social; fué cuestion de amor propio tambien; cuestion de soberbia y de orgullo; cuestion personal de decoro; cuestion que, afectando á la suerte del pais en masa, cada español la hizo propia, individual, suya solo, sintiendo todo el mundo la herida que aquejaba á la patria como si cada uno de sus hijos la hubiera recibido en su seno. La guerra exigia una voz; la cuestion pedia una fórmula. Ese grito de guerra fue *el rey*; esa fórmula decia *Fernando*; esa voz de *Fernando* encerraba cuanto hay de mas lisonjero en la tierra; independencia, libertad, porvenir, leyes, religion, patria, honra, todo lo significaba y decia.... ¡todo al memenos lo queria decir!!! Desde las montañas de Jaca hasta las columnas de Hércules, desde la Coruña á Valencia, una voz, un acento, un grito solamente se oyó: *¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!*

Fue Asturias la provincia primera en lanzar el grito de muerte contra los opresores de España. Cuna otro tiempo de la independencia nacional, cuando Pelayo se refujió en ella con las imágenes sagradas y con los tristes restos del ejército cristiano vencido en Guadalete, su destino parecia ser ahora tomar la iniciativa en la nueva y tremenda lucha que iba á empezar. D. Alvaro Florez Estrada, gobernador general del Principado, y D. José María Queipo de Llano, vizconde de Matarrosa, mas conocido despues con el nombre de conde de Toreno, autor de la historia á que tantas veces nos hemos referido en el curso de nuestro relato, escaparon de Madrid al otro dia de su catástrofe, y llegaron el 9 de mayo á la ciudad de Oviedo, donde refiriendo las atrocidades de que acababan de ser testigos en la capital de la monarquía, comunicaron al pueblo asturiano la santa indignacion de que se hallaban poseidos. Llegado el mismo dia el sanguinario bando promulgado el 3 por Murat, decidió la audiencia territorial publicarlo, de acuerdo con el gefe militar español, y con arreglo á las órdenes dadas al efecto por el generalísimo francés. El pueblo que vió á la audiencia recorrer las calles con el espresado objeto, se amotinó contra ella y contra el comandante de armas, obligándolos á retirarse á los gritos de *viva Fernando y muera Murat*. Hecho esto, dirijiéronse los amotinados, entre los cuales se distinguian los estudiantes de la universidad, al edificio donde celebraba sus sesiones la junta general del Principado, reunida aquel año por una coincidencia providencial desde el dia 1.° de aquel mes. Aquella corporacion, vista la decision popular, y oido el dictámen de varios de sus miembros, acordó por unanimidad desobedecer las órdenes del usurpador, y sostener su resolucion con las armas. Esta determinacion atrevida heló la sangre en las venas de algunos tímidos, desagradando con particularidad á la audiencia que, compuesta en gran parte de godoistas, no podia aprobar un acuerdo esencialmente contrario á sus intereses. Ocupada entonces en formar causa á unos cuantos asturianos que en 29 de abril anterior habian apedreado en Gijon la casa del cónsul francés por haberse echado desde sus ventanas varios impresos contra los Borbones, era mirada con tédio de parte del pueblo, tanto por esta razon, como por la ya referida de ser la mayo-

ría de sus individuos partidaria del antiguo gobierno. La audiencia trabajó eficazmente en ahogar la insurreccion, procurando aterrar, con la perspectiva de las consecuencias á que se esponian, á algunos individuos de la junta, la cual se vió obligada á contemporizar, suspendiendo el dia 13 la ejecucion de las medidas acordadas el 9. El anciano marques de santa Cruz de Marcenado que presidia la corporacion, alzó entonces su voz respetable, y oponiéndose con patriótica energia á la resolucion acordada, protestó solemnemente contra la paralizacion del movimiento, añadiendo, *que donde hubiera un solo hombre alzado contra Napoleon, tomaria él un fusil y se pondria á su lado.*



El marques de santa Cruz.

Sabedor el gran duque de Berg, por informes secretos de la audiencia, de lo que pasaba en Oviedo, envió al conde del Pinar, consejero de Castilla, y al magistrado poeta D. Juan Melendez Valdés, dándoles la mision de restablecer la tranquilidad, con cuyo objeto los hizo portadores de órdenes ejecutivas que debian comunicar á la audiencia. Una de estas mandaba entregar el mando militar de la provincia al comandante general de la costa Cantábrica D. Crisóstomo de la Llave, disponiendo igualmente que se pusiesen á sus órdenes en Oviedo un batallon de Hibernia existente en Santander, y un escuadron de carabineros que se hallaba en Castilla. Alarmados los comprometidos en los sucesos del 9 con la suerte que les esperaba, y aumentada la irritacion de los ánimos con las últimas noticias de Bayona, resolvieron llevar adelante la suspendida insurreccion, recorriendo en tumulto las calles casi todas las noches, y señalando la del 24, en que debia llegar á Oviedo el nuevo

comandante la Llave, para el levantamiento definitivo. Tomadas las medidas que se consideraron oportunas, aunque no con todo el sigilo que á ser menor el patriotismo hubiera sido posible, designóse la hora de las once de la noche para dar cima á la noble empresa, reuniéndose los patriotas á la señal que para ello debian dar las campanas de la ciudad y pueblos circunvecinos, tocando á rebato. Ese toque se retardó una hora por equivocacion, quedando sobrecojidos de ansiedad los conjurados; pero oyéndose el repique á las doce, acudió cada cual á sus puntos, obedeciendo al grito de la patria. Dirijióse el pueblo á la casa de armas, y con apoyo



Levantamiento de Asturias.

de los oficiales de artillería comprometidos en la conjuracion, se apoderó de cien mil fusiles existentes allí, parte de ellos fabricados en Oviedo, parte hechos trasportar á aquel punto por anteriores órdenes de Godoy. Los patriotas marcharon tras esto á la casa donde estaba alojado la Llave, á quien hicieron preso, mientras otros se dirigian á sacar de las suyas á los individuos de la junta, la cual se reunió en sesion á hora muy avanzada de la noche, y agregándosele otros vocales, declaróse única y suprema autoridad del Principado, siendo nombrado presidente suyo el ya mencionado marqués de santa Cruz, quien quedó encargado igualmente del mando de las armas. Pocas horas despues, á la clara luz del dia siguiente, declaró la junta la guerra á Napoleon, correspondiendo el pueblo á aquel acto sublime y patriótico con repetidos y entusiastas vivas á *Fernando VII*. Dado ya el primer paso, faltaba adoptar las medidas oportunas para no naufragar en la empresa. Decidido el armamento de la provincia y la formacion de un cuerpo de 18,000 hombres, y ha-

biéndose adherido al levantamiento los carabineros reales y soldados de Hibernia que en virtud de las órdenes dadas por Murat se habian trasladado á Oviedo, sacáronse, de entre los últimos, varios oficiales, sargentos y cabos para la organizacion de la fuerza armada que la junta habia decidido levantar. No bastando esto para llenar los cuadros con suficiente número de gefes, se sacaron para oficiales algunos estudiantes de la universidad, echándose mano de otras personas cuyas prendas y particular disposicion las hacian acreedoras á aquella confianza. Los asturianos entretanto se apresuraban á depositar en las arcas públicas cuantiosos donativos, no habiendo sido esto lo que menos contribuyó á poner la provincia en respetable estado de defensa, viéndose en breve el pais de las hayas, de los robles y el brezo erizado de armas por todas partes.

Bello el alzamiento de Asturias por haberse anunciado el primero, fuelo tambien por la circunstancia de no haberse manchado con sangre. Espuestos á morir pocos dias despues el conde del Pinar y Melendez, en union con el comandante la Llave, el coronel de Hibernia, Fitzgerald, y el comandante de carabineros, Ladron de Guevara, opuestos al levantamiento, los cuales habian sido presos cuando estalló la insurreccion definitiva, salvólos del furor de la multitud el canónigo Ahumada cuando ya los tenian atados á los árboles, y al grito de ¡*traidores*! se disponia la plebe á fusilarlos. Agotados por aquel sacerdote inútilmente todos los medios de la persuasion, vino con el sacramento en las manos, y salvó felizmente las víctimas.

Otra de las circunstancias que hicieron importante el levantamiento de Asturias fué la resolucion tomada por su junta de solicitar el auxilio y cooperacion de la Gran Bretaña. Nombrados para entablar las oportunas negociaciones el ya mencionado vizconde de Matarrosa y D. Andrés Angel de la Vega, embarcáronse en Gijon el dia 30 de mayo en un corsario de las islas de Jersey, arribando á Falmouth el 6 de junio, y dirigiéndose en posta á la capital de Inglaterra. Asombrados quedaron los ministros británicos á la nueva del alzamiento asturiano, no acertando apenas á concebir cómo osaba la noble provincia inaugurar una lucha tan desigual contra las numerosas falanges del imperio. Comunicóse el asombro á las cámaras y al pueblo, prorumpiendo todos unánimes en aclamaciones de júbilo y entusiasmo al saber resolucion tan heróica. Decidido Mr. Canning á apoyar la mas santa de las causas, en lo cual estaba tan interesado el provecho particular de la Gran Bretaña como la misma independencia española, manifestó á los diputados, de oficio y en nombre del rey, hallarse S. M. dispuesto á conceder todo género de auxilios á aquella valerosa provincia, haciéndolos estensivos á las demas que se mostrasen animadas del mismo espíritu. A esta declaracion solemne, siguió un abundante envio de municiones, armas, vestuarios y víveres, siendo nombrado para pasar á Asturias el mayor general Dyer, acompañado de dos oficiales. La lucha trabada entre España y la Gran Bretaña durante la mayor parte del reinado de Cárlos IV, cesó definitivamente desde aquellos momentos. La política inglesa se hallaba entonces de acuerdo con los sentimientos de la generosidad y de la justicia.

La tormenta estalló en Santander el dia 26 de mayo, cuando aun no se tenia noticia del levantamiento de Asturias. El desasosiego que se notaba en aquella ciudad habia llamado la atencion del mariscal Bessieres, quien deseoso de prevenir las consecuencias, envió desde Burgos á su ayudante general Mr. de Rigny, con pliegos para el cónsul francés, en los cuales se encargaba al ayuntamiento de Santander la conservacion del órden, sopena de esponer la ciudad á la venganza del estrangero. Esta amenaza aumentó la irritacion en vez de aplacarla, siendo la mas pequeña chispa bastante á producir un incendio. Cierta disputa ocasionada por motivos privados entre un paisano español y otro francés, hizo el dia de la Ascension que se reuniese numeroso concurso en el sitio del debate, y que tomasen parte á favor de su compatriota las gentes que acudieron al ruido, generalizándose la reyerta, y viniendo á parar en tumulto contra los demas franceses avecindados en la poblacion, tocándose á rebato las campanas, y recorriendo los tambores las calles de la ciudad. Armados en un momento multitud de vecinos, dirigiéronse á las casas

de los aborrecidos estrangeros, poblando el aire de vivas á Fernando VII y de mueras á Napoleon y á Rigny. Arrestados los franceses en sus domicilios, observóse con ellos el mayor orden, siendo conducidos al castillo, donde se les puso á cubierto de ulteriores atropellos. El cónsul francés y el ayudante de Bessieres estuvieron



INSURREC[illegible] DE SANTANDER.

mas espuestos á ser víctimas del furor de la multitud; pero protegidos por los oficiales del provincial de Laredo que estaba de guarnicion en Santander, fueron conducidos al castillo en union con los demas, evitando aquellos valientes con su generosidad y su arrojo, escesos que sin su intervencion hubieran tenido lugar. Al dia siguiente declaráronse en junta soberana los individuos del ayuntamiento y otras personas respetables, nombrando presidente á su obispo D. Rafael Menendez de Luarca, el cual estaba á la sazon ausente y no admitió el cargo sino despues de porfiada resistencia. Las prendas del obispo eran grandes, y á ellas debió el nombramiento que en él se hizo; pero erigido en autoridad superior de la provincia, deslucíólas despues con su fanatismo y con el desvanecimiento en que vino á caer, intitulándose regente soberano de Cantábria por Fernando VII, y exijiendo el tratamiento de alteza.

La insurreccion de Santander suponia un arrojo tanto mas notable cuanto mas escasos eran los recursos de la provincia y mayor su proximidad á las tropas francesas, las cuales podian caer sobre ella de un momento á otro. Los naturales fiaron en su valor y en sus montañas, y llegada que fué la noticia del levantamiento de Asturias la santidad de su causa los hizo creerse invencibles. Elevado al grado de capitan ge-

neral el coronel D. Juan Manuel de Velarde, y habiéndose procedido á un alistamiento en toda la provincia para proveer á su pronta defensa, salió el nuevo gefe con 5000 paisanos, en cuyo número se contaban algunos milicianos del provincial de Laredo, y apostóse en Reinosa con ellos y con alguna artillería, mientras su hijo D. Emeterio ocupaba la posicion del Escudo con 2500 hombres del pueblo, quedando apostados en los Tornos otros mil recogidos de varias partidas sueltas. Gente toda sin disciplina y sin organizacion, como levantada de pronto, pero acalorada y valiente y sin ocurrirle siquiera calcular los peligros á que se esponia.

Galicia se alzó el dia 30. Era entonces su capital la Coruña, y el oficial francés Mongat habia pasado á aquella ciudad con la comision de informar al gran duque de Berg acerca de los recursos y tropas existentes en la poblacion y en el resto de la provincia. Hallábanse en aquella sazon notablemente exasperados los ánimos con las noticias venidas de la corte, y esa irritacion se aumentó con la llegada de Mongat y con el imprudente proceder del mariscal de campo D. Francisco Biedma, á cuyo cargo estaba la capitanía general por ausencia de D. Antonio Filangieri. Era Biedma mirado con desafecto por los vecinos de la poblacion y por los mismos militares, quienes notando en él algunas precauciones marcadamente hostiles, teníanle por instrumento de Murat. Rumores exagerados ó diestramente esparcidos hicieron creer al paisanage que se le iba á someter á un alistamiento forzoso para sostener la causa del usurpador, y aun se estendió la voz de que el francés Mongat tenia en su poder millares de esposas destinadas á amarrar á los nuevos conscriptos hasta conducirlos á la frontera. Especie infundada sin duda, mas no por eso menos creida de las sencillas gentes, ni menos capaz de producir en ellas el alarmante efecto que se hace sentir en los sabidos versos del poeta que pocos dias antes acababa de decir, dirijiendo su patriótica voz á los españoles:

¿Pensais que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estimeis: grillos, esposas,
Cadenas son, que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan fuertes brazos (1).

La tropa creyó por su parte que se trataba de separarla de la provincia y de enviarla á Francia llenando con franceses el vacío que dejase en su patria. Llegó en esto á la Coruña un emisario de Asturias con la noticia de su insurreccion y el encargo de escitar el patriotismo de las autoridades gallegas á seguir el mismo ejemplo; mas no pudo ponerse de acuerdo con ellas, por haberle obligado el regente de la audiencia á salir de la capital. Poco despues vino de Leon, con la noticia de otro proyectado alzamiento en esta ciudad, un estudiante de la misma, quien atravesando á caballo las calles de la Coruña con gritos de entusiasmo y de júbilo, se dirigió al mismo magistrado. La contestacion del regente fue apresarle, poniéndole incomunicado en la casa de correos. Reunida la multitud delante de este edificio, y sabido el motivo de aquella prision, murmuró contra el atropello cometido en aquel patriota, manifestándose la mina dispuesta á rebentar de un momento á otro. Puestos de acuerdo secretamente con varios oficiales de la guarnicion los ciudadanos que dirigian el movimiento, y persuadidos de que la tropa los secundaria, resolvieron alzar el grito desde luego, aprovechando la coyuntura que les ofreció un incidente ocurrido el 30 de mayo. Era costumbre anual en este dia celebrar la conmemoracion de San Fernando, poniendo la bandera española en los castillos y baluartes. Este año no apareció la tal bandera, y el pueblo inter-

(1) Quintana: *A España despues de la revolucion de Marzo.*

pretó la omision como estudiada señal de menosprecio al idolatrado monarca cuyo nombre era el mismo del Santo. Acaudillada la multitud por un sillero llamado Sinforiano Lopez, dirijióse al palacio del capitan general, pidiéndole por medio de comisionados que se colocase la bandera en los sitios de costumbre, y se hiciese volver á la ciudad el regimiento de Navarra, á quien se



Pronunciamiento de Galicia.

habia hecho salir para el Ferrol, por haber sospechado Filangieri, cuando se restituyó á la Coruña de órden del gobierno de Madrid, que el tal regimiento se entendia con los conjurados. El general accedió á las peticiones, pero como no por eso se apaciguase el tumulto, se sustrajo á los atropellos que no sin motivo temia, desapareciendo de su casa por una puerta escusada y refugiándose en el convento de Dominicos. Biedma y el coronel Fabro, mas confiados en sí mismos, salieron por la puerta principal, quedando herido el primero y apaleado el segundo por la gente que via en ellos dos partidarios de Godoy, siendo de notar que los soldados no salieron á su defensa, con lo cual acabó de manifestarse la disposicion de la tropa á secundar el movimiento. Mientras tanto habia acudido innumerable paisanage de afuera, y unidos á él los de la ciudad, tomaron el parque y se apoderaron de mas de 40,000 fusiles. Formada una junta en la tarde del mismo dia, dióse la presidencia al capitan general, nombrándose para sustituirle interinamente al mariscal de campo D. Antonio Alcedo. Esta junta convocó luego otra, siguiendo la costumbre establecida para el nombramiento de los siete individuos que componian

la diputacion del reino de Galicia, la cual se renovaba cada seis años. La insurreccion quedó generalizada en toda la provincia; y si bien el conde de Cartaojal y el gefe de escuadra Obregon, quisieron en el Ferrol impedir el levantamiento, hubieron de desistir de su oposicion por la enérgica decision de la tropa y del paisanage. Diéronse inmediamente las disposiciones oportunas para la formacion y organizacion de un ejército, agregando á los cuerpos antiguos los reclutas recientemente enganchados, y creando batallones nuevos, como el llamado Literario, compuesto en su totalidad de estudiantes de la universidad de Santiago. Reunidos despues los diputados elegidos por las siete capitales de la provincia, instaláronse con el nombre de junta soberana de Galicia, agregándosele el patriota obispo de Orense, y el de Tuy, juntamente con D. Andres Garcia, confesor que habia sido de la difunta princesa de Asturias. Para el mayor acierto en la parte administrativa, añadiéronse otros sugetos de conocida inteligencia en sus distintos ramos. El arzobispo de Santiago, D. Rafael Muzquiz, y el ex-ministro de Gracia y Justicia, D. Pedro Acuña, intentaron desbaratar un alzamiento que, como secuaces del antiguo gobierno, miraban con tedio y con ira; pero la firmeza de la junta desbarató sus proyectos. Esta envió á Inglaterra á D. Francisco Sangro con idéntica mision á la que D. Andres de la Vega y el vizconde de Matarrosa habían llevado de Asturias. El entusiasmo del gobierno británico subió á su último punto, vista la celeridad con que cundia el movimiento; y habiendo puesto á disposicion de la junta de Galicia abundantes auxilios, dióle otra prueba de interés y de afecto, poniendo en libertad á varios prisioneros españoles, y enviando á la Coruña á Sir Cárlos Stuart, primer diplomático inglés que con carácter de tal hubo en España despues de nuestro último rompimiento con aquella nacion.

Para ser completamente glorioso el levantamiento de Galicia, no le faltaba otro lauro sino el de haberse evitado en él los escesos que casi siempre acompañan á las grandes agitaciones. Desgraciadamente hubo algunos que empañaron su lustre, señalándose entre todos el asesinato cometido en la persona del capitan general Filangieri, de cuyo triste suceso, ocurrido el 24 de junio, hablaremos en otro capítulo.

Antes que Galicia se alzase, y al mismo tiempo que se trabajaba en Asturias para dar feliz cima á la empresa paralizada desde el dia 9, recibia la causa de la independencia nacional otro de sus mas robustos apoyos en el norte de la Península. Hablamos de la capital de Aragon, de la ínclita y sin par Zaragoza, destinada á reproducir y esceder en los primeros años del siglo XIX los milagros de valor, de tenacidad y heroismo, con que tanto ilustraron su nombre las antiguas Numancia y Sagunto. La profunda impresion que la catástrofe del 2 de mayo habia producido en aquella ciudad, el ánsia con que sus habitantes se agolpaban á la casa de correos á saber qué nuevas traia, el despecho con que, reunidos en los corrillos, se comunicaban las especies que sucesivamente iban adquiriendo, todo indicaba una conflagracion inminente, sin que fuese posible contenerla. Sabido el atentado de Bayona, y no cabiendo ya la menor duda acerca de la arbitrariedad con que Napoleon se erigia en dueño de la nacion española, amotinóse el pueblo el dia 24, á los pocos momentos de la llegada del correo que tan tristes noticias habia traido. Era capitan general de Aragon D. Jorge Juan de Guillelmi, y las gentes desconfiaban de él, tanto por su cualidad de estrangero, como por la persuasion en que estaban de la debilidad con que obedecia las órdenes del intruso. Acaudillada la multitud por el practicante Gonzalez y por los labradores Cerezo, Zamorai, Forces, Grasa, Nuñez y otros, entre los cuales merece señalada mencion el valiente y patriota Ibort, vecino del Arrabal, mas conocido con el nombre del tio Jorge, dirigiéronse todos á la casa del capitan general pidiéndole armas. Guillelmi se resistió á concederlas alegando la inesperiencia de los peticionarios, si bien se manifestó dispuesto á entregarlas á militares. Contestacion como esta no era para dejar satisfecha á una poblacion que, amenazada del enemigo por todas partes y no teniendo tropas á quien confiar su defensa, ella sola era la única que podia bastarse á si

misma. Forzado el general á condescender, fué conducido á la Aljafería, edificio situado al oeste de la ciudad, y que habiendo sido antes palacio de los antiguos re-



ALZAMIENTO DE ZARAGOZA.

yes de Aragon, recibió impropiamente despues el nombre de castillo. Existian en él hasta unos 25,000 fusiles, y la gente no cesaba de gritar, armas, armas. Guillelmi procuró entretener al pueblo con estudiadas dilaciones; pero todo fue en vano. Entregadas á los alcaldes las llaves de la armería, quedaron los fusiles á disposicion del pueblo, verificándose su distribucion con el orden mas admirable. Quiso el general restituirse á su casa; pero se le contestó quedaba allí detenido por su propia seguridad, visto lo cual, y hallándose destituido de apoyo en el ayuntamiento, majistrados y demas autoridades, hizo dimision de su mando en la mañana del dia siguiente. Nombrado para sustituirle interinamente su segundo, el general Mori, congregó este una junta en la mañana del mismo dia; pero poco satisfecho el pueblo con la equívoca conducta del nuevo gefe, y temiendo la aproximacion de un cuerpo francés de 12,000 hombres que se decia haber precipitadamente pasado por Tolosa de Guipuzcoa sin saberse su verdadera direccion, creyó del caso proveer inmediatamente á la primera de sus necesidades, nombrando un general paisano suyo y de toda su confianza.

Hay en las cercanías de Zaragoza una torre ó casa de campo, llamada de Alfranca, y esa torre servia entonces de asilo al brigadier D. José Palafox y Melci, hijo segundo del marques de Lazan, perteneciente á una de las mas antiguas y distinguidas familias de Aragon. Este militar que (segun lo que dejamos dicho en el capítulo II) habia partido á Bayona de orden de su gefe el marques de Castelar, para informar á Fernando VII acerca de lo ocurrido en la entrega de Godoy á las tropas francesas, escapó de aquella ciudad disfrazado de labrador á los primeros dias de mayo, dirigiéndose á Zaragoza, su patria, con el ayudante Butron, compañero suyo en el viaje y en la mision encargada por el marqués. Palafox entró en conferencias con los labradores del Arrabal, y particularmente con el tio Jorge, á fin de acelerar el

alzamiento de la ciudad heróica, y hallando dispuestos los ánimos á arrostrar la empresa, se presentó al general Guillelmi, procurando sagazmente persuadirle que debia armar al pueblo. El general le hizo saber que tenia órdenes de Murat para arrestarle, por las sospechas que á los franceses infundia su desaparicion de Bayona; oido lo cual por Palafox, resolvió permanecer escondido en la dicha casa de campo, aunque sin dejar sus tratos secretos con el paisanage. Falto este de un gefe á quien pudiera entregar confiadamente la defensa de la ciudad y la consolidacion del movimiento, volvió los ojos á su bizarro compatriota, partiendo Jorge Ibort con su gente á la torre de Alfranca, de donde hicieron salir á Palafox y á Butron en la tarde del 25, conduciéndolos á Zaragoza en un coche escoltado por los labradores armados con sus trabucos y escopetas. Entrada la noche se avistó Palafox con Mori, y tuvo con él y con otros sugetos algunas conferencias, las cuales dieron por resultado la reunion del acuerdo en la mañana del 26, al cual concurrió el capitan general interino. Manifestó Palafox haber salido de Bayona llevado del designio de cooperar en Aragon al levantamiento contra las tropas francesas, obedeciendo las insinuaciones que al efecto se le habian hecho en la oprimida corte del jóven monarca; y refiriéndose despues á los deseos del pueblo que ansiaba nombrarle su caudillo, rogó se le libertase de un cargo que otros podrian desempeñar con mas acierto, dejándole á él la sola satisfaccion de sacrificar su vida y sus intereses en obsequio de la patria. La respuesta del acuerdo fue el silencio; pero interrumpido este por los entusiastas gritos del paisanage que esperaba impaciente en la calle el resultado de aquella sesion, y temiéndose un nuevo tumulto sino se accedia á su anhelo, cedió Mori una autoridad que no le era posible sostener. Quedó, pues, Palafox reconocido como suprema autoridad de la provincia, siendo acompañado á su casa por el paisanage con delirantes gritos de entusiasmo. La ambicion de su elegido era santa, y



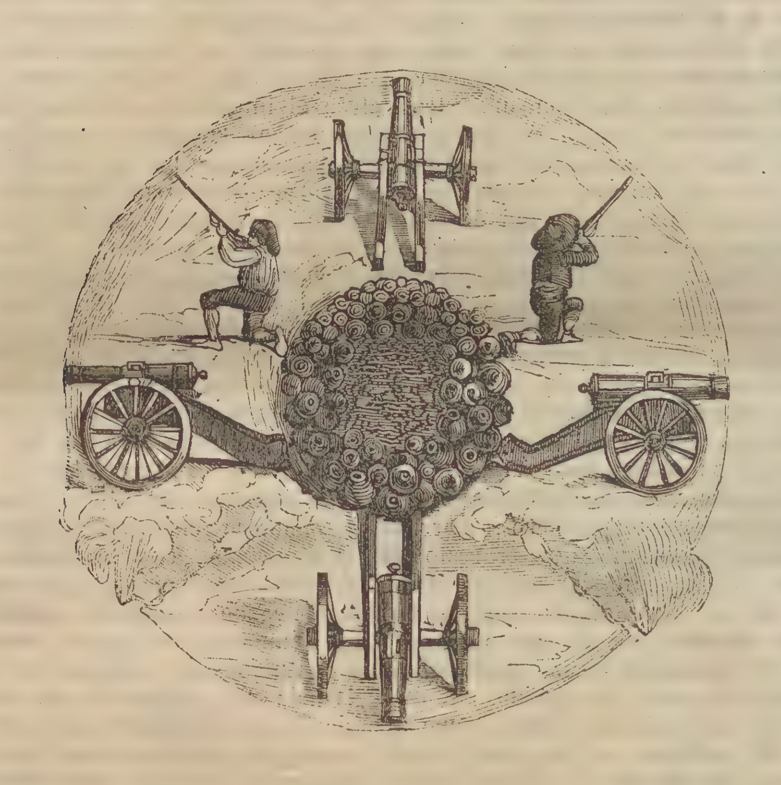
PALAFOX, GENERAL DE ARAGON.

el jóven caudillo supo corresponder dignamente á la confianza con que sus compatriotas le honraron. Nombrado por inspiracion, segun la espresion de un escritor francés, ó por instinto, como diríamos nosotros, justificó el adajio que dice: *vox populi, vox Dei*. Sus conocimientos militares eran en verdad poca cosa, y menos todavía su práctica en los negocios públicos; pero dotado de una alma tan elevada como dócil á las insinuaciones de la esperiencia y del saber ageno, supo rodearse hábilmente de hombres que supliesen con la sabiduría de sus consejos el vacío que en él se echaba de ver bajo ciertos puntos de vista. Fueron sus mentores D. Basilio Boggiero, clérigo de las escuelas Pias, D. Lorenzo Calvo de Rozas, y el oficial de artillería D. Ignacio Lopez, de quienes tendremos ocasion de hablar en el discurso de nuestra narracion. El virtuoso y célebre Jovellanos, cuya prision acababa de ser abierta con motivo de la exaltacion de Fernando VII, llegó á Zaragoza el 27 de mayo viniendo de Mallorca; y apreciando Palafox como debia sus talentos y virtudes, le instó para hacerle quedar á su lado y tener en él un digno consejero que compartiese con los demas la noble y afanosa tarea de arbitrar en la capital aragonesa los medios y recursos mas á propósito para la defensa del pais; pero el ex-ministro anhelaba restituirse á su tierra natal, y esta tenia indudablemente mas derecho que Aragon á servirse de sus luces y esperiencia. Jovellanos permaneció en Zaragoza un solo dia, saliendo el 27, despues de haber tenido el honor de ver escoltado su alojamiento en la posada de los reyes por una seccion de escopeteros, á las órdenes del tio Jorge.

Deseoso Palafox de hacer mas solemne el levantamiento de Zaragoza, convocó á cortes el reino de Aragon, reuniéndose en la capital el dia 9 de Junio los diputados de los cuatro brazos, nueve por el estado eclesiástico, siete por el de nobles, nueve por el de hijos-dalgo, y ocho en representacion de Zaragoza, Tarazona, Jaca, Calatayud, Borja, Teruel, Fraga y Cinco Villas, ciudades de voto en cortes. El nuevo capitan general manifestó á la asamblea las acertadas medidas que para la defensa del reino habia tomado. Las cortes contestaron á su oficio aprobándolo todo, y confirmando á Palafox en su cargo de capitan general. Este habia anunciado en su primera proclama á los aragoneses, dada el 27 de mayo, que *si Aragon en aquellas circunstancias no consentia otros fueros que los suyos, Aragon sabria sostenerlos*; palabras que, rindiendo un justo tributo á las antiguas glorias del primer pais que en Europa fué libre, no por eso argüian la pretension de hacer Zaragoza causa aparte de la del resto de las provincias, siendo el único objeto de Palafox manifestar con tales espresiones su disposicion á acatar la voluntad de sus conciudadanos, marchando por la senda que ellos mismos le designasen. Las cortes hicieron justicia á la moderacion del jóven caudillo, y siguiendo ellas el mismo ejemplo, procedieron á separarse, despues de haber nombrado seis personas que en union con él adoptasen los medios mas convenientes para la defensa del reino. De este modo probó la asamblea la patriótica abnegacion de todos sus individuos y la elevacion de sus miras, dirijidas todas al sosten de la causa comun, sin otro interes por su parte que el general de la gran familia española. El instinto del bien, en pocas partes tan desarrollado como en Aragon, hizo conocer desde luego los inconvenientes que en tan tremenda crísis ocasionaria la reunion permanente de un cuerpo local numeroso y deliberante, y de aquí la concentracion de la autoridad en las seis personas de la junta, ó por decirlo mejor en su presidente Palafox, depositario del poder supremo, como lo era de la noble y honrosa confianza de sus conciudadanos. Los paises mas libres se ven precisados en los grandes peligros á echarse por un tiempo dado en brazos de la dictadura, y Palafox tuvo la envidiable satisfaccion de ejercerla en constante armonía con los sentimientos y la voluntad de sus sometidos, cubriéndose de laureles con ellos, y abriéndose á su frente el camino que conduce á la inmortalidad y á la gloria. Mas adelante veremos los milagros de valor y heroismo que tuvieron lugar en Zaragoza. Los primeros instantes de su alzamiento fueron imponentes, terribles; pero el pueblo zaragozano supo ostentarse en ellos revestido de toda la plenitud de su soberanía sin afrentarla con

el menor esceso. La verdadera fuerza es siempre tolerante y magnánima.

Para ser completa y unánime la insurreccion de las provincias situadas á lo largo de la costa Cantábrica y al pie del Pirineo, faltaban solamente Navarra, las tres provincias Vascongadas y la siempre indomable Cataluña; pero nuestros lectores recordarán que San Sebastian y Pamplona se hallaban en poder del enemigo, sucediendo lo mismo con las plazas de Figueras y de Barcelona, siendo por lo mismo imposible, atendidas estas circunstancias, la pronta creacion de un centro comun que sirviese de apoyo y de punto de partida al simultáneo alzamiento de aque-



llos belicosos españoles. La situacion escepcional en que se hallaban las cuatro primeras provincias, tres de ellas reducidas en estension, abocadas las cuatro á las puertas de la Francia, y cercadas de enemigos por todas partes, pudo retardar en buen hora la esplosion de la ira con que sus naturales miraban el yugo estrangero, mas no impedir el sacudimiento final cuando para ello se les ofreciese ocasion oportuna. Mientras les llegaba su vez, hubieron de limitarse aquellos valientes á proporcionar en secreto auxilios á la insurreccion de sus hermanos, protejiendo y alentando la desercion de los pocos soldados españoles que existian con ellos, y haciendo conocer á los opresores que no tenian seguro otro terreno que el que materialmente ocupaban. Cataluña tendió una mirada á su capital, Barcelona, y no pudiendo esperar de ella la direccion del movimiento, púsose en accion ella misma, rebentando el volcan en los pueblos que, libres del yugo francés, se hallaron en el caso de obedecer al impulso de su aislado arrojo, sin detenerse en calcular los peligros. Dentro de la misma Barcelona, y á la vista del cañon de Monjuich, desgarraron sus moradores con atrevida mano los carteles fijados en las esquinas, en los cuales se proclamaba la exaltacion de la nueva dinastía. Los albo-

rotos del paisanaje ocurridos con este motivo fueron acallados por los franceses posesionados de la ciudad y de todas sus fortalezas; pero su tiro no alcanzaba á domar el belicoso ardor del resto del Principado. Las ciudades de Tortosa y de Lérida alzaron osadas la frente, poniéndose de acuerdo con el jóven caudillo aragonés, y recibiendo la última de mano de este un gobernador que le dió á peticion de su ayuntamiento. Manresa quemó las proclamas y bandos del gobierno de Madrid, y Villafranca de Panades y otros distintos pueblos se aprestaron con igual energía á empuñar las armas. Tarragona se declaró en insurreccion el dia 13 de junio. El gorro catalan fue terrible en algunos puntos, presidiendo al desórden y á la venganza contra algunos sugetos que el pueblo creyó desafectos á la causa nacional. Lunares desgraciadamente inseparables de las grandes conmociones políticas; pero que no por eso hicieron desmerecer el carácter generoso y leal de aquella insurreccion sin ejemplo. Todos los pueblos de Cataluña siguieron unos tras otros el impulso general que arrastraba á los españoles á morir ó vencer por la patria, tardando como cosa de un mes en tener direccion el levantamiento, puesto que no fue sino á los postreros de junio cuando reunidos en junta todos los corregimientos del Principado, quedó la insurreccion centralizada en la ciudad de Lérida, la primera donde el pronunciamiento catalan se presentó organizado, á despecho del general Duhesme que procuró inútilmente desde las primeras conmociones hacerse dueño de aquella plaza, valiéndose del ardid y de la órden en que la degradada junta de Madrid ordenaba su entrega. Cataluña, pues, se alzó toda como las demas provincias de España; pero sucesivamente y por grados: Cataluña era un gigante que sorprendido traidoramente en lo mas profundo del sueño, mueve primero un pie y otro pie, y despues una mano y otra mano, alzando por fin la cabeza, y revolviéndose espantoso en medio de los opresores que por todas partes le cercan y por todas partes le embisten.

La insurreccion de Valencia ofreció dos aspectos distintos; grande, heróico y sublime el primero; horrible y espantoso el segundo. Agitados sus naturales, lo mismo que el resto de la Península, con las noticias del 2 de mayo y de la intriga que se tramaba en Bayona, mantuvieron reconcentrada su ira hasta el 23, en que habiendo llegado á aquella ciudad la *Gaceta* de Madrid del 20 que insertaba las renuncias de la real familia, no hubo ya miramiento ni aguante que contuviese la indignacion general. Reunida la gente del pueblo en una plazuela con objeto de oir la lectura de la mencionada *Gaceta*, que uno de los concurrentes se habia encargado de verificar en voz alta, segun costumbre observada en los dias anteriores, permaneció la muchedumbre silenciosa é inmóvil, hasta que llegando al artículo en que se contenian las mencionadas renuncias, no pudo reprimirse el lector, quien rasgando con furia el papel y comunicando su patriótico furor á la concurrencia, hizo á todos prorumpir en gritos de execracion contra el gefe de la Francia y sus satélites, siendo un pobre vendedor de pajuelas el primero que osó pronunciarse al grito de *viva Fernando y mueran los franceses.* Estendido el eco con la velocidad del rayo hasta los últimos ángulos de la poblacion, y amotinándose el pueblo por todas partes, dirigióse este en inmensa bandada á la casa del capitan general, conde de la Conquista, quien habiendo intentado sosegar con estudiados y apacibles discursos la efervescencia de la muchedumbre, no hizo mas que aumentar leña al fuego y acalorar mas y mas los pechos palpitantes de ira. Las razones del capitan general fueron interpretadas como eco de tibieza y desafeccion á la causa pública, y el pueblo necesitaba un caudillo. Demostróles la necesidad de tenerlo un religioso franciscano, el P. Juan Rico, hombre fecundo, fervoroso y enérgico, idolatrado de la multitud por sus prendas, y uno de los pocos capaces de dirigir y regularizar en aquellos primeros instantes un movimiento tan ocasionado á degenerar en la mas espantosa anarquía. Oida por el pue-

blo la arenga en que tan claramente se le demostraba la necesidad de tener un cabeza, fue elegido por tal el arengante mismo, siendo Rico llevado en hombros á la casa de la real audiencia, sin que le sirviesen de escusa sus reflexiones para exonerarse del cargo. Llegada que fué al punto designado

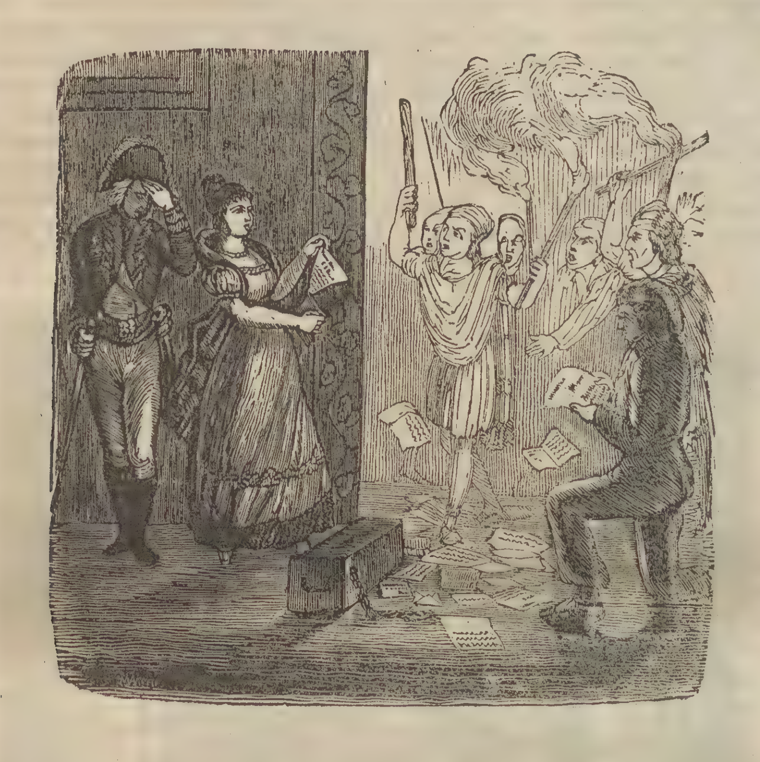


Insurreccion de Valencia.

aquella procesion singular, avistóse el nuevo caudillo con los magistrados, teniendo con ellos una acalorada sesion, en que la negativa del real acuerdo á condescender con los deseos de la muchedumbre y la porfiada insistencia del P. Rico en llevarlos sin dilacion á debido efecto, acabó por dar la victoria á este último, siendo nombrado general en gefe del ejército que debia formarse, el conde de Cervellon, y adoptándose otras providencias con arreglo á las circunstancias. Visto por el de la Conquista y por el acuerdo lo inútil de su oposicion al levantamiento, y obligados á ceder á despecho suyo, desearon ponerse en buen lugar con el gobierno de Madrid, dándole secretamente noticia de la rebelion, y pidiéndole tropas para sofocarla. Conducta cobarde y menguada, que despertó mas de lo que era menester los recelos del pueblo valenciano, uno de los mas bulliciosos de la provincia, influyendo notablemente en los horrores que sucedieron despues. La muchedumbre lo ignoró todo al pronto y se retiró tranquila á sus casas, pasando sin cuidado la noche, mientras el arzobispo procuraba aprovechar las horas de sosiego llamando al P. Rico, y ofreciéndole una suma cuantiosa si abandonaba la empresa que tan patrióticamente acababa de abrazar. Rechazó el sacerdote las seductoras ofertas del prelado, viéndose precisado á guardarse es-

condido hasta la llegada del dia siguiente, en que susurrándose por la ciudad la traicion que se urdia, volvió el pueblo á conmoverse de nuevo. El capitan de Saboya D. Vicente Gonzalez Moreno, tan popular y demócrata entonces, como furibundo absolutista despues, pasó á verse con el P. Rico en la mañana del 24, resultando de su entrevista convenir los dos en el proyecto de enlazar en la causa comun á la tropa y al paisanage, y en el no menos importante de asegurar el levantamiento apoderándose de la ciudadela. Era el plan conducir al pueblo ante la casa del acuerdo pidiendo armas; y como era natural que este contestase que no las habia, por ser realmente así, debia la muchedumbre manifestar desconfianza del dicho, exigiendo para convencerse de la verdad se la dejase registrar la ciudadela, donde se afectaba creer que estaban las armas. Sucedió todo como se esperaba, concediéndose á Rico con otros ocho el permiso de entrar en el fuerte para cerciorarse del hecho; pero entrados que fueron estos, agolpóse el pueblo en su pos, y pasándosele el gobernador con su gente, quedó la ciudadela en poder de los amotinados. Apoderada la insurreccion de un punto tan importante, procedióse el dia siguiente á constituir una junta compuesta de sugetos de todas clases y categorías, despues de haberse declarado con toda solemnidad la guerra á los franceses; circunstancia que acompañaba á todos los alzamientos. El pueblo mientras tanto, ocupado en mirar solamente lo patriótico de su empresa, no habia fijado la atencion en los peligros de que se hallaba rodeado, falto como estaba de armas, municiones y pertrechos. El pueblo, como dice un elocuente escritor, no ve nunca sino un solo objeto á la vez, y de aquí la necesidad de dirijirle. Una casualidad inesperada, hizo que se apresase en el Grao una fragata francesa cargada de plomo, la que huyendo de un corsario inglés que la perseguia, é ignorante del cambio de cosas que acababa de ocurrir en Valencia, vino á guarecerse en sus playas, cayendo de este modo en poder de los patriotas insurreccionados. La ciudad de Cartagena, pronunciada dos dias antes que la capital Edetana, suministró á esta y á todos los puntos de la costa cuanto en ellos se necesitaba. El pueblo estaba loco de contento al verse provisto de armas, y habiéndose sus corifeos puesto de acuerdo con el corsario inglés de que hablamos arriba, dirijieron todo su conato á estrechar la naciente armonía entre las dos naciones.

La escena va á cambiar ahora. Aquel alzamiento sublime y no manchado todavía con ningun delito, estaba destinado á ofrecer el aspecto mas horroroso desde el momento en que se rompiesen los límites que separan al pueblo y al populacho, á la milicia y á la soldadesca, á la insurreccion y al motin. El mismo dia 24 faltó ya muy poco para que la sangre corriese en Valencia con motivo de los siniestros rumores que habian comenzado á esparcirse, relativos á la traicion meditada en silencio por los desafectos á la causa pública. Empeñado el pueblo en que se abriesen las cartas que el correo debia llevar á Madrid, y no siendo posible hacerle desistir de su empeño, fué la balija conducida á casa del conde de Cervellon, donde empezó el registro con atento cuidado. Uno de los pliegos que salieron allí era duplicado del otro que el acuerdo habia enviado á la córte vituperando el alzamiento, disculpándose de lo que habia pasado y pidiendo tropas contra la naciente revolucion. La muerte de los firmantes era cierta si la plebe llegaba á ver claro lo que el tal papel contenia, y conociéndolo asi la hija del conde que estaba presente al escrutinio, hizo pedazos aquel documento espantoso, convirtiéndole en menudos trozos antes que



los amotinados pudiesen leerle. Impávida aquella jóven en medio de la furia que al pronto escitó su atrevida accion en los circunstantes, los impuso con su misma firmeza, no osando la plebe ultrajar á la que de una manera tan decidida osaba cumplir los deberes que la compasion inspira á su sexo. Libre Valencia de una catástrofe, merced á aquel acto instintivo de prevision y de arrojo, no por eso cesó la sospecha, ni se desvanecieron las prevenciones que el pueblo irritado abrigaba. El empeño de la hija del conde en ocultar el papel, decia bastante, aun cuando se ignorasen los autores, que habia una trama siniestra. En semejante estado de cosas, y con tal recelo en los ánimos, la menor sujestion de cualquiera malvado bastaba á estraviar á la multitud, armando su mano del puñal asesino. Uno de los vocales de la junta que acababa de constituirse, D. Miguel de Saavedra, baron de Albalat, era mal visto del pueblo desde que en los tumultos ocurridos en Valencia el año 1801, con motivo del intentado restablecimiento de milicias en esta provincia, mandó el tal baron hacer fuego contra la multitud, la cual se oponia tenazmente á aquella innovacion, segun en el tomo primero de la presente obra tenemos referido. Asustado ahora Saavedra al considerarse blanco del antiguo resentimiento, dejó de asistir á las sesiones de la junta, ausentándose de Valencia con el doble objeto de evitar un atropello, y visitar juntamente á una dama de quien estaba enamorado. El pueblo, que sabia en confuso la existencia de un plan dirijido á ahogar su alzamiento, creyó que el baron era uno de los que tramaban la intriga; y no bien dejó la ciudad, cuando empezó á correr la voz de que habia ido á Madrid á dar cuenta en persona á Murat de lo que pasaba en Valencia. Deseosa la junta de calmar la irritacion con este motivo producida, ordenó al baron su pronto regreso, obedeciendo él la órden inmediatamente, y saliendo del pueblo de Buñol, donde residia su amada, para restituirse á la capital. Quiso la mala estrella de aquel desgraciado que á

tres leguas de Valencia se encontrase en el camino con el correo que venia de Madrid. El pueblo, que se habia adelantado á recibirle, viéndole caminar con el postillon, interpretó aquel incidente como prueba notoria, irrecusable, de lo fundado de sus sospechas. Conducido el baron á Valencia en calidad de preso, y habiendo conseguido llegar sin lesion por una especie de milagro, fué asesinado en la plaza de Santo Domingo, á pesar de los increibles esfuerzos que esponiendo su propia vida hizo el P. Rico para salvarle. La cabeza de aquel desgraciado fue colocada en una pica, y paseada por las calles de la ciudad con espantosos alaridos. Esta escena, comparada por algunos es-



critores á las de la revolucion de Francia, era precursora de otras que debian escederla en ferocidad y en horror. Nosotros reservamos su relato para mas adelante, temerosos de degradar el magnífico cuadro de nuestra insurreccion si lo presentamos ahora.

El levantamiento de la parte oriental de España habia tenido su orígen en el de Cartagena, primera ciudad que dió el grito en aquella costa, declarándose en insurreccion el dia 22. Era entonces aquella ciudad el segundo departamento de la real armada, cuya circunstancia, y la de ser plaza de armas, fortificada con varios castillos, reductos y fuertes, no menos que la de disponer del puerto mejor de España, le daban la importancia consiguiente á su posicion, haciéndola ejercer un ascendiente superior al de la capital sobre toda la provincia de Murcia.

A los motivos de irritacion producida en todas partes por los acontecimientos del 2 de mayo y renuncias de Bayona, se unió allí otra causa que contribuyó á acelerar el alzamiento, y á hacerle preceder al de los demas pueblos de la costa. Hacía ya bastante tiempo que nuestra escuadra de Cartagena habia salido de su puerto al mando del comandante D. Cayetano Valdés, con direccion á las islas Baleares, á fin de pasar desde allí á reunirse con la francesa de Tolon, para hacer levantar el bloqueo que sufrian en Cádiz las dos escuadras combinadas francesa y española. El príncipe de la Paz en los últimos dias de su mando, desconfiando de la buena fé de Napoleon,

habia dado á Valdés órdenes reservadas para que demorase su estancia en Mahon, pretestando vientos contrarios ó peligros por parte de los ingleses. Quejándose despues Bonaparte de aquel retardo, hizo Godoy salir á D. José Justo Salcedo, con la aparente mision, dice, de tomar el mando de la escuadra y de averiguar la conducta de Valdés; pero en la realidad para sosegar el descontento del emperador, dando á Salcedo el rigoroso encargo de no zarpar para Tolon sin nueva órden, obrando de igual modo que Valdés lo habia hecho. Ocurrida la revolucion de Aranjuez, y habiendo variado las circunstancias con las renuncias de Bayona, espidió Murat á Salcedo la órden de realizar inmediatamente su salida por tanto tiempo retardada, y nuestra escuadra iba á perderse si se ejecutaba el mandato. Sabido en Cartagena lo que habia por las gentes que estaban relacionadas con la tripulacion de la tal escuadra, estendióse la alarma por toda la ciudad, cuyos habitantes se declararon en tumulto, obligando al capitan general del departamento á hacer dejacion del mando, y poniendo en su lugar á D. Baltasar Hidalgo de Cisneros. El cónsul de Francia corrió bastante peligro, y se vió precisado á refugiarse en un buque dinamarqués. Nombrado gobernador el marqués de Camarena la Real, y habiéndose erigido en junta algunas personas de distincion, dedicáronse las nuevas autoridades á consolidar el movimiento, alentando á los pueblos de la comarca á seguir el ejemplo de Cartagena. Constituida esta en apoyo de toda la costa, suministró abundantemente pertrechos y armas á cuantas poblaciones las necesitaron, entre ellas á la ciudad de Valencia, como ya tenemos referido. Uno de los primeros cuidados de la junta fue enviar á Mahon al teniente de navío D. José Duelo para impedir la salida de Salcedo, próximo á darse á la vela con su escuadra á consecuencia de la órden de Murat; debiéndose asi á la prevision de aquellos patriotas la conservacion de una armada de que tanto



necesitábamos en la guerra que daba principio. El celo de las nuevas auto-

ridades cartageneras se dirijió con la misma solicitud á evitar excesos; mas no pudo impedir el asesinato del destituido capitan general del departamento, D. Francisco de Borja, muerto violentamente á manos del pueblo el dia 10 de junio.

Los emisarios de Cartagena entraron en Murcia el 24 de mayo dando vivas á Fernando VII, teniendo el placer de ver secundadas sus escitaciones por toda la poblacion, distinguiéndose los estudiantes del célebre colegio de S. Fulgencio, por el entusiasmo y ardor con que fueron los primeros en dar el grito. Reunidos el ayuntamiento, el cabildo y la nobleza, nombraron una junta de diez y seis individuos de los de mas valía en la ciudad, siendo uno de ellos el célebre ministro de Cárlos III y Cárlos IV, conde de Floridablanca. Dióse el mando de las tropas al coronel de milicias, D. Pedro Gonzalez de Llamas, y adoptáronse las medidas oportunas para armar y defender la provincia, no habiéndose tenido que lamentar en ella los escesos que en otras partes, salvo el asesinato del corregidor de Villena y algun otro de los sugetos que el pueblo miraba con ojeriza.

En el alzamiento de España fue el valor uniforme y unánime, sin que el heroismo de los pueblos los diferenciase entre sí como las costumbres y el clima. La llama de la insurreccion prendió en las palmeras del Mediodía con el mismo fervor que en las hayas del Norte, en las flores del jardin de Valencia y en los eriales de Estremadura. «¿Será, dice Byron, que haya la virgen española colgado vanamente de los sauces su guitarra condenada al silencio? Olvidando su sexo hase vestido la cota de malla de los guerreros, y participa de sus peligros, y canta el himno de las batallas. Aquella á quien antes cubria de palidez la vista de una herida, y á quien helaban de terror los lúgubres chillidos de las nocturnas aves, mira ahora á sangre fria el brillo de los sables y la movediza selva de las bayonetas; y tropezando sus pies con los moribundos soldados, se adelanta con el paso de Minerva hasta los sitios á que Marte mismo no osaría llegar (1).» Estas palabras del poeta inglés, citadas tan oportunamente por el autor de la historia de la vida y reinado de Fernando VII de España, cuadran con particularidad á la antigua Bética, á la mórbida y bella Andalucía. Siguiendo nosotros la costa del Mediterráneo, nos limitaremos á hablar del alzamienio de Granada, dejando para despues los de Sevilla, Córdoba y Jaen, sometidas á una sola junta para resistir la opresion. Granada obró por sí sola y con independencia en un principio de toda otra autoridad, que no fuese la suya propia. Llena de inquietud y desasosiego como las demas capitales de España, reprimió esta ciudad su indignacion hasta el 29 de mayo, en que habiendo entrado por sus calles un emisario de Sevilla con pliegos de su junta, y dado el grito de alarma, comenzó á ponerse en movimiento la poblacion cercando al recien venido, y dirigiéndose con él á la casa del capitan general D. Ventura Escalante. Deseoso este de calmar la conmocion que empezaba á notarse, y no sintiendo en su alma el valor necesario para decidirse á adoptar una resolucion decisiva y capaz de satisfacer al pueblo, determinó halagarle al dia siguiente, llevando en triunfo por las calles el retrato de Fernando VII, saliendo él en persona al frente de una ostentosa cabalgata, y limitando á esta demostracion su deferencia á los votos públicos. Estos no podian quedar satisfechos con aquella sola señal, y asi fué que amotinándose el pueblo y dirigiéndose nuevamente á la casa del capitan general, manifestóle sin rodeos su anhelo de que se nombrase una junta, á cuyo cargo estuviese el gobierno de la ciudad y de toda la provincia, como se habia hecho en otras partes. Esta exigencia, hecha en nombre de los habitantes por un monge Gerónimo llamado el P. Puebla, fué acompañada con el clamoreo de los amotinados que pedian armas; visto lo

(1) Byron en su Childe Harold, canto I, estancia LIV, traduccion francesa de Amedeo Pichot.



Levantamiento de Granada.

cual por Escalante, hubo de ceder mal de su grado, procediéndose en consecuencia á la instalacion de la junta, cuya presidencia le fué deferida. La nueva autoridad dió principio á sus funciones, adoptando las oportunas medidas para proceder al armamento, siendo tal el entusiasmo de los granadinos, que fué preciso cerrar el alistamiento y hacer retirar á sus casas una infinidad de individuos, que por su excesivo número no podian tener ingreso en las filas. Todos los pueblos de la provincia rivalizaron con la capital en dar muestras de decision por la causa pública, ofreciendo el paisanage sus vidas por el sosten de la independencia, y acompañando todo el mundo sus promesas con desembolsos en efectivo, presentados espontáneamente y con una profusion estraordinaria. La junta confirió al gobernador de Málaga, D. Teodoro Reding, el mando de los nuevos reclutas, y al brigadier D. Francisco Abadía, el cargo de instruirlos y disciplinarlos. D. Francisco Martinez de la Rosa, jóven aventajado en aquella época, y catedrático por oposicion á los 20 años de edad, mereció que Granada le confiase la comision de ir á Gibraltar á participar al gobernador inglés la nueva de su alzamiento. El enviado cumplió con su encargo, consiguiendo un auxilio de armas y pertrechos de guerra, que le fueron facilitados en aquella plaza y en la de Aljeciras. Obtenidos estos recursos, formóse una division respetable que, al mando del ya mencionado Reding, pudo hallarse desde luego en el caso de cooperar á la comun defensa, secundando los patrióticos esfuerzos de las demas provincias andaluzas.

El encono popular sacrificó en Granada al antiguo gobernador de Málaga, D. Pedro Trujillo, hecho arrestar por la junta con el solo objeto de protejerle. Igual suerte sufrieron el correjidor de Velez Málaga y D. Bernabé Portillo, victimas del furor de la multitud, instigada por algunos malévolos. Un fraile llamado Roldan, procuraba incitar á la plebe á cometer nuevos atentados; pero estos no tuvieron lugar, gracias á la firmeza de la junta y al modo misterioso y terrible con que juzgó del caso restablecer el órden público. Achacábase á tres negros el asesinato de Trujillo, y una mañana amanecieron los tres colgados en la horca, despues de habérseles quitado la vida en la cárcel. Los autores de los otros dos asesinatos fueron ajusticiados tambien,

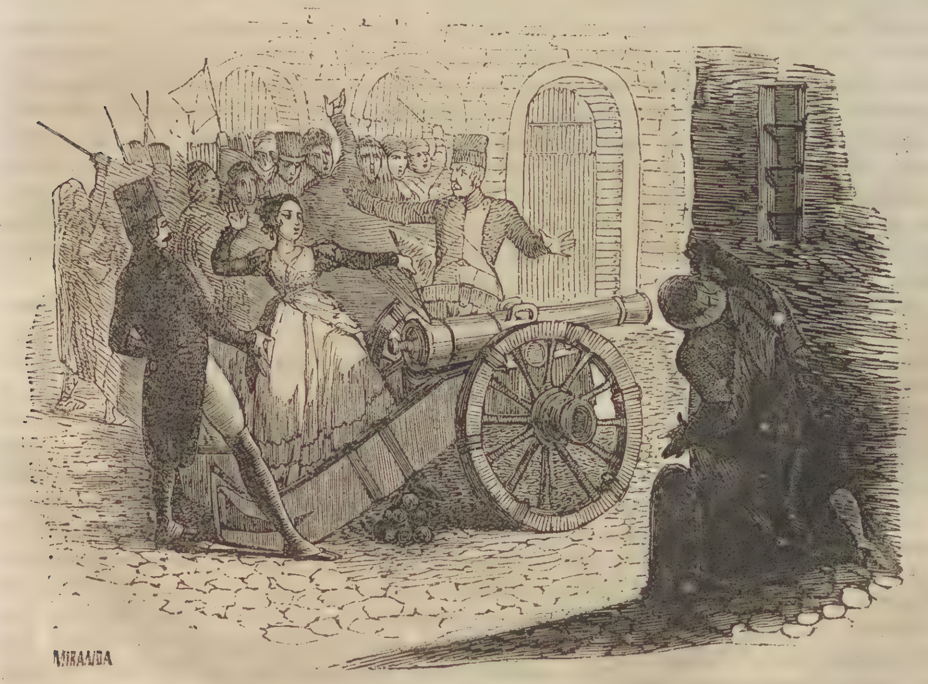
siendo colgados en el patíbulo nueve de ellos, cubiertas con un velo sus cabezas, para hacer asi mas profunda la impresion de aquel espantoso espectáculo. El fraile Roldan fue enviado á presidio.



EJECUCIONES EN GRANADA.

La nueva del sangriento 2 de mayo se supo en Badajoz el dia 4 por conducto del alcalde de Móstoles, de cuyo personage hablaremos en otro lugar, viéndose en breve toda la provincia de Estremadura, situada al Occidente de España, agitada convulsivamente al mismo tiempo que el Mediodía. El conde de la Torre del Fresno, gobernador y capitan general de la provincia estremeña, notando la fermentacion del paisanage y de la tropa que guarnecia la capital, quiso corresponder dignamente al aviso que acababa de recibir; y avistándose con el general Solano, gefe de las tropas españolas que habian vuelto de Portugal, convocaron á junta á las autoridades principales, dando una proclama contra los franceses con fecha del 5, y resolviendo que las tropas estuviesen dispuestas para acudir, si fuese preciso, al socorro de la capital del reino. Al mismo tiempo fue enviado á Lisboa el segundo teniente de guardias walonas, ayudante del marqués de Coupigni, D. Federico Moretti, con la comision de enterar al general Carrafa de la alevosía francesa, poniéndose de acuerdo con él para idear los medios de salvar las tropas españolas que á las órdenes de Junot continuaban todavía en Portugal. Otros comisionados partieron igualmente á Madrid y á Sevilla, siendo tan ejecutivas las disposiciones adoptadas, que no parecia sino que Badajoz queria ser la primera en alzarse contra aquellos franceses, á quienes un hijo suyo habia tan imprudentemente abierto las puertas del pais en el funesto y para siempre célebre tratado de Fontainebleau. Así sucediera sin duda, á continuar los gefes militares en su primer propósito de secundar los deseos del pueblo tan patriótica y osadamente como habia comenzado á verificarlo. Recibiéronse, empero, noticias de haberse restablecido la tranquilidad en la corte, cuya circunstancia, y la de haber dirijido Murat á Solano el oficio en que le or-

denaba encargarse nuevamente de la capitanía general de Andalucía, hicieron que aquel gefe mirase las cosas de otro modo, cambiando repentinamente de conducta, ora fuese porque considerára imposible la resistencia á Napoleon, como nosotros creemos, ora porque le halagára la idea de medrar á la sombra del gobierno francés y de la nueva dinastía, como otros escritores han dicho. Solano partió á su destino, y Torre del Fresno, en quien las noticias últimas habian producido un cambio análogo, resolvió declararse contra el alzamiento que habia intentado promover, decidiéndose por la causa del intruso con tanta energía, como pocos dias antes acababa de desplegar en sentido contrario. Semejante mudanza fué en él hija de un yerro de cálculo, mas bien que de traicion propiamente dicha. Muchos españoles ilustres creyeron impolítica aquella guerra, y Torre del Fresno, lo mismo que Solano, participó desgraciadamente de esta persuasion poco justa. Como quiera que sea, Badajoz se vió contrariada en su ardiente deseo de alzar el pendon nacional tan pronto como habia pensado; pero si el cambio de sus autoridades bastaba á retardar el movimiento, no por eso era fácil que pudiese extinguir una fermentacion tan violenta. Algunos patriotas, entre los cuales se contaba el despues diputado y ministro D. José María Calatrava, promovian por bajo de mano el frustrado levantamiento, disponiendo poco á poco las cosas y señalando el momento de la explosion para los primeros de junio. El pueblo estremeño se anticipó á los deseos de sus directores, y un incidente casual, análogo al de la Coruña, produjo el anhelado rompimiento. Era el dia 30 de mayo, y como se observase que Torre del Fresno no ordenaba hacer salvas ni enarbolar la bandera de costumbre en el dia de S. Fernando, acudieron las gentes á la muralla, deseosas de saber el motivo de tan chocante omision. Una muger audaz se dirige á los artilleros, y echándoles en cara la inaccion en que estan, arrebata furiosa una mecha, y al grito de *viva el rey*, la aplica al oido de un cañon. Oirse el estampido,



Alzamiento de Badajoz.

seguir los demas que debian constituir la salva, y ponerse en movimiento la

poblacion entera de Badajoz, fué todo uno. Deseoso Torre del Fresno de apaciguar el alboroto, no consiguió con sus palabras sino irritar mas y mas el furor del pueblo, quien viendo llegar un postillon con pliegos, y creyendo al gefe militar en tratos con los enemigos, acometen su casa llamándole traidor, síguenle cuando ven que ha desaparecido, y alcanzándole en un cuerpo de guardia, acaban con él la soldadesca y el populacho, arrastrando despues su cadáver. Nombrado por aclamacion del pueblo para suceder al desgraciado Torre del Fresno, el brigadier, gefe de la escuadra de artillería, D. José Galluzo, á quien se dió el nombramiento de teniente general, adoptó las disposiciones oportunas para poner la plaza en estado de defensa contra toda tentativa del enemigo, situado á corta distancia, en Yelves y en el Alentejo, á las órdenes del general Kellermann en número de 10,000 hombres, siendo solos 500 los soldados que guarnecian á Badajoz. El cargo de gobernador de la plaza fué conferido al teniente rey D. Juan Gregorio Mancio. Formada una junta de veinte personas, denominada superior de Estremadura, concedió un grado sobre los que tenian á todos los militares residentes en Badajoz, agraciándose á otros con grados dobles y con varios honores y mercedes, cuya profusion era evidentemente contraria á lo que en aquellas circunstancias exigia la causa pública. La mayor parte de estos nombramientos fueron debidos al capricho del capitan D. Ramon Gavilanes, que habiendo venido de Sevilla á poner en conocimiento de las autoridades el levantamiento de aquella ciudad, pretendió erigirse en supremo dictador de los estremeños, ejerciendo sobre ellos una autoridad ilimitada y despótica. Los abusos de su poder fueron tales, que la junta se avergonzó de su debilidad en haberlos consentido, volviendo finalmente por su decoro, y dando fin á tan lamentables escesos. Tras esto procedió al nombramiento de otra nueva junta, compuesta de los sugetos mas principales de la capital, de los partidos y de varias corporaciones. A fines de junio contaba ya Estremadura con un ejército de 20,000 hombres, que obstruyendo la comunicacion de los franceses que ocupaban al Alentejo, con los que se hallaban posesionados de la Mancha, paralizó sus operaciones durante algun tiempo, sin que les fuese dado entenderse para invadir á Estremadura ni para avanzar hácia las Andalucías, cuya metrópoli desplegaba en aquellos momentos el poder insurreccional mas formidable. Tales fueron las importantes consecuencias del atrevido levantamiento de Badajoz, siendo de lamentar que una insurreccion tan heróica y que tanta magnanimidad suponia, se viese empañada con el asesinato de Torre del Fresno, y con otros dos ocurridos en Plasencia y los Santos. El órden por lo demas fué admirable.

Si Badajoz desplegó un heroismo y una osadía nada comunes, declarándose en insurreccion contra enemigos situados casi tocando á sus puertas, la audácia de Leon, provincia contigua á la de Estremadura, y llana y abierta al acometimiento en su mayor parte, no es menos acreedora á la distincion y al elogio. Declararse contra el enemigo en posicion tan desventajosa, era en sus habitantes lo mismo que votarse á una muerte probable, á una ruina casi segura; pero el patriotismo de los leoneses no les consintió vacilar. Cuando Cárlos IV confirió al gran duque de Berg la lugartenencia general del reino y la presidencia de la junta de Madrid, quiso el intendente de la ciudad de Leon publicar solemnemente en su recinto el decreto del anciano monarca; pero habiéndose alborotado el pueblo, no osó aquel funcionario llevar adelante su propósito, quedando desde entonces la provincia entregada á sí misma, sin reconocer un solo instante la autoridad del intruso. Verificado el último levantamiento de Asturias, cobró nuevo brio en Leon el entusiasmo de sus habitantes, erigiéndose una junta compuesta de individuos del ayuntamiento y otras personas, despues de haber recibido de Asturias un auxilio de 800 hombres.

Fué presidente de la junta nombrada el gobernador militar de la provincia D. Manuel Castañon, succediéndole en el cargo á los pocos dias el capitan general D. Antonio Valdés, ministro de marina en otro tiempo, y uno de los pocos que habiendo sido designados para componer la diputacion de Bayona, resistieron sancionar con su voto la usurpacion del estrangero. Asturias prosiguió suministrando recursos á la ciudad pronunciada, dando esta principio al armamento con las municiones, fusiles y pertrechos que le fueron enviados. El entusiasmo era general, y á nadie arredraban obstáculos de ninguna especie. Aquel pronunciamiento tenia sin embargo un opositor, y opositor de cuenta, el capitan general residente en Valladolid, D. Gregorio de la Cuesta, á cuyo cargo estaba el mando militar de los reinos de Leon y de Castilla la Vieja. Este gefe, á quien hemos tenido ocasion de nombrar al hablar de nuestras campañas en la guerra contra la república, era un anciano respetable y patriota, adherido sinceramente á la causa nacional, en cuyo obsequio habia rehusado el vireinato de Méjico, que los franceses quisieron conferirle para atraerle á su partido (1). Militar y hombre de gobierno, era opuesto inflexiblemente á todo lo que no fuese subordinacion y disciplina, siendo contrario á los levantamientos populares por mas justa que fuera la causa, y por mas decidido que se hallase á sacrificarse por ella. Temiendo las consecuencias á que dan lugar los tumultos, habia resuelto evitar en el vasto distrito de su mando que el pueblo alzase la cabeza, no siendo por orden suya y cuando él lo determinase; pero el instinto popular conocia las circunstancias mejor que su gefe, y sabia bien lo mucho que peligraba la salvacion de la patria en esa nulidad á que este queria reducir las masas, cuando lo único que entonces cabia era moralizarlas y dirigir su empuje. La opinion es la reina del mundo, y es tiempo perdido pretender contrarestarla cuando es decidida. Leon se habia levantado á pesar de Cuesta; Santander habia hecho otro tanto dias antes, y Valladolid se decidió á verificarlo tambien, venciendo resueltamente cuantos obstáculos pudiera oponer la autoridad militar. Un dia de los últimos de mayo alzóse á las puertas de la casa del capitan general inmensa y confusa gritería, pidiendo el pueblo desde la calle se le armase inmediatamente para combatir en defensa de la patria. Asomóse Cuesta al balcon, y arengando desde él á los amotinados, les aconsejó que se retirasen á sus casas y no turbasen la tranquilidad. Reproducida la peticion por los sublevados, y continuando Cuesta inflexible, creyó el pueblo oportuno renunciar al papel de suplicante y ostentar la actitud de soberano, levantando tumultuosamente el patíbulo contra todo el que se atreviera á oponerse á su voluntad. No habiendo medio entre acceder á las exigencias populares y subir desde luego al cadalso, la eleccion no podia ser dudosa; y Cuesta acce-

(1) Dicha dignidad fué ofrecida igualmente al general Castaños, como dice Toreno, pero este general prefirió la gloria de sacrificarse por su patria á la ignominia de venderla al estrangero, despreciando sus dones lo mismo que Cuesta. La historia de aquellos tiempos ofrece numerosos rasgos de lealtad y patriotismo análogos á los dos referidos, rasgos que no es posible mencionar sino en globo, atendida la índole de una obra en que con mucho sentimiento nuestro nos vemos precisados á omitir infinidad de nombres propios que darian motivo á largos encomios en historias particulares.

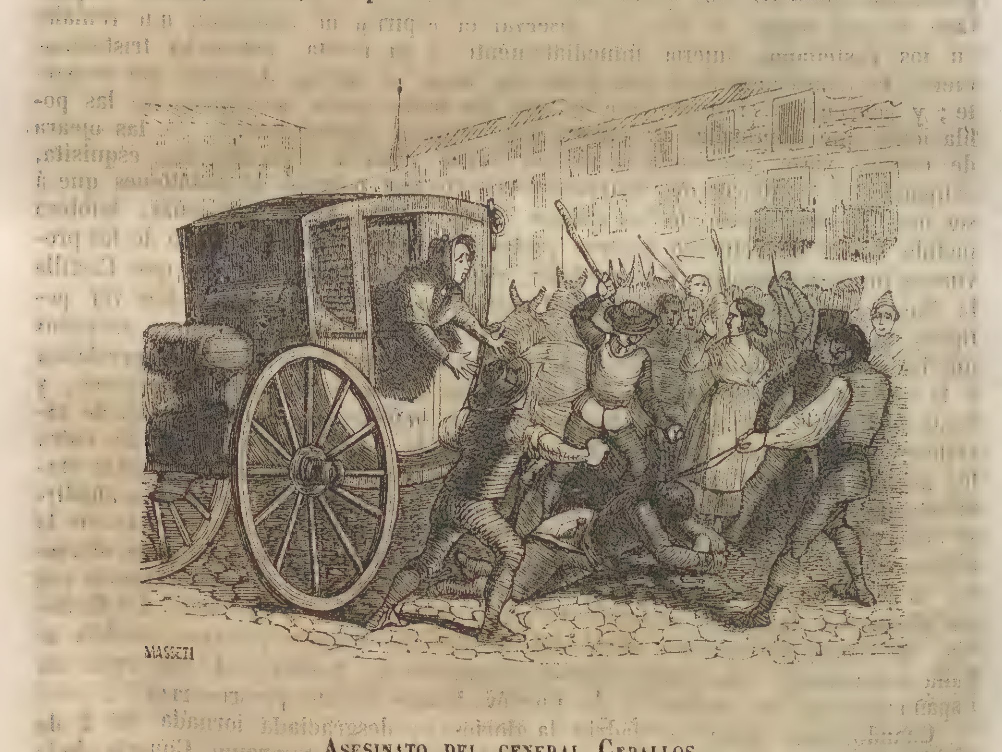


Pronunciamiento de Valladolid.

dió finalmente, congregando una junta suprema de gobierno en Valladolid, y permitiendo la formacion de otras de armamento y defensa en las ciudades de su jurisdiccion donde habia intendente, aunque reservándose la direccion suprema de los negocios, ó al menos la inspeccion de todas las providencias emanadas de las tales juntas, sin consentirles el ejercicio de la autoridad soberana con la ilimitada amplitud que en la mayor parte de las provincias insurreccionadas habia tenido lugar. Entretanto cooperó eficazmente al alistamiento y organizacion de un nuevo ejército, sacando armas y pertrechos de Zamora y Ciudad-Rodrigo, y enviando á pedir municiones y artillería á Segovia.

El levantamiento de Valladolid fué un estímulo para que la insurreccion acabara de generalizarse en todas las poblaciones que en los reinos de Leon y Castilla la Vieja no se hallaban ocupadas por el enemigo. Fernando VII fué proclamado en algunas partes á vista de los campamentos franceses, rayando en frenesí el entusiasmo, y la decision en temeridad. Tal aconteció en Logroño, cuyos habitantes, abandonados á sí mismos y sin calcular los peligros que la imprudente esplosion de su ardiente patriotismo podria acarrearles, lanzaron con valor un grito de guerra que el general Verdier sofocó facilmente saliendo de Vitoria con dos batallones, á cuya pericia no pudo resistir la inesperiencia del paisanage riojano. Ocupada Logroño en los primeros dias de junio por el enemigo irritado, hubo allí un número considerable de víctimas, inmoladas unas en el campo de batalla, y fusiladas otras como promovedoras de la sublevacion. La ciudad de Segovia fué atacada al propio tiempo por una columna que, al mando del general Frere, fué enviada por Murat para apagar la insurreccion en aquel punto. Confiados los habitan-

tes en su parque de artillería, contestaron á cañonazos á la intimacion de rendirse que les hizo el enemigo; pero faltos de tropa, y no contando para su defensa sino paisanos mal armados y sin disciplina, su resistencia no podia ser de larga duracion. Frere entró en Segovia el 7 de junio, consiguiendo fugarse de la ciudad el director de la escuela de artillería, mariscal de campo don Miguel Ceballos, á quien siguieron sus alumnos con algunos oficiales y soldados, dirigiéndose todos con 4 piezas de campaña á la ciudad de Valladolid, huyendo del enemigo y esperando poder combatirle á las órdenes de Cuesta. Ageno Ceballos de la catástrofe que le esperaba, creia ser recibido en la capital de Castilla la Vieja con los brazos abiertos; pero habiéndole precedido en su marcha la noticia de la rendicion de Segovia, y atribuyendo el pueblo el desastre á premeditada traicion de aquel gefe, condujéronle preso á Valladolid, siendo acometido en una de sus calles á los pocos momentos de entrar, y asesinado por último inhumanamente á los ojos de su misma esposa, cuyas lágrimas no pudieron impedir que el cadáver fuese arrastrado por las calles y arrojado al rio por último. Entre todas las víctimas del furor



Asesinato del general Ceballos.

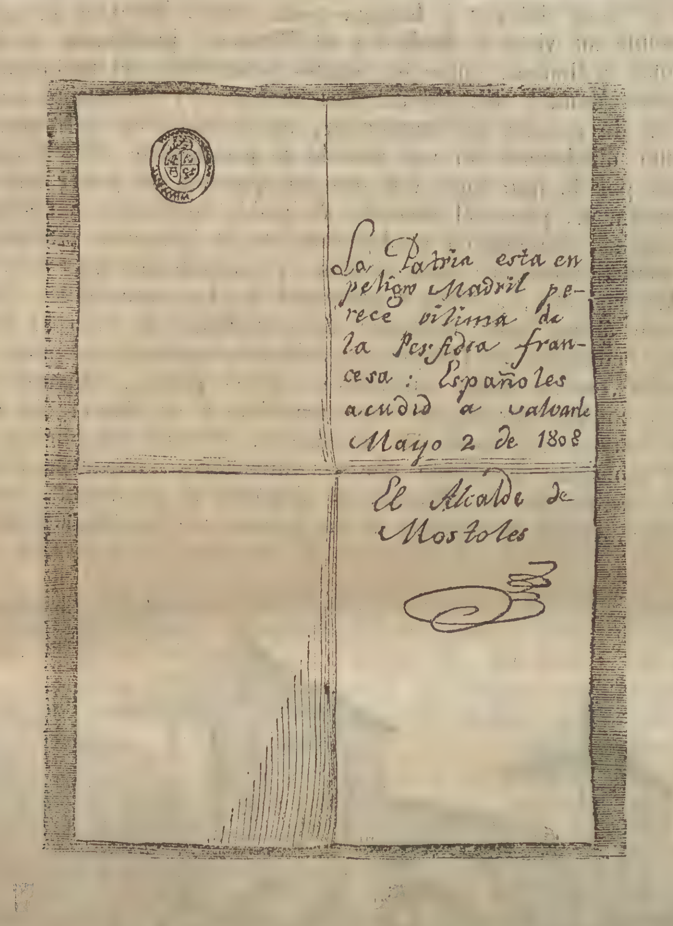
popular en aquellos dias, ninguna lo fué mas injustamente que esta, ninguna vertió una sangre mas pura ni mas inmaculada que Ceballos. En tan horrible trance, y viendo el crudo pago que á su patriotismo se daba, «perdónalos, padre (podia decir como Jesucristo en la cruz): mis verdugos no saben lo que hacen.»

Este asesinato y otros varios, tales como el de Ordoñez en Palencia, el de Ariza en Ciudad Rodrigo, y el del correjidor de Madrigal en este último pueblo, justifican la severidad de Cuesta en hacer las menos concesiones posibles á un vulgo tan espuesto á estraviarse; pero como la autoridad mi-

litar hubiera hecho muy poco sin la imponente actitud del pueblo, resultó de la pugna entre ambos verse el general obligado á ceder lo preciso para que su obstinacion no dejenerase en perjudicial á la causa pública, pudiendo la plebe quedar bastante contenida en sus desmanes con el resto de firmeza que aquel gefe conservó todavía, descartando de su inflexible carácter lo que era exagerado y caprichoso.

Imposibilitada Castilla la Nueva de tomar en la insurreccion la parte activa que otras provincias libres del yugo francés, bastaríale para su gloria la sola circunstancia de haber puesto el reino en conflagracion con su inmortal 2 de mayo, si no hubiera añadido á los lauros de aquella jornada el de auxiliar secretamente, venciendo inmemorables obstáculos, el heróico alzamiento de los españoles, alentándolos con proclamas, fomentando y favoreciendo la desercion de nuestros militares por entre las apiñadas falanges de Murat, interceptando las comunicaciones del enemigo, aprovechando el menor descuido de los ejércitos franceses para acometer aisladamente á sus soldados, y prestando otros servicios eternamente acreedores á la gratitud nacional. Espantado el gran duque de Berg al observar el espíritu de oposicion que reinaba en los castellanos sujetos inmediatamente á su férula, calculaba tristísimamente las consecuencias á que podia dar lugar el menor descuido por su parte; y convencido íntimamente de que en tanto podia ser dueño de las poblaciones que dominaba en cuanto las ocupara materialmente, ó las ojeara de cerca, víase precisado á ejercer sobre ellas la vijilancia mas esquisita, ocupando en la guarda del usurpado territorio una porcion de batallones que á ser otra la disposicion de los ánimos en el centro de la Península, hubiera podido enviar de refuerzo á otras partes con grave peligro y apuro de las provincias insurreccionadas. Ese cuidado, esa contínua inquietud con que Castilla la Nueva fraccionaba la atencion del gran duque de Berg, haciéndole ver peligros en el rádio de su misma residencia, fué uno de los mayores servicios que las provincias inmediatamente agrupadas en torno de la metrópoli prestaron á la causa pública. Todos los dias desertaban de las principales poblaciones, y hasta de Madrid mismo, soldados patriotas á quienes devoraba el ánsia de sacrificarse en defensa del pais, los cuales se le deslizaban á Murat de entre las manos como por encanto, cuando mas sujetos creia tenerlos. A estas manifestaciones del espíritu público en la tropa y el paisanage, pudieran añadirse otros rasgos de patriotismo, los cuales ejercieron marcada influencia en la noble actitud de las provincias. Nosotros nos limitaremos á hablar de uno solo, al cual se debió en gran parte el acaloramiento y la perseverancia con que abrazaron desde un principio la causa nacional las poblaciones del Mediodía. Hablamos del célebre oficio del alcalde de Móstoles, cuya anécdota se halla íntimamente relacionada con el alzamiento de Sevilla, el solo reino de España que con los de Jaen y de Córdova hemos dejado por recorrer.

Cuando tenia lugar en Madrid la gloriosa y desgraciada jornada del 2 de mayo, hallábase en el pueblo arriba citado el fiscal del Supremo Consejo de la Guerra y secretario del Almirantazgo, don Juan Perez Villamil. Llegada allí la noticia del trabado combate entre las tropas de Murat y los madrileños, y exajerados los desastres por las personas que habian conseguido escapar de la refriega, invitó Villamil al alcalde á comunicar inmediatamente aquel acontecimiento á las provincias meridionales de España, únicas á quienes con menos riesgo de ser interceptado el pliego por los franceses podian dirigirse. El alcalde no se hizo remiso, y escribiendo al del pueblo mas cercano, para que este lo comunicase á su vecino y asi sucesivamente, estendióse la alarma hasta los confines de España en el Occidente y el Sur con una rapidez increible. El oficio corrió de mano en mano, y decia así:



Estas palabras alarmantes llegaron à Badajoz el dia 4, como en su lugar hemos dicho, produciendo en aquella ciudad la violenta conmocion que tenemos referida, y que secundada en un principio por las autoridades, fué despues combatida por ellas para salir airosa por último el memorable dia de San Fernando. Alarmada Sevilla en los mismos términos con la llegada de aquella nueva que el administrador de correos de Talavera cuidó de trasmitir á una multitud de pueblos, reuniéronse apresuradamente los concejales á deliberar sobre la nueva situacion, y notando la indignacion del pueblo, próxima á estallar, creyeron oportuno pensar en los medios de adelantarse á la esplosion dirigiéndola, reclutando gente y tomando todas las medidas necesarias para armar y defender la provincia. Este pensamiento patriótico quedó sin embargo en proyecto, porque habiendo espedido la junta de Madrid órdenes á todas partes con el fin de calmar la efervescencia que la noticia del 2 de mayo debia necesariamente ocasionar, creyeron del caso las autoridades sevillanas contemporizar con el enemigo, al menos durante algun tiempo, evitando á la capital andaluza los desastres que en ella pudieran ocurrir si á imitacion de la corte se declaraba en ella un alzamiento prematuro ó mal preparado. Contenido este por la prudencia ó por el cálculo en las clases superiores, quedó paralizado igualmente en el pueblo, no ya por temor ó por efecto de combinaciones mentales que el vulgo no se toma nunca el trabajo de hacer, sino porque estando abocada la España á nuevos y ruidosos acontecimientos, hallábanse embargados los ánimos con la espectativa del des-

enlace que el viaje del rey á Bayona podia tener. Mientras el pueblo dirijia alternativamente su vista á Madrid y al Pirineo, juntábanse á deliberar algunos patriotas ardientes, entre los cuales sobresalian el turbulento conde de Tilly, el padre Manuel Gil, de clérigos menores, y un recien venido á Sevilla con el fin de ponerla en conmocion, apellidado Tap y Nuñez. Seguros de que el pueblo obedeceria su voz cuando se proclamase el alzamiento, no lo estaban tanto por lo que toca á la ocasion oportuna de poner sus designios en práctica. Esperaron, pues, el instante de poder sublevarse en sazon; y mientras esta llegaba, fomentaron cuidadosamente la irritacion pública, arengando al pueblo contra nuestros caros aliados, y encendiendo mas y mas cada dia las enconadas pasiones, á vista y paciencia de las autoridades, faltas de resolucion y de ánimo para contener á los agitadores. Vino al fin la noticia oficial de las renuncias de Bayona, y subiendo entonces de punto la exacerbacion popular, como habia sucedido en todas partes, conviniéronse Tap y Tilly con sus compañeros en dar cima completa á su plan el dia de la Ascension, 26 de mayo, á la hora del anochecer. Reunido el pueblo tumultuosamente en el momento designado por sus directores, encaminóse con algunos soldados del regimiento de Olivenza al depósito de artillería y almacenes de pólvora, consiguiendo apoderarse de las armas con facilidad y sin desgracia,



PRONUNCIAMIENTO DE SEVILLA.

merced á la aquiescencia de la caballería enviada para impedirlo. Vista por la nobleza y por los propietarios la imponente y decidida actitud del pueblo, juzgaron, y juzgaron bien, que debian unirse al movimiento para dirijirlo. Reunidas las turbas de nuevo en la mañana del dia siguiente, y habiéndose apoderado de la casa del ayuntamiento, abandonada por este la víspera para trasladarse al Hospital de la Sangre, como sitio mas desembarazado para deliberar, formóse una junta suprema, compuesta de veintitres individuos pertenecientes al estado eclesiástico secular y regular, á la audiencia, á la

nobleza y al pueblo, entrando en ella tambien los generales residentes en la ciudad y algunos individuos del comercio. El ex-ministro de Cárlos IV, D. Francisco Saavedra, que se hallaba desterrado en Puerto-Real desde su caida, fué honrado con el cargo de presidente de la nueva junta, confiriéndose la vice-presidencia al arzobispo de Laodicea, coadministrador del arzobispado. El resto de los vocales componianlo personas de notable influencia en el pueblo, ora por su posicion y riquezas, ora por la veneracion y el afecto con que se las miraba, siendo una de las mas notables el antes mencionado padre Gil, que encerrado por via de correccion en un convento de Sevilla, á consecuencia de la conspiracion de que hemos dado noticia en el capítulo VIII del tomo primero, y ejerciendo un ascendiente singular en las masas por su elocuencia y por considerársele víctima de Godoy, no se descuidó en tomar parte en el movimiento, trabajando desde la oscuridad de su celda, en union con los demas agitadores, para llevarlo á feliz y cumplido término. Repartidos los cargos y afanes del gobierno entre los individuos de la junta, con arreglo á la índole, circunstancias y disposicion de cada vocal, adoptó desde luego aquella corporacion el título de junta suprema de España é Indias, con el tratamiento de Alteza; denominacion que desagradó á las demas, y que hubiera podido dar pié á colisiones de fatal consecuencia, á no haberse prescindido en las demas provincias de toda consideracion que no fuese la de sacrificarse en obsequio de la patria.

La resolucion de la junta sevillana al adoptar un título tan arrogante, no fué hija de vana ostentacion, ni menos del designio de humillar á sus compañeras; fuélo de la persuasion en que estaba de que nadie con mas oportunidad que ella podia centralizar y dirigir la insurreccion de toda España en provecho de la causa comun. Rica y opulenta Sevilla, y con una poblacion de 90,000 almas, era la primera ciudad del reino despues de Madrid y Barcelona, avasalladas por el enemigo, añadiendo á estas ventajas la de hallarse alejada del Pirineo y en contacto ó vecindad con los cuerpos de tropas españolas existentes en pié todavía dentro de su territorio; circunstancias todas que añadidas á las de tener á su espalda el departamento de marina de la isla de Leon y la plaza de Cádiz, la única fundería de cañones de bronce española en su recinto, y el célebre Peñon de Gibraltar, con cuyo gobernador podia avenirse, en los confines de su jurisdiccion, la hacian á propósito para constituirse en núcleo y punto de reunion de los patrióticos esfuerzos de las demas provincias. La junta suprema de España é Indias aprovechó su posicion y su influencia con actividad admirable, enviando correos al capitan general de la provincia de Cádiz, al comandante general del campo de San Roque, y á las ciudades de Córdova, Granada, Jaen, Badajoz y otras, poniendo en su conocimiento la insurreccion sevillana, é invitando á unos y á otras á agruparse á su alrededor uniéndose á la misma causa. No contenta con esto, despachó buques ligeros á las islas Canarias y á América; envió comisionados á los Algarves y al Alentejo para reclamar el apoyo del pueblo portugués; felicitó á la villa de Madrid por su heróica tentativa de sacudir el yugo estrangero; dirigió una alocucion á los franceses, manifestándoles la afrenta que caeria sobre ellos y la culpabilidad de que se harian reos á los ojos de la posteridad, si oprimian una nacion generosa, sirviendo á un tirano que no siendo de raza francesa les habia quitado sus leyes y su libertad; prometió acojer en sus filas á los italianos, alemanes, polacos y suizos, si abandonaban las banderas del opresor de Europa; mandó hacer rogativas públicas estraordinarias en todas las iglesias; hizo cerrar los teatros á causa del luto de la patria; ordenó la libertad de los criminales que yacian en las cárceles, esceptuando á los reos de lesa magestad divina ó humana; dió una amnistía á los desertores del ejército de tierra y mar, y á los contrabandistas que en el término de ocho dias se presentasen á tomar las armas;

ordenó en todas las poblaciones de 2000 vecinos para arriba la formacion de juntas subalternas compuestas de seis vocales, bajo cuya inspeccion debian continuar en el ejercicio de sus funciones las demas autoridades constituidas; y dispuso el alistamiento de todos los mozos de 16 á 45 años á cargo de las juntas espresadas, ó de los ayuntamientos de los pueblos donde no las hubiese, debiendo subvenirse á los gastos por medio de contribuciones voluntarias, y recurrir en su defecto á empréstitos forzosos, ó á repartos entre los vecinos. Aumentóse un real de paga á los soldados de linea, señalándose cuatro reales diarios, ademas de la racion de pan, á los que se alistasen voluntariamente. Las compañías que se formasen con los nuevos reclutas debian mantenerse á espensas de sus pueblos y disciplinarse para la guerra hasta tanto que la junta suprema dispusiese de ellos; y como quiera que los trabajos de la agricultura y de la cosecha próxima pudieran resentirse del estado en que se hallaban las cosas, la junta de Sevilla ordenó que no se interrumpiesen las faenas del campo por llevar á efecto la leva. Los pueblos correspondieron á los desvelos de la junta con su patriotismo sin límites, con una decision la mas grande, y con donativos de inmensa cuantía, ofreciendo gustosos sus vidas y haciendas en el altar de la patria.

Una actividad como aquella, secundada tan espontánea y enérgicamente por las poblaciones, debia producir resultados de consecuencia. El dia 6 de junio declaró la junta suprema, en nombre de Fernando VII y de la nacion española, la guerra á Napoleon y á la Francia por tierra y mar, protestando



Declaracion de guerra á la Francia.

solemnemente que no dejaria las armas de la mano hasta que el emperador restituyese á España su rey en union con los demas individuos de la régia familia, quedando el pais restablecido en su libertad, en su integridad y en su independencia. Tras esto dirigió al pais un escrito, en el cual indicó las me-

didas que era necesario adoptar para combatir con fruto al enemigo, aconsejando evitar acciones generales; acometer á los contrarios por medio de partidas sueltas; no dejarles descansar un momento; estar siempre sobre sus flancos y retaguardia; fatigarlos con el hambre, interceptando sus convoyes y destruyendo sus almacenes; cortarles toda comunicacion entre Portugal y España, y entre España y Francia; atrincherar todos los puntos que por su naturaleza eran fuertes, y aprovechar, en fin, todos los accidentes que en su terreno ofrece la Península para la defensa, con sus rios, torrentes y cadenas de montañas que por todas partes la cruzan. Tales fueron los consejos de aquella corporacion, y tal el sistema de guerra que se siguió despues, dándonos al fin la victoria sobre los vencedores del mundo. La junta concluia observando que lejos de haber jamás la Francia reinado sobre nosotros, habíamosla nosotros dominado, no ya por la superchería, sino por la fuerza de las armas. Encárguense, añadía, hombres instruidos de ilustrar la opinion en las provincias sobre el charlatanismo de las gacetas francesas, y sobre el abatimiento de los que en Madrid se han votado al yugo estrangero: cuídese de hacer entender y persuadir á la nacion que libres, como esperamos, de esta cruel guerra á que nos han forzado los franceses, y puestos en tranquilidad y restituido al trono nuestro rey y señor Fernando VII, *bajo él y por él se convocarán cortes, se reformarán los abusos y se establecerán las leyes que el tiempo y la esperiencia dicten para el público bien y felicidad*; cosas que sabemos hacer los españoles, que las hemos hecho con otros pueblos, sin necesidad de que vengan los franceses á enseñárnoslo.

Dedúzcase de aquí, dice con razon el conde de Toreno, si fué un fanatismo ciego y brutal el verdadero móvil de la gloriosa insurreccion de España, como han querido persuadir los estrangeros interesados ó indignos hijos de su propio suelo. Dedúzcase de aquí (añadiremos nosotros) el verdadero carácter de la época en aquel asombroso alzamiento: la independencia en primer lugar; la libertad y la reforma en segundo: independencia que debia reconquistar el pais como primera condicion de su existencia; libertad y reforma que el rey nos otorgaria despues, restituido que fuese al trono de sus mayores, merced al heroismo nacional.

La insurreccion de Sevilla se habia verificado con el órden mas admirable, no habiendo tenido que lamentarse en medio de aquella conmocion sino el asesinato del conde del Aguila, procurador mayor del ayuntamiento, por injustas sospechas de traicion, ó por efecto de siniestra ojeriza personal, como es mas creible. Cádiz iba á ofrecer otra víctima. Enviado á esta ciudad por la junta de Sevilla el oficial de artillería, conde de Teba, llegó en ocasion en que los habitantes se hallaban notablemente alarmados con la conducta del general Solano, que habiendo salido de Badajoz para desempeñar en Cádiz las funciones de capitan general de Andalucía, con arreglo á las órdenes de Murat, se oponia con la misma tenacidad que en la capital de Estremadura á todo rompimiento con los franceses. Hablábasele de combatir á los enemigos, y *hélos allí*, contestaba él, señalando los navíos ingleses que se vian delante del puerto. Sabido oficialmente el levantamiento de la metrópoli andaluza, y acosado Solano para que imitase su ejemplo, reunió consejo de generales, en el cual se acordó dar un bando en que desaprobándose la insurreccion como temeraria, se accedía no obstante á formar un alistamiento. De este modo pensaban Solano y los once que firmaban con él conciliar su forzosa deferencia á las peticiones del pueblo gaditano con la obediencia prometida á Murat. El general hizo publicar el bando de noche á voz de pregon, con hachas encendidas y de una manera ostentosa. Irritados los habitantes con el estudiado y capcioso lenguage del manifiesto, dirigiéronse en tumulto á casa de Solano, pidiendo á gritos la guerra á los franceses. La decidida actitud de la muchedumbre impuso al capitan general, quien no pudiendo resis-

tir sus exigencias, prometió poner en ejecucion lo que se le pedia, reuniendo al efecto un nuevo consejo de generales para la mañana siguiente. Hízolo así en efecto, resultando de la junta la determinacion de condescender con los deseos del pueblo. Este mientras tanto habia continuado en tumulto desde la víspera, soltando una porcion de presos, allanando la casa del cónsul francés, el cual consiguió, despues de graves peligros, salvarse en su escuadra, y apoderándose de las armas que se hallaban en el parque de artillería, empresa que la muchedumbre realizó con facilidad, apoyada en la connivencia de la tropa. Era deseo general proceder inmediatamente á embestir la escuadra francesa, y como se digese al pueblo no ser esto posible con la precipitacion que él quería, por hallarse nuestras naves unidas todavía á las del enemigo y espuestas por consiguiente á recibir los mismos daños que las de este, entrevióse en aquella observacion el proyecto de ganar tiempo en perjuicio de la causa nacional. Embravecida la multitud, y mas irritada que nunca, se dirigió de nuevo á la casa del general con siniestra y horrible gritería. Era esto á las cuatro de la tarde del 29, hora en que Solano estaba comiendo. La guardia se negó á dar entrada á aquella turba furiosa, permitiéndole solo diputar tres comisionados para hablar con el general. Uno de ellos, cuyo rostro era muy parecido al de este, se asomó al balcon con objeto de hablar á la muchedumbre. Creyendo los amotinados ver en él á Solano, redobló sus gritos, visto lo cual por el comisionado y no pudiendo hacerse oir, comenzó á hacer señas indicando al pueblo su equivocacion y demandando silencio. Ciega la multitud en tomarle por el general, interpretó sus señas y ademanes como otras tantas negativas á la peticion de guerra, bramando de rabia los mas acalorados y haciendo fuego contra la casa, á la cual apuntaron un cañon que trageron del parque. Refujióse la guardia dentro del edificio; mas las puertas fueron hechas pedazos, y el pueblo lo inundó muy en breve. El general Solano, que habia conseguido huir por la azotea y refujiarse en la casa del banquero irlandes Strange, vecino y amigo suyo, encontróse en ella con un ex-novicio de la Cartuja de Jerez, llamado Olaecha, quien puesto entonces al frente de los amotinados, y sospechando que la víctima buscaría su asilo en la casa en cuestion, se habia adelantado á su entrada por otro camino. Indignado Solano al verse delante aquel hombre, agarróle del brazo y encerróle en un pasadizo, ayudándole el comandante Creach. El cartujo quería escaparse, y no pudiendo verificarlo sino lanzándose al patio, hízolo asi por una claraboya, no faltando quien crea haber sido Solano mismo quien le precipitó de aquella altura (1). Olaecha caido en el suelo y rota una pierna, señala con el dedo el lugar donde ha sido sorprendido, y en el cual se refugia el que todos apellidan traidor. Enfurecida la muchedumbre se dirige á los últimos pisos, y buscando á Solano por todas partes, consigue finalmente dar con él en el sitio en que estaba escondido. Vanamente la dueña de la casa se esfuerza por salvar á la víctima. Herida aquella generosa señora, y habiendo sido inútiles todos los ruegos, apodérase la plebe del objeto de su furor, y arrancándole de aquella guarida, salen todos á la calle con él, anunciando con gritos espantosos que van á colgarle en la horca. Solano en tan terrible trance hacia contrastar su valor con la furia de sus

(1) Tal es la opinion de algunas personas á quienes hemos consultado sobre aquel acontecimiento, y tal es tambien el aserto de Foy, el cual dice terminantemente que habiendo *un obrero* seguido á Solano, le agarró este y le lanzó á la calle. Este obrero debió ser Olaecha, toda vez que segun los informes que hemos podido adquirir sobre aquel suceso, no hubo mas caida que la suya, de la cual murió poco tiempo despues.



enemigos, mostrando una serenidad admirable y aquella elevacion de alma que tanto le caracterizaba en los momentos críticos. El propósito de los asesinos de ahorcar al desgraciado no pudo tener efecto, pues antes de llegar al sitio designado cayó el general bajo los golpes de la chusma, dando fin á su larga agonía. Catástrofe espantosa y tremenda, con la cual espió horriblemente el delito de haber creido imposible la resistencia al emperador. En dias de revuelta y peligro califican los pueblos de crímen la excesiva prudencia, y el fanatismo patriótico la castiga de muerte. El pueblo gaditano confirió el mando vacante, á consecuencia de aquel asesinato, al teniente general D. Tomas de Morla, que habiendo ocho años antes salvado á Cádiz de los ingleses, aspiraba ahora á merecer el mismo lauro combatiendo al emperador. Morla hizo jurar el 31 de mayo á Fernando VII, cuyo acto se verificó con la mayor solemnidad, presenciándolo el conde de Teba y D. Eusebio de Herrera, comisionados de la junta de Sevilla. Esta ratificó el nombramiento del nuevo capitan general de la provincia de Cádiz, y la junta que se estableció en dicha ciudad se declaró dependiente de la de Sevilla.

El pronunciamiento andaluz adquiria un punto de apoyo formidable con la cooperacion gaditana, cuya primer consecuencia fué la rendicion de la escuadra francesa al mando del contra-almirante Rosily, como diremos en otro capítulo. Córdoba y Jaen, unidas igualmente á Sevilla, crearon lo mismo que Cádiz juntas dependientes de la Suprema de España é Indias, siendo Granada la única provincia andaluza que no reconoció su autoridad, creyendo mas conveniente obrar aparte y dirigirse por sí sola. Formado con actividad extraordinaria el alistamiento del paisanage comprendido en el territorio de su vasta jurisdiccion, dió la junta de Sevilla el mando de todo el ejército al teniente general D. Francisco Javier Castaños, que habiendo sido requerido por

Murat para unirse á la causa del intruso, prefirió decidirse por la nacional, sometiéndose á la junta sevillana con 9,000 hombres de tropas regladas que tenia á sus órdenes como comandante del campo de San Roque, suceso que llenó de alegria á los patriotas andaluces, y con el cual recibió la causa nacional un refuerzo de inmensa trascendencia en aquella crisis terrible. Castaños se habia puesto en comunicacion con el gobernador de Gibraltar Dalrymple, solicitando la cooperacion inglesa en favor de la independencia española, mientras Martinez de la Rosa hacia otro tanto en nombre de la junta de Granada. Vacilante el gefe inglés entre decidirse á favor del enviado granadino y otro comisionado que le habia precedido de parte de la junta de Sevilla, adoptó la resolucion de reconocer á esta como cabeza principal del levantamiento andaluz, sin perjuicio de enviar á Granada los recursos de que hemos hecho mencion, intentando asi conciliar su deferencia á los deseos de ambas juntas con la necesidad de establecer la unidad posible en las operaciones del Mediodia, erigiéndose para todas ellas una sola cabeza en vez de dos. Dalrymple en tanto y el almirante Collingwood ofrecieron su apoyo á la junta sevillana, manifestándose dispuestos á auxiliar la insurreccion, no solo con armas y pertrechos de guerra sino con soldados tambien. Esta promesa, hecha por ambos gefes bajo la suposicion de que seria aprobada por su gobierno, fuélo en efecto á los pocos dias, ordenándose al general Spencer auxiliar con 5,000 hombres las operaciones de la junta de Sevilla. El vizconde de Matarrosa y demas comisionados del Norte de España que continuaban en Londres, habian conseguido en toda su plenitud el objeto de su mision. El gobierno británico atendió á la vez á Asturias, á Galicia, á Vizcaya, á Cataluña, á la Andalucía, á todo. Los insulares nos habian declarado la guerra, mas que por efecto de ódio, por nuestra alianza con los franceses, sus eternos rivales: rotas ahora las hostilidades con estos, la escena debia cambiar completamente. Nuestra lucha con la Gran Bretaña habia cesado de hecho desde la primera noticia que se tuvo en Londres acerca de la insurreccion asturiana: un mes despues quedaron oficialmente reconocidas por el gobierno inglés las relaciones de paz entre ambos paises. Los comisarios de Jorge III, al prorogar el parlamento el dia 4 de julio, anunciaron á las cámaras la resolucion que S. M. habia tomado de ayudar con todas sus fuerzas á los españoles en la noble lucha en que estaban empeñados. El entusiasmo inglés fué sin límites. La guerra que la Gran Bretaña estaba haciendo desde 1793 la habia reducido á la defensiva, sin esperanza de tomar otra actitud en mucho tiempo. El levantamiento de España mudaba el estado de las cosas del modo mas satisfatorio para ella: el plan de Napoleon, reducido á invadir las islas británicas sometida que fuese la Península, quedaba minado por su base desde la insurreccion de esta; y libre de ese temor la Inglaterra, podia tomar la ofensiva, decidiendo á su favor en los campos españoles aquella sangrienta contienda. Los comisionados españoles cerca de aquella nacion, aceptaron cuantos auxilios de armas, provisiones y dinero les fueron ofrecidos; pero nunca pidieron soldados. *Hombres,* decian ellos, *no hacen falta en nuestro pais*, y tenian mucha razon.

Sublevadas contra el enemigo todas las provincias de España, con la sola escepcion de las poblaciones y distritos inmediatamente ocupados por el ejército francés, acabó de coronarse la obra del patriotismo con la insurreccion de las islas Baleares, verificada en los últimos dias de mayo; acontecimiento que nos valió la conservacion de nuestras naves surtas en el puerto de Mahon, 10,000 hombres de tropa reglada, y un estribo seguro donde poder apoyarnos si la guerra producia reveses que nos obligasen á buscar un asilo en aquellos lugares. Mas adelante secundaron las islas Canarias el grito nacional de la Península, ofreciéndonos otro punto de apoyo, aunque remoto, y al cual afortunadamente no hubo necesidad de recurrir.

Todo presentaba el cuadro mas lisongero; todo nos halagaba á últimos de mayo y principios de junio de 1808 con la grata esperanza de poder resistir con éxito las formidables huestes del usurpador. Una decision tan espontánea, un levantamiento tan unánime, un entusiasmo tan universal y ferviente, no era posible que pudieran desvanecerse sin producir resultados. Habia un peligro, no obstante, y era la circunstancia de hallarse sometido el Portugal á las tropas francesas, habiendo nosotros contribuido á forjar su yugo con la inícua cooperacion que el degradado gobierno de Cárlos IV nos habia obligado á prestar para la ocupacion y despojo de aquel reino. La enemistad y antipatía con que los portugueses habian siempre mirado á la España no tenia en la época á que nos referimos sino motivos para subir de punto; y á haber sido el emperador mas advertido, hubiera podido fomentar en el Occidente de la Península un principio de desunion, que desarrollado oportunamente, nos habria sido fatal. La suerte quiso afortunadamente que el que habia sido ciego respecto á nosotros, lo fuese tambien en los asuntos del reino lusitano. Constante Napoleon en su sistema de despreciar los pueblos situados al otro lado del Pirineo, y creyendo que para doblegarlos á su yugo bastaba la fuerza material, siguió con los portugueses una política igualmente equivocada que con nosotros; y los que en un principio nos miraban con mas animosidad y mas tédio que á él, acabaron por reconciliársenos, haciendo la debida distincion entre los españoles y su gobierno. Un pais de tres millones de habitantes no debió nunca ser gravado, como lo fué Portugal, con una contribucion de cien millones de francos, sin contar los dos millones de cruzados que, segun tenemos dicho en el tomo primero, se le habian tambien exigido. Las quinas lusitanas no debieron tampoco caer del modo deshonroso que se verificó, haciendo Junot sucederles la bandera tricolor y las águilas invasoras, sin conservar á los portugueses una sola señal de lo que antiguamente habian sido. El consejo de gobierno nombrado por el príncipe regente durante su ausencia, era en febrero de 1808 lo único nacional que les quedaba, y ese consejo fué abolido tambien, sustituyendo Junot su autoridad á la de un cuerpo que hubiera ganado mucho en conservar sometido, aun cuando solo fuese por considerarle el pais como delegado del príncipe legítimo. De este modo fué herida la nacionalidad portugesa con la misma falta de miramiento que despues lo fué la de España. La índole peculiar de nuestra obra no nos permite estendernos en detalladas observaciones relativas á otro pais que no sea el nuestro; pero no siéndonos posible prescindir enteramente de las que dicen relacion á Portugal, diremos lo que consideremos absolutamente preciso para comprender la conexion de ambas causas y el deplorable uso que de su mal entendida ambicion hizo Bonaparte en uno y en otro pais. Los errores de una cabeza tan bien organizada como la del emperador, merecen la pena de ser considerados bajo todos sus puntos de vista; y los cometidos en Portugal estan demasiado relacionados con el buen éxito de nuestra insurreccion para que puedan ser pasados por alto.

Deseoso Junot de conservar su conquista, y soñando con la idea de ceñirse la corona lusitana, habia puesto en práctica todos los medios mas á propósito para hacer infructuosa en los portugueses toda tentativa de levantamiento. Fortificados los alrededores de Lisboa para tener en respeto á la capital, y diseminadas las tropas portuguesas en diversas partes del reino para fraccionar su union y su fuerza, hizolas despues de haber sido reducidas á menos partir para Francia, al mando del marqués de Alorne, libertándose asi de unos cuerpos que, aunque escasos en número, podian secundar un alzamiento si la furia popular llegaba á romper.

Varios gefes del antiguo ejército portugués se prestaron con gusto á servir bajo las banderas de Napoleon; pero los soldados y la generalidad de los oficiales no participaban del mismo espíritu, y asi fué que de los nueve

ó diez mil hombres que componian el ejército reformado por Alorne, desertaron la mayor parte al pasar por España, no consiguiendo el emperador reunir en Bayona sino tres mil doscientos cuarenta. La reforma hecha por el marques habia desagradado á los oficiales antiguos, retirándose á sus casas mas de la mitad de ellos, unos por efecto de patriotismo, otros por no haber obtenido los empleos que se prometian. Junot mientras tanto tenia conseguido su objeto, que era reducir á la nada el ejército portugués, privándole de existencia militar en su territorio y diseminando á los descontentos.

Nombrado gobernador general del reino sometido, habia el general francés cuidado de centralizar en su mano todos los resortes del poder y de la administracion, erigiéndose en déspota de los portugueses, ni mas ni menos que despues lo hizo Murat con los españoles. Desconfiando de nuestras tropas que no le eran aliadas sino en el nombre, y sospechando de ellas tanto mas cuanto menos dispuesto estaba (segun las instrucciones de Bonaparte) á cumplir el tratado de Fontainebleau, habian sus recelos subido de punto en los meses de febrero y de marzo. Cuando á los primeros de este mes revolvía Godoy en su mente el proyecto de retirarse á las Andalucías con la familia real, ordenó á los generales españoles que estaban en Portugal se restituyesen á España con sus tropas. Solano lo verificó con las suyas, y entró en Badajoz; pero habiendo ocurrido la revolucion de Aranjuez y subido al trono Fernando, las tropas de Carraffa, acantonadas en Lisboa, no tuvieron tiempo para realizar su traslacion, por haberse dado contraorden de parte del nuevo gobierno. Los soldados que, á las órdenes del general Taranco, muerto el 18 de enero, se habian acantonado en Oporto, comenzaron á pasar el Miño en virtud de las órdenes de Godoy; pero habiéndoles llegado la contraorden espresada, volvieron á entrar en Oporto, continuando Solano en Badajoz, por no haber creido Junot oportuno hacerle volver, contentándose con que le enviase cuatro de sus batallones, los cuales fueron destinados á Setubal. Pocos dias despues ocurrió la salida de Fernando para Bayona, seguida de la traslacion de Godoy, Cárlos IV y María Luisa á la misma ciudad. La espectacion en que los españoles quedaron aquellos dias con tantos motivos de alarma, coincidió en Portugal con la noticia que poco antes habia comenzado á cundir entre sus naturales, de que Napoleon pensaba fijar su suerte dándoles un rey liberal que unos creian seria Luciano Bonaparte; otros el príncipe Eugenio, virey de Italia; otros el mariscal Lannes, y otros finalmente Junot, que á la circunstancia de estar nombrado gobernador general del reino, añadia mas recientemente la de haberle conferido Napoleon el título de duque de Abrantes. La idea de restablecer la monarquía lusitana, purificándola de los abusos del antiguo régimen, aun cuando fuese bajo un monarca napoleonida, tenia en Portugal partidarios, pues si bien no creian satisfactoria á su nacionalidad la ereccion de una dinastía estrangera, preferíanla no obstante á la triple division intentada segun lo convenido en el tratado de Fontainebleau, tratado que, aunque Junot encargó á los generales españoles lo tuviesen secreto, habia confusamente llegado á conocimiento del público. En semejante estado de cosas, llegó á Bayona una diputacion portuguesa á felicitar á Napoleon. El emperador la recibió afablemente el dia 16 de abril de 1808, prometiendo conservar la independencia de Portugal, sin desmembrar su territorio, ni menos agregarlo á España. Contentos los enviados portugueses con tan buena acogida, dirigieron un manifiesto á sus conciudadanos, espresándoles la satisfaccion de que se hallaban poseidos, y haciéndoles entrever la posibilidad de un porvenir venturoso bajo el amparo tutelar de Bonaparte, á cuyas órdenes no titubeaban los firmantes en someterse, creyéndose ligados al imperio francés con mas motivo que á la casa de Braganza, la cual habia desamparado el reino trasladándose al Brasil, y abandonando sus dominios de Europa á merced del primer ocupante.

El manifiesto de la diputacion fué en Portugal tan bien recibido, que se celebró en las ciudades con evidentes señales de alegría. Si Napoleon entonces hubiera sabido esplotar el espíritu público lusitano, tal vez hubiera encontrado un apoyo en aquel pais contra la insurreccion española. ¿Qué momento mas oportuno que aquel para restituir á los portugueses las insignias y trofeos de su antigua monarquía, para abolir la impolítica contribucion de guerra con que los tenia abrumados, y para darles, junto con un monarca elegido por él, una representacion nacional que hiciese pasar como desapercibida la usurpacion al abrigo de la reforma? Nada de esto, sin embargo, se hizo; nada se puso en práctica de lo que podia confirmar á los descendientes de Vasco de Gama en las halagüeñas esperanzas que habian empezado á concebir. En vez de convocar Junot las cortes del reino como las clases ilustradas deseaban, se contentó con reunir la llamada junta de los tres estados, emanacion degenerada del antiguo sistema político, y que nada podia significar á los ojos del pais, hallándose aquella corporacion incompleta, y siendo preciso llenar las plazas que la emigracion de la alta nobleza habia dejado vacantes, con doce diputados nombrados al efecto por el mismo Junot. Esta junta dirigió á Bonaparte una humilde y abyecta súplica, en la cual pordioseaban sus individuos el honor de ser comprendidos en el número de los fieles vasallos del emperador, y aspirando á regir los destinos de los portugueses si este lo consentía, dejaban al arbitrio de S. M. I. el otorgamiento de la peticion, declarando que en el caso de no tener á bien concederla, se atreverian á pedirle un príncipe de su eleccion, á quien se confiase la defensa de las leyes, de los derechos, de la religion y de los mas sagrados intereses de la patria.

Esta representacion disgustó á todos los patriotas portugueses, los cuales se hallaban dispuestos, en el abandono en que el príncipe regente los habia dejado, á transigir con la necesidad de reconocer en buen hora un protector en Bonaparte; pero afianzando esa proteccion con garantías solemnes. Con este designio habian secretamente redactado algunos de ellos una constitucion liberal, y el magistrado popular José de Abreo Campos, tonelero de profesion, se encargó de presentarla al guerrero del Sena, protestando enérgicamente contra la abatida peticion de la junta de los tres estados. Nada hubiera ciertamente perdido Napoleon en hacer á Portugal concesiones que tan imperiosamente exijia la opinion pública; pero esto se oponia al sistema imperial, y el gefe de la Francia queria mandar en todas partes sin cortapisas de ninguna especie. El general Junot, que por su roce con los portugueses debia conocer, mejor que su amo, cuán oportuna podia ser en aquellas circunstancias una política tolerante y flexible, olvidó lo mismo que él cuanto obligan las circunstancias á transigir con los pueblos. Ofuscado con la esperanza de empuñar el cetro portugués, queria tal vez ser monarca absoluto; y absorto al ver un papel en que se osaba consagrar la igualdad de los derechos, la libertad de la prensa, la tolerancia religiosa y la representacion nacional, hizo desterrar de Lisboa á cuantos sospechó haber contribuido al proyecto de constitucion, haciendo llamar al cuartel general al patriota Campos, á quien reprendió duramente, convirtiéndole con sus invectivas en uno de los enemigos mas encarnizados del nombre francés. Desvanecidas con este y otros hechos las esperanzas que Portugal habia empezado á concebir, volvió nuevamente el encono á apoderarse de los ánimos; siendo tal el estado de las cosas cuando las provincias de España se declararon en insurreccion.

Este grito de guerra lanzado de lo íntimo de nuestras entrañas en repulsa de una injuria cruel y en defensa de nuestra nacionalidad, no podia menos de hallar eco entre nuestros vecinos, víctimas de la misma ambicion, heridos igualmente en su orgullo, y desahuciados de todo remedio si no se apresuraban á aprovechar la ocasion que nuestros alzamientos les ofrecian para hacer

pedazos el yugo. Entonces hubiera querido Napoleon haberse hecho mas amigos los portugeses; pero no era tiempo ya de enmendar el yerro. La irritacion con que estos nos miraban al considerarnos instrumentos de su opresion, iba á desvanecerse desde el momento en que saliendo nuestras tropas de Portugal para restituirse á su patria, pudiesen apreciar debidamente tan plausible cambio de cosas. Los españoles dejaban de ser sus enemigos, y abandonado el territorio por ellos, no era ya Junot bastante fuerte para medirse con una poblacion de tres millones de habitantes, siendo tan escasos en número los soldados de que podia disponer. La reconciliacion con nosotros era consecuencia precisa: España y Portugal no debian ni podian formar en aquellos momentos sino una sola é idéntica causa.

Cuando vió Bonaparte el efecto que la catástrofe del 2 de mayo y las renuncias de Bayona producian en los españoles, hizo salir de Portugal cuatro mil hombres de los de Junot con direccion á Ciudad-Rodrigo, á fin de apoyar las operaciones del mariscal Besieres, ordenando igualmente la marcha de otros cuatro mil que debian reunirse á Dupont, el cual tenia el cargo, como veremos despues, de sofocar la insurreccion de Andalucía. La primera de estas dos divisiones salió de Almeida á principios de junio, al mando del general Loison, quien llegando á la frontera intentó apoderarse de nuestro fuerte de la Concepcion, recurriendo al ya gastado ardid de ofrecer al comandante que lo guarnecia algunas compañías que contribuyesen á su defensa en union con nuestros soldados. Rechazada la oferta por el gefe español, se vió este sin embargo en precision de abandonar aquel punto la noche siguiente, no siéndole posible mantenerse en él por el escaso número de sus tropas. Refugiado en Ciudad-Rodrigo, cuya plaza se hallaba insurreccionada como toda la provincia de Salamanca, dió el grito de alerta á los patriotas insurgentes; y Loison, que no tenia órden de penetrar en aquella ciudad sino en el caso de poderlo hacer fácilmente, se vió precisado á detener su marcha, vista la alarma que reinaba por aquella parte. La segunda division que debia penetrar en España estaba reunida en el Alentejo, al mando del general de brigada Avril, y tenia órden de dirijirse á Mértola con una batería de diez piezas, bajando despues embarcada por el Guadiana hasta situarse delante de Alcoutim, donde Dupont debia comunicarle nuevas órdenes. Enviado para preparar el embarque el gefe de batallon de ingenieros Girord de Novilars, hicieron fuego sobre él los españoles insurreccionados de S. Lucar del Guadiana, señal cierta de que el alzamiento andaluz se hallaba estendido hasta las fronteras de Portugal, viéndose Avril precisado á desistir de su empeño en pasar adelante. La Estremadura española se habia alzado tambien, y toda comunicacion con los ejércitos franceses de España y Portugal se hallaba interceptada en aquella frontera. Desplegando la junta de Badajoz una actividad proporcional al peligro en que se via teniendo los franceses á sus puertas, habia puesto la plaza en estado de defensa y comenzado á establecer un campamento cerca de S. Cristoval á las órdenes de Galluzo. Hecho un llamamiento por ella á los militares portugueses que lamentaban en silencio la triste suerte de su pais, salieron estos de varios puntos del Alentejo, y corrieron de todas partes á Badajoz. Cuando asi obraban los soldados del reino vecino, ¿qué no podia esperarse de los soldados españoles existentes en Portugal? El primero que dió el ejemplo de la desercion fué un escuadron de húsares de María Luisa. Ciento treinta hombres del regimiento de voluntarios de Valencia se escaparon tambien de Setubal huyendo con su bandera, siendo vano el empeño del general Graindorge en perseguirlos y hacerlos volver atrás. Era contagioso el ejemplo de estas deserciones parciales, y bien pronto iban á ser seguidas de una defeccion completa. Los diez mil españoles que á consecuencia de la contraorden del gobierno fernandista se habian restituido á Oporto volviendo á pasar el Miño, carecian de gefe

propio desde la muerte de Taranco y estaban á las órdenes del general francés Quesnel. La noticia del 2 de mayo y el atentado de Bayona los habia llenado de indignacion, y el penetrante grito de la patria no podia pasar desapercibido entre aquellos valientes. Llenos de furor, y de rabia, esperaban el momento oportuno de restituirse á su pais, cuando llegó á sus manos un manifiesto de la junta de Galicia en el cual se les ordenaba volver á España, trayendo prisioneros consigo á cuantos franceses pudieran coger en Oporto y en el curso de su marcha. Puestos de acuerdo los gefes principales, y confiada la ejecucion del plan convenido al mariscal de campo del cuerpo de ingenieros D. Domingo Belestá, oficial de mayor graduacion desde la muerte de Taranco, dirigióse al general Quesnel y le hizo arrestar por su



INSURRECCION DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN OPORTO.

propia guardia, obligando igualmente á rendirse prisioneros todos los suyos, escasos en número para resistir la fuerza con la fuerza. A haber podido Belestá continuar en aquel punto, hubiérale sido fácil sublevar contra los franceses la ciudad de Oporto, y organizar allí un centro formidable de resistencia; pero creyendo mas oportuno obedecer la voz de Galicia que le llamaba, limitóse á reunir presurosamente los magistrados, preguntándoles qué partido querian tomar, si el de Portugal, el de España ó el de Francia. *El de Portugal*, respondieron todos unánimes, dirijiéndose el mayor de plaza Pinheiro al castillo de San Juan de Foz, y enarbolando en él la bandera portuguesa. Los españoles entretanto partieron para Galicia, llevándose consigo los prisioneros. Entregados entonces los de Oporto á sí mismos, asustáronse los magistrados al considerar las consecuencias á que podria dar lugar aquel alzamiento; y poniéndose de acuerdo con el brigadier Oliveira da Costa, apresuráronse á renovar su sumision á las órdenes de la Francia. La bandera nacional fué quitada del castillo de S. Juan de Foz, sustituyéndosele las águilas imperiales, y viéndose obligado Pinheiro á buscar su salvacion en la fuga.

La poblacion de Oporto habia permanecido pasiva en el primer levantamiento, debiendo atribuirse su tranquilidad tanto al ex abrupto del acto, co-

mo á la circunstancia de haber sido promovido por los que poco antes se contaban en el número de sus opresores. La calma duró muy poco. Esparcida por las provincias del Norte la noticia del arresto de Quesnel, apoderóse el sentimiento de independencia nacional de todas las almas, siendo la provincia de Tras-los-Montes la primera que proclamó la restauracion del príncipe regente el 11 de junio, poniéndose al frente de la insurreccion el teniente general Manuel Jorge Gomez de Sepúlveda, hombre mas que octogenario, pero decidido patriota. La provincia de Entre-Duero-y-Miño siguió el mismo impulso casi en su totalidad, resonando por todas partes los gritos de *viva nuestro príncipe, viva Portugal, muera Junot, muera Bonaparte.* El brigadier Oliveira da Costa que tanto habia contribuido á ahogar el primer levantamiento de Oporto, no habia obrado de esta manera sino por desconfianza en el éxito. Viendo ahora estallar por todas partes el grito de independencia, protestó nuevamente á Junot su sumision á Bonaparte, escribiendo secretamente al general Belestá y pidiéndole el auxilio de algunas fuerzas españolas, para secundar en la segunda ciudad del reino el grito leal de los portugueses. Era su intencion ganar tiempo finjiendo adhesion á Junot, y prepararse convenientemente á la lucha demandando auxilios á España. El pueblo se anticipó á los planes del gefe que de esta manera pensaba, y tumultuándose el dia 18 de junio con motivo de un convoy de provisiones que iba destinado á los franceses, hízose dueño de él y de cuantos fusiles, municiones y pertrechos pudo haber á las manos. Oliveira se habia resistido á los deseos del pueblo, por no creer todavía llegado el momento de declararse, y atribuida á traicion su conducta le puso la turba en prision. El mayor de plaza Pinheiro, oculto desde el primer pronunciamiento, fué conducido en triunfo á Oporto aquel mismo dia, victoreando el pueblo entusiasta al primer insurgente de S. Juan de Foz. Enarbolado de nuevo el estandarte nacional, proclamó el 19 una junta suprema compuesta de ocho individuos del clero, de la majistratura, del cuerpo militar y otros ciudadanos, siendo su presidente el obispo de Oporto y quedando reconocida por todo el Norte lusitano. Esta corporacion puso un empeño el mas decidido en regularizar el movimiento, dando á la clase popular el menor ascendiente posible en la direccion de los negocios, y no excitando el espíritu democrático sino lo absolutamente preciso para combatir con éxito á los enemigos del pais. Los sacrificios pecuniarios del comercio y el patriotismo de los naturales contribuyeron poderosamente desde un principio á que la junta se dedicase á organizar poco á poco un ejército nacional; pero no siendo suficientes para el buen éxito los recursos propios, cuidó de entablar desde los primeros dias de su instalacion relaciones de alianza con las dos naciones mas enemigas entonces del nombre francés, enviando una embajada á Inglaterra en demanda de armas, subsidios y tropas, y estipulando un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la junta de Galicia en favor de la causa comun.

La defeccion de las tropas españolas y el aprisionamiento de Quesnel y los suyos en Oporto, llamaron la atencion de Junot con la seriedad consiguiente á su importancia, y temiendo que la division de Carrafa, acantonada en Lisboa y sus alrededores, seguiría al fin el mismo ejemplo, se decidió á desarmarla inmediatamente, adoptando al efecto las precauciones oportunas. Componíase dicha division de seis batallones de infantería, con un regimiento de caballería y algunos artilleros, y no era empresa fácil quitarle las armas sino recurriendo al ardid. Meditando estaban aquellos valientes en los medios de restituirse á su patria, cediendo á las instigaciones de los emisarios de Badajoz, Sevilla y otros puntos, cuando el dia 10 de junio les mandó Junot reunirse en la playa, con el objeto ostensible de embarcarlos para España, á cuya grata nueva dirigiéronse mil y doscientos de ellos al punto designado. Pero ¿cuál no fué su sorpresa cuando al llegar al Terreiro do Pazo, se vieron cercados por

tres mil franceses, que asestaban contra ellos la artillería? Preciso les fué resig-



Masseti.

DESARME DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN LISBOA.

narse á su suerte y deponer las armas. El resto de la division quedó desarmada igualmente por medios análogos, siendo unos sorprendidos en sus casernas, y otros en el curso de las marchas combinadas que se les hizo hacer para separarlos entre sí, no habiendo conseguido escaparse sino algunos centenares de hombres del regimiento de Murcia, y un número escaso de húsares de María Luisa. Ejecutado el desarme en 24 horas, fueron destinados á los pontones del Tajo, y vijilados por las naves de guerra francesas. Permitióse á los oficiales quedar prisioneros bajo palabra de honor en Lisboa; pero habiendo faltado algunos de ellos á su compromiso, fué el resto de los demas condenado á sufrir la misma suerte que los soldados.

Libre Junot del temor que le habian inspirado los españoles agrupados en torno suyo, quedábale todavía el no menos fundado de una insurreccion general en los mal sometidos portugueses. La facilidad con que se habia calmado el primer levantamiento de Oporto no bastaba á inspirarle confianza en el porvenir, siendo mas que probable que el fuego de la insurreccion encendido en España se propagase con rapidez por toda la estension de Portugal. Envió por lo mismo emisarios á todas las provincias, eligiendo para ello á los portugueses mas influyentes en los principales distritos, y dándoles la comision de recomendar á sus conciudadanos la tranquilidad y la paz. Deseoso de desbaratar la influencia que los repetidos levantamientos españoles pudieran ejercer en aquel pais, procuró sagazmente escitar la animosidad de los portugueses contra nosotros, haciendo escribir, publicar y decir en todas partes que el levantamiento de España era efecto de no haber querido Napoleon consentir en la desmembracion de Portugal. Los españoles (decian los satélites de Junot) quieren dividirse el territorio lusitano entre ellos, Godoy y la reina de Etruria; y al ver á Napoleon decidido á conservar su independencia y antiguo brillo á la sombra de un nuevo rey,

se han alzado contra este proyecto. Esta especie insidiosa que tan buenos efectos hubiera podido producir á haber adoptado Napoleon otra política desde el primer dia de la invasion, era inútil en circunstancias como aquellas, hallándose los portugueses desengañados de lo que podian esperar en un hombre que tan mal los habia tratado. Junot, pues, predicó en desierto; y el segundo alzamiento de Oporto y el de todo el Norte portugués, vino en breve á mostrarle lo infructuoso de tan mal estudiado recurso. El general Loison, que habia salido de Almeida el 17 de junio con el fin de mantener en la obediencia todo aquel territorio, quedó espantado al mirar erizadas de armas las provincias de Entre-Duero-y-Miño, viéndose precisado á repasar el Duero para evitar una ruina completa á manos de los insurgentes. La retirada de Loison alentó á los patriotas, y mientras el paisanage acaudillado por un fraile de predicadores le obligaba á restituirse á Almeida, otro fraile marchaba á Coimbra sublevando aquella ciudad contra los franceses. Puestos los estudiantes de la universidad al frente de la insurreccion, propagóse esta con rapidez en una buena parte de la Beira, quedando enarbolado el estandarte del príncipe regente en sus mas importantes poblaciones. Pocos dias antes habia resonado tambien en los Algarves el grito sacrosanto de la patria, siendo el pueblo de Olhá el primero en lanzarlo, y poniéndose al frente del levantamiento el coronel Lopez de Sousa. Pronunciada despues la ciudad de Faro, constituyóse en ella una junta, la cual condujo prisionero á las naves inglesas al general francés Maurin, nombrado por Junot para tener en respeto aquella provincia. Hallándose enfermo dicho gefe cuando estalló la insurreccion, y viéndose imposibilitado de reprimirla por sí, dió la mision de verificarlo al coronel Maransin, siendo el resultado tener este que restituirse al Alentejo, donde alzaron tambien la cabeza los insurgentes de varias poblaciones, sin que á pesar del Saco de Beja y otros escarmientos iguales, consiguiesen Avril y Kellerman, posesionados de dicha provincia, asegurar el órden de un modo sólido y permanente. Junot y sus satélites se hallaban confusos y absortos al verse cercados de enemigos por todas partes, sucediendo en Portugal lo mismo que en España, no tener los franceses seguro otro terreno que el qne pisaban.

Mas adelante veremos los progresos de la insurreccion portuguesa hasta la evacuacion del reino lusitano por los imperiales. Allí como en España hubo tambien sus escesos contra los que el convencimiento ó la suspicacia popular calificaba de desafectos á la causa de su independencia. Nosotros pasamos por alto una porcion de pormenores que ni conducen á nuestro propósito, ni pueden ser referidos en una obra cuyo fin es ocuparse principalmente en nuestros sucesos. Si hemos sido algun tanto prolijos en la reseña que acabamos de hacer, la razon de nuestra conducta es patente: el relato del alzamiento peninsular y de los errores de Napoleon quedaría incompleto sin estas nociones indispensables; y habiendo hablado en el tomo anterior de la iniquidad cometida por el gobierno de Cárlos IV contra la nacion lusitana, hubiera sido injusto omitir en el presente el modo con que el pueblo español la reparó, poniendo á Portugal en el caso de aprovecharse de nuestros alzamientos y de la defeccion de nuestras tropas, sin lo cual habrian sido allí infructuosas las patrióticas tentativas de sus naturales para sacudir el yugo estrangero.

De este modo se alzó la Península desde el Pirineo hasta Calpe, y desde el uno hasta el otro mar. La historia no refiere otro ejemplo de sacudimiento tan pronto, tan universal y espontáneo. Alzadas á un mismo tiempo casi todas las provincias de España, ninguna de ellas esperó para decidirse la resolucion de las otras; ninguna se paró á meditar los desastres á que se esponia; ninguna dejó de responder al grito de la patria en la manera que le fué posible, siendo en todas igual el entusiasmo, idéntico en todas el ódio á la opresion, y una y acorde la voz que lanzaron, al modo que heri-

da una cuerda responden á la vez las demas que se hallan con ella al unísono. ¿Cómo no entusiasmarse á la vista de un cuadro tan asombroso, y que mas que real y efectivo parece epopeya inventada por la imaginacion, ó leyenda que debe su ser á una mente exaltada y patriótica? Ese cuadro ha sido no obstante, objeto de invectivas y encono, ya que no lo ha podido ser de menosprecio; y á guiarnos por lo que han dicho algunos escritores maldicientes ó menos bien informados de nuestras cosas, creyérase que aquella insurreccion no fué hija sino del fanatismo clerical y frailuno, ó efecto obligado y raquítico de las intrigas de la Gran Bretaña. El conde de Toreno, con cuyas opiniones y asertos no siempre nos verán de acuerdo nuestros lectores, combate de un modo tan victorioso los yerros en que acerca del particular se ha incurrido, que ni nos es posible dejar de convenir con él en este punto, ni menos podríamos aspirar á sustituir con éxito nuestras reflexiones á las juiciosísimas suyas, en refutacion de tan groseras equivocaciones.

«Entre estas, dice, se ha presentado con mas séquito la de atribuir las conmociones de España al ciego fanatismo y á los manejos é influjo del clero. Lejos de ser así, hemos visto como en muchas provincias el alzamiento fué espontaneo, sin que hubiera habido móvil secreto; y que si en otras hubo personas que aprovechándose del espíritu general trataron de dirijirle, no fueron clérigos ni clases determinadas, sino indistintamente individuos de todas ellas. El estado eclesiástico cierto que no se opuso á la insurreccion; pero tampoco fué su autor. Entró en ella como toda la nacion, arrastrado de un honroso sentimiento patrio, y no impelido por el inmediato temor de que se le despojase de sus bienes. Hasta entonces los franceses no habian en esta parte dado ocasion á sospechas, y segun se advirtió en el libro segundo, el clero español antes de los sucesos de Bayona, mas bien era partidario de Napoleon que enemigo suyo, considerándole como el hombre que en Francia habia restablecido con solemnidad el culto. Por tanto la resistencia de España nació de ódio contra la dominacion estrangera; y el clérigo como el filósofo, el militar como el paisano, el noble como el plebeyo se movieron por el mismo impulso, al mismo tiempo y sin consultar generalmente otro interés que el de la dignidad é independencia nacional. Todos los españoles que presenciaron aquellos dias de universal entusiasmo, y muchos son los que aun viven, atestiguarán la verdad del aserto.

«No menos infundado, aunque no tan general, ha sido achacar la insurreccion á conciertos de los ingleses con agentes secretos. Napoleon y sus parciales que por todas partes veian ó aparentaban ver la mano británica, fueron los autores de invencion tan peregrina. Por lo espuesto se habrá notado cuán ageno estaba aquel gobierno de semejante suceso, y cuánto le sorprendió la llegada á Lóndres de los diputados asturianos que fueron los primeros que le anunciaron. Muchas de las costas de España estaban sin buques de guerra ingleses que de cerca observasen ó fomentasen alborotos, y las provincias interiores no podian tener relacion con ellos ni esperar su pronta y efectiva proteccion; y aun en Cádiz, en donde habia un crucero, se desechó su ayuda, si bien amistosamente, para un combate en el que por ser marítimo les interesaba con mas especialidad tomar parte. Véase, pues, si el conjunto de estos hechos dan el menor indicio de que la Inglaterra hubiese preparado el primero y gran sacudimiento de España.

«Mas aun careciendo de la copia de datos que muestran lo contrario, el hombre meditabundo é imparcial fácilmente penetrará que no era dado ni á clérigos ni á ingleses, ni á ninguna otra persona, clase ni potencia por poderosa que fuese, provocar con agentes y ocultos manejos en una nacion entera un tan enérgico, unánime y simultáneo levantamiento. Buscará su orígen en causas mas naturales, y su atento juicio le descubrirá sin esfuerzo

en el desorden del anterior gobierno, en los vaivenes que precedieron, y en el cúmulo de engaños y alevosías con que Napoleon y los suyos ofendieron el orgullo español.

«No bastaba á los detractores dar al fanatismo ó á los ingleses el primer lugar en tan grande acontecimiento. Hanse recreado tambien en oscurecer su lustre, exagerando las muertes y horrores cometidos en medio del fervor popular. Cuando hemos referido los lamentables excesos que entonces hubo, cubriendo á sus autores del merecido oprobio, no hemos omitido ninguno que fuese notable. Siendo asi, digasenos de buena fe si acompañaron al tropel de revueltas desórdenes tales que deban arrancar las desusadas esclamaciones en que algunos han prorumpido. Solo pudieran ser aplicables á Valencia y no á la generalidad del reino, y aun allí mismo los escesos fueron inmediatamente reprimidos y castigados con una severidad que rara vez se acostumbra contra culpados de semejantes crímenes en las grandes revoluciones. Pero al paso que profundamente nos dolemos de aquel estrago, séanos lícito advertir que hemos recorrido provincias enteras sin topar con desman alguno, y en todas las otras no llegaron á treinta las personas muertas tumultuariamente. Y por ventura en la situacion de España, rotos los vínculos de la subordinacion y la obediencia, con autoridades que compuestas en lo general de hechuras y parciales de Godoy eran miradas al soslayo y á veces aborrecidas, ¿no es de maravillar que desencadenadas las pasiones no se suscitasen mas rencillas, y que las tropelías, multiplicándose, no hubiesen salvado todas las barreras? ¿Merece, pues, aquella nacion que se la tilde de cruel y bárbara? ¿Qué otra en tan deshecha tormenta se hubiera mostrado mas moderada y contenida? Cítesenos una mudanza y desconcierto tan fundamental, si bien no igualmente justo y honroso, en que las demasías no hayan muy mucho sobrepujado á las que se cometieron en la insurreccion española. Nuestra edad ha presenciado grandes trastornos en naciones apellidadas por excelencia cultas, y en verdad que el imparcial exámen y cotejo de sus escesos con los nuestros no les sería favorable (1).»

(1) Toreno: Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, libro III.



CAPITULO VII.

Comparacion de los recursos y fuerzas militares de España con las de Francia al estallar la insurreccion.—Rómpense las hostilidades en Castilla la Vieja.—Espedicion de Merle contra Santander.—Contraórden motivada por la insurreccion de Valladolid y retirada de Merle.—El general Lasalle se dirige á Valladolid.—Accion y quema de Torquemada.—Entrada de los franceses en Palencia.—Las divisiones de Merle y Lasalle se reunen en Dueñas.—D. Gregorio de la Cuesta en Cabezon.—Ataque del puente de esta villa y derrota de los españoles.—Retirada de Cuesta á Rioseco.—Sumision de Valladolid.—Segunda espedicion contra Santander.—Dispersion de los españoles en las montañas de esta provincia.—Los generales Merle y Ducos entran en Santander.—Huida del obispo y junta de esta ciudad á la provincia de Asturias.

PARA apreciar debidamente el arrojo de los españoles cuando en mayo de 1808 osaron provocar la ira del emperador de los franceses, nos parece oportuno recordar lo que en el capítulo XVII del tomo primero tenemos dicho acerca del poderío militar de España un año antes. Nuestro ejército de tierra en pié de paz ascendia entonces, inclusas las milicias provinciales, y segun el cálculo del general Foy, á unos cien mil hombres no completos, pudiendo en caso de guerra recibir un aumento de cincuenta y seis mil hombres, formando de este modo un total de unos ciento cincuenta mil, en vez de los doscientos mil que, añadiendo una cuarta parte, supone el príncipe de la Paz. Los militares autores de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, refiriéndose al año 1808, dan por sentado que el número de nuestros soldados en dicha época ascendia á ochenta y tres mil infantes y diez y ocho mil caballos, cuyo cálculo escede al del general Foy y se acerca mas al del príncipe de la Paz, puesto que no entran en él los treinta mil segun unos, y cuarenta mil segun otros, de milicias provinciales, consistiendo la diferencia sin duda en considerarse el cómputo definitivo segun el distinto modo de ver de los escritores, contando ó no contando las bajas que naturalmente deben reducir á menos el total que aparece en los estados. Los mencionados militares calculan estas bajas en una quinta parte, y deduciendo ademas los trece mil hombres de infantería y caballería que á las órdenes del marqués de la Romana, y para servir los caprichos del emperador se hallaban en Dinamarca, los veinticuatro mil que al mando de Junot ocupaban á Portugal, con los nueve mil existentes en las islas Baleares, resulta, segun los mismos, que cuando se empezaron las hostilidades contra la Francia, apenas habia entre nosotros *cuarenta mil hombres de tropas regladas*, «y aun estos, dicen, diseminados en partidas sueltas, desatendidos por el gobierno, y empleados

oscuramente en el servicio de plazas, tan cansado como poco instructivo, ó en las batidas y persecuciones de malhechores.»

Añadiendo á este número los treinta á cuarenta mil hombres de milicias provinciales, ciento catorce compañías de milicias urbanas, cuarenta y una de inválidos hábiles, y las ochenta y tantas útiles que con el nombre de fijas teníamos en la Península, resulta siempre un número de hombres poco menos que insignificante para osar hacer frente al casi sobrehumano guerrero, que sin contar trescientos sesenta y seis mil hombres de fuerzas auxiliares que los estados sometidos por él ó aliados suyos podían facilitarle (1), tenia á sus órdenes mas de un millon de combatientes entre fuerza interior y esterior (2). Compárese ahora la organizacion y pericia de aquellas legiones con los vicios y faltas de que, no obstante la útil reforma hecha por el príncipe de la Paz, adolecian nuestros ejércitos (3); la poblacion del impe-

---

(1)

El reino de Italia daba al emperador por conscripcion	85.000
El de Holanda por contingente	50.000
El reino de Nápoles	46.000
El de Baviera	30.000
El de Westfalia	30.000
El de Sajonia	35.000
El de Wurtemberg	18.000
El gran ducado de Varsovia con la legion del Vístula	32.000
El gran ducado de Berg y demas príncipes de la confederacion del Rhin	40.000
Total de fuerza auxiliar	366.000

(Véase el estado número 18 del apéndice inserto al fin del tomo primero y único de la obra titulada: *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, escrita por la tercera seccion de la comision de gefes y oficiales de todas armas &c.)

(2) La fuerza interior consistia en

Gendarmería	18.485	479.285
Guardias nacionales	424.800	
Guardias de Paris	36.000	

La esterior se componia de las fuerzas siguientes:

Guardia imperial de infantería	14.105	663.242
Idem de caballería	4.496	
Idem de artillería é ingenieros	3.247	
Cuerpo del ejército: infantería	507.840	
Idem, caballería	73.195	
Idem, artillería	50.405	
Idem, ingenieros	9.954	
Total de fuerza interior y esterior		1.142.527

(Véase el estado citado en la nota anterior.)

(3) De esto hemos hablado algun tanto en el ya citado capítulo XVII del tomo I, refiriéndonos al general Foy. Hé aquí como discurren acerca de nuestra fuerza armada terrestre los militares españoles encargados de redactar la historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte.

«Organizacion y numero. Nuestra fuerza armada terrestre se dividía en tres clases: 1.a El ejército propiamente dicho. 2.a Las milicias regimentadas. 3.a Los cuerpos urbanos, fijos y territoriales. No bajaba de ciento treinta mil hombres la suma de estas clases, á las que solo faltaba mejor organizacion. El príncipe de la Paz, nombrado generalísimo en 1801, se propuso mejorar la constitucion del ejército: disminuyó las tropas de la casa real, dió nueva organizacion á los cuerpos de artillería é ingenieros, aumentó las compañías de artilleros á caballo, formó el regimiento de zapadores-minadores agregado á los ingenieros, creó dos regimientos de infantería ligera, y en 1808 la fuerza del ejército era de ochenta y tres mil trescientos catorce hombres de infantería, con diez y ocho mil ciento noventa y ocho de caballería (*a*) distribuidos en la forma siguiente. La guardia de S. M. constaba de tres compañías de guardias de la persona, tres batallones de infantería es-

(*a*) De este número de infantes y caballos deducen los citados autores, como ya hemos dicho, las fuerzas que teníamos en Dinamarca, en Portugal y en las islas Baleares, y ademas la quinta parte del resto por las bajas naturales de enfermos, asistentes &c.; resultando por lo mismo una fuerza efectiva de 40.000 hombres de tropas regladas, en vez de los 101,512 que aparecen sin esa deduccion.

rio francés propiamente dicho (*), ascendiente á cuarenta millones de habitantes, con la nuestra, que por mas que se estire la cuenta resultante del censo publicado en 1801, no pasaba de doce; el floreciente estado interior de la Francia con el triste y ruinoso de nuestro mal traido pais (**); compárense, en fin, los inmensos recursos de Napoleon con los miserables de España al lado de aquellos; y si esceptuamos la fuerza marítima, en la cual nos llevaba proporcionalmente muy poca ventaja (***), acabaremos de concebir hasta qué punto fué desesperado el empeño de desafiar el poder mas formidable y mejor organizado que la historia reconoce en la tierra desde la dominacion romana hasta nuestros dias. Medirnos con Bonaparte en las circunstancias en que lo hicimos, equivalía á tener por contrario á todo el continente europeo, con la sola escepcion de Suecia, Sicilia y Cerdeña, adheridas á la política de la Gran Bretaña, y excepto tambien Portugal, que aunque sometido á las armas francesas, no podia sernos hostil en aquella época, por las razones que en el capítulo anterior tenemos referidas. ¿Pero qué no es dado realizar á un pueblo

---

pañola, tres de infantería walona y seis escuadrones de carabineros reales, cuyo total ascendia á seis mil quinientos veinte y nueve infantes, y mil seiscientos caballos. La infantería constaba de treinta y cinco regimientos de línea españoles, cuatro de línea estrangeros, seis de suizos, y doce de tropas ligeras; cuyo total era de ciento cuarenta y un batallones, y sesenta y un mil ochocientos noventa y cinco hombres. La caballería constaba de doce regimientos de línea, ocho de dragones, dos de cazadores y dos de húsares; total ciento veinte escuadrones, y diez y seis mil cuarenta hombres. El real cuerpo de artillería tenia cuatro regimientos ú ocho batallones de infantería, con seis compañías de á caballo, cuyo total era de seis mil ochocientos sesenta y ocho infantes, y quinientos cincuenta y ocho caballos. Al real cuerpo de ingenieros estaba agregado el regimiento de zapadores-minadores que constaba de dos batallones, ú ochocientos hombres, con doscientos veinte y dos minadores.

«Dueño de toda la confianza del soberano, rodeado de hombres eminentes, y teniendo á su vista los planos de todos los demás ejércitos de Europa, el generalísimo pudo haber dado al de España la forma mas adecuada á su objeto. Seria una injusticia decir que no lo mejoró considerablemente, pero aun en 1808 distaba mucho de su perfeccion. Faltaba uniformidad, faltaba conjunto, faltaba instruccion para el oficial y entusiasmo para el soldado. Los batallones de infantería de la guardia real constaban de ocho compañías, seis de fusileros, una de granaderos y otra de cazadores; los del ejército no tenian mas que tres de fusileros y una de granaderos; los de infantería suiza cinco de fusileros y una de granaderos. Las compañías de artillería á caballo estaban embebidas en

(*) Entendiéndose por tal, como debe entenderse, el conjunto de los departamentos poseidos por Francia antes de 1789, y el de los adquiridos posteriormente hasta la paz de Tilsitt, á los cuales debe agregarse la Etruria, incorporada al imperio el año 1807, y el Portugal que lo fué en el siguiente.

Si á esto se añade la Italia, la Holanda, Nápoles y Suiza, con mas los Estados de la Confederacion del Rhin, paises todos sujetos al Emperador, tendremos un total de 64.976,605 habitantes sumisos á sus órdenes. Tal era la poblacion de que Napoleon disponia á principios de 1808.

(Véase el estado número 8 del Apéndice á la obra arriba citada.)

(**) Los gastos del imperio francés eran tan proporcionados á los ingresos, que no solo estaban en balance, sino que hasta quedaban residuos á favor del tesoro, á pesar de sus inmensas atenciones. En 1807, por ejemplo, ascendieron los gastos á 780.330,819 francos, y las entradas á 828.272,963, escediendo por lo mismo estas á aquellos en 47,942,144 frs.

En España sucedia todo lo contrario. Calculando nuestros ingresos por el término medio de un quinquenio en el reinado de Cárlos IV, ascienden á la suma de 699.500,000 reales, siendo la de las obligaciones 1,046.850,000, resultando en su virtud un déficit de 347,350,000 reales cada cinco años. ¡Y teníamos las flotas de América!

(Véanse los números 9, 10, 15 y 16 del Apéndice á la obra citada.)

(***) Los navíos que el imperio tenia armados, sin contar los buques de menor porte, ascendian á 72, á saber: 26 en Amberes, 24 en Brest, 7 en Cherburgo y 15 en Tolon. Los que tenia en construccion eran 34. La fuerza marítima ascendia á 75,500 hombres.

Nuestros buques armados ascendian á 83, á saber: 16 navíos, 5 fragatas y 62 corbetas, bergantines y demas buques menores, siendo los desarmados 26 de los primeros, 25 de las segundas y 98 de los terceros. La artillería, infantería, marinería y maestranza ascendia á 44,000 hombres.

«Cuando murió Cárlos III (dicen los militares arriba citados) nuestra marina constaba de 73 navíos, 45 fragatas, 100 buques de menor porte y 67 lanchas; los arsenales estaban bien provistos, florecientes los departamentos, y el valor é instruccion de los marineros gloriosamente acreditados. La decadencia fué rápida y espantosa.... Las pérdidas que habíamos sufrido en las dos últimas guerras marítimas, la falta y escasez de dinero en los departamentos, y sobre todo el espíritu de relajacion, de disgusto y de estravagante ambicion que la privanza de Godoy habia introducido en todas las carreras, fueron las causas que mas visiblemente influyeron en la ruina de nuestras fuerzas navales. Seis navíos dimos á la Francia por el tratado de San Ildefonso en 1800; cuatro habíamos perdido en el combate de San Vicente: tres fueron incendiados en la toma de la isla de Trinidad: dos se volaron en el estrecho de Gibraltar: dos perdimos en Finisterre: cuatro fragatas nos apresaron los ingleses en 1804 antes de declararnos la guerra; y el combate de Trafalgar nos costó doce navíos.»

decidido á romper sus cadenas? ¡Así nos hubiera sido posible prescindir del concurso de la Inglaterra, y obrar por nosotros solos durante la lucha! El estado en que nos encontrábamos al inaugurarla no nos permitia hacer tanto; pero por mas que reconozcamos la triste necesidad en que nos vimos de admitir su cooperacion y sus obsequios, séanos lícito lamentar un acontecimiento que nos fué despues tan fatal. España se alzó denodada para libertarse á sí misma y para libertar á la Europa: esta recogió todo el fruto de nuestro heroismo, y nosotros quedamos debajo. ¿Por qué tan ingrata cosecha de infelicidad y desventura? Dejemos, empero, para otro lugar estas consideraciones tristísimas, y hablemos ahora de gloria.

La rapidez con que se estendia la insurreccion del uno al otro estremo de la Península, llenó de sobresalto al generalísimo encargado por Napoleon de tenernos sujetos; y si bien le lisonjeaba la idea de salir vencedor en último resultado, no por eso dejó de emplear cuantos medios juzgó á propósito para abreviar el plazo. Desconfiando en los de seduccion para atraerse á los generales españoles y á otras personas notables, y creyendo con fundamento cuán poco debia esperar de las exhortaciones puestas en juego por sus emisarios para calmar la agitacion de las provincias, determinó desde un principio remitir su razon á la espada, y acompañar el discurso con la accion. Con cerca de 100,000 combatientes que tenia á sus órdenes y con los inmensos refuerzos que en caso necesario podria enviarle su augusto cuñado, llegó á persuadirse Murat que la lucha que daba principio debia por necesidad durar poco, porque ¿qué podian hacer los rebeldes, faltos como estaban de organizacion y de disciplina, midiéndose en un rapto de acaloramiento contra aquellas invencibles legiones, cuyas plantas besaba la Europa? ¿Dónde estaba

---

los batallones de á pié sin formar escuadron; no habia tren propiamente dicho para las piezas de campaña, ni pontoneros en el regimiento de zapadores-minadores. El gran número de inspecciones, que llegó á ser de doce, era un obstáculo á la uniformidad del impulso; la multiplicidad de los resortes hacía mas complicado el juego de la máquina.

«En tiempo de paz los cuerpos estaban á las órdenes del capitan general de la provincia; pero sin formar ejército, ni darle conocimiento de su situacion interior. En tiempo de guerra se formaban apresuradamente brigadas y divisiones compuestas de diferentes armas, y se ligaban entre sí, y con el general en gefe, por medio de los estados mayores que se creaban al mismo tiempo. Los generales no conocian á los gefes de los regimientos, ni podian formar juicio del estado en que se hallaban los cuerpos, y los estados mayores carecian de aquella facilidad en el manejo y celeridad en la ejecucion que nace de la costumbre. Sucedia naturalmente en las divisiones y brigadas, lo que sucedería en los batallones si de pronto se juntáran para formarlos cuatro compañías con ayudantes y gefes recíprocamente desconocidos; y así es que los primeros meses de la guerra estaban destinados á un duro y sangriento aprendizage, hecho á costa de la vida de los soldados, á costa de la fortuna de los particulares, y á riesgo del honor de nuestras armas. Como no habia tren para la artillería, al empezar la campaña se formaban por contrata y á precios exorbitantes, brigadas de mulas que se repartian el número de piezas; pero como los conductores no eran militares, ni los ligaba la obligacion, ni los estimulaban las recompensas, solian evadirse al menor riesgo, dejando inactivos y abandonados los cañones. Propúsose varias veces al príncipe de la Paz el remedio de estos daños que tan caros costaban al rey y á los pueblos; pero todos los proyectos se estrellaron contra los cálculos mezquinos de una funesta economía, y sobre todo contra la orgullosa ignorancia, para quien es mas fácil condenar y desechar las innovaciones, que examinarlas y aprenderlas.

«Las milicias regimentadas constaban de cuarenta y dos regimientos de un solo batallon, al mando de un coronel y un sargento mayor encargado del detall y de la instruccion. El total de hombres era en 1808 de treinta y nueve mil doscientos veinte y nueve. Cada batallon tenia seis compañías de fusileros y una de granaderos. Las cuarenta y dos compañías de granaderos reunidas formaban cuatro divisiones llamadas de Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Galicia y Andalucía. Cada una de estas divisiones tenia un coronel, un teniente coronel y un sargento mayor, y sus compañías estaban repartidas en dos batallones. De este sistema resultaba para los granaderos, el inconveniente de pertenecer á su batallon natural y á la division de su provincia, dependiendo de distintos gefes; y para los regimientos el inconveniente aun mayor de que siendo ya demasiado cortos en número, sufrian una reduccion perjudicial con la saca de granaderos, y al mismo tiempo privados de este útil adorno, carecian de aquel brillo exterior y actitud militar que es necesaria á los cuerpos, para imponer á los demas y darse á sí mismos una idea ventajosa de su propia fuerza. Las divisiones de granaderos tenian ó debian tener sus asambleas en Cádiz, Coruña, Valladolid y Murcia; los regimientos las tenian en sus partidos, y habia un inspector general encargado de vigilar en sus remplazos, cuentas é instruccion.

«Como nunca se habia tratado sériamente de plantear un sistema general de milicias exactamente

entre los españoles el gefe á quien Dios hubiese concedido una mínima parte de la inteligencia eminente legada á Napoleon? Para reducir á la nada aquel ex abrupto guerrero, ahí estaba Dupont con su cuerpo de observacion de la Gironda, compuesto de 23,000 hombres; allá el venerable Moncey con el de observacion de las costas del Océano, fuerte de 25,000; acullá Duhesme con el suyo denominado de los Pirineos Orientales, compuesto de 13,400; á otra parte Bessieres, duque de Istria, con 20,000 pertenecientes al cuerpo de los Pirineos Occidentales; á otra el duque de Abrantes, Junot, con los 25,000 suyos; á otra él, que en valor indomable no cedía á ninguno; á otra, en fin, Napoleon en persona, con la Europa vencida detras, cercado del prestigio de su nombre, lleno de aquella decision y fuerza de voluntad que en nada encontraba imposibles, superior en talentos y en gloria á Alejandro, á César y á Aníbal, hijo mimado de la victoria y de la fortuna desposadas con él é incapaces de hacerle un desaire: hombre, en fin, que parecía destinado por la Providencia como á servir de límite á lo que la imaginacion de un poeta puede concebir de mas grande y mas asombroso en la creacion mas sublime.

Entre todas las provincias insurreccionadas llamaron con preferencia la atencion de Bonaparte las mas próximas al imperio, por ser las que mas de cerca atacaban su base de operaciones. Andalucía y Valencia eran sin duda temibles; pero lo único á que al parecer podian aspirar era á contener los progresos de los franceses en su marcha invasora, ó á hacerlos retirar cuando mas hácia las provincias del Norte. Si la insurreccion triunfaba en estas, las huestes imperiales carecian de su único punto de apoyo, y hasta podian verse reducidas á tener que disputar con las armas en la mano los des-

---

equilibrado con la fuerza y las necesidades del estado, el conjunto se resentía de las causas accidentales y momentáneas que habian influido en su formacion parcial. El número ni era bastante para sostener el ejército, ni era proporcionado al número de habitantes, ni análogo á la situacion político-geográfica de los distritos. Las provincias de Alava, Guipúzcoa, Vizcaya, Aragon, Navarra, Cataluña y Valencia, estaban exentas de milicias, y por una preocupacion arraigada é invencible consideraban como carga este servicio, que en la realidad es el privilegio mas importante que los soberanos pueden conceder á los pueblos, y el mas claro testimonio de la confianza é interés que les merecen. Como estas provincias eran precisamente limítrofes de la Francia, suplian la falta de milicias con tercios ó batallones ligeros que se formaban en tiempo de guerra, y que no estando organizados ni instruidos de antemano, entorpecian los ejércitos, aumentando su volúmen, sin aumentar proporcionalmente su fuerza.

«En las demas provincias donde se habia adoptado el servicio de milicias, el número no era correspondiente á la poblacion actual. El reglamento de su creacion no se habia alterado, sin embargo de que en algunas provincias habia disminuido el número de habitantes, al paso que habia en otras aumentado considerablemente. Comparando entre sí los estados de milicias y de poblacion en 1808, resulta que en las provincias de Murcia y Granada, siendo ambas meridionales. marítimas y situadas enfrente de las costas de Africa, era tan desigual el servicio, que por cada trescientos habitantes habia tres milicianos en Murcia y solo dos en Granada. La misma desigualdad se notaba en las provincias de Estremadura y Castilla la Vieja, ambas interiores, y ambas adyacentes á la frontera de Portugal; pues en la primera por cada seiscientos hombres habia cuatro milicianos, y tres en Castilla la Vieja. En Castilla la Nueva y Asturias habia un miliciano por cada cuatrocientos habitantes, y dos por cada quinientos en Mallorca, Jaen, Córdova y Sevilla. Ademas de que nunca trató el Gobierno de equilibrar este servicio de milicias, las alejaba de sus provincias con sobrada facilidad, sin considerar que sacados estos regimientos de la parte mas viva y útil de la poblacion, deben ser empleados con muchísimo miramiento, y solo en el caso de absoluta necesidad, para que no desmaye la agricultura, ni queden privados un sin número de familias del apoyo necesario para vivir. Á fines de 1807 las divisiones de granaderos se hallaban en Lisboa, y setenta y cuatro compañías de fusileros estaban destinadas al servicio de la artillería.

«Los cuerpos locales que constituian la tercera clase de nuestra fuerza armada se componian: 1.° De milicias urbanas, que nunca salian del recinto de las ciudades ó poblaciones en cuya guarnicion se empleaban: 2.° Del cuerpo de inválidos hábiles: 3.° De compañías fijas. Las milicias urbanas formaban ciento catorce compañías, de las cuales doce en la Coruña, cuarenta y dos sobre la frontera de Portugal, cincuenta y cinco en las costas meridionales desde Cartagena al Puerto de Santa María, y cinco en Ceuta. El cuerpo de inválidos hábiles constaba de cuarenta y una compañías que servian de retiro á los veteranos, á quienes la edad y achaques no imposibilitaban del todo. Las compañías fijas eran dos de caballería destinadas á la guarnicion de Ceuta, y ochenta y tres de infantería, de las cuales sesenta y dos eran de artilleros veteranos, dos guarnecian Melilla, una el Peñon, otra Alhucemas y otra Rosas: ninguna de estas salian del recinto de las for-

filaderos del Pirineo, con grave riesgo de encontrar su tumba en aquellos lugares, si los sucesos de la guerra las obligaban á trasponerlos en retirada. Diéronse, pues, órdenes ejecutivas á los generales franceses, á cuyas órdenes estaban los cuerpos de los Pirineos Orientales y Occidentales, para sofocar la insurreccion á toda costa en el rádio de sus respectivos distritos, y el mariscal Bessieres, cuyo cuartel general estaba en Burgos, comenzó á mover sus falanges contra los insurgentes de Castilla la Vieja.

Hallábase sublevada la Rioja, y los principales focos de la insurreccion eran Calahorra y Logroño. El general Verdier salió de Vitoria el 2 de Junio con dos batallones y ciento cincuenta caballos, consiguiendo el 6 una fácil victoria sobre el inesperto y mal armado paisanage de aquella poblacion, segun tenemos referido en el capítulo que antecede. Derrotados aquellos patriotas, y habiendo dejado en poder del enemigo seis malos cañones, de los cuales por otra parte ni aun sabian servirse, hizo el general francés fusilar inhumanamente á los que mas se habian señalado por su decision y patriotismo, y hechos estos escarmientos, como él los llamaba, restituyóse á Vitoria. Frere por su parte se habia tambien apoderado de Segovia, y los primeros choques con el enemigo no podian en verdad ser mas tristes en la desgraciada Castilla.

La salida de Verdier de la capital de Alava para dirigirse á la Rioja, coincidió con la que hizo de Burgos el general de division Merle al frente de seis batallones, doscientos caballos y ocho piezas de artillería, encaminando su marcha á la provincia de Santander. La insurreccion de esta parte de España tenia sobremanera inquieto á Napoleon, quien sabiendo que la Inglaterra preparaba algunas espediciones, temió que los puertos de Santoña y de Santander servirían de asilo á sus naves sino se anticipaba á aquel golpe. Separada aquella

---

tificaciones. Las diez y seis restantes estaban destinadas á la persecucion de contrabandistas y malhechores, con el título de escopeteros de Getares, de Andalucía, de Valencia; con el de guardacostas en Granada, y fusileros ó miñones en Aragon.

«Todos estos cuerpos estaban á las órdenes de los respectivos comandantes militares de los distritos, y apenas existian mas que en el nombre. Entre las milicias urbanas, unas tenian comandante, segundo comandante y sargento mayor: otras solo un comandante con sargento mayor, otras dos comandantes sin sargento mayor y otras solo un comandante. Bien se ve que tales urbanos en nada se parecian á las compañías departamentales de Francia, asi como nuestros escopeteros y fusileros tampoco eran comparables, ni por el número, ni por la organizacion, ni por los resultados, á la gendarmería francesa.

«*Reemplazo.* Para el reemplazo del ejército se empleaban los medios de enganche y compra ó recluta voluntaria, y los de quintas y levas que pueden comprenderse bajo la voz de *recluta forzada.* No nos corresponde discutir si conviene al estado actual de nuestras costumbres el asimilar el honroso servicio de las armas, con los trabajos ignominiosos y viles que se imponen por castigo: lo que podremos afirmar como militares es, que los vagos y mal entretenidos carecen regularmente de honor y subordinacion, que son las primeras virtudes del soldado, emponzoñan con su perverso ejemplo á los que sin él fueran escelentes servidores, y degradan la noble carrera militar, confundiendo bajo un mismo uniforme al delincuente y al honrado.

«Es bien sabido el modo con que se verificaban las quintas; las innumerables exenciones que habia, y las injusticias y vejaciones á que estas daban lugar. No examinamos este punto que pertenece á la legislacion: consideramos solamente el daño que resultaba al ejército de la falta de método y justicia en los reemplazos, ya porque provocaba la desercion de los que se veían notablemente perjudicados y desatendidos, ya porque dejaba frecuentemente incompletos los cupos de las provincias, ya porque producia interminables retardos.

«Si eran injustos ó poco decorosos los medios de recluta forzada, no eran mejores los de reemplazo voluntario. Todas las ciudades del reino estaban pobladas de enganchadores que hacian tanta falta en sus regimientos, como perjuicio en los pueblos donde corrompian las costumbres, y ofrecian un asilo á los mozos que aborrecian el trabajo, ó reñian con sus padres, ó tenían algun recelo de la justicia. El vino y el juego eran los atractivos mas inocentes que solian emplearse; las mas veces se arrancaban poco menos que á la fuerza las promesas de servir al rey, ó se hacian válidas las palabras pronunciadas sin conocimiento y entre los humos de la embriaguez. En Cataluña, donde no se habia adoptado el sistema de quintas, se compraban, á espensas de los pueblos, hombres voluntarios que regularmente adolecian de los mismos vicios morales que los vagos, y eran muy poco idóneos para la fatiga.

«*Instruccion.* Si el gobierno habia sacado poco fruto de las compañías de Francia, no habian sido igualmente estériles para todos los oficiales. La táctica prusiana que el gran Federico empleó con tanta gloria en sus memorables batallas, y que Guibert desenvolvió con tanto aplauso en sus escritos, habia sido adoptada por los ejércitos republicanos en el año de noventa y tres, y sus ventajas eran demasiado palpables para que no se considerára como indispensable el apropiárselas, sopena de caer

provincia de la de Burgos por una cadena de espesas montañas, tienen ambas abierta su comunicacion por Reinosa, y una vez ocupado este punto por los insurgentes, podian caer en Castilla la Vieja y complicar la situacion en perjuicio de los franceses. Hemos visto la decision de aquellos esforzados naturales, y hemos visto tambien la actividad con que el nuevo capitan general Velarde se dirijió con el paisanage y algunos milicianos de Laredo á ocupar á Reinosa, mientras su hijo con menor fuerza se apostaba en la venta del Escudo, otro de los principales pasos de las montañas, quedando defendido igualmente el puerto de los Tornos por algunas partidas sueltas. Llenos los montañeses de entusiasmo, esperaban el momento de medirse con las tropas francesas, creyéndose invencibles en aquellas posiciones, cuando llegando Merle á las inmediaciones de Reinosa el dia 4, conoció la vanguardia española situada en Canduela quo no le convenia esperarle en aquel punto, por lo cual volvió atrás con los cuatro cañones que llevaba, pasando rápidamente por Reinosa en busca de posicion mas favorable. Preparábanse Merle el dia 5 á forzar el paso, y los españoles á resistirle; pero habiendo aquel recibido órden de volver atrás, abandonó el campo repentinamente, quedando los nuestros en la persuasion de haberle intimidado con su actitud en aquellas montañas.

No era, empero, este el motivo de la retirada de Merle. Valladolid acababa de alzarse, y el general Cuesta se habia visto precisado á dirigir la insurreccion, sopena de esponerse á una catástrofe. Este movimiento llamó la atencion de Bessieres con tanto mas motivo cuanto mas importancia tenia la la ciudad sublevada, no ya por su posicion favorable ó por contar con grandes medios de resistencia, sino por lo que podia influir en la opinion y en

---

en una peligrosa inferioridad. Reunióse en Estremadura á fines de 1796 un pequeño cuerpo de tropas en *acantonamientos de instruccion*, y aunque todos estaban convencidos de que este título era solo un pretesto que encubria alguna mira política, sin embargo, el general Pardo Figueroa y el mayor general don Francisco Eguia, se ocuparon con particular esmero en promover la instruccion de los oficiales, y ejercitar las tropas reunidas en aquel canton. Diéronse á los sargentos mayores unos cuadernos manuscritos, en los cuales nada se innovaba en el manejo del arma, pero sí en los pasos y en las evoluciones de batallon, dando ademas algunas nociones, bien que muy concisas, de las evoluciones en línea. Desvaneciόse la causa política que habia motivado la formacion del acantonamiento, y asi se disolvió á fines del mismo año de 97, sin haber producido el deseado efecto de mejorar la instruccion militar; antes bien introdujo la mas estravagante discordancia en los ejércitos, en términos de que las evoluciones y voces de mando eran distintas entre los batallones de un mismo regimiento, segun que habian asistido ó no á la escuela de Estremadura.

«Conoció el ministro de la Guerra, don Manuel Alvarez, en 1798 la necesidad de uniformar la táctica, tanto de infantería como de caballería, y al mismo tiempo que el general Pardo Figueroa mandaba traducir literalmente el reglamento francés de 1793 para la primera, el marqués de Casa-Cajigal trasladó al castellano el reglamento de 1788 para la segunda. Aprobó el gobierno los nuevos reglamentos, los mandó observar por todo el ejército, y señaló para las asambleas de la infantería las ciudades de Avila y Trujillo, y la de Almagro para la caballería. Hallábanse ya en camino los ayudantes de todos los regimientos, y un oficial por compañía con el correspondiente número de sargentos, cabos y soldados, cuando una miserable intriga trastornó todos los proyectos. Pardo Figueroa fué removido de la inspeccion de infantería; el marqués de Casa-Cajigal, nombrado para dirigir la asamblea de Almagro, fué destinado á Galicia; y se mandó á todos los cuerpos del ejército que se uniformasen en la táctica, retrocediendo á la que estaba prescrita por las ordenanzas de S. M. desde el año de 1798.

«Despues de la guerra de Portugal en 1802, el inspector don Francisco Negrete, deseando hacer cesar el desconcierto y abusos que se notaban en la escuela de compañías y batallones, encargó á don Joaquin Blake, entonces coronel del regimiento de la Corona, la formacion de un manual de instruccion para toda la infantería, y le mandó ensayarlo con los batallones de su regimiento que se hallaban entonces en Getafe. Asistió Negrete á los ensayos y pareció aprobarlos; pero sin embargo, no se revocó positivamente la órden dada en tiempo de Oquendo; y asi es que en muchos regimientos subsistia aun la antigua escuela del año 68, en otros se maniobraba segun la táctica de 96, en algunos se ejecutaban las evoluciones del reglamento de 98, y el desórden llegó á tal punto, que hubo paradas de guarnicion en que los soldados de distintos regimientos cargaban el fusil de distinto modo. Entretanto el teniente general don Francisco Solano, gobernador de Cádiz, entusiasta del brillo militar, tenia frecuentes y vistosas paradas, en las cuales se evolucionaba segun la instruccion que se dió en noviembre del año 96, y cuya ejecucion estaba prohibida por el gobierno. Como los mas de los capitanes generales de las provincias se hallaban escesivamente ocupados é imposibilitados de vigilar el servicio de las tropas, y la opinion pública estaba tan justamente decidida sobre la insuficiencia de la antigua ordenanza, los coroneles adoptaban sin escrúpulo las variaciones que

el alzamiento de otras poblaciones, como de hecho influyó desde luego, dejando á Besieres absorto en medio de un semicírculo de gentes insurreccionadas casi á las mismas puertas de Burgos, cortando su comunicacion con Madrid y amenazándole con mayores males sino se apresuraba á apagar el incendio. Esto y la circunstancia de hallarse puesto al frente de la insurreccion de Valladolid un general de crédito como Cuesta, obligó á Besieres á dilatar por algunos dias la ocupacion militar de la provincia de Santander; y de aqui la retirada de Merle para reunirse con el general Lasalle, quien habiendo recibido órden de marchar inmediatamente sobre la capital de Castilla la Vieja, salió de Burgos el 5 al frente de cuatro mil infantes, setecientos caballos y diez piezas de artillería, llegando delante de Torquemada el 6 á la caida de la tarde.

Esta villa importante está situada á la orilla derecha del Pisuerga, donde tiene un molino con iglesia y fábrica. La orilla izquierda está descubierta y dominada, sirviendo de comunicacion entre la una y la otra un bellísimo puente de piedra, cuya longitud es de cuatrocientos pasos. Quinientos paisanos armados ocupaban las casas y la iglesia, y á fin de impedir el paso del enemigo, habian atrancado el puente con carros, cadenas y vigas. Varios habitantes acababan de abandonar el pueblo creyendo imposible la resistencia, quedando en él los mas acalorados. Los tiros inseguros y mal dirigidos con que el paisanage creyó detener á los franceses, no arredraron á estos, y avanzando á paso de carga una columna enemiga, consiguió apoderarse del puente. Arrojando entonces al rio las carretas y demas estorbos que impedian el tránsito, entraron los franceses en la poblacion sin mas dificultad, no costándoles esta accion sino algunos heridos. Los defen-

---

les parecian mas oportunas, ó bien copiándolas de los diferentes manuales y reglamentos que se habian circulado en distintas épocas, ó inventándolas á su albedrío.

«La division española que fué á Etruria en 1806 á las órdenes del general O-Farril, se conformó al reglamento de 98, y á la verdad hubiera sido ridículo y aun vergonzoso que unos soldados de la mejor disposicion, y vestidos con uniformes europeos, brillantes y de buen gusto, conserváran los viejos resabios que la Europa militar habia proscrito. Por fin, en 1807 la conviccion pública y la necesidad logró torcer la pueril oposicion de los rutinistas, y cuando tuvieron que reunirse nuestras tropas con las de Junot y de Bernadotte se mandó observar el reglamento de Pardo Figueroa, que era, como hemos dicho, el mismo que se dió á la infantería francesa en 1793. De este modo se puso fin al desórden escandaloso y á la fermentacion que habia durado por espacio de doce años en un punto tan esencial como el de la táctica.

«No era menor el descuido con que el gobierno miraba la educacion física y moral de los oficiales. Está demostrado que solo en los colegios pueden educarse los jóvenes é instruirse á un mismo tiempo. Las academias y demas establecimientos á que concurren los alumnos en horas y dias determinados, podrán llenar á lo mas uno de los objetos principales, que es la enseñanza é instruccion; pero dejan enteramente incompleta la otra parte no menos esencial, que consiste en escitar y desenvolver las virtudes militares y cívicas, y en acostumbrar desde los mas tiernos años el ánimo á la subordinacion, y el cuerpo á la fatiga. Despues que se cerraron los colegios de Ocaña y Puerto de Santa-María, la enseñanza de los cadetes quedó confiada en cada regimiento á un oficial que regularmente se limitaba á instruirlos en los primeros rudimentos de aritmética y geometría, y en hacerles aprender de memoria las ordenanzas generales y la escuela del recluta, de compañía y de batallon. Y aun solian olvidar estas lecciones luego que salian á oficiales, ya porque los ejemplos de una fácil y rápida elevacion debida á la intriga y no al mérito les hacia mirar á este como inútil, ya porque carecian de medios y aun de tiempo para instruirse.

«En España no habia guerras, ni campos, que son las escuelas prácticas donde se forman las tropas, y los autores que enseñaban la teoría de la guerra eran poco conocidos. Los mas de nuestros oficiales ignoraban hasta los nombres de las obras militares, y los pocos que las conocian, ni las hallaban en nuestras bibliotecas, ni tenian medios para hacerlos traer de reinos estrangeros. Nunca pensó el gobierno en hacer traducir y circular los escritos militares que abundaban en los demas paises, ni en poner bibliotecas para los militares en las ciudades principales. Antiguamente los sargentos ascendian con mucha dificultad al grado de oficiales; posteriormente se allanó esta odiosa valla, y estableció por regla general que los sargentos alternasen con los cadetes en las promociones. No podia darse una providencia mas justa que la de estinguir la aristocracia militar, y ofrecer iguales premios á los que corrian iguales riesgos. Nada era mas capaz de inflamar la noble ambicion del guerrero que la posibilidad de trocar el fusil por el baston de general; pero el gobierno, al tiempo de dictar tan sabia medida, debiera haber previsto y evitado sus inconvenientes, cuidando con mayor esmero de la educacion física y moral de unos hombres á quienes permitia aspirar y ascender hasta las primeras gerarquías del estado, y que por desgracia carecian generalmente aun de la cultura indispensable para llenar con decoro los grados mas inferiores de la milicia.

sores buscaron su salvacion en la fuga, siendo acuchillados desapiadadamente por la caballería enemiga, mientras los infantes se entregaban á todo género de atrocidades en la poblacion; la que despues de haber quedado convertida en una balsa de sangre, fué dada por último al saco y ademas entregada á las llamas.



QUEMA DE TORQUEMADA.

Este rasgo digno de Atila ha sido disculpado por algunos escritores franceses con

---

«*Administracion.* Cerca de seiscientos millones de reales anuales costaba la masa de hombres armados que mantenia la nacion, y sin embargo ni estaban defendidas las fronteras, ni asegurada la tranquilidad interior. Es verdad que el sistema bursatil era defectuoso. La administracion militar asida por sus dos estremos á dos diferentes ministerios, carecia de un punto central que la diera uniformidad, claridad y método, y sufria mil trabas que aumentaban el dispendio, y disminuian la utilidad. La direccion general de provisiones y víveres, ni dependia enteramente del ministerio de Hacienda, ni del ministerio de Guerra.

«En tiempo de paz todos los ramos decaian y se entorpecian por falta de impulso y de fiscalizacion; en tiempo de guerra la fuerza y la arbitrariedad decidian de todo, y los remedios eran frecuentemente mas nocivos que los daños mismos que se proponian curar. Nuestro soldado era tal vez el mas recompensado de Europa; los sueldos de los oficiales habian sido fuertemente aumentados por el príncipe de la Paz, y sin embargo los cuerpos estaban en un estado lastimoso, particularmente los de caballería. Los regimientos carecian de un punto estable en el cual se arregláran las cuentas, se construyeran los vestuarios y se centralizára la administracion, evitando los extravíos y pérdidas de documentos que alguna vez pueden ser fraudulentas. Tampoco habia rutas ó vias militares bien calculadas para los movimientos de las tropas, ni la mayor vigilancia en el cumplimiento de los reglamentos sobre bagages y trasportes, resultando de este olvido entorpecimiento en las marchas y gravámen en las provincias. Cuando entraron en España las tropas francesas, y se movieron nuestra divisiones para cooperar con ellas, se palparon los defectos de nuestra administracion, y el suministro de auxilios fué mas difícil en aquella época, sin embargo de los vivísimos deseos que tenia el príncipe de la Paz de complacer á sus huéspedes, que cuando posteriormente la guerra mas atroz ardia en todos los puntos y devoraba todas las subsistencias.

«*Fortificacion.* Poco se habia espendido para fortificar nuestras fronteras despues de la paz de 95. Los puertos de Vizcaya y el camino de Bayona á Madrid estaban abiertos de par en par. La ciudadela de Pamplona y los fuertes de San Sebastian estaban guarnecidos con tropas francesas. En la parte oriental de los Pirineos era igualmente lastimosa nuestra situacion. Barcelona, Monjuich y Figueras estaban ocupadas por los enemigos: Rosas tenia aun abiertas las brechas de la última guerra: Hostalrich estaba enteramente abandonado: Gerona, cuya heróica defensa ha renovado en nuestros años las antiguas proezas de los Guzmanes y Lavaletas, estaba en tan mal estado, que Duhesme se desdeñó de ocuparla: las fortificaciones de Tarragona, Lérida y Tortosa, excesivamente irregulares y de malísima construccion, menoscabadas por las guerras de Felipe V y desmoronadas por el tiempo, no ofrecian mas que escombros y ruinas de imposible defensa. »—*(Obra citada, página 133 á la 153.)*

una desvergüenza que pasma, cual si la necesidad de ejercer un rigor saludable en los principios de una insurreccion, pudiera nunca autorizar á los hombres de guerra á traspasar los límites de ese mismo rigor hasta convertirse en caribes. La guerra como todas las cosas debe caminar con la época, y esceptuando el caso, á veces necesario por desgracia, de una represália cruel, nada hay que sea bastante á legitimar en un siglo civilizado el incendio de las poblaciones. Los habitantes de Torquemada se habian declarado enemigos de los franceses, y aun cuando la causa hubiera sido injusta, tenian derecho á ser tratados como tales, no como incendiarios sujetos á la pena del talion. La esperiencia acredita ademas el ningun efecto que á favor de sus autores producen semejantes atrocidades. La barbarie no corrige á los hombres, ni el escarmiento que con ella se pretende infundir se estiende apenas mas lejos de lo que desde el lugar de la catástrofe abarca la vista. Bien pudo conocerlo el mismo Lasalle, notando el ningun arrepentimiento que en las demas provincias sublevadas ejercia el incendio en cuestion. Bien pudo conocer igualmente, no ya lo inútil del crímen, sino lo perjudicial que les fué á los mismos que lo perpetraron. Torquemada era un punto importante para los franceses, á causa del puente que servia de paso al Pisuerga, y cuando no por humanidad, debieran por interés y utilidad propia haber ocupado la poblacion, manteniéndola en pié. Al destruirla como lo hicieron, quedaron privados durante toda la lucha de los recursos y ventajas que su ocupacion les habria procurado; y asi es como nunca se ultrajan en vano las leyes de la naturaleza, de la humanidad y del decoro.

Hecha á toda su satisfaccion aquella hazaña de vándalo, continuó Lasalle su ruta á Valladolid, entrando el 7 en Palencia, cuyos habitantes atemorizados habian en gran parte abandonado la poblacion, dirijiéndose á Leon en tropel para aumentar con cuatro mil reclutas el número de los insurgentes en aquella provincia. De este modo escarmientan los hombres. El obispo de Palencia pidió gracia; y como el clero habia contribuido á libertar del furor del pueblo á algunos franceses arrestados en los primeros momentos de la insurreccion, el general enemigo oyó con clemencia las súplicas del prelado, absteniéndose de maltratar la ciudad y contentándose con imponerle una contribucion, tras lo cual dispuso el desarme de todos los habitantes de la provincia. Lasalle se dirijió despues á Dueñas, villa situada á seis leguas de Valladolid, mas abajo de la confluencia de los rios Carrion y Pisuerga. La division de Merle, que como hemos dicho habia retrocedido de Reinosa con el fin de auxiliar el movimiento sobre Valladolid, reunióse á la de Lasalle en Dueñas el dia 11, ascendiendo en su virtud el total de las fuerzas enemigas á diez mil infantes, novecientos caballos y diez y ocho piezas de artillería.

Noticioso el general Cuesta de la aproximacion de los franceses, determinó salirles al encuentro en Cabezon, villa situada á dos leguas de Valladolid y á la orilla izquierda del Pisuerga, asi como Torquemada lo está á la derecha. Un buen puente que hay sobre el rio sirve de comunicacion entre el pueblo y el convento de monges Bernardos de Palamelos, proporcionando en la izquierda una posicion escelente para la defensa, en razon á la elevacion de la villa sobre la ribera opuesta. El general español debia haber cortado el puente, ó atrancarle á lo menos como el instinto popular habia hecho en Torquemada, y esperar el ataque del enemigo tomando posicion en la orilla izquierda. Lejos de obrar en estos términos, hizo cabalmente todo lo contrario, colocando sus tropas en la orilla derecha, y dejando el puente á su espalda, imperdonable desatino, no ya en un general veterano, sino en un oficial principiante. Con tales disposiciones, la derrota era segura, aun cuando Cuesta hubiera tenido á sus órdenes los mejores soldados del mundo: ¿cuanto mas componiéndose su tropa de gente allegadiza en la mayor parte, puesto que no eran sino unos seis-

cientos los militares de que disponia, siendo el resto cinco mil paisanos levantados de pronto, sin instruccion y mal armados, y con solo cuatro cañones de los que se salvaron en Segovia? No acertando á achacar á ignorancia tan estraña conducta, hánla algunos atribuido á venganza contra el paisanage de Valladolid, por las razones que saben nuestros lectores. Sea de esto lo que quiera, dificilmente podrá darse disparate mayor que el que, ora á propósito, ora por insensatez, cometió el D. Gregorio aquel dia.

Convenidos en el plan de ataque los generales Lasalle y Merle, quedó el primero encargado de embestir á los españoles de frente, marchando por el camino real de Valladolid y cubriendo su izquierda con el monasterio, mientras el segundo debia dirigirse por su derecha hácia los pueblos de Cigales y Fuensaldaña, á fin de cortar á Cuesta el camino de Leon, si como hacian presumir sus disposiciones, tenia intencion de verificar su retirada hácia aquella provincia. Las dos divisiones enemigas se pusieron en marcha á las seis de la mañana del 12, moviéndose cada cual en la direccion convenida. El general Lasalle despliega su caballería, y haciéndola avanzar en batalla por la llanura que está á la derecha del camino, divide la infantería en dos columnas, de las cuales camina una en derechura al puente, mientras la otra avanza á lo largo del Pisuerga, cubriéndose con el convento. Un puesto avanzado de cincuenta caballos españoles, apostado en la Venta de Trigueros, habiase visto desde un principio en precision de replegarse, á la aproximacion de las tropas francesas, por hallarse al descubierto y falto de apoyo en campo raso. Esta retirada en desórden introduce la inquietud en los demas, y sobre todo en el paisanage; pero resiste sin embargo durante algun tiempo. Los franceses colocan en batería seis piezas que enfilan el puente. Sus fuegos certeros y bien dirigidos son contestados débilmente por nuestras cuatro piezas tan mal aviadas como flojamente servidas. El gefe de escuadron Wattiez pónese entonces al frente de cincuenta caballos, y sostenido por un escuadron, se prepara á caer sobre nuestras piezas. Viendo esto los paisanos, comienzan á desordenarse, y tras esto á pensar en la fuga. Cuesta dá la señal de retirada, y pasa el puente en desórden al frente de la caballería, siguiendo despues una parte de los demas que se hallaban situados á la orilla derecha del Pisuerga. Mientras estos y los caballos se agolpan y apretujan en el puente, mantiénense firmes un rato los estudiantes de Valladolid; pero ceden al fin como el resto, huyendo con el paisanage en distintas direcciones, y siendo acuchillados los unos en su marcha á Cigales, mientras otros perecen ahogados en el rio al querer vadearlo. La confusion y el desórden reinan entretanto en el puente. Agolpada la muchedumbre en aquel estrecho desfiladero, se esfuerza vanamente en vencer los obstáculos que ella misma opone á su fuga. Veinte cazadores franceses de caballería, seguidos de la infantería, atraviesan la multitud, y apoderándose de los cuatro cañones, la acuchillan á toda su satisfaccion. Los que habian pasado el puente reúnense en las alturas que se hallan á la otra parte del pueblo, y procuran resistir todavia; pero todo es inútil. Nuestra caballería huye otra vez; quinientos ó seiscientos paisanos son acuchillados de nuevo, y la derrota es completa. Cuesta



Combate de Cabezon.

con mas sangre fria de la que era de esperar en trance tan crítico, prosigue sereno su retirada con la caballería, dirigiéndose á Rioseco y despues á Benavente, pasando por Valladolid.

Tal fué nuestro desastre en Cabezon; tal la impericia ó mala fé con que Cuesta manchó su nombre aquel dia. Traicion no podemos llamarla, porque á haberlo sido, hubiera aquel general abrazado desde luego el partido francés, y no lo abrazó.

El general Merle, que segun el plan convenido habia verificado su movimiento camino de Cigales, no hallando enemigos que combatir por la parte aquella, volvió á reunirse con Lasalle apenas oyó los primeros tiros, prosiguiendo ambos la persecucion de los nuestros despues de su derrota. Envanecidos los franceses al verse dueños de una posicion que defendida de otro modo hubiera sido inexpugnable, creyeron cosa fácil la sumision completa de toda España en pocos dias; pero no tenian presente que si habian alcanzado tan fácil victoria sobre gentes indisciplinadas y pésimamente dirijidas, el infortunio mismo debia serles una escuela escelente para aprender en lo sucesivo á gobernarse mejor. Las derrotas que asustan al cobarde, son el aprendizage y la enseñanza del fuerte.

Los franceses despues de su victoria se detuvieron algun tanto delante de Cabezon, no atreviéndose á entrar en el pueblo, temerosos de alguna emboscada. Tan escelente era aquella posicion para la defensa, que ni aun el triunfo les inspiraba confianza para pasar adelante. Deseoso el enemigo de salir de su incertidumbre, asestó la artillería contra los edificios, haciendo huir á los vecinos desde los primeros disparos. Convencido entonces de lo infundado de su temor, penetró en la poblacion al mediodía, entregándola al saco y quemando en las eras los efectos que no podia llevarse. La suerte de Cabezon fué por lo demas menos triste que la de Torquemada, pues los edificios, aunque saqueados, no fueron devorados por las llamas.

Entretanto reinaba la consternacion en Valladolid. El general Lasalle antes de reunírsele Merle en Dueñas, habia invitado á Cuesta á deponer las armas y reconocer la autoridad francesa, prometiendo tratar con clemencia á los habitantes si se le sometian desde luego. El pueblo confiado en sí mismo miró con desden las ofertas del enemigo, y sus pliegos no recibieron contestacion, siendo tal el enojo que aquella intimacion produjo en Valladolid, que hubieran perecido sin duda los encargados de notificarla, á no haber elegido Lasalle para la entrega de sus cartas á dos eclesiásticos de Palencia. Sabida ahora la derrota de Cabezon, y habiendo visto pasar fugitivos con Cuesta los restos de aquella division en quien tanto confiaban pocas horas antes, trocóse la esperanza en temor, y el patriotismo transijió con la prudencia. Los generales franceses habian detenido sus tropas á una legua de Valladolid, á fin de evitar los escesos del soldado en el calor de la persecucion. Bessieres por su parte les habia encargado el buen tratamiento de la ciudad, creyendo suficiente al escarmiento el ejemplo de Torquemada. Esta detencion alentó al obispo, quien poniéndose al frente de algunos regidores y ministros de la chancillería, y siguiéndole algunos de los principales habitantes, salió á las cuatro de la tarde al encuentro del vencedor, ofreciéndole la sumision de la capital. Los franceses entraron en esta una hora despues, y



Sumision de Valladolid.

emplearon los tres dias de su permanencia en despojar el arsenal de los cañones, fusiles y municiones que habia en él, y en desarmar á los habitantes, á los cuales se impuso una contribucion bastante gravosa. Ya entonces se sabia en España la eleccion que el emperador habia hecho en su hermano José para suceder á Fernando, como mas detenidamente veremos en otro lugar. El ayuntamiento de Valladolid se vió obligado á enviar una diputacion á Bayona, con objeto de felicitar al nuevo rey; y hasta el clero, transigiendo con la necesidad, celebró la noticia cantando el *Te-Deum*. Esto mismo se verificaba en todos los puntos de que los franceses se hallaban posesionados; pero el jura-

mento de fidelidad al rey intruso, arrancado por la violencia, no era medida á propósito para calmar la insurreccion. Las provincias libres sentian redoblada su furia, y los soldados que se hallaban á las órdenes del enemigo en las poblaciones ocupadas por él, desertaban todos los dias para unirse á las filas de los leales. El regimiento de Calatrava que guarnecia á Burgos iba mermando por momentos, y Bessieres se vió precisado á disolverlo, tomando otras medidas de policía y de gobierno que fueron insuficientes á cortar el mal. Los caminos eran cada vez mas inseguros, y los soldados franceses que llevando órdenes transitaban por ellos, eran asesinados por el paisanage de las aldeas y casas de campo.

Como la espedicion de Santander no habia sido retardada sino por causa de Valladolid, los franceses volvieron á su primer propósito desde el momento en que el órden quedó restablecido en esta ciudad. El mariscal Bessieres comunicó sus órdenes para evacuarla, y los franceses salieron de Valladolid el 16 de junio, llevándose consigo cincuenta habitantes entre los mas influyentes de la poblacion, los cuales fueron conducidos á Burgos en rehenes. El general Lasalle tomó posicion en Palencia con dos batallones, dos regimientos de caballería y cuatro cañones. Su encargo era cubrir á Burgos y observar las poblaciones de Benavente y Medina de Rioseco, á donde, segun hemos dicho, se habia retirado Cuesta despues de su derrota en Cabezon. Lasalle debia igualmente estar en comunicacion con Merle, encargado de marchar á Santander; y si el enemigo se presentaba, tenia órden de retirarse sin combatir.

El general Merle habia salido de Valladolid un dia antes que Lasalle, marchando con direccion á Reinosa, á donde llegó el 20 sin resistencia, con diez batallones, cien caballos y diez piezas de artillería. Mientras él verificaba su marcha, habia el 16 salido de Miranda de Ebro el general de brigada Ducos con cuatro batallones y cincuenta caballos, caminando por Frias y Soncillo, y llegando el mismo dia 20 al pié del puerto del Escudo.

Los españoles debian haber aprovechado la primer retirada del enemigo aumentando sus medios de defensa; pero ora fuese por no creer su vuelta tan pronto, ora por juzgar malamente que el arte no debia añadir nada á la naturaleza en aquellas posiciones, siguiéron inactivos allí con toda la indolencia que inspira una ciega y fatal confianza. Merle aprovechó este descuido y la superioridad que sus diez mil hombres tan disciplinados como aguerridos le daban sobre los tres mil paisanos que mandaba Velarde en Lantueno. El enemigo dejó en Reinosa la mayor parte de su artillería guardada por dos batallones, y formando despues dos columnas de tres batallones cada una, se dirigieron estas el 21 contra el punto defendido por Velarde trepando por las montañas de la izquierda y de la derecha, mientras el general marchaba por el camino real con dos batallones. Comenzado el choque, huyeron los nuestros á los primeros tiros, dejando en poder del enemigo dos piezas de diez y ocho, única artillería con que contaban en aquel punto. Algunos de los fugitivos se dirigieron á una segunda línea de defensa, formada entre Lasfraguas y Somahoz, donde la resistencia era facil á causa de la angostura del camino real, abierto en la roca por espacio de un cuarto de legua. Un lado de este desfiladero está defendido por un monte cortado á pico, llamado por esta razon la Roca Tajada, y al otro tiene un precipicio en cuyo fondo corre el Besaya. Los españoles habian hecho el paso intransitable con una enorme tala de árboles, y lo enfilaban ademas con dos cañones de á cuatro; pero viendo por sus flancos y espalda lo mucho que avanzaba el enemigo con sus columnas de izquierda y derecha, y desalentados con la derrota del dia anterior, no osando esperar un ataque de frente, se retiraron con precipitacion, mientras los franceses desembarazaban el paso, lanzando al despeñadero las armas y troncos que los detenian. Merle reunió sus tropas en Somahoz, llegando el mismo dia á Torre-Lavega.

El general de brigada Ducos habia por su parte atacado la fuerte posicion del Escudo el dia 20. Los paisanos en número de mil, mandados por el hijo de Velarde, tenian allí cuatro piezas de artillería, de las cuales no se hallaba en estado de servir sino solo una, y sin embargo resistieron al enemigo en el primer choque; pero habiendo llegado á su noticia la derrota de Lantueno, retiráronse ellos tambien el 21 á favor de una espesa niebla, quedando en consecuencia el Escudo en poder de Ducos. Avanzando este por Trambas Mestas, reunióse con Merle el 25, entrando los dos en Santander el mismo dia, sin que por su parte ni por la nuestra se hubieran apenas derramado algunas gotas de sangre.

El obispo de Santander habia creido fácil la resistencia á los franceses, y no bien supo su aproximacion á los puntos defendidos por los dos Velardes, armóse de pies á cabeza, y montando en una mula, dirigióse confiado al campamento; pero viendo á los nuestros en derrota y sintiendo resfriado su ardor, buscó su salvacion en la fuga, acojiéndose á Asturias con la junta y con el paisanage derrotado.

Posesionados de Santander los franceses, gravaron á sus habitantes con va-



HUIDA DEL OBISPO DE SANTANDER.

rias imposiciones, sin que les sirviera de escudo contra la vejacion la generosa conducta observada con el cónsul y demas franceses que en los primeros momentos de la insurreccion habian sido arrestados, y á los cuales se dió libertad á los pocos dias, poniéndolos á bordo de un buque francés que habiendo arribado á aquel puerto con un cargamento riquísimo procedente de América, tuvo la junta la delicadeza de dejarle seguir su viage á Francia, en vez de aprovecharse de aquel recurso, como podia haberlo hecho.

El enemigo al entrar en Santander, halló en la poblacion un destacamento ingles, que habia llegado á aquel puerto dos dias antes en el navio de guerra llamado el *Cosaco*, con el fin de clavar los cañones que defendian la entrada del puerto y volar algunos repuestos. La vanguardia francesa le obligó á reembarcarse, y el enemigo quedó posesionado tranquilamente de la ciudad y de toda la provincia. Allí, como en todas las partes de que era dueño,

obligó á los habitantes á prestar el juramento de fidelidad á José, y aquellos moradores, lo mismo que lo habian hecho los de Valladolid, tuvieron que celebrar con *Te-Deum* el yugo que se les imponia, enviando ademas á Bayona la diputacion consabida para cumplimentar al intruso.

Tenemos, pues, á los franceses vencedores en Logroño y Segovia, vencedores en Torquemada y en Cabezon, vencedores en las montañas de Reinosa, dueños y árbitros de las provincias de Santander y Valladolid, y sujeto á sus órdenes casi en su totalidad el resto de Castilla la Vieja. ¿Durará su satisfaccion mucho tiempo? Los insurgentes están en derrota; pero la insurreccion queda en pié.



CAPITULO VIII.

Breve noticia de la ciudad de Zaragoza y de los antiguos fueros de Aragon.—Actividad de Palafox para la organizacion del ejército y defender el reino y la capital.—Medios de persuasion intentados inútilmente por Bonaparte y por Murat para hacer desistir á los zaragozanos de su heróica resolucion.—El general Lefebvre recibe orden de marchar sobre Zaragoza.—El marqués de Lazan se dirige á su encuentro en Tudela.—Combate en esta ciudad y ocupacion de la misma por los franceses.—Combate de Mallen.—Accion de Gallur.—Temeridad de los zaragozanos.—Combate de Alagon.—Estado crítico de la capital.—Sale de esta el general Palafox.—Embisten los franceses las puertas del Portillo, Carmen y Santa Engracia.—Memorable defensa de los zaragozanos y derrota de Lefebvre.

La antiquísima ciudad de Zaragoza, célebre en la historia nacional desde César hasta nuestros dias, estaba destinada en los años 1808 y 1809 á llenar al mundo de asombro con su resistencia á Napoleon, elevándose al primer lugar en el rango de los pueblos heróicos, y no dejando á la mayor parte de los demas otra satisfaccion que la de disputarse con sus proezas el lugar segundo. Cuando Augusto, al reedificarla y darle su nombre, le dió tambien el título de Colonia inmune y la hizo Convento jurídico, poblóla con soldados de sus legiones cual si quisiera convertirla en depósito del valor y de la disciplina que distinguió á aquel gran pueblo; y erigió en ella dos templos, dedicado uno á la diosa Flora, cuya divinidad no se desdeñaría de habitarle, y consagrado el otro á la fortuna, como para indicar la mucha que habia de caberle en la gloria. Puso en ella tambien tres castillos, de los que apenas quedan vestigios al norte, al oeste y al sud, y cercóla de muralla de piedra y torreones, de los cuales se vé al presente mas de una señal, y hasta una inscripcion latina, de fecha moderna, que elegantemente lo indica (1). El tiempo y el sucesivo aumento de la poblacion ensancharon poco á poco sus límites fuera del muro antiguo, rompiendo Zaragoza su cerco de piedra, al modo que sus fajas el niño que crece, para servirnos de la espresion de Victor Hugo. Augusto puso en ella ademas una contra-muralla, la cual ha desaparecido tambien, conservándose solamente una parte de los cimientos á la orilla del Ebro, y no quedando á la ciudad sino una débil tapia, como en señal de no tener otro muro que los pechos de sus habitantes. Situada á la orilla derecha del mencionado rio, sobre el cual se echan de ver un magnífico puente de piedra de siete arcos que la une con el Arrabal, y los vestigios de otro de madera destruido en 1802, báñala por el sud y el oriente otro rio llamado el Huerba, que á veces tiene honores de torrente.

(1) *Saxeus hac murus, veterisque hic terminus Urbis.*
Esta inscripcion existe en las piedras del Coso.

Al occidente de la poblacion, en frente de la puerta del Portillo, existe el palacio de los reyes de Aragon cercado de foso y llamado castillo de la Aljafería; y un cuarto de legua de la ciudad, á la parte del mediodía, se eleva el monte Torrero, como para presidir la rica vegetacion que se estiende á sus plantas. El canal imperial de Aragon, llamado así por haberse comenzado á escavar en tiempo de Cárlos V, es en Torrero una bella página destinada á eternizar la memoria del célebre Pignatelli, el cual llevó á cabo la obra en el siglo pasado hasta el punto en que ahora se vé, abriendo un camino á la navegacion interior y otro al riego de aquellas feracísimas campiñas. Trece paseos arboleados, entre los cuales ocupa el primer lugar el que conduce á Torrero, sirven de recreo á la vista y de salubridad á la poblacion, ciñéndola como á la vírgen su corona de flores. Las calles de la ciudad son angostas, tortuosas y oscuras en su mayor parte, siendo solo escepcion á esta regla las del Coso y Predicadores con alguna otra. Las casas antiguas como la ciudad, pero con mas escepciones. Distínguense entre sus edificios la magnífica casa de Misericordia, monumento elevado á la caridad y á la industria; el cuartel de caballería, junto á la bella y espaciosa plaza de toros; el cuartel hospital de Convalecientes; la lonja inmediata á la puerta del Anjel; el palacio arzobispal; la universidad; el teatro; la erguida y solitaria Torre-nueva; la antigua casa de la inquisicion, ahora cárcel; el palacio del conde de Fuentes, y otros varios, notándose á la hora en que escribimos estas líneas un empeño laudable en la reedificacion, construccion y mejora de casas particulares. El hospital general de Nuestra Señora de Gracia era antes de ser arruinado en la guerra de la Independencia, y lo es aun despues de su traslacion á otro punto, uno de los establecimientos mas grandes, mas filantrópicos y mejor organizados que se conocen en su clase, no siendo vana la jactancia con que los zaragozanos le califican de hospital *Urbis et Orbis*. Pero lo que mas sobresale en Zaragoza en punto de edificios públicos, es los templos, casi todos ellos suntuosos y magníficos, con bellas y elevadísimas torres, con naves espaciosas y grandes, ó con cúpulas gigantescas. Tal es el de S. Ildefonso; tal el de Santo Domingo; tales la Magdalena y S. Pablo; tales, aunque sin torre que merezca atencion, el Seminario conciliar y S. Lázaro; tales, finalmente, y prescindiendo de otros que fueron arruinados en los sitios, el magnífico y atrevido templo gótico llamado de la Seo, y el espaciosísimo de Nuestra Señora del Pilar, donde se venera la imágen que habiendo, segun tradicion, descendido del cielo estando aun María en carne mortal, era considerada en la época á que se refiere nuestra narracion como el paladion sacrosanto cuya asistencia no podia faltar á la Troya moderna.

El reino de Aragon ha sido célebre por sus instituciones, siendo todavía objeto de admiracion la sabiduría con que en siglos llamados con razon de ignorancia y de hierro supieron sus hijos constituirse y gobernarse. «Tienen los de Aragon (dice Mariana) y usan leyes y fueros muy diferentes de los demas pueblos de España, los mas á propósito de conservar la libertad contra el demasiado poder de los reyes, para que con la lozanía no degenere y se mude en tiranía, por tener entendido (como es la verdad) que de pequeños principios se suele perder el derecho de libertad.» Era en efecto allí un derecho público, confirmado por el privilegio general que Pedro III otorgó á fines del siglo XIII, el que se convocasen córtes generales todos los años, y siempre que el reino lo considerase preciso, particularidad que no tuvo lugar en Castilla, cuyos monarcas fueron siempre árbitros de reunir la representacion nacional segun les placia, ó cuando no podian por su propio interés dejar de hacerlo. Las córtes de Aragon pueden considerarse tan antiguas como el reino mismo, habiéndolo sido realmente la junta de los trescientos reunida, en los principios de la reconquista contra los moros, en la cueva de San Juan de la Peña. Las que se reunieron posteriormente compusiéronse siempre

de tres estamentos ó brazos, el de los ricos hombres, el de los caballeros y el popular ó estado llano, añadiéndose en el siglo XIV otro cuarto estamento que fué el del clero, siendo de notar que el estado llano tuvo acaso en ellas representacion desde los mismos principios de la monarquía. Los reyes no podian declarar la guerra, promulgar leyes, imponer contribuciones, ni hacer cosa alguna de interés público sin el consejo y anuencia de sus súbditos (1). Cuando las cortes no estaban reunidas, representábalas la diputacion permanente del reino, compuesta desde dos hasta ocho diputados de cada brazo, segun las circunstancias, la cual residia en Zaragoza y tenia á su cargo velar en la gloria y prosperidad del reino y en la observancia de sus libertades. Ningun aragones podia ser preso dando fianza, ni puesto á tormento por ningun delito, ni hacerse pesquisas contra él por razon de ninguna especie, ni ser despojado de sus bienes ó de sus derechos políticos ó civiles sino en virtud de sentencia pronunciada en debida forma por el tribunal competente. Si el poder abusaba de su fuerza y ultrajaba cualquiera de las garantías que el fuero otorgaba á los ciudadanos, tenian estos el derecho de *manifestacion*, en virtud del cual recurrian al Justicia, quien los ponia bajo su proteccion, y examinado el caso con arreglo á las leyes, declaraba lo que segun ellas procedia, deshaciéndose asi todos los agravios, opresiones y violencias de cualqniera especie que pudieran tener lugar. Cuando esos agravios ó desafueros no se habian verificado, pero habia temor de que se verificasen, estaba concedido á los aragoneses el derecho llamado de *firma*, y con solo presentar al Justicia mayor un simple escrito de estar á derecho, tenian bastante para no ser turbados en la posesion de sus bienes ó en el ejercicio de su libertad civil, á no ser en virtud de juicio. El que por hallarse en la carcel carecia de medios para elevar sus quejas por sí, no por eso tenia cerradas las puertas de la reparacion, pues con tal que un amigo, un pariente suyo, ó cualquiera otra persona, aun cuando fuese el último mendigo, se presentase al Justicia mayor en nombre del que sufria la violencia, bastaba para que aquel magistrado reparase el agravio, sacando al preso de la carcel comun y conduciéndole á la suya ó del fuero, donde se enmendaba el desman. Vez hubo en que el carcelero y los agentes del rey se negaron tenazmente á entregar un preso que el Justicia mayor reclamaba á título de manifestacion: el magistrado popular fué entonces á la carcel del rey, y rompiendo las puertas con una hacha, sacó de ella al vejado injustamente (2).

(1) *Jura dicere regi nefas esto, nisi adhibito subditorum concilio: bellum, aggredi, pacem inire, inducias agere, remve aliam magni momenti pertractare caveto rex, prælerquam seniorum annuente consensu.*

(Véanse los fueros de Sobrarve.)

(2) Este Justicia fué el célebre *Domingo Cerdan*, de quien su hijo Juan Jimenez, del mismo apellido, y Justicia tambien, habla en los términos siguientes, segun puede verse en la carta que anda inserta en las colecciones de los fueros:

«Aqueste Justicia fué muy esforzado: car á mi me miembra que una vegada don Jurdan Perez Durries, Portant veces de Gobernador, fué citado personalment delant dél, é le fué dada demanda criminal como crebantador del Fuero: é porque le empacharon su Firma de dreyto por carta pública, lo retiró como preso: é apres á grandes rogarias lo dió á capleuta. — Item otra vegada Joan de Albenida era preso en la carcel comuna de la ciudad, que aquella hora era entre la puerta Curega é la Juderia en el muro de piedra: é por un Lugarteniente del Regno, no me miembra buenamente quien era, demandó seyer manifestado por el dito Justicia: é él embió su Veguero á manifestarlo á la dita carcel: é el carcelero, é los que guardaban, no consintieron facer la dita manifestacion, ó avida relacion el dito Justicia de lo sobredito, *él mateix fué á la carcel personalment con companya, é destrales: é comenzaron de ferir é crebar las puertas de aquella: é mas por fuerza que por grado hovieronle á librar el dito preso, é levarlo con sí.*»

Este rasgo de energía bastaría á probar por sí solo, cuando otros no hubiera, hasta qué punto estaban garantidos los aragoneses de toda opresion y violencia contra las demasías del poder. Cuando el Rey Pedro IV, llamado el Ceremonioso y el del Puñal, instigado por la Reina Sibila Forcia, quiso quitar á su hijo don Juan el derecho de primogenitura, firmó de derecho el Infante ante el dicho Domingo Cerdan, y este le escudó contra el rey y contra la madrastra, espidiendo las letras inhibitorias de costumbre para que no pudiera ser privado de su herencia sin ser antes vencido en juicio como los demas ciudadanos. El Rey se empeñó tenazmente en llevar adelante su arbitrariedad, pero

Era, pues, el Justicia mayor una autoridad intermedia entre los monarcas y el pueblo, y autoridad tan antigua como la misma monarquía, no faltando quien crea haber los aragoneses nombrado Justicia, antes que su primer rey fuese elejido (1). «En su alta preeminencia y suprema autoridad, dice Zurita, se moderaba y reprimia la ira y precipitacion de los reyes, sin dar lugar que de hecho se violasen las leyes, ni se hiciese fuerza á ninguno tiránicamente. Y ordenaron que este magistrado no pudiese ser tan popular y sedicioso; y proveyeron que el que este cargo tuviese, fuese caballero y no plebeyo; no rico-hombre, porque no pudiera ser castigado; no plebeyo, porque no fuese mengua de los grandes y él se ensoberbeciese; y que fuese elegido por el rey, pero que no pudiese ser quitado ó removido, ni menos castigado, sino en los casos prevenidos de ley.»

Tanta autoridad, acumulada en un solo hombre, podia ser ocasionada al abuso; pero los aragoneses lo habian todo previsto, estableciendo un tribunal supremo llamado *De los Quince* y compuesto de jueces sorteados de los cuatro brazos, el cual juzgaba sin apelacion las injusticias ó agravios que en cualquiera sentido pudiera aquel cometer, siendo decisivo su fallo en las diferencias que entre el rey y el Justicia por cualquiera motivo se suscitasen.

Esta breve reseña de los antiguos fueros de Aragon prueba hasta qué punto se hallaba aquel pais adelantado sobre todos los demas de Europa en la carrera de la libertad, sin que por eso dejase de resentirse su constitucion civil y política de algunos defectos debidos á las circunstancias y á la índole de los tiempos. Entre los privilegios que los aragoneses tenian, era uno el famoso de la Union, segun el cual tenian derecho á tomar las armas contra los reyes cuando su autoridad degeneraba en tiránica. Este fuero terrible erigía en principio la insurreccion, y hasta la elevaba á deber, pudiendo los díscolos abusar de la concesion, sumiendo al reino por cualquiera pretesto en la mas espantosa anarquía. Que los pueblos tienen derecho de rechazar á sus opresores, cuando carecen absolutamente de otro medio legal para refrenar la tiranía, no creemos haya hombre ilustrado que sinceramente lo dude; pero por lo mismo de hallarse ese derecho escrito en el corazon, no debe consignarse en los códigos. Así lo conocieron los aragoneses cuando despues de las turbulencias ocasionadas á mediados del siglo XIV entre el rey Pedro IV y los Unidos, acordaron la abolicion de dicho privilegio, sustituyéndole acertadamente la autoridad del Justicia con mas amplitud y poder que antes. «Fué el principal intento (dice el ya mencionado Zurita) de fundar de esta suerte la jurisdiccion de este oficio, porque siendo juez contra toda violencia y fuerza, se evitase cualquiera nota de rebelion y alteracion del reino. Y así es cosa muy digna de considerar, que de allí adelante cesaron las alteraciones y discordias civiles que se solian decidir por las armas y son tan ordinarias en otros reinos. Y han estado desde enton-

---

mas tenaz el Justicia, le obligó á ceder mal su grado, haciéndole respetar la ley y volver al recto camino.

Este hecho tan notable en la historia (y sea dicho de paso), ha sido celebrado por el autor de la presente en el drama que con el título *Cerdan, Justicia de Aragon*, fué representado en Madrid en 1840. El público lo recibió con entusiasmo, lo cual prueba poco en verdad en lo que concierne á su mérito, siendo harto contradictoria la aceptacion que mereció á la crítica periodística, fenómeno que tambien significa muy poco. Folletinistas hubo que consideraron el drama como uno de los primeros de la época, y folletinistas que dijeron no haber visto cosa peor. Unos y otros consideraban la obra segun su distinto modo de ver en política, y unos y otros estaban en su derecho. No será el autor por lo mismo quien se lo dispute jamás; pero los que dijeron que el drama no era eco de la antigua libertad aragonesa, si no de la revolucionaria que caracteriza á la época presente, hubieran hecho muy bien en haber leido la historia antes de aventurar un aserto que la breve reseña que hacemos arriba basta á desmentir por sí sola.

(1) «E por aquella razon, los sobreditos Conquistadores del Reino de Aragon acordaron de esleyr Rey, pero que hoviesen un Juzgue entre él é ellos, que hoviesse nombre Justicia de Aragon. E es opinion de algunos que antes eslieron al Justicia que no al Rey.»

(*Juan Jimenez de Cerdan*, en la carta citada.)

ces los reyes seguros en medio del pueblo sosegado y pacífico: porque aquel es mas firme y estable reino de cuyo estado y condicion huelgan los súbditos y tienen mas seguro contentamiento; pues los reinos y estados que esto no alcanzan, están alterados y suspensos entre esperanza y miedo, y siempre se han de entretener con pena ó con beneficio.»

La tradicion nos ha conservado la fórmula con que el Justicia coronaba á los reyes. «*Nos que somos tanto como vos*, decia el Justicia, *os facemos rey, á condicion de que nos hayades de guardar nuestros fueros y libertades, y sino, no* (1).» Y esta condicion era tal, que al sujetarse á ella el rey D. Iñigo Arista, estipuló con los electores de un modo terminante y esplícito «*que si él ó sus sucesores no guardaban los pactos convenidos con su vasallos, pudieran estos privarlos del trono, y elegirse otro rey, aunque fuera pagano*»: palabras que dieron orígen al funesto privilegio de la union de que hemos hablado arriba. Abolido este por don Pedro el IV de acuerdo con las córtes, perdió la libertad aragonesa lo que en tiempos anteriores habia tenido de anárquica, mejorándose la constitucion del reino en tales términos, que con dificultad podrá darse otra que en los tiempos modernos, y con relacion á su época, le pueda ser comparada. La insurreccion desde entonces, caso de hacerse necesaria, tenia un caracter legal, siendo el Justicia mayor el caudillo nato de los aragoneses en los casos de defensa de los fueros y libertades del reino á mano armada. Y era tal el ahinco con que los justicias se dedicaban á velar en su defensa, que la libertad para ellos era una cosa santa, y un acto tan meritorio como el martirio el de sacrificar su vida por sostenerla. Juan Jimenez de Cerdan, hijo y sucesor en el cargo del antes mencionado Domingo, viéndose amenazado de muerte en asechanza por el rey D. Juan el I, arrostró, sin embargo el peligro, anteponiendo el cumplimiento de sus deberes á la conservacion de su vida, «*persuadido*, decia él, *que si por defender la libertad del reino moria, iria derecho al paraiso á gozar de Dios con sus santos* (2).»

La libertad aragonesa siguió floreciente y en auge por mucho tiempo, hasta que con motivo de la resistencia legal del infortunado Juan de Lanuza á verificar la entrega del célebre secretario Antonio Perez exijida por Felipe II, acabó la contienda siendo decapitado el Justicia, cuya muerte sin formacion de causa hizo bambalear rudamente el sublime edificio de los fueros. Estos quedaron en pié sin embargo, y en el mismo uso y vigor que antes, siendo por lo mismo un error la persuasion en que generalmente se está de haber sido Felipe II el que los redujo á la nada. Las costumbres en medio de eso no eran ya en Aragon las que antes habian sido, y las leyes son nulas sin ellas. Al fervor con que los aragoneses habian siempre mirado sus instituciones políticas, fué sucediendo poco á poco una tibieza fatal, presagio seguro de la ruina de sus libertades en el momento en que un rey osado ó favorecido por la suerte, concibiese el proyecto de abolirlas. La resistencia de Aragon á recono-

---

(1) Francisco Othomano indica de este modo la fórmula, refiriéndose á la eleccion de Iñigo Arista: «Nos qui valemos tanto como vos, et podemos mas que vos, vos elegimos rey con estas y estas condiciones, con que haya entre vos é nos uno que mande mas que vos.» La Real Academia de la Historia en su Diccionario Geográfico-Histórico de España, cree esta fórmula falsa, *por no estar*, dice, *cuando la eleccion del primer rey formalizado el empleo de Justicia, refundido todavía en los ricos-hombres*; mas ya hemos visto como Juan Jimenez de Cerdan (á quien debemos suponer mejor informado que á la Academia sobre cosas antiguas de Aragon) manifiesta que era en su tiempo opinion de algunos haber los aragoneses pensado en elegir Justicia antes que en nombrar un monarca.

(2) *Que facia conta* (tales son sus propias palabras en la carta á que arriba nos referimos) *que si por defender la libertad del Regno moria, como morió sant Thomas de Contuberni por defender los dreytos de la Iglesia, que derechamente me yria á paradisso, é seria en gloria con los santos.*»

Los críticos que calificaron de revolucionario el drama de *Domingo Cerdan*, ¿qué hubieran dicho del autor si hubiese puesto en boca de su héroe palabras parecidas á las que aquí pronuncia su hijo? Hubiéranle llamado hasta *herege*, sin que le sirviese de escudo tener en su apoyo á la historia.

cer por rey de España al primero de nuestros Borbones, dió ocasion oportuna á Felipe V para coronar su victoria, anonadando unos usos minados ya por su base desde la ejecucion de Lanuza. Aragon dejó de existir, políticamente hablando, y escepto algunos fueros civiles, nada le dejó el vencedor de lo que antes habia tenido. Algun escritor de nuestros tiempos ha creido posible constituir la España moderna resucitando las instituciones de aquel pais (1). Nosotros suspendemos nuestro asenso. Erijir en la actualidad un Justicia mayor, equivaldría tal vez á crear un esclavo sujeto á los caprichos del poder ó á los furores de la demagojia. Sin costumbres, repetimos, no hay nada, y las nuestras no son las antiguas.

Mas adelante veremos la parte que los fueros de Aragon tuvieron en la formacion del célebre código de Cádiz, solemnemente discutido y sancionado bajo el cañon enemigo en aquel último baluarte de la independencia española. Disimule el lector entretanto una digresion harto larga, pero que no carece de objeto. El pueblo aragones tan valiente, tan incontrastable y tan fiero en la época actual, lleva impreso en su frente de un modo vigoroso y sublime el sello de lo que antes fué. El heroismo con que los zaragozanos supieron cubrirse de gloria en los años 1808 y 1809, no fué efecto obligado del clima, de la situacion topográfica, ni de ninguna otra causa esclusivamente física; fué producto mas bien de las causas morales, de los recuerdos de su grande historia y de las instituciones que habian tenido. La fisonomía de los pueblos rara vez se muda del todo.

Al estallar la insurreccion en Zaragoza, estaba Aragon desprovisto de tropas de línea, de armas y de municiones; pero todo lo suplió el patriotismo. De los ciento diez y siete gefes y oficiales que figuraban en el estado mayor de la capital segun la revista del 5 de mayo, apenas residian doce en la plaza, consistiendo toda la fuerza existente en Zaragoza el dia 26, en doscientos cinco fusileros ó miñones, quinientos veinticinco hombres de las partidas de reclutas y algunos oficiales y soldados de diferentes cuerpos con destino á la capital, y de los que se fugaban de todas partes huyendo la dominacion enemiga. Palafox reunió á los oficiales y soldados retirados, con los cuales y con algunos restos escasísimos de tropas de línea, formó el núcleo del ejército de Aragon. Creó tambien siete batallones nuevos, compuesto cada uno de diez compañías de á cien hombres, de los cuales no pudieron organizarse en un principio sino solo cuatro y parte del quinto. Dióse á estos batallones el nombre de *tercios*, título bajo el cual se habia inmortalizado en el siglo XVI la infantería española. Los estudiantes de la universidad, reunidos y disciplinados por el baron de Versage, constituyeron uno de estos batallones, distinguiéndose entre sus compañeros por su decision y su bravura. El mencionado baron dirigióse á Calatayud con el encargo de levantar tropas en aquel partido, mientras D. Felipe Perena hacia lo mismo en el de Huesca, y el comandante D. Gerónimo Torres y el teniente D. Antonio Madera salian á poner en movimiento los pueblos de la tierra baja, consiguiendo reunir á los pocos dias hasta nueve mil hombres entre mozos y casados, de los cuales se presentaron á poco tiempo en Zaragoza hasta unos seis mil. Mandóse depositar en las casas de ayuntamiento los fusiles, escopetas y armas útiles de cualquiera clase que cada vecino poseyese, obligando el cumplimiento de esta órden á todos los pueblos del reino en el término de quince dias. Mandóse igualmente presentar los caballos que en toda la provincia existiesen á propósito para el servicio, ofreciendo á sus dueños la indemnizacion consiguiente. A los fabricantes y mercaderes de Zaragoza y de la provincia dióse órden de presentar una nota de todos los lienzos y paños que tu-

(1) Véase el folleto titulado *Idea del gobierno y fueros de Aragon*, por D. B. F.

viesen y pudieran servir para vestuarios, espresando sus calidades y uniformando los precios. Hízose tomar razon de los carros y acémilas y de las existencias de granos, y se impuso la obligacion de denunciar los bienes pertenecientes á franceses. No habiendo dinero en tesorería, mandóse á los depositarios de fondos públicos ó particulares los manifestasen al intendente; suspendióse la venta de bienes eclesiásticos con el fin de empeñar mas y mas al clero en la defensa de la causa comun, y adoptáronse en fin otras providencias análogas á las circunstancias, tales como la que erigía en obligacion la denuncia de los traidores y la que amenazaba castigar severamente á los ladrones y perturbadores de la tranquilidad pública. El capitan de artillería don Ignacio Lopez salió con direccion á Jaca para asegurar aquel punto; dióse órden á D. Gerónimo Rocatallada para que procurase la conservacion del valle de Ansó y de la villa de Hecho y procediese al alistamiento de la juventud; hízose cubrir los puntos de Canfranc, Sallen, altura de Santa Elena y Benasque; sacáronse de Jaca armas y cañones para atender á la seguridad de Sangüesa y otros puntos amenazados, y se dispusieron socorros y auxilios con destino á las poblaciones que mas los necesitaban. El regidor Solanot salió para Mallorca á conferenciar con los ingleses y activar el envio de tropas; enviáronse comisionados á Cataluña y Valencia para poner de acuerdo las tres provincias; organizóse una vanguardia con destino á las fronteras de la Alcarria y Castilla la Nueva; dióse al comandante de artillería D. Francisco Camporedondo, lo mismo que al mencionado Lopez, la comision de poner la capital en el mejor estado de defensa; montáronse algunas piezas arrinconadas ó viejas, organizándose un equipage de diez y seis cañones; hízose activar la elaboracion de pólvora en la fábrica de Villafeliche; ocupóse á los artesanos en la construccion de cananas, chuzos y toda clase de armas; todo, en fin, se tuvo presente; á todo atendió Palafox; todo lo creó el amor á la patria y el odio á la dominacion estrangera.

Una fuerza tan grande, organizada con tanta actividad á treinta leguas de la frontera de Francia, minaba por su base, como dice Foy, el edificio que el Emperador quería levantar en España. Para apagar el incendio, no esperó Napoleon á que la llama se apoderase del Pirineo. Mientras los diputados de Bayona dirigian de su órden un manifiesto á los zaragozanos y demas habitantes de Aragon para hacerles desistir de su empresa (1), y mientras Murat

(1) Este documento decia así:

«*A los habitantes de la ciudad de Zaragoza, y á todos los demas del Reino de Aragon.* Los grandes de España, los ministros de varios consejos, y demas personas que se hallan ya en Bayona con destino casi todos á componer la Junta de Notables, que ha de tenerse el 15 del corriente, reunidos en el palacio llamado del gobierno de la misma ciudad, en virtud de órden de S. M. I. y R. el Emperador de los franceses y Rey de Italia; les manifiestan que con mucho dolor suyo han llegado á entender que algunos moradores de la mencionada ciudad de Zaragoza, mal aconsejados, y desconociendo su propio bien, han sacudido el yugo de la sumision á las autoridades constituidas, han arrestado al capitan general, quieren formar compañías de soldados, y se han puesto en estado de insurreccion, sin que hayan esplicado en un edicto que se ha visto publicado por ellos, cuál sea el objeto que se proponen á favor de su patria, justamente en el mismo punto en que va á tratarse, bajo la ilustrada y poderosa proteccion del Emperador, de establecer sólidas bases para la felicidad de toda España. Saben que el Lugar-teniente general del reino ha determinado se nombre otro capitan general para el de Aragon, y hacer marchar á él algunas tropas, y que el Emperador de los franceses ha dispuesto se junten otros varios cuerpos en puntos convenientes, y donde estén prontos á dirigirse á Zaragoza con el fin de disipar las gentes reunidas, y obrar contra ellas si insistiesen en la insubordinacion. En estas circunstancias, movidos del amor patriótico que les estimula, y hace desear sobre todo lo que hay en el mundo, la paz, la independencia, el bien y la prosperidad de la nacion entera, y animados de los mismos sentimientos de humanidad y beneficencia de S. M. el Emperador, se creen obligados á esponer á los habitantes de Aragon que, si persisten en la conducta que han abrazado de separarse del partido que se ve adoptan las demas provincias, y todas las autoridades constituidas, acarrean á su pais y á todo el reino de España males incalculables, sin esperanzas de efectos favorables; y no pueden menos de exhortarles á que, abandonando los proyectos que han formado, vuelvan á entrar en sus deberes, recobren su tranquilidad, se sometan á las legítimas autoridades, y contribuyan á la regeneracion de la España, cumpliendo con la orden que les está comunicada de enviar como las demas provincias á la asamblea de Bayona diputados, que con conocimiento de sus males y necesidades procuren el remedio de ellas, aprovechando la oportunidad que les presentan las benéficas intenciones y sábias miras del grande Napoleon. En Bayona á 4 de junio de 1808.—*Siguen las firmas de los veinte y siete que se habian reunido en Bayona.*

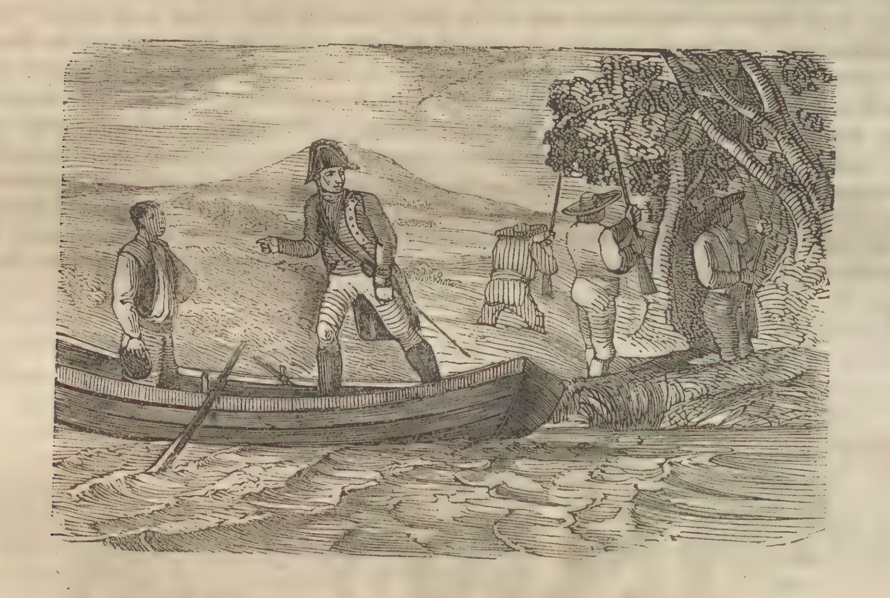
procuraba hacer igualmente desistir á Palafox por medio de amonestaciones, enviando al efecto al hermano de este, marqués de Lazan, dióse órden al general Lefebvre-Desnouettes para que sin dilacion se pusiera en marcha sobre Zaragoza con cinco mil infantes, ochocientos caballos y algunas piezas de artillería. El manifiesto de los de Bayona no produjo en la ciudad inmortal otro efecto que el desprecio, y el marqués de Lazan por su parte no habia aceptado la comision de Murat sino como pretesto para salir de Madrid y unirse en Zaragoza á los defensores de la independencia. Los medios de persuasion puestos en juego por el enemigo, visto estaba que eran inútiles: veamos ahora si la fuerza debia ser mas afortunada.

El general Lefebvre reunió su division en Pamplona. Los famosos regimientos del Vístula primero y segundo constituian la tercera parte de su infantería; y la caballería consistía casi toda en un regimiento de lanceros polacos: Lefebvre ademas llevaba consigo alguna artillería de batalla. ¿Quién hubiera podido creer, dice lleno de admiracion el escritor francés arriba nombrado, que una ciudad de cincuenta mil almas, y no fortificada, pudiera sostener un asedio?

Los moradores de Tudela recibian noticias cada vez mas alarmantes de la actividad con que el enemigo se preparaba á invadir á Aragon por aquella parte. En este apuro, y hallándose aquella ciudad destituida de medios para disputarle el paso, pidió la merindad á Palafox un gefe y auxilios, demanda á que accedió el general, nombrando por su teniente á su hermano el mariscal de campo marqués de Lazan, el cual salió de Zaragoza á las doce de la noche del 6 de junio con algunas tropas. Habiendo recibido por los barcos cuatro cañones y mil fusiles con una porcion de cartuchos, pensó desde luego el marqués en pasar á Tudela; pero careciendo de datos acerca del terreno ocupado por el enemigo, no sabia qué direccion tomar. Al llegar al Bocal, donde tiene su orígen la acequia imperial de Aragon, detuvo á un correo de gabinete que venia de Bayona con el manifiesto á los aragoneses de que arriba hacemos mencion, y poco despues recibió aviso de la aproximacion de los franceses, los cuales se dirigian á Tudela. No habia en esta ciudad sino mil y quinientos fusiles y muy pocas municiones, á pesar de habérseles remitido doble número de aquellos y hasta cuarenta mil cartuchos; pero la ciudad resolvió defenderse. Reforzado el marqués de Lazan con algunos fusileros y 300 hombres que le trajo el patriota subinspector D. José Obispo, entró con ellos y con su mal armado paisanage el dia 8 en Tudela. Los vecinos habian cortado el puente del Ebro para impedir el paso al enemigo, pero este cruzó el rio en barcas, y acometiendo la ciudad, consigió apoderarse de ella con poquísima resistencia. Los nuestros dispararon algunos cañonazos que fueron contestados por los franceses; pero viendo imposible la resistencia, clavaron la artillería y se retiraron como pudieron. El enemigo fusiló en Tudela á algunas personas, creyendo inspirar un terror saludable en las demas poblaciones con aquel escarmiento; y despues de haber reparado el puente para dejar asegurada su comunicacion con la capital de Navarra, continuó su marcha á Zaragoza.

El marqués de Lazan se habia retirado á Mallen, á donde llegó el dia 11 con cinco mil hombres, de los cuales no podian llamarse tropas sino los miñones ó fusileros, las dos compañías de Obispo y unos cincuenta caballos del regimiento de dragones del rey. Habiéndose municionado allí, despachó uno de sus tercios al camino de Borja á las órdenes de su hermano D. Francisco, que habiéndose escapado de Bayona á imitacion de Palafox, logró igualmente arribar á Zaragoza, donde en union con sus dos hermanos hizo el juramento de vencer ó morir por la patria. Los franceses llegaron delante de Mallen el dia 12 por la tarde, y el marqués se propuso resistirles de nuevo, no obstante lo poco favorable de su posicion en una colina accesible á la caballería y artillería volante. Tiroteáronse las avanzadas de una y otra parte, pero observando

los franceses la mucha estension de nuestra columna, contentáronse con tomar posicion aquella noche, dejando el ataque para el dia siguiente. El 13 al amanecer se replegaron nuestras tropas hácia la villa. Los franceses se pusieron en movimiento, y atacaron con vigor, resistiendo los nuestros en los primeros momentos con la misma energía; ¿pero qué podian hacer careciendo de disciplina y de táctica contra enemigos largamente amaestrados en la guerra? Los lanceros polacos dieron una carga terrible, y la gente del marqués se desbandó por todas partes, dejando en poder del enemigo dos piezas que llevaban montadas en carricureñas. Lazan se esforzó algun tiempo en restablecer el órden; pero desistió de su intento y se retiró como pudo, mientras su hermano D. Francisco que habia venido á auxiliarle, se via en precision de hacer otro tanto, cruzando el Ebro en una barquilla.



Dueños de Mallen los franceses avanzaron aquel mismo dia á Gallur, donde todavía hubo aliento en el paisanage para resistirle. Aquella accion tuvo el mismo resultado que las dos anteriores y los franceses entraron en la poblacion, la cual saquearon.

Sabida en Zaragoza la desastrosa jornada de Mallen el mismo dia 13 por la tarde, reinó la confusion en la ciudad por algunos momentos, mas no por eso decayó de ánimo aquella poblacion eminente. Algunos magistrados, títulos y personas de distincion comenzaron á disponer su marcha que verificaron al otro dia, siendo varios los que pedian pasaportes para libertarse del riesgo. La capital de Aragon era una barahunda, proponiendo cada cual las medidas que consideraba oportunas para la defensa, mientras otros, lejos de escarmentar con las derrotas anteriores, decian á voz en grito que lo que convenía en tal trance era salir de nuevo al encuentro del enemigo, en vez de esperarle en la poblacion. Esta determinacion desesperada prevaleció por lo mismo de serlo, y á las diez de la noche comenzáronse á cargar cárros de víveres para la proyectada salida, rayando en delirio el entusiasmo, y dirigiéndose todo el mundo al depósito de armas. El general Palafox conocia como es natural, la locura de aquella empresa; y eso no obstante determinó arrostrarla personalmente, reuniendo hasta unos cinco mil paisanos, ochenta dragones, y algunos voluntarios de Aragon, y marchando con ellos y cuatro piezas á la villa de Alagon, distante cuatro leguas de

la capital. Esta temeridad ha sido censurada por muchos, porque, ¿quién se atreve á ponerse al frente de un paisanage sin disciplina, para hacerle medirse nada menos que con un ejército que acababa de batirle, añadiendo tan facil triunfo á los que de un modo harto mas peligroso para él habia presenciado la Europa? ¡Dichosas, dice Foy, las naciones donde en los trastornos políticos se encuentran muchos hombres capaces de temeridades cual esa!

Palafox entró en Alagon al frente de su entusiasmado paisanage entre diez y once de la mañana, y noticioso de la aproximacion del enemigo, situó su gente mas allá de la villa del modo que le pareció mas conveniente. De los cuatro cañones que tenia, colocó uno en el puente del Jalon, cuyo paso se trataba de impedir al enemigo, otro á las inmediaciones del puente, y los dos restantes en las eras. La indisciplina del paisanage produjo bien pronto su efecto. Una gran parte de aquella gente, curándose poco de obedecer las órdenes del general, elijió á su capricho los puntos que en su inesperiencia creyó mas á propósito para la defensa. Los franceses venian en tres divisiones, una por el camino de Borja, otra por el de Mallen, y otra por la huerta de Cabañas. Empezado el ataque con nuestos voluntarios, sostuvieron las tropas de la izquierda el fuego del enemigo con bastante serenidad, y hasta el paisanage del centro, resguardado por la inundacion del terreno, conservó algun rato sus puestos con reconocido valor. En esto comenzó á disparar la artillería francesa y á avanzar la caballería, y recibiendo los nuestros aviso de que la direccion de las tropas francesas tenia por objeto tomarles la espalda, esparcióse el terror entre el paisanage, comenzando la dispersion cuando ya el enemigo entraba casi por las puertas de la



Combate de Alagon.

villa. Palafox intentó vanamente contener la muchedumbre, y en vano hizo esfuerzos tambien, con sus soldados de línea y la artillería, por impedir á los franceses la entrada en la poblacion. Despues de un largo y mortífero fuego, tomó Palafox el único partido que le quedaba, cual era retirarse precipitadamente por la orilla derecha del Ebro, llevando consigo doscientos cincuenta hombres, pues tal era el número á que habia venido á reducirse su gente, merced á la dispersion. El paisanage mientras tanto buscaba afanado las sendas que creia

mas á propósito para salvarse, pereciendo unos á manos del enemigo, otros al rigor de la sed, del calor, del desfallecimiento y la fatiga, y aun algunos ahogándose en el Ebro al intentar vadearlo; pero salvándose la mayor parte, gracias á la poca insistencia de los franceses en perseguirlos. Muchos de los fujitivos se dirigieron á sus casas en el partido de Alcañiz de donde eran naturales: el resto con los zaragozanos que se habian salvado, llegaron al caer de la tarde á la capital. Los franceses entraron en Alagon apenas vieron deshecha la muchedumbre, y habiendo hecho muchos prisioneros en aquella villa, ordenó Lefebvre ponerlos en libertad, fiado en que este rasgo contribuiria á facilitarle la posesion de Zaragoza.

Destruidas de nuevo las esperanzas de la capital con aquella tercera derrota, fácil es inferir la consternacion que reinaria en su recinto la tarde del 14 de junio. Madres, hijas y esposas recorrian las calles de la poblacion lanzando lastimeros alaridos, y preguntando á los fugitivos por los objetos de su ternura, á quienes no debian ver mas. Pocos daban razon de su compañero, y el dolor y el llanto de las viudas y huérfanas desgarraban el alma. Con estas escenas de tribulacion contrastaban otras de satisfaccion y alegría, viendo la madre entrar por las puertas al hijo que creia perdido, ó la esposa al esposo de quien en diez y seis mortales horas no habia tenido noticia. La entrada de Palafox en la ciudad, á la cual arribó felizmente cuando ya era de noche, reanimó los corazones consternados. Mucho habian los zaragozanos perdido aquel dia; pero se habia salvado su caudillo, y la sucesiva llegada de otros dispersos comenzaba á hacerles creer no ser tan funesta la rota como á primera vista parecia. Los ánimos iban sobreponiéndose poco á poco á las primeras impresiones producidas por aquel desastre, y de esto á recobrar la entereza no habia mas que un paso. El enemigo habia vencido á los aragoneses en Tudela, en Mallen y en Alagon: ¿debia inferirse por eso que habia de vencerlos tambien en Zaragoza? La ciencia militar y el conocimiento de lo que era la plaza decian que sí· el patriotismo de los zaragozanos respondia á la ciencia que no.

Aquella ciudad inmortal, en vez de aumentar desde el dia del levantamiento sus medios de defensa, habíalos minorado notablemente con los tres descalabros padecidos; su tren de artillería consistia, como hemos visto, en diez y seis piezas; las obras de fortificacion formábanlas tan solo sus tapias; las municiones andaban escasísimas; la tropa era poco menos que nula. Aquí podríamos decir á imitacion del inglés Enrique Allen:

No hay apenas soldados que hagan frente,
Ni muro que de barro al fin no sea,
Ni fosos que contengan el torrente
De la fiera invasion en la pelea:
Pero hay virtud y pundonor ardiente;
Hay por los templos do el incienso humea
Teson, y saña noble y furibunda
Por defender la patria moribunda (1).

El general Lefebvre pasó en Alagon la noche del 14, prometiéndose al dia siguiente un triunfo tan fácil como completo sobre los treinta mil idiotas, que segun sus propias espresiones, abrigaba la capital. Deseoso sin embargo de evitar la efusion de sangre, envió á Palafox en la misma tarde de su derrota proposiciones para que se rindiese, señalando por medianeros de las condiciones que al efecto debian entablarse á tres españoles de distincion que

(1) *Zaragoza sitiada y rendida*: Canto épico latino, traducido libremente por el autor.

acompañaban al ejército francés, los cuales firmaban el pliego que fué remitido al caudillo de Aragon con uno de los que habian caido prisioneros en el combate de aquel dia. Palafox no hizo caso de la intimacion en lo que tocaba á su persona; pero desconfiando del éxito si se resolvia á esperar al enemigo en el recinto de la capital, salió de esta á las nueve de la mañana del 15, dejando resignado el mando de la ciudad en manos del teniente rey Bustamante. El marqués de Lazan, acompañado del subinspector Obispo, salió igualmente de la poblacion á las tres de la tarde. Los regidores entretanto celebraban ayuntamiento, y mientras discurrian sobre el estado crítico de la ciudad, entró el teniente rey en el salon, aumentando el conflicto con la noticia de la próxima llegada de las tropas francesas, y con la mas desconsoladora todavía de no considerarse en disposicion de hacerles frente, hallándose como se hallaba destituido de tropas y de todo medio de defensa. Los regidores determinaron proceder á otra reunion, donde se resolviese definitivamente el partido que en tan desesperadas circunstancias se debia adoptar. Señalóse para aquella sesion la hora de las dos de la tarde, asistiendo á ella varios magistrados y sugetos distinguidos en medio de la consternacion consiguiente á la aproximacion del enemigo, dueño de toda la llanura, y avanzando sus columnas sin oposicion. Iba ya á comenzarse el debate, cuando una porcion de paisanos se presentan súbitamente en el sitio de la discusion, y encarando sus trabucos á los regidores, les hacen salir de allí, diciéndoles que aquella no era ocasion de hablar sino de obrar, y que iban á ocupar los balcones para desde ellos hacer fuego al enemigo. Con semejante insinuacion, inútil era que los concejales y magistrados se empeñasen en deliberar. Retiráronse, pues, á sus casas, y en ellas esperaron el fin de aquella escena.

Seguros los patriotas de que no pasaria el dia 15 sin tener el enemigo á las puertas de la ciudad, habian ocupado con anticipacion el puente de la Muela, la altura de S. Gregorio, la colina llamada Monte Torrero, y los puntos de San Lamberto y Casa Blanca. Era su intencion disputarles el paso, ó retardarlo cuando menos, dando asi lugar á que los moradores tomaran las disposiciones que el instinto les sugiriese para resistir la embestida del modo que les fuera posible. Los franceses triunfaron sin dificultad de la indisciplina de nuestras avanzadas, y los aragoneses fueron derrotados por la cuarta vez á corta distancia de la capital. Parecia con esto imposible cupiese aliento en aquellos hombres para resistir todavía; pero ¿quién es capaz de calcular lo que puede el amor á la patria, y el ódio á la opresion y á las cadenas?

Falta la ciudad de la direccion que podia darle su amado caudillo; destituida, como hemos visto, de tropas propiamente tales, y no teniendo apenas otros recursos que los que improvisaba el instinto, dirijióse el paisanage á las puertas, cruzando en ellas tablones y maderos, y arrastrando á brazo la poca artillería de que en trance tan apurado podian disponer. Tres cañones que habia en el Mercado, donde para nada eran útiles, fueron conducidos á la puerta del Carmen como punto céntrico de la embestida, siendo preciso para llevarlos allí que algunos religiosos, eclesiásticos y regidores convenciesen á los paisanos de la oportunidad de aquella medida. Los defensores de dicha puerta, situada al mediodía de la ciudad, estaban destinados á cubrirse de gloria. Años antes se habia proyectado colocar en ella el leon que figura en el escudo de armas de Zaragoza; y para ponerla debajo de él, se habia escrito la bellísima inscripcion latina INTUS EGO: *dentro estoy yo*. Dentro estaba en efecto el leon, el valor indomable que iba á cubrir de rubor unas huestes para



quienes tan fácil empresa debia ser apoderarse de un punto donde apenas habia resistencia. Harto mas fuerte la línea de los defensores á la parte del occidente, tenian á su estremo el castillo, cuyos fuegos se podian cruzar con los del cuartel de caballería, rechazando á los invasores si pretendian penetrar en la ciudad por la puerta del Portillo; pero el estremo de la parte opuesta era débil, pudiendo el enemigo introducirse con facilidad por la puerta de Santa Engracia, y no bastando los paisanos armados á cubrir á la vez todos los puntos donde era de temer el acceso. Eran estos casi toda la línea, pues esceptuando la estremidad de que hemos hablado, donde el castillo, el cuartel y la casa de Misericordia podian servir de otros tantos obstáculos, ni la torre del Pino al otro estremo, ni las frágiles tapias que circuian la ciudad desde la Misericordia á Santa Engracia, lo eran en realidad. Dos conventos estramuros de la poblacion, estaban respectivamente situados en frente de las puertas del Portillo y del Carmen, y otro fuera tambien, entre la una y la otra. Ocupándolos los defensores, hubieran podido incomodar á los franceses con su fuego de fusilería; pero fué tal el aturdimiento del valor, ó tal la imprevision del momento, que apenas se acordaron de tal cosa. Dividido el paisanage en pelotones dirijióse cada cual á sus puntos. La calle de la puerta del Carmen rebosaba de gente. Los que por su edad ó su sexo no podian tomar parte en la lucha, preparábanse á llevar municiones y víveres, á conducir heridos, á cualquiera otro menester en el cual pudieran ser útiles. Los conventos y edificios de la ciudad inmediatos al sitio del ataque estaban coronados de gente armada, ó de ancianos, mugeres y niños, achacosos, eclesiásticos, frailes y otros espectadores, ansiosos de presenciar la acometida de los franceses y el heroismo de la resistencia.

La campana de la torre nueva sonaba á rebato. Era poco mas del mediodía. El combate empezaba á aquella hora, y debia durar hasta la noche.

Los franceses avanzaron en tres columnas, dirigiéndose la de la izquierda hácia la puerta del Portillo, resguardándose de los fuegos del castillo con el convento que estaba al frente, mientras la del centro avanzaba á la puerta del Carmen, y la de la derecha pasaba á situarse en un olivar inmediato al puente del Huerva, amenazando caer sobre la puerta de Santa Engracia. Rechazado el enemigo del primer punto, dirígese á atacar el cuartel de caballería inmediato á la puerta, consiguiendo introducirse en sus cuadras algunos franceses resguardados de las tapias; pero pagando su temeridad con la vida. La decidida resistencia del paisanage obliga al grueso de la columna á desistir de su tentativa; y mientras los nuestros hacen alarde de resolucion en esperarla, queda ella á lo lejos inmóvil, sin osar acercarse. La columna del centro mientras tanto se sitúa á trescientos pasos de la puerta del Carmen. El fuego de sus guerrillas es contestado por los paisanos, divididos en dos hileras delante de las tapias, á uno y otro lado de la puerta. Vista por los franceses la serenidad de los zaragozanos, aspira á imponerlos avanzando, y haciendo disparar su artillería; mas la puerta contesta con la suya servida por los mismos paisanos á falta de artilleros, y el enemigo se ve precisado á retroceder dejando varios cadáveres, algunos de ellos casi al pié de nuestros cañones. La columna de la derecha por su parte consigue obligar á los habitantes á retirar un cañon que tenian en el puente, y otro que habian colocado en el paseo, tras lo cual destaca algunos caballos con el fin de esplorar; pero el fuego que se les hace desde Santa Engracia los contiene un momento á pesar suyo. Corre en esto la voz entre los defensores de que la puerta de Santa Engracia se halla sin gente, y aprovechando Lefebvre aquellos momentos de confusion, consigue que algunos de los suyos ocupen la puerta, clavando en ella un cañon y facilitando la entrada en la ciudad á una porcion de caballería, la cual se dirige á galope á apoderarse del cuartel inmediato á la puerta del Portillo. Al llegar á la plaza de este nombre, vense los ginetes acometidos por algunos voluntarios y miñones, y cercados por una multitud de hombres, mugeres y niños. Embestidos por todas partes, conocen los franceses lo crítico de su situacion en medio de aquel pueblo furibundo, y su arrojo se cambia en terror. Derribados los mas de sus caballos á pedradas y á tiros, son despedazados junto á la iglesia. Los pocos que consiguen sobrevivir huyen de aquel sitio terrible donde á nadie se dá cuartel; y heridos, magullados, contusos, consiguen restituirse al campo enemigo, diciendo al general con su derrota la imposibilidad de alcanzar un triunfo que tan fácil y sencillo creia.

Lefebvre no escarmienta por eso. Dada otra vez á la primera columna la orden de atacar el cuartel, comienza de nuevo la lucha de una manera desesperada, y en medio del horrible fuego de la artillería y fusilería. Los cadáveres que los franceses ven caer á sus pies no les impiden avanzar con estraordinario denuedo. El cuartel es entrado otra vez, y otra vez se traba el combate en cuadras, corredores y escaleras, y hasta en la misma puerta que sale á la plaza de toros, dentro del recinto de la capital. Los defensores acrecientan su ardimiento á medida que aumenta el peligro. La lucha es con frecuencia personal, y unos y otros combaten hombre á hombre; pero los imperiales no pueden, no es posible que puedan vencer, y ceden otra vez al paisanage, replegándose en derrota á su campo. En el centro es igual el arrojo con que el enemigo se empeña en acometer; pero el valor de los zaragozanos se escede tambien á sí mismo, y los héroes de la puerta del Carmen hacen ver á sus adversarios que obstinarse en tomar aquel punto, es morir nuevamente en la demanda por el solo placer de morir. Mas afortunados en la derecha, amenazan los imperiales desde el paseo de Santa Engracia apoderarse de la puerta de este nombre, aunque á costa del sacrificio de varios

de los suyos que han mordido espirantes el polvo. Faltos los paisanos de artilleros, comienzan por allí á desmayar, y aun algunos arrojan sus fusiles; pero llegando en aquel momento unos cuantos soldados de aquella arma, y apareciendo repentinamente un refuerzo de ciento y cincuenta compañeros acaudillados por el coronel Renovales, renace la esperanza otra vez. Este gefe coloca su gente en la esquina de la torre del Pino, y despues de sostener con audacia el fuego de los invasores durante dos horas, se retira á la puerta de Santa Engracia temiendo ser cortado por la caballería enemiga. Avanzada una parte de esta, y habiendo adelantado un cañon, se arrojan los caballos franceses sobre los pelotones del paisanage que comienza otra vez á titubear; pero la puerta dispara su artillería con tanto acierto, que arredrado el enemigo á la vista de sus heridos y cadáveres, no piensa ya en otra cosa si no en replegarse con el orden posible. Sobreviniendo entonces Renovales, los carga y los acosa con tal ímpetu, que consigue arrojarlos de una quinta que se hallaba inmediata. Los valientes de la puerta del Carmen salen de este punto á su vez, y persiguiendo al enemigo todos juntos hasta el convento estramuros mas cercano, vuelven ufanos á la plaza con cuatro banderolas y otros tantos cañones, digno trofeo que el francés ha rendido al valor en aquella arrojada salida.

Viendo estaba Lefebvre aquella resistencia inaudita, y creia soñar al mirarla. ¿Cómo esperar semejante arrojo de un paisanage inesperto, en una poblacion de cuya defensa no podia encargarse á primera vista sino la estupidez ó el frenesí? Prometerse entrar y no hacerlo, no era mengua para sufrirla con paciencia quien habia vencido, en su concepto, obstáculos mayores que aquel. Si los zaragozanos habian resistido el sucesivo empuje de aquellos aguerridos soldados, su valor no probaba por eso que habian de ser igualmente felices acometidos simultáneamente en todos sus puntos. Reforzadas las tres columnas con tropas de refresco, dá el general enemigo la orden de avanzar las tres á un tiempo. Las huestes obedecen y embisten, y segun el denuedo con que lo hacen, la victoria del imperio es segura. Triplicado el peligro y el apuro, ¿qué han de hacer ahora los defensores sino triplicarse tambien? Zaragoza se siente mayor á medida que aumenta el riesgo, y con tal disposicion en los ánimos, no es posible que caiga vencida. El cuartel de caballería es allanado otra vez, y es la tercera: los defensores lo salvan otra, y es la tercera tambien. Rechazado allí el enemigo, no ha conseguido otro fruto que aumentar su carnicería, y perder dos cañones mas que con el fin de acallar nuestros fuegos habia avanzado. Una multitud de cadáveres esparcidos en la parte del centro, publican á la vez nuestra victoria en la puerta del Carmen. En Santa Engracia sucede otro tanto: los infantes y ginetes franceses huyen tropezando en sus muertos, y abandonan tambien dos cañones. El terror y el espanto se apoderan de los enemigos, y en vez de embestir no hacen poco si resisten las cargas del pueblo. El sol mientras tanto se halla ya terminando su carrera, y ocultándose en el horizonte empiezan á anunciarse las sombras. Los franceses bendicen la noche que viene á ocultar su ignominia, y despidiendo algunos mistos y granadas sobre el cuartel, por haber sido este sin duda el teatro mas sangriento de su no esperada derrota, abandonan las tapias de la ciudad, oyendo desde lejos las voces con que esclaman los héroes: ¡VICTORIA!



Memorable victoria de las Eras.

Tal fué el triunfo de Zaragoza sobre los vencedores de Austerlitz y de Jena el dia 15 de junio de 1808. Los zaragozanos designan aquel porfiado combate con el nombre de *batalla de las Eras*, por haber sido el campo llamado del Sepulcro, inmediato á la puerta del Portillo, el sitio principal de aquel acontecimiento á la derecha de su línea. La historia cuenta este triunfo en el número de los mas gloriosos en los fastos de las naciones, y eso no obstante, era precursor solamente de hechos mas admirables todavía en aquella ciudad siempre heróica. Los franceses perdieron seis cañones y otras tantas banderas, siendo 500 sus muertos por la parte mas corta, y proporcional el número de heridos. Abrigados los defensores con los edificios y tapias, su pérdida fué mucho mas reducida. Señaláronse en tan memorable defensa los valientes y patriotas hermanos D. Mariano y D. Manuel Cerezo, el presbítero Don Santiago Sas, el teniente de húsares retirado D. Luciano de Tornos, el de dragones del rey D. Manuel Viana, el bravo labrador Zamoray, el coronel Don Antonio de Torres, un oficial sobrino del general Guillelmi encerrado con este en la Aljafería, el ya mencionado coronel Renovales, y otros varios cuyos nombres seria prolijo citar. Demas que allí se distinguió todo el pueblo. Los que habian defendido un punto, tenian que correr con frecuencia á reforzar otro ú otros que se hallaban faltos de gente; y asi fué como en medio del peligro consiguieron multiplicarse aquellos bravos, acudiendo instintivamente donde su presencia era mas necesaria, y haciendo creer al enemigo que se las habia con duplicado número de combatientes. Muchos de ellos estaban rendidos de sueño y de fatiga, merced á la desastrosa jornada del dia anterior, y eso no impidió que se distinguiesen combatiendo sin cesar con las tropas francesas en las ocho mortales horas de aquella obstinada pelea. A los primeros tiros, faltaron en casi todos los puntos municiones y tacos: tan desprevenida se hallaba la ciudad en aquellos momentos terribles. Los habitantes proveyeron la artillería de la necesaria metralla, llevando al pié de los cañones los utensilios metálicos de sus casas, y los hierros y trapos viejos que en algunas personas constituian su industria y patrimonio. Hombres y mugeres hacian peda-

zos sus vestidos, ofreciéndolos para tacos cuando otra cosa no habia. Mientras unos conducian heridos y otros combatian tenaces, el resto patrullaba por las calles, golpeaba á las puertas de las casas para reclutar gente útil, ó ejercia su vigilancia en los puntos donde el enemigo podia intentar un golpe de sorpresa. Y todo se hacia sin gefe, sin mas guia por lo comun que la luz natural de aquellos hombres, convertidos de pronto en guerreros, que mandaban y obedecian, disponian y ejecutaban alternativamente, segun les decia el instinto ó los estrechaba el apuro. Por si los maridos cedian, preparábanse en muchas casas sus mugeres á rechazar desde ellas al invasor, previniendo ladrillos y piedras. Otras mas audaces corrian y alentaban á los combatientes. Otras atravesaban el fuego, distribuyendo provisiones y bebidas por las filas de nuestros valientes. Los muchachos hacian lo mismo. Cuadro mas sublime que aquel no se ha presenciado jamás.

Convencido Lefebvre de la imposibilidad de ocupar á Zaragoza mientras no aumentase su ejército, determinó esperar los refuerzos necesarios, acampando entretanto con su gente en las cercanías de la ciudad. Los zaragozanos por su parte dedicáronse sin descanso á aumentar los medios de resistencia, jurando perecer en la demanda antes que ceder á unas huestes que á nadie infundian ya miedo. Nosotros suspendemos aquí la narracion de aquella memorable defensa para terminarla despues. Lefebvre ha suspendido la continuacion de su empresa, y tambien se propone concluirla: él y nosotros veremos cómo nos asiste la suerte.





CAPITULO IX.

Breves observaciones sobre Cataluña, y principio de la campaña en esta provincia.—Salen de Barcelona los generales Schwartz y Chabran con direccion á Valencia y Zaragoza.—Combate del Bruch y retirada de Schwartz.—Defensa de Esparraguera.—Entrada de Schwartz en Barcelona.—Entrada de Chabran en Tarragona.—Combate y quema de Arbós.—Saqueo de Villafranca del Panadés.—Segundo ataque del Bruch.—Vuelta de Chabran á Barcelona.—Insurreccion general.—Espedicion contra Gerona.—Derrota de los somatenes en Mongat.—Saqueo de Mataró.—Defensa de Gerona.—Retirada de Duhesme.—Accion de Granollers.—Derrota de los catalanes en el Llobregat.

El ejército de Aragon en la proyectada resistencia contra los franceses, debia darse la mano con el de Cataluña. Esta provincia, una de las que mas se distinguen en nuestra España por sus diferencias locales y por el genio y caracter de sus hijos, fué la primera en que los romanos fijaron su dominacion, y la última que abandonaron. César estableció en Tarragona el centro de sus operaciones militares, y todos los generales que le sucedieron consideraron á esta ciudad como el punto principal de su residencia. Conquistada Cataluña por los godos el año 470, fué invadida por los árabes en 712, siendo estos á la vez lanzados de Barcelona en 801, despues de un bloqueo de cerca de dos años y un sitio de siete meses, poniéndose los catalanes bajo la proteccion de Ludovico Pio, hijo del emperador Carlo Magno. Barcelona quedó entonces incorporada á la Septimania, cuya capital vino á ser; y cuando el mencionado Luis subió al trono en 814, quedó bajo la tutela de Francia, rigiéndose por condes que habiéndola gobernado al principio en nombre del emperador francés, lo hicieron despues en el suyo propio con autoridad soberana. Independientes sus caudillos desde Cárlos el Calvo, quedó separada Cataluña de la Septimania propiamente dicha, teniendo esta por capital á Narbona, y quedando aquella erijida definitivamente en condado aparte con el nombre de Marca de España, compuesto de cuatro diócesis, Barcelona, Gerona, Urgel y Ausona. Capitaneados los catalanes por Wifredo el Velloso y por sus descendientes, fueron poco á poco engrandeciendo su estado, lanzando de él á los árabes, y estendiendo sus conquistas por los límites de Aragon y Valencia. Ramon Berenguer IV, último conde de Barcelona, continuó la guerra contra los moros con actividad estraordinaria, tomándoles por asalto á Almería y Tortosa en 1147. El casamiento de Berenguer con doña Petronila, hija de Ramiro el Monge y heredera del reino de Aragon, produjo la reunion de ambas coronas en las sienes de Alfonso II, llamado el Católico, el primero que introdujo en nuestros diplomas la fórmula *regnante me*, imitada despues por todos los reyes de España. Unidos desde entonces ambos paises bajo una sola cabeza, eleváronse juntos á la reputacion y á la gloria regidos por sus

grandes monarcas, siendo de notar las conquistas de Mallorca y de Córcega, la dominacion ejercida en Sicilia y en Nápoles, y las inauditas hazañas con que catalanes y aragoneses ilustraron su nombre en su célebre espedicion al Oriente. Los reyes de Francia, tenaces largo tiempo en ejercer su antiguo protectorado sobre Cataluña, habian abandonado sus pretensiones en 1258, en cuya época renunció Luis XI la soberanía directa ó feudal, trasfiriéndola á Jaime I, llamado el Conquistador, título que este grande monarca se supo ganar en treinta y tres batallas campales y en la adquisicion de tres reinos que quitó á los moros. Así continuó Cataluña formando parte de la monarquía de Aragon, hasta que en 1516 pasó con ella y con las demas provincias de España á constituir un solo reino bajo el cetro de Cárlos V, nieto de los reyes católicos Fernando II de Aragon é Isabel de Castilla.

Poco satisfechos los catalanes con su incorporacion al imperio en cuyos límites no se ponia el sol, separáronse de la España en 1640 para incorporarse á la Francia; pero por el tratado de los Pirineos volvieron nuevamente á quedar bajo la dominacion española. Cuando la guerra de sucesion en 1700, abrazó Cataluña la causa del archiduque Cárlos con extraordinaria energía, proclamándole por su rey en 1704. Los primeros esfuerzos de Felipe V para reducir la plaza á la obediencia, fueron completamente inútiles, viéndose obligado en mayo de 1705 á levantar el sitio con que pretendia rendirla, y retirando de allí sus legiones, despues de treinta y siete dias de trinchera abierta. Los catalanes sostuvieron su causa con las armas por espacio de diez años, y ya estaba Felipe V posesionado del trono, merced á las victorias con que se lo aseguraron Vendome y Berwick, cuando aun no pensaban en rendirse. Puesto sitio á Barcelona por tercera vez en 29 de julio de 1713, resistiéronse los catalanes con una constancia inaudita hasta el 12 de setiembre de 1714, en cuyo dia no les quedó otro recurso que el de rendirse á discrecion. El vencedor irritado no les perdonó los desaires que le habian hecho sufrir. Abolidos sus privilegios y antiguos *usages*, los cuales constituian el primer código legal consuetudinario que fué conocido en Europa, el nieto de Luis XIV hizo sentir á los catalanes su cetro de hierro, ajando y humillando su amor propio de una manera la mas estudiada y que ellos no le han perdonado jamas. Pero Felipe al nivelarlo todo, no pudo destruir en Cataluña su fisonomía local, la mas pronunciada y la mas genial sin disputa de cuantas existen en España. El espíritu emprendedor que siempre ha distinguido á los habitantes del principado, ha continuado impulsándolos con el mismo vigor que en lo antiguo, cuando tanto sobresalian en la marina, en el comercio y en las artes, elevándolos á un grado de adelanto desconocido no solo entre nosotros sino en las mismas naciones estrangeras. El pueblo catalan es ahora el mas avanzado de España en todos sentidos; y si hemos de juzgar por las muestras que con tanta frecuencia acostumbra á dar de sí, es grande el porvenir que le espera. Las dimensiones de la cabeza catalana, dice un frenólogo, no son en general inferiores á las de la escocesa, la cual se considera, segun el testimonio de los que han tratado científicamente la materia, como el mejor tipo cefálico europeo. Esto, añade, corresponde con lo que sabemos históricamente del catalan: en todas épocas su fuerza de carácter, su energía mental, su impresion, se han hecho sentir.

Ágiles, robustos, industriosos, los catalanes acostumbran sus cuerpos desde la niñez al trabajo y á la fatiga, siendo en ellos la ociosidad un vicio desconocido, la necesidad de accion una condicion de existencia, vivir de lo suyo una circunstancia que los envanece, atentar á lo ageno un crímen que la fuerza de la opinion anatematiza y persigue aun mas que la fuerza de las leyes. Sóbrios hasta un grado nada comun, saben pasar todo el dia con un pedazo de pan, convirtiendo las piedras en él, para servirnos de la espresion de Salas, puesto que siembran, cultivan y plantan hasta en las mismas rocas. En Cataluña no hay apenas un palmo de terreno donde deje de verse en ejer-

cicio la mano del hombre, ni poblacion que no se distinga mas ó menos por el afan con que se dedica á la agricultura, á la industria ó al tráfico. Barcelona, Gerona, Ampurias, Lérida, Tortosa, Balaguer, Sabadell, Solsona, Tarrasa, Villafranca, Reus, Mataró, Manresa, Vich, Martorell, Olot, Igualada, Figueras..., donde quiera que se tienda la vista, todo manifiesta el impulso, la accion prodijiosa y continua que pone en movimiento al pais. Amantes de su independencia, han hecho sus naturales los mas grandes y heróicos sacrificios por conservarla; temibles cuando se irritan ó cuando la pasion los ofusca, tienen en contínuo cuidado al gobierno central que los rige; briosos y valientes como pocos, se distinguen como tales en la guerra, y amedrentan y espantan en la insurreccion; adheridos á sus usos y costumbres, su traje los anuncia desde luego, su idioma es diferente del de Castilla, su toque de somaten los reune y los arma sin mas convocatoria ni aviso, cuando quiera que el riesgo real, ó la necesidad de suponerlo demanda el esfuerzo comun. Ásperos y rudos en la apariencia, sus costumbres son dulces, sin embargo; fieros y aun crueles en ocasiones, son notablemente inclinados á ejercer la beneficencia; caprichosos mas de una vez, son honrados y probos siempre, amigos de cumplir su palabra, y terribles en exijir su cumplimiento cuando alguno pretende eludirla. El carácter catalan, repetimos, es el mas pronunciado, el mas nuevo, el menos corrompido por ventura, y uno de los mas dignos de ser estudiados por los que gobiernan la España.

En el tiempo á que nuestra narracion se refiere, era Cataluña, mas bien que provincia española, un pequeño estado sometido al cetro de los reyes de Castilla. Diferente de esta por sus costumbres, por su lengua y su trage, y á despecho del espíritu nivelador, hasta por otra organizacion social, tenia mas puntos de contacto con el carácter aragones, aun cuando las diferencias eran todavía muy grandes. Poco afectos sus hijos á los castellanos, con cuyo nombre designaban á todos los habitantes de España, escepto los que en tiempos antiguos habian constituido la llamada *coronilla*, abrazaron sin embargo la causa de la independencia nacional en 1808 con un entusiasmo sin límites, teniendo como tenian en aquella época mayores motivos de odio respecto á la Francia, que de resentimiento relativamente al gobierno central de Madrid. Los catalanes acusaban á los franceses de haberlos arrastrado á la rebelion contra los reyes de España en el siglo XVII, para abandonarlos despues al resentimiento de un conquistador ultrajado. De este modo, y por un efecto necesario de su misma desgracia, el odio al nombre frances era en Cataluña mayor que en ninguna otra parte de España. El rey que habia humillado su orgullo y destruido sus privilegios, de Francia les habia venido, no siendo posible, hecha esta observacion, que el enojo catalan dejase de refluir en último resultado sobre el pais que al darles un Felipe habia ocasionado sus males. Los horrores de la revolucion francesa y la muerte de Luis XVI habian escitado en Cataluña la cólera de todos los habitantes, no solo por efecto del espíritu monárquico que allí como entre los demas españoles reinaba, sino tambien por ser obra aquellos acontecimientos de sus odiados vecinos. Asi fué que al estallar la guerra en 1793, distinguióse en el Rosellon y en Cataluña por un carácter de encono y de encarnizamiento que no tuvo lugar en las fronteras de Navarra y provincias vascongadas. La paz de Basilea no hizo á los catalanes mas amigos de los franceses que lo eran antes. El principado, como observa un escritor estrangero, tenia en su largo litoral, y en su capital populosa y comerciante, relaciones directas de interes con la Gran Bretaña, mientras la guerra contra Francia animaba por el contrario sus puertos y aumentaba estraordinariamente sus capitales. La alianza de San Ildefonso empobrecia á los catalanes, cerrando las salidas á su industria y cegando las fuentes de su prosperidad, debiendo por lo mismo serles odioso el sistema continental que el gobierno español, con arreglo á las órdenes de Bonaparte, se habia visto precisado á poner en planta. Todo, pues,

arrastraba á Cataluña á una insurreccion general contra los aborrecidos franceses, siendo esto tanto mas temible cuanto mayor era el descontento con que se habia visto allí la desleal ocupacion de nuestras fortalezas. Si Madrid hubiera recibido con entusiasmo al rey intruso, en vez de ser el primero en lanzar el grito de guerra, no hubiera sido imposible la explosion del encono catalan contra Castilla, siendo de creer que la Inglaterra apoderada de una parte del Mediterráneo, habria puesto en accion todos los medios posibles para sublevar el principado, y mantener en él un foco perenne de insurreccion contra el poderío francés. Pero la capital de la monarquía se habia adelantado la primera á lanzar el guante, y el 2 de mayo en Madrid era la primera campanada del somaten que tan fiero debia resonar en el nordeste de la Península. Cataluña y Castilla confundieron sus animosidadés particulares en el odio que les inspiraba la dominacion estrangera, y ya hemos visto en el capítulo VI el modo con que los catalanes comenzaron á alzar la frente en varios puntos aislados, organizando poco á poco la insurreccion hasta que les fuera posible tener un centro comun. La junta suprema de Lérida, titulada suprema de Cataluña, no pudo reunir el esfuerzo de todos los corregimientos hasta los postreros de junio; pero dedicada á verificarlo desde el primer dia de su instalacion, y puesta en comunicacion desde luego con las juntas de Zaragoza y Valencia, anunciaba á los franceses la necesidad imperiosa de ponerse en guardia, so pena de ver estendida rápidamente la insurreccion por todo el principado.

El general Duhesme no creyó en un principio que sus tropas corriesen allí grande riesgo. Posesionado de Barcelona y Figueras, y teniendo á su disposicion 13,000 hombres, creyóse por este mismo hecho dueño de Cataluña, y hasta el mismo Napoleon participó de esta creencia. En vez, pues, de distribuir las tropas por toda aquella provincia, haciéndolas ocupar los puntos donde el levantamiento podia ser mas temible, mandó el emperador desmembrar sus fuerzas al general en gefe del ejército de los Pirineos orientales, ordenándole enviar 4000 hombres sobre Zaragoza para añadirlos á los de Lefebvre, y otros tantos sobre Valencia, á fin de aumentar la division del general Moncey, á quien se habia dado orden de apoderarse de esta ciudad. El encargo de trasladarse á la capital de Aragon fué dado al general Schwartz, ordenándosele escarmentar de paso la insurreccion de Manresa, imponiendo á sus vecinos una contribucion de 750,000 francos, y destruyendo sus molinos de pólvora, despues de hacer trasportar á Barcelona la que estuviese fabricada. Hecho esto, debia Schwartz continuar su marcha pasando por Lérida, cuya poblacion debia igualmente castigar, llevándose consigo los suizos existentes allí si conseguia apoderarse de la plaza, en cuyo castillo debia dejar de guarnicion 500 hombres de su columna, sin detenerse mucho en sus tentativas, puesto que el objeto principal de su marcha era Zaragoza y no mas. En cuanto á la columna que debia marchar á Valencia, tenia orden de apoderarse de Tarragona y Tortosa, llevándose de grado ó por fuerza el regimiento suizo de Wimpfen al servicio de España existente en la primera ciudad, tras lo cual debia pasar á Castellon de la Plana, donde el mariscal Moncey le daria sus órdenes. Esta segunda espedicion fué puesta á cargo del general Chabran.

Ambas columnas salieron de Barcelona el 2 de junio. Detenido Schwartz por un fuerte aguacero, y esperando que se le reuniese el resto de su gente, pasó el dia 5 en Martorell, dando su demora lugar á que se esparciese por todas partes la noticia de su marcha. Alarmadas las villas de Igualada y Manresa al saber la aproximacion del enemigo, hicieron resonar súbitamente la terrible campana del somaten, cuyo toque puso en movimiento á los habitantes de aquellas comarcas con la celeridad de costumbre en casos idénticos. Es en efecto el somaten un toque de alarma que entre los catalanes produce los mismos efectos que el de la generala en la milicia, toque de uso inmemorial, cuyo orígen segun se cree fué debido á la necesidad de defenderse los naturales contra los bandidos y fieras, habiendo pasado despues á constituirse en señal de convocatoria para toda clase de peligros,

produciendo en todos los habitantes capaces de tomar las armas la obligacion de reunirse con ellas si las tienen, ó con cualquiera instrumento ofensivo que hallen á mano cuando carecen de otra cosa. Puesto en juego en Manresa este grande elemento de revolucion, corrieron de todas partes los vecinos como prevenia el usage; y hallándose faltos de armas y municiones proveyeron á su necesidad lo mejor que les fué posible, convirtiendo en balas las barillas de yerro de las cortinas y echando mano de la abundante pólvora que tenian á su disposicion. Puesto al frente de aquella muchedumbre insurreccionada el hijo de un mercader de la villa llamado Francisco Riera, el mismo que pocos dias antes habia tenido la osadía de quemar las proclamas de los franceses, separó de ella como unos ciento de los mas acalorados y mejor provistos de armas, y despues de haberse confesado y comulgado, se dirijió al encuentro del enemigo. Dos ó trescientos hombres, precedidos de un capuchino, cuyas manos llevaban en alto un enorme crucifijo de madera, sa-



Somaten de Igualada.

lieron tambien de Igualada y se unieron á aquel caudillo. Estendido el fuego de la insurreccion por los distritos de Calaf, San Pedor, Sellen, Cervera, Cardona y Solsona, señalóse por punto de reunion las casas del Bruch, al pié de la montaña de Monserrat, en la parte donde se juntan la carretera de Lérida y el camino de Manresa. Aquellos patriotas no entraron en cuentas sobre su número ni sobre la fuerza del enemigo; marcharon al punto designado contando con su intrepidez y nada mas.

Bien ageno Schwartz de sospechar ni aun remotamente los peligros que le esperaban, salió de Martorell la mañana de 6, haciendo caminar su gente por un pais quebrado, montuoso y cubierto de matorrales, con la misma desprevencion que si anduviese por una llanura en un pais amigo. En esta disposicion llegó al Bruch, y no bien acababa de hacerlo, cuando una lluvia de balas salidas de entre los árboles y las rocas, le hizo conocer el peligro en que su misma confianza le ponia. Al principio no pudo descubrir un solo hombre de los que tan bruscamente acababan de hacerle fuego; pero vista la direccion de los tiros y cayendo al fin en la cuenta, hizo formar en masa su columna, y destacando los tiradores, se dirigió á embestir á sus contrarios. Los somatenes entonces comenzaron á replegarse, no sin disputar obstinadamente el terreno, y continuando un fuego mortífero. Dividiéndose por último en dos partidas, de las cuales se dirigió una á Manresa, mientras la

otra tomaba el camino de Igualada. La vanguardia de Schwartz llegó hasta Casa-Masana, y se detuvo allí. El cuerpo de la columna hizo alto pasadas las casas del Bruch, y creyendo escarmentados á sus enemigos, se puso á comer el rancho.

La detencion del general francés fué tan mal calculada por su parte como favorable á los somatenes, pues á haber continuado en perseguirlos, hubiéralos completamente derrotado. Viendo ahora los nuestros que el enemigo hacia alto, creyeron que su detencion era efecto de miedo, con lo cual creció de tal modo su audacia, que en vez de seguir replegándose, determinaron volver al combate y caer sobre la columna. La confianza que tenian en sí mismos, se aumentó hasta el estremo con la llegada de otros somatenes que no habian tomado parte en la accion. Eran estos los valientes de San Pedor, mas numerosos que sus compañeros, los cuales llevaban un tambor á su frente. Comenzado de nuevo el ataque entre los paisanos y la vanguardia francesa, empeñóse un vivísimo fuego que la hizo retroceder: tan impensada fué la acometida. Viendo esto Schwartz, y oyendo el ruido de la caja, creyó que la tropa de línea auxiliaba á los somatenes, y mandó á los suyos formar el cuadro para evitar ser envuelto. Reflexionando despues sobre la clase de guerra que se le hacia, y calculando espantado los innumerables peligros que le esperaban en un camino de setenta leguas por un pais montañoso, lleno de plazas fuertes y de una poblacion tan numerosa como exasperada, sintióse falto de aliento para continuar adelante, y adoptó el prudente partido de volverse á Barcelona.



Combate del Bruch.

Los franceses verificaron su retirada con bastante orden, si bien molestados por el fuego de los somatenes en su flanco y retaguardia. Al llegar á Esparraguera, villa situada en una llanura cercana al Llobregat, en el camino que conduce desde Igualada á Molins de Rey, tenian los franceses que atravesar el casco de la poblacion, el cual consiste en una sola calle de un cuarto de legua de largo. Noticiosos los habitantes de su aproximacion y del estado poco lisonjero en que venian perseguidos por la gente del Bruch, habian hecho resonar la campana de alarma, y llenando la calle de troncos y muebles y otros obstáculos, se dispusieron á disputar el paso á la columna, haciéndole todo el daño posible. Los franceses llegaron á la poblacion el 7 al anochecer, y

penetrando en la calle con poca precaucion, cayeron en el lazo que se les habia armado. Comienza entonces á caer sobre ellos un diluvio de piedras, troncos, tejas, ladrillos y cuanto los habitantes tenian á mano para lanzar desde sus casas, acompañando sus tiros arrojadizos con alguno que otro de fuego, y hasta con agua hirviendo echada desde las ventanas. El general Schwartz detiene entonces el paso, y haciendo retirar sus tropas apresuradamente, hácelas marchar á derecha é izquierda de la villa, siguiendo por la noche su ruta hasta llegar á Martorell, en cuyo intermedio continuaron los somatenes acosándole con furia incansable.



DEFENSA DE ESPARRAGUERA.

Era la mañana del 8 cuando la columna entraba en Barcelona con la pérdida de una águila y siete piezas de artilleria, publicando en su derrota la gloria de los catalanes, los primeros que reunidos de pronto, escasos de armas y con solo cañones de madera hechos de troncos de árboles, consiguieron humillar en España la altivez de las águilas imperiales. El general Duhesme aprobó el partido que Schwartz habia tomado en retirarse, y convencido de la necesidad de reunir en torno suyo cuantas tropas le fuera posible, envió á Chabran la orden de suspender la espedicion de Valencia, volviendo sin detencion á Barcelona.

Hallábase Chabran en Tarragona, donde habia conseguido entrar el dia 7 sin esperimentar obstáculo durante su marcha, cuando recibiendo el 9 el aviso de Duhesme se puso en marcha sin dilacion, dejando en aquella ciudad el regimiento suizo de Wimpffen, que segun instrucciones del general en gefe debia llevarse consigo; pero habiéndole creido fiel á la causa francesa, creyó Chabran hallarse en el caso de no ejecutar aquella orden. Al ponerse en marcha para la capital del principado, encontró insurreccionados los distritos que poco antes acababa de atravesar pacíficamenie. El grito de guerra salido de Manresa y del Bruch habia cundido por el pais á manera de chispa eléctrica. Los habitantes del Vendrell y de Arbós, alentados por la presencia de trescientos suizos al servicio de España, los cuales se hallaban en marcha para reunirse al regimiento estacionado en Tarragona, concibieron el proyecto de disputar á los franceses el paso, y hombres, mugeres y niños tomaron las armas. La poblacion de

Villafranca y el paisanage de sus contornos siguió el mismo ejemplo. El anciano gobernador de esta villa D. Juan de Toda, intentó oponerse á una empresa que no sin razon juzgó temeraria; pero creyéndole traidor los catalanes, le sacrificaron á su furor. Igual suerte cupo á dos oficiales de un batallon de guardias españolas que estaba de guarnicion en aquel punto; y hubiera sucedido lo mismo con la mayor parte de los soldados opuestos á la insurreccion, si con el pretesto de tomar posicion en las afueras de la villa, no se hubiera escapado el batallon dirigiéndose á Tarragona.

Llegados los franceses al Vendrell, empeñóse un ataque con los somatenes que intentaban defender el pueblo, consiguiendo Chabran ahuyentarlos y apoderarse de la artillería. Los fugitivos llegaron á Arbós, punto principal de reunion de los insurgentes apoyados por los suizos de Wimpffen. Su posicion era buena, y estaba defendida por un cañon de hierro de grueso calibre; pero siendo allí el pais llano, pudieron los franceses desplegarse y salir airosos, aunque no sin notable pérdida, en el combate trabado con la muchedumbre. Los *voltigeurs* (especie de rorarios de Bonaporte) se apoderaron de nuestra posicion á la primera embestida, tras lo cual entró en la poblacion un regimiento de coraceros, el cual pasó á cuchillo cuantos habitantes cayeron en sus manos, siendo Arbós saqueado y reducido á cenizas, en conformidad con los usos que algunos reconocen todavía como de derecho en la guerra. Es-



INCENDIO DE ARBÓS.

tragos parecidos tuvieron lugar en Villafranca, á donde llegó Chabran ardiendo en ira; pero dando lugar á la política, perdonó los edificios de la gente principal, por no confundir, dijo, la causa de los habitantes pacíficos y de las personas de cierta categoría con la del populacho que habia tomado parte en la revuelta y asesinado al gobernador.

Inquieto Duhesme por la suerte que podia caber á Chabran en su vuelta por un pais donde era tanta la fermentacion, habia salido de Barcelona al frente de un destacamento para proteger la retirada del cuerpo espedicionario, y habiendo dado con él cerca de Vallirana el dia 11, consiguieron unos y otros repasar el Llobregat sin ser inquietados, restituyéndose el 12 á Barcelona. Chabran tuvo en sus varios reencuentros mil quinientos hombres de pérdida.

Crudamente herido en su amor propio el general Duhesme viendo echados por tierra sus planes, trató de vengar los desaires que habian sufrido sus armas, haciendo salir de Barcelona el dia 13 las columnas de Schwartz y Chabran al mando de este, con la mision de castigar á los insurgentes de Martorell y de Esparraguera, y de probar nuevamente fortuna con los catalanes del Bruch. Abandonadas por los habitantes aquellas dos poblaciones, no halló en ellas Chabran resistencia, visto lo cual, y no pudiendo vengarse de los insurgentes por medio de una victoria, procedió á los escesos de costumbre, saqueando y quemando muchas casas, sin otro fruto que enconar mas y mas la furia catalana. Llegado despues á la posicion del Bruch creyó anonadar á los manresanos con una segunda embestida; pero aquellos valientes se habian fortificado allí, y viéndose apoyados por cuatrocientos voluntarios de Lérida, al mando del coronel Baget, con cuatro piezas de artillería sobre las que ya tenian formadas de troncos, estaban muy lejos de temerle. Atacados repetidas veces por las tropas francesas, rechazáronlas otras tantas con notable arrojo, cubriéndose Chabran de ignominia el 14 de junio ni mas ni menos que Schwartz ocho dias antes. Hubo, pues, de volver atras, sin tener el gusto de proceder al castigo de Manresa, defendida por la intrepidez de sus moradores; y hostilizado vivamente por los somatenes, volvió á entrar derrotado en Barcelona, habiendo perdido quinientos hombres y varias piezas de artillería en aquella segunda intentona. Los catalanes del Bruch hicieron grabar en una piedra la siguiente inscripcion que recuerda sus glorias en las dos memorables defensas: VICTORES MARENGO, AUSTERLITZ ET JENA HIC VICTI FUERUNT............ DIEBUS VI ET XIV JUNII, ANNO MDCCCVIII.



SEGUNDA DEFENSA DEL BRUCH.

La situacion del general en gefe del ejército de los Pirineos orientales era la mas angustiosa. La fama de los laureles del Bruch habia levantado en masa á Cataluña, reuniéndose en somatenes los habitantes sin esperar orden ninguna de la junta reunida en Lérida. Todas las poblaciones tenian sus juntas particulares, y estas procedian sin concierto en los planes; pero guiadas por un mismo fin. La llama de la insurreccion cundia ya hasta las puertas de Francia. El anciano patriota don Juan Clarós, ayudante mayor retirado del batallon lijero de Gerona, amotinó el paisanage de Figueras contra la guarnicion francesa existente en aquel punto, y

ayudado por algunos destacamentos que le llegaron de Rosas, la obligó á retirarse al castillo, teniéndola bloqueada en él, esperando obligarla á rendirse por falta de víveres. Los soldados españoles que se hallaban de guarnicion en Barcelona, y cuya fuerza consistia en un regimiento de artillería, en las guardias españolas y walonas y en el regimiento de coraceros de Borbon, habian comenzado á desertar hacia algun tiempo, saliéndose á bandadas por las puertas á la clara luz del dia, ó descolgándose de noche por las murallas, con el fin de unirse á los insurgentes. Aturdida la autoridad militar francesa, ni podia impedir la desercion, ni aun cuando pudiera hacerlo le lisonjeaba gran cosa tener como prisionera una guarnicion de cerca de cuatro mil hombres, en una ciudad de ciento treinta y cinco mil habitantes, dispuesta á sublevarse á cada momento, y cuya insurreccion podian los soldados españoles tan decididamente apoyar. La ciudad de Gerona, plaza reputada en todos tiempos como una de las llaves de Cataluña se puso en estado de defensa. Duhesme en una de sus salidas habia pasado por aquella ciudad; pero no teniendo órdenes del emperador para ocuparla, salió de ella sin guarnecerla con sus soldados, cometiendo ademas la imprudencia de dejar dentro de su recinto trescientos cincuenta hombres del regimiento de Ultonia.

Hallándose Cataluña en disposicion de empeñar una lucha encarnizada con los franceses con bastante probabilidad de éxito, merced á su terreno montañoso y á las plazas y fuertes repartidos por él, no menos que algunos restos de oficiales y soldados de línea de los que habian hecho la guerra contra la república, dedicóse la junta suprema de Lérida á reconcentrar todo lo posible los esfuerzos hasta entonces aislados, y á sacar partido de la patriótica exaltacion en que se veia arder una poblacion de ochocientos mil habitantes. Dadas las órdenes mas ejecutivas para poner en estado de defensa las plazas y fuertes, hizo armar en los puertos flotillas de guerra, y se puso en comunicacion activa con las islas Baleares y con los vecinos reinos de Aragon y Valencia, los cuales reunidos á Cataluña formaban antiguamente la llamada *Coronilla*. Esplotando despues sus recursos y contando con sus propios esfuerzos mas bien que con los de otras provincias, las cuales hacian bastante en atenderse á sí propias, decretó la formacion de un ejército de ochenta mil hombres, la mitad para el servicio activo y la otra mitad para el de reserva. El ejército activo quedó organizado en cuarenta batallones con la denominacion de tercios de migueletes, cada uno de los cuales constaba, lo mismo que en Aragon, de diez compañías de á cien hombres, y tenia el nombre de la ciudad á cuyo distrito pertenecia. La asignacion de los migueletes era una peseta diaria ademas del pan; pero el sueldo de los oficiales era inferior al de los de línea. El uniforme de esta nueva tropa se reducia á la vestimenta nacional que usan los catalanes; y si bien su organizacion chocaba con las reglas seguidas al mismo tiempo en el resto de España, eso mismo era en ellos una razon mas para adherirse á ella. Los catalanes no se hubieran alistado por cuanto vale el mundo en los regimientos de Castilla; y el nombre de migueletes con que se habian honrado sus padres, y el cual se habia renovado en las guerras de la revolucion, los halagaba estraordinariamente.

El efecto inmediato de la insurreccion catalana y del activo celo desplegado por la junta de Lérida, fué ponerse en estado de defensa las plazas que los franceses no tenian ocupadas, é interrumpir de un modo permanente la comunicacion de estos entre sí. Entre las plazas espresadas, merece señalada mencion la ciudad de Gerona, de la cual acabamos de hablar. Situada al pié de un monte en la confluencia de Oña y del Ter, divídela el primero de estos dos rios en dos partes desiguales, la mayor en la margen derecha al pié de la montaña que la domina por el lado del este, y la menor llamada el *Mercadal*, en una llanura á la márgen izquierda. La planta de la poblacion es de figura triangular. Cuando la invasion francesa, tenia la ciudad, ademas de las murallas y los baluartes y del pequeño fuerte llamado Monjuich, cuatro castillos á la parte oriental y otro á la parte del norte. Los baluartes de la ciudad propiamente dicha son dos, uno en la parte donde entra el

Oña, y otro á la de su salida. El Mercadal tenia cinco; pero *falta* la plaza de fosos y de camino cubierto y hasta de terraplen en su muralla, su fuerza mayor consistia en el sistema de sus castillos destacados, los cuales cubrian la montaña del este, y comunicaban con la plaza. El castillo de Monjuich, situado sobre una montaña al norte y á unas trescientas toesas del muro que rodea la poblacion, es un cuadrado flanqueado de baluartes con foso y camino cubierto y dos medias lunas. El principal defecto de todos estos fuertes esteriores consiste en lo ahogado de su disposicion, y en estar faltos de local para las guarniciones.

El general Duhesme que vía cortadas sus comunicaciones con Francia, tanto por la actitud de Gerona como por la de los demas distritos insurreccionados, conoció la imperiosa necesidad de restablecerlas á toda costa antes que el enemigo acabara de organizarse; y salió de Barcelona el 17 de junio con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería. De los dos caminos que desde la capital del principado conducen á Gerona, pasa el uno por el valle del Besós y continúa despues contiguo á la fortaleza de Hostalrich, mientras el otro costea el mar por espacio de seis leguas; y este fué el preferido por Duhesme en razon á ser el mejor, disponiendo que un corsario frances que estaba en el puerto de Barcelona, saliese de allí al mismo tiempo siguiendo su rumbo paralelo á las tropas. El mismo dia 17 al llegar estas á las cercanías de Mongat, descubrieron las alturas de este pueblo ocupadas por los paisanos del Vallés en número de nueve mil hombres, los cuales parecian tener intencion de impedir el paso al invasor. Su fin era este en efecto, y acaudillados por un teniente de la marina real llamado Barulló, sobrino del almirante del mismo nombre, pusieron un cañon en el castillo de Mongat y se prepararon al choque. Su inesperiencia les hizo creer que el general frances los atacaria tan solo por el frente, y esta persuasion les hizo atender esclusivamente al ataque en ese sentido; pero Duhesme que anhelaba solamente distraer su atencion de aquella manera, cayó sobre su derecha de pronto, y en breve los puso en huida apoderándose del cañon. Continuando su marcha despues de varias atrocidades cometidas en el paisanage de Mongat, presentóse delante de Mataró cuyos habitantes se empeñaron tambien en cortarle el paso, construyendo barricadas en las puertas y avanzando su artillería en las avenidas del camino de Barcelona, sin desmayar en su intento, no obstante la rota de Mongat. Duhesme se apoderó de la ciudad á la bayoneta el mismo dia 17, entregándola al saco y á todas las consecuencias que acompañan al pillage, como el asesinato y la profanacion. Hecho esto, y habiendo dejado á Mataró lleno de luto, continuó á la mañana siguiente su marcha sobre Gerona, autorizando á la tropa para cometer en el tránsito todo linage de escesos. El 20 llegó la vanguardia á las alturas de Palau, frente á los muros de la heróica ciudad cuya posesion anhelaba; pero los cañonazos con que fué recibido á su aproximacion, le anunciaron bien pronto la resolucion adoptada por sus moradores de sostenerse hasta el último trance.

En efecto: todo estaba allí preparado para resistir vigorosamente. Aquella poblacion, que al renombre que ya tenia por el importante papel que habia hecho anteriormente en las guerras de Cataluña, iba ahora á añadir nuevos títulos á la admiracion y á la gloria, habia sufrido con ira reconcentrada la espantosa noticia del 2 de mayo y la de las renuncias de Bayona, sin atreverse á lanzar el grito de guerra como otros pueblos, en razon al aislamiento y mal estado de defensa en que se hallaba, no menos que á la circunstancia de tener tan cerca de sí el grueso de las fuerzas del enemigo. El bombardeo de Figueras y el ejemplo de la mayor parte de la nacion alzada en masa contra los opresores, hicieron al fin que la cólera rompiese allí todos sus diques. Alborotado el pueblo el dia 5 de junio, presentaron los gremios de la ciudad una solicitud al ayuntamiento, en la cual, despues de esponer la pérfida conducta de los franceses contra España y su rey, manifestaban la resolucion que los habitantes habian tomado de sacrificar su vida defendiendo la independencia nacional, y concluian pidiendo se procediese inmediatamente á poner la plaza en estado de resistir á un enemigo que sa-

bida la noticia del alzamiento no podia tardar en venir. El gobernador de la plaza, mariscal de campo D. Joaquin de Mendoza, reunió en la tarde de aquel mismo dia las autoridades seculares y eclesiásticas, con algunos individuos de la nobleza y de los gremios, los cuales constituidos en junta con el ayuntamiento acordaron los medios mas urgentes de defensa. Habiendo despues cundido la desconfianza relativamente al gobernador, pidieron los gremios á la junta que le depusiese, y esta se vió precisada á acceder, aunque con repugnancia, por no hallar motivos suficientemente fundados para proceder á aquella medida. Nombrado gobernador interino el coronel D. Julian de Bolivar, teniente rey de la plaza, siguiéronse con actividad los trabajos empezados para la defensa. El mismo dia 5 por la noche se habia comenzado á montar la artillería y á proveerla de municiones; y aprovechando la junta los cuantiosos donativos del vecindario, continuó verificando los reparos de mas urgente necesidad para poner la plaza á cubierto de un golpe de mano. El paisanage estaba ocupado en recomponer los caminos que conducian á los fuertes, á fin de dejarlos practicables para la traslacion de la artillería. Mientras se construian en Ripoll algunos millares de fusiles, habilitáronse en la ciudad dos mil chuzos; y en un laboratorio que se dispuso al efecto procedióse á la fabricacion de cartuchos de fusil y de cañon. Una multitud de paisanos del corregimiento, no bien llegó á su noticia la resolucion de los gerundenses, se dirijió exhalada á la ciudad pidiendo armas y corriendo en tropel por las calles. El capitan de estado mayor frances Schwerisgut, que se hallaba comisionado en la plaza para cuidar de las partidas sueltas que pasaban por ella á reunirse con sus cuerpos, corrió entonces peligro de ser asesinado por la muchedumbre; pero protejido por el sargento mayor de Ultonia D. Enrique Odonnell y por otros oficiales del mismo cuerpo en union con algunos religiosos, fué conducido ileso al castillo de Monjuich. La junta, que para la mejor espedicion de los negocios se habia dividido en tres secciones, aprovechó el entusiasmo de los habitantes y de los recien venidos, formando algunos cuerpos de migueletes y un escuadron de caballería que se denominó de San Narciso, patron de la ciudad. La instruccion de estos cuerpos fué confiada á los oficiales que se hallaban allí, principalmente los de Ultonia. Previsto el caso de una alarma, designóse á todos los habitantes, inclusos los eclesiásticos de ambos cleros, el puesto que debian ocupar. El castillo de Monjuich y los fuertes del Condestable y Capuchinos fueron provistos de víveres para un mes. La actividad finalmente fué tal, que el dia 19 de junio, víspera de la llegada de Duhesme, se hallaban corrientes y en estado de servir cuarenta y dos piezas de artillería de todos calibres, y construidas en los ángulos flanqueados de los baluartes plataformas de mas elevacion que el terraplen, en las cuales se puso una pieza á barbeta. La artillería, servida por soldados de la misma arma que se habian escapado de Barcelona y por los marinos de las poblaciones de la costa, guarnecian convenientemente los muros. La decision y los esfuerzos de los trescientos cincuenta soldados de Ultonia que, segun tenemos ya dicho, constituian la guarnicion, eran secundados por la decision y el esfuerzo de todos los habitantes. La poblacion deseaba con ansia el momento de medirse con el enemigo. Los clérigos, los frailes y las mugeres escitaban á los soldados y paisanos á defenderse hasta el último trance.

Duhesme desplegó sus fuerzas, haciendo á su derecha pasar el Oña con objeto de apoderarse de la puerta del Carmen y del fuerte de Capuchinos, mientras la izquierda se estendia hasta Salt, donde los somatenes emboscados al otro lado del Ter hicieron sobre ella un vivísimo fuego, obligándola á retirarse. Rechazados de la puerta y del fuerte con pérdida considerable, establecieron los enemigos dos baterías, una despues de otra, á corta distancia de la plaza; pero esta contestó con sus fuegos de un modo tan certero y animado, que aquellas no pudieron sostenerse. Duhesme entretanto habia procurado conseguir por medio de supercherías lo que á la fuerza no le era fácil, enviando un parlamentario á las doce del dia, y sin que cesára la lucha, con un pliego en el cual pe-

dia se le franquease la entrada en la ciudad para continuar su marcha á la frontera. Ardid inútil ya de puro gastado, y mas inútil todavía visto el modo con que las comenzadas hostilidades desmentian la hipócrita manifestacion del gefe enemigo. La junta le contestó que si su intencion era tal como él decia, expedito tenia el camino por fuera de la ciudad, sin necesidad de entrar en ella. Desvanecidas las esperanzas que Duhesme tenia de posesionarse de la poblacion por este medio, envió por la tarde otro parlamentario, el cual entregó á la junta un segundo pliego, en el cual se proponia pasasen dos individuos de ella al cuartel general frances para comunicarles asuntos de la mas urgente importancia. Trasladáronse en efecto los dos comisionados al llano de Santa Eugenia poco antes del anochecer, y mientras conferenciaban con los generales Duhesme y Lechi, aprovechaba el enemigo el silencio y la quietud de la plaza tomando posiciones en sus cercanias. Notado este segundo ardid por los valientes de la poblacion, volvieron nuevamente á hacer fuego, viéndose los dos diputados espuestos á perder la vida en manos del enemigo irritado. La noche puso término al combate y al deseo de reiterar Duhesme las malas artes con que anhelaba coronar su empresa.

Los gerundenses no se entregaron por eso á una ciega y fatal confianza. Vigilantes y en pié toda la noche, manteníanse todos en sus puestos, cuando entre diez y once de ella adelantóse con el mayor silencio una columna francesa, protejida por la oscuridad, que era grande, y sin ser de nadie notada hasta que estuvo cerca de los muros. El fuego de fusil y de cañon anunció de repente otra pugna mas encarnizada y sangrienta que la que habia tenido lugar durante el dia. El enemigo no se arredró por verse descubierto. Mientras los franceses apostados en la calle del arrabal de Rulla llamaban la atencion de los defensores con un falso ataque contra el baluarte de San Francisco de Paula y puente de San Francisco de Asís, sobre el rio Oña, los que se hallaban en el campo inmediato al baluarte de Santa Clara, situado al mediodía de la ciudad, dirijianse con arrojo á este punto, llevando su audacia al estremo de arrimar escalas, por las cuales comenzaron á subir sigilosamente los mas denodados, consiguiendo algunos de ellos posesionarse de la muralla. La guarnicion que defendia el baluarte componíase de solos 50 paisanos y un piquete de Ultonia, con algunos artilleros destinados al servicio de dos cañones colocados en el ángulo saliente. Acometidos los nuestros de un modo inesperado, esforzáronse en rechazar á los que habian subido, combatiendo con ellos en medio de aquella espantosa lobreguez con los chuzos y las bayonetas; pero creciendo como por encanto el número de los franceses, y reemplazados los cadáveres de los que caian con nuevos y mas audaces escaladores, viéronse los defensores en precision de replegarse. La plaza estaba en el mayor peligro si el enemigo pasaba adelante. Afortunadamente llegó en sazon oportuna otro destacamento de Ultonia, y cargando al enemigo á la bayoneta con el valor de la desesperacion, logró rechazarlo completamente y precipitarlo en el foso. El fuego del baluarte de San Narciso acabó de coronar la victoria con sus certeros tiros á metralla, dejando el campo sembrado de cadáveres. Los franceses no obstante renovaron otro ataque á las doce de la noche, pretendiendo apoderarse del baluarte de San Pedro, situado al norte de la ciudad; pero rechazados con la misma energía, hubieron de renunciar á su empresa. Los dos comisionados de la



DEFENSA DE GERONA.

junta que habian pasado al campamento de Duhesme, permanecieron en el alojamiento de este durante el asalto; pero puestos en libertad al amanecer, restituyéronse á la plaza con el encargo de manifestar á la junta las nuevas propuestas del general enemigo, reducidas á que esta nombrase una nueva diputacion para entenderse con él. Era este otro ardid, aunque de diversa índole que los anteriores, puesto que el objeto de Duhesme era retirarse sin ser sentido, mientras hacia creer á la junta que continuaba acampado. Asi lo conocieron los individuos componentes, la nueva diputacion, cuando dirijiéndose á las ocho de la mañana del dia 21 á la casa de campo donde se alojaba el general, halláronla abandonada por este, lo mismo que todas las cercanías. Divulgada la noticia de la retirada, entregáronse los habitantes á todos los estremos de la alegría, cantándose al dia siguiente un *Te Deum* en accion de gracias, á cuyo acto, celebrado en la capilla de San Narciso, asistió todo el pueblo y la guarnicion. Los defensores atribuian al favor de aquel santo el feliz éxito de su primera defensa, no faltando quien dijese haberle visto durante la noche montado en un caballo blanco y vestido de general, combatiendo con los franceses, al modo que el apostol Santiago contra los moros. La pérdida del enemigo consistió en setecientos hombres; la de los defensores fué mucho mas corta.

Duhesme fué perseguido en su retirada por los somatenes de varias poblaciones; pero al fin consiguió restituirse á la capital del principado, donde sin desistir del proyecto de tomar á Gerona, se dedicó á organizar toda suerte de medios y preparativos para volver de nuevo á su empresa. Mientras él se ocupaba en esto, una parte de sus tropas que habian quedado en Mataró á las órdenes de Chabran, en número de 3500 hombres, salieron de dicha poblacion para dirijirse al Vallés con objeto de buscar víveres. Al llegar esta columna cerca de Granollers, fué acometida valerosamente por los patriotas de Vich, á cuyo frente se habia puesto el teniente coronel D. Francisco Milans del Bosch, el primero que entre los oficiales superiores de tropas de línea tuvo la honra de acaudillar á los somatenes. Los franceses no pudieron resistir aquel empuje dirijido con inteligencia, y volvieron

atrás derrotados, perdiendo la artillería. Estos reencuentros tenian lugar á cada paso, apareciendo el paisanage armado donde quiera que el enemigo ponia los pies. El sistema de los somatenes se reducia á incomodar constantemente las tropas francesas, elijiendo las posiciones en las cuales creian mas fácil la empresa de disputarles el paso, retirándose y echando á correr cuando no se creian bastante fuertes, y volviendo sobre los flancos y retaguardia del enemigo, cuando despues de una victoria mas aparente que real, continuaba este su marcha.

Los insurgentes parecian brotar de la tierra, y á veces presentaban una masa de hombres numerosa y compacta, y mejor dispuesta de lo que en aquellos momentos de improvisaciones belicosas podia esperarse. Tal fué el cordon que los catalanes, aprovechando la ausencia de Duhesme durante la tentativa sobre Gerona, habian formado á la margen derecha del Llobregat desde San Boy á Martorell. El notario de Lérida Baget, nombrado coronel del tercio de aquella ciudad por su junta, habia como hemos visto rechazado á los franceses del Bruch por la segunda vez, tras lo cual bajó á Martorell, donde supliendo con su patriotismo lo que le faltaba en conocimientos, y secundado por el celo de tres fervorosos patriotas, D. José Mateo, habitante de Capelladas, D. Manuel Pometa, oficial retirado, y D. Juan Soso, sargento de artillería, fué el primero en organizar la mencionada línea de defensa. Era su objeto defender los caminos de Garraf, Ordal y Esparraguera, y con este fin habia comenzado á disponer los atrincheramientos correspondientes, fortificando los pasos principales con piezas de grueso calibre sacadas de las plazas y de las baterías de la costa. Irritado Duhesme al ver una osadía como aquella llevada á cabo por el paisanage casi á las mismas puertas de Barcelona, envió el 29 de junio al general Lechi á fin de reconocer las posiciones de los catalanes en el mencionado rio. Habiéndolo hecho asi el gefe expedicionario, conoció la debilidad de aquella línea en varios puntos, como consecuencia forzosa de la precipitacion con que habia sido dispuesta. Llegado el dia 30, presentóse Lechi delante de Molins de Rey con dos mil italianos, y mientras estos llamaban la atencion de los catalanes hácia aquel punto, vadeaban el rio cerca de San Boy los generales Goulas y Bessieres con la infantería y caballería francesa. Trepando tras esto la orilla derecha del rio, arrollaron en ella á los somatenes, poniéndolos en completa derrota, y persiguiéndolos con sus tropas y las de Lechi hasta pasado Martorell.



DERROTA DE LOS SOMATENES EN EL LLOBREGAT.

Los catalanes perdieron en esta accion casi toda su artillería; pero no el patriotismo ni el ánimo. Vanamente intentó el enemigo arredrar á aquellos valientes recurriendo por la centésima vez al saqueo y al incendio de las poblaciones. El rigor era tan inútil como lo hubiera sido la benevolencia: la guerra habia comenzado á muerte y á muerte se debia terminar. Luego veremos á los vencidos volver á tomar la iniciativa en el combate y aparecer armados y audaces en las cercanias de la capital. Los pueblos son invencibles cuando estan empeñados en serlo.



CAPITULO X.

Breve ojeada sobre Valencia y los valencianos.—Carácter y atrocidades del canónigo Calvo.—Suplicio de este sacerdote y de sus compañeros.—Espedicion de Moncey sobre Valencia.—Combate del puente del Pajazo.—Combate de las Cabrillas.—Preparativos de defensa en Valencia.—Ataque de esta ciudad.—Retirada de Moncey.

AL hablar en el capítulo VI de la insurreccion de Valencia, dejamos interrumpido el relato de las atrocidades que en ella tuvieron lugar, siéndonos ahora preciso terminarlo, por mas que se resista la pluma á trazar uno de los episodios mas repugnantes que ennegrecen y manchan la historia. La de aquel bello y antiguo reino, otro de los componentes la corona de Aragon, podria compararse á los cuadros que ofrece una primavera dulcísima, donde la generalidad de los dias templados y apacibles no quita que de vez en cuando alternen con ellos el bramido de la tempestad y la furia de los elementos. Valencia es el jardin de las Hespérides, cuyas flores defiende un dragon. El que subiendo al *Miguelete* contempla desde su elevacion aquella deliciosisima huerta; aquella profusion de poblaciones sembradas en su distrito; aquellas quintas que elevan gallardas su frente sobre el prodigioso cuanto agradable número de humildes y aseadas barracas; aquellos campos que dan tres y cuatro cosechas al año; aquel admirable sistema de riego que no deja perderse inútilmente una sola gota de agua; aquellos cinco simétricos puentes por los cuales comunica la poblacion con los arrabales del norte; aquellos arbolados que templan y embalsaman el aire; aquel paseo del Grao que parece destinado á enlazar la vida que se goza en las ciudades con la dulce que ofrecen los campos; aquel Júcar tan cuidadosamente esplotado por el agricultor, que apenas le deja rendir al mar que le espera el tributo de alguna humedad; aquella Albufera parecida á las manchas de los lagos y mares de la luna; aquellos risueños collados seguidos de montes, los cuales semejan alzarse para contemplar la belleza del Eliseo que se estiende á sus pies; aquel clima donde apenas se conoce el invierno; aquel cielo trasparente y purísimo en que todo promete bonanza: el que observa todo eso, decimos, no puede sospechar que un pais industrioso y agrícola donde todo sonrie y halaga, se halle nunca espuesto á ofrecer escenas de sangre, de devastacion y esterminio. El idioma lemosin, tan ingrato en los labios de los catalanes, pierde de tal manera su as-

pereza en la boca valenciana, que aun cuando no se considere merecida en su totalidad la calificacion que Cervantes hace de él en su *Pérsiles*, preciso es convenir en que la dulzura que le es inherente es otro argumento de mas á favor de la *suavidad* que allí reina en todo. En Valencia, dice un proverbio, son blandos el cielo y el clima, blanda el agua, blandos los alimentos, y hasta las mugeres son blandas. Pero esa blandura perenne, esa cualidad apacible que parece modificarlo todo en aquel pais, es solo en el estado normal: cuando las pasiones se irritan, la furia valenciana podria compararse á la de Medea, cuya belleza y corazon de muger no le impidieron despedazar á sus hijos. Llenos de penetracion y de ingenio, han dado los valencianos repetidas pruebas de lo á propósito que son para las artes y las ciencias; aplicados como los que mas, esplotan y aprovechan el trabajo con una constancia admirable; afanándose por adquirir, son víctimas muchas veces de esa desapoderada pasion que les hace preferir el trabajo que produce mas, aun cuando les sea nocivo, ó los haga vivir tristemente arrastrando una existencia valetudinaria; aseados y limpios en sus casas, merced al cuidado de sus mugeres, hacen contrastar ese esmero con la poca decencia del vestido, en que no parecen haber consultado otra cosa que estar libres y desembarazados para el trabajo; ligeros y veloces en la carrera y en todos los egercicios de movimiento, merecen el dictado de *leves* con que los califica Arriaza; aficionados á fiestas y regocijos públicos, gastan y derrochan en un dia lo que les ha costado adquirir muchas semanas; religiosos en alto grado, han sido en España uno de los pueblos que mas vanidad han tenido en atender al decoro de sus templos y á los demas objetos del culto; afables con los estrangeros, son entre todos los componentes de la antigua *Coronilla* los que menos adheridos parecen á sus usos y costumbres locales; amigos de los placeres hasta lo que no es decible, se entregan á ellos con la misma avidez que á la industria ó á sus faenas agrícolas; dotados de ardiente imaginacion, son ligeros y superficiales cual ella, no siendo sino muy justa la calificacion de volubles que de ellos se hace. Los valencianos, en una palabra, en medio de las grandes prendas que los distinguen, están espuestos á caer tristemente en todas las faltas á que puede arrastrar la pasion, siendo como son en general hombres dotados de imaginacion y sentimiento mas bien que de juicio. Esto por lo que toca á la plebe. Las clases que se elevan un tanto sobre ese nivel no son las que dan á los pueblos su fisonomía local: participando mas ó menos de ella, la educacion ó las riquezas les hacen pertenecer á otra familia por decirlo así; y el historiador en sus juicios no puede referirse á ellas sino con grandes escepciones.

Agitada Valencia con los rumores de traicion que corrian de boca en boca, hemos visto á aquel paisanage hacer víctima de su suspicacia al desgraciado baron de Albalat, sin que fueran bastantes á salvarle el prestigio y el poder del padre Rico. Este acontecimiento con que los valencianos ensangrentaron su magnánima revolucion en los últimos dias de mayo, hubiera podido pasar como una de tantas desgracias, inevitables en aquella época de exaltacion patriótica y de sacudimiento social; mas bien pronto se echó de ver no haber sido tan triste suceso, sino el anuncio de las saturnales que despues debian seguir.

Era el dia 1.° de junio, cuando se presentó en aquella ciudad un canónigo de San Isidro de Madrid, llamado D. Baltasar Calvo, á quien podrian aplicarse muy bien las palabras de San Pablo en la epístola segunda á los Corinthios: *Satanás se transfigura en ángel de luz; y así no es de estrañar si sus ministros se transfiguran en ministros de justicia, cuyo fin será segun sus obras.* Era en efecto Calvo un monstruo en figura humana, un fanático con el nombre de Dios en los labios y la furia de Luzbel en el corazon, un hipócrita con apariencias de santo y con hechos de réprobo. Admirador del bando jesuita, cuyo corifeo se habia hecho en las dis-



EL CANÓNIGO CALVO.

putas que habian en su iglesia tenido lugar con los jansenistas, habíase ensañado en perseguir á estos con un lujo de vejacion estraordinario; pero su alma no podia quedar satisfecha sino cuando se le ofreciera ocasion de poner en práctica completamente sus máximas de sangre y esterminio. El grito de independencia nacional lanzado contra los franceses, fué para él el momento propicio de acreditarse como una verdadera notabilidad en materia de crímenes. Al llegar á Valencia vió dispuesta la multitud á todo género de escesos, y vió tambien el cuidado con que el P. Rico pretendia dirigirla y moralizarla. Devorado de ambicion como pocos, procuró desde el momento de su llegada atraerse las miradas de la muchedumbre y conciliarse su afecto, erijiéndose en apóstol de la causa nacional. Seducidos los valencianos con los arrebatos patrióticos y con el estudiado fervor religioso del recien venido, rodearon entusiasmados á un hombre que con solo ser de otra tierra llevaba en sí bastante recomendacion, porque los hijos de Valencia (dice un escritor de nuestros dias) «tan enemigos como son de sus paisanos, á quienes encarnizadamente persiguen si sobresalen por sus talentos, otro tanto son admiradores de los forasteros, á quienes veneran y colman de honores y siguen con ceguedad aunque los guien al precipicio (1)." Seguro asi Calvo de obtener el favor del vulgo, puso desde luego la mira en atraerse la benevolencia del P. Rico, á quien miraba con envidia, y cuyo predominio intentaba dividir al principio para acabar en último resultado por eri-

(1) *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*, tomo I, pág. 178.—Madrid 1842.

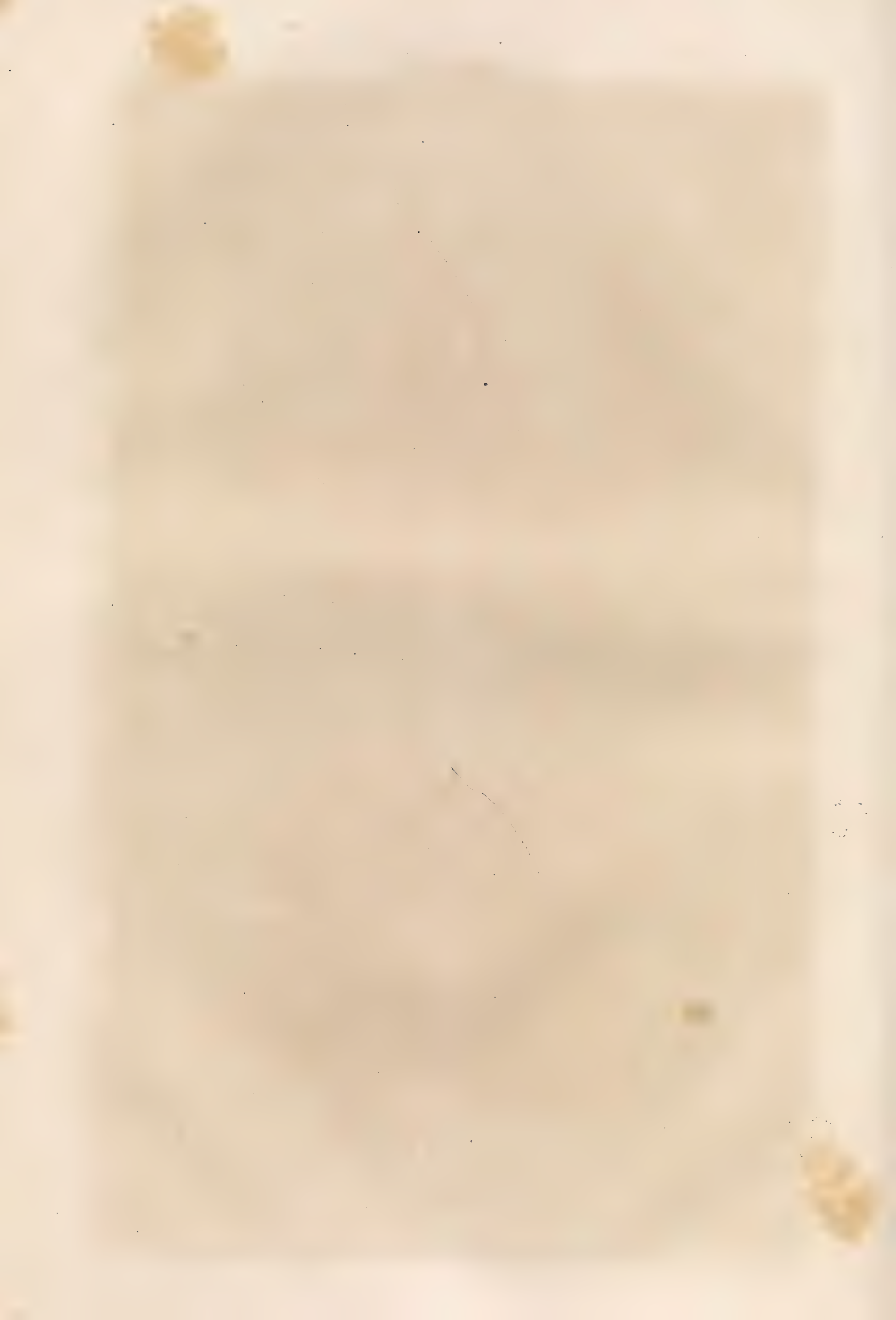
jirse en dominador esclusivo. El padre franciscano, que en medio de su honradez y de las pruebas que dió de desprendimiento y pureza, no era estraño enteramente al deseo del aura popular, negóse á hacer causa comun con el advenedizo sacerdote, ora fuese porque temiera hallar en él un rival peligroso, ora porque conociese desde la primera entrevista las torcidas intenciones de aquel clérigo. No contento con esto, influyó Rico cuanto estuvo en su mano para que no se nombrase á Calvo individuo de la junta, como pretendia. Calvo desde entonces juró á su antagonista ódio á muerte, y devorando en silencio la furia que interiormente le corroia, hízose rodear de cuarenta ó cincuenta asesinos, con los cuales se puso de acuerdo para llevar á cumplido término el espantoso plan que meditaba.

Habia la junta conducido á la ciudadela, con el fin de evitarles atropellos, á los franceses domiciliados en la ciudad; y Calvo proyectó con sus satélites apoderarse de aquel punto, dando muerte á los en él encerrados, para así captarse el favor popular. Fijado para la ejecucion el 5 de junio, comenzó al anochecer el tumulto con el saqueo de las casas de comercio de los franceses, cuyas propiedades y haberes habia respetado la junta. Hecho esto, y habiendo talado y destruido, ó arrojado por los balcones cuanto les vino á las manos, dirigiéronse los amotinados á la ciudadela, de la cual habia salido su gobernador Moreno para formar una division en Castellon de la Plana. Caido el fuerte en poder de los sediciosos, dirigiéronse los asesinos en busca de las víctimas, escitándolos Calvo á la matanza y pintándoles aquel acto como uno de los mas meritorios á los ojos de Dios. Estendida por la ciudad la voz de lo que pasaba, salieron de sus conventos las comunidades religiosas con las imágenes mas veneradas del pueblo y hasta con el Sacramento en las manos, á fin de evitar la proyectada carnicería. Calvo entonces, fingiendo compasion, adelantóse á los infelices cuya sangre anhelaba verter, y hablándoles de un modo tan pérfido como hipócrita, manifestóles el inminente riesgo en que estaban de perecer á manos del vulgo; por lo cual, y para impedir tan horrible catástrofe, se anticipaba él, les dijo, á indicarles el único medio de salvacion que tenian, cual era evadirse por el postigo que daba al campo, dirigiéndose al Grao, donde encontrarian embarcaciones dispuestas para conducirlos á Francia. Los azorados presos cayeron en el lazo; y oyendo á la multitud gritar desde afuera pidiendo venganza contra los traidores, dirigiéronse á tentar la fuga por el sitio que el canónigo les designaba. Oyese en esto otra voz no menos pérfida, y dispuesta por el mismo, de que los prisioneros se querian fugar; y precipitándose entonces la multitud dentro del recinto, comienza el horrible degüello de los contenidos en él. Vanamente los magistrados, el capitan general y la fuerza armada se empeñan en unir sus esfuerzos á los de los religiosos que habian acudido allí con algunas otras personas deseosas de evitar la catástrofe. El sanguinario clérigo preside la ejecucion con sonrisa diabólica, y hasta se niega á conceder á las víctimas los últimos consuelos de la religion. La voz *¡confesion! ¡confesion!* puede mas, sin embargo, que su horrible y nefanda impaciencia; y los pobres franceses consiguen en aquellos momentos postreros reconciliarse con Dios. Hecho esto, agárrase cada verdugo á su víctima, clava en ella repetidas veces el puñal, y la estancia se llena de cadáveres. Los gritos de personas compasivas y la vista de las sagradas imágenes estremecen á los sicarios, los cuales comienzan á vacilar. El canónigo que lo observa se irrita y los alienta de nuevo á la matanza, prometiéndoles recompensas pecuniarias, ademas de las que el cielo en su sentir les reserva en la otra vida como premio de su accion meritoria. La sacrílega escitacion no produce el efecto anhelado. Los verdugos se sienten sin ánimo para continuar la carnicería; visto lo cual por el canónigo, aparenta hacer gracia á ciento cuarenta y tres franceses que habia perdonado el puñal; y con pretesto de disponerles otro sitio donde esten con mas seguridad, ordena conducirlos á las torres de la puerta de Cuarte. Una traslacion como aquella, en medio de la muchedumbre enfurecida, no podia tener otro objeto que acabar la matanza empezada, y así fué en efecto. El malvado sacerdote tenia apostada cerca de la plaza de toros otra cuadrilla de asesinos, y al



F. Perez d. — Litog.ª de Mamerto

EJECUCION DEL CANONIGO CALVO EN LA CÁRCEL DE VALENCIA



llegar junto á aquel sitio los franceses, arrojáronse sobre ellos los sayones sin dejar á uno solo con vida.



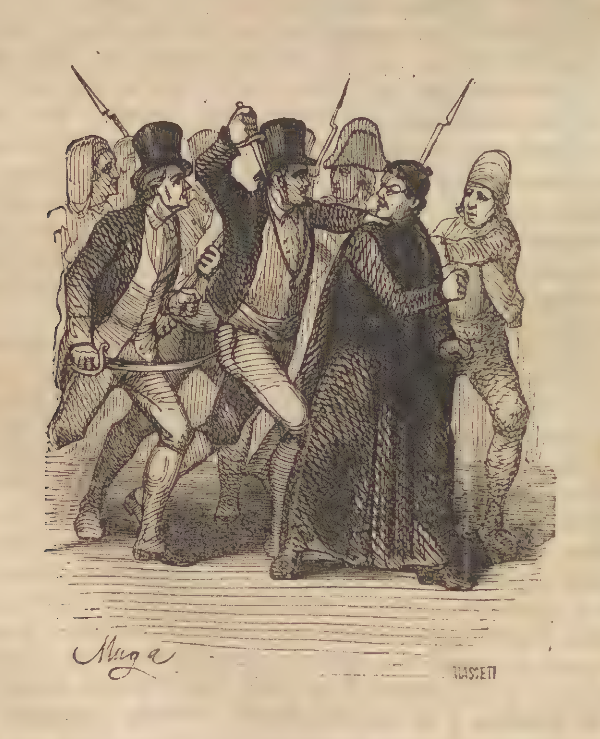
Asesinato de franceses en Valencia.

El número de las víctimas ascendió á trescientas treinta, segun Toreno, y á cuatrocientas segun otros. Concluida su hazaña espantosa, presentáronse los asesinos á entregar á la junta las alhajas de que habian despojado á los cadáveres, y con arreglo á lo prometido por el canónigo, pidieron descaradamente la recompensa de su trabajo. El magistrado D. José Manescau mandó al escribano entregar á cada uno treinta reales; y con pretesto de ser necesario dar cuentas de las cantidades invertidas, hizo inscribir los nombres de los peticionarios á medida que recibian su paga. El verdadero objeto que con esto se proponia aquel funcionario era hacer constar de ese modo quiénes eran los reos, para cuando llegase el dia de vengar la ley ultrajada. Este medio estaba, sin embargo, sujeto á equivocaciones. Mientras tanto quedó Calvo erigido, aunque por poco tiempo, en señor absoluto de Valencia, teniendo en un puño al arzobispo, á la junta y á todas las autoridades, incluso el capitan general, y amenazando á todos con la muerte en caso de desobediencia á las órdenes del tirano.

El P. Rico, que por comision de la junta habia salido á contener á la multitud desde el principio del tumulto, vióse desoido de todos, siéndole preciso retirarse y esconderse para no perecer á las manos de aquellos vándalos. A la mañana siguiente montó á caballo, y trocando en bravura el pavor que le habia sobrecogido la víspera, concibió el atrevido proyecto de prender al malvado sacerdote. Su empresa estaba á punto de salirle perfectamente, cuando uno de los individuos de la junta propuso admitir á Calvo en su seno. Apoyada esta mocion por otros dos, tomó Calvo asiento en aquella corporacion en la misma mañana del 6, llenando de terror y de espanto á todos sus individuos. Rico entonces se enciende en ira, y encarándose al autor de tan horribles asesinatos, pronuncia un enérgico discurso contra aquel réprobo, llevando su osadía al estremo de pedir la cabeza del malvado para que las leyes recobren su imperio. La sorpresa de Calvo y el asombro de la junta tuvieron mas de un punto de contacto con los de Catilina y el Senado cuando Ciceron pronunció aquel discurso tan sabido como elocuente contra el conspirador romano. Tal era el estado del debate, cuando abriéndose las puertas del recinto en que se verificaba la sesion,

precipítase dentro una parte de los sicarios, que no contentos con la sangre vertida el dia anterior, acababan de allanar nuevamente los domicilios donde sospechaban que estaban escondidos algunos franceses, á quienes dieron muerte como á sus compañeros de la víspera, arrastrando consigo á ocho de ellos, con el fin de inmolarlos ante los mismos ojos de la junta. La presencia de los verdugos y de las nuevas víctimas acabaron de aterrar á los miembros de aquella corporacion, dispersándose todos apresuradamente y huyendo de un local donde Calvo imperaba sin obstáculo, trocada su sorpresa en nuevo y mas terrible furor, merced al refuerzo que acababan de traerle sus satélites, libertándole del patíbulo en los momentos mismos en que la elocuencia de Rico iba por ventura á alcanzar un triunfo completo. El orador huyó con sus cólegas, y gracias á haberse disfrazado y puesto en lugar seguro, pudo evitar la venganza del que en nadie se hubiera cebado con tanto placer como en él. Mientras tanto los ocho franceses cayeron inmolados á los pies del canónigo, siendo vanas las súplicas del cónsul ingles Tupper para salvarles la vida.

El triunfo de aquella hiena sedienta de sangre no podia ser duradero. Recobrados los ánimos de las primeras impresiones del terror, esforzáronse los individuos de la junta en restituir las cosas al órden normal, congregándose en la mañana del 7 y poniendo á deliberacion la arriesgada medida propuesta por Rico en la sesion antecedente, y reiterada ahora por el mismo con una energía que le honró sobremanera. Convencidos todos de la necesidad de salvar á Valencia con un público escarmiento, decretaron el arresto de Calvo; y habiendo tomado todas las precauciones para que no llegara á su noticia lo que acababa de resolverse, consiguieron sorprenderle cuando menos lo esperaba. A fin de evitar que el popula-



ARRESTO DEL CANÓNIGO CALVO.

cho hiciera alguna tentativa para salvarle, condujéronle sin dilacion á bordo de un barco que dió la vela para Mallorca, quedando aprisionado allí en la torre que llaman del Angel hasta fines de junio, en cuyo intervalo se le formó el correspondiente proceso. Concluido este, fué Calvo conducido á Valencia y condenado á la pena de garrote por unanimidad de votos. El reo procuró defenderse, alegando en su favor mil estrañas paradojas de la escuela jesuítica, tales como la máxima de que el fin hace buenos los medios, y otras por el estilo; pero los jueces desoyeron sus sofismas, y el Robespierre de Valencia fué agarrotado en la cárcel á las doce de la noche del 3 de julio, quedando en la mañana del 4 espuesto su cadáver al público en la plaza de Santo Domingo, frente á la ciudadela, con una inscripcion que decia: *por traidor á la patria y mandante vil de asesinos*. No contenta la junta con el castigo de aquel malvado, trató de proceder al de los demas delincuentes; y habiendo creado con este fin un tribunal de seguridad pública, compuesto de los señores Manescau, Villafañe y Fuster, magistrados de la audiencia, procedióse al arresto de los asesinos, haciendo servir de cabeza de proceso la lista de los que habian recibido dinero cuando se presentaron á exigir su retribucion. Desde luego podemos creer que entre los inscriptos en aquel documento fatal, habria no pocos infelices que no siendo realmente criminales, habrian supuesto serlo, sin mas fin que el de adquirir los treinta miserables reales prometidos á los matadores. «La anarquía, dice el autor de la *historia de Fernando VII* arriba citada, se habia apoderado de la patria é invadido hasta el santuario de las leyes. En vez de emplear las formas legales, servia de única é irrecusable prueba la inscripcion en la lista de que hemos hablado: á las dos horas de haber sido preso un desgraciado, ya no existía; sin defensa, sin pruebas, sin justificar siquiera la identidad de la persona.» «Hombre hubo, continúa, que sentado ya en el suplicio fué preguntado por su nombre; y conocido el error se le desató y puso en libertad. ¡Desventurado! Ya habia sufrido la muerte, puesto que habia padecido sus mortales agonías. Asi perecian agarrotadas veinte y mas personas cada noche en la cárcel, y al siguiente dia amanecian suspendidas de las horcas en las plazas públicas. Un sacerdote que confesaba á los reos, horrorizado con la muerte de algunos inocentes, acudió al tribunal, solicitó mas detenimiento, mas justicia; pero fueron despreciados sus ruegos y se le impuso silencio. Trescientos individuos de la sociedad fueron ajusticiados de este modo arrebatado é ilegal: á nosotros nos aterrorizan mas los asesinatos jurídicos, que los puñales del vulgo.»

El conde de Toreno hablando de la atrocidad de este modo de proceder, la califica de *severidad que á algunos pareció áspera; pero sin ella*, añade, *la anarquía á duras penas se hubiera reprimido en Valencia y en otros pueblos de su reino*. Nosotros convenimos en la necesidad que en aquellos dias tenian los tribunales de mostrarse inflexibles y *severos*; pero nunca concederemos que para reprimir la anarquía en las calles sea preciso que se hagan anárquicos en contrario sentido los que aplican y ejecutan la ley. Reconocer la arbitrariedad como necesaria y erijirla en principio de conducta para algunos casos, aun cuando sean los de mayor apuro, es doctrina nefanda y poco diferente de las que servian de norte al canónigo Calvo; es confesar la lejitimidad de la tiranía en los gobernantes cuando con tanta razon se rechaza en los gobernados; es admitir la maquiavélica y horrible máxima que Metastasio pone en boca del rey Demofoonte:

«*Cuando al público sirve,*
Es consejo prudente
La muerte de uno solo, aunque inocente.»

Pero apartemos la vista de estos cuadros repugnantes y tristísimos, y preparémonos á contemplar otro, harto mas digno de atraer las miradas de nuestros lectores.

No bien se recibió en Madrid la noticia de la insurreccion de Valencia en los

últimos dias de mayo, determinó Murat sofocarla en su orígen á todo trance, halagándole la esperanza de poderlo verificar allí con mas facilidad que en otros puntos, merced al apoyo que creia encontrar dentro de los muros de la poblacion entre los magistrados y otros sugetos de categoría opuestos al movimiento. La audiencia, como hemos visto, habia dado subrepticiamente parte al gran duque de lo que en Valencia pasaba, pidiéndole con instancia un envio de tropas para reducir á la obediencia á los patriotas insurreccionados. Acorde Murat con los deseos del real acuerdo, y obrando con arreglo á las instrucciones recibidas de Napoleon, confió la espedicion de Valencia al mariscal Moncey, duque de Corneglia-no, hombre probo y honrado á toda prueba, y uno de los pocos que entre los guerreros de Napoleon hubieran sido capaces de atraer á favor de su amo los ánimos de los españoles, á haber sido este y Murat y los demas ejecutores de las órdenes imperiales igualmente sagaces y políticos que el general de que hablamos. Cuando en 1796 invadió la Navarra y provincias Vascongadas al frente de un ejército republicano y que hacia alarde muchas veces de irreligion é impiedad, tuvo buen cuidado Moncey de no herir los piadosos sentimientos del pueblo español, ni de humillar el amor propio de ciertas clases, como lo hicieron otros gefes compañeros suyos. El mostró miramiento á los grandes, á los agentes del gobierno y á los individuos del clero; y las cruces que hallaba en los caminos por donde pasaban sus tropas quedaron en pié como antes. Cuando despues del tratado de Basilea se vió Carlos IV obligado á dar paso por nuestro territorrio al ejército frances que debia marchar á Portugal, el monarca pidió con grande ahinco que se confiriese á Moncey el mando de las tropas invasoras: tanto era lo que fiaba en la honradez y delicadeza que distinguia al general. Este por su parte correspondia al aprecio que se le profesaba, pagándolo con un verdadero afecto hácia el pueblo español. Cuando mas adelante vino á España al frente del ejército de observacion de las costas del Oceano, él mismo deploró tristemente la aberracion cometida por el emperador al ordenar á los suyos apoderarse de nuestras plazas con la perfidia con que lo hicieron. Protegiendo al pueblo español, y procurando evitarle las vejaciones posibles donde quiera que ponia sus plantas, era al mismo tiempo, mas que gefe, el padre de los soldados que tenia á sus órdenes. Dotado de un carácter apacible, templado y conciliador, sin dejar por eso de ser enérgico cuando la ocasion lo exijia, contrastaba notablemente con el temple arrebatado y falto de toda prudencia que distinguia á Murat. La sangrienta jornada del 2 de mayo le arrancó nobles lágrimas, y Moncey no supo mostrarse á los ojos del pueblo de Madrid sino para hacer lo posible por aliviar su desgracia y contener la efusion de sangre. «Si Moncey, dice Foy, no hubiera sido frances, habria querido nacer español.»

Hechos los preparativos de la expedicion en los últimos dias de mayo, salió el mariscal de Madrid el 4 de junio con la primera division de su cuerpo, compuesta de diez y siete batallones al mando del general Musnier de la Converserie, y con la brigada de caballería ligera del general Wathier, la cual constaba de ochocientos caballos; llevando consigo ademas un tren de artillería de diez y seis piezas de varios calibres, y proveyéndose para la marcha con cincuenta mil raciones de galleta. El total de sus fuerzas ascendia á unos 9000 hombres, debiendo reunírseles en el camino dos batallones de guardias españolas y walonas, y las tres compañías de guardias de Corps del rey de España. La division de Chabran, fuerte de 4000 hombres, debia tambien salir de Barcelona con direccion á Tortosa donde esperaria las órdenes del mariscal. Moncey llegó á Cuenca el 11 de junio, y la frialdad con que fué recibido allí distaba muy poco de aquella disposicion de ánimo que anuncia la insurreccion. Las tropas españolas de la casa real que se enviaban desde Madrid á fin de reforzar el ejército frances, habian pasado en desórden por los caminos de travesía á la derecha de aquella ciudad, desbandándose en su mayor parte y dirigiéndose á Valencia para combatir entre las filas de sus compatriotas á los mismos que, segun las órdenes de Murat, debian conducirlos al combate en pró del pendon estrangero. Anunciando todo que la espedicion no acabaria pacíficamente, envió

Moncey á Chabran una órden, que segun el plan convenido, creyó le hallaria en Tortosa, mandándole trasladarse á Castellon de la Plana donde debia esperar sus órdenes para marchar los dos reunidos sobre Valencia. Pero ya hemos visto en el capítulo anterior el modo con que la insurreccion catalana echó por tierra esta parte del plan, no menos que el proyecto de aumentar con la division de Schwartz las fuerzas que sitiaban á Zaragoza.

Las tropas de Moncey permanecieron en Cuenca ocho dias. Persuadido Murat de que España le estaba sometida con la sola noticia del 2 de mayo, y creyendo que para reducir al deber las provincias insurreccionadas bastaba un simple amago por parte de sus tropas, tachó de demasiado lenta la prudente marcha del mariscal, é incomodado de la que creia timidez, envió al general de brigada Excelmans acompañado de varios oficiales, á fin de que tomase el mando de la vanguardia de Moncey, dándole al mismo tiempo la mision de activar el movimiento. Excelmans y los suyos llegaron el 16 á Saelices, pueblo situado cerca de Tarancon, y habiéndose trabado una querella entre ellos y el paisanage, quedaron envueltos por este, y fueron conducidos prisioneros á Valencia. De este modo se veia Moncey amenazado de la insurreccion por su espalda y su frente á la vez, y á medida que proseguia su camino, iban las cosas poniéndose en peor estado. Los pueblos por donde pasaban los franceses quedaban desiertos de habitantes; testigos Buenache de Alarcon, Motilla del Palancar y Minglanilla. Y no porque las tropas espedicionarias dejasen de observar en su tránsito la mayor disciplina; pero el cuidado de Moncey respecto á este punto no bastó á inspirar confianza á unos pueblos que nada detestaban tanto como el nombre frances. Tan repetidas deserciones indicaban como cosa segura la proximidad del combate, y este no se dejó esperar por mucho tiempo.

Las atrocidades que habian tenido lugar en Valencia no perjudicaron en nada á la defensa de la ciudad, antes bien exaltadas las pasiones con estraordinaria violencia, vinieron á caer de rechazo sobre el enemigo. Libre la junta del canónigo Calvo, dedicóse con mas desembarazo al alistamiento y organizacion del ejército; y como quiera que el tiempo y las circunstancias la obligasen á apresurarlo todo, ocupóse con estraordinario ardor en defender no solo la ciudad, sino tambien el resto de la provincia. Desde el momento que se supo en Valencia haber los franceses pasado el Tajo, tomáronse las medidas que se juzgaron mas oportunas para contener la invasion. El conde de Cervellon salió para Almansa con un cuerpo de quince mil hombres, á los cuales se unieron despues, bajo el mando de D. Pedro Gonzalez de Llamas, las tropas levantadas en Murcia. Mientras estas enviaban puestos avanzados á Chinchilla y Albacete, y en tanto que por otra parte se fortificaban los desfiladeros de Cataluña, situóse en las Cabrillas el general D. Pedro Adorno con ocho mil combatientes, tomándose otras disposiciones para la defensa en los desfiladeros de Castilla.

Dos ó tres mil paisanos armados, sostenidos por un cuerpo de setecientos suizos al servicio de España, adelantáronse al puente Pajazo, bajo el mando del referido Adorno, á fin de disputar á los franceses el paso del rio Cabriel, dejando situados trescientos hombres cerca de la venta de Contreras, y el resto de las fuerzas en Badocañas. Los españoles fundaban sus esperanzas de defensa en un trozo de terreno removido á manera de cabeza de puente, y en cuatro cañones que defendian á este, y de los cuales confiaban poder hacer uso contra un enemigo que en su concepto no podria llevar sus piezas á aquel sitio. El puente que es de piedra y consta de un solo arco, estaba cortado entonces; y hechos estos preparativos, esperaron los nuestros á los franceses con grandes esperanzas de triunfo. Las tropas de Moncey estuvieron á vista de las nuestras el 20 de junio por la mañana, sorprendiendo no poco á los españoles verlas arrastrar por aquellas rocas dos piezas de á ocho y un obus, venciendo los mayores obstáculos. Roto el fuego contra el puente por el general de brigada Couin, dispuso Moncey que mientras dos batallones se lanzaban en columna sobre la batería española, pa-

sase el Cabriel á vado un destacamento de infantería. El indisciplinado paisanage se vió envuelto en su posicion de un modo inesperado; y habiéndole abandonado doscientos treinta y tres suizos ó guardias españolas que se pasaron al enemigo, comenzó á dispersarse en todas direcciones, dejando á las tropas francesas dueñas del puente y de tres de los cuatro cañones que lo defendian. Nuestra pérdida consistió en veinte muertos y en diez y ocho prisioneros, y la de los franceses en nueve hombres entre muertos y heridos. Una parte de la fuerza derrotada se dirigió á las Cabrillas, en cuyo punto esperaron tentar de nuevo la suerte de las armas.

Dase el nombre de las Cabrillas á la masa de montañas calcáreas que, formando un espeso antemural, se estienden al oeste del reino de Valencia. No hay por allí sino un camino por el cual pueda conducirse la artillería, y ese camino abierto en las rocas, sube y baja alternativamente en pendientes ó cuestas sobremanera penosas. El ejército de Valencia se habia atrincherado sobre el paso principal, entre Siete-Aguas y la venta del Buñol, y merced á la dispersion sufrida por las tropas de Adorno, reducíase nuestra gente en aquel punto á unos tres mil paisanos y doscientos soldados de línea, siendo hasta doce las piezas de artillería que defendian la posicion. Ignorándose el paradero de Adorno, recayó el mando de los nuestros en el brigadier de guardias españolas Marimon, como oficial de mayor graduacion entre los pocos veteranos que allí se encontraban. Los franceses pasaron por Utiel, dejando á su izquierda á Requena, cuya villa se les sometió. Despues de haber empleado tres dias en hacer venir sus cañones del puente Pajazo, llegó Moncey á Venta-Quemada el 24 al mediodia. Una nube de tiradores nuestros que ocupaba el paso principal, hacía sobre los franceses desde lo alto de aquellos montes un fuego vivísimo. Moncey destacó por su izquierda, del lado de la Sierra de los Ajos, la cual domina por el norte al desfiladero de las Cabrillas, varias compañías de vascos franceses, acostumbrados á vencer asperezas semejantes en el Pirineo, poniéndolas á las órdenes del general de brigada Arispe, su gefe de estado mayor. Esta columna trepó por aquellas montañas con estraordinaria ligereza, y llevando á nuestras guerrillas de roca en roca por espacio de tres leguas, les tomaron dos piezas de cañon y una bandera. Desde el momento en que aquellas comenzaron á cejar, atacó Moncey el desfiladero de frente, visto lo cual, echó



COMBATE DE LAS CABRILLAS.

apresuradamente á correr la gente visoña, dejando en poder de los franceses el resto de los cañones y todo el bagaje. Ciento ochenta hombres del regimiento de Saboya que tomaron parte en la accion al mando del capitan Gamindez, hicieron cuanto estuvo de su parte por disputar el paso al enemigo; pero su valor fué desgraciadamente inútil, quedando los mas de ellos tendidos en el campo, y cayendo prisionero su gefe. La pérdida de las tropas francesas fué solo de unos cincuenta hombres entre muertos y heridos, siendo de cien muertos la nuestra, ademas de quinientos prisioneros.

Dueño Moncey de un paso tan importante, hizo doblar á los suyos aquellas alturas, llenándose de admiracion al descubrir desde ellas la bellísima puerta de Valencia que á distancia de siete leguas se estendia á sus pies. Nada parecia poder oponerse á la entrada de las tropas francesas en la capital edetana. El ejército que podia hacerlo habia sido batido completamente y desaparecido todo él, con la sola escepcion de los suizos que se habian pasado al vencedor. Moncey dió libertad á los paisanos que no vestian uniforme, y este rasgo que tan en armonía se hallaba con sus sentimientos de benevolencia, lo estaba entonces tambien con su política; pero ya hemos dicho otra vez que ni la dulzura ni la severidad podian hacer afortunada la causa francesa ante el justo resentimiento inspirado á los españoles con la conducta del emperador. Aprovechando el mariscal las primeras impresiones que el terror debia inspirar á los valencianos sabida su doble derrota, invitó al capitan general conde de la Conquista, lo mismo que al conde de Cervellon, comandante de las tropas, á que le recibiesen como amigo, protestando no desear otra cosa que restablecer el órden y la tranquilidad pública. Todo esto fué tambien inútil. El único medio de conseguir lo que deseaba consistia en perseguir sin descanso á los fugitivos y entrar con ellos en la capital; pero la artillería de Moncey no se hallaba en estado de seguir una marcha tan rápida, y el mariscal se vió precisado á detenerse todo el dia 25 en la venta de Buñol, con el fin de aguardar el tren. Esta dilacion fué funesta á la causa de los usurpadores. El P. Rico, que al saberse en Valencia la derrota del puente Pajazo habia apresuradamente salido para el ejército por comision de la junta, á fin de alentar á los nuestros á tentar una nueva accion, pudo salvarse de caer prisionero ó muerto en la de las Cabrillas, en la cual tomó parte; y aprovechando la inevitable demora de Moncey, pudo entrar en Valencia en la madrugada del 25 y alentar á sus moradores á resistirse hasta el último trance.

El reino de Valencia en los primeros dias del alzamiento se hallaba desprovisto de recursos para resistir con éxito al enemigo. El total de las tropas con que contaba ascendia á dos mil cuatrocientos ochenta y nueve infantes y ochocientos cincuenta y un caballos, número harto escaso para medirse con las aguerridas y triplicadas tropas que mandaba Moncey; pero el paisanage tomaba parte en la lucha, y un pueblo en revolucion es invencible. Veinticinco cañones de todos calibres, cinco cureñas, dos mil cuarenta y siete fusiles, y quinientos veinte quintales de pólvora eran todas las armas y municiones de que al principio podia echarse mano; pero habia gran porcion de armas blancas, y ya hemos visto en otro lugar el modo con que los valencianos se proveyeron de plomo, gracias á la presa que hicieron en una fragata francesa, acabando de proveerse de lo mas necesario con los recursos que le suministró Cartagena. Así fué posible á la junta improvisar el que á falta de otro nombre hemos llamado ejército, derrotado en el camino viejo de Madrid.

Sabida en Valencia por boca del mismo P. Rico la desgraciada accion de las Cabrillas, mandó la junta á los habitantes de todas edades y condiciones presentarse en la ciudadela á recibir armas, repartiéndose blancas en defecto de otras, y hasta hojas de espada sin puño cuando estuvieron distribuidos los fusiles. Aquel pueblo tan terrible y espantoso pocos dias antes ejecutaba las órdenes de sus gobernantes con una obediencia y entusiasmo sin límites; y en vez de abatirse por los reveses sufridos, parecia crecer en valor á medida que el riesgo aumentaba. Animadas de un mismo sentimiento y con muy contadas escepciones las cien mil al-

mas que constituian aquella poblacion, ocupáronse sin descanso dia y noche en trabajar en las fortificaciones que á toda prisa se levantaban, construyéndose en todas las puertas baterías con sacos á tierra en el corto espacio de sesenta horas. La mas fuerte de esas baterias quedó establecida en la puerta de Cuarte, como punto principal que debia atacar el enemigo. En las calles se hicieron barricadas; echóse agua en los fosos y zanjas que se abrieron; las entradas y ventanas de las casas quedaron obstruidas con toda suerte de utensilios domésticos, y para impedir la accion á la caballería enemiga, abriéronse hoyas y procuróse llenar de obstáculos los caminos por dónde debia pasar. De este modo quedó en estado de resistir á la primera embestida una ciudad que, aunque tiene el nombre de plaza por residir en ella el capitan general con su estado mayor, carece de fortificaciones propiamente dichas, no siéndolo, como no lo es militarmente hablando, su antigua muralla de mampostería flanqueada de torres en sus ocho puertas, ni menos la que llaman ciudadela, construida en el siglo XVI para contener la irrupcion con que el corsario Barbaroja amenazaba las costas de aquel reino; ciudadela pequeña y mal fortificada, la cual no sirve de nada para el caso de una defensa propiamente dicha.

No contenta la junta con haber procurado en el recinto de la ciudad todos los medios de resistir al enemigo, formó un campo avanzado en el pueblo de Cuarte, distante de Valencia una legua, con cuerpos nuevamente levantados, á las órdenes de D. Felipe Saint-March. El bravo militar D. José Caro, sobrino del difunto general del mismo apellido, y el cual habia sido nombrado brigadier al principio del levantamiento, hallábase apostado en Almansa con una division de paisanos en el ejército del conde de Cervellon, cuando ocurrió nuestra derrota en las Cabrillas. Sabedor de este triste suceso, corrió apresuradamente á Valencia, y uniéndose á Saint-March, combinaron juntos el plan que creyeron mas á propósito para contener á Moncey detenido en Buñol. Caro situó sus fuerzas, compuestas de mil soldados, siete mil paisanos y tres piezas de artillería junto á la ermita de San Onofre, á la orilla del canal de regadío, que atravesando el camino que conduce á las Cabrillas, sirve de comunicacion á las aguas del rio Turia ó Guadalaviar con el Fera. Llegados los franceses á aquel punto á las dos de la tarde del dia 26, rompieron el fuego nuestros tiradores desde los algarrobales, viñedos y olivares en que estaban emboscados, mientras el cuerpo principal de las tropas de Caro defendia con sus cañones el camino hondo, cuyo puente se habia cortado. Moncey hizo avanzar su artillería, que ya le habia llegado, disponiendo varias columnas de ataque, y apoderándose del canal y de la línea establecida en él en menos de una hora. Caro y Saint-March se retiraron al pueblo de Cuarte, donde habian tenido cuidado de establecer una segunda línea, no tanto por la esperanza que tuvieran de resistir con éxito, cuanto para impedir el efecto que en Valencia podria producir la desercion del paisanage apostado en el canal, si llegando á ser derrotados, como sucedió, no tenian á su espalda otro apoyo ó punto de reunion.

Comenzada de nuevo la refriega en el pueblo de Cuarte, cuyas casas se habian puesto en regular estado de defensa, fué Moncey en aquella accion igualmente afortunado que en las anteriores, poniendo en fuga á los nuestros á las seis de la tarde, y apoderándose de la poblacion, de toda la artillería y de una bandera. Nuestra pérdida fué de trescientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, quedando por esta cuarta derrota franqueada completamente á los franceses su aproximacion á Valencia. Esta accion, aunque desgraciada, valió á los habitantes un dia mas para sus preparativos; y en guerra lo mismo que en política, la victoria consiste muchas veces en ganar tiempo

Moncey pernoctó el 27 entre Cuarte y Valencia, á media legua de esta ciudad. En la madrugada del 28 envió un coronel español, prisionero de guerra de los franceses, con un oficio para el conde de la Conquista, intimándole la rendicion de la plaza, y manifestándole los desastres á que la esponia con una resistencia imprudente. Hecho esto hizo mover sus columnas el mismo dia 28 al amanecer, costándole poco esfuerzo hacer entrar en la ciudad á algunos paisanos salidos de ella

con el fin de hostilizarle. Congregada la junta por el conde de la Conquista, dióse entrada en su seno al ayuntamiento, á la nobleza y á varios individuos de todos los gremios; y poniéndose á deliberacion el caso de la entrega de la ciudad, hubo varios que opinaron por la rendicion, esforzándose en hacer adoptar este partido el emisario que habia traido el pliego. Vacilante se hallaba la junta y en disposicion de ceder á una capitulacion que, atendido el carácter de Moncey, podia ser bastante honrosa, cuando agolpándose el pueblo á las puertas de palacio gritando *traicion*, amenazó con la muerte á los que pensasen entablar trato alguno con el enemigo. Decayeron entonces de ánimo los que agitaban semejante proyecto, y reconociéndose impotentes para contrarestar la voluntad popular, resolvieron conformarse con ella poniéndose al frente de los habitantes, igualmente que los demas individuos decididos desde un principio por la resistencia. Uno de los vocales de la junta salió al balcon, y anunció al pueblo la resolucion adoptada de vencer ó morir por la patria. Entusiasmada la multitud pobló el aire de aclamaciones á la autoridad suprema, y despues de recorrer las baterías con ella á su frente, se dispuso á rechazar al enemigo.

Roto el fuego á las once de la mañana del 28, faltó la metralla á los defensores á los pocos momentos; pero el patriotismo suplió por todo, pues arrancando los vecinos las rejas de sus casas, y proporcionando todo el hierro que en ellas tenian, proveyéronse asi de municiones sirviendo con ellas las piezas, y haciéndolas jugar con mas acierto del que era de esperar, atendida la inesperiencia de tantos improvisados artilleros.

Rechazado Moncey de la puerta de Cuarte una, dos y tres veces, acometió otras tres la batería de Santa Catalina, situada entre dicha puerta y la de San José,



DEFENSA DE VALENCIA.

siendo igualmente vano su empeño en apoderarse de aquel punto. La artillería valenciana, superior en calibre, en posicion y número á la francesa, desmontó en parte las piezas de ataque que Moncey tenia situadas en dos baterías frente á las

puertas de Cuarte y San José á medio tiro de cañon, cubriéndose de gloria el coronel baron de Petres, el de la misma clase D. Bartolomé de Georget y el capitan D. José Ruiz de Alcalá, no menos que el coronel Vallés y los comandantes Velasco y Soler, por el acierto con que dirigieron contra el enemigo el fuego de artillería y fusilería. A las pocas horas de haber comenzado el combate, vianse ante las puertas sobredichas dos horribles montones de cadáveres, los cuales atestiguaban el impetuoso ardor de la embestida y la firme y tenaz resistencia de los valencianos. Desesperanzado Moncey de entrar en la ciudad por los puntos en que tan impetuosamente la habia embestido, envió una columna á atacar la puerta de San Vicente como parte que consideraba mas flaca; pero esta nueva tentativa no tuvo mejor resultado que las otras, y gracias á las buenas disposiciones de los comandantes Barrera, Cano y Almela, vióse el enemigo obligado á replegarse despues de una mortandad espantosa. Mientras el sol estuvo sobre el horizonte no perdieron los franceses terreno, aunque perdieron multitud de vidas; pero al acercarse la noche aceptaron su sombra protectora, retirándose en buen órden despues de ocho horas de refriega, y reuniéndose en el campo de la víspera entre Mislata y Cuarte.

En la embestida de Valencia perdieron los franceses mas de dos mil hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el mayor Blanc, comandante del tercer regimiento provisional, el gefe de batallon Dumont y varios oficiales; y entre los segundos el general de ingenieros Cazal. Resguardados los españoles detrás de los muros y baterías, fué su pérdida incomparablemente menor. En aquella obstinada resistencia arrancaron las palmas de la gloria todos los defensores sin distincion de clases, no siendo la ínfima la que menos pruebas dió de bravura y patriotismo. «El P. Rico, dice Toreno, anduvo constantemente por los parages de mayor riesgo, y coadyuvó grandemente á la defensa con su energía y brioso porte. Fué imperturbable en su valor Juan Bautista Moreno, que sin fusil y con la espada en la mano alentaba á sus compañeros, y tomó á su cargo abrir y cerrar las puertas sin reparar en el peligro que á cada paso le amenazaba. Mas sublime ejemplo dió aun con su conducta Miguel García, mesonero de la calle de San Vicente; quien hizo solo á caballo cinco salidas, y sacando en cada una de ellas cuarenta cartuchos los empleaba, como diestro tirador, atinadamente. Hechos son estos dignos de la recordacion histórica, y no deben desdeñarse, aunque vengan de humilde lugar. Al contrario, concluye el autor citado, conviene repetirlos y grabarlos en la memoria de los buenos ciudadanos, para que sean imitados en aquellos casos en que peligre la independencia de la patria.»

Al comparar el heroismo de la plebe valenciana con los sangrientos actos de que fué ejecutora á las órdenes del canónigo Calvo, bien podremos decir con Thiers, que esa plebe no se ostenta nunca grande sino cuando se entrega con la fé que le distingue á morir en defensa de la patria.

Viendo Moncey reducidos á poco mas de seis mil hombres útiles los nueve mil que consigo habia traido; hallándose escaso de municiones de fusileria, falto casi enteramente de las de cañon, y abrumado con la necesidad de atender á un numeroso hospital ambulante, calculó por los resultados que hasta entonces habia tenido su espedicion los que podia esperar de un empeño poco prudente en llevar adelante su intento. Al pronto pensó en pasar á Cataluña para reunirse con Chabran y revolver sobre Valencia unido con él; pero no teniendo ninguna noticia de aquel general, calculó cuerdamente que habria en Cataluña ocurrido algun acontecimiento por el cual le habria sido imposible á Chabran dirigirse á Tortosa como se habia determinado. Era en vano por lo mismo contar con el apoyo de aquel gefe para tentar de nuevo otra embestida, y decidióse á verificar su retirada de un modo terminante y resuelto. Las comunicaciones con Madrid estaban interrumpidas hacia mas de dos semanas, y á la insurreccion que, segun las últimas noticias, habia tenido lugar en Cuenca, añadíase probablemente la de todo el pais que tenia al contorno. ¿Qué podia hacer Moncey tentando un nuevo ataque, con

una fuerza disminuida y derrotada, ante una ciudad cuyo valor y fuerza moral habian tan notablemente crecido, merced al heroismo y buena fortuna con que se habia empeñado en la resistencia?

Precisado Moncey á repasar el Júcar, procuró ocultar á los valencianos la verdadera direccion de su movimiento, y el 29 por la tarde tomó posicion entre Cuarte y Torrente. El conde de Cervellon, que se habia situado en Alcira despues de nuestra derrota en las Cabrillas, permaneció inactivo en aquella poblacion sin molestar á Moncey en su retirada, disputándole el paso del rio, como acaso podria haberlo hecho apoyando al general Llamas. Este habia venido de Murcia hácia el puerto de Almansa, y al saber que Moncey se dirigia á atacar á Valencia, avanzó presuroso hasta Chiva, cortándole sus comunicaciones por la espalda. Viendo despues al mariscal en retirada, hostigóle hasta el rio en cuestion; pero destituido del apoyo del conde, no se atrevió á pasar adelante en la persecucion del enemigo. Tal vez desconfió Cervellon de sus fuerzas, y teniendo presentes las repetidas derrotas que el paisanage habia esperimentado cuantas veces acababa de medirse con los franceses en campo abierto, no osó tentar con sus soldados la suerte de las armas para impedir á los franceses el paso del rio. Esta conducta fué calificada de reprensible timidez, y dió motivo á que se despojase á Cervellon del mando de las tropas.

Molestado Moncey por las tropas de Llamas, consiguió el 1.° de julio pasar el Júcar á vado, precipitándose por él la caballería primero, y siguiendo la infantería. Una parte del cuerpo español, compuesto en su mayoría de paisanos armados, huyó á Alcira en desórden. Los franceses tomaron posicion el 2 por la noche al pié del puerto de Almansa, marchando á la mañana siguiente al encuentro de dos ó tres mil de los nuestros que los esperaban allí. Trabado el combate con los paisanos, opusieron estos una débil resistencia, acabando por abandonar sus cañones y dispersarse. Llegado Moncey á Almansa, continuó su marcha sin ser inquietado hasta Albacete, en cuya ciudad hizo alto. Dejémosle aquí nosotros, y pasemos á hablar de Andalucía.



CAPITULO XI.

Ataque y rendicion de la escuadra francesa surta en la bahía de Cadiz.—Entra en Andalucía el cuerpo del general Dupont.—Combate del puente de Alcolea.—Entrada de los franceses en Córdova y atrocidades cometidas en esta ciudad.—Actividad de las juntas de Sevilla y Granada.—Aislamiento de Dupont.—Sublevacion de la Mancha.—Sale Dupont de Córdova y se retira á Andujar.—Ataque y saqueo de Jaen.—Pide Dupont refuerzos á Madrid.—Savary sucede á Murat.—Marcha Vedel á Andalucía á reforzar el cuerpo de Dupont.—Unese á este el general Gobert con nuevos refuerzos.—Segundo ataque de Jaen.—Prepárase el ejército de Andalucía á atacar al ejército frances.

Al estallar la insurreccion en las provincias meridionales de España, hallábase surta en el puerto de Cadiz una escuadra francesa, compuesta de cinco navíos de línea y una fragata á las órdenes del contra-almirante Rosily. Dicha escuadra, estacionada allí desde el desastroso combate de Trafalgar, permanecia combinada con la española y alternando con ella. Irritado el pueblo gaditano con la vista del pabellon frances, le hemos visto pedir á Solano pasase á combatirla inmediatamente, y hemos visto tambien el desastroso fin que cupo á aquel general, á consecuencia de haberse negado á verificarlo con la precipitacion que la multitud deseaba. Nombrado gefe militar de la provincia de Cadiz el teniente general D. Tomas de Morla, volvió el pueblo á insistir en su demanda con la misma energía, habiendo costado no poco hacerle desistir de la idea de combatir las naves con bala roja, esponiendo nuestros buques á arder juntamente con los enemigos, y pudiendo la catástrofe ocasionar estragos de consideracion al mismo pueblo de Cadiz y al Trocadero con la esplosion de la Santa Bárbara de los navíos. Apagados los hornillos que en un principio se habian dispuesto, no por eso desistió la muchedumbre del proyecto de rendir la escuadra francesa, si bien renunció por de pronto al medio destructor que la irritacion le habia hecho pedir.

El contra-almirante Rosily conoció lo apurado de su situacion, y habiéndose puesto á la defensiva fuera del tiro de nuestras baterías de tierra, trató de ganar tiempo con una contestacion tras otra, dando lugar á que llegasen de Madrid las tropas que segun aviso enviaba Murat para sofocar el levantamiento andaluz. Uno de los ayudantes de nuestra escuadra pasó á bordo del navío *Príncipe de Asturias* en compañía de un diputado del pueblo de Cadiz, y dirigiéndose al *Héroe*, navío frances, intimó la rendicion al almirante.



INTÍMASE LA RENDICION Á LA ESCUADRA FRANCESA DE CADIZ.

Este contestó ser su ánimo permanecer en actitud pacífica durante la insurreccion; pero que no por eso pensaba en ceder á las amenazas de un pueblo entregado al tumulto, hallándose, como se hallaba dispuesto á resistir, oponiendo la fuerza á la fuerza, si los españoles tomaban la iniciativa en las hostilidades. Pasando despues á hacer reflexiones sobre las pretensiones de la multitud, observó no ser justa la entrega que de él se exigia, estando pendiente de la resolucion del emperador la vuelta de Fernando á su patria, por lo cual debia España atenerse á las resultas de este negocio, antes de romper con la Francia en los términos en que se hacia. Ultimamente propuso abandonar la bahía desde luego, á fin de tranquilizar á la multitud, con tal, empero, que los ingleses le consintieran retirarse. No sucediendo esto así, ofreció desembarcar sus cañones, poner sus equipages á bordo y ocultar su pabellon, pidiendo en cambio de este sacrificio los competentes rehenes para dejar á cubierto de todo ataque á sus enfermos y á la poblacion francesa de Cadiz, debiendo dársele igualmente garantías de que el enemigo esterior no le hostilizaria en manera alguna.

Conociendo Morla que toda la palabrería del frances tenia por objeto dar largas, desechó sus proposiciones, exigiendo de nuevo en términos esplícitos la rendicion de la armada á discrecion. Negándose Rosily á tal afrenta, establecieron los españoles sus baterías en la isla de Leon y cerca del castillo de Fort-Luis, quedando este desmantelado en una sola noche para evitar que sirviese de abrigo á la escuadra francesa. El Trocadero, el castillo de Puntales, la Punta de la Cantera y el parque de artillería de la Carraca, presentaban en cada uno de estos puntos una batería de morteros. No queriendo las autoridades comprometer en el combate que se preparaba á la escuadra española que estaba mezclada con la francesa, reuniéronse varias fuerzas sutiles, las cuales debian operar al abrigo de las baterías de tierra. El dia 9 de junio por la mañana intimóse de nuevo la rendicion al almirante; y habiendo contestado lo mismo que la primera vez, hizo el navío *Príncipe de Asturias* señal de comenzar el fuego. Rompióse este por veinte y cinco faluchos cañoneros, doce bombarderas, seis botes y demas fuerzas sutiles, siendo terrible y continuado el de los morteros de tierra y mar, y durando todo el dia el ataque. Nuestras fuerzas sufrieron algun tanto, quedando inutilizadas diez bombarderas

y cuatro cañoneras, y echados á pique una de estas y un místico. Por la noche continuó el fuego de los morteros, aunque menos vivo, redoblándose con nueva furia en la madrugada del 10, en cuyo dia á las tres de la tarde mandó Rosily poner bandera blanca en el navío *Héroe*, no habiéndole sido posible realizar la fuga. El almirante frances procuró otra vez ganar tiempo con nuevas conferencias y gestiones, reproduciendo su demanda respecto á garantirle la vida y bienes de los franceses de la escuadra y de todos los demas que se hallaban domiciliados en la provincia, pidiendo igualmente quedar libre para restituirse á Francia con sus buques. Consultóse á la junta de Sevilla sobre estas proposiciones, estipulándose un armisticio hasta recibir la contestacion. Llegada esta el dia 14 intimóse al almirante el ultimatum de aquella corporacion, reducido á la entrega pura y simple. Rosily entonces, visto lo inútil de la resistencia, apeló á la generosidad española y rindióse sin condicion ninguna, consiguiendo el pueblo de Cadiz por fruto de su fácil victoria hacer prisioneros tres mil seiscientos sesenta y seis hombres, cuatrocientos cuarenta y dos cañones, mil seiscientos sesenta y un quintales de pólvora, mil cuatrocientos veinte y nueve fusiles, ochenta esmeriles, cincuenta carabinas, quinientas cinco pistolas, mil seiscientos noventa y seis sables, cuatrocientos veinte y cinco chuzos, cien mil quinientas balas de fusil y otras municiones, con abundantes repuestos marítimos y víveres para seis meses. La pérdida por lo demas fué muy corta de una y otra parte, consistiendo toda ella en doce muertos y cincuenta y un heridos. Lo mejor que tuvo aquel triunfo fué no haberse necesitado la cooperacion inglesa para el combate. El almirante Collingwood ofreció su asistencia y su ayuda; pero bastando á los españoles que los ingleses impidiesen la fuga á la armada francesa, desecharon con delicadeza un socorro que á haber sido aceptado, nos hubiera valido probablemente cinco navíos de línea y una fragata menos.

Mientras tenia lugar en Andalucía tan señalado triunfo, caminaban hácia aquellas provincias las tropas francesas, bien agenas de esperar la catástrofe que en último resultado las esperaba. Cuando estalló la insurreccion española hallábase Dupont acantonado en Toledo, y habiendo recibido órden del gran duque de Berg para ponerse en marcha inmediatamente, salió con direccion á Cadiz el dia 24 de mayo. Componíase su cuerpo de la division de infantería del general Barbou, la cual constaba de seis mil hombres; de un batallon de quinientos marinos de la guardia imperial; de la division de caballería del general Fresia, fuerte de cinco mil caballos divididos en dos brigadas, y de dos regimientos suizos al servicio de España, Reding y Preux. Dupont tenia órden de añadir á sus fuerzas todas las tropas españolas que hallase en cualquier punto durante su marcha. Provisto de abundante galleta, y llevando consigo veinte y cuatro piezas de artillería, iba tan confiado en el buen éxito de su mision, que al dar cuenta al ministro de la Guerra de la formacion de sus columnas, le anunció con el tono de la seguridad, que el dia 21 de junio entraria con sus tropas en Cadiz. Los franceses atravesaron las áridas llanuras de la Mancha sin esperimentar obstáculo, y habiendo encontrado en el pais por donde transitaban mayor cantidad de víveres de la que en un principio se habian prometido, dejaron almacenada en el pósito de Santa Cruz de Mudela la galleta que llevaban á prevencion. Habiendo penetrado con la misma tranquilidad el 2 de junio en las estrechuras de Sierra-Morena, comenzaron á recelarse algun tanto al llegar la vanguardia á la Carolina, cuya poblacion hallaron casi desierta, habiendo huido á la montaña casi todos sus moradores. A esta señal poco satisfactoria para los franceses, añadióse la noticia harto mas desagradable, participada por los pocos habitantes que habian quedado en la Carolina, de que los andaluces habian tomado las armas á fin de sostener su independencia. Llegado á Andujar, dos jornadas mas adelante, supo Dupont el levantamiento en masa de las provincias andaluzas, la instalacion de la junta suprema de Sevilla y las enérgicas disposiciones adoptadas para la defensa. Anublóse con esto al general frances la esperanza que hasta entonces le habia halagado de llegar pa-

cíficamente al término de su destino; mas no por eso suspendió su marcha.

Dos leguas antes de llegar á Córdova existe la venta de Alcolea, cuyo nombre es de orígen arábigo, y está situada junto al rio Guadalquivir, al cual sirve de paso por medio de un magnífico puente de mármol negro, que consta de diez y nueve arcos y viene á tener como unas doscientas toesas de longitud. La construccion de este puente es tal, que en vez de ser recto como los demas, sigue en línea torcida formando un ángulo que corta la corriente, no pudiendo por lo mismo ser enfilado por la artillería. La margen izquierda del rio donde está la venta es montañosa lo mismo que la otra; pero esta es mas escarpada que aquella. Los españoles al mando de D. Pedro Agustin de Echevarri, coronel antes del levantamiento y promovido á general por el pueblo de Córdova á cuyo frente se habia puesto, esperaba á los franceses en el puente con ánimo de impedirles el paso. Su gente se reducia á un destacamento de granaderos provinciales de Andalucía, al batallon de infantería ligera de Campomayor, á otro destacamento del regimiento suizo de Reding número 3, y á algunos regimientos provinciales con unos cuantos escuadrones de caballería, ascendiendo toda la fuerza á tres mil hombres de tropa de línea y hasta unos cuatro ó cinco mil paisanos armados. Los españoles construyeron con precipitacion una cabeza de puente y colocaron en ella doce cañones, situándose la mayor parte de nuestras tropas á la margen derecha del rio, y quedando la caballería á la izquierda, á fin de acometer al enemigo por el flanco y espalda cuando intentase el ataque de frente. Buena era la posicion de los españoles; pero para resistir á unas tropas como las que mandaba Dupont, se necesitaba otra gente mas disciplinada que la mayoría de los nuestros, y otro gefe que al valor de Echevarri uniese los conocimientos militares que faltaban á este.

Los franceses llegaron delante del puente de Alcolea en la madrugada del 7 de junio, y bien pronto se empeñó de una orilla á otra el fuego de artillería y fusile-



Combate del puente de Alcolea.

ría. Observando Dupont el cuerpo de caballería española que amenazaba su flanco izquierdo, hizo avanzar contra ella al general Fresia con su division sostenida por el batallon de marinos de la guardia, y los caballos franceses consiguen contener á los nuestros sin desbaratarlos. Mientras Fresia verifica sus cargas, reconoce Du-



F. Perez dib. Lit. Lit. de Mañany C.ª

RENDICION DE LA ESCUADRA FRANCESA SURTA EN CÁDIZ.

pont que el puente no está cortado, y hace formar en columna de ataque á la guardia municipal de Paris mandada por el mayor Esteve, y seguida por la tercera legion que se lanza detras. Verificada la embestida, consiguen los nuestros rechazar al enemigo, distinguiéndose el oficial Lasala con los suyos del batallon de Campomayor y con los granaderos provinciales, los cuales sostienen la cabeza del puente con un valor digno de elogio, haciendo llover con notable acierto sobre los franceses el fuego de la artillería. Rehecha y reforzada la columna francesa acomete de nuevo con ímpetu, y amedrentando al inesperto paisanage le obliga á declararse en fuga desamparando á la tropa. Este fué para los imperiales el momento decisivo, pues redoblando sus esfuerzos y precipitándose en el foso consiguen escalar la posicion española, subiendo unos en las espaldas de otros, y fijando en la escarpa sus bayonetas para servirse de ellas como de escala. La bravura de los de Campomayor en defender aquella obra recien construida es desgraciadamente inútil. Los franceses arrollan cuanto se les pone delante, y atravesando el puente á todo correr se hacen dueños del campo, cayendo en su poder la villa de Alcolea con una pieza de cañon y varios cajones.

Nuestra pérdida en aquella accion hubiera sido considerable, á poder seguir los franceses el alcance de los paisanos fugitivos; pero gracias al foso que estorbaba el paso á los caballos franceses, y gracias tambien á la carga que, mientras el enemigo se ocupaba en hacer el camino transitable, dió el cuerpo español que se hallaba situado á la margen izquierda, pudo Echevarri ganar un tiempo precioso, reuniendo sus tropas de línea en el camino de Córdova y verificando su retirada con órden. Los franceses tuvieron doscientos hombres fuera de combate, y otros tantos nosotros. Cegado el foso por Dupont y habiendo conseguido hacer pasar el puente á su caballería y artillería, aguijó el movimiento sobre los nuestros, acrecentando el azoramiento en los paisanos, los cuales se dispensaron en todas direcciones; pero los cuerpos veteranos siguieron tranquilamente su retirada precedidos de la artillería, entrando en Córdova á las tres de la tarde.

La consternacion que reinaba en la capital del reino cordoves era la que puede inferirse teniendo encima al vencedor, y hallándose sin medios de contrarestarle. Los habitantes habian cerrado las catorce puertas que sirven de entrada á sus muros, construidos en parte por los romanos y en parte levantados por los árabes; pero al tomar esta actitud, hacíanlo menos por defenderse que por retardar la invasion y tener tiempo para huir. Algunos soldados y paisanos, mas bravos y arrojados que prudentes, intentaron defender la entrada de la poblacion, haciendo fuego sobre los franceses desde las casas inmediatas á la Puerta-Nueva; pero abierta esta á cañonazos, viéronse las tropas españolas precisadas á abandonar apresuradamente el recinto, dirigiéndose en desórden á Ecija con su gefe Echevarri, mientras el enemigo entraba en Córdova mezclado y confundido casi con los que huian. Irritado Dupont con aquel conato de resistencia, olvidó lo que se debe á sí propio el general en gefe de un ejército digno de apellidarse tal, y la patria del gran capitan quedó pronto convertida en teatro de esas atrocidades que tanto desdicen de los valientes, y las cuales no puede nunca disculpar quien escriba los anales de la guerra en el siglo ilustrado en que vivimos. Los franceses entraron hiriendo y matando á los indefensos habitantes, convirtiéndose las calles bien pronto en la mas sangrienta carnicería. No contento con esto Dupont, concedió á los suyos el saqueo de la ciudad por tres dias consecutivos, siendo el resultado la desaparicion de inmensas fortunas y el robo de cuantas preciosidades, tanto públicas como privadas, pudieron servir de cebo á la rapacidad estrangera. Mas no todo fué robar riquezas, pues tambien la casa del pobre vió desaparecer su humilde ajuar, que la codicia, lo mismo que la muerte, iguala á veces los palacios y las cabañas. Y al cabo hubiera parado aquí el horrible y nefando atropello, y los habitantes de Córdova habrian podido decir á los franceses lo que el príncipe de los historiadores romanos pone en boca del esposo de Virginia, dirigiendo su discurso á Appio Claudio y á los Decemviros: *Sævite in*

tergum et in cervices nostras; pudititia saltem in tuto sit. Pero los vándalos del Sena atentaron tambien al pudor, y arrebatando á los vecinos sus inermes y desoladas



mugeres, las convirtieron en objeto de su brutalidad, llevándoselas á los campamentos, si es que no encontraban al paso alguna iglesia, pues entonces las violentaban allí, añadiendo al estupro el sacrilegio. Las armas de la ciudad, consistentes en un escudo coronado con nueve castillos y otros tantos leones por orla, y en medio un leon con el corazon descubierto y traspasado con una saeta, bien podian entonces considerarse como el símbolo del horrible dolor que poseeria á los moradores durante aquellos espantosos dias. Los franceses hirieron á Córdova, y la hirieron en el corazon. Las fortunas, que segun las posiciones sociales equivalen al ser y á la vida, la religion que es mas que la fortuna, la honra que el hombre tiene á veces en mas que á su Dios...., todo fué escarnecido y hollado por un gefe cruel é impudente, incapaz de elevarse á la altura en que le constituia su puesto, y mas incapaz todavía de apreciar en su justo valor las fatales consecuencias que él y otros de sus compañeros del mismo temple hacian recaer sobre la causa cuya defensa estaba á su cargo. ¿Estrañaremos ahora que el pueblo español fuese invencible, siendo tan inicuamente tratado? La Península en aquella lucha habria acabado por ser francesa, si los encargados de convertirla en tal, y el emperador sobre todo, hubieran antes hecho un esfuerzo por ostentarse españoles.

Concluido el saqueo de Córdova apoderóse Dupont de diez millones de reales sacados de la tesorería y consolidacion, tras lo cual impuso á los habitantes contribuciones terribles. El general Laplace, nombrado gobernador de Córdova y alojado en la casa del conde de Villanueva, pagó á este el hospedage que le proporcionó tomándole dos mil ducados y exigiéndole ademas ocho mil reales de contribucion. Tantas atrocidades y vejaciones hicieron subir de punto en los tres reinos de Andalucía el ódio al nombre frances, no siendo de estrañar, vistas las depredaciones y atrocidades cometidas por el invasor, las crueles represálias ejercidas en breve contra él en diversas partes de la Península. El que siembra coje, dice un refran.

Dupont habia dejado en Alcolea el batallon de marina de la guardia imperial para guardar el paso del Guadalquivir, encargándole la recomposicion del puente. Al obrar así, no lo habia hecho sino con el objeto de tener espedito aquel paso para los refuerzos que esperaba; pero bien pronto hubo de quedar reconocido

á su prevision, puesto que él fué el primero en necesitarlo, verificando un movimiento retrógrado y cediendo á la fuerza de las circunstancias, en vez de encaminarse directamente á Sevilla y de allí á Cadiz, como al salir de Toledo habia presumido, prefijando el dia preciso de su entrada en una y en otra poblacion. La junta de Sevilla, lejos de amedrentarse por nuestra derrota en Alcolea, habia por el contrario previsto aquel contratiempo y hasta la entrada del enemigo en Córdova. Sabida la noticia que con tanta probabilidad esperaba, redobló en tales términos su celo y actividad, que impuso con sus enérgicas medidas al general Dupont, llamando á las armas á toda la juventud, y recompletando con ella las bajas que habian esperimentado los cuerpos hasta ponerlos en completo pié de guerra. Los paisanos acudian de todas partes á alistarse como voluntarios, llenándose con ellos el cupo de los cuerpos antiguos, y levantándose otros nuevos de infantería y caballería, poniéndose ademas sobre las armas las milicias urbanas en todos los pueblos que las tenian, creándose otras donde no existia esa institucion, y resultando al fin de todo esto multitud de gente sobrante que por no haberla creido necesaria, se vió la junta en precision de despedirla hasta nueva órden. La ciudad de Jaen se puso en armas, preparándose á rechazar al invasor si intentaba llegar hásta ella. Granada organizó en pocos dias seis batallones bajo la direccion del general Reding, llegando poco despues á poner sobre las armas, entre los cuadros que completó al pié de guerra y los cuerpos nuevos que puso en campaña, mas de treinta y tres mil infantes y tres mil caballos. Libre Cadiz del cuidado que le daba la escuadra francesa anclada en su bahía, envió todas las tropas que se hallaban en su recinto y en sus inmediaciones á reunirse con el ejército que se estaba organizando en Utrera, siendo tan estraordinaria la actividad que reinaba aquí, que bastaron diez y seis dias para improvisar un ejército capaz de disputar el triunfo á Dupont si llegaba á medirse con él.

El general frances quedó aturdido al observar las primeras muestras de aquella decision sin ejemplo, y mas cuando vió la insurreccion brotar á su espalda y rodearle por todas partes, interceptando sus comunicaciones con Madrid hasta el punto de no consentirle hacerle llegar á la córte á su debido tiempo ni los oficios que enviaba en demanda de refuerzos, ni aun el parte oficial de su entrada en Córdova. Habia quedado en Andujar un oficial frances encargado de reunir allí los soldados y destacamentos aislados; y habiendo pasado el Guadalquivir una porcion de paisanos de los alrededores de Jaen, sorprendieron en la noche del 9 de junio al destacamento frances, haciéndolo prisionero y matando á su comandante con otros tres de su guardia. En la villa de Montoro, donde habia quedado igualmente otro destacamento á fin de conservar el puente que aquella poblacion tiene sobre el Guadalquivir, y con objeto de procurar la recoleccion de víveres, insurreccionóse por los mismos dias el alcalde D. José de la Torre, y auxiliado del paisanage consiguió apoderarse del puente y del destacamento, enviándolo á la isla de Leon prisionero con su comandante. Poco despues sorprendió el mismo alcalde un convoy de carros que iban para Córdova escoltados por cuarenta y nueve franceses, matando cuarenta de ellos y haciendo cuatro prisioneros; pero habiendo Dupont enviado mil hombres para incendiar á Montoro y traerse preso al alcalde, fué este sorprendido y condenado á muerte, debiendo la vida al general Fresia que intercedió por él, en consideracion al hospedage que al ir los franceses á Córdova habia recibido en su casa. Los contrabandistas de Sierra-Morena, renunciando á la vida pasada á fin de dedicarse á la guerra contra los franceses, organizáronse repentinamente y ocuparon los desfiladeros de la Sierra. La insurreccion se estendió hasta la Mancha, por donde los franceses habian tranquilamente pasado pocos dias antes. Los vecinos de Santa Cruz de Mudela acometieron á unos cuatrocientos franceses que habia allí, matando á muchos de ellos y obligando á los demas á huir, despues de apoderarse de las provisiones de galleta que Dupont habia dejado en aquel pueblo. El furor popular pasó los límites del patriotismo en varios puntos, como sucedió en Manzanares, donde fueron asesinados sin piedad los enfermos

franceses que habian quedado en el hospital militar establecido allí. El general de brigada René, gefe de estado mayor que habia sido del ejército frances en Ejipto, donde habia merecido por su valor una reputacion eminente, fué cogido por el paisanage de la Carolina al tiempo que marchaba á reunirse al cuerpo de observacion de la Gironda, siendo echado vivo por aquellos hombres feroces en una caldera de agua hirviendo. Otros oficiales franceses, entre los cuales se contaron el capitan de estado mayor Caynier y el comisario de guerra Vaugien, fueron tambien quemados ó aserrados vivos. Atrocidades espantosas y que el historiador imparcial no puede escusar en manera alguna, ni aun á pretesto de represalia por las que tuvieron lugar en Córdova. Téngase, sin embargo, presente que el que provocó esos horrores fué tan solo el ejército frances: á él se debe el honor de la iniciativa.

No pudiendo trasladarse con seguridad de unos puntos á otros los destacamentos franceses cuando eran débiles, viéronse sus gefes en precision de formarlos mas numerosos. Queriendo reunirse á Dupont el general Roize con cuatrocientos convalecientes que se habian reunido en los hospitales de Toledo, vióse asaltado por una nube de insurgentes en las llanuras de la Mancha y forzado á replegarse al abrigo de un cuerpo de quinientos cazadores de caballería que el general Liger-Belair, salido de Madrid pocos dias despues, conducia al ejército. Fué este choque el dia 5 de junio. Reunidos los dos destacamentos el 6, revolvieron sobre Valdepeñas, cuyos habitantes se habian opuesto á su paso, y despues de un reñido combate en que los franceses perdieron mas de cien hombres, entró Liger-Belair en la poblacion, incendiando sus edificios y degollando á los moradores. La fiereza y atrocidad con que unos y otros combatian eran tales, que temiendo quedar anonadados recíprocamente, convinieron poner término á tantos horrores. Los cazadores franceses entretanto recibieron órden de retrogradar hácia Madrid, y no sabiendo los generales en dónde encontrarian á Dupont, replegáronse á Madridejos, no atreviéndose á forzar el paso de Sierra-Morena que suponian atrincherado por los españoles.



SUBLEVACION DE LA MANCHA.

Cortadas las comunicaciones de Dupont con Madrid, y sabiendo la actividad

con que las juntas sevillana y gaditana se preparaban á embestirle, conoció lo crítico de su situacion en Córdova, y determinó retirarse, como en efecto lo verificó el 19 de junio por la tarde, dirijiéndose á Andujar, adonde llegó el 19, llena el alma de pena con las últimas y tristes noticias de la rendicion de la escuadra y de la imposibilidad en que se hallaba de recibir los socorros que Junot debia enviarle desde Portugal, socorros que era inútil estar aguardando, atendida la mancomunada insurreccion de Andalucía y Estremadura. Los paisanos de Jaen y de sus contornos habian pasado el Guadalquivir, y cuando Dupont se aproximaba á Andujar, inquietaron vivamente su retaguardia. Irritado el general frances con aquella ciudad, tanto por este motivo como por la muerte dada al comandante frances encargado de reunir las partidas aisladas, resolvió castigarla inmediatamente, enviando á este fin un fuerte destacamento al mando del capitan de fragata Baste, que del ejército de mar habia pasado á servir en el de tierra. Derrotados los insurgentes en el primer encuentro que tuvieron, repasaron el Guadalquivir con notable pérdida, tras lo cual siguió Baste su marcha, presentándose delante de Jaen el 20 de junio. Habia Dupont pedido víveres á esta ciudad para el mantenimiento de su ejército cercado de espantosa carestía; y como Jaen se hubiera negado á darlos, tenia Baste el encargo de exigirlos de nuevo. Esta segunda intimacion irritó á los vecinos, los cuales tomaron las armas y empezaron á hacer fuego por todas partes, resultando muerto uno de los soldados que acompañaban al parlamentario enviado por el gefe de la espedicion. Baste entonces hace avanzar una parte de sus tropas, las cuales entran por las calles de Jaen, dándola al saco y cometiendo los mismos desórdenes que habian tenido lugar en Córdova. El resto de las tropas francesas entró el 21, siguiendo las atrocidades por algunas horas; visto lo cual, y conociendo la junta lo inútil de la resistencia, capituló con el enemigo, prometiendo verificar la entrega de los víveres si se ponia término al saqueo. Fiados los franceses en la palabra de la junta, evacuaron la ciudad el mismo dia 21; pero los víveres no se remitieron, como veremos despues.

El aislamiento en que Dupont se hallaba desde su entrada en Andalucía, continuaba teniéndole inquieto, y no cesaba de pedir refuerzos al gran duque de Berg, á quien suponia encargado de la lugartenencia general del reino lo mismo que antes. Tanta insistencia en demandar socorros á Madrid, y tanta tardanza en recibirlos, no sabia el general frances en qué consistia. Murat se hallaba gravemente enfermo desde los primeros de junio; y su dolencia, atribuida por los franceses á



ENFERMEDAD DE MURAT.

envenenamiento, y por los españoles á castigo de Dios como justo retorno de las atrocidades cometidas el 2 de mayo, se reducia al llamado cólico de Madrid, el cual hizo bastantes estragos en los hospitales del ejército frances durante el verano de 1808. Incapacitado el gran duque de dirigir los negocios, resintiéronse estos de la paralizacion consiguiente al estado moral en que aquel se hallaba, y de aquí una parte del desconcierto que hubo en los de Andalucía. Los médicos indicaron á Murat la necesidad de trasladarse á Francia y tomar las aguas termales de Bareges, á fin de procurar su restablecimiento. Sabida por Napoleon la dolencia de su cuñado, pensó luego en nombrarle un sustituto; y como quiera que el emperador pareciese condenado á cometer un yerro tras otro en todo lo que decia relacion á la cuestion española, hizo recaer el nombramiento en el general Savary, duque de Rovigo, el mismo que tan inicuamente condujo á Francia al engañado rey, cuyo nombre servia á la nacion de grito de guerra. Detestado Savary por los españoles, no era bien visto tampoco por los gefes del ejército frances, entre los cuales habia no pocos que se consideraban con razon superiores á él en categoría y talentos militares para desempeñar con acierto el delicado y difícil cargo á que el emperador le elevaba. Como quiera que sea, Napoleon eligió á Savary para sustituir á Murat, autorizándole para leer todos los partes y comunicaciones que se dirigieran á este, lo mismo que para dar respuesta y determinar lo que conviniese, pero sin firmar los escritos, por ser esta atribucion reservada al general Belliard, el cual debia hacerlo todo en calidad de gefe del estado mayor; ciñéndose por lo demas uno y otro á dar sus disposiciones ó á firmarlas en nombre del gran duque, como si estuviese presente ó hubiese dejado sus poderes á Savary. Esta determinacion, que tan estraña parece al conde de Toreno, fué debida al deseo del emperador de no hacer innovacion alguna en la administracion pública, atendida su intencion de enviar inmediatamente á Madrid á su hermano José en calidad de rey de España.

Savary tendió una mirada en torno suyo, y ateniéndose á la realidad mas bien que á las apariencias, estuvo muy lejos de mirar las cosas del modo lisongero que lo habia hecho Murat. «No se trata aquí, escribia al emperador, de reprimir descontentos ni de castigar revoltosos. Si la llegada del rey (José Napoleon) no pacifica al pais, vamos á vernos precisados á sostener una guerra regular con las tropas de España, y otra de partidas *(de brigandage)* con la poblacion. El método adoptado de hacer patrullar las divisiones por todas las provincias antes de haber concluido con Aragon y Cataluña, es á propósito tan solo para producir resultados parciales que harán la insurreccion mas subsistente. Nosotros estamos perdiendo cuatrocientos hombres por mes, y esto solo en los hospitales. Nuestro ejército no puede tener cotejo ni comparacion alguna con el de Alemania. Lo que se ha calculado hasta ahora ha sido partiendo del giro que se creyó tomarian los acontecimientos, en vez de atenernos á la posicion en que nos hallamos, resultando de esto existir muchos batallones, cuyos oficiales no llegan á cuatro, y cuya caballería ha venido á convertirse en una enfermería general. La turba de imberbes presumidos y ambiciosos no ha hecho por su parte otra cosa que aumentar las dificultades, siendo necesario trabajar improbamente para hacer una justa distincion entre los jóvenes nuestros anhelantes de solo lucir el uniforme y las charreteras, y un antiguo sargento ó ayudante que habiendo atravesado la revolucion, no tiene mas recomendacion que su capacidad y el deseo de cumplir su deber.»

Sabiendo el duque de Rovigo el estado alarmante en que se hallaba la insurreccion del mediodía, y cuidadoso sobremanera sobre la suerte de Dupont, dedicóse desde el momento de su llegada á Madrid el dia 15 de junio á restablecer las comunicaciones interrumpidas con este general, enviándole los refuerzos que con tanta instancia pedia. Escribióle, pues, acusándole el recibo de sus últimos despachos, y anunciándole que ademas de dos batallones que estaban ya en marcha, iba á enviarle la division del general Vedel, segunda del cuerpo de observacion de la Gironda, á la cual acababa de espedir órdenes ejecutivas para di-

rigirse á marchas forzadas á Sierra-Morena. Savary decia igualmente estarse disponiendo un convoy de harina y galleta, el cual no tardaria en seguir la misma direccion. Este último anuncio fué tanto mas satisfactorio al general Dupont, cuanto sus tropas no recibian entonces sino tres ó cuatro onzas de pan para cada soldado.

Vedel salió de Toledo el dia 19 de junio al frente de su division compuesta de seis mil infantes, doce piezas de artillería y setecientos caballos á las órdenes del general de brigada Boussar, juntándosele en el camino los generales Roize y Liger-Belair con sus destacamentos, los cuales se habian replegado á Madrilejos, segun hemos dicho, á consecuencia de la insurreccion de la Mancha. La division Frere, tercera del cuerpo de Dupont, habia llenado en Segovia la mision que se le habia confiado de restablecer la tranquilidad en esta poblacion, y recibió órden de tomar posicion en Madrilejos, mientras el general de brigada Caulaincourt se dirigia á Tarancon para cubrir á Madrid por aquel lado con el quinto regimiento provisional de infantería de la division Gobert y dos regimientos de caballería. Toda la atencion del duque de Rovigo estaba fija en Andalucía, no menos que en Valencia y en Aragon, cuyas capitales creia facil ocupar, merced á las disposiciones que al efecto se habian tomado.

La division Vedel siguió sin obstáculos su camino por las llanuras de la Mancha, y llegando el 26 á Despeñaperros, encontró este paso ocupado por tres mil españoles, contrabandistas y paisanos en su mayor parte, los cuales se habian aliado en defensa de la patria á las órdenes del teniente coronel D. Pedro Valdecañas. Embarazado el camino con multitud de troncos, malezas y peñascos, tenian los nuestros seis cañones para defender aquella estrechura; y como habian tenido cuidado de desmoronarla por la parte del despeñadero, su posicion era escelente para disputar á los franceses el paso. La inesperiencia de los que lo ocupaban y la del gefe que los dirigia, ducho solo en la persecucion del contrabando, proporcionó á los franceses un triunfo completo con poquísima pérdida, siendo el desfiladero atacado por el general de brigada Poinsot á las nueve de dicho dia, y forzado inmediatamente, cayendo en su poder nuestros cañones. Franqueado al resto de la division aquel paso importante, reunióse á Vedel en la Carolina una columna de mil doscientos hombres que á las órdenes del capitan Baste, el mismo que acababa de castigar á Jaen, habia recibido el encargo de dejar despejada la sierra. De este modo quedó realizada la suspirada reunion de las tropas francesas, despues de un mes de comunicaciones interrumpidas. La division Vedel dejó en Sierra-Morena los destacamentos necesarios para mantener abierta su comunicacion con la Mancha, y tomó posicion en Bailen, continuando Dupont en Andujar.

Era entonces ocasion de tomar los franceses la ofensiva antes que el ejército andaluz acabára de prepararse y se hallára en disposicion de medirse con ellos. Llevado Dupont de esta idea, ordenó al general Gobert, que se hallaba sobre Manzanares, pasase á reforzarle con su division, despues de dejar un batallon en aquel pueblo y otro en el Puerto del Rey; pero Savary mandó suspender las operaciones ofensivas en el territorio andaluz hasta tanto que Zaragoza y Valencia cayesen en poder de los invasores; y ciertamente que si estas dos plazas se hubieran sometido, habria Savary podido enviar nuevos y formidables refuerzos á la Andalucía. Era el plan aumentar las tropas de Dupont con las que sitiaban á Zaragoza, mientras el mariscal Moncey se dirigiria á Granada para llamar con las suyas la atencion de los españoles por aquel punto, proporcionando asi á Dupont los medios de medirse con éxito con la insurreccion andaluza. Las cosas, empero, sucedieron muy de otro modo, y la inaccion que se vió obligado á observar el general en gefe del cuerpo de la Gironda, debe contarse como una de las primeras causas del desastre que poco despues esperimentó, siendo otra de ellas el mal entendido empeño de conservar la posicion de Andujar, con arreglo á las instrucciones que al efecto se le habian dado.

La inaccion de que hablamos no impidió que Dupont quisiese volver por el

honor de sus armas en lo relativo á Jaen. La junta de esta ciudad habia prometido al capitan Baste enviar á las tropas francesas los víveres que se le acababan de exigir; pero habiéndose opuesto el pueblo á la tal entrega, fuele imposible á aquella autoridad cumplir lo estipulado en la capitulacion. El general frances ardió en ira, y contando como el primero de sus deberes proporcionar á su ejército las subsistencias de que tanto escaseaba, aprovechó la llegada de Vedel para enviar sobre Jaen la brigada del general Cassagne, á fin de castigar de nuevo á aquella ciudad y tener los víveres ansiados. Conociendo la junta los desastres que amenazaban de nuevo á la poblacion, hizo salir para la sierra á las religiosas y muge-



SALIDA DE MONJAS Y MUJERES DE JAEN.

res que quisieron imitarlas, para evitar en el sexo débil los actos de brutalidad en que tanto se habia señalado el ejército frances.

Cassagne se presentó delante de Jaen el 1.º de julio con dos mil infantes y quinientos caballos, arrollando al paisanage que le esperaba en las inmediaciones de la ciudad, y siendo inútil el denuedo con que este procuró contener la invasion. Ocupado el recinto por los franceses, no por eso cedieron en su valor los vecinos, antes bien sosteniendo el fuego por todas partes, dieron tiempo á que les llegase el dia 3 el regimiento suizo de Reding y dos escuadrones de caballería que el general del mismo apellido, puesto en marcha desde Granada para reunirse á Castaños, envió para socorrerlos. Alentados los moradores con este ausilio, renovaron el combate con nuevo entusiasmo, tomando y perdiendo el castillo repetidas veces, y luchando con mayor encarnizamiento que el primer dia. Una insistencia tan tenaz hizo conocer al enemigo lo inútil de aquella segunda tentativa, y viéndose amenazado por el ejército sevillano que se preparaba á entrar en campaña, retiróse con pérdida considerable en la noche del mismo dia, abandonando la ciudad á Reding que entró en ella con parte de sus tropas el dia 4, saliendo el 6 con la gente que pudo reunir hácia los puntos que ocupaban los franceses, y esperando antes incorporarse con las tropas que mandaba Castaños.

Este general, á quien como hemos visto, habia confiado la junta de Sevilla el mando en gefe del ejército andaluz, era alumno de la escuela militar del Puerto de Santa María, y se habia hecho notable por su valor, por la dulzura de su ca-

rácter y por su exactitud en el servicio. Estimado de todos sus gefes por las prendas que en él brillaban, granjeóse igualmente el aprecio de sus subordinados. Nombrado coronel del regimiento de Africa, miró por este cuerpo en tales términos, que sus soldados se consideraron bien pronto como modelos de subordinacion y disciplina. Hizo la guerra contra la república á las órdenes del general Caro, y habiendo sido herido gravemente en una de nuestras acciones con el enemigo, estuvo á punto de perder la vida; pero curado por el célebre cirujano Queraltó, pudo conservar la existencia sin otra imperfeccion que tener inclinada la cabeza hácia el lado en que recibió la herida. Nombrado mariscal de campo cuando la paz de Basilea, fué promovido al grado de teniente general tres años despues. Comandante del campo de San Roque en 1808, le hemos visto abrazar la causa de la independencia y ofrecer sus servicios á la junta sevillana con un patriotismo tanto mas notable cuanto mas dudosa era la lucha en que la nacion se empeñaba, y cuanto mas virtud supone su resistencia á admitir las nada despreciables ofertas con que le halagaba Murat. Castaños decidió con su ejemplo las probabilidades de la lucha á favor de la causa de la independencia en Andalucía, siendo por esta sola consideracion eternamente acreedor á la gratitud nacional. Por lo que á sus talentos respeta, no se puede dudar que eran notables; pero no por eso es injusta la calificacion que de ellos hace un escritor frances (1), cuya autoridad citamos casi siempre con gusto, atribuyéndole aquella especie de tacto que sabe aprovecharse de la gloria de los demas, mas bien que las prendas superiores por las cuales trabaja uno en adquirirlos de su cuenta y riesgo. Castaños era en efecto mas diplomático que militar, siendo como era tan buen soldado. Su prudencia en resistir toda tentativa de hostilidades mientras el improvisado ejército andaluz no se hallase suficientemente instruido, hace honor á su nombre y su talento. Nuestros ejércitos, formados en su mayor parte de gente allegadiza, habian sido constantemente batidos al medirse con los franceses en campo abierto, como lo atestiguan los ataques del puente de Cabezon, Tudela, Mallen, Alagon, Puente Pajazo, las Cabrillas, Puente de Alcolea y otros, de los cuales hemos hablado ya. Castaños fué el primero que hizo ver á los españoles lo mucho que podian prometerse de su bien entendida organizacion, no consintiendo á sus gentes atacar á Dupont hasta tanto que pudieran apreciar en su justo valor las ventajas de la disciplina. Si á esto se añade la estraordinaria actividad que desplegó, bastará á formar el elogio del gefe que nos ocupa, y á congratularnos con la junta de Sevilla por haberle erigido en cabeza de las fuerzas que obraron á sus órdenes.

Las tropas de Sevilla, Jaen y Córdova reuniéronse sucesivamente en Utrera y Carmona, juntándoseles despues las de Granada, cuya junta habia rivalizado en actividad con la de Sevilla, asi como Reding con Castaños. Hallando este bastante instruidos los reclutas que debian operar en union con los veteranos, determinó pasar revista al ejército antes de ponerle en campaña, verificándose asi en Utrera el dia 26 de junio, y asistiendo al acto el presidente de la junta sevillana D. Francisco de Saavedra. Estas tropas, cuyas dos terceras partes eran poco antes paisanos, estaban distribuidas en tres divisiones. La primera á las órdenes del inteligente y bravo Reding, constaba de seis mil hombres, los mejores de todo el ejército; la segunda tenia seis mil, y la mandaba el antiguo oficial de guardias walonas marques de Coupigni, nombrado recientemente mariscal de campo por la junta sevillana; y la tercera (que debia obrar unida á la reserva, comandada por el teniente general D. Juan Manuel de la Peña) estaba á las órdenes del anciano brigadier D. Felix Jones, siendo unos ocho á diez mil hombres los que constituian la una y la otra. Ultimamente habia dos cuerpos volantes compuestos de las compañías de cazadores, de algunos paisanos y otras tropas ligeras, con partidas sueltas de

(1) El general Foy.

caballería, mandados por el teniente coronel D. Juan de la Cruz y el coronel D. Pedro Valdecañas, siendo unos mil hombres los que constituian esta última fuerza, y ascendiendo el todo del ejército á veinticinco mil infantes y dos mil caballos. A estas tropas pudiera haber añadido la junta sevillana el no despreciable auxilio de seis mil ingleses que al mando del general Spenzer desembarcaron por el mismo tiem-



Desembarco de ingleses en España.

po en el Puerto de Santa María; pero ni ella, ni Castaños, ni ninguno de los demas gefes creyeron decoroso hacer uso de socorros estrangeros mientras el apuro no legitimase su intervencion. Spenzer por lo tanto respetó el pundonor andaluz, y permaneció en el sitio donde habia desembarcado, reducido al papel de simple espectador en la lucha que se preparaba.

Antes de verificarse la revista del ejército en el cuartel general de Utrera, habianse reunido en casa del general Castaños los gefes y oficiales principales de su estado mayor; y habiéndose puesto de manifiesto en presencia del presidente de la junta de Sevilla todos los datos necesarios para arreglar acertadamente el plan de operaciones, acordóse en aquella reunion tomar la ofensiva, acosando al enemigo por todas partes, cortándole las comunicaciones y víveres, maniobrando por su retaguardia, é impidiendo la reunion de los refuerzos que esperaba de Madrid, procurando interponer una parte de nuestras fuerzas entre esos socorros y las tropas de Dupont, si este continuaba avanzado. Puesto en movimiento el general Castaños el dia 29 de junio, estendióse desde el primero del mes siguiente por el Carpio y ribera izquierda del Guadalquivir, verificándose el dia 3 el oportuno socorro llevado por Reding á Jaen en la segunda embestida de esta poblacion, segun atras dejamos dicho. El 9 se hallaba nuestro cuartel general en Arjonilla, á legua y media de Andujar, donde se encontraba Dupont. Castaños habia enviado á este, nueve dias antes, la declaracion de guerra de la junta de Sevilla á la Francia, y el general frances le habia contestado remitiéndole el decreto imperial que nombraba á José rey de España y de las Indias. Una contestacion como esta no podia menos de ser seguida de otra réplica en mas enérgico sentido. Uno y otro ejército se encontraban mirándose frente á frente, y era imposible contener el ardor de los españoles, los cuales tascaban el freno con impaciencia hacia cerca de un mes. Era ya indispensable

contentarlos, y el general en gefe, cuya prudencia se censuraba de escesiva, no pudo menos de acceder al deseo universal, determinando embestir desde luego al enemigo. Para verificarlo con el debido acierto, celebróse en Porcuna el 11 de julio un consejo de guerra, en el cual acordaron definitivamente los gefes españoles el oportuno plan de ataque. Del afortunado y glorioso éxito con que fué coronada la empresa, hablaremos en otro capítulo.

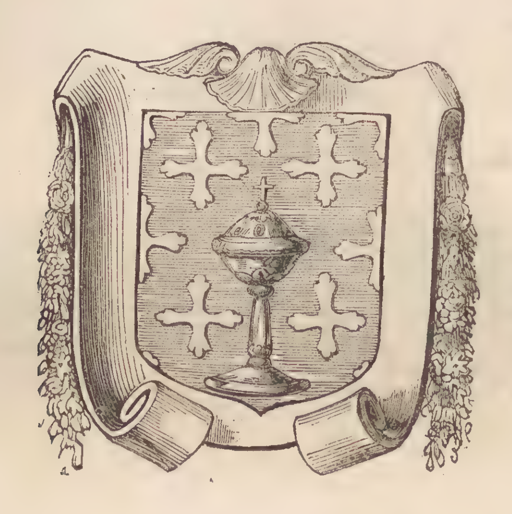


CAPITULO XII.

Pide Cuesta auxilios de tropas á las juntas de Asturias y Galicia, y la primera se los niega.—Organizacion del ejército de Galicia á las órdenes de Filangieri.—Destitucion de este general y nombramiento de Blake.—Asesinato de Filangieri en Villafranca del Vierzo.—Reunion de las tropas de Galicia y Castilla en Benavente.—Fuerza y disposicion de unas y otras.—Error de Blake en sacar su gente á las llanuras.—Refuérzase Bessieres, aunque poco, y sale de Burgos.—Disposicion de su gente.—Toma posicion cerca de Medina.—Pormenores relativos á esta poblacion.—Desacuerdo entre los generales Cuesta y Blake, y falsa posicion en que se deja á este.—Desgraciada batalla de Rioseco.—Retirada de Blake á Galicia y de Cuesta á Salamanca.—Entrada de los franceses en Leon y en Zamora.—Alegría de Napoleon al saber la noticia de la batalla de Rioseco.—Unico resultado que esta tuvo.

La ruptura de hostilidades en Castilla la Vieja habia sido en los principios de la insurreccion sobremanera favorable al mariscal Bessieres, cuyas armas, vencedoras en Torquemada, en Cabezon, en las montañas de Santander, y en todos los distritos á que se estendia la accion del cuartel general de dicho gefe establecido en Burgos, habian correspondido perfectamente al deseo manifestado por Napoleon de verlas lucir con preferencia en las Provincias mas próximas al imperio, por ser estas las que mas de cerca atacaban su base de operaciones. El general Cuesta, cuyos desaciertos habian tan notablemente contribuido á nuestras desgracias en aquella parte de la Península, habíase retirado á Rioseco y de allí á Benavente, con los restos de su vencido ejército. Dedicándose en este punto á reunir fuerzas, prosiguió los alistamientos, recogió las gentes dispersas, y fomentó la instruccion de los nuevos reclutas divididos en tercios; pero sus buenos deseos respecto al particular no bastaron á dar á Castilla por de pronto un ejército capaz de tentar otra vez la suerte de las armas sin esperimentar nuevos desastres. En tal situacion, pidió á las juntas de Asturias y Galicia hiciesen avanzar las tropas que en sus respectivas jurisdicciones habian levantado. La primera se hallaba dispuesta á acceder á las instancias del capitan general de Castilla la Vieja; pero habiendo indicado su presidente el Marques de Santa Cruz lo peligroso que era esponer las tropas en campo raso, donde por falta de suficiente instruccion y disciplina, debian ser naturalmente deshechas si llegaban á medirse con los franceses, acordó retenerlas en sus montañas, á cuyo abrigo esperaba con fundamento resultados mejores, enviando á Cuesta solamente el regimiento de Covadonga á las órdenes de D. Pedro Mendez Vigo para obrar en union con el ejército de Castilla. Tan escaso refuerzo no podia llenar en modo alguno los deseos de Cuesta, y esperó por lo tanto que Galicia fuese mas accesible á sus ruegos.

Esta provincia, reputada por los franceses como la mas católica de España, y cuyas armas consisten en un caliz que indica la pureza de su fe, habia sido una de



Armas de Galicia.

las en que con mas energía contribuyó el sentimiento religioso á escitar el entusiasmo de los habitantes en favor de la causa nacional. Los gallegos se jactan con orgullo de poseer el santuario del apostol protector de las Españas; y en la época á que se refiere nuestra narracion estaban intimamente persuadidos de que no podia faltarles su amparo en la pugna que daba comienzo. Una voz general esparcida entre aquellas buenas y sencillas gentes, deponia haberse oido en Compostela durante la noche un como choque de armas sobre la tumba de Santiago, anunciando que la guerra habia dado principio y que nuestro glorioso patron conduciria otra vez los ejércitos á la victoria, combatiendo con los franceses de la misma manera que lo habia hecho con los moros. Si la



Santiago combatiendo con los franceses.

supersticion, dice Foy, puede alguna vez hallar gracia á los ojos de la filosofía, es solo cuando se asocia á la defensa de la patria. Esa asociacion venturosa tuvo lugar en Galicia tanto ó mas que en el resto de España, siendo escusado repetir aquí lo que ya en otra parte hemos dicho respecto al ardor con que aquella poblacion numerosa, compuesta de mas de un millon y setecientos mil habitantes, se alzó toda en masa á la voz de patria y de rey, no siendo su catolicismo obstáculo para enviar á Inglaterra la diputacion de que dimos noticia, ni para recibir de la misma nacion cincuenta mil fusiles que por ella le fueron remitidos. Este envio importante, unido al de vestuarios, proporcionó á la junta los medios de poner en campaña un ejército respetable, el cual se fué organizando durante el mes de junio, recibiendo muy luego un robusto apoyo con los regimientos de Zaragoza, Mallorca, Aragon, Nápoles, Navarra, Barbastro, Gerona y otros, que segun tenemos referido en el capítulo VI del presente tomo, consiguieron evadirse del yugo de Junot en el vecino reino de Portugal. El capitan general de Galicia D. Antonio Filangieri, hermano del célebre Cayetano del mismo apellido, comenzó con un celo verdaderamente laudable á instruir y disciplinar la gente bisoña, y fijó su cuartel general en Villafranca del Vierzo. Como era anciano y achacoso, y como por otra parte se le miraba con desconfianza desde el tumulto que tuvo lugar en los dias del pronunciamento de la Coruña, creyó la junta deber reemplazarle con otro mas jóven y mas á propósito para evitar los tristes resultados á que podia dar ocasion el recelo; y sustituyóle en efecto, nombrando en su lugar á D. Joaquin Blake.

Era este originario de Irlanda, descendiente de los Blakes del condado de Galloway, y uno de los mejores discípulos de la escuela militar que el conde de Oreilli habia establecido en el Puerto de Santa María. Habia servido en el regimiento de América en calidad de teniente y ayudante, tras lo cual hizo la campaña del Rosellon y Cataluña como mayor del regimiento de Castilla durante la guerra contra la república, habiendo sido herido en la accion que tuvo lugar en las alturas de San Lorenzo de la Muga. Hecha la paz de Basilea, fué nombrado coronel del regimiento de voluntarios de la Corona. Elevado despues á brigadier y últimamente á mariscal de campo en los postreros dias del mando de Godoy, habia adquirido una reputacion notable como militar de conocimientos y como táctico profundo. Nombrado teniente general en los dias del levantamiento, y puesto al frente del ejército de Galicia por determinacion de su junta, la eleccion contentó en gran manera el deseo y el ansia popular; pero esto no quitó que en medio de sus grandes talentos, fuese uno de los generales mas desgraciados que tuvimos durante la guerra, como sucesivamente diremos.

Encargado Blake del mando de las tropas el 21 de junio, pensó llevar adelante el plan concebido por Filangieri de instruir los nuevos reclutas antes de ponerlos en campaña; y saliendo de Villafranca llegó el 24 á Manzanal, punto el mas avanzado del ejército, donde fijó su cuartel general. Mientras tanto habia quedado Filangieri en Villafranca, interin el resto de las tropas se disponia á seguir adelante. La junta le habia dado órden de restituirse á la Coruña, á fin de evitar las murmuraciones siniestras con que sus enemigos le achacaban el designio de entorpecer los movimientos del ejército. Esta voz subió de punto el 24, en cuyo dia se alborotó en Villafranca un destacamento de voluntarios de la marina de la Coruña con algunos soldados de Navarra, los cuales se hallaban resentidos con aquel gefe por haberlos trasladado al Ferrol sospechando su connivencia para el levantamiento, que al fin tuvo lugar en la capital de Galicia el dia 30 de mayo. Acaudillados los sediciosos por un sargento, dirigiéronse á la casa de Filangieri, llamándole traidor y decididos á asesinarle. El desgraciado saltó por unas tapias, ansioso de evitar el mortal golpe; pero caer desmayado en el suelo y apoderarse de él los amotinados fué todo uno, siendo arrastrado desde aquel sitio hasta el que ocupa el

palacio del marqués de Villafranca, donde rindió su vida al rigor de los golpes y heridas que en el tránsito habia recibido. Saqueada despues la casa del general,



Asesinato de Filangieri.

cometiéronse en ella toda suerte de escesos, llegando á tal punto el ódio popular contra Filangieri, que fué preciso enterrar su cadáver en secreto, no osando la junta, residente entonces en el pueblo de la catástrofe, tributarle ostensiblemente los honores fúnebres, por no exasperar mas y mas á aquellas gentes enfurecidas. Terminada su horrible hazaña, salió el destacamento á reunirse con el cuartel general, quedando impune por largo tiempo el espantoso crímen cometido, hasta que al fin y cuando menos lo esperaban recibieron sus perpetradores el condigno castigo.

El cuartel general de Blake continuaba en Manzanal, y hallábanse situadas entre este pueblo y el de Fuencebadon las distintas divisiones de que se componia, cuando el 28 de junio llegó allí el mayor general del ejército de Castilla D. José de Zayas, enviado por Cuesta á fin de solicitar encarecidamente se le socorriese con un numeroso refuerzo de tropas regladas y doce piezas de artillería. El general Blake contestó no tener órden de la junta de Galicia para desprenderse de un solo soldado, añadiendo que en su opinion no debia accederse á tal solicitud, atendidos los riesgos que esperaban en las llanuras de Castilla á unas tropas, compuestas de gente allegadiza en su mayor parte. Recibida esta contestacion, pasó Zayas á la Coruña á esponer á la junta la necesidad del socorro que Cuesta pedia. Aquella corporacion, que abundaba en las ideas de Blake, quiso en un principio resistir la demanda; pero temiendo irritar al vulgo que nada deseaba tanto como medirse inmediatamente con los invasores, y cediendo al terror que el reciente asesinato de Filangieri acababa de esparcir en las autoridades, otorgó la solicitud, dando órden á Blake para que se adelantase á Castilla con el ejército y combinase sus operaciones con Cuesta. En consecuencia de esta determinacion salió Blake el 4 de julio para Benavente, donde Cuesta se hallaba, llegando á aquel pueblo el dia 6, y verificándose en él la reunion de las tropas castellanas y gallegas.

El ejército de Galicia se componia en su totalidad de veintisiete mil infantes y ciento cincuenta caballos, con mas de treinta piezas de artillería, y constaba de cuatro divisiones, la primera á las órdenes del gefe de escuadra D. Felipe Jado

Cajigal, la segunda á las del mariscal de campo D. Rafael Martinengo, la tercera á las del brigadier de la real armada D. Francisco Riquelme, y la cuarta á las del mariscal de campo marqués de Portago. Ademas de esto habia una vanguardia cuyo mando estaba confiado al brigadier conde de Maceda. Blake dejó en el Manzanal, á la entrada del Vierzo, la segunda division compuesta de seis mil hombres y cinco piezas de artillería, situando en la Puebla de Sanabria un destacamento de mil hombres al mando del marqués de Valladares. La tercera division, compuesta de cinco mil hombres y otras cinco piezas de artillería, quedó como de reserva en Benavente, mientras la vanguardia y las divisiones primera y cuarta, componentes al todo de quince mil hombres, se ponian en camino de Rioseco para marchar al encuentro del enemigo, unidas á las tropas de Cuesta, las cuales constaban de siete divisiones de paisanos de á mil hombres cada una, ascendiendo el total de las fuerzas que estaban en marcha á veintiun mil quinientos infantes y quinientos caballos con veintidos piezas de artillería.

Era ceguedad, y no poca, desdeñar el abrigo de las montañas, caminando por interminables llanuras, donde tan fácil debia ser á los franceses deshacer nuestra tropa bisoña y desprovista de buena caballería; y admira en verdad que un gefe tan inteligente como Blake, el cual tenia órdenes positivas de su junta para no quedar en la dependencia de Cuesta, accediese de un modo tan lastimoso á los mal entendidos deseos de este y quedase supeditado por él. La terquedad del de Castilla triunfó sin embargo de todo, y ora fuese que Blake por su juventud y por el mismo orígen de su generalato se considerase menos autorizado para resistir los caprichos de aquel, ora se debiese su aquiescencia al temor de escitarse la animadversion de la muchedumbre si se oponia al deseo generalmente manifestado de marchar acaloradamente sobre el enemigo, ello es que cedió á tan mal entendida exigencia, sin que por eso consiguieran los dos gefes guardar la necesaria armonía para combinar de antemano el oportuno plan de ataque. Los talentos son nada en los hombres de accion cuando no los acompaña la firmeza del carácter, y si Blake fué con tanta frecuencia desgraciado en sus cosas, debióse por ventura á esto solo.

El cuerpo de los Pirineos occidentales se hallaba disminuido en fuerzas, tanto por el movimiento contínuo de las partidas sueltas y de los batallones suplementarios enviados hácia Madrid, como por la ausencia de las tropas empleadas en el sitio de Zaragoza. El mariscal Bessieres pidió á Savary los refuerzos de que tanto necesitaba, viéndose cerca de ser atacado por su flanco derecho; pero el sustituto de Murat, fija siempre la vista en Aragon, Andalucía y Valencia, desatendió sus reclamaciones de un modo que pudiera haber sido muy funesto á la causa francesa, si los generales Cuesta y Blake hubieran concertado sus medidas en los términos que debieron hacerlo. Felizmente para el mariscal, pasó el Pirineo en la ocasion mas crítica el general Mouton, ayudante de campo del emperador, trayendo consigo los regimientos 4.° ligero, 15 de línea y 3.° de la guardia de Paris, los cuales unidos á una brigada de infantería y trescientos caballos, que aunque tarde envió Savary desde la córte, llenaron el vacío que las tropas espedicionarias habian dejado en aquel ejército. Los soldados que traia Mouton habian combatido en Friedland, y se les consideraba superiores á los que existian en España, circunstancia que hizo á los franceses calificar estas tropas con el nombre de division selecta.

Bessieres supo en Burgos el 7 de julio la llegada del ejército de Galicia al Esla, y la direccion de su marcha á Medina de Rioseco, donde se hallaban ya las tropas de Castilla. Los generales Cuesta y Blake anunciaban sin rebozo el proyecto de caer sobre Valladolid; visto lo cual, juzgó el francés oportuno adelantárseles, saliendo el 9 de Burgos con su reserva, y llegando el dia siguiente á Palencia, á donde habia sido llamado el general Merle con su division, marchando el general Mouton con la suya hácia el mismo punto, y llegando á él el 12. Bessieres reunió cuantas fuerzas tenia disponibles, no dejando en Santander sino tres batallo-

nes al mando del general de brigada Gaulois, y llamando de los demas puntos toda la gente que no era absolutamente precisa para tener en respeto las poblaciones ocupadas, las cuales habia tenido cuidado de fortificar para ponerlas á cubierto de un golpe de mano. Llegado que fué á Palencia, púsose de acuerdo con los demas gefes á fin de disponer el ejército en términos de combatir con resultado. La division del general Lasalle debia marchar en columna de frente, y se componia de dos regimientos de caballería y de la brigada del general Sabathier, la cual constaba de cuatro batallones. La division de Merle tenia dos brigadas de infantería al mando de los generales Darmagnac y Ducós. La del general Mouton constaba solamente del 4.° ligero y 15 de línea, por haberse quedado en Vitoria los tres batallones de la guardia municipal de París, á fin de mantener espeditas las comunicaciones con Francia.

El regimiento de fusileros de la guardia imperial y tres soberbios escuadrones, uno de cazadores, otro de dragones y otro de gendarmes, constituian la reserva. El total de estas fuerzas ascendia á doce mil infantes y mil quinientos caballos, mandados estos por el general Lasalle, uno de los mejores gefes de aquella arma que la Francia ha tenido. La artillería consistia en treinta piezas, ocho de las cuales iban con la primera division, otras ocho con la segunda, seis con la llamada selecta y diez con la reserva. El servicio de los cañones y el de los víveres se habia ordenado de modo que sin entorpecer la marcha de las tropas, las hiciese fuertes. Cada soldado llevaba consigo pan para tres dias, siguiendo á las tropas en carros galleta suficiente para otros cinco.

El ejército francés salió de Palencia el 12 á media noche, caminando durante ella para evitar los rigores de la estacion, y ansioso de empeñar un combate al despuntar el dia, seguro como estaba del buen éxito, atendida la inferioridad de los nuestros en instruccion, pertrechos y caballería, si bien superiores en número por lo que á la infantería tocaba. Bessieres tomó posicion, situando su derecha en la torre de Mormajas y su izquierda en Ampuria. Los esploradores enviados por la tarde al convento de Mortollanca, volvieron al campo francés diciendo que los españoles se hallaban en Medina con treinta y cinco mil hombres y treinta piezas de artillería. Número evidentemente exagerado, por el prurito del emperador en comparar la batalla de Rioseco con la de Villaviciosa, puesto que no ascendiendo el total de nuestras fuerzas reunidas en dicho punto sino á ventidos mil combatientes, segun hemos dicho.

Hállase Medina situada en una llana y dilatada vega, al occidente del riachuelo que le da nombre; y su poblacion tan floreciente hasta el siglo XVI por su industria y su comercio, está hoy en notable decadencia, no llegando á cinco mil los habitantes que contiene. El territorio de toda la comarca es una continuacion de llanuras interrumpidas por algunas lomas de fácil acceso, sin que en todo él se encuentre árbol alguno, no siendo en las inmediaciones de los pueblos, en las de alguno que otro convento de los que se hallan en despoblado, y en la falda del monte Sardonedo, distante media legua de la ciudad. Sujeto el pais en la primavera y en el invierno á la accion de las aguas llovedizas, hacen estas mermar poco á poco las llanuras ó mesas superiores, surcándolas de ramblas ó torrenteras difíciles de practicar, resultando de todo esto rebajarse sensiblemente el suelo en algunas partes, como sucede cerca del mismo Medina, cuyas veletas apenas se divisaban antes desde Villanueva de San Mancio, distante una legua, siendo asi que desde el mismo punto se descubre ahora toda la ciudad. A otra legua de esta, á la parte del este, existe la villa de Palacios, situada en un bajo algo pantanaso, dominado por dos cerros, uno al sud y otro al oeste, en cuya última direccion hay dos lagunas inmediatas al pueblo. La última de las dos lomas, situada á la derecha del camino que media entre Rioseco y Palacios, da nombre á los campos que los naturales llaman de Monclin, y en ellos tuvo lugar la sangrienta cuanto desgraciada batalla de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores.

Mal avenidos entre sí Cuesta y Blake, mirando aquel á este con cierto desden

como á general mas novicio, y este á aquel con enojo y con tedio por su terquedad y su orgullo, habíanse limitado desde su reunion en Medina á reconocer el camino que va á Valladolid, sin concertar debidamente el plan de ataque como el caso exigia. Encargado Cuesta del mando en gefe de las tropas como general mas antiguo, curó poco de informarse con seguridad acerca de los planes del enemigo, y no bien habia movido sus tropas á las cuatro de la mañana del dia 14, siguiendo la misma direccion que desde Castromonte habia á las suyas dado Blake dos horas antes, vióse precisado á hacer alto, sorprendido con la noticia que de la marcha de los franceses hácia él por la parte de Palacios le dieron doscientos caballos españoles apostados en este pueblo y puestos en fuga por la caballería de Lasalle. Temiendo entonces ser atacado aisladamente, dió aviso á su compañero para que cambiase de rumbo y se le reuniera, enviándole sin detencion una parte de sus tropas, como lo verificó Blake, haciendo partir su cuarta division al mando del marqués de Portago, y colocándose él con la primera, la vanguardia y el regimiento de Navarra, componentes al todo nueve mil hombres, en la mesa de la loma de Monelin. Esta posicion, de acceso poco fácil por su frente, no tenia nada de respetable por otros puntos, y era natural que Cuesta tratase de reunir sus tropas á corta distancia, para evitar que Blake fuese envuelto con tan poca gente. Lejos de obrar asi el de Castilla, formó su línea á mil doscientas toesas detras de la de su rival, quedando entre unas y otras tropas un claro tan considerable, que mas bien que trozos de un solo ejército parecian ejércitos distintos. El conde de Toreno sospecha que Cuesta se mantuvo á tanta distancia por el deseo de llevarse el prez de la victoria, comprometiendo á Blake en un principio y socorriéndole despues: otros dicen que tan estraña disposicion fué debida á concepto equivocado, por haber Cuesta creido franceses á los soldados del provincial de Leon á quienes descubrió á lo lejos moviéndose por su izquierda. Sea de esto lo que quiera, la pérdida de la batalla dependió principalmente de esa mala fe ó de ese error, siendo bien sensible que Blake, tan inteligente como era, osára arriesgar una accion de tanta consecuencia combatiendo solo y aislado, vista la falsa posicion en que le dejaba su compañero.

Reconocida esta por Bessieres, hizo maniobrar á los suyos de modo que el grueso de sus fuerzas se dirigiese á ocupar el enorme vacío que separaba á nuestras dos líneas, cayendo sobre la primera y dirigiendo todos sus esfuerzos á destrozarla, antes que la segunda tuviera tiempo de socorrerla. El general Sabathier rompió el fuego con su brigada de infantería formada en columna cerrada por batallones, y atacó la mesa de frente, mientras la division de Merle se dirijia á ella por el tajo de la misma á la parte del camino que se hallaba á la izquierda de Blake. Estos dos movimientos simultáneos coincidieron con el de dos escuadrones de caballería mandados por el general Lasalle, los cuales cargaron á la caballería española situada un poco detras de la primera línea entre los dos puntos atacados. La artillería francesa era superior á la española en calidad y en número, y si bien resistieron los nuestros al principio con bastante serenidad, faltóles la insistencia que caracteriza á los veteranos, y comenzando á desordenarse, abandonaron la posicion al enemigo, quedando rota nuestra primera línea, tomados nuestros cañones, y cubierta la tierra con mas de ochocientos cadáveres.

Entretanto movia Cuesta la segunda línea con objeto de socorrer á Blake, enviando dos fuertes columnas, sostenidas por la reserva de nuestra artillería, las cuales reunieron á los fugitivos, revolviendo con ellos en direccion de la mesa para apoderarse de ella. El general Mouton, que avanzaba al mismo tiempo con su division para interponerse entre los dos trozos del ejército, trabó entonces una accion con los nuestros, siendo el primer resultado de este choque quedar arrolladas las tropas ligeras del enemigo, merced á la carga impetuosa con que trescientos carabineros reales y guardias de corps cayeron sobre los tiradores franceses, arroján-



Batalla de Medina de Rioseco.

dolos en una de las ramblas ó torrenteras tan frecuentes en aquel pais; pero sobreviniendo en socorro de los suyos la caballería de la guardia imperial, cargó á nuestros ginetes con tal ímpetu, que se vieron precisados á guarecerse de la infantería, no pudiendo resistir al número superior de sus adversarios. La division de Merle, que habia proseguido marchando en la direccion de su primer movimiento, tenia recorrido el frente del primer campo de batalla, y hallábase sobre el flanco derecho de nuestras columnas de segunda línea. La cuarta division de Galicia enviada por Blake á Cuesta, segun atras dejamos dicho, adelantóse en aquella sazon, llevando consigo dos batallones de granaderos pertenecientes á varios regimientos, juntamente con el provincial de Santiago y el de línea de Toledo, á los cuales se agregó el de Covadonga con otros bisoños. Esta fuerza cargó con tal brio sobre los franceses, que habiendo quedado comprometida su artillería de la guardia, cayeron cuatro cañones en poder de los nuestros, quedando los franceses rechazados y rotos con no poco peligro y apuro. Era este el momento decisivo de ganar ó perder la batalla, y el mariscal Bessieres no lo dejó escapar. La division de Merle verificó de su órden un cambio de frente sobre la derecha, y atacando á la cuarta division de Galicia, cargó sobre ella á la bayoneta, despues de haber conseguido desordenar y poner en derrota parte de las tropas de Blake. Mezcladas las dos infanterías, no pudo la nuestra resistir la carga, concluyendo por desordenarse del todo, cuando sobreviniendo Mouton con un escuadron de cazadores de caballería, se dejó caer sobre el frente de la consternada columna. La batalla quedó por los franceses, siendo inútil la resistencia que los españoles intentaron hacer todavía en Rioseco, á fin de cubrir la retirada de las demas tropas que huian por todas partes en la mas espantosa confusion. Mouton entró en Medina, apoderándose de la poblacion á la bayoneta y haciendo pasar á cuchillo á sus defensores, saqueando y quemando las casas, violando casadas y doncellas, y cometiendo, en fin, los mismos escesos de que hemos tenido ocasion de lamentarnos hablando de Córdoba y Jaen. La caballería francesa persiguió á los fugitivos por el camino de Benavente, causándoles bastante mortandad, si bien no tanta como entonces supuso el enemigo.



JOSÉ NAPOLEON.

Esta lamentable jornada, debida á los errores y desaciertos de nuestros generales, mas bien que á la superioridad de los franceses en organizacion y disciplina, nos costó muy cerca de 5,000 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y estraviados, con 15 piezas de artillería. Los franceses perdieron mas de 1,000 de los suyos entre muertos y heridos, contándose entre estos últimos el general Darmagnac. De los nuestros hubo algunos que hicieron prodijios de valor, debiendo mencionarse entre ellos los oficiales Moscoso, Maldonado y Burriel, el mismo general Blake tan desgraciado bajo otro concepto, los ayudantes Escobedo y Chaperon, muertos con gloria en el campo de batalla, y el gefe de nuestra vanguardia Conde de Maceda, que prefirió tambien una muerte heróica á la vergüenza de declararse en derrota y de huir destrozado con los suyos. Por lo demas, aquella batalla, si bien desgraciadísima para nosotros, no debe preocuparnos hasta el punto de juzgarla en un todo con esplin y con desfavorable prevencion. «La jornada de Rioseco, dice Foy, no careció de honor para los españoles. Ellos eran mas numerosos, y fueron sin embargo vencidos; pero disputaron la victoria. Un simple trozo del antiguo ejército español mostró allí lo que hubiera este sido capaz de hacer; y lo que se hizo fué bastante para un ejército nuevo que por primera vez venia á las manos con tropas aguerridas. La disposicion de los españoles era mala, combatiendo como combatian delante del desfiladero. El enemigo en completa formacion iba acercándose á ellos por su frente y flancos. Los españoles no tenian posicion, lo cual hubiera sido necesario para compensar la desigualdad de fuerza moral, y recibieron la batalla. Ahora bien; cuando de batallas se trata, es preciso aceptarlas en posicion ó darlas en su defecto (1). La falta capital fué colocar la primera línea á mil quinientas toesas de distancia delante de la segunda. El movimiento de esta avanzando (y esto fué la batalla propiamente dicha) fué ejecutado con precision y audacia.»

Bessieres se detuvo en Medina los dias 14 y 15, empleando despues cuatro dias en avanzar hasta Benavente, que no dista sino diez leguas. Esta languidez y la órden dada á Lasalle para que no prosiguiera adelante en la persecucion de los españoles, fueron murmuradas de todo su ejército. Los franceses se apoderaron en Villalpando de cinco mil libras de pólvora y un millon de cartuchos; y de veintiseis mil de aquellas, un buen número de estos y diez y seis mil fusiles en Benavente. Las ciudades de Zamora, Mayorga y Leon se sometieron al enemigo, huyendo Cuesta de esta última el 18 por la noche, despues de haber permanecido en ella como dia y medio. Dicho general se dirijió á Salamanca; y Blake y los asturianos se replegaron detras de las montañas. Bessieres, que antes de esto habia pensado en marchar al norte de Portugal, y aun escrito la órden al efecto, varió de dictámen despues de 48 horas de incertidumbre, y se contentó con entrar en Leon y recorrer la tierra llana, no sin disgusto de los principales entre los suyos, los cuales creian con bastante fundamento ser aquel el momento oportuno de restablecer las comunicaciones interrumpidas, habia ya dos meses, entre Junot y las tropas francesas existentes en España.

La batalla de que acabamos de hablar fué la primera accion de esta clase en que el mariscal mandó en gefe, y el escritor á que arriba nos referimos atribuye á esta circunstancia el no haber aprovechado los franceses su victoria en los términos que pudieron hacerlo. Napoleon, sin embargo, quedó altamente satisfecho con la noticia, y aun se dice que esclamó alegremente: «La jornada de Rioseco ha colocado en el trono de España á mi hermano José.» Falló sin embargo el arranque profético, porque ni el hecho de armas de Bessieres tuvo consecuencias análogas al de

(1) ¿Debia Blake dar la batalla? pregunta Foy con este motivo.—Desprovisto de caballería, contesta á continuacion, era comprometerse en un pais abierto, teniéndoselas que haber contra mil quinientos caballos conducidos por Lasalle, uno de los mejores generales de caballería que la Francia ha tenido.

1710 bajo la direccion del duque de Vendome, ni la unanimidad de sentimientos con que el pueblo español se opuso en 1808 á la entronizacion de la dinastía de Bonaparte, daba á este motivo plausible para comparar ese estado de cosas con el tan diferente bajo mil aspectos en la contienda entre Felipe y Carlos. El solo resultado positivo conseguido por los franceses en aquella jornada, fué dejar espedito el camino de Madrid al rey intruso José, del cual y del congreso de Bayona vamos ahora á ocuparnos.



CAPITULO XIII.

Apuntes relativos á José Bonaparte, nombrado por Napoleon rey de España.—Su llegada á Bayona el dia 7 de junio.—Felicitaciones de los españoles residentes en aquella ciudad.—Acepta José la corona de España.—Juicio sobre la conducta de los afrancesados.—Apertura del Congreso de Bayona.—Juicio de Toreno sobre la Constitucion otorgada á los españoles.—Juramento del rey José.—Ministerio del mismo: patriótica conducta de Jovellanos.—Honras y mercedes concedidas por el intruso.—Bajeza de Fernando y de toda su servidumbre.—Conducta del arzobispo de Toledo.—Entrada de José en España y primeros decretos que expide.—Su recibimiento en Madrid.—Proclamacion del intruso.—Conducta del Consejo de Castilla.—Publicacion y circulacion del código de Bayona.—Temores de José y de su córte.

Nuestros lectores no habrán olvidado la proclama que despues de las renuncias de Carlos IV y Fernando VII dirijió Napoleon á los españoles, prometiéndoles colocar la corona de España en las sienes de un otro *Él*, y mejorar al propio tiempo nuestras instituciones políticas. En cuanto á lo primero, dicho tenemos ya que en el momento de haber recibido la noticia de la abdicacion de Aranjuez, pensó el emperador trasferir el cetro español á su hermano Luis, rey de Holanda. La negativa de este le hizo pensar en otro de sus hermanos, y fué al fin elegido José, que era el mayor, no sin gran repugnancia de su parte.

José Napoleon, nacido en Ajaccio el año 1768, fué destinado al foro por sus padres, los cuales le hicieron comenzar con ese objeto la carrera de la jurisprudencia en la universidad de Pisa, y seguir sus estudios despues en el colegio de Autun de Borgoña. Vuelto á su patria en 1785, tardó poco en ser miembro de la administracion departamenta presidida por Paoli, tras lo cual en 1793 siguió á sus hermanos á Marsella, donde al año siguiente casó con mademoiselle Clary, hija de un rico negociante de aquella ciudad. Secretario durante algun tiempo del convencional Salicetti, obtuvo luego por influjo de este una plaza de comisario de guerra en el ejército de Italia, siendo elegido mas adelante, en 1796, individuo del Consejo de los Quinientos, lo mismo que su hermano Luciano. En la misma época obtuvo dos embajadas, la de Parma y la de Roma, salvándose en esta última ciudad como por milagro de la furia popular á que sucumbió el general Duphot, acontecimiento que produjo la declaracion de guerra al Pontífice y la invasion y ocupacion de sus estados por los ejércitos franceses. Vuelto José al Consejo de los Quinientos, dirigió en union con Luciano los preparativos del 18 brumario, obteniendo por premio de su celo una plaza en el Consejo de Estado. Erijido el gobierno consular, concluyó

con los Estados Unidos de América un tratado de paz y de comercio, siendo aquel tambien el período en que le fueron confiadas las misiones mas brillantes y honrosas, como lo atestigua su firma puesta al pié de los dos tratados de paz convenidos por la Francia en 1801 y 1802, el primero con la Alemania y el segundo con la Inglaterra. Despues de esto, fué recibiendo sucesivamente la cruz de gran oficial de la legion de honor, y los títulos de miembro del Senado, de príncipe imperial y de elector del Imperio. Declarada la guerra al rey de Nápoles en 1805, puso Napoleon á José al frente de la espedicion que debia invadir aquel estado, y le dió por tenientes ó ayudantes á los mariscales Massena y Gouvion Saint-Cyr. Llevada aquella á cabo con felicidad, y sin grande efusion de sangre, entró José en Nápoles el 5 de enero de 1806, siendo lanzado del trono el Borbon que lo ocupaba, con el sentimiento que por parte de Carlos IV hemos visto en el tomo primero de esta obra. Napoleon por un decreto dió á José su misma conquista, ciñendo á su frente la corona de Nápoles. El pueblo en general recibió al nuevo monarca harto bien, y este por su parte trató de no desmerecer su buen afecto, absteniéndose de toda vejacion, y haciendo lo posible por acreditar su gobierno con una administracion paternal. Era José persona amabilísima, y su sencillez tan notable, que no pudo jamás Napoleon hacerle adoptar en su córte la severa etiqueta de que él se habia rodeado á sí mismo desde su elevacion al trono imperial. Hombre de no vulgar talento y de nada comun instruccion, añadia á tan buenas cualidades el sincero deseo del bien y una propension irresistible á la beneficencia; pero esa misma suavidad de condicion le hacia caer en las faltas que tienen parentesco con ella, tales como la dejadez y el abandono, y el escesivo amor á los placeres. La Providencia no le habia dotado de aquella prodigiosa actividad, ni de aquella energía de ambicion que caracterizaban á su hermano; y en medio de sus prendas bellísimas, era en él condicion necesaria para desplegarlas con tino un estado de cosas normal, ó poco erizado á lo menos de dificultades y espinas. Tal fué el hombre á quien el guerrero del siglo quiso dar la corona de España, arrancándole bruscamente de Nápoles, donde á pesar del ódio de la nobleza tenia él todas sus delicias, para trasportarle á un teatro harto menos agradable que aquel, y harto menos dispuesto á sufrirle con docilidad y paciencia.

El emperador anunció el 6 de junio la elevacion de José al trono de España y de las Indias, garantiéndole la independencia é integridad de todos los dominios españoles. En el decreto cuidó bien de manifestar que al hacer aquella eleccion cedia al voto de la junta de Estado, y á los del Consejo de Castilla y villa de Madrid, etc., etc.; votos por cierto demasiado débiles en parangon del solo nacional, el que pro-



Recibimiento de José en Marrac.

ducia la guerra. José entró el dia 7 en Bayona acompañado del emperador, que se adelantó á recibirle y á prevenir en él toda evasiva en lo de aceptar la corona que sin prévia consulta le daba. Admirado quedó el recien venido de resolucion como aquella, que si bien sospechó desde su salida de Nápoles, no creyó la adoptase su hermano de una manera tan irregular; pero hubo de ceder y admitir, sin serle posible otra cosa. Era necesario tras esto que los españoles residentes en Bayona reconociesen al nuevo rey, y el emperador no dió treguas, ni dejó descansar al viajero, mandando proceder á la ceremonia á los pocos momentos de su llegada.

Los pocos españoles existentes allí recibieron precipitadamente la órden de reunirse para acordar los términos en que debian verificar sus felicitaciones. Compasion y risa escitaba el aturdimiento de varios de ellos, batallando entre los remordimientos de la conciencia y el deseo de complacer á Napoleon, á cuya prévia censura se presentaban los discursos que debian pronunciarse, no sin merecerla y muy dura el del representante de los grandes, duque del Infantado, por las reservas mentales que contenia, y que el personage en cuestion hubo de retirar aturdido, visto el enojo del emperador. Ya al fin convenidos en todo, presentáronse al rey intruso cuatro diputaciones, una en representacion de la grandeza, otra en la del Consejo de Castilla, otra en la de los de la inquisicion, Indias y Hacienda, y otra, en fin, en la del ejército. José contestó afablemente á los discursos de los



Felicitaciones al rey José.

afrancesados, haciendo gala de su facilidad en el decir, aunque sin ser igualmente oportuno en todas sus espresiones. La ceremonia concluyó á las diez de la noche, habiendo sido de notar entre las palabras del nuevo rey las que dirigió al inquisidor Ethenard, llenas de halagüeña esperanza respecto al tribunal del santo oficio, cuyo mantenimiento consideraba entonces la política napoleónica como muy conveniente á sus miras en un pais donde el clero ejercia tan reconocida influencia.

Cumplidos estos preliminares satisfactoriamente para el emperador, hizo este que su hermano aceptase la corona cedida, como asi lo verificó el dia 10 por medio de un corto decreto, en el cual confirmaba á Murat en la lugartenencia del reino. El gran duque de Berg aspiraba no menos que al trono español, y debió sufrir mas que algo cuando vió oficialmente destruidas sus lisongeras esperanzas;

pero el emperador las llenó, si bien menos satisfactoriamente, dándole al poco tiempo la corona de Nápoles, vacante por la traslacion del que la ceñia.

Entretanto acercábase el dia en que segun lo anunciado debia verificarse la apertura del cacareado congreso. Los hombres que debian componerle no habian llegado aun, sino en número muy escaso, siendo aun entre esos mismos muy pocos los que acudian espontáneamente. El emperador nombró á Azanza, como ya



Nombramiento de Azanza.

en otra parte hemos dicho, presidente de la tal reunion, y secretarios á D. Mariano Luis de Urquijo, ministro que fué de Carlos IV é individuo ahora del consejo de Estado, y á D. Antonio Ranz Romanillos, que lo era del consejo de Hacienda, siendo agregado tambien á la secretaría D. Cristóbal Góngora, oficial mayor de este último. Entre los instrumentos de la intriga y de la usurpacion estrangera, pasma por cierto ver nombres ilustres en la administracion y en las ciencias; pero los trastornos políticos, dice un escritor estrangero, lanzando á los hombres fuera de las combinaciones de la vida normal ó comun, los obligan á desviarse en ocasiones de los principios de moralidad. Esta virtud, tomada en su acepcion política, exijia de todo español el austero deber de morir antes que hacerse cómplices del asesinato decretado contra la independencia nacional. Los hombres de Bayona y los que despues se adhirieron á la causa del usurpador eran en gran parte ilustrados y sinceros amantes del bien, y al ver la nacion degradada por el inmoral gobierno anterior, y al considerar que era víctima de la arbitrariedad de siglos enteros, y al conocer, en fin, las envejecidas dolencias que aquejaban al cuerpo político, pronunciaron sentencia de desahucio mientras la mano de Napoleon no aplicase remedio oportuno, juzgando por otra parte imposible que el pueblo resistiese las falanges que tenian la Europa avasallada. Por lo que respeta á esto último, necesario es decir que eran corvas unas almas que asi desesperaban de la salvacion de un pais tan enérgicamente pronunciado contra la dominacion enemiga, ó que eran bien pequeñas y raquíticas puestas en parangon con el espíritu que animaba al pueblo español, atento solamente á su honra, no al número de gentes conjuradas para pisotearle y escupirle. Y en cuanto á las demas consideraciones, ¿cómo esperar el bien de la ignominia, ó cómo juzgar hacedera la regeneracion de un gran pueblo, sin conservar en él ante todas cosas la conciencia de su nacionalidad, ese sentimiento inefa-

ble, á cuyo lado son accesorios todos los demas, el de la libertad inclusive? Pero no insistamos en esto, y dando por perdida la causa de los pocos que entre esos hombres se vendieron vilmente al invasor, quédenos el consuelo, aunque triste, de haber sido el error en los mas, no efecto de maldad de corazon, sino aberracion lamentable de una mente ofuscada ó aturdida. Cuestiones que resuelve el instinto las suele equivocar el talento, y si preguntais por qué el pueblo supo mas en la suya que los sabios, yo por toda respuesta os diré: ¿y por qué la muger comprende á veces lo que el juicio del hombre no alcanza?

Llegado el dia 15 de junio, abrió sus sesiones la junta de Bayona con los



Asamblea de Bayona.

vocales de real órden, ó mas bien de órden imperial, que á duras penas pudo reunir. Azanza como presidente pronunció el discurso de apertura, y se degradó al pronunciarlo. Cumplimentado de nuevo José, y habiendo éste contestado á las felicitaciones en términos análogos á los de la otra vez, presentóse el 20 el proyecto de Constitucion, redactado con mucha anterioridad segun se asegura, y entregado al emperador despues de la batalla de Jenna, y la junta ordenó su impresion. Mientras éste se discutia tocáronse varios puntos sobre los cuales, generalmente hablando, no recayó resolucion, siendo algunos de ellos interesantes, tales como el de la supresion ó minoracion de los conventos, la cantidad que debia fijarse como máximum de los mayorazgos, y la abolicion ó sosten del tribunal del Santo Oficio. Por lo que atrás llevamos dicho, habrá ya inferido el lector que éste quedaria vigente, y que siendo tan grande el interés de dar á la nueva dinastía el anhelado apoyo de la iglesia, se procuraria con harto cuidado no irritar con medidas alarmantes á los individuos del clero, ya fuese regular, ya secular. El número total de sesiones fué 12, todas ellas precipitadas y sin libertad suficiente para resolver lo mejor, ó lo que los diputados creyesen tal. Allí no se hizo, ni se pudo hacer otra cosa sino lo que Napoleon ordenaba.

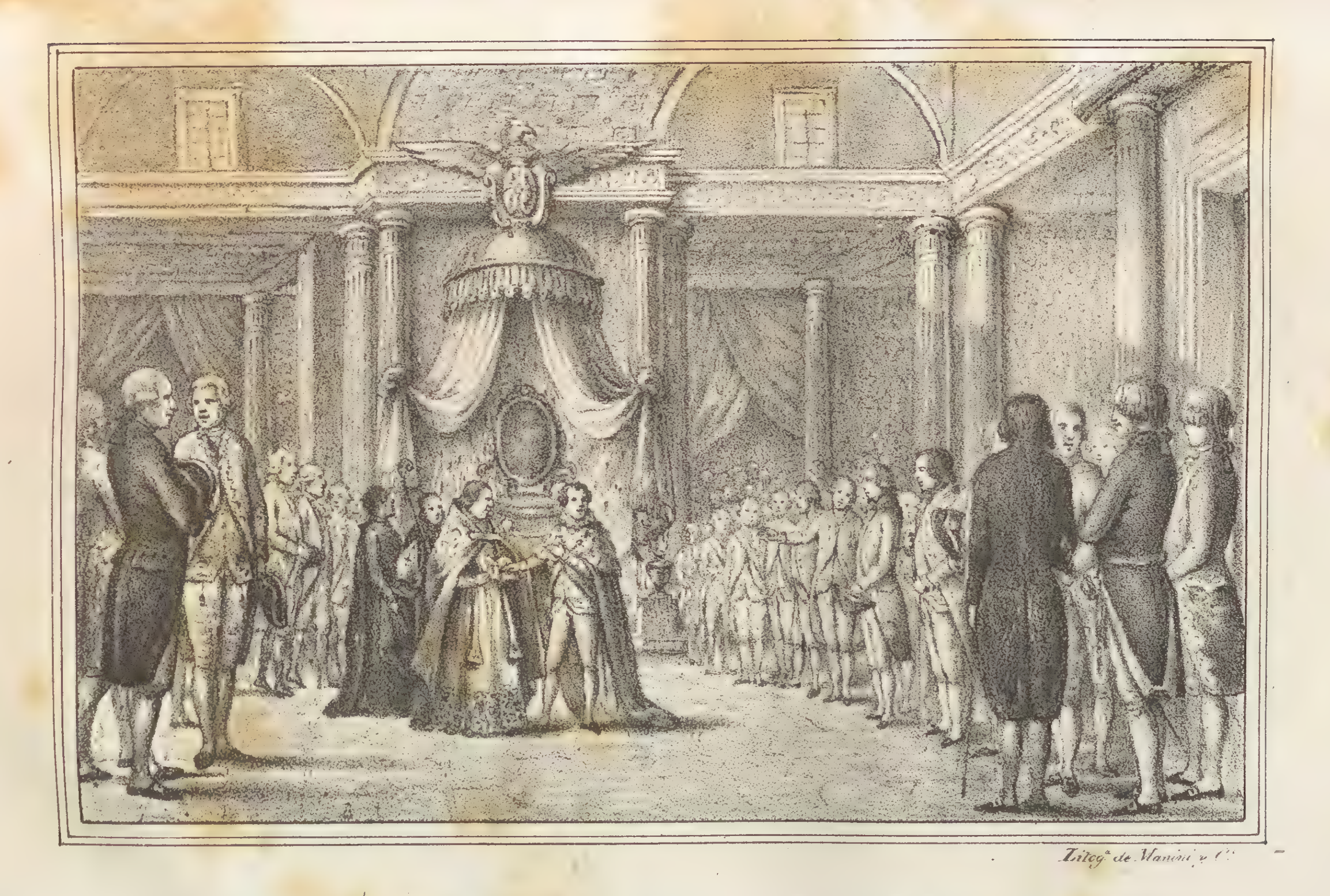
La Constitucion de Bayona, resultado principal de aquellas discusiones, contenia 146 artículos divididos en 13 títulos, de los cuales el 1.° trataba de la Religion, el 2.° de la sucesion á la corona, el 3.° de la Regencia, el 4.° de la dotacion de la corona, el 5.° de los oficios de la Casa Real, el 6.° del Ministerio, el 7.° del Senado, el 8.° del Consejo de Estado, el 9.° de las Córtes, el 10 de

los reinos y provincias españolas de América y Asia, el 11 del órden judicial, el 12 de la administracion de Hacienda y el 13 de disposiciones generales. Nosotros entraríamos gustosos en el exámen de una carta, que bien mirada no lo era sino en el nombre; pero no queremos que se nos tache de políticos demasiado exijentes, ó de que pretendemos exajerar lo raquítico de sus concesiones. Sea por lo tanto Toreno quien juzgue el documento en cuestion, y á buen seguro que hombre tan templado en sus opiniones, pueda parecer sospechoso de exajeracion en su no favorable dictámen.

Desde luego, dice el historiador mencionado, nótase que falta en aquella Constitucion lo que forma la base principal de los gobiernos representativos, á saber, la publicidad. Por ella se ilustra y conoce la opinion, y la opinion es la que dirige y guia á los que mandan en estados asi constituidos. Dos son los únicos y verdaderos medios de conseguir que la voz pública suba con rapidez á los representantes de una gran nacion, y que la de estos descienda y cunda á todas las clases del pueblo. Son, pues, la libertad de imprenta y la publicidad en las discusiones del cuerpo ó cuerpos que deliberan. Por la última, como decia el mismo Burke, llega á noticia de los poderdantes el modo de pensar y obrar de sus diputados, sirviendo tambien de escuela instructiva á la juventud: y por la primera, esencialmente unida á la naturaleza de un estado libre, conforme á la espresion del gran jurisconsulto Blackstone, se enteran los que gobiernan de las variaciones de la opinion y de las medidas que imperiosamente reclama, por cuya mútua y franca comunicacion, acumulándose cuantiosa copia de saber y datos, las resoluciones que se toman en una nacion de aquel modo rejida no se apartan en lo general de lo que ordena su interés bien entendido; desapareciendo en cotejo de tamaño beneficio los cortos inconvenientes que en ciertos y contados casos pudieran acompañar á la publicidad, y de que nunca se ve del todo desembarazada la humana naturaleza. Pues aquellos dos medios tan necesarios de estamparse en una Constitucion que se preciaba de representativa, no se vislumbraban siquiera en la de Bayona. Al contrario, por el artículo 80 se prevenia «que las sesiones de las córtes no fuesen públicas.» Y en tanto grado se huia de conceder dicha facultad, que en el 81 íbase hasta á graduar de rebelion el publicar impresas ó por carteles las opiniones ó votaciones. Quien con tanto esmero habia trabado la libertad de los diputados, no era de esperar obrase mas generosamente con la de la imprenta. Deferíase su goce á dos



CONSTITUCION DE BAYONA.



Litog.ª de Mariani y C.ª

EL REY JOSÉ NAPOLEON JURANDO LA CONSTITUCION DE BAYONA.

años despues que la Constitucion se hubiese planteado, no debiendo esta tener su cumplido efecto antes de 1813. Pero aun entonces, ademas de las limitaciones que hubieran entrado en la ley, parece ser que nunca se hubieran comprendido en su contesto los papeles periódicos. Asi se infiere de lo prevenido en el artículo 45. Porque al paso que se crea una junta de cinco senadores encargados de velar acerca de la libertad de imprenta, se esceptúan determinadamente semejantes publicaciones, las que sin duda reservaba el gobierno á su propio exámen. Véase, pues, cuán tardía y escatimada llegaria concesion de tal importancia.

Tampoco se habia compuesto ni deslindado atinadamente la potestad legislativa. Al sonido de la voz senado, cualquiera se figuraria haber sido erijido aquel cuerpo con la mira de formar una segunda y separada cámara que tomase parte en la discusion y aprobacion de las leyes; pero no era así. Ceñidas sus facultades en tiempos tranquilos á velar sobre la conservacion de la libertad individual y de la de imprenta, ensanchábanse en los borrascosos ó cuando pareciesen tales á la potestad ejecutiva, á suspender la constitucion y á adoptar las medidas que exijiese la seguridad del Estado. Un cuerpo autorizado con facultad tan ámplia y poderosa, debiera al menos haber ofrecido en su indepenencia un equilibrio correspondiente y justo. Mas constando de solos veinticuatro idndividuos nombrados por el rey, y escogidos entre empleados antiguos, antes era sostenimiento de la potestad ejecutiva que valladar contra sus usurpaciones.

Para evitar estas ó resistirlas gananciosamente, no era mas propicia ni recomendable la manera como se habian constituido las córtes, las cuales, ademas de verse privadas de la publicidad, sólido cimiento de su conservacion, llevaban consigo la semilla de su propia desorganizacion y ruina. Por de pronto el rey estaba obligado solamente á convocarlas cada tres años, y como para todo este intermedio se votaban las contribuciones, no era probable que se las hubiera congregado con mas frecuencia. El número de vocales se limitaba á 162 divididos en tres estamentos, clero, nobleza, y pueblo; componiéndose los dos primeros de 50 individuos. Debian reunidos en la misma sala, discutir las materias y decidirlas á pluralidad de votos y no por separacion de clase. En cuya virtud, sin resultar las ventajas de la cámara de lores en Inglaterra, ni la del senado en los Estados-Unidos, sirviendo de contrapeso entre la potestad real ó ejecutiva y la popular; aqui juntos y amontonados todos los estamentos ó brazos, hubieran presentado la imágen del desórden y la confusion. Cuando el cuerpo que ha de formar las leyes está dividido en dos cámaras, al choque funesto de las clases, que es temible exista estando reunidos los privilegiados y los que no lo son, sucede cuando deliberan separadamente el saludable contrapeso de las opiniones individuales, estableciéndose una mútua correspondencia entre los vocales de ambas cámaras que no disienten en el modo de pensar, sin atender á la clase á que pertenecen. Por lo menos asi nos lo muestran la esperiencia, gran maestra en semejantes materias (1). Cuanto mas se reflexiona acerca del artificio de esta Constitucion, mas se descubre que solo en el nombre queria darse á España un gobierno monárquico representativo.

Habia, empero, artículos dignos de alabanza. Merécenla, pues, aquellos en que se declaraba la supresion de privilegios onerosos, la abolicion del tormento, la publicidad en los procesos criminales y el límite de 20,000 pesos fuertes de renta, señalado á la escesiva acumulacion de mayorazgos. Mas estas mejoras que ya desaparecian junto á las imperfecciones sustanciales arriba indicadas, del todo se deslustraban y ennegrecian con la mons-

(1) Las ventajas que Toreno y los demas publicistas de su escuela atribuyeron á las dos cámaras, y los inconvenientes que segun los mismos, acompañan á la cámara *única*, serán objeto de discusion por nuestra parte cuando examinemos la Constitucion del año 12. Nuestro modo de ver en el asunto es bien diferente por cierto; pero esto no quita que la censura que aqui se hace de lo que la Constitucon de Bayona llamaba *Córtes* sea muy fundada y muy justa.

truosidad (no puede dársele otro nombre) de insertar en la ley fundamental del Estado que habria perpétuamente una aliaza ofensiva y defensiva, tanto por tierra como por mar, entre España y Francia. Todo tratado ó liga de suyo variable, supone por lo menos el convenio recíproco de los dos ó mas gobiernos que están interesados en su cumplimiento. Exigíase aun mas en este caso: ya que quisiera darse á la alianza la duracion y firmeza de una ley fundamental, menester era que la otra parte, la Francia, se hubiese comprometido á lo mismo en las constituciones del imperio. Podrá redargüirse que estaba sujeta esta determinacion á un tratado posterior y especial entre ambas naciones. Pero segun el artículo 24 de la Constitucion, que era en donde se adoptaba el principio, debia el tratado limitarse á especificar el contingente con que cada una habia de contribuir, y no de manera alguna á variar la base admitida de una alianza perpétua ofensiva y defensiva No es de este lugar examinar la utilidad ó perjuicio que se seguiria á España, pais casi aislado, de atarse con semejante vínculo y abrazar todas las desavenencias de una nacion como la Francia, contigua á tantas otras y con intereses tan complicados. Aqui solo consideramos la cuestion constitucional, bajo cuyo respecto no pudo ser ni mas fuera de sazon ni mas estraña. Al ver adoptado semejante artículo, no podemos menos de asombrarnos por segunda vez de que haya habido españoles de los firmantes tan olvidados de sí propios, que hayan asegurado en sus defensas haber gozado en Bayona de entera é ilimitada libertad. Porque si á sabiendas y voluntariamente le admitieron y aprobaron, ¿cómo pudieran disculparse de haber encadenado la suerte de su patria á la de otra nacion, sin que esta se hubiera al propio tiempo comprometido a igual reciprocidad? Mas afortunadamente y para honra del nombre español, si hubo algunos que con placer firmaron la Constitucion de Bayona, justo es decir que el mayor número lo hicieron obligados de la penosa é involuntaria situacion en que los habia colocado su aciaga estrella.

Hasta aqui el conde de Toreno. En vista de esto y de lo demas que nosotros llevamos dicho, dígase si Napoleon supo entenderlo en lo de proceder á la regeneracion política del pais, como en su proclama de 25 de mayo habia pomposamente prometido, y si la Constitucion de Bayona pasaba de ser otra cosa que *una simple muralla de papel para contener la arbitrariedad*, sirviéndonos de la feliz espresion de un orador tan elocuente como contagioso, aunque no se concreta á este caso.

El rey José juró en manos del arzobispo de Burgos y en el seno del congreso, el dia 7 de julio, guardar y observar el tal código, haciendo lo mismo á acontinuacion los diputados presentes y poniendo su firma al pié (1). Tras esto acordaron acuñar dos medallas en celebridad del suceso y trasladáronse todos á cumplimentar á Napoleon en su palacio de Marrac. El emperador habló mucho y mal, ó no tan bien como sabia hacerlo, cosa que á todos pareció notable, causándoles no poca estrañeza. Con esto quedó terminado todo lo perteneciente á la Constitucion, habiéndose dado órden el 6, víspera de la jura, para que el Consejo de Castilla la hiciese publicar en España.

---

(1) He aqui la nota de las firmas, muchas de ellas forzadas, que figuraban al pié de la Constitucion de Bayona.

Miguel José de Azanza; Mariano Luis de Urquijo; Antonio Ranz Romanillos; José Colon; Manuel de Lardizabal; Sebastian de Torres; Ignacio Martinez de Villela; Domingo Cerviño; Luis Idiaquez; Andres de Herrasti; Pedro de Porras; el Príncipe de Castelfranco; el duque del Parque; el arzobispo de Burgos; Fr. Miguel de Acevedo, vicario general de S. Francisco; Fr. Jorge Rey, vicario general de S. Agustin; Fr. Agustin Perez de Valladolid, general de S. Juan de Dios; F. el duque de Frias; F. el duque de Hijar; F. el conde de Orgaz; J. el marqués de Santa Cruz; V. el conde de Fernan Nuñez; M. el conde de Santa Coloma; el marqués de Castellanos; el marqués de Bendaña; Miguel Escudero; Luis Gainza; Juan José María de Yandiola; José María de Lardizabal; el marqués de Monte Hermoso, conde de Treviana; Vicente del Castillo; Simon Perez de Ceballos; Luis Sainz; Dámaso Castillo Larroy; Cristóbal Cladera; José Joaquin del Moral; Francisco Antonio Zea; José Ramon Mila de la Roca; Ignacio de Tejada; Nicolás de Herrera; Tomás la Peña; Ramon María de Adurriaga; D. Manuel de Pelayo; Manuel María de Upategui; Fermin Ignacio Beunza; Raimundo Etenhard y Salinas; Manuel Romero; Francisco Amorós; Zenon Alonso; Luis Melendez; Fran-

Segun el título VI de la carta en cuestion, debia haber nueve ministerios, que era el de Justicia, el de Negocios eclesiásticos, el de Negocios estrangeros, el de lo Interior, el de Hacienda, el de Guerra, el de Marina, el de Indias, y otro por último, que se llamaba el de Policía general, pudiendo el rey reunir cuando lo tuviera por conveniente el ministerio de Negocios eclesiásticos al de Justicia, y el de Policía á lo Interior, como asi lo hizo desde luego, nombrando el mismo dia 7 para Estado á D. Mariano Luis de Urquijo, para Negocios estrangeros á D. Pedro Ceballos, para Justicia á D. Sebastian Piñuela, para lo interior á D. Melchor Gaspar de Jovellanos, para Hacienda al conde de Cabarrus, para Guerra á D. Gonzalo Ofárril, para Marina á D. José Mazarredo y para Indias á D. Miguel José de Azanza. Todos los agraciados aceptaron sus puestos, con la sola escepcion de Jovellanos, cuya sorpresa en el pueblo de Jadraque cuando tuvo noticia del nombramiento, fue en su clase mayor todavía que la que le causó doce años antes merced ó gracia igual de Cárlos VI. Este hombre eminente acababa de dejar la prision donde la iniquidad y la injusticia le habia tenido siete años, y ahora se le ofrecia ocasion de brillar en la cima del poder, y hasta de disculparse, si lo hacia, con los mismos crueles tratamientos que hombres que se llamaban españoles le habian hecho sufrir. El, sin embargo, siempre austero, siempre virtuoso patriota, contestó que la causa del honor y la lealtad, y la que á todo trance debia preciarse de seguir todo buen español, era la del pais alzado en masa para resistir el yugo estrangero, por desesperado que fuese empeñarse en tan noble demanda; y rechazó con energía el ministerio para qué fué nombrado, sin que fueran bastantes á reducirle ni las confidencias de Azanza, ni el empeño de Cabarrus, ni los ruegos de Ofárril, ni las instancias de Mazarredo, ni los halagos de Murat, ni el fundado temor de nuevas persecuciones, ni la misma circunstancia de ver en la *Gaceta* de Madrid publicado su nombramiento para comprometerle y hacerle sospechoso á los ojos de sus compatricios. Jovellanos era el justo de Horacio:

Al constante varon, íntegro y justo.
Ni el furor de la plebe depravada,
Ni la cara indignada,
Del tirano feroz, imprimen susto.

El duque del Infantado y el príncipe de Castelfranco aceptaron por su parte el mando de los regimientos de guardias españolas y walonas imitándolos el duque del Parque y el de Hijar, el marques de Ariza, el conde de Fernan Nuñez y los demas grandes existentes en Bayona, en recibir del intruso otras honras y empleos. La servidumbre de Fernando, es decir, San Cárlos, Ayerbe, Feria, Correa, Macanaz y Escoiquiz, no tuvo paciencia para esperar mercedes, sino que se adelantó á solicitarlas en carta escrita desde Valencey, el dia 22 de junio, por el malhadado canónigo, jurando todos obediencia á la nueva Constitucion (que aun no lo era

cisco Angulo; Roque Novella; Eugenio de Sampelayo; Manuel García de la Prada; Juan Soler; Gabriel Benito de Orbegozo; Pedro de Isla; Francisco Antonio de Echaque; Pedro Ceballos; el duque del Infantado; José Gomez Hermosilla; Vicente Alcalá Galiano; Miguel Ricardo de Alava; Cristóbal de Góngora; Pablo Arribas; José Garriga; Mariano Agustin; el almirante marqués de Ariza y Estepa; el conde de Castel Florido; el conde de Noblejas, mariscal de Castilla; Joaquin Javier Uriz; Luis Marcelino Pereyra; Ignacio Muzquiz; Vicente Gonzalez Arnao; Miguel Ignacio de la Madrid; el Marqués de Espeja; Juan Antonio Llorente; Julian de Fuentes; Mateo de Norzagaray; José Odoardo y Grandpe: Antonio Soto Premostratense; Juan Nepomuceno de Rosales; el marqués de Casa-Calvo; el conde de Torre Muzquiz; el marqués de las Hormazas; Fernando Calixto Nuñez; Clemente Antonio Pisador; don Pedro Larriba Torres; Antonio Saviñon; José María Tineo; Juan Mauri.

Total 91 individuos, faltando 59 para los 150 que habian sido convocados, y con la circunstancia particular de que aun entre esos mismos 91 sugetos, no llegaban á 20 los diputados nombrados por las provincias.

porque estaba todavía por discutir en su mayor parte), y fidelidad á José I. En el tal documento iban tambien mezclados los nombres de los infantes, y si bien despues dijo Escoiquiz, y algun historiador con él, que fué aquel escrito efecto obligado de la coaccion ejercida sobre los firmantes, harto sabido es ya lo que hay de cierto respecto del particular. ¿Pero qué mucho que la *servidumbre* del rey se hiciese digna de ese servil título en toda la estension de la palabra, cuando el mismo Fernando, en carta escrita de su puño y letra, *felicitaba al rey José por su traslacion del reino de Nápoles al de España, reputando á esta feliz por ser gobernada por quien habia mostrado ya su instruccion práctica en el arte de reinar*, á lo cual añadia, *que tomaba parte tambien en las satisfacciones de José, porque se consideraba miembro de la augusta familia de Napoleon, por haberle pedido una sobrina para esposa y esperar conseguirla* (1)? ¡Oh qué sangre tan mal derramada la que España vertia por tal rey! El cardenal de Scala, arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbon, de quien hemos tenido ya ocasion de hablar en el tomo primero de esta obra, rindió tambien sus homenajes de amor, fidelidad y respeto á Napoleon, pidiéndole le reconociese por su mas fiel súbdito y le comunicase sus órdenes soberanas para esperimentar su cordial y eficaz sumision; y en esta carta llena de degradacion y abatimiento, reconocia como emanada de Dios la obligacion que apellidaba él *dulce* de arrastrarse á los pies del que ponia cadenas á su patria Pero apartemos la vista indignada de ese cuadro de infamia y vilipendio en que tan vil papel representan los individuos de la régia familia, y sus sirvientes y relacionados, y pasemos á hablar de otra cosa.

Organizados los principales asuntos relativos al palacio y al ministerio, despidióse José de su hermano y entró en España el 9 de julio, dando al dia siguiente un decreto en Tolosa para que se procediese á su proclamacion en todas las poblaciones de España, y otro para que el clero implorase la divina asistencia por medio de fervorosas rogativas, á fin de que el cielo otorgase al rey intruso acierto en el gobierno del Estado. Trasladado despues á Vitoria, espidió el 12 dos decretos mas, manifestando en el uno sus generosos sentimientos respecto á la nacion española y su deseo de que esta recobrase su antiguo esplendor, y disponiendo en el otro que las armas de la corona constasen en lo sucesivo de un escudo dividido en seis cuarteles, sobreponiendo por escudete el águila que distinguia á la familia imperial. Mal modo de atraerse el amor de los españoles y el afecto del clero, recordar á su vista perpétuamente el yugo que pesaba sobre el pais. Continuando su marcha á paso de tortuga, esperó en Burgos el resultado de la batalla de Rioseco, y habiéndolo sabido el 16, pudo ya caminar sin peligro lo que le restaba de viaje hasta llegar á Madrid. Su entrada en esta capital en la tarde del 20 fué tan aparatosa de su parte, como lúgubre y desairada por la de los Madrileños. Recibiéronle los franceses con salvas y con gran clamoreo campanil, pero no hubo apenas vecinos que obedecie-

(1) Carta autógrafa de Fernando escrita en Valencey el 22 de junio, y leida por el presidente de la asamblea de Bayona en la sesion de 30 del propio mes. (*Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España, tomo I., páj.* 192)

Ademas de esta carta, escribió otra, fecha igualmente del 22 de junio, en la cual daba al emperador *muy sinceramente en su nombre y en el de su hermano y tio* (los infantes D. Antonio y D. Francisco) *la enhorabuena de la satisfaccion de ver instalado á su querido hermano el rey José en el trono de España*; y acompañando la misiva dirijida á este, rogaba á S. M. I, se dignase presentarla á S. M. C., *con el cual deseaba n el honor de profesar amistad, siendo este afecto el que dictaba la adjunta.*

Ni fué este el ultimo acto de humillacion y vilipendio en aquel degradado monarca, puesto que en 29 de julio, cuando Napoleon marchaba á París, le dirijió otra epistola por el estilo, escrita en los términos siguientes: «Señor: he recibido con mucha gratitud la carta de V. M. I. y R. de 20 de este mes, en la cual se digna asegurarme *de la pronta expedicion de sus órdenes para mis negocios.*—Mi tio y mi hermano han celebrado tanto como yo la noticia de la marcha de V. M. I y R. á París, *que nos acerca á su persona;* y pues que sea cual fuere el camino que V. M. siga, de todos modos debe pasar cerca de aqui, *mirariamos como una grande satisfaccion que V. M. I. y R. tuviese la bondad de pemitirnos salirle al encuentro, y de renovarle personalmente nuestros homenajes en el sitio que designare, siempre que no le incomode.*—V. M. I. y R. disimulará este deseo *inseparable del sincero afecto y del respeto* con que tengo el honor de ser de V. M. I. y R. *el mas humilde y apasionado servidor.* —FERNANDO.—Valencey 29 de julio de 1808.»



F. Perez di y lit.

Litogª de Manini y Cª

PROCLAMACION DE JOSE NAPOLEON EN MADRID.

sen la órden de poner colgaduras en sus casas, ó que se asomasen á los balcones á presenciar la entrada del intruso. Entre los vivas que daban los franceses domiciliados en la córte, oyóse alguno salido de labios españoles y dirijido á Fernando VII; y entre el festivo tañido de las campanas que obedecian á órden superior, no pocas que doblaban á muerto. Triste y enérgica señal del porvenir raquítico, azaroso, y del resultado final que habia de tener el nuevo reinado.

José permaneció en Madrid diez dias solamente y no completos. Durante ellos verificóse su proclamacion en la capital de la monarquía, ceremonia que tuvo lugar el 25 con el mismo silencio y desden por parte del pueblo. Resistióse el Consejo de Castilla á autorizar ó cumplir aquel acto, obrando en esto por cálculo y por las satisfactorias noticias que recibia relativamente á la insurreccion andaluza, mas bien que por conciencia y por deber y por efecto desinteresado y puro de real y efectivo patriotismo. El 26 tuvo efecto la publicacion y circulacion del código de Bayona, interviniendo en ello el citado Consejo, no obstante su resistencia. En cuanto á lo demas, la permanencia de José en Madrid se redujo á cumplidos de reconocimiento por parte de los afrancesados, no habiendo el gobierno intruso dado en la capital de la monarquia otro decreto, que nosotros sepamos, sino el que con fecha del 28 de junio ponia las provisiones de mar y tierra á cargo de los respectivos ministerios de Guerra y de Marina. La córte de José andaba á vueltas con sus mas que justos temores, vista la actitud decidida que todas las provincias tomaban. La inmortal Zaragoza desconcertaba los cálculos de los invasores, viéndola resistir con heroismo sin ejemplo un sitio formidable y en toda regla, capaz de abatir la constancia de una plaza de primer órden. Gerona, Valencia y otras poblaciones habian manifestado igualmente lo imposible que era alcanzar triunfos, sin anegarlos las huestes francesas en los torrentes de su propia sangre. El territorio español, erizado de lanzas y picas y de toda clase de armas, no daba al intruso ocasion de lisongearse un momento con esperanzas de mejor estado para lo sucesivo. La Andalucía, en fin, que por la dulzura del clima y el carácter general de sus habitantes parecia que en caso de escision debia ser menos temible que el resto de las demas provincias, presentaba un aspecto siniestro, y tenia á Dupont en tal apuro, que segun todas las apariencias, el ejército de Castaños iba muy en breve á vengar con usura nuestras anteriores derrotas en Torquemada, Cabezon y Alcolea, en Tudela, Mallen, Gallur y Alagon; en el Puerto Pajazo y las Cabrillas; en Córdoba, Jaen y Rioseco.





CASTAÑOS.

CAPITULO XIV.

LA BATALLA DE BAILEN.



Celebrado en Porcuna por los gefes del ejército andaluz el consejo de que hemos hablado al fin del capítulo XI, determinaron, con arreglo á lo en él convenido, atacar al ejército francés, imposibilitado de tomar la ofensiva. Las tropas del enemigo componian un total de mas de 21,000 hombres con 40 piezas de artillería: las nuestras ya hemos dicho que ascendian á 25,000 infantes y 2,000 caballos, siendo soldados propiamente tales la tercera parte, y paisanos organizados precipitadamente la restante fuerza. Superiores en número, éramos inferiores en disciplina; pero el valor y el patriotismo, y la suerte, que tambien nos favoreció, suplieron por todo. Dupont tenia distribuida su fuerza en términos de poder atender á la defensa de Sierra-Morena, ó á tener por lo menos espeditas las comunicaciones con Madrid, pero dió demasiada importancia á la posicion de Andújar, la cual, segun los escritores mas entendidos, no era susceptible de muy buena defensa, ni debia considerarse en la situacion en que se hallaba el ejército francés, sino como un embarazo ó estorbo, cuando no una ocasion de derrota para el gefe que elegia aquel punto como base de sus operaciones. Verdad es que otros dicen no haber sido la eleccion sino efecto de órdenes superiores á que Dupont debia atenerse; pero como quiera que sea, el general francés quedó en Andújar con las divisiones Barbou y Fresia, componentes al todo unos 10,000 hombres, y ordenó que Vedel con los 9,000 suyos ocupase á Bailen y á Puerto de Rey, dejando espedita la comunicacion con la Mancha, y cuidando de observar el curso del Guadalquivir, á cuya orilla izquierda se hallaban los españoles. Suponiendo que estos no tardarian en pasar el rio á fin de atacar á Andujar, situado á la orilla derecha, dispuso la fortificacion de este punto con notable cuidado y esmero. El puente de Marmolejo, que podia dar paso á nuestra gente, fue destruido de órden suya, y un cuerpo de 1,500 hombres á las órdenes del general Liger-Belair guardaba el paso de Menjíbar. Varias columnas móviles partian diariamente de Andújar y de Bailen para encontrarse en el puente del Rumblar, y un cuerpo respetable de caballería atendia á la izquierda del Guadalquivir, no descuidándose entretanto Vedel en reconocer todos los dias el territorio de Espeluy, delante de Villanueva, ha-

ciéndolo recorrer hasta el molino situado á una legua de Andújar. Tales fueron las disposiciones adoptadas por Dupont á la derecha de Guadalquivir.

Los nuestros resolvieron por su parte pasar el rio por Menjibar y Villanueva para dirigirse á Bailen, encubriendo este movimiento por medio de un ataque sobre Andújar, llamando alli con preferencia la atencion de Dupont, comprendido su empeño y su interés en conservar aquel punto. Este ataque de frente quedó á cargo del general Castaños, el cual avanzó con la tercera division y la reserva del ejército, despues de haber dado tiempo á que las tropas ligeras y cuerpos francos de don Juan de la Cruz cruzasen el rio por el puente de Marmolejo ya restablecido, y se situasen en las alturas de Sementera, á fin de caer á su tiempo sobre el flanco derecho de Dupont. Castaños verificó su ataque con inteligencia, cañoneando el dia 15 de julio el puente que el general francés habia cuidadosamente fortificado. Esta demostracion llamó vivamente la atencion de los enemigos, como se habia previsto, y temiendo Dupont verse comprometido, envió á toda prisa sus órdenes al general Vedel para que desde Bailen le enviase en socorro una de sus brigadas. Preocupado Vedel con la idea de que el verdadero peligro existia en Andújar, creyó no hallarse en el caso de atender demasiado á Bailen, y en vez de enviar á Dupont la brigada que pedia, determinó reunírsele con toda su division, saliendo del último punto la misma tarde del 15, dejando solo dos batallones á Liger-Belair para guardar el paso de Menjíbar. Mientras tanto caia Cruz sobre el flanco derecho de Dupont, segun el plan convenido; pero despues de haberse batido con notable arrojo, fué rechazado con pérdida por el destacamento francés á las órdenes de Lefranc. El 16 continuó Castaños siguiendo el vivísimo cañoneo del dia anterior, todo con el objeto espresado de fascinar al enemigo, mientras Reding se dirigia á Menjíbar y el marqués de Coupigny á Villanueva.

Reding el 16 se presentó delante de la barca guardada por los dos batallones franceses, y mientras verificaba su ataque, pasó el grueso de su division el Guadalquivir á las cuatro de la madrugada por el vado del Rincon, media legua mas arriba del Menjíbar. Acometido Liger-Belair por fuerzas considerablemente mayores, tuvo á gran suerte poder retirarse hácia Bailen con notable pérdida, encontrando en mitad del camino al general Gorbet, que á la primera noticia del ataque habia salido del último punto á fin de socorrer á su compañero. Reunidos los dos generales, aunque con fuerzas siempre inferiores, trataron de revolver sobre Reding.





F. Perez d. y lit.   Litogª de Manini y Cª

ENTRADA DEL INTRUSO EN MADRID.



Litog.ª de Manini y C.ª

BATALLA DE BAILEN.

pero fueron tan poco afortunados, que al poco tiempo de trabar la accion cayó Gobert herido de un balazo en la cabeza, de que al siguiente dia murió. Tomó entonces el mando el general de brigada Dufour y continuó el fuego con los nuestros hasta las once de la mañana; pero hubo al fin de ceder, retirándose á Bailen con bastante pérdida. Reding pudo entonces seguir el alcance, pero contuvo el ardor de los suyos, no creyéndose, y con razon, seguro al otro lado del rio con una division solamente, y volvió atrás repasando el Guadalquivir hasta que Coupigny se le reuniera.

Este habia empeñado sus tropas contra los dos batallones encargados de guardar el rio mas abajo de Villanueva; y aunque no consiguió pasar á la otra orilla, contribuyó, sin embargo, al objeto de tener en cuidado al enemigo. El dia 17 por la tarde púsose Reding de acuerdo con él, y cruzó el rio de nuevo, reuniéndosele Coupigny en la madrugada del dia siguiente, y caminando los dos juntos en direccion de Bailen, donde esperaban trabar accion con el enemigo.

Este, sin embargo, no se hallaba allí. Dufour y Liger-Belair habian visto el dia anterior que Reding no seguia adelante á pesar de su brillante victoria, como otro general menos prudente lo hubiera hecho tal vez; y creyendo que los nuestros maniobraban por su derecha para caer sobre ellos tomando el camino de Baeza, abandonaron la posicion de Bailen, dirigiéndose á Guarroman y á la Carolina, temerosos de ver cortadas las comunicaciones con Madrid, como avisos recientemente recibidos les hicieron al pronto creer. El general Vedel por su parte habia llegado á Andújar con su division, ocasionando no poco disgusto á Dupont que no le pedia sino un pequeño refuerzo, y aumentándose luego su disgusto sabida la derrota de Menjíbar. Nada, sin embargo, se habia perdido, pues Vedel podia volver atrás y caer sobre Reding, de quien no suponia Dupont que hubiese detenido su marcha. Vedel salió de Andújar la noche del 16; pero no encontró á nadie en el camino, quedando sorprendido y no poco cuando al llegar á Bailen halló esta poblacion abandonada por los suyos, y no ocupada por los españoles. Creyendo entonces que estos se habian corrido por su derecha, siguió la misma ruta que llevado de igual presuncion habian emprendido los generales Vedel y Dufour, y héte á Bailen desamparado nuevamente, con ser para los franceses punto de tan grande importancia. Así fué que Reding y Coupigni pudieron ocuparle sin disparar un tiro, llegando allá poco despues que Vedel acaba de salir. Al verificarlo éste, dió aviso á Dupont de su marcha, noticiándole que los españoles amenazaban al ejército frances por la parte de la Sierra, segun las nuevas que corrian, y segun el mismo Dufour acaba de participarle. Llegado á Guarroman, reiteró de nuevo su aviso. Dupont aprobó la presteza con que Vedel se proponia adelantarse á los nuestros, y le ordenó rechazarlos sobre Baeza y Úbeda, dejando en seguridad á Bailen y viniendo á reunírsele en Andújar. Esta posicion, añadió, no vale nada: lo esencial es batir al enemigo, y aprovechar su dispersion en pequeños cuerpos para desbaratarle y confundirle (1).

De este modo, y por un conjunto de circunstancias verdaderamente estraordinarias, hallóse el ejército frances enteramente desorientado y falto de tino en sus

---

(1) Los autores de la obra titulada *Victoires, conquêtes, désastres, revers, et guerres civiles des francais de* 1792 *á* 1815, dicen que Dupont, al saber la marcha de los generales Dufour y Vedel á la Carolina, previó los funestos resultados de este falso movimiento. Esto pudo ser despues, cuando vió que los españoles no iban en la direccion que él se figuraba, pero no en los primeros momentos de aquella fatal ilusion á que el prudente Reding habia dado motivo con su bien entendida retirada despues de la accion de Menjíbar. El voto de Foy, que es el que nosotros seguimos, nos parece preferible al de los mencionados autores, toda vez que aquel escritor, dedicado ex-profeso á narrar los solos acontecimientos de la guerra de la Península, habrá tratado de informarse mas al pormenor que aquellos de las particularidades que hubo en ella, estando por otra parte mas sujetos á equivocaciones los que abrazan un cuadro tan vasto como el de las victorias, conquistas, desastres, reveses y guerras civiles de los franceses en todo el continente europeo en el espacio de 23 años, que no el que se reduce á una lid sola, aunque tambien fecunda en grandes hechos.

movimientos: todo efecto de haberse aferrado Dupont en conservar un punto tan escéntrico para sus operaciones como lo era Andújar, sin que por esto desmerezca la gloria de nuestros gefes, hábiles y oportunos en aprovechar el yerro del enemigo. La determinacion de Reding en lo de volver el pié atrás y repasar el rio el 16, decidió sobre todo el buen éxito de las armas españolas, dando lugar á la separacion del enemigo en dos facciones casi iguales, entre las cuales se interpuso hábilmente posesionándose de Bailen.

Dupont tardó muy poco en reconocer su error, y abandonó la posicion de Andújar el 18 á las nueve de la noche, no bien supo que tenia á Reding á la espalda entre sus tropas y las de Vedel, mientras Castaños le amenazaba por su frente. Para evitar que este se apercibiese de su movimiento, lo verificó entre las sombras, destruyendo el puente del Guadalquivir y las obras de la ribera izquierda, á fin de retardar la marcha de nuestro general en gefe cuando apercibiese la suya. Al mismo tiempo envió á Vedel y á Dufour órden de caer sobre Reding por su espalda, mientras él le atacaba por el frente, siendo una posicion verdaderamente estraña la en que se veian uno y otro gefe, hallándose Reding entre Vedel y Dupont, y este entre Reding y Castaños. En semejantes circunstancias, la victoria debia quedar por los franceses, atendida la mayor inteligencia y superior disciplina de sus tropas; pero las de Reding eran afortunadamente las mejores del ejército andaluz, y el dignísimo gefe que las comandaba reunia todas las dotes para salir airoso de su empeño.

Dupont siguió su marcha, llevando por vanguardia las compañías de preferencia, el primer batallon de la 4.ª legion, un escuadron de cazadores y dos piezas de á cuatro, á las órdenes del general de brigada Chabert, y por retaguardia otras seis compañías selectas, cincuenta dragones y dos piezas del mismo calibre. Mas de quinientos carruages de artillería, bagaje y botin de los robos de Córdoba y Jaen seguian silenciosos la marcha, terminando esta sin ningun percance ó encuentro á las tres y media de la madrugada, á cuya hora atravesó la vanguardia la llanura allende el Rumblar, rio cercano á Bailen, con cuyo término confina por la parte de Oeste.

Hallábase Reding en un molino pensando en marchar sobre Dupont, á quien suponia en Andújar, cuando oyendo á lo lejos algunos tiros, y cayendo á sus pies una granada, conoció que el frances venia hácia él. Ordenando entonces su gente, á la cual mandó hacer alto en su marcha, hizo situar el grueso en el sitio que ocupaba antes, mientras parte de la vanguardia española llamaba la atencion de la enemiga tiroteándose con ella. Esta se coloca en los olivares pasado el puente á media legua de la poblacion. Coupigni por su parte despliega su division al norte de la carretera de Andújar, mientras Reding con la suya ocupa la mitad del camino. Un batallon de guardias walonas, en quien los dos generales tienen gran confianza, queda dividido en dos trozos á fin de apoyar ambas alas. La artillería, que estaba dispuesta y en marcha, queda puesta al momento en batería. Sometido Coupigny á Reding, determinan el uno y el otro acudirse en el riesgo comun lo mismo que si fueran hermanos, y esa perfecta inteligencia y el valor de que se sienten animados los españoles, presagian desde luego la victoria.

El general Dupont conoce la inmensa importancia de ocupar prestamente á Bailen, antes que Castaños tenga tiempo de acometerle por su retaguardia: Reding vé que su lauro consiste en dejar derrotado á Dupont, antes que Vedel y Dufour sobrevenga tambien por su espalda. El peligro es el mismo de ambos lados; nuestras tropas mayores en número; las francesas, y sobre todo la caballería, superiores en táctica y en gefes; la decision de unos y otros en hacerse mútuamente pedazos, idénticos é iguales en un todo. La batalla comienza á las cuatro de la mañana, siendo Coupigny el primero que es acometido. Sus soldados rechazan al enemigo, y le desalojan de las alturas que domina, arrollándole hasta mas allá del puente. Reforzados despues los franceses, recobran en gran parte el terreno perdido. Los generales Chabert y Dupré combaten á la izquierda del camino, cayendo muerto el últi-

mo al trabarse con las guardias walonas, con el regimiento de las órdenes militares y con otras tropas que manda el brigadier D. Francisco de Saavedra. Pero lo tremendo y lo rudo de la accion, y el punto en que se despliegan de una y otra parte los mas grandes y enérgicos esfuerzos, es allá á la derecha del camino. El valiente Reding anima con su voz y con su ejemplo el valor de sus bravos reclutas. Los suizos al servicio de España se baten contra los suizos que están al servicio de Francia, cayendo herido en la cabeza el general Schramm que comanda á estos últimos. Los coraceros franceses arrollan un regimiento de infantería española, y pasan á cuchillo á nuestros artilleros sobre sus mismas piezas. La 4.ª legion enemiga, mandada por el mayor Teulet, avanza mas allá del riachuelo; pero los nuestros continúan desbaratando las alas francesas, y las tropas del centro del enemigo ceden mal su grado al empuje. Retrogradando presurosamente, abandonan no solo el cañon que nos han quitado poco antes, sino tambien las dos piezas de á cuatro de su vanguardia, desmontadas la una y la otra desde el mismo principio de la accion.

Desesperado Dupont al ver una resistencia tan inesperada en soldados que antes miraba con desden y menosprecio, dispone hacer un último esfuerzo para romper aquel frente formidable y ocupar en seguida á Bailen. Tres veces da una carga general á la bayoneta, en que todos sus batallones, y particularmente el de los intrépidos marinos de la guardia imperial, se esceden á sí mismos en bravura; y tres veces es inútil su arrojo en aquella tremenda tentativa. La caballería francesa, tan superior en todo á la nuestra, que era en su parangon casi nula, hace tambien prodigios de valor y de maestría en sus cargas; pero los españoles desbaratan los sucesivos esfuerzos del enemigo, y todo lo que este puede hacer en las seis crudas horas que van corridas de accion, es conservar la posicion que tenia al comenzarse esta.

Era ya pasado el mediodía. Los nuestros en los diferentes ataques no habian tenido sino doscientos cuarenta y tres muertos y setecientos treinta y cinco heridos, mientras los franceses, entre unos y otros, contaban triplicada pérdida, ascendiendo á mas de dos mil solamente los muertos. Varios oficiales superiores, entre ellos el general Dupré, pertenecian á este último número, y hasta el mismo Dupont quedó contuso. A las desgracias que los franceses habian tenido, añadióse la desercion de los dos regimientos suizos, á quienes los franceses hacian seguir su pendon, no quedando en las filas de aquellas tropas sino dos coroneles, un pequeño número de oficiales y ochenta soldados. Desconfiando el general Dupont de poder conducir su abatida gente á un nuevo ataque, é ignorando lo que era de las divisiones Vedel y Dufour, propuso al general Reding suspension de armas y este la aceptó en el momento. A la resolucion del frances contribuyó en gran parte la aproximacion de D. Manuel de la Peña, enviado por Castaños con la 3.ª division reforzada, á fin de cojer á Dupont entre dos fuegos, mientras el mismo Castaños se quedaba en Andújar con la reserva. Las tropas de la Cruz, colocadas en las alturas de la orilla derecha del Rumblar, á la izquierda del enemigo, contribuyeron igualmente al éxito molestándole acertadamente. Asi fué que Dupont, viéndose cercado por todas partes y no hallando otro remedio que rendirse, trató de sacar el mejor partido posible de su desesperada situacion por medio de aquel armisticio.

Mientras esto sucedia en el campo de Bailen, ¿dónde estaban las tropas que Vedel comandaba al otro lado, ó como no se apresuraban á caer sobre las nuestras desde el momento en que oyeron los primeros tiros?

Vedel habia llegado á la Carolina el 18 por la mañana, y habiendo enviado reconocimientos á las montañas y desfiladeros, á fin de haber á las manos las tropas de Reding, á quien suponia en aquella direccion, hizo otro tanto respecto de Santa Elena; pero los esploradores volvieron sin dar con nadie ni traer noticia de nada. Era evidente, pues, que no ocupando los españoles la sierra, habian elegido otro punto para sus operaciones. Vedel pasó en la Carolina todo el dia 18 para dar descanso á la division y reparar su artillería, llamando á sí al general Dufour, á quien mandó dejar dos batallones en Santa Elena y cuatro compañías en Despeñaperros.

El 19 por la mañana oyó disparar cañonazos en la direccion de Bailen, y no dudando entonces que Dupont andaba á las manos con el cuerpo español, á quien él suponia en otra parte, dirijióse hácia el campo de batalla, del cual no estaba separado sino cuatro leguas. Pero el hombre que tan grave falta habia cometido en dejar desamparado á Bailen, cometió ahora otra nueva, no caminando con la prontitud que exijia necesidad tan urgente. Su marcha fué lenta, llegando á Guarroman á las nueve de la mañana, donde todavía perdió algunas horas dando nuevo descanso á sus soldados, á pesar del contínuo cañoneo que estaba reclamando su auxilio. Verdad es que despues de tres dias y tres noches de marchas continuas se hallaban fatigados y no poco; pero el reposo que les concedió escedió de los límites debidos. Pasado el mediodía, notó que cesaban los cañonazos; y como continuára el silencio, infirió que el peligro, si lo habia, habia ya pasado enteramente. Él sin embargo prosiguió su marcha; pero temiendo siempre que los enemigos pudieran venir por su espalda, dejó en Guarroman la division de Dufour con la brigada de coraceros del general Lagrange. Tal era su preocupacion. Al aproximarse á Bailen, vé tropas delante de sí, y creyendo al principio que son las de Dupont venidas de Andújar, queda luego no poco pasmado al encontrarse allí los españoles. Vedel entonces se apresura á hacer venir los coraceros de Lagrange y la primera brigada á las órdenes del general Lefranc, tras lo cual se prepara á atacar á los españoles, que rendidos de calor y de fatiga, y descansando en la fe del armisticio, no esperan aquella agresion.

Reding vió á los franceses adelantarse por el camino de Guarroman, y se preparó á recibirlos, situando por aquel lado la division de Coupigny, mientras un batallon de Irlanda con dos piezas de artillería tomaba posicion á la derecha del camino dando frente á la Sierra. Otro batallon de Irlanda, unido al regimiento de las órdenes militares, al mando del valiente coronel D. Francisco de Paula Soler, se establece en la ermita de S. Cristóbal que se halla á la izquierda, y el resto se coloca en masa detras, siendo este el punto que mas interesa mantener, por ser el que mas directamente puede abrir camino á Vedel para reunirse con Dupont. En medio de estas disposiciones, precipitadamente adoptadas para contrarestar á los franceses, no descuida Reding lo demas, y envia dos parlamentarios á Vedel para darle noticia de la suspension de armas otorgada á su gefe. Vedel responde á los parlamentarios que él no entiende de armisticios, y que está resuelto á atacar. Nuestros enviados insisten, y juran por su honor hallarse en aquellos momentos un oficial del estado mayor frances en el cuartel general español, á fin de tratar del asunto. Vedel entonces envia su ayuda de campo para que se informe del hecho, encargándole la vuelta para dentro de un cuarto de hora. Pasado este y otro mas sin tornar el ayuda de campo, cree el frances que todo es mentira, ó afecta á lo menos creerlo, y lanza sus tropas contra el enemigo. El general de brigada Cassagne se dirige con la primera legion á caer sobre nuestra derecha, mientras el sesto regimiento pro-



visional de dragones, á las órdenes del general Boussar, la ataca por los flancos y la espalda. Sorprendidos los nuestros con tan inesperada acometida, no tienen tiempo para volver sobre sí, quedando el primer batallon de Irlanda desbaratado y prisionero en su mayor parte, y perdiendo ademas los cañones. El gefe de batallon Roche con la quinta legion ataca al mismo tiempo en columna la posicion de la ermita; pero el bravo Soler la defiende con tal tenacidad y bravura, que admira y desconcierta al enemigo. Vedel conoce entonces el deplorable estado en que debe de hallarse Dupont; y lleno de pesadumbre por su lentitud en la marcha de aquella mañana, se empeña á pesar de los pactos en librar una nueva batalla, ya que no ha llegado á sazon de tomar parte en la otra. Su artillería cañonea la ermita, y viendo que Roche no ha sido feliz en su ataque, pónese al frente de la brigada Poinsot, y se prepara á embestir por sí mismo á los bravos que con tanto heroismo defienden el punto en cuestion. En esto viene un ayuda de campo del general en gefe enemigo, acompañado de dos oficiales españoles, y le intima en medio del fuego la órden de cesar en su ataque y de no emprender cosa alguna. Vedel entonces desiste, y conservando la posicion que ocupa, y los prisioneros, banderas y cañones que sus tropas nos han quitado, merced á la sorpresa solamente, queda en espectativa mal su grado, hasta ver el giro que toma la negociacion entablada.

Esta habia dado principio enviando Dupont al capitan Villoutreys, individuo de su estado mayor, á fin de alcanzar de Reding el permiso de retirarse á Madrid con todas sus tropas. Reding concedió la suspension de hostilidades, segun ya hemos dicho; y en cuanto á lo demas, contestó no ser él, sino el general en gefe Castaños, quien podia otorgar la demanda si asi lo estimaba oportuno. Recibida esta respuesta, partió Villoutreys para Andújar, donde Castaños se hallaba, quedando este no poco sorprendido cuando recibió la noticia de lo que pasaba en Bailen. Su satisfaccion, sin embargo, no rayó en escesiva por eso, pues no sabiendo todavía la determinacion que Vedel podia tomar, era posible que sobreviniendo este con Dufour en socorro de los suyos, cambiase el aspecto de los negocios. Castaños, pues, prudente y mesurado, declaró al parlamentario frances que se hallaba dispuesto á tratar con Dupont de una manera honrosa para él y para sus tropas. Trasmitida esta manifestacion al gefe enemigo, dió Dupont sus ámplios poderes al general de brigada Chabert, quien partió para Andújar al momento.

Mientras tenian lugar estas idas y venidas, recibióse en Andújar la nueva de la llegada de Vedel al campo de batalla, y de la nueva suspension de hostilidades que habia tenido lugar, despues de la bravura con que Reding habia resistido los nuevos ataques. Esto hizo cambiar y no poco la disposicion de los ánimos. Una carta del duque de Rovigo, interceptada por los españoles, y en la cual se ordenaba á Dupont que llevase su ejército á Madrid para oponerlo á las tropas que bajo las órdenes de Blake y Cuesta venian de Galicia y de Castilla la Vieja, dió á entender en el cuartel general el peligro que habia en permitir á las tropas del gefe enemigo pasar al otro lado de la Sierra, como con tanta instancia pretendia. Castaños, sin embargo, se inclinaba á concederlo, y tal vez se admitiera la proposicion, á no oponerse á ella el conde de Tilly, hombre fiero y enérgico, y que como comisionado que era de la junta de Sevilla ejercia en el ejército español un ascendiente bastante parecido al que en los ejércitos franceses tenian los representantes del pueblo en 1794. Recordáronse entonces los ultrages, las violencias y latrocinios que las tropas enemigas habian cometido en Jaen y en Córdoba y en otros puntos de Andalucía, y agriáronse con este motivo los ánimos de los españoles y de los comisionados franceses. El resultado fué romperse las negociaciones, no considerándose al enemigo acreedor á ser tratado con la atencion que, siendo otra su conducta, hubiera de los nuestros merecido. Demas que, como observó muy bien Tilly, conceder á Dupont pasar la Sierra para dirijirse á Madrid, equivalia á perderneciamente con un solo rasgo de pluma todo el fruto comprado con la sangre de nuestros soldados en aquella gloriosa jornada. ¿De qué servian en efecto las proezas de Reding y Coupigniy; de qué los gloriosos esfuerzos de Soler, Abadía, la Cruz,

Funcar, Venegas, Saavedra y otros varios; de qué el valor desplegado por los regimientos de Ciudad-Real, Bujalance, órdenes militares, Irlanda, Trujillo, Zapadores, Cuenca y demas cuerpos que tan alta y cumplida muestra acababan de dar de sí; de qué el heroismo del paisanage convertido de pronto en milicia; de qué, en fin, la cooperacion de todos y de cada uno de tantos valientes á la consecucion del buen éxito, si despues de tantos afanes se dejaba al frances en libertad para que se riese á nuestra costa, celebrando allende la sierra la tontuna del pueblo español?

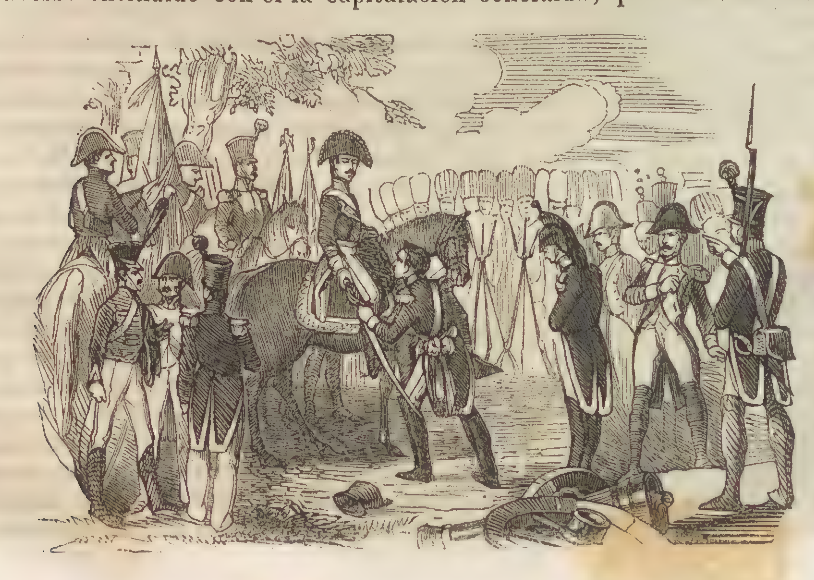
Aflijido Dupont con la repulsa, y agravándose por momentos la triste situacion de los suyos cercados de enemigos por todas partes, sin mas provisiones que las que la humanidad y generosidad de estos les queria otorgar, y llenos de sed, cansancio y fatiga, espuestos á los rayos de un sol abrasador, no menos que á la infeccion de una atmósfera apestada con las exhalaciones de los cadáveres, trató de renovar las rotas negociaciones, eligiendo al efecto al general Marescot, inspector general de ingenieros, el cual se hallaba casualmente incorporado al ejército de observacion de la Gironda. Era Marescot conocido antiguo de Castaños desde 1795, cuando la paz de Basilea; y si bien con bastante repugnancia, se encargó de la comision que se le conferia, proponiéndose sacar todo el partido posible de sus relaciones con el gefe español. Castaños recibió con finura al nuevo negociador, consintiendo, en su obsequio, pasar á abrir nuevos tratos.

Mientras tanto en el campo de Vedel reinaba la mayor efervescencia. El ayuda de campo enviado el 19 por aquel general cerca de Reding, volvió el 20 por la mañana con órden de Dupont para que Vedel entregase á los españoles los prisioneros, cañones y banderas que en la sorpresa del dia anterior nos habia cojido. Al trasmitir la tal órden, aconsejó el enviado no cumplirla, diciendo á Vedel que debia declararse independiente y evitar su ignominia. Este no se atrevió á hacerlo asi, y obedeció el mandato de Dupont con no poco disgusto de sus soldados y de la mayoría de los oficiales, los cuales creian ó afectaban creer no hallarse comprendidos en el empeño de su general en gefe. De unas en otras creció la agitacion, y las tropas pedian á voz en grito se embistiese de nuevo á Reding. Vedel entonces envió á Dupont el capitan de fragata Baste para proponerle un ataque combinado, ó ya que no quisiese correr las contingencias de un nuevo combate, procurase al menos que el mismo Baste tomase parte en las conferencias de Andújar en representacion de las tropas del general Vedel. Dupont á la verdad se hallaba dispuesto á combatir; pero sus soldados no podian secundar un arrojo tan fuera de sazon. Estenuados hasta el último punto, sus oficiales no lo estaban menos; y á esta circunstancia terrible añadióse, en algunos de los gefes, el deseo de conservar el rico botin que habian debido al pillage. Vióse, pues, Dupont contrariado en su anhelo, y hubo de desistir de su idea. Baste no fué admitido tampoco á tomar parte en la capitulacion, ni era posible que se le admitiese, toda vez que las tropas de Vedel, como subordinadas á Dupont, debian naturalmente correr el destino que cupiera á este. Convencido de ello el mismo Dupont, prescribió el dia 20 á Vedel que aguardase su suerte en donde estaba sin abandonar su posicion; pero cediendo luego á la pesadumbre que le causaba la pérdida de tantas y tan lucidas tropas, aconsejóle el mismo dia que se considerase como libre, y aprovechára las sombras de la noche para salvarse con su division pasando al otro lado de la sierra.

Esta indicacion desleal, puesto que se oponia esencialmente al armisticio convenido, fué obedecida por Vedel en la noche del mismo dia, marchando con su division, y dejando en el campo solamente un escuadron de dragones y cuatro compañias de rorarios *(voltigeurs)* para imponer á los nuestros. Llegado á Santa Elena el 21 á las diez de la mañana, dió un pequeño descanso á los suyos, enviando en el ínterin un oficial de artillería á Despeñaperros para minar las rocas y dejar impracticable el desfiladero despues que pasasen las tropas. Reding tuvo noticia muy pronto del efectuado movimiento, y exasperado justamente, envió un oficial á Dupont quejándose de la mala fe de los suyos, y amenazando pasar á cuchillo las tro-

pas que tenia oercadas, si Vedel no volvia el pié atras. Espantado Dupont con la amenaza, envió à toda prisa al comandante Marcial Tomás, con órden al general fugitivo para que detuviese su marcha. Este vaciló largo rato en si debia ó no obedecer, no bastando á decidirle ni aun la llegada de Baste con el mismo mandato por escrito. El campo era todo confusion y tumulto, no queriendo los soldados ni oir hablar siquiera de rendirse á los españoles. Algunos oficiales y gefes hicieron presente á Vedel que Dupont habia perdido el derecho de imponerle órdenes por carecer de libertad, y que debia seguirse la marcha á todo trance. Combatido Vedel por mil afectos diversos, debió desconfiar por último de las sutilezas con que se le queria hacer faltar á las leyes de la subordinacion y de la caballerosidad, y mandó á los oficiales superiores calmasen la efervescencia de los soldados, esperando resignados las órdenes que ulteriormente se les transmitieran. Estas no se hicieron esperar mucho tiempo, puesto que Vedel por la noche recibió el convenio de Andújar, cuya firma y ratificacion se dejaron para la mañana siguiente. Por él quedaban prisioneras de guerra las tropas que se hallaban á las inmediatas órdenes de Dupont, debiendo como tales rendir las armas á 400 toesas del campo. En cuanto á las divisiones de Vedel y Dufour, quedaban obligadas á evacuar la Andalucia, debiendo verificarlo por mar, siendo desarmadas provisionalmente para evitar todo motivo de inquietud durante su viaje, y devolviéndoseles las armas con la artilleria y el tren cuando verificasen su embarque en buques españoles para ser transportadas á Francia. Esta distincion tan marcada á favor de las tropas de Vedel, contribuyó á acabar de calmarlas y á hacerlas resignarse con una suerte que al fin no era insufrible, puesto que, si bien prisioneras, no perdian por eso el honor, teniendo como tenian abierto el camino para restituirse á su pais y serle útiles de nuevo. Eso no obstante, no quiso Vedel decidirse en cuanto á sujetarse al convenio, sin reunir primero un consejo de veintitres oficiales generales. El voto de la mayoría fué acceder, no siendo sino cuatro los que opinaron, como la víspera, que debia seguirse la marcha. Visto el parecer general, conformóse Vedel con el convenio, quedando este firmado y ratificado el 22 de julio por Castaños y el conde de Tilly á nombre de los españoles, y por Marescot y Chabert en representacion de las tropas francesas.

Al dia siguiente, que alumbró radiante de gloria á nuestros valientes soldados, desfilaron las tropas de Dupont por delante de Castaños y la Peña, generales que no habiendo en realidad combatido, aunque sí contribuido al buen éxito, no debian al parecer usurpar ese honor á Reding y Coupigny, que fueron el alma de todo, en particular el primero. Favoreció á Castaños la circunstancia de mandar en gefe y de haberse entendido con él la capitulacion concluida; pero esto en verdad no



bastaba. Como quiera que sea, tuvo la satisfaccion de ver á Dupont rendirle la espada que Reding habia domado, mientras ocho mil doscientos cuarenta y ocho franceses subordinados á aquel le humillaban las armas y las águilas, tan orgullosas y temibles poco antes. Las divisiones de Vedel y Dufour, compuestas de nueve mil trescientos noventa y tres hombres, pasaron el dia siguiente á Bailen, adonde Castaños se habia tambien trasladado, y colocaron allí sus fusiles en pabellones al frente de banderas, entregando los caballos y cuarenta piezas de artillería á los comisarios españoles, los cuales formaron inventario de todo. Varios destacamentos franceses que ocupaban la Mancha y los desfiladeros de la Sierra se rindieron tambien á los españoles, contándose entre ellos el comandante de Manzanares, que hallándose á distancia de veinticinco leguas de Bailen, acudió sin embargo á este punto á participar con su batallon de la suerte que á Dupont habia cabido. Otros no quisieron rendirse, aun cuando dependian de este gefe, fundándose en que estando fuera de la Andalucía, no debia comprenderles la capitulacion. A nuestro modo de ver, era así, puesto que ni la letra ni el espíritu del convenio en cuestion decia relacion á otras tropas que las que se hallasen en el territorio andaluz.

Los prisioneros, con arreglo á lo capitulado, se pusieron en marcha en dos columnas para los puertos de Rota y San Lucar, verificándolo por la noche á cortas jornadas, y evitando pasar por las ciudades de Córdoba y Jaen, cuya exasperacion era temible, atendidos los atropellos de que ambas poblaciones habian sido víctimas por parte de los franceses. Esta precaucion no evitó que fuesen insultados en otros puntos del tránsito, y aun que se les maltratase crudamente, como sucedió en Lebrija y en el Puerto de Santa María, en cuyo último punto se alborotó el paisanaje á consecuencia de habérsele caido de la maleta á cierto oficial frances una patena y la copa de un cáliz. Por el artículo 15 del tratado de Andújar, debian restituirse los vasos sagrados que hubiese en el ejército frances; y el hecho de que hablamos probaba que la capitulacion no habia sido para todos los individuos de este tan respetada como debia serlo. La exasperacion popular se concibe muy bien por otra parte, atendido el espíritu religioso de los andaluces, que tan vivamente herido debió quedar en vista del ultraje que se habia hecho á aquellas reliquias. Eso, sin embargo, no autorizaba á los nuestros á tomar mas medidas que las absolutamente precisas para la represion del estravío en los que le hubieran podido cometer, no debiendo confundirse la causa general de todos los prisioneros con la mala fe ó ratería de algunos pocos. Desgraciadamente sucedió así, pues sujetándose á registro casi todos los equipajes, el resultado fué despojar á los prisioneros de cuanto poseian, contraviniese ó no lo que llevaban á lo determinado en la capitulacion.

Mas no fué lo peor esto, sino que de unas en otras vino á negarse á las tropas de Vedel y de Dufour el derecho que las asistia para ser trasportadas á Francia, embarcándolas en buques con tripulacion española. Verdad es que lo literal del tratado era ambiguo en cuanto á este particular, puesto que la escepcion concedida en el artículo 5.º á las tales tropas se hacia estensiva en el 6.º á todas las de Andalucía; pero el espíritu y contesto de los demas artículos restantes eran terminantes, clarísimos, y bastaban á dar luz en caso de duda sobre palabras que no eran contradictorias, sino por la precipitacion con que se habian redactado. Tambien es cierto que para trasportar á su pais las tropas que con esta condicion se habian rendido, careciamos al pronto de suficiente número de buques; pero si el embarque no podia hacerse de una vez, ningun inconveniente habia en que se realizase en dos ó en mas, probando asi el anhelo de cumplir la palabra empeñada en un tratado solemne. Tal fué siempre el dictámen de Castaños, dictámen que le honró sobremanera, tanto ó mas que la gloria de Bailen. Vencieron, sin embargo, el encono y la irritacion popular, y al recordar la perfidia francesa en los primeros dias de la lucha, y los escándalos, vejaciones, saqueos, estupros y demas actos de refinada barbarie con que el ejército frances se habia señalado en Andalucía, creyóse no estar en el caso de respetar tratados ni convenios con unas

gentes que poco antes los habian violado todos con la notoriedad que es sabida (1). Asi lo dijo malamente Morla, gobernador de Cádiz, contestando el 10 de agosto á las fundadas quejas de Dupont. La junta sevillana se adhirió al dictámen de aquel, de un modo bien indigno por cierto de su autoridad soberana. Temió sin duda, obrando en otros términos, indisponerse con el pueblo irritado, pero los rígidos deberes que su posicion le imponia no disculpan error tan lamentable. El maquiavelismo inglés contribuyó tambien á fascinarla en tan triste sentido; y otro fuera tal vez el resultado, á no haber oido aquella corporacion sujestion alguna estranjera. Quedaron, pues, las tropas de Vedel defraudadas en sus esperanzas, comprendiéndoles la misma suerte que cupo á las de Dupont, que fué quedar en las fortalezas ó en los encierros, ó en los pontones del puerto de Cádiz, siendo últimamente declaradas prisioneras de guerra de S. M. Británica. Escepto un pequeño número de soldados que se quedaron á servir bajo las banderas españolas, para tener con esto ocasion de pasarse á las suyas, y escepto algunos pocos tambien que pudieron fugarse de la rada de Cádiz, todo el cuerpo del ejército que en Andalucía operaba á las órdenes de Dupont fué perdido para la Francia. Dupont, Vedel, Marescot y los demas gefes de aquellas tropas, con la sola escepcion de Pryvé, volvieron á su patria en agosto y setiembre, y con ellos los empleados de la administracion militar, y varios oficiales superiores y otros del estado mayor (2).

Tal fué el éxito deplorable de la espedicion de Dupont al mediodía de España. Cuando Napoleon tuvo noticia de aquel desastre, no hirió con su cabeza, dicen los escritores franceses, los muros de su palacio, ni tampoco gritó como Augusto: *Varo, Varo, vuélveme mis legiones*. La pérdida de 17,000 soldados podia muy bien repararla quien como él disponia de la vida de 40 millones de hombres; pero sus ojos derramaron lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas, sobre el honor de sus armas tristemente ultrajado y abatido. Perdida era para siempre jamás aquella virginidad de gloria que juzgaba él inseparable de la bandera tricolor: el prestigio se habia deshecho; los invencibles habian quedado vencidos y sujetos al yugo..... ¿y por quién? por los que en las miras de su política le importaba considerarlos y tratarlos como un hacinamiento miserable de proletarios rebeldes. Su golpe de vista justo y rápido penetró claramente el porvenir. La junta de Sevilla, mirada por él hasta entonces como una reunion de insurgentes, quedaba desde la capitulacion de Andújar convertida en gobierno regular, en poder propiamente dicho; y la España debió aparecer á sus ojos fiera, noble, poderosa, tal, en fin, cual se habia ostentado en sus tiempos heróicos. La imaginacion borraba de las páginas de la historia los débiles recuerdos de los últimos reyes austriacos y de la dinastía de Borbon, aproximando y confundiendo en uno los triunfos alcanzados en Pavía y las palmas cortadas en Bailen. ¿Qué esfuerzo y qué poder no era necesario desplegar para domar á una nacion que acababa de reconocer su fuerza, y que se la exageraba á sí propia? ¿Qué efecto no debia producir eso mismo en las demas na-

---

(1) El mismo convenio de suspension de hostilidades fué hollado por Vedel y por Dufour, segun acabamos de ver; y si últimamente pasaron por lo que exijia la palabra empeñada, fué á despecho suyo tan solo, y á despecho del mismo Dupont, amenazado por Reding de ser pasado á cuchillo con todos los suyos, si aquellos persistian en fugarse. Asi, aunque no aprobemos el final resultado que la negociacion llegó á tener, parécenos, sin embargo, una especie de ley providencial la que castigó en los franceses de la espedicion andaluza su falta de buena fe y sus demasías anteriores. Por los demas, los lauros de Bailen nada tienen que ver con un acto posterior á aquella sublime jornada: la gloria de nuestros guerreros es pura, y sobrevivirá eternamente á la debilidad *diplomática* de la junta de Sevilla, única responsable del hecho que con tanta razon censuramos. *Amica patria, sed magis amica veritas.*

(2) Los generales Dupont, Vedel y Marescot fueron arrestados por Napoleon apenas se restituyeron á Francia, permaneciendo detenidos ó desterrados en el interior, sin formárseles consejo de guerra, hasta la caida del trono imperial en 1814.

ciones? La Inglaterra deliró de alegría, la oprimida Europa fijó su atencion en España... todos los pueblos volvieron sus ojos hácia el punto en que de una manera tan imprevista brotaba la luz que debia alumbrar al mundo.



CAPITULO XV.

Sale el rey José de Madrid y pasa con los suyos el Ebro.—Continuacion y fin del primer sitio puesto por los franceses á Zaragoza.

Cuatro dias eran pasados despues de la gloriosa jornada que acabamos de referir, cuando llegó á Madrid un vago rumor de lo ocurrido en Andalucía; rumor que poco á poco fué tomando cuerpo, llenando de alegría á los españoles á medida que se iba confirmando tan lisonjera noticia. Los generales franceses rechazaron la nueva en un principio, juzgando imposible de todo punto que un ejército como el nuestro, levantado en diez y seis dias, pudiera vencer del modo que se propalaba las huestes que mandaba Dupont. Bien pronto otras nuevas noticias vinieron á quitarles la venda que cubria sus ojos y á hacerles persuadir que era cierto lo que tan tenaces negaban. En medio de todo eso, José no recibia parte alguno que confirmase de una manera oficial el terrible desastre de los suyos. El capitan Villoutreys, encargado de participar al duque de Rovigo la capitulacion de Andújar, llegó al fin á Madrid el dia 29 de julio; y enterado José de la derrota con todos sus pormenores, reunió un consejo de guerra, compuesto de todos sus oficiales generales, sometiendo á su deliberacion el partido que en tan crítico estado de cosas se debia adoptar. El mariscal Moncey opinó que debia llamarse á Bessieres, y con sus tropas y las demas que estaban cercanas á Madrid defender con arrojo la posesion de la capital, antes que abandonarla con mengua huyendo de los españoles. Belliar, gefe del estado mayor general, creyó mas oportuno verificar una retirada y concentrar las tropas sobre Zaragoza (cuya ciudad se suponia rendida ó cerca por lo menos de estarlo), dejando á cargo de Bessieres ocupar con su cuerpo de ejército la línea del alto Ebro. El duque de Rovigo por último, propuso pedir al Emperador poderosos refuerzos, como único medio capaz de atajar el incendio de insurreccion tan formidable, y mientras estos venian, dirijirse hácia el norte de España, tomando posicion en el sitio que aconsejasen las circunstancias. Este dictámen prevaleció sobre todos los otros, y decidióse la retirada,

dándose órden á Musnier para reunir en Madrid las tropas que hubiera en Ocaña, Tembleque y Madrilejos; á la guarnicion de Segovia la de esperar el ejército en Buitrago, y á Bessieres la de establecerse en Mayorga hasta nuevo aviso, y ocupar á Zamora si la plaza se hallaba en estado de prometerse en ella los franceses alguna defensa. Por lo que respeta á Verdier, cuyas tropas asediaban á Zaragoza, prescribiósele que evacuase la plaza si habia caido en su poder, ó que levantase el sitio en caso contrario, retirándose de todas maneras y enviando á Pamplona la artillería de sitio y los enfermos con una guarnicion de soldados útiles, dirigiéndose él con el resto de sus tropas sobre Logroño, pasando por Tudela. En las instrucciones que se daban á cada uno de estos gefes, decíaseles ser la intencion del rey José reconcentrar todos sus medios de accion en punto á propósito para dar á los enemigos *una buena batalla*. De algun modo se habia de paliar la mengua que al intruso resultaba de abandonar la capital de su nueva monarquía á los diez dias de su entrada en ella.

La noche que precedió á la salida clavaron los franceses mas de ochenta cañones que no se podian llevar, inutilizando igualmente infinidad de fusiles y cajas, y arrojando en los pozos, estanques y norias del Retiro multitud de granadas y bombas y barriles de pólvora. Dejaron por inutilizar gran cantidad de víveres; pero en cambio saquearon los palacios de la capital y sitios reales, llevándose toda la vajilla y multitud de preciosas alhajas. José dejó al arbitrio de los españoles que habian abrazado su causa seguirle en su marcha ó quedarse, y este rasgo le honró ciertamente. Azanza, Urquijo, Ofarril, Mazarredo, Campo Alanje y todos los que con mas empeño habian trabajado para llevar á cumplido término la Constitucion de Bayona, continuaron adheridos al intruso, sea que temiesen la venganza de los españoles, sea que se considerasen ligados por sus recientes juramentos, sea en fin, que creyesen poca cosa la victoria de Bailen para hacerles variar de determinacion. Otros, entre los cuales se contaban los ministros Ceballos y Piñuela, y los duques del Infantado y del Parque, con gran parte de los que habian asistido, mas bien por compromiso que por voluntad, á la espresada junta de Bayona, pensaron de modo distinto; y libres muchos de ellos de la coaccion ó miedo á que habian cedido, mientras otros calculaban posible la resistencia que en un principio calificaron de quimérica, determinaron reconciliarse con la patria y seguir nuevamente sus pendones. Tan cierto es lo que atrás llevamos dicho, no haber sido maldad de corazon, sino aberracion de la mente, lo que produjo en la mayor parte de aquellos hombres su desercion ó momentánea apostasía de la mas santa de todas las causas.

El rey José salió de Madrid el dia 30 de julio, abriendo la marcha con las tropas de la guardia imperial y la mayor parte de la caballería, y siguiendo Moncey en la noche del 31, cerrando la retaguardia con el cuerpo de Observacion de las costas del Océano. El ejército siguió su marcha por Buitrago, Somosierra y Aranda de Duero, llegando José á Burgos el 9 de agosto, donde se reunió con Bessieres, cuyas tropas se habian replegado por Valencia de D. Juan, Villalon y Palencia, sin detenerse en las llanuras de Mayorga, ni dejar en Zamora la guarnicion que se le habia prescrito, por los inconvenientes y peligros que ofrecia lo uno y lo otro. Tan efímera y corta fué en Madrid la permanencia del intruso monarca.

Mientras tanto la sin par Zaragoza continuaba indómita en su empeño de sucumbir primero que ceder á las huestes que la asediaban. El sol de 14 de junio habia alumbrado labriegos á los habitantes de aquel pueblo insigne; el del dia siguiente los alumbró héroes, y Lefebvre se vió precisado á reconocer su impotencia ante las débiles tapias que circuian la ciudad mientras no le llegasen refuerzos. Retiróse, pues, con los suyos, pasando en la llanura de Val de Espartera y en las colinas de Santa Bárbara y de la Bernardona la noche que creia poco antes vendria á ofrecerle descanso, despues de un fácil y seguro triunfo, en el recinto de la capital. Los zaragozanos comprendieron su fuerza, y desde el gloriosísimo hecho de las *Eras* agolpáronse todos á entrar por las puertas de la inmortalidad y de

la gloria, que á ninguno quedaron cerradas. Faltos de medios materiales de resistencia, dedicáronse á improvisarlos con actividad admirable, empleando toda la noche del 15 de junio y todo el dia 16 en los primeros trabajos. Grande y sublime era ver aquellos hombres convertidos de pronto en ingenieros, arquitectos y zapadores, formando baterías con sacas de lana y de tierra, parapetos con ramas y troncos, y embarazos á la caballería enemiga con los bancos de las iglesias, con los armarios y tableros de los comerciantes y con toda clase de utensilios domésticos. El coronel de ingenieros D. Antonio Sangenis, único gefe de aquella arma que á la sazon existia en la capital, fué preso el dia 15 por infundadas sospechas, y puesto en libertad el 16 por D. Lorenzo Calvo de Rozas, á fin de que presidiera los trabajos de fortificacion. Encargóse la defensa de las puertas de la ciudad á los patriotas mas distinguidos, repartiéndose el paisanaje en cuadrillas por todas ellas, mientras el resto acudia á las demas faenas y servicios que nadie sino él podia desempeñar, dado que la fuerza militar con que Zaragoza contaba el espresado dia 16 no llegaba á 200 soldados entre dragones, voluntarios de Aragon, suizos y voluntarios de Tarragona. Las mugeres y los niños contribuian por su parte á la ocupacion universal con las tareas propias de su edad y sexo; los frailes hacian cartuchos; otros religiosos y eclesiásticos empuñaban el fusil; nadie, en fin, aparecia remiso, nadie se hallaba ocioso. Artilladas las puertas y aspilleradas las tapias que circuian la ciudad, continuaron los vecinos sus obras de defensa todo el tiempo que se lo permitió la forzada inaccion de los enemigos, no atreviéndose este á intentar otra nueva acometida, ni hacer demostracion ninguna que pudiera llamarse formal hasta el dia 27 de junio, en que reforzado con 3800 hombres y 46 piezas de grueso calibre, entre cañones, morteros y obuses, traidos por el general Verdier que reemplazó en el mando á Lefebvre, renovó tenazmente el fuego, y con él la esperanza de ocupar el recinto que tenia delante.

Antes de eso, y mientras Lefebvre tenia el mando, quiso este probar si las negociaciones tenian mas éxito que sus alardes de fuerza; pero habiéndosele contestado á nombre del general de las tropas de Aragon de un modo digno y enérgico, volvió á convencerse el frances de que la empresa de apoderarse de Zaragoza por ninguna clase de medios, era mas árdua de lo que presumia. Palafox, de quien hablaremos despues, estuvo toda la segunda quincena de junio ausente de la capital, siendo por esta razon menos ordenadas en un principio las disposiciones que se adoptaron para reglamentar y dirigir á la muchedumbre. Calvo de Rozas se escedió, sin embargo, á sí mismo en hacer cuanto estuvo en su mano, como autoridad encargada de la defensa durante la ausencia del jóven caudillo, por cuya vuelta suspiraban todos. Mientras esta se verificaba, envió Palafox á su hermano el marques de Lazan como gobernador de la plaza; y habiendo llegado este á la ciudad el 24, convocó para el dia siguiente una junta compuesta de las principales autoridades é individuos de mas prestigio en la poblacion. La sesion dió principio manifestando Calvo de Rozas el estado de la ciudad y las medidas que hasta entonces se habian tomado; y como quiera que segun todos los indicios estuviese próximo el bombardeo, deliberóse largamente sobre todo lo que debia hacerse en tan crítica situacion. Resueltos los puntos mas interesantes, y aprobadas todas las providencias que el intendente habia tomado, acordó la junta el dia 26 que los oficiales y soldados alistados y todos los que voluntariamente habian tomado las armas, prestasen aquel mismo dia en la plaza del Cármen y en las puertas de la ciudad juramento solemne de sostener la plaza á todo trance. El acto fué sencillo y magestuoso, concurriendo á él con los individuos de la junta el gobernador del arzobispado, el cura párroco de la Seo, el regente de la audiencia y el decano del ayuntamiento, llevando alzada la bandera de la Vírgen del Pilar. Formadas las tropas y el paisanaje en los puntos señalados, leyóseles el juramento que estaba concebido en estos términos: *¿Jurais, valientes y leales soldados de Aragon, el defender vuestra santa religion, á vuestro rey y vuestra patria, sin consentir jamás el yugo del infame gobierno frances, ni abandonar á vuestros gefes y esta bandera, protejida por la Santísima Vírgen del Pi-*



JURAMENTO DE LOS ZARAGOZANOS.

lar, vuestra patrona? ¡SÍ JURAMOS! contestaron las tropas; ¡JURAMOS! respondió el paisanaje; ¡JURAMOS! replicaron las mugeres y los niños..... y el aire resonó en todas partes con aquella sagrada protesta. Mucho prometer era aquel; pero Zaragoza juraba lo que estaba resuelta á cumplir.

Antes de proceder á este acto, habia Lazan contestado á las últimas proposiciones que se le habian hecho el dia anterior para que rindiese la plaza. Engañado Calvo de Rozas por las arterías de un comandante polaco que fingió querer desertar con varios de los de su nacion, habia salido el 25 á conferenciar con él, alejándose de la batería del Portillo á vista de todos los suyos, fiado en que el oficial enemigo no abusaria de su posicion. Bien pronto tuvo ocasion de conocer el compromiso en que se hallaba, pues cercado repentinamente con el edecan Barredo y algunos otros que le acompañaban, por un número considerable de franceses, fué conducido á un olivar hondo á la derecha del camino de Alagon, donde el polaco, dejando la máscara, le intimó la sumision de la ciudad, so pena de quedar prisionero ó muerto sino consentia en rendirla como gefe supremo que era durante la ausencia de Palafox. La serenidad y entereza con que Calvo contestó á la amenaza desconcertó al frances en tales términos, que bajando este de tono, se limitó á proponer á aquel una entrevista con los generales Verdier y Lefebvre. Realizada esta al poco rato en el camino situado frente á la puerta del Portillo, manifestáronle los dos caudillos el desvarío que era en su sentir empeñarse Zaragoza en la resistencia, teniendo como tenian medios suficientes para reducirla, convirtiéndola en cenizas y pasando á cuchillo los habitantes, si persistian en su obstinacion. La ciudad por lo tanto debia por sí misma ceder, y en este caso serian respetadas las personas y las propiedades, y hasta los empleados conservarian sus destinos, olvidándose todo lo pasado; de lo contrario, seria tratada con todo el rigor de la guerra. Calvo contestó con la misma entereza que al polaco, mas no por eso se negó á participar á las autoridades zaragozanas la nueva y espantosa intimacion. Retiróse, pues, felizmente cuando ya se acercaba la noche, y enterado Lazan de la escena, contestó que Zaragoza y sus valientes habian jurado morir antes que sujetarse al yugo frances. Con tan decisiva respuesta, trasmitida por medio del ede-

can Barredo el dia 26 por la mañana, claro era que los franceses no tardarian en replicar por su parte con el esterminio y la muerte. El dia 27 de junio hicieron un fuego horroroso, acometiendo con tenaz empeño los puestos esteriores, y estando casi á punto de penetrar en el recinto, merced al espanto que durante algunos momentos ocasionó en la capital una desgracia tan inesperada como terrible.

Fué el caso que temiendo los moradores que la pólvora que habia en Torrero cayera en manos de los franceses, los cuales segun todas las muestras trataban de apoderarse de aquel punto, estrajeron de allí todas las municiones, conduciéndolas precipitadamente á las escuelas del seminario, sito en las Piedras del Coso. La negligencia y aturdimiento con que el paisanaje verificaba el transporte hizo que á las tres de la tarde se prendiese fuego en la pólvora recien almacenada allí, rebentando de súbito aquel solidísimo edificio y volando por los aires las vigas, los carros y los hombres.

A tan espantosa esplosion no pudieron resistir las casas contiguas, cayendo hasta catorce de ellas, y resintiéndose infinitas del resto de la poblacion, la cual pareció bambalear toda del uno al otro estremo. Llenos de consternacion los habitantes al oir el estrépito y al sentir la tierra temblar bajo sus plantas, salian despavoridos del interior de sus domicilios, no sabiendo á qué atribuir tan inmensa desgracia, mirando todos con espantados ojos la horrible nube de humo que se cernia sobre la ciudad, oscureciendo tristemente el dia y elevándose al cielo como el ángel esterminador despues de satisfechas sus venganzas. Espantado igualmente Lazan, si bien presumiendo el motivo, dirijióse presuroso al sitio de la catástrofe á asistir los heridos y poner el concierto posible en medio de tanto dolor, cuidando al mismo tiempo de dar las providencias oportunas, á fin de impedir que los franceses, prevalidos de aquella desdicha, aprovechasen los primeros momentos de tribulacion, introduciéndose por las puertas. Estas en efecto habian quedado disminuidas de guardadores, por haberse dirigido una buena parte de ellos al sitio de la catástrofe. El enemigo aprovechó su hora, y embistiendo con furia los puestos medio abandonados, creyó apoderarse fácilmente de la poblacion consternada. Los valientes que estaban en las puertas les contestaron con la artillería y fusilería, y estendiéndose luego una voz general que gritaba *á las puertas, á las puertas*, volvieron los demas á sus sitios. El enemigo, visto esto, desistió de un empeño que era inútil ante tanta constancia y heroismo. «Otras plazas mas fuertes, dice Alcayde, han capitulado con menos motivo: en Zaragoza cuando ardian las teas, humeaban los edificios y clamaban las víctimas espirantes, resonaba la voz de alarma, tronaba el cañon majestuoso, y las montañas inmediatas (las colinas quiso decir) repetian su bronco sonido á lo lejos.» La esplosion, pues, no produjo el resultado que el enemigo apetecia; ¡mas ay! la desgracia era grande, porque los habitantes desde entonces comenzaron á carecer de la pólvora que en tanta cantidad necesitaban, y era preciso que los frailes, mugeres y niños se dedicasen á fabricarla hoy para consumirla mañana.

El dia siguiente 28 ocurrió otra nueva desgracia, que fué la ocupacion de Monte Torrero por los franceses, contratiempo que á decir verdad era fácil de preveer, estando el enemigo reforzado, y no siendo los medios organizados para resistirle en campo raso suficientes para contrarestarle. Guardaba aquel punto importante el teniente coronel D. Vicente Falcó con un solo oficial, un sargento, dos cabos, setenta soldados y doscientos paisanos, á los cuales se agregaron despues unos cuantos soldados de Estremadura de los 300 que por aquellos dias habian venido de Tárrega, á las órdenes del bravo Larripa. La artillería consistia en tres piezas de á cuatro, colocadas en una batería á medio hacer en el alto de Buena-Vista, existiendo ademas otras dos piezas en el puente de América. Con tan débiles preparativos, fueles fácil á los franceses enseñorearse de aquellas posiciones, tanto mas cuanto Saint-Marc en el segundo sitio no pudo sostenerse en ellas, teniéndolas mejor defendidas y ascendiendo la fuerza con que contaba á cerca de seis mil hom-

bres. Falcó se vió comprometido, teniendo que medirse á la vez con tres columnas que se dirijian á embestirle, apoyadas por la caballería. Sostúvose no obstante cuatro horas, y viendo luego que iba á ser cortado, se retiró salvando los cañones. Una voz esparcida por la ciudad acusó de traidor á aquel desgraciado, y habiendo sido reducido á prision permaneció en ella hasta el fin del sitio, formándosele despues consejo de guerra, y siendo fusilado el 22 de agosto á las cinco de la mañana. Aspera y no merecida sentencia, y que si algunos consideraron malamente como medio de imponer á los traidores ó á los cobardes, no puede ser calificada por la historia sino como efecto del acaloramiento y de la exaltacion de las pasiones, cuando en realidad de verdad debian estar mas calmadas. Tanto, sin embargo, pudieron algunos ódios personales contra la víctima, sacrificada en aras de la enemistad mas bien que en los altares de la patria.

Ocupado Torrero por los franceses, estendióse una de sus columnas hasta el puente del Huerva, y otra hasta el que se hallaba mas abajo junto al convento de San José. El acceso á las puertas de la ciudad les fué desde entonces tan fácil, que no tenian mas obstáculo que vencer sino el que podian oponerle los vados de aquel riachuelo. Lazan, Calvo de Rozas y otros sugetos de cuenta se dedicaron á arbitrar los medios de hacer frente á los nuevos ataques y de calmar el descontento popular, que atribuia la nueva y apurada situacion á lo que se acostumbra casi siempre en momentos de grave conflicto: á la poca pericia de las autoridades ó á ocultas y siniestras alevosías. Los gefes de Zaragoza ostentaron en aquellos instantes las elevadas dotes de sus almas, atentos solamente al deber y serenos é impávidos en medio del nuevo peligro. Faltos de pólvora, dieron sus disposiciones para traer de la fábrica de Villafeliche la cantidad que fuese dable; y habiendo llegado de Lérida alguna artillería gruesa y municiones, acabaron de guarnecer cuanto les fué posible los puntos que tan en breve iban á ser atacados. El enemigo mientras tanto rompió el fuego á las doce de la noche del 30, dando en ella principio al bombardeo, y empezando asi para los zaragozanos el mes de julio, lloviendo sobre sus cabezas proyectiles y laureles á un tiempo, para servirnos de la espresion de Arriaza. Las bombas enviadas desde Torrero salvaron al principio la ciudad, y vinieron á caer en el Ebro ó sus inmediaciones; pero los franceses rectificaron bien pronto la puntería y la carga, y fueron mas certeros sus disparos. Las baterías de la Bernardona y del Conejar comenzaron á obrar á las seis. La campana de la Torre Nueva anunciaba con un toque las bombas que venian de monte Torrero, y con dos las que hendian el aire desde la altura de la Bernardona. Concierto singular el del bronce que lanzaba sus tiros de muerte, con el de aquel sagrado metal destinado á contar en la torre las horas que tiene la vida. Mil y ochocientas veces por lo menos sonó la tremenda campana, siendo mas de mil y doscientas las bombas y granadas que cayeron sobre la capital en las 27 horas primeras de aquel fuego infernal y espantoso. Las desoladas familias comenzaron á guarecerse en los sótanos y cuevas, que allí llaman *caños*, y los defensores mientras tanto no tenian un punto de reposo. El enemigo á las nueve de la mañana del dia 2 verificó un ataque general sobre todos los puntos. Las puertas del Portillo y Sancho, situadas al oeste de la poblacion, fueron las principales en sufrir, con particularidad la primera, siendo tal el estrago que en ella hubo, que la mal concluida batería vióse luego casi echada por tierra. Los morteros de la Bernardona despedian sobre la Aljafería y las dos puertas inmediatas tres ó cuatro granadas ó bombas por cada una que enviaban á la ciudad, quedando la puerta del Portillo casi desierta enteramente, merced á la terrible mortandad. A las diez estaban heridos seis oficiales y su bravo comandante Cabrera, con 100 voluntarios. Los sacos estaban por tierra, los cañones se hallaban sin artilleros, el suelo rebosaba de sangre, y los miserables despojos humanos alternaban con las ruinas y escombros del improvisado reducto. Apoderada la consternacion de los pocos soldados y paisanos que restaban con vida, iban ya á abandonar aquel punto y á clavar los cañones, cuando sobreviniendo de la puerta de Sancho su comandante Renovales, contiene heróicamente al enemigo, que se prepara á



Perez dib. y lit. *Litog. de Mamini y Cª*

AGUSTINA ZARAGOZA.

embestir, y hace volver al puesto á los que huian. La muerte mientras tanto no cesa, y la Puerta del Portillo vuelve nuevamente á quedar sin artilleros que sirvan los cañones. Reemplazados unos bravos por otros, sucumben estos tambien, y es preciso que los dragones lleven á la grupa los soldados y artilleros de otras baterías menos amenazadas, para surtir de gente á toda prisa la que va mermando en estotra. En esto llegan á la ciudad, venidos en posta desde Barcelona, los subtenientes de artillería Bosete y Piñeiro, y sin tomar descanso ni permitirse la menor demora, parte el primero á la Puerta del Cármen y el segundo á la del Portillo, siendo nombrado comandante de esta el coronel Marcó del Pont, recien venido igualmente con 100 voluntarios de Tarragona. La inteligencia y el valor de los nuevos oficiales hacen que el paisanaje cobre ánimo, y recordando este su victoria de 15 de junio, mira la muerte con indiferencia. El enemigo despechado conoce que es inútil su intento, y que no le es posible internarse por los puntos que con tanto rigor bombardea. La puerta del Cármen, á cargo del valiente Larripa, recien llegado tambien, segun atrás dejamos dicho, con 300 soldados del regimiento de Estremadura, resiste con el mismo valor. La de Santa Engracia no tiene un solo gefe que dirija el fuego; pero Lazan, presente á todo y multiplicándose en todas partes todo el dia 1.° de julio, nombra por comandante suyo al capitan de ingenieros D. Marcos Simonó, y se evita con esto la horfandad de aquel interesantísimo punto. ¿Cómo espresar lo que él y Calvo hicieron en aquel espantoso y grande dia?

Menos activo por la noche el fuego de los enemigos, permitió á los nuestros rehacer los parapetos arruinados, arreglar las cañoneras del cuartel de caballería y casa de Misericordia, apagar con notable esposicion los incendios ocasionados por los mistos, recomponer lo destruido en la Aljafería, y prepararse en fin á un nuevo ataque por los medios que en tan angustiosa situacion les consentia la premura. El general Palafox, que desde el 14 de junio habia estado ausente de la capital, restituyóse á esta el 1.° de julio por la noche, y su presencia animó estraordinariamente á los zaragozanos en la furibunda embestida del dia siguiente. El valiente caudillo de Aragon no habia descansado durante su ausencia. Su objeto al salir de la ciudad fué reunir las tropas dispersas, llamar á las armas al paisanaje de los pueblos, y formar de este modo un ejército capaz de medirse con los franceses. Siguiendo la ribera izquierda del Ebro pasó este rio por Pina, ý dirijiéndose á Belchite, pidió auxilios á las juntas de Soria, Sigüenza y Valencia. El baron de Versage, que despues de estallar la insurreccion en la capital habia sido enviado á Calatayud para observar el camino de Madrid, se reunió á su general en gefe con 3,000 hombres levantados de pronto. Palafox salió de Belchite y llegó el 21 á la Almunia, donde pasó reseña de su tropa y la del baron, componentes al todo un pequeño ejército de 5 á 6,000 infantes, 100 caballos y 4 piezas de artillería. Llegado á la Almunia el 23, reunió los gefes de toda aquella gente, allegadiza en su mayor parte, proponiéndoles tentar la suerte de las armas en campo raso y volar á continuacion al socorro de Zaragoza, cuya admirable defensa era tan superior á sus cálculos. El denuedo que animaba á Palafox no era patrimonio comun de todos los allí congregados. Los desgraciados combates de Mallen y Alagon y la salida de Zaragoza habian amenguado el valor de algunos gefes, los cuales aconsejaron á su general la retirada á Valencia, como único medio de no comprometer el ejército y no empeorar con una nueva derrota la suerte de la heróica ciudad. Palafox contestó que daria pasaporte á los tímidos que quisieran marchar á Valencia, y recorriendo las filas, *sígame el que me ame*, esclamó. A esta voz decidida y magnánima, proferida con todo el aliento con que saben lanzarla los héroes, respondió en todas partes un grito de aprobacion unánime, entusiasta, y siguiòle todo el ejército. A la mañana siguiente movió el general sus tropas y se puso en marcha para Epila, con intencion de dirijirse despues á la Muela, poblacion situada á tres leguas de Zaragoza, donde pensaba atacar á los franceses y ponerlos entre dos fuegos, contando con los valientes de la capital. Lefebvre adivinó el objeto, y marchan-

do hácia Palafox, acometióle en Epila al anochecer del 24, cuando menos pensaban los nuestros que podian ser embestidos. Resistiéronse, sin embargo, en medio de la oscuridad con un valor digno de elogio, señalándose en la refriega el regimiento de nueva creacion llamado de Fernando VII, como si fuera cuerpo veterano. La artillería dirigida por D. Ignacio Lopez acreditó con sus certeros tiros la merecida reputacion de este inteligente oficial; pero los aragoneses tuvieron al fin que ceder, perdiendo los cañones y dejando en el campo de batalla mas de 1500 hombres entre muertos y heridos. Los que sobrevivieron á la derrota se retiraron á Calatayud. Palafox conoció con esto que empeñarse en medir sus tropas en campo raso con las aguerridas francesas, tan superiores á ellas en táctica y en disciplina, era partido harto desigual. Detrás de las tapias de Zaragoza, y unidas á su bravo paisanage, podian ser mas útiles sin duda. Reunidos en Calatayud los fugitivos, dejó en este pueblo un depósito al mando del baron de Versage, y dividiendo su gente en dos pequeños trozos, encargó el uno de ellos á su hermano D. Francisco, reservándose la guia del otro. Pasada la barca de Belilla, entraron felizmente en Zaragoza la noche del 1.° de julio, no en la tarde del 2, como dice Toreno. La fijacion exacta de esta fecha nos parece tanto mas importante, cuanto la admirable defensa del 2 de julio se debió en mucha parte á las disposiciones adoptadas por el jóven caudillo aragonés, y mal podria haberlo hecho no estando todo el dia en la ciudad.

El enemigo rompió el fuego con todas sus piezas á las dos de la madrugada, dirijiendo dos morteros, tres obuses y cuatro cañones contra el castillo de la Aljafería, y contra las puertas del Portillo y Sancho. El general Verdier, hecho esto, dispuso el ataque de la última puerta á las tres de la madrugada, continuándolo despues sobre la batería del Portillo, y disponiéndolo todo con la mayor inteligencia, puesto que llamó al mismo tiempo la atencion de los sitiados en todos los puntos. Era su objeto encubrir de este modo el verdadero ataque sobre la batería del Portillo; pero Palafox lo presumió, y dió las oportunas disposiciones para la mejor resistencia. El fuego de la puerta de Sancho dió la señal de alarma general, comenzando bien pronto á ser crítica la situacion de los defensores. Momentos hubo en que la batería del Portillo fué toda una balsa de sangre, hallándose tendidos al pié de las piezas hasta cincuenta artilleros y otros varios soldados y oficiales. Divididos los franceses en tres columnas, que á distancia de tiro se subdividieron en dos, aislaron con su marcha el convento de Agustinos, y cubiertos con este edificio, ocultaron desde el principio su verdadera fuerza; mas Palafox mandó enfilar las piezas de la cortina de la casa de Misericordia, y tuvieron que desenmascararse. La caballería francesa que estaba en el camino de la Muela cambió su posicion, y al empezar su movimiento comenzó la batería del Portillo un vivísimo fuego con sus piezas de grueso calibre, causando en ella notable destrozo. A esta sazon una columna de infantería de 700 á 800 hombres avanzó con denuedo estraordinario hasta unos veinte pasos de la batería, calando bayoneta y marchando á paso de carga; pero Palafox, que observaba con el comandante Marcó del Pont el movimiento del enemigo, y habia hecho cesar el fuego y aun retirado los centinelas para inspirarle mas confianza, hizo de pronto cargar todas las piezas, y cuando los mas osados se acercaban á asaltar la batería, confiados en que Zaragoza era suya, rompió un fuego espantoso de súbito, quedando tendidas en el suelo todas las filas de la columna en la misma formacion que traian. Verdier, visto esto, y vista igualmente la vigilancia y heroicidad de los defensores en todos los puntos de la línea atacada, conoció por tercera vez que ó no era posible apoderarse de la ciudad, ó que si al fin lo conseguia, costaria su triunfo á la Francia mucha mas gente sin comparacion que la que su gefe habia empleado en la conquista de reinos enteros.

Cubriéronse de gloria aquel dia, tanto ó mas grande que el anterior, Renovales en la puerta de Sancho, Palafox y Marcó del Pont en la del Portillo, el presbítero Sas con sus escopeteros de S. Pablo en la huerta del convento de Agustinos,

el capitan de ingenieros Armendariz y el de cazadores Santisteban en la casa de Misericordia y en el cuartel de caballería, Larripa en la puerta del Cármen, el comandante Simonó y el bravo labrador Zamoray en la de Santa Engracia y Torre del Pino, Lazan y el intendente Calvo en todos los puntos que recorrieron con admirable presencia de ánimo, y todos los defensores, en fin, porque es imposible citar nombres que sobresalgan entre los demas en pueblos compuestos de héroes. ¿Pero qué mucho que los hombres se escediesen valientes á sí mismos, cuando hasta las mugeres tomaban parte en la pelea, animando á los combatientes y llevándoles municiones, alimentos y bebidas por en medio del fuego enemigo? Una de ellas, mas grande ó mas afortunada que todas, la inmortal Agustina Aragon, tan agraciada y bella como brava, señaló su heroismo en tales términos, que es imposible hablar del 2 de julio sin citar su intrépida hazaña en aquel dia de desolacion y de gloria. Era uno de aquellos momentos mas críticos, y que á veces deciden la suerte de las mas resueltas poblaciones. La batería del Portillo estaba sin gente, habiendo huido toda de aquel monton de ruinas, cuyos artilleros estaban tendidos en tierra. Al espirar el último, avanzaba una columna francesa con la seguridad de entrar en la poblacion en aquel intervalo de muerte. Visto esto por Agustina, arrebata la mecha de las manos del artillero moribundo, y aplicándola á un cañon de 24 cargado de metralla, tiende la columna por tierra, salvándose asi aquel punto tan inesperadamente, merced á la audacia de la muger del pueblo. Levantados con esto los decaidos ánimos de los hombres, á quienes Calvo hace retroceder desde el Mercado, vuelven todos al punto desierto, donde Agustina ha jurado no desamparar su cañon sino con la vida, y á una proeza se suceden otras, y á un laurel adquirido otros mil. Palafox premió á la heroina con un escudo de honor y con las insignias de oficial.



El premio de la heroina.

Grande, pues, fué el triunfo alcanzado por los zaragozanos en el segundo dia de su bombardeo, á pesar de lo bien combinado de la acometida. Su heroismo, sin embargo, no pudo impedir que el enemigo se apoderase del convento de San José, situado á la derecha del Huerva cerca de la Puerta Quemada, y del de Capuchinos á las inmediaciones de la del Cármen. Desesperada fué la defensa de ambos puntos,

y larguísimo tiempo el empleado por los franceses para enseñorearse de ellos; pero reforzados en el primero, y habiendo los defensores puesto fuego al segundo, despues de batirse cuerpo á cuerpo en la iglesia, en los claustros y en las celdas, quedaron uno y otro en poder del francés á costa de muchísimas vidas. La torre ó casa de campo de Atarés, situada entre Capuchinos y la puerta del Cármen, fué ocupada tambien por el enemigo, despues de batirla en brecha desde el convento, construyendo los franceses un ramal á tiro de pistola de la puerta del Cármen, revistiendo su obra con gaviones y fajinas.

Estrechóse con esto la distancia que mediaba entre el sitiador y el sitiado, siendo precisa desde entonces la vijilancia mas esquisita para evitar que el enemigo intentase un golpe de sorpresa escalando la tapia del Cármen, como lo intentó, bien que en vano, en la noche del 17. Los nuestros trataron de desalojar á los franceses de aquel parapeto tan próximo al suyo, pero fué vanamente tambien, y hubieron de retirarse con alguna pérdida. Los zaragozanos pusieron en ejecucion con frecuencia las mas arrojadas salidas, cayendo mas de una vez, no solo en la oscuridad de la noche, sino á la clara luz del mediodía, sobre los formidables atrincheramientos del campo francés, no pudiendo, sin embargo, impedir que el enemigo construyese un camino cubierto en toda la estension de su línea desde la Bernardona al convento de S. José, y que colocase á su abrigo multitud de morteros y cañones. Los sitiados talaron sus campos, cortando los olivos y quemando las mieses, y reduciéndose á la indigencia á trueque de impedir que el enemigo ofendiese á mansalva la ciudad, cubierto de su abundante y rica vejetacion. Esta medida embarazó algun tanto las operaciones del campo francés, pero no hizo mas que retardarlas; pues abundando como abundaba en medios artificiales, pudo á falta de otros esplotarlos en perjuicio de la ciudad, quedando casi contiguo á ella en toda la estension de su línea meridional, como arriba se ha dicho.

Antes de esto intentaron los franceses cercar á Zaragoza por la orilla izquierda del Ebro, á cuyo efecto cruzaron el rio el 10 de julio en un puente de balsas, construido con gruesas vigas de seis varas de largo. Los nuestros opusieron resistencia, trabándose en accion con los franceses en el punto de Ranillas, y continuando el choque con teson en los dias 10 y 11. El general Palafox, su hermano D. Francisco, el intendente Calvo y el inspector Obispo se hallaron en persona en la accion, quedando el triunfo últimamente por el enemigo, el cual sin embargo no se atrevió á avanzar muy adelante. Con esto construyeron los vecinos del Arrabal tres baterías, desde las cuales impusieron á los franceses, midiéndose con ellos repetidas veces y teniéndolos estacionarios cuando no conseguian ponerlos en fuga. El famoso tio Jorge, de quien en otro capítulo hemos hecho señalada mencion, fué, se puede decir, el alma de la defensa que por aquella parte hizo el paisanaje del Arrabal. Dueños los franceses de las muy feraces campiñas que se estienden al norte de la ciudad, comenzaron á talarlas é incendiarlas; y mientras las fuerzas que habian pasado el Ebro por enfrente de Juslibol se ocupaban en esto, cruzaban igualmente el rio por la parte de Pina algunos dragones franceses. Estos no consiguieron circunvalar completamente la ciudad por carecer de gente para ello (1);

(1) El número de franceses que cercaron á Zaragoza en el primer sitio parece estar sujeto á discusion. El cronista D. Agustin Alcayde Ibieca en su obra titulada *Historia de los dos sitios que pusieron á Zaragoza en los años de* 1808 *y* 1809 *las tropas de Napoleon*, dá á Verdier y á Lefebvre aunados unos 10 á 12,000 hombres, conviniendo Toreno con este aserto, puesto que les atribuye 11,000. Palafox, sin embargo, en una de sus observaciones dirijidas al espresado Alcayde, sienta la proposicion terminante de que las tropas francesas pasaban de 25,000 hombres de todas armas, mientras el coronel Marin en su bien escrito opúsculo titulado *Memorias para la historia militar de la Guerra de la Revolucion española*, dice: «que el ejército sitiador ascendia á 32,000 hombres..... de los cuales apenas volvieron 12,000 á Navarra.» Este cálculo es evidentemente exajerado, como lo es en contrario sentido la espresion con que Foy califica de *un puñado de hombres* al ejército cuyas repeti-

pero amenazada esta en todo su circuito, y dividida la atencion de los sitiados, precisados á acudir simultáneamente á la defensa de tantos y tan interesantes puntos, el resultado vino á ser el mismo, atendidos los apuros que reinaban dentro. Destruido el puente del Gallego, quedaron desde entonces cortadas las comunicaciones de la capital con Cataluña; y habiendo el enemigo incendiado los molinos de harina que proveian al principal alimento de los defensores, añadióse en el recinto este nuevo motivo de miseria, al que la doble tala de las mieses acababa de producir, siendo preciso, para evitar los horrores del hambre, amasar con harina que tenia el vecindario un malísimo pan de municion. A estas desgracias se añadió otra nueva. Los zaragozanos se surtian de pólvora, despues que se voló el almacen, haciéndola venir de la fábrica de Villafeliche, distante doce leguas, con cuyos envios y con la que precipitadamente se elaboraba dentro, podian atender á sus mas perentorias necesidades. Los franceses, atentos á todo, no podian echar en olvido la ocupacion de aquella fábrica; y si bien el baron de Versage les impidió su objeto por el pronto con las tropas que tenia en Calatayud, hubo al fin de ceder, despues de algunos choques, á la superioridad numérica de la fuerza enemiga, cayendo en poder de esta los molinos de pólvora en el segundo tercio del mes de julio. Necesario fué, pues, redoblar el esmero en Zaragoza para la elaboracion de tan importante artículo, esplotando la tierra de las calles para obtener salitre, quemando la caña del cáñamo para hacer carbon, y acopiando el azufre posible donde quiera que podia encontrarse. El oficial de artillería D. Ignacio Lopez es citado por Toreno, y merece serlo, entre los que mas contribuyeron al acierto de estos y otros trabajos hasta el fin del sitio. Para la elaboracion de la pólvora estableciéronse en el recinto de la ciudad sendos molinos movidos por caballos.

Largo seria enumerar ahora los diversos hechos de armas que tuvieron lugar hasta el último dia de julio, en una y otra orilla del Ebro, mereciendo señalada mencion la ocupacion y defensa de la torre del Arzobispo por los nuestros al nordeste del Arrabal, la arrojada salida del 29 de julio á fin de sostener la misma torre, la derrota de los franceses en el mismo punto y en sus inmediaciones el célebre dia siguiente, y las reñidas acciones de las puertas de Sancho y del Portillo, Cármen y Santa Engracia, en que se reprodujeron por parte de las mugeres hazañas parecidas, sino iguales, á la de la famosa Agustina. Hechos grandiosos que muy á pesar nuestro, y por no pecar de prolijos, tenemos que considerar como otros tantos desperdicios de gloria, con los cuales podria acreditarse la bravura de cualquier otro pueblo. El dia 31 de julio tenia el enemigo perfeccionadas sus obras y construidas siete baterías, con 60 piezas á tiro de pistola de nuestras débiles tapias y terraplenes. En la mañana del mismo dia rompió el bombardeo de nuevo, continuando hasta el 4 de agosto, y lanzando sobre la capital tal lluvia de proyectiles, que en el solo espacio de catorce horas contó el 3 el vigía de la Torre Nueva setecientos disparos de obus, cañon y mortero.

---

das derrotas delante de las frágiles tapias de aquella ciudad le maravillan y sorprenden tanto. En tan opuestos estremos, nuestra opinion, á ley de imparciales, es que las tropas francesas, no habiendo podido cercar *herméticamente* la poblacion, fué solo por carecer de gente bastante para ello, lo cual no impidió que el sitio, aunque imperfecto, fuese de los mas formidables, atendida la desprevencion de la ciudad, su falta absoluta de recursos y de medios materiales de resistencia, y lo demas que llevamos espuesto. Demas que la caballería francesa era tan numerosa en proporcion de su infantería, que las salidas y entradas en la plaza por la parte del Arrabal exijian un arrojo temerario de parte de los defensores, acechados sin tregua ni respiro por tantos brillantes ginetes como ocupaban la ribera izquierda.

Pudieron, pues, los franceses tener cuando mas 16,000 hombres, contados todos los refuerzos que les vinieron de Navarra, y este número es mas que bastante, aun cuando se reduzca á 11,000, para admirar la defensa de aquella poblacion, defensa creida *imposible* por cuantos conocian la plaza, hasta que los zaragozanos demostraron que no hay imposible ninguno para un pueblo resuelto á perecer antes que sucumbir á sus contrarios.

La puerta del Cármen, torre del Pino, Santa Engracia y línea que va hasta la huerta de Campo Real, fueron los puntos que mas sufrieron, como que eran los elejidos por los generales franceses para internarse en la ciudad. Las familias que moraban por aquellos parages iban replegándose al interior; y vista la inhumana direccion que el enemigo daba á sus fuegos, fué preciso sacar los enfermos y dementes del hospital de Nuestra Señora de Gracia, fundado por D. Alonso el V, trasladándolos del suntuoso edificio de la calle de Santa Engracia á la lonja de la ciudad, sita á la parte opuesta junto á la puerta del Angel. Todo anunciaba el dia 3 una general embestida, y Palafox no se durmió. «Un asalto, decia á Renovales, encargado del mando en gefe del canton comprendido entre la puerta del Sol y huerta de Santa Engracia, se evita con fusiles, con pistolas, con lanzas, con piedras: si hay serenidad, son perdidos los que asaltan.» Sin embargo, la noche del 3 pasó sin novedad particular. El dia elegido por los franceses para apoderarse de la capital era el 4; y ese dia á la vez fué el mas tremendo, el mas espantoso sin duda de cuantos alumbraron á Zaragoza en todo el transcurso del sitio.

Roto el fuego por los franceses, al rayar el alba, con sus sesenta bocas á la vez, parecen desquiciarse cielo y tierra con el reiterado estampido. La infantería enemiga sale poco despues de sus líneas por la izquierda y derecha del castillo, llamando la atencion de los defensores en los dos estremos meridionales de la ciudad; pero no es ya el Portillo, ni Sancho, ni el cuartel de caballería el punto ó puntos elegidos por blanco principal de su empeño. El coronel Lacoste, ayudante de Napoleon y gefe de ingenieros, ha hecho conocer á Verdier lo inútil que será su tentativa mientras no varie de plan, y convencido el general enemigo de la justicia de sus observaciones, dirije sus esfuerzos á apoderarse de la ciudad por el centro, ó sea por la puerta de Santa Engracia. Batido este punto y sus inmediaciones por veintiseis piezas á tan corta distancia como la que arriba hemos dicho, fácil es inferir lo terrible y destructor del fuego enemigo. El marques de Lazan, acompañado de su hermano D. Francisco, acude presuroso con la caballería á las cercanías de Santa Engracia no bien oye los primeros disparos, mientras Palafox multiplicándose en todas partes, corre de unos puntos á otros, alentando la constancia de los suyos allá donde el peligro espanta mas. Arrasadas nuestras débiles baterías á las cinco horas de empezado el combate; muertos ó sepultados vivos entre los escombros de la suya los que defienden la de Santa Engracia, y abiertas en la huerta de este monasterio y en la contigua de Campo Real dos anchísimas brechas, precipítanse por ellas los franceses, despues de atravesar el rio Huerva; y añadiendo soldados á soldados, consiguen internarse por las huertas, dirijiéndose por la calle del Hospital á atacar por la espalda las puertas que sus compañeros de afuera continúan batiendo de frente. Los héroes del punto atacado tienen que atender á la vez á lidiar por delante y por detrás, y lo hacen con furor desesperado, costando á los franceses muchas vidas cada paso que dan hácia adentro. Entretanto la puerta del Cármen ha dejado su foso cubierto de cadáveres enemigos, rivalizando con sus defensores los valientes de la Torre del Pino, entre los cuales el soldado Ruiz lleva su osadía al estremo de adelantarse solo al paseo á clavar un cañon enemigo, hecho lo cual vuelve á los suyos, recibiendo la graduacion de oficial por merecido premio de su hazaña.

Los franceses por su parte, animados de un arrojo que parece sobrenatural, continúan midiéndose en las huertas con hombres que segun les resisten parecen mas que humanos tambien. En la lucha de aquellos semi-dioses, favorece la suerte por último á las águilas imperiales, las cuales á manera de aves nocturnas que elijen su morada entre ruinas, penetran en el monasterio de Santa Engracia, convertido todo en escombros y cubierto de despojos humanos. Los zaragozanos no pueden mas: su desesperado denuedo cede el puesto á la superioridad de la fuerza enemiga y á su entonces menguada ventura. Los de la Torre del Pino, al ver ocupado el monasterio, retiran á las casas de Santa Fé los dos caño-

nes que tienen. Los paisanos de la puerta de Santa Engracia hacen por su parte otro tanto, situándolos en la calle del mismo nombre junto al malhadado hospital. En la puerta del Cármen sucede lo mismo, y sus defensores retiran las piezas al edificio de Convalecientes, donde se sitúan á fin de impedir se derrame el enemigo por aquella parte á tomar por la espalda las baterías del Portillo y Sancho. Renovales guarnece la plaza de San Miguel, y á continuacion vuela impávido á reunirse con los defensores de la batería situada á la entrada de la calle de Santa Engracia. Estos sostienen su puesto con heroismo; pero introduciéndose el enemigo por las tapias del convento de San Francisco, abandonan al fin la batería y los franceses se apoderan de ella. En aquellos terribles momentos está el suelo rebosando en cadáveres. Verdier ha sido herido en el asalto, y ha entregado el mando á Lefebvre. Tales son las primeras consecuencias del combate empezado aquel dia y de la ocupacion del monasterio.

Dueño el enemigo de este y de todo el terreno comprendido entre la puerta del Cármen y el Jardin Botánico á la parte del mediodía, entre este y la entrada de la calle de Santa Catalina al oriente, entre la mencionada entrada y convento de S. Francisco al norte, y entre dicho convento y la espresada puerta del Cármen al occidente, la empresa de ocupar lo que resta á su frente derecha é izquierda, parece consecuencia inmediata. Sus victoriosas legiones al fin de largas horas de combate dominan el Coso, y empiezan á estenderse hasta los dos estremos de esta calle, la mas ancha que tiene la ciudad, llegando por la derecha hasta la plaza de la Magdalena y por la izquierda á la de las Estrévedes, mientras una de sus columnas se dirije por su frente al Arco de Cineja (tomándolo equivocadamente por la calle de S. Gil), á fin de apoderarse del puente de piedra que comunica con el Arrabal. La sorpresa del vecindario en los primeros momentos de la invasion hace latir los corazones de un modo angustioso, dirijiéndose en tropel gran multitud de viejos, mugeres y niños hácia la plaza de La Seo, intentando pasar el puente y salvarse del francés con la fuga. El clamoreo de las desoladas madres, de las aflijidas esposas y de los hijos pequeñuelos comienza á hacer su efecto en los mismos defensores, no pudiendo resistir muchos de ellos el cuadro que presentan sus familias sobrecojidas de consternacion. Vanamente el coronel Samitier procura contener la muchedumbre: llena esta de espanto y de pavor, agólpase á la puerta del Angel y empieza á derramarse por el puente. Viendo esto el teniente de húsares D. Luciano de Tornos, arrebata furioso una mecha, y volviendo los cañones del puente y el de la batería de S. Lázaro contra la multitud que quiere huir, amenaza disparar sobre ella si prosigue adelante. Esta resolucion enérgica produce su efecto, y unidas á ella las exhortaciones de los eclesiásticos, consiguen detener los fujitivos. Poco á poco el valor vuelve á los pechos que parecia haber desamparado, y el ejemplo de otros muchos patriotas que clavados en las bocas calles hacen frente sereno al enemigo, obliga á que lo imiten los demas. Un nuevo y terrible combate, que debe durar siete horas, comienza á trabarse en las calles, siendo cada casa un baluarte, cada esquina un lugar de resistencia, cada plazuela un campo de batalla. Los franceses que se han dirijido por la calle del Arco de Cineja son destrozados todos en aquella estrechura por los irritados patriotas. Los de la plaza de la Magdalena huyen tambien la furia zaragozana y la carga del bravo Simonó, retirándose á las ruinas del Seminario y de allí al convento de S. Francisco; mientras el presbítero Sas se cubre al otro estremo de gloria, haciendo abandonar á los imperiales la plaza de las Estrévedes. Los hechos de denuedo y de gloria se suceden unos á otros, llegando los paisanos al estremo de lanzarse á las piezas enemigas, abrazándose denodados con aquellos instrumentos de muerte y arrancándolos á sus contrarios. Superada la primera sorpresa, no son ya los fuertes los únicos que toman parte en la lucha, sonlo tambien las mismas mugeres, los decrépitos y aun los niños, sobresaliendo entre las primeras, ademas de la brava Agustina, la justamente célebre Casta Alvarez, muger del pueblo, y aun mas la insigne y para siempre memorable condesa de Bureta, Doña María Con-

solacion de Azlor y Villavicencio, que viendo invadida la ciudad y próxima su casa á ser cortada, forma dos barricadas en la calle y espera heróicamente al enemigo resuelta á resistirle hasta morir. Rechazado este por todas partes vuelve á ocupar sus puntos anteriores, guareciéndose en el hospital y en el convento de San Francisco, y debiéndose gran parte del éxito al intendente Calvo, que desembocando en el Coso con 600 hombres de refresco traidos del Arrabal, acaba de esparcir el desconcierto, la consternacion y el espanto en las fieras falanges enemigas.

Los demas que se distinguieron en tan heróica resistencia, como Renovales, Obispo, los dos ilustres Torres, Sangenis, Beyan, Santa Romana, Quiroga, Cortinez, Armendariz, Navarro, Ipas, Abanto, Fr. José Garin y otros muchos, no es posible citarlos uno á uno sin hacer interminable la lista. ¿Pero cómo dejar de hacer mencion, y muy señalada y gloriosa, del sexajenario Cerezo, labrador de la parroquia de S. Pablo, capitan de una de sus compañías y gobernador del Castillo, que tras haber defendido este punto en los dias anteriores con inteligencia y denuedo, salió al Coso en este de que hablamos, armado de espada y broquel, haciendo mil prodijios de valor con tan estrañas y desusadas armas, donde mas inminente era el riesgo, donde con mas furia silbaba la lluvia del plomo enemigo? ¿Cómo omitir la sublime y lacónica respuesta dada por Palafox á Lefebvre á la intimacion de rendirse, que con laconismo igual le hizo este, cuando era mayor el conflicto de la atribulada ciudad? «*Cuartel general de Santa Engracia* (escribió el general enemigo): PAZ Y CAPITULACION.»—«*Cuartel general de Zaragoza* (contestó el



HEROISMO DE PALAFOX.

general Palafox): GUERRA Y CUCHILLO.» No recurramos á la antigüedad para buscar en ella modelos de invencible constancia y heroismo: la guerra contra Francia nos los da tanto como Sagunto y Numancia, y como los tiempos de Pelayo, de Fernan Gonzalez y el Cid.

Los franceses perdieron 2,000 hombres entre muertos y heridos en los crudos combates de aquel dia: de los zaragozanos pereció tambien mucha gente, por la mañana sobre todo; pero en la gran refriega de la tarde fué triplicada á la nues-

tra la pérdida del enemigo, empeñado sin fruto en la conquista de las calles y casas de la poblacion, y en pasar, sin poder conseguirlo, de uno al otro lado del Coso.

Y en esta posicion permanecieron todo el resto del sitio, sin serles posible adelantar una sola pulgada á la acera que tenian enfrente, siendo la cruz levantada en medio de aquella ancha calle el límile ó mojon divisorio de los dos campamentos rivales. Los vecinos parapetaron las bocas-calles con sacas de lana y con toda clase de efectos, haciendo lo mismo por la izquierda y derecha del enemigo, y estrechándole en el terreno que dentro de la ciudad tenia ocupado hasta el punto de ofrecer esta el aspecto de un *doble sitio*, el de los enemigos respecto á la poblacion y el que los defensores oponian á las manzanas que ocupaban aquellos. Los combates parciales, dados sin tregua por unos y otros en todo el borde, por decirlo asi, de la cuña de tropas francesas introducidas en la poblacion, ni es posible reducirlas á número, ni menos referir uno á uno los infinitos y heróicos hechos con que los hijos de Zaragoza ilustraron personalmente su nombre en aquella reñida contienda. La ciudad era todo un infierno con el fuego contínuo que se oia lanzado de ventana á ventana y de balcon á balcon, viéndose hasta los mismos tejados convertidos mas de una vez en disputado campo de batalla. El fusil resonaba allá abajo en encrucijadas y calles, y sonaba tambien allá arriba en los últimos pisos de las torres de las profanadas iglesias. Acostumbrados los imperiales á la flema habitual de los pueblos de Alemania, no podian mirar sin asombro aquella sangre fria aragonesa, aquella serenidad impasible con que les enseñaban á morir los hijos de la invicta ciudad. Cubierto el Coso de cadáveres desde la refriega del 4, y no habiendo dado lugar á sepultarlos el empeño de unos y otros en hacerse la guerra sin tregua, empezóse á temer un contajio con las exhalaciones de los muertos. Para evitarlo, cojian los zaragozanos á los prisioneros franceses, y atándolos con una cuerda, los hacian avanzar desde las esquinas al sitio de la carnicería, á fin de retirar los cuerpos de sus compatriotas y darles sepultura. Los franceses hacian otro tanto respecto á los suyos, atando de la misma manera á los prisioneros españoles; y mientras unos y otros cumplian este deber piadoso con los muertos y de conservacion para los vivos, los fuegos que se cruzaban de ambas partes perdonaban recíprocamente á los prisioneros contrarios (1).

Tanta porfia y tenacidad de parte de los defensores debia al fin agotar sus fuerzas, si no venia gente de refresco. Conociéndolo asi Palafox, habia salido de Zaragoza con sus dos hermanos, despues de la sublime respuesta á la intimacion de Lefebvre. Antes de salir hizo prometer á los zaragozanos que se sostendrian constantes hasta su próxima vuelta, y asegurado de su teson, dirijióse con la actividad que tan admirablemente le caracterizaba á acelerar la marcha de los socorros que tanto de hombres como de municiones y víveres se esperaban de fuera. Llegado á Osera, cuatro leguas de Zaragoza, alcanzóle allí el intendente Calvo y le notició lo ocurrido despues de su partida en la heróica defensa de la tarde. A las nueve de aquella misma noche llegaron á Osera las primeras tropas que se esperaban, consistentes en 1700 hombres procedentes de Cataluña, al mando de los coroneles D. Luis Amat y Teran y D. José Manso. El resto, compuesto de 5000 soldados á las órdenes de D. Felipe Saint Marc, debia llegar de Valencia por el camino de Teruel; pero habiendo de tardar algun tiempo, y siendo tan urjente la necesidad de socorrer á Zaragoza, deliberóse en consejo de guerra lo que debia hacerse. La determinacion fué, que el marqués de Lazan se dirijiese á la ciudad sin demora con los 500 guardias españolas que traia Manso, y en efecto lo verificó asi, entrando en Zaragoza en la madrugada del 5, llenando de alegría á la po-

(1) Este hecho, que por sí solo vale un libro, lo traen los autores de la obra titulada: *Victoires, Conquêtes, etc. des français de 1792 á 1815*; tomo XVIII, página 177.

blacion. Tras él debia seguir Palafox con los 1200 voluntarios de Amat, cerrando la retaguardia su hermano D. Francisco y el intendente Calvo con el convoy; pero este movimiento esperimentó dificultades y retardos, porque noticioso Lefebvre de la entrada de Lazan en Zaragoza y del entusiasmo que su pequeño socorro habia escitado, quiso impedir la entrada de nuevos auxilios, temiendo las consecuencias. Su oposicion fué inútil, dado que Palafox burló el encuentro desviándose á Villamayor, donde reuniéndosele desde Huesca el coronel Perena, á quien hizo venir con 2000 hombres adiestrados por él, la mitad de ellos sin armas, dejó á estos en aquellas alturas á fin de llamar la atencion del enemigo, y encubriendo asi su movimiento, y recurriendo á otros ardides que acreditaron su buen tino y superior inteligencia, entró la mañana del 9 en la heróica ciudad, despues de rechazar felizmente las partidas francesas de la izquierda del Ebro. El convoy, compuesto de 50 carros de las Cinco Villas y 150 de la tierra baja, con toda clase de comestibles, entró despues con la misma felicidad, precediéndole con Palafox la pólvora y seis cañones volantes de Lérida. Perena quedó con su gente en las alturas de San Gregorio y Juslibol, procurando aparentar mas fuerza de la que tenia, é imponiendo desde allí al anemigo, el cual se vió por fin obligado á repasar el Ebro.

Palafox á su vuelta á la ciudad admiró la defensa de los suyos durante su ausencia, y decidido á llevarla adelante hasta el último estremo, congregó un consejo de guerra, en el cual se resolvió sostener el glorioso recinto con la misma constancia que hasta entonces, y si por una vuelta de fortuna llegaba el francés á ocuparlo, fortificarse en el Arrabal con los valientes que quedasen, vendiendo allí caras sus vidas. Este sacrificio cruel no fué, sin embargo, preciso. Los socorros introducidos en la ciudad habian levantado el ánimo de los defensores hasta un estremo dificil de esplicar, decayendo en la misma proporcion el de los franceses, los cuales no podian prometerse éxito ninguno feliz, cuando estando la ciudad mas apurada no habian podido conseguirlo antes. Fieros á despecho de todo, y como si obedeciesen al demonio de la desesperacion, redoblaron su empeño en la noche del 10 de agosto contra la batería de Convalecientes y contra la casa de Misericordia, cuyo punto batian desde el convento de Trinitarios estramuros; pero todo tan infructuosamente, que llenos de rabia y de ira dieron bien á entender su impotencia, entregando á las llamas por la espalda las casas de la acera que ocupaban en la calle de San Ildefonso, y haciendo lo mismo con la iglesia del hospital, en cuyas inmediaciones perdieron hasta dos veces el convento de Sta. Catalina, del cual se apoderaron los patriotas antes de llegar Palafox. Acostumbrados estos al estrépito contínuo de las bombas y granadas, y á la esplosion y aplomamiento de los edificios, érales todo ya tan familiar, que parecian no vivir sino de la guerra, no respirar con gusto otro aliento que el humo de la pólvora, ni tener otro ser ú existencia que la agitacion y el peligro.

No era posible, pues, que los franceses por aquel entonces se apoderasen de Zaragoza, y menos estando tan próximas las tropas que venian con Saint Marc. La noticia del desastre de Bailen y la de la salida de José de Madrid, sabida en Zaragoza la tarde del 11, acabó de llenar de júbilo á los habitantes, si bien no se durmieron por eso, siendo todavía de esperar alguna nueva arremetida antes que Saint Marc arribase. El nuevo ataque no tuvo lugar, puesto que el dia 13 recibieron los franceses la órden definitiva de levantar el sitio, órden dada ya el dia 6, pero que habia sido revocada. Precedió el tal mandato algunas horas á la llegada á Zaragoza de la division valenciana, siendo el enemigo atacado por la vanguardia de esta y por los aragoneses al caer de la tarde del 13, cuando se disponia á partir. Viéndose acometido, apresuró Lefebvre su retirada, volando los restos del monasterio de Santa Engracia, del cual no quedaron ilesos sino la torre y el célebre pórtico de mármol, obra del artista Morlanes, con dos torrecillas que adornaban los costados del pórtico. La iglesia subterránea de los Mártires quedó toda cegada con las ruinas. Trasladados los franceses á Torrero, donde reconcentraron su campo,

volaron por la noche los almacenes y varios edificios, retirándose al amanecer del 14 despues de clavar y echar al canal su artillería gruesa, siendo hasta 74 las piezas de diversos calibres que los zaragozanos hallaron despues abandonadas en diferentes puntos. La precipitacion de los franceses fué tal, que ni aun el pan que tenian



LOS FRANCESES LEVANTAN EL SITIO DE ZARAGOZA.

recien amasado en Torrero pudieron llevarse. Varias partidas nuestras salieron á picar la retaguardia del enemigo, siguiendo en pos la division valenciana, pero aquel llegó á Tudela en tres dias sin descalabro particular. El 20 evacuaron los franceses á Tudela, cortando un arco del puente, y estableciendo Lefebvre en Milagro su cuartel general, donde situó tambien el grueso de su ejército. Las tropas de Saint Marc, despues de un pequeño encuentro en Fontellas, abandonaron el camino real, yendo con ellas el cuerpo del baron de Versage y tomando la ruta de Ablitas y Malon, como para dirijirse á Tarazona.

Tal fué el término del primer sitio puesto por los franceses á la inmortal Zaragoza, el cual les costó mas de 3000 hombres segun Toreno, bien que hay datos fundados para creer que fué mucho mas grande su pérdida. Los españoles perdieron 2000. «Célebre y sin ejemplo, dice el historiador mencionado, mas bien que sitio, pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas. Pues aquellos triunfos eran tanto mas asombrosos cuanto en un principio, y los mas señalados, fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos, que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habian encallecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.»

La Europa miró con asombro una resistencia tan desesperada, y de la cual no ofrecen ejemplo, segun los mismos escritores franceses, los anales de los tiempos modernos. «La defensa de Zaragoza (dice el ilustre Foy), que tan grande ejemplo dió á España, resonará en la série de los siglos. Verdad es que los habitantes no fueron acometidos sino por un puñado de soldados, y verdad es tambien que no

llegó á formarse un sitio regular (1); pero hallándose aquellos hombres sin defensa, era preciso todo su valor para compensar la superioridad de tropas aguerridas; cosa casi imposible en campaña, porque el número en tales casos ha cedido siempre á la disciplina. La fuerza de los españoles comenzó en la ciudad y se acrecentó á proporcion que el sitiador seguia progresando. Las brechas de Zaragoza han enseñado á sostener asaltos. Los sitios en España han sido siempre heróicos. Y no se diga que habiendo al fin de sucumbir mas tarde, la conservacion de la plaza era preferible á su ruina: Leonidas pereció en las Termópilas, y su muerte era cierta tambien antes de lanzarse al combate. Zaragoza tendrá la misma gloria: ese fervor relijioso que abraza á la vez el presente y el porvenir, la cuna y la tumba; ese fervor que se hace aun mas santo cuando combate al estranjero y á los opresores de la patria, allí..... en Zaragoza brotó. Esa sublime indiferencia á las cosas de la vida y de la muerte, incapaz de inquietarse por nada, sino por obedecer al impulso de una noble y sublime pasion..... allí se hizo á todos patente. ¡Allí..... en aquella ciudad, la naturaleza moral supo, en fin, triunfar de la física!.....»

El ilustre general Palafox, cuyo nombre equivale á un poema, hizo patentes en este sitio las raras cualidades de su alma, llena á la vez de ardor y sangre fria, de grande exaltacion y gran firmeza, de temeridad y de calma: hombre digno de mandar á aquel pueblo y de identificarse con su gloria, siendo uno desde entonces el laurel con que la historia ciñe las dos frentes, la de la ciudad y la del caudillo. Palafox ha gozado el placer de ver la apotéosis de sus hechos aun antes de descender á la tumba: dicha concedida á muy pocos...., y de pocos tambien merecida. Mas adelante le veremos al frente de su brava Zaragoza dar un segundo ejemplo de constancia, de tenacidad y heroismo, como para decir á los incrédulos, que hecho un imposible una vez, puede muy bien realizarse otra. Doble y elocuente leccion para los ateos políticos, incapaces de creer aquellos dias en la omnipotencia del pueblo.

(1) Acerca de esto, véase nuestra última nota.



CAPITULO XVI.

Sucesos de la guerra en Cataluña.—Bloqueo del castillo de Figueras por el paisanage.—Entra Reille en Cataluña y socorre á los bloqueados.—Defensa de Rosas.—Preparativos de Duhesme y Reille para sitiar á Gerona.—Marcha de los franceses sobre esta plaza é inútil tentativa de Goulas para apoderarse de Hostalrich.—Digresion sobre los somatenes, migueletes y partidas de guerrilleros.—Pone Duhesme sitio á Gerona.—Desembarco de las tropas de Menorca al mando del marqués del Palacio en el puerto de Tarragona.—Refuerzo del cordon del Llobregat.—Crítica situacion de Lecchi en Barcelona.—Toma de Mongat por los somatenes.—Heróica defensa de Gerona.—Llegada de los migueletes y somatenes delante de la plaza y levantamiento del sitio.—Sucesos de la guerra en Portugal hasta su total evacuacion por las tropas francesas.—Fin de la primera campaña de la Península.

La insurreccion de Cataluña, alentada por la derrota de los franceses delante de los muros de Gerona, tenia apurado á Duhesme, falto de fuerzas para medirse con sus enemigos de un modo capaz de imponerlos, ahogando en ellos definitivamente el gérmen de la revolucion. Las victorias parciales que él y sus gefes subalternos habian obtenido el mes de junio, no habian bastado á darles un solo triunfo que mereciese el nombre de tal; ni los saqueos, incendios y atrocidades cometidas en tantas poblaciones, habian producido otro fruto que el de exasperar mas y mas la requemada furia catalana. El movimiento insurreccional tenia en convulsion al Principado en toda la estension del territorio, siendo todo él un hervidero de insurjentes desde Tarragona hasta Lérida, y desde la frontera de Valencia hasta las mismas puertas de Francia. El castillo de San Fernando de Figueras, ocupado por 400 franceses y escaso de víveres, estaba cercado por el paisanaje y por algunos soldados de la guarnicion de Rosas desde mediados de junio, siendo tal el apuro de los enemigos á principios del mes siguiente, que se hallaban ya á punto de rendirse, cuando inesperadamente les vino un socorro que les evitó ser vencidos.

El general de brigada Ritay, comandante del departamento de los Pirineos orientales, presumiendo el estado apurado en que podria hallarse Duhesme, salió de Perpiñan con una columna de 700 hombres, compuesta de compañías de reserva y de destacamentos portugueses, recorriendo durante el mes de junio los valles de Gabarnie y Arrajonet, y llegando hasta la Junquera, donde supo el bloqueo de Figueras y la abortada tentativa de los suyos sobre Gerona. Tan desagradables nuevas le fueron confirmadas en Bayona por el mismo Duhesme, quien le

encargó con instancia socorriese al momento á Figueras. Ritay se disponia á partir, cuando apareció por las cercanías del castillo bloqueado una columna de tropas de refresco enviada por el emperador. Esta columna era la del general de division Reille, ayudante de campo de Napoleon, el cual tenia órden de aumentarla con una parte de la de Ritay, debiendo en breve añadírsele otras fuerzas de los departamentos y aun de los Alpes y del Piamonte, en términos de proporcionarle 8000 combatientes para antes de mediados de julio. Reunida esta fuerza, debia Reille unido á Duhesme probar otra tentativa sobre Gerona; y asi fué que desde últimos de junio hubo gran movimiento y animacion en los departamentos franceses limítrofes á Cataluña, para apresurar los medios conducentes al mejor logro de los nuevos planes. Todos los fuertes franceses de aquella frontera, tales como Mont-Luis, Los Baños, La Guardia, Bellegarde y Villafranca, fueron abastecidos y puestos en estado de defensa, destinándose igualmente una gran cantidad de galleta para las tropas francesas que operaban en Cataluña, y un convoy de abundantes provisiones para los bloqueados en Figueras.

Dispuestos estos preparativos, llegó Reille el 3 de julio á Perpiñan, fijando el 4 su cuartel general en Bellegarde, y dirijiéndose el 5 al socorro del cercado castillo. Los somatenes que formaban el bloqueo resistieron al principio á sus contrarios con alguna firmeza; pero esta duró poco y se desbandaron, quedando en libertad aquel punto, que fué reforzado al momento y convenientemente abastecido. La villa de Figueras sufrió mucho durante el cerco de la fortaleza, porque no teniendo los que se hallaban encerrados en esta medio alguno de contrarestar á sus bloqueadores, se vengaban bombardeando contínuamente la poblacion y dejándola medio arruinada.

Cumplido por Reille el primer objeto de su sumision, y habiendo recibido refuerzos, salió el 11 de julio camino de Rosas, poblacion situada á cuatro leguas de Figueras, cuya ciudadela y castillo se hallaban en el estado mas deplorable desde la guerra con la república. Era aquel un punto de los mas interesantes para los franceses, y Reille se propuso sorprenderlo; pero quedó desvanecida su esperanza, porque el paisanaje y la corta guarnicion que allí existia se habian propuesto evitar todo descuido y sostener la plaza hasta el último trance, á pesar de no tener sino seis cañones en batería por el frente de tierra. El enemigo envió un parlamentario á aquellos valientes con proposiciones de paz, y ellos le detuvieron, respondiendo á la intimacion con un fuego vivísimo, y rechazando con bizarría las tropas que tenian delante. Irritado el general francés, se disponia á tomar posicion y á llevar adelante su empresa, cuando noticioso de que D. Juan Clarós habia levantado á su espalda mas de 4000 somatenes, temió verse cortado por ellos, y abandonó precipitadamente la plaza, costándole no poco trabajo llegar el 12 á Figueras, abriéndose paso con pérdida por en medio de aquellos patriotas. Libre asi la plaza de Rosas, gracias á su propio denuedo y á la alarma escitada por Clarós, dedicáronse sus vecinos á mejorar su estado de defensa, abasteciéndola de víveres y municiones, y preparándose á ceñir sus frentes en lo sucesivo con los laureles de Zaragoza y de Gerona.

Esta última heróica ciudad iba á dar nuevamente al enemigo otro desengaño mas crudo, mas desconsolador que el primero. Duhesme bramando de furia y avergonzado de su humillacion, preparóse á embestir aquel pueblo, no bien supo que Reille habia libertado á Figueras. Dió, pues, aviso á este para que se le reuniese delante de Gerona con todos sus soldados disponibles, y con un tren de piezas de sitio, gran provision de bombas y abundante cantidad de galleta. Tomadas estas prevenciones, salió de Barcelona el 10 de julio con nueve batallones de infantería y tres escuadrones de caballería, los cuales formaban un cuerpo de 6000 hombres, llevando consigo un tren de 22 cañones, morteros y obuses, treinta escalas de asalto y los demas pertrechos necesarios para poner un sitio en regla. Su confianza en apoderarse de Gerona era tal, que contaba como cosa indudable llegar el 24, atacarla el 25, tomarla el 26 *y arrasarla* el 27. Quedó, sin embargo,

fallida su arrogante y altiva confianza. Todos aquellos cálculos tan matemáticos y seguros al parecer, comenzaron á salirle ya mal desde el momento que se puso en marcha. Los catalanes habian sembrado el terreno de infinidad de troncos de árboles, de peñascos y otros obstáculos para embarazar el camino, no pudiendo avanzar el enemigo sino con mucha lentitud y cercado de grandes peligros. Los somatenes, dirijidos por Milans y por los hermanos Besos de Guisols, inquietáronle constantemente por el lado de la montaña, mientras por el del mar le saludaban á cañonazos una fragata inglesa y cuatro buques catalanes. Pasado Mataró, dividióse el cuerpo enemigo en dos trozos, de los cuales el uno, compuesto de tres batallones, fué destacado con el general de brigada Goulas para cubrir el flanco izquierdo de la marcha, y para ver si le era posible apoderarse de Hostalrich. Este fuerte, cuya defensa estaba encomendada al gobernador D. Manuel O' Suliban, resistió por dos veces la embestida, viéndose precisado Goulas á desistir de su inútil deseo, añadiéndose á eso la derrota que á continuacion sufrió en dos encuentros con Milans los dos dias 19 y 20, perdiendo casi todos los cañones; pero al fin pudo unirse á la columna principal, que por su parte no habia sido mas afortunada en materia de obstáculos y riesgos. Junto asi todo el grueso de las fuerzas, avanzó Duhesme á Gerona, aproximándose á la ciudad cuanto pudo, y disparando algunos tiros de obus, á fin de avisar su llegada á las tropas que esperaba con Reille.

Este general no se descuidó por su parte en concurrir con toda dilijencia á la combinacion proyectada. Dejó, pues, en Figueras una guarnicion respetable, y estableciendo convoyes de artillería, compuestos de cuanto le faltaba á Duhesme para completar el tren de sitio, tomó el 23 el camino de Gerona, reuniéndose con su compañero en Puentemayor el 24 por la mañana. Su fuerza consistia en 5,000 infantes y 400 caballos, á la cual debe añadirse la vanguardia mandada por el coronel Zenardi, compuesta de dos regimientos y dos batallones. El total de las tropas combinadas era, segun eso, de 11 á 12,000 hombres. Reille no tenia órden esplícita de someterse á Duhesme, habiéndosele mandado únicamente concurrir á las operaciones sobre la plaza; pero reconociendo lo indispensable que era para el buen éxito del plan la concentracion del mando en un solo gefe, se sometió voluntariamente á las órdenes de su compañero. Como las tropas de este habian perdido durante su marcha bastante número de piezas, merced á los encuentros con Milans, los trabajos del sitio fueron lentos, siendo preciso al enemigo enviar á buscar á Figueras los elementos que le hacian falta. Los somatenes de D. Juan Clarós y los del referido Milans caian á cada paso sobre las escoltas que conducian los convoyes, siendo incalculable el servicio que nuestras partidas prestaban á la ciudad, cuya rendicion se intentaba. No es, pues, cierto, como dicen algunos, que la organizacion de los migueletes fuese perjudicial en Cataluña por su falta de disciplina y subordinacion, pues si bien resultaron inconvenientes mas adelante en sentido social y político de la existencia de aquellas y demas guerrillas que sucesivamente se formaron en varias provincias de España, no fué asi ciertamente bajo el punto de vista militar. Rotos nuestros ejércitos en una multitud de acciones campales, hubiérase tal vez decidido la lucha en algunas de ellas á favor del imperio, á no ser por los grandes servicios prestados en la guerra de montaña por los que con tanta habilidad y con tanto arrojo la hacian, mortificando al enemigo sin descanso ni tregua, fraccionando su atencion en todos los puntos, asaltando sus convoyes, interceptando sus pliegos, interrumpiendo sus comunicaciones, y no permitiéndoles el mas pequeño descuido ó desprevencion en sus combinaciones y marchas. A haberse realizado nuestra lucha solamente de ejército á ejército y de disciplina á disciplina, mas de una batalla de las que perdimos hubiera sido para nosotros la segunda edicion de la de Jenna. El desórden, fuerza es decirlo, salvó la independencia del pais, tanto ó mas que el concierto y el plan: pero repetimos que hablamos en sentido puramente guerrero, porque si se entra en la cuestion política, no se puede dudar que el desórden pro-

dujo las facciones que en lo sucesivo devastaron el seno de la patria. Tal vez hable Toreno, entre otros, de una manera tan desfavorable á los insurjentes de Cataluña, fijando la vista ante todo en la última consideracion, y en tal caso no se puede dudar que su observacion es fundada; pero en 1808 y en los cinco años siguientes la primera cuestion para la patria era la de humillar á los invasores y sostener por todos los medios su existencia como nacion. El bien, pues, fué inmediato, el mal remoto; y condenar á *posteriori* cosas que á *priori* se aprueban y no se pueden menos de aprobar, nos parece una lógica harto rara para la decision de las cuestiones. Siguiendo esa manera de razonar, y recorriendo con tan falsa luz los grandes hechos de aquella época, vendríamos invenciblemente á parar en que la insurreccion española debe ser condenada tambien, porque ¿cuántos males no datan desde aquel nacional sacudimiento? Sin embargo, mirando bien las cosas, nadie hará responsables á estas de lo que solo fué culpa del hombre; y el despotismo de Fernando VII no será jamás erijido en válida protesta contra el hecho que llenó de asombro á la Europa, ni aun contra las mismas guerrillas que tan tristemente esplotó aquel monarca para recobrar con su apoyo su monstruosa y horrible tiranía.

Apurados los franceses delante de Gerona con las partidas insurreccionales que sin cesar tenian encima, fuéles preciso disponer destacamentos contínuos que impidiesen un golpe de sorpresa sobre el grueso de sus tropas; y aun con eso no podian los soldados separarse del campo, sin caer con frecuencia en las manos del *indisciplinado* paisanaje. Los planes del ejército francés se estrellaban ó quedaban desconcertados ante la tenaz insistencia de aquel terrible enjambre de enemigos decididos á darle que hacer; y á esta desgracia para Duhesme, añadióse en breve otra nueva, la de haberse dado á la vela para apoyar la lucha en el Principado la tropa de la isla de Menorca, al mando del marqués del Palacio, aunque corto socorro en verdad, como que no se componia sino de 4630 hombres. Su desembarco



Desembarco de tropas españolas en Tarragona.

en Tarragona el dia 23 de julio acabó de fijar en Cataluña lo que á los ojos de la timidez pudiera parecer todavía algo insubsistente ó dudoso. Los destacamentos españoles de tropas de línea, y los militares aislados que ignorando lo que pasaba en el resto de España, habian temido tomar parte en la revolucion de los paisanos, sospechándola de calaverada, no titubearon ya desde entonces en unirse al



Perez dº. Litogª de Perez.

SITIO DE GERONA.

ejército nacional, dirijiéndose á sus banderas todo lo que quedaba de nuestros soldados y oficiales, entre ellos el cuerpo de artillería existente en Barcelona, que burlando la vigilancia de Lecchi, encargado del mando de la ciudad durante la ausencia de Duhesme, escurrióseie de entre las manos para incorporarse á los suyos. Alentado con esto el valor en otras gentes hasta entonces tímidas, comunicóse el brío á los mismos magistrados existentes en la opresa capital, avergonzándose de ejercer sus funciones bajo el yugo militar estranjero, y sustrayéndose á su autoridad. El marqués del Palacio fué nombrado capitan general de Cataluña y presidente de la junta de Lérida, la cual se trasladó de este punto á Tarragona, completando su organizacion, y declarándose investida de la autoridad soberana el dia 6 de agosto.

Pocos dias despues del desembarco, determinó Palacio tomar la ofensiva, enviando una vanguardia de 1,600 hombres con 4 piezas de artillería á reforzar el cordon de somatenes en la orilla del Llobregat. Esta tropa, confiada al mando del brigadier conde de Caldagués, que no obstante ser francés de nacion defendia la causa española, marchó para su punto dividida en tres columnas, uniéndose el 30 á la de la izquierda en Martorell los somatenes del coronel Bajet, y tomando posicion el mismo dia la de la derecha en San Boy, donde apenas hubo llegado trabó escaramuza con alguna infantería y caballería salidas de Barcelona, haciéndolas volver precipitadas á abrigarse otra vez en su recinto.

Apurado se hallaba Lecchi con el enemigo á la vista, no pudiendo disponer en Barcelona sino de 4,000 combatientes, cuya desercion temia á cada instante por ser todos italianos y napolitanos. Para evitar su fuga ó su connivencia con los nuestros, concentró la guarnicion en Monjuich, en la Ciudadela y en Atarazanas, sacando de este último punto, por no parecerle bastante aislado ó seguro, 40,000 fusiles que habia en él, juntamente con la pólvora y gran cantidad de cañones, conduciéndolo todo al castillo y á la Ciudadela. Tanto miedo le infundia el aspecto de los 50,000 habitantes que tenia aquella ciudad, los cuales tascaban impacientes el freno á la vista de los somatenes. Y decimos *á la vista*, porque estos en sus correrías llegaban hasta las mismas crestas que dominan las calles de la ciudad, y la presencia de aquellos valientes paisanos podia de un instante á otro encender dentro del recinto la llama de la insurreccion. Lecchi, pues, no estaba tranquilo en posicion tan crítica, siéndole imposible salir de puertas á fuera sin peligro de perder la ciudad, é imposible tambien reducirse á estar siempre encerrado, sin riesgo de trabar en las calles alguna accion de mal agüero para sus tropas con aquellos hombres terribles que amenazaban escalar la plaza. Cada dia le era preciso rechazar á los somatenes que huian al trabarse la accion, para volver de nuevo á acercársele con mas decision y osadía. Cuando los italianos se alejaban por el camino del mar, ahuyentábanlos dos fragatas inglesas que bloqueaban la plaza. Circundado de este modo el enemigo en la capital del Principado, recibia, digámoslo asi, las tornas del sitio que Duhesme ponia á Gerona. Lecchi no tenia noticia de lo que pasaba allá fuera desde que Duhesme habia salido de Mataró. Entre Barcelona y Gerona no tenia la tropa francesa sino un solo punto ocupado, el cual era el castillo de Mongat, y este punto cayó el 31 en poder de los somatenes, mandados por el bravo Barceló, con la cooperacion de Lord Cochrane, comandante de una de las dos fragatas inglesas, cubriéndose de lauros aquel dia los valientes de Tiana, Alella, Taya, Masnou, Vilasar y Premiá, y los migueletes de Solench, Belloch, Barber y Calderó.

Libre ya aquella parte de enemigos, podia el marques del Palacio dirijirse desde el Llobregat á reconquistar la capital del Principado, ó á levantar el sitio de Gerona. Lo primero era harto dificil, siendo preciso ocupar á Monjuich con la Ciudadela, y no hallándose su tropa en el caso de realizar un sitio formal. Lo segundo era espuesto tambien, porque aquella amalgama de tropas novicias con los soldados veteranos, podia ser batida en campo raso y comprometerse con esto el porvenir de toda la provincia. En esta alternativa, contentóse el general español



Toma de Mongat por los somatenes.

con molestar á los franceses que cercaban á Gerona, embarazando sus operaciones, y esperando la ocasion oportuna de aprovechar alguna circunstancia que pudiera serles funesta. Dióse, pues, el encargo de hacerlo al destacamento del Llobregat, y mientras este lo verificaba, quedóse Palacio en Tarragona á fin de organizar su ejército, harto lejos seguramente del teatro de las operaciones para poder tomar parte en ellas de un modo inmediato.

Entretanto Gerona continuaba burlando el empeño que ponia Duhesme en someterla. Falto este general de bastantes recursos, merced á los quebrantos que migueletes y somatenes le habian hecho sufrir, se vió en precision, como se ha dicho, de recurrir á los que podia proporcionarle Figueras, siendo con este motivo estraordinariamente lentos sus trabajos para formalizar el sitio. La guarnicion de la ciudad ascendia á 2,000 veteranos, y el paisanage se hallaba tan decidido, que desde luego pudo augurar el general francés la inutilidad de su segunda tentativa. Este hizo construir en las torres de San Luis y de San Daniel, demolidas y abandonadas por los defensores, dos baterías, de las cuales la una, compuesta de dos piezas de á 16, debia batir en brecha el fuerte; mientras la otra, que constaba de dos piezas de á 12 y dos obuses, debia apagar los fuegos de los nuestros y hacer su posicion insostenible. Estableció igualmente una obra y una batería con dos piezas de á 16 para combatir el frente del baluarte de San Pedro y echar por tierra el muro por la parte de la puerta de Francia. Para secundar este ataque principal, estableció otra batería de dos obuses y una pieza de á 16 á la parte de arriba del Oña contra el baluarte de Santa Clara, situando en la casa del Roca otra batería de obuses, y otra de morteros por último junto al pueblo de Santa Eugenia, con destino á incendiar la ciudad. Los habitantes por su parte aprovechaban el respiro que les daba la lentitud de las operaciones del enemigo, montando la artillería, aumentando y reparando las fortificaciones, introduciendo víveres en la plaza, y poniéndose en lo posible de acuerdo con los migueletes de afuera. Los dos ataques primeros que dirigió Duhesme contra el castillo de Monjuich y cuerpo de la plaza fueron rechazados por la guarnicion y por los entusiasmados vecinos con admirable serenidad, dando con esto muestras de la que sabrian desplegar cuando el enemigo intentase otra acometida mas brusca.

Esta tuvo lugar en la noche del 12 al 13, despues de haber intimado Duhesme á la plaza su rendicion y de ver desechadas sus proposiciones. El fuego comenzó por las baterías incendiarias, y por las que el enemigo dirigia contra los baluartes de Santa Clara y San Pedro, durando toda la noche y haciendo llover sobre la ciudad multitud de granadas y bombas. Gran número de casas ardieron con los estopines inflamados que acompañaban á los proyectiles; pero el vecindario consiguió estinguir el incendio, arrostrando los mayores peligros, dado que el enemigo para amedrentarle lanzaba con especialidad sus granadas y bombas sobre los puntos que se veian arder. El 13 por la mañana comenzaron los franceses á batir el castillo, consiguiendo al cabo de algunas horas de un fuego vivísimo desmontar en gran parte su artillería y hasta abrir un principio de brecha; pero la actividad de los oficiales y soldados del regimiento de Ultonia no consintió quedase practicable, dedicándose á repararla sin cesar con sacos de tierra. Falto el enemigo de trinchera para llegar á esta brecha, no se atrevió á intentar el asalto, y viendo que las baterías incendiarias no producian el efecto moral que se habia propuesto, preparóse tras nuevos desengaños sufridos el 14 y el 15 á levantar el sitio en la noche del 16. A haber Duhesme obedecido las órdenes superiores que se le comunicaron el 9 desde Bayona, noticiándole el desastre de Dupont, hubiera dejado libre á Gerona inmediatamente, retirándose á Barcelona como se le prescribia; pero el general francés no podia resignarse á verificarlo sin hacer primero un esfuerzo para apoderarse de la ciudad, y de aqui su estancia delante de sus muros en los cinco últimos dias. Claro es, pues, que Duhesme abrigó constantemente la esperanza de hacerse dueño de tan interesante punto, debiendo serle tanto mas sensible verse burlado, cuanto mas voluntaria era en él la obstinacion en que se aferraba. Desengañado al fin, envió para Francia sus heridos y enfermos, que eran muchos, y procuró por medio de destacamentos despejar el pais que tenia á la espalda. No teniendo caballos para llevarse el tren de sitio, fuele preciso abandonar la artillería, es decir, los morteros y las piezas de grueso calibre.

Mientras él y Reille disponian su retirada, el primero con direccion á Barcelona y el segundo camino de Figueras, poníanse de acuerdo los gefes de la guarnicion de Gerona con los somatenes de afuera, á fin de caér unos y otros sobre los franceses. Caldagués, con arreglo á las órdenes del marques del Palacio, habia salido de Martorell el 6 de agosto con tres compañías de Soria, una de Borbon y 2,000 migueletes á las órdenes de Bajet, llevando consigo tres piezas de cañon. Detenido en Hostalrich unos dias, reunió en aquel punto un buen número de nuevos migueletes y somatenes, y habiendo aumentado su artillería con dos piezas mas, llegó el 14 á Castellar de la Selva, á vista de los campamentos enemigos, uniéndosele allí el cuerpo de Milans y de Clarós, con lo cual ascendió la totalidad de sus fuerzas á 8,000 hombres de tropas de toda especie. Puesto secretamente de acuerdo con los defensores de Gerona, señalaron unos y otros la mañana del 16 para atacar á los franceses, dia que precisamente era el último que estos habian resuelto pasar delante de Gerona. Todas las tropas de Duhesme habian pasado á la sazon á la orilla izquierda del Oña, quedando entre este rio y el Ter, dando frente á Monjuich, cuatro batallones escalonados en Campduras para cubrir la retaguardia del ataque.

La guarnicion de la plaza no esperó la llegada de Caldagués para caer sobre el enemigo. Puestos á su frente el teniente coronel D. Narciso de la Valeta, del segundo de Barcelona, y D. Enrique O'Donell, del regimiento de Ultonia, y auxiliados por el destacamento de Monjuich, á las órdenes de D. Tadeo Aldea, salieron del recinto á las nueve de la mañana, y destrozando uno de los batallones franceses, pusieron fuego á las baterías de San Daniel y San Luis. Vista la derrota de los suyos, corrió desde Pontmayor á la cabeza de un batallon y tres compañías, y deteniendo á los fugitivos, recobró la batería de San Luis, en cuya torre no habian tenido tiempo los nuestros para hacerse fuertes. En aquellos mismos instantes apareció por el camino de los Angles el valiente Clarós, que despues de haber rechazado

el puesto avanzado del regimiento toscano en la ermita de San Miguel, atacaba el campamento de Campduras; mientras Milans, seguido por Caldagués, llegaba con su gente, dividida en varias columnas, por el camino de Castellar de la Selva. Temiendo entonces Reille ser envuelto, abandonó la montaña, y retirándose por el camino de Francia, reconcentró sus tropas en Pontmayor con pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el gefe de ingenieros Gardet. Nuestra pérdida ascendió á 150. Los españoles victoriosos no intentaron tomar á Pontmayor en lo que restó de aquel dia, ni aun pensaron en enviar partidas á retaguardia de los franceses, habiendo tenido tiempo Reille para reparar á una legua detras de sí un puente que los paisanos habian cortado por la mañana, sin tratar de ocuparlo despues. Duhesme por su parte quedó con sus tropas en el llano de Santa Eugenia, evitando con todo cuidado empeñarse en una accion general que podia serle funesta.



Derrota de los franceses delante de Gerona.

Entretanto llegó la noche, y protegidos Reille y Duhesme por la oscuridad, retiráronse precipitadamente, quedando enteramente despejadas las cercanías de la ciudad al amanecer del 17. Los bravos de Clarós y de Bajet picaron la retaguardia del primero, siguiendo el activo Milans tras el segundo, á pesar de la órden de Caldagués, que careciendo de caballería se oponia á que se molestase al enemigo en su retirada. Duhesme se vió apuradísimo en los principios de esta, teniendo que transitar por un camino cortado y lleno de obstáculos, mientras las fragatas inglesas y los faluchos catalanes se aproximaban á la costa para acosarle á cañonazos. Previendo este y otros peligros si continuaba su ruta por aquel malhadado sendero, añadió al sacrificio que ya habia hecho de la artillería de sitio, el de cuatro piezas de campaña y el de otros cañones que le quedaban aun, haciéndolos enterrar cerca de Calella, donde quemó los tiros. Hecho esto, tomó el camino de la montaña por lo mas áspero y enriscado, á fin de evitar el fuego de la marina, consiguiendo al cabo de dos dias de precipitada y angustiosa marcha restituirse á Barcelona. Tal fué el término desastrado de su segunda espedicion contra los heróicos gerundenses, no quedándole á fin de agosto otros puntos en su poder que los que ocho meses antes habia ocupado á traicion: la capital y el castillo de Figueras.

El pueblo de Gerona entretanto atribuia el verse libre á la proteccion especial de su patrono San Narciso, á quien en los últimos dias del sitio habia proclamado generalísimo de mar y tierra en todo el corregimiento, sancionando el nombramiento la junta de aquella ciudad por medio de un decreto, cuya lectura y la de la proclama hecha á nombre del santo escitó no poco la burla de los franceses, y mas cuando supieron la pomposa ceremonia con que el dia 13 de julio habian las autoridades y el pueblo adornado el cuerpo del nuevo general con su correspondiente banda y baston, ciñéndole una espada de oro. Hijo aquel acto ó no del fanatismo, el hecho fué que Duhesme no consiguió llevarse á Barcelona la cabeza del gefe que en sus zumbas llamaba fantástico y aéreo, y esto fué lo que entonces importaba. La junta suprema del Principado, residente á la sazon en Villafranca del Panadés, premió la bizarra defensa de Gerona con la concesion de un grado á todos los gefes y oficiales de su guarnicion, otorgando otras gracias que fueron despues confirmadas por la junta central en Sevilla. El conde de Caldagués, que tan oportuno socorro habia llevado á la plaza, fué promovido á mariscal de campo.

Mientras la suerte de las armas favorecia tan decididamente á los españoles en su primera campaña, realizábanse en Portugal acontecimientos tanto ó mas importantes, llenando de cuidado y zozobra al emperador, que por el sesgo que allí tomaban los negocios, conoció hasta qué punto podia ser funesto á su causa convertirse el territorio lusitano en principal teatro y punto de apoyo del poderío inglés declarado en su contra. Ya hemos visto en el capítulo VI los desaciertos con que Junot, representante en aquel punto de la política napoleónica, y general en gefe de sus armas, habia hecho imposible, lo mismo que el emperador, toda avenencia con los habitantes. La desercion de las tropas españolas y el arresto de Quesnel en Oporto, facilitando el levantamiento de esta ciudad y la constitucion de su junta, habian hecho harto crítica la posicion del general francés, privado repentinamente de un número considerable de fuerzas, y no siéndole posible con las que le quedaban apagar definitivamente en parte alguna el incendio de la insurreccion. Saqueado Beja, ocupado Leiria por Margaron, caido Nazaret en poder de las tropas francesas, y habiendo sido estas igualmente felices en otros puntos aislados, procuró Junot contener los progresos de aquel levantamiento adoptando medidas severas; pero ni esto ni el haber recurrido á la persuasion enviando diputados á las provincias á fin de calmarlas, produjo en Portugal el efecto que el general francés se prometia. Lisboa, asiento principal de las falanges imperiales, hallábase tambien en fermentacion, habiendo tenido lugar en ella un tumulto el dia del Córpus en los momentos mismos en que se celebraba la procesion, pudiendo Junot conocer con esto lo inútil que le habia sido igualmente aliarse con algunos eclesiásticos del capítulo patriarcal para anatematizar el desórden, declarando crímen de *excomunion mayor* el hecho de insubordinarse contra los franceses. No es de nuestro objeto ocuparnos detalladamente en todos y cada uno de los sucesos que acompañaron al primer arranque del levantamiento portugués, bastándonos manifestar que el gefe de las armas imperiales en aquel territorio se vió precisado á concentrar sus tropas en Lisboa, no habiendo sido venturoso por la parte del norte en sus tentativas contra la junta de Oporto, y habiéndose dejado seducir por las apariencias de sumision que creyó notar en el Alentejo. Sabiendo, empero, que esta última provincia habia vuelto á rebelarse no bien salió de ella el general Kellermann, determinó volver á someterla, olvidando toda clase de consideraciones, y obrando con tanta mas energía, cuanto la circunstancia de estar apoyada la rebelion por los españoles, haciale temer un conflicto si estos vencian, teniendo probablemente que luchar Junot muy en breve con los ingleses que amenazaban desembarcar de un momento á otro.

La junta del Alentejo habia fijado su asiento en Évora, la primera ciudad de Portugal despues de Lisboa y Oporto. Nuestra junta de Estremadura le habia enviado un pequeño cuerpo al mando de D. Federico Moretti, quien contribuyó al al-

zamiento de toda la provincia con estraordinaria actividad. Junot hizo pasar el Tajo el dia 25 de julio al general Loison, haciéndole desamparar la Beira y llevar consigo 8,000 hombres, los cuales caminaron con alguna lentitud, llegando el 29 á la vista de Évora. Mandados los portugueses por su general Leite, y los españoles por el referido Moretti, componian un cuerpo de 4 á 5,000 hombres, de nueva formacion casi todos y malísimamente armados, y esperaron al enemigo formados en batalla en las alturas á 800 toesas delante de la ciudad. Loison tuvo muy poco que hacer para dispersar completamente aquella aglomeracion de reclutas, los cuales fueron rechazados con pérdida de siete cañones de los doce que consigo tenian. Los fugitivos tomaron en su mayor parte el camino de España con Leite á su cabeza, dirigiéndose el resto á la ciudad con Moretti y el sargento mayor D. Antonio María Gallego. Uno y otro disputaron al enemigo con furibundo arrojo las calles de la poblacion. La resistencia de esta fué grande; pero tuvo al fin que ceder despues de haber perdido más de 2,000 hombres en una y en otra jornada. Gallego quedó prisionero, pero Moretti pudo libertarse de igual suerte, dirigiéndose á Estremadura con el resto de su tropa. Los franceses no perdieron sino 300 hombres entre muertos y heridos, y sin embargo entregaron la ciudad al mas horroroso saqueo, durando muchísimas horas el pillaje y la carnicería. El arzobispo Frere Manuel Do Cenanos, que habia autorizado y sancionado el levantamiento, pidió merced y gracia al vencedor, cuya cólera consiguió apaciguar, tanto por lo que decia relacion al pueblo como respectivamente á sí mismo. Loison, despues de echarle en cara su porte, le perdonó la parte que en la insurreccion habia tenido, y poniendo fin al estrago, confióle la administracion de la ciudad.

La noticia del saco de Évora llenó de terror á Lisboa, cuyos habitantes, sin distincion de clases, se apresuraron á abandonar la capital. Asustado el duque de Abrantes con aquella emigracion contajiosa, procuró atajarla prohibiendo á los moradores salir de la ciudad sin su autorizacion. No consiguiendo con esto el fruto que se prometia, decretó contra los fugitivos la confiscacion de bienes y el arresto de sus deudos, sino se restituian á la capital en el término que les prefijaba. Demas de eso ordenó á los habitantes de los pueblos y del campo entregar cuantas armas tuviesen; y cual si los fuegos artificiales usados con motivo de las fiestas fuesen igualmente temibles que los de cañon ó fusil, prohibió los cohetes, petardos y demas diversiones por el estilo. Mientras tanto se fortificaba en Lisboa y la abastecia de víveres, partiendo de la creencia que las demas campañas de los franceses en otros paises de Europa les habian hecho abrazar, esto es, que asegurada la posesion de las capitales, era consecuencia precisa la sumision completa de los reinos.

Tantas precauciones probaban evidentemente el recelo con que miraba Junot la insurreccion de las provincias lusitanas, no teniendo sino 20,000 combatientes para someterlas. Despues de la infructuosa tentativa con que los moradores de la capital se habian propuesto el dia del Córpus poner en conflicto al enemigo, hubo todavía mas de un esfuerzo para sublevar contra él aquella numerosa poblacion. El Domingo 24 de julio al salir los fieles de misa, presentóse á la puerta de una de las principales iglesias un patriota armado de pica y adornado de listas azules y rojas, con una cinta en el sombrero, en la cual se leia: *viva Portugal*, *viva el Príncipe regente nuestro señor*. La gente empezó á tumultuarse; pero disipados los grupos por una patrulla, fué cogido el autor del desórden, y entregado á una comision militar, le hizo esta pasar por las armas. El mismo dia apareció en el altar mayor de la patriarcal un huevo, en cuya cáscara estaban escritas con vivos colores las palabras *mueran los franceses*. Llevado el huevo al cuartel general, hizo el duque de Abrantes reunir una gran multitud de otros, en los cuales mandó escribir con materia grasa estas otras palabras: *viva el emperador*, y los hizo meter en un ácido en presencia de varios portugueses. Al cabo de algunos minutos apareció en todos ellos la inscripcion favorable á la

Francia, y como el huevo de la patriarcal se habia atribuido á milagro, le opuso Junot esos otros como un contra-milagro patente, dando al hecho la mayor publicidad y haciendo colocar los tales huevos en el altar mayor de todas las iglesias de Lisboa. Se vé, pues, que el gefe enemigo, viendo combatida su causa por toda clase de medios, no desdeñaba ni aun los supersticiosos para darle importancia y valor. El pueblo portugués entretanto podia atribuir á arte diabólica los milagros que no eran de su gusto, y asi fué juzgado en efecto ese juego de manos de Junot. Siéndole tan fácil á este lucirse refutando prodigios con nuevos portentos en contra, no alcanzó con su mucha habilidad á desmentir otras realidades, como eran las pésimas nuevas que respecto al ejército francés existente en España iban cundiendo por todo Portugal. La gaceta oficial de Lisboa publicaba las victorias sin cuento que los imperiales obtenian en Zaragoza, en Valencia y en Córdoba; pero los portugueses se atenian á los papeles españoles, y contestaban con ellos á Junot que Zaragoza estaba en pié, que Moncey se habia estrellado en los muros de la capital edetana, y que Dupont, en fin, y todo su ejército habian sido hechos prisioneros de guerra por los bravos de Reding y Castaños. Por la noche fijábanse en las esquinas de la capital multitud de pasquines de mal agüero, los cuales desmentian las patrañas que inventaba el duque de Abrantes, y acababan segun costumbre por escitar al pueblo á la rebelion. Una junta de hidalgos, de militares de graduacion superior, de miembros distinguidos de ambos cleros, de comerciantes y otras varias clases, dirigia en secreto los trabajos para hacer estallar el grito de insurreccion en las calles de la capital, cuando hubiera mas probalidades de éxito que en las tentativas anteriores, y esa junta, con el título de Consejo conservador de Lisboa, era generalmente la autora de los tales pasquines. Tal era la disposicion de los ánimos y tal el semblante que presentaban las cosas en Portugal, cuando el 29 de julio llegó á la bahia de Mondego una flota numerosa de barcos de transporte, que, segun sus maniobras y señales, parecia prepararse á echar en tierra la gente que consigo traia. Esa gente era un ejército inglés.

En efecto: la Gran Bretaña, que con tan delirante júbilo habia recibido las noticias de la insurreccion española, no se descuidó en esplotar aquel felicísimo accidente. Los diputados de nuestras juntas populares habian, como tenemos dicho, impetrado los auxilios de aquella poderosa nacion; pero limitándose en un principio á los de armas, vestuario y metálico, esquivaron con tanta prevision como bien entendido patriotismo admitir envíos de tropas. A nuestro modo de ver, ni aun los otros eran imprescindiblemente necesarios. El gobierno inglés, á pesar de la primera repulsa, empeñóse en darnos soldados; pero los diputados de Galicia y Asturias, sin rechazar abiertamente la oferta, contestaron á aquel que si juzgaba conveniente insistir, podia dirigir sus ejércitos á las costas de Portugal mejor que no á las de España, dado que esta reportaria siempre el beneficio de impedir á Junot que prevaleciendo en aquella parte de la Península cayese de rechazo sobre nosotros. Conforme el ministerio inglés con este pensamiento, dió una de sus escuadras, preparada con anterioridad á darse á la vela para América, órden de tomar otro rumbo, dirigiéndose inmediatamente á las costas de Portugal bajo el mando de sir Arturo Wellesley, tan célebre despues con el nombre de duque de Wellington. En aquella fecha tenia sir Arturo 40 años de edad, y era tenido entre sus compatriotas por hombre activo, resuelto y prudente, siendo igualmente favorable el concepto que gozaba como militar. Los principios de su carrera tuvieron lugar en Holanda, y á continuacion en la India bajo el mando de su hermano el marqués de Wellesley, gobernador de aquellas regiones. Distinguióse allí por su valor y pericia, y habiéndose restituido á Inglaterra en 1805, hizo parte del ministerio en cualidad de secretario de Estado de Irlanda, perteneciendo al sistema de gobierno de Pitt en toda su exageracion é inflexibilidad. Encargado mas adelante de la espedicion mandada por el gobierno inglés contra Copenhague, hízose notable al frente de una brigada, siendo promovido despues de aquella corta campaña al grado de teniente general.

Al confiarle ahora el gobierno inglés la espedicion contra Junot, puso á sus órdenes 9,000 hombres, los cuales se dieron á la vela en Cork el 12 de julio, llegando á la Coruña el dia 20, en los momentos en que Cuesta y Blake acababan de ser batidos en la desastrosa jornada de Rioseco. Wellesley reiteró á la junta de Galicia la oferta hecha anteriormente por el gobierno británico de asistir con sus tropas á los españoles; pero habiéndole aquella corporacion contestado en los mismos términos que antes, aconsejándole el desembarco en Portugal, continuó sir Arturo su ruta, deteniéndose delante de Oporto, donde conferenció con el obispo y con la gente principal de aquella ciudad. Prometiéronle los de Oporto secundar los esfuerzos de las tropas británicas con la cooperacion de un ejército portugués, y suministrarle demas de eso abundante provision de víveres con los correspondientes medios de transporte. Wellesley, convenido en esto, determinó desembarcar en la bahía de Mondego, punto el mas acomodado, tanto por la buena cualidad del fondeadero, como por la índole de las operaciones militares que debian seguirse. El desembarco no ofreció dificultad por parte de los franceses, puesto que el almirante sir Cárlos Cotton habia muy previsoramente hecho anteriormente ocupar el fuerte Figueira por una guarnicion de tropas de marina. Hallándose este gefe á la sazon delante de la barra de Lisboa, mandando el crucero inglés que se hallaba de observacion en aquellas aguas, marchó allá Wellesley á ponerse de acuerdo con él para las operaciones de la guerra. El general Spencer, á quien hemos visto desembarcar en el puerto de Santa Maria, recibió órden de darse á la vela para Figueira, mientras ocho batallones reunidos en Ramsgate, bajo las órdenes del brigadier general Anstruther, cinco que el general Acland mandaba en Harwick, y 11,000 hombres que acababan de llegar del Báltico á las órdenes de sir John Moore, debian reunirse tambien á las espediciones anteriores. Con estas fuerzas y algunos batallones de refuerzo que se esperaban de Gibraltar y de las islas de la Madera, debia el ejército inglés de Portugal componer un total de 33,000 hombres, comprendiendo en ellos la artillería y 1800 caballos. Como Wellesley era el último teniente general del ejército inglés en la lista de aquella nacion, no podia conservar el mando en gefe de tantos cuerpos reunidos, el cual fué conferido al gobernador de Gibraltar, Sir Hew Dalrymple, á quien se consideró como el mas á propósito para ejercerlo, en consideracion á las buenas relaciones que le unian á las autoridades españolas. El teniente general sir Harri Burrard, uno de los gefes de la desgraciada espedicion de Ostende en 1798, fué nombrado segundo del ejército. Quedó, pues, Wellesley en un rango harto inferior al que acababa de traer embarcándose en Cork en cualidad de general en gefe, y esa mudanza le fué tanto mas sensible cuanto sus ilusiones todas se cifraban entonces en acreditar su mando y sus disposiciones militares combatiendo al coloso de Europa.

Sir Arturo, en medio de todo eso, tenia órden de continuar sus disposiciones mientras venia el general Dalrymple. Apresuróse, pues, á poner su gente en tierra á fin de aprovechar, si le era posible, la ocasion de brillar en primer término antes que el gobernador de Gibraltar se encargase del mando. El desembarco ofreció alguna dificultad por razon del viento y del oleaje; pero vencido totalmente con alguna pérdida el dia 5 de agosto, y habiendo Spencer desembarcado tambien por su parte en Lavoos, pusiéronse ambos generales de acuerdo y emprendieron el 9 la marcha con direccion á Lisboa. Las fuerzas británicas reunidas ascendian á 13,300 infantes, 200 caballos y 18 piezas de artillería. El 10 y el 11 llegaron sucesivamente á Leiria, á cuyo punto arribó tambien el dia siguiente, viniendo de Coimbra por Pombal, el ejército portugués compuesto de 6 á 7000 infantes y 600 caballos, al mando del general de la misma nacion Bernardino Freire. Estas últimas tropas carecian en su mayor parte de fusiles, y Wellesley se los proporcionó. Habíase el 7 decidido entre los gefes ingleses y portugueses que los ejércitos de ambas naciones marcharian directamente sobre la capital; pero habiéndose tenido noticia de que Loison habia dejado el Alentejo y entrado en Tomar, temió Freire dejar en descubierto á Coimbra, y se resolvió á no alejarse de Leiria mien-

tras los franceses no tomáran otro rumbo. Wellesley recibió de su aliado 1400 infantes y 260 caballos que incorporó á su ejército, y continuó su camino por la parte mas próxima al mar, á fin de recibir en tiempo oportuno los víveres de su flota, llegando el 13 á Calvaria, el 14 á Alcobaza, y á Caldas el 15.

La posicion de Junot era crítica. Al desembarcar los ingleses, tenia diseminadas sus tropas; y siéndole preciso reunirlas, mandó á Loison, que recorria el Alentejo, dirigirse á la Beira, flanqueando la izquierda del enemigo, y ordenó á Kellermann saliese de Lisboa el 11 á dispersar las partidas de paisanos que con el título de ordenanzas estaban reunidas en Alcázar de Sal, formando una masa numerosa, alentada por la presencia del crucero inglés estacionado delante de Setubal. Kellermann dispersó á los patriotas, y entrando en Setubal á continuacion, arruinó su fuerte, baterías y almacenes, estableciéndose en seguida con sus tropas en las alturas de Almada. En la embocadura del Tajo existia una escuadra rusa, comandada por el almirante Siniavin. Junot se habia anteriormente empeñado sin fruto en conquistar el apoyo de este gefe á favor de la causa francesa. Amenazado ahora por los ingleses, reiteró sus peticiones, manifestando al almirante que era en él un deber combatir á los soldados británicos con quien la Rusia estaba en guerra. Siniavin persistió en su negativa, y rechazando cuantas proposiciones le fueron hechas, declaró que mientras los ingleses no acometiesen el puerto, estaba decidido á no tomar parte en la lucha. Quedó, pues, Junot abandonado á sí mismo, no pudiendo contar con recursos estraños para contrarestar al enemigo. Viendo á este avanzar hácia él, parecióle indigno de su nombradía continuar encerrado en Lisboa; y dejando esta ciudad encargada al prudente y bien quisto Travot, determinó salir al campo á medirse con las fuerzas británicas. Delaborde, encargado de observar y contener á los ingleses durante su marcha, á fin de dar tiempo á que se reunieran en los puntos convenidos las tropas francesas dispersas, habia sido derrotado en Roliza el 17 por las tropas de Wellesley, que en la madrugada de dicho dia habia salido de Caldas. Dicha accion, que costó á los franceses 600 hombres de pérdida, y 500 á las tropas inglesas, inspiró á estas confianza en el éxito de la lucha que con tan buenos auspicios se abria, siendo esto tanto mas importante para ellas, cuanto mas amenguada estaba su reputacion por lo tocante á las últimas espediciones de tierra, desgraciadas en otros paises, hasta el punto de haberse creido no ser á propósito la nacion británica para medirse con sus enemigos, sino solamente por mar.

Junot el dia 20 reunió en Torres-Vedras todas las fuerzas con que le era posible contar, ascendiendo estas á 12,000 infantes y 1500 caballos, sin incluir las guarniciones que habian quedado en los fuertes de Lisboa, Yelves, Peniche, Almeida, Palmela y Santa Elena. Este pequeño ejército fué distribuido en dos divisiones de infantería, una reserva de granaderos y una division de caballería. La division primera, fuerte de 3200 infantes, estaba al cargo del general Delaborde; la segunda, que ascendia á 2700 hombres de la misma arma, mandábala Kellermann; la division de caballería estaba á las órdenes del general de brigada Margaron; y últimamente la artillería, comandada por el de la misma clase Taviel, consistia en 26 piezas repartidas en tres secciones, á saber: 8 cañones en la primera division á las órdenes del coronel Prost, otros 8 en la segunda á las del coronel d'Aboville, y 10 en la reserva á las de el entonces tambien coronel y mas adelante general Foy, el ilustre escritor y dignísima notabilidad á quien tantas veces nos hemos referido en el discurso de esta obra.

Los ingleses eran dos contra uno, dice este, comparados con los franceses. Los 500 hombres que habian perdido en Roliza entre muertos, heridos y prisioneros, acababan de ser reemplazados con aumento considerable por un refuerzo de 4200 hombres traidos el dia 20 por los brigadieres generales Anstruther y Acland. Demas de esto, sir John Moore se aproximaba tambien con los 11,000 hombres anunciados, y con esto el ejército inglés no era inferior al de los franceses, sino tan solo en la caballería, compuesta de 200 caballos de su nacion y otros tantos por-

tugueses. Wellesley, deseoso de proteger el desembarco de las tropas de Anstruther y Acland, habia avanzado hasta Vimeiro, y se disponia á marchar por el camino estrecho y peñascoso de Mafra, el que estendiéndose por espacio de seis leguas paralelamente á una costa escarpada, forma una serie de desfiladeros, en los cuales no le hubiera sido posible formar sus tropas en batalla, caso de que los franceses, apercibidos de aquel movimiento, hubieran determinado atacarle. Dadas estaban ya las órdenes para emprender en la madrugada del 21 aquella marcha aventurera, cuando desembarcando en Maceira el teniente general sir Harry Burrard, nombrado segundo de Dalrymple, fuéle preciso á Wellesley suspender su movimiento y avistarse á bordo con el nuevo general. Este desaprobó la tentativa de su subordinado, juzgando espuesto el plan á graves inconvenientes, y no creyendo por otra parte tan urgente la necesidad de obrar, mientras no se les uniese Moore con los 11,000 que traia. Dióse, pues, órden á este para que desembarcase en Maceira, y sir Arturo, mal su grado, se vió precisado á permanecer inactivo en la posicion de Vimeiro. Su inercia, sin embargo, duró poco, puesto que no queriendo Junot dar lugar á que las tropas británicas se engrosasen con el considerable refuerzo que esperaban, determinó atacar á Wellesley, saliendo de Torres-Vedras en la noche del 20. Trabada la batalla el 21 por la mañana, desplegaron los franceses en ella un valor que rayó en desesperado; pero inferiores en número á sus enemigos, y resistidos con inteligencia por Wellesley, pronunciáronse en retirada despues de tres horas de furiosa pelea, con pérdida de 1800 hombres y 13 piezas de artillería. El general Solignac y el coronel Foy



Batalla de Vimeiro.

fueron heridos, y lo mismo el general Brenier, que ademas quedó prisionero. La pérdida de los ingleses ascendió solamente á 800 hombres entre muertos y heridos, siendo por consiguiente considerablemente inferior á la de sus contrarios, atendido el número respectivo de fuerzas con que uno y otro campo contaban. Los insulares podian con aquel resultado aprovechar la ocasion de destrozar completamente á los imperiales, y asi pensaba hacerlo Wellesley; pero Burrard, que habia llegado al campo cuando ya estaba empeñada la accion, y la habia dejado terminar,

no quiso consentirle que persiguiese al enemigo despues de conseguida la victoria, conducta que con razon fué censurada de envidia y rivalidad respecto á su compañero. El ejército francés se retiró con órden y sin ser molestado á Torres-Vedras el mismo 21 por la tarde.

En la mañana del dia siguiente reunió Junot en consejo de guerra á los generales de division Delaborde, Loison y Kellermann; al general de brigada Thiebault, gefe del estado mayor general; al de la misma clase Taviel, gefe de la artillería; al coronel Vicent, comandante de ingenieros, y al comisario ordenador en gefe Trousset, y les manifestó la crítica situacion en que se hallaba el ejército. Este habia combatido la víspera, mas bien por llenar su deber, que no por confiar en la victoria.

El de los ingleses mientras tanto esperaba refuerzos numerosos, los cuales iban á doblar el número de sus combatientes. Otras noticias anunciaban que el ejército portugués comandado por Freire habia llegado á Obidos; que el cuerpo de Bacellar bajaba por la orilla del Tajo, y que el paisanaje de la Beira se habia apoderado de Abrantes. Las nuevas de Lisboa, cuyo sosten estaba encomendado á una guarnicion harto débil, eran alarmantes tambien. En circunstancias como aquellas, ¿debia el ejército francés tentar nuevamente la suerte de las armas? Caso de ser asi, ¿cómo debia hacerlo? Si no lo era, ¿qué partido podia adoptarse? La opinion del consejo fué unánime sobre las tres cuestiones propuestas, conviniendo todos sus individuos en que el ejército habia hecho por su honra cuanto se le podia pedir. La defensiva era imposible, y empeñarse en dar una nueva batalla era conducir los soldados á una muerte segura. No habiendo por otra parte en Lisboa ni en ninguna otra parte de Portugal puntos fuertes que estuviesen dispuestos y provisionados en términos de poder los franceses esperar en ellos los tardíos socorros que pudieran venirles de Francia, el único partido que les quedaba era la evacuacion de Portugal. ¿Pero cómo se hacia esa salida? Atravesar la España para unirse al ejército de José en la orilla izquierda del Ebro, ofrecia peligros terribles y muy pocas probabilidades de éxito. ¿Por qué, pues, no ensayar un tratado con los ingleses basado sobre la condicion de dejar al ejército francés en libertad de trasladarse á Francia, otorgándoles este en cambio la posesion de Lisboa con las demas plazas que ocupaba en Portugal? Esta proposicion pareció al consejo la mas digna de adoptarse entre todas, y mientras el ejército vencido se dirigia á Lisboa á fin de cubrir aquel punto, encargóse al general Kellermann partiese sin demora al cuartel general inglés para entablar la negociacion.

Kellermann, que á su nombre europeo como hombre de guerra unia cuantas dotes podian apetecerse bajo el punto de vista diplomático, aprovechó con sagacidad todas las circunstancias que pudo presentar como favorables á la mision de que estaba encargado, suponiendo en los franceses energía y recursos, y pintando á la escuadra rusa anclada en el puerto de Lisboa como decididamente dispuesta á socorrerlos en caso de apuro. Despues de algunas horas de discusion con Dalrymple, que acababa de desembarcar, encargándose del mando en gefe, alcanzó Kellermann un armisticio, cuyas principales condiciones eran las tres siguientes: 1.ª que el ejército francés evacuaria á Portugal, debiendo ser transportado á Francia con toda su artillería, armas y bagajes, por los buques británicos: 2.ª que los portugueses y los franceses establecidos en Portugal no serian molestados por su conducta política, pudiendo evacuar el pais en un plazo determinado, con todo lo que les perteneciese, los que de ellos quisieran hacerlo: 3.ª que la escuadra rusa quedaria en el puerto de Lisboa considerada como neutral, pudiendo salir de él cuando quisiera, sin que se la molestase ó persiguiese hasta que fuera pasado el término fijado por las leyes marítimas.

Estas condiciones debian servir de base á un convenio definitivo, el cual debia llevarse á cabo por los generales en gefe de los dos ejércitos junto con el almirante de la armada británica, debiendo haber suspension de armas hasta la conclusion del tratado, siendo el Sizandro la línea divisoria de ambos campamentos, y no pudiendo pasar de Leiria y Tomar los portugueses armados. Caso de haberse de rom-

per nuevamente las hostilidades, estipuló tambien Kellermann que no pudiera hacerse, sin que ambos ejércitos se avisasen con 48 horas de anticipacion. Hecho esto, volvió á los suyos el 23 por la mañana, uniéndose al ejército francés en Cabeza de Montachique, el mismo dia que Junot entraba en Lisboa al frente de los granaderos y de dos regimientos de caballería.

La capital del reino lusitano presentaba á la sazon un aspecto de mal agüero para las tropas francesas. Sabido el 20 por sus moradores el mal éxito que para estas habia tenido el combate de Roliza, empezaron á discurrir por las calles lanzando gritos de furor y de venganza contra sus opresores. El general Travot, querido y respetado por los portugueses en razon á los buenos oficios que con ellos habia desplegado durante su mando de Ociras, presentóse en aquellos momentos en medio de los grupos populares, consiguiendo con su serenidad y con apacibles palabras calmar el tumulto y hacer volver á sus casas los alborotados sin haber procedido á vias de hecho contra los franceses. La consternacion, sin embargo, se habia apoderado de estos, y sobre todo de los portugueses que habian abrazado su causa, subiendo de punto el terror en los últimos cuando llegó á Lisboa la noticia de la batalla de Vimeiro. Muchos de ellos estaban ocultos sin osar presentarse á sus compatriotas, otros buscaban un asilo en las naves francesas, y otros con los ministros se reunian en el arsenal, edificio situado en la playa. Junot recurrió al triste arbitrio de terjiversar las noticias, suponiendo ganada la accion que acababa de perder; y no bastando esto para calmar los ánimos de aquella populosa ciudad, adoptó aparatosas medidas á fin de tenerla en respeto mientras se daba fin al armisticio. Este mientras tanto tardaba en concluirse definitivamente. El almirante inglés Cotton se negó tenazmente á admitirlo en la parte que decia relacion á la neutralidad del puerto de Lisboa respecto á la escuadra rusa. Esta primera dificultad fué seguida muy pronto de otras, puesto que el general portugués Bernardino Freire resistió con la misma energía la terminacion de un tratado, en el cual no se hacia mencion ni del príncipe regente de Portugal, ni de la junta de Oporto que regia el pais durante su ausencia. Los ingleses no hicieron caso alguno de las reclamaciones de este gefe, fundándose en no haberles Freire ayudado en el combate con el grueso de todas sus fuerzas. La protesta del almirante Cotton produjo entretanto su efecto, y Dalrymple anunció á los franceses la ruptura de las negociaciones, junto con su determinacion de caer sobre ellos en Lisboa. El peligro de Junot era grande. Los portugueses conducidos por Freire avanzaron hasta la Encarnacion, cerca de Mafra, y mientras se daba órden al cuerpo portugués de Bacellar para salir de Santaren en barcos, á fin de sorprender en Sacaven la legion hannoveriana, el conde de Castro-Marin partia de Evora con 6000 hombres de los Algarves y del Alentejo y se dirigia hácia el Tajo. El coronel Lopez bloqueaba á Palmela y ocupaba á Setubal con las partidas de paisanos, cuya irritacion llegó al punto de sacrificar al ayudante de campo Marlier, enviado por el general Graindorge á parlamentar con ellos. Al mismo tiempo arribaba á la embocadura del Tajo el general inglés Beresford, procedente de Cádiz con su regimiento de infantería, y el general sir John Moore acababa de verificar su desembarco en Maceira con los 11,000 combatientes que traia á sus órdenes. Cotton acosaba á Dalrymple, pidiéndole destacase á Setubal una parte de este último cuerpo, para que unido á los portugueses del Alentejo, cortase á los franceses la retirada sobre la plaza de Yelves.

En circunstancias tan apuradas, todavía quiso el francés acreditar su antigua nombradía, combatiendo de nuevo á los ingleses. La escuadra rusa tenia á bordo mas de 6000 hombres, y no necesitando mas de 1000 para el servicio de mar, pidió Junot á su almirante la gente que le sobraba, á fin de resistirse con este refuerzo hasta el último trance, esperando los socorros de Francia, ó en su defecto el arreglo de un tratado que salvase su ejército y la misma escuadra. El almirante ruso persistió en su anterior negativa, prefiriendo tratar por sí solo con los generales británicos y entregarles su flota, á tomar parte con los franceses en la lucha que

Junot proponia. Esta determinacion, que tan sensible debió ser al duque de Abrantes por el socorro que se le negaba, fué bajo otro punto de vista un gran paso para su bien. Separada de la cuestion principal la accesoria relativa á los rusos, causa hasta entonces el rompimiento de las negociaciones, no era ya tan difícil entablarlas de nuevo bajo las mismas bases y condiciones á que habia accedido Wellesley por encargo del general en gefe. Procedióse, pues, á renovar el trato, si bien con algunas modificaciones, tales como reducir á 600 el número de caballos que el ejército francés podria llevarse, y determinar que los negociantes franceses establecidos en Lisboa no sacasen de allí sus haberes en mercancías que los representasen. Por lo demas, quedaron en pié las estipulaciones relativas á los franceses y portugueses que habian abrazado su causa, no debiendo molestárseles por su reciente conducta política. Todo el ejército de Junot, inclusas las guarniciones de las plazas fuertes, debia ser transportado á cualquiera de los puertos de Francia entre Rochefort y Lorient, llevando consigo sus armas y bagajes, sin considerarle prisionero de guerra, y dejándole en libertad de servir otra vez desde el momento de su arribo á Francia. En cuanto á los soldados españoles que estaban detenidos á bordo de los buques franceses en el Tajo, determinóse que debian ser entregados al general en gefe inglés, obligándose este á obtener de España la restitucion de los súbditos franceses que estuviesen detenidos en ella sin haber sido hechos prisioneros en ninguna accion militar. Por este artículo recobramos nosotros 3500 hombres de infantería y caballería, que gemian en los pontones del Tajo. La convencion fué firmada en Lisboa el 30 de agosto por el general Kellermann á nombre de los franceses, y por el de igual clase Murray en nombre del ejército británico, habiéndose llamado *de Cintra*, por hallarse en este punto las tropas inglesas cuando Dalrymple la ratificó.

Los ingleses prescindieron de mencionar en el tratado al regente de Portugal y á la junta de Oporto, obrando por sí y ante sí, sin consultar en lo mas mínimo á las autoridades lusitanas. Bernardino Freire volvió á protestar contra varios de aquellos artículos, haciendo lo mismo irritado el conde de Castro-Marin, mereciendo su enojo especialmente el que prometia impunidad y seguridad á los partidarios de los franceses cualesquiera que fueran. En Lisboa hubo tambien recriminaciones y murmullos, pero todo el encono se desvaneció ante la alegría que á los portugueses causaba ver libre de enemigos el pais.

En España fué tambien censurada la conducta de los generales ingleses, mirándose mal que estos dejasen libre al ejército de Junot, cuando podian dictarle la ley en los términos que se habia hecho con las tropas de Dupont en Andalucía. Pero donde mas indignacion produjo el convenio de Cintra fué en Lóndres y en toda Inglaterra, no habiendo ejemplo de capitulacion que produjese allí efecto mas desagradable, aun cuando entrasen en cuenta la convencion de Closter-Severn durante la guerra de los siete años, y mas recientemente las capitulaciones del Helder y de Buenos-Aires. Los diarios y papeles públicos aparecieron orlados con bandas negras en señal de luto, figurando en ellos caricaturas que representaban á Dalrymple, Burrard y Wellesley colgados de la horca. El consejo comun de la ciudad de Lóndres se reunió constitucionalmente, y elevó sus quejas al trono contra un acto que calificaba de afrentoso á la nacion británica, espresándose en el mismo sentido otras asociaciones políticas de los tres reinos. Pronunciada así unánimemente la opinion pública en contra del convenio en cuestion, viéronse los ministros ingleses precisados á someterlo á discusion en toda regla, nombrando una comision que informase respecto al asunto. Dalrymple, Burrard y Wellesley fueron llamados á fin de que satisfaciesen á los cargos que se les hacian. La comision declaró no haber lugar á formarles causa, y acorde el rey con este dictámen, dió por libres de todo castigo á los tres generales, desechando no obstante los artículos que en el tratado parecian ofensivos á Portugal y á España. La convencion en tanto fué cumplida en su esencia, si bien el embarque de los franceses no pudo verificarse á un tiempo para todos, por no haber transportes á mano para

verificarlo de una vez. Las tropas de Junot permanecieron en Lisboa quince dias, durante los cuales fué muy crítica su posicion en aquella capital indignada, cuyos habitantes, unidos á los paisanos armados que acudian de afuera en tropel, no cesaron un punto de tener en alarma á los franceses, acometiendo sus patrullas y matando individuos aislados. Este aflictivo estado duró hasta la mitad de setiembre, en cuya época fueron los imperiales embarcados con arreglo á lo convenido, dándose á la vela Junot con direccion á la Rochela.



Los franceses evacuan á Portugal.

Las guarniciones de Yelves y de Almeida no pudieron llegar á tiempo para embarcarse con el grueso de las tropas. El primero de dichos puntos estaba sitiado por los españoles al mando del general Galluzo, á cuyo cargo estaba el ejército de Estremadura. La junta de esta provincia habia creido ser aquella la ocasion oportuna de apoderarse de Yelves; y enviando como gefe del sitio al mariscal de campo D. José de Arce, verificó este el asedio el 7 de setiembre con 6000 hombres y un numeroso tren de artillería. Girod de Novilars, comandante de la guarnicion francesa, habia rechazado con desden las intimaciones de Galluzo. Embestido el 9 por Arce con fuerzas superiores, vióse precisado á evacuar la ciudad; y dejando una compañía en el fuerte de Santa Lucía, se encerró con el resto de su guarnicion, compuesta al todo de 1400 hombres, en el fuerte de la Lipe. Los nuestros volvieron á renovar sus intimaciones, y no produciendo mas efecto que las anteriores, continuaron algunos dias hostilizando á Girod. En esto llegó delante de la plaza un regimiento inglés el 20 de setiembre, á fin de cumplir el convenio por lo que respetaba á aquel punto. Arce y la junta de Estremadura se opusieron enérgicamente á que saliesen libres los franceses que estaban sitiados allí; pero al fin cedieron de su oposicion en fuerza de las amistosas observaciones que les hizo el coronel inglés Graham. Girod en consecuencia salió libre del fuerte con los suyos, llevándose consigo no solamente la guarnicion, sino tambien los oficiales y funcionarios franceses que estaban detenidos en Badajoz cuatro meses hacia. La guarnicion de Yelves se embarcó el 7 de octubre en Aldea Gallega.

Por lo que toca á la de Almeida, compuesta de igual número que la anterior, hallábase apurada tambien en medio de los portugueses que la sitiaban, oponiéndose es-

tos á entregarlos á los gefes ingleses. Estos, no obstante, fieles á su empeño, vencieron la resistencia lusitana en los primeros dias de octubre, siendo la guarnicion francesa conducida á Oporto para ser embarcada en su puerto. Los habitantes de esta ciudad, irritados de ver junto á sí á los imperiales armados, amotináronse contra ellos, creciendo el encono de la multitud á la vista de algunas alhajas y ornamentos de iglesia que se hallaron en sus equipajes. El obispo y los magistrados de la poblacion hicieron cuanto estuvo en su mano para calmar la furia de la plebe; pero quien consiguió salvar la vida de los imperiales fué sir Roberto Wilson, coronel de un cuerpo portugués de nueva formacion que se organizaba en Oporto á espensas de la Inglaterra. Su ascendiente no bastó, sin embargo, á hacer que se devolvieran á los franceses los haberes y armas de que habian sido despojados. Embarcada al fin la guarnicion de Almeida despues de tantos peligros, fué conducida delante de Lisboa, reuniéndose el 18 de octubre á la de Yelves, con lo cual quedó terminado cumplidamente el convenio de Cintra.

Junot llegó á la Rochela con 3,000 hombres; y el resto de su ejército á Quiveron, con pérdida de 2,000 que naufragaron. Unidos á estos los 3,000 que perecieron en la primera época de la invasion en su marcha á Lisboa, y otros 2,000 en el alzamiento, quedaron reducidos á 22,000 los 29,000 que habian salido de Francia. Todos ellos al invadir la Península eran conscriptos y novicios: instruidos y aguerridos ahora, los veremos de nuevo incorporarse á sus compañeros de armas, verificando una segunda invasion mas asoladora y terrible que la primera.

Hemos descrito con alguna prolijidad los sucesos de la primera campaña de la Península, deteniéndonos particularmente en los de mas reconocida importancia. Asi lo exijia un período tan admirable y sin ejemplo acaso en otra historia que no sea la del pueblo español. Sin gobierno, sin plan, sin recursos, cuando mas decia la ciencia que la insurreccion del pais era una quimera imposible, supo este probar que es hacedero para las naciones lo que estas se empeñan en hacer. Las épocas que siguen son en todo tan grandes y admirables como la primera, porque si heróico fué lanzar el guante al dominador de la Europa y empeñarse en una lucha terrible, cuyo éxito, en sentir de los sábios, no nos podia ser sino funesto, no fué menos sublime ni menos digna la constancia con que el pueblo español supo sostener su actitud, sin desmayar por nuevos infortunios, ni dudar un momento de su triunfo, aun cuando reducida su defensa al estrecho recinto de Cádiz, parecia mas que nunca imposible el feliz resultado de su empresa. Gran placer tendríamos nosotros en ser, no ya prolijos, mas sí latos, al recorrer las nuevas fases de nuestra gloriosa insurreccion; pero circunstancias independientes de la voluntad del que esto escribe han hecho tan largo el período de la aparicion de la obra, que es preciso tener en consideracion la justa impaciencia de nuestros lectores para verla concluida, y debemos reducir las dimensiones del cuadro, aun á riesgo de ser censurados por la falta de unidad que se observe en la realizacion del primer plan.







F. Perez dib.º y lit.º

Litog.ª de Bachiller.

INSTALACION DE LA JUNTA CENTRAL EN ARANJUEZ.

CAPITULO XVII.

Consideraciones sobre la lejitimidad del poder ejercido por las juntas populares en 1808.—Necesidad de un gobierno central, y consideraciones sobre su índole.—Oportunidad del régimen federativo en la época á que se refiere esta historia.—Nombramiento de la Junta Central.—Ambiciosos designios del Consejo de Castilla.—Gestiones del príncipe Leopoldo de Sicilia para obtener la regencia del reino.—Instalacion de la Central en el Real Sitio de Aranjuez.—Juicio sobre esta corporacion y sobre sus principales individuos.—Defectos esenciales de dicha asamblea en su organizacion interior.—Desacertadas providencias suyas.—Entrada de Llamas y Castaños en Madrid, y proclamacion de Fernando VII.—Piérdese la oportunidad de atacar á las tropas enemigas con probabilidades de éxito.—Distribucion de nuestros ejércitos en la segunda campaña: falta de concierto en los planes: distribucion del ejército de José.—Consejo de generales celebrado en Madrid, y disposiciones que adopta: lamentable retardo de las operaciones.—Movimiento de nuestras tropas.—Accion de Lerin: pérdida de Logroño: destitucion de Pignatelli.—Preparativos del emperador para dar presto fin á la lucha: conferencias de Erfurth: nueva organizacion y distribucion de las tropas francesas para la segunda campaña.—Cruza Napoleon el Vidasoa y se pone al frente de su ejército.—Accion de Zornoza: pérdida de Bilbao: únense á las tropas de Blake las que al mando del marques de la Romana habian venido del Norte: ataque de Balmaseda.—Continúan las desgracias de Blake: batalla de Espinosa de los Monteros.—Retirada de Blake á Reynosa: toma Napoleon el camino de Madrid.—Movimiento del ejército de Estremadura: batalla de Burgos.—Entrada de Napoleon en esta ciudad: amnistía y proscripciones.—Fin de la retirada de Blake, á quien sucede el marques de la Romana en el mando del ejército de la izquierda: derrota de los asturianos al mando de Llano Ponte.—Desaliento de Moore en Salamanca y tardanza del ejército ingles en cooperar á la lucha.—Situacion de nuestro ejército del centro: batalla de Tudela.—Reúnense en Zaragoza los aragoneses, valencianos y murcianos derrotados en dicha batalla: retirada de Castaños á Calatayud y á Sigüenza: ataque de Rubiesca: sucede la Peña á Castaños en el mando del ejército de Andalucía.—Marcha Napoleon á Madrid: accion de Somosierra: pasan los franceses el puerto.—Napoleon delante de Madrid: defensa de esta villa: toma del Retiro por los franceses: capitulacion violada por estos: entrada del emperador en la córte de España.—Crítica situacion de la Junta Central: abandona el Real Sitio de Aranjuez y se dirije á Badajoz.

Al insurreccionarse las provincias en mayo contra el poderío frances, hallábase la nacion sin gobierno, no pudiendo llamarse tal la junta suprema nombrada por Fernando antes de su viaje á Bayona. Esta corporacion, vendida al intruso ó supeditada por él, habia poco á poco degenerado en principal instrumento de la opresion que sobre el pais se ejercia. Su conducta al quemar los decretos espedidos por el rey el 5 de mayo, en uno de los cuales la autorizaba este para ejercer la soberanía, disponiendo en el otro que el Consejo, ó cualquiera audiencia ó chancillería que se hallase libre, procediese á convocar las córtes del reino, fué un acto con el cual abdicó todo derecho á presidir los destinos de la nacion, no pudiendo ya ser legítimo el ejercicio de su autoridad, y menos publicando como publicó el régio decreto del 6, reconociendo válida la renuncia del jóven monarca, contra la cual se alzaba tan unánimemente el grito de reprobacion nacional.

El Consejo de Castilla, á quien segun el espresado decreto del 5 se cometia la facultad de reunir las Córtes, no habia observado tampoco sino una conducta punible, dado que mientras las probabilidades de éxito estuvieron por el invasor, fué constantemente su cómplice, como lo habia sido la junta, y mal podia por lo mismo ejercer una autoridad, cuyo primer carácter debia ser el nacionalismo en todas sus disposiciones.

Las chancillerías y audiencias, aterradas delante del invasor, no habian tampoco hecho nada, ni podian hacerlo tal vez obrando en cuerpo, en favor de la causa nacional y de su comprometida independencia. Mal podia, pues, ningun cuerpo de los constituidos en España en el citado mes de mayo reclamar el derecho de erigirse en gobierno, pasados los primeros momentos de consternacion y de apuro, no habiendo podido ser útiles en ese sentido gubernamental, cuando el pais se via sin gobierno.

Pero las provincias se alzaron y constituyeron sus juntas, y esas juntas hicieron por la patria lo que ellas solas en aquella crísis podian con éxito hacer. Su prevision, su celo, su heroismo, su fidelidad, su constancia, eran títulos que, unidos á la voluntaria obediencia que las tributaban los pueblos, constituian la legitimidad del supremo poder que ejercian, y que nadie podia disputarles, incluso el rey que tan cobardemente se postraba á los pies de su tirano, cuando el ínfimo de sus súbditos no titubeaba en morir antes que consentir la cadena que al pais se queria imponer. La historia de todos los pueblos del mundo no ofrece un ejemplo tan grande de la soberanía de alguno, ejercida con tanta estension y con tan indudable derecho, como la que ejerció en aquella época la magnánima nacion española. El supremo poder de las juntas fué un título inherente á la índole y á la naturaleza de su encargo, sin que nadie que nosotros sepamos, ni aun los mismos escritores absolutistas, hayan puesto objecciones á la pureza y legitimidad de su orígen, cualesquiera que fuesen los defectos que algunas de esas corporaciones cometieran en el ejercicio de las atribuciones que les habian delegado los pueblos. La retirada de los franceses á la orilla izquierda del Ebro, fué, por decirlo asi, la última sancion del poder ejercido por las corporaciones provinciales: el buen éxito que en su reinado habia tenido la lucha, manifestaba bien lo dignas que habian sido de representar la nacion en aquella crísis terrible.

Eran, pues, las juntas supremas el único gobierno legítimo y verdaderamente nacional que las circunstancias de entonces hacian posible en España, y eran dueñas sin óbice alguno de tomar el rumbo que mejor les placiese para constituir definitivamente el pais en el sentido que su ilustracion y patriotismo creyesen mas oportuno, desde el momento en que tuviesen tiempo para ocuparse en tan vital asunto, siendo menos inminente que antes el riesgo que corria en la lucha el sosten de nuestra independencia.

Ese momento llegó despues de la jornada de Bailen. Las juntas provinciales, que desde el mes de junio habian ya pensado en lo útil de armonizar para el mejor éxito los esfuerzos desplegados por todas, vieron en su triunfo la hora de ponerlo en ejecucion y se dedicaron á hacerlo. La necesidad de un poder que sirviese de lazo comun al fraccionamiento local, fué reconocida por todos, diferenciándose no obstante las opiniones acerca de la forma y organizacion que habia de tener ese gobierno. Unos, que eran los mas, lo querian supremo y soberano sobre todos los distritos sin escepcion, y otros, en muy escaso número, deseábanlo central en buen hora, pero con el carácter de federativo, dando al centro el poder suficiente para dirigir la lucha con éxito, pero sin perjuicio de la supremacía de las autoridades locales en sus respectivos distritos en lo relativo á su régimen interior.

Para los que ven en la historia la causa principal de nuestra decadencia en la nivelacion absoluta á que el poder central de nuestros reyes quiso constantemente sujetar provincias tan distintas en índole, en costumbres, en clima, en idioma, en recuerdos, como lo son las nuestras, el pensamiento del federalismo debia tener alicientes que ningun otro gobierno les ofrecia, siendo este al parecer el mas propio del suelo peninsular, el que mas tiempo, si bien se examina, ha existido de hecho en España, y el mas acorde en 1808 con las circunstancias de la época, cuyo carácter esencialmente federativo no puede ponerse en duda, vista la actitud soberana que cada provincia adoptó, sin perjuicio de la alianza de todas para contribuir al mismo fin, que era la defensa comun. Nosotros en aquella ocasion nos hubiéramos francamente decidido por la adopcion de hecho

y de derecho del régimen federal español; pero hubiéramos quedado vencidos, porque esa idea estaba en minoría, y los mas de nuestros políticos, temiendo condenar la Península á discordias perpétuas y á una disolucion lamentable, optaron como mas oportuno por un poder uniforme y esencialmente centralizador. Algunas querellas y rivalidades entre varias de las juntas supremas dieron mas cuerpo á ese temor, si bien nos parece infundado, si hemos de decir la verdad.

Como quiera que sea, la mayoría de las opiniones estuvo por ese poder supremo centralizador, habiéndose comunicado las juntas entre sí desde el mes de junio para llevar á cabo el pensamiento. Convenidas las mas en la esencia de este, discrepaban todavía en la forma, creyendo unas llegado el caso de resucitar las antiguas Córtes españolas, y otras el de instalar un Congreso mas acomodado á la época. El primero de estos dos pensamientos estaba sujeto en la práctica á dificultades de cuenta, pues siendo tan varios los usos en las respectivas provincias por lo tocante á la congregacion de la Representacion nacional, era preciso reformar un punto de tan trascendentales consecuencias, y las circunstancias del tiempo no permitian abordar de pronto tan imprescindible reforma. Creyóse por lo tanto mejor constituir una asamblea, compuesta de dos diputados de cada una de las juntas provinciales, influyendo muy poderosamente en la adopcion de esta idea el bailío D. Antonio Valdés, presidente de las de Leon, Galicia y Castilla, reunidas en Lugo en representacion de las provincias del norte, y con ánimo en un principio de encaminarse á la federacion.

La junta de Sevilla, temerosa de perder la supremacía de que las circunstancias y sus méritos la habian revestido, resistió cuanto estuvo en su mano la formacion de la Central, pero vista la opinion casi unánime de las demas corporaciones provinciales, desistió al fin de su oposicion, y acorde con la junta de Granada, con quien habia estado algun tiempo lastimosamente desavenida, procedió, aunque tardía, al nombramiento de sus dos vocales. Hecho lo mismo por todas, hubo algunas diferencias aun sobre el punto mas apropósito para la instalacion de la asamblea, decidiéndose al fin los diputados por el Sitio real de Aranjuez, con preferencia á la Córte, por temor á las intrigas y manejos del antiguo Consejo de Castilla.

Esta corporacion degenerada, y tan diversa de lo que antes habia sido, aspiró con empeño á erigirse en supremo gobierno nacional, fundándose en prerogativas de puro nombre, y que atendida su conducta respecto al usurpador, nunca menos que entonces podia con justicia hacer valer. Con la salida de los franceses habia quedado Madrid entregado á sí mismo, presenciando sus calles algunas escenas de anarquía, entre ellas el asesinato de Viguri, antiguo intendente de la Habana, amigo del príncipe de la Paz, y tachado por un criado suyo de afecto al gobierno frances. El Consejo con este motivo aprovechó la oportunidad que el estado de Madrid le ofrecia de satisfacer su ambicion, y reasumiendo en su mano la administracion de la Córte, quiso hacer lo mismo respecto á todas las provincias de España, exigiendo obediencia de sus juntas y sumision de nuestros generales. A estos ofició, manifestándoles que debian acercarse á Madrid con sus tropas, y á aquellas les mandó que enviasen representantes suyos á la Córte, para en union con ellos tratar de los mejores medios de defensa, sin perjuicio de obrar en lo demas como mas oportuno creyese á la felicidad de la nacion. Oidas por las juntas las pretensiones del Consejo, respondiéronle en términos acres, con la sola escepcion de la de Valencia, echándole en cara su mal porte con la causa que el pais defendia. Entre los generales, censuróle el ilustre Palafox de no haber llenado sus deberes; visto lo cual por el Consejo, creyó del caso dar un manifiesto para sincerar su conducta y reconciliarse con la opinion tan unánimemente declarada en su contra. Fué inutil, pues, su ambicioso propósito de erigirse en gobierno supremo, mas no por eso renunció á intrigar para conseguirlo de cualquier modo, con tal que bastase á saciar su sed de prepotencia y de dominio.

Ni fué solo aquel cuerpo el que anheló abrogarse el derecho de regirnos en

aquella crísis terrible. El príncipe Leopoldo de Sicilia, viendo la nacion sin monarca, anheló tambien eso mismo, enviando al príncipe de Castelcicala cerca del gobierno británico con inusitadas pretensiones á la regencia de España, y hasta viniendo él mismo á Gibraltar, tal vez por secretas ofertas, que al fin no tuvieron efecto. Una voz esparcida en Sevilla hizo correr la especie de lo conveniente que seria erigir la susodicha regencia, compuesta de tres individuos, debiendo ser el primero el mencionado príncipe, y el arzobispo de Toledo y el conde del Montijo los otros dos. La sensatez de los españoles rechazó tan estraña candidatura, siendo igualmente inútiles los esfuerzos de D. Gregorio de la Cuesta y del duque del Infantado para tener el principal papel en aquella cuestion de ambiciones, gracias á la prudencia de Castaños, que se negó á prestarles su apoyo.

Obviados asi todos los inconvenientes que en el primer período de la lucha se habian en diversos sentidos opuesto á la creacion del nuevo gobierno, instalóse este solemnemente en el real palacio de Aranjuez el dia 25 de setiembre de 1808, bajo el nombre de Junta Suprema Central Gubernativa del Reino. Celebróse el suceso con unánimes demostraciones de alegría en todas las provincias españolas, esperando de la anhelada corporacion el presto fin de los usurpadores, y el reinado feliz de las reformas que tanto necesitaba el pais. Por desgracia la junta carecia, en la mayoría de sus individuos, de hombres apropósito para el caso en sentido militar y político. Fueron en un principio sus miembros en número de 24, aumentándose despues hasta 35, casi todos ellos nombrados por las juntas provinciales (1). Hombres los mas de clases elevadas, y connaturalizados con los abusos

---

(1) La Junta Central se componia de los sugetos siguientes:

Por Aragon.—D. Francisco Palafox y Melcí, Gentil hombre de Cámara de S. M., brigadier del ejército y oficial de guardias de Corps. D. Lorenzo Calvo de Rozas, vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragon.

Asturias.—D. Gaspar Melchor de Jovellanos, caballero de la órden de Alcántara, del Consejo de Estado y antes ministro de Gracia y Justicia. Marques de Campo Sagrado, teniente general, inspector general de las tropas del Principado de Asturias.

Canarias.—Marques de Villanueva del Prado.

Castilla la Vieja.—D. Lorenzo Bonifaz y Quintano, dignidad de Prior de la Santa Iglesia de Zamora. D. Francisco Javier Caro, catedrático de leyes de la Universidad de Salamanca.

Cataluña.—Marques de Villel, conde de Darnius, grande de España. Baron de Sabajona.

Córdoba.—Marques de la Puebla de los Infantes, grande de España. D. Juan de Dios Gutierrez Rabé.

Estremadura.—D. Martin de Garay, intendente de Estremadura y ministro honorario del Consejo de la Guerra: fué el primer Secretario general y despachó interinamente el ministerio de Estado. Don Felix Ovalle, tesorero de ejército de Estremadura.

Galicia.—Conde de Gimonde. D. Antonio Avalle.

Granada.—D. Rodrigo Riquelme, regente de la Chancillería de Granada. D. Luis de Funes, canónigo de la Santa Iglesia de Santiago.

Jaen.—D. Francisco Castanedo, canónigo de la Santa Iglesia de Jaen, Provisor y Vicario general de su obispado. D. Sebastian de Jócano, contador de la provincia de Jaen.

Leon.—Frey D. Antonio Valdés, Baylío, gran cruz de la órden de San Juan, caballero del Toison de oro, Gentil hombre de Cámara de S. M., capitan general de la Real Armada, consejero de Estado y ex-ministro de Marina. El Vizconde de Quintanilla.

Madrid.—El conde de Altamira, marques de Astorga, grande de España, caballero del Toison de oro, gran cruz de Cárlos III: fué presidente de la Junta. D. Pedro Silva, Patriarca de las Indias, gran cruz de Cárlos III, y antes mariscal de campo de los reales ejércitos: falleció en Aranjuez y no fué reemplazado.

Mallorca.—D. Tomas de Verí, caballero de la órden de San Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma. Conde de Aragon, teniente coronel de las milicias de Palma.

Murcia.—Conde de Floridablanca, caballero del Toison de oro, gran cruz de Cárlos III, Gentil hombre de Cámara, Consejero de Estado y antes primer Ministro: fué el primer presidente de la Junta Central: falleció en Sevilla y fué subrogado por el marques de San Mamés, que no tomó posesion. Marques de Villar.

Navarra.—D. Miguel de Balanzá. D. Cárlos de Amatria, individuo de la Diputacion del reino de Navarra.

Toledo.—D. Pedro de Ribero, canónigo de la Santa Iglesia de Toledo: fué Secretario General. Don José García de la Torre, abogado de los reales consejos.

Sevilla.—D. Juan de Vera y Delgado, arzobispo de Laodicea, coadministrador del cardenal de Borbon en el de Sevilla, y despues obispo de Cadiz: fué presidente de la Junta Central. El Conde Tillí.

Valencia.—Conde de Contamina, grande de España, Gentil hombre de Cámara de S. M. Príncipe Pio, grande de España, coronel de milicias: falleció en Aranjuez, y fué subrogado por el marques de la Romana, grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en gefe del ejército de la izquierda.



D. Manuel Josef Quintana.

del régimen anterior, no eran representantes ciertamente de la nueva época de regeneracion que para la España se abria, ni comprendian sus necesidades, ni cualquiera que fuese el tributo que en justicia debiera rendírseles por sus virtudes privadas y por su españolismo á toda prueba, tenian las difíciles dotes que se requieren para gobernar, y mas en momentos de apuro.

Nombrado presidente de aquel cuerpo el conde de Floridablanca, constituyóse este en digna muestra de lo que de la junta podia esperarse en sentido reformador, no siendo aquel antiguo ministro capaz de transijir con otras formas que las del absolutismo pasado, condicion en él esencial para desplegar con éxito las elevadas cualidades de que en medio de grandes defectos se hallaba sin duda dotado. El ministro de Cárlos III no podia serlo con fruto en época tan distinta de aquella en que tanto sobresalió, y menos siendo ya octogenario y lleno de achaques á mas. Harto mas liberal Jovellanos, en el sentido que se dá á esta voz, conocia las justas exigencias de la época nueva en que se hallaba, y era mas flexible con ellas que el tenaz y decrépito conde; pero digno patriota como era, sábio como todos le reconocian, y dotado como el que mas de sinceros deseos por el bien, carecia de las mas de las prendas necesarias en un hombre de Estado, siendo tambien su edad harto avanzada para no sentirse algo tibio en cosas que, esceptuando el patriotismo, exigian esfuerzo y vigor. Organo de la minoría en las grandes cuestiones de reforma, elevó su voz constantemente en pró de las mejoras políticas que debian hacerse en nuestro régimen interior; pero el partido contrario á ellas, representado por Floridablanca, prevaleció sobre él y los suyos largo tiempo, por esa misma carencia de dotes que como hombre público nos hemos atrevido á notar en aquel español eminente. Mas fervoroso que él Calvo de Rozas, el mismo de quien en otro capítulo hemos hecho honrosa mencion refiriéndonos al sitio de Zaragoza, combatió con notable energía en el seno de aquella asamblea en favor de la causa liberal, formando un como tercer partido mas avanzado que el de Jovellanos; pero si se esceptúan algunos pequeños triunfos arrancados á fuerza de insistir, la helada mayoría de la Junta llevó siempre la mejor parte en todas las cuestiones propuestas, sin que nunca saliese de aquel cuerpo una sola idea fecunda en lo militar ó económico. A pesar de las luces y el tino del honrado D. Manuel de Garay, de los conocimientos de Valdés y de la espedicion de algun otro, la junta caminó constantemente, como dice un escritor contemporáneo, por un terreno volcanizado con las pesadas ruedas de la vieja y gastada tiranía.

Esa pesadez, sin embargo, no era efecto esclusivo de las preocupaciones en que abundaban los mas; éralo tambien de la forma que tenia aquella asamblea, escasa y aun mezquina en vocales para las deliberaciones, y superabundante por demas bajo el punto de vista ejecutivo. Para obviar este último inconveniente recurrióse, aunque con poco fruto, á dividir la corporacion en cinco secciones, las cuales debian proponer las providencias que en sus respectivas incumbencias creyesen oportunas, quedando la resolucion definitiva reservada á la junta en sesion plena. Demas de eso, creóse una secretaría general, á cuyo frente estuvo primeramente el mencionado Garay, el mismo que mas adelante fué ministro de Fernando VII, sucediéndole luego en el cargo el eminente poeta, distinguido prosador y ferviente patriota D. Manuel José Quintana; elecciones acertadas las dos, la última con particularidad.

Las primeras providencias de la asamblea desagradaron estraordinariamente. Prescindiendo de cuidados mas importantes, ocupáronse los diputados en determinar se diese á cada cual el tratamiento de escelencia, al presidente el de alteza, y á toda la corporacion reunida el de magestad. La puerilidad que mostraron al decretar el distintivo de su uso, consistente en una placa en que estaban pintados ambos mundos, pareció muy pequeña tambien; tachándose al mismo tiempo de impopular y anti-económica la medida por la cual se señalaron el sueldo anual de 120,000 reales. Pero lo que mas repugnó, sobre todo á las clases ilustradas,

fué la suspension de la venta de manos muertas, el permiso que se dió á los jesuitas para regresar á España en calidad de particulares, el nombramiento de inquisidor general y la represion de la imprenta. Defraudadas asi las esperanzas que tantos españoles de valía habian concebido en sentido reformador, hubo varios de ellos que habiendo combatido al intruso, abrazaron tristemente su causa, conceptuándola mas propicia á la regeneracion del pais. Los murmullos de desaprobacion con que fueron recibidas estas providencias de la junta, á pesar del respeto que por otra parte se la tributaba como autoridad nacional, obligáronla á dar un manifiesto en noviembre, en el cual prometió mantener en pié de guerra medio millon de infantes y 50,000 caballos, ofreciendo tambien esperanzas de mejorar nuestras instituciones; pero este documento fué tardío, habiéndose pasado mes y medio en inaccion y reprensible silencio. El tiempo oportuno de darlo era el de su misma instalacion, cuando Jovellanos propuso que se hablase al pais de mejoras políticas, no siendo escuchado su voto, si bien no fué en todo igualmente acertado.

Despues de la batalla de Bailen se habian dirijido á la capital los generales Gonzalez de Llamas y Castaños, entrando el primero en la Córte el dia 13 de agosto con las tropas de Valencia y Murcia, de cuyo mando habia sido destituido Cervellon, y el segundo diez dias despues, con la reserva de Andalucía. Recibieron los madrileños á los dos con sencillos arcos triunfales y delirantes muestras de alegría, particularmente al segundo, continuando las fiestas despues con motivo de la solemne proclamacion de Fernando VII, hecha por el marques de Astorga como legítimo alferez mayor. El júbilo hizo perder un tiempo precioso, pudiendo haberse aprovechado mas persiguiendo la córte de José, á quien no hubiera sido fácil con sus tropas, reducidas á 50,000 hombres, resistir el empuje de las nuestras, notablemente superiores en número, y probadas ya en los combates, á conducirlas instantáneamente sobre el atribulado invasor. La villa de Bilbao, insurreccionada contra este el 6 de agosto, no hubiera caido á los diez dias por falta de bastante sosten, si esplotando nuestras autoridades aquel acontecimiento, junto con la exasperacion de los ánimos en Guipúzcoa, y con las alarmas que D. Antonio Egoaguirre y D. Luis Gil ocasionaban á los invasores en Navarra, hubieran estrechado al enemigo cuanto mas distraidas y llenas de inquietud estaban sus fuerzas. Las rivalidades de algunos generales contribuyeron tambien no poco á aquella funesta inaccion, siendo Cuesta entre ellos el que mas contribuyó por ventura á la paralizacion de las operaciones con sus ambiciosos designios de elevarse al mando supremo en la parte militar. José aprovechó el largo tiempo que se le dió de respiro, proveyéndose de recursos á la orilla izquierda del Ebro, y situando sus tropas en una posicion céntrica, en términos de poder resistir el mal combinado ataque de las nuestras en la muy dilatada curva que se las hacia describir. Nombrada la Junta Central para organizar ante todo un plan general de defensa, en nada estuvo acaso menos atinada y feliz que en este interesantísimo punto.

Como quiera que sea, nuestras desparramadas tropas dividiéronse por una de sus providencias en cuatro ejércitos, el de la izquierda, el de Cataluña ó de la derecha, el del centro y el de reserva. El 1.° debia constar de las tropas de Galicia y de Asturias, de las que al mando del marques de la Romana habian, á traves de mil peligros, venido del Norte (1), y de las que pudiesen reunirse en

(1) La llegada de estas tropas á España constituye uno de los episodios mas notables de la Guerra de la Independencia, y Toreno la refiere en su historia con todo el interés de que es digna. Los diputados de Asturias y Galicia que habian pasado á Londres al principio de la insurreccion, pensaron desde luego en restituir á su patria aquellos valientes, y conferenciando despues con otros diputados que Sevilla habia enviado á la capital del reino Unido, y con el teniente general D. Juan Ruiz de Apodaca y el mariscal de campo D. Adrian Jácome, resolvieron llevar á cabo su digno y atrevido pensamiento, con auxilio de la marina británica. Hé aquí el hecho notable de que hablamos, tal como lo refiere dicho historiador.

«Hubiérase, dice, achacado á desvarío pocos meses antes el figurarse siquiera que aquellas tropas

las montañas de Santander. El 2.° debia componerse de las huestes del Principado, de las divisiones de Mallorca, de las que á consecuencia de la convencion de Cintra habian venido de Portugal, y de las que Granada, Aragon y Valencia enviaron. El 3.° habia de comprender las cuatro divisiones de Andalucía, las de Castilla y Estremadura, y las que al mando del general Llamas habian entrado en Madrid procedentes de Valencia y Murcia, contando con que los ingleses las ausiliarian por su parte, aunque, como veremos despues, fué su ayuda tardía y mal combinada. El 4.° finalmente, componíanlo las tropas aragonesas y los soldados que durante el sitio de Zaragoza habian acudido á esta ciudad desde Valencia, Cataluña y otras partes. Para el mejor acierto de las operaciones, nombróse una junta general de guerra, cuya presidencia se confió á Castaños, bien que este general debia por entonces continuar en el ejército. Muy conveniente hubiera sido que la

---

á tan gran distancia de su patria y rodeadas del inmenso poder y vijilancia de Napoleon, pisarian de nuevo el suelo español, burlándose de precauciones, y aun sirviéndoles para su empresa las mismas que contra su libertad se habian tomado. Constaba á la sazon su fuerza de 14,198 hombres, y se componia de la division que en la primavera de 1807 habia salido de España con el marques de la Romana, y de la que estaba en Toscana y se le juntó en el camino. Por agosto de aquel año, y á las órdenes del mariscal Bernardotte, príncipe de Ponte-Corvo, ocupaban dichas divisiones á Hamburgo y sus cercanías, despues de haber gloriosamente pelcado algunos de los cuerpos en el sitio de Stralsunda. Resuelto Napoleon á enseñorearse de España, juzgó prudente colocarlos en parage mas seguro, y con pretesto de una invasion en Suecia, los aisló y dividió en el territorio danés. Estrechólos así entre el mar y su ejército. Napoleon determinó que ejecutasen aquel movimiento en marzo de 1808. Cruzó la vanguardia el pequeño Belt y desembarcó en Fionia. La impidió atravesar el gran Belt é ir á Zelandia la escuadra inglesa que apareció en aquellas aguas. Lo restante de la fuerza española detenida en el Sleswic se situó despues en las islas de Langeland y Fionia y en la península de Jutlandia. Así continuó, escepto los regimientos de Asturias y Guadalajara, que de noche y precavidamente consiguieron pasar el gran Belt y entrar en Zelandia. Las novedades de España, aunque alteradas y tardías, habian penetrado en aquel apartado reino. Pocas eran las cartas que los españoles recibian, interceptando el gobierno frances las que hablaban de las mudanzas intentadas ó ya acaecidas. Causaba el silencio desasosiego en los ánimos, y aumentaba el disgusto el verse las tropas divididas y desparramadas.

En tal congoja recibióse en junio un despacho de D. Mariano Luis de Urquijo para que se reconociese y prestase juramento á José, con la advertencia «de que se diese parte si habia en los regimientos algun individuo tan exaltado que no quisiera conformarse con aquella soberana resolucion, desconociendo el interes de la familia real y de la nacion española.» No acompañaron á este pliego otras cartas ó correspondencia, lo que despertó nuevas sospechas. Tambien el 24 del mismo mes habia al propio fin escrito al de la Romana el mariscal Bernardotte. El descontento de soldados y oficiales era grande, los susurros y hablillas muchos, y temíanse los gefes alguna seria desazon. Por tanto adoptáronse para cumplir la órden recibida convenientes medidas, que no del todo bastaron. En Fionia salieron gritos de entre las filas de Almansa y Princesa de *viva España* y *muera Napoleon*, y sobre todo el 3.° batallon del último regimiento anduvo muy alterado. Los de Asturias y Guadalajara abiertamente se sublevaron en Zelandia; fué muerto un ayudante del general Fririon, y este hubiera perecido si el coronel del primer cuerpo no le hubiese escondido en su casa. Rodeados aquellos soldados fueron desarmados por tropas danesas. Hubo tambien quien juró con condicion de que José hubiese subido al trono sin oposicion del pueblo español. Cortapisa honrosa y que ponia á salvo la mas escrupulosa conciencia, aun en caso de que obligase un juramento engañoso, cuyo cumplimiento comprometia la suerte é independencia de la patria.

Mas semejantes ocurrencias escitaron mayor vijilancia en el gobierno frances. Aunque ofendidos é irritados, calladamente aguantaban los españoles hasta poder en cuerpo ó por separado libertarse de la mano que les oprimia. El mismo general en gefe vióse obligado á reconocer al nuevo rey, dirigiéndole, como á Bernardotte, una carta harto lisonjera. La contradiccion que aparece entre este paso y su posterior conducta se esplica con la situacion crítica de aquel general y su carácter; por lo que daremos de él y de su persona breve noticia.

D. Pedro Caro y Sureda, marques de la Romana, de una de las mas ilustres casas de Mallorca, habia nacido en Palma, capital de aquella isla. Su edad era la de 46 años, de pequeña estatura, mas de complexion recia y enjuta, acostumbrado su cuerpo á abstinencia y rigor. Tenia vasta lectura, no desconociendo los autores clásicos, latinos y griegos, cuyas lenguas poseia. De la marina pasó al ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tio D. Juan Ventura Caro. Yendo de allí á Cataluña ascendió á general, y mostróse entendido y bizarro. Obtuvo despues otros cargos. Habiendo antes viajado en Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraido, cayendo en olvidos y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en malos é inconsiderados pasos. Por fortuna en la ocasion actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, asi por la buena disposicion del marques, como tambien por ser casi unánime en favor de la causa nacional la decision de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto en efecto se les ofreció ocasion de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde junio los diputados de Galicia y Asturias habian procurado por medio de activa correspondencia ponerse en comunicacion con aquel ejército; mas en vano: sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arribo. Tambien el gobierno ingles envió un clérigo católico, de nombre Robertson, el que

totalidad de nuestras fuerzas hubiese tenido un solo y esclusivo director ó general en gefe; pero la junta, fuese por temor á una dictadura que pudiera en último resultado convertirse en perjuicio de su autoridad, fuese por no ser facil la eleccion para aquel cargo entre los gefes que lo ambicionaban, fuese, en fin, por ambos motivos, es lo cierto que no hubo cabeza que presidiese á todas las demas donde urgia mas que la hubiese. Nuestros gefes obraron sin concierto, siendo esta otra de las causas de nuestra inferioridad respecto al enemigo, cuyas tropas, reforzadas con otras de refresco, estaban divididas en cuatro cuerpos, mandando el de la izquierda Moncey, el de la derecha Bessieres, el del centro el mariscal Ney, y el de la reserva José con el mariscal Jourdan, mayor general, á cuyas disposiciones estaban todos sujetos.

El dia 5 de setiembre se habia celebrado en Madrid un Consejo de guerra en

---

si bien consiguió abocarse con el marques de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto llegaron á Londres D. Juan Ruiz de Apodaca y D. Adrian Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo asi, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados y resolvieron que los de Andalucía enviasen al Báltico á su secretario el oficial de Marina D. Rafael Lobo, sugeto capaz y celoso. Proporcionó buque el gobierno ingles, y haciéndose á la vela en julio arribó Lobo el 4 de agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se habia apostado á las órdenes de Sir R. Keats parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte.

D. Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se habia despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseoso de avisar su venida, empleó Lobo inútilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojo del oficial de voluntarios de Cataluña, D. Juan Antonio Fábregues, puso término á la angustia. Habia este ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta, con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo parage, buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía, columbrando tres navios ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa, arrebatado de noble inspiracion, tiró del sable, y ordenó á los pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, ignorando su intento, arredróse y dejó caer el fusil de las manos. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues, si pronto y resuelto este, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados, pues, se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuanto gozo se embargarian los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como tambien cuánta seria la satisfaccion del último cerciorándose de que la suerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los gefes españoles.

No desperdiciaron ni uno ni otro el tiempo que entonces era á todos precioso. Fábregues, á pesar del riesgo, se encargó de llevar la correspondencia, y de noche y á hurtadillas le echó en la costa de Langeland un bote ingles. Avistóse á su arribo y sin tardanza con el comandante español, que tambien lo era de su cuerpo, D. Ambrosio de la Cuadra, confiado en su militar honradez. No se engañó, porque asistiendo este á tan digna determinacion, prontamente y disfrazado despachó al mismo Fábregues para que diese cuenta de lo que pasaba al marques de la Romana. Trasladóse á Fionia, en donde estaba el cuartel general, y desempeñó en breve y con gran celo su encargo.

Causaron allí las nuevas que traia profunda impresion. Crítica era en verdad y apurada la posicion de su gefe. Como buen patricio, anhelaba seguir el pendon nacional, mas como caudillo de un ejército, pesábale la responsabilidad en que incurriria si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mantenido, á no haberle estimulado con su opinion y consejos los demas oficiales. Decidióse en fin al embarco, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se habia pensado en que se suspendiese, hasta que noticiosas del plan acordado por las tropas que habia en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo antes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados estos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fué acelerar la operacion trazada.

Dieron principio á ella los que estaban en Langeland, enseñoreándose de la isla. Prosiguió Romana y se apoderó el 9 de agosto de la ciudad de Niborg, punto importante para embarcarse y repeler cualquier ataque que intentasen 3,000 soldados dinamarqueses existentes en Fionia. Los españoles acuartelados en Svendborg y Faaborg, al mediodía de la misma isla, se embarcaron para Langeland, tambien el 9, y tomaron tierra desembarazadamente. Con mas obstáculos tropezó el regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia: engañóle D. Juan de Kindeland, segundo de Romana, que allí mandaba. Aparentando desear lo mismo que sus soldados, dispúsose á partir y aun embarcó su equipage; pero en el entretanto no solo dió aviso de lo que ocurria al mariscal Bernardotte, sino que temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa se escapó de su casa. Amenazados por aquel desgraciado incidente, apresuráronse los de Zamora á pasar á Middlefahrt, y sin descanso caminaron desde allí por espacio de veinte y una horas, hasta incorporarse en Niborg con la fuerza principal, habiendo andado en tan breve tiempo mas de diez y ocho leguas de España. Huido Kindeland y advertidos los franceses, parecia imposible que se salvasen los otros regimientos que habia en Jutlandia: con todo, lo consiguieron dos de ellos. Fué el primero el de caballería del Rey. Ocupaba á Aarhuus, y por el cuidado y celo de su anciano coronel, fletando barcas, salvóse y arribó á Niborg. Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de caballería, situado en Manders y por-



F. Perez dib.º y lit.º

Litog.ª de Bachiller.

PROCLAMACION DE FERNANDO VII EN MADRID.



NAPOLEON.

casa del duque del Infantado, al cual asistieron los generales Castaños, Llamas, Cuesta y la Peña, el mencionado duque en representacion de Blake, y otro comisionado á nombre de Palafox. Tratóse en él, aunque sin resultado, el interesantísimo punto del nombramiento de un generalísimo, no menos que de el plan de campaña que convenia adoptar, siendo el acuerdo, despues de varias sesiones, aproximar nuestras fuerzas á las márgenes del Ebro, á cuyo fin debia Llamas situarse sobre Calahorra con sus soldados de Valencia y Murcia, mientras Castaños con los de Andalucía debia marchar á Soria, Cuesta con los de Castilla al Burgo de Osma, Blake con los de Galicia á Aranda de Duero, y Palafox con los suyos á Sangüesa y orillas del rio Aragon, recomendándose demas de eso á Galluzo, general de las tropas de Estremadura, viniese á cooperar á la embestida, reuniéndose

---

consiguiente mas lejos y al norte. No tuvo igual dicha el de Algarbe, único que allí quedaba. Retardó su marcha por indecision de su coronel, y aunque mas cerca de Fionia que los otros dos, fué sorprendido por las tropas francesas. En aquel encuentro el capitan Costa, que mandaba un escuadron, al verse vendido prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo. Imposible fué á los regimientos de Asturias y Guadalajara acudir al punto de Corsoer que se les habia indicado como el mas vecino á Niborg desde la costa opuesta de Zelandia. Desarmados antes, segun hemos visto, y cuidadosamente observados, envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento. Asi que entre estos dos cuerpos, el de Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y varios oficiales ausentes por comision ó motivo particular, quedaron en el Norte 5,160 hombres; y 9038 fueron los que, unidos en Langeland y pasada reseña, se contaron prontos á dar la vela. Abandonáronse los caballos no habiendo ni transportes ni tiempo para embarcarlos. Muchos de los ginetes no tuvieron ánimo para matarlos, y siendo enteros y viéndose solos y sin freno se estendieron por la comarca y esparcieron el desórden y espanto.

D. Juan de Kindelan habia en el intermedio llegado al cuartel general de Bernardotte, y no contento con los avisos dados, descubrió al capitan de artillería D. José Guerrero, encargado por Romana de una comision importante en el Sleswic. Arrestáronle, y enfurecido con la alevosía de Kindelan apellidóle traidor delante de Bernardotte, quedando aquel avergonzado y mirándole despues al soslayo los mismos á quienes servia: merecido galardon á su villano proceder. Salvó la vida á Guerrero la hidalga generosidad del mariscal frances, quien le dejó escapar y aun en secreto le proporcionó dinero.

Mas al paso que tan dignamente se portaba con un oficial honrado y benemérito, forzoso le fué, obrando como general, poner en práctica cuantos medios estaban á su alcance para estorbar la evasion de los españoles. Ya no era dado ejecutarlo por la violencia. Acudió á proclamas y exhortaciones, esparciendo ademas sus agentes falsas nuevas, y procurando sembrar rencillas y desavenencias. Pero ¡cuán grandioso espectáculo no ofrecieron los soldados españoles en respuesta á aquellos escritos y manejos! Juntos en Langeland, clavadas sus banderas en medio de un círculo que formaron, y ante ellas incados de rodillas, juraron con lágrimas de ternura y despecho ser fieles á su amada patria y desechar seductoras ofertas. No; la antigüedad con todo el realce que dan á sus acciones el transcurso del tiempo y la elocuente pluma de sus griegos escritores, no nos ha transmitido ningun suceso que á este se aventaje. Nobles é intrépidos sin duda fueron los griegos cuando unidos á la voz de Xenofonte para volver á su patria, dieron á las falaces promesas del rey de Persia aquella elevada y sencilla respuesta: «Hemos resuelto atravesar el pais pacíficamente si se nos deja retirarnos al suelo patrio, y pelear hasta morir si alguno nos lo impidiese.» Mas á los griegos no les quedaba otro partido que la esclavitud ó la muerte; á los españoles, permaneciendo sosegados y sujetos á Napoleon, con largueza se les hubieran dispensado premios y honores. Aventurándose á tornar á su patria, los unos llegados que fuesen, esperaban vivir tranquilos y honrados en sus hogares; los otros, si bien con nuevo lustre, iban á empeñarse en una guerra larga, dura y azarosa, esponiéndose, si caian prisioneros, á la tremenda venganza del emperador de los franceses.

Urgiendo volver á España, y siendo prudente alejarse de las costas dominadas por un poderoso enemigo, abreviaron la partida de Langeland, y el 13 se hicieron á la vela para Gotemburgo, en Suecia. En aquel puerto, entonces amigo, aguardaron transportes, y antes de mucho dirigieron el rumbo á las playas de su patria, en donde no tardaremos en verlos unidos a los ejércitos lidiadores.»

Hasta aquí nuestro digno historiador. La Romana salió para Londres, llamado por el gobierno británico, despues de ordenar que las tropas que se habian salvado de la dominacion francesa dirigieran su rumbo á la Coruña. Poco despues se conceptuó mas útil que desembarcasen en Santander, como en efecto lo hicieron el dia 9 de octubre, en número de 9,000 hombres. Las tropas arribadas á dicho punto fueron, segun Maldonado, los regimentos de Zamora y de la Princesa; dos batallones ligeros, primero de Cataluña y primero de Barcelona, y los de caballería del Rey, del Infante y de dragones, de Almansa y Villaviciosa, todos desmontados; tres compañias de artillería con sus piezas y correspondientes pertrechos, pero sin caballos; la compañía de zapadores, la plana mayor con la intendencia y los oficiales. Los cuatro regimientos de caballería marcharon desde luego al interior de España con el objeto de remontarse: toda la infantería recibió en Santander armamento nuevo, y de los seis batallones de línea, dos de tropa ligera y la compañía de zapadores, se formó una division que se denominó del Norte, y que á las ordenes del brigadier conde de san Roman, coronel de la Princesa, marchó luego á reunirse al ejército de la izquierda, mandado por Blake, ínterin venia el marques de la Romana. Este general desembarcó en la Coruña el dia 19 de octubre, acompañado de Sir Frere, ministro de Inglaterra, y se dirijió á Madrid, desde donde marchó á tomar el mando de su ejército, como lo verificó cuando la retirada de este despues de la desgraciada batalla de Espinosa

con los demas ejércitos. Destituido despues Cuesta por la Junta Central, y mandado llamar á Aranjuez á consecuencia de la prision de Valdés y Quintanilla, diputados de la misma, detenidos arbitrariamente por el espresado general, quedó el ejército de Castilla á las órdenes de D. Francisco Eguía, sucediéndole luego definitivamente en el mando D. Juan Pignateli. Estos sucesos y otros, unidos á la falta de recursos, retardaron la ejecucion de lo convenido, contribuyendo á ella tambien la dilatada permanencia de Castaños en Madrid, con la esperanza, segun se cree, de que la junta le nombrase general en gefe de todas nuestras tropas reunidas. Asi fué que hasta últimos de octubre no se hallaron los mas de nuestros generales en disposicion de ser útiles como hombres de accion cada cual en el punto convenido.

El general Blake, despues de organizar algun tanto su ejército en Manzanal y Astorga, y tras haber conseguido que el marques de Portago se apoderase dos veces de Bilbao, recibió el 11 de octubre en Quincoces el auxilio de las tropas de Asturias mandadas por D. Vicente María de Acevedo, sucesor del marques de Santa Cruz de Marcenado, y por sus segundos D. Cayetano Valdés y D. Gregorio Quirós. Unidos los soldados de ambas provincias componian un total de 31,000 hombres, entre ellos 400 caballos, y Blake se situó con la mitad entre Zornoza y Durango, mientras Bilbao seguia ocupada por el marques de Portago. El ejército de Castilla, compuesto de 8,000 hombres con escasa caballería, tomó el camino de Logroño, mientras Llamas con los murcianos y valencianos, ascendientes á 4,500, tenia desde primeros de octubre su cuartel general en Tudela, siguiendo tras él con la segunda y cuarta division andaluzas, consistentes en 10,000 hombres, el general la Peña. Castaños por su parte salió de Madrid el 8 del mismo mes, emprendiendo su marcha á Tudela, desde cuyo punto se trasladó á Zaragoza, donde el 20 de octubre se convino con Palafox en dirigirse ambos contra Pamplona, fiados en la cooperacion de Blake, que segun hemos dicho estaba entre Zornoza y Durango. El dia señalado para embestir al enemigo era el 27 de octubre; pero algunos de nuestros gefes, cansados de tan larga dilacion, determinaron avanzar á él antes del momento convenido.

Con efecto, D. Juan de la Cruz se habia adelantado hasta Lerin por órden del general Grimarest, quien habiéndole prometido su auxilio y no habiendo cumplido su oferta, dió lugar á la reñida accion del 26 de octubre, cuyo resultado, despues de una gloriosa defensa, fué rendirse Cruz á los franceses siete veces mayores en número, los cuales, admirados del valor que habia desplegado, concediéronle salir de Lerin con todos los honores de la guerra, y que se canjeasen nuestros prisioneros con igual número de los del enemigo. A consecuencia de esto, repasó Grimarest el Ebro, evacuando á Lodosa, donde se habia situado. Los castellanos por su parte, pasando el Ebro tambien, se habian adelantado hasta Viana; pero Ney consiguió el 24 hacerles retroceder, situándose el dia siguiente frente á Logroño, aunque siempre en la orilla izquierda. El terror de Pignatelli, encargado de la defensa de esta ciudad, nos la hizo perder el 27 sin motivo justificado, antes que le atacase el enemigo, desamparando la artillería durante su fuga á Cintruénigo, aunque fué recobrada despues por el conde de Cartaojal. Indignado Castaños con Pignatelli, le destituyó del mando, y reuniendo á su gente las tropas de Castilla, hizo algunas variaciones útiles en su ejército, dando á Cartaojal el mando de una vanguardia de 4,000 hombres, y reconcentrando el grueso de las demas fuerzas en Cintruénigo, Calahorra y sus cercanías, resuelto á no emprender cosa alguna mientras no llegasen los refuerzos que esperaba, segun el plan adoptado.

A pesar de estas primeras desgracias, la suerte con esta determinacion nos hubiera sido tal vez mas favorable, siguiendo los consejos de Castaños, y á estar José reducido á los solos recursos que tenia; pero Napoleon habia decidido vengar la humillacion de sus águilas durante la campaña anterior, y no era fácil en el destartalamiento en que nos hallábamos resistir un empuje tan rudo como el que estábamos destinados á sufrir, llegados que fuesen los inmensos refuerzos que

el emperador en persona habia resuelto traer á las huestes que mandaba su hermano.

Asi fué en efecto. El emperador, que tan gozoso se habia trasladado á Paris en la confianza de que la batalla de Rioseco terminaba definitivamente la cuestion española, conoció que se habia equivocado respecto á la índole de la lucha que con nosotros tenia empeñada, y persuadido íntimamente de que el único medio probable de darle fin consistia en aumentar sus huestes hasta donde alcanzase su poder, resolvió encaminar á España los ejércitos vencedores que en Prusia tenia, pidiendo demas de eso al Senado 80,000 hombres de la conscripcion de los años 1806, 7, 8 y 9, y el pronto envio de otros 80,000, correspondientes á la del 10, obteniéndolo fácilmente de aquella corporacion, mero instrumento y puro maniquí de todos sus caprichos. Al mismo tiempo deseó tener el apoyo moral y político del emperador de Rusia, celebrando con él la entrevista proyectada desde la paz de Tilsitt. La reunion de las dos magestades imperiales tuvo lugar en Erfurth el dia 27 de setiembre, continuando las conferencias algunos dias con grandes regocijos y fiestas. El ruso dió su aprobacion á cuanto el frances habia hecho relativamente á la España, reconociendo la destitucion de Fernando y la exaltacion de José. En medio de eso conocieron ambos que era necesario aparentar deseos de paz, y escribieron al rey de Inglaterra fingiendo desearla sinceramente. El ministerio ingles contestó que no podia proceder á abrir trato alguno, mientras no concurriesen á las conferencias representantes de España y Suecia. A esto respondió el ministro frances Champagny que no reconocia la autoridad de nuestra Junta Central, visto lo cual, repuso el ingles en 9 de diciembre que S. M. británica estaba decidido á seguir protejiendo la causa de la monarquía española. Esta última respuesta terminó las negociaciones, siendo ese cabalmente el resultado que Napoleon deseaba, cuadrando como cuadraba á su política fingir siempre deseos de paz para echar á otros la culpa si continuaba la guerra.

Para llevar adelante la de España, no habia aguardado la contestacion definitiva del gobierno ingles, puesto que el 29 de octubre salió de Paris, estando ya de vuelta de las conferencias de Erfurth, y el 3 de noviembre se hallaba en la ciudad de Bayona. El total de sus fuerzas, unidas las que trajo consigo á las que tenia José, ascendian á 250,000 hombres útiles, siendo mas de 50,000 los caballos. Varióse entonces la distribucion del ejército frances, dividiéndose este en ocho grandes cuerpos, el 1.º á las órdenes del mariscal Victor, duque de Bellune; el 2.º á las del mariscal Bessieres, duque de Istria; el 3.º á las del mariscal Moncey, duque de Conegliano; el 4.º á las del mariscal Lefebvre, duque de Danzick; el 5.º á las del mariscal Mortier, duque de Treviso; el 6.º á las del mariscal Ney, duque del Elchingen; el 7.º á las del general Saint-Cyr, y el 8.º á las de Junot, duque de Abrantes. Con tan numerosas falanges, con gefes tan acreditados y con ser el emperador en persona el que los llevaba al combate, parecia imposible que España pudiera resistir, por mas que hiciese, el yugo que tan cerca estuvo poco antes de considerarse casi roto.

Napoleon cruzó el Vidasoa el dia 8 de noviembre, llegando el mismo dia á Vitoria, donde José tenia su corte y cuartel general. La animacion de las tropas francesas viendo al emperador á su frente, fué proporcional á la fe que tenian en él depositada, conociéndose luego en todas partes la presencia y mágico influjo del genio que las dirijia.

El general Lefebvre, poco tranquilo viendo cerca de sí á Blake, que con 16,000 hombres continuaba en la posicion de Zornoza, no esperó la venida del emperador para resolverse á embestirle. En el campo español iban discordes los dictámenes de nuestros gefes, reunidos en consejo de guerra el dia 28 de octubre, opinando unos por la retirada y otros por tomar la ofensiva. Blake no se atrevió á adoptar el uno ni el otro dictámen, y resolvió esperar al enemigo en su posicion de Zornoza, verificándose el 31 la accion del mismo nombre, en la cual quedó vencedor el mariscal Lefebvre, merced á la superioridad de sus fuerzas, á

la falta de artillería que esperimentaban los nuestros, y á no haber podido acudir en socorro de Blake las divisiones de Martinengo y Acevedo, imposibilitadas de unírsele por la naturaleza del terreno. Blake se retiró camino de Bilbao, donde se detuvo muy poco, uniéndosele despues la division de D. Francisco Riquelme, que habia combatido tambien al otro lado del rio; y ambos juntos continuaron su retirada á Balmaseda. A esta accion desgraciada, aunque no muy sangrienta, añadióse el mismo dia 31 la pérdida de Bilbao, que Lefebvre ocupó despues de una tenaz resistencia por parte de los españoles que habian quedado en su guarda. Entretanto Acevedo y Martinengo continuaban sin saber qué hacerse entre fragosas é intransitables sierras; y habiendo, aunque confusamente, sabido la derrota de Blake en Zornoza, resolviéronse retirarse de Villaró, donde habian quedado detenidos. Cerca ya de Menagaray encontráronse con una division de Victor, con la cual empezaron á tirotearse, imponiendo con su serenidad en tales términos á las tropas francesas, que creyeron estas habérselas con todo el ejército de Blake, y se retiraron á Orduña. Los nuestros con esto pudieron elegir posicion mas ventajosa en las asperezas de Orrantia. Blake entretanto continuó su movimiento hasta la Nava, despues de habérsele incorporado la mayor parte de las tropas que habian venido de Dinamarca, á cuyo oportuno socorro se añadió el que D. Gregorio Quirós le trajo con una division de Asturias. Blake entonces resolvió libertar á Martinengo y á Acevedo del aprieto en que se encontraban, dirijiéndose en consecuencia hácia Balmaseda D. Esteban Porlier el dia 4 de noviembre. Encontrándose allí con las fuerzas del general frances Villatte, cayó repentinamente sobre él, poniéndole en precipitada fuga. El enemigo quiso revolver sobre los nuestros; pero Acevedo, á quien Quirós se habia felizmente unido con las tropas que llevaba en su busca, acabó de completar la dispersion de Villatte, cayendo sobre su espalda y rechazándole hasta Güeñes con alguna pérdida.

Sabidos por Napoleon estos sucesos, manifestó altamente su desaprobacion, ofendido de que sus generales se empeñáran en acciones aisladas, ó creyendo tal vez inoportuno todo cuanto hiciesen sin él. Las operaciones, no obstante, estaban comenzadas ya, y á fin de evitar alguna desgracia si se suspendian, ordenó á Lefebvre continuase la persecucion de Blake, mientras Victor debia cooperar al mismo objeto siguiendo distinto camino. Las fuerzas de los dos generales ascendian á 50,000 hombres, y mal podia Blake resistirles con las inferiorísimas en número que consigo traia. Hubo, pues, de retroceder á Balmaseda, aunque no sin lidiar con arrojo, despues de haber adelantado algunos de los suyos hácia S. Pedro de Güeñes; y no creyéndose seguro tampoco en el primero de dichos puntos, continuó su retirada hasta Espinosa de los Monteros, á donde llegó el dia 9. Los mariscales franceses se unieron mientras tanto en Balmaseda. La tropa de Blake se hallaba desnuda, fatigada, aterida de frio y hambrienta, presentando un aspecto lastimoso, y nada apropósito para empeñarla en un combate de dudoso éxito. Su general pensó de otro modo, y tomando posicion delante de Espinosa, atrevióse en mal hora á recibir al enemigo. Trabada la refriega el dia 10 con el cuerpo del mariscal Victor, compuesto de 25,000 hombres, pelearon los nuestros, que no llegaban á 21,000, con estraordinaria bravura, mortificando el orgullo de sus aguerridos contrarios, si bien con la desgracia de perder, mortalmente heridos, á D. Francisco Riquelme y al conde de San Roman, contados en el número de nuestros mejores gefes. La noche puso fin á aquella sangrienta pelea, quedando la ventaja indecisa, si bien puede decirse que fué nuestra, no saliendo vencedor el enemigo. Envueltas en la oscuridad, podian las tropas de Blake retirarse en sazon oportuna, en vez de provocar nuevamente la suerte de las armas. Blake siguió tenaz en su propósito de ocupar á Espinosa, y los franceses que de nada carecian y que tenian tropa de descanso que no habia tomado parte en la accion de la tarde anterior, renovaron el 11 el combate con los nuestros, llenos de cansancio y miseria, y aumentados sus padecimientos con

los de la noche, durante la cual no hallaron un solo recurso en Espinosa, abandonada por sus habitantes. Los asturianos, mandados por los generales Acevedo, Quirós y Valdés, ocupaban una altura en la izquierda de nuestro ejército, y como bisoños que eran, creyó el enemigo lanzarlos á la primera embestida. Acometiólos, pues, con su brigada el general Maison; ¿mas cuál no fué su asombro al ver la serenidad imperturbable con que le resistieron en medio de su misma impericia? Sospechando luego la causa, conoció consistir en los gefes que los capitaneaban, y á fin de desembarazarse de ellos, ordenó á sus mejores tiradores se apostasen en las malezas y quebraduras del terreno, disparando esclusivamente sobre nuestros oficiales, particularmente contra uno que en un caballo blanco recorria los puestos mas peligrosos, comunicando á sus reclutas un ardor que rayaba en sobrehumano. Era el arrojado Quirós. Los tiradores, cumpliendo su consigna, dispararon, con tanta fortuna como poca honra para las armas francesas, sobre nuestros valientes capitanes, quedando al poco tiempo traspasado Quirós de dos balazos, y heridos Acevedo y Valdés con los beneméritos oficiales Escario y Peon, y otros varios. Con tan desgraciado suceso decayeron de ánimo los asturianos, y dispersándose desordenadamente, ocuparon los franceses la altura que era la llave de la posicion. El enemigo tras esto atacó sin demora nuestro centro y derecha, manteniéndose firmes algun tiempo los españoles; pero últimamente cejaron, llenos de inquietud con la ausencia de los de Asturias. Blake entonces dispuso retirarse, no sin confiar en la ayuda de una division aprestada en Villarcayo al mando del marques de Malespina, de quien esperaba vendria á protejer su marcha. Desgraciadamente no fué así, porque temiendo el marques ser envuelto por Lefebvre, en vez de aproximarse á Espinosa, tomó otra direccion diferente. Nuestra dispersion fué notable, quedando Blake con poquísima gente. Nuestra pérdida en ambas acciones fué considerable tambien, siendo la de los franceses comparativamente muy corta, aunque no por eso insignificante, especialmente la del dia 10.

Reflexionando sobre las acciones en que Blake se habia empeñado, no deja de causar admiracion que hombre tan reputado como él espusiese tristemente sus tropas á ser de seguro arrolladas, atendida la inmensa diferencia que en disciplina, en táctica, en recursos, en número y aun en posiciones, mediaba entre ellas y los franceses. La única disculpa que cabe en tantas imprudencias cometidas, es el temor que el general tenia á la murmuracion de los pueblos, que viéndose invadidos por los imperiales, podian echarle la culpa de sus desgracias, y aun tacharle de traidor ó de cobarde, si á pesar de sus medios casi nulos no se media con el enemigo.

Blake llegó á Reinosa el dia 12, punto de reunion que á sus tropas habia señalado cuando determinó retirarse. En dicha villa creyó poder reorganizar su tropa; pero los franceses no le dieron suficientes momentos de respiro. Napoleon, atento á todo, dió ejecutivas órdenes para envolver á todo trance y en todos los puntos á nuestros soldados, viéndose Blake acosado en breve por todas partes, como notaremos despues. El deseo del emperador era recobrar cuanto antes la posesion de Madrid, y esto podia conseguirlo en breve, si favorecido por la superioridad de sus fuerzas y por la buena estrella que hasta entonces no le habia jamas abandonado, derrotaba del todo nuestro ejército de la izquierda, y tras esto el ejército del centro. Dió órden, pues, á Moncey para observar á este y al de Aragon desde Lodosa con el tercer cuerpo, y situando al 6.° en Logroño á las órdenes de Ney, cuya principal fuerza debia dirijirse á Aranda de Duero, púsose él al frente de la guardia imperial, y tomando el camino de Madrid, hizo que le siguiesen á Burgos Soult y Bessieres con el 2.° cuerpo y la caballería.

Hallábase en esta ciudad el conde de Belveder, sucesor de Galluzo por disposicion de la Junta Central, con 12,000 hombres de los 18,000 que constituian el ejército de Estremadura, cuya 3.ª division estaba en Lerma. Ignorante el gefe español de la superioridad de los enemigos, ó sobrado confiado tal vez en su misma inesperiencia, no creyó cosa fácil ser vencido. D. José María de Alós

se habia adelantado de órden suya hasta Gamonal con la 1.ª division de dicho ejército, y acometió á Lasalle que habia llegado á Villafria. Decidido á empeñar una accion, no quiso el enemigo esperarle por carecer de infantería, visto lo cual, ratificóse Alós en su propósito y trabó decidido el combate; pero fué rechazado al momento y tuvo que volverse á Gamonal. Habiéndose entonces reunido en esta poblacion las demas divisiones de Estremadura, colocó Belveder las tropas mas prácticas en los puntos de mayor peligro, y á su abrigo las bisoñas. El frente de los nuestros estaba defendido por 16 piezas de artillería; la derecha ocupaba un bosque cerca del rio Arlanzon, y la izquierda esperaba al enemigo arrimada á las tapias de una huerta. Lasalle, el primer general de caballería, ó uno de los primeros al menos que entonces tenia la Francia, colocó sus ginetes en una llanura que estaba entre el bosque y el rio, y el general Mouton mientras tanto atacó con sus infantes el bosque ocupado por nuestra derecha. Desordenóse esta al poco rato, alarmada con la vista de la caballería de Lasalle, á la cual intentó vanamente oponerse el gefe de la nuestra Henestrosa, con harto mas valor que sensatez y conocimiento de lo que hacia, inferior en todos conceptos á sus numerosos contrarios. El resultado fué otra derrota, y acabar de ser destrozada nuestra derecha, con lo cual intimidada la izquierda declaróse en precipitada fuga. Nuestra desercion fué completa, y terrible la pérdida tambien. En consecuencia de esta desgraciada accion, dada el 10 de noviembre, cayó Burgos en poder del enemigo, que entregó la ciudad al saqueo. Bessieres persiguió á los fugitivos, acuchillándoles sin piedad y cojiéndoles varios cañones. Belveder llegó á Lerma el mismo dia, y allí se halló con la tercera division de Estremadura, pasando luego con ella y los dispersos que se le habian reunido á Aranda de Duero, huyendo del enemigo que tampoco le dejó quieto allí, obligándole finalmente á buscar su refugio en Segovia, donde le sucedió D. José de Heredia.

Los habitantes de Burgos habian huido de la ciudad en su mayor parte, siendo la entrada del emperador en ella sombría y silenciosa por demas. El dia 12 publicó Napoleon en la misma un indulto general, en el cual concedia amnistía completa á todos los españoles que en el espacio de un mes, contado desde su entrada en Madrid, desistiesen de hostilizarle. Dicha gracia comprendia hasta á los generales y juntas, con la sola escepcion de la Central. Los duques del Infantado, de Hijar, de Medinaceli y de Osuna, los condes de Fernan-Nuñez y de Altamira, el príncipe de Castelfranco, el marques de Santa Cruz del Viso, D. Pedro Ceballos y el obispo de Santander, eran igualmente objeto de escepcion entre los particulares, puesto que el emperador los declaraba traidores á la causa española, no menos que á la francesa, y disponia que en el momento de ser aprehendidos fuesen juzgados por una comision militar y pasados por las armas, confiscándose ademas todos sus bienes. Este decreto de proscripcion fué el primero de su clase en España, recayendo asi sobre Napoleon la responsabilidad del mal ejemplo que con él se daba á un pais tan espuesto á adoptar represalias en aquellas circunstancias terribles.

Derrotados los nuestros en la batalla de Burgos, habia Soult enviado tras ellos una columna por la parte de Lerma, y otra hácia Palencia y Valladolid, dirijiéndose él en persona del lado del Norte para cortar la retirada á Blake. Este habia llegado á Reinosa, donde como hemos dicho, creia que sus tropas podian tener algun descanso; pero noticioso de que Lefebvre se dirijia á él por Villarcayo, envió á Leon la artillería con los enfermos y heridos. Estos en su azorada marcha tuvieron un encuentro con los franceses, pereciendo algunos á manos del enemigo, entre ellos el valiente Acevedo. Su ayudante D. Rafael del Riego, tan célebre y desgraciado despues, fué hecho tambien prisionero en aquel combate. Nuestra artillería se salvó felizmente. Blake entretanto salió de Reinosa en la noche del 13, y caminando por enriscados y ásperos sitios, vino á dar consigo en el monasterio de benedictinos de Escalona, tres leguas de Leon y al pié de las montañas. La Junta Central le habia dado por sucesor al marques de la Romana, no habiéndose este encargado del ejército por

una dolencia que le detuvo algunos dias, hasta que ya restablecido, empezó á ejercer sus funciones, tomando bajo su direccion en la capital leonesa las tristes reliquias que tras tantas desgracias y peligros habia Blake conducido al Ezla. Ahuyentado así por todas partes nuestro ejército de la izquierda, dirijiéronse Lefebvre á Valladolid, Victor á Burgos y Soult á Santander. Este último persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su pais, derrotando á 4,000 españoles al mando de Llano Ponte, tras lo cual torció por la Liébana y bajó á las llanuras de Castilla, uniéndosele en breve 8,000 caballos que Napoleon destacó, divididos en gruesas porciones, á fin de asegurar aquel territorio é imponer con sus correrías al ejército ingles.

Este hallábase entonces al mando de Moore, sucesor de Dalrymple, y por cierto que á haber tomado parte en la resistencia uniéndose á Blake desde el principio de las operaciones en esta segunda campaña, otra hubiera sido tal vez la suerte del ejército de la izquierda. Pero el gobierno británico anduvo muy remiso en socorrernos, no saliendo Moore de Lisboa hasta fines de octubre, ni llegando á Salamanca hasta 23 de noviembre. Falto de fe en la causa española, desalentóse el general ingles al saber las derrotas padecidas por el ejército español, y pensó en retroceder de Salamanca, retirándose á Portugal. Una sola consideracion le contuvo, y fué la de creer vergonzoso volver de ese modo la espalda, cuando nuestro ejército del centro se hallaba entero y firme todavía.

En efecto, las tropas de Castaños hallábanse casi intactas aun, sin que los franceses, atentos principalmente á rechazar las de Blake, las hubieran embestido seriamente. Su estado, á decir verdad, no era el mas satisfactorio, siendo como eran inferiores en calidad y en número á las imperiales. Castaños, circunspecto y prudente no queria tomar la ofensiva; pero censurado de poco activo, y estrechado por D. Francisco de Palafox, individuo de la Junta Central, y por el marques de Coupigny y el conde del Montijo, celebró un consejo de guerra el 5 de noviembre, asistiendo á él los personages espresados y otros generales, entre ellos D. José Palafox, el ilustre defensor de Zaragoza. Determinóse en aquella junta acometer al enemigo; pero las aciagas noticias que se recibieron de Blake hicieron suspender la ejecucion de tan aventurada medida. Las murmuraciones contra Castaños tomaron entonces mas cuerpo, llegando al punto de prevenir malamente á la misma Junta Central, quien habiendo nombrado á la Romana para el mando del ejército de la izquierda, segun hemos dicho, dióle tambien el del centro, aunque los acontecimientos impidieron que se llevase á cabo lo acordado. Los franceses tenian al frente de las tropas de Castaños cerca de 60,000 hombres perfectamente dispuestos, y Castaños al ver su actitud, sospechó que los suyos, ascendientes á 40,000 y en estado tan inferior al del enemigo, peligraban en estar avanzados en los puntos que les habia hecho ocupar despues de la derrota de Lerin y la ocupacion de Logroño. Retiró, pues, de Cintruénigo su cuartel general, y abandonando la posicion de Calahorra, se situó con sus tropas á orillas del Queiles entre Tarazona y Tudela, apoyando su derecha en el Ebro. El emperador, cuyo objeto era derrotar nuestras tropas del centro antes de dirijirse á Madrid, cortándoles la retirada hácia este punto, vió que Castaños habia comprendido su intencion de envolverle; mas no por eso desistió de su plan en cuanto á ponerle en derrota antes de marchar á la corte. Celebrado en Tudela el 22 otro nuevo consejo de guerra, variaron los pareceres de sus individuos respecto al partido que con la aproximacion de los enemigos convenia adoptar, opinando Castaños por dirijir el ejército hácia nuestras provincias marítimas y meridionales, y el ilustre Palafox con su hermano por impedir á todo trance la entrada del frances en Aragon. En esto se recibió en la mañana siguiente aviso de que el enemigo venia por la parte de Alfaro, y continuando el debate, hubo de cortarse de súbito, optando á pesar suyo Castaños por la defensa de su posicion, y tomando al efecto disposiciones precipitadas y sin concierto cuando mas apremiaba el apuro. Venian los franceses dirijidos por el mariscal Lannes, cuyos prin-

cipales gefes subalternos eran el de la misma clase Moncey, y los generales Colbert, Lagrange y Mathieu, los cuales tenian á sus órdenes 30,000 hombres, 5,000 caballos y 60 piezas de artillería. El mariscal Ney con 20,000 combatientes estaba en Soria y no tomó parte en la batalla, como pudo hacerlo; pero en cambio, apurados los nuestros no pudieron oponer tampoco á los enemigos sino solo 20,000 hombres de los 40,000 de que constaban. El frances acometió por la parte de Tudela á los valencianos, murcianos y aragoneses, y fué rechazado: volvió nuevamente á la carga y hubo tambien de retroceder precipitadamente; pero sobreviniendo Morlot, que habia rechazado á los nuestros en otro punto, hubo de replegarse nuestra izquierda á las inmediaciones de Santa Bárbara, tras lo cual revolviendo Mathieu, que habia por dos veces sido rechazado, comenzó nuestro centro á flaquear, acabando por declararse en derrota, merced á una terrible acometida de la caballería de Lefebvre. Castaños sin poderse valer ni poder auxiliar



Batalla de Tudela.

á la Peña, que se hallaba amenazado en Cascante, retiróse en desórden á Borja. La Peña en la primera acometida que recibió de los franceses en dicho punto los rechazó completamente, dejando herido al general Lagrange; pero aumentado el número de los contrarios, fué puesto en derrota á su vez, y volvió á Cascante de nuevo. Las tropas de Andalucía, existentes en Tarazona, no tomaron parte en la accion por la inconcebible tardanza de su general Grimarest, que á pesar de la órden de Castaños, no se acercó á Cascante hasta de noche, cuando todo estaba perdido. Dichas tropas no obstante pudieron retirarse en con orden á Borja con dos sus cañones.

Esta desgraciada batalla nos costó 2,000 prisioneros, gran número de muertos y toda la artillería del centro y derecha del ejército, perdiéndose ademas los almacenes que teniamos en Tudela, quedando igualmente cortada una parte de la vanguardia mandada por el conde de Cartaojal. No nos faltó el valor, sino el concierto, dependiendo esa falta en gran parte del mismo conflicto en que estábamos, y de no haberse tomado sino muy tarde las disposiciones precisas para que la accion tuviese otro éxito.

Los aragoneses, murcianos y valencianos que habian escapado libres del combate, reuniéronse en Zaragoza con la mayor parte de sus gefes, preparándose en aquella ciudad inmortal á resistir el nuevo sitio que, segun todas las apariencias, no podian los franceses tardar en ponerles. Palafox se habia dirijido á la mencionada ciudad en la misma mañana del 19. Castaños con el ejército de Andalucía salió de Borja y se dirijió á Calatayud, no tardando en ocupar el primero de dichos puntos las tropas de Mathieu y de Ney. En Calatayud supo Castaños, por aviso de la Junta Central, que Napoleon avanzaba á Somosierra con direccion á Madrid, y en consecuencia obedeció la órden que se le dió de oponerse á los progresos del enemigo, saliendo el 27 de Calatayud y tomando el camino de Sigüenza. El general Venegas con 5,000 hombres protejia la marcha de Castaños á la retaguardia de este. Los franceses trabaron un combate con el espresado Venegas, creyendo envolverle cerca de Bubierca con sus tropas, dobles en número á las que acaudillaba nuestro gefe; pero este se sostuvo con denuedo, batallando casi todo lo que duró el dia, siendo el resultado obligar á hacer alto á los franceses, y dejar espedito á Castaños para llegar con los suyos á Sigüenza, como lo consiguió felizmente. En esta ciudad fué reemplazado por el general la Peña, quien de órden de la Junta Central se encargó interinamente del mando del ejército del centro.

Napoleon entretanto, viendo desbaratadas ó puestas en fuga las tropas de este, y derrotadas y deshechas las del ejército de la izquierda y Estremadura, encaminó sus pasos á Madrid, no habiendo ya apenas obstáculo que le embarazase en su marcha. La Central tenia encargada á D. Tomás de Morla y al marques de Castelar la defensa de los pasos de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Era este último el punto que mas peligraba, y el general D. Benito San Juan se situó en él con 12,000 hombres y alguna artillería. Napoleon, que nada deseaba tanto como apoderarse sin dilacion de la capital de España, habia distribuido sus tropas en términos de poder imponer á cuantos se opusiesen á sus miras, mandando á Lefebvre invadir la tierra abierta de Castilla por Valladolid, Almedo y Segovia, mientras Soult contenia á los ingleses, y los mariscales Moncey y Ney se dirijian respectivamente contra la capital de Aragon y las tropas mandadas por Castaños. Dadas estas disposiciones, colocóse él en persona al frente de su guardia imperial y de las tropas de Victor y la reserva, saliendo el 28 de Aranda de Duero, y situando el dia siguiente en Boceguillas su cuartel general. Hallábase apostado en Sepúlveda, en lo alto del puerto, un cuerpo de tropas españolas al mando de D. Juan José Sarden, enviado allí de vanguardia por San Juan: acometido por los franceses en la mañana del 28, en número de 4,000 infantes y 1,000 caballos, obligólos Sarden á desistir de su inútil empeño en desalojarle de la posicion que ocupaba, durando el combate tres horas, al cabo de las cuales replegáronse los franceses. Este triunfo, que tanto prometia, estuvo no obstante muy lejos de producir los frutos que teníamos derecho á esperar. Esparcida la voz de que los franceses se preparaban á caer sobre aquel puesto avanzado con fuerzas mucho mas numerosas, apoderóse de los nuestros un irresistible terror, y retirándose Sarden á Segovia en la noche del 29, quedó solo San Juan en el puerto con harto escasa gente para hacerse respetar en la posicion que ocupaba. Atacáronle los franceses, rodeados de una niebla densísima, con una gruesa columna y 6 piezas de artillería; pero fueron rechazados con vigor. A este tiempo habia Napoleon llegado al pié de la Sierra, y sin perjuicio de otras dos columnas que á derecha é izquierda de los nuestros acababa de enviar, mandó á los lanceros polacos y cazadores de su guardia embestir á escape, por la calzada, nuestra principal batería. Bizarra fué la carga que dieron, pero costóles cara su osadía, porque el suelo quedó rebosando en cadáveres. Una segunda carga, dada á tiempo que las columnas enemigas de derecha é izquierda comenzaban á hacer peligrosa la posicion de los nuestros en los flancos, hizo que nuestro frente se alarmase y empezase á ceder, creciendo brevemente el desórden, y acabando nuestra gente por huir precipitadamente, desamparando la artillería. Lleno de bravura San Juan, recorria

el campo por en medio de los mismos ginetes enemigos para ordenar de nuevo nuestras tropas; pero siendo vano su arrojo, vióse al fin precisado á abrirse paso por entre las falanges francesas, llegando herido á Segovia.

Forzado el paso de Somosierra, era de todo punto irrealizable la defensa de Madrid, y mas careciendo de tropas propiamente dichas, siendo todas ellas bisoñas, esceptuando una escasa guarnicion. Agitada la muchedumbre, agolpóse el 30 á la casa del capitan general, pidiendo á gritos se la armase luego. Verificóse asi inmediatamente, aunque de una manera incompleta, distribuyéndose 8,000 fusiles y dando al resto del vecindario chuzos y otras armas blancas que se pudieron facilitar. Aspilleráronse las tapias que circundan á Madrid; se abrieron y artillaron fosos delante de sus puertas; desempedráronse varias calles, y quedaron cortadas con zanjas las de Atocha y de Alcalá, y la Carrera de San Gerónimo. Medidas todas adoptadas de pronto, é incapaces de convertir la capital en punto susceptible de defensa, no siéndolo de suyo en ningun modo. El valor, no obstante, era grande, y habia confianza en el empeño, vistos los milagros que en aquella guerra produjo, en puntos igualmente insostenibles, la patriótica exaltacion popular. Por desgracia los medios eran pocos, no existiendo punto ninguno que, fuerte por naturaleza, pudiera hacerse mas por el arte. Antes de comenzar á combatir sintióse la escasez de cartuchos, habiendo algunos de estos que contenian dentro arena en vez de pólvora. Achacóse al marques de Perales, regidor de Madrid, por una antigua manceba suya, esta última superchería, añadiendo voces siniestras sobre tratos del mismo con Murat, con otras especies alarmantes relativas á la entrega de la puerta de Toledo, pactada, segun se decia, por el espresado marques. Idolo este del pueblo bajo, convirtióse de pronto en objeto de su resentimiento y furor, siendo invadida su casa por las amotinadas turbas, que cosiéndole á puñaladas, le arrastraron despues por las calles, siendo inocente de la iniquidad que se le atribuia. Temióse entonces que tras esa víctima sacrificase el vulgo algunas mas; pero la aproximacion del enemigo y la influencia de varios sugetos impidieron que pasase adelante la anarquía. Tras algunas partidas sueltas de caballería, dejáronse ver el 2 por la mañana dos divisiones de dragones á la parte del Norte, llegando Napoleon á Chamartin á las doce del mismo dia. Como la infantería enemiga no estaba reunida aun, contentóse el emperador por de pronto con intimar la rendicion á los madrileños por medio del mariscal Bessieres; pero fué rechazada la propuesta con indignacion y enerjía. Pasó, pues, el 2 sin ocurrir en él hecho ninguno que pueda llamarse notable, limitándose los que hubo á algunos tiroteos entre las avanzadas. A las doce de la noche renovaron los franceses su intimacion, y á las nueve del dia siguiente rompió la artillería enemiga contra las tapias del Retiro, batidas por 30 cañones á la parte de oriente, mientras otras piezas llamaban la atencion de los nuestros en diversos puntos desde la puerta del Conde-Duque hasta la de Recoletos y Alcalá. Una de nuestras baterías situada en la Veterinaria, impidió con sus bien dirijidos disparos la entrada del enemigo por la segunda de dichas puertas, lanzando sus proyectiles con tal oportunidad, que se vió precisado el francés á replegarse. Situado Napoleon junto á la fuente Castellana, dirijia á los suyos desde allí; pero cayendo á sus piés algunas balas de cañon, hubo de retirarse tambien, colocándose mas atras. El punto principal de sus ataques era el Retiro, no siendo las demas embestidas, generalmente hablando, sino para distraer la atencion de los defensores.

Dicho punto, el mas importante, por ser el que domina la plaza, se hallaba defendido por el paisanage y por alguna tropa recientemente creada; pero descuidado en estremo desde la salida de José, no era posible allí la resistencia. Hubo serenidad algun tiempo en los que de ella estaban encargados; mas habiendo penetrado en el recinto, derribada una parte de la tapia, la division del general Villate, desconcertáronse nuestros guerreros y abandonaron su posicion. Los franceses entonces avanzaron hasta el Prado. La gente que teniamos en las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha replegóse en sazon oportuna á las cortaduras que se habian hecho en las calles inmediatas. Firme allí, y sin desanimarse por la

pérdida del Retiro, hizo frente serena á los contrarios, en la calle de Alcalá sobre todo.

Poco antes del mediodía contestó el marques de Castelar, capitan general de Madrid, á la intimacion que en la víspera le fué hecha, pidiendo la suspension de las hostilidades por lo que restaba del dia, á fin de enterarse de la disposicion de los ánimos, y consultar á las autoridades mientras espiraba ese plazo. Llegada esta peticion al cuartel general del emperador, contestó este á las doce del dia que suspenderia el ataque hasta las dos de la tarde, y que si pasaba ese término sin verificarse la entrega de la plaza, seguiria adelante en su propósito de apoderarse de ella á todo trance y con todos los rigores de la guerra. Hallábanse nuestras autoridades reunidas en junta en la casa de Correos, y oida la promesa de que, caso de capitular, se olvidaria todo lo pasado, enviaron como comisionados suyos al general Morla y á D. Bernardo Iriarte para avistarse con Napoleon. Este se indignó al ver á Morla, recordando su mal proceder con los prisioneros franceses despues de la capitulacion de Andújar, y le amenazó con fusilarle, lo mismo que todas sus tropas, si antes de las seis de la mañana del dia siguiente no volvia con la noticia de haberse sometido Madrid. Dió Morla cuenta de su comision á la Junta, y esta se puso á deliberar, siendo algunos vocales de opinion que debia prolongarse la resistencia; pero la mayoría estuvo por la rendicion. En consecuencia partió Morla á las seis de la mañana del 4, con el gobernador militar de Madrid D. Fernando de la Vera y Pantoja, al cuartel general del emperador, llevando á este la capitulacion, que fué aprobada en todas sus partes con leves modificaciones. Las tropas, segun el tratado, debian salir de la plaza con todos los honores de la guerra, y quedar en libertad de combatir nuevamente; pero Napoleon no comprendió en esta gracia á los militares antiguos, los cuales debian quedar prisioneros de guerra hasta ser canjeados, quedando por consiguiente la concesion limitada á las tropas de nueva formacion, ó cuyo alistamiento no contaba sino cuatro meses de fecha: asegurábanse tambien las vidas, propiedades y empleos de todos los individuos existentes en la heróica villa, con olvido de todo lo pasado, la conservacion de nuestras leyes, costumbres y tribunales, y la no exaccion de mas contribuciones que las que hasta entonces se habian ordinariamente pagado, entendiéndose por el emperador los dos últimos puntos hasta la organizacion definitiva del reino: últimamente, y con preferencia á todo, pactóse conservar la religion católica apostólica romana, sin tolerar ninguna otra.

Las condiciones de la entrega eran, como se vé, honoríficas y aceptables; pero el marques de Castelar, no creyéndolo así, ó juzgando mas bien que el enemigo faltaria á ellas, no quiso presenciar aquel acto, ni hacer de él partícipes á los suyos; y salió en consecuencia la noche del 3 camino de Estremadura, siguiéndole la poca tropa que habia, ni mas ni menos que antes lo habia hecho el vizconde de Gante, escapándose de la puerta de Segovia, cuya defensa estaba á su cargo, y tomando la direccion del Escorial, á fin de reunirse con las tropas que mandaban San Juan y Heredia. Varios de nuestros defensores, discordes tambien con la idea de rendirse de modo alguno, estableciéronse en el nuevo cuartel de Guardias de Corps con intencion de resistirse allí; pero ocupados ya por los franceses los puntos principales á las diez de la mañana del 4, y habiéndose empeñado con los renitentes el correjidor en persona, rindiéronse estos al fin, despues de algun tiempo pasado en repetidas contestaciones. Quedó, pues, Napoleon dueño de la capital de la monarquía sin necesidad de muchos esfuerzos; pero ella se habia resistido, y esto era bastante para probar á la Europa que solo á la fuerza cedia: circunstancia importante y contraria á los planes del emperador, á quien hubiera convenido mucho, para iludir á ciertos gabinetes, poder alegar que su entrada en Madrid habia carecido de obstáculos.

La capitulacion fué violada, como temia Castelar, puesto que desde el mismo Chamartin, donde se hallaba el emperador, fulminó este el propio dia 4 varias

providencias de proscripcion, faltándose así á la cláusula en la cual se estipulaba que nadie pudiera ser vejado ni perseguido por hechos anteriores á la entrega. El marques de San Simon, emigrado francés al servicio de España desde la guerra con la república, fué preso y condenado á muerte por una comision militar, si bien fué conmutada la pena, merced á las lágrimas de su hija, en la de ser conducido á Francia. La misma suerte de deportacion cupo al príncipe de Castel-Franco, al conde de Trastamara, al marques de Santa Cruz del Viso, al decano del Consejo D. Arias Mon y á otros magistrados. El Consejo de Castilla fué abolido, quedando sus individuos detenidos como en rehenes. Al lado de estas providencias vejatorias y contrarias á la letra y espíritu de la capitulacion, habia otras que aunque le eran hostiles tambien, podian sin embargo considerarse como útiles reformas: tales fueron las medidas por las cuales quedó abolida la inquisicion, suprimidas las dos terceras partes de los conventos, abolidos los derechos señoriales y puestas las aduanas en las fronteras. La política de Napoleon, no desfavorable en un principio al tribunal del Santo Oficio, tomó ahora, como se vé, distinto rumbo, proponiéndose sin duda de ese modo hacer contrastar sus providencias con las de la Junta Central, contrarias en su mayoría á la índole y progresos de la época, y ganarse el apoyo de las clases ilustradas, en las cuales hubo algunos individuos que abrazaron entonces la causa francesa como mas favorable á la reforma.

Napoleon estuvo por algun tiempo constantemente en Chamartin, con la sola escepcion de un solo dia, en que muy de mañana y en medio del silencio de la poblacion atravesó las calles de Madrid. Al visitar el real palacio, se dice que le



ENTRADA DE NAPOLEON EN MADRID.

pareció magnífico, y que su vista le hizo esclamar: *mi hermano ha tenido aqui mejor morada que yo*. Estas espresiones revelaban en él un como sentimiento de pesar. Napoleon en aquella época sintió haber cedido á su hermano un trono tan bello, y empezó á vacilar sobre el partido que adoptaria en cuanto á dividir la España en vireinatos, bajo su dominacion inmediata, ó reponer á José en el sólio español. El dia 7 de diciembre espidió la siguiente proclama, y en ella se puede advertir la vacilacion de que hablamos:

«Españoles, decia el emperador: habeis sido perdidos por hombres pérfidos que os han empeñado en una lucha insensata y os han obligado á correr á las armas. ¿Hay alguno entre vosotros que reflexionando un momento lo que acaba de sucederos, no se halle convencido de que habeis sido el juguete de los enemigos perpétuos del continente, que se gozan de ver vertida la sangre española y francesa? ¿Cuál pudiera ser el resultado aun del suceso de algunas campañas? Una guerra de tierra sin fin, y una larga incertidumbre sobre la suerte de vuestras propiedades y vuestra existencia. En pocos meses os habeis entregado á las agonías de las facciones populares. Algunas marchas han bastado para la ruina de vuestros ejércitos. He entrado en Madrid: los derechos de la guerra me autorizaban á dar un grande ejemplo y á lavar con sangre los ultrages hechos á mí y á mi nacion. Solo he escuchado la clemencia. Algunos hombres, autores de todos vuestros males, serán solamente castigados. Bien pronto arrojaré de la Península ese ejército inglés, enviado á España, no para socorreros, sino para inspiraros una falsa confianza, para perderos. Os habia dicho en mi proclama de 2 de junio que queria ser vuestro regenerador; pero os haceis sordos á mis voces resistiendo á mis fuerzas, queriendo que yo os mandase, no por vuestra voluntad y consentimiento, sino por los derechos de la guerra. Nada sin embargo alterará mis disposiciones. Quiero aun alabar lo que haya podido haber de generoso en vuestros esfuerzos: quiero reconocer que se os han ocultado vuestros verdaderos intereses; que se os ha disimulado el verdadero estado de las cosas.

«Españoles: vuestro destino está en mis manos. Desechad los venenos que los ingleses han derramado entre vosotros. Que vuestro rey esté seguro de vuestro amor y vuestra confianza, y sereis mas poderosos, mas felices que no lo habeis sido hasta aquí. He destruido cuanto se oponia á vuestra prosperidad y grandeza; he roto las trabas que pesaban sobre el pueblo. Con el rey que yo os doy tendreis una monarquía dulce, suave y liberal, y nadie tendrá motivos para quejarse de su gobierno: solo depende de vosotros el gozar de este insigne beneficio que os proporcionará la Constitucion de Bayona, que se ha formado con tanta prudencia y sabiduría.

«*Pero si mis esfuerzos son inútiles, sin o correspondeis á mi confianza, no me restará otro arbitrio que el de trataros como provincias conquistadas, y* COLOCAR Á MI HERMANO EN OTRO TRONO. CEÑIRÁ ENTONCES MIS SIENES LA CORONA DE ESPAÑA, y sabré hacer que los malvados me respeten; pues Dios me ha dado la voluntad y fuerza necesarias para superar todos los obstáculos. En nuestro campo imperial de Madrid á 7 de diciembre de 1808.—Firmado *Napoleon.*—Por el emperador, el ministro secretario de Estado, *Hugues B. Mareto.*»

Dos dias despues de esta proclama, presentóse al emperador en Chamartin el correjidor de Madrid al frente de una gran diputacion, compuesta de dos rejidores, tres diputados del comun, dos abades, dos curas párrocos, dos individuos del cuerpo colegiado de la nobleza, otros dos de los cinco Gremios mayores, diez en representacion de las sesenta y cuatro diputaciones de los barrios, y cuatro á nombre de los vecinos honrados de las parroquias de la villa. El correjidor, con arreglo á lo que el mismo Napoleon habia ordenado, imploró su clemencia, y le pidió restituyese al trono de España á su hermano José. Napoleon contestó que aprobaba los sentimientos de la villa de Madrid; y despues de dar las razones en que se habia fundado para reducir el número de los frailes, para abolir la inquisicion, para castigar con el destierro á diez de los proscriptos en Burgos, para suprimir los derechos señoriales y feudales, y para concluir con las justicias particulares, manifestó su firme propósito de lanzar á los ingleses de la Península, y su confianza en someter por la persuasion ó por la fuerza de las armas las ciudades de Zaragoza, Valencia y Sevilla, añadiendo que no habia obstáculo ninguno capaz de retardar por mucho tiempo la ejecucion de su voluntad.

«Pero lo que es superior á mi poder, prosiguió, es constituir á los españoles en nacion bajo las órdenes del rey, si continúan imbuidos en los principios de di-

vision y de ódio hácia la Francia, que los partidarios de los ingleses y los enemigos del continente han esparcido en el seno de España (1). Yo no puedo establecer una nacion, un rey y la independencia de los españoles, si este rey no está seguro de su lealtad.

« Bien fácil me seria, continuó, y estaria obligado á gobernar la España, *nombrando para ella otros tantos vireyes cuantas son sus provincias.* Sin embargo, no me niego á ceder *mis derechos de conquista* al rey, y á establecerlo en Madrid cuando los 30,000 ciudadanos que encierra esta capital, eclesiásticos, nobles, negociantes y jurisconsultos hayan manifestado sus sentimientos y su fidelidad; cuando hayan dado el ejemplo á las provincias, ilustrado el pueblo, y hecho conocer á la nacion que su existencia y su felicidad penden de un rey y de una Constitucion liberal, favorable á los pueblos y contraria únicamente al egoismo y á las pasiones orgullosas de los grandes.—Si tales son los sentimientos de los habitantes de la villa de Madrid, júntense sus 30,000 ciudadanos en las iglesias; hagan delante del Santísimo Sacramento un juramento que salga no solamente de la boca, sino del corazon, y que sea *sin restriccion jesuítica*; juren apoyo, amor y fidelidad al rey; inculquen al pueblo estos sentimientos los sacerdotes en el confesionario y en el púlpito, los negociantes en su correspondencia, los jurisconsultos en sus escritos y en sus discursos. *Entonces me desprenderé del derecho de conquista, y colocaré al rey sobre el trono*, y será para mí muy lisonjero el portarme con los españoles como un fiel amigo. La generacion actual podrá variar en sus opiniones: demasiadas pasiones se han manejado para esto; pero vuestros descendientes me bendecirán como á vuestro regenerador; contarán en el número de los dias memorables estos en que he parecido en vuestra presencia, y desde estos dias será la data de la prosperidad de España.»

« Ahí teneis, señor correjidor, concluyó Napoleon, mi modo de pensar todo entero. Consultad á vuestros ciudadanos, y ved el partido que teneis que tomar; pero cualquiera que sea, abrazadlo francamente: no me manifesteis sino disposiciones sinceras y verdaderas.»

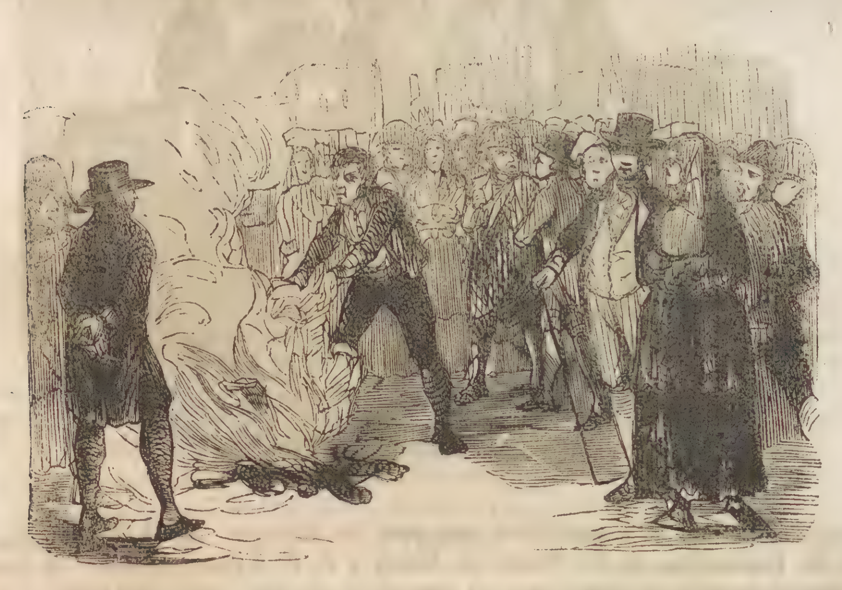
Por lo que se ve en este discurso, Napoleon se consideraba dueño de España por derecho de conquista, y su hermano José no era ya rey, al menos de un modo efectivo, puesto que el emperador le sujetaba á reposicion, y esta dependia de prestarse los españoles á jurarle fidelidad, sin restricciones á lo jesuita. Los vecinos de Madrid, cediendo al terror, verificaron su juramento en los términos que al correjidor se habian exijido, mas no por eso fué José repuesto desde luego en el trono. El título de rey que tenia se habia convertido desde la entrada del emperador en el de mero lugarteniente suyo, y con esta denominacion continuó, aun despues de la toma de Madrid. Impaciente en Burgos José, llegó á lo que parece á concebir serios temores de una destitucion definitiva, y con el fin acaso de evitarla, trasladóse sin licencia de su hermano desde aquella ciudad á Chamartin. Recibióle el emperador con marcadas señales de frialdad y aun de enojo, y con tan mala acojida, se vió en precision de retirarse á la Moncloa, y luego al Real Sitio del Pardo. Oscurecido allí, no salió de su nulidad hasta que combinaciones estrañas á la voluntad de Napoleon impidieron á éste poner en práctica el plan que revolvia en su mente en lo relativo á agregar al imperio el territorio español, y dividir la monarquía en cinco grandes vireinatos.

Con haber entrado en Madrid, no consiguió el emperador lo que de su ocupacion se prometia. Las provincias siguieron constantes en la misma actitud de hostilidad, sin que se le sometiera un solo pueblo, no siendo por la fuerza de las

(1) Nótese aquí la ceguedad y la perpétua cantilena de Napoleon: para él no tenia otra causa el levantamiento español que las intrigas de la Gran Bretaña. ¿Lo creia él así ó estaba en su interés afectarlo?

armas, ni menos decayese de ánimo, á pesar de tantos desastres como habian de nuevo llovido sobre la Península. Ese desden, unido á la interceptacion de los correos y á las noticias que se recibian de que nuestros soldados, dispersos y arrollados por todas partes, iban reuniéndose en varios puntos con ánimo de vengar sus derrotas, pusieron á Napoleon de muy mal talante y aspecto. Para evitar que las tropas españolas se reorganizasen de nuevo, envió parte de las suyas hácia Tarancon, Aranjuez y Toledo; y como quiera que el ejército inglés mandado por Moore permaneciese intacto todavía, quiso librarse luego de este nuevo y terrible cuidado, cayendo sin demora sobre él. Nosotros le dejaremos ahora en estos afanes, concluyendo el presente capítulo con la esposicion de las cuitas que aquejaban tambien por su parte á nuestra Junta Central.

Esta corporacion, tan tardía y poco feliz en adoptar sus primeras providencias para el mejor éxito de las operaciones en nuestra segunda campaña, notaba con dolor los malos auspicios con que inauguraba su reinado. Los progresos del enemigo no la hicieron sin embargo perder la patriótica fe que tenia en el pundonor nacional. Despues de nuestras primeras derrotas, invitáronla los ministros de José á someterse, escribiendo al efecto una carta al conde de Floridablanca, dilijencia que practicaron tambien con el decano del consejo real y el correjidor de Madrid. La Central, irritada de que hubiese españoles capaces de creerla en el caso de intentar transijir con el enemigo, respondió á los escritos en cuestion mandando el 24 de noviembre que fuesen entregados á las llamas por mano del verdugo, declarando traidores y desleales á los



Quema de la invitacion de los ministros de José.

ministros que los habian firmado. Este rasgo de española enerjía lo fué mas por la circunstancia de envolverse en él el desprecio con que nuestra junta miraba la amnistía que en Burgos acababa Napoleon de concederla si se sometia. Los pueblos lo celebraron con entusiasmo, contribuyendo no poco tan decidida resolucion á que se disimulasen las faltas cometidas por ella en lo militar y político, dando mas valor que á sus yerros, á su patriotismo sin tacha. La quema decretada fué, pues, de gran utilidad á la junta para hacerla bien quista con el pais á pesar de tantas desgracias; pero tan atrevida providencia, haciéndola

dar un paso irrevocable en la resistencia á las huestes de Napoleon, hiciéronla á la par merecer el resentimiento de este, hasta el punto de no esperar la menor induljencia ó perdon si llegaba á caer en sus manos. Ella, no obstante, continuó en Aranjuez, sin pensar retirarse de allí á pesar de seguir los descalabros. Derrotado San Juan en Somosierra, y forzado este puesto por los franceses, era ya á la Central imposible proseguir mas tiempo en el Real Sitio. Congregóse, pues, con premura el dia 1.° de diciembre por la mañana, y acordando ante todo las providencias que se creyeron mas á propósito para prolongar en lo posible la resistencia de la capital, resolvió igualmente enviar algunos de sus vocales á las provincias con la santa y patriótica mision de alentar el espíritu público. Hecho esto, decidió salir de Aranjuez, trasladándose á parte mas segura. Varias fueron las opiniones que hubo relativamente al punto á que debia dirijirse, optando unos por Toledo, otros por Córdoba, Sevilla y Cádiz, y otros por la ciudad de Badajoz, que fué al fin el punto elejido. Para hacer el viage mas espedito, y á fin de causar á los pueblos del tránsito el menor gravámen posible, determinaron los vocales dividirse en fracciones ó tandas, de las cuales marcharon las primeras inmediatamente con direccion á Toledo. Una comision compuesta del presidente



Abandona la Central á Aranjuez.

Floridablanca, del vice-presidente marques de Astorga, del bailío Valdés, del conde de Contamina, de D. Martin de Garay y de D. Gaspar Melchor de Jovellanos, con el ex-ministro Saavedra y el secretario general, tenia á su cargo el despacho de todos los negocios urgentes, debiendo resolverlos durante el viage, mientras la totalidad de los individuos no se hallase en disposicion de reunirse. De este modo salió de Aranjuez el gobierno supremo en la tarde y noche del 1 al 2 de diciembre, no sin que muchos censurasen su determinacion de buscar en parte remota un escudo contra el peligro. Cargo en verdad poco meditado. La Junta caminó sin contratiempo ni encuentro con los franceses, llegando á Talavera de la Reina sin desmerecer del respeto que en medio de sus desgracias seguian tributándole los pueblos. En la espresada villa celebró dos sesiones, pasando despues á Trujillo, donde se detuvo cuatro dias. Aquella corporacion habia procurado con empeño obligar á Moore á activar sus operaciones dirijiéndose á Castilla. En Trujillo recibió la noticia de la irresolucion siempre creciente del general inglés, y aun temió que re-

trocediese, volviendo con sus tropas á Portugal. Para evitar esta nueva desventura, púsose de acuerdo con Frere, enviado de S. M. Británica, y de conformidad con él, fueron nombrados D. Francisco Javier Caro y Sir Carlos Stuart, á fin de trasladarse inmediatamente al cuartel general inglés, é insistir con Moore pidiéndole de palabra lo propio que con tanta instancia se le habia dicho ya por escrito. En la misma ciudad de Trujillo espidió la Junta sus órdenes para que sin ninguna dilacion, y venciendo toda clase de obstáculos, procediesen los generales y juntas subalternas al armamento y defensa de las provincias. Allí, en fin, conociendo que Badajoz no era para su residencia un punto tan al caso como de pronto habia parecido, resolvió trasladarse á Sevilla, como ciudad mas apropósito y mas abundante en recursos. De su llegada á esta poblacion hablaremos en el otro capítulo.





CAPITULO XVIII.

Escesos de las tropas de San Juan y asesinato de este.—Vuelve Galluzo á tomar el mando del ejército de Estremadura: ataque de los puentes del Arzobispo y Conde.—Retirada de Galluzo á Trujillo y á Zalamea.—Sucede Cuesta á Galluzo, y se dirige con sus tropas á Badajoz.—Instálase en Sevilla la Junta Central: muerte del conde de Floridablanca.—Cuidados del gobierno español.—Movimiento del ejército inglés: cooperacion del de la izquierda mandado por la Romana.—Llegan los ingleses á Sahagun: principio de la retirada de Moore.—Pasa Napoleon el Guadarrama.—Acciones de Benavente y Mansilla: sale de Leon la Romana, y se une á Moore en Astorga: resuélvese proseguir la retirada.—Penosísima marcha de los nuestros por el camino de Fuencebadon: pérdida de la primera division española en Turienzo, y llegada de las dos restantes al valle de Valdeorras: mala direccion de los nuestros en aquella retirada.—Continúa Moore en su fuga: reencuentro en Cacabelos: indisciplina y escesos del ejército inglés.—Llegada de este á Vigo y á la Coruña: crítica situacion de Moore.—Batalla de la Coruña: muerte del general inglés: embárcase al fin el ejército.—Rendicion de la Coruña y del Ferrol: sumision de toda Galicia: el marques de la Romana se retira á Portugal.—Retrocede Napoleon á Valladolid: castigos en algunos españoles: pide el ayuntamiento de Madrid la reposicion de José: sale el emperador para Paris con motivo de la guerra de Austria.

Despues de la brillante aunque desgraciada defensa del paso de Somosierra, habiase el general San Juan dirijido á Segovia, segun hemos visto, donde en union con el general Heredia se dedicó á recoger dispersos. Estos en su mayor parte pertenecian al ejército de Estremadura, y San Juan dispuso dirijirse con toda la gente que se habia agrupado en torno suyo, hácia las cercanías de Madrid. Situado en el Escorial, antes que la capital se entregase, revolvia en su mente los medios de distraer la atencion de los imperiales, y cooperar con los moradores de la heróica villa á hacer desistir al enemigo de su empeño en tomarla. El vizconde de Gante, encargado de la defensa de la puerta de Segovia, habia salido de Madrid y reunídose á las tropas de San Juan, á fin de acelerar su marcha. Aguijados San Juan y Heredia por las instancias del vizconde, encamináronse á Madrid á toda prisa, y ya se hallaban cerca de llegar, cuando esparcida entre las tropas la voz de ser imposible libertar la capital, cundió el terror por las filas, desordenándose estas completamente y entregándose á la mas vergonzosa dispersion, sin que San Juan ni Heredia pudiesen en ningun modo impedirlo. Aquellos soldados, á manera de hordas salvages, comenzaron á devastar los pueblos por donde pasaban, maltratando á sus habitantes y cometiendo toda clase de escesos. En esta forma dirijiéronse por distintos puntos á Talavera de la Reina, señalado como de reunion por San Juan, caso de suceder alguna desgracia. Llegado este gefe al mismo punto, alojóse en el convento de San Agustin, y trató sériamente de poner coto á los esce-

sos é insubordinacion de sus tropas. Temerosos los mas comprometidos de esperimentar el castigo á que se habian hecho justamente acreedores, trataron por su parte de parar el golpe que los amenazaba, y tanto por esto como por cohonestar su ignominiosa dispersion, esparcieron villanamente la voz de que los franceses habian forzado el paso de Somosierra por haber vendido San Juan las tropas que tenia á su cargo. Esta horrible calumnia surtió desgraciadamente todo el efecto que sus autores se prometian, alterando los ánimos contra aquel benemérito gefe, uno de los oficiales mas distinguidos del arma de caballería. Alborotada la tropa, púsose á su frente un indigno fraile, y penetraron los amotinados en el convento de San Agustin á los gritos de *muera San Juan*. Este al ver su celda invadida, procuró con suaves razones aplacar el furor de los amotinados, pero nada sirvió su discurso. Amenazado de muerte, y hostigado por todas partes, se dejó de razones inútiles y echó mano del sable para defenderse. Desarmáronle sus enemigos, y viéndose perdido enteramente buscó su salvacion en la ventana, á fin de arrojarse á la calle. Los asesinos entonces dispararon sobre él tres balazos, y desnudando luego



Muerte del general San Juan.

el cadáver, lo arrastraron y mutilaron horriblemente, colgándole por último de un árbol en uno de los paseos públicos, y repitiendo allí sus disparos sobre él, cual si fuese preciso matar mas al que estaba ya muerto. Sucedió esta catástrofe en Talavera de la Reina el dia 7 de diciembre, faltando poco para repetirse en los demas generales; pero al fin pudo el órden quedar restablecido algun tanto.

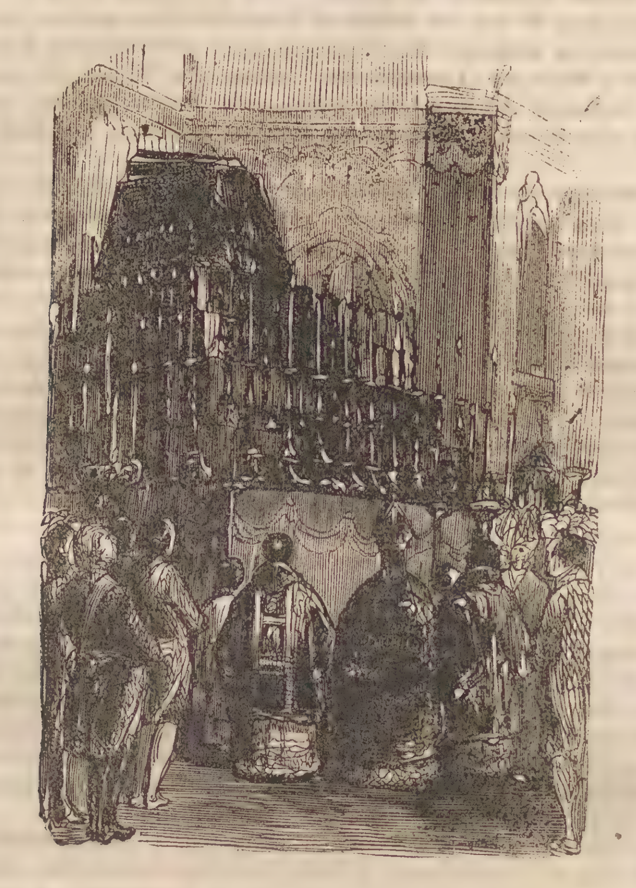
Encargado de nuevo Galluzo del mando de aquel ejército, procuró desviar su atencion de tan espantosos escesos, y dejando la caballería en Talavera y sus inmediaciones, trasladó su cuartel general á Aldea-Nueva, cerca del puente de Almaraz, en la orilla izquierda del Tajo. Allí se dedicó con ahinco á la reorganizacion de sus tropas y á guardar los vados del Tajo, no menos que á cortar los puentes del Cardenal, de Almaraz, de Conde y del Arzobispo, á fin de evitar que los franceses, guiados por Lefebvre en número de mas de 22,000 hombres, consiguiesen pasar á la otra orilla. El puente de Almaraz era el mas importante, como que pasa por él el camino real de Badajoz á Madrid. Para preservar la Estremadura de la invasion, situóse Galluzo en persona en el puente en cuestion, guarneciéndole, despues de

estropeado, con 5,000 hombres. El general Trias entretanto dirijióse al del Arzobispo, pero atacado el 24 por su centro y flanco derecho por las fuerzas de Sebastiani, superiores en número á las suyas, no pudo sostenerse en dicho punto, y hubo de retirarse á Ibort por el camino de Castañar y la Sierra. Al mismo tiempo fué atacado en el puente del Conde su defensor D. Pablo Morillo, sosteniéndose este en él hasta caer la noche, retirándose despues entre las sombras para no ser cortado.

Dueño el enemigo de los puentes del Arzobispo y del Conde, avanzó hasta Valdelascasas, visto lo cual por Galluzo retiróse del de Almaraz á Jaraicejo, dejando para guardar el puente dos batallones y una compañía de zapadores. Atacados estos el 25 por la vanguardia de Lefebvre, defendiéronse con valor una hora; pero inutilizada la artillería por haberse marchado con los tiros nuestros conductores, quedó la infanteria sin recurso, y hubo de retirarse tambien con pérdida de 300 prisioneros. Con esto no pudo Galluzo sostenerse mas tiempo en Jaraicejo, y ordenó en consecuencia el 25 su retirada á Trujillo. Molestadas las tropas con una copiosísima lluvia, y cundiendo entre ellas la voz de que el enemigo las cortaba, desordenáronse completamente, y Galluzo llegó á Trujillo muy disminuido de gente, á causa de esta nueva desercion. Celebrado un consejo de guerra la misma noche del 25, y asistiendo á él, ademas de los gefes militares, dos vocales de la junta de Estremadura, sujetóse á discusion lo que debia hacerse. Encerrarse Galluzo en Badajoz pareció muy poco oportuno, y acordóse por tanto que su ejército se retirase á las fronteras de Andalucía, señalando á Zalamea como punto de reunion. Salió, pues, de Trujillo el ejército de Estremadura, si es que ya merecia este nombre, el 26 á la madrugada, huyendo con él los vecinos aterrados con la proximidad de las tropas francesas. Diez y siete eran las piezas de artillería que habian podido salvarse, y de ellas enviáronse once á Badajoz, siguiendo las seis restantes camino de Zalamea. Galluzo llegó á esta ciudad el dia 28 de diciembre, donde poco despues se le reunió Trias con 1,200 hombres de los del puente del Conde y del Arzobispo, los cuales habian podido felizmente salvarse de todo encuentro con el enemigo, sin pasar por Trujillo, ocupado el 26 por los franceses.

La retirada de los españoles por aquella parte dejó la Estremadura sin defensa, y harto poco escudada la Andalucía. La marcha de nuestras tropas desde Trujillo á Zalamea fué toda confusion y desórden, llegando la indisciplina al último estremo, y cometiendo los soldados atropellos inauditos con los habitantes de los pueblos que encontraban al paso. Imposibilitado Galluzo de contener el desenfreno, hízose estensiva hasta él la voz que condenaba á sus tropas, y esta designó como sucesor suyo al general D. Gregorio La Cuesta que, arrestado por sus tropelías contra Quintanilla y Valdés, seguia á la Junta Central. Esta, mal animada contra Cuesta, y no sin fundado motivo, resistió cuanto pudo conferirle el mando del ejército de Estremadura; pero al fin cedió á las exigencias de la opinion pública, y desistió de su repugnancia. Cuesta, entonces, sacó de Zalamea las tropas existentes allí y puso su cuartel general en Badajoz, dedicándose en esta plaza á reorganizar el ejército. Con esto quedó enteramente desprovisto de toda defensa el territorio andaluz, no sin grave cuidado de la Junta Central, que desistiendo de su primer propósito en cuanto á dirijirse á Badajoz, habia, segun hemos dicho, elegido por morada á Sevilla.

En efecto: el supremo gobierno se habia trasladado á esta ciudad el dia 17 de diciembre, empezando de nuevo sus sesiones en el real alcázar desde el dia siguiente. Once dias despues de su arribo murió su presidente Floridablanca, á quien se hicieron magníficas exequias, tributándole honores de infante de Castilla. Sucedióle en la presidencia el marques de Astorga, grande de España. La muerte de Floridablanca no dejó vacío ninguno que pudiera sentirse en verdad, es decir, que pudiera lamentarse; pues si bien se perdió un grande hombre con relacion á los pasados tiempos, no asi por lo que tocaba á la era inaugurada con el 2 de mayo, cuyo espíritu no comprendió ni podia tal vez comprender, atendida su tenaz insistencia



FUNERALES DE FLORIDABLANCA.

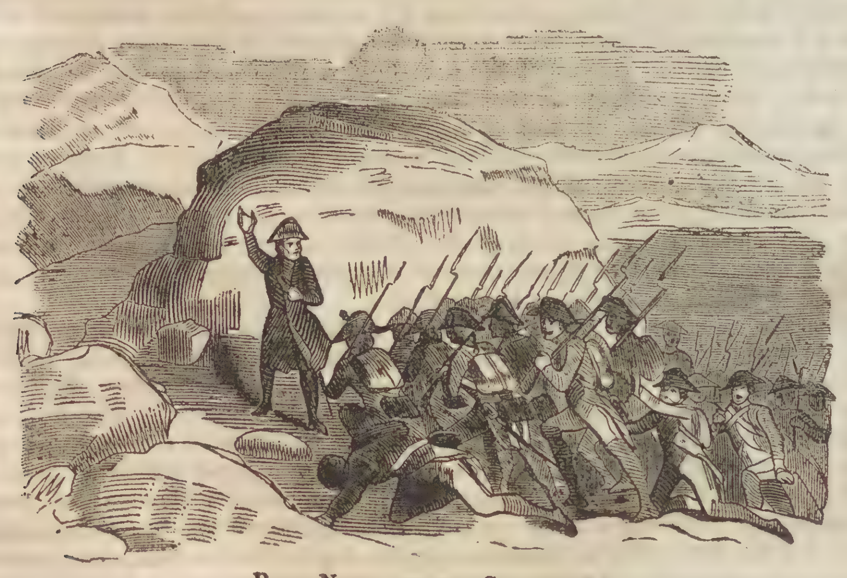
en aferrarse á los hábitos del régimen absoluto, segun en otra parte hemos ya dicho. Al contrario, la junta ganó mucho con no tener en él uno de los primeros obstáculos para dar principio á una marcha mas acomodada á la época, marcha que por fin emprendió, aunque no sin tardar todavía, y sin notable miedo á las reformas y al espíritu innovador.

Los cuidados de la Junta Central aumentaban en vez de minorarse. Nuestras tropas estaban deshechas, no quedando sino restos tristísimos desparramados por todas partes. Guardadas las avenidas de Andalucía en Santa Olalla y el Ronquillo y las gargantas occidentales de Sierra Morena por las fuerzas que D. José Serrano Valdenebro pudo reunir, no eran estas escudo bastante para el mediodía de España; y si Napoleon se empeñaba en invadir la Andalucía, podia hacerlo sin dificultad. Afortunadamente llamó su atencion el ejército inglés, y con esto el gobierno supremo tuvo algunos momentos de respiro, alejando de sí la tempestad, que á no ser aquel incidente hubiera desde luego caido sobre el territorio andaluz.

Moore, segun hemos dicho, estaba decidido á retirarse á Portugal en vista de nuestras derrotas. Los clamores de la Junta Central para que avanzase á Castilla no habian tenido sobre él ningun peso; visto lo cual por esta, habia enviado á Salamanca al general D. Ventura Escalante y á D. Agustin Bueno, á fin de impedir que el inglés persistiese en su retirada. Inútiles fueron tambien los ruegos de estos y los

de otras varias personas; pero habiendo Swart sido de opinion que Madrid se resistiria contra las huestes que le amenazaban, y habiéndose unido á sus reflexiones las del ministro inglés Frere, cedió Moore por fin á tan repetidas instancias, moviéndose por el frente con todo su ejército y saliendo de Salamanca el 12 de diciembre camino de Valladolid, á pesar de saber la triste nueva de que los franceses eran dueños ya del Retiro, y que estaba la capital de la monarquía próxima á sucumbir. Moore llegó el 14 á Alaejos, y alli supo por pliegos cojidos en Valdestillas á un oficial enemigo que Madrid habia capitulado. Con esta noticia y la de una parte de los planes que Napoleon revolvia en su mente, varió el inglés de rumbo, y en vez de dirijirse á Valladolid, lo hizo hácia Toro y Benavente, á fin de reunirse con el general Baird, subalterno suyo, y con el marques de la Romana que se hallaba en Leon con 16,000 hombres del ejército de la izquierda, 8,000 de los cuales se hallaban en el peor estado, merced á unas fiebres malignas, consecuencia de sus anteriores desgracias y de tantos afanes pasados. El espresado Baird habia en un principio pensado, de acuerdo con las órdenes de Moore, en retirarse á Galicia, noticia que alarmó á la Romana, que á trueque de no verse en desamparo con la fuga de los ingleses, determinó tambien por su parte abandonar á Leon. Sabedor despues de que Moore habia variado de plan, y que Baird se le unia en Astorga, donde juntas las tropas inglesas componian un total de 23,000 infantes y 2,300 caballos, cambió tambien de idea la Romana, y dejando en Leon la mitad de la gente que allí tenia, hizo avanzar camino de Cea la otra mitad, compuesta de 8,000 hombres escojidos.

Los ingleses llegaron á Sahagun, en cuyas cercanías derrotaron á 600 dragones enemigos, y Moore asentó el 21 en aquella villa su cuartel general. Allí pensaba el general británito ponerse luego en movimiento contra las tropas del mariscal Soult que, situado antes con 18,000 hombres entre Saldaña y Carrion de los Condes, se habia reconcentrado en esta villa al saber que Moore venia sobre él. En esto supo Moore, por aviso que le dió la Romana y por otros varios conductos, que Napoleon en persona, al frente de un poderosísimo ejército, se dirijia contra los ingleses; y adivinando el plan del emperador, que era comprometerle entre sus tropas y las de Soult, cojiéndole entre dos fuegos, determinó al momento retirarse, como lo hizo, dividiendo los suyos en dos columnas. Una de ellas, dirijida por él, tomó el camino de Benavente por



Pasa Napoleon el Guadarrama.

el puente de Castro-Gonzalo; y la otra marchó á Villamañan por las barcas de la antigua Coyanca, hoy Valencia de Don Juan.

El emperador por su parte, despues de haber esperado vanamente que la sumision de Madrid decidiese la de las provincias, habia salido de la corte de España pasando el Guadarrama los dias 23 y 24 de diciembre con no poco trabajo y penuria. El invierno de aquel año fué tan crudo, que el termómetro de Reaumur señalaba en el puerto en cuestion, cuando Napoleon le cruzaba, nueve grados debajo de cero. Aquejadas sus tropas con la nieve y con la heladora ventisca, desalentáronse en tales términos, que hubo el emperador de apearse para darles ánimo y obligarles con su ejemplo á seguir adelante. Hiciéronlo así, aunque con pena ,y con pérdida de hombres y caballos, sin que por cruzar aquel paso acabaran del todo sus desgracias. Al bajar á Castilla la Vieja suavizóse la crudeza del tiempo; pero empezó á llover en demasia, quedando intransitable el terreno y atollándose en él la artillería lo mismo que los equipages. Esto, unido á la soledad de los pueblos, cuyos habitantes huian á medida que Napoleon avanzaba, retardó la marcha de este, siéndole por lo tanto imposible realizar su plan de colocarse á la retaguardia de Moore, y cojerle asi entre sus tropas y las que Soult tenia en Carrion.

Moore mientras tanto llegó á Astorga con su columna el dia 29 de diciembre, despues de arruinar el puente de Castro-Gonzalo para retardar la marcha de los franceses. La otra columna, comandada por Baird, consiguió juntarse con él en la mencionada ciudad. En Benavente, donde habia quedado la caballería inglesa, fué acometida esta por Lefebvre con 600 infantes, quedando prisionero el general francés con 70 soldados. La destruccion del puente fué la causa del engaño padecido por este. Mas afortunado Franceschi sorprendió en Mansilla de las Mulas la segunda division de nuestro ejército de la izquierda el espresado dia 29, la cual se rindió prisionera, esceptuándose muy pocos soldados que pudieron salvarse. La Romana, que habia quedado en Leon con la parte mas flaca de su ejército, no se creyó seguro en aquella ciudad, y en la misma noche del dia en que tuvo lugar la sorpresa de la 2.ª division, abandonóla apresuradamente. Llegado á Astorga el dia siguiente, fué mal recibido de Moore, el cual creia á nuestro general guarneciendo las fronteras de Asturias con las tropas que le habian quedado. Hallábanse estas en el deplorable estado que arriba se ha dicho; y su union con los soldados ingleses, cuya disciplina se habia enteramente relajado, haciéndoles cometer mil escesos en Valderas, Benavente y otras poblaciones del tránsito, acabó de aumentar el desórden y la confusion de aquel antes lucidísimo ejército. Mediaron en Astorga agrias contestaciones entre el gefe español y el inglés, siendo aquel de opinion que debia esperarse á los franceses en las cordilleras del Vierzo, y empeñándose este en retirarse camino de Galicia. Era esta su idea favorita, concebida ya mucho antes, y no abandonada sino interinamente y solo á fuerza de pesados ruegos. Fácil es inferir por lo mismo que habiendo llegado las cosas al estremo en que entonces se vian, no desistiria el inglés de su mal concebido propósito, perdiendo la oportunidad de librar una accion ventajosa al abrigo de aquellas alturas. Cedió, pues, la Romana mal su grado, y dejando á Moore el ancho y espedito camino de Manzanal, reservóse para sí el agrio y áspero de Fuencebadon.

Eran las doce de la noche del 31 de diciembre, y Moore comenzó su retirada, saliendo á dicha hora de Astorga. La Romana hizo lo mismo poco rato despues, llevándose consigo su gente por el camino convenido, aunque dejando á Moore nuestra artillería, por ser la ruta de este mas cómoda y apropósito para hacerla marchar sin retardo. Esta resolucion, tan oportuna en sí, no lo fué por la estraña confusion que entre los ingleses reinaba, pues cortando estos los tiros, perdimos casi todos los cañones, abandonados unos en el camino de Manzanal y otros precipitados malamente en aquellos derrumbaderos. A estas desgracias se añadieron otras al ejército de la Romana, pues siendo ya su ruta intransitable por la nieve que habia en las asperezas de Fuencebadon,

lo fué mas por habérsele unido, contra lo que se habia acordado, la division del general Crawford compuesta de 3,000 hombres, embarazando asi mas y mas una marcha tan dificil de suyo. A duras penas, y venciendo increibles obstáculos, muertos de hambre, cansancio y fatiga, con el enemigo á la espalda y sin tener un punto de reposo, pudieron reunirse poco á poco en el valle de Valdeorras, aunque muy disminuidas, la segunda y tercera division española de las tres que la Romana llevaba, quedando la primera en su mayor parte prisionera en Turienzo. Con este nuevo golpe dejó, puede decirse, de existir nuestro ejército de la izquierda. Con mejores disposiciones en aquella infeliz retirada, hubiéranse podido evitar muchos males; pero el gefe que mandaba nuestras fuerzas no era el mas apropósito para dirigir un ejército en conflictos de la especie que aquel. Añadiase á esta circunstancia la carencia en que estábamos de gefes subalternos entendidos, por haber perecido los antiguos, los que no en el campo de batalla, en el contagio que reinó en Leon. Así fué que nuestros valientes, desprovistos de guia oportuna, caminaban en manos del acaso, siendo verdaderamente notable que en medio de tantos conflictos no pensasen en librarse de ellos por medio de una entrega voluntaria al enemigo que los perseguia.

Mejor dirijido el ejército inglés, no podia quejarse de sus gefes, y era sin embargo espantoso el aspecto que en su marcha ofrecia. Cada vez mas indisciplinado, llegó á Villafranca del Vierzo el 2 de enero en número de 19,000 hombres, entregándose á toda clase de escesos. Napoleon, que el dia anterior habia arribado á Astorga con las fuerzas de Soult y de Ney, una parte de la guardia imperial y dos divisiones del ejército de Junot, componentes al todo 70,000 infantes y 10,000 caballos, viendo á los ingleses en tan mal estado, no creyó necesario proseguir adelante, y contentóse con enviar tras ellos 25,000 hombres al mando de Soult, siguiendo á este las divisiones de Loison y Heudelet, y sosteniendo el movimiento de los tres el mariscal Ney con 16,000 hombres. Entró Soult en Vierzo, dividida su gente en dos columnas, de las cuales tomó una el camino de Manzanal y la otra el de Fuencebadon. Llegada la vanguardia francesa, mandada por Colbert, á las inmediaciones del Gúa, tuvo un choque con los ingleses, que situados apropósito hácia Cacabelos y Bembibre, la rechazaron con vigor, tendiendo en el campo al gefe que la dirijia con muchos ginetes franceses. Era aquella ocasion oportuna de empeñar una accion general; pero Moore desconfió de su tropa, mas en confusion cada vez, y no bien se hizo de noche determinó seguir su retirada. Puesto en marcha su ejército otra vez, fué tan espantoso el desórden y tal el desenfreno general, que particularmente en Villafranca llegaron los soldados al estremo de entregarse al saqueo y al pillaje, maltratando crudamente á los moradores del pueblo, y poniendo á los españoles en el caso de preferir la ocupacion francesa á la de sus caros aliados. Moore quiso enfrenar los escesos de los suyos con ejemplares castigos, mas no evitó por eso que creciesen en lo que faltaba hasta Lugo, siendo esta principalmente la causa de no aventurarse á una accion en los Valcárceles, á la entrada de Galicia, donde por lo quebrado del terreno y por las angosturas que ofrece, es la resistencia tan fácil. Los ingleses abandonaban los cañones, dejaban á merced del enemigo todos sus heridos y enfermos, mataban los caballos y arrojaban de sí los fusiles. Un convoy de vestuario y armas que venia de Inglaterra para las tropas del marques de la Romana fué tambien destrozado por ellos. ¿Qué mas? Al acercarse á Nogales, tenia aquel ejército 120,000 pesos fuertes; y en vez de repartirlos entre sus individuos, ordenó Moore mismo su pérdida, haciéndolos echar en un abismo. Cuando el soldado mira en tales términos con indiferencia el dinero, grave es el temor que le ocupa de que no le ha de ser de utilidad. Los ingleses no creian llegar vivos á los buques que debian salvarlos.

Despues de nuevas cuitas y desórdenes, y habiendo conseguido Moore evitar el alcance de los franceses en las inmediaciones de Constantin, llegó al fin el ejército á Lugo. Cerca de esta ciudad pensó el inglés presentar batalla á los franceses; pero Soult no la quiso admitir mientras no le viniesen refuerzos. Moore vió que era muy

arriesgado dar tiempo á su enemigo para que se le reuniesen las tropas que caminaban en pos de él, y emprendió su retirada de nuevo, saliendo de Vigo el 8 de enero y llegando el 9 á Betanzos. Hallándose rendida de cansancio su tropa y llena de fatiga y abatimiento, detúvose en esta ciudad el dia 10, y saliendo de ella al siguiente, consiguió por fin arribar á la Coruña. En su puerto creia encontrar los buques de transporte que habian salido de Vigo; pero vientos contrarios impidieron al almirante británico doblar el cabo de Finisterre. Este desgraciado incidente hizo mas difícil que hasta entonces lo habia sido la situacion del ejército inglés, puesto que precisado á aguardar el arribo de los buques, lo estaba tambien á batirse con los franceses cuando menos probabilidades tenia de éxito, habiendo despreciado la ocasion de hacerlo con mas fruto cuando le era mas favorable el terreno y era menor la indisciplina de sus tropas.

A pesar de este nuevo conflicto, no perdió Moore la serenidad, antes bien eligiendo los puntos que le parecieron mas apropósito, y desoyendo las insinuaciones que algunos de los suyos le hicieron relativamente á entablar una capitulacion, preparóse á recibir al enemigo. Presentáronse el 12 á su vista las tropas de Soult; mas no hubo combate formal hasta cuatro dias despues, por no haber reunido el francés el suficiente número de tropas. El 14 llegaron á la Coruña los anhelados buques, y transportando á ellos en la noche del mismo dia 52 cañones con los enfermos y heridos, destinó Moore para la noche del 16 el embarco de todo su ejército. Por desgracia no tuvo tiempo para ejecutar su designio, puesto que á las dos de la tarde del dia señalado al efecto, fué acometido encarnizadamente por las tropas de Soult. Trabóse con esto el combate de un modo vigoroso y enérgico, desplegando en él los ingleses mas bravura y serenidad de la que de ellos podia esperarse atendida su desorganizacion. Acudia Moore á los puntos en que era mayor el peligro, y viniendo una bala de cañon hirióle mortalmente en el hombro izquierdo. Caido en tierra, incorporóse luego, sin consentir que se le



Batalla de la Coruña.

retirase, hasta que tendiendo su vista por el campo de batalla, observó que los suyos tenian la ventaja á su favor. Recojiéndose entonces á sitio mas seguro, espiró al poco tiempo. Triste fin á que él dió motivo con su circunspeccion exagerada cuando quiso pecar de prudente, siendo asi que tenia altas prendas como militar y

esforzado. Pruébanlo su gloriosa catástrofe y las disposiciones que dió en aquellos solemnes momentos. Hope, sucesor de Moore, dirijió con acierto sus tropas despues de aquella desgracia, sin que los soldados ingleses se descorazonasen por la pérdida de su general. La pelea duró toda la tarde, siendo rechazados los franceses en toda la estension de la línea. Llegada la noche, aprovechóse Hope de sus sombras, y dispuso el embarco del ejército con arreglo á las disposiciones tomadas por su antecesor. Protegieron la operacion los habitantes de la Coruña, ayudándoles durante la noche, y resistiéndose á rendirse ínterin las tropas aliadas no estuviesen en salvo. Los franceses notaron la fuga al dia siguiente por la mañana, y asestando la artillería contra los barcos desde las alturas de la bahía, consiguieron causarles algun daño; mas era tarde ya para evitar que el ejército insular se salvase.

Perdieron los ingleses en la batalla de la Coruña 800 hombres entre muertos y heridos, y otros tantos, si no mas, los franceses. Su retirada tuvo mucho de hábil por parte de Moore en algunos puntos del tránsito, y de mal meditada en los mas, siendo casi siempre afrentosa por lo que toca á los soldados, de cuya anarquía y desórdenes quedó larga memoria en el pais. La batalla final los honró.

La division del general Crawford, que por el camino de Fuencebadon habia tomado la ruta de Vigo, llegó sin novedad á este punto antes que las tropas de Moore, y consiguió salvarse en los buques.

La plaza de la Coruña continuaba entretanto cerrada y en actitud de defenderse. Soult intimó la rendicion á los defensores el 18 por la mañana, y no recibiendo contestacion, amenazó un ataque á viva fuerza. Era gobernador de la Coruña el general Alcedo, y cumplido como estaba el objeto de protejer con aquella momentánea resistencia la evasion del ejército inglés, accedió á la capitulacion, tanto mas cuanto por un imperdonable descuido no se hallaba la plaza en estado de sostener un sitio formal. La capitulacion constaba de 15 artículos, y estipulóse en ella la entrega de la plaza con toda su artillería, municiones y pertrechos, sujetándose sus habitantes á prestar á José juramento de fidelidad, cláusula que por ningun concepto debieron admitir aquellas autoridades. Hízose así, no obstante, y en consecuencia de lo estipulado entraron en la Coruña los franceses el dia 20, cayendo en su poder 200 cañones, 20,000 fusiles, 600,000 cartuchos, gran cantidad de pólvora, abundante provision de víveres, muchos pertrechos de guerra y 500 caballos inutilizados. Los franceses recobraron allí 350 prisioneros, entre ellos el general Quesnel, de quien dimos noticia á nuestros lectores al hablar del arresto de las tropas francesas por los españoles de Oporto.

Apoderado Soult de la Coruña, dirijióse con parte de sus tropas á la importante plaza del Ferrol, defendida por varios fuertes y un muelle guarnecido de artillería. El comandante de aquel departamento D. Francisco Melgarejo, y el de tierra D. Francisco Fidalgo, comenzaron desde luego á parlamentar en union con la junta del pueblo; pero sublevándose este, hizo cesar las negociaciones. Soult entonces procedió á atacar, y habiéndose apoderado de los castillos de Palma y de San Martin, cejó el pueblo en su ardiente propósito, y procedióse á la capitulacion el dia 26 de enero. Redújose esta á lo mismo que la de la Coruña, con algunas modificaciones relativas á la escuadra y al arsenal, y la de no poderse obligar á ningun defensor de la plaza á hacer armas contra sus compatriotas. Ocupada esta al dia siguiente, decretaron los franceses el desarme de los moradores, junto con el de los 300 soldados que constituian la guarnicion, quedando en su poder tres buques de guerra de 112 cañones, dos de 80, uno de 74 y otros menores, muchas piezas de artillería en el arsenal y gran cantidad de pertrechos. D. Pedro Obregon, preso por sospechoso desde el levantamiento de mayo, fué nombrado por los franceses comandante del departamento.

La posesion de la Coruña y del Ferrol, unida á la del puerto de Vigo, completó la conquista de Galicia, sin que le fuese dado á la Romana, con las escasas fuerzas que tenia, oponerse á los progresos del invasor en aquel reino, cuyas prin-

cipales ciudades, ocupadas por tropas francesas, decidieron la sumision de las poblaciones secundarias, viéndose el general español en precision de evacuar á Orense y buscar su refujio en Portugal. Este reino tardó poco tiempo en ser ocupado por Soult, quien dejó á Ney el mando de Galicia, y verificó su invasion con la poca fortuna que mas adelante veremos.

Napoleon mientras tanto, alarmado en Astorga con la noticia de los preparativos de guerra que hacía el Austria en su contra, retrocedió á Valladolid, entrando en esta ciudad el 6 de enero. Habian sido en ella asesinados algunos franceses, y el emperador hizo prender al ayuntamiento, amenazando ahorcar á cinco ó seis de sus individuos, si dentro de un breve plazo no ponia en sus manos los autores de aquellos asesinatos. Terrible aprieto para aquella municipalidad, del cual no le era dado salir, no siéndole posible averiguar lo que Napoleon pretendia. El correjidor interino delató como promovedor de aquellas catástrofes á un infeliz adobador de pieles, que ninguna culpa tenia, el cual preso con dos de sus criados, fué condenado á la pena de horca, si bien fué perdonado á fuerza de ruegos, y solo la sufrieron los últimos. Hecho infame el del tal correjidor, buscar su salvacion y la de sus compañeros en la perdicion de tres justos, ó cuyo delito á lo menos no le constaba de manera alguna. El 16 de enero presentáronse al emperador los diputados del ayuntamiento de Madrid, quienes, con arreglo á sus órdenes, suplicáronle repusiese en el trono á su hermano José. Prometióselo Napoleon, y añadiendo que dentro de pocos dias verificaria José su solemne entrada en Madrid, salió él de Valladolid en la noche del 17, dirijiéndose á Paris aceleradamente, á fin de conjurar la tempestad que le amenazaba en el Norte.



CAPITULO XIX.

Movimiento del ejército del centro: sedicion en el mismo: toma el mando el duque del Infantado.—Ataque de Tarancon.—Movimiento de las tropas de Victor: batalla de Uclés.—Sucede á Infantado en el mando el conde de Cartaojal.—Atrocidades cometidas por los franceses en Uclés.—Estado de la guerra en Cataluña.—Ataques en la línea del Llobregat.—Aumento de nuestras tropas en el Principado: toma Vives el mando del ejército, y dá principio al bloqueo de Barcelona.—Viene en auxilio de Duhesme el general Gouvion Saint-Cyr: comienzo del sitio de Rosas.—Sigue el bloqueo de Barcelona por las tropas de Vives: ataques del 8 y 26 de noviembre, y del 5 de diciembre.—Heróica defensa de Rosas: capitulacion de esta plaza.—Ataque del Fluviá por Alvarez.—Emprende Saint-Cyr la marcha para Barcelona: desaciertos cometidos por Vives.—Desgraciada batalla de Llinás: entra Saint-Cyr en Barcelona.—Levántase el bloqueo de esta ciudad: funesta rota de Molins de Rey.—Alboroto de Tarragona: desórdenes en Lérida: es Vives destituido del mando y le sucede Reding.

Reducido el ejército del centro al escaso número de 8,000 hombres, habia, segun hemos visto, conseguido arribar á Sigüenza, en cuya ciudad hizo Castaños dejacion del mando en manos del general la Peña por órden de la Junta Central. La separacion de Castaños hizo poco favor á la Junta; pero acaso no estuvo en su arbitrio contrariar las exigencias de la opinion, unánimemente declarada contra aquel gefe por lo que las gentes llamaban inactividad y abandono, cuando no merecia ese nombre la circunspeccion y prudencia con que Castaños habia siempre procurado no esponerse á aventuras peligrosas sin probabilidades de éxito. Como quiera que sea, encargóse la Peña del mando, y en cumplimiento de las órdenes que se le habian dado, determinó acudir á la defensa de Madrid, reforzando las tropas de San Juan apostadas en Somosierra. Salió, pues, de Sigüenza el ejército del centro, llegando la artillería y casi toda la caballería á Guadalajara en la noche del 2 de diciembre, no sin haber sabido en el camino el paso de las tropas francesas por el puerto en cuestion. El duque del Infantado, que habia salido de Madrid en busca de las tropas de Castaños, llegó tambien á Guadalajara el dia siguiente, y allí manifestó á la Peña que el enemigo hostilizaba á Madrid, y que el camino de Alcalá de Henares se hallaba interceptado por los franceses. Con semejantes nuevas fué preciso variar de direccion. Reunidos los gefes españoles en consejo de guerra, optaron por la marcha hácia Arganda, para desde allí socorrer á la capital si llegaban á tiempo. Puestos en marcha en cumplimiento de este designio, supieron á muy poco tiempo que Madrid habia capitulado, con lo cual, precisados de nuevo á tomar otra ruta, pensaron cruzar el Tajo por Aranjuez y abrigarse en los montes de Toledo. Llegados á Villarejo de Salvanés, reuniósele el general Llamas, que fugitivo de Aranjuez por haber los franceses ocupado aquel punto con fuerzas superiores en número, indicóles lo arriesgado del plan en continuar adelante. Este triste

incidente hizo de nuevo que las tropas tomasen otro rumbo, pasando el Tajo por Villamanrique, Fuentidueñas y Estremera con direccion á la ciudad de Cuenca. Tantas marchas y contramarchas disgustaron en estremo á las tropas, estallando en Mondejar é Illana una sublevacion general, á cuyo frente se puso el teniente coronel D José Santiago, ansioso de esplotar el descontento para elevarse él al mando en gefe. Arredrado la Peña, y temiendo las consecuencias de aquel desórden, ofreció abdicar el mando, confiriendo la direccion del ejército á quien mas placiese á la tropa. Propuesto para general en gefe el duque del Infantado, y habiendo sido estraordinariamente aplaudida por los soldados aquella designacion, tomó el duque el mando en el acto, conteniéndose asi los progresos de aquella lamentable insurreccion. Llegado el ejército á Cuenca del 10 al 13 de diciembre, sin mas contratiempo que el de la segunda division mandada por Grimarest, puesta en fuga por el general Mont-Brun en Santa Cruz de la Zarza, fué una especie de milagro haber conseguido salvarse de los inminentes peligros que sin cesar le habian rodeado, no siendo el menor de ellos la indisciplina de las tropas. El oficial Santiago, principal motor del desórden, espió su delito con la vida, siendo fusilado en Cuenca el dia 12 de enero de 1809.



Fusilamiento del teniente coronel Santiago.

Aumentado el ejército del centro con los soldados de Llamas, y con otros que, habiéndosele antes desmembrado despues de la batalla de Tudela, consiguieron al fin reunírsele, entre ellos una parte de la vanguardia, salvada heróica y prodigiosamente por el conde de Alacha, contó el duque del Infantado á los pocos dias de su nombramiento cerca de 18,000 hombres de todas armas. Por desgracia aquel general no tenia las dotes que exijia el desempeño de su cargo. Al entrar los nuestros en Cuenca, hallábanse en Tarancon, á doce leguas de aquella ciudad, unos 800 dragones franceses, los cuales saqueaban la comarca, exigiendo contribuciones á los habitantes y cometiendo en ellos toda clase de tropelías. Infantado dispuso que la division de vanguardia, situada en Jabaga, á las órdenes del mariscal de campo Venegas, libertase á aquellos pueblos de tantos vejámenes, desalojando á los franceses de Tarancon. Venegas salió de Jabaga en la noche del 19 de diciembre con unos 7,000 hombres, llegando á Uclés el 22, y saliendo de aqui el 24, dividiendo

su fuerza en dos columnas, una á su mando inmediato, y otra á las órdenes del brigadier Giron. Este debia marchar á Tarancon directamente, mientras Venegas dando un rodeo debia interponerse entre dicho pueblo y Santa Cruz de la Zarza, para impedir la fuga al enemigo. El frio de la noche era horrible con la nieve y granizo que caia; mas no por eso dejaron los nuestros de caminar hasta el amanecer del 25, llegando la columna de Venegas al monte situado á la izquierda de Tarancon, distante tres cuartos de legua de Santa Cruz. Áspero allí el terreno, ofrecia ademas el obstáculo de infinidad de arroyos que le hacian intransitable, y asi tardó Venegas muy cerca de dos horas en salir al camino real. La fatigosa marcha de aquella noche le habia dejado sin caballería, estraviada casi toda ella por aquellos vericuetos. Con esto, y con el inevitable retardo, no pudo conseguirse el objeto de destrozar completamente á los franceses. Ahuyentados estos por Giron, con arreglo al plan convenido, cayeron de rechazo sobre algunos de los pocos caballos que le habian quedado á Venegas, obligándolos á retroceder. Un batallon de guardias españolas al mando del brigadier Herrasti, secundado por otro de tiradores de España, hizo frente con denuedo al empuje, y rechazó completamente á los ginetes enemigos, sucediendo lo mismo en otra carga, de la cual salieron peor, quedando ciento fuera de combate y huyendo los demas á toda brida en la dispersion mas completa. Como nuestra caballería llegó tarde, fué inútil intentar perseguir á los fugitivos contrarios, los cuales, sin cesar de correr, consiguieron refugiarse en Ocaña, nueve leguas distante del punto en que habia sido la accion. Tarancon fué ocupado por los nuestros, con gran alegría y contento de los habitantes de toda aquella comarca tan vejada por el enemigo.

El júbilo de aquellos vecinos duró muy poco desgraciadamente. Alarmado el mariscal Victor con la nueva de aquel encuentro, reunió en Aranjuez la mayor parte de las tropas que habian devastado la Mancha y ocupado en noviembre á Toledo, y ascendiendo estas á 14,000 hombres y 3,000 caballos, determinó caer sobre los nuestros, antes de darles tiempo de hacerse mas temibles por su organizacion y aumento de fuerzas. Viendo Venegas las maniobras del enemigo por la parte del Tajo, sospechó su intencion de envolverle, y avisó al duque del Infantado á fin de que se le acercase con el resto de su ejército, ó dispusiese al menos que la vanguardia se retirase á Cuenca. El duque, á quien un escritor califica de imbécil bajo el punto de vista militar, no hizo caso de aquella prevencion, visto lo cual por Venegas, y no recibiendo respuesta ninguna, determinó, de acuerdo con los gefes, abandonar á Tarancon y dirigirse á Uclés, siendo esto tanto mas urgente cuanto que el dia 8 de enero habian los enemigos ocupado á Santa Cruz, evacuado por los nuestros, y amenazaban caer sobre Belinchon. Verificóse la retirada el 11, y al dia siguiente al amanecer reunióse á Venegas en Uclés el brigadier Serra, que habiendo recibido del duque órden de atacar á Aranjuez dias antes, no se habia atrevido á hacerlo, por no esponerse, como se esponia, á perder su gente del todo. Constaba esta de unos 4,000 hombres y 800 caballos, y llevando con corta diferencia la misma fuerza Venegas, ascendia el total de los dos á unos 8,000 de los primeros y 1,500 de los segundos. Venegas dejó en Tribaldos 700 de estos y alguna infantería, al mando de Bocarne y Ramirez de Arellano, y situando el resto de las fuerzas en los puntos que juzgó mas apropósito, estableciόse él en el alcázar de Uclés, punto desde el cual dominaba su, en parte ventajosa, y en parte menos fuerte posicion.

La accion comenzó por Tribaldos, atacando á los nuestros Villatte, y obligándolos á abandonar aquel pueblo, tras lo cual cayó Victor en persona sobre nuestra izquierda en Uclés, desbaratando sin gran dificultad las fuerzas que teníamos allí, punto el mas flaco de la posicion, y algo descuidado en verdad, por haber Venegas creido que seria su flanco derecho el esclusivo ó principalmente atacado. Nuestra derrota fué la mas completa, pereciendo en ella casi toda nuestra infantería y caballería, siendo solo dos ó tres cuerpos de esta última y algunos individuos de la primera los que consiguieron salvarse en aquella infausta jornada. Fué esto el dia 13



Batalla de Uclés.

de enero de 1809, uno de los que mas tristes alumbraron á España en el discurso de aquella guerra. Los ginetes que pudieron evadirse huyeron á escape, libertados por el bravo Giron, en direccion de las Peñas de San Pedro. El duque del Infantado, cuya incapacidad habia sido la causa principal de aquel desastre, reunió á los mas de los fugitivos en Carrascosa, y retirándose despues de varios rodeos á Santa Cruz de Mudela, fué allí relevado del mando, sucediéndole el conde de Cartaojal.

Despues de aquella rota desastrosa, entraron los franceses en Uclés, cuyos vecinos habian tomado parte en la accion, y cometieron en ellos tantas atrocidades, que la pluma se resiste á escribirlas. Atormentaron á muchos, dice Toreno, para averiguar si habian ocultado alhajas; robaron las que pudieron descubrir, y aparejando con albardas y aguaderas á manera de acémilas á algunos conventuales y sugetos distinguidos del pueblo, cargaron en sus hombros muebles y efectos inútiles, para quemarlos despues con grande algazara en los altos del alcázar. No contentos con tan duro é innoble entretenimiento, remataron tan estraña fiesta con un acto de la mas insigne barbarie. Fué, ¡cáese la pluma de la mano! que cojiendo á 69 habitantes de los principales, y á monjas y clérigos, y á los conventuales Parada, Canova y Mejia, emparentados con las mas ilustres familias de la Mancha, atraillados y escarnecidos los degollaron con horrorosa inhumanidad, pereciendo algunos en la carnecería pública. Sordos ya á la compasion los feroces soldados, desoyeron los ayes y clamores de mas de 300 mugeres, de las que acorraladas y de monton abusaron con esquisita violencia (*abrasándolas vivas despues*, añade el autor anónimo de la *Vida de Fernando VII*). Prosiguieron los mismos escándalos en el campamento, y solo el cansancio, no los gefes, puso término al horroroso desenfreno. No cupo mejor suerte, prosigue, á los prisioneros españoles: los que de ellos rendidos á la fatiga se rezagaban, eran fusilados desapiadadamente. Asi lo cuenta en su obra un testigo de vista, un oficial frances, Mr. de Rocca. ¿Qué estraño, pues, era que nuestros paisanos cometiesen en pago otros escesos, cuando tal permitian los oficiales del ejército de una nacion culta?

La guerra en Cataluña no presentaba tampoco, por los dias á que nos referimos,

un aspecto muy lisonjero. Y cuando decimos *la guerra*, no comprendemos en esta denominacion toda clase de hostilidades; hablamos de la guerra regular, de la que tenia lugar entre unos y otros ejércitos. Los generales españoles del Principado olvidaron lamentablemente durante algun tiempo el carácter distintivo de la lucha en aquel territorio, el mas admirablemente organizado para la guerra de partidas, y el que menos debiera haberles hecho caer en tentacion de aventurar, como lo hicieron, una batalla tras otra.

Despues de la segunda y desgraciada tentativa de Duhesme contra Gerona, de cuyo suceso dimos cuenta á nuestros lectores en el capítulo XVI, trasladóse á Villafranca la patriótica junta catalana, estableciéndose allí con el marques del Palacio el dia 1.° de setiembre de 1808. Reunidos en el mismo punto los catalanes nuevamente alistados, envióse mas fuerza á la línea del Llobregat al mando del conde de Caldagues, ascendido á mariscal de campo por el oportuno socorro con que habia atendido á Gerona. Dicha línea se estendia desde el puente fortificado de Molins de Rey hasta mas abajo de San Boy. Temeroso Duhesme de verse cada dia mas estrechado en Barcelona por aquel cordon de valientes, salió de la capital con 6,000 combatientes y atacó á los catalanes el 2 de setiembre, verificándolo simultáneamente en los dos puntos ó estremos indicados. Fueron rechazados los nuestros por el general enemigo Milosewik, sostenido por Schwartz, hácia la parte de San Boy; pero no asi en el puente de Molins de Rey, del cual fué repelido con pérdida el general Bessieres, hermano del mariscal del mismo nombre duque de Istria. Poco despues fué reforzada la derecha de los españoles, con cuyo motivo perdieron los franceses las ventajas que acaban de conseguir en San Boy, siendo Milosewik lanzado de allí, y recobrando los nuestros las posiciones de que acababan de ser desalojados. Otro choque ocurrido el 22 en Santa Coloma, entre los franceses y los migueletes acaudillados por Milans, dejó igualmente escarmentado al enemigo, viéndose en precision de refugiarse en el recinto de la capital. Mas adelante, el 12 de octubre, fueron Milosewik y Deveaux atacados por Caldagues en San Colgat, siendo el resultado una rota completa de parte de los franceses, obligados, lo mismo que anteriormente, á buscar su refugio en Barcelona. Esta poblacion desde entonces se vió cada vez mas estrechada por los españoles, llegando el enemigo al estremo de no atreverse á abandonar sus muros, como brevemente veremos.

Las tropas del Principado se habian aumentado bastante, habiendo arribado á Lérida en octubre la division aragonesa de Lazan, á cuyo auxilio se añadió despues el de la de Carrafa, procedente de Lisboa y compuesta de 8,000 hombres, que desembarcó en Tarragona el mes de noviembre. La de Reding, ascendiente á 13,000 hombres, habia igualmente acudido al sosten del esfuerzo catalan. Separado del mando el marques de Palacio por la oposicion que habia contra él en los incesantes vaivenes á que entonces estaba sujeta la opinion pública, habiase encargado en octubre de la direccion del ejército el capitan general de Mallorca D. Juan Miguel de Vives, quien contando ya en aquel tiempo 19,500 infantes, cerca de 800 caballos y 17 piezas de artillería, envió la vanguardia al Ampurdan al mando de Alvarez, aquel hombre grande y terrible que tanto habia de inmortalizarse en breve dentro de las murallas de Gerona; y conservando bajo su inmediata direccion el resto de las fuerzas, dió principio al bloqueo de Barcelona, aproximándose á esta plaza el 3 de noviembre, y sentanto su cuartel general en Martorell, cuatro leguas distante. Esta determinacion fué censurada por muchos, creyendo inoportuno un bloqueo que, á mas de ser de larga duracion y de éxito bastante dudoso, tenia el inconveniente de dejar desatendidos otros puntos de notable importancia. Alentado Vives con el estado de sorda efervescencia en que se hallaban los habitantes de aquella capital, y esperando de la esplosion de su requemado encono ver en breve secundadas sus miras, no hizo caso de aquel dictámen: demas que estando en tratos como estaba con algunos españoles en apariencia afrancesados, creyó con esto y con los esfuerzos de los suyos que no tardaria ocasion oportuna de poder entrar en la plaza por medio de algun golpe de mano.

Asi hubiera sucedido tal vez, á haber podido Vives disponer del tiempo necesario para ello, y á estar Duhesme reducido á los solos recursos que tenia; pero Napoleon, que conocia la importancia de conservar á Barcelona, dió al general Gouvion Saint-Cyr el cargo de auxiliar á Duhesme con 25,000 infantes y 2,000 caballos, los cuales pasaron la frontera á principios de noviembre. Sain-Cyr sentó el 6 en Figueras su cuartel general, y en vez de volar prontamente al socorro de Barcelona, como el emperador le encargaba, quiso apoderarse primero de la plaza de Rosas, cuyos medios de defensa eran tan escasos y débiles desde la guerra de la república, como en otro lugar queda dicho. Vives por su parte, en lugar de acudir con la mayoría de sus fuerzas al encuentro de Sain-Cyr, aprovechando la oportunidad de destrozarle que le ofrecia el terreno, y dejando delante de Barcelona la gente precisamente necesaria para contener á Duhesme, siguió en su empeño de estrechar el bloqueo de la capital con todo el lleno de sus tropas, cometiendo asi los dos gefes, el español y el frances, dos faltas igualmente imperdonables en sentir de la gente entendida, si bien la de Sain-Cyr fué disculpada, y aun convertida en ocasion de elogio, por lo favorable del éxito. A haber sido este al revés, la loa hubiera sido hasta las nubes para el general español. Tal sucede con bastante frecuencia en los hechos que atañen á la guerra.

Ocupado Sain Cyr en el sitio de Rosas, cuya formalizacion quedó al cargo inmediato de Reille, dió con esto lugar á que Vives tuviese sazon y vagar para estrechar á Barcelona, esponiendo á Duhesme á perder la importante posesion de esta plaza. Este se hallaba en el mayor apuro, teniendo que luchar con los bravos que le atacaban bajo el mismo cañon de Monjuich, y temiendo en los habitantes una sublevacion general á cada ataque que se repetia. El 8 de noviembre faltó poco



para que estallase la ira de aquel mal reprimido vecindario, notándose en los semblantes de todos la satisfaccion con que vian á los franceses desalojados de sus posiciones del llano de la capital, y perseguido hasta los mismos muros por sus compatriotas de afuera. El malísimo tiempo que hacia, y el no haberse combinado con

el debido acierto aquella acometida vigorosa, impidió que el ejército español alcanzase aquel dia gran parte del objeto que Vives se prometia, y este se vió obligado á retirarse á sus primeras posiciones. Habiéndosele incorporado despues las tropas de la division de Granada al mando de Reding, volvió el 26 á repetir la embestida en el llano en cuestion, y desalojando definitivamente á los franceses, obligólos á encerrarse en Barcelona y sus fuertes, trasladando él su cuartel general á San Feliú de Llobregat, á legua y media de la ciudad, despues de rendir prisionera la guarnicion del fuerte de San Pedro Mártir. Los franceses despues de esta accion resolvieron ocupar á San Andres, pueblo situado al norte de Barcelona, situando demas de eso en la falda de Monjuich algunas baterías destinadas á flanquear y protejer su puesto de la Cruz cubierta. Atacados por Vives en todos estos puntos el 5 de diciembre, fueron tambien desalojados de ellos, si bien los recobraron despues, merced á un refuerzo que les vino del recinto de la plaza. La estrechez del bloqueo, cada vez mas angustioso para Duhesme; la escasez de subsistencias que entre los suyos empezaba á esperimentarse y el amenazador aspecto del vecindario barcelones, á quien desde el 19 de noviembre se habia severamente prohibido asomarse á las azoteas en los dias de accion, hubieran dado á Vives la victoria á haber tenido la embestida del 8 el resultado que la del 26, ó á haber sido posible á los de Rosas, abandonados á sus solos recursos, sostener su defensa mas tiempo; pero el sitio de aquella plaza tuvo un fin favorable á los franceses, y volando con esto Saint-Cyr al socorro de Barcelona, fueron desde aquel punto inútiles las ventajas obtenidas por Vives en todo el curso del bloqueo.

En efecto: la plaza de Rosas, tenazmente defendida por una guarnicion de 3000 hombres mandada por el gobernador Odaly, acababa de sucumbir. El general Reille apareció delante de aquel pueblo el 6 de noviembre, cercándolo con 7000 hombres que, acometidos por los sitiados en una vigorosa salida, hiciéronles perder la esperanza de apoderarse de la plaza en aquel mismo dia por un golpe de sorpresa. Reille sabia bien los puntos débiles por donde con menos peligro de los suyos podia confiado acometer, y sabíalo á ciencia cierta por su gefe de ingenieros Sanson, que habiendo en 1795 asistido al sitio sufrido por aquella poblacion en la guerra con la república, tenia cuantos datos eran precisos para no equivocarse en conjeturas en lo relativo á su arte. Otra salida de la guarnicion, no menos vigorosa que la primera, obligó el 12 al enemigo á abandonar las alturas de Aguilas y Puig-Rom, tomando los nuestros posiciones en esta última, donde se sostuvieron hasta el 15, en que fueron lanzados á la vez, retirándose en buen órden á la plaza. Desde entonces fué el sitio mas estrecho, siguiendo los franceses en él el mismo plan que trece años antes, embistiendo simultáneamente la ciudadela y el fortin de la Trinidad. Apoderado el enemigo de un reducto, cabeza del atrincheramiento que cubria la villa hácia el baluarte llamado de la Plaza, consiguieron con esto el 25 la oportunidad de embestir la poblacion con probabilidades de éxito, realizándolo asi en la noche del 26 al 27, no sin la mas heróica resistencia de parte de los defensores, de los cuales murieron 300 y fueron hechos prisioneros 150, siendo 500 al todo, migueletes en su mayor parte, los que defendian la villa.

Posesionado el enemigo de esta, hizo á la ciudadela proposiciones de capitular; pero fué la propuesta sin fruto. El 30 acometieron los franceses el fortin de la Trinidad, en el cual habia ya brecha abierta, mas fueron vigorosamente rechazados por la guarnicion española é inglesa. El 2 de diciembre verificaron los nuestros otra nueva salida, á fin de embarazar los trabajos del enemigo; pero fue todo inútil. Roto el fuego de cañon, quedó practicable la brecha el dia 5, visto lo cual, y no recibiendo el gobernador al cabo de 29 dias de asedio los refuerzos que por tierra esperaba, capituló por fin honrosamente, quedando con su guarnicion prisionera de guerra. Los defensores del fortin de la Trinidad volaron los almacenes, y protegidos por el fuego de los buques británicos, consiguieron salvarse en ellos. El valiente Alvarez no podia ser útil á la plaza con la gente que llevaba á sus órdenes. Situado sobre el paso de Fluviá, no lejos de Gerona, tenia delante de sí al general



Toma de la villa de Rosas.

frances Souham, destacado exprofeso por Saint-Cyr con 6,000 hombres para observar nuestra vanguardia y cubrir las operaciones del sitio hácia los pueblos de Navata y Pontós de Armodas. Esto no impidió que aquel héroe pasase decidido el Fluviá el dia 24 de noviembre, desalojando al enemigo de las alturas de Pontós y obligándole á replegarse; pero esta momentánea ventaja no produjo el efecto deseado de dar algun respiro á Rosas, pues reforzados los franceses, revolvieron sobre los nuestros, y hubo Alvarez de repasar el Fluviá con alguna pérdida en la noche de aquel mismo dia. Poco despues pasó á apoyarle el marques de Lazan con su division de 4,000 hombres, mas nada pudo intentarse de nuevo, limitándose Alvarez y él á observar, como era su encargo, los movimientos del enemigo.

Cayó, pues, la plaza de Rosas, y su caida trajo en pos de sí la desaparicion del bloqueo con que Vives estrechaba á Barcelona. El general Saint-Cyr, no sin temores de llegar tarde ó de sufrir descalabro en el camino, voló al socorro de Duhesme con 15,000 infantes y 1,500 caballos, dejando en el Ampurdan la division de Reille. Vives por su parte hizo adelantar á Reding camino de Granollers, siguiéndole él con algunas tropas, con lo cual reunieron entre los dos unos 8,000 hombres ademas de los somatenes. Escasa fuerza para poder medirse con éxito con el victorioso enemigo, y estravio tanto mas lamentable cuanto que estaba en mano del general español destinar mas gente á la empresa, dejando delante de Barcelona la rigorosamente necesaria para contener á Duhesme. El marques de Lazan recibió la órden de separarse de Alvarez y seguir en pos de Saint-Cyr, aunque no debia caer sobre su espalda mientras Vives no atacase de frente. Con esto, y disponer que Milans contuviese al enemigo por el lado de la marina, caso de ser la marcha de este en aquella direccion, ó concurrir á la accion general en el supuesto contrario, creyó Vives tomadas todas las disposiciones que la marcha del contrario exijia; mas ya que voluntariamente reducia su gente á escaso número, ¿por qué no ocupó aquellos pasos, que por su angustiosa estrechez eran los mas apropósito para poner en rota al enemigo? No habiéndolo hecho asi, perdió la ocasion de vencer donde mas lo indicaba el terreno, y asi fué que Saint-Cyr se sorprendió cuando al llegar á las alturas de Hostalrich y gargantas del rio Tordera, las halló enteramente abandonadas y sin un solo soldado español que le disputase aquellos pasos, tan difíciles de

atravesar para él, á poca que fuese la gente que se le opusiese de veras.

Saint-Cyr celebró este descuido, y evitando los fuegos de Hostalrich por medio de un rodeo oportuno, tomó el camino de Barcelona. Incomodado en la marcha por Milans, venció no sin dificultad las cortaduras de Treinta-Pasos, consiguiendo salir á campo abierto, y acampando á una legua del punto en que estaba Vives, situado con el grueso de sus fuerzas entre Villalba y Llinás. Nuestra posicion era buena, mejor que la de los franceses, cuya gente se componia en su mayor parte de conscriptos de varias naciones, novicios en acciones de guerra, faltos de artillería, por haberla enviado á Figueras, y escasos, lo que no es decible, de víveres y municiones. Cercados, se puede decir, por Lazan y Claros que les iban detras, por Milans que estaba á su izquierda y por Vives que los esperaba de frente, todo al parecer presagiaba una accion gloriosísima y completa por nuestra parte, no obstante los errores cometidos; pero Vives no supo aprovechar la ocasion que se le ofrecia, y la batalla de Llinás, nominada tambien de Cardedeu, dada el 16 de diciembre, fué motivo de luto para los nuestros, en vez de darse allí, como se pudo, la segunda edicion de la jornada que de tantos laureles nos cubrió en los célebres campos de Bailen. La accion fué sangrienta y no poco, habiendo estado en espantoso apuro durante algun tiempo las águilas imperiales, mas al fin quedó el triunfo por estas, matándonos Saint-Cyr 500 hombres, apresando ó hiriendo á mas de 1,000 y cojiéndonos 5 cañones. Su pérdida en medio de eso fué mayor que la nuestra todavía; pero él logró su objeto socorriendo á Duhesme, y entrando el 17 en Barcelona.

La guarnicion de esta ciudad habia hecho una salida contra sus bloqueadores en los momentos mismos en que se estaba dando la batalla de Llinás ó Cardedeu, atacando los puntos de Sarriá, del Hospitalet y de Esplugas. La accion fué tenaz y reñida; pero al fin quedó por los nuestros, haciendo retirar á sus contrarios al recinto de que habian salido. Súpose en esto por los sitiadores la catástrofe de Llinás, y cundiendo el desaliento en las filas, replegáronse al Llobregat, tomando en su orilla derecha las mismas posiciones que tenian antes de empezar el bloqueo. El general Reding, libertado de caer prisionero por la velocidad de su caballo, se unió á los nuestros allí, tomando el mando del ejército durante la ausencia de Vives, que desconcertado y á pié consiguió salvarse tambien por sendas estraviadas, embarcándose luego en Mataró, y apareciendo al fin en el punto donde estaban congregados los nuestros en la espresada orilla derecha. De allí se trasladó á Villafranca á fin de obrar de acuerdo con la junta del Principado. Nuestra posicion en el Llobregat era entretanto súmamente crítica, no tanto por la diminucion de nuestras fuerzas, reducidas á 10,000 hombres y 900 caballos, merced á la derrota del 16 y dispersion que fué su consecuencia, cuanto por el horrible desaliento que se apoderó de unos hombres antes tan osados y audaces. Malos auspicios seguramente para que Reding se atreviese á aceptar una nueva batalla si el frances venia sobre él. Asi sucedió, sin embargo. Saint-Cyr salió de Barcelona el 20, despues de haber dado allí descanso dos dias á sus soldados, y situándose en la margen izquierda del rio, cuya opuesta orilla ocupaban los nuestros, preparóse á atacarlos desde luego.

Reding dudó si se retiraria ó permaneceria en su puesto, y no atreviéndose á adoptar por sí ninguno de los dos partidos, consultó á Vives lo que debia hacer. La respuesta del general en gefe, trasladado como hemos dicho á Villafranca, fué tardía ademas de enigmática, visto lo cual, se decidió Reding á esperar en su puesto al enemigo. Dióse con esto el 21 de diciembre la batalla de Molins de Rey, no menos triste que la de Llinás, siendo hecho en ella prisionero el conde de Caldagues, y quedando mortalmente herido el brigadier la Serna, perdiéndose nuestra artillería, que era numerosa, no menos que las armas, arrojadas por los infantes en la fuga, y los almacenes del Llobregat, Villafranca del Panades y Villanueva de Sitges, abandonados á merced del enemigo, como lo habian sido los de Sarriá cuando la accion del 16. El ejército de Cataluña quedó con esta nueva catástrofe enteramente deshecho.

Los dispersos despues de esta accion fueron reuniéndose poco á poco en los muros de Tarragona. A esta ciudad habia acudido tambien Vives despues de la nueva derrota. Malquisto de las tropas y del pueblo, alzóse de todas partes contra él un grito de reprobacion universal, acusándole unos de imperito, y otros de desleal y de traidor. Arrestado con este motivo, pudo Vives tenerse por feliz en libertarse de una muerte cierta, haciendo dejacion del mando, que fué transferido á Reding. Este general, querido de todos por habérsele considerado siempre como el principal vencedor de las huestes de Dupont en Bailen, tenia entonces con su nombradía la fuerza moral necesaria para restablecer la disciplina que el soldado habia perdido, y para hacerse respetar del pueblo, muy alterado en aquellas circunstancias, y espuesto á vengar sus desgracias en los que reputaba enemigos de la causa que el pais defendia. Asi sucedió en Lérida, donde habiendo las autoridades introducido el 1.° de enero varios prisioneros franceses, dieron lugar, haciéndolo de dia, á que exasperado á su vista el irritado vecindario, forzasen los mas alborotados el castillo en que aquellos estaban, dando muerte á algunos de ellos, junto con cuatro ó cinco españoles tachados de infidentes, entre ellos el oidor de la audiencia de Barcelona D. Manuel Fortuny y su esposa. Tres dias duró el alboroto con aquel motivo ocurrido, y mas durára aun si Reding no hubiera enviado la fuerza organizada suficiente para, en union con las exhortaciones de personas bien quistas del público, refrenar tan horrible anarquía. Restablecióse el órden con esto, siendo mas adelante castigados los principales promovedores de aquella sedicion popular. Por lo demas, si se esceptúa á Lérida, ninguna otra poblacion de Cataluña pasó entonces á vias de hecho en ese sentido, habiéndose limitado el desórden en el mismo Tarragona á deponer del mando á Vives, quedando tranquilos los ánimos con ver en su puesto á Reding.

Escarmentado este con las consecuencias que al ejército habia traido un ardor mas loable que juicioso, dedicóse con calma á completar el mal parado cuadro de sus tropas, empleando en su reorganizacion y aumento el mes de enero de 1809, sin empeñarse en acciones campales. La junta de Tarragona procuró por su parte asistirle con recursos de toda especie, desplegando en el desempeño de su mision una solicitud y un entusiasmo verdaderamente dignos de elogio. Los franceses, á pesar de sus recientes ventajas, no intentaban tampoco empresa alguna que los pudiera comprometer, ni se atrevian á mostrarse altaneros en un pais quebrado y montuoso, por el cual no podian transitar sin las mas esquisitas precauciones. La disolucion del ejército no habia traido consigo la de aquellas terribles partidas que tanto les daban que hacer, y mientras las partidas existiesen, vano era aspirar el enemigo á la posesion del pais en los términos que tanto anhelaba. Indicada la guerra de montaña por D. José Joaquin Martí como la mas oportuna en aquella tierra indomable, ajustóse Reding en un principio á tan sabia y prudente indicacion; pero el valor que le caracterizaba no podia transijir largo tiempo con un plan para él de inaccion y de insoportable reposo. A su tiempo veremos las tristes y funestas consecuencias de la alteracion de ese plan, tan oportunamente calculado.

CAPITULO XX.

ZARAGOZA SITIADA Y RENDIDA.

Despues de la batalla de Tudela habíanse encerrado en Zaragoza el ejército de Aragon y los dispersos de los de Andalucía y Valencia. Estas fuerzas, unidas á las que ya existian en la ciudad, componian un total de 28 á 30,000 hombres, de los cuales era gente bisoña muy cerca de las dos terceras partes. Ocho ó diez mil vecinos armados, probados en los combates del primer sitio, eran un nuevo conjunto de guerreros, tan temibles á las huestes francesas como el mejor organizado ejército. Zaragoza asustaba con su nombre á los vencedores del mundo; pero aun no sabian el brio, el sobrenatural heroismo de que era capaz aquel pueblo.

Palafox conoció á no dudar que las águilas del imperio tardarian muy poco en mostrarse delante de la brava Zaragoza. La leccion recibida por las huestes francesas en el primer asedio habia sido demasiado dura, para que no tratáran de vengar por todos los medios posibles tan vilipendioso desaire. El número de fuerzas sitiadoras y demas medios de vencer al pueblo que estaba confiado á su defensa, iban á triplicarse muy en breve. Palafox y ese pueblo sabian que su obligacion era ser tres veces mas heróicos y grandes que acaban de serlo anteriormente, cuando la imaginacion no concebia que se pudiera dar un *mas allá* en hechos de grandeza y heroismo.

Zaragoza era débil en junio bajo el punto de vista en que el arte considera las plazas militares: débil era tambien en diciembre bajo el mismo punto de vista, porque el arte no puede hacer milagros sin ciertas condiciones naturales. Palafox encargó á San Genis la fortificacion provisional que el tiempo y el apuro consentian. El castillo de la Aljafería quedó recompuesto algun tanto, asegurando su co-

municacion con la plaza por medio de una doble caponera ; y desde el Portillo hasta Sancho levantáronse baterías y otras obras construidas de priesa. Un terraplen revestido de piedra con un foso de quince pies de profundidad defendia la ciudad desde el convento de Capuchinos descalzos hasta el puente del Huerva, constituyendo parte del tal terraplen tanto el expresado convento como el de Capuchinos calzados , formando dos á modo de baluartes que flanqueaban esa larga línea. El puente del Huerva tenia un reducto con foso, defendida su contra-escarpa por varias galerias de minas, estendiéndose desde allí un doble atrincheramiento hasta el convento de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian reparado , convirtiéndole en ciudadela á su modo. Varias obras y baterías continuaban defendiendo á la ciudad desde Santa Engracia hasta el Ebro, sirviéndole tambien de proteccion , aunque no muy notable en verdad, el entonces menguado rio Huerva , no menos que el convento de San José , situado á su orilla derecha mas abajo de la Puerta Quemada ; convento que hacía las veces de cabeza de puente , y que bastante bien fortificado, protejia las salidas de los defensores allende el mencionado riachuelo. En la colina de Monte Torrero, punto bastante lejano de la plaza para ser susceptible de defensa, habíase levantado un atrincheramiento, cuyo frente estaba cubierto por el canal imperial, existiendo sobre este una cabeza de puente con inclusas á la parte del camino de Madrid. Esto por lo que toca á la derecha de la siempre heróica ciudad.

El arrabal, situado á la izquierda , estaba defendido por varios reductos guarnecidos de cañones , tras los cuales aparecian los edificios aspillerados, con baterías y cortaduras en las calles. En el interior de la plaza todos los edificios principales, junto con sus numerosos conventos, eran otros tantos baluartes ; y sus calles, cortadas tambien , ofrecian un aspecto imponente. Las casas se comunicaban unas con otras por boquerones hechos al efecto. Las puertas y ventanas cerradas ponian los techos domésticos al abrigo de un golpe de mano , no dando mas entrada á la luz que la que consentian las troneras , ventanas destinadas al fusil, que era lo que mas importaba. La tapia que circuye la ciudad estaba aspillerada tambien.

Débiles medios todos , harto débiles para llevar la resistencia á cabo , á faltar el valor sobrehumano que á los zaragozanos asistia.

Los árboles que en el primer sitio habia perdonado la segur, desaparecieron ahora del todo con las *torres* ó casas de campo que podian favorecer los ataques del enemigo. Las provisiones eran numerosas , y hasta puede decirse abundantes, en los mas necesarios artículos. Unas setenta piezas de cañon estaban preparadas á jugar , siendo una mitad solamente las de 16 para arriba. Los morteros sirvieron de muy poco , por carecer de proyectiles huecos. Pólvora almacenada no la habia sino en cantidad muy escasa , prefiriendo los habitantes fabricarla diariamente á ver repetido el estrago que produjo en el primer sitio la esplosion que dejamos referida en su correspondiente lugar.

Las miradas de los españoles estaban fijas sobre Zaragoza: sus recientes gloriosísimos hechos la habian convertido en objeto de la expectacion general.

Los franceses la miraban tambien, y segun indicaban las muestras, era con asombro y terror. Sus preparativos de guerra revelaban mas bien el proyecto de conquistar alguna monarquía , que no el de apoderarse seriamente de un pueblo que á los ojos de la ciencia no debia pensar sino en ceder una vez cercado que fuese por los vencedores del mundo.

Derrotados los nuestros en Tudela, dirijióse á Alagon el tercer cuerpo del ejército de Napoleon á las órdenes de Moncey , haciendo alto en aquella villa mientras le llegaban los refuerzos que necesitaba para proceder al asedio de la capital de Aragon. Temiendo el general enemigo la escasez que le habia de afligir en materia de subsistencias si no las reunia en abundancia antes de dar comienzo á su empresa , estableció tambien en Alagon inmensos acopios de víveres , situando allí igualmente los hospitales del ejército. En tanto , deseoso de saber hasta qué



PALAFOX.

punto estaban prevenidos los zaragozanos, dispuso que una parte de sus tropas atacase el 1.° de diciembre los apostaderos de la Casa Blanca y algunos otros puntos inmediatos. Los nuestros, conducidos por Saint-March, segundo de Palafox, desalojaron á los enemigos, y estos retrogradaron á Alagon, desistiendo de nuevas tentativas hasta que mayores en número estuviesen mas seguros del éxito. Este respiro fué útil á los zaragozanos, los cuales aprovecharon la tregua, fortificando la poblacion en los términos que arriba se han dicho.

Los franceses por su parte aprovecharon con igual calor el forzoso retardo de su marcha. Los generales Dedon y Lacoste, nombrado el primero gefe de la artillería del sitio, y de los ingenieros el segundo, reunieron con rara actividad todo lo necesario á la empresa, haciendo consistir el material del ejército sitiador en 20,000 útiles, 100,000 sacos á tierra, 4,000 gabiones, 14,000 faginas, 60 piezas de sitio y un equipaje de puentes. Reunidas despues al tercer cuerpo del ejército francés las dos divisiones que formaban el cuerpo del mariscal Mortier, ascendió por de pronto el total de las fuerzas enemigas á muy cerca de 40,000 hombres, número mas que bastante para embestir á Zaragoza en las dos orillas del Ebro, y para comenzar los trabajos tan pronto como el francés se apoderase de los puestos avanzados de la plaza. Ambos cuerpos salieron de Alagon el dia 20 de diciembre, pasando el Ebro frente á Tauste la division de Gazan, y llegando por la tarde á Zuera y Villanueva, al mismo tiempo que la division de Suchet tomaba posicion en la orilla derecha del Ebro, á una legua de Zaragoza, haciendo retirar á los nuestros de los puntos avanzados que ocupaban. Moncey por su parte, conduciendo á los de su cuerpo por la orilla derecha del canal, situó una de sus tres divisiones en una llanura frente á las esclusas á la parte izquierda del Huerva, tomando posicion las otras dos en sitios ventajosos á la derecha de este mismo rio.

En esta disposicion, dispuso Moncey en la noche del 20 al 21 la construccion de una batería en una altura que dominaba la posicion de los nuestros en Monte Torrero, del cual, como que en poseerlo consistia por de pronto la primera necesidad del enemigo, deseaba este hacerse dueño. Atacados en la mañana del 21 los puestos de la Casa Blanca con enérgica resolucion, fueron de ella desalojados los nuestros, aunque no sin salvar la artillería. Buena Vista fué tomado tambien, merced á la superioridad de las fuerzas enemigas y á la desgracia de haberse volado, con la explosion de una granada, nuestro repuesto de municiones. Al propio tiempo era forzado por la caballería francesa el puente que cruza el canal, siendo ya con esto imposible tratar de sostenernos en Torrero. El general Saint-March, encargado de su defensa, hubo por lo tanto de retirarse con los 6,000 hombres que aproximadamente mandaba en aquel interesantísimo punto, y se replegó á Zaragoza. ¿Cómo obrar de otra manera, siendo cerca de 30,000 hombres los que venian á caer sobre él, ó amenazaban envolverle en la orilla derecha del Ebro?

Grave fué y de terribles consecuencias para Zaragoza la ocupacion de aquella altura; pero aun lo hubiera sido mas á haber los franceses podido atacar simultáneamente el arrabal en la orilla opuesta. Afortunadamente la embestida se verificó por la tarde, pudiendo los defensores acudir al sosten de aquel punto con mas desembarazo del que hubiera sido realizable por la mañana, distraida su atencion por ambos lados. La batalla no obstante fué terrible, y tal que se cuentan muy pocas susceptibles de entrar en parangon con aquella sangrienta jornada. Débiles eran nuestras baterías ante la temeridad sobrehumana con que las atacó el enemigo en número de 13,000 hombres, al mando del general Gazan; y sin embargo se estrelló ante ellas, dejando 3,000 muertos en el campo. El coronel D. Manuel de Velasco fué en aquella tarde gloriosa el que mas consiguió distinguirse con su serenidad y su valor, con su intelijencia y su genio, siendo promovido por Palafox al empleo de brigadier en el mismo lugar que fué teatro de su marcialidad y su denuedo. El héroe, rodeado de héroes, premiaba los esfuerzos del héroe ante el campamento enemigo, de héroes compuesto tambien.

A pesar de la rota terrible sufrida en el arrabal por las falanjes francesas, el ma-



BATALLA DEL ARRABAL.

riscal Moncey creyó del caso escribir á Palafox el dia siguiente, proponiéndole capitulacion, para evitar, á ejemplo de Madrid, las calamidades de un sitio y la ruina total de la ciudad. La respuesta del caudillo aragones, llena de dignidad y entereza, de heroismo y patriótica arrogancia, convenció al enemigo de lo inútil que era esperar de las negociaciones lo que solo á fuerza de sangre, de perseverancia y de brio le habia de ser dado conseguir; y asi determinó proceder al mas rigoroso bloqueo. El general Gazan tenia concluido el del arrabal el dia 23. Una de sus brigadas se estendia á la derecha del camino de Zuera, mientras la otra, á la izquierda, ocupaba con dos batallones el puente de Gállego en el camino de Barcelona; y como la naturaleza del terreno permitia al enemigo por aquella parte cubrir su frente con inundaciones, púsose con esto al abrigo de las salidas de los sitiados.

A la orilla opuesta del Ebro ocupó Suchet con su division el espacio comprendido entre la parte superior del rio y la llanura que termina el Huerva, situándose en esta con la suya el general Morlot, mientras el general de artillería Dedon se ocupaba en construir un puente de barcas en dicha parte superior del Ebro. La division Meusnier acampaba en las alturas de Torrero, y el resto de la línea de circunvalacion hasta la parte inferior del Ebro formábala la division Grandjean, enlazando su derecha con los puestos que el general Gazan ocupaba en la orilla izquierda.

De este modo quedaban la ciudad y el arrabal como herméticamente cerrados por aquellas inmensas falanjes.

Palafox, previendo este caso, habia hecho salir en la noche del 21 á su hermano D. Francisco, Ebro abajo, á fin de impulsar el armamento general de los pueblos de Aragon para la defensa comun, trayendo á la capital los auxilios que le fuera posible, auxilios que, como veremos despues, no pudieron verificarse. Otra de las medidas que debieron haberse adoptado con la anticipacion conveniente, era disminuir la guarnicion, mas numerosa de lo necesario para defender la ciudad, y obstáculo perenne al desembarazo de las operaciones, no menos que á la salubridad

y á la conservacion de subsistencias durante las angustias del sitio. Cuando empezó á tocarse el inconveniente de hacinar tantos individuos en recinto incapaz de contenerlos, no tenia remedio ya el mal, por estar la ciudad circunvalada en los términos que hemos dicho; y asi fué como en vez de ser un lauro para las falanjes francesas tenérselas que haber con un pueblo donde tanto abundaban los hombres, debieron por el contrario á esa misma circunstancia lo mas importante del éxito, siendo bien sabido y notorio que no fué el esfuerzo francés, sino la epidemia y el hambre los que decidieron la toma de aquella ciudad sin segunda; hambre que vino antes por ser tantos los que necesitaban comer; epidemia que fué consecuencia del escesivo número de gentes que la convidaban al pasto, hasta que casi le faltaron víctimas en que ejercitar su avidez.

Verificada la circunvalacion, propuso Lacoste á Moncey un plan general de embestida, reducido á dar tres ataques, uno contra la Aljafería, sin mas objeto que tener en alarma á los nuestros por aquel lado, que era el mas fuerte de la plaza; otro contra el reducto del Pilar junto al puente del Huerva, frente á la puerta de Santa Engracia; y otro contra el convento fortificado de San José, que era el punto mas débil, y que por su situacion ofrecia á los franceses oportunidad de enlazar su ataque con el del arrabal, si el general encargado de los trabajos á la orilla izquierda del Ebro era afortunado en su empresa. Moncey aprobó el plan propuesto, y hallándose todo en disposicion de proceder á abrir las paralelas y trincheras, comenzaron los trabajos para ello en la noche del 29 al 30 de diciembre. Los sitiados procuraron embarazar los trabajos del enemigo con audaces y repetidas salidas sostenidas por el fuego de la plaza, mereciendo entre ellas particular mencion la del 31 de diciembre, asi como la del 25 del mismo mes por la parte del arrabal, en la cual consiguieron los nuestros, acaudillados por Don Juan O-Neylle, segundo de Palafox, desalojar á los franceses del soto nominado de Mezquita; pero nada se pudo conseguir. El enemigo concluyó sus obras en toda la estension de la línea la tarde del 9 de enero, quedando montada su artillería y en disposicion de romper el fuego contra los fuertes y la ciudad. En el intervalo de tiempo transcurrido durante aquellos trabajos, fué Moncey reemplazado por Junot, que tomó el mando en gefe. Mortier partió para Calatayud con la division de Suchet, á fin de tener expedita la comunicacion con Madrid, y este incidente disminuyó de 9000 hombres las fuerzas de los sitiadores, aunque fueron reemplazadas muy pronto con las tropas que continuaban viniendo de Navarra.

El 10 de enero, á las seis y media de la mañana, dió principio el terrible bombardeo, batiendo los franceses la ciudad con mas de 100 piezas de grueso calibre. A la misma hora rompió el fuego contra el reducto del Pilar y convento de San José, obrando sobre este dos baterías de ocho cañones y obuses, otra batería de brecha con cuatro piezas de á 24, y otra de 4 morteros; mientras aquel se via combatido por otras cuatro baterías, en las cuales jugaban 4 piezas de á 24, 4 morteros, 5 piezas de á 12 y 3 obuses. Artillería mas que suficiente para pulverizar ambos puntos, el de San José sobre todo, edificio compuesto de paredes debilísimas, sin muro terraplenado á su espalda. Heróica fué no obstante la defensa, y tal que se cuentan muy pocas, en los fastos militares, que le puedan ser comparadas.

Mandaba en San José Renovales, aquel bravo de quien tan señalada mencion hemos hecho hablando del primer sitio. Los Guardias españolas y walonas, el regimiento de Suizos de Aragon, el de cazadores de Valencia, el batallon de voluntarios de Huesca y los milicianos de Soria hicieron aquel dia prodijios; ¿mas de qué servia el valor en posicion de suyo insostenible? A las doce del dia estaba ya abierta la brecha, y del todo echado por tierra nuestro frente de la izquierda; y sin embargo, y á pesar de escudarse el enemigo con las ruinas, seguian aquellos valientes cubriéndose de gloria en los escombros. A la una y media de la tarde estaba derribada del todo nuestra cortina de la izquierda, y á las cuatro no habia ya en pié una sola de nuestras baterías. La mortandad de los españoles era horrible en

aquella sazon, puesto que los artilleros tenian que hacer sus disparos á pecho descubierto. Renovales los hizo retirar, esperando poder recomponer las baterías por la noche, reduciéndose entretanto á contener al enemigo con solo la fusilería. Los franceses á media noche trataron de ocupar el convento; pero no lo pudieron conseguir, viéndose precisados á cubrirse en sus trincheras despues de dos horas de fuego. Renovales en tanto conoció que era ya absolutamente imposible recomponer sus baterías, y aprovechó las sombras de la noche para retirar los cañones, quedándose con solo un obus y dos piezas. Roto de nuevo el fuego al amanecer del dia 11, quedó en breve arrasado enteramente cuanto del edificio quedaba; y los nuestros siguieron no obstante defendiéndose con tenacidad hasta mas de las cuatro de la tarde, á cuya hora fué preciso abandonar del todo el reducto, despues de retirar sus efectos, entre ellos 300 balas, bombas y granadas de las que el francés habia lanzado y no habian podido reventar. En el asalto, verificado por los franceses con la solemnidad que se emplea para tomar las plazas de primer órden, perdimos 100 prisioneros, que no pudieron retirarse á la ciudad en sazon oportuna.

La defensa del reducto del Pilar rayó en portentosa tambien. Componíase esta obra de cuatro frentes, de los cuales no estaba flanqueado el perpendicular al camino que conduce á Monte Torrero. Su foso, hecho á pico, tenia diez pies de profundidad, y el ámbito total del reducto era de unas cincuenta toesas. Las cuatro baterías francesas que enfilaban y batian este punto por sus cuatro costados, no distaban de él sino 40 toesas la que mas, y bien puede inferirse con esto lo espantoso y terrible que seria el fuego que lanzaban sobre él los diez y seis entre cañones y obuses, destinados á echarlo por tierra. «Jamas, dice un testigo presencial, el coronel D. Fernando Marin, se habia visto tan impetuoso y formidable ataque, ni espectáculo mas horroroso que el que presentaba este lugar de carnicería y desolacion, ni nunca la historia militar de las grandes edades habia dado ejemplos mas sublimes y grandiosos de valor, intrepidez y heroismo, que los que se repitieron en aquel mortífero recinto..... Desde el primer dia de aquel fuego volcánico (10 de enero) la mayor parte de la artillería del reducto quedó desmontada, las cureñas inservibles, los merlones deshechos, el foso cegado en gran parte, desmoronados los parapetos, y con 18 toesas de brecha abierta, las 6 practicables. Las ruinas y el ramage cortado por la bala rasa y las granadas de los árboles inmediatos, las astillas, los escombros y los miembros de la multitud de cadáveres diseminados por todo el centro del fuerte, obstruian las comunicaciones y entorpecian los movimientos: balsas de sangre cubrian la superficie..... Al dia inmediato, luego que amaneció, redobló el enemigo con mas teson el fuego devorador de todas sus baterías contra el reducto. Una granada enfiló en la banqueta del parapeto á once soldados del segundo batallon de Voluntarios de Aragon, que guarnecian el lienzo derecho, y á quienes destrozó haciéndolos pedazos. La bala de cañon, las granadas de mano, la metralla y la fusilería enemiga arrasaban y destruian cuanto se les oponia: de nada servian los débiles muros del reducto: todo venia á tierra; y ya no habia mas defensa que los desnudos y robustos pechos de los defensores. Cinco veces repitieron los enemigos el asalto, y otras tantas fueron rechazados y arrojados con gran pérdida. Se contaban de 15 á 20 oficiales entre heridos y muertos, y todo el ámbito del fuerte lleno de cadáveres hacinados. Se hicieron prodigios de valor, y la inexorable parca parecia haber fijado allí su imperio..... El ardor y entusiasmo de los bravos defensores del reducto los condujo en aquella terrible tarde hasta el estremo de desafiar y escarnecer al enemigo provocándole con bandera roja, que se enarboló sobre el parapeto de su frente; siendo imponderable el valor y firmeza con que sostuvieron y repelieron los redoblados ataques de las columnas enemigas, y la impávida serenidad con que despreciando su vivísimo fuego las obligaron á huir desalentadas y con una pérdida inmensa, por las repetidas y bien acertadas cargas de nuestras valientes tropas, que como leones se arrojaban sobre aquellos formidables veteranos que aca-



Perez.

BOMBARDEO DE ZARAGOZA.

baban de poner á sus plantas las primeras potencias de Europa, y habian sido tenidos hasta entonces por invencibles.

Aprovechándose el capitan general de la especie de estupor y desaliento que parecia advertirse en las tropas enemigas que combatieron sobre el reducto, escarmentadas por la firmeza de las nuestras y la considerable pérdida que aquellas tuvieron, dispuso una salida con el fin de clavar algunas de sus baterías y destruir sus obras mas inmediatas. A media noche se emprendió esta arriesgada operacion, confiándola al valiente coronel de ingenieros Simonó, al teniente coronel Marin y otros gefes, quienes la dirigieron y completaron con el mejor suceso. Cuantos franceses habia en la primera, y aun en parte de la segunda paralela, todos fueron sacrificados. Se destruyó cuanto se encontró: se inutilizaron sus obras: se arrasaron sus dos principales baterías, y se clavó su artillería. La alarma y el espanto se difundió en el campo enemigo, que huia presuroso sin saber donde, en medio de las sombras de la noche. Todo su ejército se puso sobre las armas; y vuelto en sí, y sosegado del primer acceso de sorpresa y de terror, se dirijió en gruesas columnas hácia el parage de la escena; pero ya no halló á los causantes de los estragos que veian con susto y admiracion, pues habiendo llenado el objeto de su espedicion, se retiraron á la línea y al reducto, satisfechos del feliz éxito de tan arriesgada empresa, sin haber esperimentado considerable pérdida.

El enemigo puso muy pronto corrientes las obras demolidas, y restableció sus baterías aumentándolas con algunas piezas, continuando los ataques contra el mismo reducto con igual furor en los dias sucesivos. No habia en él blindages, espaldones ni otro resguardo donde poderse cubrir la tropa, y sortear la multitud de bombas y granadas que diluviaban sobre el mismo. Dos pequeños paredones paralelos que se habian construido con aquel intento en su centro con sacos á tierra, estaban á medio hacer, y servian mas de incomodidad y de estorbo, que de refugio y abrigo.

El enemigo no perdia tiro: su voraz é incesante fuego hacia estragos horribles, y eran inmoladas impunemente centenares de víctimas, dignas por cierto de mejor suerte.

Obstinada la tropa y oficialidad en defender un punto que, por decirlo asi, ya no existia, y que no ofrecia á la vista mas que un monton de ruinas y de cadáveres, siguió adelante por algunos dias tan heróico empeño; pero ya fué imposible absolutamente sostenerse por mas tiempo en aquel sitio desolado, cubierto de escombros, enteramente arrasado y circuido por las trincheras y obras enemigas, que solo distaban el espacio del foso intermedio, ya cegado. Sin embargo, fué preciso que el general en gefe repitiese sus órdenes para que se abandonase, y no se derramase inútilmente mas sangre. Los pocos oficiales y soldados que sobrevivieron á tan sangrienta escena, llenos de heridas y oprimidos de lasitud y de fatiga, dejaron por fin entre ocho y nueve de la noche del dia 15 aquel destrozado é indefenso suelo, en que la constancia y el heroismo habian combatido por tanto tiempo contra las soberbias aguerridas huestes del tirano, que á pesar de su escesiva superioridad nunca pudo rendirlo ni establecerse en él hasta su total abandono, verificado con el mayor órden, volando al mismo tiempo el puente de la Huerva en que se apoyaba la gola ó entrada del reducto.

Defensa prodigiosa y para siempre memorable, concluye el mencionado escritor, que la posteridad recordará como uno de aquellos hechos portentosos de que los anales militares suministran tan pocos ejemplares, y en que brillaron á competencia con incomparable animosidad el valor mas osado y resuelto de los valientes defensores, con la porfiada obstinacion del enemigo; quien por último nada mas consiguió que hacerse dueño de unas miserables ruinas empapadas en la preciosa sangre de tantos esforzados campeones..... (1)»

---

(1) Memorias *para la historia militar de la Guerra de la Revolucion española.*—Madrid.—1817. Distinguiéronse en esta defensa el inteligente y bravo D. Domingo La-Ripa, comandante del re-



Abandono del reducto del Pilar.

Dueño el enemigo del reducto del Pilar, vadeó desde luego el rio Huerva, penetrando hasta cerca de la torre del Pino, desde la cual y desde el parapeto que corria á las ruinas de Santa Engracia se les hizo un fuego vivísimo, volando despues los defensores las fogatas y hornillos del paseo, á tiempo que los franceses estaban en él, pereciendo en la esplosion varios de estos. Su pérdida, con inclusion de la que tuvieron por los esfuerzos de la torre del Pino, de la de Martinez y de la fusilería del parapeto, se graduó en mas de 3,000 hombres, si hemos de dar crédito al precitado coronel Marin.

Con la toma del reducto espresado y la del fuerte de San José, quedaron los zaragozanos reducidos al estrecho recinto de sus tapias á la orilla derecho del Ebro, siendo la circunvalacion en la izquierda no menos aflictiva y estrecha, por haber Gazan inundado toda la gran llanura que media entre el arrabal y los molinos. Perdidos estos por los defensores, vióse la ciudad precisada á habilitar algunas tahonas para procurarse algun pan; mas no bastando aquellas á moler sino una corta cantidad de granos, comenzóse bien pronto á esperimentar la privacion de tan indispensable artículo, siguiendo luego el hambre con todos sus horrores y con la epidemia detras, efecto necesario de los malos alimentos y del hacinamiento de las familias en los sótanos, faltos de ventilacion y demasiado estrechos y mezquinos para contener tanta gente. Mas no por eso decaia el ánimo de los mas que esforzados defensores. Palafox recorria los puntos, y su presencia y sus exhortaciones redoblaban en las tropas el brío que era ya sobrehumano por sí. En medio del horrible bombardeo resonaban á veces las campanas en señal de fiesta y pla-

ducto; el no menos entendido y valiente oficial de ingenieros D. Marcos Simonó; el comandante de la batería D. Francisco Betzebé; el capitan de zapadores D. Quintin Velasco; el de Voluntarios de Aragon D. Mariano Galiano; el del mismo cuerpo D. Mariano Marquez; el subteniente de artillería D. José Arnedo; el capitan D. Vicente Serrano, y otros inteligentes oficiales, entre ellos el mismo que tan modestamente habla de sí en las espresadas *Memorias*, entonces comandante de Canfranc, y despues coronel, D. Fernando García Marin.

cer. El heróico caudillo habia dicho á los zaragozanos que esperaba numerosos refuerzos; y si bien sabia él lo aventurado de tan lisonjera promesa, y aun cuando le constaba la imposibilidad casi absoluta de penetrar aquellos en la plaza, dado que consiguieran reunirse, cumplia sin embargo el gran deber que la patria le habia encomendado, alentando sin cesar á los suyos con gratas y piadosas ficciones. Unas veces hacia publicar que Reding, vencedor de Saint-Cyr, venia desde Cataluña á marchas dobles á caer sobre el sitiador y hacer levantar el asedio con que era Zaragoza afligida; otras veces decia que el marques de Lazan habia penetrado por el valle de Aran en el territorio francés; y otras, en fin, que la Romana y Blake habian destrozado el ejército que el emperador mandaba en gefe, cortándole la retirada con pérdida de 20,000 hombres, inclusos los mariscales Ney y Berthier, etc., etc. Con esto entretenia la esperanza de aquellos esforzados campeones: despues, cuando viniera el desengaño, la desesperacion, mas fuerte que ella, haria por sí sola lo demas.

El enemigo el dia 17 rompió desde San José un fuego vivísimo contra las tapias de la ciudad que tenia enfrente, consiguiendo desmontar tres de nuestras piezas y reducir las otras al silencio; mas no por eso se determinó á asaltar la ciudad todavía. En los cuatro dias siguientes abrió un alojamiento á la zapa volante en la gola del puente, y dejó terminada la tercera paralela de la derecha, cuya estremidad derecha se estendia á 40 toesas del Ebro, y el izquierdo hasta el recodo del Huerva, frente á la puerta de Santa Engracia, comunicando por esta parte con la paralela de ataque del centro, que estaba tambien concluida. Los generales de artillería y de ingenieros fijaron definitivamente el emplazamiento de las contrabaterías y baterías de brecha, las cuales debian jugar sobre los puntos de ataque de la plaza. De este modo añadieron los franceses á las que tenian ocho baterías mas, destinando 50 bocas de fuego para los ataques del centro y de la derecha.

Los defensores pusieron en ejecucion otras nuevas y temerarias salidas á fin de paralizar ó destruir las obras del sitiador, mereciendo entre ellas particular mencion la del 21 de enero. Un centenar de bravos dirijidos por D. Mariano Galindo y sostenidos por una fuerte reserva, se alanzó dicho dia de la plaza, atravesando con increible audacia la segunda paralela, y llegando hasta la primera, donde intentó clavar los morteros de la batería número 6, que jugaba contra Santa Engracia. Aterrados los franceses con la sorpresa de su primera guardia, estendióse la alarma por su campo; pero vueltos en sí del pavor, enviaron su reserva al momento sobre el punto que estaba amenazado. Los de Galindo fueron rechazados cuando estaban dando principio á su desesperada operacion; y como no podian retirarse sin atravesar nuevamente la segunda paralela, cuya guardia se habia rehecho, quedaron prisioneros unos 30 con el comandante y dos oficiales, siendo el resto pasado á cuchillo. Los sitiados hicieron todavía nuevas y valerosas tentativas en la orilla izquierda del Ebro, subiendo rio arriba con dos lanchas cañoneras con el fin de situarlas de modo que enfilasen la paralela del castillo; pero el fuego de las baterías enemigas, colocadas á la izquierda de dicha paralela, obligó á los nuestros á desistir de su empresa, retirándose con sus lanchas. Palafox en estas salidas hacia echar en las trincheras de la orilla derecha, y en los puestos avanzados de la izquierda, alocuciones escritas en seis lenguas, francesa, latina, italiana, alemana, española y vascongada, invitando á los franceses á desertar y á reunirse bajo las banderas de la independencia española. Uno de nuestros sacerdotes, vestido con sus hábitos clericales, llevó un dia su audacia al estremo de adelantarse desde el arrabal, con un crucifijo en la mano, hácia uno de los puestos avanzados de la division de Gazan. Llegado á cincuenta pasos de la tropa francesa, paróse con asombro de esta en medio del camino, y allí comenzo á predicar, manifestando á los enemigos la mala causa que defendian, y conjurándoles en nombre de Dios y de su Vicario en la tierra dejasen el partido del error, para seguir con él la senda de la virtud y del paraiso. Los centinelas, que no comprendian la lengua española, volviendo del asombro que les causaba una temeridad como aquella, dispararon por toda respuesta sus fusiles al aire (al

decir de los mismos franceses), y el predicador, visto esto, les volvió la espalda y se fué, metiéndose en el arrabal. Los autores que refieren el tal hecho (1) dicen que se debe creer el ningun fruto de estas exhortaciones. Nosotros diremos tambien que las del enemigo en sentido contrario no lo produjeron tampoco, y añadiremos con el coronel Marin, «que no se sabe que ninguno de los nuestros cometiese la traidora bastardía de desertar y pasarse á los franceses, á pesar de sus inaguantables privaciones y apuros, y de sus imponderables fatigas y trabajos; ni que jamas se les oyese la menor queja, ni espresion alguna que indicase disgusto ni descontento, y menos lamentarse de su crítica y fatal situacion. Inmutables y serenos en medio de los horribles destrozos de una ciudad asolada por la explosion de 40,000 bombas y granadas y 200,000 balas de cañon, cumplian sin chistar con sus deberes, obedecian con puntualidad, y se sacrificaban con inimitable valor y sangre fria en sus puestos, corriendo presurosos á la defensa de los puntos atacados por el enemigo. ¡Intrepidez admirable! ¡Firmeza heróica y sin ejemplo, de que no se halla comparacion en la historia, y de que no puede darse una idea bastante exacta por falta de voces para describirla!»

La segunda mitad del mes de enero fué afanosa para los franceses, no solo por las pérdidas que esperimentaban delante de Zaragoza, sino por el temor que los sobrecojia de que pudieran de un momento á otro venir á caer sobre ellos las fuerzas de Perena, Gayan, Turmo y otros gefes, los cuales procuraban levantar el pais y organizar el paisanaje contra los sitiadores. El temor de estos era no obstante visiblemente exagerado, no habiéndose nunca aproximado á la capital los ejércitos españoles de que habla el baron Rogniat, porque ni existian tales ejércitos, ni en las relaciones francesas que hablan respecto al asunto se ve al afirmarlo otro objeto que ensalzar el valor de los imperiales, recargando sus peligros de hipérboles que la historia no puede admitir. Los ya mencionados autores de la obra titulada *Victoires*, *Conquètes*, *Dèsastres*, *Revers et guerres civiles des francais*, aseguran (2) que por aquella época estaba sobre las armas todo el Aragon; que habia numerosas reuniones de gente de guerra por todas partes, las cuales acosaban por la espalda en todos los puntos de la línea al ejército sitiador; y que ademas de las fuerzas que los molestaban y aflijian por la parte de la Muela, Epila, Soria, Tarazona y desfiladeros de Navarra, teníamos un ejército no menos que de 20,000 hombres, mandado por Lazan y Palafox á la orilla izquierda del Ebro, los cuales ocupaban todo el pais entre Villafranca, Leciñena y Zuero, y enviaban partidas sobre Caparroso para interceptar los convoyes y cercar la division de Gazan, la cual, añaden, se vió bien pronto como sitiada en su mismo campo. Estas exajeradas aserciones, cuya tendencia se echa bien de ver, han fascinado á varios autores nuestros, contándose entre ellos el cronista D. Agustin Alcaide Ibieca, quien en su *Historia de los dos sitios que pusieron á Zaragoza en los años de* 1808 *y* 1809 *las tropas de Napoleon*, no vacila en convenir en el fondo de tan gratuitas suposiciones, asegurando que los franceses no tenian apenas la gente necesaria para sostener el sitio. El conde de Toreno es mas cauto, pues si bien reduce el número de las fuerzas sitiadoras á solos 35,000 hombres, ademas de seis compañías de artillería, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron, siendo asi que las fuerzas francesas fueron superiores con mucho á las que en este segundo sitio les atribuye tan ilustrado y digno historiador (3); si bien, repetimos, en esto se ha de-

(1) *Victoires, conquètes, dèsastres, revers et guerres civiles de francais de* 1795 *á* 1815, *par une societè de militaires et de gens de lettres, vol. XXIII, pag.* 274.—Paris, 1820.

(2) Refiriéndose al mismo Rogniat.

(3) Sobre el número de fuerzas que cercaron á Zaragoza en su segundo asedio, y sobre lo demas que aqui se menciona, pueden verse las ya citadas *Memorias para la Historia militar de la Guerra de la Revolucion española* por el coronel D. Fernando García Marin, no menos que su *Fe de erratas y correcciones* á la Historia de Alcaide, que tambien citamos arriba.

jado Toreno seducir por lo que dicen, solo por decirlo, los historiadores franceses, no por eso conviene en lo demas que en cuanto á los ejércitos ausiliares de Zaragoza aseveran tan gratuitamente. Hubo, sí, diversas partidas levantadas en varios puntos; pero incapaces todas, por su organizacion, de reducir los franceses á la crítica situacion que ellos nos pintan. Toreno al hablar de este asunto lo hace con toda la imparcialidad que se puede exijir de la historia.

«No solo, dice, padecian los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alterados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas *(no ejércitos);* y se confirmaron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destacado para acopiar víveres al general Wathier con 600 caballos y 1,200 infantes. En su ruta fué este molestado por los paisanos y *algunos soldados sueltos*, en términos que deseoso de destruirlos los acosó hasta Alcañiz, en cuyas calles los perseguidos y los moradores defendiéronse con tal denuedo, que para enseñorearse de la poblacion perdieron los franceses mas de 400 hombres.

Acrecentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el marques de Lazan y D. Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; *voces entonces falsas*, pues Lazan estaba lejos, en Cataluña, y su hermano D. Francisco, si bien habia pasado á Cuenca á implorar la ayuda del duque del Infantado, no le fué á este lícito condescender con lo que pedia. *Daba ocasion al engaño una corta division de 4 á 5000 hombres que D. Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual ocupando á Villafranca, Leciñena y Zuera, recorria la comarca.*

Por escasas que fuesen semejantes fuerzas, instaba á los franceses destruirlas: cuando no, podian servir de núcleo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la llegada el 22 de enero del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion, acudió este á tomar el mando supremo del tercero y quinto cuerpo, que mandados separadamente por gefes entre sí desavenidos, no concurrian á la formacion del sitio con la debida union y celeridad. Puesto ahora el poder en una sola mano, notáronse luego sus efectos. Por de pronto ordenó Lannes al mariscal Mortier que de Calatayud volviese con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan, que bloqueaba el arrabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, *que los franceses creian ser Don Francisco Palafox.* Aquel oficial, dejando hácia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á nuestra señora de Magallon. Gente la suya *nueva y allegadiza*, ahuyentáronla fácilmente los franceses de las cercanías de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio *sin molestia ni diversion de afuera* (1).»

Tenemos, pues, que los formidables ejércitos de que hablan los autores franceses se redujeron pura y simplemente á la partida derrotada en Alcañiz, despues de haberlo sido entre Belchite é Hijar, y al cuerpo de 4,000 hombres (que el coronel Marin reduce á la mitad) mandados por D. Felipe Perena.

Con la llegada del mariscal Lannes activáronse estraordinariamente las operaciones del sitio; y con esto y con las derrotas de que acabamos de hacer mencion, creyó el gefe francés que falta la ciudad de todo auxilio aprovecharia en sazon la ocasion oportuna de rendirse, antes que exasperado el enemigo con la prolongacion de la resistencia, fuesen menos propicias para ella las condiciones de la capitulacion. El dia 24 de enero á las once de la mañana llegó un parlamentario con un pliego á la presencia de Palafox. La intimacion del general francés retrataba con colores vivísimos, aunque algo recargados, como era natural, la triste situacion de la Península en aquellos dias, merced á la derrota del ejército inglés en la Coruña y á nuestro desastre de Uclés; unida á lo cual la desgracia que acababa de esperimentar Perena, daba todo apariencias de razon á la

(1) Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, libro VII.

Pretensiones de Lannes, reducidas á exigir la rendicion de la plaza antes de reducirla él á cenizas. *Si á pesar de esta esposicion*, concluia el mariscal, hablando con el caudillo aragonés, *persiste V. en defender la plaza, seria muy reprensible. Considere V. con reflexion que sus cien mil habitantes serian victimas de una obstinacion imprudente.*

La respuesta de Palafox fué llena de energía y dignidad, y tardó muy poco en ser dada. *Señor general*, contestó: *el árbitro de los* 100,000 *habitantes que encierra esta ciudad, no lo es el mariscal Lannes. S. E. se cubriria de gloria si se apoderase de ella cuerpo á cuerpo y con la espada, y no con bombas y granadas que solo aterran á los cobardes. Conozco el sistema de guerra que sigue la Francia, y España la enseñará á batirse con honor. Esta ciudad sabrá cubrirse de gloria sobre sus propias ruinas; mas el general de Aragon, ni conoce el temor, ni se rinde.*

Vivamente herido en su orgullo el mariscal Lannes con tan enérgica contestacion, respondió por su parte con una actividad inusitada en las operaciones para proceder al asalto, actividad no distraida ya por los enemigos de afuera, puesto que nuestros cuerpos auxiliares huian, como hemos visto, en la mas completa derrota. Terminados tres puentes sobre el Huerva con espaldones de gabiones y faginas, y habiendo practicado una bajada á dicho rio en la parte del centro, construyeron los franceses tambien dos plazas de armas á la izquierda de aquel, á fin de tener en ellas un punto de reunion para las tropas que debian dar el asalto. Al mismo tiempo procedió el mariscal sitiador á comenzar la guerra subterránea, guerra que, bien mirada, fué su mengua, empleando en las galerías de minas y diferentes obras de zapa mas de 5,000 minadores, zapadores y peones, que trabajaban sin parar un punto. Preparado asi todo, rompió el 26 por la mañana desde las baterías enemigas, todas concluidas y armadas, un fuego espantoso y vivísimo, señalándose en particular las que jugaban contra los dos principales puntos de ataque, que eran la derecha (1) y el centro. Mas de cincuenta bocas de fuego, algunas de ellas de dimensiones estraordinarias, sembraban la desolacion y el horror en aquellos débiles puntos, reduciendo bien pronto al silencio una parte de nuestra artillería. Durante la noche, en el ataque de la derecha, consiguieron los franceses establecerse en el molino de aceite, llamado de Goicoechea, molino situado casi al pié de la tapia que mas abajo de San José circuia á la ciudad; y alli abrieron una comunicacion á la zapa volante. En el siguiente dia 27 continuó el fuego con el mismo vigor, y viendo que eran practicables tres de las cuatro brechas abiertas en el débil recinto, dispusiéronse las falanges francesas á verificar el asalto. Dichas brechas eran dos á la derecha, una de ellas frente á San José y otra al lado del molino, ocupado por los franceses la víspera. La no practicable, en la derecha del ataque tambien, estaba en el convento de San Agustin. La mas terrible de todas se ostentaba abierta en el centro: el convento de Santa Engracia estaba reducido casi á cenizas en aquel interesantísimo punto.

Dada la órden del asalto, que fué resuelto contra las dos brechas de la derecha y contra la de Santa Engracia, púsose en el momento sobre las armas todo el ejército sitiador. Una columna reunida en el molino, de que arriba se ha hablado, salva rápidamente el intervalo que la separa de la brecha, y á pesar de la esplosion de dos hornillos de mina que el sitiado hace reventar en aquellos críticos instantes, consigue subir á la cresta. Allí se prepara á bajar para precipitarse en el recinto; pero un retrincheramiento interior con dos piezas de artillería convierte su osadía en terror. Entonces avanzan con el fin de vencer este obstáculo los granaderos y zapadores; pero un fuego nutrido de metralla, de fusilería y granadas, roto acertadamente por los nuestros desde el retrincheramiento y casas vecinas, les obliga á retroceder. La columna con esto se limita á coronar la cresta de

(1) Derecha del enemigo.

la brecha por medio de un alojamiento ejecutado con dificultad bajo aquel mortífero fuego, perdiendo muchos valientes, hasta que al fin consigue habilitar el camino cubierto, recientemente volado con la doble esplosion de nuestros hornillos.

Menos desgraciados los franceses en el asalto de la otra brecha frente al convento de San José, aprovechan la circunstancia de estar al principio ocupada la atencion de los defensores en la defensa de la primera; y avanzando una columna enemiga, se precipita al ancho boqueron y consigue arribar á la cima. Los zapadores y los *voltigeurs* se posesionan de una de las casas situadas enfrente, tras lo cual se derraman á derecha é izquierda ocupando otros edificios; pero llegando á una poterna que les ofrece nueva entrada en la plaza, se ven de pronto imposibilitados de continuar adelante por la parte de la derecha. Una batería española los detiene allí á pesar suyo, y en la izquierda no pueden pasar de la primera calle transversal. Lannes entretanto dispone que se dirijan cuatro compañías á ocupar la casa aislada de Gonzalez; y hácenlo asi en efecto hasta dos veces, siendo lanzadas de ella otras dos, costándoles la osada tentativa mas de cincuenta cadáveres, entre ellos Reggio, capitan de ingenieros, que dirijia el ataque.

Donde la fortuna hizo mas en obsequio de las huestes francesas fué en la arremetida del centro. Debilísimos nosotros allí por una consecuencia precisa de la demolicion del convento, hecho trizas por el fuego enemigo, fué fácil á los sitiadores ocupar la brecha y tomar posesion de sus ruinas, no menos que del convento de las Descalzas que se hallaba inmediato. Enfilada desde este edificio la cortina que desde Santa Engracia se estiende á la Torre del Pino, vuelan los nuestros, aunque inútilmente, seis fogatas que tiene preparadas delante de esa misma cortina, y se retiran á continuacion, quedando al poco tiempo abandonada toda la parte de la tapia que corre hasta la puerta del Carmen. Y es que ocurre á todos la idea de que esta puerta puede ser tomada por el frente y la espalda á la vez, corriéndose hasta ella por el interior los de Santa Engracia y Descalzas. En tan crítica situacion, fuerza es volver el pié atras. El enemigo, sin embargo, no es afortunado en tomar la dicha puerta del Carmen. Al intentar hacerlo por fuera es detenido á pesar suyo por la batería española que enfila la calle del mismo nombre; y por dentro no se atreve á intentar golpe alguno de mano por allí. El sitiador entonces se dirige al convento de Trinitarios, estramuros de la poblacion en el campo llamado del Sepulcro, y se apodera de él en poco tiempo, tomándonos la artillería; pero luego se rehacen los nuestros, y están ya casi á punto de reconquistar el convento de que han sido lanzados, cuando llegando el general Morlot al socorro de su gente apurada, impide con su auxilio oportuno el éxito feliz de nuestra empresa. La toma de este punto fué á costa de torrentes de sangre francesa, siendo el total de la pérdida sufrida por los imperiales doble por la parte mas corta á la que tuvimos nosotros, es decir, 800 cadáveres y proporcional número de heridos. Caro precio en verdad para el éxito, reducido á ocupar algunas casas frente al convento de San José, los conventos de Santa Engracia y Descalzas en el centro del ataque, y el de Trinitarios afuera.

Todos estos movimientos, dice Rogniat, citado por Alcaide, nos costaron muchos valientes por la estéril gloria de arrojar al enemigo de algunos puntos de la muralla que se veia comprometido á abandonar sin resistencia, por la posicion que ocupábamos en Santa Engracia, y principalmente en las Descalzas. Habiéndonos apoderado del convento de Trinitarios, resolvimos mantenernos en él y sostener por este punto la izquierda de los ataques. El general Lacoste mandó se abandonase el ataque aparente del castillo, que hacian supérfluo los progresos de los otros dos, y los oficiales de injenieros de aquel tuvieron órden de fortificar á Trinitarios, de cerrar con sacos á tierra sus muchas aberturas por la parte de la ciudad, de aspillerarlo, y particularmente de hacer una comunicacion, porque era casi imposible llegar á él á descubierto, por el fuego muy próximo de las casas de la ciudad. Se estableció ademas una comunicacion para un puesto de 200 hombres que se colocó en la casa del ángulo (torre del Pino), cerca del puente del Huerva: la ocu-

pacion de esta casa y la de los Trinitarios nos aseguraban la de la muralla intermedia. Hacíamos comunicaciones por todas partes en las casas que ocupábamos; se cerraba, se aspilleraba, se hacian cortaduras con sacos á tierra ó sacos de lana cuando era necesario. Los sitiados volvieron á atacar por la noche á Santa Engracia, y con mas resolucion las casas de la derecha, en las que no habíamos formado sino algunas barracas, cuyas comunicaciones, agujereadas de tabique en tabique, eran un completo laberinto; pero fué rechazado en todos los puntos. Generalmente, en el momento que habíamos hecho algun adelantamiento en la ciudad, tocaban la campana los españoles para reunir sus tropas: venian al instante á atacarnos en nuestras nuevas conquistas, y algunas veces lograban arrojarnos de los puntos en que habíamos avanzado, sin haber tenido tiempo de abrir comunicaciones en las casas, de cerrar las puertas y ventanas, de hacer aspilleras y formar travesas en las calles para pasar de una manzana de casas á otra. Los resultados de este dia fueron tomar quince bocas de fuego y 200 hombres, matar á lo menos 600 españoles, y ocupar en la ciudad una estension doble de la que teníamos. Por desgracia nos costaron estas ventajas muy caras, pues perdimos cerca de 600 hombres (1). Influyó mucho en esta enorme pérdida el imprudente ataque de la guardia de la trinchera, que corrió á morir inútilmente sobre una muralla (2) que no le ofrecia abrigo alguno contra el fuego de las casas. Fueron heridos muchos oficiales de injenieros; y el capitan Second, jóven de un mérito particular, recibió un golpe mortal sobre la brecha. Esta guerra de casas casi incombustibles ofrecia grandes ventajas á los defensores contra los asaltadores; todas las paredes estaban aspilleradas con prevencion, y en todos los pisos; las puertas y ventanas bien cerradas; las calles enfiladas en toda su lonjitud por baterías detras de las traversas, fuera del alcance de nuestro tiro; finalmente, todas las comunicaciones bien hechas. Previmos que el acometer á viva fuerza á un enemigo preparado de este modo, á cubierto de sus aspilleras, y animado de la firme resolucion de defenderse hasta morir, seria una temeridad que nos costaria mucha sangre, sin poder responder del éxito. Resolvimos, pues, caminar á cubierto en cuanto nos fuese posible para atacar á un enemigo encubierto, y marchar lentamente, pero con seguridad, para no acobardar las tropas con pérdidas demasiado considerables y frecuentes (3).»

Aqui vemos á Rogniat confesar que los franceses no hubieran conseguido posesionarse de la capital de Aragon, á seguir combatiendo cuerpo á cuerpo con los héroes que la defendian. El baron es ingénuo y dice bien: sin la guerra subterránea y la peste, nada significaba para Augusta el férreo valladar de bayonetas con que cincuenta mil guerreros la cercaban; nada las cien bocas de fuego que lanzaban sobre ella el esterminio, la desolacion y la muerte; nada la sabida pericia de los mariscales franceses y demas generales del imperio que habian postrado á sus pies las primeras potencias de Europa; nada haber ocupado un buen trozo de aquellas debilísimas tapias y haberse internado una parte de las huestes enemigas en las primeras calles inmediatas. El *hostis habet muros* de Virgilio no significaba en aquel pueblo, como en el fundado por Dárdano: *ruit alto á culmine Troya*.

Los dias 28 y 29 consiguieron los franceses por su derecha apoderarse de algunas manzanas de casas, llegando hasta cerca de la calle de la Puerta Quemada. «La toma de cada edificio, dicen los autores franceses, exijia un asalto formal. Movidos los zaragozanos por el doble estímulo de la libertad y de la religion, se defendian de piso en piso y de aposento en aposento. Los frailes recorrian las calles con las armas en la mano, animando á unos al combate, y obligando á otros á trabajar en las baterías y fortificaciones, haciendo ellos lo mismo con sus pro-

---

(1) Los muertos *solos* fueron 800 hombres, segun Toreno, y este historiador no exajera, ni merece la tacha de ponderativo cuando habla de victorias ó pérdidas, sea en pro, sea en contra de los nuestros.
(2) Rogniat quiere decir *tapia y débil*, voz que está mas puesta en razon.
(3) *Relation des Sièges de Saragosse et de Tortose*, par le baron Rogniat.



Defensa en casas y edificios.

pias manos, y ocupándose como en el primer sitio en la fabricacion de pólvora y cartuchos. Palafox en una de sus proclamas habia escitado á las mugeres á imitar el valor y genio marcial de las antiguas amazonas, respondiendo á su llamamiento la mayoría de ellas, y obteniendo muchas que se distinguieron recompensas y condecoraciones militares. Los franceses distinguian en las filas de sus enemigos una porcion de damas elegantes, armadas con fusiles, pistolas ó sables, animando á los oficiales con el poderoso ejemplo de una bravura estraordinaria, y acaso con la esperanza de la mas atractiva de las recompensas que puede ofrecer la beldad á un guerrero valeroso.»

La ocupacion de los edificios, cuando eran pequeños y mal construidos, no proporcionaba á los franceses una permanencia segura dentro de ellos; y de aqui su resolucion de apoderarse por todos los medios posibles de algunos conventos que pudieran servirles de plaza de armas. Deseosos de conseguir este objeto, ocupáronse los espresados dias 28 y 29 en continuar las brechas abiertas en los conventos de San Agustin y Santa Mónica en el ataque de la derecha; pero en vano quisieron apoderarse de ellos por asalto. Los franceses fueron rechazados con estraordinaria energía, perdiendo inútilmente muchas vidas al pié de uno y otro edificio.

La manzana de casas contigua al convento de Santa Engracia fué tambien por los propios dias objeto de terrible contienda. Los zapadores franceses atravesaron una callejuela inmediata, introduciéndose en el cuarto bajo de una casa que tenian al frente. Los nuestros ocupaban el resto de la casa, siendo tal el encarnizamiento con que defendian los demas pisos, y los sótanos y graneros del mismo, que no pudiendo el enemigo lanzarlos en manera alguna de los sitios que defendian, puso en el cuarto bajo que ocupaba doscientas libras de pólvora, y pegándola fuego, hizo volar el edificio: de este modo se hizo dueño de él, y aprovechándose del terror producido por la explosion, se corrió á las casas inmediatas, ocupando una buena parte de ellas, aunque no todas las que pretendia.

Mayor fué todavía el empeño empleado por los franceses en apoderarse de

una casa de dos pisos aislada, única que les faltaba ocupar para desembocar en la calle de la Puerta Quemada. El enemigo la embistió dos dias con estraordinario vigor, consiguiendo penetrar en uno de sus aposentos mediante la esplosion de un petardo; pero los defensores, posesionados del comedor, abrieron aspilleras en él, tiroteándose con los franceses que estaban en la estancia inmediada, sin consentirles salir de allí, mientras otros de nuestros compatriotas subian al tejado y arrojaban desde allí granadas de mano por el cañon de la chimenea. Cansados los franceses de tan inusitada resistencia, dirijiéronse furiosos al sótano para volar la casa segun su costumbre; pero los españoles habian tambien bajado allí llevados del mismo designio, y ni unos ni otros lo pudieron verificar. Trabóse con este motivo un tenaz y crudo combate, quedando al fin los nuestros el dia 31 dueños del edificio disputado.

Entretanto el convento de Trinitarios era objeto igualmente de las mas vigorosas embestidas por parte de los zaragozanos. Lo que pasaba allí parece fábula. Al dia siguiente de su ocupacion dispuso el sitiado, dice Miñano, una salida para desalojar al enemigo del convento, aplicando un petardo á la puerta de la iglesia, mas los paisanos impacientes se ofrecen á romperla, y armados de diferentes útiles y herramientas, salen de la batería circular de la Misericordia, siguen la banqueta de la cortina izquierda, llegan á la puerta y consiguen romperla; pero descubren un revestimiento interior de sacos á tierra que los obliga á retrogradar, dejando en el atrio del convento algunos de sus atrevidos compañeros, al capitan Plaza que los habia conducido, y á un virtuoso religioso capuchino, que con la mayor serenidad suministraba el último sacramento á los moribundos.

Constantes en no abandonar su proyecto, se dispone otra segunda salida, y para vencer el obstáculo que frustró la primera, se abrió una cañonera en la tapia de los corrales de la Misericordia, frente á la puerta de la iglesia; pero como la pieza que se habia colocado era de corto calibre, no se conseguia demoler el espaldon tan pronto como se queria. La tropa y paisanos preparados para la salida, no pudiendo detener su impetuosidad, se arrojan á la puerta; quieren, separando los sacos, introducirse en la iglesia, mas el enemigo habia reforzado el revestimiento con costales de media carga llenos de tierra y bien entrelazados. Este nuevo obstáculo hizo desistir de la empresa, y retirarse á la Misericordia con bastante pérdida.

El tercer proyecto de ataque, concluye el mencionado escritor, era el mas seguro, pues á partir de un almacen de la Misericordia, se abrió una galería de mina que llegó hasta debajo del convento, donde se practicaron 4 hornillos que debian cargar 16 quintales de pólvora; pero tuvo que suspenderse al tiempo de proceder á la carga por la escasez de la pólvora, que debió haberse previsto antes de empezar este arriesgado y penoso trabajo (1).

No es cierto, pues, como dicen algunos escritores franceses, que los zaragozanos en su resistencia permaneciesen siempre encubiertos. Tantas temerarias salidas y tan reiterados combates, verificados todos cuerpo á cuerpo, deponen contra tal asercion de un modo demasiado concluyente para que nos detengamos nosotros en hacernos mas cargo de ella. Las embestidas contra el convento de que acabamos de hablar llenan de admiracion á otros autores, nada parcos seguramente en levantar hasta las nubes las glorias de las armas imperiales. «Un religioso, dicen, hablando de la salida de los nuestros el dia 31 contra el mencionado edificio, un relijioso llevando el crucifijo en una mano y el sable en la otra, iba al frente de los asaltadores, viéndose las mugeres circular por en medio de una lluvia de balas y granadas, animando á los combatientes y distribuyéndolos cartuchos; pero todo el ardor de aquellos furiosos se estrelló en la bravura juntamente fria é impávida del soldado francés, huyendo en consecuencia los zaragozanos, dejando de-

(1) Miñano, *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal.*—Tomo X, art. *Zaragoza.*

lante de la iglesia gran hacinamiento de muertos y de moribundos. Por esta sola muestra, añaden, puede juzgarse el grado de energía á que habian llegado los sitiados (1).»

Todo, sin embargo, debia al parecer contribuir á matar en aquellos corazones tan estraordinaria energía, porque nunca menos que entonces podia Zaragoza resistir tantos elementos de muerte, de desolacion y esterminio. Sentíase ya entonces en la plaza, dice el historiador Maldonado, la mayor escasez; el bombardeo llevaba ya tres semanas, y la epidemia se estendia tan rápidamente, que morian 350 personas



EPIDEMIA EN ZARAGOZA.

diariamente, sin contar las víctimas de los azares de la guerra. Los medicamentos faltaban, y no habia ni colchones ni carne para los enfermos; cuyas circunstancias, unidas al aire impuro que se respiraba, hacian que con facilidad se gangrenasen las heridas. *Ni aun tierra para enterrar los muertos se encontraba:* yacian estos hacinados en grandes fosos en las calles, en los patios y delante de las iglesias, cubiertos con sábanas, los cuales á veces destrozados y esparcidos por la esplosion de las bombas, ofrecian el mas horroroso espectáculo. Parecia haberse hecho ya cuanto exigian las leyes del honor: se habian sostenido diversos asaltos: el enemigo estaba ya establecido en varios puntos dentro de la poblacion, y no habia esperanza alguna de socorro. Las balas y granadas inutilizaban y arruinaban todas las defensas, y alcanzaban á todo el ámbito de la ciudad; las minas cargadas estaban á punto de poderse dar fuego y derribar las casas, y la epidemia tenia su foco en los únicos asilos que se hallaban á cubierto de los estragos de la guerra. Tal era el lamentable estado de la capital de Aragon; pero ni su guarnicion ni sus habitantes se consternaron por eso: inflexibles siempre, si alguna vez paraban su imaginacion en su miserable suerte, era para acrecentar su valor y desesperacion; y aunque viesen su ruina inevitable, no juzgaban satisfecho su honor, ni cumplido el juramento que con el mayor entusiasmo habian prestado de sepultarse ba-

(2) *Victoires, conquetes, etc., des français*, en el tomo citado.

jo las ruinas de su desgraciada patria. Despreciaron, pues, todas las ofertas de capitulacion, y con una resolucion tan noble como unánime, hicieron ver al mundo cuán estrechos son los límites que se han fijado á la defensa de las plazas, y hasta donde puede prolongarlos una enérgica resolucion de morir antes que rendirse (1).

El lector no debe estrañar las repetidas citas con que está recargado este capítulo. El autor ha nacido en Aragon, y desde una noche tan gloriosa como inmerecida para él, no puede menos de considerarse como un hijo adoptivo del gran pueblo cuyos altos hechos refiere. Deseoso de evitar al contarlos mostrarse mas entusiasta de lo justo, ó dejarse llevar de arrebatos que hasta cierto punto, rechaza la impasible gravedad de la historia, se refiere con frecuencia á escritores que no tienen los mismos motivos de estravío patriótico que él. Una consideracion tan poderosa hará que los lectores nos permitan concluir el presente capítulo, vertiendo al castellano palabras que nadie acusará de parciales á favor de la nueva Numancia. Desde ahora no somos nosotros, son los ya citados autores de la obra titulada *Victoires, conquètes, etc. de francais*, los que prosiguen la narracion de aquel sitio para siempre inmortal. Lo único que nos permitiremos será acompañar el relato con las notas que creamos oportunas, ya sea para deshacer alguna equivocacion, ya para ilustrar algun hecho que no hallemos bastante esclarecido.

El dia 1.º de febrero, dicen los mencionado escritores, refiriéndose al baron Rogniat, fué señalado por los progresos de los sitiadores, los cuales se hicieron dueños del convento de San Agustin (2), junto con cierto número de casas, siendo muy notable tambien por la pérdida lamentable que el ejército francés experimentó en la persona de Lacoste, general de injenieros. Este guerrero de alta distincion recibió un golpe mortal cuando marchaba al frente de las tropas á apoderarse de las casas que habia destrozado una mina practicada mas arriba de Santa Engracia.

No pudiendo darse á Lacoste sucesor que fuese mas digno que el coronel Rogniat, fué á este confiado en seguida por el mariscal Lannes el mando en gefe del ejército de injenieros.

La esperiencia habia hecho conocer á los sitiadores que las casas, destrozadas completamente por la explosion de los hornillos de mina, servian con frecuencia de obstáculo al progreso de los ataques, dado que, careciendo de cubierto, no podian los franceses atravesar estas ruinas sino con mucha dificultad y peligro. El coronel Rogniat hizo calcular la carga de los hornillos de modo que pudieran abrir brecha sin destruir del todo las casas, empleándose las minas con particularidad para abrir los muros (3) de los conventos y otros grandes edificios, que formaban como otras tantas ciudadelas en el interior de la ciudad.

El 2 recobraron los franceses algunas casas de que en el dia anterior habian si-

---

(1) MALDONADO, *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia*, tomo II, cap. VIII.

(2) La víspera de este acontecimiento se habian apoderado los franceses del convento de Santa Mónica, inmediato al de San Agustin, á favor de la abertura hecha por la explosion de un petardo, consiguiendo igualmente penetrar en algunas casas vecinas. Los nuestros por la tarde comenzaron desde San Agustin á disponer una mina para volar el otro convento; pero los franceses se apercibieron de ello, é inutilizaron la mina en el instante crítico de estar ya cargado el hornillo para hacerla reventar. El 1.º de febrero cargaron los franceses por su parte otro hornillo que voló la pared de medianía entre ambos conventos, tras lo cual se introdujo por la brecha una columna enemiga, y sorprendiendo por la espalda las cortaduras y atrincheramientos de los defensores de San Agustin, se hicieron dueños de este edificio que no habian podido tomar por asalto los dias 28 y 29. Vueltos los nuestros de su sorpresa, intentaron reconquistarlo, pero ya no pudieron conseguirlo.

Los dias que precedieron á la toma de los espresados conventos fueron señalados tambien por la memorable defensa de las tenerías, la cual nos costó cerca de 1400 hombres entre muertos y heridos y 60 artilleros. Fué uno de los acontecimientos mas gloriosos, como dice Marin, de cuantos tuvieron lugar, no solo en aquel asedio, sino en las demas plazas de la Península. El comandante de dicho punto D. José Miranda y el de las baterías D. Joaquin de Montenegro, rivalizaron en pericia, serenidad y valor durante la espresada defensa.

(3) O paredes.

do lanzados. Los minadores avanzaron por tres galerías hasta situarse cerca del convento de las monjas de Jerusalen; pero notando que el enemigo contraminaba, cargaron apresuradamente uno de sus hornillos, antes que hubieran conseguido llegar debajo del edificio. Esta esplosion motivó la caida de algunas barracas, y los minadores españoles quedaron sepultados en la abertura. Los franceses comenzaron al instante la construccion de nuevas galerías. En aquella ocasion fué herido el coronel Rogniat; pero no de tal gravedad, que le obligára á abandonar el mando. Reparóse la brecha abierta en el convento de Capuchinos, haciendo en ella un espaldon de sacos á tierra; y á la izquierda de este edificio construyóse tambien una batería de seis piezas para contrabatir las baterías enemigas.

En los cuatro dias siguientes avanzaron los franceses, por galerías y traveses, hasta la calle de *Enmedio*. El enemigo se mantenia con tenacidad en un colejio llamado las Escuelas Pias (1), por serle necesario este edificio á fin de conservar algunos traveses que servian de defensa á la espaciosa calle del Coso. Las casas vecinas estaban ardiendo, y esto hacia casi imposible el acceso á dicho colejio. Los españoles habian tomado el partido de pegar fuego á las casas que se les obligaba á abandonar, á fin de que el incendio estableciese una barrera entre ellos y los franceses, mientras preparaban mas lejos nuevos medios de defensa. La combustion de las casas de la ciudad, construidas con poca madera, es lenta y dificil, y no se comunica sino poco á poco. Los sitiadores se veian obligados á apagar el fuego bajo una lluvia de granadas, ó á esperar á veces muchos dias, hasta que las llamas consumiesen totalmente las casas, antes de pasar adelante.

Los polacos habian conseguido establecerse en una casa del Coso; pero una batería enemiga, situada enfrente, los hizo salir de alli. Los franceses se apoderaron de varias manzanas de casas delante del convento de Agustinos, abriendo los muros unas veces con petardos, otras con minas, otras á la zapa, y otras atravesando, al abrigo de los espaldones, las calles enfiladas por el fuego enemigo.

El general Dedon habia hecho introducir en la ciudad varios morteros pequeños de seis pulgadas, los cuales se podian trasportar fácilmente á los puntos en que eran necesarios. Asestadas en la calle de Santa Mónica dos piezas de á 12, batieron al otro lado del Coso una torre en la cual habia el enemigo colocado una pieza de á 4. El mismo Dedon hizo situar un obus al estremo de la calle de la Puerta Quemada, destinándolo á barrer una parte del Coso. Estos fueron los dos únicos sitios en que la artillería pudo obrar.

El ataque del centro hizo progresos. Los españoles habian pegado fuego á las casas que separaban á los franceses del convento de las monjas de Jerusalen; pero los zapadores y los *voltigeurs* del rejimiento 115 no se detuvieron por eso, puesto que pasando á traves de las llamas, atacaron al enemigo antes que hubiera podido fortificarse bien en el convento, entrando en este mezclados en desórden con él, persiguiéndole vivamente por los corredores, matándole dos oficiales y varios soldados, y haciéndose dueños de todo el edificio, del cual era una parte presa de las llamas. Dos hornillos preparados contra el hospital de locos dieron por resultado una brecha, la cual permitió á los franceses ocupar los dos tercios de este edificio, el cual desde el sitio anterior no era mas que un monton de ruinas. *Los franceses en medio de eso no pudieron llegar hasta el Coso* (2).

Fácil parecia entretanto un nuevo ataque por la puerta del Cármen, de que eran dueños ya los sitiadores; pero el mariscal Lannes no tenia bastantes tropas para intentarlo (3). En efecto: la fuerza y disposicion de las divisiones con que se sitia-

(1) Eran las del Seminario, sitio cerca del cual se verificó la terrible esplosion del primer sitio, cuando se voló la pólvora que estaba almacenada alli.

(2) Lentos eran, pues, y muy lentos, los progresos que hacia el enemigo en el tal ataque del centro.

(3) Respecto de esto, véase lo que decimos dos notas mas adelante.

ba una guarnicion de 50,000 hombres de tropas regladas (1), eran las siguientes: el general Morlot, que con su division y el regimiento 40 (de la division Suchet) con que el general Lannes la habia reforzado, no contaba bajo sus órdenes mas de 5,000 combatientes, bloqueaba el castillo de la inquisicion *(la Aljaferia)* y la parte de las tapias de la plaza desde el Ebro hasta el convento de Capuchinos, donde habia un fuerte destacamento, siéndole imposible por tanto distraer un solo batallon para ningun otro servicio. La division Gazan, fuerte de 8,000 hombres, tenia bastante que hacer con el bloqueo del arrabal, en la orilla izquierda del Ebro. La division Suchet, segun se ha visto, formaba un cuerpo de observacion para ocupar el campo y disipar las cuadrillas *(rassemblements)* esteriores. No quedaban, pues, para atacar la ciudad sino las dos divisiones Meusnier y Granjean, las cuales reunidas no pasaban de 9,000 combatientes (2). Estas tropas estaban de servicio por mitad en el interior de la plaza, de suerte que no podia nunca disponer de mas de 4,500 hombres para la totalidad de los trabajos, la guarda de las casas ocupadas y los ataques continuos. Nosotros hemos dicho ya que la ocupacion de cada casa costaba un asalto (3). Las dos divisiones de que hablamos estaban fatigadas, y *el soldado comenzaba á desalentarse ante obstáculos sin cesar renacientes, mientras mostraba siempre el enemigo la misma resolucion.*

Temiendo el 7 los españoles una esplosion próxima, evacuaron el edificio de las Escuelas Pias, despues de pegarle fuego, y esta evasion decidió el abandono de los dos traveses en el Coso. Los trabajos de mina para llegar debajo del convento de San Francisco fueron menos felices: los minadores se vieron obligados á abandonar sus galerías, merced á las granadas de mano que les lanzaba el enemigo.

El mismo dia 7 atacó el general Gazan en la orilla izquierda el convento de Jesus, edificio importante situado delante del arrabal, á la izquierda del camino de Lérida. Desde el principio del sitio habia insistido el general Lacoste en lo impor-

---

(1) Rogniat no dice 50,000, sino 35,000 solamente, por lo cual se ve que los autores cuyo texto vertemos al castellano aumentan nuestra tropa reglada con 15,000 hombres mas, siendo asi que estos eran *paisanos*, segun el precitado baron. Pero aun asi falsea la aritmética de los escritores franceses. La tropa verdaderamente reglada que existia en Zaragoza no pasaba de 11,000 hombres por mucho que se estire la cuenta, siendo el resto hasta 28 ó 30,000, número que nosotros fijamos, gente levantada de prisa, sin táctica ni instruccion alguna, perteneciente á los tercios de Zaragoza, Calatayud, Huesca y otros partidos del reino. Los paisanos armados no eran tampoco 15,000, como dice el baron Rogniat, sino de 8 á 10,000 solamente. (*Véanse las* MEMORIAS *del coronel Marin y su* FE DE ERRATAS *á la historia de* ALCAYDE.)

(2) Total: 31,000 hombres, contando la division de Suchet. A ser este el número de las tropas francesas en la época á que se refiere la narracion, deberíamos inferir que por aquel entonces habian perecido ya delante de Zaragoza en este segundo sitio 19,000 hombres por lo menos, dado que «*aun disminuido en algo por la baja de 9,000 hombres de la division que se llevó el mariscal Moncey, y por alguna otra saca ó estraccion de poca entidad* (QUE LUEGO SE REPONIA Y LLENABA CON OTRAS VARIAS PARTIDAS Y DESTACAMENTOS DE LAS TROPAS DE NAVARRA, COMO FUÉ NOTORIO) *nunca bajó el ejército francés de 50,000 ó* MAS COMBATIENTES, *tanto en el asedio de la plaza, como contando los que les servian de apoyo, y les auxiliaban recorriendo y batiendo el campo, y cubriendo su retaguardia, sus flancos y comunicaciones, que nunca pudieron ser obstruidas, ni interceptadas, pasando siempre libremente sus convoyes, sin inquietárseles ó poder oponerse á su tránsito, por sus crecidas escoltas y la inferioridad é inexperiencia de nuestras partidas.*»—MARIN, *Fe de Erratas*, pag. 46.

Mas adelante veremos hasta qué punto hace incurrir en contradicciones el prurito de disminuir los escritores franceses las fuerzas del ejército imperial, aumentando tanto las nuestras.

(3) «Cada casa, cada edificio (dice Maldonado) costaba tres ataques formales: uno para aproximarse, otro para posesionarse del interior *(este era el asalto)*, y otro, que era casi siempre el mas obstinado y difícil, para establecerse en las ruinas.»

«Defendian los españoles (dice tambien el baron Rogniat, citando un ejemplo) una torre sin salida, que era indispensable petardear para abrirse paso; mas no fué posible desalojar de ella á los sitiados sin arrojar muchas bombas en los aposentos mismos que ocupaban. Habiéndose desplomado á la esplosion de una de ellas todas las bóvedas hasta el sótano, los polacos se descolgaron á él con cuerdas, y vinieron á las manos con los españoles que se defendian todavía, siendo preciso para triunfar de su constancia recurrir á un valor feroz que, peleando en medio de las tinieblas, perseguia á los enemigos entre las mismas ruinas, para medir con ellos sus fuerzas ó quedar sepultados indistintamente.»

Por este hecho se puede inferir hasta qué punto era terrible la guerra que se hacian unos y otros en la disputa de los edificios.

tante que era posesionarse del arrabal, para estrechar la guarnicion en el recinto de la ciudad, y sobre todo para estender libremente los ataques á lo largo del rio hasta el puente, batiendo en brecha sucesivamente todas las casas que dan al pretil, por medio de baterías situadas en la orilla izquierda. En consecuencia de aquel dictámen, habíase intentado un ataque á viva fuerza contra el precitado arrabal el dia 21 de diciembre, mas ya hemos dicho que no tuvo éxito. No teniendo el general Gazan antes de la llegada de Lannes órden de cooperar activamente á los trabajos del sitio, se habia limitado á un bloqueo poco rigoroso hasta el 24 de diciembre; pero el mariscal general en gefe hizo cesar este órden de cosas. Fué, pues, enviado para abrir la trinchera delante del arrabal el coronel de ingenieros Dode la Bruniere en la noche del 31 de enero al 1.° de febrero; y construidas las paralelas y las baterias, y habiendo el general Dedon hecho pasar á ellas artilleria, dispararon el 7 veinte bocas de fuego contra el dicho convento de Jesus, bastando dos horas de fuego para destrozar este edificio aislado, desprovisto de toda defensa de obras de tierra, y para lanzar de alli 400 hombres que se hallaban en él.

Los *voltigeurs* del regimiento 28 de infantería ligera, reunidos en la paralela, marcharon sobre el convento, y penetrando por la brecha, se apoderaron de todo el edificio sin gran resistencia, ocupando dos piezas de cañon y una bandera. La órden que se les habia dado era que se detuviesen allí; pero llevado un oficial de un ardor inconsiderado, marchó al frente de algunos *voltigeurs* hácia un reducto situado junto á los muros del arrabal (1). No sosteniéndolos nadie, fueron estos valientes rodeados y muertos casi todos ó hechos prisioneros, contándose entre los primeros el oficial. El convento en que se retrincheraron los franceses quedó almenado á la parte que miraba al enemigo; hízose una comunicacion para llegar hasta él á cubierto, y se establecieron alojamientos á derecha é izquierda en la orilla derecha.

Los dias 8, 9 y 10 durante la noche intentaron los franceses pasar al otro lado del Coso por medio de una doble caponera al estremo de la calle de *Enmedio*, y este paso se hallaba sostenido por un puesto establecido en una casa arruinada al otro lado de la calle; pero al llegar el dia, pareció este trabajo harto imperfecto para poderse mantener en él, y hubo que retirar el puesto junto con los trabajadores. Apercibido el enemigo de este movimiento, avanzó hácia los franceses, mató al capitan de ingenieros Joffrenot que habia dirijido el ataque, y hasta lanzó á los sitiadores de varias casas, que no pudieron ser reconquistadas á continuacion sino con muchas dificultades.

Caminando segun las circunstancias, con ayuda de la zapa, de los petardos ó de las minas, fueron apoderándose los franceses de varias manzanas de casas (2).

Situados los minadores en los sótanos del Hospital de locos para atravesar la calle de Santa Engracia, habian por fin conducido una galería hasta cerca del convento de San Francisco, cuando el mayor Breuille, que con tanta diligencia como actividad dirijia los trabajos de mina, hizo prontamente cargar el hornillo con 3,000 libras de pólvora, dándole fuego á continuacion, despues de haber atraido á los españoles con varias demostraciones de ataque al alcance de su esfera de actividad. La esplosion fué terrible y voló una parte del convento. Una columna, compuesta de zapadores dirijidos por Valacé, gefe de batallon de ingenieros, y de un batallon del regimiento 115 conducido por el coronel Dupéroux, salió entonces de las ruinas del Hospital, pasando la calle de Santa Engracia, á favor de un través abandonado por el enemigo. El convento fué acometido, y cuantos españoles habia en su recinto fueron perseguidos con las bayonetas al pecho. Estos volvieron por la noche á ver de recuperar un punto de tanta importancia para ellos, y apoderándose

(1) Obras de defensa levantadas de prisa, porque el arrabal de Zaragoza en su estado normal, no solo carece de *muros*, sino hasta de tapias tambien.

(2) Con ayuda de la zapa, de los petardos y de las minas (los mismos franceses lo dicen); y para eso caminando á palmos y sin poder cruzar el Coso.

del campanario de la iglesia, abrieron agujeros en las bóvedas, lanzando por ellos granadas que obligaron á los franceses á abandonar la iglesia, sin poderla reconquistar hasta la mañana siguiente. Esta operacion costó á los asaltadores (1) una cincuentena de hombres, siendo entre ellos muy dignos de atencion los capitanes de ingenieros Viervaux y Jencesse. El enemigo habia perdido harto mas gente, merced á la esplosion: una compañía de granaderos del regimiento de Valencia habia toda entera volado.



Toma del convento de San Francisco.

Los dias 13, 14, 15, 16 y 17 de febrero atravesaron los minadores el Coso (2) para abrir brecha en el edificio de la Universidad por medio de dos hornillos, cuyo uso y esplosion quedaron aplazados para cuando se realizase el ataque proyectado contra el arrabal, á fin de tener al enemigo ocupado á la vez en ambas orillas.

El mariscal Lannes tuvo en esta misma época que luchar con una oposicion moral de carácter no menos terrible que la de los españoles, á no haber aquel desplegado toda la firmeza del suyo para contener sus efectos. Tantos obstáculos reproducidos sin cesar debian al fin acobardar las tropas francesas: estas ademas se hallaban fatigadas, y aquellos combates mortíferos y cuerpo á cuerpo, por decirlo asi, en que sucumbian diariamente los mas bravos oficiales, zapadores, minadores y soldados, sin hacer progresos notables (aun no se habia apenas ocupado la cuarta parte de la poblacion), habian quitado al soldado casi toda su enerjía. Las tropas decian sin rebozo «*que se las sacrificaba inútilmente; que se las destinaba á perecer en su totalidad bajo las ruinas de la plaza antes que pudiesen forzar los últimos atrincheramientos de los 60,000 fanáticos á quienes con tanta tenacidad combatian en la propor-*

(1) Buen modo de asaltar: volar los edificios y á sus defensores con ellos, para establecerse en sus ruinas. Verdad es que de otra manera no era fácil dejar el hospital, cruzar la calle de Santa Engracia, avanzar unos cuantos pasos, y tomar posicion de San Francisco. Todavia faltaba no obstante pasar al otro lado del Coso.

(2) No es verdad: fué la calle de la Puerta del Sol.

cion de uno á seis (1) *; y que era justo, en fin, que los demas cuerpos del ejército francés cooperasen por su parte á una empresa tan gigantesca.*» El duque de Montebello procuró reanimar el espíritu de su ejército, manifestando á los oficiales que el enemigo *en el género de guerra que se le hacia* perdia infinitamente mas gente que las tropas sitiadoras; que hallándose sus fuerzas agotadas por los esfuerzos que hasta entonces habia desplegado, no podria en lo sucesivo oponer la gran resistencia que hasta allí; y últimamente, que *las bombas, las minas y las enfermedades* no tardarian en esterminar hasta el último defensor de Zaragoza, si los zaragozanos á ejemplo de los numantinos habian hecho la resolucion de sepultarse bajo las ruinas de la ciudad.» En efecto: las casas y tránsito de que el sitiador se apoderaba diariamente estaban rebosando en cadáveres, *y parecia que los franceses no combatian ya por otra cosa que por la posesion de un cementerio.*



SITUACION DE ZARAGOZA.

Continuando los progresos hácia el Coso, dieron los minadores fuego el dia 18 á los dos hornillos practicados debajo de la Universidad, y habiendo la esplosion producido dos brechas enormes, penetraron dos columnas por ellas, apoderándose

(1) Aqui de la aritmética francesa á que arriba nos referíamos.

31,000 : 50,000 : : 1 : 6.

En efecto: los autores cuyo texto traducimos han dicho que las tropas sitiadoras ascendian á 31,000 hombres y las nuestras á 50,000 (si bien ahora añaden 10,000 mas), lo cual ya hemos visto no ser exacto: pero sea asi enhorabuena: ¿cómo hacen ahora decir á los soldados franceses que esos 31 y 50 están en la proporcion de 1 á 6?

Pero acaso quieran contar 9,000 combatientes tan solo en el ejército sitiador, refiriéndose á las divisiones Meusnier y Grandjean, únicas, segun dicen arriba, que podian emplearse en el ataque de la *ciudad.* Enhorabuena, replicaremos tambien; mas entonces, ¿por qué no rebajan de los 50,000 hombres que nos atribuyen los que tenian que estar ocupados en observar y contrarestar á Morlot por la parte del castillo, los que debian estar en guardia relativamente á Suchet, y los que tenian á su cargo la importante defensa del arrabal? Falla, pues, igualmente en este segundo caso el resultado de la proporcion; puesto que reducidos nuestros cacareados 50,000 hombres á unos 30,000 cuando mas (admitida se entiende la cuenta que hemos visto no ser admisible), no se puede tampoco decir *que 9 sea á 30 como 1 es á 6.*

casi en su totalidad de aquel grande edificio. El enemigo al fin se vió obligado á abandonar la travesía del Coso (1).

En este mismo dia se apoderó Gazan del arrabal en la orilla izquierda.

Las tropas habian tomado las armas desde el amanecer, avanzando á la segunda paralela. Puestas en batería 50 bocas de fuego á izquierda y derecha del convento de Jesus, comenzaron sus terribles disparos sobre la masa del arrabal, ocupándose con especialidad dos baterías en jugar contra la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, considerada como el paladion de Zaragoza, y contra el pretil y puente que sirve de comunicacion entre la ciudad y el arrabal.

Al mediodía era ya practicable la brecha abierta en el convento de San Lázaro, que era el punto principal del ataque, porque su posicion aproximada al puente dominaba dicha comunicacion.

El enemigo á aquella sazon se hallaba consternado con el fuego espantoso que llovia sobre él. Un batallon del rejimiento 103 se estableció al momento en las casas vecinas al convento de San Lázaro, y penetró á continuacion en la iglesia de este edificio, que el enemigo se vió obligado á abandonar.

La posesion de este punto importantísimo, haciendo como hizo á los sitiadores dueños del puente, decidió la toma del arrabal. En las casas se halló poca gente; mas no asi en la orilla del Ebro y en el campo llano, donde los soldados y habitantes que no habian podido pasar el puente se rindieron y rindieron las armas en número de cerca de 3,000 (2). Dos barcas hacinadas de fujitivos consiguieron llegar á la otra orilla bajo el fuego del centésimo rejimiento.

Este hecho brillante, á par que importantísimo por sus resultados, no costó al general Gazan sino 50 hombres de pérdida.

En la tarde del 19 presentóse como parlamentario á los puestos avanzados de los franceses un ayudante de campo del general Palafox; pero las proposiciones que se le habia encargado hacer no fueron acojidas por el mariscal Lannes.

El 20, á pesar de los incendios, ocuparon todavía los sitiadores alguna mas estension en la ciudad. El enemigo hizo un último esfuerzo para recobrar dos piezas de cañon que se le habian quitado la víspera, pero fué puesto en fuga por los polacos que cargaron sobre él á la bayoneta. Las 50 piezas que habian servido para el ataque del arrabal fueron puestas en batería en la orilla izquierda contra las casas del pretil de la ciudad, que eran convertidas en ruinas. *Las seis galerías que atravesaban el Coso en el ataque del centro, tocaban ya las casas situadas enfrente de los sitiadores* (3), y habiendo dado principio á cargar los hornillos con 3,000 libras de pólvora cada uno, destinóse la mañana del dia siguiente á hacerlos jugar todos á un tiempo, lo cual hubiera producido una esplosion espantosa, calculada con el objeto de llenar de consternacion á los sitiados; pero estos no esperaron tal momento.

Habiendo la junta de Zaragoza, allá sobre las cuatro de la tarde, enviado una diputacion al mariscal Lannes para tratar de la capitulacion, cesó el fuego al instante por ambas partes. El mariscal exijió que la ciudad se rindiese á discrecion.

El 21 ocuparon los franceses todos los puntos, y desfilando la guarnicion fuera de la plaza, rindió las armas delante del ejército victorioso.

Este fin tuvo uno de los sitios mas memorables que se puedan leer en la historia antigua y moderna, despues de 52 dias de trinchera abierta (4), de los cuales se

(1) Repetimos lo dicho anteriormente: fué la calle de la Puerta del Sol la que los enemigos ocuparon, pues con ella y no con el Coso confinaba y confina actualmente el edificio de la Universidad.

(2) *De cerca de* 2.000, debe decir.

(3) No es cierto, pues, como nuestros autores decian, que hubieran conseguido los franceses pasar al otro lado del Coso; pues si hubieran pasado, ¿á qué las minas?

(4) Es lo mismo puntualmente que dice el baron Rogniat, y aqui de la respuesta de Marin: «todo

ocuparon 29 para entrar en la plaza, y los 23 restantes en los combates de casa en casa.

En la parte de la ciudad que acababa de capitular halláronse 113 (1) bocas de fuego (de las cuales cerca de 60 habian sido ocupadas por los sitiadores durante el sitio), poca pólvora y pocos proyectiles (2); mas todavía les quedaba á los habitantes gran cantidad de vino y de aceite, y trigo para mas de seis meses (3).

La ciudad toda ofrecia el espectáculo mas horroroso: las casas acribilladas por las balas de cañon, despedazadas por las bombas, abiertas por las esplosiones de mina, y otras todavia humeantes: cadáveres en putrefaccion tendidos por todas las calles, embarazando los sótanos y las escaleras, ó medio sepultados en las ruinas: las calles barreadas con los escombros ó los traveses: el desaseo, la infeccion del aire, la miseria, el hacinamiento de mas de 100,000 *individuos en una poblacion que no contenia ordinariamente sino* 45,000, *las privaciones inseparables de un largo sitio..... todas estas plagas habian producido una epidemia horrorosa que consumia en aquella sazon lo que habia perdonado la guerra* (4). *En medio de las minas y de los cadáveres que llenaban las calles, veianse discurrir errantes algunos moradores pálidos, descarnados, próximos á seguir bien pronto á los que por falta de fuerzas no habian podido enterrar. Segun los cálculos hechos antes y despues de este sitio estraordinario, es indudable que en el discurso de aquella terrible lucha de cincuenta y dos dias de duracion* (5), *perecieron* 50,000 *individuos de todas edades y sexos, ó sea las dos terceras partes de la guarnicion, y la mitad de los habitantes ó refujiados* (6). *La guarnicion que acababa de desfilar delante del ejército francés, contaba apenas* 16,000 *hombres* (7).

La pérdida de los sitiadores no pasó de 3,000, á saber: 700 hombres del quinto cuerpo, 2,000 del tercero, y 300 de artilleria é injenieros (8). De los como 27

---

el mundo sabe, dice (a), que el sitio duró el dilatado espacio de 62 dias justos: esto es, desde el 20 de diciembre de 1808 hasta el 21 de febrero de 1809, en que tuvo efecto la capitulacion. *Si en esto se equivoca el señor baron, no se estrañe que sobre otros estremos no esté mas acorde con la verdad.»*

(a) *Notas* al estracto de la *Relacion de los sitios de Zaragoza y Tortosa* por el baron Rogniat, en las precitadas MEMORIAS.

(1) 150, dice el baron Rogniat; pero lo cierto es que los zaragozanos no tuvieron en toda la circunferencia de la ciudad sino unas 60 ó 70 piezas de todos calibres; y sirva esto de contestacion á lo que se dice en seguida, á saber, que los sitiadores nos quitaron durante el asedio *cerca de 60 piezas.* ¿Cuándo, cómo y donde fué eso?

(2) Se habian consumido casi todos, no habiendo nunca podido fabricarse mas pólvora que la penosamente precisa para el momento, teniendo que hacer de ella uso, húmeda y aun mojada todavía.

(3) Pero no se podia moler, segun anteriormente se ha dicho, por no bastar á ello las tahonas establecidas en el interior, despues de ocupados los molinos afuera.

(4) En los últimos dias del sitio eran hasta 600 las víctimas que sucumbian diariamente á aquel espantoso contajio.

(5) *Sesenta y dos*, ya lo hemos dicho.

(6) Segun la razon tomada por el alcalde mayor de Zaragoza D. Antonio Morell de Solanilla, perecieron en los dos sitios 53,873 personas.—*Manifiesto del vecindario de Aragon*, etc., publicado por D. Antonio Plana: Imprenta de Miedes.—1814.

(7) El número de prisioneros fué de 9,500 poco mas ó menos, esto es; de 8,000 que en dos divisiones emprendieron su marcha para Francia desde el depósito en que se les puso inmediato á la Casablanca, una de las cuales era de cerca de 4,500, y otra de 3,500 con corta diferencia: en cuyo total no deben comprenderse los 1700 á 1800 aprehendidos en el arrabal.—*Fe de erratas*, pág. 58.

(8) ¿Qué militar (dice el precitado Marin en el espresado opúsculo, pág. 59, refiriéndose al cronista Alcayde que asegura lo mismo) «¿Qué militar, aun el mas ignorante y menos calculista, podrá convenir en la inexactitud de tan voluntaria é imajinaria cuenta, cuando se asegura que un ejército que tuvo la pérdida de 300 minadores-zapadores y artilleros, y 27 oficiales de injenieros y artillería, solo la sufrió de 3,000 soldados? ¿Cuándo se ha visto ni oido desproporcion tan desmedida y estraordinaria en sitio de plaza alguna del universo que haya resistido, si es posible, aun con mas obstinada tenacidad y firmeza, y que haya sido por triplicado tiempo que la de Zaragoza? A este respecto deberian corresponder los 3,000 hombres solo á 8 ó 10 oficiales artilleros ó injenieros, y á menos de 100 de aquella arma y de la de minadores-zapadores..... Lo que es cierto es que los franceses dejaron tendidos bajo las mezquinas tapias de la sin par Zaragoza de *once á doce mil* de sus mejores soldados, segun las mas seguras noticias, y lo que sin misterio ni reparo alguno dijeron á los prisioneros hechos en ella los oficiales franceses de su escolta en todo el camino y aun dentro de Francia.»

Con esto creemos que baste para formar en el ánimo del lector una prevencion saludable contra los gratuitos cálculos y numerosas inexactitudes en que abundan las obras francesas cuando de nosotros se ocupan, no ya por lo que toca á Zaragoza, sino á otras cosas mil que nos conciernen.

oficiales de esta última arma que habian quedado fuera de combate, los 11 habian muerto en el campo de batalla, ó pocos instantes despues de haber sido de él retirados.»

Hasta aqui los autores franceses. Las calculadas inexactitudes en que abunda su relato no impiden formar una idea, harto ventajosa por cierto, de aquella resistencia inmortal. Ellos lo dicen todo en estas solas palabras: *no parecia sino que los franceses se disputaban con los españoles la triste posesion de un cementerio.*

El general Palafox, que tan gloriosamente habia llenado su empeño de sucumbir primero que ceder á las falanjes de Napoleon, no era cuando se rindió la ciudad sino una imitacion en compendio del cadáver de Zaragoza. Herido de la horrible dolencia á que tantos millares de valientes rendian sus altivos espíritus, se esforzó vanamente algun tiempo en pagar con el suyo el tributo que la muerte parecia exijirle. Su alma, incontrastable hasta entonces en medio de tantas fatigas, amenazó desamparar el cuerpo dos dias antes de la capitulacion, y de aqui el nombramiento de la Junta reemplazando al general moribundo, y heredando su autoridad, para deliberar sobre el estado de la capital de Aragon y presidir sus últimos destinos. Verificada la capitulacion y ocupada Zaragoza por los franceses, hizo Lannes ocupar el aposento del ilustre caudillo por una compañía de granaderos en la noche del 21, cercando su lecho de muerte, á tiempo que el general se hallaba soporado y sin conocimiento de lo que pasaba en el mundo. Dispertado á fuerza de gritos, el paciente miró sin ver apenas, siendo su única respuesta á los baldones con que le sacaron del sueño una inmovilidad absoluta y un silencio sepulcral, porque ni articular palabras podia, ni menos menearse del sitio en que estaba postrado. Los franceses entonces le dejaron, y él siguió batallando en silencio con las bascas de la agonía. La naturaleza por fin pudo mas que su cruda dolencia, y Palafox vivió para tener el gran privilejio de oir lo que solo en otro mundo mejor alcanzan á escuchar otros héroes. Los franceses hallaron en su casa un hornillo cargado de pólvora con su mecha prevenida, y preguntado por Lannes á qué fin lo tenia dispuesto: *para no verme* (contestó el caudillo desde el lecho en que estaba postrado) *en el estremo de capitular.* Palabras de que infiere Marin que la re-



PALAFOX MORIBUNDO.

solucion de Palafox era acaso perecer con los demas defensores, si las cosas llegaban al último estremo. Su dolencia le impidió ejecutar tan desesperado designio. Arrancado de su lecho pocos dias despues, cuando aun no se hallaba restablecido, fué conducido á Francia prisionero, quebrantando la palabra empeñada por Lannes en lo tocante á darle libertad. La dureza con que los franceses le trataron, privándole hasta de la compañía de sus fieles criados españoles, y teniéndole en cautiverio hasta 1814 en el castillo de Vicennes, será siempre un borron que la historia arrojará á la cara del *grande hombre* que lo consintió y toleró con menoscabo eterno de su gloria.

Palafox, O-Neylle, Saint-March, Villaba, Butron, San Genis, La Ripa, Simonó, Betzebé, Renovales, Waltrer, Velasco, Sas, Wersage, Cerezo, Marin, Piedrafita, Navarro, Olivo, Fábregues, Villa, Moñino, Eraso, Gil, Perena, Villacampa, Buesa, Gallart..... heroinas ilustres como Sancho, Alvarez y Agustina Aragon..... ¿por qué no podrá á vuestros nombres añadir el historiador los de tantos otros valientes y tantas esforzadas guerreras como se distinguieron en Zaragoza en este segundo sitio? Mas la lista seria interminable si se hubieran de citar todos ellos. ¡Límites reducidos y mezquinos los que circunscriben la historia, puesto que no caben en ella sino unos cuantos nombres, como muestra de los demas que inmortalizaron á un pueblo!

La capitulacion fué violada por los imperiales en sus mas importantes artículos. Nuestros prisioneros, conducidos á Francia por Pamplona é Irun, fueron víctimas de atrocidades las mas inauditas, fusilando los franceses sin piedad á muchos de ellos que recien salidos de los hospitales no podian apenas moverse, cuanto menos seguir el paso que sus conductores querian, contándose en el solo tránsito de Zaragoza á Alagon hasta 255 de estos desdichados. El saqueo se puso en ejecucion en las casas de la capital, llevándose con rigor algun tiempo, y multiplicándose con este motivo otros escesos y tropelías. Entre ellas la mas espantosa, la menos justificable de todas, fué el suplicio ordenado por Lannes contra el Padre Basilio Boggiero, ex-provincial de las Escuelas Pias, uno de los fervientes patriotas que mas habian secundado con sus consejos la resistencia de Palafox, y contra el presbítero D. Santiago Sas, aquel incomparable guerrero, comandante de las compañías de escopeteros voluntarios de la parroquia de San Pablo, el mismo que en las puertas del Cármen y el Portillo, en la calle de Palomar, y en todos los puntos de mayor riesgo, fué siempre el primero en acometer y el último en volver el pié atras. Encerrados los dos en un oscuro calabozo, fueron llevados despues al Puente de Piedra, y acribillados á bayonetazos por la escolta que los conducia, exhalaron sus grandes espíritus en medio de los mas acerbos tormentos, sin que de sus labios saliese otra voz que la de exhortarse recíprocamente á sufrir su impensado martirio. ¡Asi cumplió Lannes el artículo 4.º de la capitulacion, por el cual se habia obligado á respetar las vidas y haciendas de los defensores! Y lo mas repugnante del crímen fué ordenar el mariscal francés que se les asesinase en silencio, sin decirles que iban á morir, ni darles otro aviso para disponerse que introducir en sus cuerpos las puntas de las bayonetas.

El templo de la virjen del Pilar fué víctima tambien de la rapacidad mas escandalosa, estrayéndose del joyero para los generales franceses, á título de donativos que les hacia la Junta, alhajas cuyo importe subia á 2.588,230 reales. Saciada asi la avaricia de los compañeros de Lannes, salió este de la capital el dia 14 de marzo, dirijiéndose á Francia y dejando por sucesor en el mando al general Junot, duque de Abrantes.

«Muchos han dudado, dice Toreno, de si fué ó no conveniente defender á Zaragoza; desaprobando otros con mas razon el que se hubiesen encerrado tantas tropas en su recinto.»—Sobre este último punto ya hemos nosotros dicho que fué un mal hacinar tanto número de gentes en espacio incapaz de contenerlas.—«Mas por lo que toca á la determinacion de defender la ciudad (asi se esplica el juicioso historiador á que nos referimos) nos parece que fué acertada y provechosa. Los lau-

reles adquiridos en el primer sitio habian dado al nombre de Zaragoza tan májico influjo, que su pronta y fácil entrega hubiera causado desmayo en toda la nacion. De otra parte, su resistencia no solo impidió la ocupacion de algunas provincias, deteniendo el ímpetu de huestes formidables, sino que tambien aquellos mismos hombres que tan bravos é impávidos se mostraban guarecidos de las tapias y casas, no hubieran inexpertos y en campo raso podido sostenerse contra la práctica y disciplina de los franceses, mayormente cuanto la impaciencia pública forzaba á aventurar imprudentes batallas.»

Otros han sujetado á discusion en cual de los dos sitios fué mas grande aquella poblacion eminente. El cronista Alcayde da la preferencia al primero, y Marin la atribuye al segundo. Nosotros creemos que Zaragoza fué siempre igual á sí misma; pero en la alternativa de optar por la supremacía de uno ú otro de sus asedios, lo haríamos en los mismos términos en que lo hace el espresado Marin. *Zaragoza sitiada* fué grande; pero lo que mas llenó el mundo de una gloria que no tiene rival en la historia de los pueblos heróicos, lo que hizo decir á Rogniat que el heroismo de los zaragozanos habia en su opinion escedido al de Numancia y Sagunto, lo que hirió finalmente y lo que aun hiere la imajinacion de los hombres cuando de ese pueblo se trata, es *Augusta sitiada y rendida*. El decreto de la Junta Central, espedido en 9 de marzo de 1809, y redactado por un tan justo apreciador de los grandes hechos como puede serlo Quintana, prueba bien la sublime admiracion y el relijioso asombro con que se miraba por los contemporáneos la segunda incomparable defensa de aquella ciudad inmortal. Nosotros coronaremos la conclusion de este capítulo con el documento en cuestion. Su elocuencia en el preámbulo es á veces augusta y terrible.

«Españoles, decia el decreto: La única gracia que pidió Zaragoza á nuestro infeliz monarca cuando en Vitoria le escitó á que usase de su beneficencia real, fué la de ser la primera ciudad que se sacrificase en su defensa. No necesitais vosotros, no necesita la Europa que se recuerde este rasgo generoso para añadir motivos de interés y admiracion en favor de aquel insigne pueblo. Pero al ver consumado el grande sacrificio en las aras de la lealtad y de la Patria, el espíritu se engrandece contemplando la terrible y admirable carrera que ya desde entonces se abria Zaragoza á la inmortalidad y á la gloria.

Eran pasados mas de dos meses de un sitio el mas encarnizado y cruel; casi todos los edificios estaban destruidos, y los demas minados: apurados los víveres, las municiones consumidas: mas de 26,000 enfermos luchaban con una epidemia mortal y aguda que arrebataba al sepulcro centenares de ellos al dia: la guarnicion se veia reducida á menos de una sesta parte: el general moribundo del contajio: muerto de él O-Neille su segundo: Sain-March, en quien á falta de los dos habia recaido el mando, ya tambien doliente y postrado de la fiebre: tanto era necesario, españoles, para que Zaragoza cediese al rigor del destino y se dejase ocupar del enemigo. Verificóse la rendicion el dia 20 del pasado á las condiciones mismas con que han entrado los franceses en otros pueblos, bien que cumplidas como acredita la esperiencia. Asi han podido ocupar aquel glorioso recinto, donde cada calle, cada ruina, cada pared, cada piedra está diciendo mudamente á los que contemplan: Id, y decid á mi rey, que Zaragoza, fiel á su palabra, se ha sacrificado gustosa por mantenerse leal.

Una serie de acontecimientos tan tristes como notorios ha frustrado todos los esfuerzos que se han hecho para socorrerla; pero la imajinacion de todos los buenos, fijada siempre en su suerte, acompañaba á sus defensores en los peligros, se agitaba con ellos en los combates, los compadecia en sus privaciones y fatigas, y los seguia en todas las terribles vicisitudes de la fortuna; y cuando por fin les han faltado fuerzas para seguir una resistencia que ellos han prolongado mas allá de lo creible, la nueva de su desastre ha entristecido el corazon de tal modo, que en el primer momento del dolor se ha creido ver apagada de una vez la antorcha de la libertad, y derribada la columna de la independencia.

Mas todavía, españoles, está Zaragoza en pié, y vive para la imitacion y el ejemplo: vive todavía para el espíritu público, que en tan heróicos esfuerzos estará siempre bebiendo lecciones de valor y de constancia. Porque, ¿cuál es el español que, preciándose de tal, quiera ser menos que los valientes zaragozanos, y no sellar la libertad proclamada de su patria, y la fe prometida á su rey, á costa de los mismos riesgos y de las mismas fatigas? Atérrense de ello en buen hora los viles egoistas, ó los hombres sin valor: mas no se aterrarán los otros pueblos aragoneses que están prontos á imitar y á conquistar su capital; no los firmes y leales patriotas que ven en aquel pueblo sublime un modelo que seguir, una venganza que tomar, el único camino que vencer. Cuarenta mil franceses que han perecido delante de la frágil tapia que defendia á Zaragoza, hacen llorar á la Francia el estéril y efímero triunfo que acaba de conseguir, y manifiestan á España que tres pueblos de igual teson y resistencia salvarán la Patria y desconcertarán á los tiranos. Nace el valor del valor, y cuando los infelices que allí han sufrido, y las víctimas que allí han muerto, oigan que sus conciudadanos siguiéndolos en el sendero de la gloria, les han aventajado en la fortuna, entonces bendecirán mil veces su suerte aunque rigorosa, y contemplarán gozosos nuestros triunfos.

La Europa, considerando todas las circunstancias de este acontecimiento singular, midiendo los medios de defensa con los de la agresion, y comparando la resistencia que ha hecho Zaragoza á los devastadores del mundo con las que les hicieron hasta aquí las plazas de primer órden, decidirá á quién corresponde la palma del valor, y si son los vencidos los que la han arrancado á los vencedores. Andará el tiempo, y vendrán los dias en que sosegada la ajitacion funesta con que ahora el génio de la iniquidad está atormentando la tierra, los amigos de la virtud y la lealtad vengan á las orillas del Ebro á visitar estas ruinas majestuosas; y contemplándolas con admiracion y con envidia: «Aquí fué, dirán, aquel Pueblo que en los siglos modernos realizó, ó mas bien superó, los prodijios antiguos de consagracion y constancia apenas creidos en la historia; sin tener un regimiento, sin mas defensa que una débil pared, sin otros recursos que su esfuerzo, osó el primero provocar las iras del tirano, y por dos veces contuvo el ímpetu de sus lejiones vencedoras; la rendicion de esta plaza abierta y sin defensa costó á la Francia mas sangre, mas lágrimas y mas muertes que la conquista de reinos enteros: no fué el valor francés quien la rindió: un contajio mortífero y general postró las fuerzas de sus defensores, y los enemigos al entrar en ella triunfaron de unos pocos enfermos moribundos; mas no conquistaron ciudadanos, ni vencieron á guerreros.»

Estas consideraciones de mérito, de gloria y de entusiasmo público, han movido á la Junta Superior Gubernativa del Reino á espedir el decreto siguiente:

REAL DECRETO DE S. M.

Considerando el Rey Nuestro Señor Don Fernando VII, y á su real nombre la Junta Suprema Gubernativa del Reino, que los servicios hechos á la Patria deben regularse mas por el valor y los sacrificios que por el éxito, el cual muchas veces depende de la fortuna: atendiendo á que Zaragoza no solo no era inexpugnable, sino que considerada por principios militares, ni era defendible siquiera, y sin embargo ha hecho una defensa cual no se cuenta de plaza alguna en el mundo por fortificada que haya estado: á que los honores y recompensas que se concedan á un pueblo tan benemérito de la patria, son para los que han perecido el justo premio debido á su valor y á su martirio, á los que han quedado un motivo de consuelo y un auxilio necesario para moderar el rigor de su infortunio, y á los demas un estímulo poderoso para que sigan su ejemplo: conociendo que Zaragoza, presente siempre en la memoria de los españoles, será un manantial perenne de acciones heróicas y virtudes cívicas, que son las que han de salvar el estado en la borrasca que le atormenta: apreciando como es debido la gloria singular que resulta á la nacion española de la defensa admirable que ha hecho aquella ciudad, tan preciosa á los

ojos de la virtud y del patriotismo, como la mas insigne victoria; y queriendo, en fin, dar, en señal de la alta estimacion en que tiene á Zaragoza y sus habitantes, un testimonio tan singular y grandioso como el mérito sobre que recae, se ha servido decretar lo que sigue:

I. Que Zaragoza, sus habitantes y guarnicion sean tenidos por beneméritos de la Patria en un grado heróico y eminente.

II. Que luego que el digno y bizarro capitan general de Aragon sea restituido á la libertad, para lo cual no se omitirá medio ninguno, la Junta á nombre de la Nacion le dé aquella recompensa que sea mas digna de su constancia invencible y de su vehemente patriotismo.

III. Que se conceda un grado á todos los oficiales que se han hallado en el sitio, y á los soldados se les considere con la graduacion y sueldo de sargentos.

IV. Que todos los defensores de Zaragoza, y sus vecinos y sus descendientes, gocen de la nobleza personal.

V. Que á las viudas y huérfanos de los que hubieren perecido en la defensa, se les conceda por el Estado una pension proporcionada á su clase y circunstancias.

VI. Que el haberse hallado dentro de la plaza durante el sitio, sea un mérito para ser atendido en las pretensiones.

VII. Que Zaragoza sea libre de todas contribuciones por diez años, contados desde el dia que se haga la paz.

VIII. Que desde aquella época se empiecen á reedificar sus edificios públicos á costa del Estado con toda magnificencia.

IX. Que en su plaza se erija un monumento para memoria perpétua del valor de sus habitantes y de su gloriosa defensa.

X. Que en las de todas las capitales del Reino se ponga desde ahora una inscripcion que contenga las circunstancias mas heróicas de los dos sitios que ha sufrido Zaragoza.

XI. Que se acuñe una medalla en su honor, como testimonio de gratitud nacional por tan eminente servicio.

XII. Que á cualquiera ciudad de España que resista con la misma constancia un sitio igualmente porfiado y tenaz, se la concedan los mismos honores y prerogativas.

XIII. Que se escite á los poetas y oradores españoles á ejercitar sus talentos en un asunto tan sublime, y se ofrezca á nombre de la Nacion un premio de una medalla de oro y cien doblones al que presente el mejor poema, y otro igual al que escriba el discurso mas bien trabajado sobre este sitio inmortal: llevándose por objeto en una y otra obra, no solo recomendar á la memoria y admiracion del siglo presente y de la posteridad el valor, la constancia y patriotismo de Zaragoza, sino inflamar con la mayor vehemencia el entusiasmo nacional, y llenar los corazones españoles del mismo amor á la libertad, y del mismo horror á la tiranía.....

Tendréislo entendido y dispondreis lo conveniente á su cumplimiento.—El marques de Astorga, vice-presidente.—Real Alcázar de Sevilla 9 de marzo de 1809. —*A D. Martin de Garay.*»

Las córtes mas adelante confirmaron este decreto en 22 de agosto de 1813, y el monarca en setiembre y octubre de 1814 concedió á los defensores de la capital de Aragon en este segundo sitio el sabido distintivo de la cruz, con el lema de *El Rey á los defensores de Zaragoza*. Las circunstancias de la lucha en que la nacion se vió empeñada y luego las vicisitudes políticas en que nos hemos visto envueltos, unidas al abandono con que suelen mirarse en España ciertas y respetabilísimas cosas, impidieron que las gracias otorgadas á aquel pueblo de héroes fuesen en su mayor parte otra cosa que un bien entendido proyecto. Las almas generosas y magnánimas que le componian no han conseguido el premio decretado, pero no trocarian por él la gloria que les cupo en merecerlo.

CAPITULO XXI.

Segunda entrada de José en Madrid.—Medidas que adopta: creacion del tribunal criminal.—Respetos y obediencia tributados á la Central: declaracion de las provincias de Asia y América: decreto que se espide en su favor.—Tratado de alianza con el gobierno inglés.—Debates en el Parlamento británico sobre envío de fuerzas á la Península.—Plan de Napoleon para la conquista de Portugal.—Comienza la insurreccion de Galicia.—Espedicion de Soult á Portugal.

Los triunfos conseguidos por las armas francesas á fines de 1809 y principios de 1810 parecian augurar á José un reinado bastante seguro, aun cuando le costára algun trabajo calmar definitivamente la borrasca que en su contra se habia levantado. Ya hemos dicho que el Emperador, viendo en fuga al ejército inglés y próximo á ser derrotado, y siendo necesaria su presencia en Francia con motivo de las cosas del Norte, habia salido de Valladolid con direccion á Paris en la noche del 17 de enero, despues de haber prometido á los diputados del ayuntamiento de Madrid reponer en el trono á José, disponiendo su entrada en la corte para dentro de pocos dias. El Emperador cumplió su palabra, y José, recobrado de la inquietud que le causaba la frialdad que durante esta segunda campaña habia notado en su hermano, verificó su entrada en Madrid el dia 22 del mismo mes. La fuerza habia obligado á los madrileños, despues de la capitulacion, á prestarle juramento de fidelidad, apareciendo en el libro de rejistro abierto con este motivo 28,600 firmas de otros tantos sugetos comprometidos por la violencia á sostenerle en el trono. La entrada del intruso fué fria, á pesar del magnífico aparato con que se dispuso, no oyéndose en su tránsito desde la puerta de Atocha á la iglesia de San Isidro y de esta á Palacio, mas aclamaciones ni vivas que los de unas miserables mujeres, dispuestas y pagadas al intento. En San Isidro se cantó un *Te-Deum*, y el rey colocado en el trono dirijió al auditorio un pequeño discurso, en el cual manifestó sus deseos de hacer el bien del pais, añadiendo que no habia aceptado la corona sino á condicion de conservar la unidad de la Religion católica, la independencia de la monarquía, la integridad de su territorio y la libertad de los españoles.

Cumplida la etiqueta de costumbre, y felicitado el intruso por las autoridades y corporaciones y por otros varios sugetos, muchos de ellos eclesiásticos y aun obispos, dedicóse á reorganizar el gobierno y á restablecer en cuanto fuese posible el

órden y la tranquilidad. Una de sus medidas fué enviar con este último objeto varios comisionados á las provincias entre los personajes de mas cuenta que habian abrazado su causa, los cuales aceptaron la mision de predicar por todas partes la obediencia y sumision á sus órdenes, si bien con el poco fruto que de suyo se deja inferir. Dió tambien un decreto y un reglamento organizando la policía, y cual si le causára vergüenza no tener en su apoyo otros guerreros que los que le proporcionaba su hermano, ordenó se formasen inmediatamente algunos regimientos españoles. Su estrella en cuanto á esto fué menguada, pues nunca pudo reunir en torno suyo un solo cuerpo digno de tal nombre, desbandándose con frecuencia los soldados para unirse á las filas leales. Irritado con estas defecciones y con ver que á pesar de sus triunfos no daba muestras la insurreccion de reducirse á la nulidad, afrentó las buenas prendas que le distinguian como hombre naturalmente justo, creando un tribunal criminal, compuesto de cinco alcaldes de corte y presidido por el ministro de policía D. Pablo Arribas, hombre de carácter cruel; y esa junta, cuyo primer objeto era entender en las causas de asesinos y ladrones, estaba destinada tambien á hacer lo mismo con las de los patriotas y defensores de la independencia, confundiéndolos con aquellos, é imponiéndoles la pena de horca. Muchos fueron los infelices que sufrieron el injusto rigor de esa institucion espantosa; pero ni las medidas de terror, ni el imponente aparato de la fuerza que contra los españoles se desplegaba, sirvieron para ganar al intruso la obediencia que se prometia, no siendo cumplidas sus órdenes sino solamente en Madrid y en los puntos materialmente ocupados por sus huestes, y aun eso con dificultad.

La acatada y reverenciada, y la que no solo en las poblaciones libres, sino aun en las mismas que sufrian el yugo, via siempre respetadas sus providencias, era la Junta Central. Sus desaciertos habian sido grandes, pero estaba depositada en sus manos la legítima autoridad nacional, y los pueblos se los disimulaban, como disimulan los hijos los defectos que notan en el padre. Su traslacion á Sevilla habia escitado en algunos puntos un disgusto bastante marcado, no faltando quien achacase á sus individuos mas apego á su seguridad personal que á la defensa de la Patria, quedando Madrid con su fuga entregado á merced del invasor. El cargo bien mirado era injusto, y la general opinion no lo consideraba merecido, por mas que culpase á la Junta por no haber adoptado un plan de guerra y otras disposiciones á propósito para no venir al conflicto á que á fines de 1808 se via reducido el pais. Afortunadamente nuestras desgracias tuvieron á principios de enero una muy regular compensacion con la noticia de la declaracion unánimemente hecha en favor de la causa nacional por nuestras posesiones de América, á la cual siguió poco despues la de las provincias de Asia, llenas todas de indignacion contra los usurpadores, y todas obedientes y sumisas á la voz del gobierno lejítimo, cuyos apremiantes apuros se apresuraron á remediar enviándole donativos cuantiosos, los cuales ascendieron en todo el año 9 á 284 millones. Reducida la Central hasta entonces á los pocos recursos pecuniarios que le suministraba la Peninsula, y á los subsidios de la Gran Bretaña, no muy considerables por cierto, pudo ahora con mas desembarazo atender á los inmensos gastos que ocasionaba la lucha; y deseando dar á aquellas remotas regiones una prueba de consideracion por su eminente servicio, espidió el 22 de enero el célebre decreto que las declaraba parte integrante de la Monarquía, en vez de considerarlas colonias como se habia hecho hasta allí, estableciendo entre sus habitantes y los de la Peninsula una desigualdad injuriosa, aunque no tan chocante como la que se advertia entre otras colonias y sus metrópolis.

Esta especie de alianza con nuestras posesiones de ambas Indias vino á coincidir con la consignacion terminante y esplícita, por medio de un tratado formal, de la que existia de hecho entre nosotros y la Gran Bretaña desde el principio de la insurreccion, tratado que se firmó en Lóndres el dia 9 de enero por medio de los plenipotenciarios D. Juan Ruiz de Apodaca, gefe de escuadra, en nombre del gobierno español, y Mr. Canning, secretario de negocios estranjeros, por parte de la Inglaterra. En él se estipuló no reconocer el Rey Jorje otro monarca en España que Fernan-

do VII, y no ceder España á Francia parte alguna de su territorio, ni concluir, como tampoco la Inglaterra, tratado ninguno de paz con Napoleon, sin acuerdo de ambas partes contratantes. Mas urjente que ese tratado era entablar otro relativamente á subsidios; pero por mas esfuerzos que hizo la Central, no pudo conseguir arreglarlo. La generalidad del pueblo inglés y la mayoría del Parlamento estaban por socorrernos á todo trance y en todos sentidos, pero en el último habia tambien opositores tocante á envio de fuerzas, y el gobierno británico por su parte sentia á cada una de nuestras desgracias cada vez mas tibia su fe en el éxito de la lucha.

La apertura del Parlamento, verificada el 19 de enero de 1809, dió lugar á vivisimas discusiones relativamente á los infructuosos recursos otorgados á la Suecia en el año anterior, tratándose con igual calor de la espedicion de Portugal, de la convencion de Cintra, de los desastres de España y del bill del congreso americano, por el cual se prohibia la entrada en los puertos de los Estados Unidos á todo buque perteneciente á la Inglaterra, á la Francia, ó á los paises sometidos á la influencia de estos dos gobiernos, siempre que navegase bajo las restricciones impuestas por el decreto de Berlin ó por órden del consejo británico. Los debates de mas interes fueron los que decian relacion á los negocios de España y Portugal. Los lores Saint-Vincent, Moira y Greenville hablaron en la Cámara alta contra el envio de un ejército á Portugal, mientras España prosiguiese en el inminente peligro que la rodeaba. El primero observó que era derisorio hacer desembarcar tropas en el mediodía de la Península, cuando lo que convenia era llevarlas al norte, donde tanto urgia á los españoles ser socorridos. Lord Moira procuró demostrar que la independencia de Inglaterra amenazada por Napoleon, en ninguna otra parte que en España debia ser decidida; que la caida de esta última potencia no podia menos de arrastrar en su pos la de la Gran Bretaña; y últimamente, que si el ministerio se hubiera apresurado á enviar en tiempo oportuno un negociador hábil que concertándose con la nacion española se hubiese esplicado con franqueza sobre la conducta que la Gran Bretaña deseaba observar respecto á un pais tan injustamente invadido, los insurjentes no habrian jamas puesto en duda los socorros que tan tarde se les habia ofrecido. Lord Greenville sostuvo ser el norte de España, en las fronteras de los Pirineos, el único punto donde las fuerzas inglesas hubieran podido ser verdaderamente útiles; y que si despues de la evacuacion de Madrid por los franceses en agosto de 1808, con su consiguiente retirada á la orilla izquierda del Ebro, hubiera sido posible enviar un ejército inglés á este punto antes de llegar los refuerzos del ejército grande de Alemania, tal vez se habria conseguido lanzar á José y á sus tropas al otro lado del Bidasoa, y aun abrir á los españoles la entrada en Francia. Igual fué el sentido en que habló M. Ponsomby en la cámara de los comunes. El ministerio respondió por medio de los lores Hawkesbury y Castlereagh, que enviando un ejército á Portugal mas bien que á España, no habia hecho sino obrar conforme al deseo manifestado por las diversas juntas españolas. Otro orador ministerial, M. Canning, se esforzó igualmente en justificar la conducta de los ministros del rey, esponiendo la situacion en que se hallaban las cosas de España cuando el comienzo de la insurreccion. « Cuando la nacion española, dijo, se alzó toda espontáneamente y con una especie de acuerdo sobrenatural, formáronse distintas autoridades locales independientes, y sobremanera recelosas contra toda tentativa en cualquiera de ellas para abrogarse la menor supremacía sobre las demas. » La Suprema Junta Central no se habia en efecto instalado, segun ya hemos dicho, hasta los últimos dias de setiembre, y á ese retardo en la concentracion del movimiento insurreccional atribuia Canning la direccion dada á la espedicion inglesa, no menos que la lentitud que sir Jonh Moore habia observado en salir de Lisboa.

Nosotros hemos manifestado ya nuestro modo de ver relativamente á las causas que influyeron en esa lentitud, y ahora repetiremos que todas se redujeron en el fondo á una; á la demasiada timidez de Moore en obrar con resolucion. Por lo de-

mas, creyendo, como creemos, que con solo las fuerzas nacionales bastaba para haber estrellado á José contra el Pirineo, á haberse obrado por nuestra parte con la celeridad conveniente, sin dormirnos al son de la victoria segun nuestra habitual indolencia, claro está que tambien convendremos en que el éxito hubiera sido mucho mas eficaz y seguro, habiéndose añadido á esas fuerzas las del ejército inglés, como muy á propósito decian los oradores de la oposicion.

Hemos dicho que Bonaparte, aun teniendo invadida la Mancha, no quiso por de pronto penetrar en Andalucía, considerando mas útil perseguir al ejército de Moore. Esto era una parte solamente del plan que habia concebido. Conseguida que fué, faltaba lo mas importante, que era invadir nuevamente el Portugal, arrancando para siempre á la Gran Bretaña su punto principal de apoyo en la guerra peninsular. Obligado á partir á Alemania con motivo de la guerra de Austria, no pudo el Emperador realizar la empresa por sí propio, y asi dió la órden de hacerlo á los mariscales Victor y Soult, encargando al primero la invasion del reino lusitano bajando por el Tajo y atravesando la alta Estremadura, mientras el segundo debia pasar el Miño por la parte de Tuy, y avanzar en seguida al interior del territorio portugués por Braga y Oporto.

Causas que diremos despues impidieron á Victor obrar en el sentido que se le prevenia, haciéndolo Soult solamente, aunque con la poca fortuna que en último resultado veremos.

Ocupadas por Ney las plazas de Lugo, la Coruña, el Ferrol y Santiago, pudo el duque de Dalmacia acelerar los preparativos de su espedicion. Dificultades nacidas de su posicion equívoca en Tuy obligáronle á renunciar á pasar el Miño por este punto, segun se le habia prevenido, y asi resolvió verificarlo por Orense, á cuyo fin puso en movimiento su ejército, compuesto de unos 26,000 hombres, el dia 17 de febrero de 1809.

Notábanse por aquel tiempo en Galicia inequívocos y alarmantes síntomas de una insurreccion general, siendo esto tanto mas estraño á los ojos de los franceses, cuanto acabando de ser sometido aquel reino, pareciales rayar en temeridad la menor tentativa de sus habitantes tocante á sacudir el yugo. Erijidos en gefes del paisanage los abades ó curas párrocos de Couto y Valladares, comenzaron á hostigar á los franceses en los momentos en que creian mas segura su reciente conquista, derrotando sus partidas sueltas en varios puntos, y añadiéndose á sus esfuerzos los del bravo José Labrador, los del monje fray Francisco Carrascon, y despues los del juez de Maside, caudillos todos con igual valor, aunque con diferente fortuna, de aquellas terribles guerrillas. El marques de la Romana por su parte despues de haber evitado, como lo hemos visto, el encuentro de las columnas francesas cuando Moore se retiraba por el camino de Manzanal, habia conseguido por un movimiento de flanco arribar á las montañas situadas á la izquierda del Sil, y este movimiento atrevido, libertando al gefe español de la persecucion de Ney, le ponia ahora en el caso de tentar un golpe de mano sobre Orense, ó de embarazar por lo menos las operaciones de dicho Ney, fomentando la naciente insurreccion, é impidiéndole prestar al duque de Dalmacia los auxilios que en otro caso le hubiera podido facilitar en la nueva y difícil campaña que iba á abrirse en el territorio portugués.

El mariscal Soult habia ordenado á una fuerte columna de caballería caminar á lo largo de la orilla derecha del Miño, á fin de flanquear la marcha del cuerpo de ejército que transitaba por la carretera de Tuy á Orense. Llegados los franceses cerca de Mourenton, supieron que el cura de Couto trataba de impedirles el paso con unos 1,000 paisanos que acaudillaba. Trabóse con este motivo una accion bastante reñida, en la cual fué vencido el abad, despues de haber causado á los franceses un daño bastante notable. Irritados los imperiales con la resistencia, saquearon la poblacion, y luego la entregaron á las llamas.

Entretanto el grueso del ejército de Soult siguió sin percance particular el camino de Tuy á Orense, y llegando el 4 de marzo delante de esta ciudad, cruzó el Miño sin obstáculo. Sabedor de su movimiento el marques de la Romana, habia

venido á ocupar las alturas de Orsuna, junto á Monterey, con cerca de 20,000 hombres entre la gente que habia reorganizado en Leon y la allegadiza de nueva leva que acababa de reunir en Galicia. El mariscal francés procuró ganarle á su causa, y envióle un parlamentario, prometiéndole crecida recompensa si se sometia á José con las tropas que acaudillaba. La respuesta del español fué la que debia esperarse de su reconocido patriotismo, tras lo cual, conociendo que sus fuerzas no se hallaban en estado de poder medirse con los imperiales, procuró evitar todo encuentro, retirándose con presteza. Desgraciadamente el francés sabia por el mismo parlamentario que acababa de enviarle la deplorable situacion de nuestro ejército, y atacándonos cerca de Monterey, consiguió desordenarnos completamente, cojiéndonos diez cañones, siete banderas y una gran cantidad de municiones, con bastante número de prisioneros. Reducido Soult á un ejército menos fuerte del que



necesitaba para invadir el territorio portugués, temió debilitarse mas conduciendo los prisioneros españoles, y asi determinó libertarlos, haciéndoles prestar antes el juramento de no volver á tomar las armas contra la Francia ni contra el rey José. ¡Precaucion ilusoria! dicen los autores franceses: los españoles habian probado en todo el curso de la lucha que no se consideraban ligados por semejantes juramentos. Quince dias despues de su libertad, todos los prisioneros de que hablamos habian vuelto á incorporarse de nuevo al ejército del marques.

Al dia siguiente llegó Soult á Verin, poblacion que por medio de un desfiladero conduce á la frontera de la provincia portuguesa de Tras-los-Montes, y cuyo paso trataron de disputarle los portugueses, coronando aquellas alturas en número de 4,000 hombres; pero atacados por los imperiales, fueron, como gente inesperta, lanzados de los puntos que ocupaban, desbandándose por todos lados. Tomado Villarelo despues con poca resistencia, esperó Soult en esta poblacion la reunion de todas sus tropas, y poniéndose en movimiento el dia 10, pasó el Tamega derrotando un cuerpo de ejército reunido y organizado en la provincia de Tras-los-Montes por el general portugués Freire. Otro destacamento de la guarnicion de Chaves, una de las ciudades principales de dicha provincia, habíase adelantado en número

de 3,000 hombres sobre el flanco derecho de la vanguardia francesa, mientras una nube de tiradores asestaba contra ella desde las rocas un fuego mortífero. Los franceses vencieron este obstáculo con la misma felicidad, tendiendo en el campo de batalla á 600 de sus adversarios y haciéndoles un gran número de prisioneros, persiguiendo á los fugitivos hasta los mismos muros de Chaves. Esta ciudad tenia una guarnicion de 6,000 hombres, de los cuales solo 1,500 eran soldados propiamente dichos. Encargado de la defensa de esta parte de Portugal el general Freire, tenia órden de no empeñarse imprudentemente en ninguna accion, retirándose lentamente delante de Soult hasta que reuniéndose á otro cuerpo encargado de cubrir á Oporto, pudiese, de acuerdo con él, contener con mas probabilidades de éxito los progresos del enemigo. Esta medida era hija, como se ve, de la fria táctica inglesa; pero el paisanage de aquella frontera no sabia resignarse á ceder sin tentar primero al combate, y el gefe portugués se vió precisado á defenderse á pesar del malísimo estado en que se hallaba la plaza. Soult intimó la rendicion á Chaves, y no recibiendo respuesta satisfactoria, amenazó pasar á cuchillo á la guarnicion si antes de las seis de la mañana del 12 no procedia á capitular. Esta amenaza produjo su efecto, y Chaves le abrió sus puertas, despues de haber salido durante la noche una parte de la guarnicion.

Detúvose el mariscal francés tres dias en esta ciudad, tanto para dar á su gente el descanso que necesitaba en sus primeras fatigas, como para proveerse de víveres, teniendo como tenia que atravesar una provincia que siendo poco fértil de suyo, ofrecia entonces menos probabilidades de suministrarle subsistencias, huidos como estaban sus habitantes, los cuales se habian llevado á las montañas cuantos recursos tenian. Encargada la conservacion de Chaves á una débil guarnicion, y dejando allí los enfermos, heridos y gente inútil, salió el dia 15 con direccion á Braga, llegando el 17 á las alturas de Carvalho, despues de haber desalojado á la bayoneta las partidas portuguesas que intentaron oponerse á su tránsito en los desfiladeros de Ruivaens, Vandanova, Salamonde y otros puntos. Desde su nueva posicion vió Soult al ejército lusitano formado en batalla en los montes que están delante de Braga.

Este ejército se componia de todas las tropas del general Freire, junto con las de los numerosos alistamientos que se habian verificado últimamente en las provincias de Tras-los-Montes y Entre-Duero-y-Miño. Al aproximarse el ejército francés quiso Freire levantar su campo y retirarse á Oporto, segun las instrucciones que tenia; pero el paisanage, en quien consistia la mayor parte de su fuerza, pidió á gritos se esperase el ataque. El general, á pesar de eso, parecia decidido á poner en ejecucion su movimiento retrógrado, visto lo cual por los paisanos arremetieron á él los mas furiosos, y despues de tenerle preso, le sacrificaron sin piedad junto con la mayor parte de los oficiales de su estado mayor, amenazando con la misma suerte á todos cuantos fueran traidores á la sagrada causa de la Patria. Uno de los gefes que habia podido conservar todo su ascendiente con los amotinados, hizo que estos ofreciesen la direccion del ejército á un oficial hanoveriano, llamado el baron de Ebben, viéndose este obligado á aceptar el mando al modo que Wamba la corona, es decir, bajo pena de la vida. El nuevo gefe se puso el 18 en movimiento con aquella muchedumbre furiosa, y lanzó de Linoso á los franceses, aunque estos al dia siguiente volvieron á ocupar la poblacion. Entretanto los portugueses se disponian á un ataque general, sabido lo cual por Soult resolvió anticiparse á la embestida, atacándolos el 20 por la mañana, haciéndoles abandonar con pérdida considerable la posicion de Carvalho, y entrando en Braga á continuacion.

Y asi continuó el duque de Dalmacia venciendo con igual felicidad los obstáculos que sucesivamente se le opusieron hasta dar vista á la ciudad de Oporto. Esta capital, la mas importante de Portugal despues de Lisboa, tenia á los ingleses, particularmente interesados en su conservacion, y nada se habia omitido para ponerla en respetable estado de defensa. Su guarnicion, compuesta de 20,000 hombres de tropas regladas, habia sido puesta por el general británico Beresford á disposicion del arzobispo, nombrado gobernador de la plaza; y este ejército, unido á las numerosas

cuadrillas de paisanos que acudian de todas partes á tomar parte en la defensa, hacia subir el total de las fuerzas de Oporto y sus alrededores á cerca de 60,000 combatientes. El mariscal francés intimó al arzobispo la rendicion, siendo el encargado de trasmitir su propuesta el ilustre general Foy, el mismo á quien tantas veces nos hemos referido en el discurso de esta historia, y que entonces corrió gravísimo riesgo de perecer del modo mas desastroso, dado que las milicias portuguesas le maltrataron horriblemente despojándole de sus vestidos y metiéndole en un calabozo, del cual pudo afortunadamente salir, cuando los franceses á la mañana siguiente estaban atacando la ciudad.

La noche del 28 al 29 llegaron al último estremo el desórden y la confusion que reinaba en el campo portugués, y aun dentro del mismo Oporto. No queriendo el paisanage armado someterse á ninguna disciplina, desconocia la voz de sus gefes y entregábase á toda clase de escesos, y entretanto resonaban con algaravía las campanas de la ciudad y el toque de alarma de los alrededores. A las siete de la mañana siguiente empeñóse un terrible fuego de cañon y fusil en toda la estension de la línea, disponiendo Soult su primer ataque en términos de poder desbaratar el ala derecha de los portugueses. La division del general Delaborde embistió el centro de estos á la bayoneta, mientras otros dos regimientos rompian la línea portuguesa, poniéndola en completa derrota, despues de haberse abierto paso por entre los atrincheramientos y obras avanzadas. Siguiendo en pos la caballería, precipitóse sobre los vencidos, haciendo terrible matanza, y entrando con ellos en Oporto, donde siguió cargándolos hasta el Duero, rio que atraviesa la ciudad. La muchedumbre se dirijió al puente, rompiéndose este en el momento en que los portugueses trataban de cortarlo. Sucumbió en la catástrofe un gran número; pero



Toma de Oporto por los imperiales.

la mayor parte de los defensores quedó detenida en el trozo de puente que quedaba. Rechazada allí por los fugitivos, cuyo número iba siempre en aumento, fué ametrallada desapiadadamente por la misma artillería portuguesa, que desde la orilla izquierda del rio disparaba sobre la columna francesa, pereciendo asi cuan-

tos se hallaban entre sus fuegos y el enemigo, ya acribillados por la metralla y bala rasa, ya acuchillados por este, ó cayendo y ahogándose en el rio. Los defensores continuaron batiéndose en las calles algun tiempo, muchos de ellos con valor desesperado; pero los franceses acabaron al fin por triunfar de aquella última resistencia, entregándose á continuacion á los mas lamentables escesos. Dió Soult las providencias mas enérgicas para contener el desenfreno de los soldados, y habiendo comenzado á conseguirlo por la tarde, fueron poco á poco restituyéndose á sus casas los aterrados moradores. La pérdida de los defensores de Oporto no bajó de 4,000 personas, entre ellas un gran número de mugeres y niños.

Reparado el puente del Duero, tomó Franceschi posicion en Abergaria-Nova y envió gente á reconocer el Vouga. Soult destacó igualmente una brigada de dragones á ocupar á Peñafiel, pueblo que los franceses hallaron desierto. Menos afortunado Caulaincourt en su espedicion á Canaves, retrocedió ante la fuerza portuguesa que ocupaba este punto, replegándose á Peñafiel, adonde fué preciso que acudiera tambien Loison, para evitar á los franceses la pérdida de dicho pueblo. Mientras tanto el duque de Dalmacia comenzó á recibir tristes nuevas en su cuartel general de Oporto, y hubo de suspender la marcha que proyectaba hácia lo interior de Portugal. Despues de su salida de Chaves, habíase dirijido Silveira á las montañas que dividen límites con nuestra provincia de Galicia y la de Tras-los-Montes, y reforzado allí con gran número de insurgentes, habia vuelto á entrar en Chaves, rindiendo igualmente las débiles guarniciones de Braga y Guimaraens á medida que los franceses se iban alejando de estas poblaciones. El portugués tras esto venia en direccion de Amarante con un cuerpo de 6,000 hombres de tropa reglada y 15,000 paisanos armados, lo cual, unido á la ocupacion de Vigo por el general español Morillo, puso en grave cuidado al mariscal Soult, y mas no recibiendo noticia ninguna del ejército mandado por Victor, con cuya cooperacion contaba para la invasion de Portugal, segun arriba se ha dicho.

Silveira siguió hasta Amarante, tras lo cual atacó á los franceses en su línea del Souza el dia 12 de abril, haciendo retirar á Loison de Peñafiel, que fué tomado por los portugueses, si bien volvió aquel reforzado, y ocupando de nuevo dicho pueblo, hizo lo mismo con Amarante despues de una obstinada resistencia, de la cual no pudo triunfar completamente hasta el 2 de mayo. En la última poblacion supieron los franceses por los pliegos y papeles que cayeron en sus manos la imposibilidad en que se hallaba Ney de auxiliarlos con ningun refuerzo, teniendo él harto que hacer con la insurreccion de Galicia, la cual, formidable cual nunca, segun á su tiempo veremos, le tenia acosado por todas partes. Alarmado con estas nuevas, y sabiendo que Tuy se hallaba sitiado por un cuerpo de españoles y portugueses, envió Soult al general Heudelet para que hiciera levantar el cerco, como asi en efecto lo hizo, tomando de paso á Valenza, y volviendo á unirse con Soult en su cuartel general de Oporto.

El éxito de esta espedicion habia sido feliz, mas no por eso el mariscal francés adelantaba gran cosa. Su ejército se hallaba en la situacion mas crítica. Aislado en Oporto, por decirlo asi, en medio de la insurreccion de las provincias de Portugal, amenazábale por el mediodía un nuevo ejército inglés, el cual estaba próximo á desembarcar en la desembocadura del Tajo. Las comunicaciones con Galicia se habian interrumpido de nuevo, y las fuerzas francesas eran insuficientes para conservar en la obediencia las dos provincias invadidas, y avanzar á la vez al interior de la Beira. La ocupacion de Oporto tenia demasiada importancia á los ojos del mariscal francés para que este se arriesgára á confiar la defensa de aquella capital á una simple guarnicion, débil como lo hubiera sido para resistir un ataque algo serio en poblacion que estaba abierta y en comunicacion con el mar. El duque de Dalmacia por otra parte, dotado como estaba de un carácter firme y perseverante, tenia empeño en probar que si la espedicion que se le habia confiado no tenia el éxito que Napoleon se prometia, no dependia de sus esfuerzos, ni de su esperiencia militar, ni del valor de sus tropas,

conseguir mejor resultado. Llevado de esta consideracion, resolvió mantenerse en las posiciones que ocupaba, hasta tanto que los acontecimientos, de los cuales no podia por de pronto tener idea precisa, le pusiesen en el caso de continuar adelante, ó le obligasen á retirarse á Galicia, abandonando definitivamente el territorio conquistado. Para mejor asegurar el estado de pura defensiva á que se via reducido, trató de hacer cambiar en lo posible la disposicion moral de las poblaciones que le rodeaban, lisonjeándose con la idea de que pintando á los portugueses la invasion de las tropas francesas como menos desfavorable á sus intereses de lo que ellos se habian figurado, conseguiria acaso calmar la efervescencia producida. Encargada á los cuerpos la mas rígida disciplina en los acantonamientos que ocupaban, hizo Soult que se le reunieran en Oporto los portugueses que por sus riquezas, su rango ó sus empleos gozaban de mas consideracion é influencia en la provincia; y manifestándoles los funestos resultados del abandono en que los habia dejado la huida de la familia real al Brasil cuando la invasion de Junot, la consiguiente falta de un gobierno regular y estable, el proyecto concebido por los ingleses de tratar á Portugal como mera colonia suya, y el estado de guerra permanente en que semejante estado de cosas ponia al reino, esforzóse en hacerles concebir la posibilidad de un porvenir mejor, siempre que ellos por su parte quisieran secundar los esfuerzos del emperador en pró suyo. Recordóles con este motivo el artículo primero del tratado de Fontainebleau, segun el cual se estipulaba que la ciudad de Oporto y toda su provincia de Entre-Duero-y-Miño deberia formar una soberanía independiente con la denominacion de reino de *Lusitania septentrional*, y les hizo pedir á Napoleon pusiese en ejecucion esta cláusula del convenio, «cláusula benéfica, dijo, que va á preservar al pais de los males que lleva consigo toda ocupacion militar.»

La conducta observada por Soult durante su permanencia en Oporto estuvo constantemente en armonía con estas insinuaciones, llegando á conciliarse el afecto de un gran número de portugueses, no faltando entre ellos doce habitantes de Braga que dándole los títulos de padre y libertador de Portugal, manifestaron esplícitamente su deseo de que fuera él el rey que Napoleon elijiese. Una indicacion como esta dió lugar á creer que el mariscal francés aspiraba á la soberanía en cuestion; y si bien le vindican algunos de toda nota respecto á este punto, entre ellos los autores de la obra *Victoires, Conquêtes*, etc., ya citada, cuyo testo tenemos presente, otros, como Toreno, se inclinan á creer que la inculpacion de que hablamos no carece de algun fundamento, pues dada á luz la tal manifestacion en pais donde Soult era árbitro de impedirla ó autorizarla, *manifestaba*, dice, *que sino dimanaba de sugestiones suyas, por lo menos no era desagradable á sus oidos.*

La demanda de esos doce habitantes vino á coincidir con los tratos que el ayudante mayor Mr. de Argentou quiso abrir en Lisboa con Wellesley relativamente al proyecto de destruir en Francia la dinastía de Napoleon, restableciendo en su lugar el gobierno republicano. Era autora del plan de que hablamos una sociedad secreta llamada de los Filadelfos, y entraban en él varios gefes de los ejércitos de Napoleon en todos los puntos de Europa, los cuales parecian inclinados á poner á su frente para realizar la empresa, ya fuese al mariscal Ney, ya al general Gouvion Saint-Cyr. Entre las tropas mas comprometidas en aquella conspiracion contábanse á no dudar las de Soult, y de aqui las vistas de Argentou y otros gefes con el general inglés, el cual desconfió por de pronto de que fuese cierto el proyecto, contestando á los emisarios que su intencion era atacar al ejército francés mientras permaneciese en Portugal, sin perjuicio, añadió, de arreglar tal vez un convenio para facilitarle la retirada, si en efecto llegaba á alzar el grito contra el emperador. Argentou con esto volvió á Oporto, y creyendo á Lefevbre en la intriga, dióle cuenta del paso que acababa de dar; pero fué arrestado en el acto, dilatándose su castigo hasta ver si se descubria quiénes mas componian la trama. Temerosos de ello sus cómplices, le facilitaron los medios de escaparse á Inglaterra. Salvo de este modo Argentou, quiso despues su mala suerte lle-

varle á Francia para sacar de allí á su muger y sus hijos, siendo nuevamente cojido y hecho fusilar, sin que por eso se consiguiera adquirir suficientes pormenores sobre la tal conspiracion, envuelta hasta ahora á lo que parece en una como especie de misterio. El arresto de este oficial, cuya suerte cupo igualmente á otros dos ó tres compañeros suyos cuando venian de Lisboa, es para los autores arriba citados una prueba del poco fundamento con que se atribuyó entonces á Soult el designio de hacerse rey de Portugal: nosotros suspendemos nuestro asenso.

Despues de la salida de Moore cuando su espedicion al interior de España, espedicion que le costó tan cara como ya en su lugar queda dicho, habian quedado en el reino lusitano unos 10,000 ingleses á las órdenes de Sir Juan Cradock, los que, sabido el fatal éxito de la batalla de la Coruña y el embarque de sus compañeros, parecieron querer imitarlos y abandonar tambien á Portugal. Irritáronse los portugueses al notar sus preparativos; pero su fuga al fin no tuvo efecto, por órdenes recibidas del gabinete británico. Este, cuyo carácter mas marcado fué la vacilacion y la duda mientras pareció problemática la victoria de los españoles, quedó sorprendido y no poco cuando nos vió á pesar de nuestras desgracias cada vez mas tenaces y mas firmes en rechazar el yugo estrangero. Animado con tan buenas muestras, y viendo en lontananza tambien el nublado que desde el norte amenazaba caer sobre Napoleon, decidióse el gobierno inglés á probar otra tentativa, enviando á Portugal el refuerzo de que arriba hemos hecho mencion, y auxiliando con él las tropas que habian quedado en aquel reino. Reunióse con esto un ejército de unos 20 á 22,000 hombres, siendo su general Wellesley, acreditado ya con los laureles alcanzados en Roliza y Vimeiro, y el cual, con gran contento de Lisboa, desembarcó en el puerto de aquella ciudad el dia 22 de abril, tomando el mando del ejército portugués juntamente con el de su nacion. Esta medida, tomada con beneplácito y acuerdo de la regencia de Portugal, restablecida despues de la espulsion de Junot, humillaba sin duda el orgullo lusitano; pero daba á las operaciones de la guerra una fuerza de unidad y conjunto de tanto mas probables resultados, cuanto mas carecian de esa dote las tropas destinadas por Napoleon á la conquista de aquel reino. Estas, como hemos visto, no eran las de Soult solamente, sino las de Victor tambien; pero circunstancias imprevistas que á su tiempo mencionaremos, hicieron que este último gefe no pudiera secundar con su cooperacion la tan mal parada conquista. Si en vez de dejar á ambos cuerpos obrar separadamente, los hubiera Napoleon reunido, junto con la division de Lapisse, bajo la direccion de un solo gefe, otro hubiera sido sin duda el resultado de aquella empresa.

Wellesley salió de Lisboa el dia 8 de abril, dirijiéndose á Leiria, donde habia establecido su cuartel general, al frente de 16,000 hombres de tropas inglesas, y marchando despues sobre Oporto por Coimbra y Aveiro, mientras otro cuerpo de tropas portuguesas, á las órdenes del mariscal Beresford, avanzaba por Viseo á fin de pasar el Duero en Lamego y cortar á Soult la retirada á Amarante. El grueso del ejército portugues, junto con un destacamento de tropas inglesas, quedó en Abrantes dispuesto á oponerse á cualquier movimiento ofensivo que Soult pudiera intentar. Este por su parte, informado de la crítica posicion de Ney en Galicia, no pudiendo contar con la ayuda de Victor, y presumiendo que el ejército inglés no tardaria á atacarle por la parte de la Beira, pensó en retirarse por Mirandella y Braganza; mas para verificar esta retirada érale preciso ante todo apoderarse del puente de Amarante. Despues de la toma de esta ciudad por el general Loison, habia este suspendido toda demostracion contra dicho puente, no atreviéndose á atacarlo por lo bien defendido y fortificado que lo tenia Silveira; pero habiendo preparado y hecho volar una fogata preparada bajo los atrincheramientos que defendian aquel paso, consiguió el 2 de mayo, verificada que fué la esplosion, adelantar sus tropas en columna cerrada por entre el vivísimo fuego de artillería y mosquetería, desbaratando las de Silveira, y obligándolas á dispersarse en las montañas del con-

torno. La caballería francesa persiguió un buen número de fugitivos hasta Villareal, de cuya poblacion se apoderó; y como acabára de llegar allí el correo de Lisboa, ocuparon los imperiales los papeles públicos y toda la correspondencia particular, sabiendo por su medio el comienzo de las hostilidades en Alemania, y la leva estraordinaria de tropas que acababa de hacerse en Portugal para rechazar la invasion en union con el ejército inglés. El mariscal Soult, cuyas noticias sobre la marcha de este habian sido hasta entonces sobremanera vagas, supo entonces ser Wellesley en persona el caudillo de sus enemigos; pero aun cuando la ocupacion de Amarante le dejaba espedito el paso del Tamega, no pudo resolverse á abandonar las orillas del Duero antes que le obligase á adoptar este partido una demostracion algo seria, la cual le convenciese de la necesidad de renunciar á toda esperanza de ser socorrido por las tropas de Victor, en quien todavia no se atrevia á desconfiar totalmente.

El 10 de mayo fué atacada en el Vouga por la vanguardia inglesa la division de caballería ligera de Franceschi, y hubo este de replegarse á Oporto: Soult entonces hizo destruir inmediatamente el puente de barcas que tenia en el Duero. El mismo dia supo Loison, por comunicacion que le hicieron sus puestos avanzados, que habiendo Beresford pasado el Duero en Lamego, acababa de unirséle Silveira con el cuerpo de su mando. El ejército inglés continuó avanzando todo el dia 11 hácia la orilla izquierda de aquel rio. Wellesley destacó un cuerpo de 5,000 hombres á las órdenes de Murray para caminar Duero arriba hasta Avintas y efectuar su paso por allí, mientras la brigada de lord Paget y la de las guardias inglesas debian aprovechar la oscuridad, procurando igualmente pasar el rio por Villanueva, casi enfrente de Oporto, cerca del sitio en que habia sido destruido por la mañana el puente de barcas. Uno y otro movimiento tuvieron lugar en la noche del 11 al 12, y con éxito tal, que hizo poco honor á la vigilancia de los puestos franceses, pudiendo igualmente servir de inculpacion á Soult, por su arrogante confianza. Desde la orilla derecha delante de Villanueva condujeron los habitantes dos barcas, y estas sirvieron para facilitar el paso á tres compañías inglesas. Los franceses no parecieron prestar á este desembarco la seria atencion que exijia, y Paget tuvo el tiempo necesario para establecerse, antes que le atacáran, en un edificio medio arruinado. Soult mientras tanto, haciendo tomar las armas á las tropas que tenia en Oporto, dirijióse con una parte de estas al puente ya ocupado; pero esperimentó una gran resistencia, y con esto tuvieron tiempo para pasar el rio otros batallones ingleses. Herido de cuidado en el brazo Paget en este encuentro, fué reemplazado por el general Hill, el cual continuó defendiéndose con la misma tenacidad.

Mientras pasaba esto delante de Oporto, dióse aviso al mariscal francés de que otra columna enemiga se presentaba por la izquierda y amenazaba envolverle por el flanco. En tan crítica circunstancia, convencido Soult del peligro real de su posicion, y adivinando el plan de su adversario, no titubeó un instante en ordenar sobre la marcha la evacuacion de Oporto y la retirada de sus tropas hácia Amarante. Los momentos eran preciosos, porque las primeras tropas de Murray se hallaban ya casi á punto de penetrar en la plaza. Evacuáronla, pues, los franceses con la precipitacion consiguiente; y abandonando 1,200 enfermos, 50 piezas de artillería y una parte de sus bagajes, prosiguieron su fuga en desórden, viéndose su retaguardia precisada á combatir largo tiempo en las calles y en los desfiladeros fuera de la ciudad, y dejando en poder de los ingleses un buen número de prisioneros.

Mientras las tropas de Wellesley reconquistaban de este modo á Oporto, atacaba Beresford á Amarante, despues de haber ahuyentado los puestos que Loison habia dejado en la orilla izquierda del Tamega. El ejército portugués, compuesto de mas de 25,000 hombres, coronaba prolongado á lo lejos todas las alturas de la otra orilla, y su ataque formaba parte del plan adoptado por Wellesley, plan cuyo objeto era cortar á los franceses su retirada por Mirandella al traves de la provincia de Tras-los-Montes. Sabedor de este contratiempo el mariscal Soult en Peña-



Retirada de Soult.

fiel, tomó la ruta de Braga, y envió á Loison las órdenes oportunas para que hiciese lo mismo. A su llegada á Guimaraens, supo que la guarnicion francesa de esta ciudad habia sido pasada á cuchillo por sus habitantes, y procedió á terribles represalias; mas no bien acababa de hacerlo, cuando supo que el ejército inglés caminaba á marchas forzadas para llegar á Braga antes que él y cortarle la retirada al Miño. Entonces pudo Soult arrepentirse de haber dilatado mas de lo conveniente su permanencia en Oporto, punto que debió abandonar no bien forzado el paso del Tamega delante de Amarante, poniéndose asi en el caso de verificar su retirada con el tiempo y seguridad necesarios, cruzando la provincia de Tras-los-Montes. En la ocasion presente no le quedaba otro partido que el de meterse por su derecha en las montañas que lindan con el desfiladero de Carvalho, como asi en efecto lo hizo, despues de mandar destruir toda la artillería y municiones que le quedaban, abandonando igualmente el tesoro del ejército.

El 15 llegó á Salamonde y vivaqueó en medio de las rocas, con malísimo tiempo, sin víveres ni forraje. Puesto en marcha al dia siguiente, llegó por la mañana á Ruivaens, punto donde se cruzan los caminos que conducen á Chaves y á Montealegre, elijiendo el mariscal el de este último, á fin de burlar á Silveira, que habiendo tomado el Tamega rio arriba, trataba de oponerse á su tránsito cuando pasára por Chaves. El abandono de la artillería y de todo lo mas embarazoso del bagaje permitió á los franceses efectuar con bastante presteza una caminata de muchas leguas por aquellas montañas escarpadas y casi impracticables senderos, entrando despues en un siniestro desfiladero donde apenas cabian dos hombres de frente. Erizada de rocas la derecha del camino, ofrecia este por su izquierda una porcion de precipicios, por en medio de los cuales se abre paso con estruendo el Cavado. De distancia en distancia cortaban el camino torrentes que los franceses tenian que pasar por medio de una especie de puentes, ó mas bien de piedras colocadas al efecto de trecho en trecho, y esta marcha tan penosa de suyo, la ha-

cian mas pesada y mas tardía las cuadrillas de paisanos armados, que hostigando por su flanco al ejército, empeñábanle en tiroteos continuos de peñasco en peñasco. Una de estas cuadrillas, situada en el puente de Saltador, habia comenzado á demoler este importante paso; y no bien la vanguardia francesa consiguió ahuyentarla de allí, comenzaron á oirse cañonazos á la parte de la vanguardia, señal, á no dudar, de que esta era atacada ya por la cabeza de la columna del ejército inglés. Con esto apoderóse de los franceses un terror pánico, preocupando á la inmensa y acosada columna de Soult en toda la estension del desfiladero. La mayor parte de los imperiales se salvó abandonando las armas; pero hubo muchísimos tambien que intentando pasar el puente, cayeron en el precipicio, mientras otros quedaban tendidos, sacrificándolos el paisanage, que se habia retirado á los peñascos de la derecha. El ejército francés perdió entonces los bagájes que le quedaban y que habia podido salvar tanto en Oporto como en Guimaraens; pero este movimiento de terror no tuvo los funestos resultados que pudieron añadirse despues. El órden quedó restablecido antes de llegar á Penela, en cuya poblacion vivaquearon los franceses durante la noche del 15. Continuando su marcha al dia siguiente, hiciéronlo por caminos análogos á los del dia anterior, reproduciéndose trabajos parecidos, merced á las dificultades del tránsito; pero ya en la tarde del 17 consiguieron llegar á Montealegre, ciudad llamada asi por la posicion que ocupa alrededor de un monte aislado que domina una estensa campiña. No fué poca la alegría de Soult cuando vió que por su prevision habia arribado á aquel punto, adelantándose á los portugueses; y no fué sino mucha tambien la que tuvo su estropeado ejército, viéndose tan cercano á Galicia, pues con solo avanzar una legua, conseguian tocar sus límites. Recobrados con esto los ánimos, pasaron los franceses la noche del 17 sin percance particular, pues si bien apercibieron entre las sombras los fuegos del enemigo en lo alto de los montes cercanos, tanto hácia la parte de Chaves como en direccion del camino que con tantas penalidades acaban de transitar, llegaban sus adversarios demasiado tarde para que pudieran lisonjearse de conseguir el objeto que se proponian.

El 18 por la mañana prosiguieron los franceses su marcha hácia la frontera de Galicia, tomando la direccion de Orense, guardándoles las espaldas su caballería formada en batalla en el llano de Montealegre, y permaneciendo asi hasta el mediodía para contener á los portugueses, si entraban en deseos de embestir. Siendo mas de 2,000 los caballos que mandaban Lorge y Franceschi, juzgó poco prudente Silveira salir del desfiladero en que estaba mientras tuviese delante de sí aquel formidable aparato. Los franceses entraron en Galicia por Santiago de Rubias, y al ver sus trasportes de júbilo, no parecia sino que Galicia era para ellos la patria. Su alegría era natural, pues aislados durante siete meses, conseguian al fin ponerse en comunicacion con los restantes cuerpos del ejército, y podian saber nuevas de Francia. Desgraciadamente Galicia no era ni podia ser para ellos el suelo hospitalario que buscaban despues de tantos afanes. La insurreccion de aquella provincia habia cundido estraordinariamente; pero antes de informar al lector de los progresos y final resultado de este acontecimiento importante, volvamos la vista á los campos de Medellin y Ciudad-Real, y veamos las razones que hubo para que Victor no cooperase á la invasion del reino lusitano.

CAPITULO XXII.

Ejércitos de Victor y Sebastiani.—Reorganizacion del nuestro de Estremadura por Cuesta.—Sale este de Badajoz: destruccion del puente de Almaraz: movimiento de Victor.—Accion de las Mesas de Ibor: retirada de Cuesta.—Sigue Victor persiguiendo á los nuestros: accion de Miajadas: reúnese Alburquerque con Cuesta.—Batalla de Medellin.—Ejército español de la Mancha: accion de Mora: disensiones.—Sale el conde de Cartaojal de Ciudad-Real: su retroceso al mismo punto.—Accion de Ciudad-Real.—Conducta de la Junta Central: premios dados al ejército de Cuesta: destitucion de Cartaojal.—Acantónase Victor en Estremadura: motivos que le impiden invadir el Portugal.—Intenta José un acomodamiento con la Junta Central: contestacion de esta.—Procura Sebastiani lo mismo: correspondencia entre él y Jovellanos.

HALLÁBASE acantonado en la Mancha el primer cuerpo del ejército francés á las órdenes del mariscal Victor, y asi continuó todo el mes de febrero de 1809, cuando dicho mariscal recibió la órden de dirigirse á Portugal, á fin de secundar en este reino los planes del emperador. El general Sebastiani, que habia sucedido á Lefebvre en el mando del 4.° cuerpo tuvo órden por su parte de dejar con algunas de sus tropas los acantonamientos que tenia hácia la Estremadura alta, á fin de reemplazar las del primer cuerpo, las cuales habian proseguido avanzando por Talavera, Puente del Arzobispo y Almaraz, acabando de poner en derrota y dispersion al ejército español de Estremadura, cuyas desgracias y retirada á Zalamea quedaron espuestas en el capítulo XVIII, junto con el nombramiento de Cuesta para reemplazar á Galluzo.

Era Cuesta general muy mediano, desgraciado con muchisima frecuencia, obstinado y terco en demasía, y hombre que mas de una vez habia comprometido el éxito de nuestras armas de un modo que hace poco favor á su memoria, segun hemos espuesto tambien. Encargado ahora del mando de las tropas de Estremadura, y trasladadas estas por él de Zalamea á Badajoz, dedicóse á su reorganizacion con actividad incansable, y restableciendo con medidas severas su del todo perdida disciplina, contuvo igualmente la plebe, que con motivo de nuestras desgracias andaba desasosegada é inquieta en aquella capital. Ese celo y esa firmeza, desplegados en esta ocasion con tino y oportunidad, dieron de su capacidad una idea mas ventajosa de la que hasta entonces habia podido formarse, « y cierto, dice el conde de Toreno, que si á su condicion dura hubiera entonces unido Cuesta mayor conocimiento de la milicia, y no tanto apresuramiento en batallar, con gran

provecho de la patria y realce suyo hubiera llevado á término importantes empresas.» El destino no quiso concederle la prudencia y prevision que tanto necesitan los caudillos, y asi fueron en vano los esfuerzos, merced á los cuales consiguió tener á mediados de enero un ejército de 12,000 hombres, resucitando, por decirlo asi, el que á últimos de diciembre anterior no existia ya sino en el nombre.

Sumisa esta gente á sus órdenes, y dividida en dos divisiones y una vanguardia, salió Cuesta de Badajoz el dia 25 de enero, y sentando su cuartel general en Trujillo, hizo retirar á los franceses hácia Almaraz, de cuyo puente fueron igualmente desalojados el 29 por la vanguardia al mando de D. Juan de Henestrosa. Pasando Cuesta luego á Jaraicejo y Deleitosa, hizo destruir dicho puente, tal vez sin bastante motivo, siendo de lamentar que una obra tan magnífica como era aquella, quedase convertida en ruinas sin exigirlo una estrema necesidad, y lo que era peor todavía, sin que las operaciones militares ganasen por eso gran cosa. No faltará sin embargo quien diga que este incidente contrarió la marcha de Victor á Portugal; pero concediendo nosotros que en efecto la retardó, no por eso diremos que no habria sucedido lo mismo con solo ocupar el puente y guardarlo como era debido, sin proceder á la devastacion. Como quiera que sea, Victor no podia acudir adonde Napoleon le ordenaba, sin pasar á la otra orilla del Tajo, y para poderlo conseguir le era necesario ante todo construir un nuevo puente bajo el fuego de los españoles, que estendidos por la ribera izquierda guardaban cuidadosamente todos los puntos que podian ser favorables al paso que el francés intentaba. Este á la verdad tenia cerca otros dos puentes, que eran el del Arzobispo y el de Talavera, pero siendo impracticables para su artillería los caminos que conducian á ellos, decidióse el mariscal Victor á restablecer el de Almaraz, fijando su cuartel general en la poblacion del mismo nombre, tanto con el fin indicado, cuanto para impulsar mas de cerca la celeridad de los trabajos. Una parte de la caballería ligera del general Lasalle pasó á la orilla izquierda por el puente del Arzobispo, á fin de observar á los nuestros y verificar los reconocimientos oportunos sobre nuestro flanco derecho hácia el Ibor, riachuelo que muere en el Tajo, mas arriba de Almaraz. El dia 14 de marzo tenian concluidas los franceses las balsas, pero conociendo que les era imposible lanzarlas al agua y dar principio á la construccion del puente bajo el fuego de nuestros cañones, resolvió Victor ante todo lanzarnos de la fuerte posicion que ocupábamos casi enfrente de Almaraz, en la confluencia del Ibor y del Tajo. En consecuencia de esta determinacion, pasó á la mañana siguiente este último rio, por Talavera y puente del Arzobispo, una parte del primer cuerpo del ejército francés, siendo su objeto atacar nuestras posiciones por nuestro flanco y retaguardia.

Cuesta, que desde enero en adelante habia añadido algunas tropas á las que ya tenia, estaba en Deleitosa, punto de su cuartel general, con mas de 3,000 hombres: su vanguardia, compuesta de 5,000 al mando de Henestrosa, hallábase enfrente de Almaraz; el duque del Parque con unos 3 á 4,000 en las Mesas de Ibor, y D. Francisco Trias en Fresnedoso con otra division de 2 á 3,000. El general francés Leval con su division, compuesta de tropas alemanas, fué el primero que en la mañana del 17 atacó á los nuestros en la posicion que ocupaban en las Mesas de Ibor, siendo el resultado retirarse á Deleitosa el duque del Parque despues de una pequeña resistencia, uniéndosele por la noche en el mismo pueblo el general Trias, mientras Cuesta se replegaba de posicion en posicion al puerto de Miravete, juntándosele durante su marcha Henestrosa, que al ver la direccion de los franceses hácia el puente de Almaraz, se habia retirado igualmente de las inmediaciones del Tajo. Reunido asi todo el ejército español en el puerto de Miravete, continuó su marcha retrógrada, entrando en Trujillo el 19 y prosiguiendo á Santa Cruz del Puerto.

Victor mientras tanto hizo descansar á los suyos todo el dia 19, haciéndoles ocupar tanto las posiciones antiguas en la derecha del Tajo, como las que acababa de ganar en la izquierda, dando tiempo con esto á que sus inge-

nieros y artillería lanzasen al agua las balsas. Concluido por la noche el puente volante, hizo transportar la artillería á la orilla izquierda, trasladándose á esta igualmente las tropas de la orilla derecha. En la mañana siguiente emprendió su marcha el ejército francés, reuniéndose todo él en Trujillo, despues de un choque bastante reñido entre sus cazadores de caballería y los carabineros reales que al mando de Henestrosa protegian la retirada de los nuestros. Situado Cuesta en Santa Cruz del Puerto, tuvo por de pronto intencion de esperar allí al enemigo, permaneciendo franceses y españoles en presencia unos de otros toda la noche del 20, con muestras al parecer de aplazar la batalla para el dia siguiente; pero el general español temió que las fuerzas contrarias fuesen superiores á las suyas, y levantando el campo en la madrugada del 21, prosiguió su movimiento retrógrado. Seguido por la vanguardia francesa, consistente en la division de caballería ligera al mando de Lasalle, fué nuestra retaguardia alcanzada á las cuatro de la tarde por el coronel Subervic con su escuadron de cazadores, consiguiendo este al pronto incomodarnos por espacio de mas de una legua; pero fuéle funesto el ardor con que sin tener en cuenta el peligro se lanzaba detras de los nuestros, porque rehaciéndose los españoles cerca de Miajadas, revolvieron sobre los franceses los regimientos del Infante y dragones de Almansa, y los acuchillaron sin piedad, matándoles en pocos minutos mas de 150 hombres. Sabedor de lo que ocurria, acudió Lasalle corriendo al socorro de los suyos con el segundo regimiento de húsares; pero llegó tarde al sitio de la accion, porque satisfechos los nuestros con el ventajoso resultado obtenido, habian vuelto luego el pié atrás, uniéndose al grueso del ejército. Este continuó su retirada, pasando el 22 el Guadiana por el puente de Medellin, en cuya poblacion entró el mismo dia; pero no confiando todavía en las fuerzas que llevaba consigo, salió de allí á continuacion, dando tiempo con esto á que se le uniese el jóven duque de Alburquerque, que con 3,500 infantes y 200 caballos venia destacado del ejército de la Mancha para militar á sus órdenes. En efecto, el duque llegó, y uniéndose á Cuesta el 27 en Villanueva de la Serena, creyó entonces el caudillo español hallarse ya en el caso de obrar, y en la mañana del 28 volvió de nuevo sobre Medellin.

Natural era que, despues de habérselo pensado tanto, procurase Cuesta sacar el partido que le fuera posible de las tropas que consigo llevaba, situándolas en posicion conveniente, y con todas las precauciones que exijia lo inesperto y novicio de los mas. Las disposiciones que tomó no fueron por desgracia las mejores. Delante de Medellin, á la orilla izquierda del Guadiana, hay un terreno llano desprovisto de árboles, el cual partiendo desde dicho rio en direccion inversa á su corriente está comprendido entre su cauce y el del Orbigo, á cuya márgen se hallan situados la villa de Don Benito y el pueblo de Mingabril. Los nuestros, componentes 20,000 infantes y 2,000 caballos, habian ocupado las alturas comprendidas entre estas dos últimas poblaciones; pero Cuesta creyó oportuno dilatar su línea de batalla en forma de arco, haciéndola ocupar una legua de estension, sin reserva que la sostuviese, ni punto en que pudiera apoyarse, caso de necesitar uno y otro, como era mas que probable. Nuestra izquierda, al mando de Henestrosa y del duque del Parque, estaba á la parte de Mingabril; el centro, dirijido por Trias, delante de Don Benito y bastante avanzado; y la derecha, comandada por el general Eguía, junto á la orilla del Guadiana. Tal era la disposicion de los nuestros, cuando Victor resolvió la embestida, ocupando primero á Medellin que Cuesta habia evacuado. Formados los franceses en batalla delante de esta poblacion, adoptaron un órden semejante al de Cuesta, describiendo tambien un semicírculo, pero mucho mas reducido, entre el Guadiana y una quebrada plantada de viñas y árboles que va de Medellin á Mingabril, formando su ala izquierda la division de Lasalle, el centro la de Leval, y su derecha la de Latour-Marbourg, mientras les guardaban la espalda las divisiones de Vilatte y Ruffin, destinadas á la reserva, en segunda línea. Victor destinó demas de eso numerosos destacamentos de caballería y de la division alemana del general Leval á retaguardia de su ejército para guardar sus co-

municaciones. Constando el total de sus fuerzas de 18,000 hombres y 3,000 caballos, la primera línea francesa no tenia sino 7,000 combatientes; pero era robusta esa línea y tenia todas las condiciones que podian apetecerse, mientras la nuestra, larga y sin apoyo, le era inferior en todos conceptos. Trabada la batalla á las once de la mañana, fué la accion al principio gloriosa para nuestros bisoños soldados, los cuales rechazaron con notable intrepidez y energía la primera division francesa que los acometió, sosteniendo el combate dos horas y haciendo cejar á los imperiales, en términos de poder augurarles la mas completa derrota. Nuestra caballería por desgracia no correspondió por su parte al denuedo de la infantería, pues al tiempo de hallarse nuestra izquierda á punto de posesionarse de una batería francesa, volvieron grupa vergonzosamente los regimientos titulados Almansa é Infante y dos escuadrones de cazadores imperiales de Toledo, esparciendo la consternacion en los victoriosos infantes de la referida ala izquierda. Vanamente el intrépido Zayas se esforzó en contener la fuga de aquellos cobardes ginetes, porque ni su voz, ni la de Cuesta que acudió con el mismo objeto, fué de ninguno de ellos oida. Roto asi nuestro flanco de la izquierda, tardaron poco en serlo tambien el centro y la derecha, desapareciendo, dice Toreno, la formacion de nuestra endeble línea *como hilera de naipes*. Declarado en derrota todo el ejército español, fué en vano que Alburquerque intentase resistir algunos minutos el empuje de los imperiales. Los nuestros echaron á correr arrojando las armas para huir mas aprisa. Toda la caballería francesa cayó entonces sobre los españoles, sin dar cuartel á nadie en los primeros momentos de aquella lucha encarnizada, y acabando la infantería á la bayoneta el horror comenzado por el sable. Dia triste para los españoles el de aquella sangrienta jornada, en la cual tuvimos 10,000 hombres de pérdida, muertos y heridos en su mayor parte, ascendiendo la de los franceses á 4,000 fuera de combate. Herido en este Cuesta y derribado del caballo, libróse de caer prisionero, merced á no haberle conocido los franceses entre la desbandada muchedumbre. Irritado con la caballería, castigó su menguada conducta, quitando á los soldados una pistola hasta que en otra ocasion se hiciesen dignos de recobrarla, y ademas suspendió tres coroneles. Justa disposicion á no dudar; ¿mas



BATALLA DE MEDELLIN.

cuál era la que debia tomarse con el que era la causa principal de aquel terrible infortunio?

Ni fué esta por entonces la única desgracia que tuvimos que lamentar, pues el dia anterior á la batalla de Medellin alcanzó Sebastiani otro triunfo en la Mancha, venciendo á los españoles comandados por el conde de Cartaojal. Este gefe habia sucedido al duque del Infantado en el mando del ejército del centro despues de la rota de Uclés, segun atras espusimos. Dicho ejército destrozado y deshecho no lo era ya sino en el nombre, y unido en febrero á las fuerzas que el marques del Palacio y el espresado Cartaojal habian reunido en la Carolina para impedir la invasion de las Andalucías, hasta ese nombre perdió, dándose al conjunto de unas y otras tropas el título de *ejército de la Mancha*. Constaba este de 16,000 infantes y 3,000 caballos, y estando destinada su fuerza á obrar de concierto con la que Cuesta mandaba en Estremadura, púsose en movimiento una division del mismo á mediados de febrero, á fin de distraer á los franceses que trataban de caer sobre Cuesta. Dicha division, compuesta de 9,000 infantes y 2,000 caballos con 2 piezas de artillería, y puesta bajo la direccion del duque de Alburquerque, caminó en direccion á Mora, ocupado por 500 dragones enemigos, los cuales evacuaron la poblacion al aproximarse los nuestros. Alcanzados en el camino de Toledo, fueron derrotados por nuestra caballería, dejando prisioneros en nuestro poder á unos 80 de los suyos, y perdiendo varios equipajes con el coche del general Dijon que los comandaba. Esta accion difundió la alarma en los enemigos, y reuniéndose en seguida considerables fuerzas de estos para volver las tornas á Alburquerque, retiróse este en buen órden á Manzanares. Poco despues pasó este gefe con 3,500 infantes y 200 caballos á reforzar el ejército de Cuesta, segun poco ha insinuamos, y esta desmembracion de fuerzas, debida á disensiones y piques entre el duque y el conde, nos hizo en la Mancha mas débiles de lo que ya éramos, atendida la poca instruccion de aquel ejército, aunque brillante por otra parte y perfectamente equipado, la caballería sobre todo. Las lecciones que tan á costa nuestra habíamos ya recibido, aconsejaban no empeñarnos imprudentemente en batallas campales, donde la mayor pericia de los franceses alcanzaba fácilmente victorias que en vano les disputaba el valor, si no le sostenia otra dote. Tal era la opinion de Alburquerque, si bien espresada de un modo que, pasando los límites de la conviccion, rayaba en altivez con su gefe, dando por resultado la separacion de aquel, y aferrarse el conde mas y mas en medirse con los imperiales, en vez de limitarse á correrías y espediciones que con menos brillantez y mas éxito los tuviesen sin cesar en alarma, derrotándolos en detall y mermándolos poco á poco.

Obstinado, pues, Cartaojal en llevar adelante su idea, salió de Ciudad-Real el 24 de marzo, despues de haber en su concepto instruido bastante sus tropas en reiterados ejercicios, bien que no eran los que se necesitaban para resistir con fortuna á la táctica de los imperiales. Llegada la vanguardia á Yébenes, acometió á un cuerpo de lanceros polacos, los cuales retirándose con precipitacion, tuvieron otro encuentro con los nuestros en el camino de Orgaz, cayendo algunos de ellos prisioneros. Estos fueron los únicos lauros de aquella espedicion aventurada, porque sucesor de Lefebvre en el mando del 4.° cuerpo el general Sebastiani, habia á aquella sazon reunido considerable número de fuerzas, y cuando Cartaojal, advirtiéndolo, quiso replegarse á Consuegra, no le fué posible alcanzarlo, estando ya ocupada esta villa por las tropas del gefe enemigo. El español entonces no tuvo otro recurso que retroceder precipitadamente por Malagon, restituyéndose á Ciudad-Real á los tres dias de su salida, sin que los franceses consiguiesen flanquearle y envolverle, como, á haber sido menos listo en huir, lo hubieran conseguido desde luego.

Nuestra posicion sobre el Guadiana, en los alrededores de Ciudad-Real, era bastante fuerte y estaba defendida por veinte piezas de artillería; pero Cartaojal se aturdió desde el momento que vió á los franceses en actitud de caer sobre él, y

no tomó disposicion ninguna que pudiera sacarnos del conflicto que él mismo habia provocado. Sebastiani avanzó con rapidez, y atacóle el 27 de marzo á las seis de la mañana, comenzando la accion la primera brigada de la division de caballería del general Milhaud, pasando el puente del Guadiana por secciones, protegida por 12 piezas de artillería en batería, y sostenida por la division polaca. Atacados los nuestros con estraordinaria impetuosidad, y faltos de concierto entre sí para resistir la embestida, merced á la inaccion de su gefe, vano era esperar que pudieran hacer rostro firme á los que con tanta celeridad y con tan oportuna direccion venian á caer sobre ellos. Derrotados de un modo completo, dejaron los españoles tendidos en el campo de batalla de mil á mil quinientos hombres, siendo mas de 3,000 los prisioneros, con 7 piezas de cañon y 4 banderas que nos tomaron los imperiales. El resto emprendió la fuga la mayor parte en direccion de Almagro, y viniendo en su pos los franceses, alcanzólos Milhaud al dia siguiente, haciéndonos esperimentar bastante pérdida en la caballería, esterminando casi enteramente á los carabineros reales, tomándonos otros cinco cañones y setenta carros, y haciéndonos nuevamente considerable número de prisioneros. Con esto cayeron en poder del enemigo todos nuestros depósitos situados al pié de Sierra Morena, á cuyas asperezas se dirigieron las reliquias del ejército de la Mancha, juntándose poco á poco en Despeñaperros y puntos inmediatos, y estableciéndose en Santa Elena nuestro cuartel general.

Esta derrota y la de Medellin, sabidas casi á un mismo tiempo en Andalucía, esparcieron por todas partes el luto y la consternacion; mas no por eso se arredró el gobierno. Imitando al senado romano cuando despues de la batalla de Canas daba gracias al cónsul Varron por no haber desesperado de la salvacion de la República, la Junta Central declaró haber merecido bien de la patria tanto Cuesta como su ejército, elevando al primero á la dignidad de capitan general, y premiando á los que mas se habian distinguido en aquella accion desastrosa, sin olvidar el oportuno socorro de las viudas y huérfanos que habia producido la misma. Al obrar de esta manera, propúsose la junta por objeto imponer á la opinion pública, y evitar que nadie creyera que éramos ya impotentes en la lucha, infundiendo asi en los españoles el aliento que tan necesario era en tan críticas circunstancias, y evitando que la causa de la Independencia perdiese á los ojos de los franceses la consideracion é importancia con que á despecho suyo la habian mirado hasta allí. Asi fué como razones de alta y bien entendida política evitaron á Cuesta un desaire por sus desaciertos. Menos afortunado Cartaojal, porque era menos digno de serlo, fué separado del ejército de la Mancha, nombrándose en su lugar á D. Francisco Venegas, aunque subordinado á las órdenes del general vencido en Medellin.

Victor, despues de su victoria, acantonó los suyos en la alta Estremadura entre el Tajo y el Guadiana, y Sebastiani por su parte no se atrevió á avanzar mas allá de Santa Cruz de Mudela. En la época de que hablamos, debilitábanse de dia en dia uno y otro cuerpo francés, tanto por las enfermedades como por las diferentes partidas que independientemente de nuestros ejércitos regulares los acosaban continuamente. El mariscal Victor no podia aventurarse á pasar el Guadiana sin peligro de dejar á sus espaldas numerosas cuadrillas enemigas, las cuales no tardarian en infestarlo todo, cortando sus comunicaciones con Madrid por el puente de Almaraz. Él sabia por otra parte que los ingleses, unidos al ejército portugues reorganizado, fijaban su atencion en el Tajo; que 7,000 hombres pertenecientes á sus tropas ocupaban ya á Abrantes; que otro cuerpo mas numeroso se hallaba dispuesto á dirigirse á Coimbra ó hácia las fronteras de la Beira, y últimamente, que el grueso de las fuerzas portuguesas encargadas de subir á Lisboa, acababan de tomar posicion en Thomar. Demas de eso, la provincia de Leon hasta el Duero no tenia sino una division que la contuviese á las órdenes de Lapisse, cuyo cuartel general estaba en Salamanca. En semejante estado de cosas, no pudiendo el duque de Bellune disponer sino de unos 20,000 hombres para avanzar á

Portugal, juzgó imprudente emprender un movimiento durante el cual podria verse precisado á combatir de frente, y por sus flancos y espalda á la vez; y como quiera que ignorase cuál era la posicion de Soult en Portugal, creyó muy del caso esperar noticias sobre los progresos de sus tropas, á fin de conocer por lo menos el punto hácia el cual podria ser conveniente acudir él con las suyas.

Tales eran las causas que impedian al mariscal Victor penetrar en el reino lusitano, mientras Soult se via precisado á permanecer estacionario en las orillas del Duero; y cierto que cuando se vea, por lo que á su tiempo diremos, las dificultades con que tuvo que luchar para mantenerse en la Estremadura española, comprenderáse bien lo oportuno de su determinacion en haber observado tal conducta. Por el punto en que podia avanzar tenia demasiados enemigos para que pudiese lisonjearse de que un primer suceso le abriese el camino de Lisboa; y si el éxito era fatal, ¿quién le aseguraba tampoco de que habia de serle posible realizar su retirada?

Habia, pues, caido por tierra todo el plan de Napoleon tocante á aquella conquista, y no eran compensacion bastante á aquel contratiempo los laureles de las armas francesas cojidos en Medellin y en las llanuras de Ciudad-Real. El rey intruso, que sin dejar de interesarle todo lo que ocurria en la Península, miraba sin embargo como de mas consecuencia para él lo que le tocaba mas de cerca, prescindió, digámoslo asi, de lo que en Portugal ocurria, y atento solamente á los triunfos que acababa de alcanzar en España, lisonjeóse con la idea de que nuestras dos últimas derrotas podrian hacer realizable un acomodamiento con la Junta Central. Esta, empero, en vez de perder su energía, parecia redoblarla mas y mas á medida que se multiplicaban nuestros desastres; y asi, cuando el gobierno de José envió al magistrado Sotelo para proponerle en abril una entrevista al efecto, contestó la Junta con tanta dignidad como firmeza no ser posible proceder á trato de ninguna especie mientras no se basase sobre la libertad del rey cautivo y la evacuacion inmediata del territorio español. Vanamente insistió Sotelo en su proposicion de entrevista, porque la Junta contestó lo mismo, y nada pudo aquel conseguir.

Ni fué este el solo paso que los franceses dieron en ese sentido, pues tambien Sebastiani escribió á Jovellanos y á Saavedra, individuos de la Central, y lo mismo á D. Francisco Venegas, general de la Carolina. Su carta al primero es notable, y aun mas la contestacion.

«Señor, decia el general francés á nuestro digno y sábio compatriota: la reputacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de verla feliz, deben haceros abandonar un partido que solo combate por la inquisicion, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos grandes de España, y por los de la Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España. Un hombre cual vos sois, conocido por su carácter y sus talentos, debe conocer que la España puede esperar el resultado mas feliz de la sumision á un rey justo é ilustrado, cuyo génio y generosidad deben atraerle á todos los españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria. La libertad constitucional bajo un gobierno monárquico, el libre ejercicio de vuestra relijion, la destruccion de los obstáculos que varios siglos ha se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, serán el resultado feliz de la constitucion que os ha dado el génio vasto y sublime del emperador. Despedazados con facciones, abandonados por los ingleses que jamas tuvieron otros proyectos que debilitaros, el de robaros vuestras flotas y destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podeis ser sordos á la voz de la patria que os pide la paz y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros, y que la energía de España solo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera felicidad. Os presento una gloriosa carrera: no dudo que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros conciudadanos. Conoceis la fuerza y el número de nuestros ejércitos; sabeis que el partido en que os hallais no ha obtenido la menor vislumbre de suceso: *hubiérais llorado un dia si las victorias le hubieran coronado; pero el Todopoderoso en su infinita bondad os ha libertado de esta desgracia.*—Estoy pronto

á entablar comunicacion con vos y daros pruebas de mi alta consideracion.—Horacio Sebastiani.»

«Señor general, contestó el Caton asturiano: yo no sigo un partido; sigo la justa y santa causa que sigue mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos habemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendeis, por la inquisicion ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religion, nuestra constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes por el contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algun dia, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. *Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nacion que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su rey y de su libertad contra una agresion tanto mas injusta cuanto menos debia esperarla de los que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante celo, firmeza y sabiduria para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban.* No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes despues de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega aun aquella humanidad que el derecho de la guerra exije y encuentra en los mas bárbaros enemigos. Pero ¿á quién serán imputados estos males? ¿á los que los causan violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian generosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siempre de esta grande y noble nacion? Porque, señor general, no os dejeis alucinar: estos sentimientos que tengo el honor de espresaros son los de la nacion entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente, si vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo que los propósitos que les atribuis son tan injuriosos como agenos de la generosidad con que la nacion inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobrecidas los imploraron desde los primeros pasos de la opresion con que la amenazaban sus amigos.

En fin, señor general, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que, segun nos decís, profesa vuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro territorio, reconozca que una nacion cuya desolacion se hace actualmente á su nombre por vuestros soldados, no es el teatro mas propio para desplegarlos. Este seria ciertamente un triunfo digno de su filosofía, y vos, señor general, si estais penetrado de los sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros tambien de concurrir á este triunfo para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reconocimiento. Solo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con vos en la comunicacion que proponeis, si la suprema Junta Central lo aprobase. Entretanto, recibid, señor general, la espresion de mi sincera gratitud por el honor con que personalmente me tratais, seguro de la consideracion que os profeso. Sevilla 24 de abril de 1809.—Gaspar de Jovellanos.

Esta enérjica y digna respuesta es, como dice un autor contemporáneo, un modelo de patriotismo, la espresion de los nobles sentimientos que latian en los corazones españoles, y un dechado de amor á la independencia y á la patria: pero equivocóse su autor al hablar de lo futuro; no lograron nuestros padres cimentar la libertad destruyendo las huestes de José: lograron, sí, robustecer la inquisicion y asegurar las cadenas, como profetizaba Sebastiani.

¡A cuán amargas reflexiones no dan estas palabras lugar!



CAPITULO XXIII.

Ney en Asturias.—Movimientos de la Romana: accion de Villafranca del Vierzo.—Entra la Romana en Oviedo y disuelve su junta.—Penetra Ney en Asturias: huida de la Romana.—Vuelve Ney á Galicia.—Crece la insurreccion en esta provincia.—Sitio y toma de Vigo por los españoles.—Socorren los franceses á Tuy: formacion de la division española titulada del Miño.—Ocupacion y evacuacion de Santiago por las tropas de dicha division.—Vuelve Soult de Portugal y concierta con el mariscal Ney los medios de vencer la insurreccion de Galicia.—Llega la Romana á Galicia: movimientos de sus tropas.—Accion del Puente de San Payo.—Evacua Soult á Galicia.—Hace lo mismo Ney.—Queda Asturias igualmente libre: tentativa de los españoles sobre Santander.—Desaciertos de la Romana: sucédele el duque del Parque en el mando del ejército de la izquierda.

Hemos visto á Soult dirigirse á la conquista de Portugal, y hemos visto tambien á Galicia declararse en insurreccion contemporáneamente con la marcha de aquel para dar comienzo á su empresa. Persuadido el mariscal francés de que Ney bastaria á domeñar aquel alzamiento, cruzó el Miño en los términos que espusimos al hablar en el Capítulo XII de la invasion del territorio lusitano; pero no eran las fuerzas de Ney capaces de vencer por sí solas á los insurgentes gallegos.

Despues de la derrota de los nuestros en las inmediaciones de Monterey el dia 6 de marzo de 1809, dirigióse Mahy á las Portillas con la retaguardia del ejército de la izquierda, uniéndose á poco en Luvian con el marqués de la Romana. Indeciso este relativamente al camino que deberia tomar, propuso el ayudante general Moscoso que no se alejase el ejército de la tierra montañosa, y acorde el marqués con esta idea, decidió encaminarse á Asturias, con objeto de apoyar desde allí el movimiento insurreccional de Galicia. Cambiada con este motivo la marcha que seguia antes, dirigióse á Ponferrada del Vierzo cruzando las montañas de las Cabreras por el Puerto de Palo, no sin grandes penalidades, debidas á la aspereza del terreno y á lo crudo de la estacion. No tuvieron los nuestros encuentro ninguno con los franceses durante este tránsito, ni tampoco lo deseaba el marqués, hallándose desprovistos de todo los soldados que conducia. Un incidente, sin embargo, decidióle aprovechar la ocasion de caer sobre el enemigo que con 1,000 hombres de tropas escogidas ocupaba á Villafranca del Vierzo. Fué el caso que al llegar los nuestros á las inmediaciones de Ponferrada, encontraron en una ermita un cañon de á 12 abandonado, con su cureña y balas correspondientes, y esto bastó para que Moscoso propusiese al caudillo español caer de rebato sobre los franceses. Parecióle al marqués bien la idea, y no bien llegó á Toreno, destinó á la empresa

1,500 hombres al mando del general Mendizabal, quien atacando á Villafranca el dia 17 de marzo, rindió prisioneros á los 1,000 franceses fortificados en la villa, despues de cuatro horas de fuego, lauro debido á la sorpresa que produjo en aquellos una aparicion tan repentina é inesperada, no menos que la vista del cañon de grueso calibre, circustancia que les hizo creer ser muy numerosa la fuerza que sobre ellos venia; mesándose los cabellos de rabia cuando vieron despues que no era asi, y que habian rendido las armas á un puñado de hombres, y en malísimo estado por cierto.

Despues de esta accion felicísima, la cual valió mas adelante á los vencedores una cruz de distincion otorgada por Fernando VII, llegó la Romana á Oviedo, donde escediéndose de las atribuciones que la Central le habia conferido en la parte puramente militar, disolvió la Junta de Asturias, echando del salon á los vocales que estaban reunidos en sesion. Ciertamente que aquella corporacion no se habia mostrado acertada en algunas de sus providencias; pero el marqués dió oidos malamente á infundados resentimientos, y obró ilegal y violentamente al tomar una determinacion tan ruidosa como aquella lo fué. Los autores franceses aseguran que la asamblea destituida entorpecia con sus disensiones la marcha de las operaciones militares, y por cierto que aun siendo esto asi (lo cual no se ha probado todavía), fué peor el remedio que la enfermedad, dado que ocupado el marqués en meterse en lo que no le importaba y en reemplazar unos vocales con otros, descuidó lastimosamente lo que nunca debia olvidar, el impulso de esas operaciones que la junta, se dice, entorpecia.

En efecto: trocado en político su papel esclusivamente militar, no tomó providencia ninguna capaz de contener la invasion que amenazaba á Asturias, siendo asi facilísimo á Ney aprovecharse de su inaccion, viniendo de Galicia por la parte de Navia de Suarna, y ocupado sucesivamente á Ibias, Cangas de Tineo, Salas y Grado hasta dar vista á Oviedo con 6,000 hombres, mientras procedente de Valladolid con igual fuerza entraba Kellermann por el Puerto de Pajares en el desapercibido Principado. El resultado fué salir de Oviedo precipitadamente el desatentado marqués, tomando el camino de Gijon, donde embarcándose con algunas tropas, dirigió su rumbo á Galicia. Ney con esto posesionóse de Oviedo el 19 de mayo, dando al saco la ciudad por tres dias, aunque sin poder cometer lamentables escesos en las personas, gracias á haber hallado la poblacion casi del todo abandonada por los moradores. Las divisiones de Worster y Ballesteros (1), llamadas apresuradamente por la Romana cuando se vió con el enemigo encima, no pudieron impedir la entrada de este en la capital, porque no era ocasion de hacerlo ya, ni aun cuando lo hubiera sido tenian sus gefes bastante confianza en el éxito para medirse con los imperiales, movidos de concierto en tres direcciones, y todos á la vez

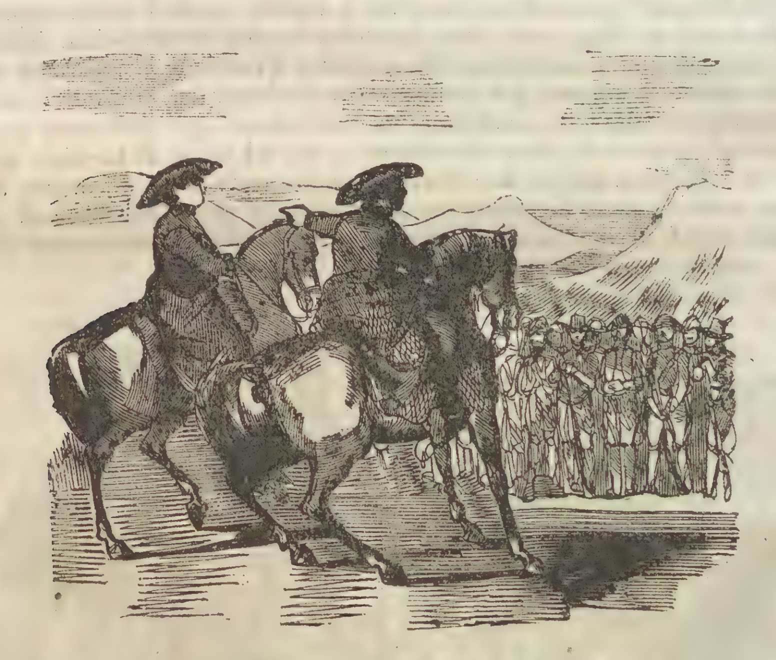
(1) Don José Worster, antiguo oficial de artillería, mandaba como general, por disposicion de la Junta de Asturias, una division de 7,000 hombres, la cual fué destinada á últimos de enero á cubrir la parte occidental del Principado. A principios del mes siguiente se puso en movimiento dicho gefe entrando en Rivadeo, donde sus soldados cometieron escesos lamentables. Tras esto ocupó á Mondoñedo, lanzando de esta ciudad á los franceses; pero luego fué sorprendido por el general francés Mathieu, quien despues de lanzarle á su vez poniendo en dispersion á los nuestros, taló y devastó los concejos comprendidos entre el Navia y el Eo. Reunidos y rehechos los nuestros, gracias á la actividad de Don Manuel Acevedo, individuo de la Junta, no menos que á la cooperacion de D. Matías Menendez y del coronel D. N. Galdiano, hicieron temer al francés, y este volvió á sus posiciones de Galicia renunciando á la peligrosa empresa de internarse en el Principado. Desde entonces hasta la llegada de Ney prestó la division de Worster utilísimos servicios por aquella parte.

Don Francisco Ballesteros era capitan retirado y visitador de tabacos antes de la insurreccion, siendo elevado á mariscal de campo poco despues de estallar esta. Su division, compuesta de unos 5,000 hombres, tenia el cargo de cubrir la parte oriental de Asturias, señalándose su gefe desde principios de febrero en lanzar al enemigo de la línea que ocupaba, no menos que en otros reencuentros posteriores, con particularidad en el mes de abril, por cuyo tiempo hizo evacuar á los enemigos el pueblo de S. Vicente de la Barquera. Ballesteros fué muy superior á Worster en todos conceptos, mas no por eso nos parece este tan inferior como Toreno le pinta.

sobre Oviedo. Asi, pues, lo único que Worster hizo fué aproximarse lentamente, y con las consiguientes precauciones, á la capital invadida por la parte de la montaña, mientras Ballesteros buscaba por su parte refugio en las asperezas de Covadonga, adonde en movimiento retrógrado se dirigió desde Colombres.

Siguió Ney en Oviedo unos dias, durante los cuales procuró asegurar la posesion de aquella plaza y del resto del territorio asturiano; mas no le fué posible detenerse sino muy poco tiempo, porque llegando á su noticia los reveses que esperimentaba Soult en la conquista de Portugal, y sabiendo que la insurreccion de Galicia progresaba durante su ausencia, temió que la Romana acabase lo que habia el paisanaje empezado; y asi, dejando á Kellermann encargado de la guarda de Oviedo, mientras Bonnet, recien venido de Santander, ocupaba á Villaviciosa, volvió á Galicia apresuradamente, tomando el camino de la costa.

Hemos dicho en otro lugar de qué modo habia empezado el levantamiento de dicha provincia, levantamiento debido esclusivamente á la exasperacion con que los naturales miraban el yugo estrangero. Faltos de concierto y de plan en un principio, dirijia á estos, no obstante, el mismo sentimiento comun, tardando muy poco á entenderse y á concertarse entre sí, merced á los emisarios que á fin de adunar sus esfuerzos cuidó de enviar la Central desde el comienzo de la insurreccion. Fueron estos el teniente coronel García del Barrio, el alferez D. Pablo Morillo y el canónigo D. Manuel Acuña, señalándose todos en el desempeño de la mision que se les habia confiado, no menos que los capitanes D. Bernardo Gonzalez ó Cachamuiña y D. Francisco Colombo, enviados entre otros con el mismo objeto por el marqués de la Romana. Acaudillados los gallegos por estos bravos, por los ya



Los abades de Couto y Valladares.

nombrados abades de Couto y Valladares, por Tenreiro, Seoane y Cordido, por los dos hermanos Martinez, por el valentísimo Marquez, por D. Juan Bernardo Quiroga y su hermano el abad de Casoyo, y por otros patriotas, en fin, cuya lista seria interminable, tales como los ya nominados Labrador, Carrascon y juez de Maside, fué en breve inapagable la llama en las feligresías de Tuy, Lugo, Orense

y Santiago, estendiéndose hasta mas allá de las riberas del Ulla, y acabando de darle direccion la junta creada en las alturas de Lobera, bajo la presidencia del célebre obispo de Orense D. Pedro de Quevedo y Quintano. Imposible seria ahora tratar de esponer una á una las diversas correrías y empresas que en Galicia tuvieron lugar desde últimos de febrero en adelante, y aun cuando fuera realizable, no lo consentirian los límites á que debemos circunscribirnos como historiadores que somos, no ya de una provincia en particular, sino del alzamiento general que agitó á la nacion española en los seis años de su heróica lucha. Prescindiremos, pues, de pormenores preciosísimos en verdad, pero inconducentes al fin que en ser breves nos hemos propuesto; y nos circunscribiremos por lo tanto á lo que creamos mas esencial, ó aparezca mas decisivo y de mas reconocida importancia en el alzamiento en cuestion.

Engrosadas nuestras partidas de un modo imponente, habia el abad de Valladares comenzado el sitio de Vigo con la que tenia á sus órdenes, con la que en el valle de Fragoso habia levantado el alcalde Limia, y con la gente que Tenreiro y el portugués Almeida habian recojido y abanderizado en otros valles diversos. Ocupaba dicha ciudad con 1,300 franceses el gefe de escuadron Chalot, quien provisto de medios de resistencia en todos sentidos, aunque no en posicion enteramente ventajosa, negóse repetidas veces á la intimacion de rendirse que le hizo el abad. En esta negativa tenaz influia por una parte la vergüenza que le causaba humillarse á capitular con paisanos, y por otra la esperanza de ser socorrido por una columna de los suyos que venia de Pontevedra. Afortunadamente don Pablo Morillo impidió los progresos de esta situándose en el puente de San Payo, asegurado el cual y confiado á la vigilancia del comandante Odogesti, volvió con 300 hombres mandados por Cachamuiña y Colombo á auxiliar al abad en su empresa, estrechando el sitio de Vigo, sitio cuya direccion tomó á continuacion, junto con el grado de coronel que le confirieron los nuestros. Frustrada la esperanza del francés en lo relativo al socorro que tan ansiosamente esperaba, comenzó á desistir de sus escrúpulos tocante á la rendicion, no teniendo ya que abatirse al paisanage, sino á un militar como él. Eso, no obstante, pidió 24 horas de término para contestar á la intimacion que le hizo Morillo, amenazando el 27 de marzo tomar la plaza por asalto y pasar la guarnicion á cuchillo, si no se rendia en el acto. No accediendo el gefe español al plazo que el francés solicitaba, convino este por fin en



Toma de Vigo por los españoles

rendirse, concediéndosele los honores de la guerra; mas con todo, tardó en ratificar la capitulacion, visto lo cual por Morillo acometió la plaza á las ocho de la noche, comenzando á derribar á hachazos una de las puertas, primero un marinero anciano que cayó á poco muerto de un balazo, y luego Cachamuiña, que tomando de sus manos el hacha, consiguió, bien que herido, hacer astillas la puerta. Iban ya con esto los nuestros á precipitarse por ella, cuando recibiendo Morillo la ratificacion de Chalot, pudo no sin dificultad detenerlos hasta la mañana siguiente, en que con arreglo á lo convenido rindieron los franceses las armas, siendo llevados prisioneros á Inglaterra.

Hecho fué la toma de Vigo digno de perpétua memoria, no habiendo intervenido en su reconquista sino los puños, por decirlo asi, puesto que no tuvieron los gallegos para la realizacion de su empresa ni ingenieros ni artillería. Fué esa reconquista á sazon que venia de Tuy una columna á auxiliar á los franceses sitiados. A la noticia de su aproximacion, y ya posesionado de Vigo, envió Morillo gente de su confianza que le saliese al encuentro. Hiciéronlo nuestros paisanos y soldados, y acometida la columna enemiga, fué toda desbandada y deshecha, quedando varios de sus individuos tendidos en el campo, y perdiendo 72 prisioneros.

Entretanto el abad de Couto, y con él Marquez y otros guerrilleros, bloqueaban desde el 15 de marzo la espresada ciudad de Tuy, mas con cerco tan poco riguroso como bien se deja inferir de la facilidad con que la columna de que acabamos de hacer mencion habia salido de aquella plaza para ir al socorro de Vigo. Libertada esta ciudad, acudieron en auxilio de los sitiadores de Tuy, Morillo, Tenreiro y Almeida con otros varios de los que acaudillaban partidas, entre ellos García del Barrio, nombrado por la junta de la Lobera comandante general de Galicia. Este nombramiento escitó, á lo que parece, los celos de los demas gefes, y mal dirijido el asedio merced á las rencillas y disputas que tenian cada dia lugar, malogróse la empresa por último, viniendo en socorro del general La Martiniere, que mandaba en la plaza, el de la misma clase Maucune por la parte de Santiago con una columna de infantería y caballería, y Heudelet, enviado por Soult, del lado de Portugal, como dijimos en otro capítulo. Fué esto sobre el 12 de abril, en cuyo dia levantaron el cerco los españoles, siendo arrollada á poco la gente de Morillo en el camino de Redondela. Entrados los socorros en Tuy, temieron los franceses que los nuestros volviesen de nuevo á sitiar aquella ciudad con mejores disposiciones, razon por la cual la evacuaron el 16 del mismo mes, despues de sacar todos sus efectos y artillería. Con esto quedó libre de enemigos la orilla derecha del Miño, dando vagar y tiempo á los nuestros para disciplinarse por alli hasta el punto de organizar una division respetable que tomó el nombre de aquel rio. Incorporado á esta division con su partida el guerrillero Vazquez, ó sea el Salamanquino, hizo lo mismo poco despues el valiente don Martin de la Carrera, el cual habia permanecido en la Puebla de Sanabria reuniendo tropas dispersas, mientras el marqués de la Romana perdia el tiempo en Oviedo. Gozaba Carrera gran crédito entre los naturales del pais, y asi el dia 7 de mayo fué nombrado caudillo de la division del Miño, cediendo Barrio las facultades que tenia como comandante general y enviado de la junta de Sevilla.

A mediados de dicho mes contaba la espresada division no menos que 16,000 hombres con algunos caballos y nueve piezas de artillería. Puesto á su frente Carrera, tomó el camino de Santiago por la provincia de Tuy con una parte de sus tropas, y habiéndole salido al encuentro el 23 en el campo de la Estrella 3,000 infantes y 300 caballos destacados de la primera ciudad á las órdenes de Maucune, consiguió derrotarlos completamente, entrando á continuacion en Santiago, precedido de don Pablo Morillo, si bien hubieron de evacuarla en breve despues de apoderarse de varios fusiles y vestuarios, y gran cantidad de plata reunida por los franceses. El motivo de aquella retirada fué el temor que les infundió Ney á su vuelta de Asturias, mientras Soult combinaba con él sus operaciones, despues de abortada, como hemos visto, la conquista de Portugal.

En efecto, el duque de Dalmacia acababa de pasar la frontera, entrando en Orense el dia 18 de mayo. Hacía entonces algunos dias que el general español Mahy sitiaba á Lugo con cerca de 7,000 hombres del ejército de la izquierda, en cuyo mando habia sucedido durante la escursion de la Romana á Asturias, teniendo tan apurado al general francés Fournier, encargado de la defensa de aquella plaza durante la ausencia de Ney, que le hubiera obligado á capitular, á no ser por la llegada de Soult. Este salió de Orense el 21, y despues de un ligero choque con parte de la gente de Mahy, hizo á este levantar el sitio el 22, entrando en Lugo al dia siguiente. Reuniósele alli Ney el 30, y uno y otro mariscal concertaron los medios de ayudarse mútuamente á fin de acabar cuanto antes con los insurgentes gallegos.

Levantado el sitio de Lugo, habíase Mahy replegado á Mondoñedo, donde se unió el 24 con el marqués de la Romana, procedente de Rivadeo, en cuya poblacion habia desembarcado huyendo de Asturias. Espuestos ambos allí á ser cojidos entre las tropas de Soult y de Ney, evitaron al momento el peligro por medio de una marcha atrevida, cuya direccion era el Sil, para ampararse de Portugal, marcha que se verificó felizmente rozándose casi con Lugo nuestros soldados, y siguiendo á continuacion por Monforte hácia Orense, no sin murmuracion de parte de las tropas que, cansadas de marchas y contramarchas inútiles, no comprendian ahora la oportunidad de esta otra. Entretanto poníase Soult en movimiento contra la Romana, haciendo lo mismo Ney respecto á la Carrera, cuyas tropas mandaba entonces el conde de Noroña, nombrado por la Junta Central segundo comandante de Galicia. Eran las fuerzas del mariscal Ney 8,000 infantes y 1,200 caballos, contando los nuestros hasta 10,000 hombres, aunque solo eran 6,000 los que estaban armados. Con la noticia de la direccion del enemigo, replegóse Noroña á San Payo, cuyo puente, cortado anteriormente, quedó rehabilitado de prisa, dando paso á los nuestros el 7 de junio muy temprano. A las nueve del mismo dia dejáronse ver los franceses en la orilla opuesta, empeñándose con este motivo un vivísimo fuego de ambos lados, durando el tiroteo seis horas, aunque sin resultado ninguno para los soldados de Ney. Este al dia siguiente halló medio de vadear el rio, y empeñó de nuevo otra accion, ó mas bien otras nuevas acciones; pero rechazado en todas partes con estraordinaria energía, hubo de volver el pié atras, retirándose sigilosamente al amanecer del dia 9. Señalada fué la defensa del puente de San Payo, y grande la pérdida que los nuestros hicieron esperimentar al enemigo, debiéndose sin duda el buen éxito á la acertada direccion de las tropas, direccion que solo en el nombre vino á tener entonces Noroña, habiendo este deferido en un todo (y esto le honró sobremanera) al dictámen de la Carrera, Morillo, Cuadra, Roselló, Castellar, Marquez y otros gefes, que con sus oportunas disposiciones y el brillante papel que jugaron, acreditaron en aquellos dias su justo y merecido renombre. La pérdida de los franceses ascendió á 700 hombres: la de los nuestros no llegó á 200.

Entretanto el cuerpo de Soult fatigábase vanamente en caer sobre la Romana, pues el general español tenia sobre aquel la ventaja de conocer perfectamente los sitios que recorria, y favorecido ademas por los habitantes, tenia con esto los medios de evitar constantemente el encuentro de su adversario. Cerca de tres semanas duró el movimiento de los franceses en pos de los españoles, recorriendo sucesivamente á Monforte, Villafranca y Viana, sin mas resultado que perder el tiempo yendo de aquí para allá, apurando su paciencia con repetidas marchas y contramarchas, y siendo hostilizados con frecuencia por el paisanage insurgente, que huyendo de las poblaciones á la aproximacion del enemigo, pellizcábale á veces por los flancos, y á veces por la retaguardia. Fastidiado Soult con aquel género de guerra, y no bien avenido con Ney, decidió últimamente desistir de perseguir á la Romana, influyendo tambien en su determinacion las noticias de la guerra de Austria, junto con la fatiga de sus tropas, que tras una retirada tan penosa como la que habian tenido en Portugal, no podian apetecer para su descanso un suelo tan

poco á propósito como lo era entonces Galicia. Decidido, pues, á alejarse de una tierra tan poco hospitalaria, cruzó el Sil por Monte Furado, no sin que el abad de Casoyo y su hermano don Juan Quiroga le causasen gravísimo daño apostados en la otra orilla; pero al fin consiguió pasar el rio, y despues de hacer castigar las gentes de aquella ribera quemando varias poblaciones, dirijióse por el camino de las Portillas á la Puebla de Sanabria, adonde llegó el 23, despues de haberse retirado á Ciudad-Rodrigo y clavado varios cañones los españoles que guarnecian aquel punto. Dos dias despues de su llegada á la Puebla, envió Soult á Madrid al general Franceschi con pliegos é instrucciones, á fin de informar á José del deplorable estado de su ejército; mas fué tal la mala fortuna del enviado que, no bien habia pasado de la ciudad de Toro, fué cojido prisionero con otros dos compañeros suyos por el Capuchino Delica, que capitaneaba una partida en aquellas inmediaciones.

Con la partida de Soult y de sus tropas, era Ney ya impotente en Galicia para medirse con la insurreccion, y asi resolvió libertarse de los peligros que le cercaban, dejando aquella tierra tambien. Salió, pues, de la Coruña el dia 22, tomando el camino de Astorga, no sin dejar señales de su fuga verdaderamente espantosas, asolando y quemando las poblaciones que hallaba al paso: indigna y cobarde venganza de las humillaciones que nuestros valientes le habian hecho sufrir. El conde de Noroña entró á los pocos dias en la Coruña en medio del regocijo y bendiciones de sus moradores, los cuales no acertaban á comprender cómo unas tropas en tan mal estado habian podido lanzar á las brillantes y bien dispuestas de los vencedores del mundo, haciendo consistir su pérdida, junto con la que habian esperimentado en Portugal, no menos que en la mitad de las fuerzas con que habian invadido los dos territorios.

A la evacuacion de Galicia siguió en junio siguiente la de Asturias, alejándose los franceses de este principado, no solo por la diminucion de sus fuerzas con motivo de la salida de Ney para revolver sobre los gallegos, sino tambien por la actitud amenazadora que tomaron allí nuestros soldados en union con el paisanaje. El general español Bárcena habia en la villa de Grado cogido 80 prisioneros á los 1,300 franceses que la guarnecian, haciéndolos retirar de allí, tras lo cual encaminóse hácia Oviedo por su parte occidental, verificando Woster lo mismo. Con esto se vió Kellermann precisado á dirigirse á Castilla, no hallándose con fuerza suficiente para sostenerse en aquella ciudad. Entretanto el general Ballesteros tenia mas de 10,000 hombres en Covadonga y sus inmediaciones, incluyéndose en dicho número, ademas de un batallon que no habia podido embarcarse en Jijon cuando la fuga de la Romana, el regimiento de Laredo procedente de las montañas de Santander, y la partida con que el bravo Porlier recorria tambien aquella tierra. Dirigióse contra Ballesteros el general francés Bonnet, y tanto fué lo que le estrechó, que viéndose nuestro caudillo falto enteramente de víveres, no tuvo otro remedio que huir, alejándose de aquel célebre santuario en la noche del 24 de mayo, y dirigiéndose por montañas y riscos á Valdeburon, en Castilla, y de allí á Potes en la Liébana. Respirando ya allí, proyectó apoderarse de Santander y hacer prisionera su guarnicion, compuesta de solos 1,000 hombres, y encaminóse con este objeto á Torre la Vega. Puesto en marcha el 10 de junio, á fin de realizar su empresa, consiguió penetrar en Santander, mas no con el éxito que era de esperar, puesto que se escapó la guarnicion, dejando en su poder 200 prisioneros tan solo: efecto, á lo que se dice, de mala direccion y de haberse detenido Ballesteros en Torre la Vega mas tiempo de lo conveniente. La estancia de los nuestros en Santander duró solamente algunas horas, pues volviendo reforzados los franceses en la noche del mismo dia, entraron de rebato en la ciudad, dispersándose la mayor parte de nuestros soldados y huyendo cada cual por donde pudo. Ballesteros se embarcó en una lancha con D. José Odonell, coronel del regimiento de la Princesa, dando la division por perdida; pero el batallon espresado se salvó milagrosamente, gracias á su intrepidez y á la buena direccion y admirable presencia de ánimo del oficial Garroyo, que se puso á su frente, dirigiéndose á Medina

de Pomar, y cruzando toda la Castilla y parte de Aragon en medio de increibles peligros, hasta que consiguió reunirse en Molina con el general Villacampa. Gran riesgo corrió tambien Porlier de caer en manos del enemigo, pero rompió con brío por sus filas, y merced á su serenidad, consiguió salvarse tambien.

Respirando libres Galicia y el principado de Asturias, gracias al heroismo de los insurgentes, no menos que al valor de las tropas, esperábase que el marqués de la Romana asiria la ocasion de esplotar tan fausto acontecimiento en beneficio de ambas provincias, tomando las disposiciones militares que exigian las circunstancias. Desgraciadamente aquel gefe siguió en Galicia análoga conducta á la que habia manifestado en Oviedo, y en vez de limitar las atribuciones que le habia conferido la Central á lo que otro en su caso hubiera hecho, invadió nuevamente el terreno de los asuntos gubernativos, suprimiendo las juntas que tanto impulso acababan de dar á la insurreccion, y haciendo cuanto estuvo en su mano por matar el espíritu público, con no haber sido él el que menos lo habia alentado en la lucha. Reemplazadas aquellas corporaciones con gobernadores militares, y siendo militar en un todo la organizacion que el marqués creyó deber dar al pais, sufrió este todos los inconvenientes de aquel estraño procedimiento, sin reportar ninguna de sus ventajas, puesto que el marqués descuidó el impulso de las operaciones, dejando transcurrir mas de un mes en la inaccion mas completa; mas ya por último reunió lo mas escogido de sus tropas, y despues de conferir á Mahy el mando de Asturias, ordenó á Ballesteros que con 10,000 de sus mas selectos soldados se le incorporase en Castilla. Hecho esto, salió para Astorga con 16,000 combatientes y 40 piezas de artillería, permaneciendo allí hasta el 18 de agosto, en que habiendo sido nombrado individuo de la Junta Central, dejó el mando del ejército de la izquierda, sucediéndole el duque del Parque.



CAPITULO XXIV.

Operaciones en Aragon: ocupacion de Jaca y Monzon por los franceses.—Sucede Suchet á Junot: carácter y prendas de Suchet.—Blake general de las tropas españolas en Aragon: formacion del segundo ejército de la derecha.—Insurreccion de Albelda: pierden los franceses á Monzon: derrota de estos en el Cinca.—Blake en Alcañiz.—Dirígese Suchet contra Blake: batalla de Alcañiz.—Apurada situacion de Suchet: adelántase nuevamente hácia Blake.—Combate de María.—Batalla de Alcañiz.—Dispersion del ejército de Blake.—Vuelve á caer Monzon en poder de los franceses: partidas en Aragon.—Operaciones en Cataluña: apuros de los franceses.—Sangrientos choques en Igualada: entra Saint-Cyr en esta poblacion.—Sale Reding de Tarragona: sus planes.—Desgraciada batalla de Valls: muerte de Reding.—Ocupacion de Reus por los franceses.—Tratado relativo á los prisioneros.—Bloqueo de Barcelona por los españoles: accion de Monserrat: nuevos apuros del ejército francés.—Ocupacion de Vich por los imperiales: loable conducta del obispo de Vich.—Constancia de los catalanes.—Heroismo de las autoridades españolas de Barcelona: prision y destierro de estas.—Desgraciada tentativa de los españoles para apoderarse de Barcelona: suplicios de varios patriotas.—Abandona Saint-Cyr á Vich.—Gerona sitiada por tercera vez.

Mientras de una manera tan feliz se ostentaba en el onrdoeste de España la energía de la insurreccion, lanzando de Galicia y Asturias á sus atribulados invasores, dotada de la misma pertinacia, aunque con diferente fortuna, esforzábase en hacer otro tanto la antigua coronilla de Aragon. Rendida que fué Zaragoza, cayeron en esta provincia los ánimos de sus naturales en la consternacion que es de inferir, atendida la inmensa importancia de tan triste acontecimiento. Los franceses aprovecharon el desaliento de los primeros dias, ocupando á Jaca y Monzon en el mes de marzo; pero no lo pudieron conseguir respecto á Benasque y Mequinenza. La confianza del emperador en que Aragon se le someteria á costa de muy pocos esfuerzos, y la idea que habia concebido de la conquista de Portugal, escitáronle á desmembrar las fuerzas que habian sitiado á Zaragoza, ordenando al mariscal Mortier que con el 5°. cuerpo de su mando se dirijiese á Castilla, á fin de sostener las operaciones de los demas en el mediodía de España y en las fronteras del reino lusitano. Reemplazado Junot por Suchet en el mando del tercer cuerpo, quedó este último general en Aragon á fin de acabar su conquista, prometiéndose el emperador del nuevo caudillo una rápida y decisiva campaña, á pesar de no ser sus tropas tan numerosas como se necesitaba para verificarlo con éxito, si los aragoneses se empeñaban en mostrar actitud algo séria.

La eleccion de Suchet para dirijir en aquella tierra indomable las huestes destinadas á acabar de someterla, hizo honor á Napoleon. Desde sus primeras campañas, y como oficial superior, habia Suchet señalado los principios de su carrera con

brillantísimas acciones en que resplandeció su talento tanto como su valor. Elevado al grado de general, justificó bien pronto lo merecido de su ascenso, ya llenando las funciones de gefe de estado mayor, ya cooperando al frente de su division á los gloriosos esfuerzos de los franceses en Italia. Ayudante del mariscal Massena en la célebre campaña de Génova, viósele contener con un puñado de hombres sin víveres ni vestuario las numerosas tropas austriacas que amenazaban invadir el mediodía francés, y al protejer, como lo hizo, las fronteras de su patria, supo al mismo tiempo, distrayendo oportunamente la atencion del enemigo, preparar el paso de los Alpes, la victoria de Marengo y la rápida segunda conquista á que fué sometida la Italia. Digno era, pues, y muy digno de que Napoleon le confiase el cargo que ahora le daba. Escelente administrador no menos que general consumado, era el hombre mas á propósito para mantener el órden y la disciplina en su reducido ejército. Los soldados le amaban con delirio por sus paternales cuidados, y á ser el Aragon menos fiero, hubiera corrido peligro de ser seducido por él, segun era afectuoso en sus maneras, y segun sabia á su tiempo desplegar un carácter suave y en estremo conciliador.

Nosotros le opusimos un caudillo no indigno de medirse con él; pero militar desgraciado, no obstante su reconocida pericia. Hablamos del general D. Joaquin Blake, que mandado por la Central á Cataluña á las órdenes de Reding, y capitaneando en Tortosa por disposicion de este la division del marqués de Lazan, recibió á mediados de abril órden de pasar á Aragon, á fin de organizar y mandar un segundo ejército de la derecha nominado de Aragon y Valencia, el cual debia componerse de la dicha division de Lazan y de las tropas que enviase Valencia, todo por disposicion del gobierno, que en esta parte fué muy previsor. Por desgracia la Junta de Valencia estaba entregada á rencillas y al mas lamentable abandono, y con ella el capitan general conde de la Conquista, y con él su segundo cabo don José Caro, vuelto allá desde Cuenca con una division en diciembre de 1808, y ocupado ahora en reemplazar al de la Conquista, como lo consiguió tras un trimestre de enredos y maquinaciones. La causa nacional ganó poco con la caida de su antecesor, hombre del todo nulo para el bien y para cooperar como debia á nuestros heróicos esfuerzos. Las rencillas siguieron adelante, y á pesar del desembarazo en que se hallaba aquel reino, completamente libre de enemigos, y dándose la mano con Murcia, exenta del yugo tambien, ni las autoridades ni la junta desplegaron el celo que la patria tenia derecho á exijirles, cooperando con todos sus medios á aumentar las fuerzas de Blake. Hubo este, pues, de contentarse con 8 batallones tan solo que se le enviaron de allí, y á las órdenes de don Pedro Roca estaban apostados en Morella. Con ellos y con la division de Lazan, compuesta de 4 á 5,000 hombres, comenzó á formarse el ejército dicho de Aragon y Valencia, dedicándose el caudillo á instruir sus soldados con celo digno de elogio, y limitándose, mientras no pudiera hacer otro, á establecer dos líneas de comunicacion, una á la parte del rio Algas y otra del lado de Morella. Añadido despues á su mando el de Cataluña, merced al desgraciado suceso de que luego daremos noticia, y teniendo noticia de que las fuerzas francesas destinadas á obrar en el territorio aragones estaban reducidas al tercer cuerpo, trató de mover sus soldados antes de lo que se habia propuesto, decidiénle á ello tambien las nuevas que le llegaron respecto á la insurreccion que empezaba á levantar la cabeza contra los franceses en varias poblaciones de aquel reino.

El momento de verificarlo era á la verdad oportuno, pues ni de Cataluña ni de Navarra podian recibir los imperiales refuerzos de consideracion. Era á los principios de mayo, é irritada la villa de Albelda con las contribuciones que el general Habert acababa de imponerle, negóse abiertamente á pagarlas. El atrevimiento era grande, rayando en temeridad provocar de aquel modo la ira del caudillo francés. Envió este, pues, la gente necesaria para dominar aquel pueblo y castigarle con severidad; pero protejidos los habitantes por 700 hombres destacados de Lérida á las órdenes de Perena y Bajet, ahuyentaron al enemigo, causándole bastante pérdida en Tamarite. Los fugitivos se encaminaron en su mayor parte á Barbastro,

residencia del general Habert, quedando en Monzon seis compañías pertenecientes á la brigada de este, las cuales tuvieron que retirarse al insurreccionarse los habitantes de la última poblacion, siendo impotentes todos sus esfuerzos para ocuparla nuevamente. Habia entonces crecido el Cinca de un modo estraordinario, y no pudiendo vadearlo las seis compañías de que hablamos, cayeron últimamente en poder de los nuestros, capitaneados por dichos Perena y Bajet. Con esto adquirió nuevo vuelo la insurreccion por aquella parte, y Blake aceleró su movimiento internándose en Aragon. La toma de Alcañiz el dia 18 de mayo, ahuyentando de su recinto al general francés Leval, fué el primer fruto de su espedicion, empezada con los mas favorables auspicios.

El desastre acaecido á los imperiales en las orillas del Cinca puso de mal humor á Suchet, harto escaso de fuerzas en verdad para mirar con indiferencia la pérdida de 600 hombres. Con esto y con la entrada de Blake en Alcañiz podia de un momento á otro verse comprometido si la insurreccion progresaba, y deseoso de evitarlo, reunió las tropas que pudo, y dejando en Zaragoza muy poca gente, salió con la mayor parte de su segunda division á reforzar la primera que mandaba Leval, retirado á las alturas de Hijar. Unidas la una y la otra componian 8,000 hombres, 600 de ellos de caballería. Puesto Suchet al frente de las dos, tomó la direccion de Alcañiz, resuelto á acometeter á Blake, cuya fuerza de infantes era igual y menos brillante la caballería. Mandaba la derecha de los nuestros D. Juan Cárlos de Areizaga, la izquierda D. Pedro Roca y el centro el mismo Blake, y estaban todos situados delante del rio Guadalupe, á corta distancia de Alcañiz. Presentáronse los franceses el 23 por la mañana, y á su vista se replegó nuestra vanguardia dirijida por D. Pedro Tejada. Trabado en breve el combate, pusieron los franceses todo su conato en tomar la ermita de Fornoles, en la derecha de los nuestros; pero en vano arremetieron por dos puntos diferentes el cerro en que se halla situada. Vista nuestra resistencia, hizo avanzar Suchet una columna de 900 granaderos para tomar aquella posicion; pero fué vanamente tambien, porque Areizaga y los suyos rechazaron todas las embestidas con indecible arrojo y serenidad. Mas afortunados en otros puntos, consiguieron los franceses por de pronto notable ventaja sobre nuestro centro é izquierda, llegando al pié de nuestras baterías; pero roto en aquella sazon un vivísimo y acertado fuego de fusilería y metralla, tuvieron que volver el pié atras, declarándose en derrota completa. Perdimos nosotros en la accion 300 hombres escasos. La pérdida de los franceses ascendió á 800, y aun hubiera sido mayor á haber sido posible insistir en la persecucion comenzada; pero nuestra caballería no habia dado muestras de mucha firmeza en la accion, y Blake confió poco en ella. La retirada de los franceses fué toda confusion y desórden, siendo tal su pavor por la noche, que cundiendo por sus filas la voz de que venian los españoles, echaron á correr desbandados, llegando en esta disposicion á Samper de Calandas. Recobrados allí del susto, tomó Suchet con ellos la vuelta de Zaragoza, restituyéndose á su recinto el dia 7 de junio.

La situacion del general enemigo era entonces verdaderamente apurada, pues prescindiendo de las tropas de Blake, llamábale tambien la atencion los valientes Gayan y Perena, situado aquel á las orillas del Jalon con un cuerpo franco de 100 hombres, y acampado este por el lado de Monzon é izquierda del Ebro á las inmediaciones del puente de Gállego. Otra accion como la de Alcañiz bastaba para que los españoles reconquistasen á Zaragoza y para que Aragon quedase libre. Suchet tomó las disposiciones que su apuro le aconsejaba á fin de impedir tal desastre, y despues de restablecer en los suyos la disciplina que se habia relajado, adoptó toda clase de medidas para no ser sorprendido en Zaragoza. Supo en esto que Blake avanzaba, y en vez de esperarle en la capital resolvió dejarla cubierta, adelantándose á recibirle. Sus temores de perder una accion que iba á ser decisiva para él, eran, bien mirado, muy justos; pero el destino habia decretado volver contra nosotros la rueda de la fortuna, atajando de un modo el mas triste la marcha victoriosa de Blake.

Engrosadas las tropas de este con otras que se le habian reunido de varias partes, ascendian al aproximarse á Zaragoza á mas de 17,000 hombres. Una division de estos, mandada por Areizaga, y compuesta de 5,000 combatientes, apoderóse de un convoy en las cercanías de Botorrita, viéndose no poco comprometido el general Fabre, cuyas comunicaciones con Zaragoza habian quedado cortadas, teniendo que retirarse á Plasencia de Jalon. Vanamente intentó restablecerlas la segunda division de Suchet, pues ni consiguió su objeto, ni pudo lanzar á Areizaga del puesto que ocupaba en Botorrita. Siguió este, pues, en dicho punto obligando al francés á replegarse, y Blake con sus 12,000 hombres tomó posicion en María, á dos leguas y media de Zaragoza. Era entonces el 15 de junio, y Suchet resolvió acometerle á las dos de la tarde, poniendo en movimiento otros 12,000 hombres, á los cuales acababan de unirse dos rejimientos de refuerzo recien venidos de Tudela. Mantuviéronse firmes nuestros infantes durante algun tiempo, sostenidos por Blake, y por Lazan y Roca; pero flaqueó la caballería, menos numerosa y brillante que la del enemigo. Aun con eso siguió la infantería haciendo frente á los contrarios; pero al fin comenzaron á cejar algunos batallones, y apoderándose el desaliento de todo el ejército, echaron á correr los soldados, abandonando con precipitacion las lomas que ocupaban. Habia durante la batalla desprendídose una copiosa lluvia, que casi obligó á los combatientes á suspender la accion. Lleno de lodazales el terreno, quedó atascada allí la mayor parte de nuestra artillería, perdiéndose 15 cañones que cayeron en poder del francés, junto con tres banderas y 3 á 400 prisioneros, entre ellos el general Odonojú, que mandaba la caballería, y el coronel Menchaca. Los muertos ascendieron á 1,000. El éxito de aquel combate fué tanto mas triste para los españoles, cuanto á haber entrado en accion los 5,000 hombres que con Areizaga habian quedado en Botorrita, hubiera tal vez sido el triunfo para las armas españolas.

El combate de María acababa de asegurar á los franceses la posesion de Zaragoza; mas no por eso se durmió Suchet. Conociendo lo necesario que le era aprovechar con la celeridad posible las ventajas de aquel acontecimiento, espulsando de Aragon la totalidad de las fuerzas de nuestro ejército, que no obstante su reciente derrota, le era todavía temible, envió el general enemigo á su subordinado Leval en persecucion de Blake, que unido á Areizaga en Botorrita, continuaba allí imprudentemente, deseoso de reunir en dicho punto la gente que se le habia desbandado. Avisado con oportunidad de la aproximacion de los contrarios, pudo salvarse de una nueva catástrofe retirándose hácia Belchite, aunque no sin perder 40 oficiales y cerca de 500 soldados del regimiento de cazadores de Murcia, que fueron hechos prisioneros durante la marcha. El desaliento que se habia apoderado de nuestras tropas, y la reanimacion del enemigo con su reciente triunfo, debian influir al parecer en que Blake desconfiase de tentar nuevamente la suerte de las armas, siendo mas que probable otra derrota si tanto se atrevia á aventurar. Él se aventuró, sin embargo, y Suchet quedó sorprendido cuando el dia 18 de junio, tres dias despues de su descalabro en María, vió su gente formada en batalla delante de Belchite. Nuestras posiciones no eran malas; pero hacíalo todo inútil la mal escojida ocasion en que iba á librarse el combate. La derecha de la línea española estaba en una altura ó colina, llamada el Calvario, defendida por un foso y protejida por la villa que tiene su cerca y sus puertas: el centro en Santa Bárbara, punto ya de la misma poblacion, y la izquierda prolongada por varios sitios hasta la ermita de la vírgen del Pueyo. Suchet desplegó sus tropas en la llanura que está delante de Belchite, haciendo avanzar un batallon de infantería ligera hácia nuestro centro, mientras el general Habert se dirijia en columna cerrada á las alturas de nuestra derecha, y Musnier marchaba en columna por batallon sobre nuestra izquierda. Estos tres movimientos del enemigo fueron ejecutados con la mayor precision, acometiendo con impetuosidad. Los nuestros estaban serenos; pero cayendo una granada enemiga en uno de nuestros cajones, voló este con horrible estrépito, espantando mas de lo justo á un escuadron de caballería, que desordenado y confuso trasmi-

tió su terror á todas las filas, las cuales quedaron en cuadro, echando á correr los soldados en todas direcciones. En vano Blake, Lazan y Roca, quietos y firmes en su posicion, se esforzaron durante algun tiempo en dar ejemplo de serenidad á aquella muchedumbre desbandada, porque nadie pensaba en otra cosa que en salvarse de la persecucion, arrojando los soldados sus fusiles á fin de correr mas aprisa. El resultado de este nuevo combate fué matarnos el enemigo 500 hombres por la parte mas corta, cojiéndonos 4,000 prisioneros, nueve cañones, una bandera, veinte y tres cajones, varios carros y gran cantidad de fusiles.

Los franceses aquel mismo dia entraron victoriosos en Alcañiz. Los nuestros se dirijieron á diversos puntos, restituyéndose Lazan á Tortosa con su division, mientras la de Valencia tomaba la via de Morella y S. Mateo. Los demas, careciendo de punto de reunion, repartiéronse por las montañas, pasando de soldados que eran ó querian ser, á convertirse con mayor provecho del pais, en temibles y osados guerrilleros. Porque tal era siempre el resultado de vencimientos como el que nos ocupa. Los españoles (dicen los franceses) vencidos siempre y nunca sometidos, animados de ese valor que nada es capaz de abatir, por ser el amor de la patria el motor que le pone en juego, opusieron á los franceses en toda la Península, y sobre todo en Aragon y Cataluña, la misma resistencia que sus fieros antepasados habian opuesto en otro tiempo á los cartagineses y á los romanos, á los godos y á los árabes, á Carlo-Magno y á Luis XIV.

Suchet dejó en Alcañiz al general Musnier, y enviando una columna hácia Tortosa y otra en direccion de Morella, dejó á Habert observando el Cinca, restituyéndose él á Zaragoza, despues de recobrar á Monzon. Allí se dedicó á preparar los medios que necesitaba para las operaciones subsiguientes. Mejorando ante todo la organizacion de su ejército, procuró al mismo tiempo esplotar los recursos del pais, creando almacenes de víveres, sin olvidar los de municiones, vestuario y equipo y los de armas de todo género. Atento al desempeño de estos importantes cuidados, dispuso sus soldados en términos de poder tener siempre espeditas sus comunicaciones con Francia, destinando tambien varias columnas á la persecucion de las partidas, que no obstante nuestras recientes derrotas, le molestaban por todas partes. Malos fueron seguramente los ratos que estas le dieron; pero antes de informar al lector del nuevo sesgo que allí empezó á tomar la guerra, volveremos la vista á Cataluña, en cuyos gloriosos esfuerzos para sacudir el yugo es preciso volver á ocuparnos.

Dejamos aquella provincia ocupada en la reorganizacion de su ejército despues de la derrota de diciembre de 1808, sufrida en Molins de Rey, y elojiamos al hablar de este asunto la prudente determinacion de Reding en no aventurarse á batallas de éxito las mas veces dudoso, determinacion que por desgracia no supo aquel general llevar mucho tiempo adelante. El ejército francés de Cataluña, á las órdenes de Gouvion Saint-Cyr, estaba por aquellos dias acantonado entre Tarragona y Barcelona, y bien pronto quedaron agotados para él los recursos que ofrecia el pais. Su escasez fué completa desde últimos de enero de 1809, siéndole preciso para hallar subsistencias esparcirse por los distritos montañosos al nordeste del litoral de Cataluña entre las dos ciudades espresadas, costándole cada una de estas escursiones pérdidas considerables. Reding habia distribuido su gente en términos de poder constantemente fatigar á los forrajeadores enemigos, disponiendo ademas destacamentos en todos los desfiladeros á fin de multiplicar los obstáculos. Con esto conseguia á la vez desalentar á sus adversarios y reanimar la confianza de sus tropas. Convencido de que la penuria de los franceses llegaba al último estremo, hizo que un regimiento suizo se acampase en el Coll de Sta. Cristina, proponiéndose con esto cerrarles los pasos que conducen á las llanuras de Valls y al campo de Tarragona, tan abundante en recursos. Las tropas francesas estaban con este motivo en continuos choques con este destacamento, llevando con frecuencia lo peor, si bien hubo ocasiones en que salieron airosas. Mas ni aun con esos contadísimos triunfos conseguian ventajas reales, ni podia compararse su éxito con los de nuestras armas, pues para

un Longot, v. gr., que en el camino de Tarragona nos hiciera 50 suizos prisioneros y derrotase un escuadron español persiguiéndole hasta los muros de esta plaza, habia un marqués de Lazan que supiera volverles las tornas en Castellon de Ampurias, apoderándose de los almacenes que los franceses tenian allí, como lo consiguió el 1.° de enero, resistiendo al dia siguiente el ataque de 3,000 imperiales con 150 caballos y 6 piezas de artillería, obligando al enemigo á encerrarse en la plaza de Figueras.

Reducido Saint-Cyr poco menos que á la desesperacion por la falta absoluta de víveres, puso en movimiento sus tropas en la segunda quincena de febrero, á fin de ocupar el territorio comprendido entre el Gaya y el Francolí. Reding contaba entonces 25,000 de tropas regladas, y determinado á amenazar al enemigo, habia enviado á Igualada una buena porcion de sus tropas. Dirijióse Saint-Cyr con las suyas á esta poblacion el dia 15 de febrero, consiguiendo apoderarse de ella despues de tres dias de obstinados y sangrientos choques, cuyo último resultado fué quedar los nuestros batidos y divididos, y obligados á dirijirse hácia Tarragona. La division del general francés Souham, que marchaba por el Coll de Santa Cristina, halló esta posicion evacuada por los suizos que la defendian, temerosos sin duda de ser envueltos por la division italiana comandada por Pino. Este general por su parte desplegó durante su marcha reiterados é inútiles esfuerzos para apoderarse del monasterio de San Creuss, defendido por el paisanage insurreccionado, en número de 800 hombres, sin consentir proposicion ninguna relativa á capitulacion. Saint-Cyr quedó admirado cuando vió que le era dado llegar á las márgenes del Francolí sin esperimentar resistencia. Situado allí, dejó en Plá la division italiana, y la francesa en Valls, pequeña poblacion á la orilla izquierda de dicho rio, proponiéndose por objeto observar la entrada de los desfiladeros de Montblanch. El total de las fuerzas que tenia á sus órdenes, aunque desparramadas todavía, ascendia á 18,000 hombres.

Reding habia salido de Tarragona con una division en auxilio de las tropas batidas en Igualada, consiguiendo despues de algunos dias reunirlas en las inmediaciones de Montblanch, tras lo cual forzó el Coll de Riva, donde estaba de observacion la division de Souham. Su plan era atrevido y digno de él, y se reducia á destruir esta division, y apoderándose luego de Valls, caer sin perder tiempo sobre la division italiana que venia por el Coll de Santa Cristina, renovando de este modo los lauros que con tanta gloria y denuedo habia cojido en Bailen. Las circunstancias desgraciadamente no eran ahora iguales ni aun análogas á las de aquella sublime jornada, y Reding se dejó arrebatar de un ardor mas loable que juicioso. Otro nuevo Bailen vino á ser Valls, aunque en pequeño, digámoslo asi, mas no para las armas españolas, sino para las falanges francesas.

Era el dia 25 de febrero, y la gente escojida por Reding, compuesta de 10,000 hombres, apareció desde la madrugada formada en batalla á la orilla derecha del Francolí, en posicion bastante ventajosa. Apoyábase nuestra izquierda en las montañas de Alcover, coronadas por numerosas cuadrillas de migueletes, mientras el centro y la derecha, estendida hasta cerca de Villalonga, estaban protejidas por la escarpadura del rio, cuyo curso por aquella parte está aprisionado entre rocas abiertas á pico. El ataque comenzó con un fuego de los mas sostenidos sobre el flanco derecho de la division francesa. Reding, á quien le constaba no tener delante de sí mas que esa sola division, hizo pasar el Francolí á sus mejores tropas, trabándose bien pronto un combate de los mas encarnizados entre los suizos del ejército español y los regimientos franceses 1.° ligero y 42 de línea, los cuales, lo mismo que nuestros soldados, desplegaron como por apuesta los esfuerzos mas inauditos de serenidad y valor, cayendo gravemente herido en una de las acometidas el coronel francés Delort. Seis horas hacia que duraba aquella porfia tenaz, cuando la division italiana, conducida por el mismo Saint-Cyr, vino á tomar parte en la accion. Reducidos hasta entonces los franceses á la defensiva, tomaron la ofensiva á las dos de la tarde, sosteniéndose los nuestros algun tiempo con el mismo

teson con que antes habian acometido. En esto pasó el rio el primer regimiento francés de infantería ligera, quedando casi envuelta nuestra izquierda, mientras los cazadores italianos y los dragones de Napoleon amenazaban nuestra derecha. Nuestra línea al fin quedó rota, y el ejército empezó á desbandarse. Perseguíalo



BATALLA DE VALLS.

el enemigo sin dar á nadie cuartel, y en aquel alcance terrible, Reding, que ya estaba herido, fuélo nuevamente de un sablazo que descargó sobre él un dragon francés llamado Bouzon. Tras esto le iba á hacer prisionero el teniente Bertinot, oficial de grandes esperanzas en el ejército enemigo, y ya estaba á punto de apresarle, cuando cayendo herido de un balazo, perdió á un tiempo la presa y la vida. Con esto pudo salvarse el caudillo español, pero sus heridas por una parte, y por otra su sentimiento al verse derrotado y vencido, acortaron en breve sus dias, haciéndole espirar en Tarragona el 23 de marzo siguiente. Lloróle el ejército español, siendo digna de lamento en verdad la pérdida de un general tan valiente y de tan altas prendas militares, cuyo corazon español, aunque él era suizo de origen, no habia cesado un momento de latir por su patria adoptiva.

Nuestra pérdida en aquella batalla consistió en 1,500 prisioneros y en casi doble número de muertos, con toda nuestra artillería y bagajes. El resto de nuestros soldados se salvó huyendo como fué posible, entrando con Reding muchos de ellos, siempre con el enemigo á la espalda, en los muros de Tarragona.

Conseguido su triunfo, hizo Saint-Cyr ocupar la villa de Reus, la segunda poblacion de Cataluña en poblacion, industria, comercio y riqueza; pero desprovista entonces de granos, no ofrecia á las tropas francesas sino pecuniarios recursos. Detuviéronse estas allí un mes escaso, haciéndolas Saint-Cyr retirar, por no hallarse en aquella poblacion en comunicacion con la Francia, ni aun con el mismo Barcelona.

Antes de abandonar á Reus y Valls para volver á tomar nuevamente sus acantonamientos cerca de la capital del Principado, concluyó Saint-Cyr con Reding un convenio, por el cual se estipuló que los enfermos y heridos de ambas partes beligerantes quedasen confiados á la proteccion de las tropas que tomasen posesion del

pais, cuando fueran abandonados por los suyos por no permitirles su estado ser transportados de unos puntos á otros, cesando asi de ser considerados como prisioneros de guerra. Este tratado, verdaderamente honroso y que tan altamente revelaba los sentimientos humanitarios de los gefes francés y español, fué observado religiosamente tanto por este como por aquel, hallándose uno y otro en el caso de aprovecharse mútuamente y con bastante frecuencia de una estipulacion tan generosa. Al llegar á Reus la division Souham, encontró en aquella poblacion un número considerable de enfermos y heridos españoles, y dió (dicen los autores franceses) el primero y dignísimo ejemplo de humanidad y moderacion, suavizando asi el crudo azote y las calamidades de la guerra. ¡Lástima, añadimos nosotros, que los franceses de Cataluña negasen mas adelante al inmortal defensor de Gerona, al grande y magnánimo Alvarez, los efectos que debió prometerse de aquella generosa medida!

Las victorias del ejército imperial no producian al francés los frutos á que tan ansioso aspiraba. Los insurgentes españoles se habian aprovechado de la ausencia de Saint-Cyr para bloquear otra vez á Barcelona, llegando á situarse en el puente del Rey y en el Coll de Urdal, si bien fueron lanzados de allí por el general Urbin Dervaux. Algun tiempo despues de este acontecimiento, encargado este mismo general de hacer un reconocimiento cerca de Monserrat, dejóse llevar de su ardor en términos harto imprudentes, y escediéndose de sus instrucciones, lanzóse montaña arriba para apoderarse del monasterio, como en efecto lo consiguió, dejando sus soldados allí por espacio de dos dias. Disimularon los monges los proyectos que en su interior abrigaban, y finjiendo á los franceses una acojida benévola, concertáronse secretamente con los españoles, los cuales acudieron á ocupar los desfiladeros, á fin de cortar la retirada al destacamento enemigo. Dervaux se vió apuradisimo; pero al fin consiguió salvarse, merced á los esfuerzos inauditos que desplegló en tal aprieto, perdiendo muchísima gente al abrirse paso por entre las terribles partidas que disparaban á boca de jarro sobre su temeraria columna. Esta falta de disciplina fué castigada por Saint-Cyr condenando á aquel general á un mes de arresto en Monjuich, y publicando el castigo en la órden del dia del ejército francés. En la misma época fué cuando dicho Saint-Cyr recibió el auxilio de otro destacamento procedente de Zaragoza, despues de rendida esta plaza, compuesto de un regimiento de húsares y de dos batallones al mando del coronel Briche. La marcha de este fué constantemente por entre montañas y riscos desde Fraga hasta Valls, necesitando todo su valor y toda su serenidad para defenderse de los somatenes que sin cesar le acometian. Asi era como los franceses no podian contar ni un momento con seguridad de ninguna especie en el territorio invadido. La batalla de Valls les fué inútil: desorganizado nuestro ejército por algunos dias, no por eso hubo desmayo en aquellos hombres de hierro, honra de la constancia catalana, de la perseverancia inaudita con que allí se hacia la guerra.

Á principios del mes de abril ocupaba el ejército francés á Sabadell y Tarrasa, en las inmediaciones de Barcelona, trasladándose luego á Vich, no sin tropezar á cada paso con las consabidas guerrillas. Dicha poblacion, situada en un fértil valle y cercada de montes por todos lados, contenia en su recinto como unas 12,000 almas; pero al aproximarse los franceses quedó totalmente desierta, habiéndose fugado los habitantes con la sola escepcion del obispo, uno de sus vicarios, seis ancianos y unos cuantos enfermos. Era el obispo, segun dicen los franceses, uno de esos hombres respetables que mas honran su ministerio, el cual unia á la moderacion de sentimientos, á la solidez de instruccion y á la pureza de costumbres, el mas ardiente patriotismo. Recibió á los franceses y á sus gefes con muestras de consideracion; pero firmemente adherido á la causa de su pais, no disimuló sus deseos de ver triunfar las armas españolas, ni se desmintió un solo instante la alta consideracion que sus cualidades y virtudes inspiraban á los generales franceses. Cuando el ejército de esta nacion se vió obligado mas tarde á dejar abandonados en Vich sus enfermos y heridos, contuvo este digno prelado el furor de algunos

fanáticos que en el primer acceso de su cólera querian degollarlos sin piedad. El obispo cubrió con su cuerpo á aquellos infelices, habiendo tenido antes la precaucion de reunirlos en una sala de su palacio, asi para responder de su seguridad personal, como para hacerlos cuidar ante sus mismos ojos con todo el esmero que exijen la humanidad y la religion. Un reconocimiento el mas vivo (concluyen los dichos autores) y un sentimiento de profunda veneracion, nos constituyen en el deber de consignar este hecho, rindiendo el debido homenage á uno de los mas virtuosos ministros de la religion cristiana (1).

A los dos meses de permanecer en Vich el ejército francés, habíanse agotado por este todos los recursos de su fértil comarca. Los caballos se habian alimentado de los trigos no granados aun, y aquella poblacion espatriada estaba condenada á su vuelta á presenciar un cruel espectáculo, viéndose amenazada de todos los horrores del hambre como premio de su patriotismo; pero los catalanes soportaban sus males con admirable resignacion, creyéndolos mas que recompensados si conseguian mantener ilesos su honor y su gloria, sus derechos y su independencia. Tanto en Vich como en los demas acantonamientos ocupados por el ejército enemigo, víase este obligado por la escasez á esparcirse á algunas distancias. Las subsistencias que podian adquirir en estas incursiones penosas eran siempre á costa de sangre, no pudiéndolas nunca obtener sin obstinados combates, los cuales, reiterados como eran, debilitaban insensiblemente los batallones de nuestros adversarios, aun cuando estos nos volviesen las tornas, causándonos tambien bastantes pérdidas. Para dar una idea aproximada de la índole de aquella guerra en la época á que nos referimos, baste decir que desde noviembre de 1808 no habia podido el estado mayor de los franceses enviar ni recibir un solo correo, ni Saint-Cyr dar noticia de su persona sino por medio de una débil barca que en medio de los mayores peligros atravesaba como le era posible los cruceros ingleses y españoles, siendo tales tambien los obstáculos que esperimentaba por tierra, que para asegurar la vuelta de un ayudante de campo portador de las primeras noticias oficiales al príncipe mayor general Berthier, le fué preciso al general francés enviar al encuentro de dicho oficial no menos que 3,000 hombres hasta las fronteras de Francia, siendo, tanto á la ida como á la vuelta, atacado este destacamento infinidad de veces, y siempre con muchísima pérdida. ¡Rara bravura, dicen los autores pertenecientes á la nacion vecina, la de aquellos soldados del imperio, que sin poder hacer menos amargos sus últimos instantes con las nuevas consoladoras de sus familias, batíanse no obstante con tanto mas ardor, cuanto mas se gozaban, haciéndolo con la vivísima satisfaccion de probar su adhesion á su patria, á aquella patria de que estaban privados habia mas de seis meses! ¡Rara tenacidad, decimos nosotros, la de aquellos heróicos españoles que á pesar de tener contra sí todas las condiciones que deciden la absoluta sumision de otros pueblos al capricho de sus dominadores, desafiaban, por decirlo asi, hasta las mismas leyes del destino, desconcertando sin cesar los planes que con tantas probabilidades de éxito ponian sus contrarios en juego para acabar con su independencia!

Antes de salir de Barcelona el general francés para dirigirse á Vich, habia procurado asegurarse de la quietud de aquella capital, en cuyo recinto temia estallase de un dia á otro alguna sublevacion. Sus temores no eran infundados, pues habia españoles allí decididos á alzar el grito en el momento que se les presentase ocasion oportuna, poniéndose mientras tanto de acuerdo con los españoles de afuera para el caso en que estos pudiesen intentar algun golpe de mano, como parecia probable, segun se estrechaba á las veces el bloqueo de aquella poblacion. El general Duhesme, que seguia mandando en esta, no se habia descuidado en tomar medidas oportunas para evitar que los conspiradores se saliesen al fin con la su-

(1) *Victoires, Conquêtes, etc.*, tomo XIX, página 329.

va; pero salvo en alguno que otro caso, supo contenerse en los límites de una bien entendida prudencia. Saint-Cyr pensó de otro modo, y creyendo que un juramento desconcertaria los planes de los conjurados, ordenó á Duhesme convocase las autoridades civiles de Barcelona, haciéndolas prometer fidelidad y obediencia al intruso. Es de saber que estas autoridades habian seguido ejerciendo sus respectivos destinos, sin contraer compromiso ninguno que les ligase á nuestros opresores: notable tolerancia en Duhesme, cuyo valor no comprendió Saint-Cyr. Obstinado este en su tema, hubo aquel general de amoldarse á sus órdenes, y convocó en la casa de la audiencia en cuestion á las autoridades el dia 9 de abril. ¿Mas cuál no fué su pasmo, al ver el patriotismo y osadía con que los magistrados y regidores del ayuntamiento, y los demas empleados presentes, negáronse resueltos casi todos á prestar semejante juramento? La historia ha conservado los nombres de los oidores Mendieta, Vaca, Córdoba, Beltran, Marchamalo, Dueñas, Lasauca, Ortiz, Villanueva y Gutierrez; el del contador Araguirre, y los de Ezpeleta y Villalba, sintiendo nosotros no poder añadir los de los demas españoles que tan dignamente probaron en aquella memorable ocasion la lealtad de sus sentimientos, la energía de sus corazones y la elevacion de sus almas. Mortificado el general Saint-Cyr con tan humillante repulsa, ordenó la prision de 29 de ellos en Monjuich y la Ciudadela, arrestando en sus casas á otros muchos, y disponiendo últimamente fuesen conducidos á Francia todos ó la mayor parte de aquellos insignes patriotas. Pero la persecucion hace prosélitos, y Saint-Cyr fué muy poco filósofo al adoptar aquella medida. El fiero catalan no escarmentó, ni era posible que escarmentase, antes se estimuló mas y mas á merecer las palmas del martirio, si no le era posible arrancar los lauros reservados al triunfo.

Muerto Reding el 25 de abril, sucedióle interinamente el marqués de Coupigny, quien siguiendo en inteligencias con varios habitantes de Barcelona, proyectó apoderarse de la ciudad, introduciendo el 16 de mayo por la noche una de sus divisiones, mientras por la parte del mar llamasen la atencion de los franceses las fuerzas navales aliadas. El enemigo desgraciadamente tuvo á tiempo noticia del plan, y frustróse la tentativa, siendo arrestados varios de los conspiradores, los cuales aumentaron el catálogo de los mártires del patriotismo español, subiendo con valor al cadalso el dia 3 de junio. Mientras tanto Reille y Verdier se habian presentado uno tras otro delante de los muros de Gerona, cuya plaza ponian los franceses decidido empeño en tomar. Blake desde Tortosa ideaba los medios de socorrerla y de hacer levantar el sitio, y Saint-Cyr salia de Vich, tanto por la falta de subsistencias, como para estar mas cercano á aquella ciudad inmortal, á fin de auxiliar á los suyos en las operaciones del asedio y desbaratar nuestros planes, dirijidos á hacerlo levantar. Salió, pues, de la villa en cuestion á los dos meses de su permanencia, y pasando los desfiladeros de San Hilario, situó sus tropas en las llanuras del Ter, apoyando su derecha en la laguna del Sil y su izquierda en Bassano; tras lo cual adoptó otra posicion mas concentrada alrededor de Fornell, donde puso su cuartel general.

Gerona tenia fijos sobre sí en aquella solemne ocasion los ojos de España y de Europa. De su apenas creible constancia y de la inmarcesible corona con que el martirio coronó su frente y la de su inmortal defensor, hablaremos en otro capítulo.



CAPITULO XXV.

Guerra de Austria.—Sale de su apatía el gobierno inglés con motivo de este acontecimiento: sus designios respecto á ocupar á Cádiz y tener á su disposicion el mando de nuestros ejércitos: rechaza la Central ambas especies.—Plan de campaña ideado por Wellesley para reconquistar á Madrid.—Situacion del mariscal Victor: ejército de Estremadura reorganizado por Cuesta.—Reunion de las tropas de Wellesley y Cuesta en Oropesa.—Propónese aquel derrotar á Victor.—Plan de resistencia adoptado por el rey José: movimientos de Soult y Sebastiani.—Sale de Madrid el rey intruso para ponerse al frente de su ejército.—Rencillas entre Cuesta y Wellesley: piérdese la oportunidad de destrozar á Victor.—Reune el rey José las fuerzas de Victor y Sebastiani: crítica situacion de sus tropas á pesar de esa reunion: determina el intruso tomar la ofensiva.—Reencuentro con las tropas de Cuesta: repasa este el Alberche.—Preparativos de los franceses y de los aliados para la batalla de Talavera: distribucion de fuerzas por ambas partes.—Combate del 27 de julio.—Batalla de Talavera.—Recompensas otorgadas á Wellesley y á Cuesta.—Combate de Aranjuez.—Inaccion de los ingleses.—Su retirada.—Retíranse tambien los españoles.—Combate del Puente del Arzobispo.—Cuesta reemplazado por Eguía.—Batalla de Almonacid.—Retirada de Venegas.—Reflexiones.

El grito de guerra que el pueblo español se habia atrevido á lanzar en mayo de 1808, y la perseverancia inaudita con que sostenia la lucha, sin desistir de su resolucion por descalabros de ninguna especie, habian dado aliento al Austria para lanzar el guante á Napoleon el dia 9 de abril de 1809, poniendo un término al silencio con que devoró cuatro años la humillacion que el emperador hacia pesar sobre ella desde el célebre tratado de Presburgo. No referiremos aqui, porque no es de nuestra inspeccion, los sucesos de la campaña abierta por los numerosos y bien pertrechados ejércitos de aquella nacion poderosa; pero sí diremos que el éxito no correspondió á la esperanza que los demas pueblos de Europa, esclavizados todavía por él, tenian, á lo que parece, derecho á concebir. La estrella de Napoleon no debia eclipsarse en el norte hasta despues que los españoles acabáran de quitarle el prestigio con que todavía brillaba.

Aquel hombre estraordinario, obligado á salir de España en enero de 1809 á fin de conjurar el nublado que ya entonces comenzaba á agruparse sobre su cabeza, estuvo como en guardia en Paris hasta que estalló la tormenta, saliendo de aquella capital el 11 de abril para ponerse al frente de su ejército. Llegado sin demora á Strasburgo, pasó el Rhin á continuacion, y luego en las orillas del Danubio avistóse con el rey de Baviera, cuyas tropas unió á las de su ejército el 19 del mismo mes. Rodeado de gloria por todas partes, y atropellando, por decirlo asi, los laureles que encontraba en su marcha, dadas las batallas de Tann y de Abensberg, caida en sus manos Landshut, vencedor en Eckmulh y en Ratisbona, y derrotando á los austriacos en Ebersberg, cayó sin detenerse sobre Viena, y sitiándola y bombardeándola, no habia transcurrido sino un mes desde su salida de Paris, cuando ya sus altivas banderas ondeaban triunfantes como de costumbre sobre el pa-

lacio del emperador que se habia atrevido á retarle. Pasado despues el Danubio por una buena parte de su ejército, mostró la fortuna algo sério su semblante al guerrero del siglo, puesto que en los dias 22 y 23 de mayo fueron los franceses batidos por los austriacos en la célebre batalla de Essling, pereciendo en ella entre otros militares de pro el mariscal Lannes, el que habia sitiado á Zaragoza. Muy comprometido se halló el grueso del ejército francés en aquella infausta jornada; pero gracias á la severidad y al intrépido valor de Massena, pudo salvarse de su total destruccion con la célebre retirada que tanta nombradía valió á este, y que tan justamente le hizo acreedor al título de Príncipe de Essling que el emperador le otorgó. No entraba en los cálculos de este, acostumbrado siempre á vencer, un descalabro como el de que hablamos, y asi fué notable su pena cuando viéndose precisado á repasar el Danubio, tuvo que desmembrar algunas fuerzas de las que lidiaban en España, á fin de aumentar las del norte.

Sabidos en la Península, del 10 al 15 de junio, los sucesos que tenian lugar en aquellas lejanas rejiones, y enterado de ellos tambien con alguna anticipacion el siempre cauto ministerio inglés, celebróse con notable júbilo la derrota de Napoleon; y el gobierno de nuestros aliados, tan apático en ausiliarnos despues de libertado el Portugal, decidióse á salir de su inaccion, secundando nuestros esfuerzos con mas actividad y eficacia de la que hasta entonces habia empleado. Wellesley recibió instrucciones de Canning para ver si le era posible ocupar la plaza de Cádiz, y aun ponerse al frente de nuestros ejércitos, sondeando al efecto los ánimos de los miembros de la Junta Central. La primera de estas dos insinuaciones habíase hecho ya por Smith, y de un modo bien brusco seguramente, desde enero de este mismo año, llegando la osadía británica al estremo de destinar 4,000 de su nacion á tomar posesion de aquel punto, empezando por dos regimientos; pero la Junta no quiso en modo alguno acceder á tan estraña solicitud, y previno al marqués de Villel, su representante en aquella ciudad, y al gobernador de la misma que, salvos los miramientos debidos á nuestros aliados, no se les permitiese ocupar aquel importante recinto. El alboroto que á fines de febrero tuvo lugar en Cádiz, y del cual fué victima Heredia y estuvo espuesto á serlo Villel por las desacordadas medidas é impolítica conducta de este como representante del gobierno central, atribuyóse entonces á intrigas de los agentes ingleses para realizar á su sombra el pensamiento de la ocupacion; pero esto nos parece rumor destituido de fundamento. Sea como se quiera, las pretensiones del gobierno inglés fueron, sin faltar al decoro, rechazadas con energía, y cuando tan reciente era el hecho, cáusanos estrañeza que Canning encargase ahora á Wellesley la reproduccion de la especie, con mas la insinuacion humillante relativa á tener el mando de nuestras tropas el gefe de las anglo-portuguesas. Viendo Wellesley que el gobierno español no estaba dispuesto á aceptar auxilios que pudieran rebajarle á los ojos de sus conciudadanos, desistió por entonces de la idea, y disimulando la mortificacion que le causaba la negativa, manifestóse dispuesto á desplegar cuantos esfuerzos pudieran como aliado exijírsele en pro de la causa española.

Para ello propuso un plan, cuyo atrevimiento contrastaba notablemente con la circunspeccion exajerada de los generales británicos; pero que sin embargo tenia una esplicacion muy plausible, consistente no solo en la confianza que habian inspirado á Wellesley los últimos sucesos de la campaña de Portugal, sino en las esperanzas que habia de que Napoleon se desgraciase en la de Alemania, segun el giro que tomaban sus cosas despues de la batalla de Essling. El plan á que nos referimos fué conferenciado con Cuesta, conviniendo este con Wellesley en casi todas sus indicaciones, y se reducia no menos que á marchar via recta á Madrid. El inglés debia desplegar en Zamora, adonde se habia retirado, toda la actividad imaginable para reorganizar y equipar, y hacer respetables sus tropas; y era poca prevision presumir que habia de serle posible avanzar hasta mas allá de los acantonamientos de Soult, Ney y Mortier, para ser feliz en seguida destrozando el primer cuerpo del ejército enemigo que hallase en su camino directo. Tal era su es-

peranza, no obstante, segun puede inferirse de las muestras; pero si en efecto fué asi, sus cálculos estuvieron muy lejos de producir ese resultado.

Victor, despues de haber mandado que se le reuniera la division de Lapisse, la cual acababa de hacer un amago sin fruto sobre la plaza de Ciudad-Rodrigo, se habia dirijido hacia Alcántara, donde despues de un encuentro poco importante con las milicias portuguesas, pasó á la otra orilla del Tajo. Al dia siguiente hizo verificar algunos reconocimientos en direccion de Castelo-Branco; mas sabiendo que se hallaba en Abrantes un cuerpo de ocho mil ingleses y portugueses, conjeturó muy oportunamente que aquello no podia ser efecto sino de haber sido detenido Soult en su marcha á Lisboa, y concluyó que siendo esto asi, debia rechazar como imprudente toda tentativa de invasion en el territorio portugues, sin conocer ante todo la marcha de las cosas en aquel reino, cuanto mas debiendo temer ser atacado él mismo á la hora menos pensada por el ejército anglo-portugues. Esta última consideracion hizo que Victor se determinase á reconcentrar sus tropas por los alrededores de Trujillo, entre el Guadiana y el Tajo, asegurando asi sus comunicaciones por el puente de Almaraz, cubriendo el camino de Madrid, y observando los movimientos del ejército de Estremadura, que reorganizado por Cuesta despues de su reciente derrota, contaba 30,000 infantes y 6,000 caballos, y estaba preparándose ya á entrar nuevamente en campaña.

El cuarto cuerpo francés, á las órdenes de Sebastiani, no se habia atrevido á pasar de Santa Cruz de Mudela, despues de su victoria conseguida en los campos de Ciudad-Real, segun en otra parte insinuamos; y siguiendo acantonado en la Mancha, debia en caso de necesidad darse la mano con las tropas de Victor. Ahora vamos á ver como este calculó bien la posibilidad de que el ejército anglo-portugues le atacase de un momento á otro.

Dejando Wellesley de perseguir las tropas de Soult en su retirada de Portugal, habia vuelto á pasar el Duero á fin de ocupar á Thomar y Abrantes en la orilla del Tajo, y hallarse asi en disposicion de penetrar por Coria y Plasencia en la Estremadura española. Antes de verificarlo trató de sondear, como se ha dicho, el ánimo de la Junta Central respecto á mandar nuestras tropas, y no habiendo conseguido su objeto, combinó, de acuerdo con ella y con Cuesta, el plan de que acabamos de hablar; tras lo cual, y mientras Venegas debia con arreglo al mismo plan salir de la Mancha con sus 15,000 hombres, á fin de apoderarse de Toledo y dirijirse sobre Madrid, reunió el general inglés todas sus tropas en Salvatierra, en la frontera de Portugal, dirijiéndose á continuacion por Coria á Plasencia, y reuniéndose en Oropesa el dia 20 de julio con el ejército de Cuesta, que habia pasado el Tajo por los puentes de Almaraz y del Arzobispo.

Wellesley se proponia ante todo derrotar el cuerpo de Victor, y dándose la mano en seguida con nuestro ejército de la Mancha al mando del general Venegas, marchar con todas estas fuerzas reunidas sobre la capital de España, creyendo que los franceses no podian oponerle á tiempo una masa bastante numerosa, y que la ocupacion de Madrid ofreceria pocas dificultades.

Entretanto, á la primera noticia de la invasion de Estremadura por el ejército anglo-portugues, habia el rey José adivinado una parte de los proyectos del general británico, y alarmado con su movimiento, mandó á Soult que reuniendo sin dilacion á su cuerpo de ejército los de Ney y Mortier, caminase á marchas forzadas sobre Plasencia, á fin de cortar en este punto la línea de comunicacion del ejército de Wellesley, ó de forzarle al menos á marchar con mas lentitud en su direccion á Madrid. Este movimiento de Soult debia ser decisivo, pues situando al inglés entre dos ejércitos, podia aquel prometerse un resultado tanto mas ventajoso cuanto mas parecia indicarlo la circunstancia de no haber su contrario podido cubrir su flanco izquierdo ni su retaguardia sino por los destacamentos que Cuesta habia dejado en Perales y en el Col de los Baños, puntos por los cuales debian desembocar los franceses viniendo de Salamanca.

El general Sebastiani, que con el cuarto cuerpo cubria á Madrid por el lado de

la Mancha, se aproximó á Toledo á marchas forzadas á fin de pasar el Tajo y reunirse á Victor, mientras este por su parte habia salido de Trujillo hácia el Tajo, tomando la direccion de Talavera sobre el Alberche.

Entretanto el rey José, acompañado del mariscal Jourdan, que desempeñaba á su lado las funciones de mayor general, salió de Madrid el dia 23 de julio, llevando consigo su guardia y una division al mando del general Dessolles. Su salida tenia por objeto reunirse á Victor en las orillas del Alberche, y procurar á continuacion detener á sus enemigos todo el tiempo que fuera necesario para dar lugar á la llegada de Sebastiani, y para que tuviera resultado el movimiento que, segun lo que arriba se ha dicho, debia Soult realizar. Esperar este movimiento era para el intruso resolucion tan cuerda como importante, y de que nunca debió desistir; mas José no supo guiarse por los consejos de la sabiduría.

Ni tampoco los oyeron mejor los gefes del ejército aliado. La campaña de Talavera, la mas complicada tal vez entre todas las que tuvieron lugar en la guerra de la independencia, exijia un acuerdo completo entre uno y otro caudillo, y desgraciadamente hubo rencillas que se opusieron desde un principio al logro de ese objeto vital. Hallábase en Cazalegas el cuartel general de Victor, y sus tropas componentes 25,000 hombres, corrian gravísimo riesgo de ser desbaratadas, si unidas las de Cuesta á las de Wellesley caian desde luego sobre ellas. Tal fué al menos la creencia de este, proponiendo á aquel un ataque para el 23 de julio, dia en que el francés conservaba todavía su posicion desfavorable en el punto arriba indicado, habiéndose visto sus tropas precisadas á cruzar el Alberche despues de un encuentro desventajoso con los soldados que mandaba Zayas. Cuesta se negó á acometer, no se sabe por qué razon, en el dia que se le insinuaba, diciendo que lo haria al siguiente; mas en este no pudo hacerlo ya, porque Victor levantó su campamento en la noche del 23, tomando el camino de Toledo. Cuesta entonces siguió detras de él, con un ardor tan chocante como inoportuna habia sido su inercia del dia anterior, pues ¿cómo el que se habia resistido á batallar con 25,000 hombres, podia prometerse salir bien midiéndose con duplicadas fuerzas, solo y sin el auxilio del inglés, que por especiosas razones se quedaba plantado en el Alberche?

Esas fuerzas á que nos referimos tardaron muy poco en doblarse, y Cuesta lo debió presumir. Sebastiani desde la Mancha llegó el 25 á Toledo, ocultando su movimiento á Venegas, arribando el mismo dia á aquella capital los dos cuerpos que mandaba José. Unidas todas estas tropas á las de Victor, venian á componer un total de 50,000 hombres. José las hizo tomar posicion en la orilla izquierda del Guadarrama, y estando concentradas asi, habiase perdido la probabilidad que poco antes habia de hacerlas trizas separadamente. A pesar de este primer yerro, no era ventajosa tampoco la actual situacion del francés. Esos 50,000 hombres no bastaban, si bien se miraba, á cubrir del todo á Madrid, y acaso convenia á José limitarse á la defensiva, entreteniendo á sus enemigos por medio de oportunos ardides, dando de esta manera tiempo á Soult para verificar la diversion de que estaba encargado. Verdad es que aun asi habia peligro en el campo del rey intruso, porque si dejaba avanzar mucho el ejército anglo-español, del cual se habia destacado Wilson adelantándose hasta Navalcarnero, distante 5 leguas de Madrid, era de temer que ese ejército revolviese sobre el de los franceses, cortándole toda retirada en direccion de la capital. Por otro lado, el general Venegas podia avanzar hasta el Tajo, y abrirse en este rio, vadeable por las inmediaciones de Aranjuez, un paso que los franceses no se hallaban en el caso de poder disputarle. Era crítica, pues, la situacion de los imperiales, y habiendo peligro para ellos en la ofensiva y en la defensiva, creyó José deber preferir el primer partido al segundo, marchando directamente sobre el ejército aliado. Decidido á verificarlo, dejó en Toledo 3,000 hombres para guardar los puentes del Tajo, y obligar de este modo á Venegas á costear este rio hasta Aranjuez, lo cual debia retardar su marcha tres dias. Un regimiento de dragones recibió igualmente la órden de apostarse en dicho real sitio, á fin de observar el presunto movimiento de Venegas, dando cuen-

ta de él al general francés Belliard, gobernador de Madrid, el cual estaba encargado de contener con algunos batallones al heróico pueblo del Dos de Mayo, cuya sorda fermentacion iba en aumento creciente á medida que via aproximársele las tropas del ejército aliado.

Cuesta en tanto se habia adelantado, como hemos dicho, en pos de las huellas de Victor, llegando el 25 á Santa Olalla y Torrijos, puntos por donde el francés habia pasado para dirijirse á Toledo. Adoptada en esta ciudad la determinacion de José relativa á volver sobre los nuestros, pasaron las tropas francesas el rio Guadarrama el 26 de julio por la mañana, y notando el movimiento de Cuesta, resolvieron escarmentarle. La vanguardia de Victor atacó á la de nuestro general cerca de Alcabon. Resistióse algun tiempo el gefe de esta D. José de Zayas; pero al verse inferior en número, trató de retirarse con órden. Hízolo asi con serenidad, pero su movimiento retrógrado resintióse muy pronto de confusion, merced á la inquietud de los peones, que al ver al regimiento de caballería de Villaviciosa imposibilitado de obrar metido entre unos vallados, retrocedieron á Alcabon atropelladamente, pudiendo haberlo pasado muy mal si no hubiera acudido á ampararlos el duque de Alburquerque con una division de 3,000 caballos. Este auxilio oportuno dió lugar á que la vanguardia se recojiese al grueso del ejército; pero el regimiento de Villaviciosa fué deshecho por otro de húsares franceses, que le acuchilló cerca de Torrijos. A la mañana siguiente continuó el enemigo su movimiento, y habiendo tropezado en Cazalegas con la vanguardia inglesa, que habia avanzado con el fin de protejer la retirada de Cuesta á Talavera, hízola tambien volver atras, rechazándola á la orilla derecha del Alberche. Resistíase Cuesta con la tenacidad que le caracterizaba á repasar por su parte este rio, pero al fin consiguióse que lo hiciera, cediendo á las oportunas reflexiones del general inglés. Victor pasó el rio tambien á las cuatro de la tarde, verificándolo á vado; y habiendo quedado en la orilla derecha uno de nuestros destacamentos, destinado á defender el paso, fué acometido y rechazado igualmente por uno de los regimientos de la division de Lapisse.



Conociendo el general inglés que los franceses se preparaban á dar una batalla, dió las disposiciones oportunas para recibirla. Mandó al efecto á Wilson retro-

ceder de Navalcarnero á Escalona, disponiendo igualmente repasasen el Alberche los destacamentos de sus tropas que habian quedado todavía á la izquierda de dicho rio. Hecho esto elijió la posicion que le pareció mas ventajosa en la orilla derecha, disponiendo las tropas en dos líneas y haciéndolas ocupar la llanura comprendida entre Talavera y el cerro de Medellin, cerro que era la llave de la posicion, y cuya defensa sin embargo no aseguró el inglés como debia al apoyar su izquierda en él. La derecha tocaba al Tajo, y el frente quedaba cubierto en toda su estension por la madre del Portiña que entonces estaba seco. El inglés esplotó y aprovechó todos los accidentes del terreno, ya construyendo obras de campaña, ya por medio de talas de árboles. Tenian la derecha los nuestros; los ingleses el centro y la izquierda. El número de las tropas aliadas ascendia á 53,000 hombres, siendo españoles 34,000, entre ellos cerca de 6,000 caballos, y anglo-portugueses el resto, constando este de 16,000 peones y 3,000 de caballería. Dividido el grueso de la infantería de Cuesta en cinco divisiones, mandábanlas el marques de Zayas, D. Vicente Iglesias, el marqués de Portago, D. Rafael Manglano y D. Luis Alejandro Bassecourt, teniendo la vanguardia por jefe á D. Jose de Zayas y la reserva á D. Juan Berthuy, mientras la caballería, que constaba de dos divisiones, llevaba á su frente á D. Juan Henestrosa y al jóven duque de Alburquerque. Las divisiones del ejército inglés eran cuatro, y sus gefes los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

Era el cerro de que arriba se ha hablado nuestro punto mas importante, y á él debia José dirijir sus principales esfuerzos, como lo hubiera hecho un general perito y dotado de ese golpe de vista que decide con anticipacion el éxito de las batallas; pero el fuerte del intruso no era ese, y Jourdan, que podia tal vez guiar la inesperiencia de José, no se atrevió á contrariar las disposiciones que este creyó del caso tomar de acuerdo con los demas generales.

Al anochecer del 27 hallábase el ejército francés á tiro de cañon de los nuestros, y queriendo Victor probar si le era posible apoderarse del cerro á favor de la oscuridad, ordenó á Ruffin atacarle con su division, mientras la de Lapisse verificaba una diversion sobre nuestro centro, bien que con precaucion y prudencia, para no aventurarse demasiado. Este plan, que á salir bien á Victor hubiera puesto á descubierto la izquierda del ejército aliado, privando á nuestra línea de batalla de toda especie de apoyo, habríanos forzado á retirarnos, so pena de esponernos á una derrota; pero ya fuese por falta de fuerzas, ya por falta de buena direccion, desgraciósele la tentativa. Uno de los regimientos destinados al ataque equivocó su ruta engañado por la oscuridad, y otro esperimentó algun retardo en su marcha por la interposicion del cauce del torrente, siendo solo el noveno ligero el que asaltó el cerro, desbaratando las primeras tropas que trataron de resistírsele. La intrepidez de este regimiento fué desesperada en verdad, consiguiendo arribar á la cima, de la cual descendieron por otro lado los ingleses que la defendian. Jadeando estaban aun los que tanto acababan de hacer, cuando revolviendo sobre ellos el general británico Hill al frente de su division, hízolos descender de la altura con pérdida de 300 hombres, siendo inútiles los esfuerzos de los franceses para recobrarla. Eran ya las diez de la noche, y unos y otros pusieron fin al encarnizado combate, pasando lo que restaba hasta la madrugada siguiente en prepararse á una batalla general.

Esta infructuosa embestida por parte de los imperiales tuvo para ellos un gravísimo inconveniente, y fué el de dejar entreveer el proyecto de ataque de la madrugada, haciendo conocer á los aliados la importancia de conservar aquella fuerte posicion. Wellesley, que la habia descuidado de un modo bastante notable, adoptó, merced al aviso, las disposiciones al caso para remediar su imprevision, siendo una de ellas prolongar su izquierda, reforzándola con parte de su caballería y con la division española al mando de Bassecourt.

El 28 al amanecer estaban colocados en batalla ambos ejércitos beligerantes, dando luego principio el cañoneo. Advertido por la esperiencia de la víspera, y conociendo el peligro de atacar á los aliados, superiores en fuerzas y en posicion ca-

si inespugnable, parece que Jourdan opinó por estar á la defensiva mientras Soult terminaba su movimiento sobre la espalda de aquellos; pero Victor manifestó á José (asi se asegura á lo menos) ser deshonroso para el ejército francés dilatar un ataque ya empezado, enfriando con este retardo el ánimo de los imperiales tan dispuestos á combatir. Pasóse asi la noche en discutir una y otra opinion, y José, naturalmente tímido y de carácter irresoluto, acabó entonces por decidirse adoptando la determinacion mas atrevida. Reconociendo luego el enemigo que era de muy difícil acceso el centro y derecha de la línea del ejército coaligado, tanto por el cauce del Portiña, que cubria su frente, como por los olivares que impedian al ejército francés desplegarse oportunamente, resolvió tentar un nuevo esfuerzo sobre la izquierda de esa misma línea como único punto vulnerable, encargándose Victor del ataque del cerro, mientras debia avanzar Sebastiani entre esta posicion y Talavera atravesando los olivares.

A las ocho de la mañana renovó Ruffin el ataque de la víspera, consiguiendo tres regimientos enemigos arribar á la cima del cerro, si bien á costa de terribles pérdidas. Rechazados despues con vigor cuando iban ya á apoderarse de la artillería británica, viéronse obligados á retrogradar hasta su primera posicion, dejando la victoria en las manos de Hill cuando casi estaba por ellos. No reiterando el ataque las demas divisiones de Victor, creyó Wellesley que la intencion de los enemigos era rodear el cerro por el valle, y entonces fué cuando verificó la prolongacion de su izquierda y adoptó las demas disposiciones á que arriba nos referimos, para cubrir aquella posicion. Mientras tanto pasábase el tiempo en tomar los franceses medidas para ofender y los aliados para defenderse; y aunque el cañoneo anunciaba que ambas partes lidiaban aun, bien pronto fué cesando gradualmente el estrépito que se oia. El ardor del sol meridiano obligó á suspender el combate tantó al uno como al otro ejército. Aprovechando entonces esta especie de tregua para recorrer su línea, determinaron José y Jourdan dirijir un ataque general sobre el frente de los aliados en toda su estension. Comenzó el ataque sobre nuestra derecha la division Leval, perteneciente al cuerpo de Sebastiani, avanzando esta tropa á traves de los olivares, y viéndose bien pronto cercada por 15,000 ingleses; pero apoyando su izquierda el general francés en un cuadro formado por uno de sus regimientos, atacó á los ingleses á la vez, y los rechazó con fortuna, haciéndoles un buen número de prisioneros. Mientras tanto la division de Lapisse habia atacado el cerro, siendo de él rechazada con gran pérdida, y quedando fuera de combate un buen número de oficiales, incluso el mismo general. Victor entonces, reuniendo esta division al pié del cerro, renunció á atacarle de frente, y aspiró solamente á rodearlo. En consecuencia de esta determinacion avanzó por la llanura la division de Vilatte, mientras la de Ruffin seguia por el pié de aquellas alturas, y la caballería se preparaba á maniobrar á retaguardia, proponiéndose caer en la llanura en el momento que la infantería abriese un claro en las filas contrarias. Formidables eran las masas que ponia el francés en movimiento; pero Wellesley lo observaba desde lo alto del cerro, y destacando al general Amsom al frente de dos regimientos, ordenóles cargar al enemigo. Hízolo este con una impetuosidad estraordinaria, empeñándose en tales términos, que ambos regimientos pasaron, á pesar del fuego de la infantería francesa, por entre las divisiones Vilatte y Ruffin, cayendo sobre la brigada de caballería ligera del general Strolz, la cual en los primeros momentos no pudo resistir la embestida. Rehecha poco tiempo despues, atacó á su vez á sus adversarios, secundando su arremetida la brigada del general Merlin. El resultado fué quedar completamente destruido, ó hecho prisionero, uno de los dos regimientos, y dispersarse el otro por la llanura; pero eso no obstante, quedó tan sorprendido el enemigo con aquella brillante carga, que sus columnas hicieron alto, manifestándose como petrificadas en presencia de tanta bizarría. La division española de Bassecourt y la caballería de Alburquerque sostuvieron con sus esfuerzos aquella singular embestida. El éxito entretanto era dudoso en la horrible refriega del

centro, pues si bien el general inglés Sherbrooke habia rechazado á Lapisse con estraordinaria enerjía, dejáronse sus tropas llevar de un ardor tan inconsiderado, que el francés revolvió sobre ellas, consiguiendo desbaratarlas y aun casi romper el tal centro; mas Wellesley que lo observaba todo envió á sostener á los suyos al coronel Donellan con un regimiento, y fué tal la firme actitud que este desplegó en aquel trance, que al fin se rehicieron los demas, y últimamente rechazaron á sus contrarios, haciéndolos retroceder precipitadamente y perder al general Lapisse, que en aquella última embestida de los aliados cayó en tierra mortalmente herido. La noche puso fin al combate, volviendo el enemigo á sus posiciones con pérdida de 7,400 hombres entre muertos y heridos, siendo igual la del ejército aliado, puesto que los ingleses tuvieron 6,200 fuera de combate y 1,200 los españoles. Portáronse estos con bizarría; pero la furia de la pelea cayó toda sobre los ingleses.

La Central nombró á Wellesley capitan general de los ejércitos españoles, cuya gracia no quiso admitir, y el gobierno inglés le elevó á la dignidad de Par bajo el título de Lord Wellington de Talavera, señalándole una renta de 2,000 libras esterlinas. Por lo que toca á Cuesta, la Junta Central le premió con la gran cruz de Cárlos III. A las tropas que se hallaron en esta sangrienta batalla concedióles la Regencia del reino en diciembre de 1810 una cruz de distincion en la cual se leen estas palabras: *Talavera* 28 *de julio de* 1809. ¡Lástima que tanto heroismo como aquel dia se desplegó no produjera el mas pequeño fruto para la causa de la independencia, como observaremos despues!

Despues de la batalla de Talavera habian quedado ambos ejércitos, el de los aliados y el de José, mirándose frente á frente, sin osar Wellesley caer sobre este, ni José aventurar nuevamente una accion de seguro mal éxito. La posicion de los franceses era equívoca mientras tanto, llenándolos de justa inquietud el movimiento de Venegas al Tajo, al tiempo que Sebastiani se reunia con Victor, dejando hasta cierto punto desamparado por aquella parte el camino que conduce á Madrid. En efecto: el ejército de la Mancha, uno de los mejores que entonces teniamos, se habia dirijido á Aranjuez despues de la retirada de Sebastiani, ocupando este sitio real, mientras una de sus divisiones amenazaba á Toledo. Ascendia el total de sus fuerzas á unos 32,000 hombres, y los gefes que mandaban sus cinco divisiones eran de los mas acreditados, siéndolo el de la primera el valentísimo Lacy, y los de las demas por su órden Vigodet, Giron, Castejon y Zerain, mientras el marqués de Gelo acaudillaba la caballería. Wilson se hallaba en Escalona, á 11 leguas de Madrid, y los habitantes de esta villa aguardaban ansiosos el momento de recibir á sus libertadores, dando muestras bien significativas de lo poco que los asustaba la actitud de Belliard, que encerrado en el Retiro con sus tres batallones, única fuerza que tenia por guarnicion, se disponia á defenderse allí hasta el último trance mientras le venian socorros. Todo parecia convidar á Venegas á caer sobre la capital, seguro de obtener resultados si aprovechaba aquellos momentos; pero tímido en demasía, ó no teniendo suficiente fe en el éxito de su marcha, limitóse á reconcentrar en Aranjuez todas las fuerzas de que disponia, apostando en el puente largo sobre el Jarama la division que al mando de Lacy habia amenazado á Toledo, á quien el general español hizo venir de aquellas inmediaciones, á la noticia de que el enemigo se dirijia á dicha ciudad.

Y era en efecto asi, porque noticioso José de todo lo que pasaba, determinó aproximarse á Madrid, ordenando la retirada de su ejército en la noche del 28, repasando el 29 el Alberche, y dirijiéndose por Santa Olalla á Illescas, adonde llegó el 31 con el cuerpo de Sebastiani, su guardia y la reserva, despues de destacar una division camino de Toledo. Victor siguió otra ruta, ladeándose por la izquierda y situándose el 1.º de agosto hácia Maqueda y Santa Cruz de Retamar con el objeto de observar á Wilson, cuyas tropas creia mayores en número de lo que eran en realidad. José desde Illescas podia, segun la necesidad, socorrer al cuerpo de Victor, oponerse á los progresos de Wilson y contener al pueblo madri-



Mujica dibº y litº

Litogª de Perez.

BATALLA DE TALAVERA.

leño. Venegas que esperaba en Aranjuez se le reuniesen por lo menos las tropas que al mando de Cuesta habian combatido en Talavera, recibió el 3 de agosto la noticia de su retirada. Tan inesperado incidente debió naturalmente chocarle, y lo que procedia en tal caso era retirarse él tambien, dado que no era ya su posicion sino muy equívoca allí. Él no obstante pensó de otro modo, y viendo que el enemigo se aproximaba, situóse el 5 en el camino de Ocaña con las divisiones 4ª y 5ª, mientras Giron con las otras tres defendia delante de él los vados del Tajo y los puentes por donde podian pasar, cortando el que se llama de la Reina. Presentáronse los franceses en las inmediaciones de Aranjuez en la tarde del mismo dia, y acometida en el puente del Jarama la vanguardia de los españoles, replegóse á la poblacion. Avanzaron aquellos por su parte por la orilla derecha del Tajo, intentando lanzar á Giron con reiteradas acometidas; pero este se sostuvo con brio, y secundado por los esfuerzos de Lacy, Vigodet y demas gefes, hízoles conocer que era inútil empeñarse en mas tentativas. Escarmentados los



COMBATE DE ARANJUEZ

franceses, desistieron al llegar la noche de su proyecto de pasar el rio, habiéndoles costado su empeño 500 hombres fuera de combate, mientras los españoles no habian tenido de pérdida sino unos 200. El enemigo entonces pareció querer dirijirse hácia la ciudad de Toledo con el fin de pasar el Tajo por aquellas inmediaciones. Venegas, que poco antes podia retirarse sin peligro, temió haciéndolo ahora ser vencido si caian los franceses sobre él, y en la alternativa de huir con el enemigo á la espalda, ó esperarle con valor á pié firme, prefirió el segundo partido, creyéndolo tanto mas honroso cuanto mas inesactas eran las noticias que tenia acerca de la fuerza numérica de sus contrarios, á los cuales atribuia solamente 14,000 hombres, siendo asi que ascendian á 30,000. Dejémosle ahora en su error, y volvamos la vista al ejército que habia combatido en Talavera.

Aquella sangrienta batalla habia coronado de laureles la frente del ejército aliado; mas la pérdida habia sido igual por una y otra parte, y era necesario hacer mas para dar solidez á la victoria. Al dia siguiente del triunfo llegó á Talavera el general inglés Crawfurt, trayendo 3,000 hombres de refresco, y era de esperar que Wellington, ó sea Sir Arturo Wellesley, aprovechase aquella ventaja para

caer sobre el enemigo y derrotarle completamente. ¿Por qué no lo hizo asi? Pregunta es esta á que la historia llena de estrañeza no sabe como contestar. Recurrir para ello á las nuevas que empezaron á correr en España sobre la suspension de hostilidades entre Napoleon y los austriacos, y creer que esas nuevas influyeron en la inercia del general inglés, equivale á hablar por hablar, no hallando otra razon mas á mano. Mentar el movimiento de Soult en direccion de Plasencia, ó la falta de víveres de que tanto se quejaba Wellington, no es tampoco esplicacion que satisfaga, por mas que el mismo general británico diese por motivo lo último, pues ni Soult por mucho que avanzase podia impedir la derrota del ejército de José, ni era medio de hallar subsistencias permanecer Wellington en donde se encontraba, en vez de recibirlas avanzando por la tierra que tenia delante, mucho mas abundante en recursos, y ansiosa de facilitarlos al que ella debia mirar como su amigo y libertador. ¿Cuál, pues, pudo ser la causa de tan estraordinario fenómeno? A nuestro modo de ver, la mala inteligencia que reinaba entre él y el general español, siendo imposible esplicar de otro modo, como dicen muy bien los franceses, por qué Cuesta tomó tan poca parte en la batalla de Talavera, ó porque convencidos uno y otro de la debilidad de los franceses, no asieron la ocasion oportuna de avanzar á Madrid victoriosos; á ese Madrid que desde un principio habia sido el principal objeto de aquella atrevida campaña. ¿Seria tal vez que Wellington no tuviera conciencia bastante del triunfo que acababa de lograr? Nosotros no sabemos qué decir; pero lo cierto es que la retirada de los franceses en la noche del 28 le causó el 29 por la mañana una sorpresa de las mas significativas, sorpresa que provino á no dudar de la persuasion en que estaba de ser atacado otra vez, y no obstante que vió que no era asi, y que en vez de acometerle el francés tomaba el partido de huírsele, prosiguió encastillado en Talavera sin enviar siquiera alguna gente que le molestase en su marcha.

Como quiera que sea, la flema de Wellington escedió á cuanto podia esperarse del mas flemático inglés, y en vez de perseguir sobre el Alberche á sus adversarios, probándoles asi que los habia *realmente* vencido, como él manifestaba en sus partes, quedó inmóvil en su posicion hasta el 2 de agosto, dia en que llegó á su noticia el movimiento de Soult, quedando con esto probada la ninguna influencia de ese movimiento en aquella inmovilidad. La órden de avanzar sobre la retaguardia del ejército anglo-español no le habia llegado al mariscal francés hasta el 27 de julio,



mas no bien recibió la tal órden, cuando saliendo de Zamora, adonde habia ido desde la Puebla de Sanabria, punto en que le dejamos al hablar de la evacuacion de Galicia, dirijióse sin detenerse hácia el Tajo por el Puerto de Baños con los cuerpos de Ney y Mortier. Defendia aquel punto importante el marqués del Reino con cuatro batallones, y viéndose este amenazado, pidió á Wellington refuerzos. Otorgóselos este aunque escasos, enviándole la division de Bassecourt con no poca repugnancia de Cuesta; pero esa division llegó tarde, y cuando ya el marqués del Reino se habia replegado sobre el Tietar, no pudiendo resistir el empuje de los enemigos. Con esto entró Soult en Plasencia el dia 10 de agosto, y avanzando por Navalmoral, colocóse entre el ejército hispano-inglés y el puente de Almaraz, punto único que tenia Wellington para volver al reino lusitano. Temió entonces el caudillo británico las consecuencias de su inaccion, y en efecto era ya peligroso permanecer mas tiempo en Talavera. Dejó, pues, esta villa el mismo dia 2 por la tarde, abandonando en ella cinco mil enfermos y heridos; y dejando á cargo de Cuesta sostenerle en su retirada (porque es de saber que Wellington determinó retirarse, en vez de seguir á Madrid reuniendo 80,000 hombres entre las tropas suyas y las de Cuesta y las que Venegas mandaba), dirijióse con precipitacion hácia el puente del Arzobispo, donde esperaba pasar el Tajo, como en efecto lo verificó, consiguiendo trasladarse el 4 á la izquierda de dicho rio.

Abandonado Cuesta del inglés, temió por su parte aguardar solo en Talavera los cuerpos del intruso y de Victor, que tras su momentánea separacion volvian á unirse de nuevo, y siguió detras del inglés, no sin desagradarle altamente. Ese enojo del gefe británico carecia, mirándolo bien, del justísimo fundamento que dias antes habia tenido por la conducta de nuestro general, empeñado en hacer su capricho cuando mas debia escuchar los consejos de su compañero. Ahora, obrando por sí y ante sí, obedecia á la necesidad, y ¿cómo podia quejarse de la retirada de Cuesta camino de Estremadura quien con tanta ánsia buscaba guarecerse otra vez en Portugal? Siguió, pues, el gefe español el camino que le abria su aliado, y pasando el Puente del Arzobispo ocho dias despues que aquel, encaminóse por Peraleda de Garbin á las Mesas de Ibor, punto en el cual habia situado Wellington su retaguardia, poniendo en Deleitosa su cuartel general. Para cubrir el puente de Almaraz y los vados del Tajo, habia el inglés enviado á Crawfurd con una brigada y seis piezas, y esa brigada llegó á tiempo de llenar felizmente su encargo. Tambien Cuesta dejó á Bassecourt guardando con su division el Puente del Arzobispo, mientras el duque de Alburquerque atendia igualmente á los vados en las inmediaciones de Azutan con 3,000 de caballería; pero fuimos muy poco felices, como ahora vamos á ver.

El mariscal Victor de vuelta de Maqueda y Santa Cruz de Retamar se habia dirigido á Talavera, cuya villa ocupó el dia 6, poniéndose Soult desde el Gordo en comunicacion con él por medio de un destacamento de caballería, á quien hizo con diligencia tomar el camino de aquella poblacion. Con esto y con la posicion de Ney en Navalmoral, mientras Mortier con el quinto cuerpo ocupaba la Puebla de Naciados, hallábanse todas las tropas francesas en combinacion oportuna. Trataron los franceses entonces de forzar el Puente del Arzobispo, y mientras Victor llamaba la atencion de los nuestros en el de las tablas de Talavera, Mortier, que era el mas próximo al otro que se trataba de atacar, preparó su embestida el 18 á eso de las dos de la tarde.

Colocada en el olivar inmediato al arrabal de la villa del Puente del Arzobispo, ó sea Villafranca del Puente, una division del quinto cuerpo enemigo á las órdenes del último general, escalonóse otra sobre la carretera, mientras la caballería de Soult, formada delante de un vado que acababa de reconocer mas arriba del puente, tenia detras una brigada, coronando todas las alturas de la derecha el resto de las tropas enemigas. La caballería francesa tenia órden de pasar el vado cojiendo á los nuestros por la espalda y flancos, mientras los zapadores, montados á la grupa detras de los ginetes, debian apoderarse de nuestros atrinchera-

mientos y abrir paso á su infantería. Descuidados los nuestros hasta un estremo verdaderamente lamentable, dejaron de emplear la vigilancia que tan necesaria les era, y merced á esa falta gravísima, pasaron sin dificultad el vado 800 caballos franceses acaudillados por Caulaincourt, disponiéndose á hacer otro tanto los 6,000 de la orilla opuesta. Eran solo 300 húsares del regimiento de Estremadura los que estaban en el puente, y no viniendo en su apoyo, sino muy tarde, la caballería de Alburquerque, situada en Azutan en observacion de Victor, fueron vanos sus gloriosos esfuerzos para contener la irrupccion. Los dragones franceses cayeron sobre nuestras baterías y apoderáronse de los reductos, siendo acuchillados sobre las mismas piezas un buen número de artilleros y echando á correr los demas. Nuestra infantería se esforzó inútilmente para formarse en batalla, pues cargada por los ginetes franceses, fué puesta en completa derrota. Mientras tanto habian pasado á la grupa los zapadores de que arriba hablamos, y ganando el puente cortaron las empalizadas, y quitando los caballos de frisa que las defendian, abrieron paso á la division de Girard; pero en el mismo momento en que esta última tropa se reunia á la caballería, vióse venir á toda brida el cuerpo de esta misma arma comandado por Alburquerque. Formada esta tropa en tres líneas, dió su gefe la órden de carga, y disponiéndose aquellos bravos ginetes á caer sobre los enemigos, ahorráronles estos la mitad del camino, adelantándose á su encuentro. Con esto se hizo en breve general aquella espantosa pelea, siendo tan terrible el primer momento, que dudó el mariscal Soult si debia disparar á metralla sobre el torbellino de polvo que rodeaba á los combatientes, para ver si de esta manera conseguia detener á los nuestros. No le fué sin embargo preciso recurrir á ese último estremo, porque al cabo de algunos minutos declaróse la victoria por los ginetes enemigos, desbandándose por todas partes los españoles viendo encima de sí el resto de la caballería francesa, que despues de haber pasado el Tajo por la detencion de Alburquerque, se formaba en la orilla derecha. Una batería enemiga colocada ventajosamente á las márgenes de aquel rio causónos considerable daño, y nuestros fujitivos fueron perseguidos dos leguas mas allá de dicho rio, perdiendo cañones y equipajes, y un número considerable de gente.

La infantería del mariscal Mortier ocupó la cabeza del puente y guardó la derecha del Tajo hasta Talavera. Ney, cuya presencia no era ya necesaria allí despues de la retirada de los ejércitos ingles y español, púsose en marcha para Salamanca, á fin de oponerse á los progresos del duque del Parque, apostado en las cercanías de dicha ciudad; y Soult por su parte fué destinado á cubrir el territorio situado entre Alburquerque, Coria, Plasencia etc., y hacer frente al ejército anglo-portugues. Los españoles vencidos en el puente del Arzobispo verificaron su retirada por las montañas de Deleitosa para reunirse al ejército inglés, mientras otros tiraron á la Mancha, á fin de incorporarse con Venegas. El ejército inglés y el cuerpo español de Alburquerque quedaron hasta el 20 de agosto á la otra parte del Tajo ocupando á Mesas de Ibor y Jaraicejo frente á Almaráz, cuyo puente de barcas habia sido préviamente cortado. En este intermedio, el dia 12 del mismo mes hizo dimision del mando el general Cuesta, sucediéndole D. Francisco Eguia, primero interinamente y despues en propiedad. Mas adelante se retiraron sobre el Guadiana los españoles y los ingleses, y aun no se habia terminado agosto, cuando estos últimos entraban definitivamente en Portugal.

Tal fué el fin de la espedicion de Wellington; pero falta todavía un apéndice á la campaña de Talávera, y es la retirada de Wilson y la suerte que cupo á Venegas.

En cuanto al primero, viéndose sin noticia de los suyos el dia 4 de agosto, determinó repasar el Tietar, como en efecto lo verificó, atravesando despues con tanto arrojo como presteza las sierras que dividen las provincias de Avila y Salamanca. Puesto ya en Bejar por enriscadas y solitarias vias, quiso contramarchar hácia Plasencia á fin de incorporarse con los suyos. Para ello le era forzoso atravesar el Puerto de Baños, y como lo verificase al mismo tiempo que Ney volvia para Sala-



Combate del Puente del Arzobispo.

manca, tuvo el 12 de agosto un encuentro con la vanguardia de este en la entrada de dicho puerto, viéndose obligado á replegarse á aquellas alturas, despues de haber perdido alguna gente. Encastillado allí con cerca de 4,000 hombres entre ingleses, españoles y portugueses, procuró hacer inespugnable su posicion, añadiendo cortaduras á las incontestables ventajas que le daba el terreno, y cerrando con fragmentos de roca todo acceso que pudiera estar franco á las tropas que venian sobre él. Los franceses, no obstante, escalaron aquella altura, y á pesar del valor del inglés y de los que tenia á sus órdenes, fué puesta en dispersion toda su gente, buscando su salud en la fuga por las rocas de Montemayor y la Calzada los que tuvieron la felicidad de no ser prisioneros ó acuchillados.

Por lo que respeta á Venegas, ya hemos visto la resolucion con que despues del combate de Aranjuez se decidió á librar una batalla en la comprometida situacion á que le redujo la retirada de Wellesley y Cuesta. Hale culpado por su determinacion la mayoría de los escritores que de este asunto han hablado; mas no falta á la vez quien le escuse, y hasta quien le aplauda y encomie. Nosotros creemos con Toreno que pudiendo retirarse con honra despues del combate del 5, fué aventurado en Venegas permanecer tanto tiempo en Ocaña; pero como quiera que sea, su creencia de que los enemigos tenian solo la mitad de fuerzas de las que realmente contaban, hízole ser osado en mal hora, y lo mismo á los demas gefes, acordes con él en la idea. Situado su ejército en escalones desde Aranjuez á Tembleque, estableció en este último punto su cuartel general, enviando la quinta division camino de Toledo. Los franceses pasaron el Tajo por esta ciudad y por los vados de Añover el dia 9 de agosto, derrotando á un batallon nuestro que junto con tres escuadrones defendia el último paso. Venegas entonces reunió el grueso de sus fuerzas en Almonacid, y haciendo descansar á sus tropas todo el dia 11, preparóse á caer el dia 12 sobre la gente que se le adelantaba. El francés, empero, previó la intencion de nuestro general, y en vez de esperar la batalla, tomó la iniciativa y la dió él.

Componíase la fuerza enemiga de la gente de Sebastiani y del cuerpo de reserva del general Dessolles, ascendiendo el total de sus combatientes á 26,000 infantes y 4,000 caballos, y presidiendo á todos el rey José. Los nuestros tomaron posicion en los puntos que creyeron mas oportunos. Su izquierda abriendo el camino de Mora, se apoyaba en un cerro destacado de la cadena de montes que se estien-

den desde las orillas del Tajo á las márgenes del Guadiana; el centro estaba en una llanura delante de Almonacid, y la derecha cubriendo el camino de Tembleque, estendida por varias alturas, mientras la reserva, situada detras, defendia el monte elevado y de pronunciadísimo escarpe donde se halla el castillo de aquella poblacion, defendido entonces por cuarenta cañones. La caballería española estaba distribuida en las dos alas, escepto una pequeña parte que se hallaba situada en el centro.

Sebastiani reconoció nuestra posicion y la encontró bien adoptada; mas no por eso desistió de su intento de atacarnos, aun cuando no le habia llegado todavía la division de Dessolles, á la cual esperaba impaciente. Conociendo que el éxito de su embestida dependia de tomarnos el cerro en que estaba apoyada nuestra izquierda, y deseando por otra parte cortarnos el camino de Mora, que era la via que mas directamente podia llevar á los nuestros en direccion de Sierra Morena en el caso de serles preciso apelar á la retirada, dirijió ante todo sus principales esfuerzos á apoderarse de aquel punto decisivo, lanzando de frente sobre él una division, mientras hacia maniobrar á otra á fin de rodearlo por la derecha. Fué defendido el cerro largo rato por nuestros valientes con vigor y tenacidad; pero últimamente cedieron, ocupándolo la division que le atacaba directamente, mientras la otra con su bien ejecutado rodeo obligaba á una parte de los nuestros á tomar la fuga. Atacado igualmente el centro, desplegó allí la cuarta division española un vigor y firmeza á toda prueba, mas no asi la quinta que flaqueó desde el principio, haciendo por último inútiles los esfuerzos de su compañera. Derrotado Venegas en ambos puntos, procuró restablecer el combate, lanzando su caballería sobre el estremo derecho del enemigo, y este movimiento ejecutado con precision consternó á Sebastiani en tales términos que lleno de angustiosa inquietud, temió perder la victoria que pocos momentos antes contaba como segura. Era su situacion ya muy crítica, cuando apareciendo de pronto la division de Dessolles, sacóle con su oportuno refuerzo del estrecho conflicto en que se via, haciendo ciar á los nuestros y poniéndolos de nuevo en derrota. No era esta sin embargo tan completa que no hubiera en los españoles aliento para resistir, y fué necesaria otra carga de parte de los imperiales para vencernos definitivamente. La embestida fué entonces en toda la línea á la vez, atacando Leval nuestra izquierda, Liger-Belair la derecha y Rey el centro, consiguiendo este último trepar á la altura en medio de la lluvia de metralla con que le recibieron los nuestros, mientras éramos rotos tambien en el estremo de la derecha. Dueños los franceses de aquellas alturas y del castillo, procuraron los españoles rehacerse de nuevo en el llano, pero antes que Venegas pudiese reunir sus esparcidos batallones, cargaron sobre él con tal ímpetu las divisiones de Milhaud y Merlin, que deshechos en todos sentidos peones, ginetes y artilleros, dispersáronse en todas direcciones, llegando al fin de varias vicisitudes y de nuevos sustos y alarmas á abrigarse en Sierra Morena, donde á pesar de tan terrible rota se rehizo bien pronto el ejército. Nuestra pérdida, segun Toreno, ascendió simplemente á 4,000 hombres, y á 2,000 la de los franceses; pero si hemos de creer á estos últimos tuvimos 3,000 muertos en el campo, un número de heridos mayor, y 4 á 5,000 prisioneros, lo cual equivale á decir la mitad del ejército perdido, aunque es bien clara la exajeracion. De todos modos fué jornada triste, y tal que no debia esperarse, estando tan reciente la memoria de los lauros de Talavera.

Quedaron segun eso agostados aquellos laureles en flor, y agostáronse porque Wellington no quiso sacar todo el fruto de que era susceptible tan señalada victoria. Su inaccion despues de vencer nos parece injustificable, aun cuando se preteste en su abono la conducta observada por Cuesta. Culpable fué sin duda este gefe en no haberse avenido á la razon, perjudicando con su tenacidad al conjunto de las operaciones; pero Wellington exajeró mucho los defectos de su compañero, como exajeró otras mil cosas, entre ellas la carencia de recursos, de que ya hemos hablado mas arriba. Y asi como esta no fué motivo

bastante apreciable para dejar de perseguir á Victor cuando se retiraba del Alberche, tampoco las desavenencias eran tales que se opusiesen decididamente á acabar de arrollar al enemigo, aprovechando su consternacion en los primeros momentos de su derrota. Aventurado fué en el caudillo británico pensar al entrar en España que le seria fácil libertar del yugo del intruso á Madrid; pero aun lo fué mas no intentarlo, cuando viéndose vencedor, merced al yerro cometido por los franceses, empeñados en dar una batalla antes que Soult terminase su movimiento, resistióse á esplotar ese yerro en el único y decoroso sentido que convenia al inventor de un plan tan fuera de sazon abortado. ¿Qué hubiera sido de los invasores á obrar Wellington con celeridad, reuniendo á sus tropas las de Wilson y las que mandaba Venegas? Todo nos inclina á creer que el ejército de José habria sido lanzado á la orilla izquierda del Ebro como en la primera campaña, siguiendo en consecuencia igual suerte el resto de los imperiales. Y á ser atacado Wellington dando estos tiempo á Soult para obrar, ó habiéndose dispuesto aun sin eso las jornadas del 27 y 28 en términos de obrar grandes masas en vez de pequeñas columnas sobre la izquierda de su posicion, ¿en qué hubiera parado tambien la victoria de Talavera? Pero esta pregunta es inútil: el resultado en semejante caso nunca hubiera sido peor que el que tuvo en definitiva. Triunfos que no producen frutos equivalen á verdaderas derrotas: ¿qué diremos, pues, del que nos ocupa, cuando tan amargos los dió?





CAPITULO XXVI.

Inaccion durante dos meses.—El duque del Parque mandando el ejército de la izquierda: memorable defensa de Astorga.—Batalla de Tamames.—Entra el duque del Parque en Salamanca.—Nuevo plan de reconquista de Madrid ideado por la Junta Central.—Brillante estado del ejército de la Mancha: su direccion confiada á Eguía: es este destituido del mando y le sucede Areizaga.—Llega este á Ocaña con su ejército.—Malas disposiciones de Areizaga: crece el número de sus enemigos y resuélvese él á esperarlos en Ocaña.—Movimientos del enemigo sobre esta poblacion.—Desastrosa batalla de Ocaña.—Combate de Medina del Campo.—Batalla de Alva de Tormes: dispersion del ejército de la izquierda.—Salamanca ocupada por los franceses.—Paz entre la Francia y el Austria: consternacion general.

El resultado de los diferentes combates que habian tenido lugar en España en julio y principios de agosto de 1809 entre los franceses y las tropas españolas é inglesas movidas en combinacion, hizo que en lo que restaba del último, lo mismo que en el de setiembre, no hubiese en la Península acontecimientos notables entre unos y otros ejércitos, no manifestando vida la guerra durante ese tiempo sino en el rebullir de las partidas y en las parciales y contínuas acciones que con ellas tenian lugar, como manifestaremos despues.

Habia sucedido á la Romana el duque del Parque en el mando del ejército de la izquierda, y á Ney, ausente en Francia, el general Marchand en el del 6. ° cuerpo francés. La atencion de los enemigos que ocupaban á Salamanca fijábase entonces toda en el duque, único que por aquella parte podia darles que hacer. Mientras se preparaban á embestirle, acercóse Carrier á Astorga el 9 de octubre y se lisonjeó de tomarla; pero era gobernador de aquella plaza (si es que plaza puede llamarse) don José María de Santocildes, y este reunió su mal armada guarnicion compuesta de 1,100 reclutas, y con ella y con el entusiasmado paisanage mostró tan vigorosa resistencia, que al ver el enemigo lidiar en su contra hasta las mugeres y niños, hubo de desistir de su empresa, retirándose con pérdida considerable.

El duque del Parque entretanto habia á fines de setiembre subido hasta Fuente Guinaldo, en la provincia de Salamanca, con 10,000 infantes y 1,800 caballos, trasladándose luego á Tamames despues de varias marchas y contramarchas. No tenia alli el duque consigo sino la mitad de su ejército, ó sea las divisiones primera y segunda mandadas por don Francisco Javier Losada y el conde de Belveder, y la vanguardia á las órdenes del bizarrísimo don Martin de la Carrera, fal-

tándole por consiguiente la tercera division que acaudillada por Ballesteros habia quedado en Asturias y tierra de Santander, y la cuarta que á las órdenes del general don Juan José García ocupaba los puertos de Manzanal y Fuencebadon. Marchand, que le vió escaso de fuerzas, aumentó las suyas hasta otros 10,000 peones y 1,200 caballos, y con ellos y con 14 piezas de artillería fué al encuentro del duque en Tamames. Situada esta villa en la falda septentrional de una sierra que se estiende hasta Bejar y comunica con la de Piedrahita, habíala elegido el español como punto á propósito para escarmentar al francés que se preparaba á embestirle. La refriega tuvo lugar el dia 18 de octubre, y Marchand, que vió en nuestra izquierda un acceso mucho mas fácil que en el centro y en la derecha, dirijió su principal conato á derrotarnos en aquel estremo, donde estaba con la vanguardia sostenida por la caballería el valiente D. Martin de la Carrera. Sostúvose este con el brio que le caracterizaba; pero aquella firme actitud no pudo ser á tiempo secundada por el grueso de nuestros ginetes, de los cuales fué acometida una parte de la caballería enemiga, cuando estaban á medio maniobrar á fin de mejorar de posicion. Hubo con este motivo notable confusion en los nuestros, y Carrera se vió comprometido y en situacion la mas apurada, rodeado por todas partes, aunque siempre con el mismo valor. Los franceses auguraban ya el triunfo, creyendo agotar en breve las fuerzas de aquel héroe; pero sobreviniendo el duque, y con él su segundo don Gabriel Mendizabal, restableció oportunamente el órden, y cargando sobre los franceses, empezó á declararse en su contra el éxito de la batalla. Entonces avanzando Belveder con un trozo de su division (la cual habia quedado como de reserva) y haciendo lo mismo el príncipe de Anglona con otro de caballería, acabaron de decidir la pelea en favor de la causa nacional. Retiráronse, pues, los enemigos que habian atacado nuestra izquierda, y entretanto por el opuesto lado replegábanse tambien sus compañeros, rechazados en el centro y la derecha por los bravos de la primera division á las órdenes de Losada. El resultado fué perder los franceses de 1,500 á 2,000 hombres, un águila, un cañon, varios carros de municiones, fusiles y otros efectos. Nuestra pérdida ascendió á 120 muertos, 470 heridos y contusos y 122 estraviados.



Batalla de Tamames.

Marchand se retiró á Salamanca, no sin sufrir durante algun tiempo una persecucion bastante activa de parte de los españoles, saliendo de aquella ciudad á los cinco dias, tanto por no llegarle los refuerzos que esperaba de Kellermann, situado en Valladolid, como por el temor que le inspiraba la actitud del duque del Parque, que reforzado con 8,000 hombres de la division de Ballesteros (recien venido de la Liébana, donde habia rehecho su gente despues de la abortada tentativa de Santander), se disponia á espulsarle de allí. Abandonada Salamanca por el enemigo, entró el duque en aquella capital el 25 de octubre, en medio de las aclamaciones de sus entusiasmados vecinos; pero la alegría que no solo en aquella poblacion, sino en todo el resto de España, escitó la señalada victoria del ejército de la izquierda, y la esperanza que de ulteriores progresos hizo concebir despues de libertada Salamanca, quedaron aguadas muy pronto con el desgraciado suceso que tuvo tristemente lugar en el centro de la Península, del cual vamos ahora á ocuparnos.

Hemos visto en el capítulo anterior el mal éxito del plan concebido por Wellington para reconquistar á Madrid, y las causas que influyeron en su aborto. Un mal entendido sentimiento de nacionalismo hizo que la Junta Central idease otro plan á su modo á fin de conseguir el mismo objeto, valiéndose al efecto de un ejército todo español, sin el concurso de nuestros aliados. Estos, como se ha dicho, estaban en la raya de Portugal, y no daban la mas pequeña muestra de querer moverse de allí. Adoptada por Wellington esta determinacion irrevocable, y no pudiéndose contar con él para la nueva campaña que iba á abrirse, fijó la Central su atencion en nuestro ejército de la Mancha, rehecho y reorganizado despues de la derrota y dispersion sufridas en Almonacid, disponiendo juntamente que Eguía dejase en Estremadura 12,000 hombres, y que con el resto del ejército de esta provincia pasase á incorporarse al de la Mancha, tomando la direccion en gefe de todas las fuerzas reunidas. Con los 12,000 hombres espresados, con la presencia del Parque en tierra de Salamanca, y con la permanencia de los ingleses en la raya de Portugal, quedaba perfectamente al abrigo de todo golpe de mano no tan solo la Estremadura, sino toda la parte occidental del territorio español, y el ejército de la Mancha en el brillante estado que tenia y con el aumento de fuerzas que Eguía le iba á llevar, podia dedicarse desembarazadamente á marchar via recta á Madrid. Tal fué el modo de discurrir de la Junta, sin tener apenas en cuenta una sola de las dificultades que se oponian á la realizacion de su aventurado proyecto. Vanamente Wellington pasando á Sevilla cuando todavía era tiempo de caer en la cuenta del error, manifestó los inconvenientes, el casi seguro mal éxito que debia coronar tal empresa: la Junta no hizo caso de sus observaciones, y acaso las miró con prevencion por la circunstancia de hacerlas quien habiendo salido tan mal de su campaña de Talavera, podia ser tenido como interesado hasta cierto punto en que los ejércitos españoles no adquiriesen por sí solos un lauro que él no habia querido ó podido ceñirse en aquellos dias, habiéndoselo prometido tan seguro como en su lugar hemos visto.

Trasladado Eguía á la Mancha en los últimos dias de setiembre, reunió entre sus tropas y las de aquel distrito el ejército mas brillante que hasta entonces habíamos tenido, ascendiendo sus combatientes á muy cerca de 52,000 hombres, de ellos 5,766 ginetes, gente toda perfectamente equipada y armada, provista de todo linage de pertrechos de guerra, abundante en infinitos recursos y con 55 piezas de artillería. Veterana la menor parte, era la mayoría de aquel ejército un conjunto de bien dispuestos reclutas, fogueados casi todos ellos, y un general dotado de las prendas que el génio de la guerra dispensa á los mas de los gefes imperiales, hubiera podido sacar de aquellos hombres el mas ventajoso partido. La Junta desgraciadamente no supo elegir para el mando uno de aquellos pocos caudillos que podian rivalizar en España con los que abortaba el imperio; falta de todo punto irreparable, cuando de dar batallas se trataba. Eguía no era hombre para el caso. Su retroceso desde Daimiel á Sierra-Morena cuando vió al enemigo avanzar, pareció

á la Central poco acorde con lo que de su pericia esperaba, atendidas las pomposas promesas que al moverse acababa de hacer, y enojado demas de eso el gobierno con la peticion de recursos que desde la Sierra le hizo, siendo asi que nada faltaba al ejército que tenia á sus órdenes, procedió á separarle del mando, eligiendo para remplazarle un general mas nulo todavía, hombre de valor personal, coronel pocos dias antes, que habiendo mostrado su arrojo mandando una division á las órdenes de Blake en las batallas de Belchite y Alcañiz, hizo creer á algunos ser lo mismo mandar una fraccion de ejército que abarcar el complicado conjunto de muchas y distintas fracciones. La diferencia de uno y otro caso es no obstante demasiado palpable, pero la junta la desatendió, y al dar á D. Juan Cárlos de Areizaga el mando de 50,000 hombres, no calculó bastante la bien organizada cabeza que para desempeñarlo con fruto se requeria y necesitaba.

Como quiera que sea, Areizaga recibió su investidura, y creyéndose capaz de medirse con las notabilidades guerreras que podia oponerle el enemigo partió de la Carolina con su ejército el dia 3 de noviembre. Iban los nuestros divididos en dos grandes trozos, uno camino de Manzanares y otro via de Valdepeñas, siendo al todo siete divisiones las que estaban en movimiento. Abria la marcha como de descubierta el general Freire con 2,000 caballos, y tras él la vanguardia al mando de Zayas, escudado por la primera division que acaudillaba Lacy. A la aproximacion de nuestras tropas replegáronse las francesas que estaban avanzadas, habiendo sido en vano que una parte de la caballería enemiga intentase el dia 8 oponerse en una cuesta al paso de los españoles, pues cargada con impetuosidad por la caballería de Freire, fué arrollada y perseguida por esta hasta la misma villa de Ocaña, donde se hallaba el grueso de las tropas imperiales. El 9 entró Areizaga en Tembleque, y desde allí envió un refuerzo á Freire, el cual volvió de nuevo sobre Ocaña, y cargó á 2,000 caballos enemigos, obligándolos á meterse en la poblacion sin otro resultado por entonces, pues aunque llegaron en apoyo de Freire los valientes de Lacy y de Zayas, no se decidió la acometida de la poblacion, por hallarse muy fatigada la tropa que traia el postrero. Con esto se perdió la ocasion de destrozar á los enemigos inferiores en fuerza á los nuestros, y aprovechando ellos la demora, evacuaron á Ocaña por la noche y se retiraron á Aranjuez. Areizaga al dia siguiente reunió todo su ejército en la espresada poblacion de Ocaña.

Era entonces de esperar que el caudillo español siguiese avanzando, puesto que ahuyentados los enemigos y hallándose dispersas sus fuerzas, no habia de serles posible oponer resistencia formal, si obrando aquel con la celeridad conveniente, les impedia reunir sus cuerpos en términos de formar una masa compacta y á propósito para detenerle y aun para medirse con él. Areizaga desgraciadamente no comprendió que el éxito del plan consistia principalmente en no dejar respirar á sus contrarios, y perdió el tiempo miserablemente ordenando por espacio de una semana movimientos parciales y de flanco, cuyo resultado fué nulo para nuestras armas y muy provechoso para los franceses, dado que estos pudieron reunirse en el número que necesitaban para hacerse respetar y temer, cuando antes no podian ni aun soñar en medirse con nuestros valientes. El dia 19 de noviembre hubo cerca del pueblo de Ontígola, despues de algun otro encuentro insignificante, un choque de caballería en que fué rechazada la nuestra, perdiendo los franceses al general Paris, muerto á manos del cabo Manzano. Don Angel Saavedra, hoy duque de Rivas, fué entre los nuestros herido de gravedad, y quedó tendido en el campo y abandonado por muerto. Areizaga con sus malas disposiciones habia hecho que las cosas tomasen un aspecto muy distinto del que presentaban pocos dias antes, y viendo á los franceses reunidos, retrocedió por último á Ocaña, donde resolvió defenderse.

Habia sucedido Soult á Jourdan en las funciones de mayor general de los franceses en España, y sabedor de la marcha de los nuestros habia aconsejado á José las medidas mas á propósito para evitar el riesgo en que se via. El

cuerpo del general Sebastiani no era bastante á mas que entretener, y esto por poquísimo tiempo, la marcha de nuestros soldados; y si la vanguardia española hubiera dado tiempo al grueso del ejército para sostenerla, habrian aquellos podido guarnecer las orillas del Tajo, haciendo muy dificil á los franceses la conservacion de los puentes que guardaban en Aranjuez, no concibiéndose como Areizaga no desplegó todos sus esfuerzos en lanzar la vanguardia francesa sobre la izquierda de dicho rio. Como quiera que sea, no debiendo suponer Soult que sus enemigos hubieran de dejarle libre aquella entrada, ordenó á Victor que con el primer cuerpo avanzase en direccion de Aranjuez, y á Mortier que reforzase con el suyo, lo mismo que Dessolles con su division, las tropas de Sebastiani. Estos últimos estaban reunidos, componiendo sus tropas mas de 28,000 infantes y 6,000 caballos, contando la guardia de José. Victor no estaba aun con ellos, pero se dirijia á toda prisa á pasar el Tajo y á caer sobre la derecha de los nuestros con arreglo á otra órden de Soult, y contando como contaba 14,000 combatientes, venia á resultar en el campo enemigo un total de 48,000 hombres, número casi igual á los nuestros, y superior con mucho en disciplina. Tanto habia dejado Areizaga crecer las cohortes contrarias, compuestas, cuando llegó á Ocaña por primera vez, de solos 20,000 hombres.

Está situada Ocaña en una vasta llanura enteramente descubierta; pero hállanse en ella á alguna distancia de la poblacion una porcion de olivares, lo suficiente claros para poder en ellos maniobrar, y bastante espesos á la vez para favorecer los movimientos que interese ocultar al enemigo. Nuestro ejército formado en batalla presentaba al francés varias líneas en aquella estension de terreno, teniendo su derecha y centro en la direccion de Noblejas á Ocaña, mientras prolongaba su izquierda mas allá de esta última villa. Su posicion estaba defendida por el frente por una torrentera que partiendo de Ocaña estendiase hasta muy cerca del estremo derecho, separando la poblacion de una meseta ocupada por la vanguardia enemiga. Dicha torrentera, profundamente encajonada en el camino de Ocaña á Aranjuez, es menos pronunciada hácia la parte oriental del camino, haciéndose el terreno poco á poco algo mas igual y compacto. Deseaba Soult dar á Victor, distante todavía cinco leguas del sitio en que iba á librarse la accion, el tiempo que necesitase para acabar su movimiento; pero el 18 por la mañana atacaron los nuestros á la division de Leval en la meseta de que hemos hecho mencion, y fué ya preciso con esto empezar desde luego el combate. Los franceses rechazaron sin dificultad á los españoles en las primeras escaramuzas, y pusiéronse en presencia de nuestra línea, la cual se desplegó en la posicion que arriba acabamos de indicar. Puestos los batallones de Leval á tiro de las piezas de campaña que teníamos á nuestro frente, viéronse en la alternativa de avanzar para tomarnos esa artillería, ó de retirarse precipitadamente á fin de ponerse al abrigo de sus disparos. Lo mas indicado al principio era pensar en retroceder, dando con esto tiempo á que Victor viniese á tomar parte en la accion; mas la tropa enemiga deseaba venir lo mas pronto á las manos, cual si las animase el presentimiento de que las disposiciones de Areizaga habian de hacer completamente inútil la superioridad de nuestras fuerzas, y que habia de serles no difícil ponerlas en completa derrota.

Empeñada en los términos dichos la primera brigada de Leval, continuó avanzando hácia los nuestros, si bien con muchísima pérdida, dejándola caminar delante los mariscales Soult y Mortier, que arrastrados por aquel movimiento no pudieron hacer otra cosa que apoyarlo cuanto de ellos pendiese. El general Senarmont, con la artillería del primer cuerpo, recibió igualmente la órden de avanzar para ametrallar la línea española, y el resto de la infantería francesa movióse de un cabo á otro á fin de sostener la brigada que en empeño tal se ponia. Los nuestros sostuviéronse un buen rato, contestando con un fuego vivísimo, y luego retrocedieron en línea, verificándolo ordenadamente. Nada hasta entonces indicaba á los imperiales resultado ninguno de aquellos que merecen la pena de contarse. La caballe-

ría de Sebastiani ocupaba la ala izquierda enemiga, y hallábase á mucha distancia, mientras colocada la nuestra detras de Ocaña no hacia movimiento ninguno. La línea de los infantes franceses siguió paralelamente á la nuestra, limitándose á lanzarla del pueblo sin tratar de desbaratarla, mas bien pronto ganaron terreno sobre la izquierda la caballería de Sebastiani y la de la guardia real, y acometieron á nuestros peones en el campo plantado de olivos de que hemos hecho mencion, donde tan fácil nos era contener los progresos del enemigo. Viéndose nuestros batallones rodeados y acometidos, formaron cuadros para sostenerse, pero aquel recurso fué vano, y tardaron muy poco tiempo en perder su actitud y dispersarse, acuchillándolos la caballería del general Merlin, y haciendo rendir la armas á cerca de 5,000 hombres. Igualmente fué cargada por la brigada de Milhaud otra de nuestras columnas cuando se retiraba á toda priesa, y prisionera en su mayor parte, perdió toda su artillería. Y asi fueron perseguidos los nuestros hasta la Guardia, cojiéndonos la caballería francesa nuevo número de prisioneros á cada paso que daba, bastando para formar una idea de aquella espantosa catástrofe decir que tuvimos sobre 5,000 muertos y 13,000 prisioneros por la parte mas corta, ademas de treinta banderas, y de los carros, municiones y víveres que cayeron en poder del francés, y cincuenta cañones perdidos.

La division de Latour-Marbourg fué la única del cuerpo de Victor que llegó al campo de batalla cuando estaba terminando la accion, tomando parte en esta atacando la derecha de los españoles. De este modo á la mengua del vencimiento, añadimos la de ser derrotados por contrarios inferiores en número, y si bien superiores en disciplina, en posicion mas desventajosa. ¿Cómo así? dirán los lectores: ¿hubo cobardía en las tropas, ó faltaron hombres allí, capaces de alentar su valor? No, no faltaban hombres donde estaban un Zayas, un Giron, un Villacampo, y otros ciento, y entre ellos un Lacy, que hicieron mil prodigios de valor, con particularidad este último, que avanzando herido hácia Leval, y llevando en su mano para alentar á los suyos la bandera del regimiento de Burgos, les señaló el camino de la gloria rompiendo por las huestes francesas apoderándose de una batería. ¿Mas qué es en batallas campales el esfuerzo individual por sí solo, si falta el que dirije en conjunto, si carece el ejército de guia, si este no tiene un general en gefe, ó lo tiene para su mal, como en Ocaña se verificó? Areizaga subido al campanario de aquel pueblo de triste renombre, permaneció como arrobado allí, sin dar apenas mas señal de vida que el movimiento de su mano derecha flechando el anteojo hácia el campo, sin dejar el tal punto en todo el tiempo que duró aquella infausta jornada, sin ordenar convenientemente el sitio de las divisiones, sin contribuir á otra cosa que á aumentar mas y mas la confusion, dando á Zayas la voz de atacar y mandándole luego estarse quieto, cuando mas se comprometia con su inaccion el éxito de la batalla. Y á tal estremo llegó el aturdimiento de nuestro caudillo, que ni punto de reunion señaló, ni dió providencia ninguna para verificar la retirada. El bajó de su campanario cuando estaban los franceses próximos á entrar en el pueblo (que fué entregado á las llamas) y siguió su camino á Daimiel. Los nuestros en completa dispersion adoptaron el partido de huir por donde mejor les pareció, y últimamente al cabo de dos meses reuniéronse como unos 25,000 de 52,000 que eran antes, al pié de Sierra Morena.

Tal fué el éxito de aquella batalla, merced á la impericia del general y á las desatentadas disposiciones adoptadas por el gobierno. Desde entonces quedó la Andalucía abierta enteramente al enemigo, y si este no intentó desde luego forzar los desfiladeros de la Sierra, debióse únicamente á la actitud del duque del Parque, á quien necesitaba vencer antes de derramar sus falanges por los jardines del mediodía.

Despues de su victoria en Tamames, y al bajar Areizaga á la Mancha, quiso el duque del Parque cooperar á la campaña que se inauguraba, y á fin de distraer al enemigo, salió de la ciudad de Salamanca, y avanzando por la parte de Castilla, dirijióse hácia Alba de Tormes, ocupado por 5,000 franceses, los que no se atrevieron



Batalla de Ocaña.

á esperarle. Mientras tanto alarmado Kellermann con la noticia de los progresos del duque, habíase puesto en movimiento desde Valladolid, haciendo caminar su infantería parte por el Fresno yparte por Cantalapiedra, mientras la caballería seguia por la Bóveda, camino de Salamanca. Mandaba su vanguardia Lorcet, y este se dió tal priesa en caminar, que el 28 por la mañana daba ya vista á los nuestros, que vencedores en Medina del Campo cinco dias antes, y llenos de satisfaccion por su triunfo, aunque algo costoso y sangriento, hallábanse entonces llenos de luto y consternacion con las nuevas del desastre de Ocaña. El del Parque, venturoso hasta aquel dia, cometió la imprudencia de permanecer en campo abierto hasta la noche del 26, no obstante ver la superioridad de fuerzas con que podia de un momento á otro envolverle la caballería enemiga. La noticia de la rota de Areizaga le hizo entonces volver el pié atrás, entrando el 28 en Alba de Tormes con el enemigo á la espalda.

Posesionado de esta poblacion, distribuyó su gente en las dos orillas del Tormes, pero con muy poco acierto, y aun no eran pasadas tres horas, cuando ya la caballería francesa comenzaba á desembocar por la meseta que en la derecha de dicho rio se ve delante de Alba. Los nuestros se vieron obligados á aceptar el combate, y á sostener las tropas que se hallaban en esta orilla con las que se encontraban en la opuesta. El duque no dejó en este último punto sino una sola division, colocando las demas con toda la artillería en las alturas que coronan la poblacion. Vió entonces que las tropas con quien tenia que habérselas no eran si no la vanguardia enemiga, y confiado en su momentánea superioridad, en vez de recibir el ataque, adelantóse él y embistió. Débil Lorcet para resistir en aquellos primeros momentos, tomó el oportuno partido de retrogradar hácia el grueso de los ginetes de su nacion que le seguian, y este movimiento dió á Parque una confianza escesiva, haciéndole ocupar la vuelta de la meseta con sus tiradores, los cuales sostuvieron el empuje de varios pelotones de caballería. Kellermann entonces hizo avanzar á Millet con dos regimientos de dragones, dándole órden de dirigirse por la derecha de la meseta, mientras él en persona caia directamente sobre los nuestros con el resto de la caballería. Con esto se trabó en breve tiempo la accion en to-

da la línea, y el ímpetu de los franceses fué tal, que Losada, apostado allí, no pudo resistir el empuje, y pasó en desorden el rio con la primera division, viendo que lo habian hecho tambien 800 caballos que le sostenian. Cinco piezas que teníamos allí cayeron todas en poder del enemigo. Este, á pesar de su primer suceso, no era aun vencedor en definitiva, toda vez que teníamos en pié una segunda línea de infantería. La caballería francesa acometió á nuestros peones con toda la confianza que debia naturalmente inspirarle el éxito que acababa de obtener; pero Carrera y Mendizabal con la vanguardia y parte de nuestra segunda division recibieron á sus contrarios con un fuego nutrido y mortífero, y obligáronlos á guarecerse al abrigo de otras brigadas que iban avanzando á fin de tomar parte en la accion. La caballería española habia vuelto hácia la infantería con objeto de sostenerla, y Kellermann destinó dos regimientos de dragones á cargar en columna á la caballería. Este movimiento tuvo un éxito superior á lo que el enemigo podia prometerse, huyendo nuestros ginetes segunda vez y no volviendo á presentarse mas. Comprometida nuestra infantería, fué cargada en flanco por los dragones, y perdió cuatro piezas de cañon, retirándose luego á una altura. Los ginetes enemigos entonces esperaron que llegase en su apoyo la brigada de infantes de Maucune, siendo ya el anochecer cuando arribó este. Reforzado asi Kellermann aprovechó los últimos momentos, ordenando sin titubear un ataque que debia ser definitivo. Nuestros infantes formados en cuadro habian resistido hasta tres veces con serenidad admirable las obstinadas acometidas de la caballería contraria, mas no pudiendo hacer lo mismo en esta última, cruzó Mendizabal el puente y arribó á la márgen opuesta lleno de fatiga y de gloria. Viendo la meseta abandonada, precipitóse Maucune detras de los nuestros en medio de la oscuridad, y entró casi al mismo tiempo que ellos en Alva de Tormes, haciéndose dueño del puente y de los cañones que lo defendian; pero la infantería francesa, merced á las sombras de la noche, no pasó de la poblacion. Lleno de confusion el duque del Parque, no supo dar disposicion ninguna respecto á la retirada, y las tropas pudieron salvarse gracias á las tinieblas y á su instinto, dirijiéndose unas hácia Ciudad-Rodrigo, otras á Tamames y otras á Miranda del Castañar. Kellermann á la mañana siguiente quiso completar nuestra rota; pero le fué imposible verificarlo, no pudiendo calcular que hubiera de ser tan anómala y tan fuera de lo regular la marcha que seguian los nuestros. Asi la salvacion de nuestras tropas debióse toda á aquella anomalía.

El mismo dia en que tuvo lugar este combate ocuparon los franceses á Salamanca, abandonada por los españoles. Kellermann, no pudiendo seguirnos por ignorar nuestro paradero, volvió á Valladolid, dejando antes en la línea del Tormes las tropas que exijia su guarda. Nuestra pérdida á orillas de dicho rio ascendió á cerca de 3,000 hombres, contando la gente dispersa. El duque del Parque con el resto sentó á principios de diciembre su cuartel general en Bodon, pueblo inmediato á Ciudad-Rodrigo, pasando al concluirse dicho mes á San Martin de Trebejos, detras de la Sierra de Gata.

Tantas desgracias acumuladas sobre los ejércitos españoles llenaron de ansiedad á la Central, y mas con la noticia que definitivamente se tuvo de la paz entre Napoleon y el Austria firmada el 14 de octubre, paz que todos preveian cercana desde la suspension de hostilidades convenida por el armisticio de 12 de julio, á consecuencia de la victoria conseguida por la Francia en Wagram. No necesitaban tanto los ingleses para desalentarse, y nada tiene de estraño por lo mismo que desde los primeros de diciembre abandonase Wellington las orillas del Guadiana y pasase al norte del Tajo. El pueblo español entretanto, consternado como era natural, pero sin desconfiar de su brio ni perder un solo momento la fe que tenia en su causa, preparábase con resignacion á sufrir otra nueva desdicha, desdicha con que el cielo echó el colmo á sus iras del año 9, verdadera corona de espinas para la nacion española, y de martirio y gloria para el pueblo, cuya resistencia á las huestes del avasallador de la Europa será objeto del capítulo siguiente.

CAPITULO XXVII.

SITIO Y RENDICION DE GERONA.

Hay sucesos estraordinarios que parecen estar destinados á asombrar al mundo una vez y á no reproducirse jamas, y que se reproducen sin embargo, engendrando el doble estupor con que los hechos por una parte, y por otra su repeticion, espantan y admiran al alma. Podria atribuirse á casualidad la altura á que á veces se elevan los sentimientos de la especie humana, si no se viera en la reiteracion de tan grandes y magnánimos hechos la prueba, digámoslo asi, de que no es su base el acaso, sino la decision de carácter y la fuerza de voluntad. La gloria de Sagunto es tan escelsa, que casi parece mentira hasta que la confirma Numancia: Zaragoza no se concibe sino como creacion ideal, hasta que el patriotismo y la constancia abortan otro pueblo que la imita, y que llega á colocarse á par de ella, en las márgenes del Ter y del Oña.

Situada la ciudad de Gerona en la confluencia de los dos rios que acabamos de mencionar, hállase como reclinada al pié de una cadena de montes que la dominan por el septentrion. Dividida por el Oña en dos partes desiguales, la que cae á su márgen derecha constituye la ciudad propiamente dicha, y la otra, menor en recinto, tiene el nombre de Mercadal, comunicándose ambas porciones por medio de un puente de piedra. Antes de su gloriosa catástrofe, tenia en aquellas alturas, ademas del castillo de Monjuich, que aun existe, otros seis entre fuertes y reductos de menor importancia, arruinados ahora en su mayor parte, y eran los del Calvario, Condestable, Reina Ana, Capuchinos, del Cabildo y de la Ciudad. Un muro antiguo con torreones, y aun mas que antiguo viejo por la incuria, rodeaba la poblacion; pero los defensores se esmeraron en mejorarlo todo lo posible, añadiendo siete baluartes, y entendiendo en su fortificacion el coronel de ingenieros Menali. La ciudad á primera vista parecia inatacable por la parte del norte, pero considerándola despacio, no podia sostenerse diez dias, si es cierto como dice Carnot, citado en este particular por Toreno, que consultando la historia

de los sitios modernos, no puede pasar de cuarenta la defensa de las mejores plazas. Mas tambien ha dicho Quintana que *el hombre es solo quien guarnece al hombre*, y aunque solo contenia Gerona 14,000 almas y 6,000 hombres escasos de guarnicion de todas armas al principio del sitio, con su voluntad decidida y su corazon de diamante estendió la ciudad á mas de 7 meses el plazo señalado por Carnot. Repartidos en ocho compañías aquellos esforzados vecinos, no hubo clase que se esceptuase, ni aun el clero secular y regular, de combatir á los enemigos, alistándose hasta las mugeres en otra novena compañía con el título de Santa Bárbara para llevar municiones y víveres á los combatientes ó socorros á los heridos; generoso y voluntario deber, que con una bravura superior á la debilidad de su sexo, esmeráronse constantes en llenar aquellas esforzadas amazonas.

Tanta decision y energía de parte del paisanage y de aquella valiente guarnicion exijian de justicia un caudillo digno de ponerse á su frente, y Gerona lo tuvo tan grande, tan eminentemente patriota, tan inteligente y audaz, tan cumplido en una palabra, como lo pedia su gloria. Aquel hombre estraordinario no existe, y la historia puede hacer su retrato sin que sea el escritor sospechoso de hipérbole ó adulacion.

D. Mariano Alvarez de Castro, descendiente de una ilustre familia de Castilla la Vieja, habia nacido en Granada en 8 de setiembre de 1749. Contaba entre sus ascendientes á la intrépida Antona García, la inmortal *plebeya* de Toro, que tanto se distinguió por sus proezas en tiempo de los reyes católicos, y al ilustre Ferran Ruiz de Castro, que siempre fiel á la causa del rey D. Pedro, y muerto en Bayona á causa del triunfo del fratricida D. Enrique de Trastamara, mereció que se pusiese en su tumba la siguiente inscripcion: «Aqui yace Ferran Ruiz de Castro, *toda la lealtad de Castilla*.» Epitafio que, como dice muy oportunamente un biógrafo contemporáneo, hubiera podido colocarse tambien sobre el sepulcro de su ilustre descendiente. Los dias de la infancia de nuestro héroe fueron constantemente hazarosos por lo muy delicado de su salud; pero el espíritu no participó de las vicisitudes del cuerpo. Hijo de una rica familia, recibió una educacion correspondiente á su clase, la educacion que en aquellos tiempos podia recibirse en España; pero aunque aficionado al estudio, la instruccion que adquirió fué tan escasa como eran medianas las dotes de su capacidad y talento, cuando este escedia los límites de la comprension militar. Alvarez era el tipo mas cumplido de la España en que florecieron sus dias: grave, pundonoroso, galante, generoso, desinteresado, dotado de irritable amor propio, suave á veces y á veces terrible, de profundos sentimientos religiosos, de instintiva luz natural, y atrasado en saber como ella. Su inclinacion desde un principio fué siempre á la carrera militar, y no entró sin embargo en ella hasta la edad de 19 años, en que concluido el primer período de su educacion, tuvo ingreso como cadete en el cuerpo de Guardias Españolas. Poco tiempo despues solicitó tomar parte en la lucha contra Argel, y le fué su demanda negada por no consentir las órdenes entonces vijentes que ninguno de los de su clase suspendiese por la campaña el curso de sus estudios. Promovido á alferez en 1778, estuvo como tal en el sitio de Gibraltar, donde llamó la atencion de sus gefes por sus prendas de honradez y valor, ascendiendo cinco años despues á teniente, y pasados otros seis años á teniente coronel y primer teniente. En 1790 nombróle coronel suyo el duque de Osuna, maestro de la academia que se estableció en Madrid, y asi prosiguió hasta 1793, en que con motivo de la guerra entre España y la República francesa, salió para el Rosellon, hallándose en la batalla de Masdeu, en el bloqueo de Elna, en la salida de Masdeu á Anils, en el ataque de las trincheras francesas de Perpiñan, en el combate y toma de Rivesaltes, donde quitó un cañon á los enemigos; en los encarnizados ataques que tuvieron lugar en el Buló, donde solo con su compañía rechazó una vez á la bayoneta una columna de 500 hombres; en la batalla de Plá de Rey, donde fué contuso y tomó á los franceses otro cañon; y últimamente en otras mil acciones que tuvieron lugar aquel año en el territorio francés, como asimismo en el sitio y

rendicion de Coliuvre en la campaña del año siguiente, campaña que le valió por su parte el grado de coronel, siendo luego ascendido á brigadier en 1795. Honras todas de buena ley, ganadas á fuerza de servicios y no por el favor ó la intriga.

Y asi prosiguió hasta los dias de 1808, desempeñando tranquilamente las funciones de su último empleo cuando ocurrió la aleve sorpresa de la plaza de Barcelona verificada por el general Duhesme. Tenia entonces nuestro brigadier el mando del castillo de Monjuich, y Duhesme intentó apoderarse de aquella inespugnable fortaleza; pero Alvarez contestó á la intimacion, á los halagos y á las amenazas, coronando las murallas de tropas, haciendo empuñar la mecha á los artilleros, y apuntando á nuestros pérfidos huéspedes, que estaban detenidos en el glásis. Aquella decidida actitud fué por desgracia completamente inútil, y Alvarez hubo al fin de obedecer como subordinado militar la órden del general Ezpeleta relativa á la entrega del castillo, segun queda atras referido en el tomo I de esta obra. La necesidad de ceder al mandato del que era su gefe, fué un horrible y costoso sacrificio impuesto al alma grande de Alvarez, y la lucha entre su pundonor y esa triste necesidad alteró su salud visiblemente. Convalecido de su dolencia, y cuando ya se disponia á evadirse de entre los enemigos, hubo particular empeño en obligarle á que se encargase del gobierno interino de la plaza; pero él se escusó pretestando el mal estado de su salud, y últimamente consiguió fugarse no sin dificultades y peligros que pudo afortunadamente vencer, presentándose en la plaza de Tarragona, de lo cual salió al poco tiempo investido del mando de nuestra vanguardia en el ejército de aquel Principado. El lector sabe ya los servicios prestados por aquel hombre insigne relativamente á la plaza de Rosas, servicios que como los demas en que tuvo ocasion de distinguirse bajo el mando del marqués de Lazan, revelaron en él un hombre activo, valiente y emprendedor, mas no tanto que le realzasen á una esfera muy elevada, ó que hiciesen sospechar todas las dotes que adornaban aquella alma estraordinaria, alma que se acercaba á las comunes bajo el punto de vista intelectual, pero grande, elevada, magnánima, fiera, impetuosa, terrible relativamente al deber; alma en que la vida moral suplia todas las demas dotes, haciendo de él mas que un mortal una especie de ser sobrehumano, y mas que un viejo ya sexagenario, como lo era en aquella época, un hombre en todo el vigor de su edad, en toda la privilegiada energía de la mas vigorosa juventud. ¿Quién á pesar del brillo de los ojos y del color moreno de la tez, hubiera sospechado en aquel cuerpo, en aquella estatura mediana, en aquel desairado talante, el espíritu que allí se encubria? Pero asi como la humanidad de Jesus se transfiguró en el Tabor, llegó tambien su plazo á la de Alvarez para transfigurarse en Gerona. Dos naturalezas distintas parecian existir en él, y en aquella ciudad inmortal desapareció completamente el hombre para ostentarse solamente el dios.

Las tropas imperiales destinadas al sitio de aquella plaza componíanse de la division francesa del mando del general Souham, de la division italiana á las órdenes del general Pino, y de otra de tres regimientos de la confederacion del Rhin comandada por el general Verdier, sucesor de Reille en la direccion de todas aquellas fuerzas reunidas desde los principios del cerco. Los ingenieros y la artillería estaban bajo el mando respectivo de los generales Samson y Taviel.

Al aproximarse los franceses, publicó Alvarez en Gerona un bando relativo á la defensa, y ese bando fulminaba la pena de ser pasado por las armas *todo el que profiriera la voz de capitular ó de rendirse*. «Resolucion, dice Toreno, que por su parte procuró cumplir rigurosamente, y la cual sostuvieron con inaudito teson la guarnicion y los habitantes.» Preguntándole entonces alguno quéplazo señalaba á la defensa, *me resistiré*, contestó, *doble tiempo que Zaragoza*. Palabras que en aquellos dias no podia pronunciarlas sino un hombre de tanto corazon como él, de tanta confianza en sí mismo, de tan indomable carácter, de tanta y tan enérjica fe en la causa que defendia. Podia atribuirse á su posicion, mejor que la de los zaragozanos, haberse aventurado á prometer lo que atendida esa circunstancia podia estar seguro de cumplir; pero habia ya transcurrido el plazo prefi-

jado por él, y su situacion era otra, era ya la mas lamentable, y entonces volvió á preguntársele lo mismo que la otra vez. *Llevo ya cuatro meses*, replicó, *y aspiro á resistirme otros cuatro.* Y tambien cumplió su palabra, con la diferencia de un mes. Tal era el hombre con quien los franceses iban á medirse en Gerona en mayo de 1809.

Presentáronse los imperiales á la vista de la plaza el 6 del espresado mes en las alturas de Costa-Roja, y habiéndoles llegado refuerzos cuando Verdier tomó el mando, y otros nuevos refuerzos detras de él, atacaron la ermita de los Angeles al nordeste de la poblacion, y despues de una buena defensa, cayó en su poder aquel punto. Desde entonces trabajaron los sitiadores en activar sus operaciones, y como la guarnicion y los habitantes no bastaban por su escaso número á cubrir todos los puntos de la plaza y atender juntamente al esterior, quedó esta circunvalada del todo desde los primeros de junio, sin mas diversion por afuera que los tiroteos contínuos de los paisanos de Montagut. Ascendian entonces las tropas francesas de 18 á 20,000 hombres, y su distribucion era la siguiente: la division westfaliana á las órdenes del general Morio ocupaba á San Medir, Montagut y Costa-Roja; la brigada de Juvhan á Pont-Mayor; los regimientos de Berg y Wurszbargo las alturas de San Miguel y Villarroja hasta los Angeles; y en la parte del Oña al Ter por Montelibi, Palau y el llano de Salt, las tropas que Gouvion Saint-Cyr habia enviado de Vich. Con esto, y reunido el 8 de junio el tren de sitio correspondiente, proyectaron los franceses dos ataques, uno á la orilla izquierda del Ter contra la ciudad, y otro contra el castillo de Monjuich y contra los reductos destacados que defendian esta posicion. Abierta la trinchera en la noche del mismo dia, establecieron los sitiadores una batería de morteros destinada al primer ataque, y otras dos baterías de cañones contra el castillo; pero antes de romper el fuego creyó Verdier del caso enviar un parlamentario á los sitiados, como lo verificó el dia 12, intimándoles la rendicion; Alvarez contestó dignamente, y añadió que en lo sucesivo no recibiria en la plaza parlamentarios de ninguna especie, pues estando decidido á no abrir trato ni comunicacion ninguna con los enemigos de su patria, *su contestacion en adelante á toda clase de proposiciones seria recibir á metrallazos á quien quiera que se las trajese.* Fiera y desesperada resolucion, de la cual no desistió nunca, siendo constantemente el cañon su única y esclusiva respuesta á los parlamentarios franceses, cuando á pesar de su manifestacion se empeñaron en acercársele. Verdier quedó espantado al ver un hombre que asi se queria privar de toda comunicacion con el campamento enemigo, llevando su fiereza al estremo de apelar á una eterna negativa, resistiéndose para siempre á otorgar, y lo que era mas que eso aun, á lo que ninguno se niega, á la condescendencia de oir.

Recibida la respuesta de Alvarez, rompió el fuego de las baterías francesas en la noche del 13 al 14. Al estrépito del bombardeo acudió la guarnicion á sus puntos, haciendo lo mismo el vecindario, la compañía de mugeres y aun los niños, llenos de decision y entusiasmo. El fuego de los sitiadores fué tan vivo y tan bien dirijido, que bien pronto se vió desmontada la artillería de los dos reductos ó torres de San Luis y San Narciso, mientras las bombas de las baterías situadas á la izquierda del Ter, lanzaban el incendio y la destruccion sobre los barrios principales de la poblacion, quedando entre otros edificios reducido á cenizas el hospital general. El francés se apoderó en dicha noche del Molino Nuevo y del arrabal de Pedret, y merced á esta ocupacion logró situar sus puestos avanzados á medio tiro de fusil de las obras de la plaza. Alvarez dispuso lanzarle de un sitio que tan favorable podia ser á los enemigos si lograban establecer en él alguna batería de brecha, y ordenó una salida sobre el arrabal con 700 hombres sacados de Monjuich y 500 de la plaza. A nuestra impetuosa acometida, retiráronse el 17 los enemigos de aquel interesante punto, despues de destruirles los nuestros el espaldon que habian levantado con el objeto de establecerse definitivamente en él. Volvió entonces sobre nuestros soldados un batallon francés del regimiento 16 de línea situado en el Molino Nuevo, y mientras él hacia retirar á los que habian

salido de Monjuich, el coronel Legrás con cuatro compañías del 2.° de línea westfaliano marchaba por la orilla del Ter sobre nuestra columna de la plaza, haciéndola volver á su recinto. Esta salida nos costó bastante sangre, pero se recobró el arrabal.

El 19 volvieron las baterías francesas á lanzar con nutrido vigor sus disparos, momentáneamente interrumpidos sobre los reductos que defendian á Monjuich, y apagados nuevamente los fuegos de las dos torres antes mencionadas, destruida la cortina de su muralla y abierta brecha, aunque los franceses dicen que no, abandonaron los nuestros ambos reductos. Caidos estos en poder del enemigo, hizo Taviel construir una nueva batería contra otro, que era el de San Daniel, y habiendo sucedido lo propio, evacuáronlo tambien los nuestros, volando una fogata el 21.

En este mismo dia cayó igualmente S. Feliú de Guijols, aunque con muchísima pérdida por parte del enemigo, en manos del general en gefe Saint-Cyr, que habiendo llevado á Barcelona sus enfermos y heridos, acababa de aproximarse á Gerona, sentando el 20 en Caldas su cuartel general. Su venida aumentó las fuerzas de los sitiadores, ascendiendo estas desde aquel dia al número de 30,000 hombres. Tan considerable refuerzo, unido á las últimas ventajas que acababan de obtener, decidiólos á poner inmediatamente por obra el ataque directo de Monjuich. Esta empresa sobre una roca viva y escarpada, si bien el castillo en sí mismo carece de importancia militar, necesitaba grandes trabajos y ofrecia bastantes dificultades; pero los sitiadores creyeron que pudiendo considerársele hasta cierto punto como la ciudadela de Gerona, una vez tomado el castillo, era inevitable y segura la rendicion de la plaza. Despues los autores franceses han discurrido de otra manera, diciendo que ese cálculo era bueno para otros tiempos, pero no en aquellas circunstancias, porque es muy verosímil, añaden, que los resultados hubieran sido mas decisivos si antes de tomar aquella fortaleza se hubiera ocupado la plaza, siendo como era esta un centro de comunicacion indispensable para los fuertes, y existiendo en ella, ademas del depósito general de víveres y municiones, el foco ó principal nutrimento de aquella resistencia tenaz. Asi, repetimos, discurren los que despues de vistos los sucesos, no saben de qué modo paliar el desdoro que sufrieron sus armas; pero en Gerona como en Zaragoza el patriotismo desconcertó siempre los cálculos mejor imaginados del saber y la ciencia militar. El que hizo Verdier aquellos dias era á no dudar bien fundado, porque ¿quién podia creer que una vez tomado Monjuich pudiera resistirse la plaza, hallándose dominada por él? Lo que sucedió mas adelante cuando al fin se perdió esa fortaleza, es la contestacion mas concluyente á la pobre y piadosa creencia de que embistiendo primero la plaza y dejando para despues el castillo, hubiera sido el éxito mejor.

Decidido el ataque contra el fuerte en cuestion, defendido por 900 hombres á las órdenes de D. Guillermo Nash, hubieron de luchar los franceses con los obstáculos que oponia el terreno y con las continuas lluvias que desprendiéndose á torrentes por aquellos dias, echaban á perder sus obras y hacian casi irrealizable su perfecto y total acabamiento. A pesar de todas estas contrariedades, era tal la confianza y la fe que les inspiraba su cálculo, que desde el 25 de junio quedó una batería de morteros en disposicion de jugar, dedicándose en seguida sus ingenieros con actividad infatigable á la pronta y feliz conclusion de otras baterías de brecha. Y asi terminó dicho mes sin particular ocurrencia, salvo los esfuerzos inútiles con que el sitiado procuraba retardar el progreso de las obras enemigas, y escepto los un tanto mas felices con que los somatenes y varios destacamentos de tropas españolas venian con frecuencia á las manos con las francesas por aquellos alrededores. Por lo demas, Gerona en aquellos dias no tenia esperanza ninguna de socorros propiamente dichos ó dignos de llamar la atencion: el estado de Aragon y Cataluña era entonces tan poco satisfactorio, que no los consentia allegar.

Los franceses, concluidas sus obras, destinaron el 3 de julio al ataque del fuerte de Monjuich, y asi vino á ser todo uno anunciarse la luz de dicho dia y

romper un vivisimo fuego desde la batería Imperial, compuesta de 20 piezas de grueso calibre y 2 obuses, y desde las demas compañeras suyas destinadas á abrirnos brecha. Aportillada al caer la tarde la cara derecha del baluarte del norte, preparóse Nash con los suyos á resistir la acometida que el enemigo probablemente no tardaria en realizar. El fuego de este mientras tanto continuaba siendo el mas horroroso, y en la noche del 4 de julio ordenó Verdier el asalto. La audacia desplegada por los franceses en aquel alarde terrible, rayó en sobrehumano valor. Los nuestros, que detras de la brecha habian procurado practicar las obras mas oportunas, resistieron el escalamiento con bravura desesperada, y tanto que el francés desistió de su temerario propósito. Poco, empero, duró la tregua relativamente al asalto. Animados de nuevo vigor en la mañana del 8, y teniendo constantemente en el aire 7 bombas y otros muchos fuegos parabólicos sobre el punto atacado, volvieron á escalar el castillo una vez y otra vez, y otra mas, y otra cuarta vez todavía, y las cuatro fué inútil su empeño acabando al fin por cejar, dejando al pié de aquella *despreciable* fortaleza, como antes la apellidaban, 2,000 hombres entre muertos y heridos, contándose entre los últimos Muff, gefe de los asaltadores. De los nuestros pereció el bravo Pierson que mandaba en la brecha, y cubriéronse de gloria tanto él como el gefe del punto Nash, Candy con la artillería y Fournas al frente de la reserva, Montoro con su sola serenidad (1), y entre otros infinitos cuya lista seria interminable, el mozo Luciano Ancío, tambor apostado para señalar con la caja los tiros de bomba y granada. Llevóle un casco, dice Toreno, parte del muslo y de la rodilla, y al quererle trasladar al hospital, opúsose diciendo: *¡no, no! aunque herido en la pierna, tengo los brazos sanos para con el toque de caja librar de las bombas á mis amigos.* Nuestra pérdida fué no-



Asalto de Monjuich.

table tambien, porque allí se disputaron la palma el valor y la temeridad, siendo lo mas sensible de todo que aquella en su mayor parte consistiese en ha-

(1) Este intrépido subteniente vió el 3 de julio derribada del ángulo flanqueado de uno de los baluartes del castillo la bandera española que allí tremolaba, y al verla caida, bajó al foso, y habiéndola recobrado, subió con ella por la misma brecha, é hincóla por su propia mano en el sitio donde antes estaba.

berse volado con casi todos los que la defendian una de nuestras obras avanzadas entre Monjuich y la poblacion, que fué el reducto ó torre de San Juan. El intendente Beramendi, que tanto se habia distinguido el 14 de junio en union con la junta corregimental por su celo y filantropía con los heridos y enfermos del hospital incendiado, señalóse en esta ocasion bajo el mismo punto de vista, salvando con heróica intrepidez, en medio del fuego enemigo y del que devoraba la torre, unos pocos de los infelices que pudieron sobrevivir á aquella espantosa catástrofe.

Y asi continuó la fortaleza sosteniéndose todo lo que restaba de julio contra los increibles esfuerzos que para apoderarse de aquel punto desplegaba tenaz el enemigo, multiplicando sus baterías y haciéndolas subir hasta 30, sin que por eso se atreviera aun á realizar un sesto asalto. ¡Tanto los imponia la actitud de nuestros esforzados campeones! Verdad es que la inteligencia se unia en aquellos guerreros á la serenidad y al valor, y el francés tenia que habérselas con notabilidades no indignas de mirar frente á frente á las suyas. Nuestros bien dirijidos disparos, tanto en el fuerte como en la poblacion, les hacian un daño gravísimo, y los que con su acierto y buena suerte nos habian volado el reducto de San Juan en los primeros dias de aquel mes, viéronse el 31 del mismo pagados en la misma moneda con la estrepitosa esplosion del reducto de San Luis que ocupaban, volándolo con todos sus soldados una bomba lanzada de la plaza, infortunio que se acrecentó con la pérdida que el mismo dia les hicieron sufrir los del castillo, lanzándose valientes sobre ellos en una de sus mas audaces salidas. Pero todos los esfuerzos humanos tienen prefijado su límite, y Monjuich no podia sostenerse sino mientras fuera Monjuich. En la noche del 3 de agosto quiso posesionarse el francés del rebellin del frente de ataque, y no le fué posible conseguirlo; mas volviendo al dia siguiente, desplegó desusado vigor, y últimamente vino á hacerse dueño de aquel interesantísimo punto, pereciendo en su defensa Grifols, el héroe que lo defendia, con 50 de nuestros valientes. Con esto parecia inevitable la inmediata rendicion del castillo, y no obstante siguió Nash allí por espacio de ocho dias mas, realizando el 10 otra salida, de las mas atrevidas sin duda que de gente sitiada se cuentan. Tres meses hacia ya entonces que se defendia aquel fuerte, y tenia ya cuatro brechas, y habia rechazado cinco asaltos, y de sus 900 defensores no llegaban á 400 los que en su recinto quedaban, casi todos ellos heridos, y habian caido sobre él 3,100 granadas, 2,600 bombas y un sin número de balas, piedras, cascos y fuegos artificiales, y era aquello un monton de ruinas y de despedazados escombros, donde no era posible sostenerse al mas desesperado valor. Nash habia escrito á Alvarez consultándole respecto á evacuar el cadáver de aquella fortaleza, y Alvarez no convino en que se hiciese, antes bien alentó á sus defensores á la resistencia. Era, empero, del todo imposible cumplir en esta parte los deseos del fiero y exigente general, y decidida ya la evacuacion en un consejo de guerra, tomó Nash sobre sí la responsabilidad de aquella medida, y abandonó á Monjuich el dia 12 á las seis de la tarde, metiéndose en la plaza con los suyos, despues de destruir la artillería y todas las municiones. Presentóse entonces á Alvarez, y pidió con los demas gefes, sus compañeros en la defensa, que sino estaba satisfecho de ellos, se les residenciase en el acto. Alvarez contestó sonriendo: *habeis cumplido con vuestra obligacion.* Era cuanto aquellos valientes podian apetecer: merecer tras su heróica conducta que esta fuese aprobada por Alvarez.

Mientras tanto el general Saint-Cyr habia el 5 de julio enviado á Fontana sobre Palamós, á fin de apoderarse de este puesto, como lo consiguió no sin sangre, pereciendo en la poblacion la mayor parte de sus defensores. A principios del mismo mes habia llegado á Perpiñan el mariscal Augereau, duque de Castiglione, designado por Napoleon para reemplazar á Saint-Cyr en el mando de las fuerzas sitiadoras. Esta noticia desagradó al último, mas no por eso desistió un momento de emplear sus esfuerzos todos en privar á los gerundeses de toda clase de auxilios, desbaratando las tentativas aisladas de los somatenes para abastecer la ciudad. Al lle-

gar Augereau á la capital del departamento de los Pirineos orientales, publicó una proclama dirigida á los habitantes de Cataluña, recomendándoles la paz y la sumision; mas bien pronto conoció lo inútil de semejantes peroraciones, y que no era empresa tan fácil, como acaso se le habia figurado, la reduccion de aquellos naturales. Esto unido á un ataque de gota detuvo en la frontera á Augereau por algun espacio de tiempo, continuando Saint-Cyr en consecuencia en el mando del 7.° cuerpo mientras aquel se restablecia. Los somatenes y migueletes y algunos pocos soldados procuraban divertir su atencion en cuanto les era posible, molestándolos Porta desde la raya de Francia á Figueras, Robira de Figueras á Gerona, y los patriotas Wimpffen, Cuadrado, Milans, Iranzo y Clarós por Hostalrich y Santa Coloma hasta la capital asediada. Por poco que aquellos valientes apoyasen á esta desde afuera, conveníale á Saint-Cyr desembarazarse de tan molestos vecinos, y á fin de despejar la línea de Francia que con tanta frecuencia quedaba cortada con sus correrías, hizo el 12 del mismo mes que se situasen en Bañolas y San Lorenzo de la Muga los generales Souham y Guillot. El coronel Espert-Latour, la brigada italiana de Mazzuchelli y la de igual clase del antes referido Fontana señaláronse por sus servicios en el campamento francés; pero el que mas daño hizo á Gerona por aquellos dias en materia de ahuyentar de la plaza toda clase de recursos esteriores, fué el general italiano Pino. Deseando las autoridades de Cataluña socorrer á los valientes sitiados, procuraron allegar un convoy que proveyese á su subsistencia, y no siendo posible enviar fuerzas que pudieran imponer al francés, limitáronse á las precisas para custodiar el bagaje, cuya conduccion confiaron al coronel Marshall, irlandés de nacion y hombre resuelto, venido á España con solo el objeto de lidiar por nuestra independencia. Púsose este, pues, al frente de la espedicion, y habiendo conseguido pasar por Llangostera con su columna de 1,200 hombres sin ser descubierto por Pino, lisongeábase ya de poder arribar á Gerona al abrigo de los muchos bosques de que está cubierto el pais, cuando sabedor su adversario de la direccion que llevaba, echósele encima en Fornell, quedando en consecuencia prisionera la columna casi en su totalidad, y privada Gerona de su auxilio y del tan esperado convoy. Marshall por una estratagema que los franceses le echan en cara, pudo salvarse á todo escape con unos cuantos de los suyos, y presentándose en la ciudad, ofreció á sus moradores el apoyo de su brazo, no siendo posible otra cosa. Recibiéronle los gerundenses, si bien tristes por el mal resultado, con la cordialidad debida á un hombre de tanto corazon como él, y del cual dió bien pronto las pruebas mas relevantes en el corto plazo que el cielo habia concedido á sus dias.

Los franceses no hallaron en Monjuich sino 18 cañones, casi todos inutilizados. Posesionados de aquel fuerte, creyeron que la poblacion tardaria muy poco en rendirse, y asi fué que Verdier, gefe inmediato de los sitiadores, escribió á su gobierno que á los diez dias á mas tardar quedaria por suya Gerona. Destituidos los nuestros por aquella parte de defensa propiamente dicha, y amparados de muy pocos fuegos, dado que hasta el convento de San Daniel habia el 2 de agosto caido en poder de los franceses, parecia lo mas natural la realizacion del pronóstico que Verdier habia formado; pero el plazo prefijado por este habia casi del todo transcurrido, y Gerona aumentaba sus esfuerzos á medida que arreciaba el apuro. Visto esto por el gefe enemigo, conoció que era enteramente inútil esperar de la tal ocupacion un efecto moral en los ánimos de los defensores cual él se lo figuraba; y determinado á estrecharlos y combatirlos hasta el último rigor de la guerra, añadió á su batería del Puig-Denroca otra en el monte de la misma denominacion, otra encima del arrabal de San Pedro, y otra en Monjuich, haciendo que las cuatro á la vez rompiesen sus fuegos el 19 de agosto sobre aquella valiente poblacion. Los baluartes de S. Pedro, Figuerola y S. Narciso habian sufrido muchísimo en los dias anteriores con los disparos de la primera batería: en este y en los inmediatos siguientes dirijióse el conato del francés á atacar principalmente la muralla de S. Cristobal y la puerta de Francia, mas fué en vano intentar por

aquella parte penetrar en el interior y en vano prometerse mejor fruto por el muro de Santa Lucia. Rechazados en todos los puntos por donde realizaron sus embestidas, temian los imperiales empeñarse en las calles y plazas como se habia hecho en Zaragoza, no pudiendo dudar que Gerona seria tan terrible como aquella ciudad en semejante género de lucha, segun indicaban los preparativos que se tomaban en el interior. Limitáronse por lo tanto en lo que restaba de agosto á continuar el bombardeo sobre los puntos mas débiles, aumentando considerablemente el número de sus baterías, y haciéndolas lanzar dia y noche, si bien con algunos intervalos de descanso, infinitos proyectiles y fuegos. En los últimos dias del mes fué horrible sobre toda ponderacion la lluvia de las bombas, granadas y bala rasa, desplomándose los edificios con el mas espantoso fragor; mas ni aun asi pudo el francés posesionarse de sitio alguno que perteneciera á la plaza, siendo siempre rechazado del muro y de los dos cuarteles que acometió con empeño el mas decidido. Tambien el 25 quisieron los franceses penetrar en las casas llamadas de la Gironella. Una salida de los españoles desde el fuerte del Condestable les impidió que se alojáran allí, quedando prisioneros ó muertos los que tanto se atrevieron á osar. Presente á todo el denodado gobernador, ponia su principal cuidado en reforzar los puntos donde era mayor el peligro, sin descuidar en cuanto le era posible la paralizacion ó el retardo de los trabajos de los sitiadores, disponiendo algunas otras salidas, si bien poco importantes las mas de ellas, por ser bastante escasa en número la gente de que disponia, no ya para alanzarse al esterior, sino para cubrir convenientemente los principales puntos de la plaza. Una de las espresadas salidas fué encargada á un valiente oficial, quien disponiéndose á ejecutarla, preguntóle al gobernador adonde se acojeria caso de haber de retirarse: *al cementerio*, contestóle Alvarez con estóica severidad.



Notable respuesta de Alvarez.

Era entonces gefe supremo de nuestras fuerzas en Cataluña, con retencion del mando de Aragon y Valencia, el general D. Joaquin Blake, quien despues del desastre de Belchite se habia dirijido al territorio que inmortalizaba Gerona. Alvarez desde el principio del sitio habia pedido socorros, y no era posible allegarlos, como ya en su lugar queda dicho, con la celeridad

conveniente. Frustrada en el primer tercio de julio la pobre espedicion de Marshall, y creciendo contínuamente las pérdidas de la plaza tanto en gente como en provisiones, tomó Blake sus disposiciones desde los primeros de agosto á fin de hacer efectivos los auxilios que necesitaba aquel pueblo. Y como lo primero de todo era procurar distraer las fuerzas del enemigo, envió una division á Aragon, y dejando apostada otra en la frontera de Valencia, dirijióse él á Vich con la de Lazan. Alli se le agregaron otras fuerzas de somatenes y partidarios, y pasando despues á San Hilari y ermita del Padró, procuró en aquel punto iludir á los enemigos, llamando su atencion hácia él, al paso que Robira y Clarós debian atraerle por su parte en la orilla izquierda del Ter, mientras D. Manuel Llauder y D. Enrique Odonnell se dirijian respectivamente el uno hácia la ermita de los Angeles y el otro camino de Bruñolas. Era esto á fines de agosto, y teniendo noticia Saint-Cyr de los preparativos de los nuestros, adoptó las convenientes medidas á fin de desbaratarlos. Situado desde el 10 en Fornells, trabóse alli en pelea con Blake y dispersó su gente, ó por lo menos lo creyó asi. Verdier al mismo tiempo habia reunido sus tropas, esparcidas por varios puntos merced á la escasez de subsistencias, mas ni él ni Saint-Cyr pudieron evitar que Llauder se apoderase de los Angeles. Odonnell por su parte embistió la posicion de los franceses en Bruñolas, y fué tan decidido su ataque, que Saint-Cyr llegó á figurarse ser aquel el principal punto que los nuestros querian forzar. Retiróse, pues, de Fornells, y dejando en Salt una division á las órdenes de Millosewitz, encaminóse junto con Verdier el dia 1.° de setiembre á protejer el punto amenazado. Entonces se vió la pericia con que Blake habia dispuesto su bien imaginada combinacion. Odonnell al mirarse en peligro dió muestras de querer retirarse, y en efecto lo hizo por último, colándose como pudo en Gerona, mientras Saint-Cyr volvia á Fornells. ¿Mas cuál no fué su admiracion, cuando restituido á aquel pueblo vió en él la division de Millosewitz, derrotada en Salt por García-Conde, que era el gefe encargado del convoy? «La imparcialidad que preside á nuestra relacion (dicen los autores de la obra *Victòires, conquêtes*, etc.) nos impone el deber de decir que despues de los infructuosos ataques intentados por el enemigo contra los puestos de Bruñolas y de Bascano, creyó Saint-Cyr contra toda probabilidad y verosimilitud (y creyólo engañado por las relaciones de sus espías y por los hábiles movimientos del general Blake) que los españoles se habian puesto en marcha el 30 de agosto con designio de darle batalla delante de Hostalrich. Partiendo de este supuesto, dirijió todas sus fuerzas hácia el rio de Avenas y Mallorquinas, evacuó los tan útiles puestos de Bruñolas y de Bascano, en vez de reforzarlos como convenia, é hizo avanzar una gran parte de la division de Souham, ocupada en cubrir el sitio, delante del pretendido ejército, al cual esperó vanamente durante todo el dia; y entretanto el general Blake, cojiendo todo el fruto de su ardid, hacia desfilar por la derecha del Ter, desprovista de tropas desde Bascano á Gerona, un cuerpo de 4,000 infantes y 500 caballos bajo las órdenes del general García-Conde. Este destacamento escoltaba un convoy de 1,500 acémilas (1) cargadas de víveres y municiones de todas clases, y entró en Gerona sin dificultad. El error del general francés, concluyen, reanimó las esperanzas de los españoles, y retardó por mucho tiempo la ocupacion de Gerona.» A esta relacion solo falta añadir que Clarós y Robira contribuyeron con sus embestidas por San Medir, Montagut é inmediaciones de Sarriá á aquel felicísimo éxito, no menos que D. Blas de Fournas, enviado desde la plaza por Alvarez á recibir á García-Conde y á distraer á los enemigos por la parte de Monjuich. En cuanto á dar aliento á la corta guarnicion de Gerona el refuerzo que recibió, diremos con aquellos que fué asi: mas tambien añadiremos con Toreno que ese mismo aumento de fuerzas hizo á la vez que no

(1) Las acémilas fueron 2,000.

se consiguiese disminuir la escasez de la plaza con los víveres introducidos.

Blake habia quedado en Hostalrich observando los varios movimientos que tenian lugar entre los suyos, y allí volvió á incorporársele García-Conde, despues de dejar en la plaza el convoy y cerca de 3,300 hombres. Los franceses por su parte volvieron á ocupar los puntos abandonados, recobrando la ermita de los Ángeles el dia 6 de setiembre y pasando á cuchillo á los nuestros, con la sola escepcion de tres oficiales y del comandante Llauder que pudieron felizmente evitar la suerte de sus compañeros. Desde entonces en adelante preparáronse sitiadores y sitiados á sostener su respectivo empeño con nuevo y desusado vigor, multiplicando unos y otros sus medios de ataque y defensa. La artillería de los enemigos volvió el 11 á tronar de un modo horrible, estropeando el fuerte del Calvario, ocupado aun por los españoles, y ensanchando mas y mas las tres brechas que tenian estos abiertas en los puntos de Santa Lucía, Alemanes y San Cristobal. Deseoso D. Mariano Alvarez de entorpecer las obras enemigas, dispuso una salida el dia 15 bajo la direccion de Fournas; pero aquella irrupcion se malogró por haberle faltado el apoyo de una de nuestras columnas. Con esto, y siendo mas que practicables las brechas de que hablamos arriba, y hallándose apagados nuestros fuegos en todo el frente atacado, resolviéronse los enemigos á poner el asalto por obra, bien que antes creyeron oportuno enviar parlamentarios á Alvarez. Este, empero, habia ya prevenido cuál seria su contestacion siempre que se le hablase de rendirse, y recibidos á cañonazos los para él importunos mensageros, subió á su último colmo la ira del general sitiador. Procedióse, pues, al asalto el dia 19 de setiembre, destinando el francés para ello cuatro columnas de á 2,000 hombres. ¿Pero cómo describir la imponente, la terrible actitud de Gerona en la tarde de aquel dia inmortal? El cuadro que nosotros presentásemos seria frio y sin animacion al lado de este otro grande, augusto y tan breve como lleno de vida que nos ofrece el conde de Toreno.

«Entonces (tales son sus palabras) brillaron las buenas y prévias disposiciones que habia tomado el gobernador español; allí mostró éste su levantado ánimo. Al toque de la generala, al tañido triste de la campana que llamaba á somaten, soldados y paisanos, clérigos y frailes, mugeres y hasta niños acudieron á los puestos de antemano y á cada uno señalados. En medio del estruendo de doscientas bocas de cañon y de la densa nube que la pólvora levantaba, ofrecia noble y grandioso espectáculo la marcha magestuosa y ordenada de tantas personas de diversa clase, profesion y sexo. Silenciosos todos, se vislumbraba sin embargo en sus semblantes la confianza que los alentaba. Alvarez á su cabeza grave y denodado, representábase á la imaginacion en tan horrible trance á la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre; y cierto que si no se aventajaba á los demas en estatura como aquellos, sobrepujaba á todos en resolucion y gran pecho. Con no menor órden que la marcha se habian preparado los refuerzos, la distribucion de municiones, la asistencia y conduccion de heridos.

«Presentóse la primera columna enemiga delante de la brecha de Santa Lucía, que mandaba el irlandés D. Rodulfo Marshall. Dos veces tomaron en ella pié los acometedores, y dos veces rechazados, quedaron muchos de ellos allí tendidos. Tuvieron los españoles el dolor de que fuese herido gravemente y de que muriese á poco el comandante de la brecha Marshall, quien antes de espirar prorumpió diciendo *que moria contento por tal causa y por nacion tan brava.*

«Otras dos columnas enemigas emprendieron arrojadamente la entrada por las brechas mas anchurosas de Alemanes y San Cristobal, en donde mandaba D. Blas de Fournas. Por algun tiempo alojáronse en la primera, hasta que al arma blanca los repelieron los regimientos de Ultonia y Borbon, apartándose de ambas destrozados por el fuego que de todos lados llovia sobre ellos. No menos padeció otra columna enemiga que largo rato se mantuvo quieta al pié de la torre de la Gironella. Herido aquí el capitan de artillería D. Salustiano Gerona, tomó el mando

provisional D. Cárlos Beramendi, y haciendo las veces de gefe y de subalterno, causó estrago en las filas enemigas.

«Amenazaron tambien estas durante el asalto los fuertes del Condestable y del Calvario, igualmente sin fruto.

«Tres horas duró funcion tan empeñada. Todas las brechas quedaron llenas de cadáveres y despojos enemigos: el furor de los sitiados era tal, que dejando á veces el fusil, sus membrudos y esforzados brazos cojian las piedras sueltas de la brecha y las arrojaban sobre las cabezas de los acometedores. D. Mariano Alvarez animaba á todos con su ejemplo y aun con sus palabras; precavia los accidentes, reforzaba los puntos mas flacos, y arrebatado de su celo no escuchaba la voz de sus soldados que encarecidamente le rogaban no acudiese como lo hacia á los parages mas espuestos. Perdieron los enemigos varios oficiales de graduacion y cerca de 2,000 hombres: entre los primeros contaron al general Floresti, que en 1808 subió á posesionarse del Monjuich de Barcelona, en donde entonces mandaba D. Mariano Alvarez. De los españoles cayeron aquel dia de 300 á 400, en su número muchos oficiales que se distinguieron sobremanera, y algunas de aquellas mugeres intrépidas que tanto honraron á Gerona.



COMPAÑÍA DE LAS MUGERES DE GERONA RECHAZANDO Á LOS FRANCESES EN LA MURALLA.

«Escarmentados los franceses, concluye nuestro digno historiador, con leccion tan rigurosa, desistieron de repetir los asaltos á pesar de las muchas y espaciosas brechas, convirtiendo el sitio en bloqueo, y contando por auxiliares, como dice Saint-Cyr, el tiempo, las calenturas y el hambre.»

Entretanto el general Blake, alentado con el éxito de su tentativa para socorrer á Gerona, continuaba recorriendo la tierra en torno de los puestos enemigos, espiando una nueva ocasion de repetir el mismo servicio. El dia 28 de octubre apoderóse nuestro digno caudillo de la poblacion de Bruñolas; pero viendo los preparativos que los franceses hacian para lanzarle de aquella posicion, desde la cual amenazaba todos sus acantonamientos, tomó el partido de abandonarla, situándose algunas leguas detras, en las alturas de Santa Coloma y Fanes con sus mas selectas tropas, los suizos y los guardias walonas, y ocupando y fortificando al mismo tiempo el último pueblo de los dos arriba nombrados. Nuestra infantería com-

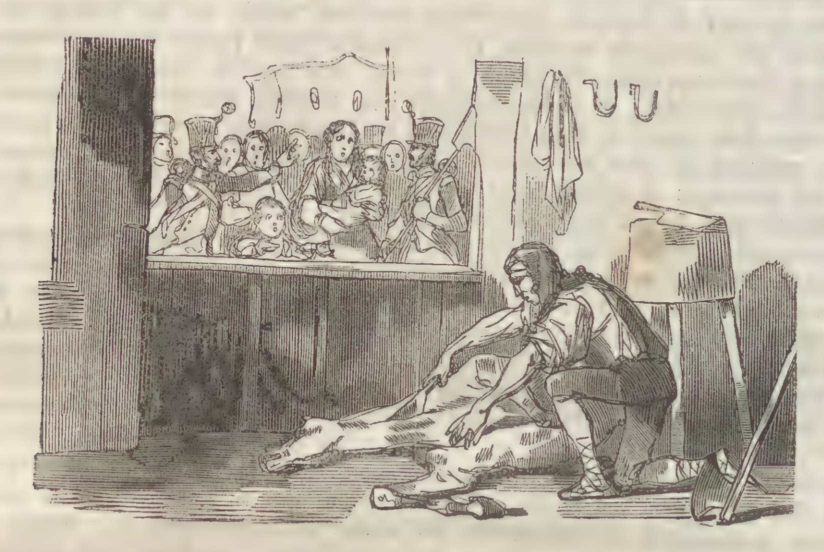
ponia el número de cerca de seis mil hombres, y estaba apoyada por cuatro escuadrones desplegados en batalla delante de Santa Coloma. El general enemigo Souham concibió el atrevido proyecto de atacar á los nuestros en esta ventajosa posicion, la cual fué rodeada á la parte de la derecha por un regimiento francés que trepó por escarpadas alturas, mientras tres batallones de infantería lijera avanzaban sobre Santa Coloma, y otros dos de la misma arma amenazaban nuestra izquierda. El capitan Brejean estaba encargado de sostener con un escuadron de dragones al regimiento enemigo de infantería lijera. Nuestros dragones cargaron á la columna que avanzaba directamente sobre Santa Coloma; pero esta evitó el choque retirándose á un terreno elevado, quedando con este movimiento enteramente á descubierto los dragones franceses. No por eso se desconcertaron estos, antes bien cargando á la caballería española, notablemente superior en número, la dispersaron completamente, haciéndola esperimentar mucha pérdida en caballos y ginetes, unos heridos y otros prisioneros. Alentados con aquel egemplo, apoderáronse de la poblacion los dos batallones ligeros, siendo en pocos instantes ocupadas todas nuestras posiciones por las otras columnas enemigas, y dados al fuego los campos. Esta jornada costó á los españoles 1,200 hombres de pérdida entre muertos y heridos, con mas 300 prisioneros, entre ellos tres tenientes coroneles.

A pesar de este mal resultado, no renunció Blake á la esperanza de abastecer á Gerona, y con el fin de verificarlo reunió sus almacenes en Hostalrich, plaza protegida por la fortaleza que la domina y puesta ademas al abrigo de un golpe de mano, situando en ella aquel una guarnicion de 2,000 hombres á las órdenes del brigadier Cuadrado. Rodeada la poblacion de un buen muro y guarnecida con algunas torres, de las cuales se hallaba una armada con dos piezas de cañon y era demas de eso notable por su circunferencia, ofrecia al parecer medios bastantes para resistir largo tiempo, máxime habiendo todos los habitantes empuñado las armas á fin de reforzar la guarnicion. Ninguna de estas dificultades detuvo al general Pino, encargado de apoderarse con su division de un punto tan importante. Escalado el muro por la brigada del general Mazuchelli, sirviéndose esta para ello de las escalas que cayeron en sus manos en las casas del arrabal, fueron pasados á cuchillo casi todos los españoles, y evacuados ó destruidos los almacenes. Un convoy de 2,000 acémilas que conducido por Wimpffen habia salido de la misma plaza cayó en poder de Saint-Cyr, que se interpuso entre dicho gefe y O'donell que iba delante por las alturas de La Bisbal, no pudiendo introducirse en Gerona sino unas 170 cargas, y quedando la ciudad por lo mismo privada de todo socorro cuando mas lo necesitaba. Su penuria en aquellos dias era verdaderamente espantosa, y esas pocas cargas que entraron acabaron de darla á conocer en toda su cruel realidad, produciendo en la poblacion el mismo efecto que unas cuantas gotas de agua en la sed del calenturiento, ó el de la escasa luz de una linterna en las sombras de un calabozo, luz que mas que á alumbrar su recinto parece venir á aumentar los horrores de la lobreguez y los fantasmas de la oscuridad. Alvarez no habia podido acopiar desde el principio del cerco mas víveres que para cuatro meses, y eran ya transcurridos cinco de estos sin alivio ninguno notable, no pudiendo contarse como tal, por las razones antes insinuadas, el del dia 1.° de setiembre.

Era preciso, pues, que la ciudad recibiese prontos socorros, y en su defecto disminuir el número de bocas hambrientas que tanto aumentaban su apuro. El general D. Enrique O'donell, que desde el apresamiento del último convoy hallábase al pié del fuerte del Condestable, conoció la necesidad de contribuir por su parte á hacer menos horrible el conflicto, y resolvió alejarse de aquel punto como la penuria exijia. Dicho gefe, al cual veremos luego jugar un papel importante al frente del mando de Cataluña, concibió el atrevido proyecto de incorporarse al ejército de Blake, atravesando el ejército francés y procurando, á despecho de

las dificultades de que estaba erizada su empresa, ganar las alturas de Santa Coloma con el cuerpo que comandaba. Su salida del punto en cuestion, conducida con tanta inteligencia como bravura, verificóse en medio de las sombras de una oscurísima noche y de un misterio mas oscuro aun. Dirijidos los nuestros por escelentes guias, echaron á andar con buen órden y con el mas profundo silencio, atravesando á bayonetazos los centinelas y guardas que el enemigo tenia situados en todos los puntos del tránsito. El general Souham estuvo á pique de caer prisionero, consiguiendo salvarse á través de los campos sin conocimiento de la direccion que le convenia adoptar. Sus bagajes cayeron en poder de los nuestros, y uno de sus soldados fué muerto á los mismos umbrales del cuartel que el gefe enemigo ocupaba. La caballería francesa, puesta en bien ordenada formacion, desde los primeros momentos de consternacion y de alarma oia el ruido de los pasos con que nuestros infantes caminaban entre los huecos de sus escuadrones, y no se atrevia á adoptar resolucion de ninguna especie en aquella profunda oscuridad: los batallones de su infantería, espantados y llenos de terror, reuniéronse en confusion y desórden, faltando poco para venir á las manos los unos con los otros. La rápida marcha de nuestros valientes abrevió la cruel incertidumbre de los enemigos de un modo lisonjero para ellos. Un piquete avanzado del 24 de dragones hizo fuego sobre las tropas de O'donell, y estas le contestaron con el suyo: el piquete en cuestion pudo entonces seguir las huellas de los nuestros, pero era ya cuando despuntaba el dia y cuando estos trepaban por las alturas de Santa Coloma. Lejos nuestra columna de su alcance, no pudieron los franceses cojernos sino unos 200 rezagados, muertos de fatiga y de sueño. Algunas de las damas de Gerona que huian con las tropas de O'donell á fin de librarse del hambre y de los horrores de un próximo asalto, cayeron igualmente en poder de la caballería francesa.

Entretanto el dia 12 de octubre habia llegado al campo enemigo el mariscal Auguereau, sucesor de Saint-Cyr en el mando de las tropas que sitiaban á Gerona. Con el nuevo gefe francés recibieron los sitiadores socorros y refuerzos que se aumentaron posteriormente, estrechándose en estremo el bloqueo. «Levantaron para ello, dice Toreno, los sitiadores varias baterías formando reductos, y llegó á tanto su cuidado, que de noche ponian perros en los caminos y ataban de un espacio á otro cuerdas con cencerros y campanillas; por cuya artimaña, cogidos algunos paisanos, atemorizáronse los pocos que todavía osaban pasar con víveres á la ciudad. La escasez por tanto tocaba al último punto. Los mas de los habitantes habian ya consumido las provisiones que cada uno en particular habia acopiado, y de ellos y de los forasteros refugiados en la plaza veíanse muchos caer en las calles muertos de hambre. Apenas quedaba otra cosa en los almacenes para la guarnicion que trigo, y como no habia molinos, supliase la falta machacando el grano en almireces ó cascos de bomba, y á veces entre dos piedras; y asi y mal cocido se daba al soldado. Nacieron de aqui y se propagaron todo género de dolencias, estando henchidos los hospitales de enfermos y sin espacio ya para contenerlos. Solo de la guarnicion perecieron en este mes de octubre 795 individuos, comenzando tambien á faltar hasta los medicamentos mas comunes..... Dentro de Gerona no dió noviembre lugar á combates escusados y peligrosos en concepto de los sitiadores. Renováronse, sí, de parte de estos las intimaciones, valiéndose de paisanos, de soldados y hasta de frailes que fueron ó mal acogidos ó presos por el gobernador. Pero las lástimas y calamidades se agravaban mas y mas cada dia. Las carnes de caballo, jumento y mulo de que poco antes se habia empezado á echar mano, íbanse apurando, ya por el consumo de ellas, ya tambien porque faltos de pasto y alimento, los mismos animales se morian de hambre comiéndose entre sí las crines. Cuando la codicia de algun paisano arrostrando riesgos introducia comestibles, vendíanse estos á exorbitantes precios: costaba una gallina diez y seis pesos fuertes y una perdiz cuatro. Adquirieron tambien estraordinario valor aun los animales mas inmundos, habiendo quien diese por un raton cinco reales



Hambre en Gerona.

de vellon y por un gato treinta (1). Los hospitales sin medicinas ni alimentos y privados de luz y fuego, habíanse convertido en un cementerio en que solo se divisaban no hombres sino espectros. Las heridas eran por lo mismo casi todas mortales, y se complicaban con las calenturas contagiosas que á todos afligian, acabando por manifestarse el terrible escorbuto y la disentería.»

Tantas desdichas aglomeradas sobre la guarnicion y habitantes empezaron á desanimar á algunos de los defensores, no faltando quien osase entre ellos pronunciar delante de Alvarez la palabra *capitulacion*. «¡Cómo! repuso el héroe interrumpiéndole: ¿solo usted es aqui cobarde? Cuando ya no haya víveres nos comeremos á usted y á los de su ralea, y despues resolveré lo que mas convenga.» Otros

(1) Hé aqui los precios de los comestibles en la plaza de Gerona en el sitio de 1809, desde el mas módico hasta el mas subido, segun crecian la escasez y la imposibilidad de introducirlos:

	Precios modicos.	Precios subidoss
Tocino fresco la onza	2 cuartos	10 cuartos.
Vaca, la libra de 36 onzas	27 cuartos	Idem.
Carne de caballo, la libra de id.	40 cuartos	Idem.
Idem de mulo	40 cuartos	Idem.
Una gallina	14 reales vn. efect.	16 duros.
Un gorrion	2 cuartos	4 rs. vn. efect.
Una perdiz	12 rs. vn. efect.	80 rs. vn. efect.
Un pichon.	6 rs. vn. efect.	40 rs. vn. efect.
Un raton	1 real vn. efect.	5 rs. vn. efect.
Un gato	8 rs. vn.	30 rs. vn.
Un lechon	40 rs. vn.	200 rs. vn.
Bacalao, la libra	18 cuartos	32 rs. vn.
Pescado del rio Ter, la libra	4 rs. vn.	36 rs. vn.
Aceite, la medida	20 cuartos	24 rs. vn.
Huevos, la docena	24 cuartos	96 rs. vn.
Arroz, la libra	12 cuartos	32 rs. vn.
Café, la libra	8 rs. vn.	24 rs. vn.
Chocolate, la libra	16 rs. vn.	64 rs. vn.
Queso, la libra	4 rs. vn.	40 rs. vn.
Pan, la libra	6 cuartos	8 rs. vn.
Una galleta	4 cuartos	8 rs. vn.
Trigo candeal, la cuartera	80 rs. vn.	112 rs. vn.

hablaban de salir de la plaza, abriéndose paso por medio de las huestes enemigas; pero fué vanamente tambien. El gobernador habia jurado *vencer ó morir en Gerona*, y hubieron todos de doblar la frente ante aquella resolucion inflexible. Alvarez no sabia ceder, ni podia consentir que ninguno soñase en verificarlo. Un bando suyo dado aquellos dias prohibia á las tropas que ocupaban los primeros puestos retirarse de ellos por motivo ninguno en caso de arremetida ó ataque por parte del enemigo: si estas tropas primeras se replegaban, las que ocupaban los segundos puestos debian hacer fuego sobre ellas.

Era aquello llevar hasta un estremo que rayaba ya en fabuloso el empeño de la resistencia; pero esta habia al fin de concluir no siendo socorrida la plaza. Asombrado el principado de Cataluña á vista de tanto heroismo, clamaba desde todos sus ángulos por alzar una especie de cruzada á fin de libertar á la indomable, á la moribunda Gerona. Para realizar tal medida juntóse en Manresa un congreso antes de terminarse noviembre; pero habia pasado ya el tiempo de conseguir lo que se apetecia. Gerona habia caido ya en aquella época en el último grado de tísis, si es lícito esplicarnos asi, de su heróica desesperacion. «Tras del triste y angustiado verano, dice el antes mencionado escritor, en el que ni las plantas dieron flores, ni cria los brutos, llegó el otoño, que húmedo y lluvioso acreció las penas y desastres. Desplomadas las casas, desempedradas las calles y remansadas en sus hoyos las aguas y las inmundicias, quedaron los vecinos sin abrigo, y respirábase en la ciudad un ambiente infecto, corrompido tambien con la putrefaccion de los cadáveres que yacian insepultos en medio de escombros y ruinas. Habian perecido en noviembre 1378 soldados y casi todas las familias desvalidas. No se veian mugeres en cinta, falleciendo á veces de inanicion en el regazo de las madres el tierno fruto de sus entrañas. La naturaleza toda parecia muerta.»

Entretanto el mariscal Augureau, temeroso de que Cataluña, á poco que él se descuidase, reuniera las fuerzas necesarias para socorrer á Gerona, secundando las escitaciones del congreso reunido en Manresa, ordenó al general Pino apoderarse del arrabal denominado de la Marina, lo mismo que de un gran reducto construido por aquel lado, mientras Verdier por su parte debia penetrar á viva fuerza en las casas de la Gironella. La primera de estas operaciones ofrecia bastantes dificultades, y fué dirigida por Pino el dia 6 de diciembre con

---

	PRECIOS MÓDICOS.	PRECIOS SUBIDOS.
	—	—
Trigo mezclado, la cuartera.	64 rs. vn.	96 rs. vn.
Cebada, la cuartera.	30 rs. vn.	56 rs. vn.
Habas, la cuartera.	40 rs. vn.	80 rs. vn.
Azucar, la libra.	4 rs. vn.	24 rs. vn.
Velas de sebo, la libra.	4 rs. vn.	10 rs. vn.
Idem de cera, la libra.	12 rs. vn.	32 rs. vn.
Leña, el quintal.	3 rs. vn.	40 rs. vn.
Carbon, la arroba.	3 1/2 rs. vn.	40 rs. vn.
Tabaco, la libra.	24 rs. vn.	100 rs. vn.
Por moler una cuartera de trigo.	3 rs. vn.	80 rs. vn.

NOTAS. 1.a Los precios de las carnes no fueron alterados por disposicion del gobierno mientras duraron.

2.a Los demas artículos seguian el precio que ocasionaba la escasez, y muchos de ellos vacilaban segun las introducciones, y aqui solo se han figurado los precios regulares al principio del sitio y los mas subidos y corrientes en su largo discurso; habiéndose visto el gobierno precisado á permitir el precio que querian fijar á los víveres los que los introducian á lomo y en cortas cantidades pasando las líneas del enemigo, atendidos los riesgos que probaban en la entrada y salida de la plaza, y la pena de muerte que sufrian en caso de ser habidos.

3.a No obstante de haberse figurado el precio de todos los artículos arriba espresados, muchos de ellos solo podian conseguirse casualmente en los dias que habia alguna introduccion.

(*Estado y notas fechos en Gerona á* 10 *de diciembre de* 1809 *y en Mataró á* 22 *de idem, por el capitan de la tercera compañía de la Cruzada Gerundense, capitan de los reales ejércitos, Don Epifanio Higinio de Ruiz.*)

habilidad y prudencia, secundándole las brigadas de Mazuchelli y Fontana. Perdidos por los defensores el arrabal y casas en cuestion, y desalojados tambien del reducto, quedó Gerona reducida á la última estremidad. A las once de la mañana del 7 trataron aquellos de desplegar un último esfuerzo verificando una salida general, y lanzándose de la ciudad y de los fuertes del Condestable y Capuchinos, á fin de recobrar los puntos que la víspera habian perdido. Su desesperado arrojo fué en vano: los franceses defendieron las obras con valor no menos decidido, y mientras lo hacian asi, vino del lado de Monjuich el general Amey á caer sobre el flanco de los nuestros, obligándolos á huir precipitadamente. Una columna de tropas italianas que maniobraba al mismo tiempo del lado de los fuertes antedichos unióse con Amey á aquella sazon, cayendo con esto en poder de los sitiadores los reductos del Calvario y del Cabildo.

Este último acontecimiento preparó y arrastró en pos de sí la rendicion de Gerona. Bloqueada rigurosamente, habia esta ciudad sostenido un sitio de siete meses con perseverancia inaudita, teniendo por los dias á que nos referimos hasta siete brechas abiertas, y no contando ya para su defensa sino poco mas de 1,000 hombres, ó mas bien apariencias de hombres y espectros en realidad. Habia arrebatado el contagio de 9 á 10,000 personas, entre ellas 4,000 habitantes de todas edades y sexos. Cuarenta baterías asestadas contra la poblacion habian lanzado sobre ella 20,000 bombas y granadas, y mas de 60,000 balas rasas, sin contar otros fuegos diversos. Los franceses tenian gastadas inmensas sumas durante el bloqueo, viéndose obligados á suministrar municiones y víveres tanto á los cuerpos sitiadores como al ejército destinado á apoyarlos, no bastando el pais situado á la embocadura del Ter á proveer sino á la subsistencia de algunos destacamentos. Pero el francés al fin no tuvo hambre, y en Gerona no habia nada, nada absolutamante que comer, escepto los animales inmundos, escasísimos tambien ya, y los cuerpos de los habitantes. Mejor provista de mantenimientos, hubiera la ciudad resistido hasta ser socorrida por las tropas que el congreso catalan se esforzaba en reunir cuando ya desgraciadamente era tarde. Los 25,000 hombres de pérdida que por confesion de los mismos franceses tuvieron sus tropas alli, habrian aumentado su número hasta un término indefinido, si tras la ocupacion de Monjuich, de los fuertes y de los arrabales, se hubieran visto aquellos en precision de combatir en las calles y de emplear un asalto formal para la ocupacion de cada edificio, como sucedió en Zaragoza. El hambre no consintió á los gerundenses demostrar lo que eran capaces de hacer en este nuevo género de lucha.

Mas para rendirse Gerona era preciso que se realizase otra prévia desgracia mayor que las que van narradas hasta aqui. Estenuada por la inanicion y gangrenada ya por el contagio, si es lícito esplicarnos asi, conservaba intacto su espíritu, y ese espíritu debia enfermar en el momento que enfermára Alvarez. ¡El héroe de Gerona enfermó! Rendido á una fiebre nerviosa, declaróse su existencia en peligro desde el dia 4 de diciembre, siguiendo la dolencia en aumento con espantosa celeridad, y obligándole el dia 9 á abdicar el mando en Bolivar, teniente de rey de la plaza. Este congregó la junta del corregimiento y otra compuesta de militares, y ambas deliberaron lo que en el duro trance en que se vian le podia ser dado hacer. La resolucion fué ceder á los decretos del destino y enviar á Don Blas de Fournas al campo enemigo para arreglar la capitulacion, como en efecto lo verificó, firmándola Bolivar y Auguereau á las siete de la noche del 10. Sus artículos fueron los que á continuacion espresamos.

1.° *La guarnicion saldrá con los honores de la guerra y entrará en Francia como prisionera de guerra.*

2.° *Todos los habitantes serán respetados.*

3.° *La religion católica continuará en ser observada por los habitantes y será protejida.*

4.° *Mañana, á las ocho y media de ella, la puerta del Socorro y la del Areny serán entregadas á las tropas francesas, asi como las de los fuertes.*

5.º *Mañana 11 de diciembre, á las ocho y media de ella, la guarnicion saldrá de la plaza y desfilará por la puerta del Areny.—Los soldados pondrán sus armas sobre el glasis.*

6.º *Un oficial de artillería, otro de injenieros y un comisario de guerra entrarán al momento en que se tomará posesion de las puertas de la ciudad, para recibir la entrega de los almacenes, mapas y planos, etc.*

Y luego, por notas adicionales á la capitulacion, disponíase que la guarnicion francesa estuviese acuartelada en la plaza y no alojada por las casas; que los oficiales se procurasen posada, pagándoseles el tanto que se pagaba de utensilio á la guarnicion española; que todos los papeles del gobierno quedasen depositados en el archivo del ayuntamiento, sin poder ser estraviados, ni estraidos, ni quemados; *que á los que hubieran sido vocales ó empleados en las juntas no les parase esa circunstancia perjuicio alguno en sus ascensos y carreras, quedando igualmente salvas y respetadas las personas, propiedades y haberes; que á los forasteros que se hallasen dentro de la plaza, fuesen ó no vocales ó empleados de las juntas, se les permitiera restituirse á sus casas con sus haberes y equipajes; que cualquiera vecino que quisiera salirse de la ciudad y trasladarse á otro punto se le permitiese verificarlo con los mismos haberes y equipajes, quedándoles salvas las propiedades, caudales y efectos que tuviesen en la misma ciudad; que un teniente ó subteniente elejido entre los oficiales del ejército español pasase al mismo ejército denominado de observacion á solicitar de su gefe el pronto canje de los oficiales y soldados de la guarnicion de Gerona y sus fuertes contra igual número de oficiales y soldados franceses detenidos en las islas de Mallorca y otros destinos; y en fin, que en los tres dias siguientes al de la rendicion de la plaza quedase autorizado el obispo para dar á los sacerdotes los pasaportes que le pidiesen, á fin de trasladarse á los puntos de su domicilio anterior.*

No podian ser mas esplícitas las condiciones de la capitulacion respecto á la seguridad de las personas y de sus propiedades y haciendas. Los sacerdotes mismos, objeto principal de la saña de los franceses, y mas en aquella ciudad donde habian formado compañía para unir sus esfuerzos belicosos al brio y al valor del paisanaje, quedaban protejidos y asegurados de vejaciones de toda especie. Los franceses, no obstante, violaron los artículos mas importantes, y la primera y mas esclarecida víctima de su incalificable atrocidad fué el gobernador de la plaza. La pluma se resiste á escribirlo, pero no es posible callarlo. Alvarez, al rendirse Gerona, estaba con la estrema-uncion. Luego, aunque deshauciado, volvió en sí, y el 23 de diciembre le sacaron para Francia. Desde allí, dice el conde de Toreno, tornáronle á poco á España y le encerraron en un calabozo de Figueras, habiéndole antes separado de sus criados y de su ayudante D. Francisco Satué. Al dia siguiente de su llegada susurróse que habia fallecido, y los franceses le pusieron de cuerpo presente tendido en unas parihuelas, apareciendo la cara del difunto hinchada y de color cárdeno, á manera de hombre á quien han ahogado ó dado garrote. Así se creyó generalmente en España; y en verdad la circunstancia de haberle dejado solo, los indicios que de muerte violenta se descubrian en su semblante, y noticias confidenciales que recibió el gobierno español (1), daban lu-

(1) Entre los documentos originales y de oficio, *dice el mismo historiador en el apéndice al libro X de su obra*, que acerca de la muerte del gobernador Alvarez hemos tenido á la vista, uno de los mas curiosos es el siguiente:

«Excmo. Señor: —Por el oficio de V. E. de 26 de febrero próximo pasado que acabo de recibir, veo ha hecho V. E. presente al Supremo Consejo de Regencia de España é Indias el contenido de mi papel de 4 del mismo, relativo al fallecimiento del Excmo. señor D. Mariano Alvarez, digno gobernador de la plaza de Gerona; y que en su vista se ha servido S. M. resolver procure apurar cuanto me sea posible la certeza de la muerte de dicho general, avisando á V. E. lo que adelante, á cuya real órden daré el cumplimiento debido, tomando las mas eficaces disposiciones para descubrir el pormenor y la verdad de un hecho tan horroroso; pudiendo asegurar entretanto á V. E., por declaracion de testigos oculares, la efectiva muerte de este héroe en la plaza de Figueras, adonde fué

gar á vehementes sospechas. Hecho tan atroz no mereceria sin embargo fe alguna, á no haber amancillado su historia con otros parecidos el gabinete de Francia de aquel tiempo.

La estampa que la empresa de esta obra reparte á los suscritores relativa al hecho atroz de que hablamos, representa al ilustre Alvarez en el acto de ir á terminar en el garrote una vida llena de gloria. Otros dicen que su muerte fué debida solo al veneno, y de este sentir fué el autor de la inscripcion latina que figura en la losa funeral colocada en el sepulcro del héroe que desde 1814 descansa en San Narciso de Gerona, adonde fueron trasladados sus restos por disposicion de Fernando. Dicha inscripcion dice asi:

Squalidus hic jacet Alvarez,
Nunc lumine privus,
Hic qui fortis, cum tulit arma, fuit.
Hic vir, hic est heros nullum moriturus in œvum,
Cui scelerata fides certa venena dedit.
Æternum vivet nobis, fastisque Gerundœ,
Cum jussu regis tollitur ara pia:
Hoc numquam poterit tempus reticere sepulcro:
Fama memor œvis non peritura canet.
M. D. CCC. XVI.

El general Castaños, capitan general de Cataluña en 1815, mandó hacer las debidas exequias á tan esclarecido varon, y pasando al castillo de Figueras, ordenó cercar con una verja de hierro el calabozo en que habia espirado, poniendo en él una lápida con esta inscripcion en castellano:

Murió asesinado en esta estancia el dia 22 de enero de 1810, victima de la iniquidad del tirano de Francia, el Gobernador de Gerona D. Mariano Alvarez de Castro, cuyos heróicos hechos vivirán eternamente en la memoria de todos los buenos. Mandó colocar esta lápida el Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños, capitan general del ejército de la derecha. Año de 1815.

La sangre se enciende en las venas al considerar la catástrofe que terminó los dias de aquel héroe. ¿Estrañaremos que siendo él tratado asi, no respetasen los franceses las personas de otros defensores de menos valía que Alvarez? El artículo 2.º de la capitulacion decia terminantemente que debian ser *todas* respetadas, sin que de esa disposicion general se esceptuasen los sacerdotes, garantidos tambien espresamente en una de las notas adicionales, segun acabamos de ver.

---

trasladado desde Perpiñan, y donde entró *sin grave daño en su salud y compareció cadáver tendido en una parihuela al dia siguiente, cubierto con una sábana, la que destapada por la curiosidad de varios vecinos y del que me dió el parte de todo, puso de manifiesto un semblante cárdeno é hinchado, denotando que su muerte habia sido la obra de breves momentos;* á que se agrega que el mismo informante encontró poco antes en una de las calles de Figueras á un llamado Rovireta, y por apodo el fraile de San Francisco, y ahora canónigo dignidad de Gerona nombrado por nuestros enemigos, quien marchaba apresuradamente hácia el castillo, adonde dijo «*iba corriendo á confesar al Señor Alvarez, porque debia en breve morir.*» Todo lo que pongo en noticia de V. E. para que haga de ello el uso que estime por conveniente. Dios guarde á V. E. muchos años.—Tortosa 31 de marzo de 1811.—Excmo. Señor.—Carlos de Beramendi.—Excmo Sr. marqués de las Hormazas.»

Los autores de la obra *Victoires, conquètes*, etc, cuyo testo consultamos con frecuencia, no hablan nada de la traslacion de Alvarez á Perpiñan, sino que dicen simplemente: «*le guverneur Alvarez, malade au moment de la capitulation, fut envoyé au fort de Figuières, où il mourut peu de jours après.* Y añaden á continuacion: *L'armée fut la première à regréter que ce respectable officier n'eût pas ète trait par le marèchal Auguereau avec tous les égards dus à son patriotisme, à ses vertus et à son dèvouoement.* Los autores franceses pisan brasas, y no se atreven á sentar el pié en lo mas quemante del hecho.

El emperador, sin embargo, dispuso que no fuese asi, y mandó que el clero regular fuese trasladado á Francia prisionero juntamente con la guarnicion. ¿Pero á qué detenernos en citar hechos de mala fe reconocida hasta por los mismos franceses? La historia de la *Guerra de la Independencia* es de parte de estos la historia de la infraccion de todos los tratados y de todas las capitulaciones.



CAPITULO XXVIII.

Reflexiones sobre la índole de nuestra lucha con los franceses.—Ojeada sobre las partidas españolas.—Junta Central.—Fin del año 1809.

Espuestos en nuestra narracion los principales hechos militares que tuvieron lugar entre nosotros en el segundo año de nuestro levantamiento, no será inoportuno hacer alto, aunque solo por breves momentos, en la índole especial de aquella guerra que llenó de asombro á la Europa, y de cuyo principal elemento, es decir, de las *guerrillas ó partidas*, no nos hemos ocupado hasta ahora sino solo por incidencia.

Considerada militarmente, la nacion española hubiera sucumbido en la lucha, á haberse verificado esta solamente de ejército á ejército. Lo ocurrido en el año de que hablamos es la prueba mas terminante de nuestra asercion, prueba que se verá corroborada con lo que en los sucesivos veremos.

Retiradas las huestes de José á la orilla izquierda del Ebro despues de la derrota de Dupont, nunca como entonces fué fácil esterminarlas completamente, ó hacerlas repasar el Pirineo. La indolencia que nos es característica impidió que los españoles recojiesen en julio de 1808 todos los frutos que debian prometerse del señalado triunfo de Bailen, contribuyendo á ello y no poco la cuestion suscitada aquellos dias sobre la centralizacion del poder, cuestion oportuna sin duda bajo el punto de vista militar; pero prematura y no poco en lo concerniente al político. Esto unido á la irresolucion de la Gran Bretaña respecto á lanzarse definitivamente en el teatro de la lucha, dió lugar á que Napoleon aumentase el número de sus combatientes, reforzando el cuartel general de su hermano José, cuyos soldados temblaban de miedo en Vitoria y sus inmediaciones. El plan de campaña adoptado por la Junta Central pecó de vicioso en su esencia, y los mas de los gefes encargados de ponerlo en ejecucion lo empeoraron desgraciadamente. La centralizacion fué de nombre, en lo militar sobre todo, y el emperador tuvo muy poco que hacer para arrollarnos por todas partes, como efectivamente lo hizo, batiendo y dispersando uno tras otro los ejércitos que opusi-

mos al suyo; y decimos al suyo, aunque eran varios, porque guiándolos Napoleon, era consecuencia precisa la unidad mas completa en todos ellos.

Reconquistado Madrid por el emperador y huida la Central á Sevilla, pudo aquel con muy pocas dificultades invadir el territorio andaluz; pero Moore, á quien tan pocos servicios debió la insurreccion aquellos dias, gracias á su insufrible lentitud en avanzar á unirse con nuestros soldados cuando era ocasion de hacerlo, Moore entonces prestónos uno y grande, si bien contra su voluntad, y ese servicio consistió en llamar la atencion del emperador, haciéndole olvidar algun tiempo la invasion de la Andalucía. Salva esta, merced á aquel incidente, del riesgo que la amenazaba, fijóse la mirada del águila en el inglés esclusivamente, y azorado y fujitivo su ejército, juntamente con el de la Romana, espió por último Moore sus faltas y las de su gobierno con su gloriosa muerte en la Coruña.

Esta nueva victoria ponia al emperador en el caso de llevar á cabo su vastísimo plan respecto á España; pero el Austria le habia obligado á ausentarse de entre nosotros, y este nuevo incidente nos salvó de las consecuencias terribles que para nosotros hubiera podido tener la continuacion de aquel hombre al frente de sus huestes vencedoras. Ido Napoleon, se fué con él la unidad de mando y accion que hacia temible su ejército. José no era capaz de llenar el vacío que dejaba su hermano, y los generales franceses no podian obrar con el acuerdo que al emperador convenia, faltándoles la piedra angular en que aquel debia basarse.

Quedó, pues, desde entonces la España sin unidad para resistir; pero la fuerza de sus enemigos se halló falta igualmente, aunque no tanto, de ese elemento para acometer. La Central nos fué tan inútil como á los imperiales José.

Esa falta de unidad, sin embargo, no afectaba al pueblo español; afectaba solo á los cuerpos de que se componia el ejército, cuerpos sin un alma comun que presidiese á sus operaciones, combinándolas del modo mas útil á la causa de la independencia. Los gefes del ejército francés, si bien no en el grado que nosotros, padecian la misma enfermedad faltos de un supremo caudillo; pero en cambio, ¡qué diferencia entre la disciplina de sus huestes y lo disciplinado de las nuestras, entre los hombres que las acaudillaban y los que nosotros teníamos, entre su escuela, en fin, y nuestra escuela! No es ajar el orgullo español confesar nuestra inferioridad respecto á los franceses en cosas puramente militares; es humillar la frente ante la historia, que reconociéndolo asi, y reconociendo escepciones, y escepciones honrosas por cierto, en la falta de pericia que atribuimos á la mayoría de nuestros generales, nos obliga, mal que nos pese, á ver en esas mismas escepciones la confirmacion de la regla.

Triste hubiera sido por tanto el éxito de la lucha española, á haber sido la índole de esta *militar* esclusivamente. Admirables nuestros gefes y soldados cuando se defendian en las poblaciones, nadie los escedió, nadie acaso ha llegado á igualarlos, ni los igualará en lo sucesivo, lidiando de sitiado á sitiador; y sino dígalo Zaragoza, dígalo tras ella Gerona, dígalo Astorga aunque en menor escala, y búsquense en la historia del mundo tanto antigua como moderna héroes que presuman haber hecho lo que Palafox y los suyos hicieron en Aragon, Alvarez y sus bravos en Cataluña, Santocildes y los que tenia á sus órdenes en la provincia de Leon. ¿Qué mucho? El pueblo constituia alli toda el alma de la defensa, sucediendo al reves casi todo cuando, como veremos en Valencia en 1811, lo abandonamos todo á los recursos del arte y de la fuerza militar.

Nuestras victorias en campo raso por la gracia de la ordenanza, si es lícito espresarnos asi, fueron, como ha visto el lector, harto escatimadas en número y aun mas en importancia y trascendencia. No hablemos de Bailen, cuyo triunfo puede considerarse aquellos dias como una escepcion venturosa, y nada mas que como escepcion. En el año 9 en que estamos, son siempre las derrotas militares las que figuran en primera línea. ¿Qué son nuestras victorias en Torralba, Alcañiz, Aranjuez y Tamames? ¿qué son las conseguidas en otros puntos comparadas con nuestras derrotas en María, Belchite, Cardedeu, Molins de Rey, Ucles, Ciudad-Real,

Medellin, Almonacid y Ocaña? La campaña de Talavera es entre todas las que sostuvimos la mejor combinada tal vez, aunque mas atrevida que sábia: ¿qué frutos nos dió la victoria que los aliados alcanzaron allí, ora se atribuya á Wellington, ora á Cuesta, ora á los dos, como lo hemos hecho nosotros, dando á cada cual lo que es suyo, la culpa de no haber hecho mas?

Y no obstante, á pesar de los desastres que llovian sobre nuestros ejércitos, proseguia la España siempre en pié, siempre terrible y amenazadora, siempre objeto perenne de espanto para las huestes de Napoleon. ¿Cómo asi? se preguntará; pero los mismos que hagan la pregunta se darán la respuesta al instante. La guerra que nuestros padres sostenian era eminentemente *popular*, y el pueblo que se empeña en vencer no es posible que caiga vencido. Los ejércitos nos sirvieron de mucho: nadie nos escede á nosotros en reconocer los servicios que nuestras beneméritas tropas prestaron á la insurreccion; nadie nos tachará de no haber dicho cuanto de ellas y de sus caudillos se puede decir elogiándolas; nadie verá tibieza ó palidez en nuestros repetidos encomios. ¿Quién no se llena de admiracion, viendo á nuestros valientes soldados medirse sin cesar con los del imperio, siéndoles inferiores en táctica, en organizacion, en armamento, en gefes, en todo lo que es militar, en todo, necesario es repetirlo, menos en heroismo y corazon? ¡Ah! ¡que ese corazon y ese heroismo asombran y anonadan tanto mas, cuanto menos tenian por base los inmensos recursos *de artificio* en que tanto y tanto abundaban las numerosas tropas enemigas! Jáctense los franceses en buen hora de su reconocida superioridad, no ya respecto de los españoles, mas de todos los pueblos de Europa, por lo que á esos recursos respeta; pero cuando se trate del valor que solo confía en sí mismo, ó de la grandeza de alma que no tiene otro apoyo en la tierra sino el que ella sola se da, inclinen respetuosos la frente ante nuestros valientes soldador, ante aquellos soldados hambrientos, desnudos, andrajosos tal vez, sin organizacion como la suya, mal armados y peor instruidos, faltos de otro aliciente y estímulo que el amor á la independencia, porque España en aquellos dias no tenia como la Francia tronos que dar en premio á sus guerreros; inclínense, volvemos á decir, ante los que á pesar de todo eso osaban mirar cara á cara á los vencedores del mundo, trabándose con ellos sin cesar aun cuando viesen evidentemente que habian de ser derrotados, volviendo de nuevo á la lucha despues de sus derrotas y desastres, y tornando á sufrir nuevas derrotas para rehacerse otra vez, tan pobres casi siempre en fortuna como ricos en arrojo, en constancia y en desesperado heroismo.

Volvamos, empero, á decirlo. Siguiendo las cosas asi, y siendo solamente el ejército el encargado de salvar á España, nuestra causa al fin de los fines hubiera quedado vencida. Las guerrillas causaron al francés el grande, el terrible, el anómalo, el obstáculo insuperable que nunca le fué dado allanar: las guerrillas esplican el secreto de nuestra resistencia inaudita: las guerrillas, digámoslo de una vez, fueron principalmente las que dieron cima á la obra de la salvacion del pais. «*España tiene condiciones propias*, hemos dicho en uno de los capítulos de otra obra que damos á luz (1), *para ser gobernada á su modo, y las tiene para ser defendida, pugnando á su manera tambien: los Gonzalos de Córdoba en ella podrán ser accidentes dichosos; no empero condiciones de existencia. Examinad su historia y lo vereis...*» «*Las guerrillas de España son fruta*, añadimos mas adelante, espresándonos en el estilo que nos propusimos seguir en dicha publicacion, *las guerrillas de España son fruta que, siempre que se trate de sablazos, debe producir el pais; los accidentes todos del terreno no son ni pueden ser para otra cosa. Sin ese ausiliar poderoso, mas de una accion campal de las que dimos hubiera sido para nosotros la segunda edicion de la de Jena.*»

---

(1) TIRIOS Y TROYANOS, *historia tragi-cómico-política de la España del siglo XIX*, tomo I, capítulo VI.

Al pronunciarse contra el invasor la junta suprema de Sevilla, conoció las inmensas ventajas de adoptar este género de lucha, y aconsejólo como el mas á propósito para la salvacion del Estado. El instinto popular, sabio siempre, comprendió lo mismo tambien, y al ver los felicísimos resultados que daban las partidas catalanas, las primeras que entre nosotros tuvieron lugar, fué el sistema de guerrillas propagándose por las demas provincias españolas desde fines de 1808. Toreno atribuye á la Central la idea de formar esta especie de cuerpos francos. Si con esto se quiere decir la idea de *reglamentarlos*, convendremos sin inconveniente, pues como dice el mismo historiador, la corporacion espresada *publicó un reglamento en 18 de diciembre de 1808, en que, despertando la ambicion y escitando el interes personal, trataba al mismo tiempo de poner coto á los desmanes y escesos que pudieran cometer tropas no sujetas á la rigorosa disciplina del ejército.* Mas la idea en sí misma no fué obra sino del solo instinto popular á que nos referimos arriba, y caso que quisiera atribuirse á otra escitacion que ese instinto, en el capítulo VI de este tomo puede verse lo que decimos del escrito dirigido al pais por la junta de Sevilla, en el cual aconsejaba esta *evitar acciones generales, acometer á los contrarios por medio de partidas sueltas, no dejarles descansar un momento, estar siempre sobre sus flancos y retaguardia, fatigarlos con el hambre, interceptar sus convoyes, destruir sus almacenes, cortarles toda comunicacion entre Portugal y España y entre España y Francia, atrincherar todos los puntos que por su naturaleza eran fuertes, y aprovechar, en fin, todos los accidentes que en su terreno ofrece la Península para la defensa con los rios, torrentes y cadenas de montañas que por todas partes la cruzan.* Fué, pues, en todo caso la junta sevillana y no la Central, la que primero concibió esa idea, bastándole á la última para su gloria el pensamiento de organizar, aunque en verdad no lo consiguió en los términos que pretendia, las partidas de que nos ocupamos.

Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que cuando la Central publicó el espresado reglamento, hacia tiempo ya que los catalanes tenian espantado al francés con sus formidables guerrillas. El pais tomó digno ejemplo de sus somatenes y migueletes, y el año 1809 fué la época del desarrollo de un sistema de guerra que hasta entonces permanecia aun en embrion, si podemos espresarnos asi, en la generalidad de las provincias. Brotaron con este motivo de todos los ángulos de España infinidad de bravos guerrilleros, cuyos nombres no es posible citar, y aun menos sus hazañas y proezas, sino como por via de ejemplo, limitándonos á los de mas fama entre aquellos, y á las que de estas llaman mas la atencion por su mayor importancia, ó por distinguirse del vulgo de las demas heroicidades en que tanto se señalaron aun los mismos cuyos nombres tenemos que pasar en silencio por no hacer interminable la lista de tantos esforzados varones.

Fueron de los primeros entre todos el valiente oficial de ejército D. Juan Diaz Porlier, no menos que el intrépido Ballesteros y el inmortal y bravo Empecinado, siéndonos en estremo sensible no poder estendernos en sus hechos, por no consentirlo los límites á que nos es forzoso reducirnos. El cura D. Gerónimo Merino debe tambien ser mencionado aparte, lo mismo que otros que se señalaron de una manera particular, tales como Amor, Cordido, Tenreiro, Colombo, Saornil, Renovales, Atanasio, Seoane, Vinaya, Losada, Cachamuiña, Gomez, Marquinez, García del Barrio, los abades de Couto y Valladares, el cura Tapia, el capuchino Delica y el canónigo Acuña, de algunos de los cuales hemos hecho ya debida y honorífica mencion en lo que llevamos contado. Mas adelante tendremos ocasion de mencionar un Zaldivia, un Mármol, un Rey, un Diaz, un Orobio, un Abad, un Pastrana, un Jimenez, un Bustamante, un Palarea, un Martinez de San Martin, un Abril, un Duran, un Gomez, un Aróstegui, un Príncipe, un Longa, y un Sanchez y otro Sanchez y otros mil, entre los cuales descollarán gigantes, hombres tan bravos como Villacampa, y un Mina y despues otro Mina.

Mas dejemos por unos instantes los hechos relativos á la guerra, y fijemos la vista en otros de no menos vital importancia, ó sea en los que dicen relacion á nuestro movimiento político. No fué solo la lucha material contra los invasores del



F. Perez dº. Litogª de Perez.

GUERRILLAS ESPAÑOLAS.

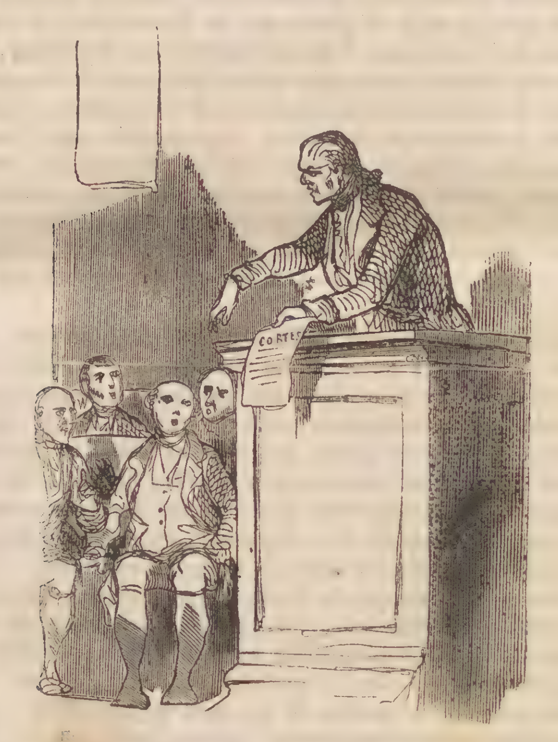
pais la que el año 8 y siguientes ocupó la atencion y el esfuerzo de los que nos dieron el ser; fuélo tambien, y no en menor escala, la lid que se trabó al mismo tiempo con cortísima diferencia entre la ilustracion y la ignorancia, entre el espíritu reformador y las rancias preocupaciones, entre la libertad y el despotismo. La Junta Central fué nombrada, no solo para dirijir nuestros bríos contra Napoleon, sino tambien para preparar la regeneracion del pais de la mas conveniente manera. Poco afortunada esa Junta en lo relativo á la guerra, mereció sin embargo indulgencia por lo crítico de las circunstancias, que no le permitieron hacer mas. Sus faltas en sentido político, mucho mayores sin comparacion, fueron en ella efecto voluntario de sus miras altamente retrógradas, y debemos ser severos con ella. Nosotros hemos ya manifestado algunas de las desacertadas medidas con que dió principio á su marcha. Entre todas sus providencias distinguióse por lo impopular, ademas de las ya referidas en el capítulo XVII de este tomo, la reforma de la constitucion primitiva de las juntas provinciales, ó sea el reglamento de 1.º de enero de 1809, por el cual se restrinjian las facultades de aquellas corporaciones á votar contribuciones estraordinarias, á recibir donativos de particulares, á verificar alistamientos, y á la requisa de armas y caballos, disponiéndose igualmente que no pudieran pasar de nueve sus individuos, y que renunciando á los títulos con que antes se condecoraban, trocasen el de *juntas supremas en el de juntas superiores provinciales de observacion y defensa.* «Nótese en este acto, dice oportunamente Duverine (1), la ceguedad inherente á todos los poderes aislados en la cima social. El congreso, mandatario de las juntas provinciales, reniega asi que puede su propio orígen; la criatura tiembla ante el poder que la ha criado: ¡triste y cobarde sentimiento, precursor de la defensa!» Esta esclamacion es durísima, y podria creerse al oirla que la Junta Central acabó por volver la espalda á la causa que la nacion en masa defendia. Tal defeccion, no obstante, era imposible, siendo todos sus individuos fervorosos y entusiastas patriotas, cualesquiera que fuesen sus defectos considerados como reformadores. En este sentido, repetimos, merecen muy poca indulgencia, porque, ¿quién podrá concedérsela, no siendo absolutista declarado, al verles encadenar el pensamiento y llenar la imprenta de trabas en los términos en que lo hicieron? ¿Quién no se cubre el rostro de rubor al verlos en el siglo XIX nombrar inquisidor general, alentando con esto el Santo Oficio, tan decaido en tiempo de Godoy?

La ilustracion afortunadamente habia, aunque con mucho trabajo, filtrado poco á poco en las clases mas acomodadas de España, y estas con la influencia que ejercian impidieron que tales decretos produjesen todo el mal que en otro caso habrian podido crear. La opinion pudo mas que la Junta en lo relativo á la imprenta, y no tuvo tampoco resultado que merezca mencion particular lo que hizo en pró del tribunal sangriento, escándalo y oprobio del siglo en que tal disparate se hacia. De su decision restrictiva del poder de las juntas provinciales, muy poco hay tambien que decir: su efecto fué atraerse el descontento de toda clase de personas, y no tener al cabo resultado que lo fuese en realidad.

Pero lo que mas influyó en que la Central comenzase á hacer alguna que otra concesion á la causa de la reforma, fué el cúmulo terrible de desastres que vinieron á caer sobre ella en el tiempo de su dominacion, desastres debidos en su mayor parte á lo desacertado de su marcha. Mal vista de los hombres ilustrados que reconocian en ella la autora de los mas de nuestros males, vióse en la precision de satisfacer algunas exigencias, si bien escatimando concesiones cuanto estuvo en su mano escatimarlas. El pueblo se quejaba tambien, aunque sin conocimiento de causa, bastándole ver sus desdichas para echar la culpa al gobierno, á quien por otra parte respetaba. Asi fué que despues de la batalla de

(1) *Cuadro histórico de los abusos y espíritu de reforma política en España*, traducido por J. Jener.—Madrid 1840.

Medellin, alzóse de todos los ángulos de la Península un eco de disgusto general, y ese clamor produjo al fin su efecto, el efecto que era posible en corporacion tan retrógrada, haciendo dispertar de su letargo á algunos de sus componentes, y dando alguna mas preponderancia al partido de Jovellanos, al cual se unió el de Calvo de Rozas, inferior en número á aquel, pero mas decidido y fogoso como sustentador de las reformas. Jovellanos habia pedido, poco despues de la instalacion de la Junta Central en Aranjuez, la convocacion de las Córtes, quedando la cuestion aplazada para mas adelante. Suscitada la especie despues, fué inútil que su autor se empeñase en reiterar su proposicion, evadiéndola Floridablanca, hasta el punto de borrar la palabra *Córtes* del manifiesto en que la Junta prometió trabajar alguna cosa en sentido reformador, y lo que es mas estraño, hasta el estremo verdaderamente increible de negarse aun á firmar aquel acto, por haberse sustituido á aquella palabra la frase, bien elástica por cierto, de *leyes fundamentales de la monarquía*. ¿Qué concepto formaremos de un hombre, á quien asi llenaban de terror espresiones que de puro inocentes podian pasar por no puestas? Pero en la ocasion de que hablamos, no existia ya el que tan justo y tan bien merecido renombre habia sabido adquirirse en los tiempos de Carlos III, y aprovechando Calvo la circunstancia de haber desaparecido con el conde el principal obstáculo á sus miras, alzó la voz el 15 de abril, tocando nuevamente la especie de la convocacion de las Córtes. Admitida la proposicion al exámen de las diversas secciones



PIDE CALVO EN LA JUNTA CENTRAL LA CONVOCACION DE CÓRTES.

en que se dividia la Junta, deliberóse al cabo sobre ella, dividiéndose los diputados en el modo de considerarla, si bien todos ó casi todos la admitieron desde luego en su esencia, siendo cosa muy digna de notar haber sido su mas firme apoyo los miembros mas distinguidos por sus talentos y anteriores servicios, no

menos que por sus riquezas. De este número (dice el autor á quien hemos citado mas arriba, y lo mismo manifiesta Toreno, de cuya obra es estracto en gran parte la publicada por el escritor francés), de este número eran el presidente marqués de Astorga, Valdés, Jovellanos y el marqués de Campo-Sagrado: el voto de este último fué aplaudido por su concision y firmeza. Jovellanos espresó su opinion con la erudicion y elocuencia que le eran propias; pero Valdés sobresalió por la vasta aplicacion y el liberalismo de las doctrinas que queria se insertasen en la convocatoria, estableciendo *que escepto la religion y la corona en las sienes de Fernando, debian reformarse todos los ramos de la administracion.* Esto prueba, concluye, cuán necesaria creian la intervencion nacional en el gobierno por medio de las Córtes, aun las personas mas visibles por su capacidad, su amor al órden y su aversion á los tumultos populares.

Las lisonjeras esperanzas que tan buenas disposiciones hicieron concebir á los amantes de un bien entendido progreso, desvaneciéronse muy pronto por desgracia, volviendo la mayoría de los centrales á dejarse llevar de su espíritu de contradiccion á todo lo que fuese reforma. El proyecto de convocacion, estendido con arreglo á las ideas que habia manifestado Valdés, parecióles sobrado atrevido, es decir, *revolucionario*, y publicóse otro en su lugar el dia 22 de mayo, limitándose en él la Junta á anunciar el restablecimiento de las antiguas Córtes, y su convocacion para el año siguiente, ó antes, si las circunstancias lo permitian. Añadido á lo tardío del decreto lo irresoluto y vago de sus términos, vino otra circunstancia á quitarle el pequeño valor que aun asi hubiera podido tener, y fué el nombramiento de los diputados Riquelme y Caro, absolutistas reconocidos, para formar parte de la comision encargada de disponer los trabajos preparatorios para la convocatoria. Las gentes ilustradas creyeron, y no sin fundamento ciertamente, que eleccion tan estraña como aquella no podia tener otro fin que el de ganar tiempo, dilatando indefinidamente el cumplimiento de lo prometido. La promesa no obstante estaba hecha, y atendidos la índole y carácter de aquella corporacion, era indudablemente un triunfo, aunque pequeño, obligarla á soltar esa prenda. La imprenta, hasta entonces ahogada, comenzó á respirar alguna cosa, y esto era ya algo, repetimos, porque como dice el epígrama griego vertido por Ausonio al latin:

Incipe; dimidium facti est cœpisse.

Faltaba, empero, la segunda parte, ó sea la sentencia contenida en el segundo verso del epigrama:

Rursus hoc incipe, et efficies.....

y no era la Central á propósito para llevarla á debido efecto. Su decreto por el cual reinstaló el consejo real de Castilla, reuniéndole las facultades de todos los demas consejos, produjo un descontento universal por lo mal mirada que era aquella corporacion, corporacion que por otra parte no agradeció á la Junta la merced, antes aspiró á derribar á quien le concedia tantas honras. A la conspiracion de Granada, dirijida á acabar con el gobierno, sucedieron un sin fin de intrigas encaminadas á paralizar sus mejores disposiciones, trabajando sin cesar contra él los afectos al antiguo régimen, creyendo demasiado liberal la marcha que seguia la Junta, al propio tiempo que los liberales se quejaban de la irresolucion con que en ese sentido procedia. Vióse, pues, la Central combatida por retrógrados y reformistas, sin contentar á unos ni á otros; triste lote de los términos medios, como en nuestros TIRIOS decimos, por mas que en otras cosas se diga, y con mucha razon en muchas de ellas, que en el medio consiste la virtud. El poder de la Junta Central no podia durar mucho tiempo, siendo su posicion tan equívoca, y mas continuando los desastres con que parecia la suerte empeñarse en dar al traste con él, haciéndole ve-

nir á tierra de la manera mas estrepitosa. Los gobiernos en tiempos de revuelta no se sostienen sino con laureles.

La Junta conoció que sus desgracias dependian en muchísimas partes de su mala organizacion como poder ejecutivo, y así trató de concentrar sus fuerzas. Tres fueron las proposiciones que con este motivo se presentaron. Una de ellas rechazaba abiertamente toda especie de modificacion en esta interesante materia, toda vez que debiendo cuanto antes procederse á la convocacion de las Córtes, ellas debian ser, y no la Junta, quien decidiese sobre el particular: otra exigia como indispensable la creacion de una regencia emanada del seno de la Junta, y otra en fin, evadiendo esta cuestion, limitábase á pedir la concentracion del poder ejecutivo en un pequeño número de miembros, en vez de confiarlo á todos ellos, como habia sucedido hasta allí. Divididos estos en opiniones segun el leal modo de ver de cada cual, ó segun las ocultas miras que guiaban á algunos, vino al fin á triunfar la tercera proposicion, gracias á Calvo de Rozas, cuya energía, dice Duverine, no contribuyó poco á hacer inútiles los esfuerzos de ciertos diputados que no hablaban de regencia sino con la intencion de destruir la Junta é impedir la convocacion de las Córtes. Jovellanos, afecto á aquella idea, desistió de apoyarla como lo habia hecho en un principio, y adhirióse á la tercera proposicion, conociendo los inconvenientes á que Calvo se referia. Con esto el 19 de setiembre quedaron acordadas dos cosas: 1.ª la formacion de una comision ejecutiva encargada de dirigir la marcha de los negocios diarios, dejando á la Junta el exámen de los negocios mas importantes: 2.ª la apertura de las Córtes para el 1.º de mayo de 1810.

Esto último era importante: la convocacion de las córtes no era ya un asunto tan vago como lo habia sido hasta allí: el plazo de su instalacion era fijo y determinado: la promesa de Córtes, en fin, era algo mas que palabrería.

Lo primero tardó en realizarse mucho mas de lo conveniente, y realizóse mal demas de eso. La comision ejecutiva no se instaló hasta el 1.º de noviembre, é instalada, no hizo nada importante. Era su alma el marqués de la Romana, y el que como hombre de guerra valia tan poca cosa, erigido en hombre de Estado valia mucho menos todavía. Con esto y con seguir las desgracias hasta el punto de no dudarse ya de la invasion de la Andalucía, escusado era pensar que la Junta pudiera sostenerse en su combatido poder sino por brevísimo plazo: todo cuanto la rodeaba anunciaba su postrera agonía.

Entretanto agonizaba con ella el año 1809, y su muerte parecia anunciar la de la causa de la independencia. Derrotados nuestros ejércitos, ocupada Gerona por los franceses, apoderado de los ánimos un desaliento casi universal, las únicas señales de vida que en tan atribulados momentos parecian quédar al pais, consistian en la actitud que observaban nuestras guerrillas.

Despues de las funestas jornadas de María y Belchite, ellas fueron en Aragon las únicas que dieron al francés motivo de serios temores, sucediendo lo mismo en Navarra. Varias partidas de cuerpos francos recorrian los valles del Pirineo é izquierda del Ebro, mientras otros hacian lo mismo por la márgen derecha del mismo rio y por los montes que dividen á Aragon de Castilla. El intrépido Renovales, de quien tan señalada mencion hemos hecho hablando de Zaragoza, habia conseguido escapar de las manos de los franceses, cuando con los demas defensores de aquella indomable ciudad le llevaban prisionero á Francia, y dirigiéndose al valle de Roncal, ocupóse en reunir allí paisanos y soldados dispersos. El general francés D' Agoult, que mandaba en Navarra, envió contra él 600 hombres al mando del gefe de batallon Puisalis. Esperóles Renovales emboscado en el territorio que media entre los valles del Roncal y de Ansó, y trabándose en combate con ellos el 21 de mayo, quedaron muertos ó hechos prisioneros todos los que en aquel dia y en el siguiente habian osado embestirle, salvándose tan solo 120 que no penetraron en los valles. Aquellos sitios fueron nuevamente testigos de otro triunfo importante por parte del gefe español el dia 15 de junio, no parando los enemigos en su fuga hasta la villa de Lumbier. Renovales entonces hizo salir á algunos de los suyos de aquellas in-

trincadas asperezas, y apostándose en los caminos principales, convirtiéronse aquellos bien pronto en continuo motivo de alarma para el atribulado invasor. El cuidado de los imperiales creció al ver á D. Miguel de Sarasa dar nuevo impulso al levantamiento de los valles del Pirineo, y acaudillar al bravo paisanaje, con el cual, despues de varios reencuentros felices para sus armas en el mes de julio, se apostó en San Juan de la Peña, formando la izquierda de Renovales. Temerosos los franceses de las resultas que podia tener aquel alzamiento si no lo sofocaban cuanto antes, reunieron todas las fuerzas posibles, pidiendo auxilios á Zaragoza, Pamplona y otras poblaciones donde ejercian su dominacion. Parte de sus soldados dirigióse á San Juan de la Peña contra Sarasa, el cual se defendió bizarramente, si bien tuvo al fin que abandonar aquel célebre monasterio, que fué dado á las llamas por los enemigos el dia 26 de agosto, convirtiéndose en humo su archivo y conservándose solo la capilla abierta en una de las rocas. Tras esto avanzaron los france-



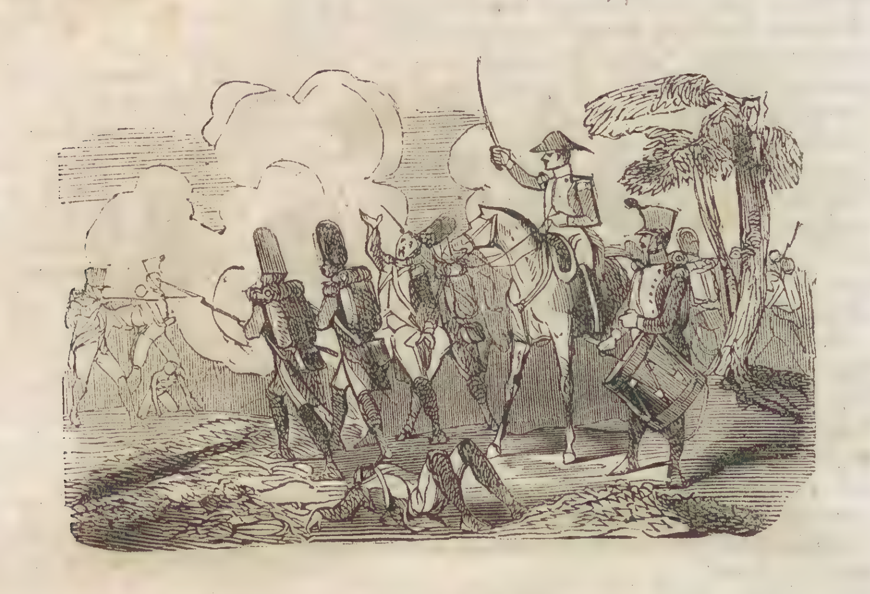
Quema de San Juan de la Peña.

ses hácia los valles de Ansó y Roncal, entrando á sangre y fuego en la villa capital del primero, no obstante la obstinada resistencia que opusieron sus moradores. Renovales se sostuvo en el Roncal por espacio de tres dias, pero agolpándose sobre aquel valle los enemigos que marchaban en varias direcciones, tuvo que abandonarlo por último en los postreros dias de agosto, trasladándose á las orillas del Cinca, mientras Ornat, vecino de la villa, capitulaba con los franceses, estipulando para los habitantes de todos los valles el respeto á las propiedades y la seguridad personal. Quedó con esto dueño el enemigo de aquellos distritos en la parte occidental del Pirineo, mas no asi de los que se estienden á la parte oriental, incluso el valle de Aran, en Cataluña, siendo rechazado del fuerte de Benasque, lo mismo que de los demas puntos que puso algun empeño en tomar.

Entretanto Perena y Baget y otros bravos guerrilleros sostenian con el enemigo, en la orilla izquierda del Cinca, reiteradas y reñidas acciones, de las cuales salian con frecuencia mas airosos de lo que él deseaba. Incomodado el general Habert avanzó contra ellos hasta Fonz, donde sacrificó inhumanamente los enfermos y ancianos que se habian quedado en el pueblo. El coronel Robert por su parte cruzó

el Cinca al mismo tiempo un poco mas arriba de Estadilla, siendo rechazado al principio; mas luego concertó su movimiento con Habert, y los nuestros tuvieron que replegarse á Lérida, Mequinenza y otros sitios que estaban á cubierto de las tentativas francesas. Renovales entonces tomó el mando de todos aquellos valientes, y los franceses ocuparon á Fraga y Monzon, sin que consiguieran por eso acabar con los insurgentes. Sarasa volvió á aparecer en las inmediaciones de Ayerbe, interponiéndose en el camino que de Zaragoza va á Jaca, é interrumpiendo las comunicaciones de los franceses de ambas ciudades en los meses de octubre y noviembre. Entretanto los españoles de Mequinenza acometieron al destacamento con que el coronel Dupeyroux se hallaba apostado en Caspe, pero su tentativa, feliz en un principio, acabó desgraciadamente, matándoles el francés muy cerca de 300 hombres, y huyendo los demas hasta el número de 1100 de la manera mas precipitada. Esto fué tambien en octubre. Benasque resistió el mismo mes á la intimacion de rendirse que hizo á su gobernador, marqués de Villora, el comandante La Pageolerie; mas volviendo el frances en noviembre, cedió sin defenderse el marqués, abrazando luego la causa de los enemigos de España.

Mientras pasaba esto en los puntos que, omitiendo otros varios reencuentros en Aragon y Navarra, acabamos de mencionar, habíase formado en las inmediaciones de Daroca una nueva y formidable partida con la gente que acaudillaba Don Ramon Gayan, y con otros restos del ejército de Blake, los cuales despues de varias acciones, felices unas y desgraciadas otras, habian sido puestos en derrota en la ermita denominada del Aguila, en el término de Cariñena. Blake envió desde Cataluña, á fin de que se pusiese á su frente, al bravo brigadier Villacampa, gefe activo, incansable, lleno de esperiencia y recursos, y el mas á propósito para el género de guerra que se proponia abrazar en un pais donde ejercia gran influencia. Su primera intencion fué sorprender cuatro compañías polacas apostadas en Gallocanta; pero la vigilancia del general Klospiski y la firmeza del coronel Kosinowski hicieron abortar su tentativa. Despues adelantóse á Calatayud, y arrojando á los enemigos del puerto del Frasno, los persiguió hasta la Almunia. Estaba entonces finalizando agosto, y su tropa ascendia á 4,000 hombres. Alarmados los imperiales con los progresos de aquel caudillo, reunieron cuanta gente les fué dable despues que consiguieron respirar en la orilla izquierda del Cinca; mas no pudieron, como imaginaban, destrozar la de su enemigo, dado que este se habia replegado á la cadena de montes que desde Castilla se estienden hasta Aragon, llamados Sierra de Albarracin, tomando posicion en la ermita del Tremedal, que convirtió en su principal plaza de armas y depósito de municiones. Dicha ermita es un santuario situado en la cima de un monte, cuya estension es de tres cuartos de legua, y que destacado de la cadena de que acabamos de hacer mencion, cubre hasta cierto punto las comunicaciones con el pais castellano. A los piés de esta especie de San Gotardo de ambas Castillas, nacen los rios Tajo, Júcar y Guadalaviar, y hasta otros diez ó doce riachuelos que van á morir en los tres para lanzarse en el Mediterráneo. Suchet conoció los obstáculos que podian oponer á sus proyectos aquellos decididos insurgentes, siendo dueños de tal posicion, y envió al coronel Henriot para reconocerla, con órden de no comprometerse, atendida la insuficiencia de medios que tenia á su disposicion. Este oficial partió de Daroca el dia 23 de noviembre al frente de un regimiento de línea, otro de coraceros, seis compañías de preferencia y un batallon del segundo regimiento del Vístula con dos piezas de cañon y un obus. Llegado el 25 al pié del monte en que estaba Villacampa apostado, dió sus disposiciones de ataque, siendo tan diestro y afortunado en ellas, que al cabo de ocho horas de combate quedó dueño del santuario, que fué entregado á las llamas. Nuestra pérdida ascendió á 400 hombres entre muertos, heridos y algunos prisioneros, siendo la del francés casi nula, cosa que pareceria increible, á no ser bien sabida la ventaja de disparar de abajo arriba como los franceses lo hicieron, al revés de los españoles, que tenian que hacerlo de alto á bajo, perdiendo casi todos sus tiros.



Parecia que con estos triunfos debian los franceses respirar, y sin embargo no era asi, porque no bien vencian esta ó la otra guerrilla en una parte, rebulliánseles ciento en otras, siendo el cuento de nunca acabar. Asi, cuando Henriot caminaba en direccion del Tremedal, levantábansele á retaguardia los paisanos de Illueca y otros pueblos, molestándole sin cesar. Su espedicion fué mas escasa en gente de lo que le convenia, por haberse visto obligado á distribuir parte de ella por todo el territorio de su mando, dejando destacamentos en varios distritos ó corregimientos, tales como el de Calatayud, Daroca, Albarracin y parte del de Teruel. Tantas eran las precauciones que el enemigo se via precisado á adoptar para trasladarse de un punto á otro; sin ellas estaba perdido: la insurreccion al modo que la yerba, levantábase erguida en el momento que los franceses movian el pié que sobre ella acababan de sentar.

Empeñado Suchet en pacificar el Aragon, avanzó el 25 de noviembre hasta Albarracin y Teruel, siendo aquella la primera vez que era profanado aquel suelo por los enemigos de España. El general Milhaud habia pocos dias antes trasladádose de Madrid á Cuenca á fin de dispersar las guerrillas que tambien pululaban por allí, siendo uno de sus gefes principales el marqués de las Atalayuelas. Las juntas de Aragon, Cuenca, Molina y Guadalajara, esmerábanse combinadas en fomentar la guerra de partidas, desplegando un empeño y un celo superiores á toda ponderacion. El Empecinado á aquella sazon se habia cubierto de gloria combatiendo con los franceses en tierra de Castilla la Vieja; y llamado por la junta de Guadalajara, establecida en Sigüenza, acudió en setiembre al pais que obedecia á aquella autoridad, aumentando la fama de sus hechos con los de valor y destreza que en el mes espresado y en el de octubre convirtiéronle en terror del francés en Cogolludo, Alvarés y Fuente la Higuera. Los enemigos recurrieron á mil ardides y estratagemas para envolverle, consistiendo una de estas en retirarse el 12 de noviembre de la ciudad de Guadalajara para que él penetrase en su recinto, revolviendo ellos despues para cercarle y cojerle dentro. Lleváronse chasco, no obstante, porque el Empecinado entró en efecto, y despues de proveerse de paños en las fábricas de aquella poblacion, rompió como torrente asolador por entre las altivas falanges que le tenian rodeado, salvándose de una ruina segura con su bravura y



su serenidad. Tras esto volvió á los franceses estratagema por estratagema y susto por susto, sorprendiéndoles en Mazarrulleque el dia 24 de diciembre una buena porcion de sus soldados.

Ni se limitaba á los distritos que llevamos hasta aqui mencionados la formidable guerra de partidas que tanto apuraba al francés, inutilizando su táctica y convirtiendo en flacos é impotentes á los que tan temibles nos eran tratándose de batallas campales. La Mancha rebullia tambien en osados y audaces guerrilleros, señalándose Mir y Jimenez entre los mas afamados, y con particularidad Francisco Sanchez, ó sea el nominado Francisquete. La provincia de Toledo tuvo algunos, aunque solo mas adelante comenzaron á hacerse temibles. En Leon y Castilla la Vieja sobresalia Don Julian Sanchez, vengador de sus padres y hermana, asesinados por los franceses, y que nunca desistió del rencor con que tan justamente los miraba. En la misma Castilla la Vieja estaba el Capuchino Saornil, molesta pesadilla de Kellermann, quien sin eso tenia harto que hacer con las casi increibles irrupciones que verificaba Porlier, precipitándose sobre la tierra llana desde los montes de Galicia y Asturias, que le servian de abrigo, y atropellando á la ida y á la vuelta los destacamentos enemigos que intentaban oponerse á su paso. Desde Burgos á los lindes de Alava borbollaban tambien un sin fin de guerrillas, siendo entre ellas las mas importantes las de Cuevillas, Gomez y Fernandez de Castro, y las de los curas Villoviado y Tapia. Los individuos afiliados en ellas, contrabandistas en su mayor parte, llenábanse de gloria y de botin en las mas de sus correrías, creciendo sobremanera el espanto con que los miraba el francés, cuando uniéndose varias partidas, obraban en combinacion. La defensa de Logroño en setiembre bajo la direccion de Cuevillas, y la accion de Sansol en Navarra en el segundo tercio de noviembre bajo el mando de D. Ignacio Narron, presidente de la junta de Nájera, fueron para el francés sucesos tristes de que les quedó por mucho tiempo larga y humillante memoria.

En la última accion de que hablamos, y en que fueron deshechos mas de 1,000 franceses, tomó parte D. Francisco Javier Mina, conocido por Mina el mozo, para diferenciarle de su tio, el valiente Espoz y Mina, que tanto con-

siguió señalarse desde el año 1810. Mina el jóven era estudiante en la Universidad de Zaragoza cuando se verificó el alzamiento nacional. Contaba entonces 19 años, y en union con los demas estudiantes tomó las armas para defender aquella ínclita ciudad; pero habiendo caido enfermo, tuvo que retirarse á Idocin, pueblo de su naturaleza, para recobrar su salud. Saqueada su casa por los franceses en venganza del asesinato que, no se sabe por quién, cometióse en uno de sus sargentos, vióse el padre de Mina en grave riesgo; pero el hijo le salvó de la prision, dando una cierta suma á los franceses, y luego, enfurecido contra ellos, púsose al frente de una docena de hombres no menos decididos que él, dando con tan escasa y brava gente principio á sus correrías. Aumentada poco á poco su tropa, hizo en breve famoso su nombre con sus increibles hazañas, cayendo á manera de rayo sobre los destacamentos enemigos de Navarra, Aragon y Rioja. Referirlas una por una, seria escedernos del límite que á nuestra tarea se impone.

Por la misma razon prescindiremos de entrar en pormenores sobre las guerrillas de Cataluña, las primeras que dieron entre nosotros el ejemplo de lo que podia hacerse renunciando los españoles al prurito de batallar, que tan mal solia probarnos. Aquellas formidables partidas no cedian, en sentir de los franceses, á las mejores tropas lijeras de los pueblos mas guerreros del mundo. «El paisano catalan, dicen, es por lo general de alta talla, bien conformado y fuertemente constituido: su aspecto es varonil *(mâle)* y fiero: sus nerviosas y bien proporcionadas piernas le hacen el mas á propósito para correr por las montañas, y su modo habitual de vestir facilita mas todavía su lijereza natural. Su calzado consiste en la alpargata, especie de coturno que se liga desde los tobillos hasta cerca de la corva, añadiendo á este arreo un calzon corto y una chupa (*une veste á manches*). Cuando se encrudece el invierno, lleva ademas la manta, corta y lijera, la cual le sirve para cubrirse el cuerpo, mientras su cabeza lo está con un largo gorro de lana. Armado siempre con escopeta de caza, lleva sus municiones en la canana que tiene rodeada á la cintura, y cuya parte anterior consta de varias divisiones, dispuestas al efecto como las de una cartuchera. De este modo, vestido y armado á la lijera, y esperando casi siempre á sus adversarios en la cima de elevada montaña, el catalan ó el aragones debian por precision adquirir notable ventaja sobre el soldado francés, abrumado con un saco enorme, con una molesta cartuchera, con un fusil pesadísimo, muchas veces desproporcionado con la talla de los que de él se servian, y en fin, con los restantes avios de un vestido incómodo. La institucion de nuestros *voltigeurs* en nuestros batallones de infantería, es, concluyen, sin duda una de las mejores innovaciones modernas, una innovacion que ha causado muchísimo daño al enemigo; pero el partido que se ha sacado de ella hubiera sido mucho mayor, si se hubiera dado á esa tropa desde su orígen un armamento, un equipo y un vestido mas análogos con el fin que presidió á su formacion (1).»

Lo que los autores franceses dicen de las guerrillas catalanas y de las guerrillas aragonesas, puede hacerse estensivo igualmente, con poquísima diferencia, á todas las partidas españolas. Ellas fueron los *voltigeurs* (perdónesenos esta palabra francesa hablando de cosas de España) de nuestra insurreccion nacional, la magnífica institucion que, acomodada á nuestro territorio, encarnada en nuestras costumbres, nacida del instinto de los pueblos y sostenida por el entusiasmo, dió á la guerra de España el carácter que debia tener, sin el cual, lo volvemos á decir, hubiéramos quedado vencidos.

Despues de ocupada Gerona, reunió el mariscal Augereau la division de Sou-

(1) *Victoires, conquêtes, désastres, revers et guerres civiles des français de 1792 á 1815*, par une societé de militares et de gens de lettres.—TOMÉ XIX, page 319.—*Paris*, 1820.

ham, ordenando á este gefe perseguir las partidas de migueletes que se habian retirado á la alta Cataluña, y vengarse cuanto le fuese posible de los daños que habian causado á las tropas francesas durante el sitio, destruyéndoles los convoyes que venian de Francia y acometiendo sus destacamentos. La ira del enemigo era grande. Al dirijirse á Francia el general Dumoulin, fué un milagro que pudiera escapar, y para eso peligrosamente herido, de las manos de los guerrilleros. El mismo mariscal Auguereau vióse tambien en inminente riesgo recorriendo una parte de la tierra despues del sitio, debiendo su salvacion á una compañía de preferencia que le escoltaba. Souham cumplió su encargo en lo que pudo, dispersando á los migueletes en Besalú, hiriéndoles y matándoles bastante gente, y fusilando sin piedad á cuantos paisanos cojió con las armas en la mano. Despues de otros varios reencuentros con las partidas de Cherfós, Clarós y Rovira en Olot, Camprodon y San Pol, dirijióse el enemigo á Ripoll, donde estaba situado el segundo de los guerrilleros nombrados; y haciendo otro tanto Devaux, el cual tomó otra direccion por el puente de Canas, consiguieron entre los dos entrar en la villa despues de un sangriento combate, siendo destruida su fábrica de fusiles, y cometiendo en ella los franceses las atrocidades que en ellos eran ya inveterada costumbre. Auguereau entonces tomó el camino de Rivas, y espulsando de allí otra partida de migueletes, redujo á la obediencia á aquella pequeña poblacion junto con otras de sus cercanías.

Triunfos todos de un solo momento, porque ya lo hemos dicho otra vez: una cosa es derrotar insurjentes y otra acabar con las insurrecciones.



ADVERTENCIA

Á NUESTROS SUSCRITORES.

Hemos narrado todos los sucesos que, pudiendo llamarse importantes, tuvieron lugar en España en el primer trienio de su lucha contra las huestes de Napoleon. Desde que comenzamos la obra hasta el momento en que escribimos estas líneas ha transcurrido un tiempo dilatado, y tal que asusta ya á los suscritores, deseosos con sobrada razon de ver terminada cuanto antes la narracion que se halla á nuestro cargo. Causas independientes de la empresa, y aun mas del autor de esta historia, han producido tanta dilacion, y es llegada por tanto la hora de dar cima en cortísimo plazo al compromiso que hemos contraido con los suscritores y el público. Nuestra obra debia constar de cuatro ó cinco tomos iguales al que sirve de introduccion; pero es preciso abandonar el plan que nos habiamos propuesto seguir con arreglo á lo dicho en el prospecto. Vamos, pues, á acabar lo empezado en muy pequeño número de entregas, sacrificando á la necesidad todo lo que sea detalles, comentarios y largas reflexiones sobre lo que nos resta por decir desde enero de 1810 hasta la conclusion de la guerra. Exactos como siempre lo hemos sido, cuanto ha dependido de nosotros, en lo que llevamos contado, no lo seremos menos en los hechos que debemos todavía narrar, si bien lo haremos con el laconismo y con la brevedad consiguiente á la justa y natural impaciencia de nuestros numerosos lectores.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

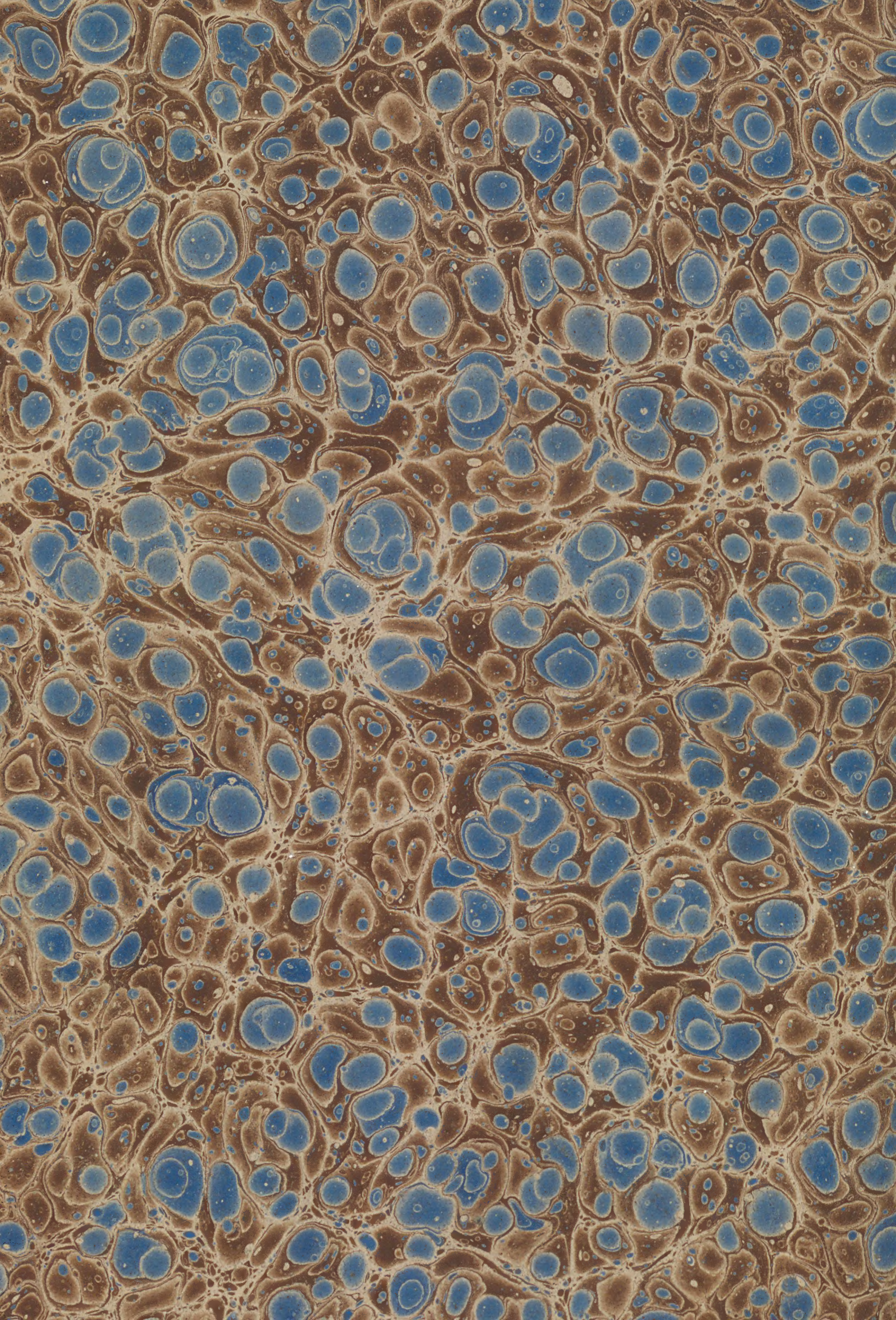
Páginas.

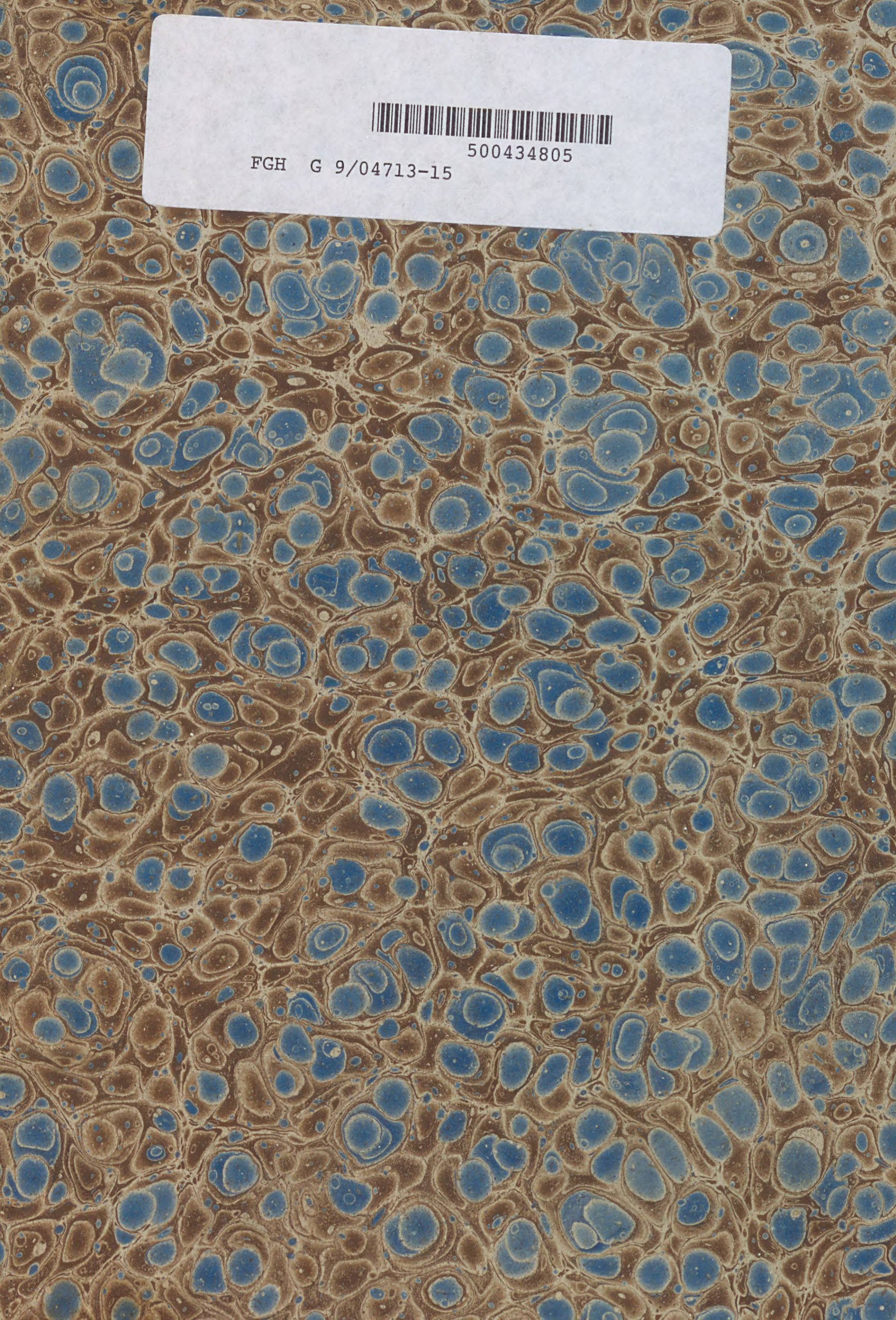
Guion para la colocacion de las láminas.

NOTA. La lámina que representa las *cortes generales y estraordinarias* tendrá su debida colocacion en el 3.° y último tomo, el cual será mucho mas corto que este por habernos propuesto satisfacer la justa impaciencia de nuestros apreciables suscritores, concluyendo esta obra en un pequeño número de entregas como tenemos ya advertido, sin faltar á la exactitud que siempre hemos procurado en la relacion de los hechos.

Por esto creimos posible comprender la conclusion en un tomo, aunque resultase mucho mas abultado que el 1.°, pero habiendo muchos suscritores manifestado sus deseos de encuadernar las 30 entregas correspondientes al 2.°, no podemos menos de complacerles repartiendo el índice y guion para la colocacion de las láminas, á fin de que pueda encuadernarse este tomo separadamente ó junto con el 3.°, cuya conclusion se activará todo lo posible.

Antes de que se verifique, recibirán nuestros suscritores los retratos de S. M. y de su augusto esposo, desempeñados con el mayor esmero y exactitud, esperando la empresa que la darán por cumplida con el ofrecimiento de la anterior.








GUERRA
DE LA
INDEPENDENCIA
2
9
4714